

Asta, hueso y marfil

Artefactos óseos de la Edad del Bronce
en el Levante y Sureste de la
Península Ibérica
(c.2500 - c.1300 cal BC)

Juan Antonio López Padilla



ASTA, HUESO Y MARFIL

ASTA, HUESO Y MARFIL

ARTEFACTOS ÓSEOS DE LA EDAD DEL BRONCE
EN EL LEVANTE Y SURESTE DE LA
PENÍNSULA IBÉRICA
(C.2500 - C.1300 CAL BC)

JUAN ANTONIO LÓPEZ PADILLA

Asta, hueso y marfil. Artefactos óseos de la Edad del Bronce en el Levante y Sureste de la Península Ibérica. (ca. 2500- ca.1300 cal BC).

MARQ. Museo Arqueológico de Alicante. Serie Mayor, núm. 9

Juan Antonio López Padilla

Asta, hueso y marfil.

Artefactos óseos de la Edad del Bronce en el Levante y Sureste de la Península Ibérica. (ca. 2500- ca.1300 cal BC).

Juan Antonio López Padilla – Alicante: MARQ. Museo Arqueológico de Alicante, 2011

556 p.: il. b.n. 29,7 cm – (Serie Mayor, 9)

Bibliografía

D.L.: A-973-2011 - ISBN: 978-84-15327-03-5

903.01(460.31)“637”(043.2)

© MARQ. Diputación Provincial de Alicante

Maquetación e impresión: Gráficas Azorín

D.L.: A-973-2011

ISBN: 978-84-15327-03-5

Desde su inauguración, el MARQ no ha dejado de estar a la vanguardia de la museografía nacional e internacional, de lo que deja constancia el profuso número de exposiciones de altísimo nivel que desde el año 2002 viene acogiendo en sus salas, y que en varias ocasiones han sido resultado de una estrecha colaboración con algunos de los museos más prestigiosos del mundo, como el Museo Británico de Londres, el Louvre de París o el Ermitage de San Petersburgo.

Pero ello no ha sido obstáculo para que además, y con el mismo tesón con el que se acometen estos grandes proyectos expositivos, el MARQ responda también a los requerimientos que por ley tiene encomendados en cuanto a la investigación y divulgación de sus fondos y a la difusión de trabajos y estudios arqueológicos. Los cinco volúmenes hasta ahora editados de la revista "*MARQ. Arqueología y Museos*" y las series editoriales dedicadas a la publicación de memorias de excavaciones arqueológicas de la provincia o de los trabajos de catalogación de fondos son una buena muestra de ello.

Quiero por tanto felicitar a Juan Antonio López Padilla -autor del trabajo que ahora presentamos - *Asta, hueso y marfil. Artefactos óseos de la Edad del Bronce en el Levante y Sureste de la Península Ibérica*- por la investigación arqueológica en sus distintas manifestaciones, que siempre respalda la institución que represento, por cuanto sirve a la reconstrucción histórica de nuestro pasado, contextualizándolo a nivel local, nacional e internacional. Y hace extensiva esa felicitación al MARQ por la difusión de estos estudios, que contribuye al mejor conocimiento del patrimonio arqueológico de todos los alicantinos.

LUISA PASTOR LILLO
Presidenta de la Diputación Provincial de Alicante

Es para mí un honor, como representante del Área de Cultura de la Diputación Provincial de Alicante, presentar este nuevo volumen de la línea de publicaciones del MARQ, *Asta, hueso y marfil. Artefactos óseos de la Edad del Bronce en el Levante y Sureste de la Península Ibérica*, fruto de la investigación desarrollada por Juan Antonio López, miembro del equipo técnico del MARQ. El trabajo ofrece el resultado de más de una década de estudios sobre un notable número de objetos óseos de nuestra prehistoria, algunos de ellos exóticas y valiosas piezas de marfil que el Museo custodia en sus almacenes y vitrinas. Llegadas de África, o incluso de Oriente Próximo, fueron utilizadas por las gentes que vivieron en nuestras tierras durante la Edad del Bronce y reflejan las redes de comercio y los lazos culturales con nuestros vecinos mediterráneos, una relación ya documentada milenios atrás. La importancia de esas colecciones posibilitó, entre otras razones, la organización por parte del MARQ -en colaboración con el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid- de un congreso internacional que con el título *Marfil y elefantes en la Península Ibérica y en el Mediterráneo* se celebró en la sede del Museo Arqueológico de Alicante en noviembre de 2008 con gran éxito de asistencia.

Por ello, me resulta especialmente grato prestar mi apoyo institucional, en este acto, a la labor de investigación y difusión científica del MARQ, que posibilita la mejor comprensión de nuestro pasado histórico para transmitir este legado que conforma las raíces de nuestra sociedad. Y deseo reiterar mi felicitación al autor y al resto del equipo del MARQ, por cuanto el reconocimiento internacional que sus producciones le han granjeado es un reconocimiento a toda la sociedad alicantina que lo avala y lo convierte en uno de nuestros mejores embajadores para la proyección cultural y científica de la provincia, más allá de nuestras fronteras.

JUAN BAUTISTA ROSELLÓ TENT
Diputado de Cultura de la Diputación Provincial de Alicante

Para Pablo y Laura

ÍNDICE

PRÓLOGO	19
Manuel H. Olcina Doménech y Jorge A. Soler Díaz	
PRESENTACIÓN	21
Mauro S. Hernández Pérez	
I. PRECEDENCIAS Y PLANTEAMIENTOS: HISTORIA DEL ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN ÓSEA EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS SOCIEDADES DE LA EDAD DEL BRONCE PENINSULAR	25
II. OBJETIVOS Y UNIDADES DE EVALUACIÓN EMPÍRICA	29
II.1. EN EL ESPACIO	32
1.1. Áreas de actividad	33
1.2. Unidades habitacionales	33
1.3. Asentamientos	34
1.4. Espacio social	35
1.5. Sistema-mundo	36
II.2. EN EL TIEMPO	37
2.1. Hacia la diacronía del proceso histórico de las formaciones sociales en estudio. La base empírica	42
2.2. Propuesta de delimitación temporal de las fases arqueológicas	48
III. APROXIMACIÓN AL PROCESO HISTÓRICO EN EL ÁREA CENTRAL Y MERIDIONAL DEL LEVANTE PENINSULAR Y ZONAS LÍMITROFES. (ca. 2500- ca. 1300 cal BC)	59
III.1. HACIA LA CONSTITUCIÓN DE LOS GRUPOS ARQUEOLÓGICOS DE FINALES DEL III MILENIO CAL BC DEL CENTRO Y SUR DEL LEVANTE PENINSULAR	59
1.1. ca. 6000 - 2500 cal BC. Aparición, consolidación y desarrollo de la formación social tribal entre las cuencas del Júcar y del Guadalentín	61
1.2. ca. 2500 - ca. 2200 cal BC. Los fundamentos de un nuevo sistema de explotación clasista intersocial	65
III.2. CONFORMACIÓN DE LOS GRUPOS ARQUEOLÓGICOS DE LA “EDAD DEL BRONCE” EN EL ÁREA CENTRO-MERIDIONAL DEL LEVANTE PENINSULAR	71
2.1. Caracterización del Grupo Argárico del Segura y Bajo Vinalopó y de los grupos arqueológicos de su periferia oriental y septentrional	75

2.1.1. El Grupo Argárico en el Bajo Segura y Bajo Vinalopó en el marco del ámbito oriental argárico.....	78
2.1.2. Los grupos arqueológicos de la periferia septentrional argárica.....	91
III.3. UNA PROPUESTA DE EXPLICACIÓN DEL PROCESO HISTÓRICO PARA EL ÁREA CENTRO-MERIDIONAL DEL LEVANTE PENINSULAR ENTRE <i>ca.</i> 2200-2100 Y <i>ca.</i> 1300-1200 CAL BC.....	108
3.1. Fase I: <i>ca.</i> 2200 / 2100 - 1950 / 1850 cal BC.....	109
3.2. Fase II: <i>ca.</i> 1950 / 1850 - 1750 / 1650 cal BC.....	111
3.3. Fase III: <i>ca.</i> 1750 / 1650 - 1550 / 1450 cal BC.....	114
3.4. Fase IV: <i>ca.</i> 1450 / 1350 - 1250 / 1200 cal BC.....	119
IV. LO OBSERVABLE: PRODUCTOS, DESECHOS Y RESIDUOS DE LA PRODUCCIÓN ÓSEA (<i>ca.</i> 3500- <i>ca.</i> 1300 cal BC)	125
IV.1. UNA EVALUACIÓN CRÍTICA DE LOS ENSAYOS DE CLASIFICACIÓN DE LOS PRODUCTOS ÓSEOS DE LA PREHISTORIA RECIENTE EN LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA Y EUROPEA	125
IV.2. UNA PROPUESTA PARA LA CLASIFICACIÓN DE LOS PRODUCTOS ÓSEOS	129
IV.3. CATÁLOGO-INVENTARIO DE YACIMIENTOS Y CONJUNTOS MATERIALES ANALIZADOS	143
1- San Antón (Orihuela, Alicante).....	147
2- Laderas del Castillo (Callosa de Segura, Alicante).....	151
3- Loma de Hurchillo (Albatera, Alicante).....	155
4- Pic de les Moreres (Crevillent, Alicante).....	155
5- Figuera Redona (Elche, Alicante).....	158
6- Caramoro I (Elche, Alicante)	158
7- Puntal del Búho (Elche, Alicante)	160
8- Tabayá (Aspe, Alicante)	160
9- Portixol (Monforte del Cid, Alicante)	171
10- Serra Grossa (Alicante)	171
11- Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante).....	172
12- La Horna (Aspe, Alicante)	175
13- Montagut (Novelda, Alicante)	178
14- Monastil (Elda, Alicante).....	178
15- La Peña (Sax, Alicante)	181
16- Terlinques (Villena, Alicante).....	183
17- La Macolla (Villena, Alicante).....	187
18- Cabezos de Valera (Villena, Alicante)	188
19- Peñicas (Villena, Alicante)	188
20- Cabezo Redondo (Villena, Alicante)	191
21- Cabezo de la Escoba (Villena, Alicante)	207
22- Peñón de la Zorra (Villena, Alicante)	223
23- Sima de les Porrases (Onil, Alicante)	223
24- Simarro (Ibi, Alicante).....	224
25- Foia de la Perera (Castalla, Alicante)	224
26- Cova de la Barcel·la (La Torre de les Maçanes, Alicante).....	224
27- Sima del Pinaret (Alcoi, Alicante).....	226
28- Cova Foradá (Alcoi, Alicante).....	228
29- El Puig (Alcoi, Alicante).....	228
30- Ull del Moro (Alcoi, Alicante)	229
31- Cova de La Pastora (Alcoi, Alicante)	229
32- Barranc del Cint (Alcoi, Alicante).....	231
33- Cova del Conill (Alcoi, Alicante).....	231
34- Mola Alta de Serelles (Alcoi, Alicante).....	232

35- Mas d'En Miró (Alcoi, Alicante).....	234
36- Mas de Menente (Alcoi, Alicante).....	234
37- Mas del Corral (Alcoi, Alicante)	235
38- Altet de Canalis (Alcoi, Alicante)	239
39- Cabeço de Serrelles (Alcoi, Alicante)	239
40- Cova dels Pilars (Agres, Alicante)	239
41- Mola d'Agres (Agres, Alicante)	240
42- Cova de les Cendres (Moraira, Teulada, Alicante).....	243
43- Cova del Montgó (Xàbia, Alicante)	243
44- Cova Bolumini (Benimeli-Beniarbeig, Valencia).....	244
45- Cabeço del Navarro (Ontinyent, Valencia).....	247
46- Cagalló del Gegant (Ontinyent, Valencia).....	248
47- Arenal de la Costa (Ontinyent, Valencia)	248
48- Covatxol de Llopis (Rugat, Valencia)	250
49- Tossal Redó (Bellús, Valencia).....	250
50- Cova del Cingle (Gandía, Valencia)	250
51- Molló Terror (Real de Gandía, Valencia).....	251
52- Cova dels Teixons (Real de Gandía, Valencia).....	251
53- Puntal de l'Agüela (Corbera, Valencia).....	252
54- Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)	252
55- Muntanya Assolada (Alzira, Valencia)	256
56- Coroneta del Rei o Loma de la Terrera (Alberic, Valencia)	263
57- Barranc de Camallos (Catadau, Valencia)	263
58- Muntanyeta de Cabrera (Vedat de Torrent, Valencia).....	264
59- Lloma de Betxí (Paterna, Valencia).....	265
60- Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia).....	272
61- Castillarejo de los Moros (Andilla, Valencia).....	273
62- La Atalayuela (Losa del Obispo, Valencia)	275
63- El Picayo (Requena, Valencia).....	276
64- San Blas (Requena, Valencia).....	276
65- El Picarcho (Camporrobles, Valencia).....	278
66- El Torrelló (Onda, Castellón).....	278
67- Orpesa la Vella (Orpesa del Mar, Castellón)	279
68- Ereta del Castellar (Villafranca del Cid, Castellón).....	280
69- Cova del Portell de l'Infern (Pobla de Benifasá, Castellón).....	282
70- Zurridores (Almansa, Albacete).....	282
71- Cegarrón (Montealegre del Castillo, Albacete).....	286
72- Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete).....	286
73- Peñuela 1 y 2 (Pozo Cañada-Chinchilla, Albacete).....	301
74- Cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia)	301
75- Fuente de Isso (Hellín, Albacete)	302
76- El Castellón (Tobarra- Albatana, Albacete).....	306

V. LO INFERIBLE: LA PRODUCCIÓN, EL USO Y EL CONSUMO DE LOS PRODUCTOS

ÓSEOS.....	309
------------	-----

V.1. LA PRODUCCIÓN	309
1.1 El objeto de trabajo.....	310
1.1.1. El Hueso	311
1.1.2. El Asta	314
1.1.3. El Marfil	322
1.2. La fuerza de trabajo	328
1.2.1. Técnicas de producción.....	328
1.2.2. Los medios de producción. Instrumentos y áreas de actividad productiva	335
1.2.2.1. Artefactos relacionados con la producción ósea.....	335
1.2.2.2. Áreas de actividad relacionadas con la producción ósea.....	339

V.2. EL CONSUMO	347
2.1. Artefactos mediales	348
2.1.1. Clase A. Punzones y puntas.....	348
A111.....	350
A112	350
A121.....	350
A121a.....	351
A121b	355
A121c.....	357
A122.....	365
A122a	367
A122b	367
A122c	367
A123.....	369
A211.....	369
A211a.....	372
A211b	372
A221.....	374
A222	376
A223.....	379
A231.....	381
2.1.2. Clase L. Alfileres	383
L111	383
L111a	383
L111b.....	384
L112.....	384
L211	386
2.1.3. Clase G. Agujas.....	387
G111.....	388
G111a.....	389
G111b.....	389
G211.....	389
G212.....	389
2.1.4. Clase P. Picos	390
P111	391
P121	392
P122.....	393
P211	393
P221	395
P222	395
P223	397
2.1.5. Clase F. Puntas de flecha.....	400
F111	400
F121	401
F122.....	402
F131	405
F211	405
F221	405
F222.....	407
F231	407
F232	408
F233	408
2.1.6. Clase E. Cinceles, cuñas y escoplos	409
E111	410
E112	411
E211	412
E221	414
E231	414

E232.....	415
2.1.7. Clase H. Espátulas, alisadores y paletas	416
H111.....	416
H112	419
H113	419
H211	420
H212	423
H311.....	425
H312	425
H313	426
2.1.8. Clase Y. Fusayolas o implementos para taladro de arco	426
Y111.....	429
Y211	429
2.1.9. Clase Z. Separadores de hebras	430
2.1.10. Clase S. Sierras	431
S111	432
S112.....	434
2.1.11. Clase I. Percutores.....	434
2.1.12. Clase M. Mangos y empuñaduras	435
M111	435
M112.....	437
M113.....	437
M114.....	437
M121.....	437
M131.....	438
M211.....	439
M221.....	439
M231.....	442
2.2. Artefactos finales	442
2.2.1. Clase C. Cuentas	442
C111.....	442
C111a.....	443
C111b.....	444
C112.....	444
C211.....	444
C311.....	444
C312	446
C411.....	447
C511.....	447
2.2.2. Clase K. Colgantes	447
K111	448
K111a.....	448
K111b.....	448
K211.....	451
K212.....	452
K311.....	452
K321.....	455
K331.....	455
2.2.3. Clase B. Brazaletes	455
B111.....	456
B111a.....	457
B111b.....	458
B112.....	459
2.2.4. Clase T. Conteras y apliques para mangos.....	459
T111.....	461
T111a	461
T111b.....	461
T211	462

T311	463
2.2.5. Clase Q. Botones y aderezos para vestidos.....	464
Q111.....	467
Q121	468
Q131	469
Q132	469
Q211	473
Q311	475
2.2.6. Clase N. Peines y peinetas	476
N111	476
N211	476
2.3. Artefactos de uso no determinado	477
2.3.1. Clase D. Indeterminados.....	478
D111.....	478
D112	478
D113.....	478
D121	478
D131	479
D211	480
D221	480
D231	480
D311	480
D312	480

VI. LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS DURANTE EL III Y II MILENIO CAL BC EN EL ÁREA CENTRAL DEL LEVANTE PENINSULAR Y ÁREAS LIMÍTROFES.....	483
VI.1. TRADICIÓN E INNOVACIÓN. LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS ENTRE <i>ca.</i> 3500 cal BC Y <i>ca.</i> 2200 cal BC	483
VI.2. DE LA INNOVACIÓN A LA INTENSIFICACIÓN. PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS ENTRE <i>ca.</i> 2200 cal BC Y <i>ca.</i> 1700 cal BC.	489
VI.3. DE LA INTENSIFICACIÓN A LA ESPECIALIZACIÓN Y DIVERSIFICACIÓN. LA PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS ENTRE <i>ca.</i> 1700 cal BC Y <i>ca.</i> 1200 cal BC.	499
BIBLIOGRAFÍA	517

Resulta la investigación una de las piedras angulares del MARQ. Anualmente, el Museo invierte en programas científicos, impulsando la realización de excavaciones arqueológicas y otras actividades encaminadas al mejor conocimiento de las sociedades del pasado. Buena parte de esas acciones se realizan bajo la directa responsabilidad del personal cualificado que trabaja en la institución, de manera que el Museo Arqueológico de Alicante, a la vez que impulsa proyectos es buena plataforma para el desarrollo vocacional de sus técnicos.

Conocemos al Dr. D. Juan Antonio López Padilla desde 1993 cuando se incorporó al montaje de la exposición *Prehistoria en Alicante* que aquel año se desarrolló en el modesto espacio que el Museo Arqueológico tenía en el Palacio de la Diputación, colaborando en el catálogo con un artículo – *La industria del hueso, el asta y el marfil* – en el que se anunciaba esa vocación que ahora culmina en este volumen que edita el MARQ y que recoge la tesis doctoral leída en junio de 2009. En los 18 años que transcurren entre su implicación en aquel montaje y la edición de *Asta, hueso y marfil. Artefactos óseos de la Edad del Bronce en el Levante y el Sureste de la Península Ibérica* la institución en la que trabaja ha dado un giro radical, convirtiéndose en un museo de referencia internacional que no sólo colabora con museos de enorme prestigio a la hora de plantear montajes expositivos de primer nivel sino que también resuelve una continuada actividad en los ámbitos de gestión, conservación, investigación y difusión que viene avalada por obtener anualmente el certificado de calidad conforme a la norma ISO-9001:2008.

A lo largo de todo su desarrollo, de ese esfuerzo que convirtiera nuestro Museo Provincial en el MARQ, participó de manera muy destacada Juan Antonio, quien tras aquella primera colaboración obtuvo una beca de formación en Museología y Museografía en 1995, implicándose desde entonces no sólo en la realización del proyecto de crecimiento y renovación del Museo sino también en su ejecución. Especial empeño puso en todo aquello que atendía a nuestra Prehistoria, cuyo montaje permanente en 2000 se vio muy beneficiado por los conocimientos que disponía sobre la Edad del Bronce, etapa predilecta de su quehacer científico, donde nuestro autor, formado en la escuela que para la Prehistoria conforma en Alicante el Dr. Mauro Hernández Pérez, apuntaba como referencia tras obtener, con otros destacados alumnos del admirado Profesor, el Premio de Investigación 1994 de la Fundación “Jose María Soler” de Villena, codirigir las excavaciones de los poblados villenenses de Barranco Tuerto y Terlinques y suscribir como coautor distintas monografías como *El poblamiento durante el II milenio a.C. en Villena, Alicante* (1995) o *Arqueología de la muerte. Prácticas funerarias en la Cultura de El Argar* (1997).

Con todo ese bagaje, en 2003 Juan Antonio López Padilla ganó la correspondiente oposición para incorporarse a la plantilla del MARQ, donde desempeña sus funciones técnicas dentro de la Unidad de Exposiciones y Difusión y donde desarrolla esa vocación que ahora deviene en este libro. De manera obvia, en la buena combinación de ambas facetas subyace el compromiso que el Técnico contrae con el Museo, institución que además de beneficiarse de su buen hacer, también se engrandece en la materialización de unos estudios que recogidos en el libro, nos acercan desde nuevas perspectivas al III y II milenio a.C. en nuestras tierras.

Cualquiera que se asome a la bibliografía especializada tomará buena nota de las aportaciones que de manera continuada ha prestado nuestro compañero del MARQ. De manera regular hemos tenido acceso a sus conocimientos y logros en revistas tan prestigiosas como *Archivo de Prehistoria Levantina*, *Lucentum*, *Pyrenae*, *Recerques del Museu d’Alcoi* o *Trabajos de Prehistoria*, así como en nuestra MARQ. *Arqueología y Museos*, en la que, de otra parte, ejerce funciones como secretario desde la creación del mismo medio. En lo fundamental, sus aportaciones cubren desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce, implicándose en el desarrollo de programas y proyectos que generados desde el propio MARQ redundan en el mejor conocimiento de esas etapas en el territorio de Alicante. Al respecto

cabe recordar los trabajos de excavación que codirigiera en 2003 en la Playa del Carabassí, los de prospección que desarrollara en 2004 y 2005 en el curso bajo de los ríos Segura y Vinalopó y las excavaciones que desde 2006 dirige en el poblado del Cabezo Pardo, entre los términos de San Isidro y Granja de Rocamora, dentro de un proyecto que aspira a delimitar y caracterizar la Cultura de El Argar en Alicante, manifestación de la que resulta un reconocido especialista.

Su aportación al volumen de la ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets, número 5 de esta Serie Mayor, la secretaría del *IV Congreso del Neolítico Peninsular* y la posterior coordinación de los dos buenos volúmenes que recogen las actas, la codirección científica del congreso *Marfil y elefantes en la Península Ibérica y en el Mediterráneo* celebrado en 2008 en colaboración con el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid o su participación en el comisariado de la exposición *En los confines de El Argar* inaugurada en 2009, son acciones que dan fe del buen rédito que el MARQ obtiene de hacer valer su vocación científica.

Ante esa más que notable trayectoria, comprenderán el orgullo que, como conservadores con responsabilidades directivas, sentimos del hecho de que Juan Antonio figure en la plantilla del Museo, así como el honor que nos brinda a la hora de considerarnos para prologar este voluminoso número 9 de la Serie Mayor. Será nuestra mayor satisfacción que otros miembros del Museo sigan esta senda que, desde dentro, traza el MARQ en la intención de resultar institución de referencia en la mejor investigación arqueológica.

MANUEL H. OLCINA DOMENECH y JORGE A. SOLER DÍAZ

Cuando hace ya más de 30 años me incorporé a la Universidad de Alicante decidí, tras realizar un detenido recorrido por los museos y colecciones municipales y analizar la documentación bibliográfica, iniciar, no sin ciertas dudas, el estudio de la Edad del Bronce en las tierras valencianas. Elegí la cuenca de Vinalopó como objeto de análisis ante las significativas diferencias que, a nivel de información, se observaban en los diversos tramos de su recorrido. Los trabajos de José María Soler García, con el que pronto entré en contacto y mantuve una estrecha amistad, habían puesto al descubierto el continuo y denso poblamiento de la cubeta de Villena que contrastaba con la escasa y fragmentaria información sobre las tierras vecinas. Fue el mismo Soler quien me animó a estudiar la Edad del Bronce en el resto de la cuenca del río, en especial en parte del denominado Valle Medio del Vinalopó, donde Juan Francisco Navarro Mederos había catalogado un importante conjunto de yacimientos y materiales que se publicaría en el primer número de la recién creada revista *Lucentum* de la universidad alicantina. Pronto visité los yacimientos registrados, estudié sus materiales y me decidí por iniciar la excavación de uno de ellos –La Horna, en Aspe– por su especial ubicación, su amplio dominio visual sobre las tierras del entorno, las numerosas evidencias de construcciones que las actuaciones clandestinas habían puesto al descubierto, y el interés y diversidad de sus materiales, en especial de sus cerámicas y objetos de metal y hueso.

Aquella mi primera experiencia sobre la Edad del Bronce en las tierras valencianas se reflejaría en mi ponencia al Congreso de Elche en 1983, en la que realizaba una revisión historiográfica con su correspondiente síntesis sobre este periodo, a menudo asociado a un momento de crisis e, incluso, de “retroceso” cultural. Al mismo tiempo se planteaban nuevas perspectivas en su estudio, insistiendo en la necesidad de impulsar las excavaciones, obtener dataciones absolutas y, en especial, realizar un exhaustivo inventario y estudio de todos los elementos culturales. Para ello se diseñó un ambicioso proyecto a desarrollar por jóvenes universitarios en sus memorias de Licenciatura y de Doctorado, que incluía la realización de cartas arqueológicas de términos municipales o de otros ámbitos territoriales y el inventario y análisis de los conjuntos arqueológicos de la Prehistoria Reciente.

Del estudio de la llamada en aquellos años “industria ósea” se encargó Juan Antonio López Padilla, un joven licenciado con una sólida formación arqueológica, excelente dibujante y buen conocedor del registro arqueozoológico, lo que le permitía identificar el soporte óseo utilizado en la elaboración de los diferentes objetos. Pronto se convertiría en un cualificado especialista en el estudio de la Edad del Bronce y de los momentos previos campaniformes, sobre los que ha realizado aportaciones de extraordinario interés y ampliamente referenciadas, al igual que lo son sus contribuciones al estudio de la producción ósea prehistórica. Ahora nos ofrece una monografía que no dudo en calificar de excelente, como así lo consideraron en su día los miembros del tribunal que juzgaron su Tesis Doctoral por la que obtuvo la máxima calificación.

Profundamente crítico con una manera tradicional de interpretar la información arqueológica, dedica en esta obra un considerable esfuerzo, con destacables resultados, a la definición temporal y espacial del proceso histórico en el que se enmarca la producción y el uso de los objetos óseos, en un tiempo y un espacio bien definidos, sobre el que evalúa un amplio registro de fechas radiocarbónicas y establece cuatro fases en su desarrollo temporal.

A partir de esta documentación realiza una propuesta de explicación del proceso histórico en el cuadrante sur-oriental de la península Ibérica, centrandó su atención en el territorio comprendido entre el Gaudalentin y el Turia de entre el 3000 cal BC y el 1300 cal BC, ampliando anteriores síntesis.

Estudia algo más de 1.300 objetos de hueso, asta y marfil pertenecientes a más de 70 yacimientos distribuidos por las actuales provincias de Alicante, Valencia, Castellón, Murcia y Albacete, la mayoría de ellos pertenecientes

a la Edad del Bronce. Sin embargo, con objeto de evaluar correctamente la dinámica de esta producción ósea incorpora algunos conjuntos de etapas anteriores pertenecientes a yacimientos tan emblemáticos en la historiografía valenciana como los de la Ereta del Pedregal, la Cova del Montgó y La Macolla o el albacetense de la Fuente de Isso.

Con la rigurosidad a la que nos tiene acostumbrados en anteriores trabajos, Juan A. López Padilla identifica 18 clases principales de objetos, sobre los que realiza un análisis con criterios bien definidos. Establece un grupo -artefactos mediales- con aquéllos destinados a actividades de carácter productivo –herramientas y utensilios- y otro -artefactos finales- con los que no participaron en ellas, entre los que se incluyen los adornos personales. Un tercer grupo lo integran los indeterminados. Se trata de una propuesta abierta que permite incorporar los nuevos hallazgos, que sin duda se producirán en los próximos años en el caso de que continúen las cada vez más escasas excavaciones arqueológicas.

Realiza un exhaustivo inventario de todos estos artefactos y de los residuos y restos de producción que ha podido identificar. De éstos, más del 95 % corresponde a materiales que el autor analizó directamente, mientras que los restantes proceden de publicaciones al encontrarse perdidos o no haber tenido acceso a algunas colecciones.

A partir de esta exhaustiva documentación se realiza una rigurosa propuesta tipológica, al tiempo que se valora su significado a nivel socioeconómico y cronológico, encuadrando los diferentes tipos de objetos en las cuatro fases del desarrollo histórico que había definido previamente.

Concluye su estudio con una valoración de las dinámicas de producción y consumo de un importante conjunto de materiales, con especial hincapié en la producción de punzones –los utensilios más numerosos de todo el periodo– y en la de los objetos de marfil, entre los que se encuentran algunas piezas excepcionales por su cuidada ejecución y escasez.

Un estudio como el que se recoge en las páginas de esta monografía solo podría abordarse con éxito por un investigador con una sólida formación, dialogante y atento a la opinión de los otros, incluso con quien discrepa, excelente dibujante y gran capacidad de trabajo. Ha dedicado muchas horas a la realización de una investigación que le ha obligado a visitar yacimientos y a recorrer museos y colecciones municipales y privadas.

Este tipo de investigación adquiere su pleno sentido cuando una institución asume la tarea de su publicación sin poner límite alguno. Es lo que desde hace años viene realizando el MARQ-Museo Arqueológico de Alicante con sus prestigiosas series de publicaciones, en la que ahora se integra el trabajo de uno de sus técnicos. Se convierte de este modo en una institución modélica, como se ha reconocido a nivel nacional e internacional, que junto a sus excepcionales exposiciones apoya la investigación y la difusión científica de sus resultados.

MAURO S. HERNÁNDEZ PÉREZ

Muchos de quienes como yo hemos tenido la fortuna de poder satisfacer nuestra vocación como investigadores hemos aprendido a asumir una consecuencia lógica de la dinámica que sigue el progreso de la ciencia: las explicaciones que hoy nos resultan hipótesis plausibles y las más cercanas a la realidad del pasado que deseamos representar, mañana serán contestadas, refutadas, completadas y tal vez sustituidas por otras radicalmente distintas. Nada se concluye ni se resuelve para siempre, porque soy de los que aume que todo –y me refiero a absolutamente todo: al mundo que nos rodea y a nuestra propia perspectiva de él– cambia permanentemente.

De ello no era plenamente consciente cuando hace ya más de veinte años me inicié en el estudio de las sociedades de nuestra Edad del Bronce y en el de la denominada entonces “industria ósea”, tarea que me fue encomendada como proyecto de Tesis Doctoral. Y en el momento de escribir estas páginas, en las postrimerías de aquella aventura, creo que se ha cumplido el propósito principal, aunque no el que yo ingenuamente esperaba –proporcionar respuestas plenamente satisfactorias a preguntas planteadas– sino el de aprender a conducirme por el camino de la investigación y realizar un largo recorrido de formación como estudioso de la Prehistoria. Porque al final se ha descubierto lo obvio: si se han contestado algunas preguntas, éstas parecen ahora banales frente a los nuevos interrogantes abiertos al proponer las respuestas, y las nuevas cuestiones, multiplicadas hasta alcanzar una proporción siempre inabarcable.

En cualquier caso, este largo camino habría sido muy distinto de no haber mediado el concurso de diversas personas y algunas instituciones que de un modo u otro han hecho posible alcanzar una meta que, en ciertos momentos, se me antojó lejana cuando no imposible, y a las que antes de dar comienzo a la exposición de este trabajo deseo expresar mi más sincero agradecimiento. En primer lugar, al que ha sido responsable de su dirección, mi maestro Mauro Hernández, a quien debo la oportunidad y el estímulo para haberlo llevado a cabo desde la mejor enseñanza posible: la de aprender a elegir un camino. A mi compañero y amigo Javier Jover, sin cuya compañía todo habría sido distinto en ese camino. A diversos profesionales de la arqueología y la prehistoria de este país, con muchos de los cuales me unen fuertes lazos de amistad, que desinteresadamente pusieron a mi disposición para su estudio conjuntos de objetos en su día inéditos procedentes de excavaciones dirigidas por ellos, como María Jesús de Pedro, José Luís Simón, Julio Trelis o Amparo Barrachina. A la extensísima relación de instituciones y museos que han permitido mi acceso a las colecciones de objetos óseos conservadas en ellas, así como también a mis compañeros del MARQ por su constante apoyo y aliento, muy especialmente a Teresa Ximénez, y también a Jorge Soler, con quien me une ya una larga relación profesional y de amistad. Por último, a los miembros del tribunal que juzgó este trabajo: Germán Delibes, Bernat Martí, Concepción Blasco, Francisco Nocete y Alberto Llorio, muchas de cuyas acertadas recomendaciones he seguido en su redacción final.

Pero con quien mi deuda de gratitud es mayor es precisamente con aquéllos más ajenos a la prehistoria y a la arqueología: con mi padre, Antonio –para siempre en mi memoria y en mi corazón– y mi madre, Remedios, y con mi hermana Viqui, para quienes lo único relevante fue siempre saber que este esfuerzo era importante para mí. Y ante todo con mis hijos, Pablo y Laura, y con su madre, María José. Solo confío en que las incontables horas robadas a todos ellos durante estos largos años hayan merecido en algo la pena.

I

PRECEDENCIAS Y PLANTEAMIENTOS: HISTORIA DEL ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN ÓSEA EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS SOCIEDADES DE LA EDAD DEL BRONCE PENINSULAR

Si nos remontamos a los primeros trabajos clásicos relativos a la Edad del Bronce en la península –los de E. y L. Siret (1890)- comprobaremos que la atención prestada a los utensilios y adornos elaborados sobre soportes óseos ocupó un lugar muy poco destacado. En concreto, respecto de los objetos de hueso y marfil recogidos en su obra, tan sólo en el caso del yacimiento de El Argar se extienden un tanto en ciertas consideraciones, dedicando apenas seis párrafos para la descripción de un conjunto total de aproximadamente 650 piezas procedentes de ese único yacimiento (SIRET Y SIRET, 1890: 152). De las cuentas de collar localizadas fuera de las sepulturas ni se hace mención (SIRET Y SIRET, 1890: 153) y los objetos de hueso depositados en el interior de las tumbas apenas ocupan un párrafo de pocas líneas (SIRET Y SIRET, 1890: 170). Bien poco en comparación con las 10 páginas dedicadas a la cerámica o con los capítulos dedicados en la obra a la metalurgia y a los distintos metales trabajados en los yacimientos explorados. En los demás yacimientos argáricos descritos, sólo encontramos descripciones a modo de inventarios en los que únicamente se vierten algunas consideraciones en torno a la mayor o menor rareza de algunos ejemplares, como en el caso del pomo de marfil de El Oficio (SIRET Y SIRET, 1890: 244).

Este desinterés por los artefactos óseos de la Edad del Bronce, no sólo evidente en la obra de los Siret, se fundamentaba por un lado en la aparente monotonía de sus formas y, por otro, en su magra presencia en los ajueres de las tumbas, las cuales constituían ya entonces el principal objeto de estudio de los yacimientos de este momento.

Sin embargo, durante la primera mitad del siglo XX se publicaron algunos trabajos en los que sí se reconocía una importancia sustancial al trabajo de las materias óseas. Así, J. Furgús (1937) exponía en varias páginas la diversidad y calidad de los productos óseos hallados en sus excavaciones de las Laderas del Castillo en Callosa de Segura y de San Antón en Orihuela,

durante las cuales exhumó punzones, sierras, cinceles, espátulas, puntas de flecha, botones y cuentas de collar. Para E. Botella (1926), incluso, el pulimento y acabado perfecto que a su juicio mostraban las piezas de hueso trabajado de la Mola Alta de Serelles, en Alcoi, evidenciaban “...que en la época en que la Mola fue habitada había adquirido gran desarrollo la industria ósea...” (BOTELLA CANDELA, 1926: 7).

No obstante la tendencia a minusvalorar el registro artefactual óseo de esos momentos de nuestra prehistoria, lejos de atemperarse en la primera mitad del siglo XX, se acentuó de forma notable en los años siguientes a la Guerra Civil, como se evidencia en la Memoria de Excavaciones de La Bastida de Totana (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA *et al.*, 1947). En el capítulo séptimo de esta obra, dedicado a las industrias, los instrumentos de hueso se ven divididos en tres conjuntos: punzones, cilindro de hueso y objetos de hueso sin función determinada. En lo referente al primer grupo, se expone abiertamente que pese a su extraordinaria abundancia, los punzones de hueso presentan todos una gran semejanza de formas y, por tanto, un escaso interés tipológico, razones ambas que justificaron a los autores la economía de espacio y resumir todo en una tabla de distribución de piezas por departamentos (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA *et al.*, 1947: 59). Respecto de los dos grupos tipológicos restantes, que resultan ser mangos de hueso y asta para punzones, junto a colgantes sobre colmillos de jabalí, apenas ocupan más que un par de párrafos.

Pocos años más tarde, de las 22 páginas dedicadas por E. Cuadrado a ensayar una tipología para los productos argáricos, sólo una resultó ser a su juicio suficiente para resolver la clasificación de los útiles de hueso, separados en cuatro grupos integrados por punzones, cinceles, agujas y palitos agudos (CUADRADO RUIZ, 1950: 110).

Resulta bien evidente que el interés por los productos de hueso era en estas fechas considerablemen-

te menor que el despertado por los demás productos argáricos, perspectiva también perfectamente discernible en el estudio que M. Tarradell dedicara a la delimitación geográfica del Argar, del que publicó algunas de sus conclusiones preliminares en el V Congreso de Arqueología del Sudeste —el mismo foro en el que E. Cuadrado había propuesto el ensayo tipológico al que acabamos de referirnos— y que en lo concerniente al registro material se centraba básicamente en la metalurgia y los productos metálicos y en las formas cerámicas, principalmente las copas (TARRADELL MATEU, 1950). En lo concerniente a la producción ósea, resulta también significativo el hecho de que en su fundamental estudio sobre la prehistoria reciente del País Valenciano, el autor apenas dedicara un párrafo de siete líneas al trabajo de las materias óseas, lo suficiente para indicar la decadencia manifiesta de tal industria debido a que el punzón de hueso, herramienta tan importante en la época anterior, se sustituía ahora por el cobre (TARRADELL MATEU, 1963: 145). En ese sentido se juzgaba muy sintomática la comparación de los registros procedentes de las cuevas de inhumación del denominado entonces “Eneolítico” valenciano —como La Pastora o Les Llometes, en Alcoi, o La Barsella en Torre de les Maçanes— con los pobres conjuntos de hueso trabajado de poblados como el Castillarejo de los Moros (Andilla), la Atalayuela (Losa del Obispo) o la Muntanyeta de Cabrera (Vedat de Torrent), la cual ofrecía un resultado muy desfavorable para éstos últimos que se ajustaba muy bien a la caracterización que

el propio M. Tarradell había hecho del “Bronce Valenciano”, fundamentada en una pobreza generalizada de sus productos respecto de los del vecino meridional argárico.

En lo referente al registro de la Edad del Bronce del centro y sur del Levante peninsular, y en sintonía con lo considerado en general para el resto de la Península, esta decadencia del trabajo del hueso fue asumida sin problemas por autores como J. Aparicio (1976), para quien la Edad del Bronce constituía en el País Valenciano una etapa de grave recesión económica. El decaimiento de la artesanía del hueso no suponía más que otro reflejo más de dicha recesión. Aunque señaló acertadamente el error de M. Tarradell al considerar como elemento clave de este declive la sustitución de los punzones de hueso por los metálicos, consideraba que “...los instrumentos en hueso están poco elaborados, generalmente son huesos aguzados que conservan la apófisis y que sólo tienen trabajado el extremo punzante; las posibles espátulas son poco típicas. Lo único que ofrece un aspecto más cuidado son los botones con perforación en V.” Finalmente, concluía diciendo que “...la industria del hueso en la E. del Bronce Valenciano se limitó a la fabricación de instrumentos de primera necesidad.” (APARICIO PÉREZ, 1976: 149), idea que se mantuvo de forma persistente en la bibliografía posterior (ENGUIX ALEMANY, 1980: 157).

A comienzos de los años 80 veía la luz el trabajo de tesis doctoral de V. Lull (1983), en el que se pretendía ofrecer un nuevo panorama globalizador de la cultura argárica desde una óptica materialista histórica y en un marco claramente economicista. Sin embargo, en contradicción con esos propósitos, el autor dejó de lado desde el primer momento los utensilios de hueso, a pesar de constituir una parte significativa del registro arqueológico de los yacimientos. Primero, se vieron excluidos de estudio en el capítulo dedicado a los artefactos argáricos dada su general ausencia en los contextos funerarios, relegándose su tratamiento al apartado del trabajo centrado en el análisis de los procesos de producción —para, en dicho capítulo, hacer en la práctica una nula referencia a los mismos—; más adelante, el autor admite el escaso interés que para sus propósitos presentaban la mayor parte de los productos óseos por causa de su carácter técnico “...con tendencias de fabricación que se ajustan más a la función a que están destinados que a las modas culturales, y esto hace que se establezcan identidades de modelos en culturas distintas para útiles que desarrollan la misma función” (LULL, 1983: 219). Sin duda por estos motivos los únicos productos óseos a los que dedicó una especial atención fueron los botones de perforación en V (LULL, 1983: 214) y algunos tipos de cuentas de collar y elementos de adorno localizados en el interior de las tumbas (LULL, 1983, 211). En resumidas cuentas, para V. Lull los artefactos óseos seguían ofreciendo un carácter extracultural y escaso valor cronológico, lo que justificaba un débil interés en su tratamiento.

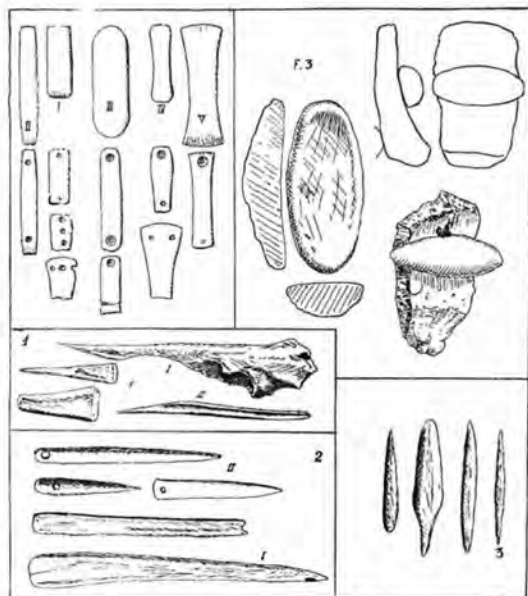


Fig. 2.—Útiles de piedra.—Afiaderas de pizarra.

Fig. 3.—Útiles de piedra.—Molinos de mano de El Algar (El del ángulo superior derecho es de Cañaverosa (Murcia).

Fig. 4.—Útiles de hueso y marfil.—1. Punzones y cincelos —2. Agujas.—3. Palitos agudos.

Figura 1.1_ Útiles de hueso y marfil argáricos, según la clasificación de E. Cuadrado (1950).

Para entonces estaba ya llegando a la Península el eco de los trabajos que desde finales de la década de 1960 llevaban realizándose en Europa en torno a los artefactos de hueso postpaleolíticos impulsados principalmente por H. Camps-Fabrer y un nutrido grupo de especialistas, los cuales cristalizaron en una serie de coloquios internacionales celebrados en Francia durante la década de 1970 y principios de la de 1980, en los que se pretendía establecer y normalizar los criterios y metodología básicos con los que afrontar el estudio de las colecciones de objetos óseos de los yacimientos prehistóricos europeos. Sin embargo, la consecuencia más importante en nuestro país fue comenzar a transformar la percepción de la investigación prehistórica española respecto de los artefactos de hueso, asta y marfil exhumados en los yacimientos peninsulares. Así, durante los años ochenta ven a la luz diversos trabajos centrados en el análisis de productos óseos de época postpaleolítica, aunque principalmente neolíticos (SALVATIERRA CUENCA, 1980; ANDRÉS RUPÉREZ, 1981; UTRILLA MIRANDA y BALDELLOU MARTÍNEZ, 1982; VENTO MIR, 1985) y sólo de forma más esporádica de la Edad del Bronce, bien formando parte de estudios más amplios, de carácter regional (SALVATIERRA CUENCA, 1982; RODANÉS VICENTE, 1989) o de conjuntos artefactuales de yacimientos concretos (HARRISON *et al.*, 1986).

Como consecuencia del inicio de nuevos proyectos de excavación en esa década, impulsados desde renovadas fuentes metodológicas y a la luz de los nuevos datos y de la revisión de los conjuntos arqueológicos ya conocidos, comenzó a modificarse también en el área centro-meridional valenciana aquél punto de vista que situaba a la producción ósea en la periferia marginal de la investigación prehistórica. A mediados de los ochenta, M. S. Hernández (1985: 113) señalaba ya la poco reconocida abundancia de los materiales de hueso en la Edad del Bronce del País Valenciano, haciendo un escueto pero detallado repaso de la diversidad de productos óseos documentados hasta la fecha en los yacimientos valencianos: mangos, punzones, espátulas, puntas de flecha, cuentas de collar, colgantes y botones de perforación en V, para algunos de los cuales pronosticaba el autor una gran importancia como referente crono-cultural.

En los trabajos realizados posteriormente se marcó una nueva tendencia hacia una valoración sustancialmente distinta del registro artefactual óseo de los yacimientos de la Edad del Bronce, plasmada en los estudios y apartados correspondientes incluidos en las memorias científicas publicadas concernientes a yacimientos como la Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1992), Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994), Cerro de El Cuchillo (LÓPEZ PADILLA, 1995), Lloma de Betxí (LÓPEZ PADILLA, 1998), Gatas (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1999), Peñalosa (MÉRIDA GONZÁLEZ, 2000) o la Motilla del Azuer (ALTAMIRANO GARCÍA, 2009), por citar sólo algunos de los más destacados. Todos estos

trabajos, no obstante, no han pasado de ser en realidad unos inventarios más o menos pormenorizados del material exhumado en cada yacimiento, si bien sometidos en algunos casos a analíticas y observaciones macro y microscópicas que mejoran sustancialmente las realizadas en décadas anteriores. Pero sin dejar de constituir ello un avance evidente, el tratamiento dado a las colecciones –evaluadas mayoritariamente fuera de marcos de observación de carácter regional y macro-regional en los que pudieran apreciarse las tendencias fijadas por la dinámica productiva a escala grupal e intergrupal– ha seguido manteniendo a la producción ósea de estos yacimientos fuera del ámbito de estudio al que sí se ha sometido, por ejemplo, el registro óseo neolítico, el cual cuenta en la actualidad con diversas propuestas teóricas relativas a su desarrollo y dinámica general en distintos ámbitos geográficos de la Península (PASCUAL BENITO, 1998; MAICAS RAMOS, 2007; BARRETO RUVIO, 2004). Para la Edad del Bronce, en cambio, sólo contamos por ahora con algunos ensayos de distinto calado y repercusión concernientes principalmente a objetos de adorno (BARCIELA GONZÁLEZ, 2006), de marfil (PASCUAL BENITO, 1995) o ciertos objetos a los que se atribuye tradicionalmente una notable importancia como “fósil-director”, como los botones de perforación en V (USCATESCU BARRÓN, 1992; MÉRIDA GONZÁLEZ, 1997b).

El resultado es que en la práctica lo más que encontramos es la vigencia de un cliché que, como hemos visto, remonta al menos a mediados del siglo pasado y que se asume o rechaza según las características del registro recuperado en cada yacimiento. Así, por ejemplo, mientras que para P. V. Castro Martínez *et al.* (1999: 285) la secuencia de Gatas avalaría la paulatina sustitución de los medios de producción óseos por los metálicos entre finales de la Edad del Cobre y a lo largo de la Edad del Bronce –idea en la que también abunda, y por los mismos motivos, V. Mérida (2000: 159) en relación con el yacimiento de Peñalosa– para J. Valiente (1992: 187) la introducción de la metalurgia no supuso en la Loma del Lomo cambios sustanciales en el volumen de producción de artefactos óseos con respecto a las etapas precedentes, posicionándose en la misma línea apuntada anteriormente por J. M. Soler (1987: 113) a propósito de la extraordinaria abundancia de artefactos óseos en Cabezo Redondo.

A nuestro parecer, hipótesis contrapuestas como éstas no pasan de ser proposiciones difícilmente refutables o corroborables fuera de un marco de observación pertinente que, sin duda, no ha sido delimitado hasta el momento, lo que para nosotros explica que, en esencia, reste aún sin respuesta la cuestión fundamental: ¿qué papel jugó la producción de artefactos óseos en el desarrollo histórico de los grupos arqueológicos del cuadrante sudoriental peninsular durante el II milenio cal BC? interrogante básico susceptible de detallarse en multitud de preguntas de carácter más puntual, como por ejemplo: ¿qué tipos de artefactos se

produjeron y consumieron con mayor intensidad en la Edad del Bronce con respecto a la etapa precedente? ¿hubo cambios en los medios de producción empleados en la manufactura de artefactos óseos durante el lapso temporal considerado? ¿a qué sectores productivos se destinaron preferentemente los artefactos óseos elaborados? ¿existieron cambios significativos a lo largo del tiempo en la selección de las materias primas utilizadas?...

A nuestro juicio, plantear proposiciones con las que responder a cuestiones como las enunciadas más arriba sólo puede comenzar partiendo de un análisis que no se limite a la evaluación y clasificación somera del conjunto artefactual registrado en uno o en una decena de yacimientos, sino que integre en una adecuada unidad de análisis a un conjunto significativo de yacimientos y de sus registros en un marco geográfico y cronológico pertinente, relevante para territorios y espacios culturalmente definidos, a lo largo de un periodo de tiempo determinado.

II

OBJETIVOS Y UNIDADES DE EVALUACIÓN EMPÍRICA

Por todos es ya sabido que, desde la perspectiva marxiana, la dialéctica en la que se sustancia lo que denominamos “historia” reside en el hecho de que los seres humanos actúan bajo condiciones y circunstancias heredadas, no elegidas por ellos, y que el motor de este cambio no es otro que el trabajo, aquello que el hombre interpone entre sí y la naturaleza como medio de perpetuar su existencia (PATTERSON, 2003: 27). No resulta, por tanto, sorprendente que K. Marx reclamara en varias ocasiones la necesidad de crear una historia del desarrollo de los instrumentos de producción:

Darwin ha dirigido su interés hacia la historia de la tecnología natural, es decir, a la formación de los órganos vegetales y animales como instrumentos de producción de la vida de las plantas y de los animales. ¿Es que no merece la misma atención la historia de la creación de los órganos productivos del hombre social, la base material de cada organización social en particular?. ¿Y no sería más fácil de crear, puesto que, como dice Vico, la historia humana se distingue de la historia natural en que una la hemos hecho nosotros y la otra no?. La tecnología descubre el comportamiento activo del hombre para con la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida y, por tanto, también de sus relaciones sociales de vida y de las representaciones espirituales que brotan de ellas. (MARX, 1863, [2000] L.I., t. II: 81. n. 89)

Si nuestro objetivo es conocer y explicar en qué grado y de qué modo se involucró la producción ósea en la génesis, reproducción y desarrollo de unas sociedades concretas, durante un lapso temporal determinado, ello exige definir previamente una serie de unidades de observación a partir de las cuales corroborar o refutar las hipótesis planteadas con respecto al proceso histórico que pretendemos explicar, en cada una de las escalas en las que éste se despliega y manifiesta en lo material. Y si resulta esencial acotar espacialmente tales unidades, no lo es menos determinar la dimensión temporal en la que articularlas, de manera que no sólo

nos permitan inferir qué cosas acontecieron y dónde, sino también cuándo, y en coordenadas tales que nos aproximen en lo posible a la explicación de cómo sucedieron. Por consiguiente, nuestra labor no puede reducirse a la mera colección, inventariado y asignación tipológica de un conjunto más o menos amplio de objetos óseos sino que, siendo consecuentes con el posicionamiento teórico desde el que abordamos nuestra investigación, la determinación de los tipos de objetos óseos no puede constituir sino un medio a través del cual obtener información pertinente respecto a nuestro verdadero objeto de estudio: las formaciones sociales que produjeron, usaron y desecharon estos artefactos.

Por el contrario, la identificación y definición de tipos, subtipos y variantes de objetos y su distribución espacio-temporal en arreglo a las series estratigráficas disponibles, ha constituido el objetivo fundamental de la mayoría de los trabajos realizados en torno a los objetos óseos prehistóricos, no sólo en nuestro país (RODANÉS VICENTE, 1987; PASCUAL BENITO, 1998) sino también en el resto de Europa (CAMPS- FABRER, 1968; CAMPS- FABRER *et al.*, 1990; 1998; CHOI, 1999). De este modo, el artefacto ha permanecido, en esencia, como la principal unidad de observación empírica, a partir de la cual obtener o completar el cuadro diagnóstico de cada cultura, en cada momento de su pretendido desarrollo histórico.

Ante la afirmación realizada a finales de los años cincuenta por R. Wauchope de que “la unidad básica de la investigación arqueológica es el artefacto”, K. C. Chang ya replicaba que

“Si nuestro propósito al estudiar artefactos es el artefacto mismo, o la información que puede proporcionar, no hay más que decir. Pero si centramos nuestra atención sobre la gente y su conducta, el artefacto se convierte esencialmente en un medio para alcanzar ese objetivo. Los artefactos siguen siendo nuestros datos operativos, y la clasificación nuestro método básico,

pero la unidad primaria que merece consideración debe conceptualizarse en otro nivel más importante, en términos de *gente*” (CHANG, 1967: 25)

Esta reflexión puede servir para ilustrar el giro que a partir de mediados del siglo XX se dio en la arqueología en el sentido de declarar y asumir definitivamente su vocación de ciencia social. Es en ese marco en el que se inscribió el surgimiento y desarrollo de la llamada entonces “Nueva Arqueología” y el inicio de la expansión de la Arqueología procesual como reacción a la denominada “Arqueología tradicional”, vinculada al Particularismo Histórico.

Al mismo tiempo, surgió una preocupación nueva por definir la relación del investigador respecto al registro arqueológico concebido como el único interlocutor posible entre aquél y las sociedades del pasado prehistórico. Se plantearon reflexiones acerca de aspectos de la investigación y de la metodología arqueológica que hasta el momento habían sido pasadas por alto, tales como la pretendida “actualidad” de los restos arqueológicos y el reconocimiento de la existencia de toda una serie de procesos que los generaron y modificaron y que han determinado sus características observables en el momento en que son registrados por el arqueólogo. En este sentido hemos de valorar especialmente las aportaciones de L. R. Binford (1968) y sobretodo de M. Schiffer (1972; 1976), quienes pueden considerarse exponentes y referencia de la Arqueología procesual que tanto auge cobró en el ámbito académico anglosajón especialmente en la década de 1970.

La “Nueva Arqueología” desarrolló en su momento una serie de instrumentos metodológicos con los que aportar base empírica a las proposiciones derivadas de la Teoría General de Sistemas, que constituye su almacén teórico. Partiendo de la concepción de la cultura como un “sistema de adaptación extrasomático de una sociedad con su ambiente y con otros sistemas socioculturales” –tomado de la obra de L. A. White (1959)– el registro arqueológico debía ser interpretado como parte de un “sistema cultural” integrado y determinado por la interrelación de una serie de subsistemas, y del cual sólo era posible inferir datos por medio de la analogía con grupos etnográficamente documentados o por medio de análisis rigurosos y procedimientos estadísticos que permitiesen obtener datos precisos (GÁNDARA, 1982: 64).

Mientras la Nueva Arqueología desarrollaba sus “sistemas” de análisis, en opinión de algunos investigadores la aportación del materialismo histórico al campo de la arqueología se centró, durante demasiado tiempo, más en la teoría que en el de la aplicación de sus principios a la metodología arqueológica, dándose la paradoja de que a la hora de afrontar el análisis del registro arqueológico se empleaban mayoritariamente herramientas analíticas desarrolladas por la arqueología funcionalista (VARGAS ARENAS, 1990: 81). Ello

también puede advertirse con claridad en algunos de los trabajos pioneros desarrollados en nuestro país (LULL, 1983; ESTÉVEZ *et al.*, 1984; RUIZ RODRÍGUEZ *et al.*, 1986) en los que a pesar del posicionamiento abiertamente materialista histórico del que se partía, la metodología empleada seguía el programa “sistémico”. Sin embargo, lo cierto es que en esos años también se realizaron propuestas concretas para el análisis de los restos arqueológicos a partir de los presupuestos teóricos del materialismo histórico, en el que se planteaban una serie de conceptos jerarquizados con los que se pretendía comenzar a abordar con ciertas garantías la contrastación de hipótesis con el registro arqueológico (ESTÉVEZ *et al.*, 1984). En esencia, este intento quedó en poco más que un bosquejo, que por parte de V. Lull acabaría tomando cuerpo en otro artículo titulado *Hacia una teoría de la representación en arqueología*, en el que se exponían toda una serie de reflexiones acerca del objeto de la arqueología y de los tipos de datos inferibles a partir de los objetos arqueológicos (LULL, 1988).

Al mismo tiempo, en Latinoamérica se estaban dando pasos importantes en este mismo sentido con los trabajos de investigadores como L. F. Bate (1977; 1982), M. Sanoja (1984), L. G. Lumbreras (1981) o L. Manzanilla (1985), entre otros, a través de los cuales se hicieron aportaciones de distinto calado encaminadas a la conformación de una teoría de lo observable que, a finales de los noventa, L. F. Bate (1998: 116) consideraba tan necesaria como inconclusa.

Además de insistir en la necesidad de desarrollar una teoría arqueológica con la que poder afrontar el análisis del registro, L. F. Bate ha indicado la íntima vinculación que ésta debe tener necesariamente con la teoría sustantiva –en este caso, el materialismo histórico–, razón en la que basa sus objeciones a la pretensión de establecer en ella una especie de “campo común” en el que dirimir las diferencias entre las distintas posiciones teóricas, defendida por M. Gándara. En efecto, para L. F. Bate

“...una teoría de lo observable es una selección racional (...) de los aspectos, atributos y relaciones presentes en la realidad objetiva observable, los cuales guardan conexiones explicables con aquellos aspectos que nos interesa inferir y que resultan relevantes a la teoría sustantiva,” (BATE PETERSEN, 1998: 107).

En otros términos: ante la infinidad de propiedades potencialmente observables en los objetos arqueológicos, el observador hace una necesaria selección de las propiedades que percibe, la cual estará siempre condicionada por la teoría sustantiva. Si asumimos el concepto y la necesidad de una “teoría arqueológica” –que cabría incluir entre las teorías mediadoras–, deberemos centrar nuestra atención en el análisis de aquello que resulte relevante para caracterizar los procesos sociales, es decir, lo que en palabras de G. Sar-

miento (1992: 38) constituyen unidades de observación socialmente significativas (BATE PETERSEN, 1978: 37; LUMBRERAS, 1981; 1984a y b) las cuales pueden guardar, como es lógico, vínculos conceptuales comunes con las que han propuesto otros investigadores que participan de la misma teoría sustantiva, pero también considerables diferencias –compárense, por ejemplo, las propuestas de M. T. Boschín (1991), P. Gasull, V. Lull y M. E. Sanahuja (1984: 6- 10), L. Manzanilla (1985) o P. V. Castro *et al.* (1999: 26- 34).

Pero la inferencia de un “pasado dinámico” (BATE PETERSEN, 1992) a partir del registro arqueológico exige por otro lado teorizar la formación de ese registro. En ese sentido, es mucho lo que debemos a la obra de M. Schiffer, cuyas aportaciones han resultado decisivas en el campo de la teoría arqueológica y especialmente en lo relacionado con la formación de los contextos arqueológicos (SCHIFFER, 1972, 1976). Tal y como este autor plantea, a pesar de la concepción “pompeyoide” que a menudo se ha tenido de ellos (SCHIFFER, 1988), los contextos arqueológicos generalmente no permiten inferir de forma inmediata las actividades humanas con las que se encontraron vinculados en el pasado, al menos no en el modo en el que se ofrecen normalmente al excavador. Muy al contrario, como toda realidad, también ellos poseen una “historia” propia, en su caso la que transcurre entre el momento en que sus componentes quedan desligados de las actividades humanas y el instante en que son observados por el arqueólogo. Existe, pues, una historia deposicional de los contextos arqueológicos que involucra tanto acciones desarrolladas por agentes sociales como transformaciones derivadas de procesos geomorfológicos, responsables unos y otros tanto de su composición como de la configuración que presentan a la vista del investigador.

Posiblemente, una de las aportaciones teóricas más relevantes en este sentido sea la del concepto de contexto- momento, desarrollado por L. F. Bate (1992: 51; 1998: 109). Siguiendo a este autor, el despliegue del conjunto global de actividades relacionadas con la producción y reproducción sociales, en cada instante de su desarrollo, se compone de un sinfín de contextos- momento, en los que se interrelacionan y vinculan mutuamente una multiplicidad de elementos. Durante su vida útil, algunos de estos elementos participarán de muy numerosos y diversos contextos- momento hasta que, al quedar definitivamente desvinculados de la acción humana, pasen a conformar contextos arqueológicos. Incluso entonces nada impide que, una vez constituidos como tales, todos o parte de dichos elementos pasen nuevamente a conformar nuevos contextos- momento –como ocurriría, por ejemplo, al excavar en un área de depósito de desperdicios para emplear éstos como material de relleno en un terraplén.

El proceso de formación de los contextos arqueológicos adquiere, de ese modo, un aspecto dinámico que se ha de tener muy presente a la hora de elaborar

la cadena de inferencias que pretendidamente nos ha de conducir a la representación de la realidad del pasado. De este modo, a nuestro juicio el concepto de contexto- momento vendría a conformar en su expresión material el desarrollo de las diferentes prácticas sociales (CASTRO *et al.*, 1998) llevadas a cabo por las sociedades que constituyen nuestro objeto de estudio. Prácticas que habremos de inferir a partir de su huella tangible en el registro: los elementos que integran los contextos arqueológicos conformados precisamente al filo de la extinción de aquellos contextos- momento vividos.

Esta cuestión nos conduce a otra no menos fundamental, y es que mientras los objetos encierran en sí mismos toda una multiplicidad de rasgos y propiedades directamente observables por el arqueólogo, los contextos arqueológicos necesariamente se infieren (BATE PETERSEN, 1998: 111) algo en lo que existe un lógico acuerdo con otros autores cuando indican que los conjuntos arqueológicos no se reconocen, sino que se proponen: constituyen “hipótesis relacionales de significado” (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1999: 27). En general, pues, podría decirse que por encima del objeto, toda unidad de observación que se establezca resulta necesariamente una proposición teórica. De aquí surgen, como veremos, toda una serie de problemas relacionados con la acotación de las dimensiones y escalas de las diversas unidades propuestas.

A pesar de las posiciones adoptadas a finales de los setenta por autores como L. G. Lumbreras (1981: 45), en general a inicios de los ochenta se tendía a considerar que el objeto arqueológico, aislado de su contexto, no era susceptible de constituir una unidad de análisis relevante para la investigación. Así, por ejemplo, para L. Manzanilla (1986; 1990) el área de actividad constituye la unidad espacial mínima en la que queda constancia de las acciones sociales, postura similar a la adoptada en su momento por J. Estévez *et al.* (1984: 26), para quienes el “hallazgo” arqueológico aislado resultaba incapaz de explicar nada “exógeno” a los propios objetos, que sólo cobraban valor en este sentido al quedar interrelacionados en unidades.

Convenimos en que cualquier objeto arqueológico desvinculado por causas naturales o antrópicas del ambiente sedimentario en el que fue depositado y en el que pasó a formar parte de un contexto arqueológico, queda privado de una parte sustancial e irrecuperable de la información que contiene como testimonio de las prácticas sociales en las que en su día intervino. Sin embargo, ello no significa que no conserve un valor fundamental como dato, se encuentre o no en relación con otros elementos del registro. Como ha recordado recientemente V. Lull (2007: 152) el objeto arqueológico aislado pierde una parte esencial de su contenido, pero sólo de la misma manera que su presencia en relación con otros objetos conforma y determina también el contenido del contexto al que dio sentido. Existe, por tanto, una relación dialéctica entre ambos,

de la que deviene un vínculo del que ni uno ni otro queda completamente huérfano.

En este punto han confluído las perspectivas de otros investigadores, como A. Ruiz *et al.* (1986: 64) quienes, haciéndose eco del posicionamiento de L. F. Bate (1977: 35) a este respecto, recordaban que junto a la información que cualquier artefacto proporciona en relación a su forma y factura, nos aportan también datos relativos a los procesos de trabajo involucrados en su producción, y a otros relacionados con la obtención y transporte de los materiales de los que está elaborado, así como también puede ofrecernos datos referidos al medio ambiente y también con respecto a determinados contenidos estético- ideológicos.

Creemos que la aportación más decisiva realizada hasta ahora en este sentido ha sido, sin embargo, la de V. Lull (1988: 64). Este autor propone la existencia de varios planos de información en el objeto arqueológico que ofrecen un carácter inclusivo, todos los cuales posibilitan obtener datos relevantes como indicadores de actividades con contenido social. Estos tres planos son los de artefacto, arteuso y circundato, y resultan reconocibles en los objetos independientemente de si se hallan contextualizados o no en el registro arqueológico.

A juicio de V. Lull, (2007: 158), un artefacto puede definirse como “producto que constituye un medio instrumental de una sociedad”, de modo que bajo la discriminación básica de si se trata de artefactos muebles o inmuebles, simples o complejos, para el autor en la categoría de artefacto cabría desde el producto menos elaborado hasta un gran asentamiento complejo. El plano arteusual, en cambio, se concibe literalmente como reflejo del “material fungible” de toda sociedad (LULL, 2007: 163), tanto para el mantenimiento físico de las personas como de los objetos, motivo por el que se incluyen en él no sólo las materias primas sino también todo tipo de deshechos generados por la producción. Por último, en el plano del circundato se sitúa cualquier información contenida en un objeto arqueológico relacionada con el entorno físico y las condiciones ecológicas del espacio social, proporcionando datos concernientes al medio que habita y explota cualquier sociedad. Se trata de una serie de planos que pueden ofrecerse de forma acumulativa, de manera que un artefacto a menudo contiene los tres: la materia prima de la que se elaboró permite conocer, además de información básica relativa al proceso de trabajo que lo constituyó como tal artefacto, datos concernientes a las características geofísicas y biológicas del medio que posibilitó su aprovechamiento social.

Pero cualquiera que sea el plano o planos de información que contengan los objetos registrados, existen también unos niveles de integridad –correspondientes a distintos niveles de agregación y complejidad de los datos arqueológicos (BATE PETERSEN, 1998: 118)– que permiten inferir nuevas cualidades de los elementos y

contextos en los que éstos se vinculan a medida que unos y otros se integran relacionalmente en unidades de observación más amplias, que de modo genérico se inician en el objeto singular –se halle fuera de contexto o no– y continúan en el contexto arqueológico para culminar en la cultura arqueológica, que es definida como:

...la totalidad de contextos y materiales arqueológicos identificables como efectos de la transformación material de la naturaleza, realizada por una determinada sociedad en un determinado rango temporal (...) (BATE PETERSEN, 1998: 121)

Pero dado que en su despliegue la realidad pasada que se pretende explicar implicó también las relaciones entre diferentes sociedades concretas –e incluso entre grupos de sociedades–, y puesto que en la calidad e intensidad de dichas relaciones hallamos determinaciones causales del proceso histórico seguido por cada una de ellas (GAILLEY y PATTERSON, 1988), entonces la totalidad del espacio social que cada cultura abarcó en cada momento histórico no podrá constituir la unidad de observación empírica de mayor amplitud en el espacio, sino que necesariamente deberemos emplear aquélla que nos permita dar cuenta de tales relaciones.

Como corolario de todo lo expuesto hasta el momento, cabe afirmar la inexistencia de unidades de observación “básicas” en arqueología, sino que éstas serán aquéllas que se consideren significativas en relación con las preguntas planteadas y con los objetivos de la investigación perseguidos (BATE PETERSEN, 1998: 161). En consecuencia, y de acuerdo con nuestra representación del objeto de estudio, las unidades de análisis que emplearemos son aquéllas que, a nuestro juicio, van a permitirnos evaluar en sus escalas correspondientes las proposiciones teóricas con las que se pretende explicar, en su complejo desarrollo, la historia de unos grupos arqueológicos que se concretaron como sociedades en un espacio determinado y a lo largo de un intervalo de tiempo preciso.

1. EN EL ESPACIO

Bien sea aislado o como componente de contextos, a partir del objeto arqueológico y de su articulación relacional con otros objetos y elementos se constituyen las diversas unidades de observación que, como ya vimos, a diferencia del objeto arqueológico sólo pueden ser inferidas, es decir, propuestas por el arqueólogo en función de los vínculos que éste es capaz de establecer entre un determinado conjunto de aquéllos. En este sentido, y en orden ascendente en cuanto a la cantidad, nivel y amplitud que potencialmente abarcan sus elementos constituyentes como también, aunque no con carácter general, en arreglo a la dimensión espacial que alcanzan cada una de ellas, distinguiremos:

- a)-las áreas de actividad
- b)-las unidades habitacionales
- c)-los asentamientos
- d)-el territorio o espacio social
- e)-el ámbito de relaciones inter-territoriales o sistema mundo

Cada una de estas unidades permite, a nuestro juicio, la evaluación en su escala espacial correspondiente de las diversas proposiciones teóricas relativas a la explicación del proceso histórico que constituye nuestro objeto de estudio.

1.1. ÁREAS DE ACTIVIDAD

En varios aspectos, el concepto de “contexto arqueológico” manejado por L. F. Bate difiere claramente del de área de actividad –acuñado por L. Manzanilla (1986, 1990)– no tanto en cuanto a su configuración como resultado del desarrollo de procesos de trabajo inferibles a partir de los elementos que los conforman, como en cuanto a la posibilidad de definir objetivamente sus límites espaciales y temporales. En ese sentido, para L. F. Bate las actividades desarrolladas por una sociedad sólo podrían tener una perspectiva de observación completa considerando la totalidad del espacio en el que se manifiesta fenoménicamente una sociedad, y en el que todas las actividades se hallan involucradas e interrelacionadas, por lo que concluye que resulta imposible no acabar acudiendo a criterios arbitrarios para establecer los límites espaciales de los contextos arqueológicos observados.

Según la definición dada por L. Manzanilla (1986: 11) el área de actividad estaría constituida por “la concentración y asociación de materias primas, instrumentos y desechos en volúmenes específicos, que reflejen acciones particulares”. Para la autora es posible diferenciar diversos tipos, en función de si se trata de áreas destinadas al abastecimiento, manufactura, uso-consumo, almacenamiento o desecho –tomadas directamente de M. Schiffer (1972: 158)–, o mejor en función del tipo de producción y/o de consumo realizado en ellos (MANZANILLA, 1990: 12). Se trata de un camino en el que se entrecruzan, en la misma dirección, muchos otros senderos, como el propuesto por J. Estévez *et al.* (1984: 26), para quienes cabría distinguir distintos tipos de unidades –definidas como aquéllas en las que “los elementos que dan a conocer un segmento concreto de la realidad ocupan un espacio diferenciado y exclusivo”– tales como las unidades básicas, unidades de producción, unidades de consumo alimentario, unidades de almacenamiento y otras, como las unidades socioideológicas –políticas, religiosas o lúdicas– separadas de los aspectos más puramente económicos de la actividad social.

A juicio de G. Sarmiento (1992: 39), la identificación de un tipo determinado de área de actividad va

ligada a la determinación del tipo de artefactos y de las relaciones entre éstos y los demás elementos que la configuran, pudiéndose reconocer cuatro tipos de áreas de actividad en el registro arqueológico:

- a)-áreas de actividad de producción
- b)-áreas de actividad de consumo
- c)-áreas de actividad de almacenamiento
- d)-áreas de actividad de desecho

Es evidente que en esta relación, claramente orientada hacia las actividades vinculadas con la cadena productiva, se excluyen otros ámbitos más directamente relacionados con prácticas sociales con un contenido esencialmente ideológico, como por ejemplo los enterramientos, que como hemos visto sí cabrían entre las unidades socioideológicas propuestas por J. Estévez *et al.* (1984).

Pero sobre todo se ha de tener en cuenta que el desarrollo de las diversas prácticas sociales que constituían la vida diaria de las sociedades cuya realidad pasada pretendemos representar implicó la sucesión continuada de distintos y múltiples contextos- momento que a menudo se solaparon en el tiempo y en el espacio. Es necesario, por tanto, llegar a discriminar en la medida de lo posible a qué esfera concreta de la actividad social correspondió cada uno de los elementos o grupos de elementos registrados en un contexto arqueológico, y su relación con áreas de actividad específica.

1.2. UNIDADES HABITACIONALES

Para L. Manzanilla (1986: 10), en un nivel superior a las áreas de actividad se encontraría la unidad habitacional –concepto que en trabajos posteriores queda definitivamente asimilado al de unidad doméstica (MANZANILLA, 1990). Entendida como unidad empíricamente observable, e integrada por artefactos y áreas de actividad, se concibe como espacio en el que es posible inferir la existencia de diferentes procesos de trabajo relacionados con la producción y reproducción de la vida social, razón por la que a juicio de la autora, constituye la única unidad de observación empírica capaz de permitir la inferencia de actividades sociales concretas (MANZANILLA, 1990: 15)

Sin embargo, la creación de espacios artificiales susceptibles de convertirse en ámbitos destinados a la preservación de personas y bienes, así como a garantizar el desarrollo en condiciones óptimas de determinadas actividades de producción, almacenaje y consumo, no implica que la totalidad de las áreas de actividad potencialmente inferibles a partir del registro arqueológico se encuentren necesariamente contenidas en ellos. Sí convenimos, en cambio, en que generalmente las áreas de actividad registradas en un asentamiento se hallarán relacionadas con determinados espacios utilizados como habitación, se hayan conformado al



Figura II.2.1 Gráfico ilustrativo de las distintas unidades de análisis contempladas en el espacio y su relación inclusiva.

interior o al exterior de éstos. En ese sentido, la unidad habitacional se constituye en un referente en el cual y/o alrededor del cual se distribuyen en el tiempo y en el espacio áreas de actividad registrables que pueden ordenarse y clasificarse en relación con aquélla.

Por otra parte, consideramos que resulta más correcto el término de "unidad habitacional" que el de "unidad doméstica", por cuanto que el carácter "doméstico" de las estructuras que se registran en cualquier asentamiento humano no sólo resulta difícilmente definible en el espacio, sino que a menudo varía a lo largo del tiempo. Por el contrario, sea cual sea el tipo de actividades desarrolladas en su interior, la construcción de ámbitos destinados a la ocupación humana siempre tendrá un carácter de "habitación". Aunque bien es verdad que ello excluye determinados espacios que, independientemente de con qué intención fueran originalmente construidos, en algún momento fueron destinados a otros usos no expresamente relacionados con la ocupación física más o menos permanente de personas –como rediles o basureros, por ejemplo– lo

que confiere una ambigüedad al término de la que somos plenamente conscientes. Para solventar en parte este problema se han planteado alternativas como la que proponen P. V. Castro *et al.* (1999) en el marco de su teoría de los conjuntos arqueológicos, en la que se opta por los denominados "subconjuntos estructurales" para designar los elementos constructivos que participan de los conjuntos arqueológicos que se definan.

1.3. ASENTAMIENTOS

Podría proponerse que la agrupación que conforman, en el registro arqueológico, las distintas unidades habitacionales y áreas de actividad reconocidas en un lugar concreto en un lapso de tiempo determinado constituye un asentamiento. Sin embargo, un asentamiento siempre es algo más que una mera reunión de estructuras y restos distribuidos en ámbitos de los que se puede inferir, en mayor o menor grado, la realización de un cierto tipo de prácticas sociales. De ahí que otros investigadores hayan preferido interponer otras unidades de observación entre las unidades habitacionales y el asentamiento, como por ejemplo, la agrupación residencial, que consistiría en un conjunto de diversas unidades habitacionales en las que se evidencia la realización de actividades compartidas, mientras que el conjunto de todas las unidades habitacionales conformaría propiamente el sitio arqueológico (MANZANILLA, 1990). En cambio, para autores como V. Lull (2007: 161) productos, restos estructurales y asentamientos constituyen todos ellos artefactos, tan sólo diferenciados en cuanto a su escala de complejidad, que obliga en el caso de éstos últimos a analizar y explicar las diferentes partes de las que se componen.

De acuerdo con el principio que reconoce diferentes niveles de integridad de los datos arqueológicos, a medida que éstos quedan incorporados en unidades de análisis mayores un asentamiento puede, en tanto unidad de observación empírica, brindar una información que en su conjunto trasciende a la que proporciona la mera suma de las unidades habitacionales y las áreas de actividad inferidas, permitiendo evaluar, por ejemplo, la presencia o no de patrones urbanísticos y sus características o inferir la existencia de áreas específicamente destinadas al desempeño de ciertas actividades, a lo largo de lapsos de tiempo determinados.

En opinión de J. Estévez *et al.* (1984: 27) el patrón de asentamiento se concibe como la concreción en el espacio del conjunto social, de manera que la forma del asentamiento está determinada por la relación dialéctica que a cada momento se establece entre las relaciones sociales de producción y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de donde cabe inferir que...

"...formaciones socioeconómicas con las mismas exigencias y necesidades materiales y con parecido

equipaje ideológico plasmarán en el espacio un modelo de asentamiento similar. Así pues, el patrón de asentamiento expresa la naturaleza del grupo desde diferentes puntos de vista al mismo tiempo:

-Económico: desarrollo tecnológico y procesos de trabajo

-Social: división social del trabajo y sistemas de propiedad

-Ideológico: desde recintos comunales, lugares de culto y estructuras de poder hasta territorios políticos” (ESTÉVEZ *et al.*, 1984: 27)

Aunque desde una perspectiva teórica muy diferente, en cierto modo es en este mismo sentido en el que el asentamiento alcanzaba a convertirse, a decir de K. C. Chang (1976: 50), en la unidad de observación “analítica e históricamente significativa” para la arqueología, pues resultaba el compendio de la información empírica necesaria para realizar “los análisis y comparaciones de las culturas prehistóricas”. Y ello a pesar de lo dificultoso que puede resultar establecer los propios límites de un asentamiento, de lo cual el propio K. C. Chang era plenamente consciente, al proponer también el “microambiente” como ámbito de estudio, un espacio en el cual los ocupantes de cualquier asentamiento establecen una vinculación directa en cuanto al aprovechamiento y explotación de los recursos que ofrece (CHANG, 1976: 68).

A esto se añade que el manejo de una unidad analítica de estas características conlleva un alto grado de exigencia empírica, ya que las posibilidades reales de evaluar similitudes y diferencias entre diversos asentamientos en cuanto a su organización, planeamiento urbanístico o disposición de elementos arquitectónicos van indisolublemente ligadas a factores como la extensión de la superficie excavada en los propios yacimientos y la calidad del registro obtenido en el proceso. El resultado a menudo es que sólo un muy exiguo porcentaje de los asentamientos que pueden considerarse relevantes para un análisis como el que nos proponemos aquí, cuenta con datos suficientes en ese sentido.

Pero en cualquier caso, existe una cuestión fundamental que no puede obviarse, cual es la posibilidad de la existencia de escalas de especialización y, sobre todo, de jerarquización de los asentamientos en el territorio, pues distintos asentamientos correspondientes a una misma sociedad pueden presentar distintas características en arreglo al desempeño de funciones específicas, impuestas políticamente desde asentamientos centrales.

1.4. ESPACIO SOCIAL

Precisamente el obviar la posible existencia de especialización y jerarquización entre distintos asentamientos, ofreciendo por tanto una información incom-

pleta en relación con la distribución y/o intercambio de productos entre ellos, es una de las principales críticas que se formularon contra los planteamientos de C. K. Chang desde posicionamientos teóricos materialistas (RUIZ RODRÍGUEZ *et al.*, 1986: 74- 75), en los que se concede en cambio al territorio un valor no meramente ecológico, sino como espacio de expresión reconocible de las formaciones económico-sociales, y por tanto un papel primordial como unidad de observación empírica. Así el concepto de espacio, entendido como escenario interactuante en la producción y reproducción sociales, adquiere un contenido esencialmente económico y político (RUIZ RODRÍGUEZ *et al.*, 1986: 76; NOCETE CALVO, 1989: 38) que se muestra capaz de ofrecer información relevante sobre los procesos históricos vinculados al desarrollo de las desigualdades sociales en y entre las formaciones sociales. A esta escala, autores como L. Manzanilla (1990: 16) proponen como unidad de análisis a la región, entendida como espacio de características fisiográficas concretas que agrupa a diferentes núcleos de población, en la que es posible analizar las relaciones de carácter económico, político, etc. mantenidas entre ellos, a partir fundamentalmente de la distribución de los asentamientos en el territorio.

Es en esta vertiente del sentido otorgado al concepto territorio en la que a cada caso concreto, éste cobra sentido como expresión de la delimitación física de la categoría de cultura arqueológica formulada por L. F. Bate (1998: 121), que como vimos se define como la totalidad de contextos y materiales arqueológicos identificables como efectos de la transformación material de la naturaleza, realizada por una determinada sociedad en un determinado rango temporal. De modo que la cultura arqueológica vendría a estar constituida por los contextos arqueológicos y los elementos que los componen y por los materiales arqueológicos descontextualizados, integrados en un conjunto global que conforma la realidad material a partir de la cual el investigador debe inferir los procesos sociales del pasado, y que por tanto se concretan en un espacio dado en el que éstos tuvieron lugar y que ha de ser reconocido.

Para V. Lull (2007:165, n.17), no obstante, resulta importante diferenciar los conceptos de territorio y de paisaje, por cuanto que éste último no está ligado a una organización determinada del espacio generada por la reproducción económica, social y política de las sociedades, sino a la construcción de carácter simbólico que se elabora a partir de las percepciones compartidas por un colectivo que comparte un mismo espacio social.

Pero determinadas condiciones del desarrollo de la historia de los grupos sociales que constituye nuestro objeto de estudio trascienden claramente los límites reconocibles de la reproducción social y de los modelos de organización y gestión de la producción fijados en el territorio ocupado, a cada momento de su devenir histórico, por las sociedades que analizamos. Reparar

en tales condiciones y explicarlas exige el dibujo de una unidad de análisis aún mayor, en la que puedan someterse a corroboración empírica las proposiciones relativas a los modelos de relación intersocial e inter-regional en las que aquéllas surgieron.

1.5. SISTEMA- MUNDO

Aunque fue F. Braudel (1976) el primero en proponer la existencia de un sistema mundial –world-system– para explicar las amplias interconexiones económicas establecidas entre los diferentes estados del Mediterráneo durante el siglo XVI, no fue sino en manos de I. Wallerstein (1979) que dicho concepto se generalizó hasta convertirse en una noción más amplia tanto desde el punto de vista territorial como cronológico. Para I. Wallerstein, el sistema mundial centrado en la Europa de 1500 se convirtió en la unidad de observación fundamental con la que reconocer y explicar la evolución del capitalismo a lo largo de los últimos cinco siglos.

Siguiendo las tesis de I. Wallerstein, la economía mundial capitalista se articularía en función de al menos tres áreas bien diferenciadas:

- el centro, en el que se hallan emplazadas las sociedades económica y políticamente dominantes del sistema y donde se concentra la producción de los bienes tecnológicamente más avanzados,

- la periferia, situada en el extremo opuesto al centro y donde se encuentran sociedades y regiones especializadas principalmente en la exportación de materias primas y cuya industria está basada en la tecnología más atrasada,

- y la semiperiferia, situada en un nivel de desarrollo económico intermedio entre las dos anteriores y que en opinión de I. Wallerstein constituye la pieza que permite estabilizar el sistema, al ejercer un papel mediador entre ellas.

Algunos autores añadieron posteriormente una cuarta área, definida como área externa (SANDERSON y HALL, 1995: 97) o hinterland (GILLS y FRANK, 1993: 94), que en contra de lo propuesto inicialmente por I. Wallerstein no constituiría meramente el conjunto de regiones situadas al margen del sistema, sino que también interactuaría en los procesos de explotación y transferencia de bienes entre la periferia y el centro del sistema, pero sin estar directamente involucrada en dichas relaciones de explotación.

Entre estos elementos diferenciados regionalmente se articula una interacción básica a partir de cuatro dinámicas fundamentales: en primer lugar, unas relaciones de explotación por parte del centro sobre la semiperiferia y periferia, caracterizadas por su naturaleza expansiva; en segundo término una intensa competencia económica, política y militar entre las sociedades que integran el centro; en tercero, traslaciones regionales del lugar ocupado por deter-

minadas sociedades dentro del sistema; y finalmente, una actuación amortiguadora de la semiperiferia, a la que ya hemos hecho referencia. Como resultado de la acción combinada de todas estas dinámicas la característica más destacada de un sistema mundial desde el punto de vista del análisis territorial, es su progresiva expansión geográfica a lo largo del tiempo, incorporando porciones cada vez más extensas del área exterior.

Ciertamente, las posibilidades de aplicación de las teorías de sistemas mundiales al estudio de formaciones sociales prehistóricas, como es el caso que nos ocupa, estuvo durante muchos años mermada en gran medida por su acusada focalización en la problemática de la génesis y desarrollo del sistema capitalista a partir del siglo XVI, proceso para cuya explicación fueron expresamente desarrolladas. Sin embargo, a partir de los últimos años de la década de 1980 y durante la década de 1990, los trabajos de investigadores como C. Chase-Dunn, K. Ekholm, J. Friedman o D. Wilkinson, entre otros, abrieron el camino a la aplicación de las teorías de I. Wallerstein al análisis de sistemas mundiales “precapitalistas” (SANDERSON y HALL, 1995), inaugurando un interesante debate frente a quienes, como el propio I. Wallerstein, las creían inaplicables al estudio de los circuitos de transferencia de bienes anteriores al sistema capitalista (FRANK y GILLS, 1993).

Tomando partido por quienes creen compatible la existencia de un modo de producción doméstico y la distribución de productos vehiculados por lazos de parentesco con la articulación de centros y desigualdades a nivel regional entre las comunidades prehistóricas de la Península (NOCETE CALVO, 2001: 24), creemos que existen datos suficientes como para considerar la existencia de evidentes desequilibrios a nivel regional en el consumo de determinados productos entre las formaciones sociales peninsulares del III y II milenio cal BC, que a la postre no significan más que la expresión de desigualdades transregionales en la capacidad de movilización y captación de recursos.

Para que dichas desigualdades puedan percibirse, analizarse y por tanto ser explicadas, resulta a nuestro juicio imprescindible establecer una unidad de observación territorial muy superior a las ópticas de alcance local o regional que habitualmente se han empleado en la investigación, obligando a considerar no sólo el espacio en el que se desarrolló y reprodujo cada sociedad, sino también el ámbito total que abarcó –en su caso– el sistema en el que éstas se encontraban integradas. Pero para poder valorar y determinar la extensión de esa unidad de observación de carácter territorial será así mismo imprescindible tratar de descubrir e identificar los contornos que circunscribieron a cada una de estas formaciones sociales en el marco temporal considerado, así como definir el papel que cada una de ellas desempeñó en el sistema en el que se hallaban implicadas.

2. EN EL TIEMPO

Si asumimos que nuestra capacidad de explicar el devenir de las sociedades del pasado estriba en la posibilidad de interpretar la dialéctica del movimiento de la realidad social, entonces conocer la temporalidad de los fenómenos resulta indispensable para la comprensión de los procesos históricos (BATE PETERSEN, 1998: 123). Es imprescindible, por tanto, acotar una unidad de análisis temporal: adjudicar el “tamaño del tiempo” (LULL, 2007: 143) de los objetos y elementos que constituyen la colección de testimonios del pasado remoto que pretendemos inferir.

Pero, ¿cuál es “el tiempo” de la “Edad del Bronce” del Levante y Sudeste de la Península Ibérica? No se trata ésta de una cuestión menor, cuando la temporalidad asignada a las manifestaciones recurrentes de la singularidad cultural del Grupo Argárico y de los grupos arqueológicos de su periferia septentrional y oriental ha tenido su propia “historia” a lo largo del tiempo.

A comienzos del siglo XX, los trabajos pioneros de L. Siret (1913) situaban el apogeo de Los Millares en el momento de la llegada de los fenicios, con los que el genial investigador belga asociaba la presencia de toda una amplia gama de productos que a su juicio mostraban un claro origen “oriental”. El advenimiento de la cultura argárica se encontraba, en cambio, sustancialmente unido a la expansión de los celtas, cuya arribada a la Península implicó la abrupta ruptura de las conexiones culturales con Oriente. Se delimitaba así un primer marco cronológico para el Grupo Argárico, que quedaba comprendido aproximadamente entre 1200 y 800 a.C.

En un momento en el que no estaban disponibles otras herramientas, la cronología prehistórica peninsular tenía que establecerse a partir de los paralelos formales “reconocibles” y “reconocidos” entre los objetos arqueológicos peninsulares y sus supuestos referentes orientales, único lugar en el que podía asirse, aunque fuera por los pelos, algún dato más o menos fiable que directa o indirectamente conectara con las fechas “absolutas” de los estados del Próximo Oriente. En ese sentido, desde que fueran empleadas por primera vez como demarcador cronológico (BOSCH GIMPERA, 1932), las cuentas de fayenza descubiertas por L. Siret en Fuente Álamo jugaron un papel fundamental, y en torno a ellas giró durante mucho tiempo el debate y las argumentaciones sobre las que se sostenían las propuestas de cronología argárica.

En sus primeros trabajos, P. Bosch Gimpera (1932) estableció el marco temporal de la Edad del Bronce a partir de la datación asignada a dichas cuentas en función de sus paralelos británicos y egipcios, que le permitieron fijar la fecha de 1400 a.C. como punto de referencia para separar en dos fases el desarrollo cronológico de la cultura argárica, que en su propuesta de periodización quedaba establecido entre el 1900- 1800 a.C. y el 1200- 1100 a.C. Dónde se situara su momento

inicial, no obstante, quedaba lógicamente al pario de las fechas que se asignaran a la etapa cultural precedente, representada por el yacimiento de Los Millares. Una década más tarde, las investigaciones de G. y V. Leisner (1943) establecerían una cronología para este yacimiento a partir de las analogías apreciables entre las cerámicas, armas, ídolos y rasgos constructivos de los monumentos y de la arquitectura militar y sus supuestos referentes en Egipto y en el Mediterráneo Oriental y Occidental. En virtud de sus apreciaciones, la cultura millarensis comenzaría en torno al año 2200 a.C. y se prolongaría hasta 1600 a.C., diferenciando dos fases sucesivas denominadas Los Millares I y II –y que en lo básico correspondían a la ausencia o presencia del vaso campaniforme– que acabarían y se iniciarían, respectivamente, en torno al año 1800 a.C.

En cambio, para J. Martínez Santa-Olalla *et al.* (1947: 158) el origen claramente anatólico atribuido a los primeros pobladores de El Argar, en el marco de la teoría invasionista defendida, exigía una demarcación temporal acorde con ésta, lo que llevó a proponer una fecha de 1400 a.C. en la que, a su juicio, se habrían dado las condiciones para que las relaciones entre los egeos y los hititas permitieran el paso a un contingente anatolio que se dirigiera a conquistar la Península. La cultura argárica, así creada en el otro extremo del Mediterráneo, habría perdurado hasta el año 1000 a.C., aproximadamente.

Hacia mediados del siglo XX, P. Bosch Gimpera (1954) mantenía un marco temporal para la cultura argárica –o, lo que para el autor constituía de hecho su equivalente, para la Edad del Bronce peninsular– comprendido entre ca. 1800 a.C. y ca. 1100 a.C., en el que se distinguían una primera fase de transición entre la cultura millarensis y la argárica, situada entre 1900 y 1800 a.C., y el pleno desarrollo cronológico de la cultura que se fija entre 1800 y 1100/1000 a.C. y que quedaba dividido a su vez en otras dos fases más, separadas por la fecha de 1400 a.C. a la que invariablemente conducían las cuentas de fayenza de Fuente Álamo.

Aproximadamente por esas fechas M. Tarradell (1950) propugnaba la existencia de áreas culturales diferenciadas del Argar en otros ámbitos de la Península. Para este autor no existía base empírica suficiente sobre la que sustentar una dimensión cronológica precisa para el Bronce Valenciano por él definido (TARRADELL MATEU, 1963: 174). Tan sólo cabía admitir, por un lado, que su inicio debía fijarse, por pura lógica, en donde se emplazara el final del Eneolítico, y por otro, su contemporaneidad con el Argar, para el que asumía también una indefinición de sus límites temporales a salvo de la fecha que, una vez más, fijaban las cuentas segmentadas de pasta vítrea de Fuente Álamo, las cuales permitían asegurar que, al menos entre 1400 a.C. y 1200 a.C., la cultura argárica estaba plenamente vigente.

En muchos aspectos, ya entonces la cronología del Levante peninsular se mostraba en estrecha dependen-

cia de la que se fijara a cada momento en el Sudeste, y no sólo en cuanto al Argar y al Bronce Valenciano, sino también para las etapas precedentes (LLOBREGAT CONESA, 1966). En ese sentido, se puede considerar fundamental la aportación de B. Blance, quien en aquellos años, y a partir principalmente del análisis y ordenación de los conjuntos funerarios argáricos, había realizado una nueva propuesta de división cronológica para el desarrollo de la cultura argárica en dos fases: el Argar A, que comenzaría alrededor del 1700 a.C. y el Argar B, iniciado –cómo no– hacia 1400 a.C. (BLANCE, 1964: 133), propuesta que encontraría amplio predicamento en nuestro país (SCHUBART, 1973, 1975; RUÍZ GÁLVEZ, 1977; SCHÜLE, 1980).

A comienzos de los años sesenta, sin embargo, habían hecho ya su aparición en este ámbito las primeras dataciones de yacimientos de la Edad del Bronce obtenidas por el método del radiocarbono, lo que pronto habría de tener importantes consecuencias con respecto a la valoración del “tiempo” de la “Edad del Bronce”. Las primeras fechas radiocarbónicas publicadas de los yacimientos levantinos, procedentes de muestras de Cabezo Redondo y Pic dels Corbs, con ser aparentemente elevadas, no entraron abiertamente en contradicción con el esquema cronológico del Argar propuesto por B. Blance. Sin embargo, todo cambió a partir de la publicación de la fecha de Terlinques (SOLER GARCÍA y FERNÁNDEZ MOSCOSO, 1971; TARRADELL MATEU, 1971), hasta el punto de que hoy podemos afirmar que ésta vino a hacerse pública en un momento crucial de la investigación prehistórica valenciana.

Tras la publicación de los trabajos de M. Tarradell (1950, 1962, 1965), en los que definitivamente se sentaban las bases para la identificación del “Bronce Valenciano” y su segregación del círculo cultural argárico, el problema, tal y como señalaba oportunamente E. Llobregat (1969: 65) ya no estribaba en la “clasificación” de los yacimientos sino en establecer su cronología y periodización, algo para lo que el propio Tarradell (1969: 20) había reclamado ya el auxilio indispensable del ^{14}C . A ese respecto, sin embargo, los dos argumentos esenciales asumidos hasta entonces y alrededor de los cuales había pivotado la discusión en los años precedentes eran:

–de una parte una marcada “antigüedad” para los inicios de la cultura, fijado en torno a mediados del II milenio a.C., en fechas aproximadamente contemporáneas a las propuestas por entonces para el Argar, corroboradas con las dos únicas dataciones de las que ya se disponía –Pic dels Corbs (PLA BALLESTER, 1966: 81) y Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1969: 20)– las cuales confirmaban la existencia de una Edad del Bronce perfectamente “constituída” en el área de Levante alrededor de 1600 a.C.;

–y de otra, la monotonía y aparente ausencia de “evolución” en su registro artefactual a lo largo de un período muy considerable de tiempo, hasta enlazar con la Cultura Ibérica posterior, ya en el siglo V d. C., y que

estratigráficamente se evidenciaba en la superposición de los niveles ibéricos con los de la Edad del Bronce en multitud de yacimientos (TARRADELL MATEU, 1969: 25).

Desde la perspectiva de investigación del momento, resultaba difícil explicar cómo una cultura podía perdurar prácticamente mil años sin evidenciar cambios significativos en el registro, lo que en buena medida vino a promover ciertas explicaciones “catastrofistas” que aducían al estancamiento cultural y a la crisis económica para justificar este hecho y que serían plenamente desarrolladas en trabajos posteriores (APARICIO PÉREZ, 1976). De hecho, la convicción de que necesariamente debía haber indicios que permitiesen proponer subdivisiones y fases de evolución cultural, acabó frustrándose ante los resultados obtenidos por M. Tarradell en su empeño por hallarlos, cuando como el propio autor llegó a confesar, del registro cabía deducir diferencias en todo caso geográficas, que no cronológicas. De manera que a su juicio el problema entraba, si acaso, en un necesario compás de espera, aguardando nuevas y más numerosas dataciones (TARRADELL MATEU, 1969: 20-26).

Así las cosas, al mismo tiempo en que J. M. Soler y E. Fernández iniciaban las excavaciones en Terlinques, E. Llobregat (1969) publicaba los datos y materiales procedentes de las excavaciones de J. Belda en el poblado alicantino de la Serra Grossa, constatando su sintonía general con los artefactos registrados en la mayoría de los yacimientos conocidos del “Bronce Valenciano”. El autor asumía la validez de las fechas radiocarbónicas de Pic dels Corbs y Cabezo Redondo –aunque considerándolas “muy altas”– para fijar los inicios del período en torno a 1600 a. C., pero la ausencia de referencias tipológicas que permitiesen parcelarlo en el tiempo le abocó a una arriesgada propuesta cronológica para la ocupación del poblado de la Serra Grossa. De este modo, atendiendo a rasgos como las características de la pasta cerámica de las vasijas o la relativamente nutrida presencia de fondos planos entre las mismas –considerado entonces como signo de proximidad cronológica con las cerámicas “arcaizantes” ibéricas– E. Llobregat propuso una fecha cercana al siglo VIII a.C. para el yacimiento, lo que además le permitía atenuar el problema aparente de la ausencia de niveles de la Edad del Bronce en el cercano poblado ibérico del Tossal de Manises, pues si el “Bronce Valenciano” se disolvía en los orígenes de lo ibérico, resultaba necesario relacionar de algún modo el abandono de la Serra Grossa con la fundación del establecimiento ibérico (LLOBREGAT CONESA, 1969: 67).

Pero la publicación en 1970 de la fecha obtenida en Terlinques, que se remontaba hasta 1850 ± 115 a. C. lo cambió absolutamente todo, condicionando por completo el debate en torno a los orígenes de la Edad del Bronce. Por una parte, asumir la validez de la datación implicaba aceptar una proximidad evidente con la fecha de 1980 ± 250 a. C. obtenida algunos años antes en la Ereta del Pedregal (MENÉNDEZ y

FLORSCHUTZ, 1961; FLETCHER VALLS, 1961). Pero ante todo obligaba a replantear, sobre nuevas bases, la problemática de la precedencia cronológica del “Bronce Valenciano” con respecto al Argar, pues antecedía en casi doscientos años a las fechas hasta ese momento admitidas para el origen de la cultura argárica (TARRADELL MATEU, 1970: 24).

Por tanto, es probable que el escepticismo acerca de la validez de la datación de Terlinques hubiese sido mayor si al año siguiente de su publicación no se hubiera difundido otra nueva fecha radiocarbónica, esta vez obtenida en el yacimiento de Serra Grossa, que se remontaba a 1865+ 100 a. C. (LLOBREGAT CONESA, 1971: 96). Aunque la fecha obligaba a E. Llobregat a rectificar drásticamente la cronología que había propuesto con anterioridad para el yacimiento —de hecho, es probable que las expectativas fueran muy otras cuando se decidió enviar la muestra a datar, confiando en obtener una referencia cronológica que permitiera comenzar a fijar el final del “Bronce Valenciano” y no sus inicios— ésta permitía, conjuntamente con la datación de Terlinques, poner cabeza abajo la geografía y cronología de la Edad del Bronce peninsular y retomar viejas hipótesis propuestas por D. Fletcher y E. Pla (1956) acerca de la antecendencia cronológica del Bronce Valenciano con respecto a la cultura del Argar.

Naturalmente, las consecuencias no se hicieron esperar, y muy poco tiempo después E. Llobregat (1973) publicaría un artículo en el que se revisaba y se ponía al día la secuencia cultural y cronológica de la prehistoria valenciana, según los datos que habían proporcionado las últimas dataciones radiocarbónicas. En lo que concernía a la Edad del Bronce, se hacía eco de antiguas teorías de Evans referentes a la expansión de la metalurgia del bronce por Europa, para la que proponía una corriente expansiva de norte a sur por la costa mediterránea, en la cual las tierras valencianas habrían tenido lógica precedencia con respecto al Sudeste.

Sin embargo, y no por casualidad, en esas mismas fechas H. Schubart había ya propuesto elevar cronológicamente el comienzo del Argar —“Argar A”-, de manera que a su juicio éste debía fijarse en torno al año 1700 a.C. —siempre hablando en fechas sin calibrar-, mientras que las célebres cuentas segmentadas de la tumba 9 de Fuente Álamo, empleadas por B. Blance como nexos con las cronologías del Mediterráneo Oriental, debían considerarse más bien representativas de los inicios de la segunda fase de la cultura —“Argar B”-, fechable en torno a 1500 a.C. (SCHUBART, 1973: 56).

En plena “revolución del radiocarbono”, las nuevas fechas que éste estaba proporcionando para los distintos yacimientos prehistóricos de la Península ponían en serios aprietos los esquemas hasta entonces aceptados. Así, apenas dos años después de ocuparse por primera vez del problema, veía la luz un nuevo trabajo de E. Llobregat (1975) que profundizaba en la problemática de la periodización y cronología. Tan

sólo habían transcurrido cinco años desde la publicación de las fechas de Terlinques y de Serra Grossa, pero todo había cambiado. La coherencia que mantenían entre sí las dataciones obtenidas las convertía en un sólido punto de referencia cronológico que obligaba necesariamente a recomponer el período de formación de la Edad del Bronce en el Levante peninsular, al que E. Llobregat (1975: 127) definió como una etapa de “transición al Bronce Pleno”.

Pero si el inicio de la Edad del Bronce en Levante quedaba fijado en torno al 1850 a. C., ello no podía más que obligar también a un replanteamiento de las cronologías del Argar, pues a pesar de asumir una mayor antigüedad para sus inicios, la fecha de 1700 a. C. que H. Schubart había propuesto seguía estando a más de siglo y medio de distancia de las fechas de Terlinques y Serra Grossa. Y podría decirse que en este punto el ¹⁴C vino a poner de nuevo las cosas como estaban: tras casi un siglo de investigación sobre el Grupo Argárico y siendo una de las culturas prehistóricas peninsulares más intensamente estudiadas, sólo cuando las fechas obtenidas en otros yacimientos comenzaron a mostrarse sistemáticamente contradictorias con las que se proponían para la periodización del Argar —las cuales había sido establecidas a partir de las fechaciones cruzadas con las culturas del Mediterráneo oriental—, comenzaron a llevarse a cabo las primeras dataciones radiocarbónicas de yacimientos argáricos. De ese modo, en la versión castellana del artículo ya publicado en 1973, H. Schubart (1975: 341, n.70b) añadió en una nota a pie de página —que obviamente no se incluía en el original en alemán— en la que ya se hacía eco de los resultados preliminares obtenidos por las muestras del Cerro de la Virgen de Orce, Cuesta del Negro de Purullena y Cerro de la Encina de Monachil, enviadas al Laboratorio de Groningen (VOGEL y WATERBOLK, 1972), y que fijaban en torno a 1785 a. C. los niveles antiguos del Argar y entre 1650 y 1630 a. C. los comienzos del por entonces denominado “Argar B”. El último paso en el “envejecimiento” de los orígenes del Argar se daría sólo un año más tarde, cuando A. Arribas (1976:152) al publicar en detalle las fechas, concluyó que dada la lejanía del Cerro de la Virgen del “área nuclear” argárica, lo razonable era suponer fechas cercanas a 1900 a. C. para el inicio del “Argar A”.

En estos momentos, en el área levantina F. Gusi (1975) desarrollaba la primera propuesta de periodización basada exclusivamente en el conjunto de dataciones absolutas publicadas. Este autor aceptaba plenamente la validez de las fechas obtenidas en Terlinques y Serra Grossa, al considerar que el Bronce Valenciano se iniciaría sobre el 1900 a.C. Esta misma fecha o un poco posterior fue aceptada para el inicio del “Bronce Valenciano” por un buen número de investigadores (MARTÍ OLIVER y GIL SANCHO, 1978; ENGUIX ALEMANY, 1980), aunque también hubo quien las consideró demasiado elevadas argumentando que la etapa eneolítica todavía estaría vigente hasta aproximadamente el

1700 a.C., considerando la secuencia y los resultados radiocarbónicos obtenidos en el yacimiento de la Ereta del Pedregal (APARICIO PÉREZ, 1976: 138).

En ese sentido, E. Llobregat (1973) había intentado ya, como hemos visto, conciliar la periodización clásica de la escuela valenciana (PLA BALLESTER, 1958; TARRADELL MATEU, 1963) con las modificaciones que la nueva técnica de datación del Carbono 14 estaba obligando a introducir en la secuencia. Había quedado así establecida una fasificación en la que, tras un Calcolítico Pleno, cuyo final se situaba hacia 2000 a. C., seguía una etapa de “Transición al Bronce Valenciano” en la que aparecían por primera vez los elementos clásicos del “equipo campaniforme”, tales como el puñal de lengüeta, la punta de Palmela, el botón de perforación en V, el “brazalete de arquero” y, por supuesto, la propia cerámica campaniforme (LLOBREGAT CONESA, 1975: 128).

Sin embargo, tras la publicación de los trabajos de R. J. Harrison (1974) todo debía reconsiderarse de nuevo, puesto que si se aceptaban las cronologías que éste proponía para las cerámicas impresas de “estilo marítimo” y para las incisas y pseudoexcisas del “tipo Ciempozuelos” no podía mantenerse ya la sincronía de los tipos “primitivos” y los de “reflujo” que E. Llobregat (1975: 128) había propugnado para la zona valenciana, y por otra parte, se planteaban una serie de contradicciones, derivadas del modelo de “transición” al “Bronce Valenciano” y su cronología, que era necesario resolver.

Éstas eran algunas de las cuestiones fundamentales que J. Bernabeu (1984) abordaba en su tesis doctoral, a las que se añadía determinar la existencia de un auténtico “grupo cultural campaniforme” en el Levante peninsular. Sin embargo, algunas de las soluciones que al respecto vendría a proponer en este trabajo habían sido anticipadas en un estudio anterior (Bernabeu Aubán, 1979) en el que se propugnaba la existencia de una fase de “Eneolítico Pleno”, en cuyos momentos finales aparecerían las cerámicas campaniformes más antiguas, mientras que las de tipo inciso, que acompañaban al resto del “ajuar campaniforme”, se adscribían a una etapa posterior a la que denominó “Horizonte Campaniforme de Transición” y cuyo final, en torno a 1800 a. C. vendría marcado por las fechas radiocarbónicas de Terlinques y Serra Grossa (BERNABEU AUBÁN, 1979: 122- 123). Este es el esquema que defendería más tarde, asociando la fase del Eneolítico Pleno con el nivel II de Ereta del Pedregal y el Estrato C de El Promontori, en Elche, mientras que el HCT estaría representado por el nivel III y estrato B de estos dos mismos yacimientos (BERNABEU AUBÁN, 1984: 11).

Naturalmente, todas estas consideraciones repercutían necesariamente sobre las hipótesis que se defendieran en torno a la cronología y origen del “Bronce Valenciano”. Tras analizar y valorar el estado de la investigación, especialmente la presencia de cerámicas campaniformes en algunos de los yacimientos

argáricos del sur de Alicante, y de objetos de plata supuestamente argáricos en contextos indudablemente campaniformes del Alto Vinalopó, J. Bernabeu (1984: 112) consideró que El Argar coexistiría con los grupos campaniformes en tierras valencianas, influyendo decididamente en éstos y condicionando su transformación. El Bronce Valenciano sería, por tanto, posterior en sus orígenes a la cultura argárica, de modo que las fechas de Terlinques y Serra Grossa debían considerarse demasiado elevadas, decantándose hacia un inicio más tardío cercano al 1700 a.C.

Un año más tarde, en el marco de esta misma idea pero desde una óptica más meridional, M. S. Hernández Pérez (1985: 115; 1986: 348) planteó que la presencia de poblados argáricos en el sur de Alicante desde fechas muy antiguas tuvo necesariamente que influir, al menos, en las comarcas centro-meridionales valencianas. El resultado de todo este proceso de interacción entre “argáricos” y comunidades locales tendría como resultado la posible aparición, en fecha también muy temprana, de una facies comarcal en la cuenca del Vinalopó y tierras colindantes, siendo Terlinques y Serra Grossa poblados antiguos de ésta. De este modo, se podía explicar sin problemas la antigüedad de las fechas obtenidas tanto en uno como otro enclave.

En estos momentos F. Molina (1983) volvía a hacerse eco de la delimitación cronológica propuesta por A. Arribas (1976) y completada más tarde por F. de la Torre (1978) para el Grupo Argárico, estableciendo sus comienzos en el área “clásica” entre 1900 y 1800 a.C., y su llegada a la Vega de Granada en torno a 1800 a.C., mientras que su final, arqueográficamente reconocido en la presencia de materiales de tradición meseteña del círculo Cogotas I, quedaba fijado entre 1300 y 1100 a.C., horizonte cronológico correspondiente al “Bronce Tardío” sistematizado y definido por este mismo autor, y que constituía una etapa transicional hacia el Bronce Final (MOLINA GONZÁLEZ, 1979).

Por su parte, V. Lull (1983: 263) proponía, a partir de las mismas escasas dataciones radiocarbónicas por entonces disponibles y basándose en los datos obtenidos en su análisis tipológico del registro artefactual argárico, un intervalo cronológico para el desarrollo de la cultura que en el área del Sudeste se iniciaría con un período “formativo” que remontaría hasta 1900- 1800 a.C., seguido por una fase “intermedia” comprendida entre 1750 y 1650 a.C., sólo definida con claridad en el propio yacimiento de El Argar; la secuencia se completaba con un momento de “plenitud” de la cultura situado entre 1600 y 1440 a.C., no prolongándose más allá de 1300 a.C.

Así las cosas, a finales de los años ochenta, el trabajo de M. I. Martínez Navarrete (1989) venía poner en solfa las inconsistencias de la mayoría de las propuestas cronológicas elaboradas hasta el momento. Pero si hasta entonces ya había resultado arduo conciliar las referencias cronológicas tomadas de las fechaciones

cruzadas y registros estratigráficos con las dataciones radiocarbónicas, a inicios de los noventa se desató lo que podría calificarse como una “segunda revolución” del radiocarbono, al ponerse de manifiesto que las fechas de ^{14}C debían corregirse con arreglo a una curva de calibración, obtenida a partir de datos dendrocronológicos. Al llevar a cabo dicha calibración, resultó evidente que había que “envejecer” en casi trescientos años la mayoría de las fechas de la “Edad del Bronce” peninsular, lo que significaba variar ostensiblemente los intervalos cronológicos en los que debía considerarse vigente el desarrollo histórico tanto del Grupo Argárico como de los grupos arqueológicos vecinos.

Con respecto al Grupo Argárico, P. González Marcén (1994) llevó a cabo el primer intento de establecer una periodización a partir exclusivamente de dataciones radiocarbónicas. El método consistió en la agrupación de todas las fechas consideradas útiles provenientes de los contextos argáricos. Éstas marcan unas inflexiones que se interpretan como indicadoras de cambios relevantes con significado histórico, en torno a las cuales se articula la secuencia argárica, comprendida en cinco fases. La primera de ellas se subdividía a su vez en dos etapas, de las cuales la primera, o Argárico Ia, constituiría la fase inicial del Grupo Argárico, y se fijaría hipotéticamente entre 2500 y 2150 cal BC. Entre 2150 y 1600 cal BC se desplegaban el resto de fases, componiendo una periodización que esquemáticamente se resume en:

Argárico Ib:	2150-2050 cal BC
Argárico II:	2050-1960 cal BC
Argárico III:	1960-1810 cal BC
Argárico IV:	1810-1700 cal BC
Argárico V:	1700-1600 cal BC

Pocos años más tarde, en un trabajo conjunto con otros autores (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996: 121) este esquema se varía un tanto al proponerse, por una parte, la fusión de las dos subfases del Argárico I en una sola, cuyo inicio debería fijarse en torno a 2300- 2250 cal BC; y por otra, la prolongación en el tiempo, aunque sólo ligeramente, de la fase V, que alcanza ahora hasta 1575 cal BC, aproximadamente. Dentro del esquema propuesto, el Argárico I correspondería a la emergencia del Grupo Argárico, mientras que el Argárico II supondría su momento de expansión y las fases III y IV el desarrollo de su “etapa clásica”, la cual toca a su fin a lo largo del Argárico V, antesala de su supuesta disolución como grupo arqueológico.

En la actualidad, este esquema puede considerarse el modelo más acabado de periodización del Grupo Argárico, aceptado –aunque con matices y dentro de una línea terminológica más tradicional– por otros autores como F. Molina González *et al.* (2004: 156) quienes sí consideran dentro de éste una última etapa –el “Bronce Tardío”– que se desarrollaría entre ca. 1600 y 1400 cal BC.

También a fines de los noventa se ensayó una falsificación basada en dataciones radiocarbónicas para el área de Levante (JOVER MAESTRE, 1997: 87), en la que, mediante un análisis semejante al realizado para el Grupo Argárico, se procedió a separar en cinco etapas el desarrollo histórico de los grupos del llamado “Bronce Valenciano”. Estas cinco fases se articulan del siguiente modo:

Fase 0:	2295±160-1940±80
Fase I:	1940±80-1782±50
Fase II:	1782±50 -1554±40
Fase III:	1554±40 -1287±61
Fase IV:	1287±61 -950±50

De esta propuesta podemos reseñar varias cuestiones que en su mayoría ya fueron indicadas por su autor, como son, en primer lugar, la evidente parquedad de la muestra estadística sobre la que se sustenta y las deficiencias en cuanto a la información contextual de muchas de las dataciones consideradas. Consecuentemente, el autor asumía la conveniencia de considerar conjuntamente algunas de las fases definidas –como las fases I y II– o revisar los intervalos propuestos para otras –como la fase III. A todo ello podemos también añadir la notable semejanza que ofrece con otras propuestas de periodización anteriores, como por ejemplo, con las de F. Gusi (1975), J. F. Navarro (1982) y M. Gil- Mascarell y R. Enguix (1986).

En general, las propuestas de periodización elaboradas en fechas más recientes, referidas al ámbito específico del Levante, han tratado de conciliar con más o menos fortuna las dataciones radiocarbónicas y los modelos secuenciales ya definidos con anterioridad (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a; DE PEDRO MICHÓ, 2004; DE PEDRO MICHÓ y MARTÍ OLIVER, 2004), que a grandes rasgos vienen a establecer un ámbito cronológico comprendido entre 2200 cal BC y 1500 cal BC para el desarrollo de la “cultura” del “Bronce Valenciano” (DE PEDRO MICHÓ y MARTÍ OLIVER, 2004: 324) mientras que a partir de estas fechas y hasta aproximadamente el 1200 cal BC se desarrollarían las dos “facies” del Bronce Tardío constatadas en la zona: una de tradición meridional, conectada con el Sudeste, y otra de raíz local (DE PEDRO MICHÓ y MARTÍ OLIVER, 1997).

A modo de síntesis conclusiva, podría decirse, a nuestro juicio, que tal y como señala A. Gilman (2003), nos hallamos en un momento en el que la datación radiocarbónica y su calibración dendrocronológica están permitiendo precisar con mayor aproximación que nunca los intervalos en los que se enmarcan los procesos históricos que interesa inferir, aunque todavía no en la medida en que las fechas nos permitan, por sí solas, responder a las cuestiones más esenciales relacionadas con la cronología de aquéllos. Las elevadas desviaciones que registran muchas de las fechas –aspecto inherente al propio método físicoquímico, que paulatinamente ha empezado a subsanarse– o la muy

notable carencia de información publicada relativa al contexto arqueológico preciso de las muestras datadas y su naturaleza, son dos de las cuestiones que por el momento lo impiden, pero no las únicas. En el mismo trabajo, A. Gilman (2003: 11) se hacía eco de un tercer aspecto, muy relacionado con los dos anteriores, como son las grandes dificultades que existen para amplificar los datos cronológicos obtenidos en ciertos yacimientos al resto del registro conocido, el cual en su inmensa mayoría procede de yacimientos que no cuentan con dataciones radiocarbónicas.

Por nuestra parte, añadiremos algo más, relativo a la información disponible para el ámbito geográfico que analizamos en este trabajo, y es que a todo lo anterior se suma la ostensible descompensación existente entre unas áreas geográficas y otras en cuanto a las fechas publicadas. Se trata de una cuestión íntimamente ligada a la intensidad de la investigación en cada área, pero que condiciona de forma ostensible cualquier propuesta de ordenación cronológica en base a series radiocarbónicas, y muy especialmente al emplear escalas de observación supra-regionales como las que resultan necesarias para inferir la existencia y contenidos de las relaciones inter-sociales establecidas en el seno de un sistema- mundo.

2.1. HACIA LA DIACRONÍA DEL PROCESO HISTÓRICO DE LAS FORMACIONES SOCIALES EN ESTUDIO. LA BASE EMPÍRICA

En base a los datos publicados hasta la fecha, y contando también con varias series de dataciones inéditas¹, hemos procedido a la recopilación, calibración y cómputo estadístico de más de 250 fechas radiocarbónicas comprendidas entre ca. 4000 cal BC y ca. 1100 cal BC, procedentes de yacimientos de hábitat situados en el ámbito geográfico delimitado para nuestro estudio.

Sin embargo, como primer filtro de control respecto a la calidad de los datos a evaluar, no se han tomado en consideración las dataciones referentes a yacimientos que no sean asentamientos al aire libre, por lo que se han excluido expresamente las dataciones procedentes de simas, cuevas o cavidades rocosas, ya presenten o no niveles de hábitat fechados en el intervalo que analizamos. Dos son las razones por las que hemos creído conveniente no tomarlas en consideración: por un lado a la inexistencia, prácticamente general, de referencias explícitas de las fechas obtenidas en cavidades a eventos –destrucciones, construcciones, remodelaciones, etc.– potencialmente relacionables con las series de los yacimientos al aire libre; y

por otro, a la magra presencia de objetos procedentes de cuevas entre el material óseo que analizamos, el cual, por otra parte, en ninguno de los casos pertenece a yacimientos fechados con radiocarbono. La inclusión de las dataciones de yacimientos en cueva solo podría aportarnos, por tanto, una muy limitada calidad de información a los efectos del objetivo perseguido y tal vez un molesto “ruido de fondo” que dificultara el análisis.

El grueso de la información se ha obtenido de P. V. Castro, V. Lull y R. Micó (1996), J. Eiroa y J. Lomba (1997- 1998) y de F. Gusi y C. Olària (1995). Las fechas publicadas con posterioridad a la aparición de estas recopilaciones se ha obtenido de trabajos de síntesis –M. J. De Pedro (2004), J. V. Picazo (2000), M. Fernández Miranda *et al.*, (1994), M. S. Hernández Pérez (1997b; 2009b)– o de artículos y monografías relativos a los distintos yacimientos –J. Soler Díaz y D. Belmonte (2006); M. Díaz Andreu (1999); M. S. Hernández, J. L. Simón y J. A. López (1995); A. Barrachina (2009).

La calibración de todas las fechas se ha realizado a partir de las fechas BP publicadas hasta el año 2007, empleando la versión 5.1 del programa CALIB y la Base de Datos InCal04. En aquellos casos en los que las series se han publicado articuladas en secuencias estratigráficas o en propuestas de periodización las fechas se han agrupado siguiendo dichos criterios, o actualizándolos cuando ha existido una reformulación posterior de la propuesta.

Como puede apreciarse en el mapa de la figura II.2.2, los yacimientos de los que procede la serie de dataciones evaluada suman un total de 53 que hemos agrupado en ocho unidades de carácter regional, como primera medida para su análisis conjunto, en las que se distribuye una muestra total de 285 fechas radiocarbónicas. En el mapa se puede apreciar con claridad la concentración de yacimientos datados y/o de dataciones en algunas zonas y la escasez relativa en otras, cuestión que impone una primera limitación a la hora de comparar las secuencias cronológicas que a escala regional cabe inferir en cada una de ellas.

2.1.1 Vega Baja del Segura, Bajo Vinalopó y Camp d’Alacant

La serie cuenta con alguna de las fechas más referenciadas en la bibliografía arqueológica del Levante peninsular, como la de Serra Grossa (LLOBREGAT CONESA, 1971). La fecha más antigua disponible en el marco cronológico que evaluamos aquí corresponde a un contexto de hábitat del IV milenio cal BC, localizado en la Playa del Carabassí (SOLER DÍAZ *et al.*, 2008), mientras que las más recientes pertenecen a momentos avanzados de la ocupación de la Illeta dels Banyets (SOLER DÍAZ y BELMONTE MAS, 2006).

En esta zona se documenta prácticamente la totalidad de los asentamientos argáricos de Levante, de los

¹ En este sentido, deseamos agradecer expresamente a Mauro S. Hernández, Eduardo López Seguí, Palmira Torregrosa Giménez y Virginia Barciela González la cesión desinteresada de los datos contextuales y de las dataciones radiocarbónicas todavía inéditas del yacimiento del Negret.

que sólo una pequeña parte –Illeta dels Banyets, Pic de les Moreres, Tabayá y Cabezo Pardo– cuenta con dataciones. De éstos, los dos últimos cuentan con fechas aún inéditas, mientras que la datación de Pic de les Moreres, proporcionada por el laboratorio japonés de Gakushuin, ha sido desestimada por algunos autores (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996: 31). Especialmente significativa y sensible es la ausencia de fechas para los enclaves de San Antón y Laderas del Castillo, excavados en las primeras décadas del pasado siglo y que sin duda constituyeron los enclaves más importantes.

La serie de la Illeta dels Banyets es con diferencia la más amplia de la zona, si bien sólo una parte de ella –cinco dataciones– se asocia con niveles estratigráficos documentados, mientras que el resto corresponde a enterramientos. A ello se añade que, excepto éstas últimas, todas proceden de micromuestras extraídas de los testigos y perfiles, careciéndose de una información precisa de carácter contextual que permita atribuir su presencia a eventos concretos, lo que necesariamente limita su utilidad a los efectos del objetivo planteado. La más antigua –Beta- 152951– se ha asociado al nivel de ocupación correspondiente a una vivienda de planta circular levantada sobre la roca natural, pero resulta imposible establecer si la fecha debe asociarse a la construcción de la misma, a un contexto de consumo de tipo doméstico –por ejemplo, un hogar– o al momento de su destrucción.

Las dataciones referidas a los enterramientos, por otra parte, constituyen una serie relevante, que sin embargo sólo en ciertos casos –tumba I, II y IV de la Illeta dels Banyets y tumba 1 de Cabezo Pardo– permiten establecer relaciones más o menos precisas con conjuntos estructurales y/o estratigráficos.

2.1.2 Medio y Alto Vinalopó, l'Alcoià- Comtat y Altiplano Yecla-Jumilla

Con diferencia, ésta constituye una de las series más relevantes a nuestro análisis, pues además de contar con varios de los yacimientos que ofrecen más muestras datadas –El Prado, Terlinques y Cabezo Redondo– la zona presenta también uno de los mayores índices de yacimientos con fechas radiocarbónicas en relación a la superficie (Figura II.2.2). A ello se añade, por otra parte, el hecho de que al margen de la datación de Catí Foradà, de la que se carece de información contextual, prácticamente todas las fechas disponibles proceden de contextos bien registrados y en buena parte publicados con detalle. Los datos han sido tomados fundamentalmente de P. V. Castro, V. Lull y R. Micó (1996), F. Gusi y C. Olària (1995), M. S. Hernández (1997) y J. J. Eiroa y J. Lomba (1998).

La secuencia se inicia con las fechas de El Prado, Jovades, Niueta y La Torreta, las cuales cubren prácticamente desde mediados del IV hasta casi mediados del III milenio cal BC, y a las que siguen en antigüedad las fechas de Mas del Corral y de la Fase I de Terlinques,

que enlazan las primeras décadas del II milenio con las últimas centurias del III milenio cal BC. Sin embargo, tanto la fecha HAR-146 de El Prado, de la que no se conoce el contexto, como las dos fechas AA-4237 y AA-4238, supuestamente procedentes de filtraciones de estratos superiores de este mismo yacimiento, presentan problemas para su valoración (EIROA GARCÍA y LOMBA MAURANDI, 1998: 101) En su gran mayoría, todas las fechas proceden de contextos de habitación, con excepción de dos fechas de Cabezo Redondo, procedentes de sepulturas, y de las dos fechas tomadas a los restos óseos de una tumba del yacimiento argárico del Tabayá, ninguna de ellas publicada.

La serie de Terlinques, todavía en buena parte inédita, se inicia con un conjunto de fechas procedentes de maderos empleados en la construcción de las viviendas que inauguran la ocupación humana del cerro, cuya destrucción queda fijada por las dataciones proporcionadas por los cereales calcinados sobre el pavimento de éstas, dos de ellas –Beta-122343 y Beta-122344– obtenidas de las semillas contenidas en un mismo saco. Sobre los derrumbes de estas habitaciones se levantan las construcciones de la Fase II, fechadas a partir de dos fragmentos de maderos pertenecientes a las vigas de la techumbre o al sistema de sujección de ésta, y cuya destrucción viene en principio también fijada por una muestra de vida corta –Beta-189757– tomada de un resto de esparto depositado sobre el pavimento de una de ellas. La Fase III, que comportó una completa remodelación urbanística del asentamiento, fija su cronología entre las fechas Beta-227574 y Beta-189758, tomadas de un resto óseo y de un fragmento de esparto, respectivamente.

Tres de las cuatro fechas procedentes del Cerro de la Campana se tomaron de muestras de vida corta –semillas– procedentes del interior del mismo cuenco de cerámica, por lo que hemos procedido a la calibración conjunta de las mismas, la cual nos proporciona una fecha de:

```
Average CSIC-446, 448 y 450
Radiocarbon Age 3310±29
Calibration data set: intcal04.14c
# Reimer et al. 2004
One Sigma Ranges: [start:end] relative area
                    [cal BC 1620: cal BC 1601] 0,234633
                    [cal BC 1593: cal BC 1532] 0,765367
Two Sigma Ranges: [start:end] relative area
                    [cal BC 1678: cal BC 1674] 0,006966
                    [cal BC 1669: cal BC 1516] 0,993034
```

O lo que es lo mismo, la misma fecha que proporciona CSIC-445, tomada supuestamente del poste de sujección de la techumbre de la vivienda en la que se encontraba el recipiente con las semillas. De todo ello cabe inferir que la casa se destruyó poco tiempo después de haberse construido, o al menos al poco de

haberse realizado una modificación estructural importante de la techumbre.

Por último, la serie de Cabezo Redondo se compone actualmente de dieciséis fechas, de las cuales catorce, todavía inéditas, proceden de muestras exhumadas en los trabajos desarrollados en el yacimiento desde 1987 bajo la dirección de M. S. Hernández. Junto con la serie de Terlinques, constituyen una de las más amplias para la Edad del Bronce de toda el área meridional valenciana, y como puede verse se ajustan claramente al intervalo entre ca. 1750 –ca. 1250 cal BC, del que sólo se aparta con claridad la fecha H-2277 obtenida de muestras procedentes de las excavaciones de José María Soler.

2.1.3 Vall d'Albaida y La Ribera

En esta zona la serie se inicia con las fechas del yacimiento de Colata (GÓMEZ PUCHE *et al.*, 2004), que se sitúan en el último tercio del IV milenio cal BC, y continúan con la de Arenal de la Costa, que cubre prácticamente el segundo tercio del III milenio cal BC. Sin embargo, para el II milenio sólo se cuenta con dos dataciones de Muntanya Assolada (DE PEDRO MICHÓ, 2004) procedentes de muestras óseas: la más antigua se obtuvo de restos óseos de un enterramiento practicado en una fosa de planta circular, excavada bajo más de dos metros de sedimentos, y otra de fauna contenida en un estrato de relleno asociado a una estructura en talud que se adosa a la muralla de la plataforma superior. No se han publicado todavía en detalle, sin embargo, los contextos relacionados estratigráficamente con las dataciones obtenidas.

2.1.4. L'Horta, Camp de Túria y Camp de Morvedre

Carecemos en la zona de referencias radiocarbónicas para contextos del III milenio cal BC, reduciéndose la serie a las dataciones procedentes de cuatro yacimientos –Lloma de Betxí, Les Raboses, Puntal dels Llops y Pic dels Corbs. Con gran diferencia, la Lloma de Betxí constituye el mejor conocido y el que cuenta con más dataciones, con contextos bien definidos y publicados en detalle (DE PEDRO MICHÓ, 1998; 2004).

En los trabajos más recientes, la autora atribuye las dataciones Ly-5054 y Ly-5055 a carbón disperso, del que no es posible definir un contexto preciso (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 45; DE PEDRO MICHÓ y MARTÍ OLIVER, 2004: 313), considerándose que las cuatro muestras proceden de un mismo nivel. Sin embargo, las muestras Ly-5053 y Ly-5052, consideradas como pertenecientes con seguridad a los postes de sustentación y a los largueros de la techumbre proporcionan fechas estadísticamente distintas en un 95%, lo que impide su calibración conjunta. La destrucción de las Habitaciones I y II están datadas por dos muestras de cereal carbonizado, una procedente del interior de un cuenco y otra de una concentración localizada directamente

sobre el pavimento (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 46), mientras que otras dos dataciones fijan la construcción de la Habitación III, tomadas una de ellas a partir de cereal carbonizado disperso empleado en la nivelación del pavimento de la vivienda, y otra de un larguero de la techumbre (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 46). La última datación publicada hasta ahora corresponde a los niveles superiores de los aterrazamientos localizados en la parte occidental del yacimiento. Se considera muy elevada, a tenor de la posición estratigráfica que ocupa (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 47).

Por lo que respecta al yacimiento de Les Raboses, E. Ripollés (2000: 97-98) indica que la fecha Beta-53618 procede de carbón disperso, hallado en un espacio situado al exterior de la plataforma superior, en niveles fundacionales del yacimiento. Los troncos procedentes del derrumbe de estructuras localizado en un nivel suprayacente arrojaron, sin embargo, una fecha más antigua, lo que la autora interpreta como resultado de la reutilización de madera vieja para las construcciones. La fecha Beta-53620 también fue tomada de carbón disperso, procedente esta vez de los niveles superiores.

Por último, la datación del Puntal dels Llops proviene de madera del estrato 6, lo que supuestamente fija los niveles constructivos fundacionales del poblado. En cambio, la muestra de cereales de Pic dels Corbs, que aporta la fecha más antigua de la serie de este yacimiento y de la que se desconoce el código de laboratorio, se encuentra completamente descontextualizada. Las dos fechas obtenidas en excavaciones más recientes ofrecen en cambio unos márgenes cronológicos más tardíos (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1997).

2.1.5 La Plana

La serie de dataciones considerada para el área de La Plana de Castelló se reduce a las dataciones de Orpesa la Vella y de El Torrelló, ambos yacimientos ampliamente citados en la bibliografía pero de los que se carece en gran medida de datos referidos a los contextos de los que proceden la mayoría de las fechas. Sólo para las obtenidas en los años setenta (GUSI JENER, 1974; OLÀRIA PUYOLES y GUSI JENER, 1977) se han precisado en cierto grado las circunstancias de las muestras datadas.

De la serie de Orpesa la Vella, que es con diferencia la más amplia, no se han tenido en cuenta algunas de las dataciones publicadas por F. Gusi y C. Olària (1995: 147- 148) por corresponder a niveles islámicos –I-15846– o resultar manifiestamente discordantes con los contextos de los que supuestamente proceden las muestras datadas –I-13010, I-13011, I-13012, I-13013.

2.1.6. Serranía Turolense: Cuencas del Mijares, Alfambra y Alto Turia.

La mayor parte de los datos proceden de los trabajos de J. V. Picazo (2000) y de F. Burillo y J. V. Picazo

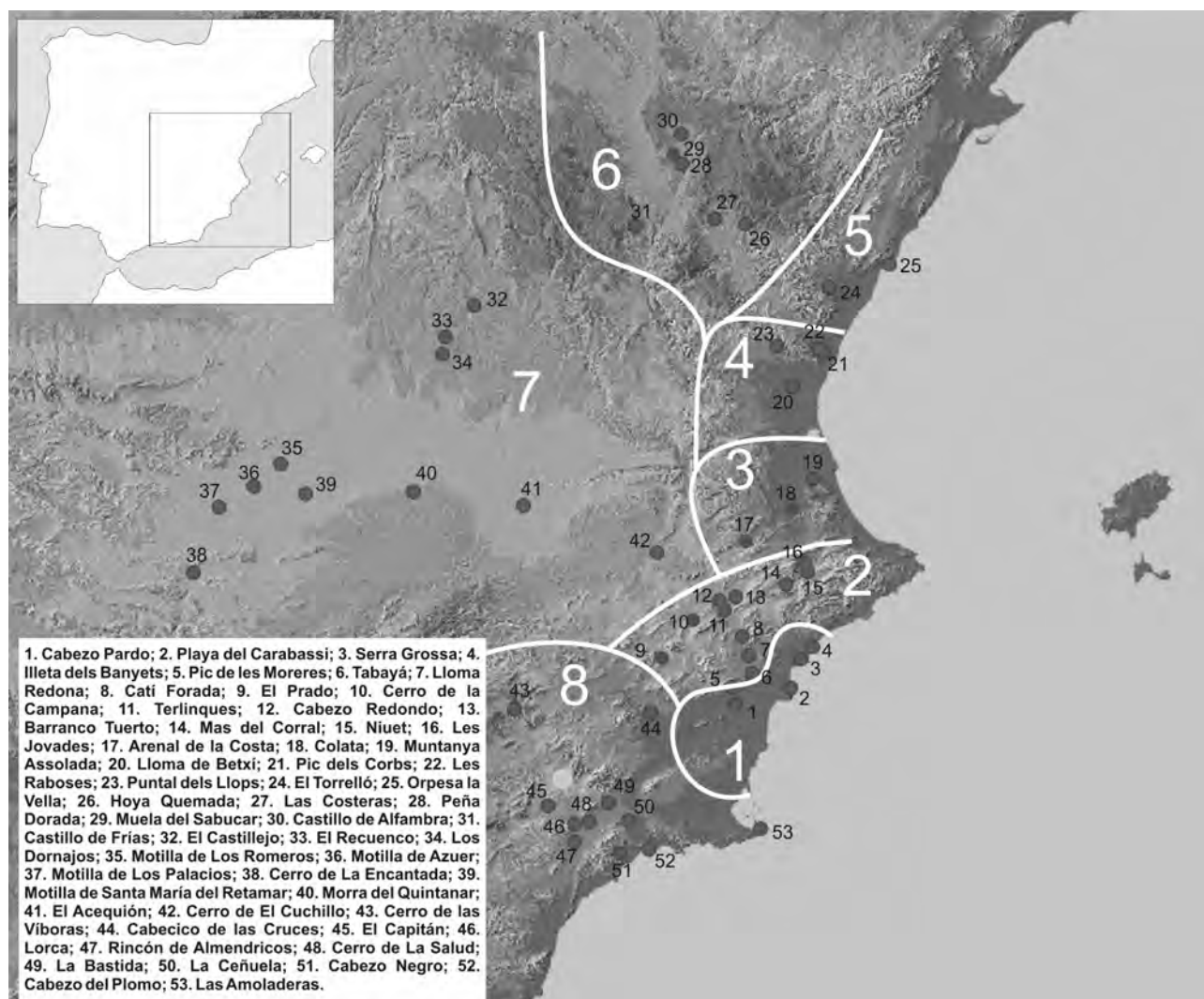


Figura II.2.2_Mapa con la localización de los yacimientos de los que proceden las series radiocarbónicas analizadas.

(1992). La serie se compone de 23 dataciones, la gran mayoría de las cuales procede de los yacimientos de Hoya Quemada y del Castillo de Frías (Harrison, Andrés y Moreno, 1998).

Las dataciones que fechan los momentos iniciales de la ocupación de cerros, asociadas a materiales cerámicos correspondientes a momentos antiguos, resultan un tanto controvertidas debido a la elevada cronología que proponen. Sin embargo algunas de ellas, atribuidas al Calcolítico –como las del Castillo de Alfambra o Las Toscas– proceden de contextos extremadamente erosionados. Así, el carbón del que procede la datación del Castillo de Alfambra apareció en posición secundaria, por lo que se concede un valor relativo a la fecha que a juicio de J. V. Picazo (2000: 13) indicaría una referencia genérica para el Calcolítico de la zona. Por su parte la muestra de Las Toscas –GrN-24227– supuestamente procede de un derrumbe de estructuras, en donde los carbones aparecían formando parte de un estrato con manteados de barro (Picazo Millán, 2000: 16). También antiguas resultan las dataciones de Peña

Dorada así como las dataciones de La Muela del Sabucar y las dos obtenidas en Las Costeras que fijarían, de acuerdo con la naturaleza de las muestras datadas, la construcción y destrucción, respectivamente, de las unidades habitacionales de las que proceden (Picazo Millán, 2000: 14; Burillo Mozota y Picazo Millán, 1992: 58).

En sintonía con estas dataciones altas se encuentra también el inicio de la serie de Hoya Quemada, alguna de las cuales –por ejemplo UGRA-207– se ha desestimado por considerarse anómala con respecto al contexto y a los rangos proporcionados por las restantes fechas (Burillo Mozota y Picazo Millán, 1992: 61). La problemática que envuelve a la serie del Castillo de Frías (Harrison, Andrés y Moreno, 1998: 71), en cambio, está relacionada en cambio con los resultados que ofrecen las muestras datadas –semillas de trigo, en todos los casos– de los niveles de destrucción de las Casas 1 y 2, estratigráficamente superpuestas y correspondientes a dos niveles –IIA y IIB, respectivamente– sucesivos. Sin embargo, las fechas que supuestamente

datan la destrucción de la Casa 2 han resultado ligeramente más antiguas que las de la Casa 1. Del nivel de incendio de la Casa 2 se obtuvieron dos fechas a partir del mismo conjunto de trigo carbonizado, las cuales hemos calibrado de manera conjunta obteniendo el siguiente resultado:

```
Average
samples GrN-17576 and GrN-17577
Radiocarbon Age 3594±16
Calibration data set: intcal04.14c
# Reimer et al. 2004
One Sigma Ranges: [start:end] relative area
                    [cal BC 2006: cal BC 2006] 0,01078
                    [cal BC 1973: cal BC 1916] 0,98922
Two Sigma Ranges: [start:end] relative area
                    [cal BC 2015: cal BC 1996] 0,108911
                    [cal BC 1980: cal BC 1892] 0,891089
```

La datación CSIC-115 de este mismo yacimiento (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 32), una de las primeras muestras datadas en la zona, se muestra claramente disonante con respecto a la serie más reciente, pero sólo debido a su amplio margen de desviación, pudiéndose a grandes rasgos considerar más o menos coetánea de las fechas propuestas para el nivel IIB del asentamiento.

2.1.7. La Mancha Oriental

La serie se compone de un total de 80 fechas radiocarbónicas publicadas procedentes de una decena de yacimientos, entre los que hallamos varios con amplias series de dataciones, como la Motilla de Azuer, el Cerro de La Encantada, El Acequión y la Morra del Quintanar, que suponen casi el 80% del total.

Los datos han sido tomados de C. Martín *et al.*, (1993: 26. Tabla 1), M. D. Fernández-Posse, A. Gilman y C. Martín (1996) y de P. V. Castro, V. Lull y R. Micó (1996), si bien se han completado con otras aportaciones realizadas en fechas sincrónicas o posteriores a estas publicaciones, como por ejemplo las de M. S. Hernández, J. L. Simón y J. A. López (1995) o M. Díaz-Andreu (1999). Siempre que se proporcionan, la ordenación de las fechas se ha ajustado a las fases propuestas por los excavadores, aunque en algunos casos se dan contradicciones como en el caso de la fecha CSIC-931 del Cerro de La Encantada, atribuida al Nivel III en P. V. Castro, V. Lull y R. Micó (1996: Apéndice VI. Tabla. 441) que se referencia en cambio para el Estrato II en J. L. Sánchez y C. Galán (2004: 160. Tabla A).

Finalmente se ha optado por incluir las dataciones pertenecientes a ciertos yacimientos, como las Motillas de Santa María del Retamar o Los Palacios, de los que no se ha llegado a publicar todavía los contextos de los que procedían las muestras, y otros como el Cerro del Castillejo, de los que se desconoce el tipo

de muestra datada. Sin embargo es palmario que ello imposibilita emplearlas para el fin perseguido en este análisis. En parte, este hecho se hace extensible a un buen número de dataciones de la Motilla de Azuer, de las que sólo dos –UGRA-19 y UGRA-21– se han publicado acompañadas de información contextual (MOLINA, NÁJERA y AGUAYO, 1979: 273).

Resulta destacable, en primer lugar, que no existen dataciones disponibles para contextos del IV milenio cal BC. Las dataciones más antiguas corresponden por tanto a los niveles más tempranos de yacimientos como El Acequión y la Motilla de Azuer. No obstante, son varios los casos en los que a pesar de la notable antigüedad de las fechas obtenidas, se admite no disponer de fechas de radiocarbono para los momentos fundacionales, como en el caso del Cerro de La Encantada (SÁNCHEZ MESEGUER y GALÁN SAULNIER, 2004: 160).

Por otra parte, la mayoría de las fechas facilitadas por el Laboratorio de la Universidad de Granada, que proporciona el grueso de la serie, presentan desviaciones estándar excesivamente amplias, lo que les resta operatividad como referencias cronológicas. En varios casos, además, los autores señalan la naturaleza contradictoria de la datación obtenida con respecto al contexto datado –como por ejemplo la datación UGRA-302 de El Acequión. En la serie de este yacimiento se da además la circunstancia de que se ha fechado varias veces la misma muestra por parte de diferentes laboratorios. El caso más destacado es el de un trozo de viga de la base estratigráfica de la Fase III, que ha sido datado ocho veces. En éste como en otros casos hemos procedido a efectuar el cálculo estadístico de significancia relativa de las muestras y a su calibración conjunta. Así, la calibración conjunta de las fechas UBAR-A, B y C, tomadas de dicha muestra y que estadísticamente constituyen una misma fecha en un 95% de posibilidades, ofrece una datación para el inicio –construcción de la techumbre– de la Fase III de El Acequión de:

```
Average
Radiocarbon Age 3627±46
Calibration data set: intcal04.14c
# Reimer et al. 2004
One Sigma Ranges: [start:end] relative area
                    [cal BC 2112: cal BC 2102] 0,049717
                    [cal BC 2036: cal BC 1923] 0,950283
Two Sigma Ranges: [start:end] relative area
                    [cal BC 2135: cal BC 1887] 1,
```

Así mismo, la calibración conjunta de las tres dataciones UGRA-265, 266 y 271, tomadas también de la misma muestra proporciona una fecha algo más antigua:

```
Average
Radiocarbon Age 3726±49
Calibration data set: intcal04.14c
```


Reimer *et al.* 2004

One Sigma Ranges: [start:end] relative area
 [cal BC 2199: cal BC 2159] 0,28678
 [cal BC 2154: cal BC 2115] 0,267395
 [cal BC 2099: cal BC 2038] 0,445825

Two Sigma Ranges: [start:end] relative area
 [cal BC 2286: cal BC 2012] 0,971587
 [cal BC 1999: cal BC 1978] 0,028413

Sin embargo, las seis muestras corresponden, en un margen de confianza estadístico del 95%, a la misma fecha, que en su calibración conjunta proporciona una datación de:

Average

Radiocarbon Age 3673±34

Calibration data set: intcal04.14c

Reimer *et al.* 2004

One Sigma Ranges: [start:end] relative area
 [cal BC 2133: cal BC 2081] 0,518214
 [cal BC 2060: cal BC 2018] 0,374265
 [cal BC 1995: cal BC 1981] 0,107522

Two Sigma Ranges: [start:end] relative area
 [cal BC 2190: cal BC 2181] 0,011319
 [cal BC 2141: cal BC 1951] 0,988681

Esta fecha resulta algo más antigua que la proporcionada por CSIC-736, pero bastante más reciente que ICEN-50.

Una divergencia significativa es la que ofrecen también las dataciones CSIC-492 y UGRA-47, de la Morra del Quintanar, tomadas sin embargo de la misma muestra, aconsejándose por parte de varios autores desestimar la datación proporcionada por el laboratorio granadino.

Éste ha proporcionado casi en su totalidad las fechas de la serie de la Motilla de Azuer, que en general ofrecen desviaciones estándar excesivamente amplias, llegando en algún caso a alcanzar los 180 años –como en el caso de la datación UGRA-97, atribuida a la Fase II de la motilla, cuyos intervalos, una vez calibrada, abarcan desde 2112 a 1539 cal BC (1sigma) y de 2337 a 1409 (2sigma), lo que supone prácticamente todo el ámbito cronológico contemplado para el desarrollo del proceso que pretendemos inferir–. Por otra parte sólo para algunas de las fechas se ha señalado públicamente su correspondencia con las fases identificadas en el registro, si bien la serie completa permite apreciar básicamente el recorrido cronológico general del yacimiento. Dos de las muestras –Ly2654 y UGRA-114, tomadas de la misma muestra de semillas– proporcionan, en su calibración conjunta, una fecha de:

Average

Radiocarbon Age 3485±92

Calibration data set: intcal04.14c

Reimer *et al.* 2004

One Sigma Ranges: [start:end] relative area

[cal BC 1921: cal BC 1690] 1,

Two Sigma Ranges: [start:end] relative area
 [cal BC 2035: cal BC 1604] 0,974748
 [cal BC 1586: cal BC 1535] 0,025252

Finalmente, los datos procedentes de Castro, Lull y Micó (1996) y de Sánchez y Galán (2004: 160) respecto a la referencia estratigráfica de las fechas del Cerro de La Encantada no son coincidentes en cuanto a la referencia contextual de todas las muestras. Por ejemplo, la fecha CSIC-931, atribuida al Nivel III en Castro, Lull y Micó (1996: Apéndice VI. Tabla. 441) se referencia en cambio para el Estrato II en J. L. Sánchez y C. Galán (2004: 160. Tabla A). Para la ordenación de las fechas, en cualquier caso, hemos seguido la propuesta por los excavadores. Según éstos, los niveles fundacionales del yacimiento restan por quedar datados, a pesar de la antigüedad de las fechas más tempranas del yacimiento. Para aquellos casos en los que se han producido modificaciones en el esquema de fases propuestas –como por ejemplo en la Morra del Quintanar y El Acequión (MARTÍN MORALES *et al.*, 1993; FERNÁNDEZ- POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996)– hemos seguido la última de las publicadas.

2.1.8. Cuencas del Segura y del Guadalentín

Junto con la serie del Vinalopó, las de la cuenca media y alta del Segura y la del Guadalentín conforman las de mayor índice de dataciones realizadas. La mayoría de los datos se han obtenido del trabajo de síntesis de J. J. Eiroa y J. Lomba (1998), completadas con las de algunas aportaciones posteriores (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2002a, 2002b, 2004).

Las series se inician con las fechas de los yacimientos de El Capitán, Cabezo del Plomo, Las Amoladeras y Floridablanca. En su mayoría, sin embargo, están sujetas a diversas interpretaciones o limitaciones notables. Las fechas de El Capitán y del Cabezo del Plomo se han puesto en duda debido a lo elevado de las cronologías que indican para los contextos a los que supuestamente van asociadas: asentamientos claramente emparentados con los modelos almerienses del IV milenio cal BC para los que se cuenta, en cambio, con dataciones más modernas. En cambio, de la muestra datada de Las Amoladeras se desconoce el contexto del que procede, por lo que autores como P. V. Castro, V. Lull y R. Micó (1996) la descartan. J. J. Eiroa y J. Lomba (1998: 85) valoran en cambio su aparente sintonía con las fechas de otros yacimientos supuestamente contemporáneos.

En lo que respecta a los asentamientos argáricos, en parecidos términos se pueden considerar las fechas de La Bastida –SUA-1180A– y del Cabecico de las Cruces –SUA-1477– procedentes de recogidas superficiales y por tanto sin contexto estratigráfico al que asociarlas (EIROA GARCÍA y LOMBA MAURANDI, 1998: 89). La fecha CSIC-140 de La Ceñuela también ha planteado problemas por su antigüedad, pues data el derrumbe

de la vivienda mientras que la fecha CSIC-141 data un nivel inferior de la misma casa, siendo considerablemente más reciente (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996: 123; EIROA GARCÍA y LOMBA MAURANDI, 1998: 93). Otra problemática distinta la ofrecen las dataciones AA 17904 y 17905 de la Cuesta de San Cayetano, en el Cerro del Castillo de Monteagudo (MEDINA RUIZ, 2004: 161), obtenidas al parecer del mismo fragmento de carbón, y que han proporcionado dos fechas incompatibles.

Al margen de la serie del casco urbano de Lorca, el yacimiento con más dataciones disponibles es el Cerro de las Víboras, pero con excepción de la fecha I-17131, de la que se detalla el origen y contexto estratigráfico preciso de la muestra datada, no existen referencias contextuales de las demás fechas, si bien al menos su publicación se realizó en el marco de la periodización propuesta para el yacimiento (EIROA GARCÍA, 1998).

2.2. PROPUESTA DE DELIMITACIÓN TEMPORAL DE LAS FASES ARQUEOLÓGICAS

La evaluación de los rangos cronológicos que proporcionan las fechas radiocarbónicas de los yaci-

mientos analizados permite, por un lado, fijar el marco temporal del desarrollo del proceso histórico que nos interesa explicar, y que en arreglo a dichas dataciones podemos circunscribir aproximadamente entre 2500 cal BC y 1200 cal BC. Pero por otra parte, el cotejo de las fechas con las series estratigráficas y los datos publicados nos permitirá, con todas las limitaciones que una tentativa semejante conlleva, realizar una propuesta de desarrollo temporal que contemple las diferentes fases en las que dicho proceso se despliega.

Tales limitaciones tienen que ver sobre todo con las peculiaridades de la muestra evaluada, la cual se caracteriza en primer lugar por ofrecer un número de dataciones ampliamente desigual a escala regional, en donde frecuentemente aparecen, junto a yacimientos que disponen de numerosas dataciones repartidas y ordenadas en diferentes niveles o estratos, muchos otros con dataciones descontextualizadas o referenciadas de manera incompleta. No menos de lamentar es el caso de las muestras sedimentarias de material carbonoso obtenidas de perfiles estratigráficos, pues a su precisa localización en la secuencia oponen la indefinición del tipo de evento con el que se vinculan. A todo ello se une la presencia en casi todas las series, tanto en el mismo yacimiento como en yacimientos cercanos, de

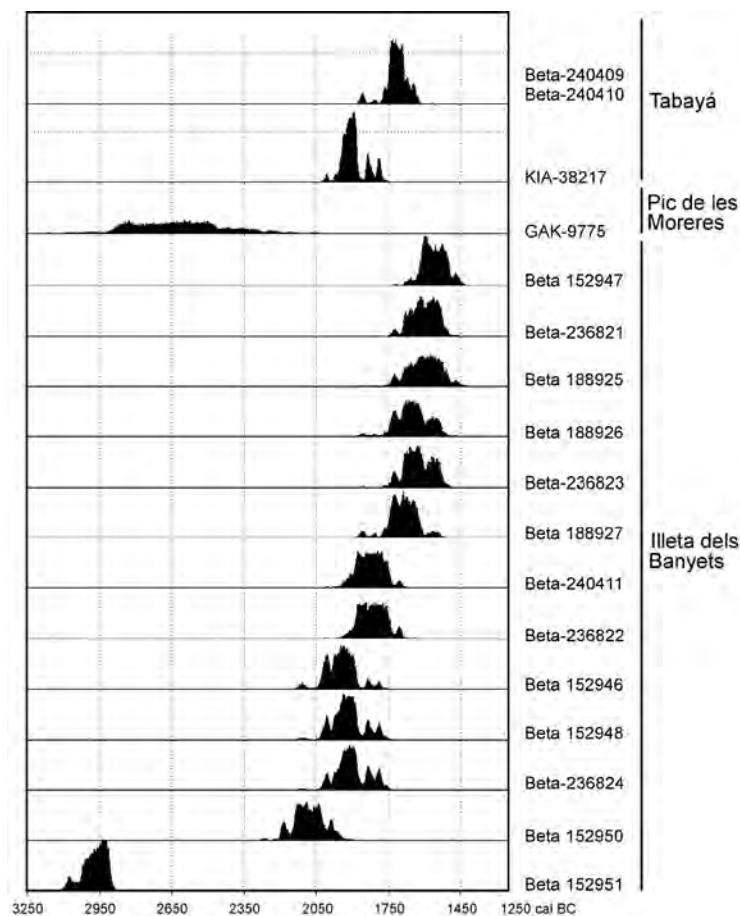


Figura II.2.3. Gráfico con las dataciones calibradas de los yacimientos argáricos del Camp d'Alacant, Bajo Vinalopó y Vega Baja del Segura.

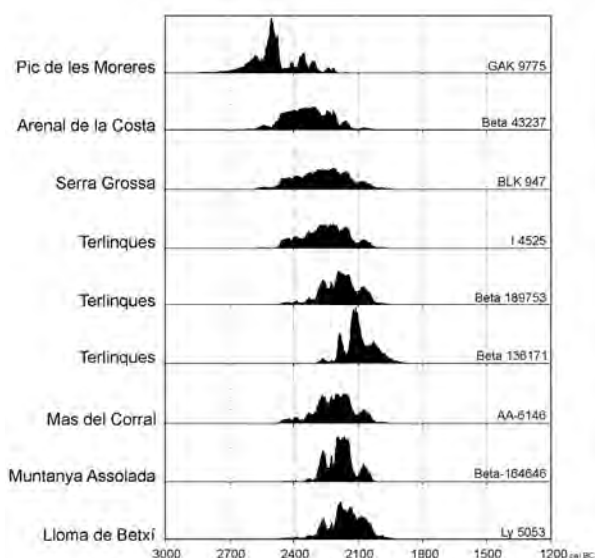


Figura II.2.4 Gráfico con los intervalos cronológicos de las dataciones iniciales de las principales series radiocarbónicas recopiladas para la zona centro-meridional del Levante peninsular.

dataciones con desviaciones muy amplias –de ± 100 años o superiores –junto con dataciones con desviaciones cortas, lo que limita las posibilidades de relacionar entre sí los eventos que supuestamente datan las muestras fechadas.

En virtud de estas consideraciones, hemos concluido que para contrastar cualquier propuesta cronológica relativa a nuestro ámbito de estudio, los yacimientos con las mejores series, en cuanto a número de dataciones e información arqueológica disponible relacionada con las mismas, serían actualmente los de Jovades, Niuet, Arenal de la Costa, Illeta dels Banyets, Terlinques, Cabezo Redondo, Lloma de Betxí, Castillo de Frías, Hoya Quemada, Acequión, Morra del Quintanar, Motilla de Azuer, Cerro de La Encantada, Cerro de las Víboras y Casco urbano de Lorca.

Como punto de partida, creemos conveniente comenzar evaluando la serie radiocarbónica de los asentamientos argáricos del Bajo Segura y Bajo Vinalopó, la mayor parte de cuyas dataciones entran claramente en el intervalo 2200 cal BC- 1500 cal BC tal y como pone de manifiesto el gráfico de la Figura II.2.3. Tan sólo la fecha de Pic de les Moreres excede ampliamente dicho intervalo, situándose prácticamente en la primera mitad del III milenio cal BC, casi en el mismo ámbito cronológico que la datación Beta-152951 de la Illeta dels Banyets.

La fecha GAK-9775 de Pic de les Moreres resulta controvertida por varias causas: en primer lugar, por las dataciones que ha proporcionado el laboratorio Gakushuin para otros yacimientos peninsulares, circunstancia sobre la que han llamado la atención P. V. Castro, V. Lull y R. Micó (1996: 29) y que les llevó a desestimar todas las fechas provenientes de este laboratorio en su

compilación de dataciones radiocarbónicas de la Prehistoria reciente peninsular; y por otra, la propia procedencia estratigráfica de la muestra que, como el propio A. González (1986: 210) indica, consistió en un conjunto de huesos del abundante lote hallado en el estrato I del yacimiento, el más moderno en términos de cronología relativa pues se hallaba infrapuesto a la capa vegetal (GONZÁLEZ PRATS, 1986: 149), lo que sobre el papel hace aún más inverosímil la datación propuesta para el contexto fechado.

Por el momento, pues, sólo cabe fijar la cronología del emplazamiento a partir de la secuencia estratigráfica y los materiales registrados, si bien sería de desear que en un futuro pudiesen datarse otras muestras del yacimiento. En especial por lo que el emplazamiento del Pic de les Moreres pudiera significar como posible continuación del vecino asentamiento campaniforme de Les Moreres, del que dista escasamente 400 m en línea recta.

En ese sentido, cabría preguntarse también si resulta factible contemplar para los yacimientos del ámbito argárico del Bajo Segura y del Bajo Vinalopó una mayor antigüedad en su fundación con respecto a los nuevos asentamientos en altura de su periferia, tal vez en la controvertida franja temporal que señalan las dataciones obtenidas en La Ceñuela, Gatas y Fuente Álamo (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996: 121; PINGEL, 2000) y a las que en parte se añaden las dataciones más tempranas de los niveles A1 y A2 del Cerro de las Víboras (EIROA GARCÍA, 1998), circunstancia en la que podría encontrar un nuevo sentido la notable antigüedad de la ocupación detectada en la Illeta dels Banyets, y sobre todo la sistemática presencia de productos cerámicos con decoraciones campaniformes en los yacimientos argáricos de la zona, como ya se ha apuntado (LÓPEZ PADILLA, 2006a).

En cualquier caso, lo que sí revela claramente la comparación de las series de las áreas geográficas sometidas a análisis aquí es que entre 2300 cal BC y 2000 cal BC se produce la fundación de la mayoría de los asentamientos de la periferia septentrional argárica, incluyendo no sólo los asentamientos del Vinalopó y Alcoià sino también los del sector meridional del Sistema Ibérico y La Mancha Oriental. Sin embargo, la observación de la serie completa permite también advertir varias tendencias.

La primera es que, dejando aparte la fecha de la Muela del Sabucar, que se sitúa claramente en torno a mediados del III milenio cal BC, la mayoría de las fechas radiocarbónicas correspondientes a los niveles más antiguos de los yacimientos analizados se sitúa en el intervalo 2200-2000 cal BC, con la excepción del área de la Llanura Litoral Valenciana, en donde encontramos las fechas más tardías para los niveles iniciales de los asentamientos, provenientes de dos carbones de la Lloma de Betxí y Les Raboses, y una datación de semillas de Pic dels Corbs. Por encima de este rango sólo se encuentran las dataciones con desviaciones más amplias, como las de Orpesa.

En ese mismo sentido, la serie también muestra con claridad cómo cabe plantear una cierta mayor antigüedad de los yacimientos turolenses y, sobre todo, manchegos –especialmente El Acequión, Morra del Quintanar y Motilla de Azuer– aunque en este último caso sólo en función de la mayor desviación de las dataciones proporcionadas, pues cuando se dispone de más de una datación relativa a los momentos iniciales de los asentamientos, éstas tienden a rejuvenecer la serie.

Por ahora, y en lo que se refiere al principal ámbito geográfico que abarcamos en este estudio, la secuencia de Terlinques es la que permite seguir con más detalle las transformaciones acaecidas en la cuenca del Vinalopó con anterioridad a 1500 cal BC. De acuerdo con los resultados de las excavaciones que se vienen

realizando en este yacimiento desde finales de los años noventa (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004) y en base a la información (en buena medida todavía inédita) que éstas han proporcionado, resulta factible proponer una periodización para el yacimiento organizada en tres fases principales, para cada una de las cuales se cuenta con fechas radiocarbónicas procedentes de muestras tanto de vida corta como de vida larga, perfectamente contextualizadas estratigráficamente (Figura II.2.5).

Según las dataciones obtenidas, la Fase I se situaría en el intervalo comprendido entre 2200-2050 cal BC –construcción de las unidades habitacionales más antiguas– y 1950- 1900 cal BC –destrucción de éstas, en función de las fechas proporcionadas por las semillas de la UE 1009; la Fase II arrancarí­a con la

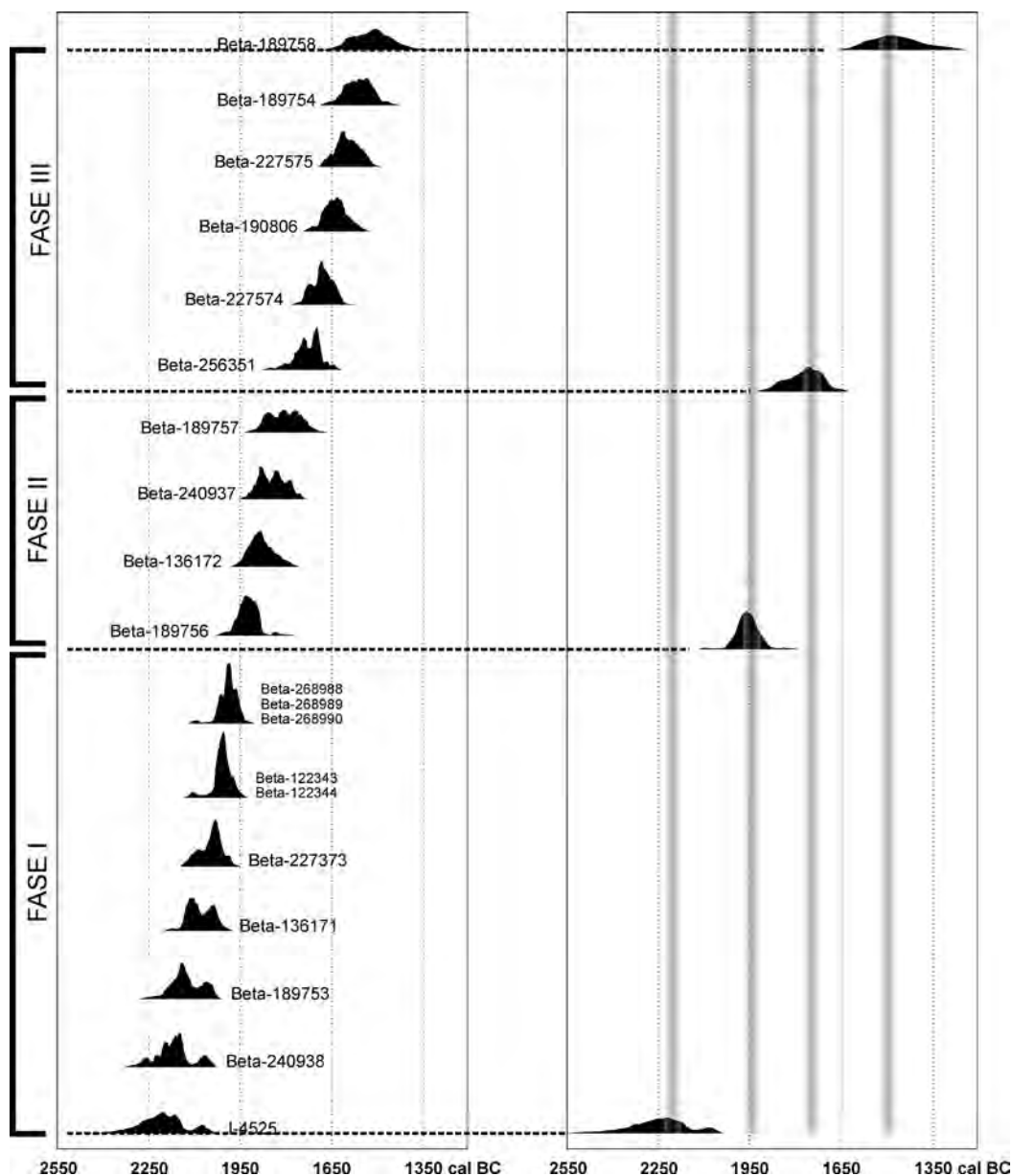


Figura II.2.5 Gráfico con la dispersión de los intervalos cronológicos de las dataciones de la serie radiocarbónica de Terlinques. A la derecha, curvas correspondientes a las divisorias cronológicas de las fases, calculadas mediante el programa BCal (BUCK, CHRISTEN y JAMES, 1999).

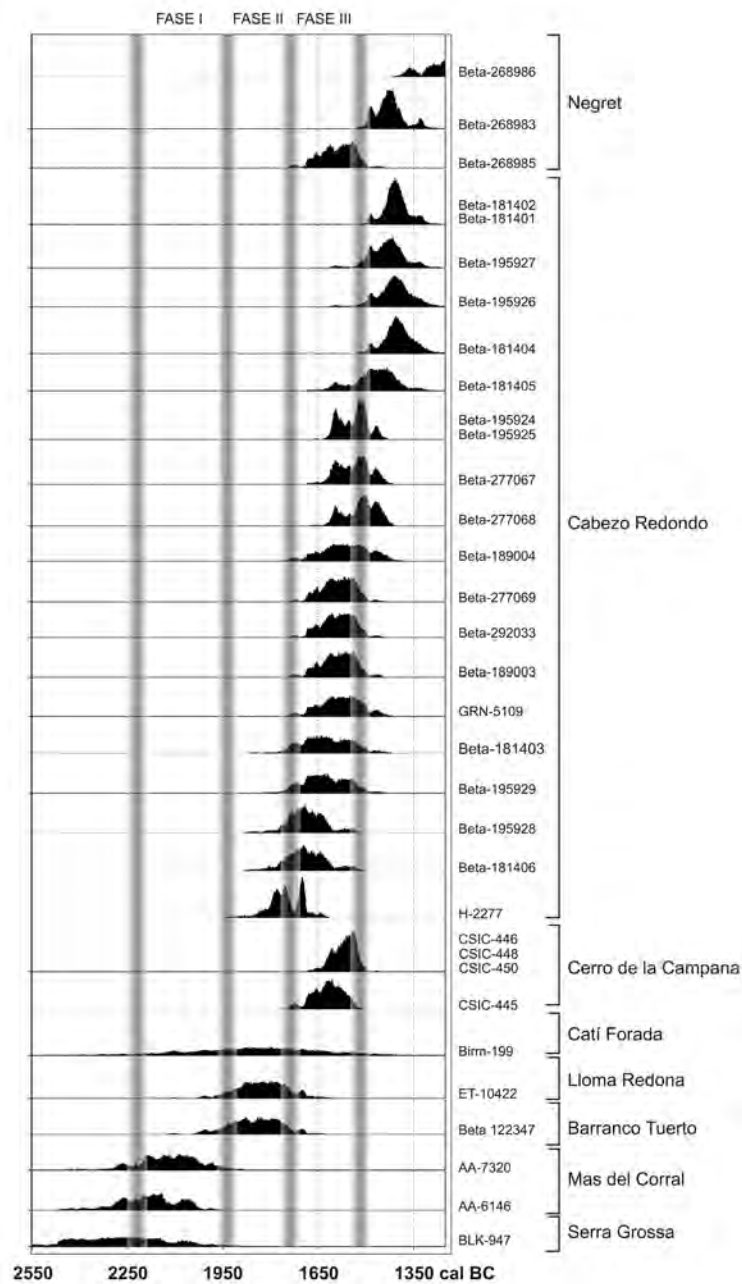


Figura II.2.6 Gráfico con los intervalos cronológicos de las dataciones de la serie radiocarbónica de los yacimientos de la periferia argárica del Medio y Alto Vinalopó y zonas colindantes, con indicación de los horizontes delimitadores de las fases arqueológicas reconocidas en Terlinques.

construcción de nuevas viviendas, de características sustancialmente similares a las anteriores, aunque peor conservadas, hacia 1950/ 1900- 1850 cal BC, y su destrucción entre 1750 -1700 cal BC; por último, la Fase III, que supone modificaciones sustanciales del urbanismo del poblado, se iniciaría en torno al año 1700 –a partir de la fecha proporcionada por un hueso integrado en los rellenos de nivelación del pavimento de la UH 11– con una intensa actividad constructiva sobre todo en torno a 1600 cal BC, según las dataciones que brindan los postes y largueros datados en las UH 6, 7 y 11, y finaliza en torno a 1500 cal BC, con la

datación proporcionada por una tira de esparto de una estera o capazo carbonizada sobre el último pavimento registrado en la UH 7. Los niveles de acumulación de basuras hallados en la calle central, ligeramente superpuestos al estrato datado en esta unidad habitacional, indican un paulatino abandono del enclave poco más tarde.

La estratigrafía y las dataciones radiocarbónicas de Terlinques constituyen un anclaje fundamental en torno al cual es posible ordenar, al menos en un primer esbozo más o menos coherente, el resto de información cronológica disponible para toda la zona (Figura

II.2.6). Así, la coincidencia de las fechas de Mas del Corral y de la construcción de la UH 1 de Terlinques nos permitiría inferir que los dos asentamientos se fundaron más o menos al mismo tiempo. Por otra parte, la destrucción de la UH 1 y el inicio de la Fase II de Terlinques resulta contemporánea de la fundación, en el Alto Vinalopó, del pequeño enclave de Barranco Tuerito y, quizá, también de la Lloma Redona, en el Valle Medio del río. Lamentablemente, la amplia desviación y la ausencia de contexto estratigráfico de la fecha de Catí Foradá, procedente además de una muestra de vida corta, impide valorarla en este mismo sentido. Y aunque no menos problemática que ésta, creemos que debe tenerse en cuenta la coincidencia de la fecha más antigua de Cabezo Redondo también con los inicios de esta Fase II de Terlinques. Finalmente, de la serie de fechas adscritas a la Fase III, destaca la contemporaneidad que muestra la construcción de unidades habitacionales en Terlinques con la del Departamento XV de Cabezo Redondo, así como con las fechas del Cerro de la Campana. Del mismo modo, queda evidenciado en la secuencia cómo la ocupación de Cabezo Redondo se prolonga más en el tiempo que la de Terlinques, pues no existen fechas en este último por debajo del horizonte de 1450 cal BC, detectándose además en su estratigrafía indicios que cabría interpretar como resultado de un abandono paulatino.

Si los contextos y las fechas radiocarbónicas de los yacimientos excavados del Vinalopó, l'Alcoià y Altiplano de Yecla parecen comenzar a componer un esquema medianamente armonioso, no es menos evidente la sintonía que éste guarda con algunas de las propuestas de periodización del desarrollo del Grupo Argárico (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996: 121), pues el Argárico Ib y el Argárico II coinciden en su desarrollo con la Fase I, mientras que el Argárico III y IV vienen a situarse en el mismo intervalo cronológico que la Fase II y el Argárico V resulta contemporáneo de la Fase III.

Sin embargo, no es factible contrastar la secuencia que los contextos y fechas radiocarbónicas insinúan para los yacimientos del Medio y Alto Vinalopó, l'Alcoià y Altiplano de Yecla- Jumilla anteriores a 1500- 1450 cal BC, con la serie argárica alicantina, pues por ahora no se cuenta para ésta última con información comparable. Sólo de la Illeta dels Banyets disponemos de fechas relativas al asentamiento –todas las demás proceden de restos humanos localizados en sepulturas–, y además, como ya se ha indicado, debido a la naturaleza de las muestras datadas no es posible establecer fiablemente el tipo de contexto con el que pudieron estar relacionadas.

Sólo en parte acontece este mismo problema en el caso de la serie de la Llanura Litoral y La Plana (Figura II.2.7), aquí fundamentalmente a causa de la escasez relativa de fechas radiocarbónicas y a la parca documentación que acompaña por ahora al yacimiento con más dataciones publicadas –Orpesa la Vella–. En cualquier

caso, parece apreciarse cómo los ritmos aparentes de construcción y destrucción de viviendas, registrados en la serie que conforman los yacimientos de la Lloma de Betxí, Pic dels Corbs, Puntal dels Llops y Les Raboses, parecen repetir, aunque con un siglo de retraso aproximadamente, el ritmo de la secuencia del Vinalopó. Tres de las fechas, por lo demás, exceden con claridad el horizonte de 1500 cal BC, más allá del cual se encuentran las últimas dataciones de la serie de Pic dels Corbs, Les Raboses y alguna de Orpesa la Vella.

Por lo que respecta a la serie del área suroriental del Macizo Ibérico, las fechas iniciales de los yacimientos del Castillo de Alfambra y Las Toscas exceden claramente el horizonte de 2200 cal BC y se sitúan a mediados del III milenio cal BC, en donde también parece fijarse la primera ocupación de la Muela del Sabucar, cuya destrucción coincide aproximadamente con la fundación de nuevos poblados en Peña Dorada, Las Costeras y El Castillo de Frías, con fechas todas ellas situadas en la franja 2200- 2100 cal BC.

De acuerdo con lo que indican las dataciones, sin embargo, la destrucción de las habitaciones registradas en Las Costeras, Peña Dorada y El Castillo de Frías se situarían entre 2000 cal BC y 1900 cal BC. Sin embargo, el caso del Castillo de Frías resulta un tanto problemático por cuanto que las fechas que han proporcionado las semillas carbonizadas localizadas en las Casas 1 y 2, estratigráficamente superpuestas, resultan prácticamente coincidentes. Algo más clara parece, en cambio, la situación cronológica de la construcción y destrucción detectadas en la única fase de ocupación que presenta Hoya Quemada, donde las fechas con menor intervalo de desviación tienden a concentrarse entre 1950 cal BC y 1850 cal BC para el primer evento –es decir, aproximadamente en la misma franja temporal en la que se produjo la destrucción de los yacimientos antes comentados– y en torno a 1650 cal BC para el segundo, que llevó implícito el abandono definitivo del enclave.

En lo concerniente a la serie radiocarbónica de La Mancha Oriental, al igual que en los casos de los yacimientos más antiguos del Alfambra y del Alto Mijares, también aquí algunas de las dataciones parecen superar el horizonte del 2200 cal BC. Por otra parte, la nutrida serie radiocarbónica de la zona presenta el inconveniente de la amplia desviación que ofrece un elevado porcentaje de las fechas obtenidas, mayoritariamente proporcionadas por el Laboratorio de la Universidad de Granada. A ello se une el que alguno de los yacimientos más fechados –en concreto, la Motilla de Azuer– apenas cuenta todavía con información publicada referente a los contextos de los que éstas provienen. Tan sólo para algunas fechas se ha difundido su atribución a las fases I, II y V de la propuesta de desarrollo del yacimiento (MOLINA, NÁJERA y AGUAYO, 1979: 273). Teniendo siempre presente estos problemas, valoraremos las cuatro series principales de dataciones disponibles en la zona, que son las de los

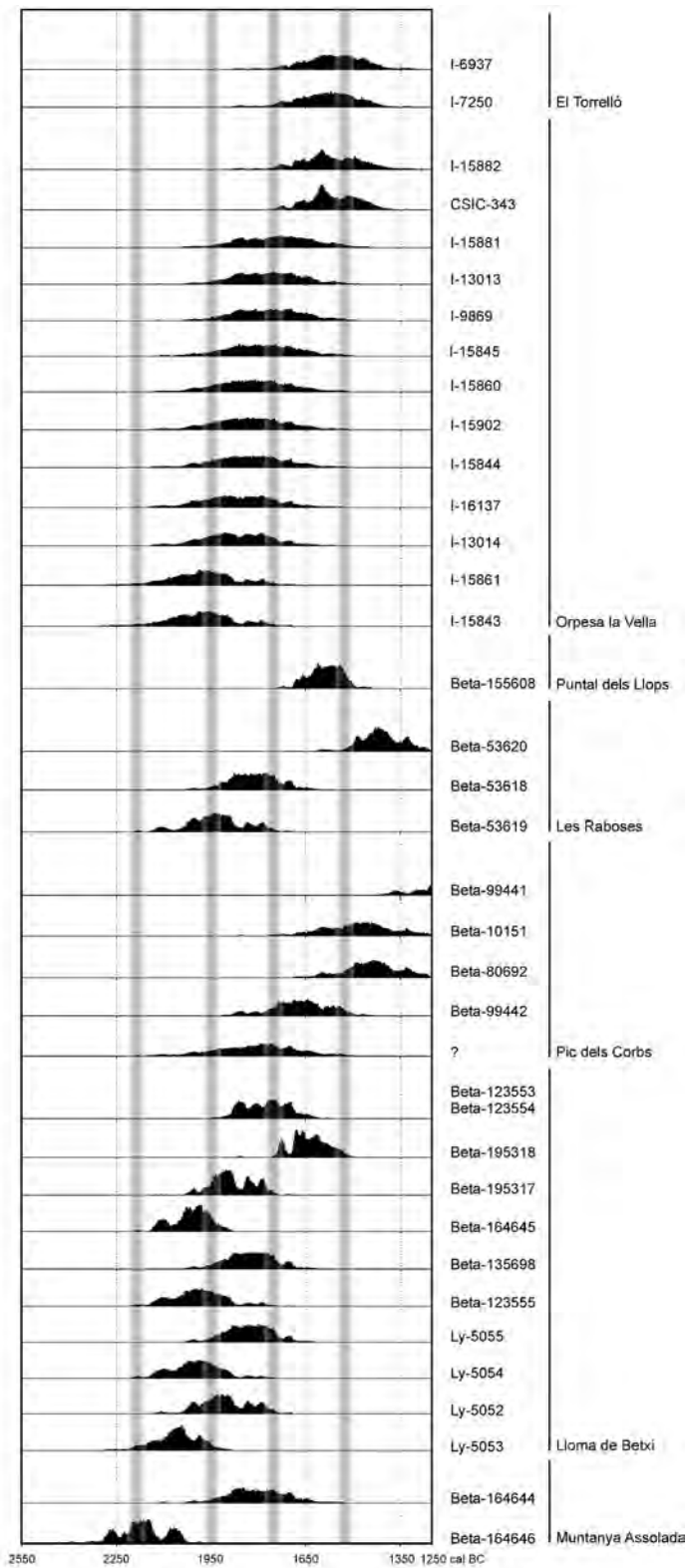


Figura II.2.7 Gráfico con los intervalos cronológicos de las dataciones de la serie radiocarbónica de los yacimientos del Llano Litoral y La Plana, con indicación de los horizontes delimitadores de las fases arqueológicas reconocidas en Terlinques.

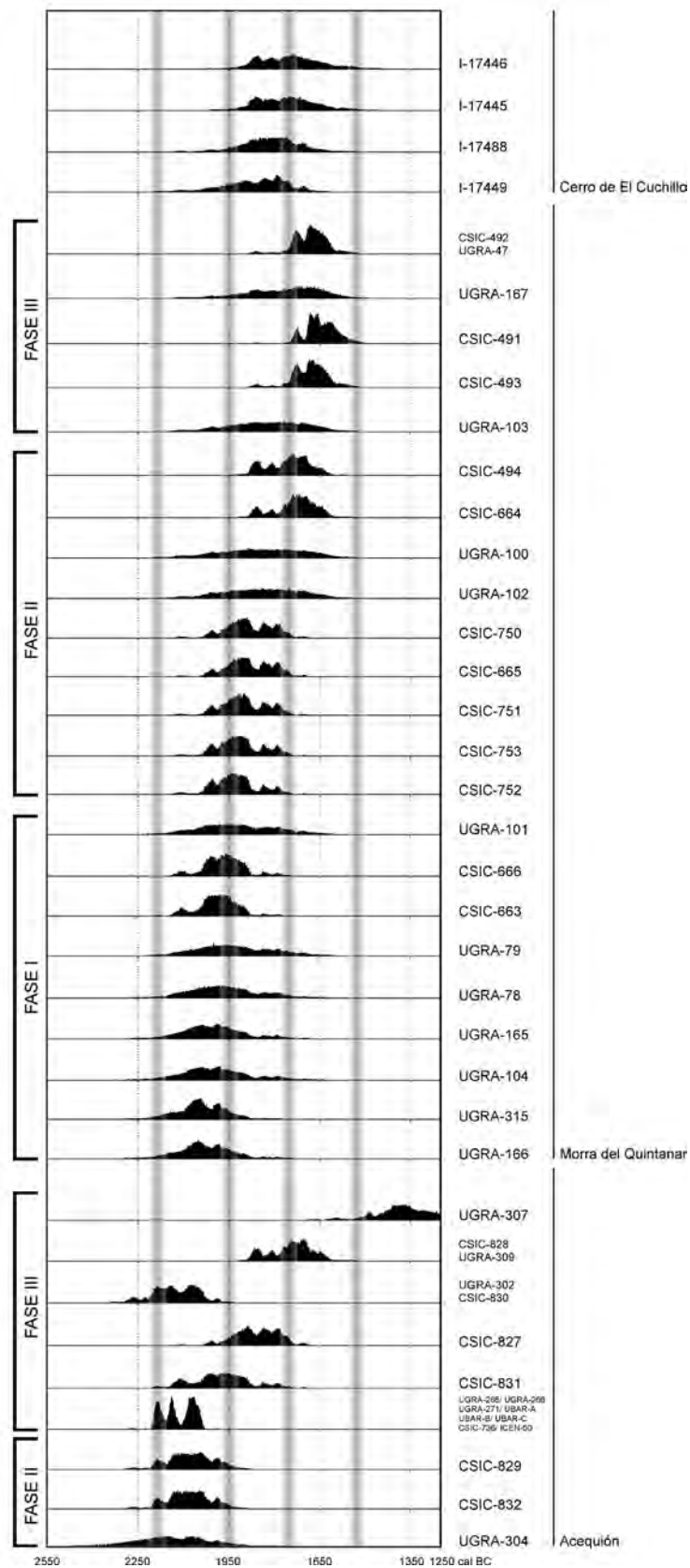


Figura II.2.8. Gráfico con los intervalos cronológicos de las dataciones de la serie radiocarbónica de los yacimientos del La Mancha, con indicación de los horizontes delimitadores de las fases arqueológicas reconocidas en Terlinques.

yacimientos de El Acequión, Motilla de Azuer, Morra del Quintanar y Cerro de La Encantada.

Las amplias desviaciones y las anomalías detectadas en algunas de las fechas de El Acequión confieren a esta serie una utilidad limitada para los propósitos fijados, si bien la publicación detallada de los contextos de los que fueron obtenidas (FERNÁNDEZ- POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996) permite disponer de una información esencial de la que carecemos para otras series (Figura II.2.8). En cualquier caso, la distribución en la escala temporal de las fechas publicadas muestra cómo el 70% de ellas se inscribe en el rango comprendido entre 2200 cal BC y 1800 cal BC, independientemente de si se adscriben a la Fase II o III de la periodización propuesta para el desarrollo estructural del asentamiento. Tan sólo las fechas ICEN-50 y UGRA-304 exceden en antigüedad dicha franja, mientras que las dataciones UGRA-307 y 309 se ubican en un horizonte mucho más reciente, guardando una distancia de cuatro siglos con respecto al final de los intervalos más modernos del resto de la serie. En términos generales, por tanto, el desarrollo del yacimiento comenzaría un poco antes que la Fase I de Terlinques, discurriendo aproximadamente en su Fase III de forma paralela a la Fase II del yacimiento villenense, aunque ninguna de las fechas más recientes –con excepción de las dos ya mencionadas– alcanza el 1700 cal BC. A juicio de sus excavadores, por tanto, el desarrollo cronológico del yacimiento abarcaría entre una fecha imprecisa anterior a 2200 cal BC hasta 2050 cal BC, aproximadamente, para las Fases I y II, y entre ésta última hasta 1800 cal BC para la Fase III y última. Las fechas UGRA-307 y 309, anómalamente recientes, se atribuyen a un nivel donde se da una mezcla de objetos de cronología prehistórica con otros correspondientes a una ocupación ibérica posterior (FERNÁNDEZ- POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996: 120).

En el caso de la Motilla de Azuer, las amplísimas desviaciones que ofrecen las fechas limitan también la valoración de la serie en el contexto regional, máxime cuando se ofrecen sin contar con su anclaje estratigráfico y contextual. Su ordenación en la secuencia temporal evidencia, no obstante, que prácticamente toda la serie puede inscribirse en el marco temporal comprendido entre 2300/2200 cal BC- 1500 cal BC. Sólo las fechas UGRA-132, 144 y 145 exceden claramente el horizonte de 2300 cal BC, alcanzando fechas de mediados del III milenio cal BC que, a expensas de lo que la futura publicación de los contextos fechados pueda suponer al respecto, fija en estos momentos la fundación del asentamiento. En fechas, por tanto, al menos en apariencia bastante superiores a las de los asentamientos del Vinalopó y el Alcoià. El final de la serie, en cambio, resulta en clara sintonía con éstos, pues no hay tampoco fechas netamente posteriores a 1500- 1450 cal BC.

Pero son sin duda las series del Cerro de La Encantada y, sobre todo, de la Morra del Quintanar las que evidencian una sintonía más clara con las tres fa-

ses identificadas en Terlinques, como puede apreciarse en los gráficos correspondientes. En el yacimiento de Granátula de Calatrava la serie radiocarbónica al parecer se inicia en el Estrato II, no contándose con muestras fechadas de los estratos más profundos. A pesar de ello, una de las fechas –CSIC-929– se aparta claramente del resto de la serie situándose también en torno a mediados del III milenio cal BC. Pero lo más relevante a nuestro juicio es la marcada coincidencia que presenta el tránsito entre el Estrato II y el Estrato III con el inicio de la Fase III de Terlinques, en cuya franja temporal se sitúan todas las fechas radiocarbónicas de esta fase del asentamiento. Por desgracia, con excepción de las fechas CSIC- 425 y 427 (NIETO GALLO y SÁNCHEZ MESEGUER, 1980: 136) apenas se ha difundido ningún detalle de la procedencia de las muestras datadas, de manera que no es posible precisar los contextos cuya temporalidad determinan.

La Morra del Quintanar, por último, parece fijar sus inicios también en fechas sensiblemente similares a las de las de la secuencia radiocarbónica de Terlinques. La primera fase, en la que convivieron el recinto amurallado y el conjunto de cabañas emplazadas al exterior del mismo, comenzaría en torno a 2200 cal BC, mientras que el abandono del hábitat exterior y el desarrollo de la Fase II en el interior del recinto estaría comprendido entre 1900 cal BC y 1700 cal BC, momento a partir del cual se fija la Fase III hasta el final de la ocupación del yacimiento, hacia 1500 cal BC aproximadamente (FERNÁNDEZ- POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996: 118).

Por unas u otras circunstancias, el resto de los yacimientos con fechas radiocarbónicas disponibles no permite evaluar correctamente su adecuación a los intervalos cronológicos establecidos para las fases I, II y III de Terlinques, pues en su mayor parte o no cuentan con la información contextual necesaria o se trata de series muy cortas, con sólo un par de dataciones. Quizá sea la serie del Cerro de El Cuchillo la que con más claridad parece ajustarse al desarrollo de la Fase II.

Para concluir, nos queda valorar la secuencia que ofrecen los yacimientos datados del Guadalentín y de los tramos alto y medio de la Cuenca del Segura (Figura II.2.9), entre los que destaca sin duda el caso de Lorca que para nosotros, y con mucho, constituye por el momento junto con el asentamiento argárico del Cerro de las Víboras de Bajil el yacimiento más relevante en este sentido de toda esta área.

La ocupación en el solar que actualmente se encuentra bajo el casco urbano de la ciudad de Lorca parece remontarse al IV milenio cal BC, tal y como muestran las dataciones de los niveles más profundos de la C/Floridablanca –UtC-7938– en momentos sincrónicos con la fecha más reciente del Cabezo del Plo-mo –SUA-1476– y también en paralelo –UtC-7939– con la ocupación de otros yacimientos de la primera mitad del III milenio cal BC del Guadalentín, como El Capitán –Beta-26611– y La Salud –I-15610– y tam-

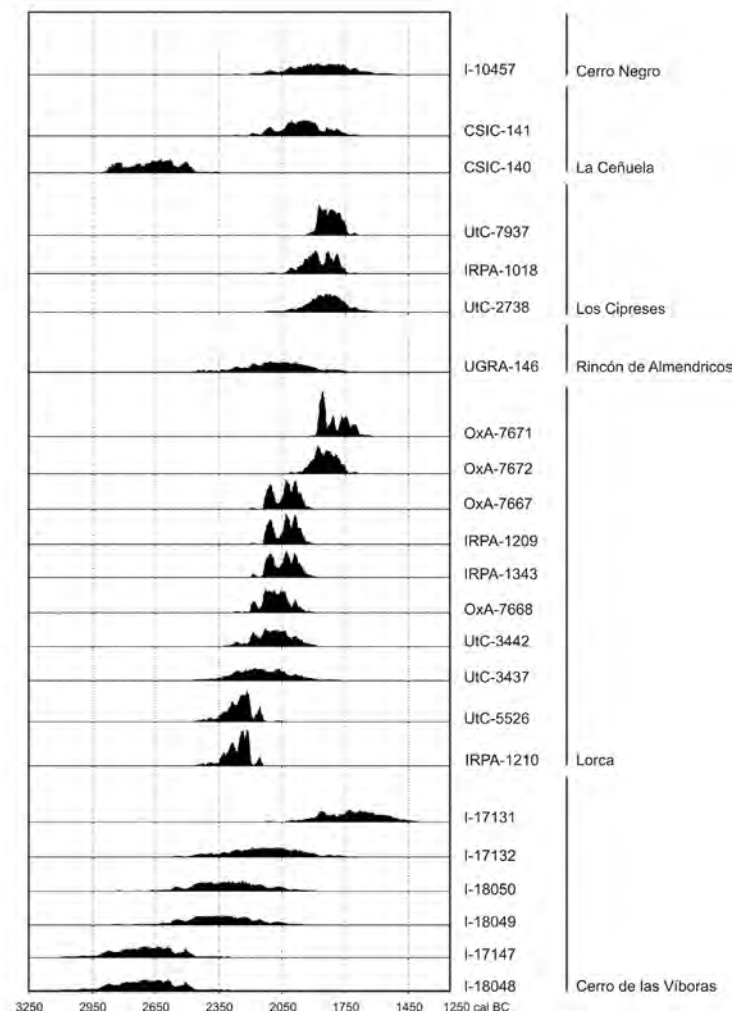


Figura II.2.9_ Gráfico con los intervalos cronológicos de las dataciones de la serie radiocarbónica argárica del Segura y del Guadalentín.

bién, al parecer, con los niveles fundacionales del Cerro de las Víboras –I-18048.

Los niveles argáricos, detectados en una amplia zona de la vertiente sur de la Sierra del Caño y también en áreas del Cerro del Castillo de Lorca, a menudo aparecen superpuestos a niveles de ocupación previos que en algún caso han sido fechados –IRPA-1210– y que en general han marcado un horizonte anterior a ca. 2200 cal BC, en el que cabe fijar los inicios de la secuencia argárica en la zona –OxA-7668 [2139- 2083 cal BC (1σ)]. Ésta queda así mismo enmarcada, en lo que a la serie radiocarbónica regional se refiere, entre dicho horizonte y el definido en torno a ca. 1700 cal BC, con la excepción de la fecha I-17131 del Cerro de las Víboras –1748- 1512 (1σ)– con la que parece que se clausura la ocupación del yacimiento.

De la comparación de las series estratigráficas mejor documentadas a escala inter-regional en el ámbito geográfico que hemos seleccionado para nuestro análisis, resulta en conclusión bastante clara la delimitación de tres grandes fases de desarrollo de un proceso histórico que, en distinto grado y forma, parece haber vinculado

al cuadrante sur-oriental de la Península Ibérica, tal y como diversos autores ya han hecho notar en distintas ocasiones (FERNÁNDEZ-POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996: 121; BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997: 51).

Como puede apreciarse con nitidez en la Figura II.2.10, la sucesión de niveles identificados en los yacimientos mejor documentados del área considerada y su cronología, establecida ésta a partir de dataciones radiocarbónicas y de la localización estratigráfica que presentan en las respectivas secuencias, se adecuan a un ritmo fijado en función de cuatro horizontes que se establecen con nitidez:

–el primero, en la franja cronológica comprendida alrededor del 2200 cal BC, en la que se registra aproximadamente la fundación de la mayoría de los enclaves considerados “de la Edad del Bronce” en la zona –con la más que probable excepción de los asentamientos nucleares argáricos de las cuencas del Vera, Almanzora, Guadalentín y Segura, fundados seguramente un poco antes y, tal vez también, junto a los primeros enclaves del Sistema Ibérico y del área oriental de La Mancha;

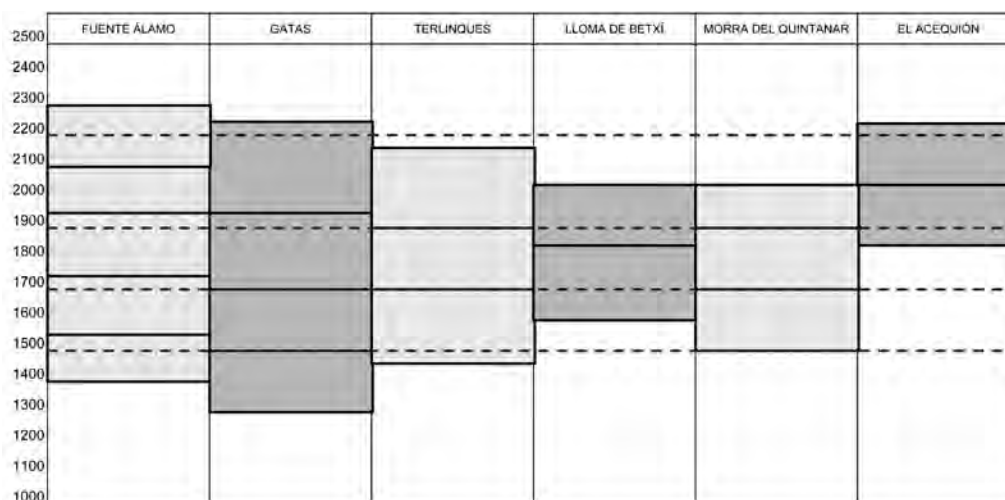


Figura II.2.10_ Correlación cronológica aproximada entre las fases registradas en diversos yacimientos del ámbito de estudio, de acuerdo con las informaciones estratigráficas y las dataciones radiocarbónicas publicadas.

-el segundo, en torno a 1900 cal BC, un poco antes del cual se producen importantes transformaciones urbanísticas en los asentamientos mejor documentados del ámbito argárico, y durante el que se ponen en funcionamiento significativas transformaciones en los asentamientos y patrones de ocupación del territorio en las regiones periféricas, así como el abandono de algunos de los asentamientos fundados en el horizonte anterior, como se acredita en Las Costeras y El Acequión, o la fundación de otros nuevos, como Hoya Quemada;

-el tercero se sitúa alrededor de 1700 cal BC, fecha que marca aproximadamente, en el sur, el desarrollo clásico del Grupo Argárico –Gatas IV y el Horizonte IV de Fuente Álamo– al tiempo que se inician la fase III de Terlinques y de Morra del Quintanar, coincidentes con el máximo desarrollo de estos asentamientos.

-el cuarto quedaría fijado hacia 1500 cal BC, en torno al cual se producen cambios evidentes en el repertorio artefactual del ámbito argárico y una remodelación profunda de los patrones de ocupación del territorio periférico, con el abandono de poblados como Terlinques, Morra del Quintanar, Lloma de Betxí y Hoya Quemada, así como el inicio del espectacular desarrollo de nuevos núcleos como Cabezo Redondo, al que acompañan otros nuevos núcleos .

-el quinto y último, marcaría alrededor de 1250 cal BC o un poco después, el final de Cabezo Redondo y del denominado “Bronce Tardío” del Sudeste, y con él la antesala del “Bronce Final” que, en el ámbito del Levante peninsular, parece vincularse con la aparición de las cerámicas acanaladas.

En consecuencia, y delimitadas por estas cinco franjas cronológicas, se establecen cuatro fases arqueológicas, en las que se fijaría a escala macro-territorial el desarrollo del proceso histórico que vincula a

los grupos arqueológicos en estudio, y que podríamos más o menos considerar en los siguientes intervalos:

Fase I

c. 2200/2100 cal BC-c. 1950/1850 cal BC

Fase II

c. 1950/1850 cal BC-c. 1750/1650 cal BC

Fase III

c. 1750/1650 cal BC-c. 1550/1450 cal BC

Fase IV

c. 1550/1450 cal BC-c. 1350/1250 cal BC

Por desdoblado que estos intervalos, cuyo desarrollo abarca en casi todos los casos apenas dos centurias, deben tomarse como meras orientaciones temporales, e interpretarse con la laxitud a que obligan los referentes cronológicos desde los que se proponen y que, de no desear correr el riesgo que implica dicha propuesta, y de considerarla relevante al tipo de análisis que se pretende en este trabajo, no permitirían en realidad más que dibujar con trazo muy grueso una divisoria fijada en torno a los siglos XIX- XVIII cal BC, momento en el que parece asistirse al inicio de una profunda transformación de las estructuras sociales, políticas y económicas de todo el ámbito abarcado.

III

APROXIMACIÓN AL PROCESO HISTÓRICO EN EL ÁREA CENTRAL Y MERIDIONAL DEL LEVANTE PENINSULAR Y ZONAS LIMÍTROFES. (CA. 2500- CA. 1300 cal BC)

1. HACIA LA CONSTITUCIÓN DE LOS GRUPOS ARQUEOLÓGICOS DE FINALES DEL III MILENIO CAL BC DEL CENTRO Y SUR DEL LEVANTE PENINSULAR

Entendido como un proceso histórico que involucró los desarrollos particulares de dos sociedades contemporáneas, que ocuparon una unidad territorial concreta en un lapso de tiempo determinado, lo acontecido en el ámbito del Sureste y del área centro- meridional del Levante peninsular entre *ca.* 2200 y *ca.* 1300 cal BC puede explicarse, esencialmente, en el marco de una intensa interacción entre el grupo arqueológico argárico y el grupo arqueológico del Prebético Meridional Valenciano, marcada sobre todo por la existencia de dos niveles distintos de jerarquización social y grado de desarrollo de los mecanismos de coerción intra e intersociales, actuando e influyendo recíprocamente en la construcción de la (de su) historia.

Admitir, sin embargo, el carácter dinámico y el estado de constante transformación de las sociedades implica asumir también una necesaria perspectiva diacrónica en el análisis de cualquier hecho social. En consecuencia, tal explicación sólo podrá tener expectativas de éxito comenzando por el estudio del desarrollo del proceso histórico en este mismo ámbito al menos durante el IV y primera mitad del III milenio cal BC, en el marco del despliegue de toda la compleja red de contradicciones inherentes al desarrollo de las formaciones sociales tribales.

Tal y como ha recordado recientemente L. F. Bate (2004: 27), el elemento que determina la distinta calidad de las relaciones sociales de producción de las formaciones sociales tribales no es tanto la actividad productiva específica que constituya la base fundamental de su economía, sino el establecimiento de la propiedad comunal sobre el objeto de trabajo. En otras palabras, una situación en la que el conjunto social deba garantizarse la capacidad de disposición del ob-

jeto de trabajo como condición para el desarrollo del proceso productivo, y no sólo su posesión.

De ese modo es posible explicar la aparición y desarrollo de formaciones sociales tribales cuya subsistencia dependió exclusivamente de actividades predatorias, y no necesariamente de la producción agropecuaria; o de otras cuya economía está basada de forma predominante en la explotación de recursos pecuarios, más que en la agricultura.

Sin embargo, las consideraciones en las que a continuación nos extenderemos resultan principalmente de aplicación a sociedades agrarias, en las que la producción agropecuaria posee un grado variable de importancia para la subsistencia y los procesos de reproducción social. No por casualidad, éstas constituyen el modelo históricamente más extendido, debido a las ventajas que siempre ofreció el crecimiento y la concentración demográfica que la agricultura permite, a diferencia de lo que ocurre en las tribus de cazadores, pescadores o pastores.

Como es sabido, el surgimiento o implantación de un modo de vida campesino agrícola conlleva siempre, explicitado en distinto grado de intensidad, el establecimiento de una relación de propiedad con el principal medio de producción: la tierra y los terrenos de pasto. Sin embargo, apropiarse socialmente de un territorio implica de forma necesaria, por un lado, su demarcación –esto es, el señalamiento ante los otros grupos del espacio apropiado, mediante pinturas, grabados o la colocación de hitos reconocibles en el paisaje–, y por otra parte una justificación de la apropiación misma –o sea, una legitimación del derecho a disponer del territorio demarcado. Así, la extraordinaria importancia que a partir de ese momento cobran los lazos de parentesco, deviene ante todo de su conversión en un vínculo de carácter jurídico que pretende justificar la apropiación actual mediante la referencia al antepasado.

Precisamente es porque el territorio tribal se posee gracias a los ancestros, por lo que en estas condiciones

aquellos miembros de mayor edad adquieren, a nivel de conciencia social, el mayor grado de consideración y autoridad, al constituir el eslabón que conecta a la comunidad con aquéllos de los que se recibieron los medios para subsistir y reproducirse como sociedad (MEILLASOUX, 1977 [1985]: 66). Esta circunstancia es la que sienta las bases para el desarrollo de una ideología del antepasado, que actúa como elemento cohesionador de la comunidad, al tiempo que dota a ésta de un componente de identificación excluyente en relación con otros grupos y sus territorios (CÁMARA SERRANO, 2000).

Dicha ideología será además instrumentalizada por el sector de más edad, para el que tiende a quedar reservado el desempeño de un papel social fundamental, pues al concretarse la apropiación objetiva del espacio productivo, se desencadenan otras importantes contradicciones, como la derivada de la distribución no homogénea de los recursos (MONTANÉ, 1986). De no mediar el conflicto bélico, que puntualmente podría resolver el problema, la imposición de límites restrictivos al territorio implica que el acceso a ciertos recursos queda recíprocamente restringido entre unos grupos propietarios y otros, de tal manera que su obtención quedará sujeta a la participación en un circuito intergrupar a través de la intermediación de aquellos individuos a los que se ha conferido socialmente la representación y autoridad grupal (MEILLASOUX, 1985: 70).

Del amplio elenco de productos que pudieron participar en esta circulación, sólo unos pocos serían susceptibles de dejar restos registrables arqueológicamente, lo cual excluye explícitamente una porción esencial de los mismos que sin duda tuvo como objetivo fundamental reequilibrar potenciales déficits productivos, a través de la solidaridad intergrupar que dicta el principio de la reciprocidad. Pero el hecho de que la mayoría de los productos intercambiados registrados se componga de objetos fácilmente sustituibles en cuanto a su valor de uso en unas y otras regiones, resulta indicativo de que el principal objetivo perseguido no era el intercambio mismo sino la consecución y el sostenimiento de la propia relación intergrupar. Sin embargo, es precisamente con los matrimonios, que permiten materializar socialmente este vínculo a través del parentesco, con los que a menudo van asociados de forma preferente aquellos otros productos de mayor singularidad y escasez, o mayor inversión de tiempo de trabajo, los cuales se convierten, precisamente a consecuencia de ello, en elementos representativos de la autoridad grupal (GODELIER, 1974: 284; MEILLASOUX, 1985: 95; TERRAY, 1978: 159).

Así pues, dado que las bases objetivas del poder conferido a los jefes de linaje residían en su monopolio de la gestión de la relación intergrupar y del plusproducto social, su interés por intentar ampliar las primeras tenderá a orientarlos hacia el estímulo, incremento y desarrollo de la producción artesanal con que habilitar provechosamente dicha gestión (TERRAY, 1977:

120). Pero rebasado un determinado límite, en el marco de unas relaciones sociales de carácter igualitario, no es posible incrementar la dedicación a la producción artesanal de una parte del grupo sin aumentar a su vez la disponibilidad de plusproducto que permita su sustento (SARMIENTO FRADERA, 1992: 98), ni tampoco defender una mayor cantidad de éste sin un incremento demográfico que paralelamente garantice su seguridad (BATE PETERSEN, 2000).

Sin embargo, la concentración y/o el incremento demográfico conllevan a su vez la multiplicación de individuos sexual y generacionalmente aptos, deseos de asumir responsabilidades sociales que sólo muy pocos pueden desempeñar, lo cual plantea un conflicto potencial que cuando se desencadena acostumbra a concretarse en una escisión del conjunto social, que permite la restauración del nivel demográfico compatible con el mantenimiento de las relaciones sociales de producción existentes (SAHLINS, 1983b: 113)

No obstante ciertas condiciones, históricamente determinadas, pueden llegar a fijar las circunstancias concretas en que se verifica tal escisión. En primer lugar, la apropiación de nuevos territorios tenderá a realizarse a costa de aquellos grupos con los que no se tiene relación parental, y que, preferentemente, posean un menor grado de cohesión social. Pero además, influirá decisivamente la importancia adquirida por la producción agropecuaria en los procesos de reproducción social, pues dado que la propiedad de los medios de producción colectivos deviene de los antepasados, de los que así mismo emana la autoridad parental que se pretende eludir, el abandono del grupo matriz en condiciones de plena autonomía política compromete la disponibilidad de la simiente con la que reproducir de manera inmediata el ciclo agrícola en otro lugar. En estas condiciones, la consecuencia lógica será un sustancial incremento de las actividades predatorias en el seno de los grupos escindidos (MEILLASOUX, 1985: 47).

En cambio, si no es factible la separación grupal sin acompañarse ésta de los medios para reproducir el ciclo agrícola, entonces no es posible escapar efectivamente de la autoridad parental, pudiendo adquirir así la escisión un carácter dirigido, que en tal caso tenderá a orientarse hacia la explotación de determinados recursos demandados por el conjunto social para su reproducción; y las relaciones parentales que conectan a uno y otro grupo, convertirse en canales de vehiculación de productos hacia el centro o centros políticos del territorio tribal, desde una periferia en progresiva expansión (NOCETE CALVO, 2001a).

Un breve recorrido por la evidencia empírica del área seleccionada para nuestro análisis, comprendida entre las cuencas del Júcar y del Guadalentín, nos permitirá inferir que entre el VI y el IV milenio cal BC, pudo asistirse en este ámbito a procesos expansivos de ambos tipos, en el marco de condiciones y circunstancias particulares, históricamente determinadas.

1.1 CA. 6000 - 2500 CAL BC. APARICIÓN, CONSOLIDACIÓN Y DESARROLLO DE LA FORMACIÓN SOCIAL TRIBAL ENTRE LAS CUENCAS DEL JÚCAR Y DEL GUADALENTÍN

La información generada en estos últimos años evidencia que la “sociedad cardial” que se asienta en puntos aislados de la costa mediterránea española en el VII milenio cal BC es una sociedad plenamente “tribalizada”, y esto se expresa en el registro empírico derivado de sus prácticas productivas tanto como del contenido inferible de sus prácticas socioideológicas: la producción, procesado y consumo, en grado relevante, de productos agropecuarios; la realización de pinturas rupestres en abrigos rocosos y la práctica de enterramientos en cavidades naturales de ubicación escogida; así como las características de algunos de los asentamientos conocidos (MARTÍ OLIVER y HERNÁNDEZ PÉREZ, 1988; BERNABEU AUBÁN *et al.*, 2003), son resultado del desarrollo de un proceso de ocupación y explotación de un espacio concreto, por parte de una sociedad capaz de implementar una gran variedad de recursos destinados a enfatizar la cohesión grupal, y de los que progresivamente se van conociendo nuevos elementos materiales, como las barras de ocre o las flautas elaboradas con tubos de hueso localizadas en la Cova de l'Or (MARTÍ OLIVER *et al.*, 2001; GARCÍA BORJA *et al.*, 2004).

No obstante, hacia finales del VI milenio cal BC parece marcarse el inicio de una ruptura, expresada en el registro arqueológico no sólo en los cambios perceptibles en el patrón de ocupación del territorio, sino también en la mengua notable o incluso la completa desaparición de determinados productos como las cucharas de hueso, los brazaletes de pizarra o los vasos simbólicos, todos ellos profundamente implicados en los procesos de reproducción ideológica de la “sociedad cardial” del Levante peninsular (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 2006: 111).

Paralelamente, los santuarios rupestres del estilo macroesquemático se abandonan o son reutilizados plasmándose ahora representaciones pictóricas de estilo levantino, como sucede en Pla de Petracos y La Sarga (HERNÁNDEZ PÉREZ y MARTÍ OLIVER, 2001). La expansión de este nuevo “arte neolítico”, tan diferente en técnica y contenidos, por un amplio territorio del área más oriental de la península también parece coincidir en el tiempo con el desarrollo de un proceso de aparente “consolidación” del poblamiento neolítico, el cual estaría reflejándose en un mayor grado de “homogeneidad artefactual” a escala regional, que se ha querido ver sobre todo en función de la abundancia y generalización de las cerámicas peinadas en los registros de los yacimientos (GARCÍA PUCHOL, MOLINA BALAGUER y GARCÍA ROBLES, 2004).

Sin embargo, los acontecimientos que a partir de finales del VI e inicios del V milenio cal BC pudieron conducir a la desintegración y transformación de la “sociedad cardial” continúan conformando hoy una de las etapas peor documentadas en el registro “neolí-

tico” levantino. Por ahora, la hipótesis más plausible invita a suponer una decisiva desarticulación de los anteriores núcleos de agregación poblacional (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 2006), que al parecer pudo acompañarse también de un repunte del componente predador en las actividades productivas relacionadas con la subsistencia.

Si todo ello fue esencialmente consecuencia, como suponemos, del desarrollo de un proceso atomizador y expansivo que persiguió garantizar la plena autonomía política de las nuevas comunidades segmentadas, éste pudo implicar a su vez el abandono consciente, por parte de éstas, de las relaciones a través de las cuales se recibía y transfería la simiente. En tales condiciones las únicas actividades capaces de generar y sostener los nexos intergrupales imprescindibles para el mantenimiento y reproducción de una formación social tribal no serían precisamente las agropecuarias, venidas a menos en el plano de la producción subsistencial, sino la guerra, la caza mayor o incluso la recolección (MEILLASOUX, 1985: 47). En estas circunstancias, la expresión de la apropiación colectiva del territorio tribal tendería a manifestarse por medio de las principales actividades que pueden cohesionar ahora el grupo social, que ya no son las relacionadas con la producción agrícola, en las que el Arte Macroesquemático encontraba su repertorio principal de temas (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2000), sino sobre todo las actividades cinegéticas, bélicas o de recolección, que hallamos en la gran mayoría de las representaciones pictóricas de Arte Levantino (MARTÍ OLIVER, 2003).

Por ahora, sólo la datación obtenida en la Cova Sant Martí de Agost (TORREGROSA GIMÉNEZ y LÓPEZ SEGUÍ, 2004: 107) permite situar claramente en estos mismos momentos la práctica del enterramiento múltiple en cavidades naturales, y aunque el enclave se sitúa en un ámbito en el que no se conoce la existencia de pinturas de Arte Levantino, cabe preguntarse si la demarcación territorial mediante este tipo de pinturas rupestres se vio también acompañada, como parece probable, de unas prácticas funerarias dirigidas a justificar la apropiación del territorio, constituyendo ambas la manifestación material de un proceso de expansión territorial que en un determinado momento quedó bloqueado, generando la aparición de límites más o menos reconocibles en el espacio a las manifestaciones pictóricas levantinas y también a la práctica del enterramiento en cuevas naturales (JORDÁ CERDÁ, 1966: 74).

Fuesen las que fueran, las razones que motivaron el establecimiento del bloqueo a este proceso expansivo pudieron condicionar de algún modo el inicio de una nueva fase arqueológica detectada en Levante en torno a 3900 cal BC, en la que diversos datos apuntan a una acentuación en el grado de fijación residencial de los grupos y a la multiplicación de estructuras de almacenaje y también de zanjas y fosos defensivos, al tiempo que comienza a generalizarse el uso funerario de cuevas y covachas (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 2006: 111).

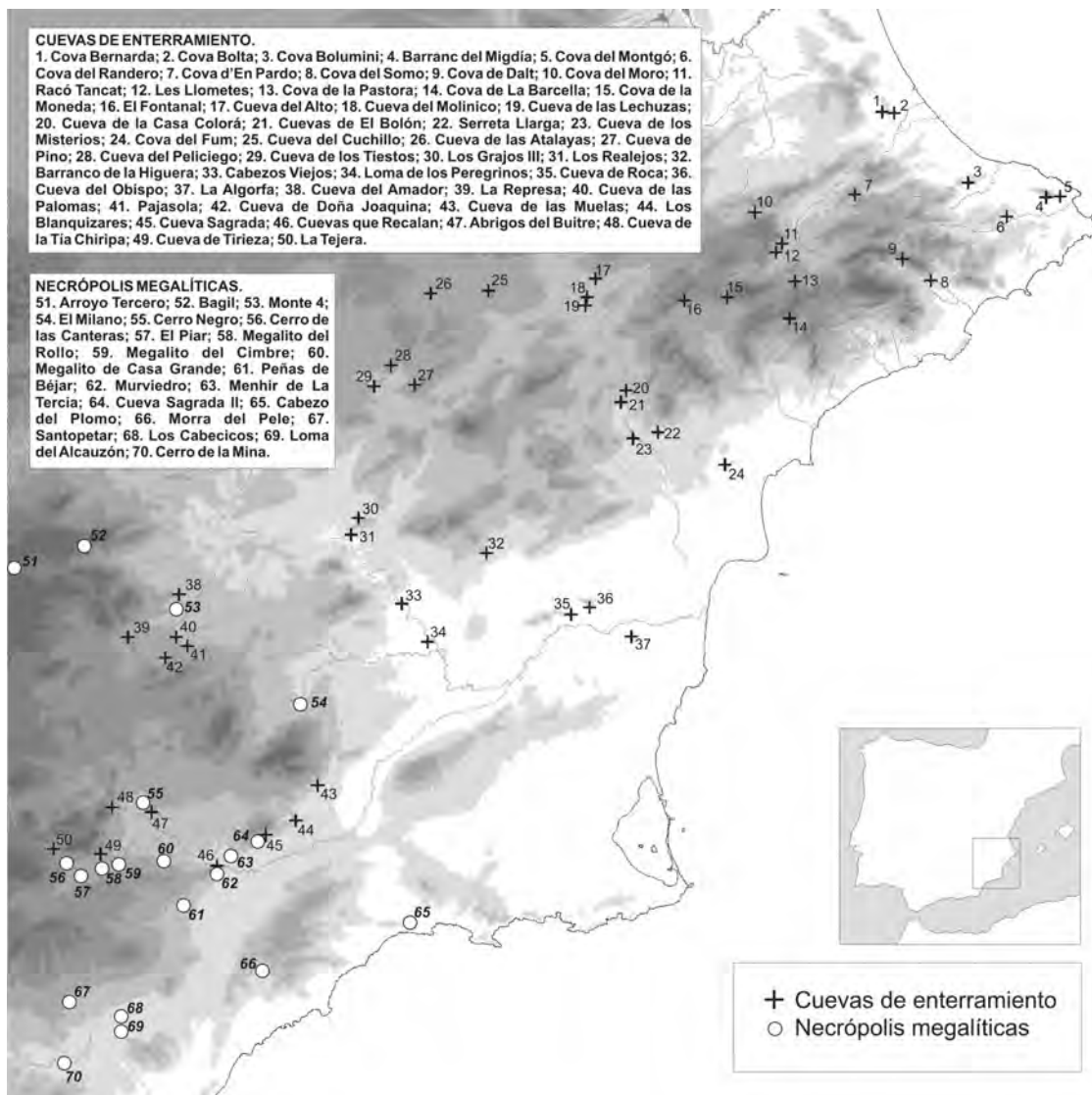


Figura III.1.1_Distribución territorial de las cuevas de inhumación múltiple y de sepulturas megalíticas en el área de estudio.

Con todos estos elementos, que permiten inferir una intensificación en el grado de apropiación objetiva del territorio, cabe relacionar además los datos referidos a la distribución e intercambio de algunos productos entre el ámbito de Levante y la región del Sudeste peninsular, como es el caso de ciertas clases de materias primas y manufacturas líticas que, aunque iniciados en fecha temprana, evidencian a partir de ahora incrementos significativos y en constante progresión a lo largo del IV y III milenios cal BC (OROZCO KÖHLER, 2000; RAMOS MILLÁN, 1999).

Hacia la segunda mitad del IV milenio cal BC tanto en las comarcas centro-meridionales valencianas (SOLLER DÍAZ, 2002) como en el Sistema Ibérico (LORENZO LIZALDE, 1990; MOLINA BURGUERA y PEDRAZ PENALVA, 2000) y el área sudoriental de La Mancha (HERNÁNDEZ PÉREZ y SIMÓN GARCÍA, 1993: 37; HERNÁNDEZ PÉREZ, 2002: 14; GARCÍA ATIÉNZAR y de MIGUEL IBÁÑEZ, 2009) resulta ya muy notable la presencia de cavidades em-

pleadas como necrópolis de inhumación múltiple. Pero entre las cuencas del Segura y del Guadalentín se abre una zona en la que este tipo de prácticas funerarias entra en contacto con el área máxima de expansión hacia el este de las necrópolis de tipo megalítico (SAN NICOLÁS DEL TORO, 1994; LOMBA MAURANDI, 1999), lo que pone de relieve la existencia de una dicotomía en este tipo de prácticas sociales en un área muy concreta, que no puede interpretarse más que como zona de contacto entre dos sociedades con sensibles diferencias en sus modos de reproducción social y en los medios empleados para expresar la justificación ideológica de la apropiación del espacio productivo.

No obstante, la explicación de esta dicotomía sólo puede abordarse planteando su análisis conjuntamente con otras evidencias que nos permiten inferir disimilitudes coincidentes en términos geográficos. Este es el caso de la localización, nada azarosa, de algunos procesos productivos altamente especializados, como la

elaboración de manufacturas metálicas, o la diferente diacronía que ofrecen unos modelos determinados de organización y gestión del espacio apropiado (LÓPEZ PADILLA, 2006).

Sin embargo, creemos que una parte esencial del proceso histórico del que estas evidencias son resultado ha permanecido parcialmente oculta y sustancialmente inexplicada, a causa de la superior importancia que la investigación ha otorgado a la distribución territorial que muestran ciertos tipos de productos singulares, como los “ídolos oculados”, la cerámica pintada y “simbólica” de “estilo millarense” o los artefactos metálicos, que tradicionalmente han servido de base para establecer la existencia de unas relaciones o “influencias culturales”, proyectadas desde el Sureste, sobre toda el área meridional valenciana (TARRADELL MATEU, 1963).

En ese sentido, uno de los objetos más significativos podrían ser los llamados “ídolos”, especialmente los oculados elaborados sobre huesos largos –preferentemente radios– de los que L. Siret (1908 [1995]) localizó un excepcional conjunto en Almizaraque, y que encontramos tanto en contextos domésticos como sobre todo funerarios en el valle del Júcar y sus afluentes, en la Vall d’Albaida, Valle del Serpis y La Marina, así como en el Valle del Segura y del Guadalentín (MOLINA BURGUERA y PEDRAZ PENALVA, 2000; PASCUAL BENITO, 1998; AYALA JUAN, 1985; SAN NICOLÁS DEL TORO, 1986), aunque están ausentes por el momento en el Valle del Vinalopó (SOLER DÍAZ, 2002; GARCÍA ATIÉNZAR, 2006).

Junto con éstos, en toda la zona encontramos también diseminados hallazgos de cerámicas con decoraciones pintadas claramente vinculadas con los repertorios decorativos del Sudeste (MARTÍN, CÁMALICH y TARQUIS- RODRÍGUEZ, 1983; LOMBA MAURANDI, 1992), tanto en yacimientos en cueva como en asentamientos al aire libre. Así, en la zona de Jumilla se localizan en la Cueva de los Tiestos (MOLINA BURGUERA, 2004), y en el Valle del Serpis en el yacimiento de Niuet (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 1994), mientras que en La Marina Alta aparecen registrados en la Cova del Montgó (SALVA, 1966) y en la Cova de les Meravelles (BORONAT SOLER, 1986).

Por último, también los artefactos metálicos presentan, no obstante su evidente escasez, una distribución bastante amplia dentro del área que estamos analizando, a pesar de que en su caso no es posible, salvo en contadas ocasiones, descartar fehacientemente su relación con contextos más modernos, no sólo en el ámbito del sur de Levante sino también en el propio valle del Guadalentín. Así, para J. L. Simón (1998: 350) en el área sur valenciana sólo los punzones hallados en las necrópolis de La Algorfa, El Fontanal y Cova de la Relíquia podrían adscribirse, con reservas, a momentos previos a la segunda mitad del III milenio cal BC, en los que posiblemente debamos también incluir un punzón metálico localizado en el interior de un silo de Jovades (GUILABERT MAS, c.p.).

La adquisición de estos objetos debió producirse en el marco de las redes de intercambio establecidas con los grupos del Sudeste, dada la inexistencia de evidencias relacionadas con la producción metalúrgica en los asentamientos valencianos de este momento. También en el Altiplano de Yecla y Jumilla son punzones los únicos productos metálicos localizados en contextos previos a la aparición de cerámicas campaniformes, y también en su inmensa mayoría se registran en ámbitos funerarios, como la Cueva 1 de El Molar II, la Cueva 1 de Los Hermanillos y quizá también alguno de los punzones de la Cueva de los Tiestos. Sólo los materiales metálicos de El Prado podrían sumarse a los anteriores, en este caso en contextos de hábitat (SIMÓN, HERNÁNDEZ y GIL, 1999).

En el valle del Guadalentín, en cambio, sí se detectan áreas de producción metalúrgica que claramente se adscriben a la primera mitad del III milenio cal BC, como han evidenciado los restos de crisoles, lingotes y mineral localizados en las excavaciones de la c/ Floridablanca, en el casco urbano de Lorca, para los que se dispone de dos dataciones radiocarbónicas que se sitúan entre 2800 y 2500 cal BC (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2004). Dentro del territorio administrativo de la provincia de Murcia, tan sólo podrían añadirse a éstos, en un ámbito cronológico similar, algunos de los restos de mineral y escorias localizados por L. Siret en Parazuelos (SIRET y SIRET, 1890: 62). Por su parte, J. Lomba (2001: 33) considera que algunos punzones de Parazuelos y La Parroquia, así como los de necrópolis como Cueva Sagrada I, La Quintilla y Peña Rubia, podrían pertenecer también a momentos de la primera mitad del III milenio cal BC, algo que el autor no se atreve a asegurar, en cambio, respecto de otros objetos como los punzones de la necrópolis megalítica de Murviedro y de la cueva de Los Blanquizaes, o las hachas metálicas registradas en Peña Rubia y La Parroquia.

Por consiguiente, la línea que marca la margen derecha de la cuenca del Segura parece que no sólo determinó el ámbito máximo de expansión del megalitismo, sino que probablemente pudo definir, con anterioridad a *ca.* 2500 cal BC, el extremo más oriental del espacio en el que se llevaron a cabo procesos de producción metalúrgica en el Sudeste, más allá del cual es posible registrar contemporáneamente el consumo de productos metálicos, pero no su producción.

Pero al mismo tiempo, el valle del Segura separa también, de forma explícita, dos ámbitos en los que se desarrollaron, de manera sincrónica, dos modelos distintos de organización y explotación del territorio, diferenciados fundamentalmente por la presencia o no de asentamientos en altura sobre posiciones estratégicas para el control del espacio social y de sus principales puntos de acceso y circulación.

En efecto, a lo largo y ancho del territorio comprendido aproximadamente entre el Júcar y el Segura

aparecen distribuidos, entre mediados del IV y mediados del III milenio cal BC, toda una serie de emplazamientos a menudo definidos como “poblados de silos” (GÓMEZ PUCHE, *et al.*, 2004), y que artefactualmente caracterizan el Neolítico IIB de la periodización propuesta en su día por J. Bernabeu (1995). De la mayoría apenas contamos con unos cuantos objetos procedentes de prospecciones o, con fortuna, de algunos datos estratigráficos. De otros, en cambio, se cuenta con un registro abundante y con información generada a lo largo de muchos años de trabajo. Todos ellos comparten, sin embargo, una misma característica en lo que se refiere a su localización, que es su implantación en zonas preferentemente cercanas a fuentes, áreas lagunares o con abundantes recursos hídricos, y próximas a terrenos óptimos para la producción agropecuaria, ocupando zonas llanas o, todo lo más, ligeramente elevadas sobre el terreno circundante, a menudo junto a la confluencia de ríos o barrancos sobre terrazas fluviales (LÓPEZ PADILLA, 2006).

En cambio, en Lorca y en general en toda la región suroccidental murciana se nos ofrece un panorama sensiblemente distinto hacia esos mismos momentos. A. Martínez (1999: 29) ya hacía notar que la mayoría de los asentamientos lorquinos podía agruparse en dos tipos de emplazamientos distintos según se dispusieran sobre laderas o pequeñas elevaciones en la confluencia de cañadas, ramblas o ríos –caso de El Capitán, Chorriillo Bajo, Valdeinferno, Agua Amarga, Xiquena I y II o Torrealvilla, entre otros– o sobre relieves más elevados, controlando visualmente vías de comunicación –como La Parrilla y La Quintilla– e incluso algunos, como El Castellón, El Estrecho o el Cerro de la Salud, implantados sobre la cima de relieves destacados que dominan los terrenos circundantes (GRIS MARTÍNEZ y GRIS MARTÍNEZ, 2007). La fecha radiocarbónica obtenida en este último yacimiento, situada en torno a 2800 cal BC (EIROA GARCÍA y LOMBA MAURANDI, 1998) fija en las primeras centurias del III milenio cal BC la presencia en la región de Lorca de un patrón de asentamiento que está primando con claridad el control y dominio visual del espacio de explotación, insinuándose en algunos casos, y evidenciándose en otros, la inversión de trabajo en la construcción de estructuras pétreas con funciones defensivas, como también ponen de manifiesto las murallas con bastiones del Cabezo del Plomo, en Mazarrón (MUÑOZ AMILIBIA, 1993) o las de Murviedro, en Lorca (IDÁÑEZ, MANZANO y GARCÍA, 1987).

Por consiguiente, parece que si bien la distribución de diversos tipos de productos permite inferir la existencia de contactos evidentes y de intercambios entre los grupos asentados a uno y otro lado del valle del Segura, la expresión fenoménica de los aspectos más ligados a sus prácticas socioideológicas –como la organización y disposición de las necrópolis o la presencia de asentamientos en los que se optimiza el control estratégico del territorio grupal– posibilitan reconocer un límite explícito que separó los espacios vividos de

dos sociedades concretas diferenciadas. La presencia de productos singulares semejantes a uno y otro lado de ese límite evidencia a nuestro juicio que existieron contactos intersociales entre ambas, en el marco de unas relaciones cuya naturaleza deberá explicarse, pero sin soslayar las disimilitudes de las prácticas sociales en las que éstos encontraron significado en uno y otro lugar (LULL, 2005: 24).

Simplemente comparando, muy por encima, los registros arqueológicos del Sudeste y de Levante de inicios del tercer milenio, se aprecian de inmediato las considerables diferencias observables en cuanto a la recurrencia en el primero de áreas de producción especializada (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1998b: 47), que por el contrario escasean, si no faltan por completo, en el área levantina.

Si ello manifiesta la superior capacidad productiva, en estos momentos, de los grupos del Sudeste en general, no es menos cierto que dicha capacidad tampoco se distribuyó por igual entre los distintos asentamientos, sino que aquéllos de mayor tamaño e importancia parecen haber concentrado en mayor número y variedad este tipo de espacios o talleres, como se aprecia de manera especialmente clara en lo que concierne a la producción metalúrgica. Así, por ejemplo, en Zájara los restos hallados se reducen a la presencia de algo más de medio centenar de gotas de metal fundido, localizadas en el interior de una pequeña estructura excavada en el suelo, y disociadas de cualesquiera otros elementos (crisoles, hornos o estructuras de combustión o tan siquiera señales de fuego) vinculados normalmente al desarrollo de la actividad metalúrgica. Escasos, sin duda, comparados con los que se documentan en yacimientos de mayor envergadura, como Las Pilas/ Huerta Seca, un asentamiento de casi 6 Ha de extensión, en donde se han registrado todos los elementos involucrados en el complejo proceso de la producción de artefactos metálicos –hornos con toberas, moldes, “vasijas-horno”, crisoles y escorias– y que a juicio de M. D. Cálalich y D. Martín (1999: 267) denotan un alto grado de especialización artesanal.

Pero por encima de estas notables diferencias entre los asentamientos, hallamos dos rasgos ampliamente compartidos por todos:

–de una parte, la buscada proximidad a las vetas metalíferas que muestran las dos terceras partes de los yacimientos del Sudeste de estos momentos, siempre inferior a 10 km (SUÁREZ MÁRQUEZ *et al.*, 1986: 205), lo que evidencia su interés por garantizarse el libre acceso a las mismas,

–y de otra, que la producción metalúrgica se hallaba casi enteramente orientada a obtener valores de uso: hachas, sierras, cinceles, escoplos,...y sobre todo punzones (MONTERO RUIZ, 1999: 340).

La expansión territorial del conjunto social, expresión y resultado del modelo de superación de las contradicciones planteadas por el desarrollo de las fuerzas

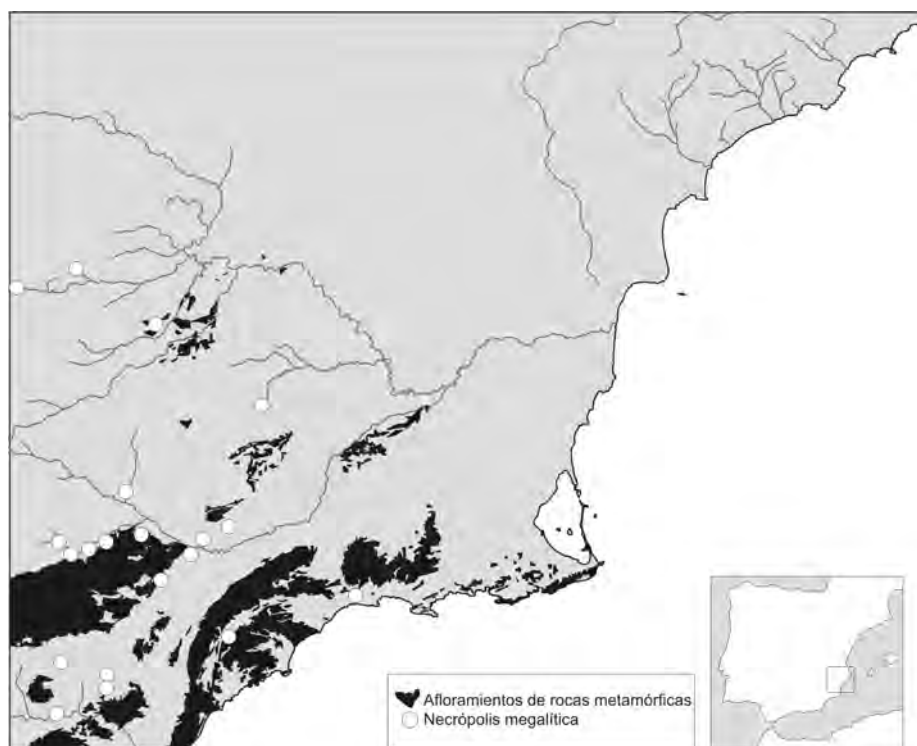


Figura III.1.2_Distribución de sepulturas megalíticas en el área de estudio en relación con la disposición de los afloramientos de rocas metamórficas en el ámbito oriental del Sudeste peninsular.

productivas que los datos antes mencionados permiten inferir, se concretaría en la fundación de nuevos enclaves asociados a necrópolis de clara raigambre “millarense” en puntos estratégicos para la comunicación o para la explotación de determinados recursos, como el Cerro de las Canteras, El Capitán, Cabezo de la Era, Cabezo del Plomo o Peñas de Béjar, por citar algunos de los más conocidos y mejor documentados (MOTOS, 1918; Gilman y San Nicolás, 1995; Lomba Maurandi, 2004; MUÑOZ AMILIBIA, 1993; LOMBA MAURANDI, 1999).

La concreción de este proceso expansivo es la que explicaría el particular panorama que en cuanto al registro funerario ofrece el área occidental murciana, donde las necrópolis megalíticas comparten territorio con cuevas de inhumación múltiple o con aquéllas en las que se ha querido ver una especie de “mixtura” entre ambas, como Murviedro, Cueva Sagrada II o El Milano (LOMBA MAURANDI, 1999: 72), y que a nuestro juicio no son más que la expresión de la paulatina imposición en esta zona de la nueva ideología “millarense”, que trata de absorber y suplantar a las prácticas locales (GAILEY, 1987: 38).

Como propuesta explicativa a corroborar en el futuro, creemos que cuando esta expansión territorial alcanzó los límites geográficos en donde existían vetas beneficiables, el mineral y los productos metálicos adquirieron una nueva importancia, pues al valor de uso inherente a los utensilios elaborados con él, implicados muy directamente –conviene no olvidarlo– en un proceso significativo de incremento de la produc-

tividad del trabajo, el metal cobró también el que se otorgaba socialmente a los materiales escasos, exóticos y difíciles de obtener, cuyo aprovisionamiento quedaba precisamente reservado a los sectores dominantes de la sociedad. De este modo, el modelo de reproducción ampliada, como medio de atenuar las contradicciones planteadas por el desarrollo de las fuerzas productivas, ya no resultó factible, puesto que carecer de metal implicaba asumir un nivel de dependencia política inaceptable en el marco de las relaciones sociales existentes.

El resultado de que las tendencias a la fisión social se vieran contenidas de este modo fueron unas nuevas condiciones para la sujeción de la fuerza de trabajo y para su concentración, en unos términos no conocidos hasta ese momento, probablemente plasmados en el registro en la constitución del asentamiento de proporciones más importantes de todo el valle del Guadalentín, bajo el casco urbano de Lorca, precisamente en el punto más estratégico para la comunicación interregional, y bajo el control de un enclave amurallado –Murviedro– establecido en altura (IDÁÑEZ, MANZANO y GARCÍA, 1987; GARCÍA, MARTÍNEZ y PONCE, 2004).

1.2 CA. 2500 - CA. 2200 CAL BC. LOS FUNDAMENTOS DE UN NUEVO SISTEMA DE EXPLOTACIÓN CLASISTA INTERSOCIAL

El proceso transformador de esta situación bien pudo ser muy rápido. Pero podemos intentar evaluar

su contenido en función de lo que ofrece el análisis del territorio a partir de mediados del tercer milenio y que nos muestra, de una parte, un paulatino abandono de la mayoría de los asentamientos en llano del Guadalentín y del Segura (LOMBA MAURANDI, 1996) –y también de buena parte de los fortificados en altura– y, de otra, la fundación de toda una serie de enclaves, invariablemente emplazados sobre cerros o promontorios destacados, que guardan una cierta equidistancia entre sí, y que se distribuyen precisamente a lo largo de la cuenca del Segura, hasta alcanzar el Vinalopó.

En efecto, ni en Campico de Lébor, ni en La Parrilla, Finca de Félix o Chorrillo Bajo, en Lorca, se encuentran apenas cerámicas o productos adscribibles con claridad a la segunda mitad del III milenio cal BC, mientras que con frecuencia hallamos en sus cercanías poblados ex novo ubicados en cerros o elevaciones naturales de fácil defensa, como ocurre en el caso del Cabezo Juan Clímaco, a escasamente 500 m del Campico de Lébor y próximo al asentamiento de Las Anchuras (LOMBA MAURANDI, 1996: 333). A lo largo del cauce del Segura asistimos a un notable incremento de asentamientos de este tipo: al ya citado Cabezo de Juan Clímaco podemos añadir el Castillo de Alcalá, El Murtal, Morrón de Bolbax, Cárcel de Totana, Monteagudo y Espeñetas (AYALA JUAN e IDÁÑEZ SÁNCHEZ, 1987), una lista a la que podemos sumar, en su extremo oriental-septentrional, el poblado de Les Moreres de Crevillente (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1992). Por otra parte, en muchos de los yacimientos argáricos posteriores como el Cerro de las Viñas, casco urbano de Lorca, la Capellanía, la Ceñuela, Cabezo del Oro, Cabezo del Búho o Puntarrón Chico, entre un largo etcétera, se han localizado cerámicas con decoración campaniforme, y en ocasiones en los propios niveles fundacionales de algunos de los asentamientos excavados, como por ejemplo en el Cerro de las Víboras de Bajil (EIROA GARCÍA, 1995; 1997), Cerro de Las Fuentes, en Archivel (BROTÓNS YAGÜE, 2004 [1997]: 231) o en Santa Catalina del Monte, en Verdolay (RUIZ SANZ, 1998).

Resulta notoria, pues, la estrecha y nada azarosa relación que en su inmensa mayoría muestran estos enclaves con la modelación del espacio argárico posterior, hacia 2200 cal BC. De hecho, cuando no se da en el mismo enclave, con mucha frecuencia se documenta el abandono de un poblado campaniforme adyacente o inmediatamente próximo a otro posterior argárico, caso del ya comentado Cerro de Juan Clímaco –junto a La Bastida– o de la mayoría de los poblados del sur de Alicante, como Espeñetas –próximo a San Antón–, el Rincón de Redován –cercano a Laderas del Castillo– o Les Moreres –junto a Pic de Les Moreres–. Significativamente, se trata de un proceso que a partir de los datos observables tiene también su correlato más al sur, en las cuencas del Antas y del Almanzora, y en estos mismos momentos (CAMÁLICH MASSIEU y MARTÍN SOCAS, 1999: 154).

La ocupación de nuevos territorios de óptimo agrícola, pero carentes de recursos metalíferos, sólo pudo llevarse a cabo asumiendo el dictado de unas nuevas reglas para la distribución de la producción, conectada ahora regionalmente, a escala inter-asentamientos, a través de unos lazos que no unían ya tanto a colectivos emparentados como a determinados miembros de ciertos linajes, iniciando así el vaciado de contenido ideológico a la práctica del enterramiento múltiple en megalitos como expresión material de un modelo de justificación y manifestación de la propiedad colectiva del territorio, que había quedado disuelto y sustituido por otro muy distinto, en el que los límites del espacio apropiado pronto no necesitarán concretarse físicamente en el territorio con tal tipo de hitos geográficos, sino con la creación y vigilancia constante de una auténtica frontera delimitadora de un nuevo territorio cultural y político.

Así, si hacia 3000 cal BC, el patrón de ocupación en el campo de Lorca y Valle del Guadalentín se caracterizaba por la presencia de algunos enclaves destacados en altura, junto con el mantenimiento de asentamientos sobre el llano agrícola, éste será precisamente el modelo reconocible en el Valle del Vinalopó y en Jumilla pero aproximadamente medio milenio más tarde, *ca.* 2500 cal BC, cuando en el Valle del Segura y del Guadalentín está consolidándose en cambio un patrón de asentamiento en el que la ocupación de cerros destacados con dominio visual preferente sobre el entorno inmediato está desplazando –a excepción del nuevo e importante centro económico y político establecido en el núcleo lorquino– al hábitat en llano característico del IV milenio cal BC.

Los asentamientos de estos momentos presentan diferentes características, según se trate de asentamientos en altura, generalmente amurallados, como Les Moreres, Peñón de la Zorra o Rambla Castellarda, o asentamientos en llano, provistos en cambio de fosos no demasiado profundos y con unidades habitacionales dispuestas de manera más o menos dispersa, como en el Arenal de la Costa, La Vital o Los Molinos de Papel. Respecto de los primeros, los mejor documentados son aquéllos que no tuvieron reocupaciones posteriores. De los que han sido excavados, sin embargo, sólo ha sido publicada una pequeña parte de la información registrada. Las murallas de Les Moreres y del Peñón de la Zorra parecen constituir buenos ejemplos de la arquitectura poliorcética del momento, que en algún caso, como en el Peñón de la Zorra, exigió el traslado de bloques pétreos de considerables proporciones hasta la cima de cerros o espolones rocosos. En el caso del asentamiento villenense, sin embargo, parece evidente que los lienzos de muralla que se conservan en el emplazamiento encerraron originalmente un número mayor de unidades habitacionales de lo que el exiguo sedimento arqueológico que ha resistido los embates de la erosión podría hacer pensar en un primer momento, y otro tanto podría decirse

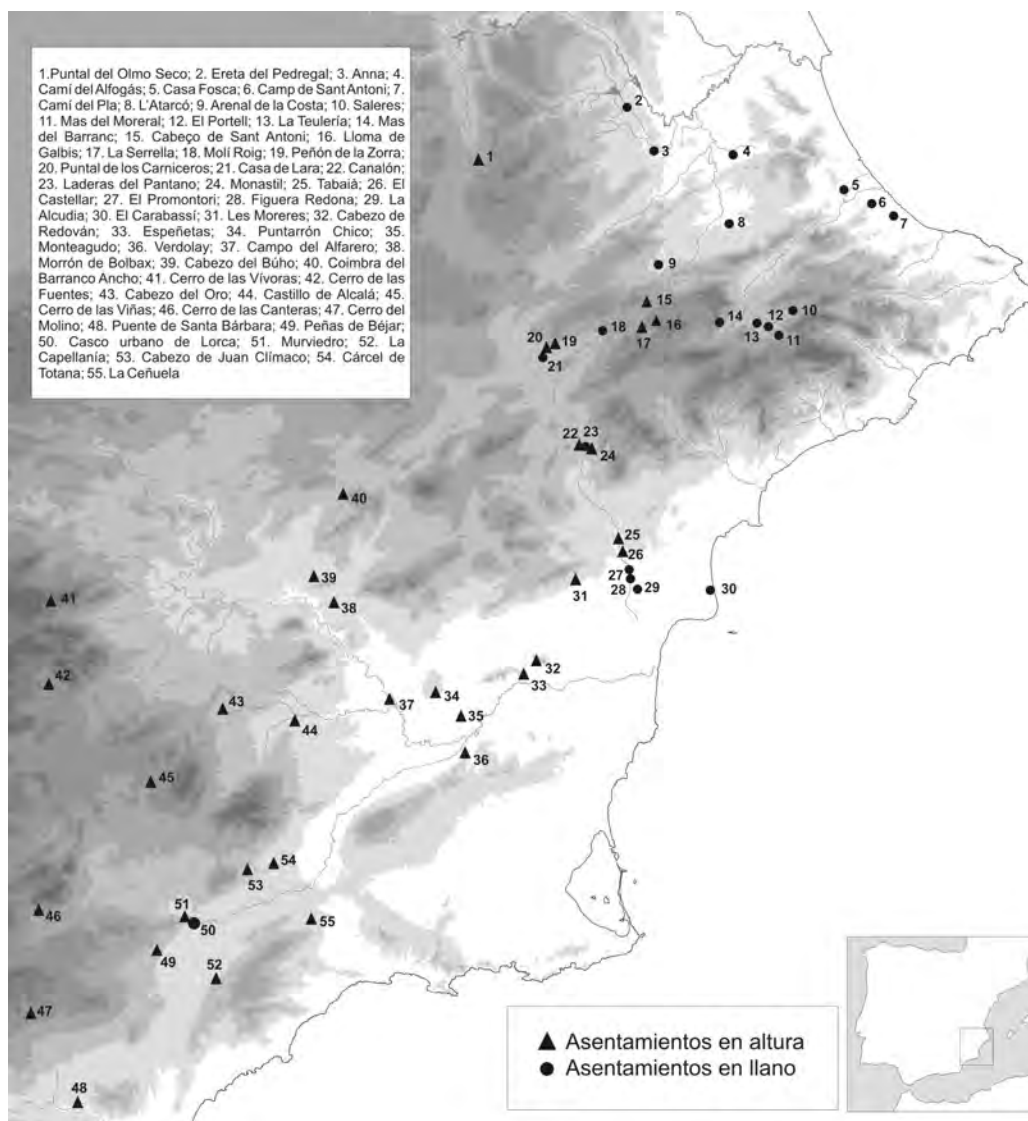


Figura III.1.3_Distribución territorial de asentamientos ubicados en el llano o sobre terrazas fluviales y asentamientos en altura registrados entre las cuencas del Júcar y del Guadalentín.

del vecino Puntal de los Carniceros (JOVER, LÓPEZ y LÓPEZ, 1995).

Con respecto a las unidades habitacionales circunscritas por estas murallas, apenas se dispone de información sobre algunas viviendas del yacimiento de Les Moreres, cuyas características –planta ovalada o circular, con postes empotrados en los zócalos, de entre 10 y 7 m de diámetro aproximado (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1994)– son en gran medida coincidentes con las que ofrecen tanto las registradas en los asentamientos emplazados en zonas bajas de los valles –como Los Molinos de Papel, en Caravaca (PUJANTE MARTÍNEZ, 2005), algunas de las cuales disponían de hogares en su interior y diversas estructuras siliformes en sus alrededores– como las de otros asentamientos emplazados en altura –como las unidades registradas bajo los estratos argácicos en Santa Catalina del Monte (RUIZ SANZ, 1998)– o Puntal de la Rambla Castellar-

da (APARICIO, MARTÍNEZ y SAN VALERO, 1977). Aunque conservada sólo parcialmente, algo muy similar encontramos en el yacimiento de Arenal de la Costa, en donde una cabaña también de contorno aproximadamente circular con restos de calzos de poste en su exterior, albergaba en su parte central un amontonamiento de piedras asociado a un molino barquiforme fragmentado (PASCUAL, BERNABEU y PASCUAL, 1993: 37).

Pese a haberse registrado concentraciones notables de algunos medios de producción significativos –por ejemplo, un lote de unas 30 pesas de telar en una de las cabañas de Les Moreres (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1994: 18)– la asociación de hogares con espacios para moler, detectada de forma recurrente en casi todas las viviendas documentadas, así como el registro de útiles metálicos –punzones, hachas y puñales de lengüeta– nos muestra que en principio no cabe inferir

una marcada especialización productiva de ninguno de los contextos documentados en las unidades habitacionales de este momento, que en su mayoría parecen contar con los instrumentos básicos para el procesado y consumo del cereal y para la producción de los elementos subsistenciales básicos –pesas de telar, objetos metálicos, recipientes de almacenaje, etc– si bien el nivel de registro es muy diferente de unos yacimientos a otros.

Carentes de estructuras pétreas que los rodeen, es normal encontrar en los poblados ubicados en los fondos de valle uno o varios tramos de fosos, de los que aún se discuten sus funciones defensivas. La excepción, en este sentido, sería sin duda el enclave de la Ereta del Pedregal, del que ya en las primeras actuaciones publicadas se describía una amplia “faja pedregosa” de casi 7 m de anchura, que parecía rodear por completo el yacimiento, (BALLESTER TORMO, 1949: 80; FLETCHER, PLA y LLOBREGAT, 1965: 3) y que a raíz de los últimos trabajos llevados a cabo se ha revelado como resultado del desmoronamiento de una compleja construcción levantada a base de paramentos rellenos de piedra y tierra que muy probablemente suponía uno de los límites exteriores del asentamiento, durante la fase Ereta III.

Finalmente, cabe destacar la presencia de enterramientos tanto en silos reutilizados y transformados como en fosas excavadas ex profeso en los que se depositan uno o más inhumados, en ciertos casos acompañados de ajuares característicos, como el puñal de lengüeta, los vasos decorados, o los botones de perforación en “V” localizados en sepulturas de La Vital (BERNABEU, PÉREZ y MOLINA, 2006) y Los Molinos de Papel (PUJANTE MARTÍNEZ, 2005), que amplían la información que en este sentido proporcionaron Arenal de la Costa y las antiguas noticias de Vila Filomena (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 1993).

Como resultado de las contradicciones inherentes al nuevo modelo de organización de la producción y de la distribución y consumo de los excedentes, constituido en el último tercio del III milenio cal BC en los valles del Guadalentín y del Segura –así como en el resto del territorio argárico– se acabó imponiendo en esta zona un patrón de ocupación del territorio de tipo modular disimétrico fundamentado en la aparición de centros comarcales que articulaban y vertebraban el proceso productivo (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1998b; ARTEAGA MATUTE, 2001), mientras que al mismo tiempo, el modelo de ocupación sobre cerros con dominio visual directo sobre los espacios de producción situados en su entorno inmediato, más o menos equidistantes unos de otros, se expande por el Levante peninsular, conformándose así el patrón de poblamiento característico del denominado “Bronce Valenciano” (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004).

La correcta lectura de este proceso es la que permite interpretar, a nuestro juicio, determinados elementos del registro no valorados de forma adecuada

hasta ahora. El primero de ellos es la presencia, tantas veces señalada, de cerámicas campaniformes en los yacimientos argáricos del Bajo Vinalopó y del Segura leídas tradicionalmente como resultado –y consideradas hecho probatorio– de los “contactos culturales” entre los “grupos campaniformes valencianos” y los asentamientos argáricos del sur de Alicante (BERNABEU AUBÁN, 1984; MARTÍ OLIVER y BERNABEU AUBÁN, 1992; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a...). Sin embargo, toda vez que la presencia de materiales “campaniformes” –e incluso niveles fundacionales identificados en gran parte de los yacimientos excavados– parece constituir realmente la norma y no un elemento poco menos que casual, detectado esporádicamente en las estratigrafías de los yacimientos argáricos, debemos concluir que su presencia lo que está poniendo de relieve son las verdaderas raíces del modelo de organización social y económica que acabará conformando la sociedad argárica, o lo que es lo mismo, nos indican que los primeros pasos hacia la formación de lo que más tarde podremos reconocer como sociedad argárica se dieron precisamente, y como no podía ser de otro modo, con anterioridad al momento en que ésta empieza a ser reconocida en el registro a partir de los rasgos y parámetros establecidos por la arqueografía tradicional.

La interpretación que hace corresponder la presencia de estos artefactos “campaniformes” con “contactos culturales” esconde una lectura disociativa de la “cultura del vaso campaniforme”, por un lado, y de la “cultura de El Argar”, por otro, dejándose llevar por el considerable peso de sus “fósiles directores” y siendo incapaz de reconocer en la desaparición de la cerámica campaniforme sólo el resultado de la disolución de los mecanismos que la hicieron socialmente necesaria y su sustitución por nuevos medios materiales de expresión –y coerción– ideológicos más acordes con un nuevo modelo de relaciones vinculado a unas mayores necesidades de integración grupal y territorial y, por consiguiente, a unas menores cotas de autonomía política de los asentamientos.

Con respecto a la coetaneidad, ya apuntada, de los ajuares sepulcrales de la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra con los primeros momentos del desarrollo del grupo argárico, habitualmente empleada en el argumentario con el que se ha justificado la precedencia cronológica de la “cultura argárica” frente al “Bronce Valenciano” (BERNABEU AUBÁN, 1984), creemos que la presencia de plata en este contexto funerario tan típicamente “campaniforme” del Alto Vinalopó viene a poner de manifiesto la perduración de las expresiones materiales “campaniformes” en los territorios periféricos orientales de la recién constituida sociedad argárica, lo cual tiene su correlato también en su nueva periferia occidental, donde su vigencia se constata igualmente en el caso de los yacimientos del Valle del Andarax (ARTEAGA MATUTE, 2000: 140).

La inexistencia, por el contrario, de niveles arqueológicos con cerámicas con decoración campaniforme

en los enclaves del II milenio cal BC del Altiplano de Yecla y Jumilla, de los tramos Medio y Alto del valle del Vinalopó y, por ende, del resto del ámbito territorial tradicionalmente asociado al denominado “Bronce Valenciano”, se explica también en función de la diacronía de esta misma dinámica expansiva del sistema, a la vez que confirma, desde nuevos argumentos, la delimitación definitiva de la frontera argárica con el llamado “Bronce Valenciano” establecida en función del registro funerario (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1995; 1997) y de la distribución territorial de determinados tipos de artefactos argáricos con un elevado contenido ideológico y alta significación para la reproducción social, tales como las alabardas metálicas, las copas o los vasos lenticulares (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004). Esa frontera puede ahora, además, dotarse de un significado sociopolítico en el contexto de la articulación de un sistema mun-

dial, en cuyas transformaciones hallaremos también explicación a las variaciones que ésta sufrió a lo largo del tiempo en su delimitación en el espacio (NOCETE CALVO, 2001b: 48).

Todo lo anterior nos aboca necesariamente a reconsiderar también el modelo de “transición” a la “Edad del Bronce” en la zona de Levante, que a nuestro juicio se revela en realidad como una auténtica disolución de las estructuras socioeconómicas preexistentes en su conversión a las del denominado “Bronce Valenciano”. Y es que mientras en los yacimientos argáricos del Bajo Vinalopó, del Segura y del Guadalentín, la presencia de materiales cerámicos con decoración campaniforme resulta recurrente, su ausencia en la base de las estratigrafías de los yacimientos del llamado “Bronce Valenciano” (DE PEDRO MICHÓ, 2004; JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004), y de niveles del “Bronce Valenciano” en los estratos superiores de los

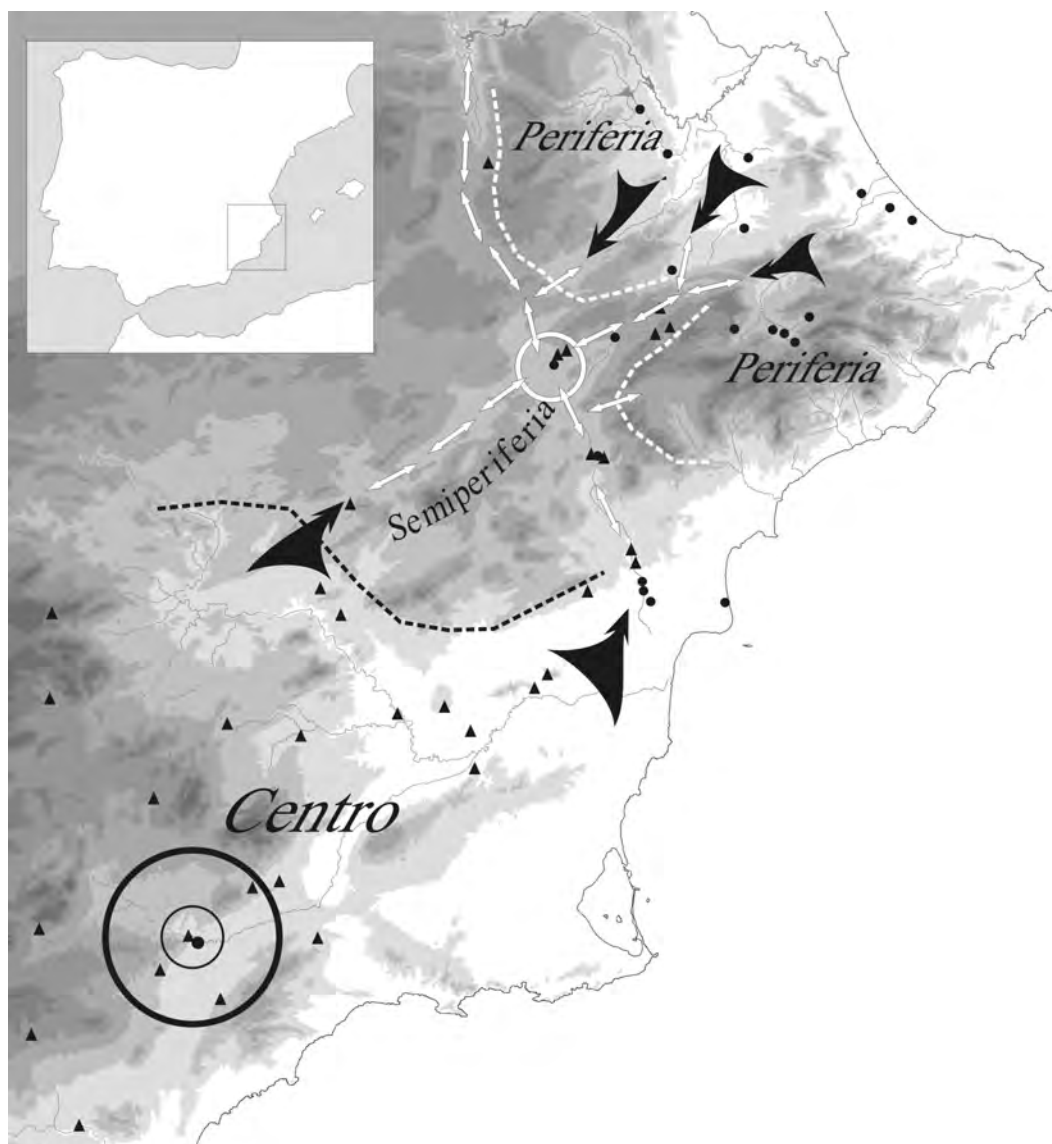


Figura III.1.4_Distribución regional de los ámbitos del sistema ca. 2400 BC, con indicación de los principales canales de transferencia entre el centro y la periferia “campaniforme” del Levante peninsular.

yacimientos “campaniformes” del Levante peninsular (JUAN CABANILLES, 1994) nos indica que en este ámbito el proceso fue diferente, puesto que aquí la desocupación de los enclaves “campaniformes” se produjo al mismo tiempo que se conformaba el entramado de asentamientos del “Bronce Valenciano”. Ya señalamos que esto pone de manifiesto, a nuestro juicio, la parcial invalidez de uno de los rasgos postulados originariamente en la definición del denominado “Horizonte Campaniforme de Transición -HCT- (BERNABEU AUBÁN, 1979; 1994), y que se basaba en su pretendido carácter “transicional” con respecto a las formas de ocupación características de la Edad del Bronce. Para nosotros resulta evidente que no fueron estos mismos asentamientos en altura “campaniformes” los que continuaron ocupándose en el II milenio cal BC en el Levante peninsular, sino que fueron otros asentamientos distintos los que se fundaron *ex novo* sobre cerros, cabezos y emplazamientos elevados. Ante este dato, a nuestro juicio no suficientemente valorado hasta ahora, cabe preguntarse por las razones que hacia el tránsito del III al II milenio cal BC determinaron la conformación de este modelo de ordenamiento del territorio en cuya composición estuvo implícita la clausura de los enclaves que se habían ocupado hasta ese momento. En nuestra opinión, la explicación estriba en el hecho de que los asentamientos en altura como el Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros, Coimbra del Barranco Ancho, Monastil o Puntal de la Rambla Castellarda, se inscribían aún en un modelo de explotación que todavía mantenía al conjunto del espacio social –es decir, el espacio grupal– como marco principal de referencia, lo cual explica, de una parte:

–que estos emplazamientos se fijaran en hitos geográficos situados en los límites inter-cuencas desde los que resultaba posible, ante todo, un amplio control visual de cada valle y, de forma más directa, de los puntos de acceso estratégicos sobre los que se encontraban y sobre los que se hacía posible una intervención inmediata;

–y de otra, el mantenimiento de poblados y asentamientos agrícolas en el fondo de valle, como Molí Roig, Casa de Lara, Laderas del Pantano, Figuera Redona o La Alcudia, responsables de la producción agropecuaria básica y emplazados aún junto a los terrenos de cultivo de más alto rendimiento que se venían explotando durante generaciones.

En cambio, el modelo de poblamiento que ordenó y caracterizó el espacio social en este ámbito durante gran parte del II milenio cal BC refleja una sustancial transformación, pues la aparición y generalización de un patrón basado en la distribución por todo el territorio de enclaves aproximadamente equivalentes en tamaño y más o menos equidistantes entre sí (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1998) no puede entenderse más que como el resultado de un reparto de ese espacio grupal entre los distintos linajes ocupantes. La pérdida, por tanto, del marco referencial que suponía

el conjunto del espacio grupal y su fragmentación, fue la causa del abandono de los asentamientos “campaniformes” del Levante peninsular, tanto de los ubicados sobre el llano agrícola –cuya situación ya no ofrecía suficientes garantías desde el punto de vista defensivo, dadas las nuevas condiciones para el desarrollo del proceso productivo– como de los emplazados en altura –los cuales habían surgido como resultado de una determinada estrategia de control del conjunto del espacio grupal que, una vez fragmentado éste y redistribuido entre una red de nuevos asentamientos, carecía ya de sentido.

Es desde esta perspectiva desde la que en cierto modo sí se podría señalar para el ámbito del valle del Segura y del Guadalestín –en el sentido más cercano, creemos, al que postuló J. Bernabeu para su “HCT”– un verdadero carácter “transitivo” de los contextos “campaniformes” en el desarrollo de este proceso de modificación de las estructuras socioeconómicas preexistentes en las de la “edad del bronce”, debido a que fue en esta zona en donde se gestó la creación de los nuevos mecanismos para la generación y disposición de excedentes a nivel intra e intersocial, frente a un cierto componente de “ruptura” que, a nuestro juicio, presentarían en cambio los contextos “post-campaniformes” en el Valle del Vinalopó y en el resto del nuevo espacio periférico argárico con respecto al desarrollo de esos mismos mecanismos, y que se explican básicamente en el marco de las transformaciones determinadas por la extensión de las relaciones de explotación intersocial y de los procesos de resistencia generados contra éstas (GAILLEY y PATTERSON, 1988).

Las amplias posibilidades de extorsión económica que permitía el control exclusivo del acceso a las fuentes de materia prima para la elaboración de productos metálicos permitieron al nuevo centro imponer unas condiciones de explotación sobre su periferia inmediata (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004: 295), las cuales al mismo tiempo que estimularon el aumento del volumen de producción de excedentes –imprescindible para su transferencia hacia el centro a cambio del suministro de metal que éste proporcionaba– determinaron también el aumento paralelo de la fuerza de trabajo necesaria para ello, lo que sentó las bases para la transformación de las estructuras sociales y, en consecuencia, también del modelo de ocupación y de explotación del espacio grupal.

La rápida expansión por el territorio periférico argárico de estas nuevas condiciones en la articulación del sistema, implicó la amplia cadena de cambios que acontecieron a partir de inicios del II milenio cal BC en el ámbito levantino y, por ende, en una vasta porción del mediodía y del interior peninsular.

A nuestro juicio, esta propuesta permite explicar de modo más completo una serie de aspectos esenciales, casi todos ellos planteados ya en la bibliografía publicada hasta ahora y claramente perceptibles en el

registro arqueológico del III y II milenio cal BC del Levante peninsular, como son:

- las verdaderas causas, en su concreción histórica, que determinaron la delimitación del ámbito máximo de expansión del “fenómeno megalítico” del Sudeste hacia tierras valencianas;

- los motivos por los cuales las cerámicas campaniformes comparecen en el registro de los yacimientos argáricos y se encuentran en cambio ausentes en los del denominado “Bronce Valenciano”;

- las razones por las que dicha presencia o ausencia se relaciona, como veremos, con el trazado de la frontera política que se estableció a finales del III milenio cal BC entre el Grupo Argárico y las comunidades del Medio y Alto Vinalopó y del Altiplano de Yecla y Jumilla;

- por qué las manifestaciones materiales “campaniformes” perduraron más tiempo en los ámbitos periféricos delimitados más allá de dicha frontera, como evidencia la plata del enterramiento de la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra;

- la dinámica que determinó las transformaciones del patrón de poblamiento advertidas en el Levante peninsular a partir de mediados del III milenio cal BC, y las causas de las disimetrías advertidas en el mismo a lo largo de este territorio;

- y, por último, por qué el desarrollo histórico de cada uno de estos ámbitos a lo largo del II milenio cal BC se verá determinado directamente por la situación que ocupó en la organización territorial del sistema a finales del III milenio cal BC, momento en que el Valle del Vinalopó –y especialmente la Cubeta de Villena– comenzó a jugar un papel crucial como canal vehicular de los flujos de productos y excedentes entre el centro y la periferia, hasta el momento en que, a partir de mediados del II milenio cal BC, culminen las transformaciones de orden social, económico y político que acompañaron a una nueva reordenación macroterritorial del sistema.

2. CONFORMACIÓN DE LOS GRUPOS ARQUEOLÓGICOS DE LA “EDAD DEL BRONCE” EN EL ÁREA CENTRO-MERIDIONAL DEL LEVANTE PENINSULAR

Hace ya algunos años, M. Díaz-Andreu (1989: 20) planteaba que entre la mayoría de las sociedades prehistóricas de la Península sólo podían haber existido “límites”, es decir, áreas delimitadoras pero con un alto grado de permeabilidad, en donde interactuarían factores sociopolíticos y económicos. A nuestro juicio este tipo de consideraciones han de ser matizadas, ya que es necesario distinguir entre los límites establecidos por medio de indicadores territoriales –tales como pinturas rupestres o necrópolis– y aquéllos vinculados con la creación de enclaves dispuestos en puntos estratégicos del territorio apropiado: no sólo existe una

neta diferencia en cuanto a la inversión de trabajo a la que obliga la creación de unos y otros, sino que mantener en funcionamiento un enclave especializado en el control del acceso y salida del territorio exige la disposición continuada de una importante cantidad de excedente social que no puede leerse más que como reflejo de la existencia de una determinada clase de relaciones sociales de producción que hagan posible la extracción y canalización de dicho excedente (CASTRO MARTÍNEZ y GONZÁLEZ MARCÉN, 1989). En consecuencia, la manera en que una sociedad fija y materializa los contornos de su territorio y hace valer sus derechos de explotación sobre el mismo, se encuentra indisolublemente ligado al modo de producción que domina sus relaciones sociales de producción.

Como hemos visto, desde aproximadamente el último tercio del IV y durante el transcurso del III milenio cal BC, se asiste en el sector oriental del Sudeste y en el área sur del Levante peninsular al progresivo desarrollo de estrategias para la conformación de fronteras por parte de comunidades que hasta entonces habían establecido básicamente límites, concretados principalmente en la calculada disposición de necrópolis de inhumación junto a los principales puntos de acceso al territorio o a zonas concretas ricas en recursos potencialmente deseables, pero en ningún caso mediante la construcción de enclaves especializados en el control efectivo de los recursos apropiados y de la fuerza de trabajo disponible.

La aparición de este tipo de poblados, tal y como se ha expuesto en el epígrafe anterior, no se da de manera sincrónica en toda el área que hemos analizado: si en la zona que se extiende a partir de la margen derecha de la cuenca del río Segura ésta se constata ya durante la primera mitad del III milenio cal BC, en el resto no detectamos su aparición hasta la segunda mitad del milenio –de forma especialmente clara en la cuenca del río Vinalopó– pero ello sucede justo en la misma época en que todo el territorio comprendido por la cuenca del Segura se articula en torno a la generalización de los poblados emplazados sobre cerros elevados, conformando el entramado básico inicial del posterior poblamiento argárico de la zona.

La constatación de esta disimilitud entre los patrones de organización del territorio de dos áreas geográficas adyacentes –que además resulta apreciable de manera persistente a lo largo de casi un milenio– es lo que permite reconocer como frontera al espacio a través del cual se expresa físicamente esta discordancia, constituido en ámbito de contacto entre dos formaciones sociales diferenciadas cuyas relaciones se materializaron precisamente a través de ese ámbito. La calidad de los medios a través de los cuales se garantizó el respectivo control de este espacio de relaciones intersociales a partir de la segunda mitad del III milenio cal BC, es lo que permite diferenciar estas fronteras de los límites previamente establecidos en el territorio.

Hacia mediados del siglo XX, la idea más extendida entre los prehistoriadores era, en cambio, la de la existencia de “áreas culturales” concebidas como una especie de elementos acuosos, de contorno impreciso, para los que en todo caso cabía señalar una zona “nuclear” en la que se constataban los rasgos considerados más “puros” o “clásicos”, que poco a poco se iban diluyendo conforme se entraba en áreas más y más alejadas del centro, donde la falta de rasgos considerados “típicos” y la presencia de otros “atípicos” generaba la aparición de “culturas híbridas”. Todo era resultado de la práctica de una arqueografía centrada casi exclusivamente en el artefacto, que impedía reconocer otra cosa que la dispersión geográfica de productos sin entrar en ningún caso a valorar, más que de forma vaga y superficial, los procesos sociales que pudieran dar sentido a tal dispersión.

Sobre la base de estas cartografías difusas se articularon modelos como los defendidos por P. Bosch Gimpera (1932) que en lo relativo a la Edad del Bronce peninsular se mantuvieron vigentes durante mucho tiempo. Sólo la inclusión de nuevas perspectivas en el análisis de esas distribuciones regionales de “rasgos culturales”, emprendida años más tarde por M. Tarradell, proporcionó las bases para comenzar a disociar diferentes ámbitos del pretendido “pan-argarismo” con el que se caracterizaba al II milenio en la prehistoria de la Península Ibérica (TARRADELL MATEU, 1950; 1963).

En sus primeros trabajos sobre esta problemática, M. Tarradell (1950) proponía la existencia en la Península de tres zonas culturales. En primer lugar, la zona argárica propiamente dicha que ocupaba el Sureste peninsular; en segundo lugar, una zona de influencia argárica que hacía extensible a Andalucía, Albacete, Valencia y posiblemente también Mallorca y sur de Portugal y que a tenor de los materiales arqueológicos recogidos en ella debían componer distintas unidades culturales con personalidad propia; y finalmente, un área de perduración del denominado entonces Bronce Hispánico I que englobaba al resto del territorio. En cierta medida y vistos con generosa perspectiva, estos planteamientos no han perdido validez, aunque varias décadas de investigación han aportado numerosos datos que han contribuido a caracterizar y perfilar con mayor precisión esa “regionalización” propuesta por M. Tarradell.

Pero admitir la existencia de diferencias regionales no implicó la aceptación generalizada de la existencia de auténticas fronteras, en el sentido pleno del término (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1996: 8). En realidad, la persistencia de un concepto de “espacio transitivo” para los ámbitos fronterizos establecidos entre las formaciones sociales del II milenio cal BC es lo que ha caracterizado a la mayoría de las reflexiones referidas a esta problemática hasta la pasada década (FERNÁNDEZ-MIRANDA, FERNÁNDEZ POSSE y MARTÍN, 1988: 297; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1985; 1996), lo que explica también

las constantes controversias en torno a la “adscripción cultural” de ciertos yacimientos situados a uno u otro lado de las fronteras señaladas, y los sucesivos desplazamientos de las mismas a lo largo del mapa a medida que la investigación iba proporcionando nuevas evidencias, así como la insistencia en la demarcación de “facies culturales” (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1986; 1997a).

En resumidas cuentas, tras la pretendida incapacidad de establecer fronteras por parte de algunos de los grupos arqueológicos del II milenio cal BC, subyace la negación de la existencia de estructuras políticas de carácter estatal, las cuales por otra parte nunca pueden ser aprehendidas desde el registro a partir del análisis exclusivo de artefactos, sino de las prácticas sociales en las que éstos se hallaron involucrados y que resultan reconocibles en la estructuración de los asentamientos y áreas de actividad y, sobre todo, en la manera de articular los mecanismos de explotación y control del espacio productivo, esto es, desde el análisis del territorio (NOCETE CALVO, 1989). Y ello además desde una necesaria perspectiva diacrónica: si la frontera delimita y determina el alcance físico de expresión en el espacio de una formación social, el proceso histórico en el que ésta se desenvuelve determinará las características y alcance de aquélla. Las fronteras tienen historia (CASTRO MARTÍNEZ y GONZÁLEZ MARCÉN, 1989: 11) y, en el caso que nos ocupa, es la historia de una relación de explotación intersocial que precisamente se materializó y vehiculó a través de ella.

En los últimos años del siglo XX, la revisión de las evidencias funerarias del II milenio cal BC documentadas en Alicante (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1995; 1997) junto con la dispersión de otros elementos característicos de El Argar en el mismo territorio permitió proponer un nuevo trazado de la frontera septentrional argárica (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1999b; 2004). De dicha investigación resultó clara la presencia de dos ámbitos nítidamente diferenciados en cuanto a sus prácticas funerarias:

—por un lado, aquellos yacimientos en los que se practicaron ritos de inhumación en el interior del recinto habitado, entre las unidades habitacionales y/o bajo sus pavimentos, situados claramente al sur de la línea marcada por la vertiente meridional de las sierras de Abanilla, Crevillent y Tabayá, proyectándose hacia oriente hasta alcanzar el enclave de la Illeta dels Banyets;

—y por otro, aquéllos en los que las inhumaciones —muy rara vez con carácter individual— se efectuaban en cuevas o covachas generalmente próximas a los asentamientos y que se encontraban preferentemente al norte de dicha línea (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1995).

Si en aquellos momentos el único elemento discordante con respecto a tal dicotomía lo constituían los enterramientos señalados en Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1987) y en Mas del Corral (TRELIS MARTÍ, 1992), practicados en fosas, cistas de mampostería,

recipientes cerámicos –exclusivamente en el caso de neonatos o individuos de corta edad– o covachas, situados en el interior del espacio habitado, ello podía explicarse en función de su adscripción tanto cronológica como cultural al denominado “Bronce Tardío”, ya dentro de una fase arqueológica claramente diferenciada de lo que –al menos hasta ahora– se ha venido considerando el desarrollo histórico del grupo argárico.

Por el contrario, la posterior aparición de enterramientos en la zona de hábitat en yacimientos claramente adscritos al denominado “Bronce Valenciano”, tales como la Mola d’Agres (MARTÍ BONAFÉ *et al.*, 1996) o Muntanya Assolada (MARTÍ, DE PEDRO y ENGUIX, 1995), a nuestro juicio más que entrar en contradicción con esa desigual distribución de las evidencias relacionadas con las prácticas funerarias, señaladas en uno y otro ámbito territorial, lo que ha venido es a perfilar y comenzar a dotar de contenido propio a las prácticas funerarias características del espacio no argárico del Levante peninsular.

La definición territorial del primero de estos ámbitos se hacía más evidente cuando se consideraba, además de las evidencias funerarias, la existencia de determinados elementos genuinamente característicos del grupo argárico como las copas, los vasos lenticulares o las alabardas metálicas (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1994; 1995b). Si bien los vasos lenticulares de tipología argárica nunca se han registrado más allá de la Vega Baja del Segura (FURGÚS, 1937; SORIANO SÁNCHEZ, 1984) y Camp d’Elx (GONZÁLEZ PRATS, 1983) y siempre de forma clara en contextos de la Edad del Bronce, no ocurre lo mismo con las copas, de las cuales se han registrado fragmentos asociados a campaniforme –o tal vez anteriores– en yacimientos del Bajo Vinalopó –Canyada Joana, en Crevillente (SOLER DÍAZ y LÓPEZ PADILLA, 2002)– y también del Comtat –Jovades, en Cocentaina (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 1993)– y Alto Vinalopó –Cova del Cantal, en Biar (LÓPEZ, GARCÍA y ORTEGA, 1991)–. La cronología antigua de los recipientes con peana en los yacimientos argáricos (SCHUBART, 2000) podría explicar la presencia de estos productos en los contextos mencionados –por otra parte muy distintos de los que caracterizan a los enclaves de la Edad del Bronce en el Prebético Meridional–, generados en los primeros momentos de la expansión argárica (SOLER DÍAZ y LÓPEZ PADILLA, 2002); expansión que, como tendremos oportunidad de comprobar, ofrece en estas tierras pruebas suficientes de gran antigüedad. Por el contrario, la presencia de copas y pies de copa se hace más abundante en la Vega Baja del Segura –San Antón y Laderas del Castillo (FURGÚS, 1937; SORIANO SÁNCHEZ, 1984), Cabezo de Hurchillo, en Albatera (SIMÓN GARCÍA, 1998) y Cabezo Pardo, en San Isidro (SIMÓN GARCÍA, 1999a)– y en el Bajo Vinalopó –Tabayá (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a); Caramoro I, en Elche (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1995) y Serra del Búho, en Crevillente (ROMÁN LAJARÍN, 1980)– a

lo que se añade el hecho de que en todos los casos mencionados los hallazgos se dieron en yacimientos en altura característicos de la Edad del Bronce.

Finalmente, en lo que se refiere a las alabardas metálicas tipo El Argar parece claro que estos productos nunca extendieron su uso más allá del ámbito argárico, y que las supuestas “alabardas” señaladas en yacimientos del llamado Bronce Valenciano –como Ull del Moro, en Alcoy– han de descartarse como tales, lo cual implica que los únicos ejemplares registrados se distribuyen en los asentamientos de San Antón, Laderas del Castillo y Tabayá (SIMÓN GARCÍA, 1998).

A todo ello, por último, cabe añadir otro rasgo más del registro arqueológico, al que ya nos hemos referido en el epígrafe anterior, que se vislumbra implicado de manera sustancial en el propio proceso de constitución de la frontera argárica, como es la significativa distribución que ofrece, en el territorio analizado, la cerámica con decoración campaniforme registrada en los yacimientos adscritos tradicionalmente a la “Edad del Bronce”. Ésta viene a señalar cómo sólo en los yacimientos situados al sur de dicha línea –Tabayá, Pic de Les Moreres, Laderas del Castillo, San Antón, Puntarrón Chico, Monteagudo, ...– se ha registrado cerámica campaniforme, mientras que al norte, ninguno de los yacimientos conocidos ha ofrecido este tipo de cerámicas: ni en los yacimientos excavados –Terlinques, Barranco Tuerto, La Horna, Lloma Redona– ni en los conocidos sólo por prospección superficial o por las rebuscas practicadas durante el último tercio del siglo XX (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004).

Tomando pues, en consideración y de modo conjunto la distribución en el espacio de estos rasgos y elementos, ha podido establecerse un límite en el territorio no a través de una divisoria fluvial de sentido norte-sur –el Valle del Vinalopó– interpretada además como área de “dilución cultural” o de “facies” (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a) sino a lo largo de una línea de sierras que, en sentido este-oeste, cruza desde Abanilla hasta prácticamente el Camp d’Alacant (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1997), y que de algún modo se extendería hasta la Illeta dels Banyets de El Campello (SIMÓN GARCÍA, 1997a; SOLER DÍAZ, 2006) (Figura III.2.1).

La importancia del Vinalopó como vía de comunicación entre un lado y otro de esta línea se refleja en la densidad de yacimientos establecidos en el estrecho tramo de su curso que se abre paso a través de estas sierras, custodiado además por asentamientos como Caramoro I, a los que se ha llegado a describir como “fortines” (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1995).

Nos hallaríamos, pues, ante una nueva lectura topográfica de las diferencias ya anotadas por M. Tarradell entre el llamado “Bronce Valenciano” y el grupo argárico, con la que cabe relacionar un vacío poblacional relativo, distinguible con claridad inmediatamente al norte de la divisoria señalada, que se destaca aún más al compararlo con el poblamiento mucho más

denso observado en las cubetas de Elda-Petrer o Villena, pues tal diferencia de ningún modo resulta achacable a falta de prospección del territorio y sorprende que, además, afecte a una amplia zona de máximo aprovechamiento agrícola. De hecho, su presencia sobre el territorio se hace todavía más notoria si, por un momento, se hacen desaparecer de la cartografía aquellos yacimientos para los que existen datos o evidencias fundadas que permitan sospechar de su inexistencia en fechas anteriores a *ca.* 1800 cal BC, tales como La Horna, Portitxol o Lloma Redona. En consecuencia podríamos estar, a nuestro juicio, ante una “tierra de frontera” establecida en la cuenca media del Vinalopó en los momentos más tempranos de la Edad del Bronce, similar a las constatadas en otros lugares (NOCETE CALVO, 1989; 1994; 2001a) y cuya existencia justo ante el límite territorial septentrional del grupo argárico en la Vega Baja del Segura y del Camp d’Elx denota, más que cualquier otra circunstancia, que a pesar de haber sido muchas veces concebida como “área de permeabilidad cultural”, la frontera establecida presentaba una componente de carácter claramente político que separaba de modo excluyente dos grupos arqueológicos cuyo desarrollo tuvo lugar sobre estas tierras a lo largo del II milenio cal BC (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004).

La documentación de otras áreas “despobladas” en ámbitos más occidentales como resultado de prospecciones más o menos sistemáticas –como en el área comprendida entre el río Mundo y el río Segura, en la comarca de Hellín (JORDÁN MONTÉS, 1992: 206)– nos revela que el establecimiento de áreas de exclusión asociadas a la creación de la frontera argárica no constituyó un proceso restringido al caso del valle del Vinalopó.

Sólidamente definido en el área territorial del Sureste –Bajo Vinalopó, cuencas del Segura y Guadalentín, campo de Cartagena y cuencas del Antas y del Almanzora (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a, 2001; JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1997; AYALA JUAN, 1991; EIROA GARCÍA, 1995a; ARTEAGA MATUTE, 1992; CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1999; SCHUBART, PINGEL y ARTEAGA, 2000; ...etc.)– el Grupo Argárico aparece con diferencias regionales pero perfectamente identificable en la Vega de Granada (MOLINA GONZÁLEZ, 1983; MOLINA GONZÁLEZ *et al.*, 1986) y en Jaén (RUIZ, NOCETE y SÁNCHEZ, 1986; CONTRERAS CORTÉS, 2000), llegando a alcanzar las orillas del margen meridional de La Mancha (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996: 117). En torno suyo, se abre una amplia franja de territorio que de modo genérico podría definirse –se ha definido ya (DÍAZ- ANDREU, 1995)–, como la periferia argárica.

Esta gran franja de territorio abarca, de este a oeste, desde las sierras que delimitan por el norte la cuenca del río Segura y el Camp d’Alacant hasta la zona de contacto entre la Submeseta Sur y las estribaciones septentrionales de Sierra Morena (LULL, 1983: 410). El área que constituye el objeto central de nuestra in-

vestigación formó parte de esta franja territorial periférica de El Argar, ocupada por una serie de grupos que quedaron sujetos a los procesos determinados por una relación centro-periferia establecida a partir del momento mismo de la constitución del grupo arqueológico argárico, cuyo territorio quedó convertido durante gran parte del II milenio cal BC en un poderoso centro captador de excedentes. Frente a éste la periferia argárica, como todas las periferias de los sistemas, constituyó un ámbito esencialmente dinámico que no actúa como un mero “sujeto paciente” (NOCETE CALVO, 2001a: 59), sino como un elemento fundamental de un diálogo que implica respuestas sucesivas: una reacción ante una acción que suscita una nueva reacción, en un marco de corrección constante de los desequilibrios establecidos entre el centro del sistema y el contorno territorial que lo circunscribe, a través del cual se vehicula la transferencia de excedentes que el primero demanda y cuyo control tratará siempre de mantener, sentando así un principio de inestabilidad estructural característico (EKHOLM y FRIEDMAN, 1993: 63).

Más allá de esta frontera se extiende el territorio en el que se produjo el desarrollo de unos grupos ar-

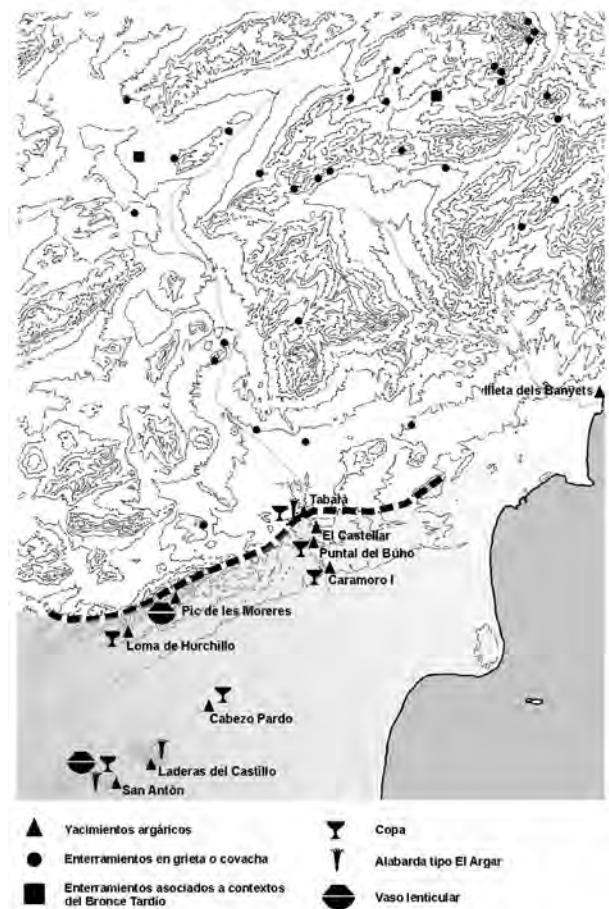


Figura III.2.1 _Delimitación del ámbito argárico del Bajo Vinalopó y de la Vega Baja del Segura de acuerdo con la distribución territorial de las evidencias funerarias y de algunos los artefactos de más alto contenido socioideológico en la reproducción social del Grupo Argárico.

queológicos para los que, por el contrario, resulta muy complicado delimitar un espacio geográfico de forma tan precisa. Y es que frente a la claridad con la que se reconoce la existencia de la frontera política y cultural que separó al Grupo Argárico de los grupos del sur de la Llanura Oriental manchega y del Prebético Meridional valenciano, entre éstos dos últimos no parece posible trazar fronteras semejantes ni establecer netas diferencias en cuanto a las prácticas sociales contrastables con el registro arqueológico. Se diría que, más bien al contrario, lo que se antoja más sencillo es hallar similitudes (FERNÁNDEZ-POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996).

Creemos que ello se debe en parte al todavía escaso conocimiento y grado de caracterización de estos grupos arqueológicos, especialmente si lo comparamos con la larga trayectoria de investigación centrada en el Grupo Argárico, que determina que los primeros no cuenten con un nivel de información empírica equivalente.

Pero consideramos que puede además haber otra causa, ya apuntada por algunos investigadores (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997: 52), no relacionada estrictamente con el grado de información producida hasta ahora, que explique tal dificultad para reconocer arqueológicamente entre ellos fronteras similares a la argárica de finales del III milenio cal BC. Tal sería si, como creemos, los grupos arqueológicos del área oriental de La Mancha y del Levante peninsular no se hubieran constituido –al menos durante la primera mitad del II milenio cal BC– en sociedades de carácter estatal, al interior de las cuales se desarrollasen una ideología y unas prácticas sociales al servicio de la creación de excedentes destinados al disfrute exclusivo de una clase explotadora.

2.1 CARACTERIZACIÓN DEL GRUPO ARGÁRICO DEL SEGURA Y BAJO VINALOPÓ Y DE LOS GRUPOS ARQUEOLÓGICOS DE SU PERIFERIA ORIENTAL Y SEPTENTRIONAL

Hasta hace relativamente poco tiempo, los orígenes de la “cultura argárica” deambularon prisioneros de la vigorosa corriente difusionista imperante en la investigación prehistórica española durante casi todo el pasado siglo, enfatizando supuestas “raíces culturales” cuyo origen conducía a una u otra punta de Europa o Asia, casi siempre al paio del marco sociopolítico del momento y de la valoración que se hiciera de unos u otros de sus elementos arqueográficos más relevantes (MARTÍNEZ NAVARRETE, 1989: 340). Sin embargo, en sus primeras consideraciones los hermanos Siret (1890: 323, 332-333) parecían proclives a pensar que eran precisamente la originalidad y personalidad propia del “pueblo árgaro” las que justificaban las innovaciones más relevantes registradas en los yacimientos excavados con respecto a la etapa anterior. Algo que terminaría por cambiar completamente an-

dando el tiempo, pasándose a proponer el Oriente mediterráneo como origen último de dichas innovaciones (SIRET, 1913: 79).

A partir de ese momento, prácticamente todas las explicaciones sobre la gestación y desarrollo de la sociedad argárica giraron en torno a la llegada de poblaciones o influencias externas, casi siempre relacionadas de manera directa o indirecta con la explotación de los recursos metalúrgicos peninsulares. Así, mientras que para P. Bosch Gimpera (1932: 165) el parecido de las formas cerámicas argáricas con las de la Cultura de Aunjetitz hacía pensar en una extensión hacia el sur de los pueblos de Centroeuropa, en opinión de J. Martínez Santa-Olalla la formación de la cultura argárica se debía a la llegada de prospectores de metales venidos desde el Próximo Oriente –concretamente de la Península Anatólica– que habían alcanzado la Península Ibérica en una única oleada y durante un breve período de tiempo –lo que explicaba la ausencia de semejanzas culturales con otros lugares del centro del Mediterráneo– siguiendo un modelo típicamente invasionista (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA *et al.*, 1947: 153).

El reconocimiento de la diversidad regional de la “Edad del Bronce” peninsular (TARRADELL MATEU, 1950, 1963) no hizo variar en lo sustancial el poderoso influjo de estas ideas, que seguían haciendo recaer en el exterior –bien fuera en el corazón del continente europeo, como consecuencia última de la arribada de la célebre “corriente de reflujo campaniforme” de la hipótesis de E. Sangmeister (BLANCE, 1964: 131), o bien desde el extremo oriental del Mediterráneo (SCHUBART, 1975a: 334)– el protagonismo principal del proceso de creación y desarrollo de la cultura argárica.

Los trabajos de V. Lull (1983) en los primeros años ochenta y la generalización del uso de dataciones radiocarbónicas, que hizo entrar en crisis el sistema de las cronologías cruzadas, terminarían por minar sensiblemente las bases de la hipótesis difusionista, tan sólidamente arraigada en la investigación durante muchos años. Así mismo, la notable ampliación del número de proyectos de investigación durante los años ochenta y primeros noventa –fundamentalmente los de Fuente Álamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1979; 1980; 1986) y Gatas (CHAPMAN *et al.*, 1987; CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1990, 1991) en Almería; Cuesta del Negro (MOLINA GONZÁLEZ, 1983), Castellón Alto (MOLINA GONZÁLEZ *et al.*, 1986) y Cerro de la Encina (SCHÜLE, 1980), en Granada; y Peñalosa (CONTRERAS CORTÉS, 2000), en Jaén –muchos de los cuales continúan vigentes aún– y la renovación de los planteamientos teóricos desde los que éstos se han abordado (CHAPMAN, 1991; LULL y RISCH, 1995; CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1999) ha permitido variar sensiblemente el signo de las propuestas explicativas planteadas a lo largo de las últimas décadas.

Así, si para R. Chapman (1991) la sociedad argárica constituía el resultado de un proceso de intensificación económica y progresiva jerarquización social que, arrancando desde el Neolítico, culminaba en la

aparición de una sociedad de jefaturas, para V. Lull y R. Risch (1995) la naturaleza estatal del Grupo Argárico quedaba patente en el registro empírico a través de una normalización y uniformidad ideológicas –como formas de coerción psíquica– y la concentración y control de los procesos de producción subsistencial –deducidos a partir de la presencia de espacios especializados y una estandarización de los contenedores de bienes subsistenciales– por parte de un segmento de la población que además disfrutaba de un acceso preferencial a determinados productos.

Aunque no han faltado críticas relativas a la interpretación de determinados aspectos del registro, supuestamente probatorios de la existencia de una organización social de carácter estatal –los cuales podrían también evidenciar únicamente incrementos sustanciales de la productividad del trabajo, y no ser el resultado de estrategias económicas diseñadas esencialmente para la explotación y obtención de excedentes (JOVER MAESTRE, 1999: 177- 181)– no es menos cierto que con posterioridad se han aportado argumentos a nuestro juicio más sólidos en este sentido, como el análisis del registro funerario de las sepulturas de individuos infantiles y la comparación diacrónica del reparto en la composición de ajueres a lo largo del tiempo argárico (LULL SANTIAGO *et al.*, 2004).

Otros investigadores han defendido la existencia de una “aristocracia” argárica apoyándose, entre otras evidencias, en el registro diferencial de patologías óseas entre los individuos inhumados en las tumbas argáricas (CÁMARA SERRANO, 2000), lo que en cualquier caso exigiría admitir como premisa fundamental que el registro funerario argárico es completamente representativo del conjunto de su población, cuestión ésta que desde hace tiempo se ha sometido a constantes debates (CHAPMAN, 1991; CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1993-94; LULL SANTIAGO *et al.*, 2004).

En comparación, el reconocimiento, estudio y caracterización de los grupos arqueológicos de la periferia argárica ofrece una trayectoria en la investigación sustancialmente distinta, cuyo punto de partida arranca, como ya se ha indicado, con la apreciación de diferencias regionales en la Edad del Bronce peninsular y la delimitación de al menos tres áreas o zonas: la zona argárica en sentido estricto, localizada en el Sudeste; el grupo de influencia argárica situado alrededor de ésta; y un tercer grupo aún más alejado, que se extendía por Cataluña, gran parte de La Meseta y la zona Cantábrica (TARRADELL MATEU, 1950).

Entre los grupos incluidos en el área de “influencia argárica” ya se señalaba la personalidad propia que denotaba el grupo valenciano, con un importante número de yacimientos y la presencia de algunos objetos que, como las alabardas, resultaban indicativos de un desarrollo tecnológico avanzado (TARRADELL MATEU, 1950: 77). Sin embargo, también resultaban característicos las reducidas dimensiones de la mayoría de los asentamientos y la monotonía de los materiales registrados,

que hacían extremadamente difícil la distinción de etapas cronológicas (TARRADELL MATEU, 1958: 112). El a partir de entonces denominado “Bronce Valenciano” terminaba por definirse siempre en oposición a los rasgos establecidos a finales del siglo XIX para el reconocimiento de la “cultura argárica”: enterramientos en recovecos o covachas fuera de los núcleos de residencia frente a los enterramientos en las zonas de hábitat; menor presencia de objetos metálicos junto a una variedad de tipos más reducida; tendencia a producir formas cerámicas globulares frente a los carenados argáricos; así como diferencias en la calidad de las pastas e inexistencia de copas (TARRADELL MATEU, 1963).

A pesar de que en sus escritos se deja entrever una clara justificación de los límites de la nueva “cultura”, para hacerlos coincidir con los límites administrativos actuales, M. Tarradell (1969: 26) encontró también elementos de diferenciación a escala “regional” dentro del territorio demarcado, pues como a su juicio denotaba la distribución de las cerámicas decoradas con cordones, el ámbito comprendido entre el Júcar y el Túría actuaba a modo de zona fronteriza entre un área septentrional, donde resultaban más abundantes los materiales relacionables con zonas de Cataluña y del Valle del Ebro, y otra más meridional, caracterizada por una notable ausencia de éstos.

Defensor convencido de las tesis difusionistas, para M. Tarradell los orígenes del Bronce Valenciano debían ponerse en relación con El Argar, y ambos debían una parte fundamental de sus rasgos a los contactos mantenidos con los “focos culturales” del Próximo Oriente (TARRADELL MATEU, 1969: 27). De hecho, a su juicio sería la reducción sensible de la cantidad y calidad de estos contactos, a partir de la segunda mitad del II milenio a.C., la que explicaría la supuesta “tendencia al estancamiento” que mostraba el Bronce Valenciano (TARRADELL MATEU, 1969: 26).

Resulta innegable que las aportaciones de M. Tarradell han constituido el pilar fundamental del que ha partido la investigación sobre la Edad del Bronce en tierras valencianas y en buena parte del resto del territorio nacional a lo largo de más de medio siglo. En este sentido, no debemos olvidar sus referencias a los “túmulos de Albacete” –como La Peñuela o Cerrico Redondo– para los que consideró la posibilidad de que conformaran un grupo homogéneo (TARRADELL MATEU, 1950: 78) que la investigación posterior terminó definiendo como la “Cultura de las Motillas” (NÁJERA COLINO y MOLINA GOZÁLEZ, 1977; NÁJERA COLINO, 1984).

A mediados de los años setenta E. Llobregat (1975: 135) proponía, por primera vez, un origen autóctono para el Bronce Valenciano, el cual se conformaría como resultado de la evolución de un “horizonte de transición”, un planteamiento al que, con matices, se daría continuidad en otros trabajos como el de J. Aparicio (1976: 40), quien compartía la idea de que

la Edad del Bronce peninsular tuvo un origen autóctono como perduración de la etapa anterior, aunque con unos cambios significativos motivados por causas principalmente climatológicas.

Quedaba así ya perfectamente configurada en el panorama de la investigación peninsular una cultura conocida como Bronce Valenciano y contemporánea a la Cultura de El Argar. Pero dado que en el territorio que aquélla ocupaba no existían vetas metalíferas y sí objetos de metal, cabía plantear su origen por influencias de la primera, aunque casi siempre matizada, y explicar su desarrollo tecnológico, especialmente la introducción de la metalurgia, por un proceso de aculturación (ENGUIX ALEMANY, 1980: 164).

Durante los años ochenta siguió considerándose que fueron las “influencias” argáricas las que permitían explicar la formación y desarrollo del Bronce Valenciano (NAVARRO MEDEROS, 1982; MARTÍ OLIVER, 1983a), pero al mismo tiempo, la intensificación de las investigaciones y excavaciones comenzó a revelar una heterogeneidad cultural hasta entonces sólo sospechada. Las diferencias documentadas en diferentes asentamientos permitieron a M. S. Hernández (1985: 116) propugnar la existencia de facies comarcales dentro del Bronce Valenciano en función de la mayor o menor influencia argárica, irradiada desde el momento mismo de su constitución como cultura.

Por estas mismas fechas, J. Bernabeu (1984: 112) proponía dos posibles hipótesis referentes a la formación del Bronce Valenciano. En la primera, éste se habría constituido a partir de una evolución local paralela a la Cultura de El Argar, y las influencias de ésta incidirían sobre la cultura del Bronce Valenciano ya formado –opinión aparentemente compartida por M. S. Hernández (1985) y B. Martí (1983a)– mientras que, por el contrario, en la segunda hipótesis las influencias argáricas habrían actuado sobre los grupos del Horizonte Campaniforme de Transición, contribuyendo junto con las tendencias locales a su formación. Para J. Bernabeu, los fragmentos de cerámica campaniforme presentes en el asentamiento de San Antón, en Orihuela; los cubiletes cerámicos hallados en algunas cuevas de enterramiento, con paralelos en yacimientos argáricos, y la asociación de elementos metálicos campaniformes –puñales de lengüeta, puntas de Palmela– con adornos de plata en la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra, en Villena, servían para sustentar la segunda de estas hipótesis que implicaba también que el Bronce Valenciano era posterior cronológicamente al Argar. Casi una década más tarde, en un trabajo conjunto de B. Martí y J. Bernabeu (1992) terminaría de completarse la hipótesis, al considerar que este proceso se iniciaba antes en las comarcas meridionales que en las centrales, al tiempo que se insistía en la necesidad de definir la “comarcalización” de la Edad del Bronce, teniendo en cuenta el desarrollo cultural anterior, los recursos naturales y las relaciones externas para, de este modo, explicar los diversos “Bronces”

presentes en la Comunidad Valenciana (HERNÁNDEZ PÉREZ y LÓPEZ MIRA: 1992: 11).

Todo ello desembocó abiertamente en una problemática en torno al contenido real que cabía atribuir al término “Bronce Valenciano” que M. Gil-Mascarell (1995: 69) abordó algunos años más tarde, resolviendo que a pesar de las evidentes diferencias regionales documentadas y de las afinidades encontradas en otros ámbitos peninsulares cercanos, pero fuera de las fronteras de lo que cabría denominar propiamente como “ámbito valenciano” –como por ejemplo en los yacimientos de la serranía turolense–, rechazar el término de “Bronce Valenciano” no significaría, dado el registro disponible en esos momentos, más que un simple cambio de etiquetas sin contenido claro y coherente (GIL-MASCARELL, 1995: 69). En los últimos años, la mayoría de los trabajos publicados –sin tener en cuenta los realizados por nosotros (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1997, 2004)– han adoptado diversas posturas a este respecto: desde obviar el problema, pasando a hablar de la “Edad del Bronce en el País Valenciano” o “en las tierras valencianas” (Hernández, 1997a) a seguir utilizando la denominación de “Bronce Valenciano” pero únicamente en referencia a las tierras centrales de las comarcas valencianas y dentro del ámbito cronológico que tradicionalmente se atribuye al Bronce Antiguo y Pleno (DE PEDRO MICHÓ y MARTÍ OLIVER, 2004).

A nuestro juicio, podría decirse que una parte sustancial de la controversia se ha debido a las propias circunstancias de la investigación que condujo al reconocimiento del Bronce Valenciano como “cultura” de la Edad del Bronce, el cual se fundamentó –como probablemente no podía ser de otro modo– en la negación de lo argárico, y no en la definición de sus propios rasgos culturales. Esta apreciación, señalada hace ya más de dos décadas por M. Hernández (1985), denunciaba la ausencia de una caracterización de los grupos de la Edad del Bronce emplazados más allá de la frontera septentrional argárica, y hacía apremiante la necesidad de conocer su propio proceso de desarrollo. Apremio que realmente no cabía sólo circunscribir al ámbito de Levante, pues podría considerarse en parecida situación a toda la amplia franja territorial que comprende desde el área oriental de La Mancha hasta el sector meridional del Sistema Ibérico.

A pesar de que los primeros trabajos arqueológicos en yacimientos de la Edad del Bronce en la zona oriental de La Mancha se remontan a 1918, cuando J. Zuazo y H. Obermaier excavaron conjuntamente en El Cegarrón (Montealegre del Castillo) (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2002: 14), las primeras valoraciones y estudios no vieron la luz hasta finales de la década de 1940, momento en que son publicados dos fundamentales trabajos de J. Sánchez Jiménez (1947; 1948). En opinión de este investigador, los enclaves y los objetos recuperados en las excavaciones no eran sino manifestaciones funerarias que daban fe de la expansión de El

Argar al área manchega, explicando las características singulares de éstas a causa de un proceso lógico de degeneración cultural debido al alejamiento del foco argárico original.

En cualquier caso, durante bastante tiempo el área castellano-manchega se mantuvo en un gran paréntesis en la investigación, mientras que las excavaciones e intervenciones arqueológicas en las áreas limítrofes mediterráneas se multiplicaban. Hasta finales de la década de 1970, con la excavación en la provincia de Ciudad Real del Cerro de la Encantada (Granátula de Calatrava) (NIETO GALLO y SÁNCHEZ MESEGUER, 1980) y sobre todo de la Motilla de Azuer (Daimiel) (NÁJERA COLINO y MOLINA GONZÁLEZ, 1977) no se inició, desde principios metodológicos modernos, una verdadera línea de investigación sobre la Edad del Bronce en este amplísimo territorio (MARTÍNEZ NAVARRETE, 1988).

Desde entonces, los estudios relativos al área más oriental de La Mancha han sido llevados a cabo fundamentalmente desde la Universidad de Alicante, en el denominado Corredor de Almansa (SIMÓN GARCÍA, 1987; HERNÁNDEZ PÉREZ y SIMÓN GARCÍA, 1994; HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1995) y sobre todo por el equipo que en su día coordinara M. Fernández-Miranda desde la Universidad Complutense (FERNÁNDEZ-MIRANDA, FERNÁNDEZ-POSSE y MARTÍN, 1988; MARTÍN *et al.*, 1993; FERNÁNDEZ MIRANDA *et al.*, 1994) que se han visto completados con posterioridad con una serie de trabajos encaminados a precisar la cronología y la caracterización del poblamiento en una amplia zona que abarca prácticamente el resto de la llanada albaceteña y las serranías que la enmarcan (FERNÁNDEZ-POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996; GILMAN, FERNÁNDEZ-POSSE y MARTÍN, 2001).

Al tiempo que comenzaba a tomar forma y dibujarse de manera aún poco definida este “Bronce de La Mancha” también iba configurándose con mayor nitidez una primera caracterización de un conjunto de asentamientos de la Edad del Bronce en el Sector Ibérico (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1986) que, desde ciertos puntos de vista, podían antojarse estrechamente emparentados con el “Bronce Valenciano”, como ya habían puesto de manifiesto los materiales exhumados por P. Atrián (1974) en el cerro del Castillo de Frías.

2.1.1. El Grupo Argárico en el Bajo Segura y Bajo Vinalopó en el marco del ámbito oriental argárico

La investigación sobre el Grupo Argárico en Alicante hundió sus raíces en los albores del siglo XX, cuando el jesuita Julio Furgús inicia sus excavaciones en los yacimientos de San Antón, en Orihuela, y en Laderas del Castillo, en Callosa de Segura (FURGÚS, 1937). Los trabajos arqueológicos llevados a cabo en estos dos enclaves sacaron a la luz lo que en aquellos momentos se creyó eran sendas necrópolis, correspon-

dientes a poblaciones que se imaginaron situadas en el llano, en los valles de los alrededores, aunque próximas a los cerros que se habían escogido para depositar a sus muertos.

Aunque en las fechas en que el excavador jesuita dio a conocer la mayoría de sus hallazgos la obra de los hermanos E. y L. Siret (1890) hacía ya tiempo que había sido publicada –y a pesar de las observaciones planteadas expresamente por E. Siret (1905) a ese respecto– J. Furgús jamás fue capaz de advertir la presencia de los espacios domésticos y ámbitos arquitectónicos entre los que se encontraban las numerosísimas sepulturas registradas. Es por este motivo que carecemos casi por completo de información contextual sobre los materiales exhumados durante sus trabajos, los cuales integraron la excepcional colección del Museo del Colegio de Santo Domingo de Orihuela. Sólo de algunas de las tumbas (y éstas además, en número escaso) disponemos de alguna información adicional que nos permite relacionar ciertas piezas con determinadas sepulturas.

Ya desaparecido J. Furgús, los trabajos realizados por J. Colominas (1927) en Laderas del Castillo de Callosa no cambiaron en absoluto este panorama, pues se insistía igualmente en la suposición de que el yacimiento era exclusivamente una necrópolis, no reconociéndose en ningún momento la existencia de un asentamiento. Los objetos recogidos en las excavaciones de J. Colominas –depositados en el Museu d’Arqueologia de Catalunya, en Barcelona– y el conjunto de materiales procedentes de las excavaciones de J. Furgús –que por los avatares ligados a la disolución de la Orden en España y a la posterior Guerra Civil fue casi totalmente disgregado y desperdigado en diversas colecciones– junto con algunos otros, fruto de rebuscas y actuaciones más o menos incontroladas, constituyeron durante muchísimo tiempo la única base material desde la que acometer el estudio del Grupo Argárico en la zona meridional del Levante Peninsular. Esporádicamente, algunas de las piezas más sobresalientes fueron incorporadas a los estudios realizados durante la década de 1970 en torno a la periodización y sistematización de la cultura argárica, como los de B. Blance (1971) o H. Schubart (1975b), teniendo que aguardar a los trabajos de V. Lull (1983) y sobre todo, de R. Soriano (1984) para contar con una revisión actualizada de todo el conjunto artefactual argárico del sur de Alicante.

Entre tanto, las actuaciones arqueológicas iniciadas en la Illeta dels Banyets, (LLOBREGAT CONESA, 1986) y especialmente en Pic de les Moreres (GONZÁLEZ PRATS, 1986a), abrieron una nueva etapa de investigación arqueológica de campo en poblados argáricos de la zona que sólo hasta cierto punto culminó en las campañas de excavaciones realizadas en el Tabayá, de las que por el momento sólo se han dado a conocer detalles parciales (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1990, 1997a, 2009; HERNÁNDEZ PÉREZ y LÓPEZ PADILLA, 2010). Del resto de

asentamientos argáricos de la zona sólo en otros dos se han llevado a cabo excavaciones –Caramoro I y Cabezo Pardo– de las cuales únicamente se han avanzado en mayor o menor medida algunos datos (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1995; LÓPEZ PADILLA, 2009), a los que se añaden los relativos a la revisión de las excavaciones de E. Llobregat en la Illeta dels Banyets (SIMÓN GARCÍA, 1997a) seguidos, casi una década más tarde, de la memoria científica de los trabajos más recientes realizados en este yacimiento (SOLER DÍAZ, 2006).

A pesar de ello adolecemos de una notable falta de información sobre la secuencia argárica en la zona, y especialmente en lo que respecta a dataciones radiocarbónicas. Como ya se ha dicho, la fecha más antigua disponible, procedente de Pic de les Moreres, presenta problemas para su aceptación, de modo que por el momento, sólo una de las fechas de la Illeta dels Banyets, vinculada a la construcción de la Cisterna 1, se sitúa con anterioridad a 1900 cal BC. Obtenida de una muestra carbonosa de uno de los perfiles, resulta sin embargo imposible situarla en un contexto preciso, aunque su relación aparente con la construcción de una importante infraestructura hidráulica del poblado permite inferir que al menos en la Illeta dels Banyets contamos con una ocupación bien asentada en estos momentos, sin perder de vista la antigüedad que se ha atribuido a los niveles fundacionales del emplazamiento y que se han fijado a finales del IV milenio cal BC.

La información recopilada sólo permite reconocer, por el momento, algunas evidencias que permiten plantear un horizonte ligeramente anterior a *ca.* 2200 cal BC para la fundación de algunos enclaves. Éstas serían, fundamentalmente, la presencia de materiales campaniformes constatada en los principales yacimientos argáricos de la zona y de niveles epicampaniformes en la base de la estratigrafía del Tabayá o la existencia de ajuares que podrían considerarse bastante antiguos en algunas de las tumbas de San Antón y Laderas del Castillo, a pesar de que las dataciones radiocarbónicas de los enterramientos fechados hasta ahora se sitúan en un horizonte cronológico bastante más reciente.

La profunda convicción de J. Furgús de que ni en San Antón ni en Laderas del Castillo existían estructuras de habitación, le impidió registrar ni una sola de las viviendas que obviamente destruyó mientras buscaba las tumbas. Ni tan siquiera el conocimiento de los trabajos de los Siret ni las observaciones que referente a este tema realizara H. Siret (1905) en el tomo XIX de los *Annales de la Société d'Archéologie de Bruxelles* le hicieron cambiar de opinión, aunque es cierto que el tono de sus afirmaciones al respecto varió sensiblemente entre la publicación de sus primeros trabajos en San Antón (FURGÚS, 1937: 16) y los de sus últimas excavaciones en las Laderas del Castillo (FURGÚS, 1937: 64). Paradójicamente, algunos de los argumentos que

empleó el jesuita para defender la supuesta inexistencia de habitaciones en estos dos yacimientos nos informan, siquiera de pasada, de la existencia de muros de aterramiento de mampostería trabada con barro de aproximadamente 1 m de anchura en San Antón (FURGÚS, 1937: 22) así como un tramo de muro transversal a la pendiente en Laderas del Castillo junto al cual se hallaron restos de barro con improntas de cañas o de ramaje (FURGÚS, 1937: 66). De haberse conservado viviendas en el sector excavado por E. Llobregat en la Illeta dels Banyets, éstas no fueron registradas (SOLER DÍAZ y BELMONTE MAS, 2006), de modo que sólo disponemos de los datos del pequeño emplazamiento de Caramoro I (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1995), de los cortes abiertos en Pic de les Moreres (GONZÁLEZ PRATS, 1986b) y de los datos aislados avanzados hasta ahora de Cabezo Pardo y Tabayá (LÓPEZ PADILLA, 2009b; HERNÁNDEZ PÉREZ, 2009a), de los que permanecen aún inéditas las memorias de excavaciones.

El poblado del Pic de les Moreres fue objeto de una campaña de excavaciones en 1982 de la que se publicaron los resultados en un extenso artículo (GONZÁLEZ PRATS, 1986b) que incluía el inventario exhaustivo de los materiales. De la secuencia estratigráfica obtenida en los trabajos, centrados básicamente en la terraza baja del poblado, su excavador deduce la existencia de al menos tres niveles de ocupación sucesivos, de los que sólo los dos últimos presentan evidencias constructivas (GONZÁLEZ PRATS, 1986b: 158). El mejor conservado es al parecer el más moderno, del que se publica información relativa a tres unidades habitacionales.

Estructuralmente, el poblado de Pic de les Moreres se organiza en base a una serie de muros longitudinales que recorren la ladera y que sirven a la vez para obtener una superficie de aterramiento y para delimitar las unidades habitacionales. En los dos momentos de ocupación detectados que han deparado estructuras (fases IV y VI) se aprecian plantas de tendencia rectangular para las viviendas, destacando el grosor de algunas de las paredes de las habitaciones más modernas que llegan a alcanzar en algún tramo los 1,20 m de anchura. Entre ellas se disponen –al menos en la etapa final de poblado– calles estrechas de aproximadamente 1 m de anchura.

En cuanto al poblado de Caramoro I, ya la primera intervención realizada puso al descubierto la estructura urbanística básica del asentamiento, en la que resultaban reconocibles una serie de elementos que parecían organizar el espacio habitado en un eje aproximadamente norte-sur, con un complejo entramado de construcciones creadas a base de muros adosados en el extremo septentrional del yacimiento, a modo de bastión defensivo, que le confería la forma “arriñonada” con que se describió la planta del yacimiento (RAMOS FERNÁNDEZ, 1988: 95).

Abundando en su carácter de fortificación, la excavación realizada años más tarde por A. González y E.

Ruiz (1995) reveló que el yacimiento estaba conformado por nueve habitáculos de funcionalidad diferente: un bastión construido con un perímetro de mampostería y un relleno de bloques, al que se unía una posible línea de muralla, muy destruida, y un muro cuyo trazado longitudinal y progresivo engrosamiento hacia su extremo norte definían la organización general del espacio habitado. Éste aparecía ahora constituido como un ámbito de ingreso a la fortificación (vivienda A) defendido por un muro incurvado, por su parte occidental, y un grueso torreón de planta de tendencia circular, por la oriental, en donde aparecían restos, al parecer, del gozne de un portón de madera con el que se cerraría el acceso al interior del poblado. Desde este habitáculo, al parecer dotado de bancos de mampostería adosados a la pared oriental en un segundo momento, se daba paso, a través de un vano de un metro de amplitud conformado por jambas y losas planas, a una habitación que a juicio de sus excavadores debía funcionar como distribuidor, a modo de pequeño patio o porche cubierto, pues desde ésta se podía acceder al resto de unidades habitacionales registradas: las designadas como viviendas C, D, y E. Entre la primera y la última se disponía un pasillo alargado, de apenas 0,50 m de anchura, interpretado como desagadero.

Sometidos aún a estudio los resultados de las excavaciones realizadas, del Tabayá apenas pueden hacerse algunas precisiones en cuanto a las características de las unidades habitacionales argáricas registradas, todas ellas emplazadas en los cortes que se practicaron en la terraza baja del yacimiento, donde se localizaron las estratigrafías de mayor espesor. En función de los datos que nos ha proporcionado su excavador, sólo puede por el momento indicarse que éstas sufrieron diversas modificaciones a lo largo de una secuencia temporal que, aún por definir, cabe sin embargo suponer considerablemente larga. Por lo que puede apreciarse en las planimetrías, la estructura arquitectónica de las viviendas argáricas ofrece en el sector excavado una orientación predominante norte-sur, con plantas de tendencia rectangular, dispuestas en dos terrazas conformadas por sendos muros perimetrales que en todo momento siguen un trazado perpendicular a la pendiente. En el interior de estos espacios, y en distintos momentos, se practicaron inhumaciones en fosas, urnas y cistas de mampostería, alguna de ellas con ajuares metálicos destacados (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1990; HERNÁNDEZ PÉREZ y LÓPEZ PADILLA, 2010).

Por último, las excavaciones que realizara E. Llobregat en la Illeta dels Banyets, de las que tan sólo llegó a publicar unas breves notas (LLOBREGAT CONESA, 1986), no alcanzaron a identificar espacios de carácter doméstico de cronología argárica, pues a tenor de la revisión de sus diarios de excavaciones y de los materiales exhumados, y de lo que las recientes intervenciones llevadas a cabo en el yacimiento en fecha más reciente permiten inferir, la denominada “cabaña” circular, en un principio atribuida a una fase argárica

inicial (SIMÓN GARCÍA, 1997a), ha resultado ser en cambio una unidad habitacional de cronología mucho más antigua. De este modo quedamos huérfanos de información respecto a las viviendas y, por descontado, a su posible organización en el asentamiento para la etapa argárica, pues de estos momentos sólo restan las sepulturas y un conjunto de rellenos y estructuras hidráulicas que, por otra parte, resultan de particular interés dadas sus características y cronología (SOLER DÍAZ y BELMONTE MAS, 2006; LÓPEZ, BELMONTE y de MIGUEL, 2006).

Mucho peor es el panorama referido al registro de áreas de actividad. Con excepción del Tabayá –del que contamos con información inédita proporcionada por M. S. Hernández acerca de un área de molienda de cereales– de ciertos indicios documentados en Pic de les Moreres (GONZÁLEZ PRATS, 1986b) y de algunos espacios especializados de la Illeta dels Banyets (SOLER DÍAZ *et al.*, 2002; BELMONTE MAS y LÓPEZ PADILLA, 2006), no contamos con ninguna información respecto a la localización y/o dinámica de las áreas de actividad en los asentamientos. Por consiguiente, habremos de conformarnos por el momento con una serie de datos de carácter muy general deducidos de un amplio conjunto de objetos de todo tipo, en su inmensa mayoría desconectados estratigráficamente y por tanto de nulo valor contextual.

De hecho, el grueso del registro artefactual argárico en el sur de Alicante sigue todavía constituido por los materiales de las excavaciones de J. Furgús, varias veces estudiados e inventariados (SORIANO SÁNCHEZ, 1984, 1989; SIMÓN GARCÍA, 1998) pero que a causa de la tosca técnica excavatoria del jesuita y de su peculiar forma de interpretar el registro carecen completamente de información contextual. La presencia del gran número de objetos de todo tipo hallado en los sedimentos superpuestos a las sepulturas se razonaba, a juicio de Furgús, como resultado de la deposición de un ajuar funerario exterior a las tumbas, argumento que resultaba poco creíble en el caso de algunos de los elementos exhumados, tales como el fragmento de crisol con restos de metal adheridos que demostraban la existencia de prácticas metalúrgicas que incluso para el propio Furgús eran difíciles de justificar en medio de una necrópolis. Tal vez esa fuera la razón por la cual decidió omitir en la publicación su procedencia (FURGÚS, 1937: 34). A pesar de lo equivocado de sus interpretaciones, no obstante, la relación de materiales exhumados proporcionada por sus publicaciones, si bien no puede considerarse exhaustiva, sí que ofrece una idea aproximada de las distintas actividades realizadas. Entre ellas destacan sin duda las labores de procesado del cereal, a tenor de los numerosísimos molinos que según Furgús aparecen por doquier en San Antón –de los que algunos llegaban a alcanzar grandes dimensiones (FURGÚS, 1937: 39)– y que también eran numerosos en las Laderas del Castillo (FURGÚS, 1937: 67). En relación con ello se han de poner también los

más de tres centenares de dientes de hoz recogidos entre ambos yacimientos, de los que aproximadamente 200 procedían de San Antón (FURGÚS, 1937: 36). Junto a éstos, la aparición de toda suerte de objetos vinculados a diversos procesos productivos –punzones, escoplos, cinceles y agujas de hueso, útiles de asta de ciervo, pesas de telar de dos y cuatro perforaciones, martillos, percutores, hachas y azuelas de piedra, morteros, etc.– en San Antón y Laderas del Castillo ha de ponerse en relación con el desarrollo en ambos enclaves de las más diversas actividades artesanales, tales como la fundición de metales, ya señalada, la manufactura de tejidos, la curtidería y tratamiento de pieles, la alfarería y la cestería, entre otras, sin que sea posible especificar los lugares en que estos procesos productivos fueron llevados a cabo (FURGÚS, 1937: 30 y ss.).

En el interior de algunas de las unidades habitacionales de Pic de les Moreres se han detectado diversas estructuras que podrían relacionarse con áreas de actividad de consumo (hogares y zonas de molturación) y almacenamiento (banco y vasar) con las que en algún caso es posible también vincular una parte del registro artefactual. En la vivienda de la Fase IV, perteneciente al segundo momento de ocupación, se localiza una estructura de cantos rodados de tendencia circular que se interpreta como un hogar o vasar (GONZÁLEZ PRATS, 1986b: 159). Con la misma vivienda se relaciona un posible horno hallado al exterior, para el que no se precisa funcionalidad concreta.

Algo mejor informados estamos respecto a las unidades habitacionales del momento más reciente (Fase VI), en donde parece detectarse un estrecho callejón de aproximadamente un metro de anchura que separa dos departamentos de planta cuadrada y gruesos muros de mampostería recibida con barro adosados a los cuales aparecen bancos y/o vasares. Los zócalos de las paredes se enlucieron con arcilla de color ocre, tanto al exterior como al interior, en donde hallamos una serie de pavimentos superpuestos que evidencian sucesivos reacondicionamientos del suelo. Entre los derrumbes de algunas de las viviendas aparecieron restos de barro con improntas de ramajes procedentes seguramente de las techumbres. En el ángulo nororiental de la unidad habitacional de mayor tamaño se localizó un área de almacenamiento y molienda de cereal constituida por un vasar de mampostería entre cuyos derrubios aparecieron cinco grandes vasijas de almacenamiento junto a un molino completo y fragmentos de otros, más desperdigados. La presencia de un fragmento de crisol entre los derrumbes de estas viviendas indica la realización de prácticas metalúrgicas. Asociadas a esta fase se encuentran diversos fragmentos de cerámicas carenadas, entre ellas un vaso de la forma 6 de L. Siret, así como varios dientes de hoz. Presumiblemente asociadas también a este momento reciente del yacimiento se señala la presencia de una acumulación de molinos en lo que aparenta constituir la esquina de otro departamento, estratigráficamente desconectado de los

anteriores. No obstante, no parece poder determinarse si se hallaban sobre el pavimento de la vivienda o si formaban parte del derrumbe de sus muros.

En lo que respecta al yacimiento de Caramoro I, la parquedad de las noticias difundidas hasta ahora impide conocer detalles relativos a las actividades desarrolladas en el interior de las unidades habitacionales reconocidas (GONZÁLEZ PRATS y RUIZ SEGURA, 1995). Entre el registro vascular, destaca a primera vista la presencia de copas y pies de copa, junto con un nutrido conjunto de ollas y tinajas de almacenamiento, en general de acabados más imperfectos que los vasos carenados o los cuencos. Además de recipientes cerámicos se han registrado también algunos objetos metálicos, entre ellos un escoplo y una punta de Palmela, así como algunos dientes de hoz de sílex, varios molinos de mano, un hacha de piedra pulida y una pesa de telar de barro con cuatro perforaciones.

Iniciadas en 1987, las excavaciones realizadas en el poblado del Tabayá permitieron documentar un área especializada en la molturación de cereales en una de las unidades habitacionales del yacimiento, y que estratigráficamente parecen contextualizarse en el momento de apogeo de la ocupación argárica. Esparcidos sobre el pavimento se registró más de una docena de molinos y fragmentos de otros tantos, formando parte de un estrato de colmatación de la vivienda. Al margen de ésta, se registraron partes de algunos otros ámbitos en el interior de las unidades habitacionales susceptibles de relacionarse con áreas de actividad, la mayoría de ellas vinculadas con el consumo de alimentos o con almacenaje de productos, y sólo ocasionalmente se pudo documentar algún banco de trabajo elaborado con tapial y mampuesto y asociado a una parte del instrumental registrado (HERNÁNDEZ PÉREZ, c.p.).

Algo que ha cambiado, sin embargo, en los últimos años, es nuestro nivel de conocimiento del espacio argárico del sur de Alicante, gracias a las dos campañas de prospecciones sistemáticas realizadas en julio de 2004 y otoño de 2005. En ellas llevamos a cabo una prospección intensiva de este amplio territorio comprendido entre el Bajo Vinalopó y Vega Baja del Segura, con el objetivo de recabar y actualizar información esencial referente a las características locacionales, topográficas, dimensiones, etc. de los poblados argáricos de la zona, lo cual nos permite hoy proponer un panorama mucho más completo de la articulación territorial del área más oriental del Grupo Argárico.

Esta amplia zona se articula básicamente en torno a dos áreas de marjales y lagunas situadas en la confluencia de la desembocadura de los dos cursos hídricos más importantes: los ríos Segura y Vinalopó. Antes de la desecación de esta zona pantanosa, llevada a cabo por el Cardenal Belluga a finales del siglo XVIII, toda la zona comprendía un complejo sistema de zonas lagunares que ocupaban el extremo más oriental del área, en contacto con la línea de costa (BOX AMORÓS, 1987). Este sistema se extendía, de oriente a occidente,

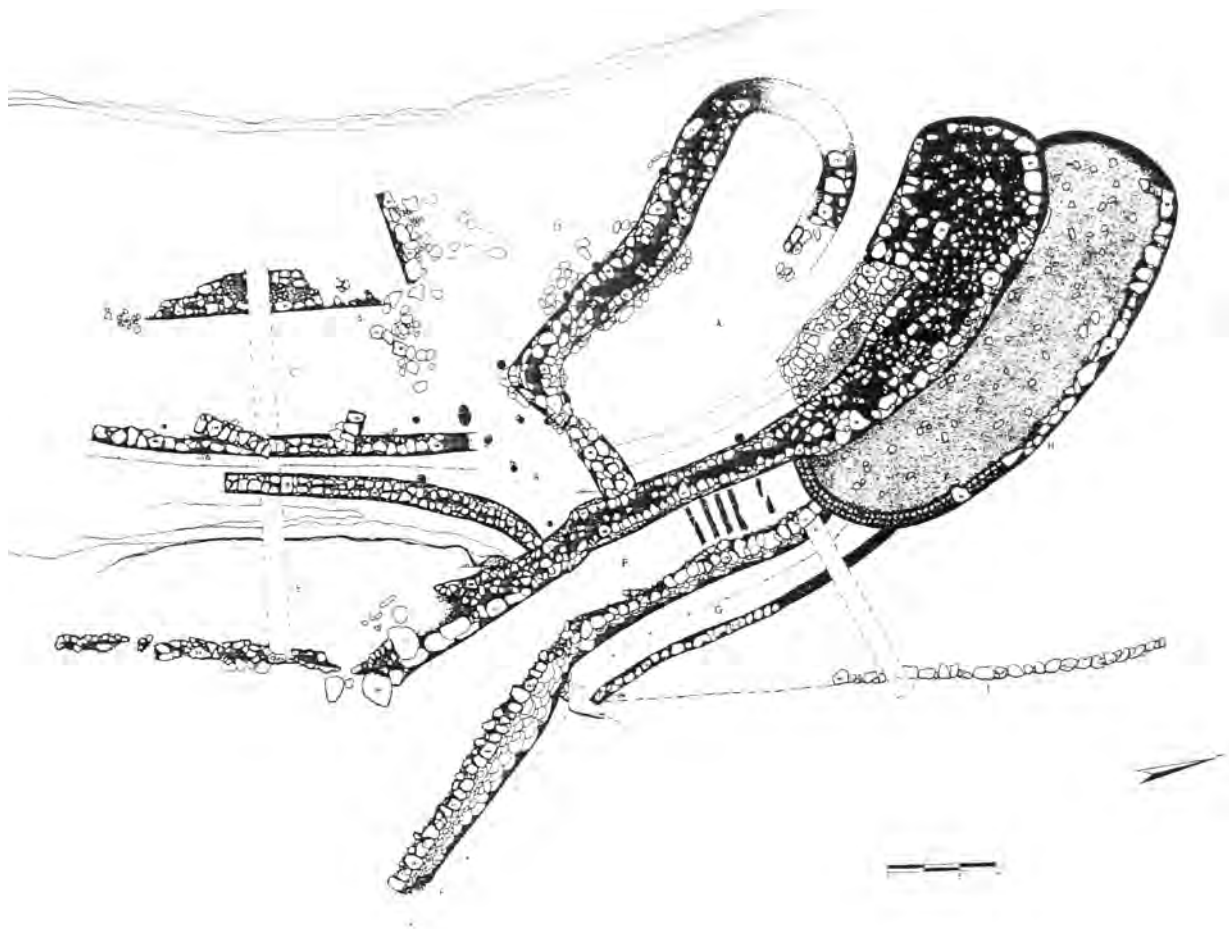


Figura III.2.2_Planta del enclave argárico de Caramoro I, en Elche (GONZÁLEZ y RUIZ, 1995: 106).

desde Agua Amarga y el Clot de Galvany, pasando por la zona de Balsares, hasta las lagunas de Santa Pola y el Hondo de Elche, prolongándose hasta el sur de la Sierra de El Molar, en las proximidades de Guardamar del Segura. En este lugar el río Segura vierte definitivamente sus aguas al Mediterráneo tras recorrer serpenteante la vertiente septentrional de un conjunto de sierras dispuestas en sentido este- oeste que enmarcan por el sur una extensa planicie de inundación en la que se disponen las tierras de mayor rendimiento agrícola de Alicante. Por el norte, este espacio queda cerrado por otra alineación montañosa que, desde Abanilla, en su extremo más occidental, hasta las estribaciones orientales de la sierra del Tabayá y de la serranía de Elche, sirvió, como ya se ha comentado, de límite septentrional del Grupo Argárico durante buena parte del II milenio cal BC. Entre ambas líneas montañosas y dominando la planicie se alzan, como gigantescas atalayas, las sierras de Orihuela y de Callosa de Segura, dominando algunos relieves menores que salpican sus alrededores, como el Cabezo de Redován, el Cabezo del Pallarés o los Cabezos de los Ojales, entre otros.

Si bien el curso del Segura, que discurre al sur de estas sierras centrales, adquiere en esta zona cercana a su desembocadura una marcada orientación oeste-

este, el resto de ríos, ramblas, barrancos y ramblizos que sirvieron de vehículo a las aguas que llenaban estacionalmente el Hondo de Elche y el resto de las áreas lagunares de la zona, mantenían una dirección norte- sur que las convertía en las principales arterias de comunicación entre los extremos meridional y septentrional de la región. Además del Vinalopó, hacia occidente encontramos el Barranco de los Arcos, en Elche, el Barranco de la Rambla, en Crevillente, la Rambla de la Algüeda, en Albatera, y finalmente, en el extremo más occidental del alineamiento montañoso, el río Chicamo, en Abanilla.

A lo largo y ancho de todo este amplio territorio de más de 100.000 Ha, aparecen distribuidos una serie de emplazamientos en los que se han registrado evidencias de ocupación durante el III y II milenio cal BC. La inspección superficial de los yacimientos ha permitido comprobar cómo San Antón y Laderas del Castillo constituyeron muy claramente los asentamientos más importantes de toda la zona en cuanto a la superficie ocupada. Especialmente destacables son las más de 2 Ha de extensión del enclave oriolano, que a pesar de la intensa erosión que presentan sus vertientes ofrece todavía restos que denotan la enorme relevancia de la concentración poblacional que debió acoger entre sus

estructuras. Ambos son los únicos poblados que aparentemente excedieron de los 10.000 m² de extensión, estimación que se aproxima bastante a las del propio J. Furgús, para quien San Antón se extendía por una superficie cercana a las 2 Ha, mientras que Laderas del Castillo ocuparía poco más de 1 Ha (FURGÚS, 1937: 16, 64).

Otros tres asentamientos –Cabezo Pardo, El Morterico y Tabayá– superan los 5.000 m², lista a la que es posible que tuviéramos que añadir el Cabezo Soler. Sin embargo en este caso no es posible corroborar este extremo dada la importancia de los restos tardorromanos e islámicos ubicados posteriormente en el sitio. Todavía más difícil resulta calcular la extensión que pudo tener el Cabezo del Pallarés, completamente destruido por los trabajos de una cantera.

La ubicación de estos enclaves de más de 0,5 Ha sobre el territorio parece evidenciar una cierta dicotomía entre aquéllos claramente emplazados sobre puntos fronterizos –como El Morterico y Tabayá– y aquéllos otros situados junto a las zonas encharcadas o nacimientos de agua y los terrenos de cultivo más productivos –Cabezo Pardo y Cabezo Soler, entre otros.

Situados a menudo en las proximidades de los anteriores, otros asentamientos de más de 0,1 Ha se distribuyen por el territorio destacándose claramente dos grupos: uno vinculado estrechamente con el control de zonas de paso, como el Puntal del Búho y Pic de Les Moreres; y un segundo grupo asociado a zonas de alto rendimiento agrícola, junto al cauce del Segura o junto a humedales, como el Cabezo del Moro.

Y por último, existe también un cierto número de yacimientos, de menos de 0,1 Ha de superficie arqueológica conservada, del que una parte parece haber desempeñado también, de forma muy específica, labores de control estratégico de los principales puntos de acceso al territorio a través de las montañas de Elche, Crevillente y Albaterra, como son Caramoro I, Barranco de los Arcos o el Cabezo de Hurchillo.

La estratégica posición de pequeños poblados ocupando puntales sobre las ramblas principales que bajan en dirección sur desde las sierras de Abanilla, Albaterra y Crevillente, denotan un especial interés por someter a vigilancia estos cauces que sin duda sirvieron como caminos entre el espacio social argárico y el del grupo del Prebético Meridional Valenciano.

Seguramente el caso más claro es el que registramos en el cauce del Vinalopó, en el que hallamos una medida equidistancia entre el pequeño asentamiento de Caramoro I, emplazado justo donde el río deja de encajonarse entre los relieves de la serranía, al sur, y Puntal del Búho, a medio camino entre aquél y el importante yacimiento de Tabayá, al norte, justo sobre el punto en el que el Vinalopó comienza a adentrarse en la sierra en dirección al Camp d'Elx. Parece evidente, por tanto, que el pasillo que conforma el río Vinalopó en este tramo ejerció un papel esencial como área de entrada y salida de personas, productos y materias

primas de todo tipo, durante el intervalo temporal que venimos considerando.

Como parte, por tanto, del extremo más oriental del territorio argárico, y ocupando un espacio en permanente contacto con su ámbito periférico nororiental y septentrional, resulta evidente la necesidad de prender los datos relativos a la caracterización del grupo del Bajo Segura y Bajo Vinalopó, no sólo en relación con los grupos arqueológicos periféricos sino también con el marco general de las secuencias e información registradas en el resto del Valle del Segura y de la cuenca del Guadalentín, así como con la información generada en los últimos años en torno a los yacimientos de Fuente Álamo y Gatas, en el Almanzora y Cuenca de Vera, en Almería, en los que se han obtenido y dado a conocer los registros más completos del Grupo Argárico.

Sin duda, la cima y la ladera Este del yacimiento de Fuente Álamo son las zonas excavadas más ampliamente publicadas, aunque también se cuenta con información relevante de los cortes abiertos en la ladera meridional (SCHUBART, PINGEL y ARTEAGA, 2000). La secuencia estratigráfica se ha organizado, por parte de sus excavadores, en siete horizontes culturales, de los que nos interesan los cinco primeros. Los horizontes I, II, III y IV corresponderían al desarrollo del asentamiento argárico, mientras que el horizonte V correspondería ya a un momento vinculado al denominado “Bronce Tardío” del Sudeste. Cada uno de estos horizontes se compone de un conjunto de fases, cada una de las cuales se relaciona con la superposición sincrónica de nuevas edificaciones o muros y/o abandonos de los mismos. Según nos indica el propio H. Schubart (2000: 39), este criterio se mantuvo para la identificación de las 15 primeras fases, si bien las dos últimas de las que nos interesan aquí fueron discriminadas fundamentalmente por la presencia de cerámicas consideradas típicas del “Bronce Tardío”.

El encuadramiento cronológico de estos cinco horizontes no resulta, sin embargo, nada claro, hasta el punto que en varios trabajos relacionados con el análisis del asentamiento y sus materiales arqueológicos se han propuesto, a lo largo de los últimos años, diversos intervalos que divergen en algunas décadas unos de otros (PINGEL, 2000; RISCH, 2002a; SCHUHMACHER, 2003). En los dos últimos trabajos se aboga, además, por unificar los horizontes I y II, dadas las notables analogías que en general ofrecen los materiales analizados.

Según V. Pingel (2000: 95) la referencia para el inicio del Horizonte I (fases 1- 6) sería la fecha (FA 1382) B-3945, que se sitúa en torno a 2400 cal BC. Se trata de una fecha considerablemente elevada, pero que habrá de valorarse en un futuro en función del hallazgo de un primer estrato con materiales cerámicos claramente pre-argáricos en uno de los cortes de la ladera sur (SCHUHMACHER, 1999). El final de este horizonte debe fijarse, a juicio de V. Pingel, hacia 2100 cal BC.

Son muy escasos los restos constructivos registrados, por lo que las evidencias de unidades habitacionales de los que se ha divulgado información se restringen prácticamente a un espacio –edificio T– que estuvo en uso durante las fases 5, 6 y 7. Se trata, por tanto, de una vivienda de buen tamaño que fue ocupada durante los momentos finales del Horizonte I y los iniciales del Horizonte II. Al margen de ella, las principales construcciones de este primer horizonte serían las estructuras circulares C,D,L y M, de aproximadamente las mismas dimensiones y equidistantes unas de otras, cuya funcionalidad concreta se desconoce.

El Horizonte II (fases 7-9) debió iniciarse ya en el siglo XXI cal BC, y finalizar hacia 1900 cal BC, si bien en opinión de V. Pingel (2000: 95) no parece posible diferenciar este horizonte del Horizonte III en función de las dataciones radiocarbónicas. Parece posible tratarlo conjuntamente con el Horizonte I, como han hecho algunos investigadores como R. Risch (2001), quien estima un marco cronológico de 2250- 1925 cal BC para los horizontes I y II.

El registro de unidades habitacionales del Horizonte II es más o menos tan parco como el del horizonte anterior. La vivienda conservada de forma más completa, en funcionamiento durante la fase 8, es el edificio J, del que sin embargo se excavó sólo una tercera parte. Se trata de una unidad de planta con tendencia absidal en su extremo occidental, de unos 4,5 m de anchura y cerca de 7 m de longitud, sin que se conozca la morfología de su pared oriental. En su interior se dispuso un pavimento cuya preparación recortaba ligeramente el suelo geológico.

Desde el punto de vista arquitectónico, el Horizonte III (fases 10- 12) que en opinión de V. Pingel (2000: 95) habría que situar cronológicamente a lo largo del siglo XIX cal BC, supone una remodelación completa del aspecto urbanístico del asentamiento, en el que ocupa un papel predominante la construcción del edificio H, de planta casi perfectamente cuadrada –de 7,10 m por 6,80 m– que posiblemente contó con al menos dos plantas, a juzgar por el espesor y altura de los muros conservados en la zona baja, los cuales soportarían un alzado de tapial que conformarían el piso

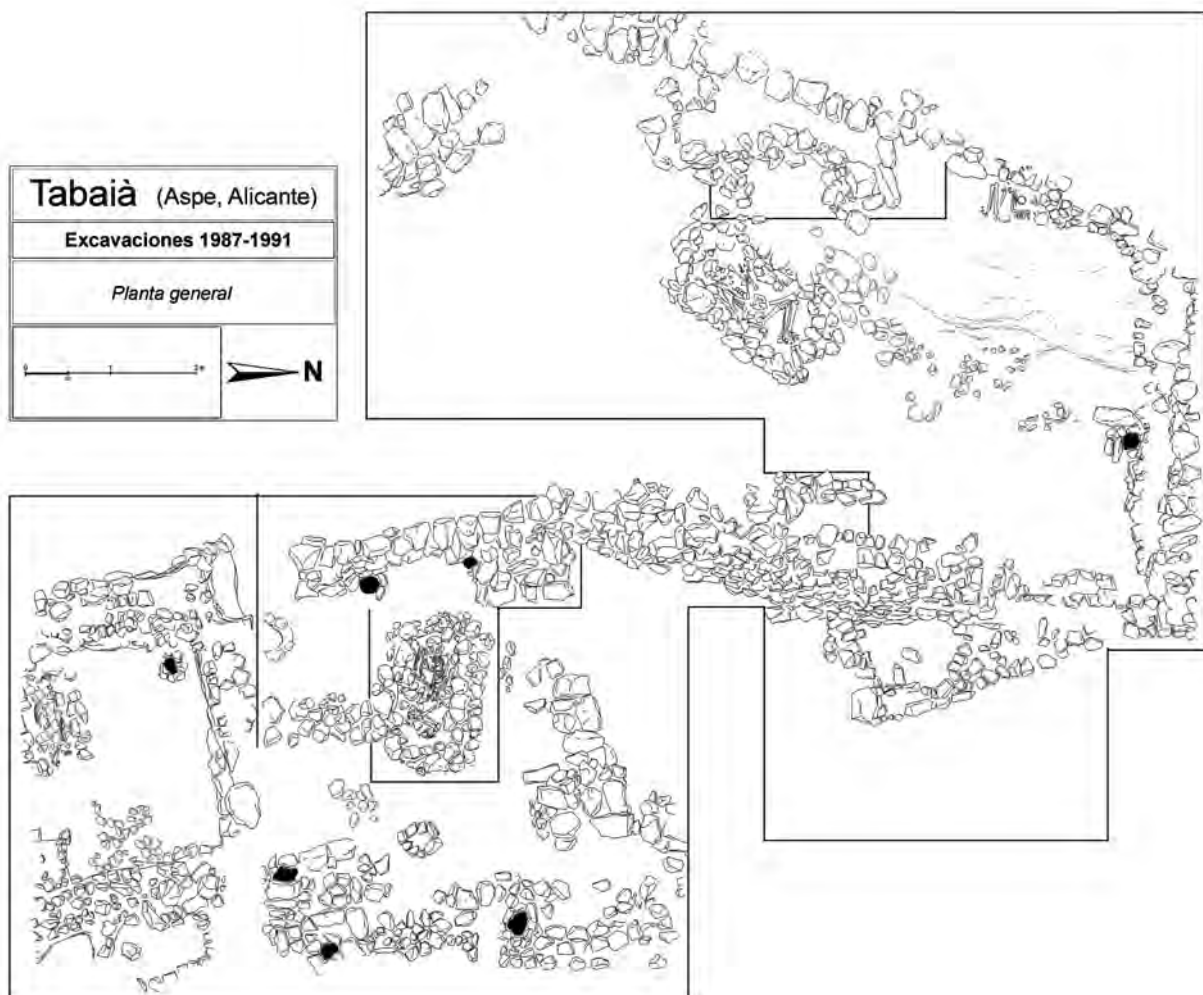


Figura III.2.3_Planta del enclave argárico del Tabayá, en Aspe (HERNÁNDEZ, 2009a).

superior y dotarían al edificio de un marcado aspecto turriforme. La entrada al espacio interior, de apenas 9 m² de superficie total, se verificaba por su pared oriental a través de un vano de aproximadamente 1 m de anchura. En cuanto a las actividades desempeñadas en el interior de esta unidad, al parecer resultó destacable la concentración de grandes contenedores cerámicos y de molinos.

Junto a esta construcción, hacia la parte noreste de la misma, se registra otra unidad habitacional –edificio P– de unas dimensiones estimadas de unos 4 m por 3 m, que al menos en parte –fase 11– resultó contemporáneo de aquélla. En este mismo momento parece procederse a la construcción de otra unidad habitacional relevante, en función de las características constructivas que presenta. Se trata del edificio I, de dimensiones comparables al H –7 m por 6 m, pero de paredes mucho menos gruesas y, en un primer momento, dotadas de calzos para embutir postes a intervalos regulares. Todo ello hace pensar en una vivienda amplia de una sola planta con alzados principalmente de madera y tapial, cuyas funciones tal vez estuvieran relacionadas con la representación o la reunión grupal (PINGEL, 2000: 79). Sin embargo, R. Risch (2002a: 193) refiere también el hallazgo de una importante acumulación de molinos y molederas en el sector oriental de este edificio, así como también la presencia de un notable conjunto de recipientes contenedores.

V. Pingel (2000: 95) sitúa el Horizonte IV (fases 13- 15) entre los siglos XVIII y XVI cal BC, cronología que aproximadamente comparten T. Schuhmacher (2003) y R. Risch (2002a), quienes fijan sus inicios en torno a 1750 y su final en torno a 1550 cal BC, aproximadamente. Desde el punto de vista urbanístico, este horizonte se inicia con la construcción del edificio O, una construcción de dimensiones –9,5 m por 7,4 m– similares a la del edificio H, que en estos momentos habría sido ya inutilizado. La cimentación de esta unidad constructiva se apoya en parte sobre un recorte de la roca del cerro, desde la que se alzan unos potentes muros de mampostería trabada con arcilla de alrededor de 1,4 m de anchura, que contarían con revoco exterior e interior, por cuya cara interna se adosaba un banco corrido de unos 0,80 m de ancho. De este modo, la superficie útil dentro de la estancia era de apenas 3 m por 5,3 m. Como en el caso del edificio H, también éste debió contar, al parecer, con uno o más pisos superpuestos, muy probablemente levantados con tapial y ripio, a cuya sustentación estarían destinadas tanto el pilar central como, en un momento posterior, los dos muros que se adosan perpendicularmente a los bancos interiores. La entrada conservada al edificio, de apenas 1 m de anchura, se encontraba en la pared sudoriental, si bien es posible que contara además con otra entrada directa al piso superior desde una cota más elevada, ladera arriba.

Construido y, según parece, amortizado también durante la fase 13, en torno al edificio O se organizó

toda la actividad productiva desarrollada en el sector de la cima de Fuente Álamo, llevándose a cabo en su interior no sólo actividades de almacenamiento del cereal sino también otros tipos de trabajos como la mollienda y la producción o mantenimiento de utensilios de madera (RISCH, 2002a).

Al margen de esta importante construcción, durante la fase 15, al final de este horizonte IV, se levanta el edificio R, localizado al suroeste del edificio O, con una planta aproximadamente rectangular y unas dimensiones registradas de 5 m por 4,5 m. Además, parece que se realizarían las primeras obras de acondicionamiento de la cisterna localizada en la zona meridional de la cima del poblado, con unas dimensiones más reducidas que las que alcanzaría posteriormente.

Las dataciones radiocarbónicas de Fuente Álamo para el Horizonte V (fases 16- 17) presentan serios problemas, pues algunas de sus fechas se sitúan hacia el siglo XVIII cal BC, en clara contradicción con la aparente posición estratigráfica de las muestras datadas (PINGEL, 2000: 95). Para T. Schuhmacher (2003) este horizonte debe fijarse entre 1600 y 1460 cal BC, aproximadamente, mientras que para R. Risch (2002a) el intervalo sería algo más reciente, entre 1550- 1400 cal BC.

Las dificultades para establecer los límites entre los últimos niveles argáricos y los primeros atribuidos al “post-argar” del horizonte V en el yacimiento no se restringen a las dataciones radiocarbónicas, pues como el propio V. Pingel (2000: 81) reconoce, resulta muy difícil disociarlo estratigráficamente del horizonte IV. En lo que respecta a las unidades habitacionales, las construcciones, de peor calidad en cuanto a las técnicas y materiales empleados, se caracterizan por su forma aproximadamente rectangular y uniforme, distribuidas de modo bastante regular sobre terrazas paralelas a la pendiente, y dejando aparentemente pasillos estrechos o corredores entre ellas. Aunque parece registrarse un número significativo de instrumentos de producción en la mayoría de las unidades habitacionales de esta fase, destaca en ese sentido la concentración de hasta una veintena de molinos en la habitación 1 (RISCH, 2002a). Sobre el antiguo edificio R se levanta ahora el edificio E, más o menos de las mismas dimensiones que aquél, y también muy similar a las de otro edificio localizado más al sur. De cualquier modo, la construcción más relevante de este momento es la cisterna, la cual adquiere ahora su forma definitiva y comienza también su proceso de colmatación.

Por su parte, el registro más completo del yacimiento de Gatas procede de las zonas B y C, que junto con el Sondeo 3, ha permitido un esbozo de la dinámica de la ocupación en esta zona del asentamiento a lo largo de las seis fases de ocupación definidas (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1995a). La primera de ellas, Gatas I (ca. 2850- ca. 2250 cal BC) constituye el primer asentamiento sobre el cerro, del que apenas quedan restos arquitectónicos debido a la intensa actividad construc-

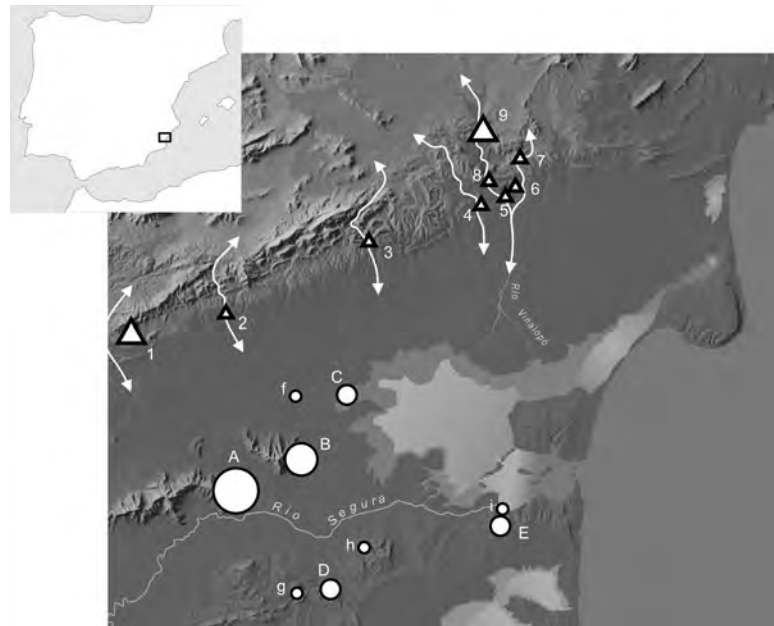


Figura III.2.4_Mapa del ámbito argárico de la Vega Baja del Segura y del Bajo Vinalopó, mostrando la zona lagunar y de marjales extendida desde la costa y la distribución de los yacimientos argáricos del valle y la costa –círculo– y los enclaves de la vertiente meridional de la serraña –triángulo– orientados al control de los accesos al territorio, con indicación de su tamaño relativo: 1.- El Morterico; 2.- Hurchillo; 3.- Pic de les Moreres; 4.- Barranco de los Arcos; 5.-Caramoro I; 6.-La Moleta; 7.- Animeta; 8.- Puntal del Búho; 9.- Tabayá; A.- San Antón; B.- Laderas del Castillo; C.- Cabezo Pardo; D.- Cabezo del Moro; E.- Cabezo Soler; f.- Cabezo del Pallarés; g.- Cabezo del Rosario; h.-Cabezo del Mojón; i.- Cabezo de las Particiones.

tiva desarrollada posteriormente durante las fase del poblado argárico. Sólo se han registrado algunos depósitos sedimentarios dispuestos sobre la roca natural.

Estructuralmente, la fase Gatas II (ca. 2250- ca. 1950 cal BC) es la que constituye el inicio de la secuencia argárica, durante la cual se organizó en esta zona del yacimiento en función de dos sistemas de aterrazamientos con los que se relacionan, al norte, una unidad habitacional construida con postes de madera y paredes de tapial, remodelada con una planta alargada, mientras que al sur se registra otra, pero de planta circular. En los estratos más profundos del Sector Oriental de la Zona C, se registraron, en niveles correspondientes a esta fase y depositados directamente sobre la roca, algunas cerámicas con decoración campaniforme.

A los últimos momentos de esta fase parece corresponder la Tumba 42, sepultura en cista con una mujer inhumada junto con un recipiente de la forma 5 y un cuchillo de metal. A esta fase corresponderían también las Tumbas 1 –cista–, 11 y 13 –covachas– excavadas por L. Siret, en función de las dataciones radiocarbónicas obtenidas (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1998a: 10).

Con la fase Gatas III (ca. 1950- ca. 1700 cal BC) se asiste a una reestructuración completa del espacio doméstico y funerario de este sector del poblado, instalándose en la terraza septentrional una unidad habitacional de planta aparentemente absidal, con la que se asocian las Tumbas 26 y 33, ambas cistas de mampostería con uno y dos individuos inhumados, respectiva-

mente, y las Tumbas 24, 28 y 32, todas ellas inhumaciones infantiles en urna. En la terraza meridional, por su parte, se registra en este momento un conjunto de hornos o estructuras de combustión y espacios de trabajo y otra unidad habitacional de planta absidal. Con este ámbito se relacionan las Tumbas 36 –inhumación infantil en urna– y 37 –cista de mampostería con dos individuos adultos–, así como la tumba 41, una cista de lajas de arenisca que contenía a un individuo adulto de sexo masculino acompañado de un puñal, una alabarda y un vaso cerámico de la forma 5.

La fase Gatas IV (ca. 1700- ca. 1500 cal BC) constituye una de las mejor documentadas en el asentamiento. En la terraza septentrional inferior se registran ahora dos unidades habitacionales, una de las cuales, la denominada “casa de las urnas” (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1998a: 16) contaba con un área destinada a la molienda que incluía un banco en forma de “L” alrededor del cual se distribuían, en el momento de su destrucción, varios molinos y molederas activos junto a un espacio de almacenaje de grano y de rocas para la producción de molinos. A esta unidad habitacional se asocian las Tumbas 20, 21, 29, 30 y 31, todas ellas inhumaciones infantiles en urna. Al noroeste se localiza el segundo espacio habitado, una vivienda construida con muros de piedra y tapial de color anaranjado en el que se registraron áreas de actividad de producción artesanal y preparación de alimentos, con la que se asocia sólo la Tumba 27, también en urna.

En la terraza intermedia se localizan en esta fase varios espacios con áreas de consumo y postes de sus-

tentación de techumbres, a los que se asocian cinco sepulturas en urna –Tumbas 19, 22, 23, 25 y 40.

Por último, en la terraza meridional se detectan varios momentos constructivos, el primero de los cuales revela la edificación de una unidad habitacional de planta rectangular en cuyo interior se construyó una gran estructura de combustión, que constituye el segundo momento de ocupación al que siguió la construcción de una serie de estancias destinadas al almacenamiento y molienda de cebada, construidas con tabiques de tapial y postes sobre zócalos de piedra. A este último momento se asocian las Tumbas 34 y 43 –urnas– y la Tumba 35 –cista conteniendo dos inhumados.

La fase concluye con claros indicios de abandono súbito de las unidades habitacionales debido a un gran incendio.

Por último, la fase Gatas IV (*ca.* 1500 cal BC- *ca.* 1300 cal BC) se caracteriza en la zona excavada por la construcción de una gran unidad arquitectónica de cerca de 15 m de longitud y unos 60 m² de superficie, en el que se definen dos espacios separados por un muro de piedra de doble paramento. El más occidental se orientó al parecer a tareas relacionadas con estructuras de combustión, mientras que en la habitación oriental se registraron áreas de actividad vinculadas con la molturación y la producción metalúrgica. No se registra ningún enterramiento en los estratos correspondientes a esta fase.

La última fase de ocupación prehistórica –Gatas VI (*ca.* 1300- 900 cal BC)– apenas posee restos arquitectónicos conservados, exceptuando una unidad habitacional de planta aproximadamente circular, hallada en la ladera sur, en la Zona A. La mayor parte de los restos localizados provienen de depósitos alterados y transportados por procesos erosivos, destacando la presencia de cerámicas acanaladas, vasijas de base plana con cordones y algunos fragmentos de cerámica a torno.

En los últimos años, la investigación llevada a cabo en las cuencas del Segura y del Guadalentín, y especialmente en el propio casco urbano de Lorca y su área rural periférica, ha permitido mejorar sustancialmente la información hasta ese momento disponible en la zona, que básicamente procedía de las antiguas intervenciones de J. Martínez- Santa Olalla y el Seminario de Historia Primitiva en la Bastida de Totana (MARTÍNEZ SANTA- OLALLA *et al.*, 1947) y de las de E. García Sandoval (1964) en Puntarrón Chico.

A tenor de la dispersión que muestran los hallazgos efectuados en distintos puntos del casco urbano (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2002a), con toda probabilidad el poblado argárico de Lorca, que podría haber tenido más de 10 Ha de extensión, constituyó el enclave principal de toda el área. Desafortunadamente, el hecho de que se encuentre actualmente sepultado y afectado por la intensa actividad constructiva que ha tenido lugar en este punto durante cerca de cuatro mil

años, prácticamente de forma ininterrumpida, condiciona y dificulta el seguimiento y ordenación de la información registrada.

Las excavaciones, sin embargo, acreditan la continuación del poblamiento en la ladera meridional de la Sierra del Caño al menos desde el IV milenio cal BC, y en algunos puntos se constata muy claramente la superposición de los estratos de ocupación argáricos a los niveles en los que se registran las últimas viviendas con ajuares característicos del campaniforme. Este es el caso, por ejemplo, del solar excavado en la Plaza de Juan Moreno, confluencia con la calle de Los Tintes (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2002b), en la que los niveles argáricos se superponen a dos niveles inferiores de los que carecemos de fechas radiocarbónicas. En ellos se documentan restos constructivos de lo que parecen ser viviendas de planta con tendencia circular, provistas de pavimentos. En varias de ellas se documentan restos relacionados con la producción metalúrgica, en forma de escorias. En la vivienda mejor documentada se registran dos tramos de muro, de 0,70 m y 0,50 m de anchura respectivamente, en cuyo interior se localizaron abundantes fragmentos de cerámica, un hogar y restos de fundición. En el más moderno de los dos niveles han aparecido restos de recipientes con decoración campaniforme.

La intensa actividad constructiva desarrollada en épocas posteriores ha afectado considerablemente los estratos argáricos superpuestos, pero la datación OxA 7668, obtenida a partir de los restos óseos humanos de la tumba 2, una inhumación doble en fosa, fija una fecha de 2139- 2026 cal BC (1 σ) para el enterramiento y posiblemente también para la fase más antigua de la ocupación argárica.

Uno de los puntos de los que se cuenta con una información más completa es el registrado bajo el solar del convento de las Madres Mercedarias. Aquí, como en otros lugares, el yacimiento se encuentra muy afectado por las actuaciones posteriores, en especial la excavación de una cripta a mediados del siglo XVIII, lo que afectó de forma notable a la conservación de los estratos y estructuras del asentamiento prehistórico.

La anchura de varios de los tramos de muro registrados y su disposición hacen pensar que en el área excavada se situaba un amplio muro de aterramiento, tal vez con funciones defensivas. De los dos sectores en que se dividió el área excavada sólo del sector oriental se cuenta con un registro relativamente abundante del asentamiento argárico.

Muy alterados por los niveles posteriores, del asentamiento previo sólo se ha conservado parte de una vivienda, al parecer de forma oval, en la que se registró un hogar compuesto por cantos calcinados, alrededor del cual aparecieron semillas que proporcionaron la fecha IRPA-1210, que fija el intervalo a 1 sigma de 2341-2207 cal BC para la destrucción de la unidad habitacional.

En los niveles superpuestos se registran dos unidades habitacionales, ambas de planta aparentemen-

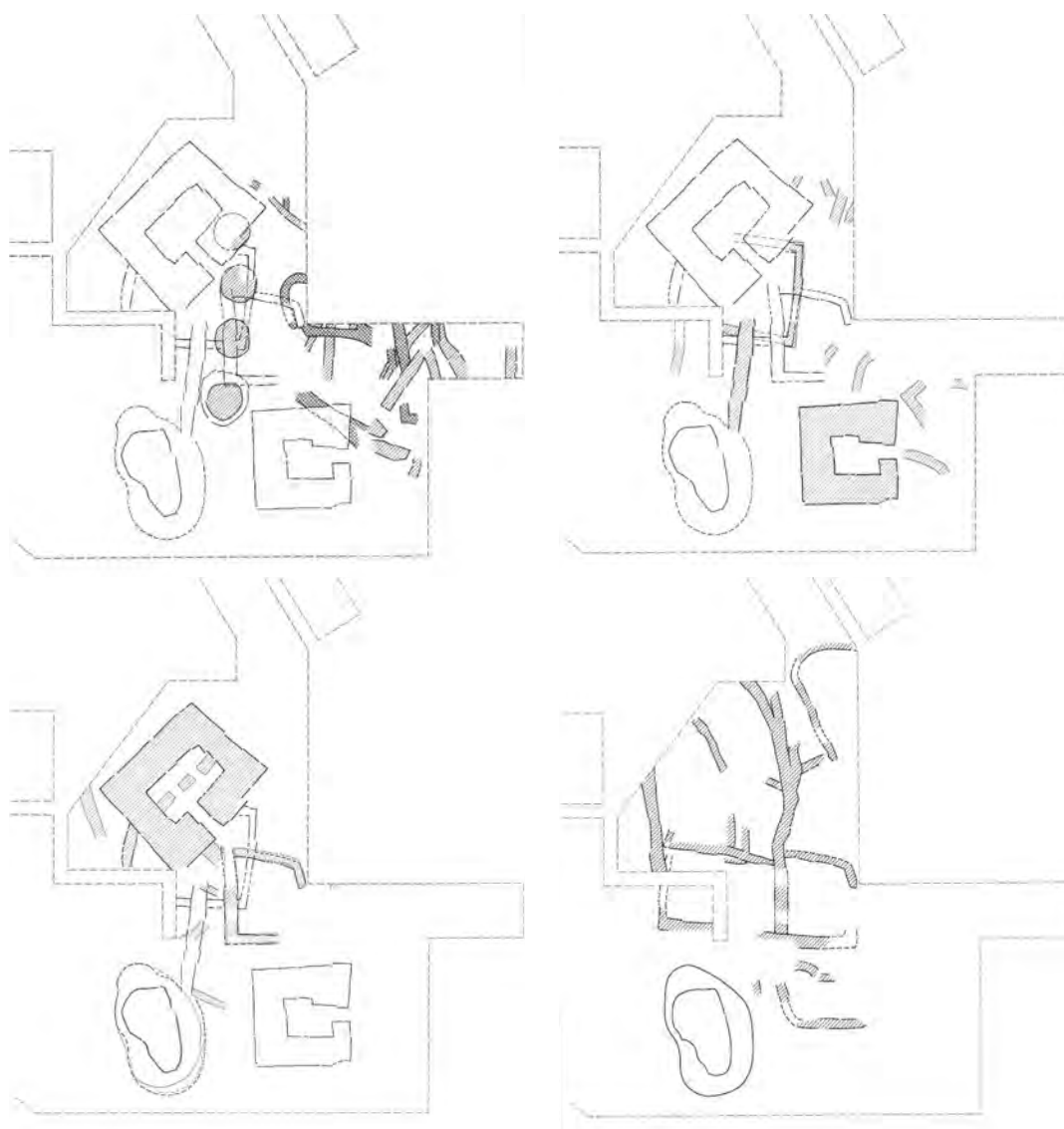


Figura III.2.5_Planta de las estructuras correspondientes a los Horizontes I-II, III, IV y V de Fuente Álamo (SCHUBART, PINGEL y ARTEAGA, 2000).

te rectangular. La más antigua presenta un banco de mampostería adosado a la pared septentrional, la de mayor anchura –1,20 m– sobre el que se localizaron dos molinos. Junto a éste apareció también una vasija de almacenamiento a la que le faltaba la base. El pavimento de la vivienda aparece roto por la fosa del enterramiento 11, una cista de mampostería con una inhumación doble que ha proporcionado las fechas OxA-7671 y 7672 y que fijan la fecha del enterramiento en el intervalo 1875- 1745 cal BC (1 σ).

Sobre los restos de esta primera unidad habitacional se levanta en un segundo momento otra vivienda, de la que se ha documentado sólo el extremo sudoriental. Sus paredes son de mampuesto trabado con arcilla anaranjada. El muro oriental, de algo menos de 0,50 m de anchura, presenta embutidos varios postes carbonizados. Los derrumbios de este muro y probablemente de la techumbre, aparecían caídos sobre el pavimento

de la habitación, sobre el que se registró una estera de esparto y lo que se interpreta como una vasija-horno. Sobre este pavimento debían estar también almacenados los granos de cebada localizados en el interior de las fosas de los enterramientos 4 y 18, que rompen la estratigrafía de la zona. De uno de los troncos carbonizados de este derrumbe procede la fecha IRPA-1209, que fija aproximadamente la construcción de la vivienda entre 2123 y 1973 cal BC.

Al oeste de esta última unidad habitacional se localiza otra estructura, de planta circular, interpretada como un área de almacenamiento, levantada con tapial de color anaranjado sobre un zócalo de mampostería, bajo cuyo pavimento se localizan varios recipientes cerámicos y un conjunto de 15 láminas de sílex, entre una gran concentración de cenizas y carbones.

Los estratos registrados sobre los derrumbes de las dos viviendas aparecen afectados por las fosas de va-

rios enterramientos practicados con posterioridad a su destrucción, todos ellos en urnas –tumbas 5,6,7,10 y 19– dobles urnas –tumbas 3, 4 y 18– y sólo uno en fosa –tumba 20. Rompiendo la parte superior de la fosa del enterramiento 4 se dispone un pavimento de tierra apisonada asociado a un muro de mampostería que constituyen los únicos restos de viviendas documentados en esta fase en el yacimiento. Por la datación obtenida, también correspondería a un momento temprano de esta fase el enterramiento 11.

Los únicos restos asociados a materiales característicos del denominado “Bronce Tardío” son los paramentos de una gruesa construcción de mampostería emplazada en posición similar y con semejante orientación a la muralla islámica posterior, que rodeaba la medina de Lorca, motivo por el que se ha interpretado como posibles restos de la muralla defensiva del asentamiento (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2002a). En las últimas fechas, sin embargo, se ha registrado en el vecino emplazamiento de Murviedro, al oeste del Cerro del Castillo, el emplazamiento más importante de esta última etapa. De las excavaciones realizadas apenas se han publicado unas breves reseñas (PUJANTE MARTÍNEZ *et al.*, 2003) que no permiten todavía realizar valoraciones ajustadas de la importancia y características del enclave.

Pero sin duda, son los datos referentes a los asentamientos en llanura o piedemonte los que confieren la mayor singularidad al ámbito argárico del Guadalentín. Aunque son varios los que se han registrado en prospecciones superficiales, la información esencial acerca de su organización y secuencia cronológica proviene de dos enclaves excavados, el Rincón de Almendricos y Los Cipreses, ambos en Lorca.

Los primeros trabajos en el Rincón de Almendricos se remontan a finales de los setenta, al darse noticia de la aparición de una serie de sepulturas argáricas destruidas por unos trabajos agrícolas. Desde esas fechas hasta mediados de los años ochenta se sucedieron una serie de campañas de excavación, dirigidas por M. M. Ayala (1991), en las que se puso al descubierto una extensa área habitada en la que se distribuían, dispersas por el terreno, varias viviendas y un nutrido conjunto de sepulturas que ocupaban la suave pendiente de una colina próxima a un ramblizo.

Debido a las condiciones de conservación que presenta el enclave, la mayoría de las unidades habitacionales no ha permitido una documentación completa de sus áreas de actividad y del mobiliario interior. Las mejor registradas son las viviendas A, B, X y, especialmente, el conjunto formado por las casas Y y Z. Las dos primeras, orientadas en sentido este- oeste, son de planta rectangular. De la unidad habitacional A sólo se conservaba completa su parte occidental, al parecer destinada a almacenaje, con varios recipientes destruidos y una estructura de barro anillada empleada para la fijación al suelo de otro recipiente. El área contaba además con un banco adosado al muro. También con

un banco corrido pegado al muro septentrional, el área conservada de la casa B, situada al sur de la anterior y también de planta rectangular, contaba así mismo con un hogar de aproximadamente 0,5 m de diámetro. Por su parte, en la casa X se registró un vasar integrado en un banco de mampostería, sobre el que se localizó un abundante repertorio de recipientes cerámicos.

Sin embargo, la información más completa acerca de la organización de las áreas de actividad y la distribución de los espacios al interior de estas viviendas procede, como ya indicábamos, de las casas Y y Z. Cada una de ellas se encuentra subdividida en tres y dos compartimentos respectivamente, y comparten un tabique que las separa en sentido noroeste- sureste. La unidad habitacional Y cuenta con un primer espacio con un banco adosado a la pared, que da acceso a una habitación central de unos 9 m² de superficie con un hogar emplazado en el suelo, de unos 0,9 m de diámetro. Desde ésta se accede a una tercera estancia separada por un pequeño tabique de apenas 0,30 m de anchura. La casa Z, por su parte, presenta una primera habitación de unos 17 m² de superficie en cuya pared oriental se dispone adosada una estructura de mampostería en la que se localizaron gran número de envases cerámicos. El pavimento presentaba, además, un ligero hundimiento en la zona central, con un pequeño hogar con piedras en su interior a manera de trébede, y unas oquedades en su parte más oriental, donde se localizaron gran número de pesas de telar de barro, de forma circular, dotadas de cuatro perforaciones. También pegada a la cara sur del muro medianero que la separa de la habitación septentrional, hallamos un banco corrido. Al igual que en las casas A y B, la segunda estancia debió emplearse, a juicio de su excavadora, como almacén a tenor del gran número de recipientes localizado en su interior. Sin embargo, también allí se encontraba un área de molienda, en función del hallazgo de un gran molino en la esquina suroccidental de la habitación.

Diseminadas y sin relación estratigráfica evidente con las unidades habitacionales se registraron además dieciséis sepulturas realizadas en cistas y urnas de cerámica. La mayoría de las primeras contaba con ajuares cerámicos y/o metálicos, destacando en ese sentido la tumba 1, con un inhumado que se acompañaba de alabarda, espada y un vaso de la forma 6 de Siret.

La única datación radiocarbónica del yacimiento –UGRA- 146– es la que se tomó del interior de un hogar sin relación estratigráfica clara con la vivienda D, y que sitúa cronológicamente su uso en torno a 2050 cal BC.

El yacimiento de Los Cipreses es otro de los poblados de llanura o piedemonte mejor conocidos de la zona de Lorca, localizado durante unos trabajos de explanación y acondicionamiento de un solar destinado a la ampliación del Polideportivo Municipal de la ciudad. Durante esos trabajos, y con anterioridad a la excavación arqueológica, se abrió en el terreno una

zanja de 3 m de anchura y más de 100 m de longitud, que ocasionó graves pérdidas en el registro estratigráfico del emplazamiento.

Según puede inferirse del radio de distribución superficial de los restos cerámicos, el asentamiento puede tener una extensión cercana a las 2 Ha, si bien la información obtenida en la excavación apenas corresponde a una pequeñísima parte de esta superficie. En los ocho cortes abiertos de los que existe información publicada se han localizado restos de cuatro unidades habitacionales, siendo las viviendas 1 y 2 las mejor registradas. Todas, en cualquier caso, parecen seguir el mismo patrón de distribución diseminada que se pudo registrar en el emplazamiento del Rincón de Almendricos, aunque por razones de su pésima conservación apenas ha sido posible aquí obtener una documentación equivalente.

Las viviendas de Los Cipreses presentan una planta con cierta tendencia oval con un lado corto absidal, que al menos en los casos de las unidades 1 y 2 ofrecen por lo menos dos fases constructivas. Las paredes cuentan con zócalos de mampostería y alzados de tapial, revocadas periódicamente con recubrimientos de color rojo. En algunas viviendas, como en la unidad 4, el pavimento se instaló tras rebajar parcialmente el nivel geológico. En ésta y en la unidad 3 se han podido documentar los suelos, formados por tierra muy decantada de tonalidades amarillentas y anaranjadas. Las áreas de actividad mejor documentadas aparecen, sin embargo, al exterior de las viviendas, y especialmente en el entorno de las unidades 1 y 2. En ese espacio se registran varias zonas dedicadas a la producción y almacenamiento y también áreas relacionadas con el consumo de bienes subsistenciales.

En el espacio comprendido entre las unidades 1 y 2 se registra también la mayor concentración de sepulturas, entre las que sobresale la tumba 3, con un inhumado de sexo masculino enterrado con una alabarda, dos cuchillos y varios recipientes cerámicos, entre ellos una vasija de la forma 6, y que la fecha UtC-2738 permite situar en el intervalo 1950- 1695 cal BC (1σ) a partir de una muestra de la madera del mango de la alabarda. Una fecha similar –si acaso, un tanto más antigua [IRPA-1018: 2008- 1780 cal BC (1σ)]– se obtuvo del interior de una bolsada de cenizas y carbones, parcialmente seccionada por la zanja efectuada antes de comenzar los trabajos arqueológicos, que estratigráficamente se sitúa bajo los derrumbes de una estructura levantada al exterior de la unidad 2, y que permitiría fijar también ese mismo intervalo cronológico para la tumba 5, una cista de mampostería que contenía el esqueleto de un niño carente de ajuar. Por último, de un hogar de forma circular excavado en el suelo y emplazado al norte de la unidad habitacional 1, se obtuvo la fecha UtC-7937, que permitiría, en principio, fijar el uso de mismo entre 1878 y 1769 cal BC (1σ).

De otros yacimientos argáricos excavados recientemente en el área del Guadalentín no estamos toda-

vía tan bien informados. Del yacimiento del Barranco de la Viuda sólo se han publicado, por el momento, los datos relativos a la primera fase de la actuación de urgencia acometida (MARTÍNEZ SÁNCHEZ, 2004), de modo que no es posible valorar la dinámica interna del asentamiento ni las estructuras de las unidades habitacionales afloradas. Superficialmente, al menos, se ha podido determinar la extensión media del poblado –unas 2,2 Ha– en base a la dispersión del material arqueológico registrado y la delimitación de una supuesta estructura defensiva, dotada de bastiones en su cara externa.

Por sus características, sin embargo, se puede suponer su semejanza con el yacimiento del Cerro de las Viñas de Coy, del que disponemos de más información gracias a las actuaciones arqueológicas llevadas a cabo en el yacimiento por M^a. M. Ayala (1991). El poblado, cuyos restos se encuentran bastante alterados por las remociones incontroladas y por las construcciones medievales realizadas en la cima del cabezo, se organiza al parecer en torno a una gran muralla de unos 125 m de longitud conservada, dispuesta en la ladera septentrional en sentido aproximadamente este- oeste y dotada de bastiones. Al interior del recinto que conforma esta estructura, de unas 0,2 Ha, se registra una serie de viviendas de planta rectangular adosadas al paramento interior de la muralla antes mencionada. En relación con ellas se han registrado varias sepulturas practicadas tanto en fosa como en urnas de cerámica.

Los últimos datos referidos a los yacimientos argáricos del Segura proceden, paradójicamente, de asentamientos localizados en su cabecera, como el Cerro de las Víboras de Bajil, y de su cauce medio, en donde se encuentran los poblados de Santa Catalina del Monte, en Verdolay (RUIZ SANZ, 1998) y la Cuesta de San Cayetano, en Monteagudo (MEDINA RUIZ, 2004).

Aunque ya conocido de antiguo, del yacimiento de Verdolay apenas contamos con información referente a una vivienda registrada en la Fase IV, aparentemente con cabecera de forma absidal, que la excavadora atribuye a un momento inicial de la secuencia argárica del poblado. La vivienda cuenta con un calzo de poste adosado a la cara externa del muro, y la única área de actividad localizada en relación con ella es un hogar situado también al exterior de la misma. En cualquier caso, lo más relevante de la estratigrafía del yacimiento es la superposición de los niveles argáricos a una fase inicial con unidades habitacionales de planta con tendencia circular y postes embutidos en zócalos de mampostería, con la que se asocian fuentes de borde engrosado, cerámicas decoradas con almagras y fragmentos de cerámica campaniforme.

Este es también el caso del Cerro de las Víboras de Bagil (EIROA GARCÍA, 1995b; 1996; 1998). De acuerdo con la información disponible, los niveles argáricos del poblado –niveles A1 y A2– se superponen a unos niveles fundacionales –niveles B1- B4– en los que se registran viviendas de planta circular con paredes con

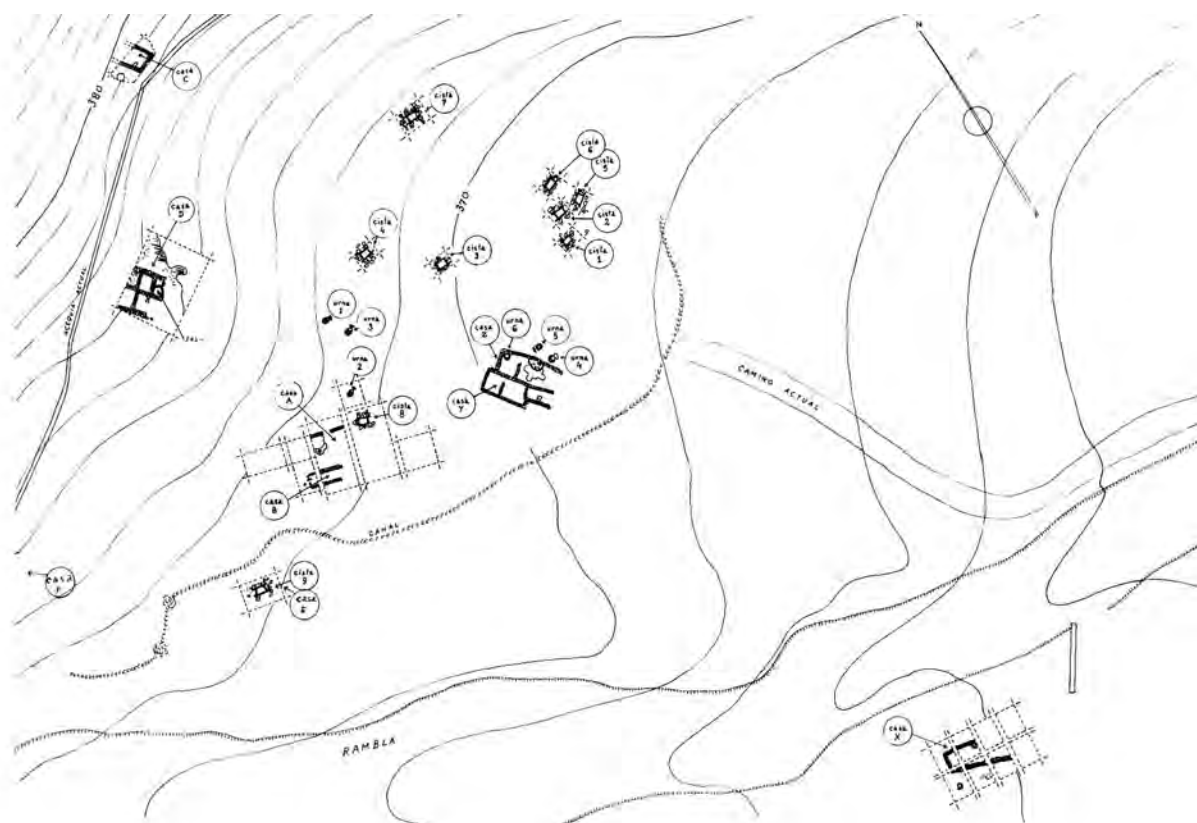


Figura III.2.6_Planta del yacimiento del Rincón de Almendricos, en Lorca (AYALA JUAN, 1991).

zócalos de mampostería, las cuales se suponen contemporáneas a la necrópolis megalítica instalada en sus inmediaciones. En los niveles superiores del paquete B –así como también en el nivel A2– se han registrado cerámicas con decoración campaniforme, así como algún elemento característico de mediados del II milenio cal BC, como botones de perforación en V. Cortando en algún caso estas estructuras se encuentran varias unidades habitacionales correspondientes a los niveles superiores, en los que se ha registrado una decena de sepulturas asociadas a diversas unidades habitacionales.

Entre ellas destaca el edificio A, una unidad habitacional que por sus dimensiones –10 m de largo por 8 m de ancho, aproximadamente– y espesor de los muros –en torno a 0,85 m– recuerda mucho a algunos de los edificios más emblemáticos de los Horizontes III y IV de Fuente Álamo. A ello contribuye, además, el contenido registrado bajo el importante paquete de derrumbe que cubría el pavimento, donde se hallaban diversas vasijas de almacenamiento, dispuestas sobre soportes de mampostería, que contenían semillas de diversos tipos, así como un gran número de vasijas cerámicas de diversos tamaños, dientes de hoz y armaduras de flecha de sílex, varios mazos y hachas de piedra pulimentada. La datación I-17131, obtenida de una muestra de las semillas carbonizadas pertenecientes a este nivel, fija el momento de su destrucción en

el intervalo 1748- 1512 cal BC (1 σ). Relacionadas directamente con este edificio se registraron dos sepulturas, las tumbas 1 –una cista de lajas con un inhumado juvenil acompañado de un cuenco– y 3 –de un individuo adulto acompañado de puñal y pulsera de plata– ésta última atribuida por su excavador a los últimos momentos de ocupación del edificio A. Adosado a la fachada septentrional se encuentra también una estructura de forma circular que se ha interpretado como un posible torreón –edificio E–, mientras que en los cortes abiertos más al sur se registran otras viviendas de las que contamos con información mucho menos precisa.

2.1.2. Los grupos arqueológicos de la periferia septentrional argárica

Fuera del área reconocida como argárica, en el marco geográfico delimitado y en el lapso temporal que aquí nos ocupa, posiblemente sean las cuencas del Medio y Alto Vinalopó y las del Alfambra y del Alto Túria y Alto Mijares los ámbitos que nos permiten por ahora una mejor lectura diacrónica del proceso histórico en base a la cantidad y calidad de la información disponible, referida no sólo al territorio sino también a las características, cronología y evolución de los asentamientos. En función de los datos generales obtenidos en estas zonas se hará posible plantear, a grandes

rasgos, proposiciones teóricas referentes al desarrollo paralelo del proceso en otras áreas en las que el volumen de información publicada es menor, o de los que contamos con información insuficiente para contrastar con garantías los datos acerca de las características de las unidades habitacionales y sus áreas de actividad o la secuencia temporal subyacente a los patrones de ocupación que se advierten a escala regional, como es el caso de la Llanura Litoral o el área oriental de La Mancha.

Posiblemente sea el Vinalopó, y especialmente la cubeta de Villena, uno de los ámbitos de mayor relevancia para este propósito, fundamentalmente gracias al arduo trabajo de prospección que llevara a cabo J. M. Soler García en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado y a la intensa labor de investigación que desde 1987 se viene realizando en el Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1987; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a; 2001;

2009b) y a las intervenciones realizadas en otros yacimientos como Barranco Tuerto (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1999; 2005) y, especialmente, Terlinques (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004; 2009). A ello se suman otros dos yacimientos excavados en la cuenca del Medio Vinalopó, como son La Horna (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994) y Lloma Redona (NAVARRO MEDEROS, 1986), de los que al menos el primero ha sido ya publicado en detalle.

Enmarcada por una serie de serranías de diferente entidad, la cubeta de Villena se caracterizó en su día por la importante red de áreas lagunares que, alimentadas principalmente por aportes freáticos, se distribuían de norte a sur por prácticamente todo su territorio, siendo la Laguna de Villena la más importante de ellas, pero no la única (BOX AMORÓS, 1987; FERRER GARCÍA y FUMANAL GARCÍA, 1997). Alrededor de estos humedales relictos, o dispuestos sobre las estribacio-

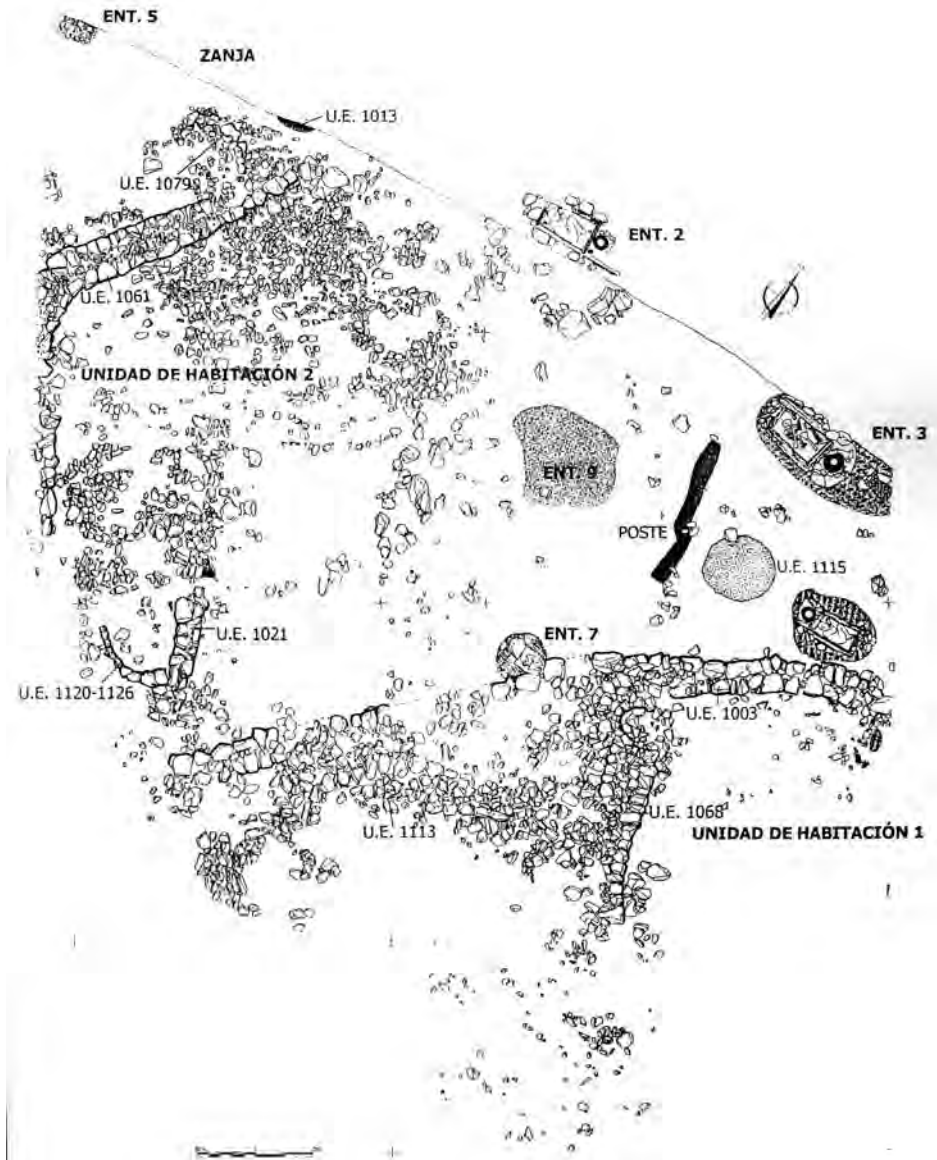


Figura III.2.7_Planta parcial del yacimiento de Los Cipreses, en Lorca (MARTÍNEZ, PONCE y AYALA, 1999).

nes montañosas que bordean la cubeta, se contabilizan más de medio centenar de yacimientos adscritos a la Edad del Bronce (JOVER, LÓPEZ y LÓPEZ, 1995; JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1999), los cuales se suman a los referenciados por M. L. Pérez Amorós (1997) en las áreas adyacentes de Caudete y a los hallados durante las prospecciones realizadas en la Vall d'Albaida y Ontinyent (RIBERA GÓMEZ y PASCUAL BENEYTO, 1994; 1995; 1997) y en el Corredor de Beneixama (ESQUEMBRE BEBIA, 1995; 1997). En total, un territorio superior a los 500 km² de extensión.

A primera vista, su distribución sobre el territorio ofrece los rasgos de un patrón aleatorio, sin ningún tipo de correlación lógica entre los asentamientos. Sin embargo, ponderando un primer factor como el tamaño relativo de la superficie del área observable con relleno arqueológico, quedó señalada en el mapa una serie más restringida de asentamientos, en los que la superficie estimada de dicha área sobrepasaba con claridad los 1000 m² de extensión. De entre el resto, añadido un nuevo factor como era la altitud sobre el fondo del valle, se diferenció a su vez otro rango de asentamientos caracterizados por su escaso tamaño, su gran altitud y su amplia visibilidad. Tomando como referencia los yacimientos del primer grupo —es decir, los de mayor tamaño estimado (1.200 a 3.000 m²)— el establecimiento de los llamados polígonos de Thyessen y el análisis del vecino más próximo —corregido hasta el tercer vecino—, permitía ahora dibujar un patrón de asentamiento con un carácter claramente uniforme a partir del cual podían establecerse unas áreas de captación aproximadas de en torno a unos 6 ó 7 km de diámetro para cada uno de los enclaves. La aplicación de esta trama sobre un mapa de calidad de suelos revelaba, por otro lado, que la distribución ordenada de los yacimientos sobre la cubeta y los valles vecinos hacía que las áreas de captación definidas no fueran uniformes en cuanto al rendimiento potencial de las tierras situadas dentro de ellas, aunque probablemente serían suficientes, en todos los casos, para el desarrollo de unas prácticas agropecuarias con las que únicamente se buscara cubrir las necesidades subsistenciales.

El análisis territorial de la Cubeta de Villena señalaba, pues, para la etapa comprendida entre *ca.* 2200 y *ca.* 1500 cal BC, un patrón de asentamiento uniforme no jerarquizado referido a los yacimientos de mayor tamaño y un patrón tendente al agrupamiento de los yacimientos más pequeños en torno a aquéllos. Sin embargo, la ausencia de excavaciones, estratigrafías y dataciones radiocarbónicas impedía proponer un modelo de conformación histórica del patrón de ocupación observado.

Ante la imposibilidad de llevar a cabo excavaciones arqueológicas en todos los yacimientos de la cubeta, se planteó la intervención en un yacimiento perteneciente a cada uno de los tres grupos definidos a partir del análisis territorial (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1999), comenzando por uno de los asenta-

mientos de menor tamaño emplazados sobre alturas destacadas con respecto al fondo del valle. De entre todos ellos, se eligió Barranco Tuerto, yacimiento ubicado sobre un espolón rocoso en la vertiente meridional de la Sierra de la Villa, desde el que se domina ampliamente el área que pone en contacto el valle de Biar con la Cubeta de Villena.

El yacimiento, una vez realizados los trabajos, reveló una exigua estratigrafía que no obstante permitió la conservación de un considerable número de estructuras murarias, entre las que cabe destacar las primeras hiladas de unos gruesos muros perimetrales en cuyo interior se identificaron con claridad dos departamentos así como la existencia de al menos dos fases constructivas. Ello era especialmente evidente en el vano de acceso al interior del Ambiente 1, cegado con un nuevo muro tras el incendio que destruyó el poblado. La fundación del asentamiento se fechó a partir de una muestra de carbón —*Pinus halepensis*— perteneciente a parte de la cubierta, en el intervalo 1920– 1759 cal BC (1 σ).

En cuanto a los materiales arqueológicos aparecidos, se constató la presencia de vasos de pequeño y mediano tamaño con un abrumador dominio de las formas esféricas y una relativamente numerosa representación de bordes vueltos, además de un vaso geminado. En el interior del Ambiente 1, por otra parte, y bajo los niveles del derrumbe provocado por el incendio y destrucción de la primera fase del poblado, se documentó dos pesas de telar de cuatro perforaciones así como una porción de punta de flecha o cuchillo metálico y un fragmento de una pequeña azuela de diabasa. No se registraron dientes de hoz de sílex, así como tampoco molinos activos, destacando el pequeño tamaño de los encontrados, reutilizados como mampostería (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2005).

A diferencia de Barranco Tuerto, el yacimiento de Terlinques se sitúa no en un entorno serrano sino sobre un cerro destacado al sur de la antigua Laguna de Villena, constituyendo además uno de los asentamientos de mayor tamaño. Sobre su cima se pudo distinguir en su día un área de relleno arqueológico de una superficie cercana a los 1300 m² que ocupaba toda la cima y aproximadamente el tercio superior de sus laderas. A finales de los años sesenta se llevaron a cabo las primeras excavaciones (SOLER GARCÍA y FERNÁNDEZ MOSCOSO, 1970) que proporcionaron una de las primeras dataciones radiocarbónicas para la zona, que se remontaba al intervalo 2430 – 2065 cal BC (1 σ), lo que durante mucho tiempo, y a tenor de los materiales conocidos, situó a Terlinques como uno de los yacimientos característicos del Bronce Antiguo.

En la actualidad se ha excavado una superficie cercana a los 500 m² en la que se ha podido registrar un amplio número de estructuras así como una completa estratigrafía que, al contrario de lo que se suponía tradicionalmente, presenta una compleja secuencia de ocupación en la que desde la roca hasta el estrato su-

perforada, se han podido distinguir por el momento tres fases diferentes de construcción. Estas tres fases se reflejan de modo bastante claro en la disposición de las estructuras murarias registradas, las cuales podemos en principio correlacionar estratigráficamente con las dataciones radiocarbónicas obtenidas de muestras documentadas sobre los pavimentos a los que se asocian.

Por el momento, la fase más antigua –Fase I– presenta una única unidad habitacional, que destaca claramente por sus dimensiones, tan grandes que todavía no se ha podido establecer su límite oriental. En función de las fechas que han proporcionado sus materiales constructivos –troncos de pino de la techumbre o de la vigería y de una estructura de madera y barro empleada como alacena, y también un hueso incluido en la preparación del pavimento– y las semillas que se encontraban almacenadas en el momento de su destrucción, esta unidad habitacional se sitúa cronológicamente entre *ca.* 2100 y *ca.* 1900 cal BC. En el interior de esta gran habitación se articulan una serie de espacios organizados en torno a diversas estructuras, alrededor de las cuales se desarrollaban diferentes actividades de carácter doméstico. Entre estas estructuras hallamos un pequeño banco realizado emplazado longitudinalmente; una serie de calzados de poste situados a lo largo del muro meridional y sobre el eje longitudinal central de la casa; un tabique de troncos con un manteado de yesos; un hogar de forma oval formado por un anillo realizado de arcilla y piedras y finalmente, un banco encima del que se sitúa un molino de grandes dimensiones con el elemento móvil aún intacto sobre él.

Mediante el análisis y estudio de la dispersión de los carbones, pudimos apreciar claramente la estructura de la techumbre y el entramado de ramas de pino carrasco que la integraba. Además de éstas, sobre el pavimento de la casa ardieron otros elementos de madera con señales de manipulación antrópica, tales como un conjunto de palos de taray y de acebuche afilados mediante cortes limpios en su extremo distal (MACHADO, JOVER Y LÓPEZ, 2004).

En cuanto al material cerámico, éste se halla en abundancia fragmentado sobre el pavimento. A un extremo y otro del banco corrido hallamos grandes vasijas de almacenamiento conteniendo cereales carbonizados. En algún caso, alguno de estos vasos presenta cuerdas de esparto rodeando el cuello de la vasija. En conjunto, la tabla tipológica que obtenemos para este primer momento de ocupación ofrece por ahora un claro predominio de las formas esféricas y elipsoides en todas sus variantes.

Por lo que respecta al resto de productos, resulta destacable el hallazgo de un lingote de metal así como de un cuchillo, que probablemente se hallaban colgados o puestos sobre lejas de madera en el tabique de postes. En disposición similar debía encontrarse un saco de esparto lleno de cereales que apareció volcado, cubriendo la tapa circular que debía cerrarlo. En su

interior, junto con el grano, aparecieron unas bobinas de hilo cuyo análisis posterior reveló que se habían fabricado con junco (JOVER MAESTRE *et al.*, 2001). En este sector se documentó también un conjunto de dientes de hoz que probablemente formaban parte de dos hoces que en el momento del incendio debían estar allí depositadas. En el mismo lugar aparecieron calcinadas varias vértebras de ovicaprino en posición anatómica, al igual que la parte distal de una tibia, el astrágalo y un metapodio de bovino, partes que es posible que pertenecieran a porciones de carne secada o simplemente dispuesta para ser consumida.

Al extremo occidental del banco adosado, una estructura servía de apoyo para la base de un molino que conservaba la parte móvil in situ. Alrededor de éste, se documentó la presencia de más de una decena de molinos, desperdigados sobre el pavimento, de los que sin embargo sólo uno parece que estaba listo para ser utilizado en el momento del incendio.

Tal cantidad de elementos de molturación no es de extrañar considerando el volumen de cereal carbonizado aparecido en el interior de esta habitación. El estudio carpológico (PRECIOSO ARÉVALO Y RIVERA NÚÑEZ, 1999) ha revelado que la inmensa mayoría del grano recuperado pertenece a trigo desnudo –*triticum aestivum-durum; compactum; diccicum*–, hallándose también una saca llena mayoritariamente de cebada. La presencia de malas hierbas características de zonas de humedal entre los granos de cereal almacenado nos indica que éste había sido probablemente cultivado en las proximidades de las zonas lagunares, siendo trillado pero no cribado. Parte del cereal contenido en uno de los sacos proporcionó dos muestras para ^{14}C que arrojaron una fecha de 1975- 1885 cal BC (1σ) para la destrucción de la Unidad Habitacional nº 1.

Finalmente, almacenado también en sacos de esparto, se conservaron lotes de excrementos de ovicaprino tanto en la zona de almacenaje situada junto al tabique de madera como en el interior del hogar, sin duda en este último caso colocado allí para hacer uso de él como combustible.

En fin, lo que puede deducirse del registro arqueológico proporcionado por esta unidad habitacional es que se trataba de un amplio espacio cubierto en cuyo interior se realizaron actividades tanto de almacenamiento como de transformación y consumo de cereales, así como otras actividades de producción.

Tras el incendio que destruyó esta gran vivienda, se construyeron nuevas unidades habitacionales –Fase II– que aparentemente repiten las características de las habitaciones de la fase anterior, si bien el registro artefactual que se documenta sobre los pavimentos conservados en el momento de su destrucción resulta en general diferente, no constatándose ya en ellas acumulaciones de cereal ni tampoco gran número de recipientes de gran tamaño. A pesar de que se trata de la fase peor conservada en la estratigrafía, los datos permiten inferir la existencia de unidades habitacio-

nales un tanto más reducidas de tamaño pero en cualquier caso, aún de dimensiones considerables. Las fechas obtenidas de un larguero de techumbre y las de un fragmento de esparto perteneciente a una estera o capacho, proporcionan unas fechas aproximadas de *ca.* 1850 cal BC y *ca.* 1750 cal BC para el inicio y final, respectivamente, de esta fase.

Con la destrucción de estas viviendas asistimos a la transformación radical de la trama urbanística del poblado, organizada ahora en torno a una calle o corredor central que da acceso a los distintos departamentos que se extienden a lo largo de ella. En un punto determinado de su trazado, un marcado estrechamiento en el que se aprecian huellas de cuatro calzos de poste sobre la roca, equidistantes unos de otros, parece marcar en este punto el acceso al poblado por el lado oriental. Atravesado éste, al norte se disponen una serie de talleres y áreas de almacenamiento, en los que se concentran gran cantidad de instrumentos líticos y prácticamente la totalidad de los grandes recipientes de almacenamiento registrados en esta fase en todo el poblado. Junto a ellos se documenta una concentración inusual de molinos y molederas, fundamentalmente en la unidad habitacional 12, donde aparecieron en número cercano a la veintena.

Por el contrario, al sur de la calle se abren los vanos de entrada a una serie de unidades habitacionales de tamaño más o menos equivalente, que se diferencian netamente de las viviendas de las fases anteriores tanto en proporciones como en las características del registro artefactual contenido en ellas. Las casas se caracterizan ahora por la presencia de pavimentos en los que frecuentemente se practican pequeñas fosas circulares amortizadas posteriormente y rellenadas con tierra y piedras y sobre los que hallamos escaso material arqueológico. El mobiliario interior resulta también diferente, no sólo con respecto a las estructuras domésticas registradas en fases anteriores sino también entre las propias unidades habitacionales de estos momentos. Destaca sin duda la presencia de una gran fosa, revestida de una gruesa capa de arcillas impermeabilizantes, que sin duda alguna sirvió como contenedor de líquido, por lo que se ha considerado como una pequeña cisterna para almacenar agua, emplazada en el interior de la unidad habitacional 5.

Dejando aparte su escasez relativa en comparación con el registro de la unidad habitacional 1, por el momento el material cerámico de los estratos correspondientes a las fases II y III del asentamiento apenas ofrecen diferencias con el registrado en la fase I, lo que no obstante sí ocurre en los estratos más recientes, correspondientes a la disolución de las estructuras de la fase III, en donde se ha observado la presencia de algunos pocos productos que parecen ofrecer una cronología relativa muy próxima ya al llamado “Bronce Tardío” del Sudeste.

En suma, los resultados de los trabajos llevados a cabo hasta el momento tanto en Barranco Tuerto como

en Terlinques han puesto de manifiesto, en primer lugar, que las secuencias de ocupación de los asentamientos parecen ser bastante prolongadas en el tiempo y que —al menos en los casos comprobados de estos dos yacimientos— no existe una estricta contemporaneidad entre ellas. Antes al contrario, las dataciones radiocarbónicas parecen señalar la existencia de un proceso diacrónico en la conformación del patrón de asentamiento observable en la cubeta de Villena, como parece indicar el hecho de que la fecha fundacional de Barranco Tuerto se sitúe aproximadamente un siglo después del final de la Fase I de Terlinques y de la destrucción de la Unidad Habitacional 1 (*ca.* 1930 cal BC). Las fases I y II de Barranco Tuerto serían por tanto contemporáneas de las fases II y III de Terlinques. Finalmente, las transformaciones urbanísticas detectadas por ahora en las Fases II y III de Terlinques ponen de manifiesto, igualmente, la existencia de una serie de cambios sucesivos en cuanto a la organización del hábitat y de la gestión de los medios subsistenciales en el interior de los asentamientos.

La secuencia de Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1987) y la importancia que ponen de manifiesto sus proporciones y características permiten suponer que el abandono de Terlinques y los demás poblados de su entorno pudo estar relacionado claramente con un proceso de concentración demográfica en este gran asentamiento, hipótesis con la que se viene trabajan-

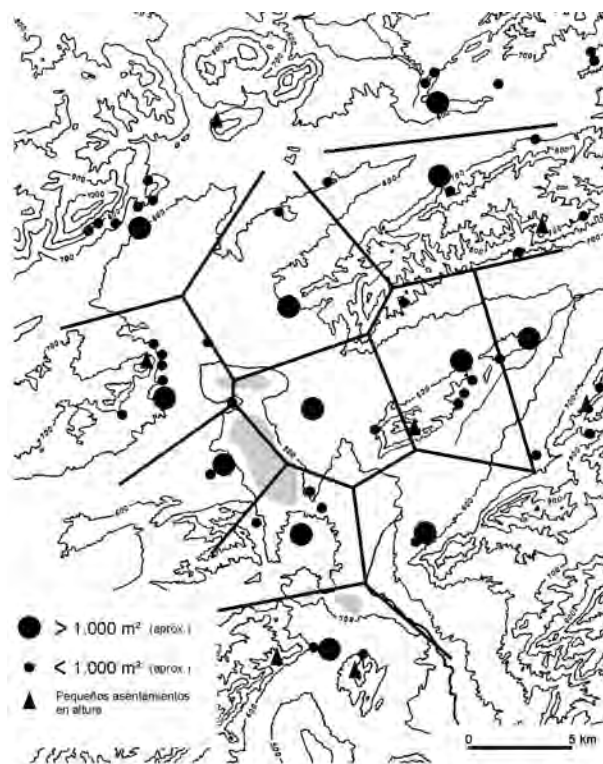


Figura III.2.8_Distribución territorial de los yacimientos localizados en la Cubeta de Villena, en el Alto Vincalopó, con indicación de su tamaño relativo y disposición. Los polígonos de Thyesen están referidos a los asentamientos de más de 0,1 Ha.

do desde hace tiempo (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997; JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004).

La información referida a las áreas del Prebético Meridional circundantes al Vinalopó resulta en comparación mucho menos precisa. En los puntos mejor documentados, como el Altiplano de Yecla y Jumilla, La Costera o la Hoya de Castalla, ésta apenas se reduce a algunos análisis territoriales (RIBERA GÓMEZ y PASCUAL BENEYTO, 1997; PÉREZ AMORÓS, 1997; ESQUEMBRE BEBIÁ, 1997; PÉREZ BOTÍ, 2000) y, en ocasiones, la excavación parcial de algunos asentamientos como el Cerro de la Campana (NIETO GALLO y CLEMENTE MARTÍN, 1983), la Foia de la Perera (CERDÁ BORDERA, 1994) o La Mola d'Agres (PEÑA SÁNCHEZ *et al.*, 1996). Como en el caso de la Cubeta de Villena, en todos los trabajos en los que se ha abordado el análisis del patrón de distribución de los asentamientos localizados, se puede apreciar una sintonía clara con lo observado en el Alto Vinalopó respecto a la mantenida equidistancia entre los principales núcleos, separados por distancias no superiores a los 7-8 km y a la vecindad que muestran con respecto a algunos de ellos otros núcleos de extensión mucho más reducida.

Por su situación y características, el yacimiento de La Mola d'Agres jugó un papel relevante, si bien probablemente diverso a lo largo del tiempo, en el ámbito de contacto entre el Alto Vinalopó y la Llanura Litoral. La secuencia que ofrece actualmente el yacimiento parece arrancar desde un "Bronce Antiguo" en el que se fija la fundación del poblado, hasta un Bronce Final-Hierro I representado por conjuntos excepcionales de material arqueológico pero pobrísimas evidencias a nivel de estructuras y espacios de habitación (PEÑA SÁNCHEZ *et al.*, 1996). Entre estos objetos relevantes destaca sin duda el conjunto de moldes de fundición –incluyendo uno para la elaboración de hachas de talón– puntas de flecha, anillas y varillas, claramente vinculado a los niveles del Bronce Final.

Iniciados en 1978, los trabajos realizados bajo la dirección de M. Gil-Mascarell (1981, 1982, 1985) y su equipo (GIL-MASCARELL y PEÑA SÁNCHEZ, 1989; GIL-MASCARELL y ENRIQUE TEJEDO, 1992; PEÑA SÁNCHEZ *et al.*, 1996; GRAU ALMERO *et al.*, 2004) permiten representar el poblado delimitado en su parte septentrional por un gran muro de hasta casi 3 m de anchura en el extremo más oriental, de forma ataludada en el exterior y revocado con margas por su cara interna y que conserva cerca de 1,50 m de alzado. Al interior de este recinto encontramos el espacio habitado, en el que se han podido identificar diversas unidades ocupacionales. Entre ellas destaca la Habitación I, un espacio de planta ovalada en donde se ha localizado un área de molienda, con una importante concentración de molinos y molederas y vasijas de almacenamiento, así como algunas semillas de trigo. Más hacia el Oeste parece que hallamos otra unidad habitacional similar, parcialmente excavada. Al sur del muro perimetral que cierra el poblado se ha localizado también un estrecho

pasillo delimitado por un muro de menor envergadura que discurre paralelo al primero, en sentido Este-Oeste. En esta zona se ha registrado un importante conjunto de objetos de marfil que parece evidenciar la existencia de un taller de eboraria correspondiente, según sus excavadores, a la fase del "Bronce Pleno". En el Sector II del yacimiento se han encontrado otras estructuras de hábitat delimitadas por muros paralelos en sentido Norte-Sur y el muro de cierre del poblado. En esta misma zona se localizó también un conjunto de tres cubetas adosadas a la pared Norte del muro que se amortizan en el Bronce Final, en función del registro material documentado en su interior (GRAU ALMERO *et al.*, 2004: 243).

Además de los restos humanos localizados en el interior de grietas cercanas al yacimiento, de los que ya se tenía noticia, se localizó también un enterramiento en fosa de un individuo acompañado de un puñal de remaches, asociado al lienzo murario que cierra el poblado y que se ha datado cronológicamente en la fase del "Bronce Pleno" (MARTÍ BONAFÉ *et al.*, 1996) a partir de su ajuar y su posición estratigráfica, si bien se carecen de muestras datadas por radiocarbono. En este mismo sentido se echan particularmente a faltar referencias cronológicas radiocarbónicas en relación con la secuencia del yacimiento. A juicio de sus excavadores, las primeras fases de ocupación se adscriben al "Bronce Valenciano", siguiendo en esto una tendencia que desde hace cierto tiempo ha incluido en éste los elementos materiales adscritos tradicionalmente al "Bronce Antiguo" y "Bronce Pleno". Las fases siguientes se relacionarían con el denominado "Bronce Tardío" del Sudeste y con el Bronce Final-Hierro I, caracterizado por las cerámicas acanaladas, vasijas con incrustaciones metálicas y otros objetos singulares registrados, como la célebre fíbula ad occhio hallada en la terraza del Sector V.

En el valle del Serpis, intensamente prospectado y del que se han realizado diversos estudios del territorio (PASCUAL BENITO, 1990; MOLINA HERNÁNDEZ, 2006) ante las novedades aportadas por las excavaciones en el Mas del Corral (TRELIS MARTÍ, 1991) y las dataciones radiocarbónicas que ha proporcionado, debemos lamentar lo escaso de la superficie excavada, que en función de la información difundida apenas permite precisar la morfología de las unidades habitacionales a las que se refieren las dataciones. Justo lo contrario es lo que ocurre con otros yacimientos del valle, como la Mola Alta de Serelles y el Mas de Menente, excavados a inicios del siglo XX y de los que disponemos de croquis y planimetrías, elaborados por F. Ponsell (1926) y E. Botella (1929), que nos permiten formarnos una idea de la organización y distribución de las unidades habitacionales, pero sin que los datos referidos a los objetos exhumados posibiliten lecturas cronológicas claras en relación con ellas. En cualquier caso, tanto uno como otro yacimiento parece ordenarse en base a un muro longitudinal que recorre la cima

de forma transversal a la línea de pendiente, y que sirve de trasera a viviendas de tamaño bastante proporcionado entre sí. Al menos en el caso de la Mola Alta este muro se transforma en uno de sus extremos en lo que se ha interpretado como una torre de contorno aproximadamente circular.

Tal esquema de organización de los espacios domésticos registrado en los dos yacimientos alcoyanos, junto con los datos proporcionados por otros enclaves excavados en fechas posteriores en otros ámbitos del Levante peninsular, como la Muntanyeta de Cabrera (FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER, 1956) o la Ereta del Castellar (ARNAL, PRADES y FLETCHER, 1968) sirvió de modelo para definir el patrón urbanístico de los asentamientos del “Bronce Valenciano”, en especial en el ámbito del Júcar y del Turia.

La presencia de un pequeño pasillo interior con viviendas adosadas a los lados fue precisamente lo que en los primeros trabajos publicados parecía conferir a la Muntanya Assolada de Alzira una conformación típica del denominado “Bronce Valenciano” (MARTÍ OLIVER, 1983a). Sin embargo, los trabajos desempeñados en el yacimiento en las últimas décadas del siglo XX vinieron pronto a transformar esta imagen. Actualmente se ha exhumado una parte considerable del poblado, el cual presenta en sus extremos norte y sur una sólida muralla formada por sucesivas hiladas de piedra sin carear. Además de la calle central situada en la cima, en la parte occidental dos lienzos ataludados crean una auténtica plataforma superior totalmente artificial (ENGUIX ALEMANY y MARTÍ OLIVER, 1988).

La secuencia estratigráfica muestra sucesivas remodelaciones de las construcciones, algunas rellenadas de forma rápida e intencionada para dar lugar a nuevas líneas de construcción. La datación radiocarbónica realizada sobre los restos humanos de una inhumación en fosa localizada en el interior de uno de los anillos constructivos ha arrojado una fecha de 2277- 2060 cal BC (1 σ), mientras que otra datación realizada a partir de huesos de fauna procedentes de la plataforma superior se fija en 1885- 1693 cal BC (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 44). Las unidades habitacionales situadas dentro del recinto son de planta rectangular, en algún caso con pavimentos hechos de pequeños cantos, así como calzos de poste para la sustentación de la techumbre. Apenas se han publicado datos referentes a áreas de actividad, si bien en uno de los espacios identificados se detectó la presencia de un horno (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 43).

Bastantes de las características constructivas apreciables en la Muntanya Assolada son también perfectamente identificables en la Lloma de Betxí, un asentamiento emplazado en la cuenca del Turia del que ya se llevan excavados en la actualidad algo más de 1000 m² (DE PEDRO MICHÓ, 1998; 2004). La secuencia documentada en la cima se inicia con la construcción de un gran edificio de más de 30 m de longitud por unos 10 m de anchura que conforma las Habitaciones I y II,

unidas por un pequeño vano de no más de 1 m de ancho. Junto a ellas se sitúa un espacio alargado, paralelo al muro exterior de ambas dependencias, denominado Corredor Oeste. Los muros de las Habitaciones I y II son de aparejo irregular, de aproximadamente 1 m de espesor y revestidos con un enlucido que cubre su cara externa e interna. El alzado conservado de estas paredes ronda el metro de altura, llegando a 2 m en algunos tramos. El acceso desde el exterior se realiza por un vano de 1,50 m abierto en el muro oriental de la Habitación II. Las evidencias de una secuencia de piedras planas dispuestas en dos hileras paralelas a los muros se interpreta como la base de apoyo a los postes de sustentación de la techumbre, que a juicio de su excavadora sería plana o ligeramente inclinada y alcanzaría entre 4 y 6 m de altura sobre el pavimento. Toda la edificación descansa sobre la roca virgen del cerro, sin que existan evidencias de construcciones anteriores.

En la fase más antigua de las habitaciones se ha podido determinar diversas áreas de actividad de producción y consumo. Por un lado, en la habitación más occidental –Habitación I– se han localizado diversos bancos de formas rectangulares y un importante conjunto de más de un centenar de vasos cerámicos de diferentes formas y tamaños, así como molinos y grandes cantidades de cereal. Justo al lado del muro transversal que separa este departamento de la Habitación II se localizó un importante conjunto de pesas de telar amontonadas. En la otra habitación se ha documentado una estructura interpretada como horno. Así pues, se han determinado distintas áreas de actividad: un lugar de almacenaje, un lugar de actividad textil, un lugar de molienda y un área de transformación del metal, a lo que se añade la concentración de importantes cantidades de artefactos heterogéneos, desechados en las diferentes unidades estratigráficas situadas en las ladera oriental, a ambos lados del vano de acceso. Ello permite inferir actividades de limpieza del interior de las unidades habitacionales y su desecho en la ladera oriental.

La destrucción de estas unidades habitacionales a causa de un gran incendio ha proporcionado una extraordinaria documentación al sellar el nivel de ocupación con unos importantes derrumbes, de los que se han extraído además las dataciones radiocarbónicas que permiten fijar su construcción, en fechas calibradas, en el intervalo comprendido entre *ca.* 2200 y *ca.* 1800 cal BC (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 45) mientras que la destrucción, datada a partir de una muestra de cereal carbonizado procedente del suelo de ocupación se fija entre *ca.* 1880 y *ca.* 1670 cal BC.

Sobre los niveles de destrucción de este gran edificio se han recogido evidencias de una ocupación posterior, con la que al parecer también se relaciona el registro de los niveles más recientes de una tercera unidad habitacional –Habitación III–, también de grandes dimensiones y de planta aproximadamente oval. De ésta se conoce igualmente la fecha aproxi-

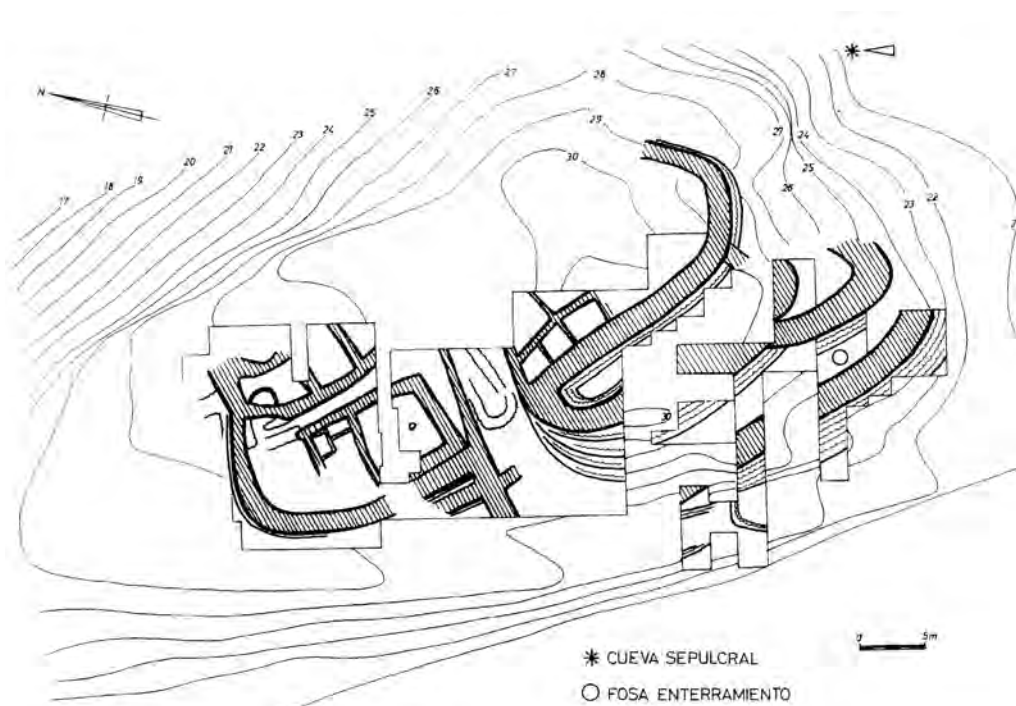


Figura III.2.9_Planta de las estructuras de la Muntanya Assolada (MARTÍ, DE PEDRO y ENGUIX, 1995).

mada de su construcción, en función de las dataciones que ha proporcionado el nivel de regularización del pavimento –Beta-123555 [2133- 1919 cal BC (1σ)]– y un pequeño tronco perteneciente a la estructura de la techumbre –Beta- 135698 [1895- 1745 cal BC (1σ)]– pero se carece de dataciones absolutas referidas al momento de destrucción o abandono de la misma. Sin embargo, a juicio de su excavadora éste se produciría con posterioridad al de las Habitaciones I y II.

En cuanto al resto de estructuras arquitectónicas y espacios constructivos registrados, en el extremo sur de la cima se ubica una cisterna de planta oval y a continuación lo que parece ser un camino de acceso al poblado, mientras que en el extremo opuesto, junto a la puerta de entrada a las habitaciones, encontramos otra cisterna más pequeña, también de planta oval. Los trabajos han revelado además la existencia de un complejo sistema de aterrazamientos en ladera a base de grandes muros ataludados que conforman plataformas, similar al documentado en Muntanya Assolada. Junto a la Habitación III se localiza además una especie de camino empedrado con cantos rodados que asciende desde media ladera, mientras que en la vertiente sur del cerro se ha documentado un basurero donde además de numerosos restos de fauna, cerámica fragmentada y otros objetos, se hallaron bellotas carbonizadas que han proporcionado una fecha radiocarbónica de entre 2120 y 1950 cal BC, excesivamente elevada a juicio de su excavadora (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 47). Relacionada con estas estructuras, en la campaña de 2002 se localizó un enterramiento humano en posición secundaria, en el que se depositó el esqueleto de un

individuo adulto asociado a los restos de un cánido de 3 ó 4 años de edad con señales de manipulación antrópica.

La secuencia registrada en los yacimientos de la Lloma de Betxí y de la Muntanya Assolada han permitido proponer un ensayo de periodización del poblamiento en el Camp del Turia y La Ribera (DE PEDRO MICHÓ y MARTÍ OLIVER, 2004), según el cual la gran mayoría de los enclaves fundados hacia los inicios del II milenio cal BC acabarían abandonándose en torno a 1500 cal BC, cuando se iniciaría la ocupación de nuevos poblados como el Puntal dels Llops o se produciría una concentración demográfica en determinados asentamientos de la cuenca, como el Tossal de Sant Miquel.

El patrón de organización del espacio habitado y los objetos –principalmente cerámicos– registrados en el interior de las unidades habitacionales documentadas hacen del Puntal dels Llops un referente para la caracterización de esta etapa avanzada (DE PEDRO MICHÓ, 2002). La datación obtenida de una muestra de madera carbonizada, procedente del nivel fundacional del poblado, fija sus inicios entre 1628 y 1527 cal BC (1σ), que ha sido tomada como un *terminus postquem* para el comienzo del “Bronce Tardío” de “facies valenciana”, definido en el ámbito de Levante a partir de la presencia de recipientes carenados de forma acampañada, grandes vasijas decoradas con cordones y vasos geminados, entre otros elementos (MARTÍ OLIVER y DE PEDRO MICHÓ, 1997), en oposición al “Bronce Tardío” del Sudeste, caracterizado por F. Molina (1979) caracterizado por las cazuelas de carenas altas y la cerámica

decorada de tipo meseteño. Ciertamente, el repertorio artefactual procedente del interior de las unidades habitacionales del Puntal dels Llops, fundamentalmente cerámico, ha permitido establecer analogías muy estrechas con otros yacimientos excavados en el valle del Palancia, como la Ereta del Castellar, (ARNAL, PRADES y FLETCHER, 1968; RIPOLLÉS ADELANTADO, 1997) o Les Raboses (RIPOLLÉS ADELANTADO, 1994, 2000), entre las que hallamos, especialmente en el caso del primero, notables similitudes en cuanto a la disposición de las viviendas y la estructura urbanística general del asentamiento. Las dataciones radiocarbónicas obtenidas en Les Raboses, procedentes de muestras sin un contexto claro, fijan la fundación del asentamiento, a juicio de su excavadora, entre *ca.* 2000 cal BC y *ca.* 1800 cal BC, y su abandono aproximadamente en el intervalo *ca.* 1500 – *ca.* 1300 cal BC (RIPOLLÉS ADELANTADO, 2000: 97-98).

Este es también el marco cronológico que el radiocarbono ofrece para el Pic dels Corbs, en el Camp de Morvedre, cuya fundación debe remontarse posiblemente al tránsito del III al II milenio cal BC pero cuyo registro artefactual permite constatar la ocupación prolongada del asentamiento hasta al menos las primeras centurias del I milenio cal BC (BARRACHINA IBÁÑEZ y NEUMAIER, 1996). Excavado por primera vez en la década de los setenta, la revisión de los materiales y de los datos registrados en aquellos trabajos (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1997) y los proporcionados por las actuaciones más recientes (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1999; 2009) han permitido resolver estratigráficamente la ocupación del enclave en cinco fases.

A tenor de las referencias disponibles en la bibliografía, parece que en sus inicios el asentamiento del Pic dels Corbs estaba constituido por una serie de plataformas artificiales aprovechadas para edificar las viviendas, partiendo alguna de ellas de las paredes rocosas, y pudo haber alcanzado una extensión de algo más de 3.000 m². La forma de las construcciones es rectangular, de muros de zócalo de piedra y posiblemente terminados en tapial. El aparejo que presentan es de mampostería de mediano y pequeño tamaño, dispuesto en hiladas horizontales, que se ajustan con algunas piedras más pequeñas entre los resquicios. Dentro de las construcciones aparecen bancos adosados a los muros realizados con tierra apisonada (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1989: 35). También presenta una muralla en la ladera de más fácil acceso, aunque en muchos puntos no es visible e incluso puede confundirse a primera vista con los abancalamientos realizados con posterioridad para las labores agrícolas.

El ámbito cronológico del poblado vendría marcado para sus inicios por la fecha publicada por M. Vega Riset (1964), obtenida a partir del análisis de granos carbonizados de trigo encontrados en el interior de una vasija (TARRADELL MATEU, 1965), que fijaría entre 2016 y 1740 cal BC (1 σ) el final de la fase fundacional del poblado. Las actuaciones más recientes han pro-

porcionado otras dos fechas bastante más recientes – Beta-99442 y Beta-80692 – que se sitúan entre 1750 – 1530 cal BC (1 σ) y 1520 – 1310 cal BC (1 σ), más acordes con el registro material documentado en el yacimiento. Éste ha permitido a su excavadora ubicar el desarrollo cronológico de su Fase II en el marco del tercer cuarto del II milenio cal BC, en donde predominan materiales relacionados con los yacimientos del Alto Palancia y los valles interiores del Sistema Ibérico junto con las fuentes carenadas con el borde recto o ligeramente exvasado, típicas del Bronce Tardío del Sureste (BARRACHINA IBÁÑEZ, 2009). Durante la Fase IV se constata una gran cantidad de materiales cerámicos claramente vinculados a los Campos de Urnas, lo que permite confirmar la pervivencia del asentamiento más allá del horizonte cronológico del 1100 cal BC, situándose el final de la ocupación, a partir de los resultados de las últimas campañas, en torno a finales del siglo IX o inicios del VIII cal BC.

Más al norte, en el Mijares, encontramos otros núcleos que posiblemente se establecen también a partir de mediados del II milenio cal BC, como El Torrelló, en Onda. Aquí las actuaciones efectuadas hace ya más de tres décadas por F. Gusi (1974) pusieron al descubierto, bajo una muralla de época ibérica dotada de bastiones, parte de un recinto defensivo también de planta circular, datado por radiocarbono (I-7250) entre 1688- 1466 cal BC (1 σ) y formado por una amplia muralla perimetral elaborada con bloques de mampostería trabados en seco. En el interior de este recinto se documentaron varias unidades habitacionales, si bien la naturaleza eminentemente vertical de la intervención arqueológica practicada impide conocer aspectos básicos relativos a su morfología y características. Sin embargo, parece clara la relación de los niveles IIIA y IIIB –los más profundos– con pavimentos de cenizas y arcilla apisonadas (GUSI JENER, 1974: 30) que debieron formar parte de una habitación de cuyo nivel de destrucción, asociado a un estrato de carbones y cenizas, se obtuvo la muestra para la datación I-6937, que arrojó una fecha de entre 1633- 1439 cal BC (1 σ). Lamentablemente, la falta de referencias contextuales de la datación hace imposible precisar si ésta se asocia con el momento de construcción de la vivienda o con el de su arrasamiento.

En parecida situación nos hallamos con respecto a Orpesa la Vella, sin duda el yacimiento más relevante de la zona no sólo por sus características en cuanto a su localización, registro y estratigrafía, sino también por el elevado número de dataciones radiocarbónicas que ha proporcionado. Al parecer, el enclave de la Edad del Bronce es un pequeño asentamiento amurallado, de no más de 1.200 m² de extensión superficial, que presenta un grueso lienzo murario de casi 4 m de espesor en algunos tramos y forma ataludada al exterior, al que se adosan, a modo de refuerzos, unos muros paralelos y perpendiculares al mismo. A esta muralla se une en uno de sus extremos un bastión de forma

semicircular, fechado aproximadamente entre 1800 y 1700 cal BC, en función de su relación estratigráfica con las estructuras documentadas.

De lo publicado hasta el momento, la información más detallada referente al registro artefactual y estructural del yacimiento procede de los cortes C-2 y C-4, excavados en las primeras campañas, y del C-7 (GUSI JENER y OLÀRIA PUYOLES, 1977; GUSI JENER, 1988). En ningún momento, sin embargo, se han divulgado datos concernientes a la distribución espacial y entorno contextual de los artefactos localizados ni tampoco se han publicado datos concretos respecto a las unidades habitacionales documentadas.

El nivel más antiguo del poblado viene definido por una serie de construcciones de planta rectangular, con paredes de barro sobre zócalos de mampostería, con enlucidos en paredes y suelo, algunos decorados de rojo, que se alzan sobre una plataforma de regularización de tierra batida. Estas viviendas se disponen paralelas y adosadas entre sí, con bancos corridos, muretes de compartimentación interna y numerosos calzos de poste, algunos con vigorosos refuerzos de mampostería que parecen indicar la existencia de estructuras de importancia en los tejados. Alguna de estas habitaciones presentaba en el suelo estructuras de forma paralelepípeda con restos de combustión en su interior.

La realización de un gran número de dataciones radiocarbónicas, que cubren prácticamente toda la secuencia del yacimiento, han venido a clarificar hasta cierto punto el intervalo cronológico en que se desarrolló el asentamiento (GUSI JENER y OLARIA PUYOLES, 1995). De acuerdo con estas dataciones, la primera fase de ocupación se situaría aproximadamente entre *ca.* 2200 y *ca.* 1800 cal BC; la fase adscrita por sus excavadores al “Bronce Medio” estaría comprendida entre *ca.* 1800 y *ca.* 1500 cal BC; mientras que la ocupación del “Bronce Final” se localizaría entre *ca.* 1500 y *ca.* 1300 cal BC. Los últimos datos publicados parecen indicar que, desde el punto de vista artefactual, la ausencia de cerámicas acanaladas señalaría un horizonte cronológico en torno al cambio de milenio para el hipotético abandono del asentamiento (BARRACHINA IBÁÑEZ y GUSI JENER, 2004: 143).

Remontando las cuencas del Mijares y el Palancia hacia la serranía turolense encontramos un ámbito intensamente estudiado y del que contamos con un alto nivel de información, gracias al proyecto de investigación desarrollado por F. Burillo y J. V. Picazo a lo largo de las décadas de 1980 y 1990. Este trabajo, especialmente centrado en el estudio del poblamiento de la Edad del Bronce de los valles del Alfambra y el Mijares, resulta esencial para nosotros por constituir, estos una vía de comunicación directa del área levantina con el Valle del Ebro. Este ámbito del Sistema Ibérico resulta tanto más relevante cuanto que a las labores de prospección y análisis territorial (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997) se añaden datos procedentes de

intervenciones arqueológicas que han proporcionado información pertinente tanto para la valoración de estructuras y ámbitos habitacionales de los asentamientos como de las estratigrafías y de la diacronía de los mismos (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1992; PICAZO MILLÁN, 1993; 2000). Todo ello permite disponer de una propuesta descriptiva del desarrollo histórico de esta área desde *ca.* 2500 hasta *ca.* 1300 cal BC.

Según las últimas dataciones obtenidas en el cerro de El Castillo de Alfambra (PICAZO MILLÁN, 2000) algunos de los yacimientos de los inicios de la Edad del Bronce del área turolense podrían haber sido fundados ya a mediados del III milenio cal BC, dentro de una primera fase del Bronce Antiguo que se extendería desde *ca.* 2400 hasta *ca.* 2100 cal BC, según las dataciones proporcionadas por los yacimientos de la Muela del Sabucar y Las Toscas. De acuerdo con F. Burillo y J. V. Picazo (1997), desde estos momentos y hasta *ca.* 1900 cal BC, dentro de un Bronce Antiguo, tendríamos localizados dos conjuntos de asentamientos, separados por las sierras del Pobo y Javalambre, cuya caracterización vendría determinada por los datos aportados por la Muela del Sabucar y Peña Dorada, en la cuenca del Alfambra, y Las Costeras en la cuenca del Mijares. Se trata de asentamientos en altura, sobre lomas o muelas cercanas a terrenos de óptimo rendimiento agrícola en régimen de secano, que al parecer en algún caso contarían con estructuras de carácter defensivo constituidas por aterrazamientos delimitados por empalizadas de troncos –Peña Dorada–. La distribución del espacio productivo entre los núcleos de ambos valles en este momento resulta relativamente uniforme, a lo que asimismo corresponde una apreciable uniformidad en el tamaño de todos los asentamientos (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997: 49). Esa misma uniformidad parecen ofrecer las unidades habitacionales detectadas en el enclave de Las Costeras, adosadas a un grueso muro principal de 2 m de anchura y al parecer separadas unas de otras por delgados tabiques de barro con postes de madera de los que apenas quedan restos. Las dos viviendas mejor conservadas estaban dotadas de un mobiliario similar consistente en estructuras de barro de forma sub-rectangular para el almacenamiento del cereal.

Estamos peor informados en cuanto a las estructuras de habitación detectadas en el yacimiento de El Castillo de Frías de Albarraçín (HARRISON, ANDRÉS y MORENO, 1998: 68), en donde no obstante parece repetirse un modelo de habitaciones separadas por tabiques de postes de madera revestidos de barro, muy mal conservados. En los dos niveles de habitación detectados, no obstante, destaca la abundancia del cereal almacenado bien en capazos o cestos –Casa 1– o en grandes tinajas empotradas en el suelo –Casa 2– cuyo consumo en el interior de las viviendas queda perfectamente reflejado por la abundante presencia de molinos tanto en una como en otra unidad habitacional. El elemento más sobresaliente, sin embargo, ofrecido por las últi-

mas excavaciones realizadas en este yacimiento, está referido a la presencia de un enterramiento localizado en los niveles más antiguos reconocidos en el mismo, correspondiente a un individuo infantil de unos 8 años de edad inhumado en el interior de un hueco natural del cerro y sobre el que se superponen los niveles de ocupación de la Fase II (HARRISON, ANDRÉS y MORENO, 1998: 52). La datación radiocarbónica obtenida a partir de algunos huesos de este individuo parece apoyar una cronología antigua que se remontaría a *ca.* 2000 cal BC.

Basándose en las dataciones obtenidas en yacimientos como la Muela del Sabucar (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997; PICAZO MILLÁN, 2000) o Las Toscas (PICAZO MILLÁN, 2000) y aproximadamente en sintonía con las proporcionadas por las muestras de El Castillo de Frías de Albarracín (HARRISON, ANDRÉS y MORENO, 1998) se ha propuesto una división de esta fase en dos etapas correspondientes al Bronce Antiguo cuyo punto de inflexión se situaría *ca.* 2100 cal BC, momento en el que parece asistirse a la destrucción y abandono de muchos de estos emplazamientos y a la fundación de nuevos enclaves como Las Costeras o Peña Dorada.

La aparente uniformidad detectada tanto en lo que concierne a la estructuración interna de los asentamientos –en cuanto a la disposición y ubicación de las áreas de almacenamiento y consumo de los productos subsistenciales básicos– como a su tamaño y distribu-

ción sobre el espacio productivo parece romperse en la siguiente etapa –identificada como Bronce Pleno– que cronológicamente se extendería desde *ca.* 1950-1900 cal BC hasta *ca.* 1400 cal BC (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997). En efecto, en estos momentos parece iniciarse una reorganización del poblamiento en ambas cuencas tendente a la jerarquización de los enclaves y la imposición de un patrón en el que dos asentamientos aparecen claramente destacados del resto por su tamaño y posición. Así, el Cerro del Castillo en el Alfambra, por un lado, y el Puntal Fino en el río Mijares por otro, polarizan la estructuración de la ocupación en cada una de las respectivas cuencas. Este proceso parece verse acompañado por una acentuación en la separación regional expresada en la desigual distribución de motivos decorativos en la cerámica (PICAZO MILLÁN, 1993). El modelo urbanístico, a tenor de los datos proporcionados por el asentamiento de Hoya Quemada, en la cuenca del Mijares, también parece transformarse. Aquí las viviendas, dispuestas sobre dos niveles de aterrazamiento, aparecen adosadas a un muro exterior de aproximadamente un metro de espesor y concentradas en manzanas separadas por una calle de trazado irregular, que da acceso a las mismas. En su interior se documentan sistemáticamente pavimentos de arcilla, hogares y un banco corrido sobre el que se apoyaban vasijas. Sin embargo, sólo en una de ellas aparece registrado un silo de almacenamiento de cereales. En la cumbre del asentamiento, finalmen-



Figura III.2.10 _Planta de las estructuras de la Lloma de Betxí (DE PEDRO MICHÓ, 1998).

te, aparece un amontonamiento artificial de cantos y margas que se interpreta como una posible estructura de carácter defensivo, ya que se encuentra en la zona más accesible y de más amplia visibilidad (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997: 44).

Las dataciones obtenidas en Hoya Quemada permiten establecer que la destrucción y/o abandono de estos asentamientos del Bronce Pleno se produce hacia 1500 ó 1450 cal BC, inaugurando una etapa de radical transformación del paisaje social en toda el área. Los núcleos de habitación parecen restringirse ahora casi exclusivamente a cuevas como la Sima del Ruidor, única en la que se han llevado a cabo excavaciones, en cuyas galerías se han documentado diversas áreas de actividad relacionadas con el consumo y almacenamiento de cereales así como diversas obras de acondicionamiento realizadas con maderas y arcillas. Según F. Burillo y J. V. Picazo (1997: 55), además de la aparente pauperización demográfica que acontece en estos momentos en esta área, destaca también la ausencia de productos cerámicos con decoraciones tipo Cogotas I así como el notable continuismo que en lo referente a la producción de artefactos líticos, óseos y metálicos puede observarse en el registro. Este panorama contrasta fuertemente con el dinamismo que más o menos contemporáneamente se aprecia en el margen septentrional de Sistema Ibérico y en el Valle Medio del Ebro, en donde en asentamientos como Monte Aguilar, en las Bardenas Reales, Cabezo del Cuervo, en Alcañiz, o Moncín, en la Muela de Borja, se detectan hacia comienzos de esta fase notables transformaciones vinculadas a la aparición de producciones cerámicas con decoraciones tipo Cogotas I (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994; SESMA y GARCÍA, 1994).

Por lo que concierne a La Mancha Oriental, si bien el volumen de información empírica generado hasta la fecha resulta considerablemente mayor que el disponible hacia mediados del siglo pasado, todavía se adolece de una escasez notoria de datos acerca de las secuencias constructivas de los yacimientos excavados. Los que hasta la fecha han proporcionado mayor volumen de información, en función de la superficie excavada y de las estratigrafías documentadas son la Morra del Quintanar (MARTÍN MORALES, 1983; 1984), El Acequión (FERNÁNDEZ-MIRANDA, FERNÁNDEZ-POSSE y MARTÍN, 1990), la Motilla de Azuer (NÁJERA COLINO y MOLINA GONZÁLEZ, 1977, 2004; NÁJERA, MOLINA y AGUAYO, 1979; NÁJERA COLINO *et al.*, 2006), el Cerro de La Encantada (NIETO GALLO y SÁNCHEZ MESEGUER, 1980; NIETO GALLO *et al.*, 1983; FERNÁNDEZ VEGA *et al.*, 1988; SÁNCHEZ MESEGUER y GALÁN SAULNIER, 2004) y el Cerro de El Cuchillo (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1994), en torno a los cuales ha girado hasta el momento la investigación en la zona (MARTÍN MORALES *et al.*, 1993; FERNÁNDEZ-MIRANDA *et al.*, 1994; FERNÁNDEZ-POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996). Éstos, en comparación con la amplitud del ámbito geográfico en

el que se enmarcan, no cabe duda de que son escasos en número todavía.

Hasta cierto punto, esta relativa carencia de yacimientos excavados en extensión en la zona se compensa con una notable mejora en el registro arqueológico del territorio, que en sólo unas décadas se ha revelado intensamente ocupado durante el II milenio cal BC. Por una parte, contamos con los datos proporcionados en su día por las prospecciones del término municipal de Almansa (SIMÓN GARCÍA, 1987) ampliadas y completadas más tarde en un estudio realizado sobre el denominado Corredor de Almansa (HERNÁNDEZ PÉREZ y SIMÓN GARCÍA, 1993, 1994). Más al interior, las prospecciones realizadas por el equipo de la Universidad Complutense de Madrid dirigido por M. Fernández-Miranda se centraron en un amplio sector de la provincia de Albacete y áreas colindantes (FERNÁNDEZ-MIRANDA *et al.*, 1994; GILMAN, FERNÁNDEZ-POSSE y MARTÍN, 2002), mientras que los estudios de M. Díaz-Andreu (1994) en la Provincia de Cuenca aportaron una visión más o menos general sobre el poblamiento del II milenio cal BC el margen septentrional de La Mancha, incluyendo varias prospecciones sistemáticas concretadas en los valles del Guadamejud, Cabel y Belvís. Por el sur, las primeras noticias acerca de la distribución de los poblados de la zona de Agra (AYALA, JORDÁN y NAVARRO, 1988; JARA ANDÚJAR *et al.*, 1988) se completaron con la publicación de las prospecciones del valle del río Mundo llevadas a cabo por J. F. Jordán (1992). Por último, en la llanura central manchega, a los primeros trabajos desarrollados por T. Nájera (1984) se añaden ahora otros realizados ya en fechas mucho más recientes (LÓPEZ FERNÁNDEZ y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 1994; OCAÑA CARRETÓN, 2002; NÁJERA COLINO y MOLINA GONZÁLEZ, 2004).

A resultados de este considerable aumento del número de áreas prospectadas, y del incremento del censo de yacimientos localizados y descritos, se han comenzado a articular diversas propuestas que tratan de explicar los patrones de ocupación del territorio registrados, si bien desde premisas bien distintas: mientras que para algunos investigadores los resultados no avalarían hoy una hipótesis relativa a una organización jerárquica del territorio (GILMAN, FERNÁNDEZ-POSSE y MARTÍN, 2002) para otros sólo las relaciones de dependencia y jerarquización entre asentamientos son capaces de explicar los patrones de localización de los mismos (NÁJERA COLINO y MOLINA GONZÁLEZ, 2004).

En lo que concierne al ámbito que mayor relevancia tiene para nosotros desde el punto de vista de las relaciones intersociales con el área centro-meridional del Levante peninsular –las cuencas del Alto Segura y del río Mundo, el Corredor de Almansa, la llanura albaceteña y las cuencas del río Jardín y Alto Júcar– el registro actual nos permite inferir un patrón de ocupación recurrente en toda la zona, básicamente similar al registrado en otros puntos bien prospectados, como el Vinalopó, el Serpis o el Albaida.

De acuerdo con los datos referenciados por J. F. Jordán (1992) con respecto a las cuencas del río Mundo y la cabecera del Segura, además de una amplia distribución de los asentamientos por toda la comarca y en arreglo a sus tamaños y ubicación, se apunta la existencia de una posible especialización de los enclaves señalados divididos en atalayas, hábitats menores de carácter estacional y poblados centrales rodeados de otros núcleos de población de menores dimensiones (JORDÁN MONTÉS, 1992: 204). La mayoría, además, denota un interés notable por maximizar la proximidad a recursos hídricos y por ubicar el área habitada en las laderas de solana de cerros que generalmente garantizan una buena intervisibilidad entre los asentamientos localizados. La inexistencia de intervenciones arqueológicas sistemáticas en la zona –a excepción de las realizadas en el Castellón de Albatana de las que contamos con algunos datos muy puntuales (LÓPEZ PRECIOSO, 1994)– impide tener información precisa en cuanto a unidades habitacionales o áreas de actividad, dada la inexistencia de registros contextuales de los artefactos recogidos. Según J. F. Jordán (1992: 206) la mayoría de los asentamientos de mayor tamaño cuentan con sistemas defensivos, que al menos en cuatro casos incluyen la presencia de torres de planta circular.

Con todo, lo más relevante a nuestro juicio de este trabajo es el vacío demográfico relativo que se logró identificar en el territorio entre las cuencas del río Mundo y el río Segura, por una parte, y el de las sierras orientales, entre Albatana y Cancarix, por otra, justificadas, a juicio de J. F. Jordán, por causas medioambientales como una accidentada orografía o la escasez de fuentes y recursos hídricos. En nuestra opinión, en cambio, este “vacío” demográfico podría tener también una explicación de carácter político análogo al identificado en relación con el establecimiento de la frontera septentrional argárica sobre la divisoria del valle medio del río Vinalopó, es decir, un proceso de exclusión territorial que en un determinado momento, separaría esta área del territorio controlado por el grupo argárico.

Más hacia el norte y a oriente entramos en el denominado Corredor de Almansa, amplia zona caracterizada por la peculiar disposición orogénica de sus relieves que la han convertido a lo largo de los siglos en un área principal de comunicación del interior peninsular con la fachada mediterránea. Si bien los primeros trabajos se circunscribían al término municipal de Almansa (SIMÓN GARCÍA, 1987), pronto la intensa labor de prospección sistemática desarrollada a lo largo y ancho de otros términos municipales adyacentes –Montealegre, Bonete, Alpera, ...– permitió contar con un importante volumen de información (HERNÁNDEZ PÉREZ y SIMÓN GARCÍA, 1993; 1994) que servía de marco en el que integrar las excavaciones arqueológicas realizadas en uno de los yacimientos localizados, el Cerro de El Cuchillo (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1994).

A primera vista, los datos proporcionados por estas prospecciones permiten vislumbrar un panorama estrechamente similar al que acabamos de ver en las comarcas de Hellín y Tobarra: una alta densidad de asentamientos distribuidos de manera semejante sobre el territorio, y entre los cuales se adivinan también concentraciones de algunos enclaves en torno a núcleos de mayor tamaño, que además suelen ocupar una posición central respecto a los primeros, distribuidos aproximadamente en un radio de alrededor de 5 km (HERNÁNDEZ PÉREZ y SIMÓN GARCÍA, 1993: 45). Los poblados se ubican preferentemente sobre cerros, bien de forma cónica o amesetados, siendo en éstos últimos en los que hallamos emplazados preferentemente a los asentamientos mayores, los cuales alcanzarían hasta las 0,3 Ha de superficie máxima, mientras que los de tamaño medio rondarían los 1.000 m². En muchos de los yacimientos localizados aparecen en superficie muros que rodean el poblado, a manera de murallas o de muros de cierre, así como una plataforma de piedras, atalaya o torre, en uno de los extremos.

El yacimiento del Cerro de El Cuchillo es el único excavado de forma sistemática en la zona, a pesar de que casi las dos terceras partes del registro no han sido todavía publicadas. En su momento, no obstante, se dio noticia detallada tanto de la estructura esencial del poblado como del registro artefactual exhumado en las primeras cinco campañas (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1994), lo que le convierte en uno de los yacimientos mejor conocidos del área oriental de La Mancha. El registro funerario sí ha sido publicado completo, contándose además con la información relativa al sexo y edad de los individuos inhumados en el yacimiento (DE MIGUEL IBÁÑEZ, 2002), además de un completo trabajo acerca de los objetos de adorno registrados en el emplazamiento (BARCIELA GONZÁLEZ, 2006), en donde se aportan los últimos datos publicados relativos al esquema urbanístico general del asentamiento.

Las excavaciones han determinado la existencia de tres recintos murarios al interior de los cuales quedaba circunscrita un área ocupacional en la que se distribuían una serie de unidades habitacionales –de las que sólo se han publicado los datos referentes a cinco– dispuestas a un lado y otro de una estrecha calle central que discurre en sentido norte-sur, a lo largo de la cima del cerro, ocupando prácticamente toda la plataforma superior del mismo. A esta calle se accedía desde el exterior a través de dos puertas, una situada en el extremo norte del poblado y otra en el sur. Junto a la puerta meridional, y formando parte del recinto perimetral más antiguo del poblado –Recinto I–, se alza un basamento de mampostería de forma aproximadamente cuadrangular, que se interpreta como la parte inferior de una estructura turriforme cuyo alzado tal vez se hubiera realizado con material perecedero o con tapiales.

A nivel urbanístico sin duda es la estrecha calle central, que cruza la cima del cerro, el elemento funda-

mental del esquema organizativo del área ocupada. A esta calle parecen dar acceso la mayoría de las unidades habitacionales registradas, aunque no se han localizado todos los vanos correspondientes a las distintas fases del poblado. En un determinado momento, sin embargo, estas puertas fueron cegadas para convertir esta calle en una habitación más –Departamento I. También en la zona occidental del poblado, entre los recintos I y II, aparecen algunos pequeños espacios considerados unidades habitacionales –Departamentos II y III– aunque las que mayor registro han proporcionado en esta zona son los Departamentos IV y VIII –este último todavía inédito en lo sustancial. El primero, de unos 12 m² de superficie aproximada, ha sido considerado una cisterna o almacén, habida cuenta del tipo de relleno excavado en su interior y de las características arquitectónicas que muestra el edificio (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1994: 65), cuyas paredes conservan en la actualidad más de 3,50 m de altura. De las habitaciones localizadas al norte de esta estructura, en la mitad occidental del poblado, y alineadas siempre con respecto a la calle central, no se han divulgado aún detalles relativos al registro artefactual que contenían. Tan sólo del Departamento VIII se ha mencionado la abundancia de cereales y de recipientes de almacenamiento, además de los restos de madera carbonizados que sirvieron para obtener una datación que probablemente fecha la construcción de la vivienda. No cabe duda de que en un primer momento ésta constituyó un área de almacenamiento donde también se realizaban diversas actividades artesanales, como pone de manifiesto la presencia de un numeroso conjunto de pesas de telar con cuatro perforaciones. En el extremo sudoriental de la habitación, y bajo un saliente de la roca, se disponía una estructura de maderas y manteados de barro en donde estaban dispuestos un número indeterminado de sacos de esparto conteniendo cereales, así como algunas vasijas. Junto a la pared oriental se ubicaba una estructura de combustión, muy probablemente un horno o un hogar tal vez destinado al tostado del cereal, mientras que en la parte septentrional de la estancia, separada del resto por un resalte del pavimento, se habían excavado dos amplias fosas que sin duda cumplían la función de silos de almacenamiento, muy similares en proporciones al localizado en la estancia contigua –Departamento IX–, separadas por un muro de apenas 0,45 m de anchura. Al norte de estas dos habitaciones se levantan otras tres –Departamentos X, XI y XII– la última de ellas con un sinuoso muro meridional que se adapta a la estructura de acceso de la puerta norte.

La propia planimetría que ofrece este sector del poblado permite observar cómo sobre estas habitaciones se levantaron en su día al menos otros dos niveles constructivos, con otras tantas unidades habitacionales de planta rectangular, que aproximadamente mantenían la orientación y disposición de las primeras con respecto a la calle central. Excepto en el denominado

Departamento V, contiguo a la plataforma rectangular en torno a la que se organiza el Recinto I, el resto de las viviendas de la ladera oriental –Departamentos XIII y XIV– mantienen unas dimensiones y orientación similares a las de la ladera occidental, y todas se disponen de manera semejante. El área NE del poblado parece, sin embargo, la más afectada por la erosión y por tanto la que ha ofrecido un registro más limitado.

Por sus dimensiones y características, el Departamento V constituye una de las unidades habitacionales más destacables. Se trata del habitáculo de mayores dimensiones localizado en el asentamiento, con algo menos de 50 m² de superficie. El acceso estaba situado en la pared occidental, a unos metros de la puerta sur, comunicando por éste con la calle central. En el interior se hallaron diversas estructuras de barro y mampostería, al parecer cubetas en las que se llevarían a cabo algún tipo de actividades poco definidas en función del registro obtenido. En uno de los extremos de la vivienda aparecieron amontonados varios troncos carbonizados, de los cuales se obtuvo una datación radiocarbónica. Al este del Departamento V aparece otra unidad habitacional –Departamento VI– en la que se registraron al menos cuatro pavimentaciones sucesivas, una de las cuales estaba asociada a un banco o vasar sobre el que había depositado un gran número de vasijas, una de las cuales estaba rellena de una sustancia de color rojo, presumiblemente ocre. El acceso a esta habitación se llevaba a cabo a través de un vano abierto en la línea del Recinto I, que sería posteriormente cegado al emplearse el hueco para ubicar una sepultura en cista.

En el yacimiento se han localizado varios enterramientos, la mayor parte de los cuales se ubican en el interior del área habitacional. Con independencia de la estructura empleada como contenedor, su característica más común es su asociación con momentos de amortización de los espacios con los que se encuentran relacionadas. Así sucede con las tumbas en cista que se disponían en los Departamentos II y VI, la primera cubierta por un terraplenado artificial que colmata todo el espacio, y la segunda con el cegado del vano que comunicaba la vivienda con el exterior atravesando el lienzo oriental del Recinto I. También los dos individuos inhumados en el nivel más profundo del Departamento IV se encuentran bajo un amontonamiento de escombros que parecen amortizar la estructura. Otras sepulturas se disponen en espacios especialmente planificados para albergarlas, como la tumba hallada en el extremo de una plataforma de losas de piedra, localizada entre el muro oriental del Departamento VII y el lienzo meridional del Recinto II. Al parecer, en los momentos finales de la ocupación del poblado se realizaron algunas inhumaciones carentes de ajuar aprovechando la superficie de la plataforma rectangular situada junto a la puerta sur. Por último, en varios puntos del poblado aparecieron partes esqueléticas aisladas, especialmente mandíbulas, que muy proba-

blemente supongan restos de enterramientos disturbados o quizá evidencias de prácticas funerarias todavía poco definidas, como también parece indicar el hallazgo de un cráneo bajo una losa en el Departamento XII (DE MIGUEL IBÁÑEZ, 2002; BARCIELA GONZÁLEZ, 2006).

Del yacimiento contamos además con cinco dataciones, todas procedentes de muestras de carbón, que no ofrecen sin embargo garantías plenas en cuanto a su contextualización, lo que en algún caso impide valorar si se trata de fechas relativas a los inicios o al final de las diferentes fases constructivas con las que se relacionan, a lo que se añade la alta desviación que ofrecen y que obliga a contemplar intervalos que prácticamente abarcan casi toda la primera mitad del II milenio cal BC. La fecha más antigua -I-17449-, obtenida en el Nivel III del tramo meridional de la calle, podría fijar en torno a 1950 cal BC la fundación del asentamiento -si bien sus excavadores señalan la existencia de un nivel anterior, del que no se cuenta con dataciones (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1994: 195)- mientras que las fechas de los Departamentos IV y VIII se orientan más hacia mediados del siglo XIX cal BC, y las de los Departamentos V y VI hacia mediados- finales del XVIII cal BC.

Entre finales de los años ochenta y mediados de los noventa del pasado siglo se llevaron a cabo los trabajos de prospección en La Mancha oriental que, iniciados bajo la coordinación de M. Fernández- Miranda (FERNÁNDEZ- MIRANDA *et al.*, 1994), han rendido sus resultados más acabados a comienzos del siglo XXI (GILMAN, FERNÁNDEZ- POSSE y MARTÍN, 2002). En estas prospecciones, que han permitido la detección de casi trescientos emplazamientos correspondientes, por sus características y registro artefactual, al II milenio cal BC, se han abarcado unos 10.000 km² de territorio en el que se han identificado tres tipos básicos de yacimientos que se distinguen esencialmente por su morfología: las morras -yacimientos dotados de muros defensivos de forma aproximadamente circular- los poblados -dispuestos sobre plataformas o cumbreras amesetadas, o bien aterrazados sobre laderas- y las instalaciones -cuya característica es la presencia de indicios de ocupación no asociados a estructuras o acumulaciones de depósito apreciables. De acuerdo con los datos relativos a la ubicación de los yacimientos éstos se emplazan, en un 90% de los casos, sobre elevaciones del terreno, y en un 70% cerca de las tierras situadas en los márgenes de los cursos de agua permanentes o de terrenos de aluviones fértiles, susceptibles de proporcionar los máximos rendimientos desde el punto de vista del aprovechamiento agrícola. Se trata de un patrón que puede ponerse en sintonía con el observado en otras zonas del Levante y del área de contacto con la cuenca del Segura, incluso también en lo relativo al tamaño de los poblados, ya que la gran mayoría de ellos se sitúa en torno a los 1.000 m² de superficie. Los yacimientos de más de 0,2 Ha de extensión apenas suponen una docena del total, destacando

del resto las morras de Cola Caballo y Dehesa de las Carnes, con algo más de 1 Ha y alrededor de 3.600 m², respectivamente.

En opinión de A. Gilman, M. D. Fernández- Posse y C. Martín (2002: 320) la reiteración de un mismo modelo de organización urbanística de morras y poblados con independencia de su tamaño, constituiría un indicio de que las diferencias en cuanto a dimensiones serían consecuencia no de una planificación y ordenación jerárquica territorial en torno a los asentamientos más grandes, sino del éxito y duración de las estrategias articuladas por los diferentes grupos de parentesco que los ocuparon. Sin embargo, la corroboración de dicha hipótesis exigiría, como los mismos autores admiten, un mayor y más diverso registro correspondiente a distintos asentamientos, que permita observar diferencias en cuanto a la concentración de productos y/o producciones y/o sus carencias en relación con su ubicación o morfología.

Desafortunadamente, a día de hoy seguimos contando únicamente con dos yacimientos excavados de los que se han divulgado datos relevantes en cuanto a su faseificación, características constructivas y contextos habitacionales, aunque no se han publicado todavía en extenso los registros documentados. Se trata de El Acequión y la Morra del Quintanar.

El primero de ellos se encuentra situado dentro de una de las lagunas de la comarca de Los Llanos, sobre una pequeña isla ubicada cerca de la orilla meridional. Sus excavaciones se remontan a los años ochenta, y salvo referencias generales a la estructura del emplazamiento (FERNÁNDEZ- MIRANDA *et al.*, 1994) y su cronología (FERNÁNDEZ- POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996), sólo se han divulgado algunos detalles concretos acerca de una amplia zona de habitación localizada en uno de los cortes occidentales (FERNÁNDEZ- MIRANDA, FERNÁNDEZ- POSSE y MARTÍN, 1990).

El yacimiento presenta una forma circular y un perfil cónico característico, resultado del tipo de estructuras y proceso de sedimentación producido. Aunque en los últimos trabajos publicados se le atribuye una extensión de 2.300 m² (GILMAN, FERNÁNDEZ- POSSE y MARTÍN, 2002: 318), en otras publicaciones anteriores ésta se estimaba en algo menos de 0,4 Ha (FERNÁNDEZ- MIRANDA *et al.*, 1994: 251). Las excavaciones han revelado la presencia de dos murallas circulares de tendencia concéntrica, que dotan al emplazamiento de un aspecto enormemente parecido al de las motillas de Ciudad Real, salvo que en este caso no se documenta la torre central característica de aquéllas. La muralla interior conserva más de 5 m de altura, y en algunos tramos parece haber tenido más de 6 m de anchura, rodeando en su perímetro interno un espacio de alrededor de 20 m de diámetro. La muralla exterior, más moderna y estrecha, presenta un acusado talud en su cara externa. Tanto en el recinto interno como en el espacio contenido entre las dos murallas se registran diversas estructuras, al parecer correspondientes en su

mayoría a cabañas y espacios domésticos, los cuales también se registran en algunas fases extramuros del área fortificada. Las sucesión de niveles constructivos y su asociación con una serie de dataciones radiocarbónicas permitieron estructurar la secuencia del emplazamiento en tres fases (FERNÁNDEZ- MIRANDA *et al.*, 1994) que con posterioridad quedaron reducidas en la práctica a dos, toda vez que las dos primeras se contemplan como una unidad cronológica (FERNÁNDEZ- POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996: 121).

El primer momento de ocupación de El Acequión es el peor registrado debido a la escasez de la superficie excavada correspondiente a este momento. La única fecha asociada a esta primera fase –Beta-90883– fijaría la fundación del asentamiento en el intervalo 2287-2042 cal BC (1 σ), momento en el que se construiría la muralla interna, al exterior de la cual existirían una serie de cabañas de planta circular con zócalos de mampostería de muy buena factura. Posteriormente –Fase II– se asistiría a un momento de creciente expansión demográfica del asentamiento, aumentando el número de unidades habitacionales de planta circular –algunas de gran tamaño– junto con restos de estructuras murarias de trazado rectilíneo. Sin embargo estas construcciones se caracterizan ahora por su peor calidad. En estos momentos se llevaría a cabo el único enterramiento –una inhumación infantil en fosa, con dos cuentas de *dentalium* como único ajuar (MARTÍN MORALES *et al.*, 1993: 36)– registrado en el yacimiento. El final de esta fase se sitúa en torno a 2050 cal BC, momento en el que parece darse muestras de ruina de una parte de la fortificación coincidentes con una aparente recesión demográfica inferida también a partir de los datos palinológicos.

La tercera y última fase de ocupación es la que denota mayor actividad constructiva, levantándose ahora el segundo anillo murario que rodea al primer paramento. Los datos también parecen sugerir un nuevo incremento en la densidad de la ocupación, sucediéndose en la estratigrafía varios niveles de cabañas tanto en el espacio delimitado por el recinto central como en el corredor formado entre los dos recintos concéntricos. A esta fase corresponde también el área excavada de la que se ha difundido más información, localizada en el ángulo noroccidental del asentamiento (FERNÁNDEZ- MIRANDA, FERNÁNDEZ- POSSE y MARTÍN, 1990). El abandono del poblado habría sido, en opinión de sus excavadores, relativamente lento, de modo que hacia 1800 cal BC éste habría ya dejado de estar habitado.

A diferencia de El Acequión, la Morra del Quintanar se ubica sobre una pequeña elevación natural, junto a una rambla, en la zona limítrofe entre la llanura manchega y el campo de Montiel. Las excavaciones han revelado la existencia de un espacio amurallado a una treintena de metros del cual, en dirección SE, se encuentra un área ocupada por un conjunto de cabañas construidas con tapiales y elementos vegetales. El recinto fortificado cuenta con una potente muralla de

casi 1,50 m de anchura en algunos puntos que debió rodear completamente el poblado, y que en su tramo oriental presenta una cara externa en talud. En la parte meridional se localiza una puerta de acceso, de apenas 1 m de amplitud, conformada por un muro de unos 0,80 m de anchura y que conserva aún casi 2 m de altura, separado unos tres metros de la cara interna de la muralla exterior. Este vano presenta al menos dos fases de uso antes de ser definitivamente tapiado, y en las jambas laterales aún se pudo apreciar la existencia de dos oquedades en donde probablemente se encajarían sendos postes relacionados con el sistema de cierre de la puerta. Más al interior, algunos muros de tendencia rectilínea delimitan un espacio cuadrangular de unos 4 m de anchura, que junto con algunos restos de cabañas documentados en el sector norte conforman los indicios más relevantes acerca de las unidades habitacionales existentes en el interior de la fortificación.

De esta zona del poblado procede también el registro funerario conocido hasta ahora, en el que se cuentan siete enterramientos en su mayoría individuales, con excepción de una inhumación doble de un esqueleto depositado sobre el regazo de otro. Todas las tumbas se realizaron en fosas salvo un enterramiento infantil en urna. Por su ajuar, la sepultura más destacada es la de un individuo en decúbito lateral flexionado sobre el costado izquierdo cuyo ajuar consistía en un brazalete de marfil con restos de pintura roja aparecido en el brazo por encima del codo y un afilador perforado con un remache de plata en cada extremo localizado junto a su muñeca.

El área extramuros se localiza al Sureste del recinto amurallado, y se detectó en un área excavada de unos 1000 m² de superficie. Allí se puso al descubierto un conjunto de muros, muy degradados, alineados aproximadamente en paralelo unos con otros, al norte de los cuales se alzaba un conjunto de viviendas construidas con tapiales y entramados vegetales bajo cuyos derrumbes aparecieron hogares y ajuares domésticos, así como una serie de fosas excavadas en la roca, de formas irregulares, de algo menos de 0,5 m de profundidad.

De acuerdo con las dataciones obtenidas y con las estratigrafías registradas en el yacimiento, la secuencia de la Morra del Quintanar se iniciaría con la construcción del núcleo del recinto fortificado y su puerta de acceso, que sería contemporáneo del conjunto de cabañas ubicadas al SE del mismo. Esta primera fase se desarrollaría aproximadamente entre 2200 cal BC y 1900 cal BC, concluyendo con la destrucción de las cabañas extramuros. En la Fase II, comprendida entre ca. 1900 cal BC y 1700 cal BC, se asiste a la construcción de la muralla exterior, correspondiendo a estos momentos algunas unidades habitacionales localizadas en el sector más septentrional del recinto así como el enterramiento doble y la inhumación individual con brazalete de marfil y placa perforada y remaches de plata antes mencionados. La última etapa se caracteri-

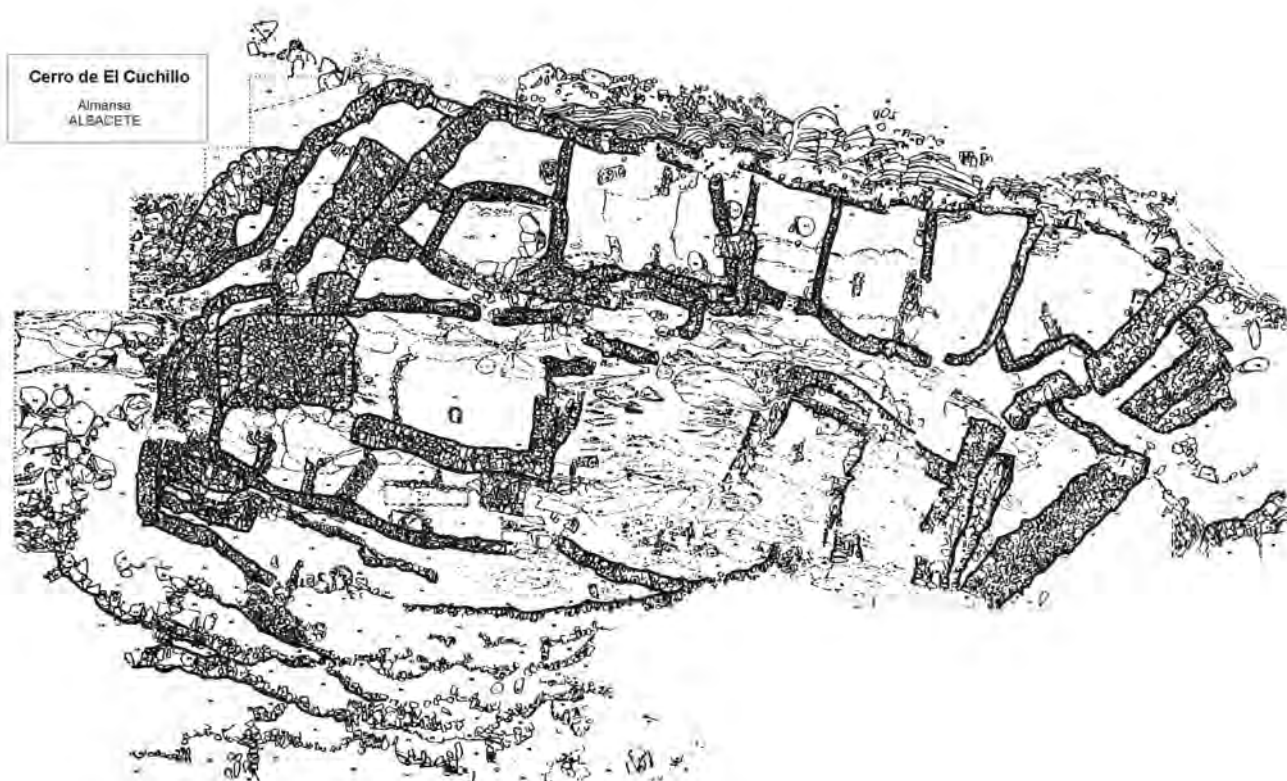


Figura III.2.11_Planta general del Cerro de El Cuchillo (cedido por M.S.Hernández, J.L.Simón y J.A.López).

za desde el punto de vista arquitectónico por las obras de refuerzo de los muros exteriores y por una sucesión de estructuras de habitación poco definidas y de escasa calidad que se concentran en el interior de la fortificación. El final de la ocupación del poblado se produciría, según sus excavadores, en torno a 1500 cal BC (FERNÁNDEZ-POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1996: 118).

Por último, el registro de la Edad del Bronce en la serranía conquense y su piedemonte, analizados por M. Díaz- Andreu (1994), ofrece unas características que en cuanto a la dinámica poblacional se muestran, una vez más, en sintonía general con lo ya conocido para el resto de La Mancha oriental y en buena medida también para otras regiones analizadas. Aunque los primeros trabajos arqueológicos en la zona remontan a finales del siglo XIX, con la excavación de la Cueva del Fraile, las intervenciones llevadas a cabo con metodologías modernas no se iniciaron hasta las décadas de los setenta y ochenta, momento en que se acometieron los trabajos en yacimientos como el Cerro del Cuco (ROMERO SALAS y SÁNCHEZ MESEGUER, 1988), Los Dornajos (GALÁN SAULNIER y POYATO HOLGADO, 1979; GALÁN SAULNIER y FERNÁNDEZ VEGA, 1983) o El Recuenco (CHAPA, LÓPEZ y MARTÍNEZ- NAVARRETE, 1979), por citar sólo algunos de los más relevantes para nuestra investigación.

El trabajo de M. Díaz- Andreu (1994) recopiló y actualizó la información concerniente a los yacimientos excavados pero también incluyó una prospección selectiva de varias cuencas, comparando la dinámica y transformación de los patrones de ocupación del territorio inferibles a partir de los datos obtenidos en ellas. En los tres valles prospectados –el del río Guadamejud, en La Alcarria; el valle del Cabriel, en La Serranía; y la cuenca del Belvís, en La Mancha– parece seguirse una misma tónica general en cuanto a la organización y distribución de los asentamientos, si bien los fundamentos sobre los que se construyen las atribuciones cronológicas para cada uno de los yacimientos prospectados podrían considerarse un tanto endeble –presencia de cerámica decorada de “tipo Dornajos” para los yacimientos antiguos; presencia exclusiva de cerámicas lisas para los del “Bronce Pleno”; y presencia de cerámicas con decoraciones de boquique, para los momentos avanzados– (DÍAZ- ANDREU, 1994: 15) aunque por otra parte constituyen, como se ha visto, el único recurso cuando no se dispone de información relativa a fechas de radiocarbono.

De los datos registrados la autora infiere una serie de transformaciones en el patrón de poblamiento a lo largo de un proceso que en sus primeras etapas estaría articulado en torno a una serie de grandes ya-

cimientos, como el Castillo de Pajaroncillo (ULREICH, NEGRETE y PUCH, 1994) y otros de tamaño menor ubicados en zonas bajas, de los que Los Dornajos sería el ejemplo mejor documentado (GALÁN SAULNIER y FERNÁNDEZ VEGA, 1983). Este poblado estaría al parecer conformado, como la Morra de Quintanar, por una zona de ocupación en cerro con muros y estructuras de mampostería y silos, y otra área de ocupación en el llano, en la que sólo se detectaron restos de estructuras endebles construidas con tapiales. El registro parece indicar que en un primer momento el hábitat se localizaba preferentemente en el llano y sólo una parte reducida de la superficie del cerro estaría ocupada, situación que se transformaría posteriormente, cuando toda el área habitada del yacimiento quedaría concentrada en la cima del cerro. De los datos publicados hasta el momento sólo parece haberse registrado partes de una unidad habitacional situada en la zona del cerro, así como algunas estructuras de almacenamiento. Las dataciones obtenidas para el yacimiento –CSIC 540 y 541– arrojaron unas fechas situadas en torno a *ca.* 1850 cal BC y *ca.* 1750 cal BC, consideradas excesivamente recientes por M. Díaz- Andreu (1994: 190), para quien el yacimiento no rebasaría el horizonte del 1900 cal BC.

De acuerdo con las informaciones proporcionadas por las prospecciones realizadas por M. Díaz Andreu en las cuencas del Guadamejud y Belvís, a partir de una fecha imprecisa que marcaría el inicio del “Bronce Medio” se produce claramente una transformación en cuanto a la distribución y relación de los núcleos ocupados en estas cuencas, que tenderán a desequilibrar a favor de algunos emplazamientos el volumen demográfico de cada valle, según lo que se infiere de su mayor tamaño en comparación con el resto de yacimientos registrados. Especialmente notorio resulta el proceso en el caso del valle del Belvís, donde la diferencia que se registra en esos momentos entre el Cerro Pelado –con más de 7.500 m² de superficie– y el resto de poblados de la cuenca –como el Recuenco, con apenas 1.400 m²– resulta indicativa de una mayor capacidad de concentración de recursos en este enclave, que no cabe justificar en su mayor proximidad a fuentes de recursos de tipo agropecuario, con las que por el contrario guarda una distancia considerablemente mayor que la de otros asentamientos del valle (DÍAZ- ANDREU, 1994: 214). La caracterización de los asentamientos de este momento se limita a los datos que proporcionan los escasos yacimientos excavados, como el Cerro del Cuco o El Recuenco, de los que no han trascendido aún más que notas puntuales o, en el mejor de los casos, avances parciales de los resultados (ROMERO SALAS y SÁNCHEZ MESA-GUER, 1988; CHAPA, LÓPEZ y MARTÍNEZ- NAVARRETE, 1979; DÍAZ- ANDREU, 1999).

La aparición de las cerámicas decoradas de tipo “boquique” marcaría en principio el abandono de muchos de los emplazamientos detectados –hasta el pun-

to de que en la cuenca del Belvís sólo un yacimiento se atribuye a esta fase–, de manera que el hábitat de estos momentos parecer concentrarse nuevamente en algunas de las grandes muelas sobre las que se levantaron los poblados de finales del III milenio cal BC, como el cerro de La Virgen de la Cuesta de Alconchel (MILLÁN MARTÍNEZ, 1988) o en Hoyas del Castillo de Pajaroncillo (ULREICH, NEGRETE y PUCH, 1994).

3. UNA PROPUESTA DE EXPLICACIÓN DEL PROCESO HISTÓRICO PARA EL ÁREA CENTRO-MERIDIONAL DEL LEVANTE PENINSULAR ENTRE *ca.* 2200-2100 Y *ca.* 1300-1200 CAL BC.

Tal y como ya pudo evidenciarse en el capítulo correspondiente a las unidades de observación temporal, resulta palmaria la sintonía cronológica que muestran la mayor parte de los acontecimientos registrados en los yacimientos de los que se cuenta con más información, dentro del ámbito geográfico analizado. Los hitos que éstos manifiestan –abandonos, fundaciones, transformaciones urbanísticas, modelos de organización de las actividades productivas, etc.– implican su participación protagonista en el devenir histórico tanto del Grupo Argárico como de su amplia zona de influencia externa o periferia, de donde cabe también deducir que todo el territorio considerado estuvo de un modo u otro involucrado en un proceso de carácter más general en el que cada grupo arqueológico jugó un papel determinado. Esta interrelación, que nosotros hemos tratado de acotar en una unidad de observación empírica definida como un sistema- mundo, se concreta también en ritmos de transformación de los patrones de asentamiento y de cambios en la cultura material a escala regional, que aunque con notables matices, se muestran equivalentes en distintos puntos de este ámbito territorial, a pesar de las distancias considerables que en ocasiones los separan.

A continuación, trataremos de exponer una hipótesis explicativa de este proceso, comprendido en el intervalo temporal que abarcan las cuatro fases reconocidas como unidades de observación temporal, establecidas en el capítulo anterior en función de los datos estratigráficos y los contextos datados por radiocarbono, registrados en el ámbito geográfico analizado, en la que venimos trabajando, conjuntamente con F. J. Jover, durante las últimas décadas (JOVER MAESTRE, 1999; LÓPEZ PADILLA, 2006a; JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1995; 1999; 2004).

Naturalmente, ésta es también la historia en la que encuentra sentido el desarrollo particular de la producción de objetos óseos, como una parte más del amplio elenco de actividades relacionadas con la reproducción social de los grupos arqueológicos estudiados, y que constituirá el punto de atención principal en el capítulo VI.

3.1. FASE I: *ca.* 2200 / 2100 - 1950 / 1850 *cal BC.*

La inexistencia de dataciones radiocarbónicas referidas a esta primera fase del Grupo Argárico en el ámbito geográfico que nos ocupa impide corroborar, como ya apuntábamos, la temprana fundación que para alguno de estos enclaves cabe inferir a partir de evidencias como determinados ajuares funerarios de San Antón y Laderas del Castillo o la valoración de los niveles más profundos de las estratigrafías de Tabayá y la Illeta dels Banyets. Mientras no se subsane esta carencia no será posible dotar de un armazón cronológico sólido a la conformación y desarrollo de este poblamiento argárico del Bajo Segura y Bajo Vinalopó, en las características que han puesto de relieve las prospecciones realizadas (LÓPEZ PADILLA, 2009c).

Sin embargo, y a falta de esa información esencial, es posible al menos plantear como hipótesis la existencia, ya desde el inicio de esta fase, de unos pocos enclaves que constituirían los núcleos más antiguos y principales, cuyos orígenes estarían directamente involucrados en el desmantelamiento de la red de núcleos anterior, como cabría deducir de su inmediata proximidad geográfica con respecto a éstos. En ese sentido, nos atreveríamos a sugerir que al menos el abandono de Espeñetas, Bancalico de Los Moros y Les Moreres, y la fundación de los enclaves de San Antón, Laderas del Castillo y Pic de les Moreres, se halla conectado de un modo más directo de lo que la mera presencia de fragmentos cerámicos con decoración campaniforme en estos tres asentamientos argáricos ha permitido apuntar, y que tal conexión tuvo sobre todo que ver con la propia constitución de la frontera septentrional argárica en la zona y el replanteamiento de la organización territorial del nuevo espacio.

Observado desde esta perspectiva, cobra sentido el transvase poblacional que la clausura y nueva fundación de unos y otros pone de manifiesto, y que debió acontecer en un momento cronológico todavía impreciso pero que a nuestro juicio cabría fijar entre *ca.* 2300 *cal BC* y *ca.* 2200 *cal BC*. Y es que la diferencia esencial que ofrecen los emplazamientos escogidos para unos y otros residió fundamentalmente en las posibilidades de interconexión visual que, a nuestro entender, permitían en uno y otro caso: encajonado en el Barranc de la Rambla, el poblado de Les Moreres se sitúa sobre un paso estratégico de primer orden, pero sin conexión visual alguna ni con la cuenca del Vinalopó ni, especialmente, con el Camp d'Elx y Vega Baja del Segura; a su vez, y a pesar de su notable altura, desde el emplazamiento del Bancalico de los Moros no es posible visualizar ningún espacio situado a oriente de la Sierra de Callosa de Segura, y en especial el Bajo Vinalopó; y desde Espeñetas, que con diferencia constituyó uno de los asentamientos campaniformes más importantes de la zona, la visibilidad se estrecha de tal modo que la Sierra de Orihuela, al norte, y el Cerro de San Miguel, al este, sólo permiten una conexión visual

directa hacia el sur y el oeste, es decir, remontando el cauce del Segura hasta divisar la estilizada figura de un peñón que se recorta claramente reconocible en el horizonte: el yacimiento de Monteagudo.

En cambio, con respecto a Les Moreres, y manteniendo una posición estratégica sobre el mismo Barranc de la Rambla, el enclave de Pic de les Moreres se sitúa sobre un punto elevado de la vertiente meridional de la Sierra de Crevillent, desde el que se divisa perfectamente no sólo el Bajo Vinalopó, el Hondo de Elche y el tramo final del Segura, sino especialmente la Sierra de Callosa, la Sierra de Orihuela y un buen número de los emplazamientos argáricos diseminados por toda esta área. Y por su parte, los poblados de Laderas del Castillo y San Antón pasan a ocupar las vertientes septentrionales de dos promontorios manifiestamente emplazados en los extremos orientales de las sierras de Callosa y Orihuela, respectivamente, variando completamente la perspectiva visual que ofrecían Bancalico de los Moros y Espeñetas. Podría decirse, al cabo, que los cambios de emplazamiento que unos y otros manifiestan en su previsible sucesión diacrónica, trajeron consigo un vuelco hacia oriente del interés de la red de interconexión visual del territorio. Si dicho vuelco coincidió, como creemos, con la definitiva inclusión del eje del Vinalopó en el ámbito argárico del Bajo Segura, por ahora sólo cabe suponerlo.

A falta de referencias cronológicas absolutas para precisar los inicios del Grupo Argárico en nuestra zona principal de estudio, cabe acudir a las series obtenidas en Lorca, en donde las muestras de semillas y de carbones datadas en las excavaciones del Convento de las Madres Mercedarias, y en las calles Cava, 35 y Rubira, 12, fija en torno a 2300- 2200 *cal BC* los niveles subyacentes a las primeras ocupaciones reconocidas como argáricas, si bien la datación de niveles supuestamente contemporáneos en el vecino solar de la calle Cava, 16, proporciona una fecha de *ca.* 2050 *cal BC*, más o menos sincrónica a la de los restos humanos datados del primer inhumado en la tumba 2 de la calle de Los Tintes –*ca.* 2080 *cal BC*. Por consiguiente, los estratos en los que se verifica la transición entre los últimos niveles con cerámicas campaniformes y las primeras manifestaciones reconocidas como argáricas en Lorca se encuadran entre aproximadamente 2250 *cal BC* –en donde cabe fijar la destrucción de las unidades habitacionales detectadas con registro campaniforme– y *ca.* 2050 *cal BC* –fecha del primer inhumado argárico.

Estos hechos, y en estos momentos, debieron tener necesariamente consecuencias más allá de las fronteras argáricas. En función de las dataciones de Terlinques, podemos inferir que en torno a 2100 *cal BC* se produciría el abandono de la mayor parte de los asentamientos campaniformes y la fundación de una serie de enclaves, distribuidos en torno a las zonas con más recursos –como la Laguna de Villena– que constituirían los núcleos a partir de los cuales se va a estructurar el poblamiento del valle del Vinalopó.

Los poblados de este momento estarían integrados por unidades habitacionales grandes, semejantes a la Unidad Habitacional -UH- nº1 de Terlinques, en donde bajo el mismo techo se da una división espacial de las áreas de actividad: almacenamiento de productos alimenticios, productos textiles, carne en seco, metal, productos para la combustión; elaboración de productos sobre soportes duros como asta de ciervo o madera; molturación de cereal; área de consumo, etc., como expresión de una comunidad autosuficiente formada por varias unidades domésticas que almacenan, procesan y consumen la producción generada por su trabajo en el campo y el pastoreo de ganado, y que a través del intercambio o por medio de relaciones de reciprocidad diferida obtendrían metal y otros materiales foráneos (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004).

Carecemos de datos útiles concernientes a unidades domésticas de similar cronología en el Valle del Vinalopó que nos permita aumentar el apoyo empírico a esta proposición, y otros yacimientos excavados en zonas próximas, que cuentan con dataciones radiocarbónicas coetáneas, como Mas del Corral, ni han sido publicados aún en extenso ni la superficie excavada permite, en principio, evaluar tal extremo. Afortunadamente, sí contamos con la publicación de los trabajos llevados a cabo en el yacimiento valenciano de la Lloma de Betxí, en Paterna (DE PEDRO MICHÓ, 1998). Integradas en una horquilla cronológica similar a la fase I de Terlinques, las excavaciones de la Lloma re-

velaron dos amplias habitaciones, comunicadas entre sí por un vano, en cuyo interior se documentaron áreas de actividad y consumo muy semejantes en su configuración, a la UH 1 de Terlinques, ilustrando un paisaje doméstico significativamente similar.

Sin duda, otro tanto podría afirmarse a partir de la información que proporciona el único espacio de carácter doméstico publicado hasta ahora de El Acequión, en donde en estos mismos momentos se asiste a la ocupación de una amplia franja del anillo murario exterior en donde aparecen distribuidos diversos espacios destinados al procesado y consumo de alimentos, así como varias áreas de almacenamiento, alguna posiblemente construida en varias alturas con madera y barro y fijada al suelo mediante postes, lo que a nuestro juicio indujo a sus excavadores a interpretarla erróneamente como cabaña circular. En esta área se localizó un gran número de vasijas de cerámica, algunas de ellas conteniendo piezas líticas recién elaboradas y lascas preparadas para ser retocadas, así como una gran diversidad de productos, como hachas planas de metal, pesas de telar de cuatro perforaciones, polvo de ocre y marfil, entre otras (FERNÁNDEZ- MIRANDA, FERNÁNDEZ- POSSE y MARTÍN, 1990).

Es posible suponer, pues, que nos hallemos ante uno de los tipos más característicos de unidades habitacionales en esta primera fase, si bien es cierto que contemporáneamente parecen también darse otros modelos de organización arquitectónica de los espa-

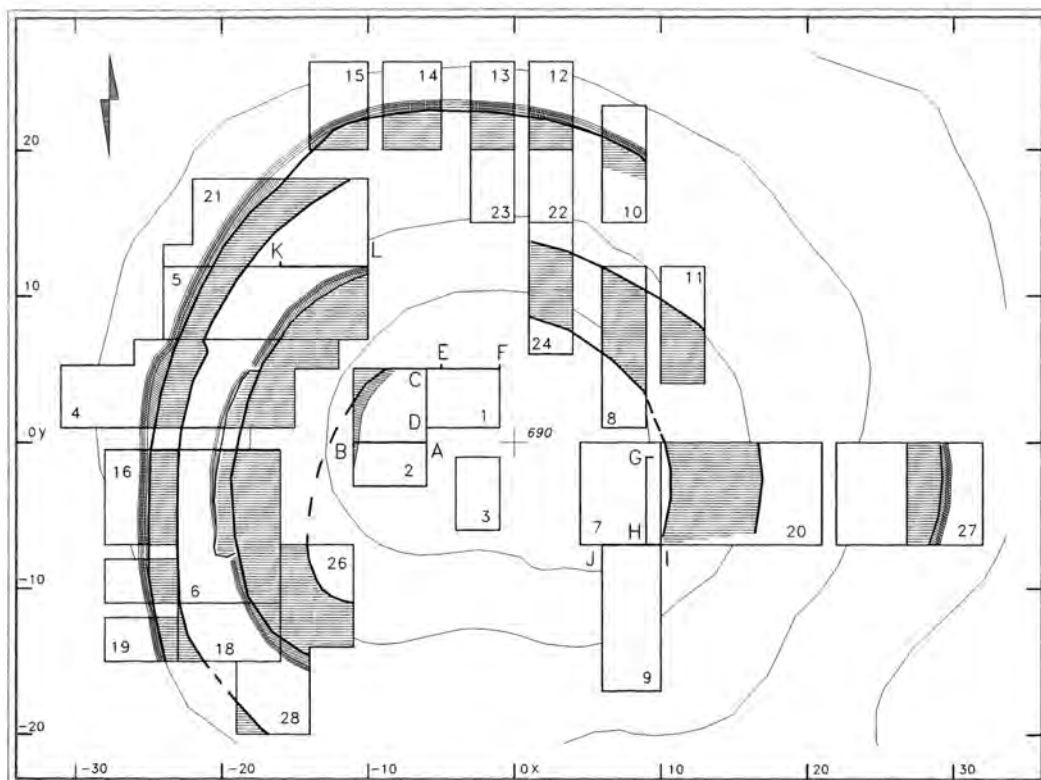


Figura III.2.12_Planta general del Acequión (FERNÁNDEZ- POSSE, GILMAN y MARTÍN, 1998).

cios domésticos, como podrían indicar los zócalos de mampostería, de planta circular, localizados también en El Acequión o el caso del Alto Mijares, en donde aparentemente hallamos viviendas de dimensiones más reducidas –en torno a 25 m²–, con paredes de barro y postes, muy mal conservadas o incluso desaparecidas, que emplean como pared maestra un gran muro longitudinal de casi 2 m de espesor y algo más de 15 m de longitud, sobre el que también se apoyan una serie de estructuras de tapial para el almacenamiento del cereal (PICAZO MILLÁN, 1993).

El crecimiento demográfico en el seno de estos núcleos estimulado, entre otros factores menos esenciales, por la explotación impuesta por el Grupo Argárico en base a su control exclusivo de las vetas de cobre generaría, pasado un tiempo, contradicciones cuya superación se alcanzaría, en condiciones de mantenimiento del mismo grado de desarrollo de las fuerzas productivas, mediante un nuevo proceso de fisión grupal. El grupo escindido se asentaría en un nuevo enclave, reproduciendo una organización productiva y social idéntica a la de la unidad de asentamiento origen, con la que seguiría manteniendo lazos de filiación y de reciprocidad. Las tierras asignadas a cada nueva unidad familiar de producción serían repartidas de forma equitativa en propiedad, a condición de que no se solapasen con las de otras familias del mismo linaje o de linajes emparentados ya establecidas en el territorio.

La apropiación de estos nuevos enclaves se expresaría en el registro, además, en las inhumaciones de algunos individuos en el interior de los asentamientos. Estos enterramientos, practicados en fosas y por lo general únicos y aislados, se han documentado en la Lloma de Betxí, El Acequión, Castillo de Frías y Muntanya Assolada, y la mayoría muy probablemente se llevaron a cabo en fechas cercanas a su fundación. Al menos es lo que cabe inferir a partir de las dataciones que han proporcionado los restos datados por radiocarbono de los dos últimos yacimientos mencionados.

De este modo tomaría cuerpo el patrón de distribución uniforme de los asentamientos que se advierte con claridad en los casos mejor estudiados, como el valle del Vinalopó y los valles del Alfambra-Turía y Alto Mijares, vinculado a la consecución de una garantía de mantenimiento y funcionamiento de la comunidad bajo relaciones sociales de carácter igualitario, que impidiesen la concentración de los medios de producción –la tierra, especialmente– y preservase la plena autosuficiencia de cada unidad familiar, al tiempo que se acrecía la consolidación territorial y se alcanzaba un mayor grado de cohesión grupal.

En ese contexto se explica el patrón de ocupación observado en la mayoría de las cuencas, que en el caso del Vinalopó indica que los asentamientos de mayor superficie ocupada, aproximadamente equidistantes unos de otros y presuntamente contemporáneos de Terlinques, ofrecen unas similares características en cuanto a la altura media sobre el fondo del valle, acce-

sibilidad, condiciones de defensa y distancia con respecto a los terrenos más aptos para el cultivo (JOVER, LÓPEZ y LÓPEZ, 1995), lo que constituye exactamente la misma tónica observada en los valles del Alfambra-Turía y Alto Mijares (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 2001: 105) en estos mismos momentos. El patrón que se dibuja en La Mancha parece ofrecer, en cambio, un panorama dominado por la dualidad que implica la presencia a un tiempo de reductos fortificados con murallas, por una parte, y agrupaciones de unidades habitacionales emplazadas en sus inmediaciones pero al exterior de los mismos, por otra, modelo que se documenta en El Acequión y en la fase más antigua de la Morra del Quintanar.

En este proceso de plena ocupación del territorio, culminado durante esta primera etapa, tampoco parece buscarse específicamente el control de las vías de comunicación. Al menos en la Cubeta de Villena en ningún caso parece poder señalarse con claridad una vinculación estrecha de ningún emplazamiento con el control estratégico de vías de comunicación, como sí ocurría con la mayoría de los enclaves en altura campiformes del Prebético Meridional en la fase anterior. Los escasos productos alóctonos documentados en los asentamientos excavados debieron obtenerse a través de procesos de intercambio, ya fuera a nivel intragrupal o intergrupalo, en relación con el mantenimiento o potenciación de alianzas, celebraciones, matrimonios y reciprocidad diferida (MEILLASSOUX, 1985). La importancia de este tipo de relaciones entre las distintas familias asentadas en cada valle puede también valorarse, al menos en el caso del Vinalopó, en el hecho de que la mayoría de los enclaves no guardan entre sí una distancia superior a los 7 km en línea recta, o lo que es lo mismo, la que aproximadamente puede cubrirse en dos horas de camino con un buey cargado (CHAPMAN, 1991).

3.2. FASE II: CA. 1950 / 1850 - 1750 / 1650 CAL BC.

En general, esta fase se caracteriza por una serie de transformaciones claramente detectables en el registro tanto del ámbito argárico como de su periferia oriental y septentrional. En el primero, los cambios se concretan, a escala territorial, por un lado en la culminación de la etapa expansiva que implicó la incorporación del espacio más occidental del Argar, la Vega de Granada y la campiña jienense –alcanzando así, probablemente, los límites máximos de la expansión en el marco de los parámetros determinados por la propia estructura de las relaciones sociales de producción argáricas–, y por otro, en la aparición y multiplicación, por todo el Campo de Lorca y la cuenca del Guadalentín, de una serie de enclaves emplazados en llano o piedemonte, cercanos a cursos fluviales, caracterizados por la dispersión de las unidades habitacionales que los integran, como Los Cipreses o Rincón de Almendricos.

Paralelamente, en los asentamientos en altura mejor conocidos como Gatas y, sobre todo, Fuente Álamo, se producen otros cambios no menos relevantes en cuanto a la organización urbanística, que en este último yacimiento implicaron la construcción del edificio turriforme H, que junto con el edificio P, pasaron a articular en torno suyo prácticamente todas las actividades productivas y de almacenamiento de la cima del poblado.

En lo que concierne al Grupo Argárico, por tanto, se trataría de una fase claramente expansiva en todos los órdenes, pues a la incorporación de nuevos territorios occidentales en los que estaban disponibles tanto vetas metalíferas como tierras de alto aprovechamiento agrícola, en el área nuclear lorquina, en el centro del territorio argárico constituido durante las etapas anteriores, se asistiría a un proceso de intensificación en el aprovechamiento agrario mediante la fundación de enclaves al pie mismo de las áreas de cultivo, consecuencia de las óptimas condiciones que para ello ofrecía la nueva situación geopolítica generada durante dicha expansión.

Por su parte, hacia 1900 cal BC se empiezan a observar también en la periferia argárica cambios fundamentales en el registro arqueológico que permiten plantear a su vez una cierta transformación en la organización socioeconómica precedente, materializada de manera muy clara en la imposición de unos nuevos criterios en la gestión territorial. En las estratigrafías de los principales yacimientos excavados de la periferia argárica, sin embargo, las transformaciones se concretan fundamentalmente a partir de la destrucción de las viviendas fundadas en la fase anterior –Unidad Habitacional 1 de Terlinques; Habitaciones I y II de la Lloma de Bexí– y en algunos casos, como sucede en La Mancha Oriental, en el abandono total de los asentamientos –El Acequión– o la concentración del área ocupacional –Morra del Quintanar– mientras que en las cuencas del Alfambra y del Mijares, el abandono de unos poblados tras destrucciones violentas –Las Costeras– viene a coincidir con la fundación de otros nuevos –Hoya Quemada.

En función de los datos que ofrece el registro del Medio y Alto Vinalopó, que constituye uno de los ámbitos mejor estudiados, puede proponerse que el modelo precedente de expansión pudo reproducirse hasta el momento en que todas las tierras de óptimo agrícola de las distintas cubetas del valle estuvieron ocupadas. A partir de ese momento se haría ya imposible una mayor división del territorio grupal en el marco de un mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, el estímulo para la expansión demográfica en el seno de las unidades familiares ya asentadas se mantendría constante: en primer lugar, como consecuencia de la competencia por el liderazgo grupal, lo que en atención a paralelos etnográficos sabemos que suele estar íntimamente relacionado con las capacidades productivas y la aportación de cada una de ellas a

la esfera de las relaciones de reciprocidad intragrupal (TERRAY, 1971; MEILLASOUX, 1981); y en segundo lugar, por las condiciones impuestas por las relaciones de explotación intersocial, implícitas en la dinámica centro-periferia establecida con respecto al Grupo Argárico, que continuaron jugando un papel esencial en la estimulación y aceleración de todas estas transformaciones. A partir de entonces los distintos núcleos se verían abocados, o bien a plantear un conflicto con los linajes asentados en los territorios vecinos por el dominio de sus tierras de cultivo óptimo; o bien a asumir y sostener en sus propios territorios el aumento poblacional necesario para continuar incrementando el volumen de producción, único modo de garantizar la reproducción social y asegurar la disposición del excedente exigido en el marco de las relaciones de explotación impuestas por el Grupo Argárico. Creemos que muy probablemente las destrucciones que clausuran la fase precedente, como la de la Unidad Habitacional nº1 de Terlinques, se imbricarían de lleno en este contexto de transformaciones que no es lógico suponer se produjera sin tensiones intra e intergrupales, y que como veremos acabaría reorientando en gran medida la tendencia a la fisión de la comunidad.

El desarrollo de las fuerzas productivas que se empieza a generar en el Grupo del Prebético Meridional valenciano dentro de esta nueva dinámica es observable a partir de diversos indicadores, aunque los más evidentes, por el momento, son los que se desprenden del análisis de los patrones de ocupación del territorio:

a) primero, con la presencia de nuevos asentamientos que, extendiéndose desde las unidades principales, constituirían grupos familiares más pequeños pero dentro del territorio de producción propio de cada unidad de asentamiento nuclear. En el Vinalopó se observa esta circunstancia en la repetitiva asociación de asentamientos de tamaño más reducido en las proximidades de los núcleos de mayor tamaño, de la que es posible enumerar muchos ejemplos –Cabezos de Valera 1 y 2; Cerro de la Virgen 1 y 2; Atalayuela y Cabezos de Penalva, etc. (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1999). Se trata del mismo patrón observado en el Corredor de Almansa por M. S. Hernández y J. L. Simón (1994: 207), constatado igualmente en el resto del área oriental manchega (GILMAN, FERNÁNDEZ-POSSE y MARTÍN, 2002).

b) en segundo lugar, en la habilitación de mecanismos más exigentes para el control del espacio productivo grupal, consecuencia de la intensificación sobre los recursos y el aumento de la presión demográfica, con el que ha de ponerse en relación la creación de enclaves con una clara función logística, tales como Barranco Tuerto, Peñón de la Moneda o Sierra del Collado (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2005). Esta mayor especialización de una parte de los asentamientos pertenecientes a esta fase también se observa en otro de los ámbitos más intensamente estudiados: las cuencas de Alfambra y del Alto Mijares, en donde

algunos enclaves comienzan a potenciar claramente las características defensivas y de control visual del territorio, seleccionando ubicaciones en áreas montañosas muy alejadas de los recursos agrícolas del valle (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 2001: 105).

El registro disponible apenas ofrece en la actualidad datos que permitan corroborar la intuida sincronía que parecen presentar ambos procesos, pues apenas contamos con dataciones y/o estratigrafías bien documentadas en asentamientos de estos dos tipos. En el caso del Alto Vinalopó, la excavación de Barranco Tuerto (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2005) sitúa la fundación del poblado en esta fase, lo que permitiría proponer que, al menos en esta zona, la aparición de enclaves en los que se potencia la capacidad de control visual directo sobre el espacio productivo inmediato se produce efectivamente en estos momentos. Por ahora, creemos que la cronología inicial que apunta Barranco Tuerto podría ser en general extrapolable tanto a los pequeños poblados instalados en alturas destacadas, alejados del fondo del valle, como al resto de asentamientos menores localizados en algunos puntos en torno a los grandes núcleos fundados en la fase anterior.

Todo ello vendría a coincidir con el inicio del despegue de determinados enclaves en cada cuenca hidrográfica, los cuales pasarán a consolidar definitivamente, en la fase siguiente, un papel preponderante resultado de la asunción de funciones específicas como centros redistribuidores a escala regional. A pesar de que para algunos autores como A. Gilman, M. D. Fernández- Posse y C. Martín (2002) la escasa entidad de las diferencias de tamaño constatadas entre los asentamientos de la periferia argárica no puedan considerarse suficientemente expresivas de la existencia de un determinado nivel de jerarquización, somos de la opinión de que aun cuando las diferencias no sean demasiado notables, éstas existen, y su relevancia cobra más sentido cuando se observa que además de ser los más grandes, tales asentamientos se ubican casi invariablemente en posiciones de centralidad con respecto a las cuencas y valles respectivos o en puntos neurálgicos para la comunicación interregional.

Analizando desde esta perspectiva la información disponible para diversos ámbitos del territorio periférico argárico, podemos comprobar cómo esta posición de centralidad se manifiesta claramente en los casos, por ejemplo, de la Vall d'Albaida, en donde el poblado del Cabezo del Navarro, cercano a las 0,4 Ha de extensión (RIBERA GÓMEZ y PASCUAL BENITO, 1994: 24) se sitúa precisamente en la cabecera del río, sobre el punto en el que se produce el tránsito entre el Valle de Los Alhorines, al oeste, y la cuenca del Clariano, al este. En otras zonas donde las investigaciones no han profundizado tanto en el análisis del territorio, como por ejemplo en el valle del Túria, parecen sin embargo darse las mismas características, pues el emplazamiento más grande de la cuenca, el Tossal de Sant Miquel, ocupa también una posición marcadamente central

con respecto a la misma (DE PEDRO MICHÓ, 1998: 262).

Idéntica situación se repite en los valles del Alfambra y del Alto Mijares, analizados de forma exhaustiva por F. Burillo y J. V. Picazo (2001). En el primero, el poblado del Castillo de Alfambra, que es el de mayor tamaño de la cuenca, ocupa también una posición central con respecto al valle del Alfambra, a medio camino entre las estribaciones meridionales de la sierra y la confluencia del río con el curso del alto Turia, de forma análoga a lo que ocurre contemporáneamente en el tramo alto del Mijares, en donde el emplazamiento de Puntal Fino, el de mayores proporciones, no sólo se ubica en la zona media de la cuenca sino que además ocupa un punto altamente estratégico para las comunicaciones a escala interregional, en la confluencia del río Mijares con el Albentosa, remontando el cual, y a través del puerto de Torrijas y continuando por el Valle del Arcos, se atraviesa en sentido NE- SO la Sierra de Javalambre para alcanzar el valle del Alto Turia (Fig. III.3.1).

En zonas como el área oriental manchega la inexistencia de excavaciones y, por consiguiente, de estratigrafías y dataciones de un conjunto suficientemente representativo de los yacimientos registrados, impide corroborar también aquí la cronología de este proceso. Pero empleando los datos, aún no completamente publicados, de las prospecciones realizadas, podemos comprobar cómo también en esta zona se observa el mismo modelo de organización del territorio:

La Morra de Cola Caballo, de casi 1 Ha de superficie y ubicado sobre la orilla occidental de la Laguna de Pétrola, no sólo se encuentra, ciertamente, en un entorno de humedal con un alto potencial agrícola (GILMAN, FERNÁNDEZ- POSSE y MARTÍN, 2002: 318), sino que además ocupa un lugar marcadamente central en la amplia área comprendida entre las sierras de Monte Aragón y de Higuera, al norte y la Sierra de Pinilla, al sur. Por su parte, los yacimientos de Bolinches y Cerro Pelado, en la cuenca del Alto Júcar, que destacan claramente por sus dimensiones del resto de los yacimientos localizados en su entorno (FERNÁNDEZ- MIRANDA *et al.*, 1994: 265), ocupan sensiblemente áreas centrales del curso del río, aspecto especialmente marcado en el caso del Cerro Pelado, justo sobre el cauce del Arroyo de Abengibre a medio camino entre las estribaciones meridionales de la serranía conquense y el valle del Júcar. En el caso de Bolinches se une además el estar sobre la confluencia de dos cursos fluviales como son el Júcar y el Valdemembra. En fin, otro tanto cabe inferir de la estratégica situación que ocupa la morra de Dehesa de las Carnes, en la cuenca del río Jardín, también muy destacada con respecto al resto de yacimientos registrados (GILMAN, FERNÁNDEZ- POSSE y MARTÍN, 2002: 318). Sus dimensiones, de alrededor de 3.600 m², bien pueden ponerse en relación con el papel que debió ejercer como puerta de entrada y salida al llano albaceteño en dirección al valle del Guadalmena, remontando el curso del río Jardín por el Puerto de los

Pocicos, exactamente por el mismo camino que hoy recorre la carretera que une las poblaciones de Balazote y de Alcaraz.

Cabría finalmente añadir un ejemplo más, que sin embargo no es posible confirmar hoy con datos estratigráficos, pues debido a la gran importancia que adquirirá en la Fase IV, y a la intensa actividad constructiva desarrollada en ese momento, son muy pocos los restos documentados en Cabezo Redondo que nos permitan situar con precisión el momento fundacional del poblado. Sin embargo nos consta siquiera un dato que podría ubicar cronológicamente tal evento al menos en esta Fase II, cual es la fecha H-2277, obtenida de un poste del nivel más profundo del Departamento VII, que proporcionó un intervalo comprendido entre 1959 y 1869 cal BC (1σ). En cualquier caso, de la mera observación del patrón que ofrece la disposición de los yacimientos de la Cubeta de Villena se desprende de inmediato su más que marcada centralidad con respecto a todos los demás.

El surgimiento de estos poblados que creemos oportuno calificar de “centrales” –aún cuando aceptemos lo modesto de sus dimensiones en comparación con los “centros” argáricos contemporáneos– sólo pudo acontecer al mismo tiempo que se consolidaba un nuevo modelo de apropiación del territorio, ligado a un mayor grado de cohesión social, que hiciera posible mantener una progresión constante en el crecimiento de la producción y de la disposición de fuerza de trabajo pero sin transgredir más que tangencialmente los principios de propiedad territorial colectiva. Sólo en ese marco resultaría factible sustituir el mero reparto del espacio entre linajes, característico de la Fase I, y la autonomía de cada núcleo en la gestión de la producción de bienes artesanales y subsistenciales que éste llevaba aparejado, por un reparto y reasignación de ciertas funciones a una escala territorial, lo que no obstante implica cambios fundamentales en los criterios de gestión de lo producido y su distribución, pero no necesariamente en la propiedad de los medios de trabajo. Ello explicaría el que en esencia los pequeños asentamientos fundados junto a los núcleos mayores o sobre puntos geográficos destacados, orientados al control visual del territorio, presenten características morfológicas tan similares a los asentamientos más grandes.

Estas nuevas bases para la cohesión y articulación regional de los espacios ocupados se advierte también, en los casos más intensamente analizados hasta ahora, en el inicio de la diferenciación de patrones decorativos en determinados productos, tales como la cerámica, como acontece en los casos del Alfambra y del Alto Mijares (BURILLO MOZOTA y PICAZO MILLÁN, 1997: 50). Tal vez sea éste también el momento en que otras diferencias, por ahora sólo intuidas en el registro, comenzasen a tomar cierta consistencia, como por ejemplo la práctica del enterramiento infantil en urna, hasta ahora sólo constatada en La Mancha en el Campo de Montiel

y, en general, a occidente de la cuenca del Júcar –en la Motilla de Azuer (NÁJERA COLINO *et al.*, 2006), en Morra del Quintanar (MARTÍN MORALES *et al.*, 1993), y en el Cerro Pelao de Tébar (DÍAZ- ANDREU, 1994).

3.3. FASE III: CA. 1750 / 1650 - 1550 / 1450 CAL BC.

Durante el tránsito del siglo XVIII al XVII cal BC parece producirse una nueva transformación perceptible en el registro de al menos una parte de la zona argárica y su ámbito periférico. Es lo que cabe inferir de las estratigrafías de los yacimientos de Fuente Álamo y Gatas –en donde se desarrollan, respectivamente, el horizonte Fuente Álamo IV y la Fase Gatas IV– y también en Terlinques y Morra del Quintanar, donde comienzan las últimas fases de ocupación –Fase III de Terlinques y Fase III de Quintanar. A grandes rasgos, tanto en una como en otra área parece asistirse a una notable concentración de los medios de producción en determinados lugares, en los que también se suele constatar el almacenaje de bienes subsistenciales, mientras que el resto de las unidades habitacionales documentadas parecen destinarse básicamente al consumo.

En el espacio argárico, la construcción del edificio O de Fuente Álamo, muy semejante al edificio H de la fase anterior, parece repetir en lo fundamental un mismo modelo de concentración de actividades de producción y almacenaje en torno suyo, independientemente de las funciones de representación o de carácter socioideológico e identitario que pudieran también haberse desarrollado en su interior o alrededores (SCHUHMACHER, 2003), cuestión sobre la que volveremos más adelante. En cambio, en la ladera meridional se registra ahora una acusada concentración de áreas de actividad vinculadas con la transformación de grano, faltando sin embargo los grandes contenedores de cerámica y documentándose únicamente recipientes de tamaño mediano o pequeño. En Fuente Álamo parece darse también una creciente especialización de los espacios de consumo, visible en una cierta tendencia a la concentración de los hogares, los cuales ya no se registran en todas las unidades habitacionales (RISCH, 2002a: 225).

Este esquema de centralización y especialización productiva de ciertos ambientes se reconoce también en la denominada “Casa de las Urnas”, en Gatas (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1998a: 16), una unidad habitacional de aproximadamente 55 m² en donde se localizó una importante concentración de instrumentos para la molienda del cereal dispuestos para ser utilizados, junto a una banqueta de tapial alrededor de la cual se localizaron diversos contenedores cerámicos de gran tamaño destinados al almacenaje de grano. Así mismo, en su interior se constató también el almacenamiento de rocas para la producción de molinos. A juicio de sus excavadores, el volumen potencial de harinas que po-

día elaborarse en el interior de este ambiente superaría con mucho el necesario para mantener a una unidad doméstica autosuficiente, en donde sólo sería necesario mantener operativos uno o dos molinos.

En otro orden de cosas, el inicio de esta fase aparece también marcado en el Grupo Argárico por una expansión importante de los contactos con el exterior. Al menos eso es lo que insinúan hallazgos como el aplique de marfil dentado de la tumba I de la Illeta dels Banyets, cuya cronología y semejanzas morfológicas orientan tanto hacia el Mediterráneo como al Atlántico (LÓPEZ PADILLA, 1995; LÓPEZ, BELMONTE y DE MIGUEL, 2006). No es casual tampoco que sea en estos momentos cuando encuentran contexto muchos de los elementos que permitieron señalar a H. Schubart (1975) las “relaciones mediterráneas” del Argar y que, entre otros, incluían las celeberrimas cuentas de fayenza de Fuente Álamo.

En lo que respecta a las prácticas funerarias (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1993-94; LULL *et al.*, 2004), es ahora cuando parece normalizarse definitivamente en todo el espacio argárico el enterramiento de niños, generalmente en el interior de urnas de cerámica, pero también en fosas y otros tipos de receptáculos. Por otro lado, también es en estos momentos en los que se sitúan cronológicamente la mayoría de las sepulturas datadas por radiocarbono de la Illeta dels Banyets y de los yacimientos argáricos del Bajo Vinalopó y Bajo Segura.

Por otro lado, en el área nuclear del Campo de Lorca y del Guadalentín se asistirá a lo largo de esta fase al abandono de los poblados ubicados en el llano, como Los Cipreses o Rincón de Almendricos. A pesar de los acontecimientos de carácter catastrófico que pudieron acontecer en los momentos finales de la ocupación de algunos de ellos –como por ejemplo la riada que parece sepultar la última fase del Rincón de Almendricos (AYALA JUAN, 1991)– creemos que este posible despoblamiento de los núcleos emplazados a pie de monte o junto a las ramblas fue sobre todo consecuencia del cambio en las circunstancias sociopolíticas que sin duda conllevaron un mayor grado de tensión intrasocial en el Grupo Argárico.

Muy probablemente, la reorganización de los espacios domésticos, su remodelación y la separación cada vez más acusada de la mayoría de las áreas de actividad de consumo respecto de las áreas de actividad productiva, son aspectos que en la orla territorial periférica del Grupo Argárico tampoco comienzan en esta fase, sino que tomaron carta de naturaleza en la fase anterior. Sin embargo, el registro estratigráfico disponible en los yacimientos mejor conocidos no permite precisar exactamente cuándo comienzan de facto estas transformaciones. Es probable que a la vez que se reordenaba el modelo de explotación productiva a escala regional, generándose una dinámica de mayor especialización y complementariedad entre la red de asentamientos existente en cada cuenca, y se iba pro-

duciendo un mayor grado de cohesión e interdependencia territorial con la generación de centros comarcales, el control de la producción y de la distribución de lo producido condujese a una necesaria modificación urbanística de los asentamientos que atendiera a los nuevos requerimientos.

En Terlinques, el inicio de la Fase III viene marcado por la fecha Beta-227574, tomada a partir de un hueso de bóvido contenido en los rellenos de preparación del pavimento de la Unidad Habitacional 10, la cual lo sitúa en el intervalo cronológico comprendido entre 1737 cal BC y 1626 cal BC (1 σ). La organización del poblado en este momento resulta bien definida, caracterizándose por la notable reducción del tamaño de la gran mayoría de las unidades habitacionales con respecto a las de fases anteriores, con el consiguiente aumento del número de departamentos, situados a lo largo de una estrecha calle central a través de la cual se da acceso a los mismos. Los cuatro calzos de poste equidistantes, situados en la zona en la que el corredor se estrecha, en su tramo oriental, parecen haber formado parte de la estructura de una puerta con la que en determinados momentos se cerraría el acceso a la calle desde el exterior.

A pesar de que el registro no resulta tan completo, el diseño y la planta de las unidades habitacionales así como el patrón urbanístico que éstas configuran con respecto a un corredor central es también detectable en algún otro yacimiento excavado en el valle del Vinalopó que, como La Horna, en Aspe, se ha adscrito a momentos avanzados (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994) y que parece poder seguirse así mismo en otros enclaves como la Mola Alta de Serelles (TRELIS MARTÍ, 1984b) o Mas de Menente (PERICOT GARCÍA y PONSELL CORTÉS, 1928). Esto último implicaría, naturalmente, atribuir a esta fase cronológica las estructuras representadas en las planimetrías publicadas de estos dos últimos yacimientos, consideradas tradicionalmente como modelo de los poblados del “Bronce Valenciano”.

Aunque con un registro algo más parco, debido a las construcciones de época ibérica que se le superponen y que las han afectado parcialmente o han impedido su completa documentación, las estructuras exhumadas en el Puntal dels Llops ofrecen unas dimensiones y características semejantes (DE PEDRO MICHÓ, 2002) y una fecha plenamente coincidente con esta fase –1628- 1527 cal BC (1 σ)– si bien un tanto más tardía que en el Vinalopó, y que podríamos hacer extensible a otros poblados de la cuenca del Turia en los que se han registrado también unidades habitacionales de tamaño y características similares, como en el Puntal de Cambra (ALCÁCER GRAU, 1955). Aquí, sin que sea posible apreciar un patrón de distribución de las viviendas claramente organizado, se observa con nitidez la presencia de un estrecho corredor que discurre entre los departamentos 1 y 3, y que daba acceso al departamento 4, situado junto a la base de una estructura de forma rectangular, construida con grandes

bloques de piedra, que alcanzaba cerca de 0,70 m de alzada en algunos puntos y que resulta muy similar en dimensiones al documentado en el Cerro de El Cuchillo. Éste último, sin embargo, presenta aún con más claridad que aquél el trazado de una calle central y habitaciones distribuidas a los lados, si bien las dataciones radiocarbónicas obtenidas tanto en la calle como en los niveles más profundos de los Departamentos IV y VIII se sitúan en un horizonte cronológico algo más antiguo, incluso teniendo en cuenta el amplio intervalo de desviación ± 90 años— que todas ellas presentan. En cualquier caso, la fecha obtenida del nivel II del Departamento V y del nivel I del Departamento VI—1877- 1612 cal BC y 1867- 1535 cal BC (1σ)— permiten inferir la contemporaneidad de los contextos fechados con la fase III de Terlinques y, por ende, con la cronología atribuida a esta última fase de los poblados del Serpis y del Turia antes mencionados, así como también del Mijares, en donde el horizonte temporal que ofrece el yacimiento de Hoya Quemada, con viviendas de características muy parecidas y también organizadas en manzanas de casas a un lado y otro de un estrecho corredor exterior (PICAZO MILLÁN, 1993: 41) resulta comparable al que ofrece el resto de yacimientos.

En cuanto a las áreas de actividad, parece que asistimos a una concentración tanto de las áreas de almacenamiento como de los ámbitos implicados en la transformación y procesado de los productos subsistenciales básicos, que en principio podemos suponer orientada hacia un mayor control de los bienes producidos. En el caso de Terlinques, el registro de las

unidades habitacionales 11, 12, 13 y 14, localizadas al norte de la calle central, denota la realización de diversas actividades relacionadas con el empleo de gran número de percutores, cantos y otros instrumentos líticos. En las habitaciones 11 y 12, a ello se une también la existencia de un área reservada al almacenamiento, con dos grandes tinajas de cerámica, y también a la molienda de grano, pues se registraron cerca de 20 molinos y molederas esparcidos por todo el pavimento, lo que contrasta de forma notoria con la escasez de este tipo de productos en el registro de las demás habitaciones documentadas en esta fase (Figura III.3.3). En la unidad habitacional 13, adyacente a las anteriores, la concentración muy notable de percutores y cantos rodados con señales de uso indica el desempeño especializado de otro tipo de actividades, también en esta zona del poblado.

Esta tendencia a la especialización productiva de determinadas habitaciones puede también observarse en otros de los yacimientos antes citados y que han sido completamente excavados, como La Horna, con diferentes departamentos con concentración de actividades de almacén y molienda de grano y otros con producción metalúrgica (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994). También es lo que cabe inferir de las parcas anotaciones aportadas en ese sentido por antiguas excavaciones, como las que nos refiere E. Botella (1928: 9) acerca de la concentración de moldes de fundición en el departamento 1 y de molinos en el departamento 2 de la Mola Alta de Serelles. No disponemos de datos relativos a la distribución de los artefactos relacionados con el procesado del cereal en el Cerro de El Cuchillo,

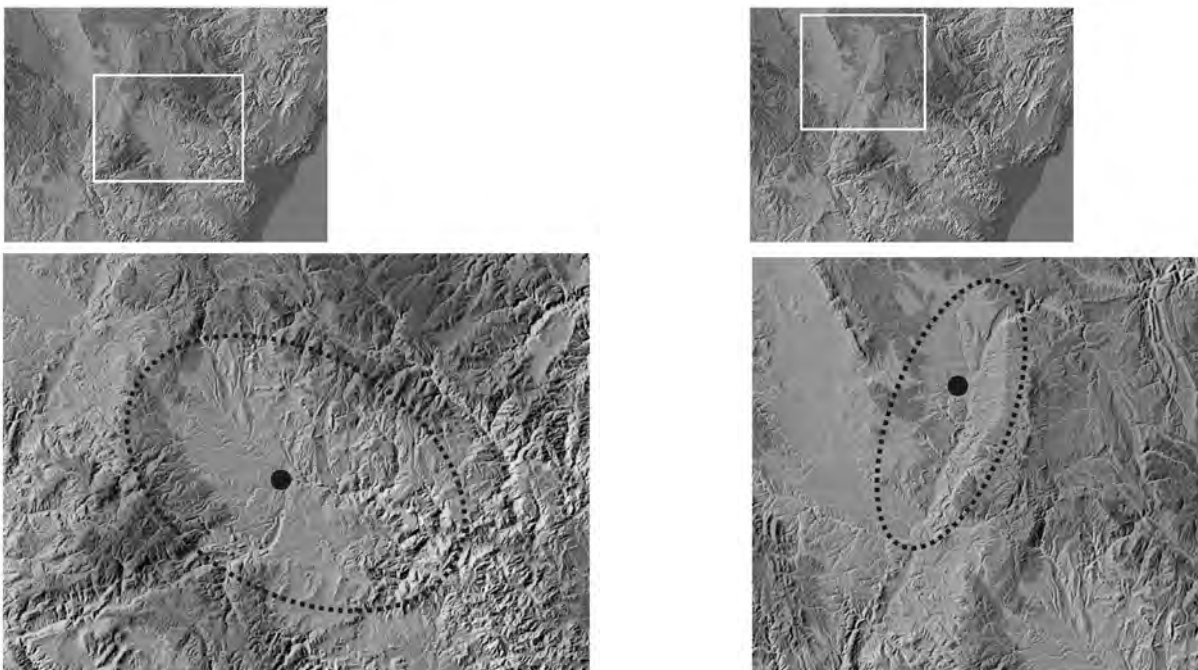


Fig. III.3.1_ Emplazamientos del Puntal Fino, en el valle del Mijares (izquierda) y del Castillo de Alfambra, en el valle del Alfambra (derecha), con indicación de su posición con respecto a las respectivas cuencas.

aunque de lo hasta ahora publicado sí cabe señalar la aparente concentración de silos de almacenamiento excavados en la roca en sólo dos de las viviendas localizadas –departamentos VIII y IX–, correspondientes a la fase más antigua del poblado.

Frente a estas diferencias en cuanto a las actividades productivas desempeñadas en el interior de las unidades habitacionales, lo que por otra parte denota el registro es que tampoco se dieron en esta fase variaciones sustanciales en el tipo de instrumental agrícola empleado. El mantenimiento de un mismo elenco básico de herramientas en el período comprendido entre *ca.* 2200 cal BC y *ca.* 1500 cal BC –rasgo que también se observa claramente en el registro artefactual argárico (RISCH, 2002a)– denota que el incremento de la producción que inferimos del aumento del número de asentamientos y del tamaño de otros a lo largo de todo este tiempo, estuvo basado fundamentalmente en estrategias dirigidas a incrementar la inversión de fuerza de trabajo y maximizar la efectividad en la gestión de la disponible, no a aumentar la productividad mediante una mejora de los instrumentos.

En la elección de esta estrategia creemos que subyace un interés básico por mantener bajo una apariencia de propiedad colectiva el medio de trabajo fundamental: el territorio de producción. Así se explica, de una parte, el bloqueo tecnológico que impidió incrementar la productividad del instrumental agrícola, puesto que un escaso nivel técnico y unos bajos costes de producción garantizaban que toda la comunidad accediera a los medios de trabajo fundamentales; y por otra parte, permite también explicar por qué aunque diferentes en dimensiones, todos los asentamientos de la periferia argárica ofrecen, con anterioridad a *ca.* 1500 cal BC, características similares en lo relativo a su emplazamiento y morfología y un registro semejante en cuanto a los medios de trabajo y los sistemas de almacenamiento –con excepciones sobre las que más adelante nos extenderemos. La mayor concentración demográfica que en principio cabe inferir del superior tamaño de ciertos yacimientos de cada cuenca con respecto a sus vecinos, indica que aquéllos también concentraron, almacenaron y consumieron mayores cantidades de bienes subsistenciales, lo que no significa que los enclaves más pequeños, integrados en la misma red comarcal, tuvieran que estar necesariamente desprovistos de almacenes o de áreas propias de procesamiento de bienes subsistenciales básicos, pues a su vez eran igualmente propietarios de sus propios territorios de producción y responsables de lo producido en ellos.

Pero no es menos cierto que los pequeños asentamientos de fundación más reciente se vieron obligados a ocupar terrenos menos productivos que los ocupados a finales del III milenio cal BC, y que por tanto su puesta en explotación requería en mayor medida que antes la garantía de disponer, en caso necesario, de una parte suficiente de la producción comunitaria generada en el conjunto del espacio grupal, como salvaguarda

ante situaciones catastróficas o bajo rendimiento de la producción agropecuaria. Los mecanismos intragrupalmente desarrollados como defensa ante este tipo de circunstancias cobrarían, de ese modo, mayor relevancia que en fases anteriores.

Este escenario no vendría más que a reforzar, cada vez en mayor medida, el papel desempeñado por los individuos rectores del grupo, cuya responsabilidad en la organización del trabajo y gestión de la producción y su papel como representantes ante el resto de unidades familiares de la comunidad, no haría sino incrementarse. Es en este punto en el que cabría tal vez destacar la presencia de un reseñable elemento arquitectónico que se documenta con cierta asiduidad en los asentamientos excavados hasta ahora en nuestro ámbito de estudio y que, en los casos en que han podido registrarse estratigráficamente, parecen comparecer en esta fase o poco antes de *ca.* 1750 cal BC. Se trata de las “torres” o edificios “turriiformes” registrados en yacimientos como el Cerro de El Cuchillo, Mola Alta de Serelles, Puntal de Cambra, y tal vez también en otros como Hoya Quemada (PICAZO MILLÁN, 1993), a los que cabría unir los documentados en prospecciones superficiales en las cuencas del Agra y del río Mundo (JORDÁN MONTES, 1992, 1996), en el Corredor de Almansa (SIMÓN GARCÍA, 1987) y en otros yacimientos manchegos, y entre los que sin duda deben incluirse las torres centrales de las motillas de Ciudad Real.

Independientemente de que pudieran haber desempeñado un cierto papel en la defensa de los emplazamientos, o servido de atalayas de observación del entorno inmediato a los mismos, resultan manifiestamente singulares ante todo por su unicidad. Creemos oportuno recordar en este sentido las opiniones de K. Kenyon respecto a la torre circular hallada en Jericó, en los niveles correspondientes al Neolítico Precerámico, a propósito de sus pretendidas funciones defensivas, y las observaciones de O. Bar-Yosef (2001: 20) cuando indica que lo desconcertante de dicho edificio no era sólo su ubicación –sorprendentemente, por detrás de la línea de muralla que supuestamente debía defender– sino también el hecho de que sólo existiera una en todo el asentamiento y su relación con un espacio abierto, a modo de plaza, ubicado inmediatamente al norte de la misma.

La relación que cabría establecer, como se ha hecho en el caso de Jericó (NAVEH, 2003) entre la construcción de este tipo de edificios con carácter “monumental” y el desarrollo y ampliación de relaciones inter e intra-grupales vinculadas a lazos redistributivos cada vez más notorios en el seno del conjunto social y a su materialización en el corazón mismo de los asentamientos, resulta una hipótesis ciertamente sugestiva, en la que cabría profundizar en el futuro. Tal vez podría explicar, por un lado, la ausencia de tales estructuras en yacimientos antiguos del área periférica argárica –como se acredita, al menos, en los casos bien documentados de El Acequión o la Llama

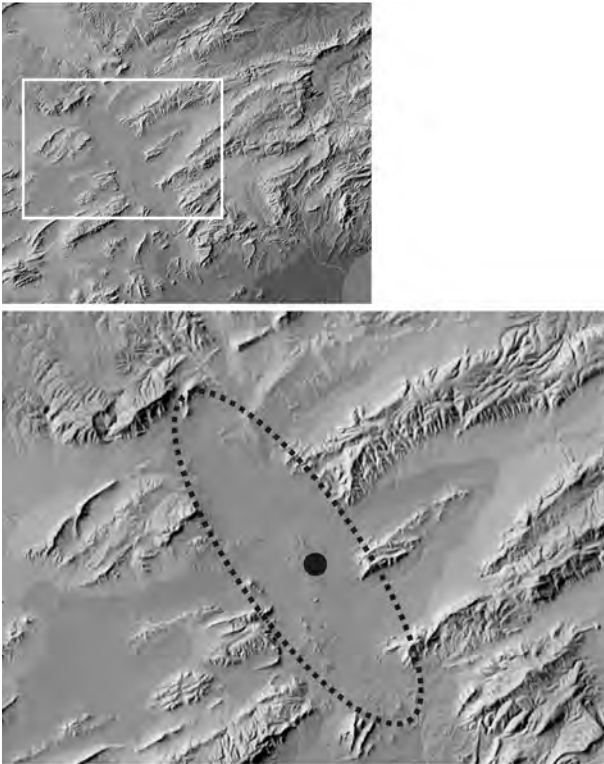


Fig. III.3.2_Emplazamiento de Cabezo Redondo en el ámbito geográfico de la Cubeta de Villena.

de Betxí— y su inexistencia en los momentos iniciales de la secuencia en yacimientos argáricos como Fuente Álamo; y por otro, la vinculación que en los ejemplos con un mejor registro parecen tener este tipo de edificios con el desarrollo de prácticas sociales de carácter socioideológico —como en el caso del edificio O de Fuente Álamo (SCHUHMACHER, 1999)— o de consumo comunitario o de representación identitaria del grupo, como parece suceder en el Cerro de El Cuchillo. Allí, en el Departamento V —el más amplio de los registrados en el poblado y adyacente a la pared norte de la estructura turriforme— no sólo se halló una concentración de diversos hogares conteniendo cenizas —que indican que el espacio se encontraba preparado para la eventual realización de actividades de consumo por parte de un número relativamente elevado de personas— sino que en su interior aparecieron además varias cazoletas excavadas en la roca, interpretadas por sus excavadores como posibles manifestaciones de carácter religioso-ideológico (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1994: 107).

Esta concentración de áreas de consumo en unidades habitacionales con registro material presuntamente con contenido de carácter ritual, emplazadas junto a elementos constructivos “preeminentes” en poblados en los que se da una manifiesta especialización espacial en cuanto a la distribución de los medios de producción básicos y almacenamiento de los bienes subsistenciales, cabe interpretarse como refle-

jo del control creciente ejercido sobre la fuerza de trabajo por parte de los jefes de determinados linajes y la importancia adquirida en virtud de su papel de gestores de la producción comunitaria, lo que situó a éstos en posición de materializar una distancia social cada vez más marcada con respecto al conjunto social. No resulta casual, en este contexto, que en el Vinalopó se registren en estos momentos joyas de oro y plata de clara filiación argárica en sepulturas como la del Cabezo de la Escoba (SOLER GARCÍA, 1969) o Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1987), cuyos modelos pueden reconocerse fácilmente en El Argar (SIRET y SIRET, 1890; SCHUBART y ULREICH, 1991) o en La Bastida de Totana (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA *et al.*, 1947).

La secuencia radiocarbónica de Cabezo Redondo, todavía inédita en su mayor parte, permite observar que nueve de las dieciséis dataciones obtenidas hasta ahora se sitúan en esta fase arqueológica. La comparación con la secuencia de Terlinques ha permitido comprobar que durante la Fase III ambos enclaves convivieron, si bien el registro arqueológico documentado en uno y otro emplazamiento difiere considerablemente. En ese sentido, basta comparar el tamaño de las unidades habitacionales registradas en uno y otro, o la gran diversidad de productos documentada en Cabezo Redondo en comparación con Terlinques.

Sin embargo, por encima de cualquier otro elemento, es el registro funerario el que arroja una diferencia más palmaria entre ambos, pues si en Terlinques no se ha localizado aún ninguna tumba, en Cabezo Redondo se conoce ya un conjunto numeroso de sepulturas que muestran semejanzas notables con los tipos de inhumaciones y los ritos de enterramiento argáricos. A las tumbas localizadas y excavadas por J. M. Soler (1987) se unen ahora cerca de media docena de enterramientos localizados en el interior de las unidades habitacionales excavadas en fecha reciente. El empleo de cistas de mampostería, fosas y especialmente las inhumaciones infantiles en urnas de cerámica, y los ajuares localizados en el interior de algunas de ellas, consistentes en joyas de oro en forma de carrete o vasos carenados (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1997) constituyen rasgos muy reconocibles en la tradición funeraria argárica. Significativamente, las dos únicas tumbas de Cabezo Redondo que han sido datadas por radiocarbono ofrecen unas fechas plenamente coincidentes con el intervalo temporal asignado a esta Fase III, sin que tal cronología deba necesariamente hacerse —por ahora— extensiva al resto de enterramientos.

En consecuencia, de lo observado en el registro documentado en estos dos yacimientos del Alto Vinalopó, apenas distantes una decena de kilómetros entre sí, se infiere que Cabezo Redondo habría pasado a ocupar la cabeza de una red de enclaves situados en su entorno que, como Terlinques, tenían un tamaño muy inferior, reflejo de una menor densidad poblacional, y que ofrecían un diseño urbanístico y

una distribución de los espacios de producción y de consumo muy distintos de los documentados en Cabezo Redondo. Todo lo cual indica, a nuestro juicio, que podrían encontrarse en situación de dependencia política con respecto a éste. Cabezo Redondo parece haberse convertido así en un centro redistribuidor asimétrico en el que un grupo dominante, cuyas vinculaciones y relaciones con el sur argárico resultan más que evidentes, pasó a apropiarse del excedente de un buen número de comunidades campesinas repartidas por un amplio territorio, constituyéndose de ese modo, en la fase siguiente, en un asentamiento destacado en el ámbito del arco mediterráneo peninsular por su tamaño, características y riqueza.

La gestación de este escenario, en el marco de una nueva situación geopolítica, explica las particularidades que sirvieron durante bastante tiempo para justificar las “influencias argáricas” sobre el Vinalopó –advertidas, por ejemplo, en el registro cerámico de La Horna (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1986)– y dar así sentido a la existencia de una “facies comarcal” (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1985; 1995; 1997). A nuestro modo de ver, tras una primera etapa –comprendida, grosso modo, entre *ca.* 2200 cal BC y *ca.* 1700 cal BC, correspondiente a nuestras Fases I y II– en la que el Grupo Argárico estableció y consolidó su frontera oriental y septentrional, orientándola básicamente a mantener un férreo control de la circulación de personas y productos y, sobre todo, de la salida de metal para la manufactura de productos metálicos en su periferia dependiente, se vería empujado en estos momentos a favorecer en cambio la entrada de recursos potencialmente valiosos para la expresión de una creciente distancia social (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1993-94; Lull *et al.*, 2006), al tiempo que se mantenía y consolidaba su creciente demanda de excedentes agropecuarios a la periferia, indispensable para mantener la escalada demográfica inherente al desarrollo de las estrategias de plusvalía absoluta impuestas por el sistema productivo argárico (RISCH, 2002). La necesidad de potenciar las vías de acceso a estos productos, circulantes en redes de intercambio periféricas constituidas fuera de su ámbito de influencia directa, estimuló a las élites argáricas a buscar canales a través de los cuales vehicularlos hacia los centros políticos bajo su control, lo que condujo a un cambio de situación en el equilibrio mantenido hasta entonces en las relaciones del Grupo Argárico con su área periférica que, como veremos, desembarcaría durante la Fase IV en una transformación sustancial, en todos los órdenes, del territorio periférico nor-oriental del Argar.

3.4. FASE IV: *ca.* 1450 / 1350 - 1250 / 1200 CAL BC.

Todo parece indicar que en torno a 1500 cal BC, o poco después, el Grupo del Prebético Meridional

valenciano, que hacia finales del III milenio cal BC se había constituido socialmente a partir de unas relaciones, al menos en apariencia, de carácter igualitario, fue incapaz de reproducirse sin cambiar sus relaciones sociales de producción, superando de este modo las contradicciones centro- periferia resultantes de las relaciones de explotación intergrupales establecidas con el ámbito argárico (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004). El desarrollo de las fuerzas productivas constatado en estos momentos condujo, probablemente, a la integración de estas comunidades en la constitución de una nueva entidad social, resultante de un proceso cuyo desarrollo afectó al menos a todo el Sudeste peninsular y que claramente se gestó y desarrolló a una escala macrorregional.

Una prueba de la dimensión geográfica alcanzada por los cambios acontecidos en este momento se infiere del registro estratigráfico de los yacimientos mejor documentados del área periférica argárica, fundados en las fases arqueológicas precedentes, que muestran un abandono sistemático coincidente con el horizonte del 1500 cal BC –casos de Terlinques, Lloma de Bextí, Hoya Quemada, Morra del Quintanar y Cerro de El Cuchillo, entre otros. Así, mientras en el territorio argárico asistimos al desarrollo de la Fase Gatas V y del Horizonte V de Fuente Álamo, la ocupación de las cuencas del ámbito periférico queda ahora, en casi todos los casos, restringida a un solo núcleo poblacional, en un modelo recurrente que se advierte con claridad en zonas como el Camp del Turia, l’Alcoià o el valle del Vinalopó. En otras, los asentamientos al aire libre parecen incluso desaparecer casi por completo del registro –como en el caso del Mijares, en donde los principales conjuntos artefactuales vinculados a esta fase se documentan en cuevas como la Sima del Ruidor (PICAZO MILLÁN, 1993).

El abandono de gran cantidad de poblados y la concentración demográfica en un número reducido de asentamientos constituye el reflejo de un cambio sustancial en el modelo de explotación del territorio. En el valle del Vinalopó este proceso de nuclearización poblacional alcanzó su máxima expresión, conformándose un asentamiento de gran tamaño –Cabezo Redondo– que sobrepasó ampliamente las 2 Ha. de extensión superficial, equiparándose así a algunos de los más importantes centros políticos argáricos de las fases precedentes. En este enclave se excede ahora claramente el ámbito unifamiliar, frente a otros asentamientos en el curso medio del Vinalopó y Camp d’Alacant, que se mantienen entre los 1.500 m² y los 3.000 m², como Portitxol, El Negret o La Esparraguera. A pesar de que estos asentamientos de menor rango parecen seguir siendo plenamente autosuficientes en la esfera productiva –en casi todos se constata producción metalúrgica, textil, agrícola, etc.– en ellos también recaía sin duda una función de control y mantenimiento de una compleja red a través de la cual circulaba una amplia variedad de productos entre el Sudeste y las zonas más

septentrionales –La Meseta, Levante y Noreste peninsular– (NOCETE CALVO, 2001b). Este amplio entramado de caminos, custodiado por una serie de enclaves distribuidos estratégicamente sobre el territorio, implicó probablemente un cambio radical en la velocidad de los circuitos de intercambio: frente a la tupida red anterior, con distancias cortas entre asentamientos, constituida durante las fases I y II y conformada sobre los principios básicos de la reciprocidad intergrupala, veremos sustancialmente aumentada la distancia media entre los poblados, separados ahora por trayectos de entre 11 y 15 km, lo que habría resultado inviable sin una mejora de los medios de transporte con la que, a no dudar, podemos relacionar la importante presencia de restos de caballo en yacimientos costeros como la Illeta dels Banyets (BENITO IBORRA, 1994). La importancia de Cabezo Redondo en este contexto devino, pues, de su papel de centro supra-regional, en torno al cual se reorganizó políticamente un vasto territorio cuyas fronteras aún resulta difícil marcar con precisión, pero que podemos suponer notablemente mayor que el controlado por los anteriores centros argáricos del Segura y del Bajo Vinalopó.

Dependientes de esta nueva red jerárquica inter-asentamientos, en cuyo ápice se ubicaban las élites de Cabezo Redondo, encontraríamos además determinados enclaves orientados al control de puntos estratégicos de las rutas marítimas de cabotaje (SIMÓN GARCÍA, 1999a). Un circuito de enclaves portuarios que repetirían, en cuanto a emplazamiento y características, el modelo ya observado durante las fases precedentes en asentamientos argáricos como la Punta de los Gavilanes o la Illeta dels Banyets, que continuaron habitados y a pleno rendimiento durante esta Fase IV (ROS SALA, 2004; SOLER DÍAZ, 2006). Se trata de una serie de emplazamientos de los que no es posible por ahora fijar con precisión en todos los casos el momento exacto de su fundación, situados sobre cerros o pequeñas penínsulas que se adentran en el mar, como el Cerro de Calnegre, en la Cala del Pino, en la Manga del Mar Menor (MARTÍN CAMINO y ROLDÁN BERNAL, 1994) y más al norte, en la Bahía de Xàbia, el yacimiento de Cap Prim (SIMÓN GARCÍA, 1997b; SIMÓN GARCÍA y ESQUEMBRE BEVIA, 2001). En el extremo septentrional de este circuito marítimo-costero se encontraría el enclave de Orpesa la Vella, situado sobre un pequeño cerro adelantado a la línea de costa y excavado en los años setenta, en cuya potente estratigrafía se registran estructuras de habitación y productos claramente adscribibles a la Fase IV (BARRACHINA IBÁÑEZ y GUSI JENER, 2004).

La cuenca del Ebro, por tanto, parece marcar el límite septentrional de esta red de enclaves litorales. Un valle que, en su tramo más alto, se adentra en el territorio nuclear del denominado “Círculo Cultural de Cogotas I”, del que resultan características tanto las formas como los motivos decorativos de muchas de las cerámicas aparecidas en los asentamientos mencionados, muy bien representadas en Cabezo Redon-

do (SOLER GARCÍA, 1987; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a, 2001; DELIBES DE CASTRO y ABARQUERO MORAS, 1997) y consideradas desde hace tiempo un indicador material fidedigno del “post-argar” (MOLINA GONZÁLEZ, 1979).

Desde los primeros años ochenta, la hipótesis defendida por V. Lull para explicar la disolución del Grupo Argárico se ha basado fundamentalmente en una supuesta sobreexplotación del medio ambiente, en el marco de un colapso producido por el fracaso de las estrategias productivas desarrolladas en las últimas etapas de su desarrollo (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 2001: 209) que acabaría repercutiendo en un deterioro considerable de las condiciones de vida de la población.

Sin embargo, para nosotros el análisis y explicación de los procesos relacionados con la transformación de las estructuras socioeconómicas del Grupo Argárico debe también abordarse desde la perspectiva de los modelos de superación de las contradicciones planteadas en las periferias de los sistemas con respecto a sus centros políticos. Ya hemos expuesto que en nuestra opinión, el sistema de relaciones mantenidas entre los núcleos argáricos y sus áreas periféricas dependientes de La Mancha, el área centro meridional del Sistema Ibérico, el Llano Litoral levantino y el Prebético meridional valenciano, se fundamentaba en una explotación de carácter intersocial sostenida y alimentada por un intercambio desigual basado en un control de tintes “monopolísticos” de las vetas de cobre. Nuestra hipótesis asume que el Grupo Argárico se benefició de tal situación para disponer de un volumen de excedente agropecuario todavía difícil de cuantificar, debido a su casi nula representación en el registro arqueológico, a cambio de un mineral del que sí existe constancia empírica en los yacimientos de la periferia en forma de productos manufacturados (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004).

A pesar de referirse a un sistema que involucró a sociedades con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas muy superior al que nos ocupa en este trabajo y a un ámbito geográfico lejano y muy distinto del que encontramos en el cuadrante sudoriental de la Península Ibérica, a nuestro juicio resulta de enorme interés, como a continuación veremos, el trabajo que a finales de los años ochenta e inicios de los noventa realizó G. Algaze (2004) en relación con el modelo expansivo de Uruk de inicios del III milenio cal BC y la naturaleza y consecuencias de las relaciones establecidas durante este proceso entre las sociedades de la llanura mesopotámica y las de la orla montañosa que se emplazaba en su periferia (ALGAZE, 1989). A partir de las observaciones planteadas en los años cincuenta por J. Gallagher y R. Robinson con respecto al modelo imperialista británico del siglo XIX, en las que se hacía énfasis en la mayor importancia de los nexos económicos como medio de control de las diferentes regiones de un imperio frente a los métodos más formales de control político –es decir, la anexión territorial– G. Algaze (2004: 31)



Fig. III.3.3_Planta de la Fase III de Terlinques con indicación de la localización de productos líticos en las unidades habitacionales documentadas. Los óvalos señalan molinos o molederas no reutilizados como mampuesto localizados sobre pavimentos; los círculos percutores o bruñidores sobre cantos rodados; y los cuadrados piezas líticas talladas.

aplica el enfoque adoptado por los autores con respecto a las teorías wallersteinianas de los sistemas mundiales, asumiendo la naturaleza “informal” que adoptó en su momento la expansión y el dominio de Uruk sobre una vasta red de territorios, de los que obtenía una amplia red de recursos de los que la llanura mesopotámica era deficitaria o carecía por completo.

Ya hemos mencionado que ni el contexto histórico ni el grado de desarrollo de las sociedades mesopotámicas del 3000 cal BC resultan comparables al caso que nos ocupa –como tampoco el uso del término “imperio”, que bajo ningún concepto puede emplearse aquí– pero sí creemos perfectamente extrapolable el modelo expansivo que se deduce del estudio de G. Algaze, en el que a fases de “dominio informal” de unas sociedades sobre otras, sucede una fase posterior de “dominio formal” y anexión territorial. Desde este punto de vista y, por supuesto, desde una perspectiva territorial y cronológica no demasiado al uso en la investigación prehistórica peninsular, a la fase expansiva iniciada en el Sudeste en torno a mediados del III milenio cal BC –coincidente con la ocupación de los nuevos núcleos sobre cerros elevados, distribuidos a lo largo del curso medio y bajo del río Segu-

ra– que instauraba un modelo de control “informal” de estas zonas mediante la fundación de enclaves sobre puntos estratégicos –como Espeñetas, Les Moreres, Puntarrón Chico, etc.–, seguiría a partir de *ca.* 2200 cal BC una fase de “anexión territorial” y “dominio formal” del territorio sobre el que se había extendido el control, coincidente con la constitución del espacio argárico y su delimitación explícita mediante fronteras de carácter coercitivo. A nuestro juicio, a partir de *ca.* 1700 cal BC a esta fase seguiría una nueva pulsión expansiva que de nuevo habría comenzado tratando de proyectar un “dominio informal” sobre los territorios periféricos, que culminaría con una nueva fase de consolidación efectiva del control político y territorial, a partir de *ca.* 1500 cal BC.

En esta última fase de transformación del sistema parece seguirse un modelo de expansión que –teniendo bien presentes, una vez más, las notables diferencias existentes entre uno y otro caso– aparece bien reflejado en el estudio de G. Algaze (2004: 163) sobre el sistema-mundo de Uruk, al implicar dos estrategias que a nuestro modo de ver resultan plenamente reconocibles en el caso del Prebético meridional valenciano:

–por un lado, la toma del control, por parte de las

élites argáricas, de los asentamientos principales del territorio periférico en los que recaía el poder político y bajo cuyo dominio se hallaban las redes de intercambio a las que pretendían tener acceso;

-por otro, en las áreas situadas más allá de donde era posible o rentable extender este tipo de control, la fundación o el establecimiento de relaciones con una serie de enclaves estratégicos en las rutas terrestres y marítimas que garantizaran el buen funcionamiento de dichas redes.

En lo concerniente a la primera de estas estrategias de dominio “informal”, Cabezo Redondo constituye un exponente muy claro –sin duda el más significativo, y desde luego con una importancia que debió superar con mucho el ámbito meramente regional– de cómo determinados linajes argáricos establecieron relaciones parentales con los linajes dominantes del poblado, una vez que éstos habían alcanzado la preeminencia política en una zona que por su situación había pasado a convertirse en punto cardinal de unas nuevas y trascendentales rutas de intercambio de productos. A nuestro modo de ver, ello explica que durante la Fase III, de todos los yacimientos de la cuenca del Medio y Alto Vinalopó constatados sólo en Cabezo Redondo se practicaran inhumaciones dentro de la tradición argárica –dado que era allí donde residían las élites dirigentes con las que habían emparentado los linajes argáricos– mientras que al resto de enclaves lo que se trasladó es el “sistema” de producción argárico –como se constata en los casos mejor conocidos de Terlinques y La Horna.

La segunda estrategia, basada en la creación de una red de enclaves situados sobre puntos estratégicos para el control de las rutas de intercambio, se hará reconocible con especial claridad en la cadena portuaria –de la que muy probablemente desconocemos muchos de sus eslabones– que conectó las estribaciones meridionales del Sistema Costero Catalán y la costa murciana y almeriense. Sin embargo, el registro también permite inferir la existencia de otra serie de puntos bien conectados con este circuito marítimo a través de rutas terrestres, remontando los cursos fluviales, de los que son buen ejemplo asentamientos como Pic dels Corbs (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1997, 1999), el Tossal del Castellet (OLIVER, GARCÍA y MORAÑO, 2005) o El Torrelló (GUSI JENER, 1974), por citar sólo algunos de los mejor conocidos. En nuestra opinión, la creación y funcionamiento de esta red de enclaves interconectados a través de las rutas marítimas y terrestres que se organizaron en la fase IV explica un aspecto del registro arqueológico del área centro- meridional del Levante peninsular que ya se ha señalado (MARTÍ OLIVER y DE PEDRO MICHÓ, 1997) pero para el que no se había propuesto hasta ahora una explicación plausible más allá del enfoque tradicional relativo a la “dilución cultural”: la existencia de dos “tradiciones” en el “Bronce Tardío” de la zona centro- meridional del Levante peninsular. Bajo este prisma, podemos entender mejor, a nuestro

juicio, la presencia en el registro de los productos que en su trabajo clásico identificaba M. Gil-Mascarell (1981) con el “Bronce Tardío”, como aquéllos que nos permiten reconocer los emplazamientos que tomaron parte activa en el circuito de intercambios controlado por Cabezo Redondo. Frente a éstos, el resto de poblados ocupados en esta fase se caracterizaría por un registro artefactual diferente, en el que no se incluyó el consumo de determinados tipos de vajilla muy conectada con los prototipos meridionales.

Llegados a este punto se impone una necesaria visión en derredor que permita contextualizar de un modo más completo la nueva situación que impuso un sistema de relaciones intersocial completamente distinto al que permaneció vigente por espacio de casi mil años en el cuadrante sudoriental de la Península Ibérica. Porque, como ya ha expuesto muy acertadamente F. Nocete (2001b), a la inercia que alimentó el sistema-mundo del sur y sudeste peninsular, impulsada por el desarrollo autónomo de sus propias contradicciones entre centros y periferias, se unió, a partir de mediados del II milenio cal BC, la integración plena de éste en un sistema mundial de mucha mayor amplitud y complejidad, vertebrado en torno al Mediterráneo, en el que acabaría engullido por completo.

Si a partir de *ca.* 1400 cal BC asistimos a la consolidación de este escenario, los prolegómenos pueden ya intuirse con cierta claridad, como vimos, en las etapas finales de la Fase III, cuando la clase dominante argárica comenzaba a esforzarse por establecer lazos con unas nuevas y pujantes rutas de transvase de productos respecto de las cuales el área bajo su control directo se hallaba en posición excéntrica. A nuestro modo de ver, es posible establecer una relación directa en este sentido con la ampliación del circuito comercial micénico al área occidental europea observada desde al menos finales del siglo XVIII cal BC, y en especial con el Grupo de los Túmulos del Suroeste de Francia, con el que a partir de *ca.* 1600 cal BC se intensificarán los contactos (KRISTIENSEN y LARSSON, 2006: 153). Productos como el oro o el ámbar, circulantes en estas redes, se convirtieron en objetos de deseo de unas élites argáricas cada vez más necesitadas de hacer expresión pública de una distancia social incrementada exponencialmente a lo largo de varias centurias. No resulta casual que sea en este contexto en el que se sitúen algunas piezas “exóticas” amortizadas en los ajuares de ciertas sepulturas argáricas de la Fase III, como las cuentas de fayenza de la tumba 9 de Fuente Álamo. Pero creemos que no cabe minusvalorar el papel que pudo haber jugado también en estos momentos un material del que, si bien el territorio argárico no carecía, sus artesanos metalúrgicos no parece que hubiesen sido capaces de beneficiar: el estaño, en torno al cual girará a partir de ahora, según todos los indicios, la transición a una auténtica metalurgia del bronce en el Sudeste y Levante peninsulares (MONTERO RUIZ, 1999: 352; SIMÓN GARCÍA, 1998: 356).

La potenciación de las rutas micénicas del occidente mediterráneo que señalan los hallazgos de Italia meridional y Sicilia se ha relacionado con los contactos que *ca.* 1400 cal BC parecen establecerse entre los centros micénicos y el Grupo de las Terramara italianas (KRISTIANSEN y LARSSON, 2006: 153), y en general, con la activación y ampliación de las rutas marítimas entre Liguria y las islas de Córcega y Cerdeña con el Golfo de León activando y consolidando, a nuestro juicio, una serie de circuitos menores interdependientes en los que se hallarían integrado el Levante español. Así, durante la Fase IV, Cabezo Redondo habría alcanzado una posición preeminente al constituirse en punto de entrada y salida hacia este circuito para una amplia porción del antiguo territorio argárico, constituyendo el máximo exponente de un proceso que, según el esquema típico, los núcleos conformados en la franja más exterior del territorio argárico habrían pasado a detentar una posición muy ventajosa gracias al control estratégico que su situación les permitiría ejercer sobre las nuevas rutas de intercambio (NOCTE CALVO, 2001b). Como síntoma perceptible de tales transformaciones podríamos señalar la distribución periférica que muestran algunos de los principales hallazgos áureos fechados en estos momentos con respecto a los antiguos centros argáricos de la Cuenca de Vera y del Guadalentín, como por ejemplo la diadema de oro con adornos en repujado de la Placica de Armas, en Caravaca (PEREA CAVEDA, 1991), o el cono de plata, también con decoración puntillada, localizado en una sepultura en urna en Los Molinicos, en Moratalla (LILLO CARPIO, 1987: 258). La relación de éste último con el conjunto de piezas que compone el Tesorillo del Cabezo Redondo, en Villena –el mayor número de las cuales pertenece al tipo de cono o “trompeta”, también adornado con decoraciones de puntos repujados (SOLER GARCÍA, 1987; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a; SIMÓN GARCÍA, 1998)– resulta manifiesta.

En este sentido, Cabezo Redondo destaca no sólo por su capacidad para jerarquizar y aglutinar prácticamente toda la fuerza de trabajo disponible en una amplísima franja de territorio en derredor suyo –de lo que es testigo, además de las huellas perceptibles en el propio territorio (JOVER, LÓPEZ y LÓPEZ, 1995), la abundancia, variedad y calidad de las producciones artesanales registradas en el yacimiento (SOLER GARCÍA, 1987; HERNÁNDEZ PÉREZ, 2001)– sino por la escala e intensidad en la que hizo patente el acceso restringido a determinados recursos y productos del que disfrutó un grupo social dominante, allí residente, con una capacidad de centralización incluso superior a la de los núcleos argáricos, en los cuales hasta los productos de acceso más limitado, como espadas o diademas, presentan una distribución mucho más amplia en el territorio. La notoria concentración –incluso por primera vez atesoramiento– de gran cantidad de adornos de oro en Cabezo Redondo contrasta fuertemente con su completa ausencia en otros asentamientos contemporáneos

excavados como Tabayà (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2009a), Illeta dels Banyets (SIMÓN GARCÍA, 1997a; SOLER DÍAZ, 2006), Peña de Sax (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a), o El Monastil (POVEDA NAVARRO, 1988) en donde no hay evidencias de oro, ni de los otros productos de alto valor social existentes en el yacimiento villenense.

Esta privilegiada posición de Cabezo Redondo en la jerarquía de asentamientos en el Sudeste, única capaz de explicar, desde cualquier punto de vista, el acaparamiento de productos de carácter netamente excepcional –como las cuatro puntas de lanza de bronce de pedúnculo hueco (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2009b), o las tachuelas de oro localizadas en el Departamento XXIII, comparables a las que acompañaban a las empuñaduras áureas del Tesoro de Abia de la Obispalía, en Cuenca (LUCAS PELLICER, 2004)– se basó, no obstante, en el aprovechamiento de una coyuntura de relaciones intersociales sobre la que los grupos arqueológicos del Sudeste y del área centro-meridional del Levante peninsular ya no poseían el control. Los principios sobre los que se había cimentado el desarrollo de un sistema mundial autónomo generado al menos en los albores del IV milenio cal BC en el Mediodía de la Península Ibérica quedaba, en cuanto a su devenir histórico, a merced de la resolución de contradicciones entre centros y periferias distintos y muy distantes de los que hasta ese momento habían sido protagonistas del desarrollo histórico peninsular.

Sólo así cabría explicar, siquiera tangencialmente, la coincidencia entre el abandono de Cabezo Redondo, acaecido según las fechas radiocarbónicas en torno a 1300 cal BC, con la desintegración del circuito comercial centromediterráneo micénico y la modificación de sus rutas en Occidente, lo que conllevó también el abandono, a su vez, de prácticamente todos los enclaves litorales con ellas conectados, desaparición que afecta igualmente a una gran cantidad de los asentamientos distribuidos por todo el corredor del Vinalopó y Camp d’Alacant. Este acontecimiento sin duda tuvo que estar condicionado por múltiples factores, entre los cuales debió jugar un papel fundamental la propia decadencia de los centros micénicos y de los circuitos comerciales vinculados directa o indirectamente con ellos en el Mediterráneo Central y Occidental, pero sobre todo por la constitución de una nueva entidad social –la tartésica– en el sur de la península ibérica (ARTEAGA, 2001).

Es ésta, sin embargo, una cuestión en la que todavía es necesario profundizar y que únicamente desde una perspectiva de análisis espacio-temporal mucho más amplia, que excede el alcance planteado en este trabajo, se podrá definir y explicar plenamente.

IV

LO OBSERVABLE: PRODUCTOS, DESECHOS Y RESIDUOS DE LA PRODUCCIÓN ÓSEA (CA. 3500- CA. 1300 cal BC)

1. UNA EVALUACIÓN CRÍTICA DE LOS ENSAYOS DE CLASIFICACIÓN DE LOS PRODUCTOS ÓSEOS DE LA PREHISTORIA RECIENTE EN LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA Y EUROPEA

Como recientemente señalaba G. M. LeMoine (2007: 9), los objetos óseos del paleolítico fueron los primeros en estimular el interés de la investigación europea en esta materia, acaparándolo durante bastante tiempo debido al valor que como “fósiles directores” se les había atribuido. No es sorprendente, por tanto, que uno de los trabajos pioneros en nuestro país fuese el de I. Barandiarán (1967), relativo a los productos óseos del Paleolítico y Mesolítico del Pirineo Occidental. En cambio, el campo de la producción ósea de las culturas arqueológicas postpaleolíticas permaneció sustancialmente inexplorado o abordado sólo de manera superficial o incluso marginal con respecto a otras partes del registro de los yacimientos.

Será a partir de los últimos años de la década de 1960 cuando, a raíz de la publicación de los primeros trabajos de H. Camps- Fabrer (1966) sobre una amplia colección de productos óseos del Norte de África, comiencen a desarrollarse en Europa los primeros ensayos de ordenación de este tipo de materiales. En estos primeros trabajos, H. Camps- Fabrer realizaba una distinción expresa de cinco “familias” diferenciadas básicamente por criterios que atendían a la finalidad práctica a la que estaban orientados los algo más de medio centenar de tipos de objetos reconocidos. En esencia, éste es el espíritu que recogerán, más adelante, los cahiers elaborados por un amplio grupo de colaboradores encabezado por la autora, cuyas primeras aportaciones se pueden encontrar en los coloquios y jornadas realizados en Francia a partir de los años setenta (CAMPS- FABRER, 1974, 1979, 1982).

En la primera de estas reuniones, celebrada en Senanque en 1974, se creó la *Comission de Nomenclatu-*

re sur l'Industrie de l'Os préhistorique, la cual catalizó los esfuerzos llevados a cabo por H. Camps- Fabrer y sus colaboradores en pos de la uniformidad terminológica y de la ordenación de criterios para la clasificación tipológica. Éstos quedaron plasmados en una ambiciosa serie de publicaciones que en un formato de tipo ficha, inspirado en los dossiers de la *Typologie des Objets de l'Age du Bronze* publicados desde 1972 por la *Société Préhistorique Française*, pretendía ofrecer un marco general de referencia para la clasificación de los productos óseos de la prehistoria europea.

Estos cuadernos –*cahiers*– de *fiches typologiques de l'industrie osseuse préhistorique* fueron publicados a lo largo de más de dos décadas, editados primero por la Universidad de Provence y, a partir de 1992, por el CEDARC y posteriormente por la *Société Préhistorique Française*. Los dos primeros cuadernos aparecieron en el mismo año de 1988, mientras que el último cuaderno publicado, dedicado a los materiales y técnicas, apareció en 2004, bajo la dirección de D. Ramseyer. En el plan general del trabajo, cada uno de ellos estaba dedicado a una gran categoría de objetos, agrupados de acuerdo con una afinidad de carácter básicamente funcional, con la excepción de algunos – como los *éléments barbelés* o los objetos “biselados”– definidos por un criterio morfológico.

Aunque la obra pretendía la edición de un total de catorce cuadernos (PASCUAL BENITO, 1998: 31), las once categorías definidas hasta el momento son:

- I- azagayas,
- II- propulsores,
- III- punzones, puntas, puñales y agujas
- IV- adornos
- V- bastones perforados y “baguettes”
- VI- elementos receptores
- VII- elementos barbelés
- VIII- biselados y tranchants
- IX- diversos
- X- percutores y retocadores

XI- materiales y técnicas

Por lo general, los tipos individualizados dentro de cada categoría se definen por rasgos bastante genéricos, lo que permite integrar en ellos una variedad relativamente amplia de objetos. Así, por ejemplo, los punzones y puntas aparecen divididos en el *cahier* III en: “punzones sobre hueso conservando una epífisis entera”, “punzones sobre hueso previamente hendido o abrasionado” y “puntas y punzones enteramente trabajados”; ya dentro de cada grupo, los tipos se definen básicamente por el tipo de soporte empleado –tibia de ovicaprino, tibia de lepórido, fíbula de suido, metapodio de pequeño o gran rumiante, etc.– o mediante definiciones más ajustadas a la funcionalidad contrastada o hipotética del útil, en el caso de los tipos de productos con un mayor grado de elaboración. En la mayoría de las demás categorías que nos interesan aquí –fundamentalmente las recogidas en los *cahiers* IV, VI, VII y VIII– se han empleado términos relacionados también con la funcionalidad de los objetos para clasificarlos, designando los diferentes tipos reconocidos como: “pendiente, botón, separador, punta de flecha, pomo, tope para hacha”, etc. Sin embargo, este principio se trunca en buena medida para el caso de los productos dotados de una parte activa en forma de bisel, a los que se destinó específicamente el último de los *cahiers*, considerando que los términos “escoplo”, “cuña”, “cincel” o “alisador” terminaban por generar una gran confusión por su ambivalencia.

Para cualquiera que se tome la molestia de leer con cierto detenimiento el trabajo saltará a la vista el encomiable esfuerzo de sistematización y de coordinación que éste ha supuesto, y no es exagerado señalar que ninguna otra propuesta de clasificación de los artefactos de hueso, asta y marfil ha tenido tanta repercusión en la investigación europea como ésta. Pero pese a ser la más importante no ha carecido, como es lógico, de alternativas, fundamentalmente surgidas entre finales de los años setenta e inicios de los ochenta a la sombra de los “logros” cosechados por la tipología analítica aplicada por Laplace a la clasificación de la industria lítica, y que tuvieron en los trabajos de J. L. Voruz (1984) y D. Stordeur (1977) algunos de sus máximos representantes.

En cualquier caso, fue el modelo elaborado por H. Camps- Fabrer y los miembros de la Commission de Nomenclature el que, sin lugar a dudas, inspiró los principales trabajos alumbrados en nuestro país durante las décadas de los ochenta y noventa, mayoritariamente orientados al estudio de las producciones del Neolítico y casi siempre con un marcado acento regional (ANDRÉS RUPÉREZ, 1981; SALVATIERRA CUENCA, 1982; UTRILLA MIRANDA Y BALDELLOU MARTÍNEZ, 1983; MÚGICA ALUSTIZA, 1983; RODANÉS VICENTE, 1989; PASCUAL BENITO, 1998; MAICAS RAMOS, 1999; ...) o local (VENTO MIR, 1984; ESTRADA MARTÍN Y NADAL LORENZO, 1999; ...).

Uno de los que causaría más impacto fue el realizado por J. M. Rodanés (1989) relativo a los objetos de hueso, asta y marfil del Valle del Ebro. Siguiendo los pasos marcados tanto por H. Camps-Fabrer como por los trabajos de I. Barandiarán, el autor separó la amplia muestra analizada –encuadrable en un vasto contexto tanto geográfico como cronológico– en siete bloques principales, subdivididos a su vez en una serie de tipos definidos mayoritariamente por la funcionalidad atribuida al objeto. De este modo, la “familia” de *apuntados* se subdivide en *punzones* y *puntas*, *puntas largas*, *alfileres*, *biapuntados*, *puntas de flecha*, *puntas de lanza*, *puñales* y *piezas apuntadas*; la “familia” de los *biselados* se divide en dos grupos de acuerdo con un criterio morfológico relativo a la parte activa, según posean *doble bisel distal* o *bisel lateral*, que se componen a su vez de los tipos *cincel*, *cuña* y *bruñidor*, en el primer grupo, y *cuchillo- tranchet* en el segundo, en arreglo a criterios de tipo funcional; en la “familia” de los *redondeados- romos*, por su parte, se integran los tipos *espátulas- alisadores*, *cucharas- paletas*, *retocadores* y *machacadores*, utensilios todos ellos bien diferentes unos de otros en cuanto a su supuesta funcionalidad; los objetos óseos *denticulados* vuelven a estar divididos en dos grupos según un criterio morfológico, que atiende a su elaboración sobre placas dentadas –donde entran los tipos *peine*, *gradina* y *sierra*– o se trate de piezas “con muesca” o ahorquilladas; el conjunto de *perforados* también reúne bajo este epígrafe a una notable variedad de artefactos: unos definidos exclusivamente por su morfología –por ejemplo los tipos *tubos*, *rodetes- discos planos* y *arandelas*– y otros en cambio por la función a la que presumiblemente estuvieron destinados –*anillos*, *brazaletes*, *cuentas*, *colgantes* y *botones*; finalmente, el planteamiento general de ordenación de las piezas se completa con una “familia” de objetos “compuestos” en los que se identifican al menos dos partes activas, descomponiéndose en tres conjuntos designados, nuevamente, por atributos morfológicos: *apuntados- redondeados*, *apuntados- denticulados* y *apuntados- perforados*, en los que encuentran cabida una serie de tipos de artefactos como los *arpones*, *agujas* o los *punzones- espátula*; por último, todos aquellos objetos que por uno u otro motivo no se ajustaron con un mínimo de acomodo a las características definidas para alguna de las seis “familias” quedan incluidos en un grupo de “diversos”, en el que, entre otros tipos, hallamos a los *ídolos* u objetos “de carácter ritual”.

Aproximadamente una década más tarde, en un trabajo centrado, a diferencia del de J. M. Rodanés, en el área central del Levante peninsular y exclusivamente en la franja cronológica comprendida entre el VI y el III milenio cal BC, J. L. Pascual Benito (1998) proponía reconocer primeramente tres grandes categorías de acuerdo con un criterio funcional que separa “utensilios”, “adornos” e “ídolos”, en los que se agrupan productos elaborados tanto en hueso, asta y mar-

fil como en nácar, concha y soportes líticos diversos. Sin embargo, los utensilios se organizan en función de un criterio morfológico que los distingue atendiendo a las características de su parte activa: *apuntados, romos, biselados, dentados,...* etc. En cambio en un segundo nivel, y siguiendo con bastante fidelidad los principios establecidos por las *fiches typologiques* de H. Camps- Fabrer, los distintos tipos identificados se segregan según un criterio funcional: así, por ejemplo, los apuntados se componen de *punzones, puntas, agujas, puñales,...* etc., mientras que los útiles romos integran a *espátulas, bruñidores y alisadores*. No obstante, también son consideraciones basadas en la funcionalidad de los objetos las que se emplean para diferenciar los útiles receptores –que integra a los tipos *mangos, tubos y cucharas*, lo que hace que el criterio para la distinción de grupos en la categoría de utensilios no resulte uniforme. Así mismo, contrariamente a lo establecido para los utensilios, en la categoría de adornos el criterio de la funcionalidad del producto se impone, en cambio, para individualizar los grupos, entre los que encontramos *alfileres, cuentas, colgantes, anillos, brazaletes, botones,...* etc., siendo ahora segregados los distintos tipos en base a características morfológicas: bien sea con respecto a su forma –*cuenta discoidal, cuenta bitroncocónica, cuenta oval con perforación en X, colgante cilíndrico con perforación sobreelevada, etc.*– o con respecto al material empleado –*brazaletes de piedra, brazaletes de pectúnculo, brazaletes de hueso*–. Por último, los distintos tipos de *ídolos* terminan por diferenciarse atendiendo tanto a la morfología de las piezas como al material sobre el que están elaboradas.

Al igual que J. L. Pascual, el modelo de clasificación propuesto por el investigador coreano Sam- Yong Choi (2002), formado en el ambiente de la escuela de H. Camps- Fabrer, se aplica a las colecciones de utensilios del V al III milenio cal BC de la región mediterránea francesa. En este trabajo, S. Y. Choi sigue bastante fielmente la propuesta de ordenación de objetos propugnada por las *fiches typologiques*, diferenciando siete grandes categorías: unas –las que agrupan a un mayor número de tipos de productos– en función de los atributos morfológicos básicos de las partes activas: *apuntados, biselados y romos*; las demás, según otros rasgos morfológicos –objetos *enmangados*– o por la ausencia de rasgos morfológicos que se consideren suficientemente diagnósticos –*diversos*. Las dos últimas categorías, sin embargo, aparecen definidas una vez más por la funcionalidad genérica que se les atribuye.

En fechas más recientes se han ensayado propuestas tipológicas que continúan un claro eclecticismo en este sentido, empleando criterios tanto morfológicos como funcionales. Para M. C. Barreto (2004), el modelo de clasificación tipológica de los artefactos óseos del Neolítico y del Calcolítico de la Península de Lisboa se resuelve mediante la consideración de tres gran-

des macro-categorías que engloban tres conjuntos distintos de objetos, en atención a un criterio morfológico básico como es la existencia de una, dos o tres zonas definidas, a saber: piezas cuya morfología no permite discriminar una parte distal y otra proximal –como por ejemplo las cajas, los *ídolos cilíndricos*, los *brazaletes* o los *botones*, por citar sólo algunos– ; piezas en las que no es posible distinguir una zona mesial –como serían, a su juicio, los objetos biselados del tipo *faca*–; y piezas con un extremo distal y otro proximal claramente separados por una zona intermedia o mesial –donde encontramos agrupados a los *alfileres, agujas, punzones, cinceles*, etc. (BARRETO RUVIO, 2004: 51). En un segundo nivel jerárquico, por debajo de estas macro-categorías encontramos las categorías que dentro de cada conjunto agrupan los objetos según un criterio morfológico más preciso, relativo a la forma general; así por ejemplo, entre los artefactos con tres zonas definidas hallamos las categorías *dentados, apuntados, rombos y biselados*, mientras que a nivel de tipos –en el tercer escalón jerárquico– se acude a un criterio de tipo funcional: *cinzel, cuña, peine, punta de flecha*, etc. Por último, cuando se considera necesario, dentro de algunos tipos se establecen subtipos en base a criterios ya plenamente heterogéneos: presencia o ausencia de decoración en el tipo *caja*; tipo de perforación –simple o “en V”– en el tipo *botón*; o materia empleada –hueso, concha o diente– en el tipo *colgante*, por citar sólo algunos. A nuestro juicio resultan claras las analogías de este modelo clasificatorio con el propuesto por J. M. Rodanés (1989) del que básicamente se diferencia tan sólo en la creación de las tres macro- categorías en las que se divide toda la muestra catalogada.

La última y más reciente aportación es la de R. Maicas (2007), quien desde una revisión ciertamente exhaustiva y muy documentada de los materiales y excavaciones de Luís Siret en la Cuenca de Vera propone una ordenación clasificatoria de los productos óseos del Neolítico y Calcolítico de la zona, atendiendo de nuevo a criterios eminentemente morfológicos para la segregación de los grupos y subgrupos, y a criterios formales y funcionales para la concreción de los tipos, subtipos, variantes y subvariantes (MAICAS RAMOS, 2007: 112- 114).

A pesar de que podríamos extendernos mucho más detallando otros trabajos de importancia menor en cuanto al número de objetos y colecciones estudiadas, en nuestra opinión lo visto hasta ahora puede considerarse suficientemente ilustrativo de las tendencias marcadas en este campo por la investigación realizada en las últimas décadas, y de lo semejantes que, en esencia, resultan los criterios –o, para expresarlo quizá con más propiedad, el modo errático de manejar diversos y diferentes criterios– a partir de los que se han venido construyendo la mayoría de las propuestas de clasificación de los productos óseos de cronología post-paleolítica, tanto en la Península Ibérica como en buena parte de Europa.

El empeño que impulsó la creación de la *Commission de Nomenclature* perseguía un objetivo que, desde los presupuestos metodológicos que la inspiraron, resultaba indispensable: fijar y administrar de forma coherente los términos con los que los diferentes investigadores designaban a los objetos de hueso y asta de la Prehistoria europea. Ello era una condición *sine qua non* para poder articular una clasificación tipológica con pretensiones pan-europeístas que resultase operativa, y coordinar los esfuerzos combinados de un grupo importante de estudiosos. Sin embargo, con el transcurso de los años hemos asistido a un evidente fracaso de la iniciativa, a nuestro juicio debido, primeramente, a un erróneo planteamiento de los objetivos de investigación, pues pretender integrar en una misma clasificación los productos elaborados durante más de 50.000 años de historia, en un área de centenares de miles de kilómetros cuadrados, resulta desde nuestra perspectiva imposible además de inútil, pues jamás existió una “civilización prehistórica europea” para cuya explicación resultara pertinente un análisis semejante; pero además ello tiene su reflejo en las limitaciones que muestra el resultado mismo del ensayo clasificatorio, obligado a afrontar una amplísima diversidad de productos derivada de la desmesura del espacio geográfico y del intervalo cronológico abarcados.

Llegados a este punto creemos conveniente preguntarnos, por un lado, la razón que ha llevado a que los principales esfuerzos clasificatorios realizados hasta ahora en la Península y en territorios aledaños, referidos a la Prehistoria reciente, hayan concurrido de forma mayoritaria en el análisis de conjuntos regionales pertenecientes a contextos tempranos, esencialmente neolíticos; y por otro, cómo explicar la notable sintonía que, por encima de cierta variabilidad casi por entero atribuible a la subjetividad inherente a cualquier observación, presentan las distintas propuestas de ordenación tipológica elaboradas.

No cabe duda de que todo ello se debe, en primer lugar, a una comunión en cuanto a los objetivos de investigación, pero no puede tampoco negarse que los propios conjuntos artefactuales analizados y clasificados guardan así mismo sensibles similitudes entre sí, perceptibles a escala regional y macro-regional. Estas semejanzas desaparecen, en cambio, cuando se comparan conjuntos de la Edad del Bronce, revelándose diferencias mucho más marcadas entre las diferentes regiones europeas.

N. Provenzano (1997; 2001) divide la colección analizada de objetos terramaricolanos del norte de la Península Italiana en siete grandes grupos principales, definidos unos por sus características morfológicas y otros por la funcionalidad atribuida. Ciertamente, los criterios empleados por la autora no sólo son heterogéneos sino que han variado con el tiempo, pues en una de las primeras propuestas, los bocados y arneses para caballos constituían un grupo propio (PROVENZANO, 1997: 527), para pasar más tarde a constituir un sub-grupo

dentro del conjunto de objetos perforados (PROVENZANO, 2001: 94). En cualquier caso, el cuadro tipológico general construido (PROVENZANO, 1997: 528, fig. 294) resulta bastante orientativo acerca del número y variedad de objetos inventariados y de las diferencias que una gran parte de ellos guarda con el registro ibérico contemporáneo. No menos diferentes se muestran en ese sentido, por ejemplo, los conjuntos clasificados por A. M. Choyke y L. Bartosiewicz (2000) procedentes de yacimientos de las culturas de Nagyrév y Hatvan, en el área central de la Gran Llanura húngara.

Desde nuestro punto de vista, ha sido precisamente la aparente “homogeneidad tipológica” que parece intuirse en el registro de los primeros milenios del postpaleolítico europeo —especialmente notable en el Neolítico de la fachada mediterránea y de Europa Central y Occidental— la que ha concedido ciertos visos de operatividad a un modelo propugnado desde aspiraciones “universalistas” el cual, al reconocer tipos de productos y técnicas de trabajo análogas en puntos geográficos distantes, ha sido aplicado con mayor afán en relación con aquellos contextos arqueológicos en los que parecía mostrarse más operativo. Las dificultades que entrañaba, en comparación, ajustar a una misma y única estructura de clasificación los objetos de cronologías más recientes terminaban aconsejando su exclusión de la tipología —por el sencillo procedimiento de acotar el intervalo temporal analizado— o la reducción de criterios de discriminación y la adopción de otros menos rígidos pero con una mayor capacidad de integración en grupos tipológicos definidos.

Para nosotros resulta evidente que fueron unas determinadas tradiciones compartidas en la manufactura de objetos óseos, claramente vinculadas al modelo tecnológico neolítico que se expandió por Europa y por su costa mediterránea en sentido este-oeste, entre el VIII y el VI milenio cal BC, las que explican las notables analogías que guardan entre sí conjuntos como por ejemplo los de Arene Cándide, en el Golfo de Génova (GIOMI, 1999) y la Cova de l'Or, en el Levante peninsular (VENTO MIR, 1985; PASCUAL BENITO, 1998). Pero a partir del V milenio cal BC, en el seno de unos grupos que van consolidándose a escala regional como propietarios objetivos de sus propios territorios y en el marco de un desarrollo constante de las fuerzas productivas, tendrá lugar una paulatina diferenciación tecnológica que irá procurando, conforme surgen soluciones técnicas originales, la aparición de tradiciones artesanales y gustos estéticos particulares en los que se fundamenta una diversidad ya claramente representada y perfectamente reconocible en el registro arqueológico del II milenio cal BC.

Sin embargo, en la mayor parte de los trabajos a los que se ha hecho referencia, la arquitectura del armazón tipológico se organiza a partir de la abstracción previa de unos rasgos considerados definitorios de cada tipo y la posterior clasificación de éstos a través del tiempo y del espacio para, desde allí, tratar de describir los

procesos históricos que supuestamente cabe inferir de la secuencia espacio-temporal resultante. No se repara en que los productos clasificados a duras penas pueden dar explicación de dichos procesos si se toman desligados del conjunto de relaciones sociales en el seno de las cuales fueron concebidos, realizados, consumidos y transformados, y se aceptan no como meros sujetos pasivos sino como agentes activos, en múltiples dimensiones, de la potencial transformación a la que se puede ver sometida toda sociedad en su esfuerzo por permanecer siendo. La única posibilidad coherente con este planteamiento es organizar la colección de objetos seleccionada de acuerdo con el papel que éstos jugaron en el conjunto de prácticas sociales en las que estuvieron involucrados en el pasado.

Casi todos los términos empleados en arqueología para designar los artefactos que comparecen en los contextos arqueológicos –como muchos de los definidos y normalizados por la *Commission de Nomenclature*– se basan en analogías establecidas a partir del registro etnográfico, o sea, en el uso dado a unos instrumentos que conocemos y designamos en función de este registro y que homologamos al que tuvieron aquéllos (OWEN, 1999). Sin embargo esta homologación se fundamenta, en primera instancia –y muy a menudo en única instancia– en similitudes morfológicas, lo que equivale a suponer, *de facto*, una relación directa entre la forma y función del objeto arqueológico y las del referente etnográfico. Pero no es posible corroborar esta homologación si no es a partir del objeto mismo y de la naturaleza del contexto en el que fue hallado, y con el aumento de la cantidad y calidad de la información producida se comprobó que en un número significativo de casos la función que se les suponía a algunos objetos se mostraba contradictoria con las huellas de uso que conservaban o con los contextos en los que eran registrados.

Así pues, como criterio fundamental de clasificación, la aplicación de este principio ha resultado siempre problemática desde la perspectiva más puramente arqueográfica. En primer lugar, porque son muy pocos los contextos bien documentados susceptibles de proporcionar información de calidad acerca del uso dado a los objetos arqueológicos, lo que impone que, como norma general, se deba acudir al análisis de las huellas de uso –esto es, al análisis funcional (RISCH, 1998)– y asumir los serios inconvenientes que plantea a nivel metodológico (OWEN, 1999):

- precisa mucho tiempo de observación, con aparatos adecuados y relativamente costosos, no siempre al alcance del investigador, y en ocasiones imposibles de trasladar o de ser empleados en los puntos en que se encuentra depositado el material a analizar;

- precisa una adecuada distinción de huellas de elaboración de las de uso y desgaste, lo que exige una rigurosa formación del investigador sólo accesible a través de muchas horas de observación y de comparación con ensayos experimentales;

- y por último, restringe considerablemente la muestra susceptible de proporcionar información relevante para asignar la función de los artefactos a clasificar, pues las huellas de uso sólo se preservan si los objetos están en excepcionales condiciones de conservación.

Sin dejar de reconocer la importancia decisiva de las aportaciones de la traceología en este apartado, el resultado es que en la práctica los ensayos que han partido de este criterio básico para la clasificación de los artefactos óseos se han visto necesariamente limitados a colecciones de algunos yacimientos singulares, como los casos de la Cueva del Toro (MENESES FERNÁNDEZ, 1994) o del Polideportivo de Martos (MÉRIDA GONZÁLEZ, 1997a).

La consecuencia es que, sin la sólida base empírica que acredite la atribución de una funcionalidad inequívoca a cada objeto, se tambalean los ingenuos principios de objetividad sobre los que se fundamentan los modelos de clasificación orientados a la abstracción de procesos con significación histórica, zozobra que en una buena parte de los casos se ha tratado de superar haciendo de los criterios morfológicos las bases supuestamente “objetivas” a partir de los cuales realizar tal ordenación, opción seguida, si bien que en distinto grado, por autores como J. M. Rodanés (1989), J. Ll. Pascual (1998) o R. Maicas (2007). El resultado, no obstante, es un agrupamiento de objetos a nuestro juicio no muy afortunado que, en cuanto a su consumo, pueden no tener absolutamente nada en común. El ejemplo del tipo “perforados” de la tipología propuesta en su día por J. M. Rodanés (1989) es bastante ilustrativo en este aspecto, al agrupar anillos, brazaletes, botones, mangos y tubos en un mismo conjunto.

Si admitimos que no existen tipologías “objetivas” o “neutrales”, sino que todas se proponen desde unos determinados principios ontológicos y epistemológicos; si asumimos que la clasificación tipológica no constituye más que un instrumento metodológico supeditado a la consecución de un objetivo de conocimiento (TSCHAUNER, 1985; ADAMS y ADAMS, 1991); y si hemos anunciado que nuestro objetivo de conocimiento es la explicación de la historia de determinadas sociedades concretas de nuestro pasado y la dinámica seguida en ellas por la producción y consumo de objetos de hueso, asta y marfil, entonces resulta palmaria la imposibilidad de emplear cualquiera de las propuestas precedentes para la ordenación clasificatoria de los artefactos óseos, así como la necesidad de elaborar un ensayo de ordenación que se adecue a nuestro objetivo de investigación y a los principios metodológicos consistentes con la teoría sustantiva.

2. UNA PROPUESTA PARA LA CLASIFICACIÓN DE LOS PRODUCTOS ÓSEOS

A mediados de los años setenta, y en oposición a los planteamientos de G. R. Wiley y P. Philips (1953)

con respecto a la significación del artefacto en arqueología, R. Bartra (1975: 67) reafirmaba los principios que en este sentido marcan cualquier estudio realizado desde una perspectiva materialista, cuales son:

- la noción de los artefactos como instrumentos de producción;

- la noción de los artefactos como resultado de procesos de trabajo;

- y el reconocimiento de que el estudio de los artefactos constituye una manera de aproximarnos al conocimiento de una parte de las fuerzas productivas.

Como parte integrante de dichas fuerzas productivas, todo artefacto óseo participó, al menos, en un proceso de trabajo que modificó la morfología natural del soporte hasta adecuarla a los parámetros del satisfactor perseguido. En este sentido, independientemente de su carácter artefactual, los productos óseos registrados en los contextos arqueológicos han podido desempeñar, sucesiva e incluso alternativamente, el papel de obtejos de trabajo, medios de trabajo o productos. De este modo, un punzón empleado en la fabricación de cestos de cáñamo actúa como medio de trabajo hasta el momento en que la necesidad de mantener afilado su extremo distal lo convierten en el objeto de trabajo de otro proceso de trabajo distinto, del mismo modo que su fractura y su ulterior transformación mediante el reciclado, pueden convertirlo en un producto distinto del que fuera originariamente.

Todo ensayo de ordenación y clasificación de objetos óseos debería tener en cuenta en primer lugar una clara distinción entre “útiles” y “utensilios”, dos términos que no expresan contenidos equiparables, entre otros aspectos, en cuanto a la energía invertida en la transformación y adecuación de unos y otros al desempeño de actividades encaminadas a un fin concreto. Se trata de una diferencia de importancia no menor (LULL, 2007: 17) que ha marcado de distinto modo los trabajos desarrollados en este sentido a un lado y otro del Atlántico. Mientras que el interés fundamental de los investigadores europeos se ha orientado hacia la clasificación y análisis de artefactos, en América se ha dedicado un esfuerzo mucho mayor al estudio de los *expedient tools*, descritos a menudo en Europa como “producciones de hueso poco elaboradas” o “productos *d’conomie*” (LEMOINE, 2004).

Entre los artefactos producidos cabe señalar una doble orientación con respecto a su consumo: por un lado, aquéllos destinados a participar como medios de trabajo en otros procesos productivos, es decir, implicados plenamente en el conjunto de prácticas socioeconómicas de las que ellos mismos han sido resultado; y por otro lado, bienes cuyo consumo no está implicado en aquéllas.

Resulta fundamental establecer, por tanto, como primer estadio de clasificación, a qué tipo de consumo se encontraba orientado cada tipo de producto. En este sentido, autores como J. Montané (1982: 200) incidían en que todo producto...

...puede tener dos destinos: servir para la producción o servir para el consumo que no sea productivo. De tal manera los resultados de la producción se clasifican en productivos e improductivos.

Y en pleno acuerdo con esto, G. Sarmiento (1992: 24) establecía estos dos mismos tipos de consumo de la producción:

- consumo productivo*, cuando los artefactos se reincorporan al proceso productivo como medios de producción,

- y *consumo no productivo*, cuando los productos son consumidos directamente por los hombres y mujeres de la comunidad.

Sin embargo, esta distinción no deja de presentar ambigüedades, como la propia autora señalaba al respecto del consumo no productivo: no resulta del todo exacto desvincular el consumo de ciertos productos –como por ejemplo los alimentos– de los procesos productivos, pues aquéllos son el medio por el que se renueva la energía invertida por la fuerza de trabajo en éstos últimos; por esta razón su consumo no dejaría de redundar, al fin y al cabo, en el proceso productivo. En el caso de los objetos óseos, cabría también reflexionar al respecto de si un peine o un botón constituyen productos de consumo productivo o improductivo, ya que el aseo y cuidado del cabello o el abrigo del cuerpo se implican en el mantenimiento de los individuos y, por tanto, de la fuerza de trabajo de una sociedad.

Para soslayar los problemas que plantea esta difusa separación entre un tipo y otro de consumo otros investigadores han preferido discriminar entre artefactos mediales –los implicados en la producción de otros bienes– y artefactos finales –aquellos destinados directamente al consumo sin participación en otros procesos de trabajo (RISCH, 2002: 20).

A pesar de que en alguna ocasión hemos empleado la distinción entre consumo productivo y no productivo como primer criterio discriminador en el análisis de los productos óseos (LÓPEZ PADILLA, 1998), en la actualidad nos inclinamos a considerar, creemos que de modo más correcto, dos tipos básicos de artefactos:

- artefactos mediales*, orientados preferentemente a un consumo en el seno de prácticas socioeconómicas, entre los que encontramos todos los artefactos vinculados directa o indirectamente con la producción y/o mantenimiento de objetos;

- y *artefactos finales*, muchos de ellos destinados preferentemente a un consumo en el seno de prácticas sociopolíticas, es decir, consumidos en el marco de relaciones en que se concretan las formas políticas e ideológicas de la sociedad.

La ordenación de los artefactos óseos parte, pues, de la identificación teórica del tipo de prácticas sociales en las cuales se halla involucrado su consumo, agrupados unos mayoritariamente en un conjunto de útiles o herramientas de trabajo y dentro de éste, discriminados unos grupos de otros en atención a los dis-

tintos tipos de actividades productivas en las que se implicaron como medios de trabajo; y en otro lugar, adornos u objetos de carácter simbólico que jamás participaron en aquéllas, sino que atendieron a otros requerimientos del consumo social .

La discriminación de los integrantes de uno u otro grupo de artefactos –así como la identificación de los distintos conjuntos que los componen– se hace básicamente desde dos planos de observación complementarios del registro arqueológico:

a) la información proporcionada por el propio objeto:

-por un lado, la forma general del objeto y su funcionalidad teórica atribuida a partir de analogías formales con objetos de funcionalidad conocida, principalmente a través del registro etnográfico.

-y por otro, cuando se dispone de análisis al respecto, las huellas de uso que informan de la actividad o actividades con las que estuvo vinculado como medio de producción, o las señales de desgaste asociadas a su consumo.

b) la información arqueológica contextual:

-que en algunos casos permite inferir, en escalas de observación mayores, el tipo de implicación de los productos en determinados procesos productivos o su consumo en el marco de determinadas prácticas sociales.

Con respecto al primero de ellos, se ha considerado prioritaria la evaluación de las huellas de uso, de desgaste y de cualesquiera otras señales conservadas frente a la información deducida únicamente de los rasgos formales del objeto y basada, como vimos, en meras afinidades morfológicas y no en datos de carácter empírico como las huellas traceológicas. A pesar de ello, la observación sistemática de éstas más allá de la escala macroscópica sólo ha podido aplicarse en muy contadas ocasiones al amplio conjunto de objetos analizado. Y por otra parte, la calidad de la información contextual referida a los artefactos es muy sensible al método de registro arqueológico utilizado durante la excavación, y para quienes no han sido sus excavadores, siempre será dependiente del nivel de detalle con el que es divulgada.

En consecuencia, ha sido necesariamente el criterio de la forma general y de los atributos físicos observables –único aplicable a la totalidad de la muestra– el empleado en la clasificación de los tipos de objetos, si bien atendiendo y asumiendo la compleja relación que se establece siempre entre forma y función: tal y como lo expresa V. Lull (2007: 192) la primera condiciona, impide y libera al objeto de la misión de “ser todo” mientras que la segunda se ubica siempre al filo de la indefinición, pues el objeto, para cumplir su misión, precisa de la mediación del sujeto.

“La función, en cuanto previsión de producción, no escribe el destino de las cosas. La producción no las predestina para un fin, sino que las predispone a ser usadas para él.” (LULL, 2007: 192)

En los términos empleados por L. F. Bate (1997: 124) aceptamos que ciertamente una forma puede referirse a diversos contenidos, si bien no a cualquier contenido. Como principio organizador de la muestra de objetos óseos analizada, por tanto, hemos asumido la *función* inferida a partir de la morfología del producto, lo que convierte la definición de cada uno de los tipos discriminados en meras *proposiciones teóricas que deberán ser corroboradas o refutadas en base a los nuevos datos que se registren*, tanto en lo que se refiere a los contextos arqueológicos en los que comparecen como en lo que concierne a la información derivada del análisis funcional de los objetos.

Además de estos dos conjuntos de artefactos, en tercer y último lugar tendríamos todavía otro conjunto integrado por aquellos productos cuyo consumo, según la información disponible, no se puede relacionar con ninguna práctica social en concreto, y que por tanto restan como artefactos de consumo indeterminado.

En un segundo nivel, una vez discriminados los tres conjuntos de acuerdo con los principios antes enunciados, atenderemos a la distinción de los diferentes tipos de artefactos que los integran y a los subtipos o variantes formales que dentro de cada tipo puedan determinarse. Estos tipos y variantes se han propuesto de acuerdo con estimaciones subjetivas basadas en ciertos rasgos observables en el propio artefacto y claramente interrelacionados entre sí:

-variación de la forma general o de las dimensiones del objeto

-tiempo de trabajo invertido

-grado de complejidad morfológica

Puesto que cada conjunto se constituye de una serie de tipos cuya principal característica común es haber sido diseñados para cumplir con eficiencia una misma función, como norma general cabe esperar una cierta tendencia a la similitud morfológica entre ellos, que encontrando su grado máximo de afinidad en la parte activa –entendida como aquélla que teóricamente concentró el desempeño de la función para la que fue expresamente diseñado el objeto– puede ir creciendo en variabilidad a lo largo del grupo en cuestión. Como primer criterio demarcador de las distintas variantes dentro de cada tipo, la estimación de diferencias significativas en el trabajo invertido en la obtención del producto se halla así mismo en estrecha relación con el grado de complejidad morfológica que, en atención normalmente a la búsqueda de la máxima eficacia en la realización de las actividades para las que cada artefacto fue producido, va creciendo de forma acumulativa en las diferentes variantes consideradas.

De este modo, dentro de cada grupo, los primeros tipos y variantes en la ordenación tenderán a ser aquéllos que mayor parte de la anatomía original del soporte conserven, ya que cuanto mayor sea aquélla menor será, como norma general, el trabajo invertido en su producción. Una vez traspasado el umbral en el que los procesos de transformación de la materia impiden reconocer

ningún rasgo de la morfología anatómica ósea, sólo será posible atender a las características formales del artefacto para establecer los criterios de ordenación.

El método empleado para la designación de cada grupo de artefactos ha consistido en la elección de una letra cualquiera del alfabeto según un criterio completamente subjetivo y arbitrario a la que siguen, en una secuencia acumulativa, los números que refieren los grupos, conjuntos y tipos, y que en última instancia pueden acompañarse de una secuencia también acumulativa de letras para discriminar distintas variantes. Así, tomando como ejemplo el grupo de los picos (grupo P), éstos se dividen en picos rectos (P1) y picos curvos (P2), estableciéndose luego la diferenciación entre picos rectos que conservan partes anatómicas (P11) o no (P12), dividiéndose a su vez éstos últimos entre los que no presentan perforación basal (P121) y los que sí la presentan (P122).

Dentro del conjunto de los *artefactos mediales*, destinados al consumo en prácticas socioeconómicas, hemos diferenciado los siguientes grupos:

- A. Punzones y puntas
- L. Alfileres
- G. Agujas
- P. Picos
- F. Puntas de flecha
- E. Cinceles, escoplos, cuñas
- H. Espátulas, alisadores
- S. Sierras
- I. Percutores
- M. Mangos, empuñaduras
- Y. Fusayolas
- Z. Separadores de hebras

Dentro del conjunto de *artefactos finales*, diferenciamos:

- C. Cuentas de collar
- K. Colgantes
- Q. Botones y apliques
- T. Pomos y conteras
- B. Brazaletes
- N. Peines

Y finalmente, un grupo de productos para los que por ahora no nos ha sido posible proponer una hipótesis de funcionalidad probable que permita relacionarlo con un tipo de consumo determinado:

- D. Indeterminados

Pero existe además una porción del material analizado que, mostrando evidencias de su participación en los procesos de producción, no llegaron a integrar el registro arqueológico como artefactos sino como residuos y porciones desechadas de materia prima, o como productos inacabados a los que nunca se llegó a dotar de la totalidad de los atributos que definen a los

grupos artefactuales considerados. La postura adoptada por algunos investigadores como N. Provenzano (2001) o Sam- Yong Choi (2002) ha sido reunir esta fracción del registro bajo el epígrafe de “piezas técnicas”, definidas como aquéllas que, sin constituirse propiamente en ninguno de los tipos discriminados, aportan información sobre las técnicas de trabajo empleadas y los procesos de producción implicados en la manufactura de los artefactos óseos.

A esto se añade la necesidad de considerar un plano de información escasamente valorado en las propuestas de clasificación del material óseo elaboradas hasta ahora, relativo a determinados objetos constituidos en productos reconocibles tipológicamente, pero transformados y reciclados, a menudo de forma parcial a partir de astillas o partes fracturadas de los mismos, que lógicamente no responden a patrones uniformes de producción. Estos productos se encuentran normalmente fuera de la tipología, aunque muchos de ellos, tras su transformación, encuentran acomodo en alguno de los tipos establecidos. En esos casos, hemos optado por adscribir la pieza al tipo de objeto correspondiente, pero indicando juntamente con la sigla que lo identifica un símbolo (*) que alerta de que el artefacto en cuestión fue sometido a un proceso de reciclaje antes de pasar a formar parte del contexto arqueológico.

Tanto éstos como los desechos y residuos del proceso productivo catalogados, así como también las preformas o las porciones pre-elaboradas de materias primas óseas se reúnen en un conjunto de objetos vinculados con la producción ósea, pero que no llegaron nunca a constituir un producto normalizado, lo que no excluye que algunos de ellos fueran, sin embargo, usados.

El cuadro tipológico que hemos empleado para la ordenación de los objetos óseos incluidos en nuestro catálogo queda, en consecuencia, organizado del siguiente modo:

ARTEFACTOS MEDIALES

A PUNZONES

A.1 *Punzones de base epifisial*

A.11 Punzones de base epifisial sin abertura del canal medular

A.111 Punzones de base epifisial sin abertura del canal medular sobre ulna

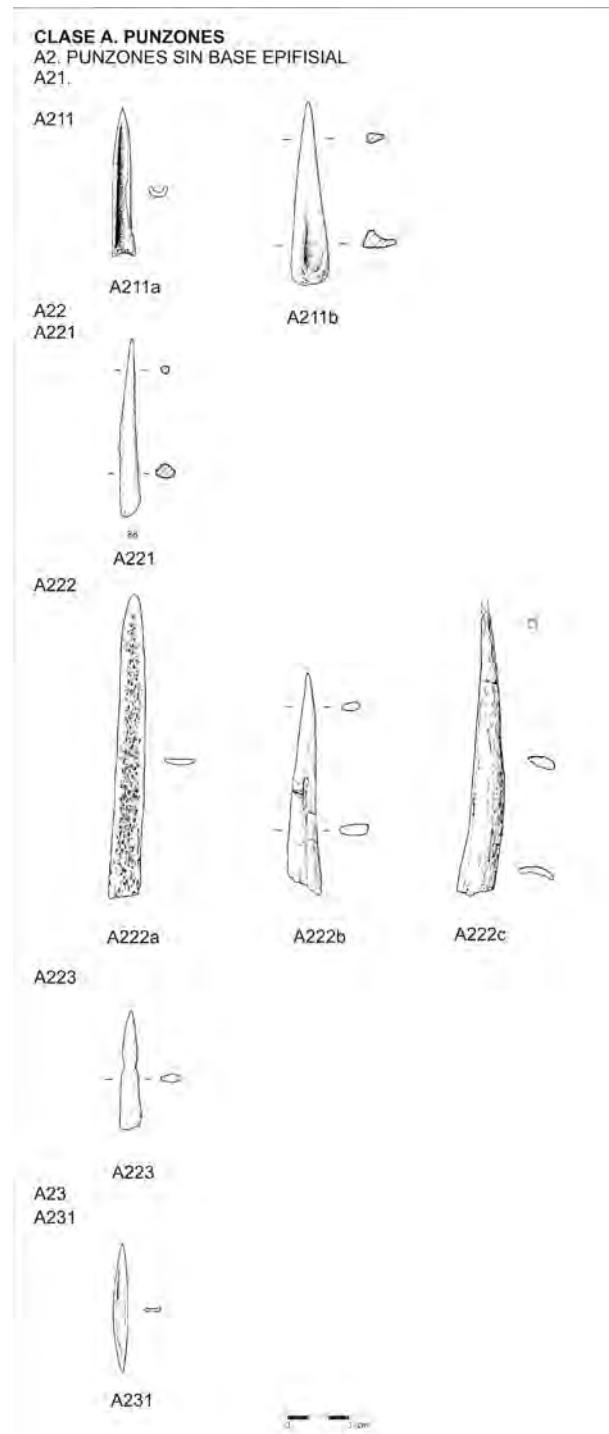
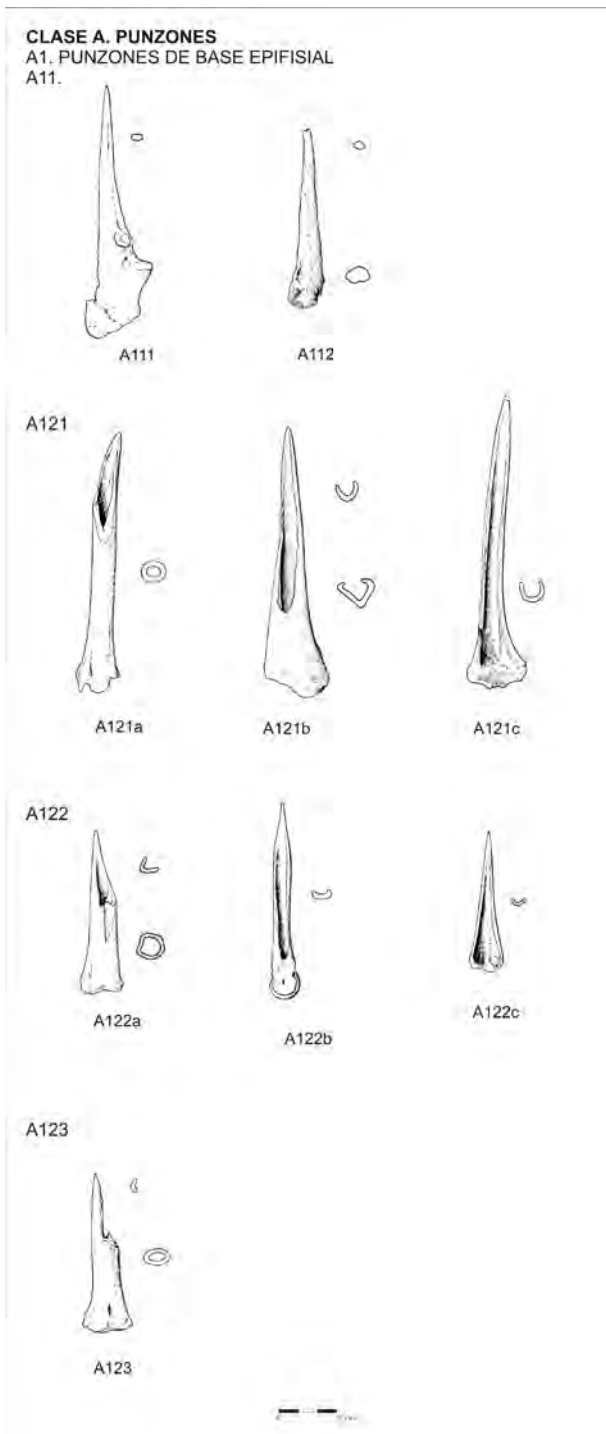
A.112 Punzones de base epifisial sin abertura del canal medular sobre metapodio de equino

A.12 Punzones de base epifisial con abertura del canal medular

A.121 Punzones de base epifisial con abertura del canal medular sobre tibia

A.121a Punzones de base epifisial con abertura parcial del canal medular sobre tibia conservando la epífisis distal

A.121b Punzones de base epifisial con abertura parcial del canal medular sobre tibia conservando la epífisis proximal



A.121c Punzones de base epifisial con abertura total del canal medular sobre tibia conservando la epifisis proximal

A.122 Punzones de base epifisial con abertura del canal medular sobre metapodio de rumiante

A.122a Punzones de base epifisial con abertura parcial del canal medular sobre metapodio de rumiante conservando la epifisis proximal

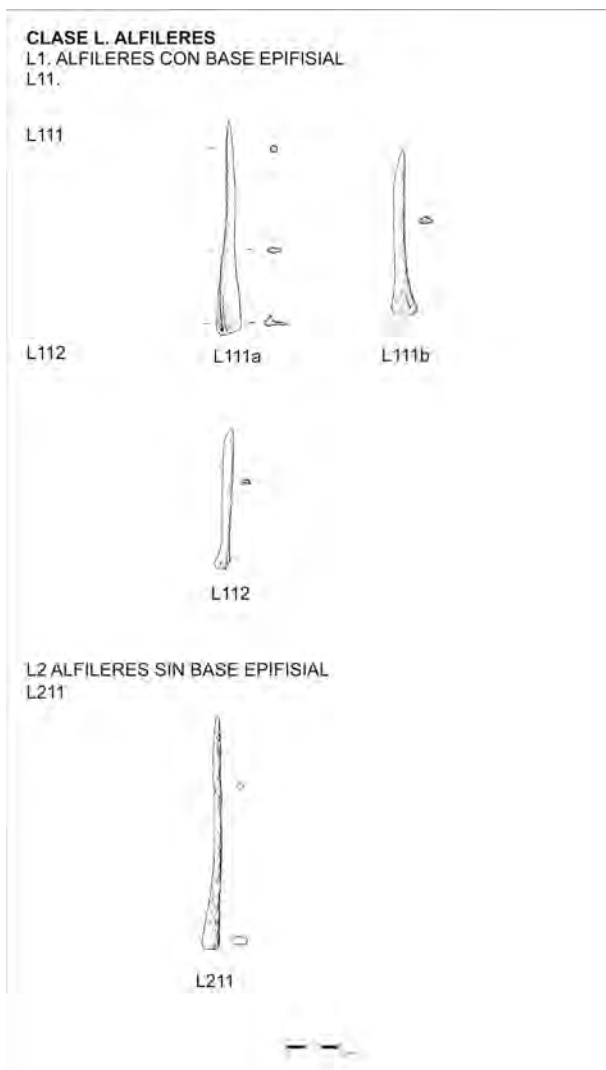
A.122b Punzones de base epifisial con abertura total del canal medular sobre metapodio de rumiante conservando la epifisis distal

A.122c Punzones de base epifisial con abertura total del canal medular sobre metapodio de rumiante conservando la epifisis proximal

A.123 Punzones de base epifisial con abertura del canal medular sobre radio

A.123a Punzones de base epifisial con abertura parcial del canal medular sobre radio conservando la epifisis proximal

A.123b Punzones de base epifisial con abertura parcial del canal medular sobre radio conservando la epifisis distal



A123c Punzones de base epifisial con abertura total del canal medular sobre radio conservando la epifisis distal

A.2 Punzones sin base epifisial

A.21 Punzones sin base epifisial con abertura del canal medular

A.211a Punzones sin base epifisial con abertura del canal medular sobre metapodio de pequeño rumiante

A.211b Punzones sin base epifisial con abertura del canal medular sobre metapodio o tibia de gran rumiante

A.22 Punzones sin base epifisial sin abertura del canal medular

A.221 Punzones sin base epifisial sin abertura del canal medular de sección circular o pseudo-circular en el fuste

A.221a Punzones sin base epifisial de sección circular o pseudo-circular de tamaño pequeño

A.221b Punzones sin base epifisial de sección circular o pseudo-circular de tamaño grande

A.222 Punzones sin base epifisial sin abertura del canal medular de sección aplanada en el fuste

A.222a Punzones sin base epifisial de sección aplanada de tamaño pequeño

A.222b Punzones sin base epifisial de sección aplanada de tamaño grande

A.223 Punzones sin base epifisial de sección aplanada en el fuste con adelgazamiento central

A.23 Punzones de base apuntada

A.231 Punzones de base apuntada de sección rectangular en el fuste

A.231a Punzones de base apuntada de sección rectangular de tamaño pequeño

A.231b Punzones de base apuntada de sección rectangular de tamaño grande

L ALFILERES

L.1 Alfileres con cabeza epifisial

L.111 Alfileres con cabeza epifisial sobre fíbula de suido

L.111a Alfileres de base epifisial sobre fíbula de suido conservando la epifisis proximal

L.111b Alfileres de base epifisial sobre fíbula de suido conservando la epifisis distal

L.112 Alfileres con cabeza epifisial sobre fíbula de ave

L.2 Alfileres con cabeza modificada

G AGUJAS

G.1 Agujas de base epifisial

G.111 Agujas de base epifisial sobre fíbula de suido

G.111a Agujas con cabeza epifisial sobre fíbula de suido con un ojo

G.111b Agujas con cabeza epifisial sobre fíbula de suido con dos ojos

G.2 Agujas sin base epifisial

G.211 Agujas sin base epifisial sobre fragmento diafisario con restos del canal medular

G.212 Agujas sin base epifisial sobre fragmento diafisario sin restos del canal medular

P PICOS

P.1 Picos rectos

P.111 Picos rectos sobre rama principal de asta de corzo conservando la parte basal

P.121 Picos rectos de sección circular en el fuste sobre porción longitudinal de rama principal de asta de ciervo

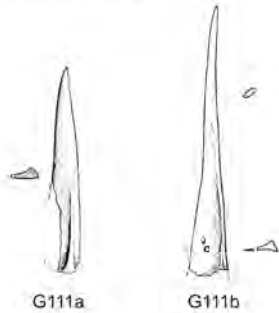
P.122 Picos rectos de sección aplanada en el fuste sobre porción longitudinal de rama principal o luchadera de asta de ciervo, con doble perforación basal

P.2 Picos curvos

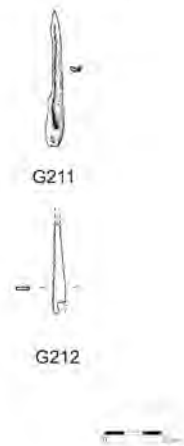
P.211 Picos curvos sobre luchadera de asta de ciervo sin modificación de la anatomía del extremo distal

P.22 Picos curvos sobre luchadera de asta de ciervo con modificación de la anatomía del extremo distal

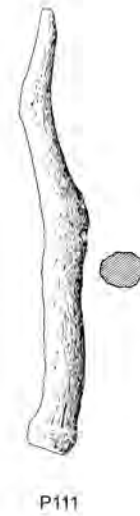
CLASE G. AGUJAS
G1. AGUJAS CON BASE EPIFISIAL
G11.



G2. AGUJAS SIN BASE EPIFISIAL
G21



CLASE P. PICOS
P1. PICOS RECTOS
P11.



P12



P121



P122



P.221 Picos curvos sobre luchadera de asta de ciervo con modificación de la anatomía del extremo distal sin perforación basal

P.221a Picos curvos sobre luchadera de asta de ciervo con modificación de la anatomía del extremo distal sin perforación basal de sección circular

P.221b Picos curvos sobre luchadera de asta de ciervo con modificación de la anatomía del extremo distal sin perforación basal de sección rectangular

P.222 Picos curvos sobre luchadera de asta de ciervo con modificación de la anatomía del extremo distal con perforación basal

P.223 Picos curvos sobre luchadera de asta de ciervo con ahuecado basal

F PUNTAS DE FLECHA

F.1 Puntas de flecha sobre lámina ósea

F.111 Puntas de flecha sobre lámina ósea sin aletas

F.111a Puntas de flecha sin aletas de hoja ancha

F.111b Puntas de flecha sin aletas de hoja estrecha

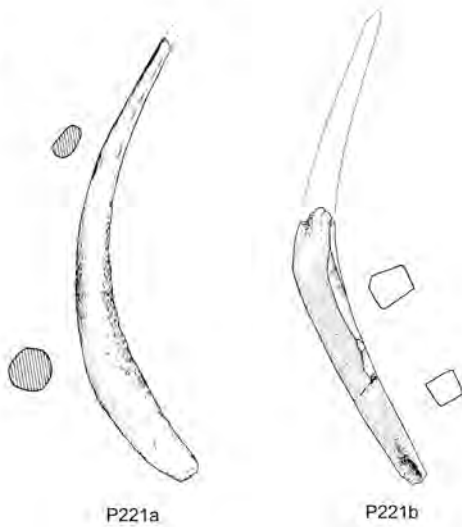
F.121 Puntas de flecha sobre lámina ósea de dos aletas incipientes

CLASE P. PICOS
P2. PICOS CURVOS
P21.



P21

P22

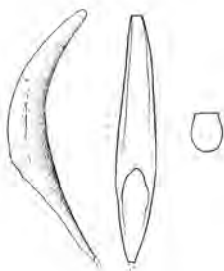


P221a

P221b



P222



P223



F.121a Puntas de flecha de aletas incipientes de hoja estrecha

F.121b Puntas de flecha de aletas incipientes de hoja ancha

F.122 Puntas de flecha sobre lámina ósea de dos aletas marcadas

F.131 Puntas de flecha sobre lámina ósea de cuatro aletas marcadas

F.131a Puntas de flecha sobre lámina ósea de cuatro aletas marcadas de hoja estrecha

F.131b Puntas de flecha sobre lámina ósea de cuatro aletas marcadas de hoja ancha

F.2 *Puntas de flecha sobre varilla ósea*

F.211 Puntas de flecha sobre varilla ósea sin aletas de hoja de sección circular

F.221 Puntas de flecha sobre varilla ósea sin aletas de hoja de sección triangular con pedúnculo macizo

F.222 Puntas de flecha sobre varilla ósea sin aletas de hoja de sección triangular con pedúnculo ahuecado

F.231 Puntas de flecha sobre varilla ósea con tres aletas y con pedúnculo macizo

F.232 Puntas de flecha sobre varilla ósea con tres aletas, tope y con pedúnculo macizo

F.233 Puntas de flecha sobre varilla ósea con tres aletas, tope y con pedúnculo ahuecado

E CINCELES, ESCOPILOS Y CUÑAS

E.1 *Cinceles, escoplos y cuñas de base epifisial*

E.111 Cinceles, escoplos y cuñas de base epifisial sobre metapodio

E.112 Cinceles, escoplos y cuñas de base epifisial sobre ulna

E.2 *Cinceles, escoplos y cuñas sobre porciones óseas longitudinales*

E.211 Cinceles, escoplos y cuñas no enmangados elaborados sobre porción diafisaria longitudinal

E.221 Cinceles, escoplos y cuñas no enmangados elaborados sobre porción longitudinal de asta de ciervo

E.231 Cinceles, escoplos y cuñas enmangados no pedunculados elaborados sobre porción diafisaria longitudinal

E.232 Cinceles, escoplos y cuñas enmangados con pedúnculo elaborados sobre porción diafisaria longitudinal

H ESPÁTULAS Y ALISADORES

H.1 *Espátulas y alisadores elaborados no enmangados sobre porciones óseas longitudinales*

H.111 Espátulas y alisadores elaborados sobre porción diafisaria longitudinal de tibia o metapodio conservando parte de la epífisis proximal

H.112 Espátulas y alisadores elaborados sobre varilla longitudinal de rama de asta de ciervo

H.113 Espátulas y alisadores elaborados sobre porción diafisaria longitudinal sin conservar partes epifisarias

CLASE F. PUNTAS DE FLECHA

F1. PUNTAS DE FLECHA SOBRE LÁMINA ÓSEA
F11.



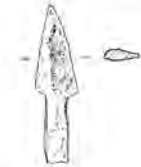
F111a



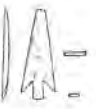
F111b



F121a



F121b



F122



F131

F2. PUNTAS DE FLECHA SOBRE VARILLA ÓSEA
F21



F211

F22



F221

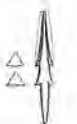


F222

F23



F231



F232



F233



CLASE E. CINCELES, ESCOPILOS Y CUÑAS

E1. CINCELES, ESCOPILOS Y CUÑAS DE BASE EPIFISIAL
E11.



E111



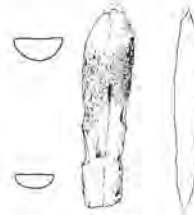
E112

E2. CINCELES, ESCOPILOS Y CUÑAS SOBRE PORCIONES
ÓSEAS LONGITUDINALES
E21



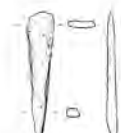
E211

E22



E221

E23



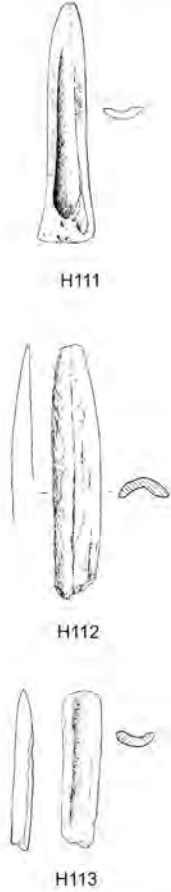
E231



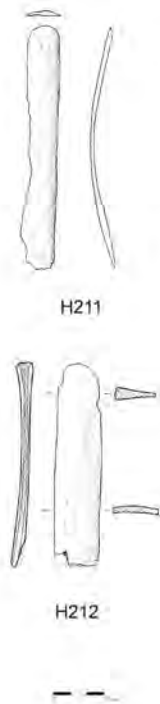
E232



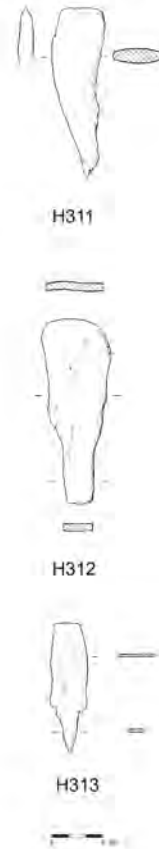
CLASE H. ESPÁTULAS Y ALISADORES
H1.ESPÁTULAS Y ALISADORES NO ENMANGADOS
SOBRE DIÁFISIS O PORCIÓN DE ASTA SECCIONADA
LONGITUDINALMENTE
H11.



H2.ESPÁTULAS Y ALISADORES NO ENMANGADOS
SOBRE COSTILLA
H21.



CLASE H. ESPÁTULAS Y ALISADORES
H3.ESPÁTULAS Y ALISADORES ENMANGADOS
H31.



H.2 *Espátulas y alisadores no enmangados elaborados sobre costillas*

H.211 Espátulas y alisadores sobre costilla, de extremos redondeados

H.212 Espátulas y alisadores sobre costilla, con un extremo recto

H.3 *Espátulas y alisadores enmangados*

H.311 Espátulas y alisadores enmangados sobre quijada de rumiante

H.312 Espátulas y alisadores enmangados sobre varilla de asta de cérvido

H.313 Espátulas y alisadores enmangados sobre porción recortada de costilla

S SIERRAS

S.111 Sierras sobre escápula de rumiante

S.112 Sierras sobre costilla

I PERCUTORES

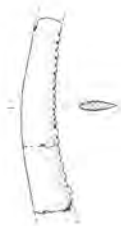
I.111 Percutor sobre porción diafisaria longitudinal

M MANGOS Y EMPUÑADURAS

M.1 *Mangos de base epifisial*

CLASE S. SIERRAS
S1.


S111



S112


CLASE I. PERCUTORES
I1.


I111


CLASE M. MANGOS Y EMPUÑADURAS
M1. MANGOS DE BASE EPIFISIAL
M11.


M111



M112



M113



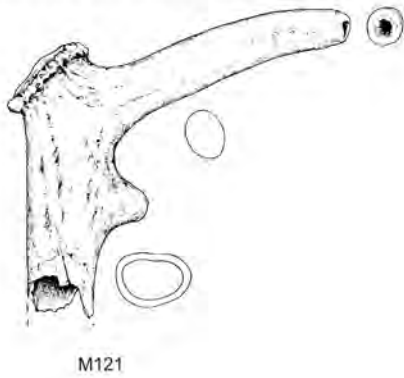
M114



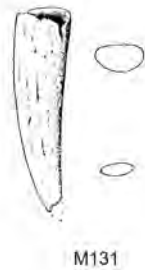
- M.11 Mangos de base epifisial sobre hueso
 - M111 Mangos de base epifisial sobre metapodio de ovicaprino o pequeño rumiante
 - M112 Mangos de base epifisial sobre húmero de cánido
 - M113 Mango de base epifisial sobre tibia de ovicaprino o pequeño ruamiente
 - M114 Mango de base epifisial sobre metapodio de suido
- M.12 Mangos de base epifisial sobre asta
 - M.121 Mangos de base epifisial sobre porción proximal de asta de ciervo
 - M.121a Mangos de base epifisial sobre porción proximal de asta de ciervo conservando la roseta perlada
 - M.121b Mangos de base epifisial sobre porción proximal de asta de ciervo conservando la roseta perlada y con perforación en el extremo de la luchadora basal

- M131 Mangos sobre clavija ósea de cuerno de ovicaprino
- M.2 *Mangos sin base epifisial*
 - M.211 Mangos sin base epifisial sobre diáfisis ósea con canal medular
 - M.221 Mangos sin base epifisial sobre porciones cilíndricas de asta o marfil
 - M.221a Mangos sin base epifisial sobre porción cilíndrica de asta de ciervo
 - M.221b Mangos sin base epifisial sobre porción cilíndrica de marfil
 - M.231 Empuñaduras de marfil con pomo en forma de botón y decoración de círculos con punto central
- Y FUSAYOLAS
 - Y.111 Fusayolas sobre cóndilo de la epífisis proximal de fémur de gran rumiante
 - Y.211 Fusayolas sobre roseta perlada de asta de ciervo

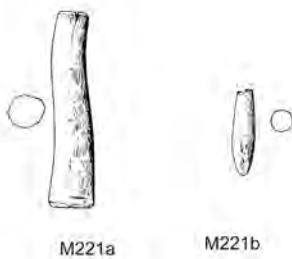
CLASE M. MANGOS Y EMPUÑADURAS
M12



M13



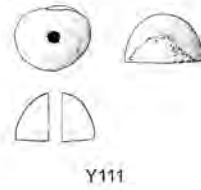
M2.MANGOS SIN BASE EPIFISIAL



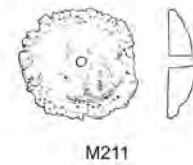
M3.MANGOS DE MARFIL



CLASE Y. FUSAYOLAS
Y.111



Y.111



CLASE Z. SEPARADOR DE FIBRAS
Z.111



Z SEPARADORES DE FIBRAS
Z111 Separadores de fibras sobre varilla de asta de ciervo

ARTEFACTOS FINALES

C CUENTAS Y ELEMENTOS DE COLLAR

C.1 *Cuentas sobre soportes anatómicos*

C.111 Cuentas sobre vértebras o piezas vertebrales

C.111a Cuenta sobre vértebra de escaulo

C.111b Cuenta sobre disco vertebral de pez de gran tamaño

C.112 Cuentas sobre fragmento esquelético de caparazón de tortuga

C.2 *Cuentas de marfil*

C.211 Cuentas esféricas o pseudo-esféricas de marfil

C.3 *Cuentas sobre soportes óseos diafisiarios*

C.311 Cuentas tubulares alargadas sobre porciones diafisiarias de huesos de pequeño tamaño

C.312 Cuentas pseudo-tubulares cortas sobre porciones diafisiarias



C.4 *Separadores de collar sobre placas óseas*
 C.411 Separadores de collar multiperforado sobre placa de marfil

C.5 *Cuentas o elementos de collar sobre porción ósea maciza*

C.511 Cuenta fusiforme sobre porción ósea maciza con perforación central

K COLGANTES Y PENDIENTES

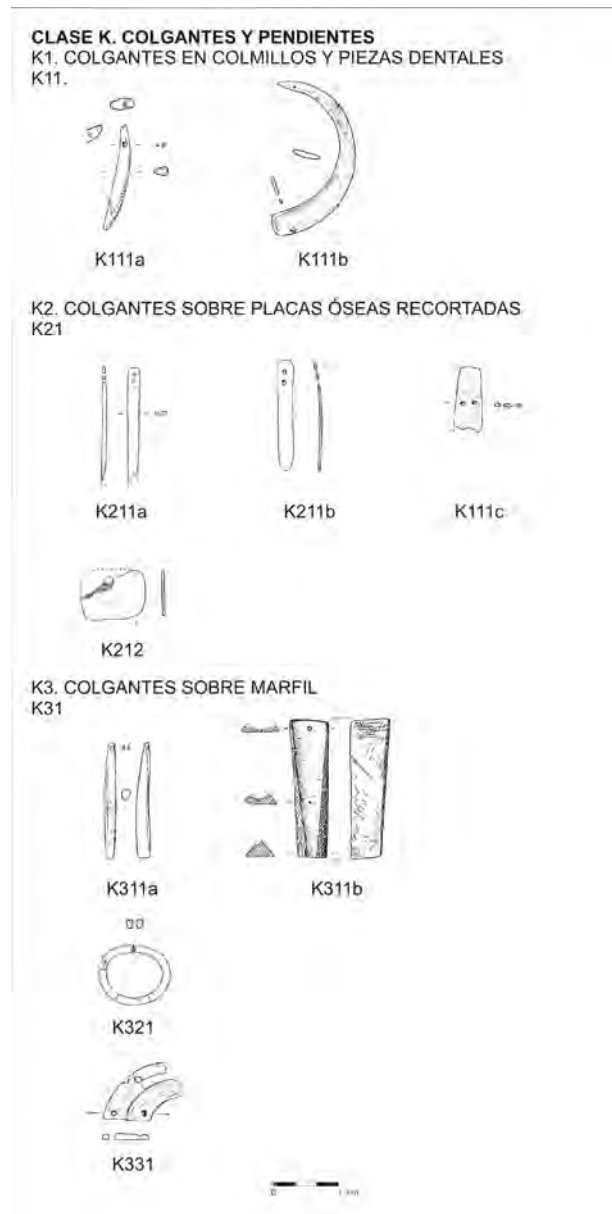
K.1 *Colgantes o pendientes sobre colmillos o piezas dentales de animales*

K.111 Colgantes o pendientes sobre colmillos de suidos

K.111a Colgantes o pendientes sobre colmillo superior de suido

K.111b Colgantes o pendientes sobre colmillo inferior de suido

K.2 *Colgantes o pendientes sobre porciones recortadas de placas óseas*



K.211 Colgantes o pendientes sobre placas longitudinales recortadas de costillas

K.211a Colgantes o pendientes sobre porciones longitudinales de costilla con una perforación

K.211b Colgantes o pendientes sobre porciones longitudinales de costilla con doble perforación longitudinal

K.211c Colgantes o pendientes sobre porciones longitudinales de costilla con doble perforación transversal

K.212 Colgantes o pendientes sobre placas transversales recortadas de costillas

K.3 *Colgantes o pendientes sobre soportes de marfil*

K.311 Colgantes o pendientes sobre barras

K.311a Colgantes o pendientes sobre barras de marfil de sección circular

K.311b Colgantes o pendientes sobre barras de marfil de sección triangular

CLASE Q. BOTONES Y ADEREZOS**Q1. BOTONES DE PERFORACIÓN EN V**

Q111



Q121



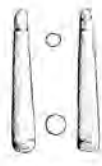
Q131



Q132

Q2. ADEREZOS SOBRE BARRA PRISMÁTICA SEGMENTADA

Q211

Q3. ADEREZOS SOBRE BARRA CILÍNDRICA O FUSIFORME

Q311



K.321 Colgantes o pendientes de marfil con forma de aro

K.331 Colgantes o pendientes sobre placas de marfil multiperforadas

Q BOTONES Y ADEREZOS**Q.1 Botones y aderezos con perforación**

Q.111 Botón piramidal con perforación en V

Q.121 Botón cónico con perforación en V

Q.131 Botón prismático con perforación simple en V

Q.132 Botón prismático con perforación doble en V

Q.2 Aderezos sobre barra de forma prismática triangular no perforados

Q.211 Pieza prismática con escotaduras transversales

Q.3 Aderezos sobre barra cilíndrica o fusiforme no perforados

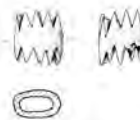
CLASE T. CONTERAS Y APLIQUES**T1. CONTERAS CON PERFORACIÓN PARA REMACHES**

T111a

T111b

T2. CONTERAS SIN PERFORACIÓN PARA REMACHES

T211

T3. APLIQUES PARA MANGOS

T311



Q.311 Barra fusiforme con entalladuras en los extremos

T CONTERAS Y APLIQUES ORNAMENTALES PARA MANGOS**T.1 Conteras con perforación para remaches**

T.111 Contera de marfil con perforación simple para remache

T.112 Contera de marfil con perforación doble para remaches

T.2 Conteras sin perforación para remaches

T.211 Contera de forma fusiforme con botón esférico en el extremo proximal

T.3 Apliques para mangos

T.311 Apliques dentados para mango

B BRAZALETES

B.111 Brazaletes de marfil no perforados

B.111a Brazaletes de marfil no perforados de sección cuadrangular

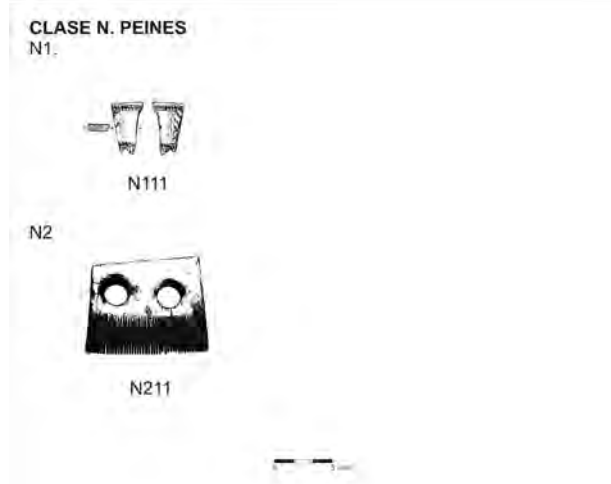
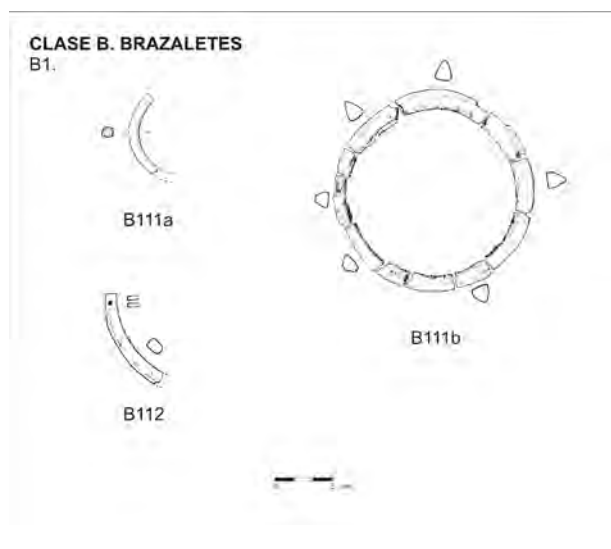
B.111b Brazaletes de marfil no perforados de sección triangular

B.112 Brazaletes de marfil con perforación

N PEINES

N.111 Peines sobre placa de marfil con decoración incisa geométrica

N.211 Peines sobre placa de marfil biperforada



ARTEFACTOS USADOS EN PRÁCTICAS SOCIALES INDETERMINADAS

D INDETERMINADOS

D.1 *Indeterminados con perforación*

D.11 Indeterminados perforados sobre soportes óseos anatómicos

D.111 Falange de équido con perforación en el extremo distal

D.112 Metatarso de équido con multiperforación convergente

D.113 Falange con entalladuras y ranura en el extremo distal

D.12 Indeterminados perforados sobre placas óseas

D.121 Placa ósea perforada en los extremos

D.13 Indeterminados perforados sobre placas recortadas de asta de cérvido

D.131 Porción rectangular de asta de ciervo con perforación en uno de los extremos

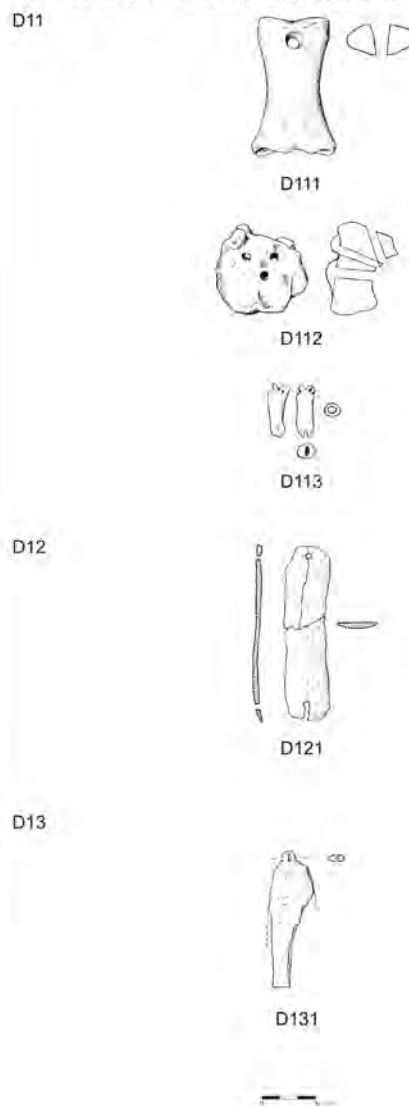
D.2 *Indeterminados sin perforación*

D.21 Indeterminados no perforados con decoraciones incisas

D.211 Metatarso de ovicaprino con bandas incisas en los extremos de la diáfisis

CLASE D. INDETERMINADOS

D1. INDETERMINADOS CON PERFORACIÓN



D.221 Placa circular de marfil con decoración incisa

D.231 Cilindro óseo con decoración incisa en forma de bandas transversales

D.3 *Indeterminados no perforados sin decoración*

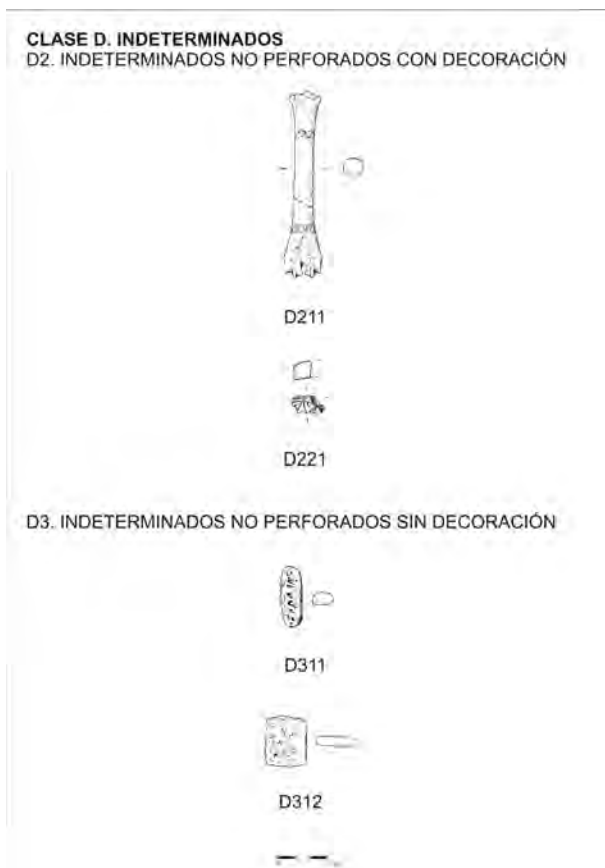
D.31 Indeterminados de formas geométricas

D.311 Varilla ósea con entalladuras e incisiones oblicuas en la zona mesial

D.312 Placas de forma cuadrangular de marfil

3. CATÁLOGO-INVENTARIO DE YACIMIENTOS Y CONJUNTOS MATERIALES ANALIZADOS

El catálogo de piezas analizadas se compone de un total de 1378 objetos óseos, procedentes de algo más de 70 yacimientos emplazados en la franja costera y el *hinterland* del área central del Levante peninsular, y cuyas cronologías se encuentran comprendidas en el



intervalo *ca.* 3000 cal BC- *ca.* 1200 cal BC. De ellos, sólo un pequeño porcentaje no ha sido analizado personalmente por nosotros. En esos casos las referencias y descripciones publicadas por otros autores son las que se han utilizado para la descripción de las piezas.

Tal y como puede apreciarse con claridad en el mapa de la Figura IV.3.1 se da una concentración notable de yacimientos analizados en las zonas correspondientes a los valles del Serpis y del Vinalopó, en Alicante, en donde se aglutina cerca del 45% de los yacimientos incluidos en nuestro catálogo. No obstante esto, el reparto proporcional de la muestra analizada evidencia una distribución mucho más homogénea en el territorio (Fig. IV.3.2), lo cual responde a las notables desigualdades registradas entre yacimientos en lo concerniente a la cantidad de los objetos óseos que han proporcionado.

De cada yacimiento se ha elaborado una ficha en la que se ha procurado recoger los datos más relevantes para nuestro análisis, en especial en lo referente a los productos óseos registrados en ellos, si bien la calidad de la información arqueológica que acompaña a la muestra estudiada difiere de modo considerable entre unos yacimientos y otros. De algunos de los que contamos con una numerosa representación –como Tabayá o Muntanya Assolada– todavía no se dispone de las memorias completas de los trabajos realizados; de otros, como Cerro de El Cuchillo o Cabezo Redondo sólo se ha publicado en detalle una parte de las me-

morias científicas; en otros casos, como San Antón, Laderas del Castillo, Ereta del Pedregal o Mola Alta de Serelles el abundante material procede mayoritariamente de excavaciones de principios del siglo pasado, con las limitaciones que para su correcta contextualización conllevan las lógicas deficiencias en el registro de las excavaciones de esa época; por fin, una parte nada desdeñable del catálogo se compone de hallazgos aislados, de los que conocemos la procedencia pero prácticamente nada más.

Si bien la inmensa mayoría de los productos óseos aquí inventariados proceden inequívocamente de yacimientos y/o contextos correspondientes al intervalo cronológico *ca.* 2500 cal BC- *ca.* 1200 cal BC, una parte de ellos pertenece a momentos anteriores, de inicios del III milenio o incluso del IV milenio cal BC. La inclusión de estos objetos responde a una intención expresa de analizar personalmente al menos un pequeño conjunto que subjetivamente pudiéramos considerar representativo de los patrones de producción y consumo de artefactos óseos previos a la Edad del Bronce, como único medio de contribuir a la contrastación empírica de la dinámica seguida por la elaboración de artefactos óseos entre el IV y el I milenio cal BC, algo que ya de por sí permite la exhaustiva documentación existente con respecto a las primeras sociedades agrícolas de la zona (PASCUAL BENITO, 1998). Esa es la razón de que en el catálogo se hayan incluido los materiales óseos de yacimientos en los que hemos podido analizar de primera mano las dinámicas de la producción ósea en las etapas precedentes a la que aquí abordamos, no sólo en el área del Prebético meridional –La Macolla, la Cova del Montgó, la Figuera Redona– sino también en el llano litoral y en las estribaciones orientales del Sistema Ibérico –Ereta del Pedregal– o en los contornos meridionales del Este de La Mancha –Fuente de Isso. Por último, se han añadido también determinadas piezas seleccionadas de conjuntos artefactuales ya pormenorizadamente publicados, pero que corresponden claramente a la etapa que aquí analizamos, caso de algunos punzones y adornos de la Cova de la Barcella, la Cova de La Pastora o la Cueva de los Tiestos.

En cuanto al modelo seguido para la consignación de los datos relativos cada objeto óseo incluido en el catálogo, y tras la revisión de un conjunto notable de propuestas referenciadas en la bibliografía arqueológica española (ORTEGA MATEOS, 1984; RUIZ, MARTÍNEZ Y TORRALBA, 1983; VENTO MIR, 1985; RODANÉS VICENTE, 1989; PASCUAL BENITO, 1998; etc...) se elaboró en su día una ficha en la que se pretendía recoger de forma exhaustiva toda la información que se estimó relevante para la conformación de un cuerpo descriptivo suficientemente representativo de cada producto, que con el paso del tiempo y a medida que la colección analizada iba incrementándose en número, fue variando y centrándose preferentemente en los parámetros que comenzaron a mostrarse más relevantes

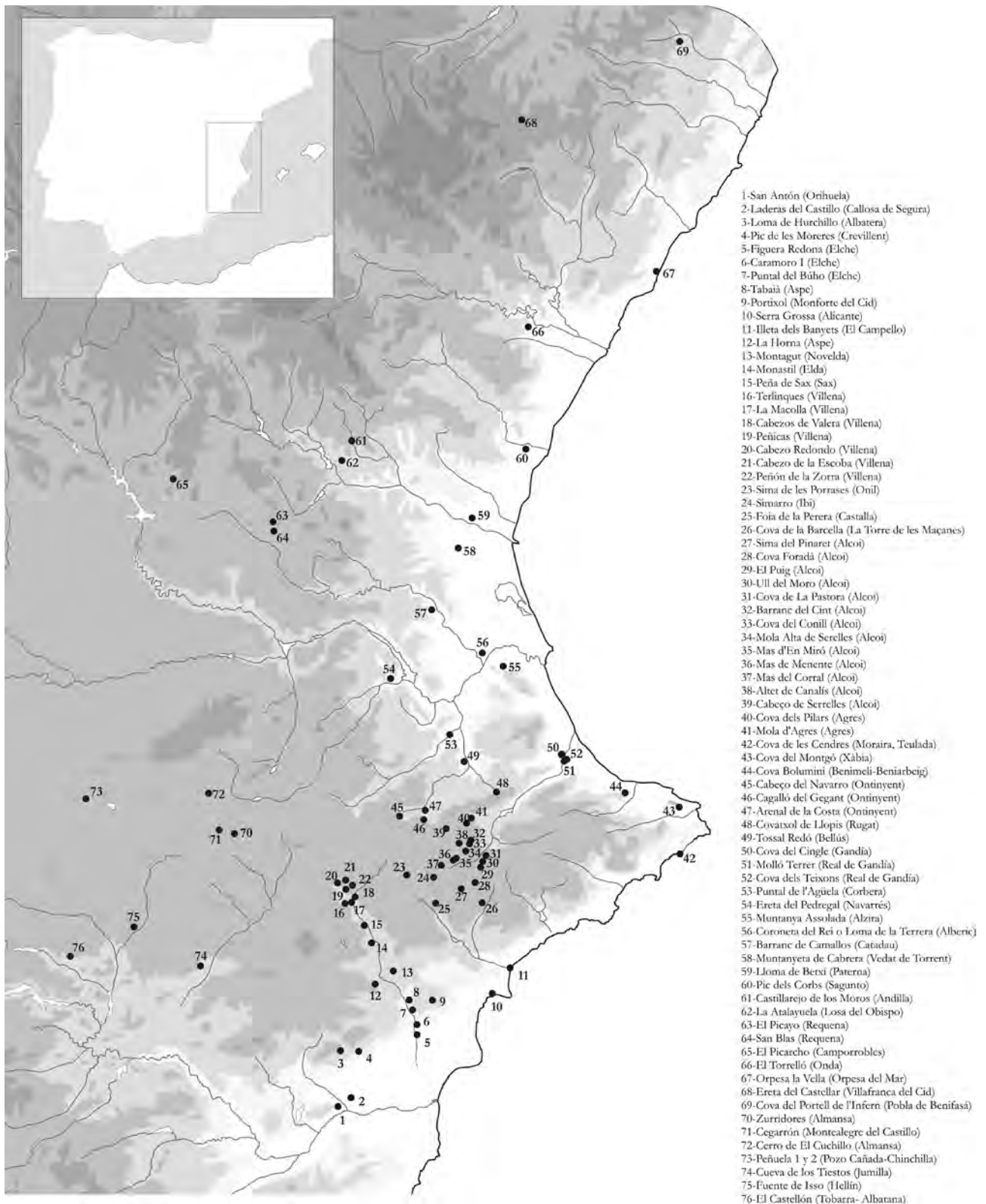


Figura IV.3.1_Mapa General de yacimientos incluidos en el catálogo.

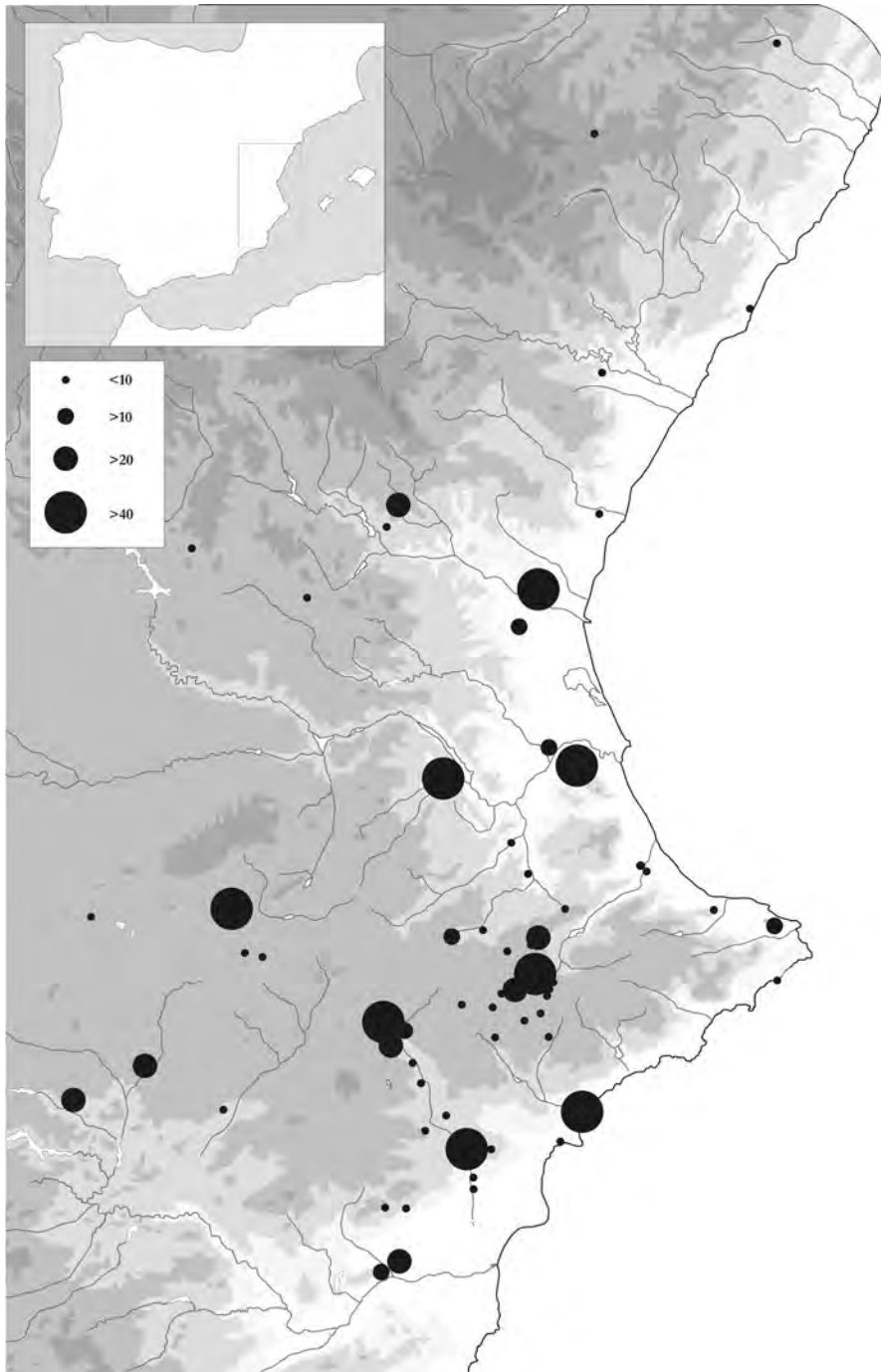


Figura IV.3.2_Mapa de distribución por yacimientos de la muestra analizada de acuerdo con el volumen de objetos óseos.

para la evaluación de la muestra. Los datos consignados en cada una de las fichas descriptivas se volcaron en una base de datos para su gestión estadística, inicialmente en el programa DBase III.Plus, para ser luego exportados a una base de Microsoft Office Access, con el que se ha efectuado el tableado definitivo de los valores reflejados para cada registro, así como las evaluaciones de cálculo estadístico, los gráficos y también las consultas e informes del material inventa-

riado. Para agilizar la consulta de los 1.378 registros del catálogo se diseñó un formulario que permitía una rápida visión de los campos consignados y sus respectivos valores.

La composición de la ficha responde, por tanto, a un modelo que sólo en ciertos aspectos coincide con las fichas- tipo empleadas por otros autores, para quienes algunos de los rasgos que hemos valorado no eran merecedores de especial atención, como por ejemplo

el estado de la fusión epifisiaria de los soportes óseos identificados, dato que nos habría permitido evaluar la relación entre los tipos de soportes óseos seleccionados para la producción y los patrones de sacrificio. En cambio, la descripción morfométrica del objeto se ha limitado a consignar la longitud, el ancho y el espesor máximos conservados, absteniéndonos de realizar estimaciones acerca de las dimensiones originales de los productos analizados ni tampoco índices relativos a las mismas. Otras facetas del objeto, como por ejemplo su estado de conservación, nos han permitido estimar aspectos como el grado de alteración con que algunos de los tipos de productos identificados se encuentran representados en el registro.

Por supuesto, ligado al modelo descriptivo que hemos seguido se encuentra la representación gráfica de los objetos estudiados. En este sentido hemos seguido en parte algunas de las directrices marcadas hace ya tiempo por H. Camps- Fabrer y sus colaboradores (CAMPS- FABRER Y STORDEUR, 1979: 9) hoy ya prácticamente asumidas de manera general, como la que aconsejaba orientar hacia arriba, en el caso de los instrumentos apuntados, biselados y otros, la zona correspondiente a la parte activa del objeto. Sin embargo, y al igual que otros investigadores (PASCUAL BENITO, 1989: 20), hemos optado por ignorar algunas otras: en nuestro caso la que proponía designar como cara inferior del objeto la superficie que mostrara el canal medular del hueso o el tejido esponjoso, pues ésa es, precisamente, la faceta del objeto que más información nos proporciona sobre los procesos de modificación del soporte óseo natural empleados en la obtención del producto, lo cual constituye uno de los aspectos más relevantes no sólo para los objetivos de conocimiento fijados sino también, como hemos visto, para la propia ubicación de los objetos en los esquemas de ordenación propuestos. Del mismo modo, y también al contrario de lo manifestado por otros autores como J. M. Rodanés (1989: 32), la representación gráfica ha tratado de ser lo más fiel posible al original, y se ha incluido en ellas no sólo la indicación, en su caso, de las roturas y mermas de cada pieza sino también, en el caso de los fragmentos que han podido ser orientados correctamente, la del tipo de objeto al que pertenecían, siempre que ha podido determinarse.

1. SAN ANTÓN (Orihuela, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se sitúa en el relieve más oriental de la Sierra de Orihuela, también conocida como “La Muela”, próximo a la barriada de San Antón de la que tomó nombre el yacimiento. El acceso más fácil se hace desde la N-340 que une Benferri con Orihuela, quedando el yacimiento a la derecha de esta carretera, en dirección Sur. Coordenadas UTM: X: 680978 Y: 4219342.

II. Información arqueológica

La primera referencia sobre el yacimiento se debe a S. Moreno Tovillas (1942 [1870]), para el que se trataba de un poblado compuesto por cabañas que ocupaban la cima y parte de las laderas del promontorio. Posteriormente fue objeto de excavación por L. Siret (1890: 308- 309) aunque al parecer sus trabajos en la plataforma superior del yacimiento fueron infructuosos.

Sería J. Furgús (1937) quien diera con las zonas mejor conservadas, sacando a la luz una ingente cantidad de objetos que por sí solos evidenciaban la existencia de un importante asentamiento. Sin embargo, su convencimiento de que la fuerte pendiente y lo abrupto del relieve de la ladera imposibilitaba la existencia de una población sobre ella, le llevó a ignorar ésta y otras evidencias tanto o más clarificadoras, como el hallazgo de lienzos murarios de más de 1 m de grosor que el jesuita creyó destinados a preparar el terreno para efectuar las inhumaciones, y no como aterrazamientos para disponer también las viviendas.

Según las apreciaciones de J. Furgús (1937: 16), esta “necrópolis” alcanzaba cerca de 2 Ha de extensión, y en algunos puntos hasta 3 m de estratigrafía. En ella se localizó un elevado número de sepulturas, tanto de incineración –correspondientes a la ocupación ibérica del yacimiento– como de inhumación, distinguiendo entre éstas últimas cinco tipos fundamentales: cromlechs, túmulos, fosas, urnas y losas. De los primeros sólo cabe suponer, como ya han indicado algunos autores (LULL, 1983: 337), que se tratara de algunas de las construcciones del poblado que, bien por estar enclavadas en la cima del cerro (FURGÚS, 1937: 8) o por los motivos que fuese consiguieron escapar siquiera parcialmente al pico de los obreros de Furgús en mayor medida que las viviendas y estructuras dispuestas en la ladera. Caso aparte constituyen los túmulos, un tipo de contenedor funerario que en alguna ocasión se consideró propio de momentos avanzados de la Edad del Bronce (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1985; AYALA JUAN, 1991) pero que hoy podemos identificar sin ningún problema con las cistas de mampostería que se han registrado a todo lo largo y ancho del territorio argárico (LULL, 1983; JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 1997). El tipo de sepulturas que Furgús denominó *clots* u hoyas –que la mayor parte de los autores identifica con el tipo fosa (LULL Y ESTÉVEZ, 1986; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1986)– ofreció los ajuares áureos más relevantes, compuestos por aretes y espirales que a juicio de algunos investigadores podría indicar su mayor antigüedad dentro de la cronología del yacimiento, valorando la presencia de oro que tradicionalmente se vinculaba con las primeras etapas de El Argar (SCHUBART, 1975; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1985). Por lo que respecta a los enterramientos en el interior de recipientes cerámicos, según las descripciones de J. Furgús eran muy numerosos pero de una pobreza en el ajuar de la que el jesuita se lamentaba (FURGÚS, 1937: 25) y con un

marcado predominio del enterramiento infantil, aunque de San Antón se mencionaba la presencia de algunos adultos (FURGÚS, 1937: 24). De las cistas de lajas, finalmente, en San Antón se exhumaron poco más de 20, elaboradas, según Furgús, con lajas procedentes del cercano cerro de Hurchillo (FURGÚS, 1937: 25). La mayoría eran de tamaño pequeño y contenían esqueletos en muy mal estado y acompañados de escaso ajuar. Como elemento más destacado, en una de las últimas cistas excavadas se localizó un vaso de la forma 6 de Siret (FURGÚS, 1937: 57).

Puesto que J. Furgús fue incapaz de reconocer los restos de habitaciones que estaba excavando, en sus trabajos no nos proporciona ninguna información referente a áreas de actividad, aunque el amplio repertorio de productos sí nos indica la variedad de procesos productivos que se llevaron a cabo en este enorme poblado, tales como la fundición de metales, la manufactura de tejidos, la curtiduría y tratamiento de pieles, la alfarería y la cestería, entre otras. Hasta la fecha, los materiales arqueológicos conocidos son los publicados por S. Moreno (1942), J. Furgús (1937), G. Nieto, (1959), R. Soriano (1984) y J. L. Simón (1998), revisados más recientemente en una obra monográfica dedicada al argar alicantino (HERNÁNDEZ, SOLER Y LÓPEZ, 2009).

III. Valoración y cronología

El hecho de que J. Furgús excavara entre 800 y 1000 tumbas, y la riqueza de los ajuares hallados en éstas, ya hizo pensar a R. Soriano (1984) que se trataba de un núcleo poblacional muy importante dentro del ámbito argárico, controlador de las minas de cobre y oro que presumiblemente existieron en la misma sierra, y del que dependerían otra serie de unidades de poblamiento más pequeñas situadas a su alrededor.

Teniendo como base el estudio de los artefactos depositados en diversas colecciones, parece claro que su máximo desarrollo debió darse en la primera mitad del II milenio cal BC aunque probablemente su fundación pueda remontarse a momentos anteriores, en especial si tenemos en cuenta la presencia de un fragmento de cerámica campaniforme. La ocupación del mismo debió mantenerse al menos hasta los inicios del denominado “Bronce Tardío”, fase documentada por escasos restos cerámicos (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1986; 1997a).

IV. Productos óseos

Apenas hemos inventariado un total de 16 piezas que con seguridad proceden del yacimiento de San Antón, la mayoría pertenecientes a la Colección Brotons que se encuentra depositada en el Museo Arqueológico de Murcia y que ya fuera publicada al completo por G. Nieto (1959), aunque por referencia gráfica de la obra de J. Furgús (1937) conocemos de la existencia de otros muchos objetos más que no hemos conseguido localizar o analizar directamente (LÓPEZ PADILLA, 2009a). La muestra que incluimos en nuestro

inventario resulta, pues, muy poco representativa de la abundancia relativa de los tipos identificados, aunque no deja de suponer un variado muestrario del conjunto artefactual óseo del yacimiento.

Sólo contamos con un punzón, bastante completo, del tipo A121c (Fig. IV.3.3.4), de los que al parecer existió una nutrida representación en el yacimiento (FURGÚS, 1901: 752- 754, Fig. 26^a a 28^a). Por descontado que muchos otros tipos existentes en San Antón no aparecen en nuestro catálogo pero también se encontraban entre la colección exhumada por el jesuita, como varios ejemplares de los tipos A111, A211 o A222, además de otros tipos de útiles que tampoco se encuentran incluidos en la muestra analizada por nosotros, como alfileres del tipo L111.

También menciona J. Furgús (1901: 752) alguna punta de flecha. La pieza que hemos clasificado como tal –tipo F111a– pertenece al grupo de puntas pedunculadas sin aletas (Fig. IV.3.3.8).

La colección de cinceles y alisadores que aparecen figurados en las láminas de la obra de J. Furgús es muy importante, contándose no menos de una quincena (FURGÚS, 1901: 752- 754, Fig. 26^a a 28^a), pertenecientes tanto a los tipos E11, E22 y E23 como a los H11 y H31. La pieza que integra nuestro inventario pertenece al tipo H113, uno de los de más amplia difusión (Fig. IV.3.3.5).

De los tres mangos analizados dos son del mismo tipo –M111– y el restante del tipo M211a (Fig. IV.3.3.2), todos ellos elaborados sobre metapodios de oviscaprinos.

Por fin, el repertorio de utensilios se cierra en nuestra colección con una pieza del tipo S112, sobre costilla de bóvido (Fig. IV.3.3.1), tipo del que San Antón proporcionó a J. Furgús (1901: 752, Fig. 26^a) un número muy elevado de ejemplares, así como también del tipo S111.

Algo más de la mitad de la colección de productos que hemos estudiado son objetos destinados al ornato personal o al de otros utensilios, siendo de destacar la importante presencia de elementos de marfil, del que están compuestos ocho de las diez piezas que restan por comentar. En primer lugar, contamos con un fragmento de brazaletes –tipo B111a (Fig. IV.3.3.3)– y un aro de marfil perforado en uno de sus extremos que hemos clasificado como K321 (Fig. IV.3.3.7), pero que es posible que en origen estuviera empleado también como brazaletes. A estos dos objetos se unen tres botones de perforación en V del tipo Q121 (Fig. IV.3.4.3-5), y una cuenta de collar en forma de dos troncos de cono unidos por la base –tipo C211– y un colmillo de suido con una entalladura en uno de los extremos, del tipo K111b (Fig. IV.3.3.6).

Finalmente, las dos piezas más relevantes del conjunto que hemos estudiado son dos conteras que adornaban los extremos de los mangos de dos puñales, probablemente hallados en el interior de sepulturas, que se han clasificado como T111 y T112, y que constitu-

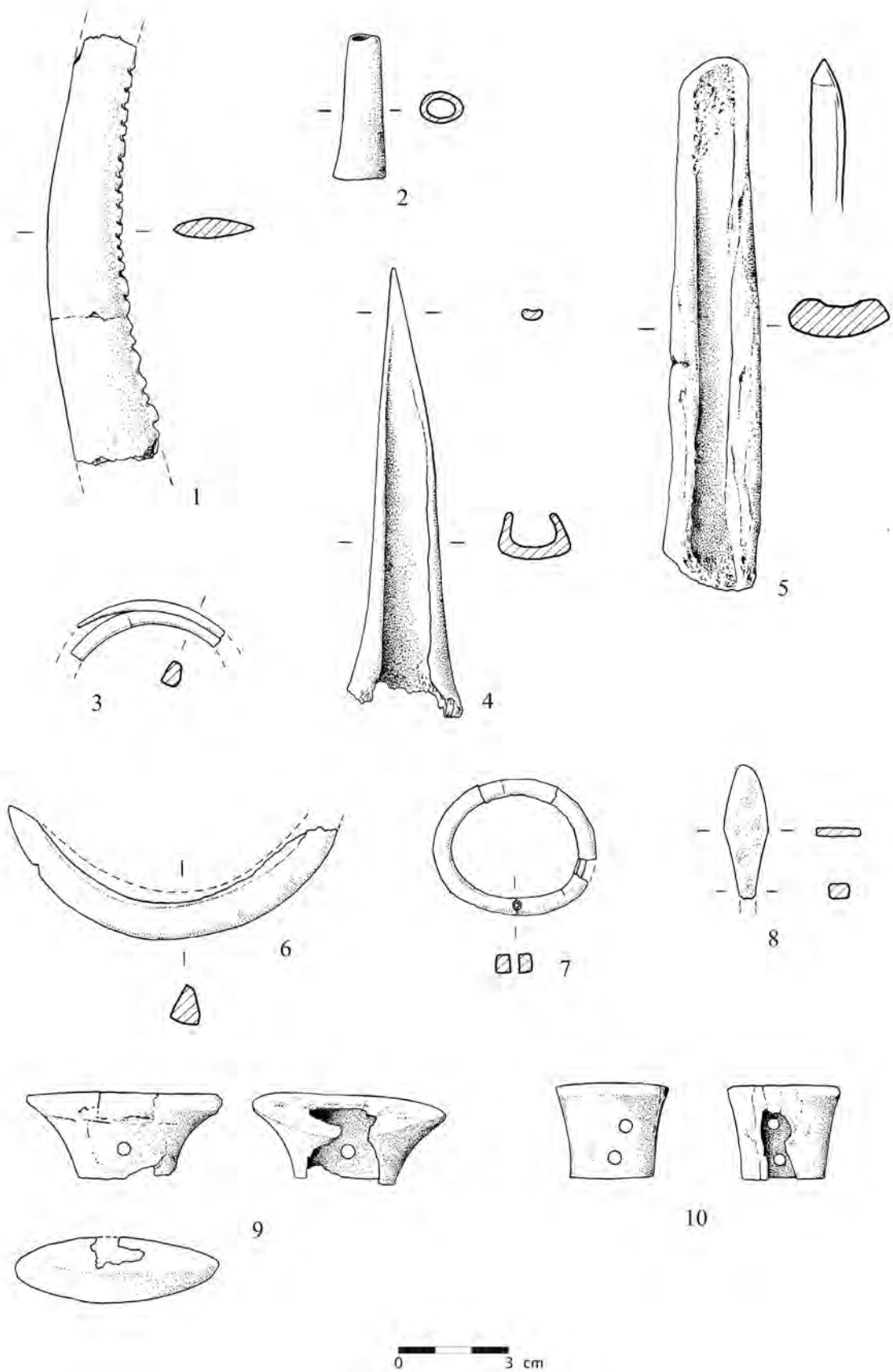


Figura IV.3.3_San Antón.

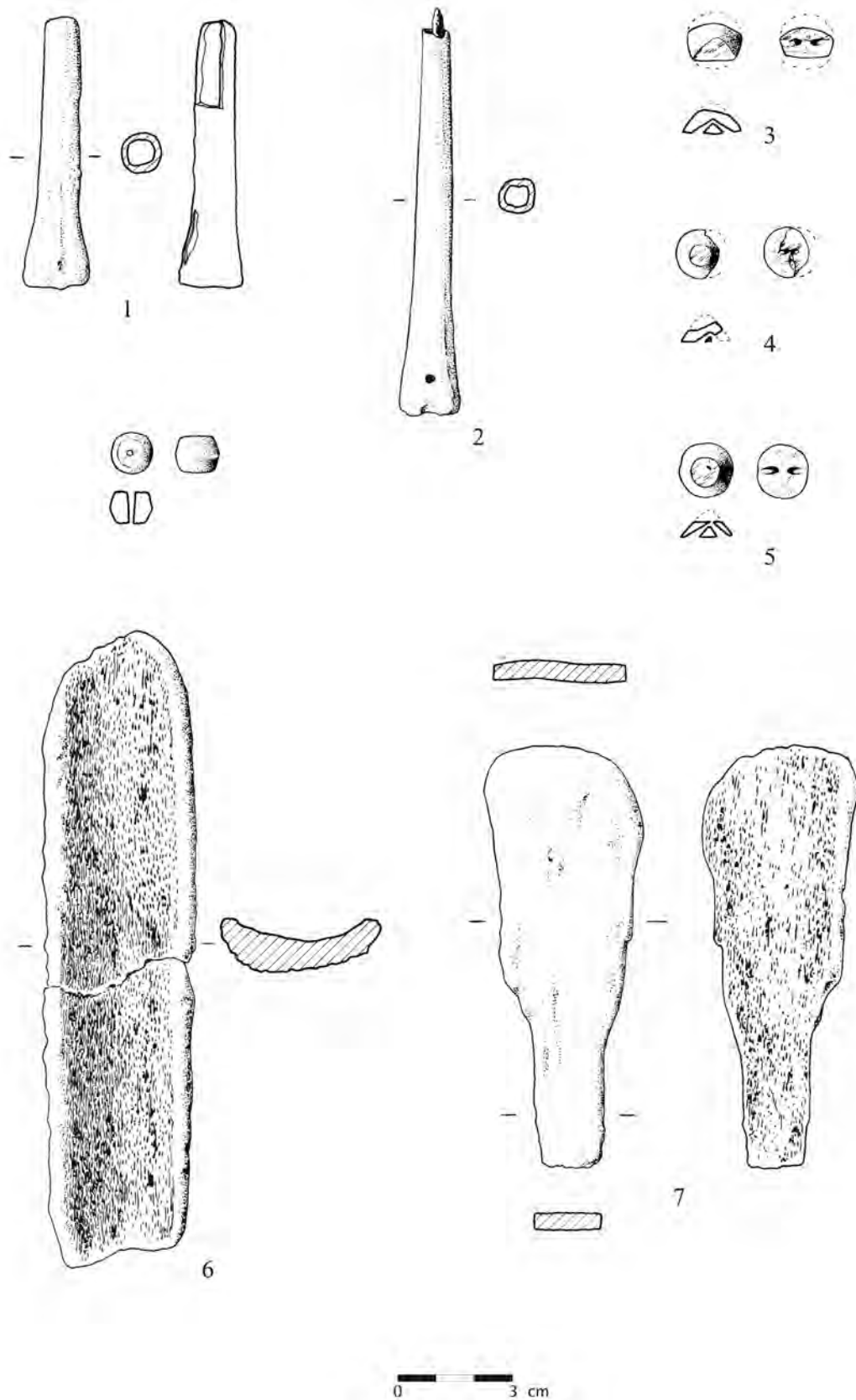


Figura IV.3.4_San Antón (1-5) y Laderas del Castillo (6-7).

yen un tipo de producto muy escaso en el repertorio artefactual argárico (Fig. IV.3.3.9-10).

2. LADERAS DEL CASTILLO (Callosa de Segura, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se enclava sobre una de las estribaciones de la vertiente sudoriental de la Sierra de Callosa, prácticamente sobre el casco urbano de la ciudad de Callosa de Segura. Se encuentra a una altitud de 175 m s/n/m/. Coordenadas UTM: X: 684958 Y: 4221538.

II. Información arqueológica

A pesar de su temprano descubrimiento, haber sido excavado en momentos muy antiguos (FURGÚS, 1937; COLOMINAS ROCA, 1927) y estudiado por numerosos autores (MORENO TOVILLAS, 1942; FURGÚS, 1937; COLOMINAS ROCA, 1927; LULL, 1983; SORIANO SÁNCHEZ, 1984; 1989), prácticamente no conocemos nada respecto de ningún tipo de construcción que podamos relacionar con lugares de hábitat. De ahí que en numerosas ocasiones haya sido considerado exclusivamente como necrópolis (FERNÁNDEZ VEGA, 1985). No obstante, el hallazgo de elementos tales como molinos, hachas pulidas, o pesas de telar, no presentes en necrópolis, vienen a confirmar que se trataba de un asentamiento plenamente argárico, con enterramientos dentro y bajo las casas, enormemente afectado por procesos naturales postdeposicionales.

La constatación de un gran número de tumbas de distintos tipos —cistas de lajas y de mampostería, urnas y fosas— es el elemento más destacado del yacimiento, según se desprende de los trabajos publicados (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1985). Por lo tanto, la información empírica disponible sobre su historia ocupacional y deposicional es nula. Los escasos datos que podemos considerar son los que se desprenden del estudio del conjunto artefactual conservado y de algún contexto funerario cerrado (JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 1995).

III. Valoración cultural y cronológica

Habiendo sido señalada y aceptada plenamente la naturaleza argárica del yacimiento —a pesar de las particularidades que en algún momento se señalaron en este sentido (LULL, 1983)— el intervalo cronológico en el que puede fijarse la ocupación del asentamiento resulta más difícil de precisar, aunque la presencia de diferentes elementos del registro parecen confirmar que ésta al menos debió comenzar en momentos contemporáneos al campaniforme (RUIZ SEGURA, 1990) y terminar, quizá, en momentos avanzados de la segunda mitad del II milenio cal BC (SORIANO SÁNCHEZ, 1986).

IV. Productos óseos

El conjunto de productos óseos inventariado por nosotros procede casi enteramente de los fondos con-

servados en la Colección Municipal de Callosa de Segura, no pudiéndose reconocer su procedencia más que de una pequeña parte de los objetos conservados en el Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela.

Como resulta habitual, el grupo de los punzones es con diferencia el más representado. Siete de ellos resultan ser fragmentos demasiado pequeños o porciones imposibles de clasificación precisa, aunque al menos dos de ellos fueron elaborados claramente sobre tibias de ovicaprino y es posible que pudieran adscribirse al tipo A121. De los punzones que sí han podido ser catalogados, uno pertenece al tipo A111 sobre ulna. De los elaborados sobre tibias, hemos localizado un ejemplar del tipo A121a (Fig. IV.3.5.1) y otro del A121c (Fig. IV.3.5.2), mientras que el tipo A121b cuenta con 4 ejemplares (Fig. IV.3.5.4-7), además de otros cinco más de los que ha resultado imposible discernir su pertenencia a la variante b o c del tipo. Además de éstos se han clasificado dos ejemplares del tipo A211 y otros dos del tipo A221 (Fig. IV.3.6.4).

Por lo que respecta al resto de productos clasificados, se ha identificado un alisador del tipo H112 sobre asta de ciervo (Fig. IV.3.4.6) y un alisador o espátula en paleta también sobre asta del tipo H312. Una sierra sobre costilla de gran rumiante —S112 (Fig. IV.3.6.15)— y un pico sobre luchadera de asta de ciervo —P221b (Fig. IV.3.6.16)— completan el repertorio del utillaje óseo, al que se podría sumar también un mango cilíndrico de marfil con el punzón metálico todavía enmangado que conocemos por referencia bibliográfica (SIMÓN GARCÍA, 1998).

Cerrando el conjunto, se documentan tres cuentas discoidales y una cuenta sobre vértebra de escualo —tipo C111a (Fig. IV.3.6.13).

SAN ANTÓN o LADERAS DEL CASTILLO (Orihuela / Callosa de Segura, Alicante)

El considerable tiempo transcurrido desde su hallazgo, y sobretudo los avatares sufridos por la colección de objetos reunida por J. Furgús en el Colegio de Santo Domingo de Orihuela durante la Guerra Civil, explican las dificultades que ha conllevado la correcta identificación de los materiales que hemos analizado. De algunos de los objetos inventariados hemos dispuesto de ciertos indicios —fundamentalmente su mención en el texto o su reconocimiento físico en alguna de las láminas que ilustran los trabajos de J. Furgús— que han posibilitado incluirlos debidamente en las colecciones a las que realmente pertenecen. De otros —los que se incluyen aquí— no ha sido posible determinar su yacimiento de origen —aunque es segura su procedencia de San Antón o de Laderas del Castillo de Callosa. Las dificultades en ese sentido son notables. La pieza de nuestra figura IV.3.8.1 tal vez corresponda con un objeto hallado en Laderas del Castillo figurado en una de las láminas (FURGÚS,

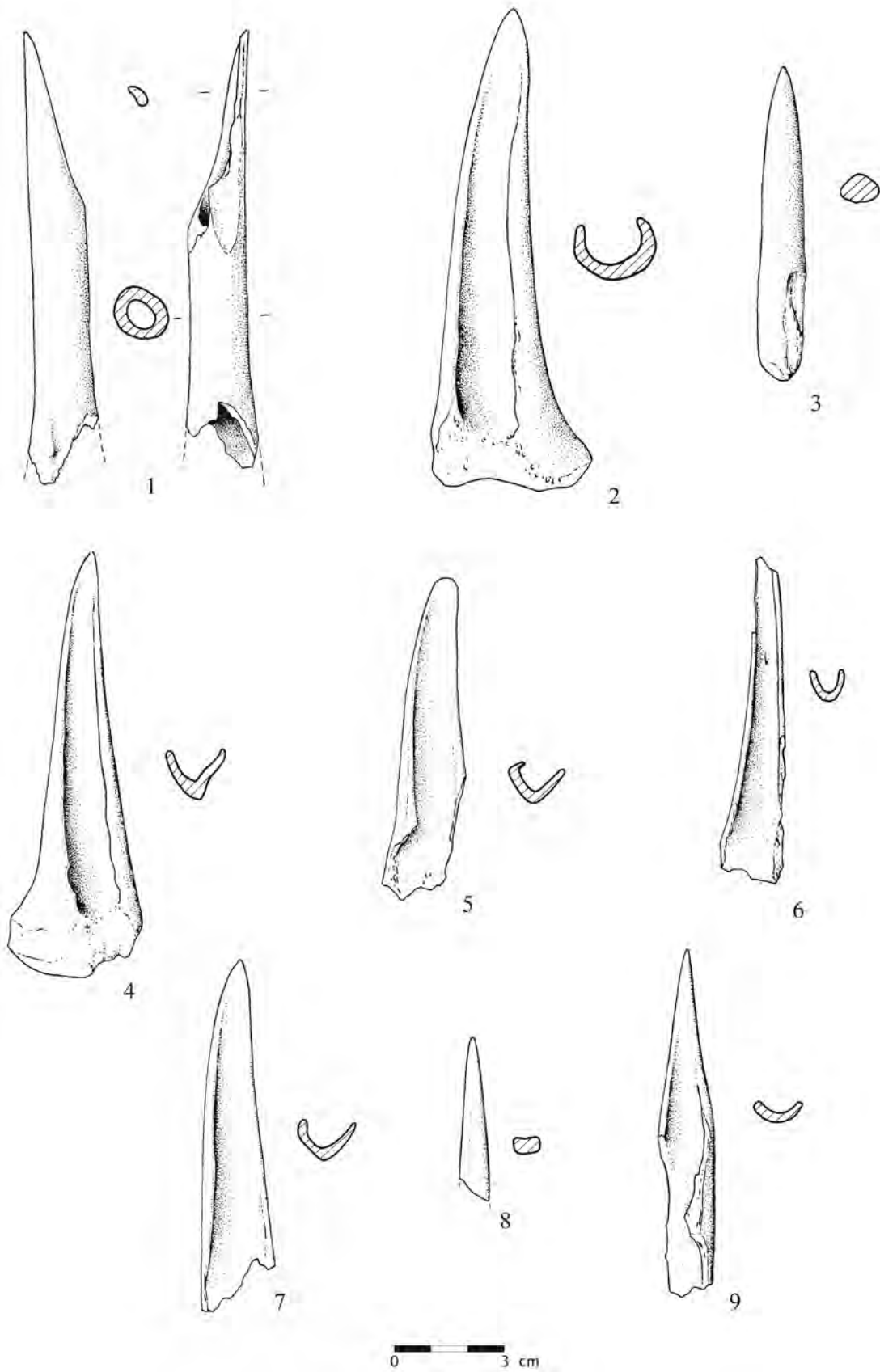


Figura IV.3.5_Laderas del Castillo.

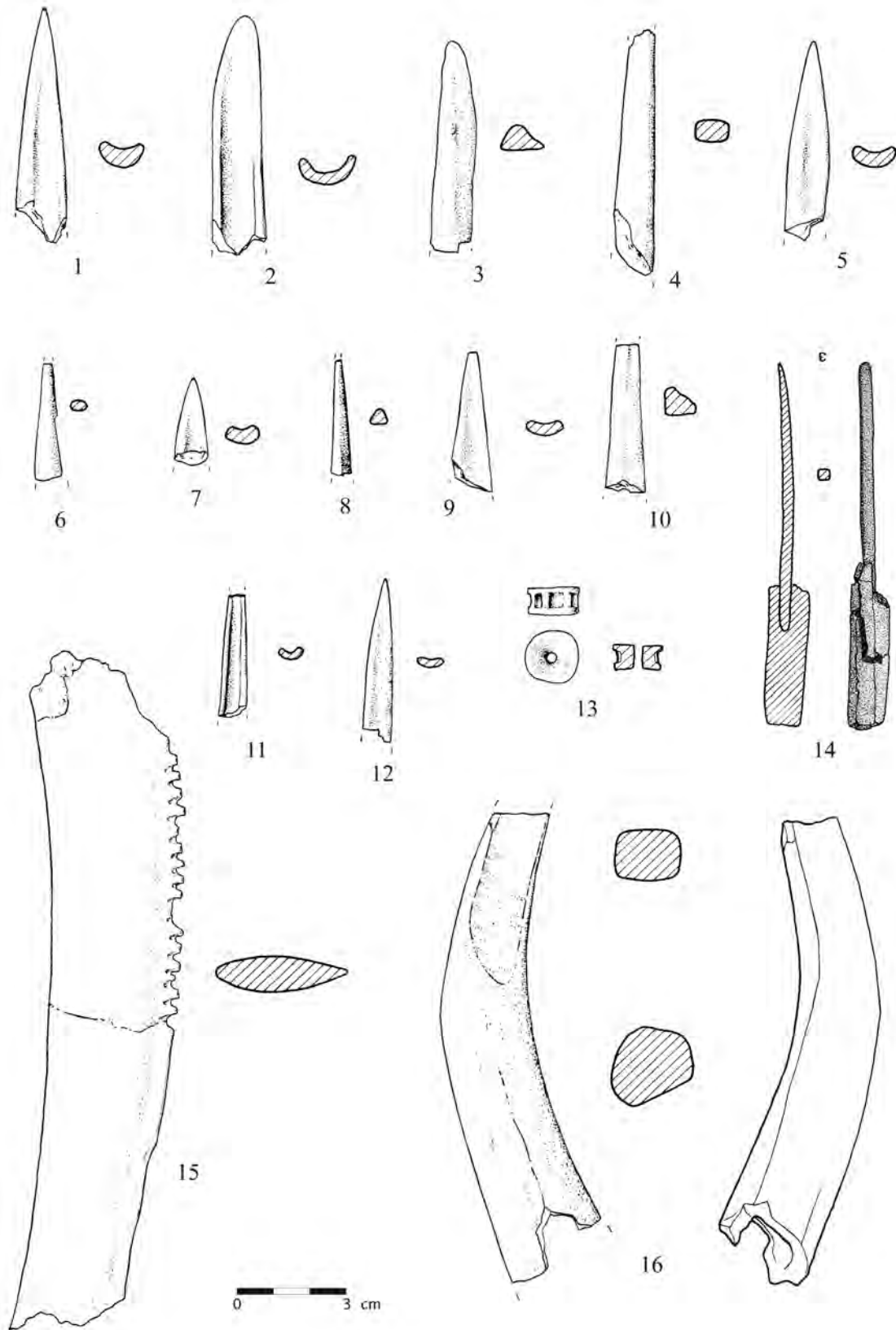


Figura IV.3.6_Laderas del Castillo.

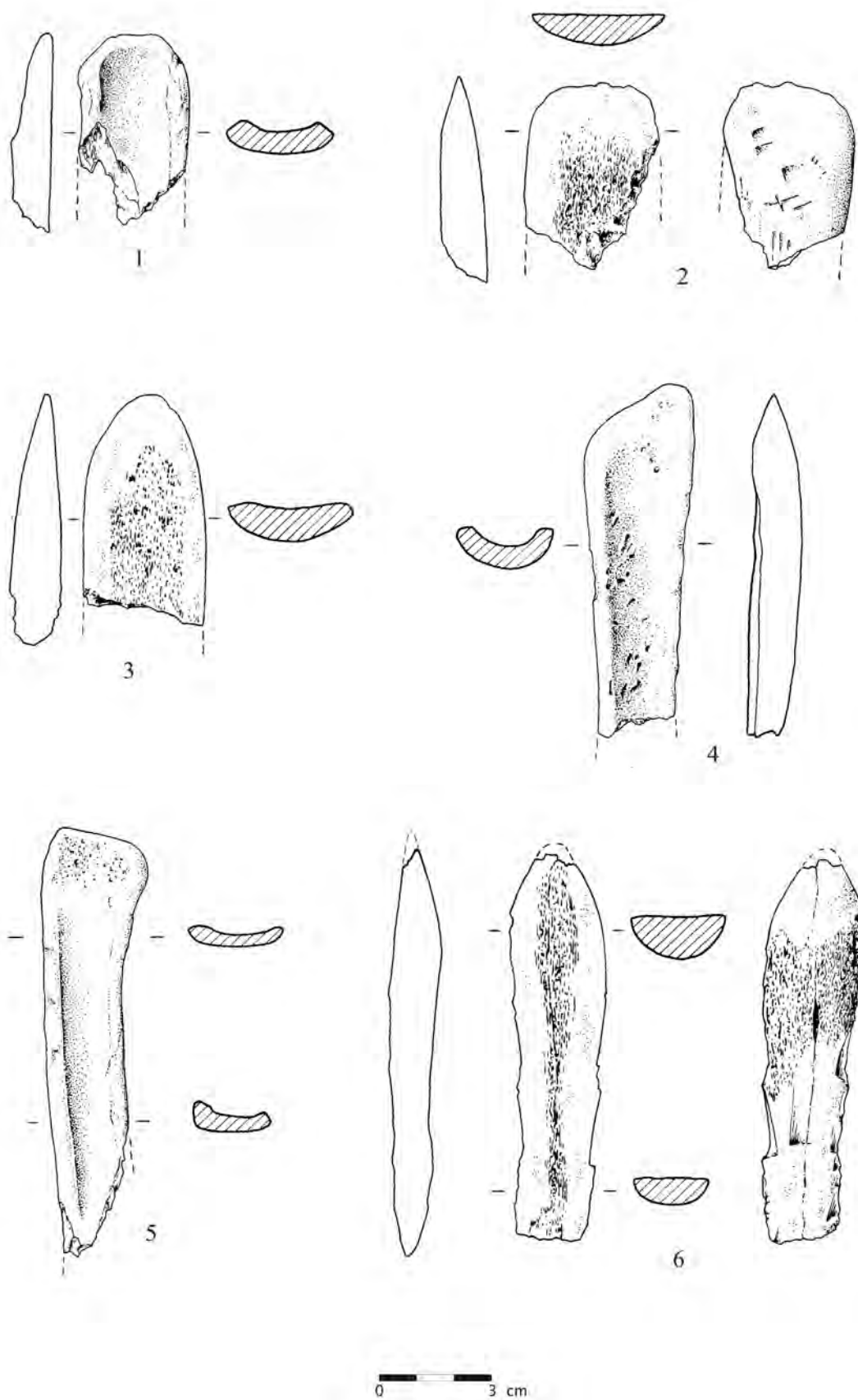


Figura IV.3.7_San Antón o Laderas del Castillo.

1937: V, Lám. II, Fig. 4^a) y las piezas de la figura IV.3.9.1-3 y 5 quizá correspondan a los “tubitos cilíndricos” mencionados en una ocasión por J. Furgús (1901: 755).

Aproximadamente el 50% del conjunto corresponde a utensilios, predominando claramente los punzones y los cinceles y alisadores frente al resto. De los primeros, contamos con tres ejemplares del tipo A1, y otros tres del tipo A2, si bien únicamente resultan perfectamente claras las piezas de las figuras IV.3.8.4 –A211– y IV.3.8.2 –A111. De la pieza de la figura IV.3.8.8 no es posible determinar si perteneció al tipo A121a ó b. Por su parte, el grupo de cinceles y alisadores que hallamos en este conjunto resulta para nosotros representativo de la dificultad que supone la discriminación de estos dos tipos de piezas desde un punto de vista exclusivamente formal (Fig. IV.3.7).

3. HURCHILLO (Albatera, Alicante)

I. Emplazamiento

Asentamiento situado en lo alto de una loma de escasa altitud perteneciente a las estribaciones meridionales de la Sierra de Abanilla. El yacimiento se ubica en la partida de la Algüeda, junto a la carretera local que comunica Albatera con Hondón de las Nieves. Altitud s/n/m: 342 m. Coordenadas U.T.M. X: 682435 Y: 4236275

II. Información arqueológica

Se trata de un yacimiento inédito del que apenas disponemos de datos acerca de su extensión o estado de conservación, ya que no ha sido excavado. En el Museo Arqueológico Municipal de Crevillent se conserva un conjunto de vasos cerámicos, entre los que cabe destacar una copa argárica, varios artefactos líticos —19 elementos de hoz, núcleos y restos de talla (JOVER MAESTRE, 1997)— y un fragmento de molde de fundición de arenisca (SIMÓN GARCÍA, 1998).

III. Valoración cultural y cronología

En opinión de J. L. Simón (1998: 47) a juzgar por los restos materiales localizados, correspondería a un asentamiento argárico, dada la presencia de una copa cerámica, opinión asumida también por otros investigadores (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997; JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 2004). Con los datos hasta ahora disponibles, no es posible precisar con mayor aproximación su cronología.

IV. Productos óseos

El único producto óseo del yacimiento recogido en nuestro inventario es un punta de flecha de forma lanceolada y de sección triangular, que hemos clasificado como tipo F221 (Fig. IV.3.9.7).

4. PIC DE LES MORERES (Crevillent, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se encuentra situado sobre la ladera meridional del cretón rocoso denominado Pic de les Moreres, a la margen derecha del paso que la Rambla de Crevillent abre entre la Sierra, en el paraje denominado “Els Pontets”. Coordenadas UTM: X: 690599 Y: 4237670. Altura s/n/m: 270 m.

II. Información arqueológica

Las primeras noticias publicadas sobre el yacimiento se deben a J. L. Román Lajarín (1975:47-63), quien presentó y estudió un conjunto de materiales arqueológicos procedentes de prospecciones superficiales que están depositados actualmente en el Museo Arqueológico Municipal de Crevillent.

El asentamiento fue excavado en 1982 por A. González Prats (1983; 1986a; 1986b), siendo considerado como el Sector XIII del conjunto arqueológico de la Sierra de Crevillent (GONZÁLEZ PRATS, 1986b: 145). El excavador distinguió 6 fases, siendo la fase IV la que ha proporcionado los restos de la unidad ocupacional más antigua, de planta ortogonal (GONZÁLEZ PRATS, 1986b: 159) y con unas dimensiones de aproximadamente 5 x 2,20 m.

La fase VI también ha proporcionado importantes datos acerca de la urbanística del poblado. Se trata de una unidad doméstica de grandes dimensiones y robustos muros, con planta rectangular, con unas medidas máximas de 8 x 5,80 m., presentando la misma alineación que los restos de la casa de la fase IV.

Todas estas unidades de ocupación fueron construidas con zócalos que presentaban la dirección de la pendiente, existiendo fuertes diferencias de altitud entre los muros orientales y occidentales, lo que ha propiciado un importante arrasamiento como consecuencia de fuertes procesos erosivos. El alzado de estas unidades de ocupación terminarían, posiblemente, en un techado a una vertiente siguiendo la línea de inclinación de la ladera (GONZÁLEZ PRATS, 1986a: 160).

Por el momento no se ha publicado ninguna distribución microespacial de los productos y contextos localizados, ni se han definido áreas de producción, consumo o almacenamiento.

III. Valoración cultural y cronología

J. L. Román Lajarín (1975: 60-61) consideró a partir de los materiales recuperados que era un yacimiento de la Edad del Bronce de difícil clasificación dentro de los dos círculos culturales a los que podía pertenecer, teniendo en cuenta su posición geográfica: el Bronce Argárico o el Bronce Valenciano.

Después de sus excavaciones, A. González (1986a: 197) se decantó a favor de su participación cultural junto a los asentamientos meridionales. Los elementos que le sirvieron de argumento fueron la ausencia

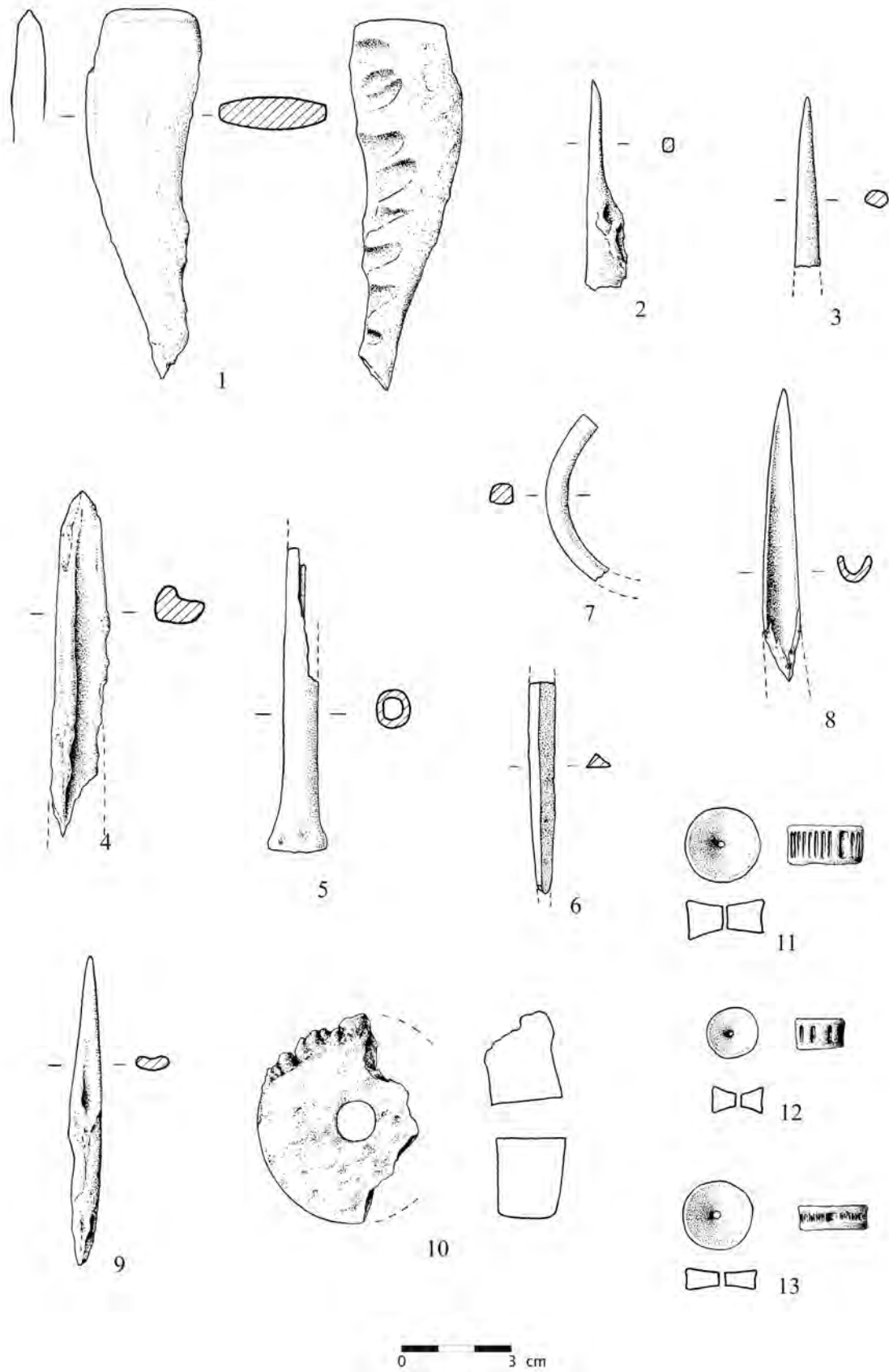


Figura IV.3.8_San Antón o Laderas del Castillo.

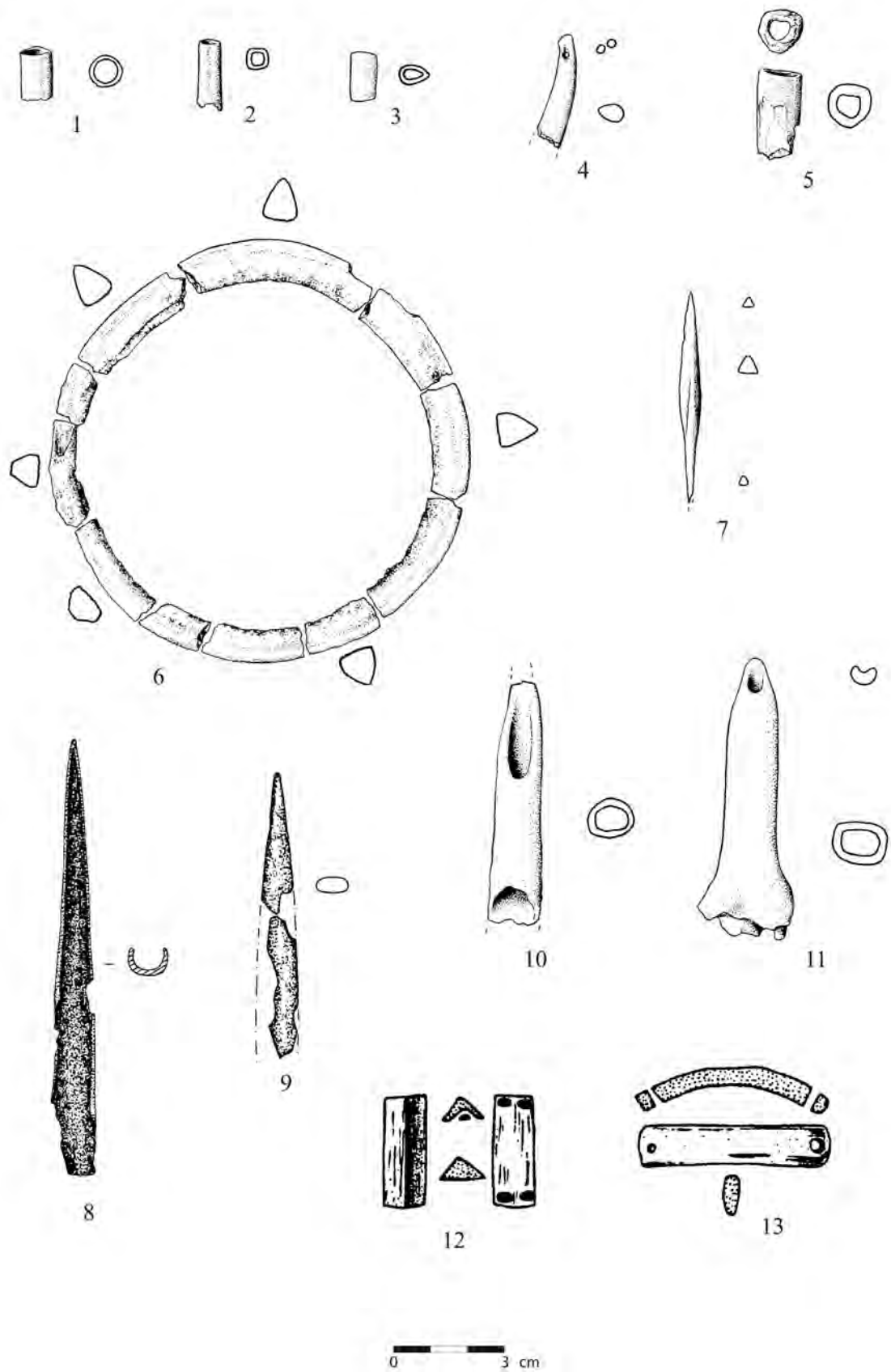


Figura IV.3.9_San Antón o Laderas del Castillo (1-6), Hurchillo (7), Pic de les Moreres (8-9), Figuera Redona (10-11) y Caramoro I (12-13).

de asas en las formas 5 y la presencia de formas 6 de Siret. No obstante, la ausencia de enterramientos dentro de las zonas de hábitat le hizo mantener aún en una cierta cuarentena sus afirmaciones. La atribución cronológica propuesta para el yacimiento se fijó entre el 2000 y el 1700 cal BC, a partir de la presencia de determinados objetos cerámicos como las formas 5 y 6 de L. Siret, de brazales de arquero y de un fragmento de cerámica campaniforme localizado por J. L. Román Lanjarín en sus prospecciones, unido a la datación efectuada a partir de restos óseos procedentes del estrato I que proporcionaron una fecha de 4070 ± 140 B.P. considerada algo elevada por su excavador (GONZÁLEZ PRATS, 1986a: 210) y descartada posteriormente como defectuosa por otros investigadores (CASTRO, LULL Y MICÓ, 1996: 31).

IV. Productos óseos

De este yacimiento sólo se tiene constancia de la existencia de dos punzones de hueso, publicados por A. González (1986: 199, fig. 38). El primero corresponde claramente al tipo A121c (Fig. IV.3.9.8), localizado en el nivel IIc, al igual que la pieza restante que, con reservas, se ha incluido en el tipo A221 (Fig. IV.3.9.9).

5. FIGUERA REDONA (Elche, Alicante)

I. Situación

Actualmente desaparecido, el yacimiento se encontraba ubicado en el extremo norte de la ciudad de Elche, en una zona en la que a mediados de la década de 1960 se estaba produciendo la expansión del núcleo urbano. Hoy su sitio lo ocupan los barrios del Llano y de Carrús, junto a la línea férrea a su paso por la margen derecha del río Vinalopó. Coordenadas UTM: X: 701129 Y: 4238468.

II. Información arqueológica

El yacimiento se conoce al menos desde principios del siglo XX, y se menciona en repetidas ocasiones en los trabajos que dejara publicados P. Ibarra (1926). Dada la proximidad del lugar a la ciudad, a lo largo del tiempo se recogió un buen número de restos arqueológicos que terminaron depositados en las dependencias del Museo Arqueológico Municipal de Elche, y de los cuales dio cuenta A. Ramos Folqués (1989), quien también dejó inconclusa, aunque parcialmente publicada, la excavación que en 1965 realizara en el yacimiento.

Dadas las características de las ocho estructuras circulares excavadas en el terreno que A. Ramos Folqués (1989: 14- 15) nos describe, resulta evidente que no se trataba en ningún caso de fondos de cabaña, sino de silos o fosas amortizados repletos de material arqueológico. Aunque es aventurado indicar su posible extensión original, para M. Hernández (1982: 33)

el yacimiento pudo alcanzar una superficie de unos 14.000 m², en la que también podrían incluirse los vecinos enclaves de La Reja y La Rata, tal y como indicara A. Ramos Folqués (1989: 16).

Carecemos de un estudio analítico exhaustivo de los materiales arqueológicos recogidos en este yacimiento, aunque disponemos de algunos estudios referidos básicamente a los objetos de la colección de P. Ibarra, realizado por M. Hernández (1980).

En el interior de los silos excavados se registraron restos de fuentes de base plana, ollas, y cazuelas de cerámica de diversos tipos y tamaños, así como diversas piezas líticas, tanto molinos de mano como hchas y azuelas de variadas dimensiones. Entre los productos líticos tallados destacan las láminas y las puntas de flecha de sílex, contándose entre estas últimas desde los tipos romboidales y foliáceas hasta las de pedúnculo y aletas.

III. Valoración y cronología

De acuerdo con el conjunto de datos disponibles acerca de este enclave, parece posible señalar una cronología de entre mediados del IV y mediados del III milenio cal BC, dentro de lo que se ha definido como Neolítico IIB en la secuencia regional (BERNABEU AUBÁN, 1995). Sin embargo, cabe también señalar la presencia de un fragmento de cerámica campaniforme en el lugar conocido como La Reja (RAMOS FOLQUÉS, 1989: 16), que como ya se ha indicado formó parte del mismo yacimiento. Puede razonablemente suponerse, por tanto, que la vigencia del asentamiento se prolongó algo más en el tiempo.

IV. Productos óseos

Del yacimiento se han publicado algunos productos óseos, parte de los cuales han sido ya analizados (PASCUAL BENITO, 1998). Los incluidos por nosotros en el inventario son dos punzones del tipo A121a (Fig. IV.3.9.10-11) depositados en el Museo Arqueológico de La Alcudia de Elche, aunque en el Museo Arqueológico Municipal de esta misma ciudad existen otros que no hemos tenido ocasión de analizar (RAMOS FOLQUÉS, 1989: 13).

6. CARAMORO I (Elche, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se ubica sobre un espolón rocoso situado a la margen izquierda del río Vinalopó, en el extremo norte del paraje conocido como Aigua Dolça i Salà, y actualmente muy próximo al trazado de la Autovía A7 que comunica Alicante con Murcia. Se encuentra a 142 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 700770 Y: 4240977.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue excavado por primera vez en 1986, efectuándose una campaña dirigida por R. Ra-

mos Fernández (1988) cuyos resultados serían publicados algunos años más tarde. Sin embargo, con motivo de la construcción de la autovía que une Alicante con Murcia, cuyo trazado afectaba a parte del yacimiento vecino de Caramoro II (GONZÁLEZ PRATS Y RUIZ SEGURA, 1992), se llevaron a cabo nuevas actuaciones en 1989 y 1993, que vinieron a completar y en parte a modificar algunos de los datos proporcionados por la primera intervención.

A tenor de las informaciones publicadas por R. Ramos (1988: 94) el yacimiento presentaba al menos dos niveles de ocupación entre los que, sin embargo, no era posible señalar diferencias evidentes en cuanto al material arqueológico registrado. Las excavaciones de A. González y E. Ruiz (1995) vinieron en cierto sentido a corroborar esta información, registrándose varias superposiciones de muros y de diversas estructuras que ratifican la existencia de al menos dos fases constructivas en algunas de las zonas excavadas.

Ya la primera intervención realizada puso al descubierto la estructura urbanística básica del asentamiento, con un complejo entramado de construcciones creadas a base de muros adosados en el extremo septentrional del yacimiento a modo de bastión defensivo, que le confería la forma “arriñonada” con que se ha descrito la planta (RAMOS FERNÁNDEZ, 1988: 95).

Abundando en su carácter de fortificación, los resultados de la excavación realizada años más tarde por A. González y E. Ruiz (1995) revelaron la presencia de nueve habitáculos de funcionalidad diferente: un bastión construido con un perímetro de mampostería y un relleno de bloques al que se une una posible línea de muralla, muy destruida y un muro cuyo trazado longitudinal y progresivo engrosamiento hacia su extremo norte definía la organización general del espacio habitado. Éste aparecía ahora constituido como un ámbito de ingreso a la fortificación (vivienda A) defendido por un muro incurvado por su parte occidental, y por un grueso torreón de planta de tendencia circular por la oriental, en donde aparecían restos, al parecer, del gozne de un portón de madera con el que se cerraría el acceso al interior del poblado. Desde este habitáculo, al parecer dotado de bancos de mampostería adosados a la pared oriental en un segundo momento, se daba paso, a través de un vano de 1m de amplitud conformado por jambas y losas planas, a una habitación que haría las veces de distribuidor, a modo de pequeño patio o porche cubierto, pues desde ésta se podía acceder al resto de unidades habitacionales registradas: las designadas como viviendas C, D, y E. Entre la primera y la última se disponía un pasillo alargado, de apenas 0,50 m de anchura, interpretado como desaguadero.

En las breves reseñas publicadas hasta la fecha no se proporcionan detalles sobre posibles áreas de actividad reconocidas durante las excavaciones, sino tan sólo algunos datos acerca del material arqueológico registrado, entre el que destaca la presencia de formas

cerámicas claramente emparentadas con la esfera cultural argárica, tales como las copas y los pies de copa, que sobresalen de entre un nutrido conjunto de ollas y tinajas de almacenamiento, en general de acabados más imperfectos que los vasos carenados o los cuencos.

Además de recipientes cerámicos se han registrado también algunos objetos metálicos, entre ellos un escoplo y una punta de Palmela, así como algunos dientes de hoz de sílex, varios molinos de mano, un hacha de piedra pulida y una pesa de telar de barro con cuatro perforaciones.

III. Valoración y cronología

A pesar de que su primer excavador, R. Ramos Fernández (1988: 97), definió al yacimiento como perteneciente a la cultura del Bronce Valenciano, parece poco discutible el argarismo del mismo a tenor de la existencia de copas, decoraciones bruñidas al interior de algunas vasijas y la presencia de una inhumación en el interior de una de las unidades habitacionales, a los que A. González y E. Ruiz (1995: 100) añaden otras características como el empleo de la técnica de “espina de pez” en el alzado de algunos de los muros registrados en el yacimiento.

Por lo que respecta a la cronología del emplazamiento, la ausencia de dataciones radiocarbónicas obliga a realizar estimaciones a este respecto a partir del registro material. Para R. Ramos Fernández (1988: 97) el enclave debía situarse en una etapa de pleno desarrollo del Bronce Valenciano, entre 1500 y 1150 a.C. En cambio, A. González y E. Ruiz (1995) parecen abogar más bien por una cronología antigua, dentro del proceso de implantación del Grupo Argárico en la zona meridional alicantina, aunque no llegan a decantarse claramente al respecto, dada la indiscutible amplitud cronológica que en general presentan los elementos sometidos a análisis para tal menester.

IV. Productos óseos

En el Museo Arqueológico Municipal de Elche se conservan diversos productos óseos procedentes del yacimiento, la mayor parte de los cuales se exhiben en una de las vitrinas del museo. Según nuestras observaciones, entre estas piezas podemos distinguir con claridad un ejemplar de punzón del tipo A111 y otro del tipo A121b, así como un gran cincel del tipo E111, sobre lo que parece una tibia de caballo o bóvido. Sin embargo los objetos más numerosos son los adornos, entre los que encontramos un importante lote de brazaletes de marfil.

No obstante, de todo el conjunto sólo se han incluido en nuestro inventario las dos piezas publicadas hasta el momento, y que corresponden a un botón prismático triangular de doble perforación en “V” –Q132 (Fig. IV.3.9.12)– y una porción de brazaletes con extremos perforados –B121a (Fig. IV.3.9.13)–, ambos elaborados en marfil. De éste último tipo, sin embargo, se

muestran en las vitrinas del museo al menos otros dos ejemplares.

7. PUNTAL DEL BÚHO (Elche, Alicante)

I. Situación

En cada uno de los espolones rocosos que constituyen la alineación montañosa conocida como Serra del Búho se localizaron cuatro yacimientos arqueológicos publicados como Sierra del Buho I, II, III y IV, correspondiendo el número II con el yacimiento conocido como Puntal del Búho (ROMÁN LAJARÍN, 1980). El yacimiento se encuentra sobre la margen izquierda del río Vinalopó, próximo al Pantano de Elche y a unos 5 km al Norte de esta localidad. Altura s/n/m: 209 m. Coordenadas UTM: X: 700468 Y: 4242314.

II. Información arqueológica

A pesar de que nunca ha sido excavado de manera sistemática, las actividades desarrolladas por el Centro Excursionista de Elche y por otros aficionados locales han dejado al descubierto diversos muros y restos de estructuras que parecen indicar un sistema de aterramiento en la ladera meridional del cerro, única en la que era posible establecer el asentamiento, y que en la actualidad se encuentra cubierta por gran cantidad de piedras y material arqueológico, entre el que sobresale un importante número de molinos y molederas de piedra.

Mención especial merece el hallazgo de una tumba en cista de mampostería en la que se halló un individuo inhumado junto con un recipiente cerámico de forma esférica (RAMOS FOLQUÉS, 1987), materiales actualmente depositados en el Museo de La Alcudia de Elche.

III. Valoración y cronología

El hallazgo de un pie de copa y la existencia de inhumaciones dentro del espacio habitado determinaron desde el principio la adscripción cultural argárica que se otorgó a los yacimientos de la Serra del Búho (ROMÁN LAJARÍN, 1980; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1986), circunstancia que los nuevos datos ofrecidos por la investigación más reciente vienen a corroborar (JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 2004).

IV. Productos óseos

Del yacimiento del Puntal del Búho sólo hemos podido analizar un fragmento de punzón que provisionalmente se ha clasificado como A211 (Fig. IV.3.10.1), depositado en el Museo Arqueológico de La Alcudia.

8. TABAYÁ (Aspe, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se ubica en la cima y laderas de un espolón que domina la garganta que forma el Vinalopó

a su paso entre la sierra del mismo nombre, al este y la sierra de La Temerosa, al oeste. El área por la que se extiende el yacimiento ocupa desde aproximadamente los 260 m hasta los 325 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 698848 Y: 4245371.

II. Información arqueológica

El emplazamiento dispuso en su momento de unas condiciones geográficas privilegiadas: abundancia de agua ante la presencia a sus pies del cauce del río Vinalopó, que en este tramo discurre de forma encajada, y una amplia visibilidad que le permitió ejercer un control visual considerable de su entorno, en especial hacia el norte y el sur. La extensión superficial que se le calcula en función de la presencia de rellenos sedimentarios, restos materiales y los resultados de las excavaciones realizadas a finales de la década de 1980 por M. Hernández Pérez, supera las 0,5 Ha. Sin embargo, el hecho de que el lugar haya sido ocupado durante más de un milenio de forma ininterrumpida y que la zona ocupada en cada fase arqueológica haya sido aparentemente muy dispar, impide precisar cuál fue la extensión real del asentamiento en cada uno de los momentos de ocupación reconocidos (HERNÁNDEZ PÉREZ Y LÓPEZ MIRA, 1992; HERNÁNDEZ PÉREZ, 2009).

A comienzos de los años ochenta J. F. Navarro Mederos (1982) hacía ya referencia a las continuas rebuscas clandestinas que habían alterado de forma importante el relleno sedimentario de varias zonas del yacimiento, además de destacar un conjunto cerámico muy relevante que se adscribía al “Bronce Tardío”. Más tarde se publicaron algunos materiales claramente argáricos (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1983) y se daba referencias de la presencia de diademas de plata, así como de algunos fragmentos cerámicos campaniformes (BERNABEU AUBÁN, 1984) que evidenciaban su larga ocupación.

En 1987 M. S. Hernández iniciaba un proyecto de excavaciones sistemáticas con el objetivo de conocer la secuencia arqueológica del mismo. Estas actuaciones continuaron durante tres campañas más, hasta finalizar en 1991. Por el momento, se han publicado algunos artículos sobre estos trabajos que han venido, por un lado, a reconocer plenamente el “argarismo” del asentamiento (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1990), y por otra la importancia alcanzada por el enclave en momentos del Bronce Final, al documentarse la ocupación tanto de la cima y ladera septentrional, como de la ladera meridional (HERNÁNDEZ PÉREZ Y LÓPEZ MIRA, 1992). Aunque posteriormente se han divulgado ciertos conjuntos materiales (MOLINA MAS, 1999; DE MIGUEL IBÁÑEZ, 2004; BELMONTE MAS, 2004) y algunos detalles referentes a partes del registro documentado (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997, 2009), la memoria de los trabajos permanece aún inédita en lo sustancial. Es por ello que los datos que a continuación exponemos sobre el yacimiento se deben a la amabilidad de su director, que nos ha permitido referirlos aquí.

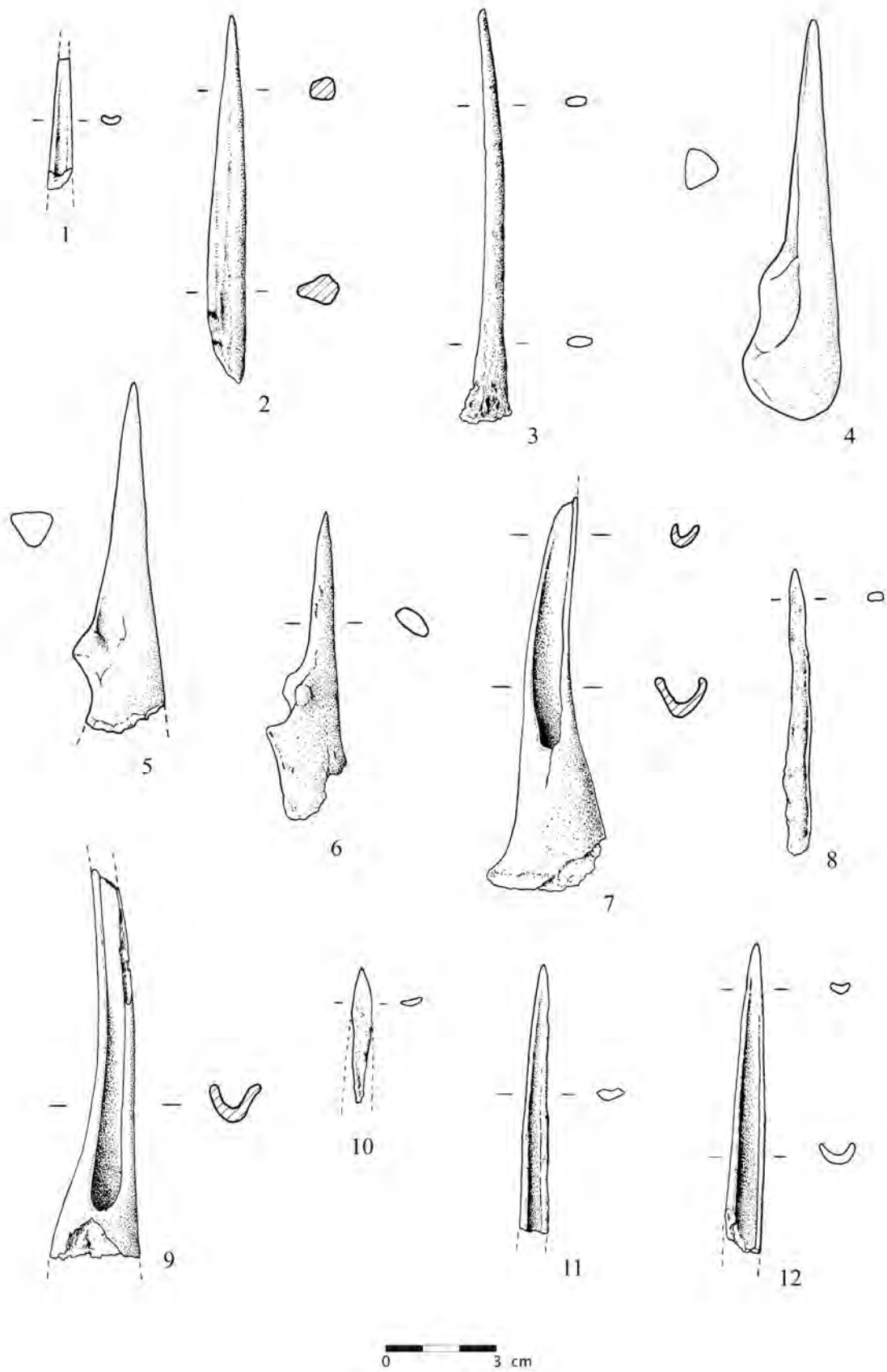


Figura IV.3.10_Puntal del Búho (1) y Tabayá (2-12).

Entre los años 1987 y 1991 se abrieron 16 cortes estratigráficos de distintos tamaños y en diferentes lugares del asentamiento. En los cortes efectuados en la zona alta del emplazamiento se pudo reconocer una profunda alteración del sedimento generada por procesos erosivos de ladera, de manera que la potencia estratigráfica no superaba en ningún caso los 0,40 m, conservándose en algunos trazas de muros pertenecientes a unidades habitacionales adscribibles al Bronce Final (HERNÁNDEZ PÉREZ Y LÓPEZ MIRA, 1992: 5). En el corte 4 se localizó un tramo de muro compuesto por una alineación de piedras al que se asociaba un conjunto de cinco vasijas cerámicas de pequeño tamaño, decoradas con acanaladuras, situadas de forma paralela al mismo y sobre los restos de un pavimento de tierra y cenizas endurecidas. Por tanto, parece posible inferir que esta zona del yacimiento estuvo ocupada por unidades habitacionales cuyo zócalo, al menos, era de mampostería local, y cuyo espacio interno se encontraba acondicionado mediante pavimentos de tierra y cenizas. La presencia de diversos restos de vasijas de distintos tamaños, de restos líticos y de fauna, nos permite inferir la presencia de áreas de consumo en su interior, aunque no sea posible precisar su posible sincronía.

Al contrario de lo registrado en la zona más elevada de la ladera, la zona de abancalamientos situada en la terraza inferior presenta una historia deposicional y ocupacional bastante más compleja, que abarca desde al menos el último tercio del III milenio hasta finales del II milenio cal BC. La secuencia más completa se ha obtenido en el corte 8, donde se han podido documentar cuatro niveles arqueológicos diferenciados que se corresponden aproximadamente con otros tantos momentos de ocupación. El más antiguo se registró en un espacio muy reducido de los cortes 8 y 11. Se trata de un nivel de ocupación detectado al interior de una unidad habitacional que se asienta sobre la roca base, y que pertenece por tanto al momento fundacional del poblado en este sector. En su interior se documentó una parte de un banco o vasar asociado a un pequeño silo o vertedero relleno de restos de fauna, carbones y cerámica. Junto a éstos, se documentaron fragmentos cerámicos con decoración incisa (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997: 102). Sobre los estratos que colmatan estas estructuras se localiza un segundo nivel en el que se registra la deposición continuada de varios niveles de ocupación. Aparentemente, estos pavimentos estaban constituidos por tierras arcillosas verdosas con numerosos restos materiales, cubiertos posteriormente por una capa de cenizas que actuaría como un nuevo suelo de ocupación. Esta serie de pavimentos reiteradamente amortizados presentan una disposición con una ligera inclinación hacia el Norte, asociándose en el corte 8 a un muro longitudinal con dirección Este-Oeste y ligeramente inclinado, que constituye el muro medianero que separa dos unidades habitacionales dispuestas de forma paralela. Más al Oeste, en el corte 7, y

sobre uno de los suelos de ocupación correspondiente al interior de una unidad habitacional de la que no podemos precisar las dimensiones, se documentaron al menos cuatro molinos barquiformes de gran tamaño y algunas molederas, así como varios nódulos y núcleos de sílex y una azuela, lo que nos permite reconocer la existencia de un área de transformación de grano y el almacenamiento de bloques silíceos de materia prima (JOVER MAESTRE, 1997).

Estos estratos están alterados en algunos puntos por la excavación de fosas empleadas como continentes funerarios. En el corte 8 se practicó una fosa para introducir una urna en la que se inhumó a un niño, mientras que en el corte 11 se localizaron otras dos fosas, una para inhumar directamente a un individuo adulto sin ajuar y en el segundo caso para encajar en su interior una cista de mampostería en la que se enterró a un individuo adulto al que se asociaba una alabarda y un vaso cerámico de la forma 5 de L. Siret (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1990). En el corte 13 se documentó otra cista de mampostería de otro individuo adulto masculino, al igual que en el corte 16 (DE MIGUEL IBÁÑEZ, 2004; HERNÁNDEZ PÉREZ Y LÓPEZ PADILLA, 2010).

Esta sucesión de suelos estaban cubiertos por un estrato que se ha interpretado como resultado del derrumbe y destrucción de las paredes de las viviendas, sobre el que se superponían otros dos estratos, uno de tono marrón claro y otro, el superficial, de tono pardogrisáceo, en los que dado el grado de arrasamiento no se documentaron construcciones. Estos estratos se caracterizan por unas enormes cantidades de material cerámico muy fragmentado y restos líticos cuya concentración y heterogeneidad invitan a pensar que se trate de áreas de desecho.

El registro artefactual obtenido en este yacimiento se puede calificar sin duda de abundante, buena parte del cual ha sido objeto de análisis en diferentes trabajos que, no obstante, no han sido en su mayor parte divulgados. Tan sólo contamos con estudios del instrumental metálico (SIMÓN GARCÍA, 1998) y de una parte importante del material cerámico correspondiente sobre todo a las últimas fases de ocupación del poblado (HERNÁNDEZ PÉREZ Y LÓPEZ MIRA, 1991; MOLINA MAS, 1999; BELMONTE MAS, 2004).

III. Valoración y cronología

Desde el primer momento en que el yacimiento aparece referenciado en las publicaciones de carácter científico, se destaca la presencia de elementos que invitan a pensar en su adscripción argárica (NAVARRO MEDEROS, 1982; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1983), extremo que se vería confirmado posteriormente, tras el hallazgo y documentación de una sepultura en cista de mampostería cuyas características y ajuar resultaban claramente argáricas (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1990), lo que permitía añadir nuevos argumentos al debate en torno al trazado de las fronteras “culturales” entre el Grupo Argárico y el “Bronce Valenciano” (DE PE-

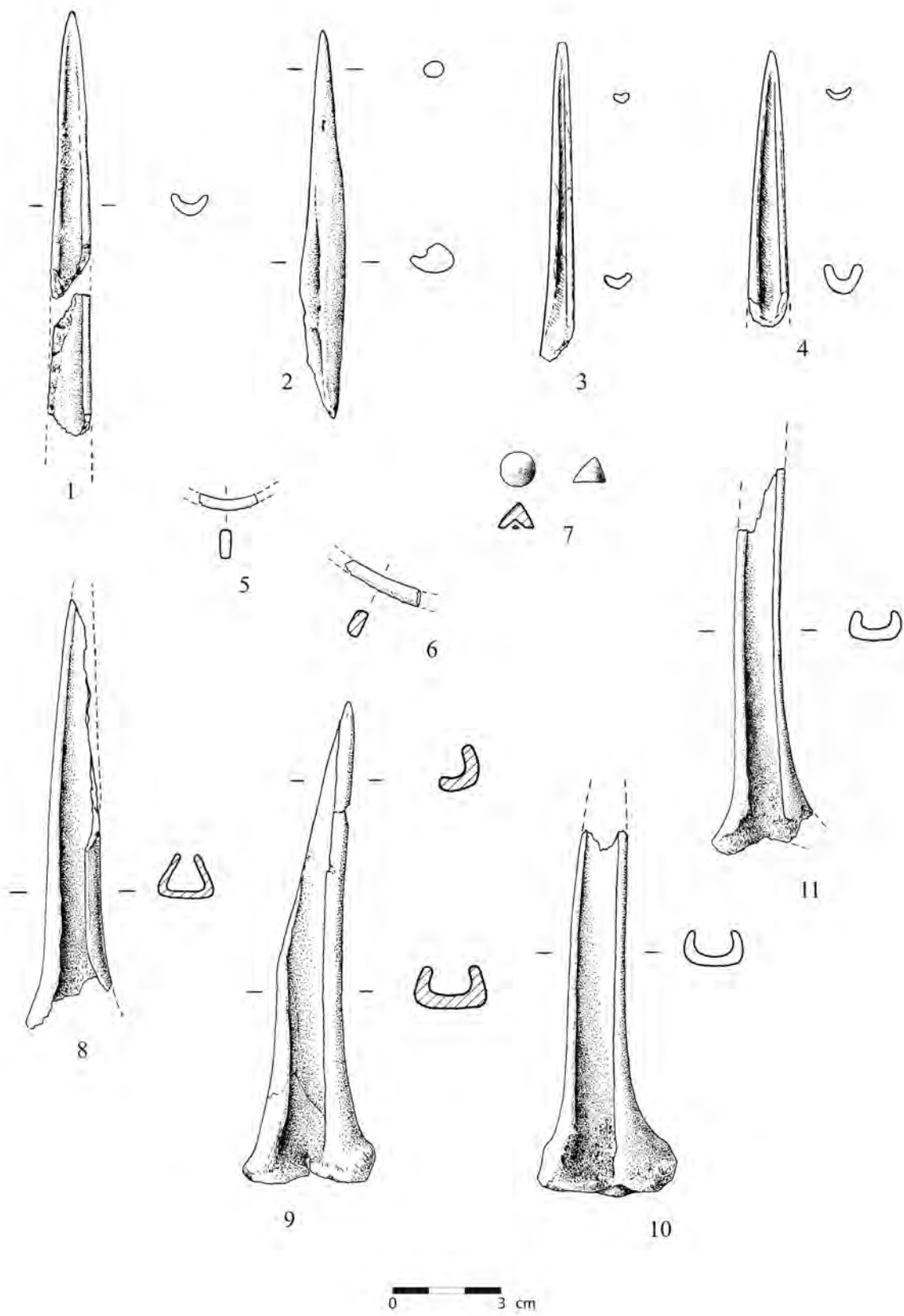


Figura IV.3.11_Tabayá (2-12).

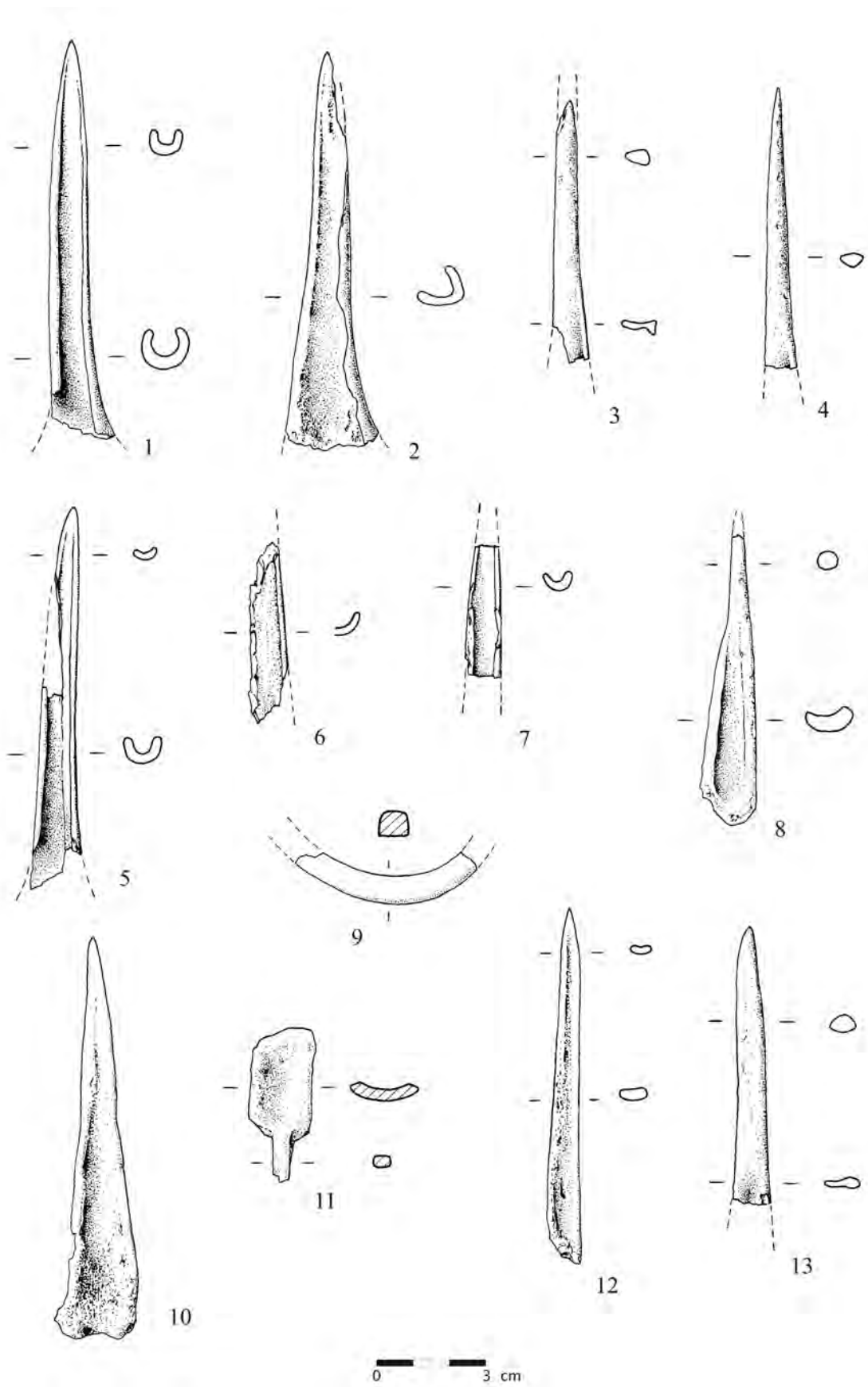


Figura IV.3.12_Tabayá.

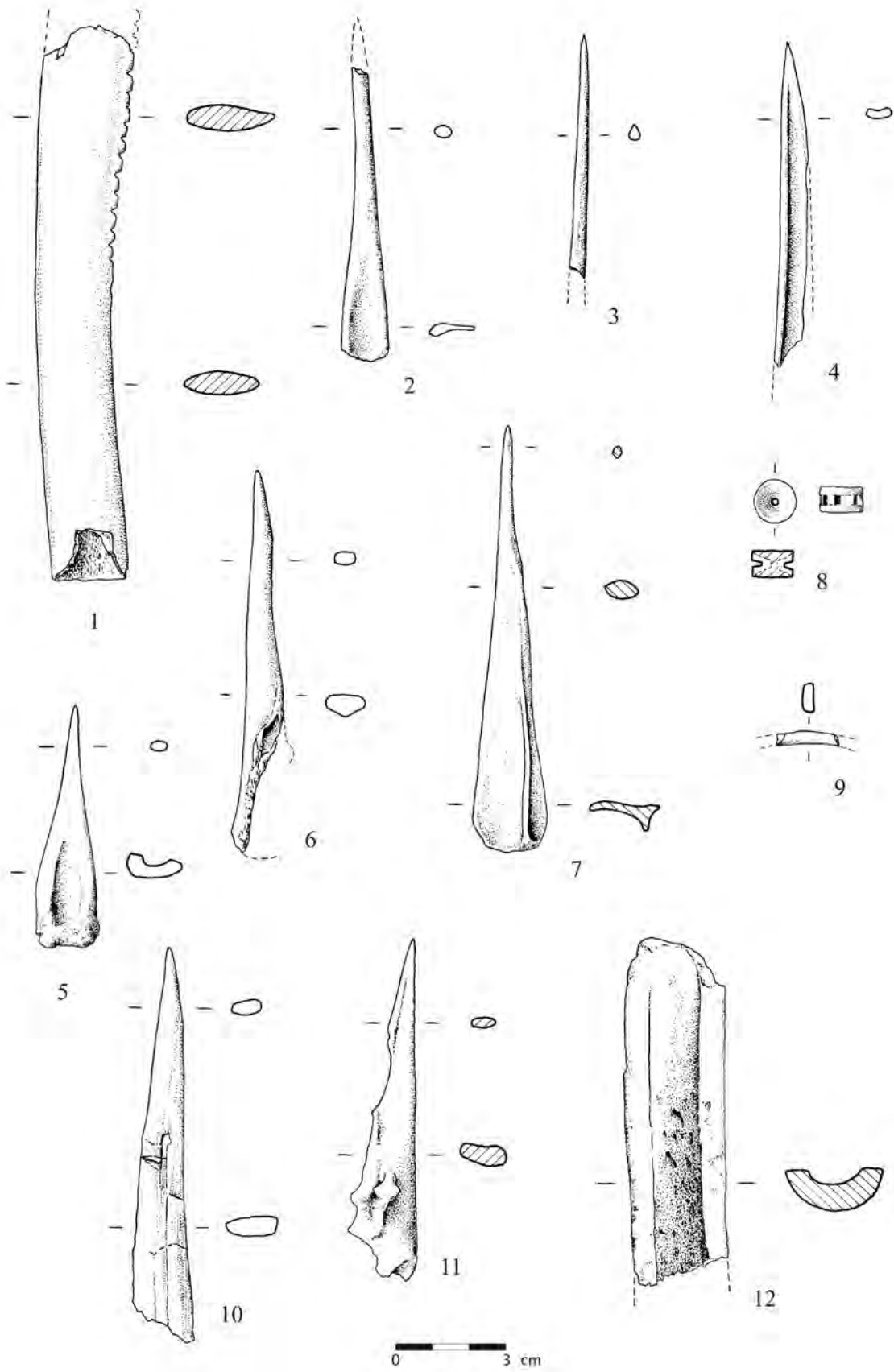


Figura IV.3.13_Tabayá.

DRO MICHÓ, 1995; JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 1999b).

La amplia cronología que se le atribuye al yacimiento parece estar plenamente justificada por el registro obtenido y por su profunda estratigrafía, con cerca de 3 m de acumulación de sedimentos. Al menos en la zona excavada en la terraza baja de la vertiente septentrional, a la fundación del emplazamiento en fechas probablemente cercanas a 2300 cal BC, le sigue una sucesión ininterrumpida de niveles de ocupación que en la parte más alta de la estratigrafía se asocian a elementos claramente relacionados con el Bronce Final, en torno a 1200 ó 1100 cal BC (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a: 102).

IV. Productos óseos

Hemos inventariado un total de 107 piezas óseas o relacionadas con la producción de objetos óseos procedentes del yacimiento, la gran mayoría de ellas localizadas durante las cuatro campañas de excavación llevadas a cabo por M. S. Hernández entre los años 1987 y 1991.

La colección incluye tanto productos acabados como piezas recicladas y en algunos casos reutilizadas en varias ocasiones, así como también porciones de materia prima en bruto. Las herramientas suponen más de un 80% del total de la muestra, apareciendo claramente los punzones, con más de un 60%, como el utensilio más representado. Dentro de éstos, los ejemplares del tipo A121 constituyen también una mayoría –45,7%– muy por encima del resto de tipos identificados. Las demás herramientas localizadas se reparten un número escaso de efectivos, y todavía es menor el número de objetos de adorno registrado, entre los que se puede destacar la presencia de cuatro botones de marfil –uno del tipo cónico Q121 y tres del tipo prismático corto Q131– cuatro brazaletes de sección rectangular y un pequeño conjunto de cuentas discoidales de nácar.

A continuación referimos en una tabla los productos y desechos hallados en el yacimiento y analizados por nosotros, distribuidos por cortes, sectores y capas:

CORTE	SECTOR	CAPA	FIGURA	TIPO
1	A	I	IV.3.11.5	B111a
7			IV.3.11.6	B111a
7		III	IV.3.16.7	A221
7		III	IV.3.16.10	A(?)
7		III	IV.3.17.2	A(?)
7		III	IV.3.17.6	Q311
7		IIIC	IV.3.15.1	*
7		IIIC	IV.3.15.9	K111a
7		IVb	IV.3.14.12	E231
7-10		VIIIb	IV.3.15.3	A(?)
7-8		V	IV.3.15.2	E231
8		II	IV.3.11.8	A121c
8		Limp.	IV.3.16.12	A121b/c
8		V	IV.3.11.9	A121c

8		XII	IV.3.14.10	A221(?)
8		X-XI	IV.3.13.2	L111a
8	A	IV	IV.3.17.5	A111
8	A2	VIII	IV.3.11.7	Q121
8	AB	VI2	IV.3.14.5	A(?)
8	AB	VII	IV.3.12.10	A211(*)
8	AB	VII	IV.3.12.12	A222(*)
8	AB	VII	IV.3.14.6	A(?)
8	AB	VII	IV.3.14.7	A121b/c
8	AB	VIII	IV.3.13.4	A121b/c
8	AB	VIII	IV.3.13.6	A111
8	ABC	VI3	IV.3.12.1	A121c
8	ABC	X2	IV.3.13.3	A221/L(?)
8	ABC	X2	IV.3.13.7	L111a
8	C	Perfil	IV.3.11.11	A121c
8	CB	VI2	IV.3.12.7	A121b/c
8	CB	VI2	IV.3.12.5	A121c
8	CB	VI2	IV.3.12.6	A121b/c
8	CB	VI2	IV.3.12.7	A121b/c
8	D	V	IV.3.12.8	A211
8	E1	III	IV.3.12.4	L111a
8	Derrumbe		IV.3.14.13	L111a
8	Perfil Norte	II	IV.3.16.11	A121b/c
8	Perfil Norte	III	IV.3.16.15	A(?)
8	Perfil Norte	III	IV.3.17.3	*
8	Perfil norte	III	IV.3.17.4	A122a
8	Int.habitac.	V	IV.3.12.13	L111a
8	Int.habitac.	V	IV.3.13.9	B111a
8	Int.habitac.	V	IV.3.13.12	H113
8	Int.habitac.	V	IV.3.14.3	A121b/c
8	Des.estruct.circ.	X-XI	IV.3.14.9	*
9	SE	II	IV.3.12.9	B111a
9	NE	III	IV.3.13.11	A111
9	Perfil E	Limp.	IV.3.12.3	L111a
10	NE	II	IV.3.13.5	A122c
10	NE	II	IV.3.13.10	A222
10	NE	IIIb	IV.3.11.10	A121c
10	NE	VII	IV.3.14.1	A121c
10	NW	VII	IV.3.14.8	A121b/c
11	1	I	IV.3.16.6	A121b/c
11	1	I	IV.3.16.8	L111a
11	1	IV	IV.3.16.13	A111
11	1.1	I	IV.3.16.2	A121b
11	B	I	IV.3.16.1	A121b
11	B	I	IV.3.16.4	A121b/c
11	B1	I	IV.3.17.11	A(?)
11	B1	IV	IV.3.16.14	L111a
11	B1	IV	IV.3.17.1	H113
11	B1	IV	IV.3.17.7	Q131
11	B1	IV	IV.3.17.8	Q131
11	B1	IV	IV.3.17.9	Q131
11	B1	IV	IV.3.17.10	L111a
11	NE	IV	IV.3.12.11	E232
11	NE	IV2	IV.3.13.1	S112
11	Int.casa	V1	IV.3.13.8	C111a
12		III	IV.3.12.2	A121c(*)
12		III	IV.3.14.2	A121b/c
13		I	IV.3.15.4	A(?)

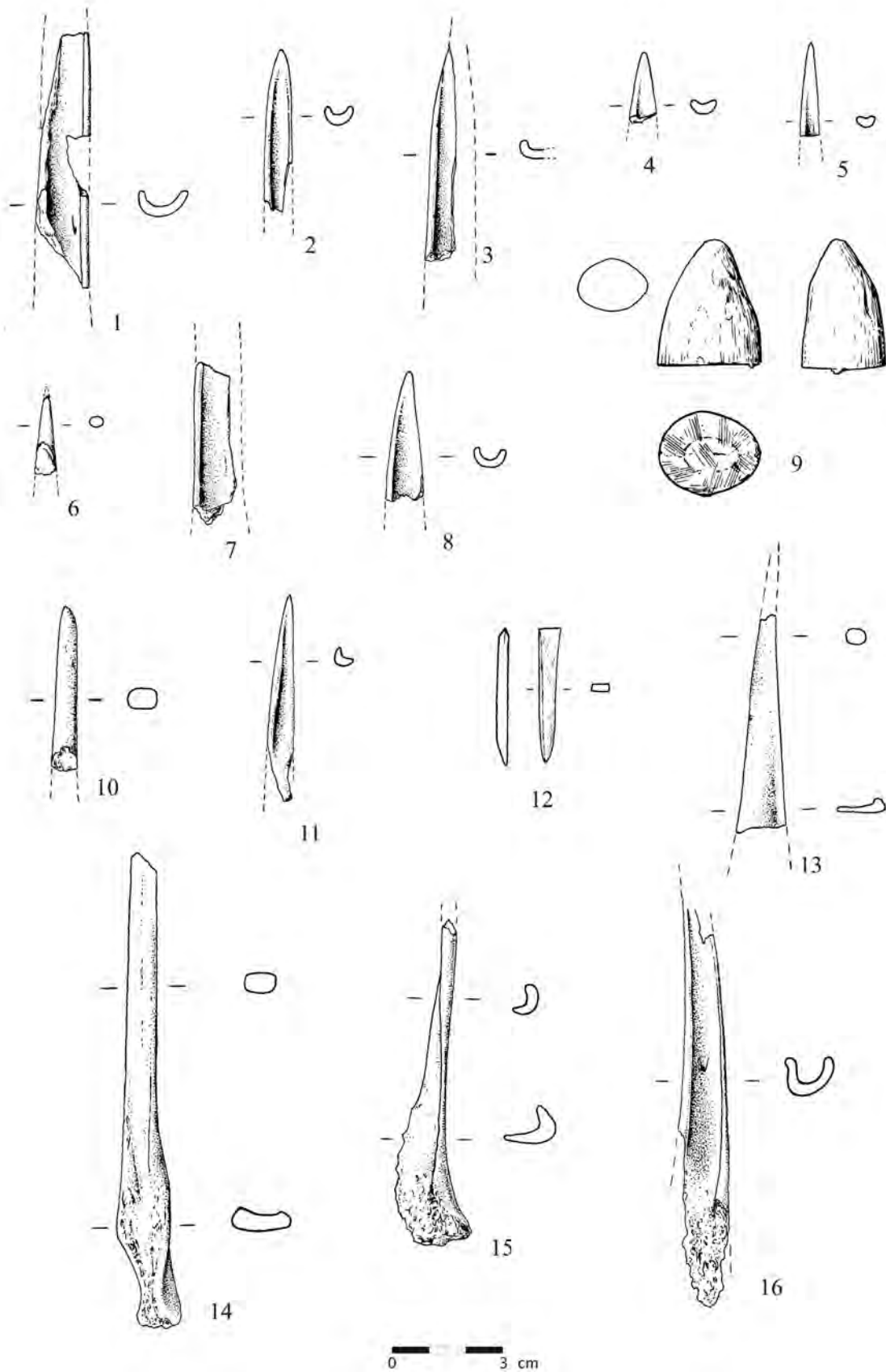


Figura IV.3.14_Tabayá.

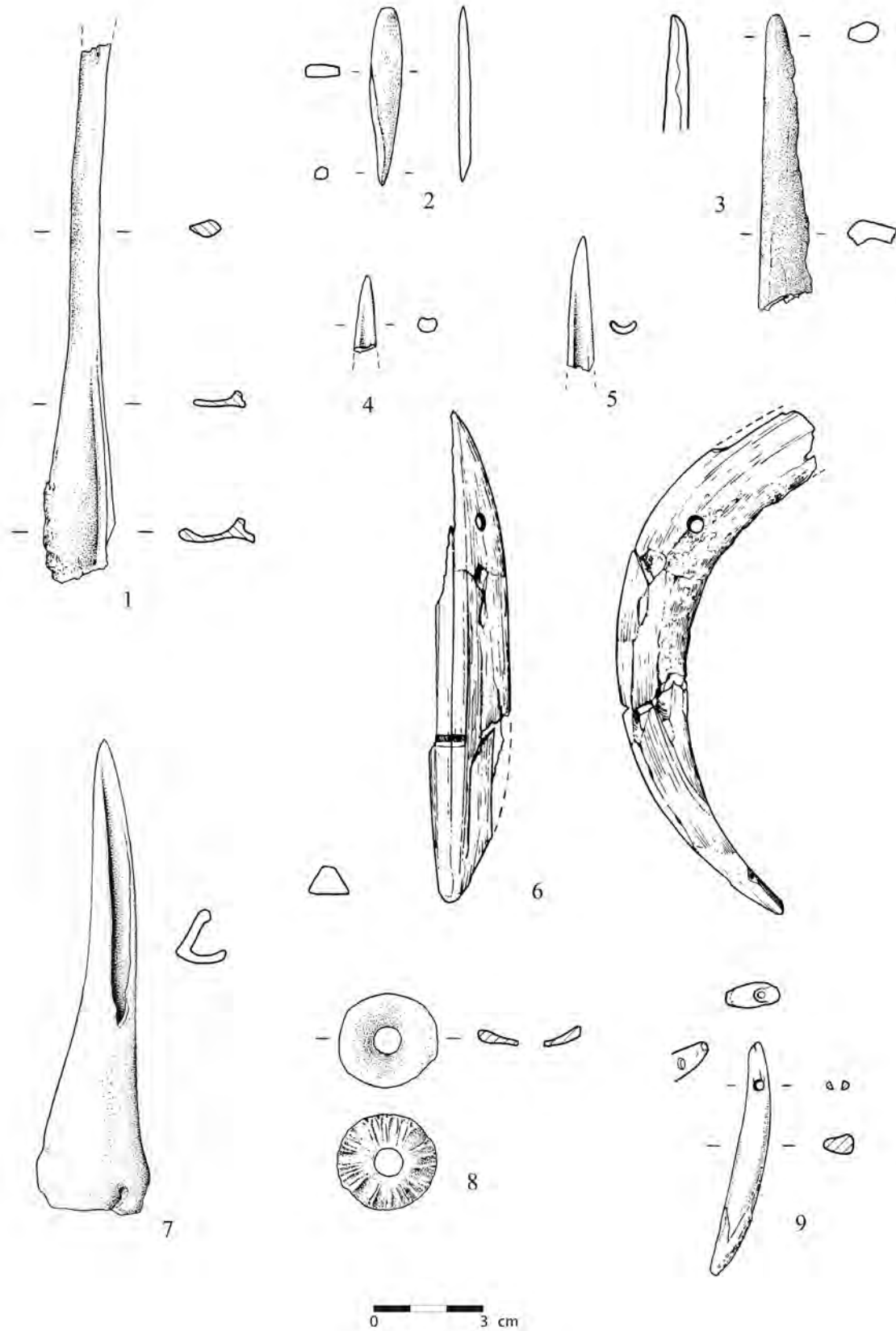


Figura IV.3.15_Tabayá.

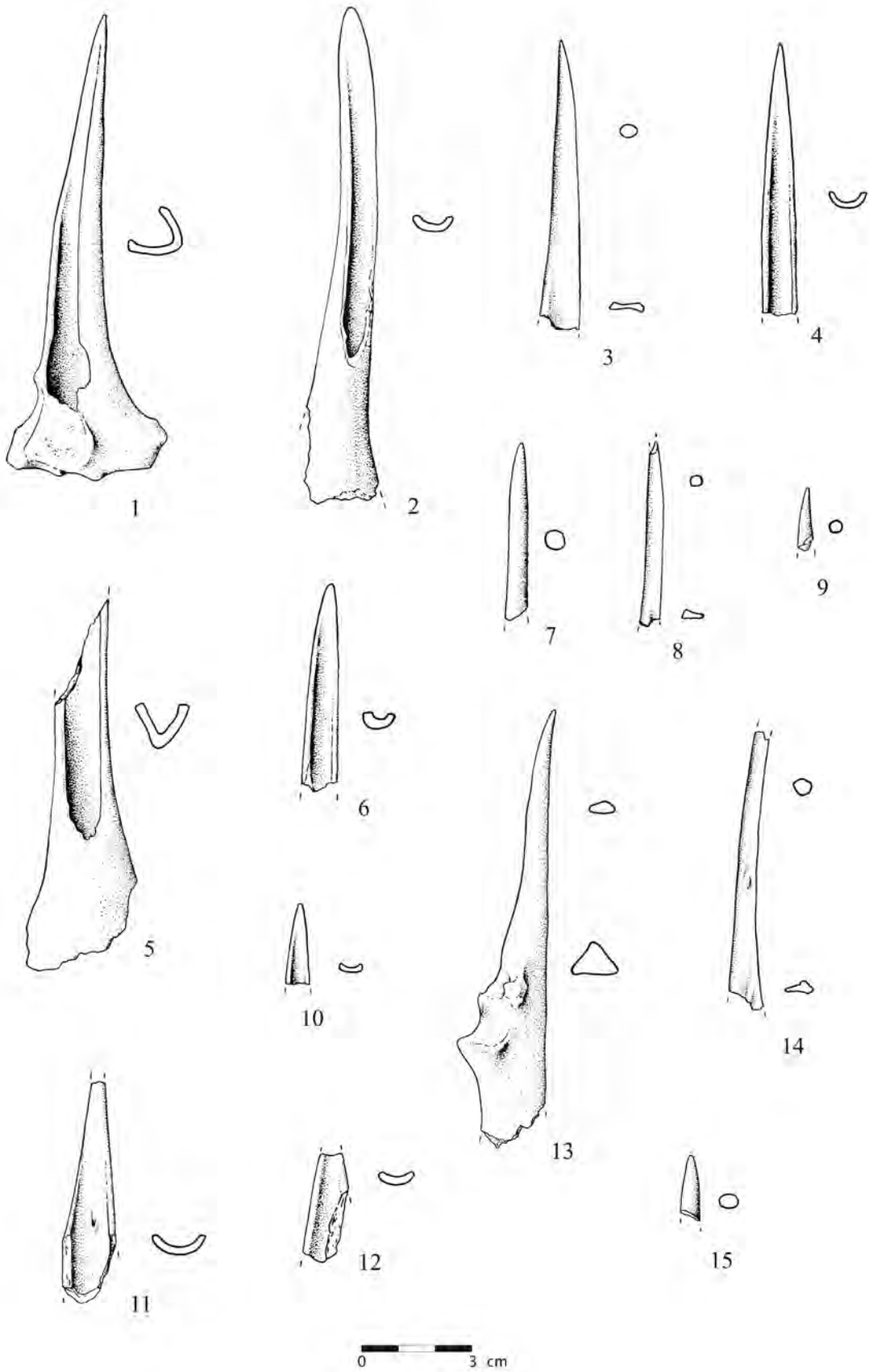
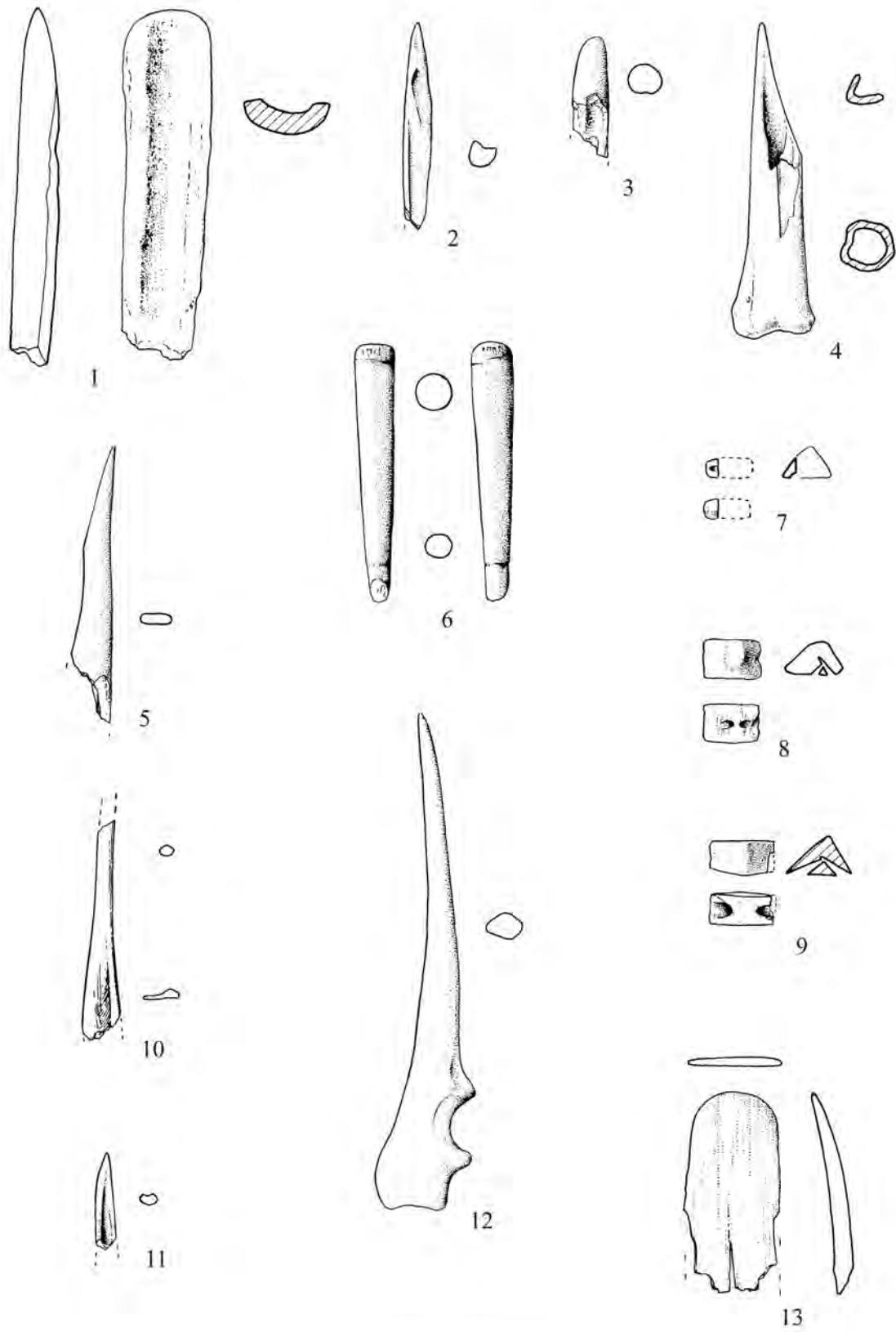


Figura IV.3.16_Tabayá.



0 3 cm

Figura IV.3.17_Tabayá.

13		I	IV.3.15.8	C111b
13		Ib	IV.3.14.16	A121b
13	E11	III	IV.3.14.4	A(?)
13	1A	VII	IV.3.16.3	L111a
13	1A	VII	IV.3.16.9	A(?)
14	B	IV	IV.3.15.6	K111b
15		Ib	IV.3.14.15	A121c(*)
15	Perf.E	Ic	IV.3.14.11	A(?)
15	Entr.mur1y2		IV.3.14.14	A221(?)
15	B	III	IV.3.15.5	A121(?)
15	B	III	IV.3.15.7	A121b
15	B	III	IV.3.17.13	H211
15	B	IIIb	IV.3.17.12	A111
16	B	III	IV.3.16.5	A121b

9. PORTIXOL (Monforte del Cid, Alicante)

I. Situación

El asentamiento ocupa un cerro adelantado de mediano tamaño situado en la ladera oeste de la Sierra de la Pedrera. La cima del cerro se sitúa a una altura s/n/m de 330 m. Sus coordenadas geográficas UTM son: X: 702073 Y: 4248125.

II. Información arqueológica

El cerro presenta dos crestas rocosas separadas por una pequeña vaguada, emplazándose el asentamiento en la cresta mayor, que confiere al cerro una dirección SE-NO. El área con sedimento arqueológico ocupa aparentemente algo más de 0,3 Ha, siendo delimitada perfectamente su extensión en la parte SO por un pequeño escarpe rocoso que recorriendo longitudinalmente el cerro, limita inferiormente el área del poblado. Desde este punto hasta la cima se pueden apreciar restos de construcciones paralelas a las curvas de nivel así como un importante relleno arqueológico.

Del yacimiento se conoce un variado repertorio de materiales, la mayoría ya publicados (NAVARRO MEDE-ROS, 1982; JOVER MAESTRE Y SEGURA HERRERO, 1993). Los productos metálicos también fueron objeto de estudio detenido en un artículo de M. Hernández (1983), siendo analizados en fecha más reciente por J. L. Simón (1998). Entre los demás objetos localizados, destacan un par de pesas de telar de barro cocido de forma cilíndrica y perforación central, un par de azuelas de piedra pulida y un conjunto de 30 piezas líticas talladas, de las que 28 son elementos de hoz (JOVER MAESTRE, 1997).

III. Valoración y cronología

Para J. F. Navarro (1982: 40) el yacimiento se inscribe cronológicamente en un "Bronce Pleno", dentro de la cultura del "Bronce Valenciano", perdurando hasta el Bronce Final, en función de las cerámicas con decoración del tipo Cogotas I. Más tarde, F. J. Jover y G. Segura (1993) se expresaban en términos similares indicando además la existencia de otros indicios que

también apuntaban hacia momentos avanzados, como las pesas de telar cilíndricas de una sola perforación o la existencia de auténtico bronce, ya señalada por M. S. Hernández (1983) y corroborada posteriormente por J. L. Simón (1998).

IV. Productos óseos

El conjunto de piezas incluidas en nuestro inventario procedentes de este yacimiento se reduce a cinco objetos entre los que encontramos un punzón del tipo A111 (Fig. IV.3.18.2) sobre ulna de cánido y otros dos punzones clasificados en los tipos A211 y A221, así como un alfiler del tipo L112 sobre fíbula de ave (Fig. IV.3.18.3).

10. SERRA GROSSA (Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se ubica muy próximo al casco urbano de Alicante, sobre una de las estribaciones más orientales de la Serra Grossa, que domina la antigua zona de marjal conocida como La Albufereta. La cima se encuentra a 120 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 722830 Y: 4249532.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue excavado por J. Belda en la década de 1950, sin que haya trascendido ninguna información sobre sus trabajos a excepción de algunas noticias de la prensa local. Los materiales exhumados se ingresaron en los fondos del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, siendo posteriormente estudiados y publicados por E. Llobregat (1969: 31-68), quien recogiendo las escuetas notas dejadas por J. Belda, cita la existencia de dos "túmulos", uno al norte y otro al sur. En la mitad inferior del "túmulo septentrional" se puso al descubierto una "muralla" de 25 m de longitud y 2,5 m de grosor, a la que se adosaban por la cara norte tres muros perpendiculares que actuaban a modo de ribazo de contención (LLOBREGAT CONESA, 1969). Más allá de estos escuetos datos, la ausencia de información empírica sobre la historia ocupacional del yacimiento es prácticamente total.

La cerámica, abundante, presenta unas superficies alisadas y algunas bruñidas, con un amplio predominio de formas simples de forma semiesférica, así como grandes vasos para almacenamiento. De cobre o bronce sólo se registró la presencia de un cuchillo de forma rómbica alargada y un punzón de sección cuadrada, y de barro cocido una pesa oblonga con cuatro perforaciones. Completan el conjunto un par de hachas y una azuela de piedra pulimentada y un par de dientes de hoz de sílex.

III. Valoración y cronología

E. Llobregat (1969) consideró que los materiales de este poblado se paralelizaban bien con el resto del

“Bronce Valenciano”. Estas conclusiones fueron matizadas a nivel cronológico en un artículo posterior (LLOBREGAT CONESA, 1971: 87-100) en el que se aportaba una datación de C-14 obtenida a partir de unos restos calcinados de semillas que arrojaba una fecha de 1865 ± 100 a.C.

La antigüedad de esta fecha obligó a elevar la cronología de los inicios de la Edad del Bronce en tierras valencianas, lo cual sirvió para considerar un horizonte Antiguo dentro del Bronce Valenciano en las diferentes hipótesis de periodización propuestas (NAVARRO MEDEROS, 1982; ENGUIX ALEMANY, 1980; GIL-MASCARELL Y ENGUIX ALEMANY, 1986).

Para M. Hernández (1986: 347-348) la Serra Grossa, junto a Terlinques, sería un poblado “encastillado” de los inicios de la Edad del Bronce, proceso agudizado por la presencia argárica en estas tierras, y encuadrable en una facies que no pertenecería ni al Bronce Valenciano ni al Argárico.

IV. Productos óseos

De los materiales depositados en el MARQ sólo dos parecen constituir verdaderos productos óseos. Uno es un punzón, ya publicado por E. Llobregat, del tipo A121c (Fig. IV.3.18.6) con señales evidentes de calcinamiento. La otra es un mango o pieza intermedia de asta de ciervo del tipo M121a (Fig. IV.3.18.7).

11. ILLETA DELS BANYETS (El Campello, Alicante)

I. Emplazamiento

En una isleta situada en la costa al norte de la población de El Campello, a la que se accede por la carretera que comunica el núcleo urbano con la carretera nacional en dirección a Valencia. En la actualidad el yacimiento ha sido adquirido por la Diputación Provincial de Alicante, convirtiéndose en parque arqueológico. Altitud s/n/m: 8 m. Coordenadas UTM X: 728691 Y: 4257226

II. Información arqueológica

Se trata de una isla unida por un pequeño istmo, que ha sido ocupada desde el II milenio cal BC hasta época islámica. Su configuración actual, no obstante, no responde plenamente a su forma original, pues aunque en las épocas más remotas constituyera una península, con el paso del tiempo el estrecho pasillo que la unía con la costa acabó desapareciendo y conformando una isla que sólo volvió a comunicarse por tierra tras la voladura controlada, en 1943, de una amplia superficie de la Illeta situada en la parte occidental y que se produjo con el fin de proporcionar abrigo del mar a las embarcaciones de pescadores (OLCINA DOMÉNECH Y GARCÍA MARTÍN, 1997).

La ocupación humana de la Illeta en tiempos remotos era conocida desde antiguo. Ya fue mencionada por el Deán V. Bendicho (1640) en su *Crónica de la*

muy ilustre, noble y leal ciudad de Alicante, aunque no fue objeto de excavaciones arqueológicas hasta que F. Figueras Pacheco iniciara sus trabajos en 1931. Estos trabajos afectaron a la parte más cercana a la costa, en donde se abrió una zanja en forma de “T” (FIGUERAS PACHECO, 1934; 1950).

También el padre J. Belda llevó a cabo excavaciones en fechas no determinadas, aunque sí conocemos en qué lugar. Excavó en el borde oriental, hallando diversas tumbas, según afirma E. Llobregat (1986: 63), bajo cuya dirección se llevaron a cabo nuevas excavaciones entre 1974 y 1986. En el año 2000 se retomaron los trabajos para la excavación y puesta en valor del yacimiento.

A mediados de la década de 1980 se habían abierto cerca de 2000 m² del yacimiento, distinguiéndose una ocupación argárica o del “Bronce Valenciano matizada por influencias argáricas” (LLOBREGAT CONESA, 1986) seguida de una fase con cerámicas del Bronce Tardío-Final I (SIMÓN GARCÍA, 1997a) y posteriormente, una fase ibérica y una romana (OLCINA DOMÉNECH Y GARCÍA MARTÍN, 1997).

Los niveles de la Edad del Bronce se encuentran muy perturbados, aunque se ha podido determinar su asociación en algunos puntos a restos de muros largos y rectos. A juicio de J. L. Simón (1997a: 50) el yacimiento prehistórico se extendería por una superficie que aproximadamente ocuparía desde la mitad de la actual península —bajo los templos ibéricos exhumados por E. Llobregat— hasta la mayor parte del borde costero, incluyendo el área occidental completamente destruida en 1945 y en la que se registró una gran abundancia de restos prehistóricos así como varias sepulturas (FIGUERAS PACHECO, 1950). Sin embargo, las sucesivas construcciones y remodelaciones sufridas por el yacimiento desde época ibérica hasta la actualidad impiden precisar con exactitud la superficie que ocuparía éste originalmente.

Aunque imprecisa, la distribución topográfica de las sepulturas localizadas permite, sin embargo, aproximarnos a la extensión original del asentamiento prehistórico, pues además de las mencionadas por F. Figueras (1950) y las exhumadas por E. Llobregat, se han registrado otras a una considerable distancia de donde aquéllas estaban localizadas, quedando incluso alguna recortada en el perfil del camino que conduce al Puerto Deportivo de El Campello (LÓPEZ, BELMONTE Y DE MIGUEL, 2006). Por lo que conocemos actualmente, los enterramientos registrados en la Illeta son siempre inhumaciones individuales o dobles realizadas en fosas y cistas, bien sean de lajas de piedra o de mampostería. De sus ajuares se conocen en algunos casos vagas referencias —en especial de las nueve tumbas halladas durante las voladuras de 1943— aunque tenemos mejor información de las excavaciones realizadas por E. Llobregat (1986), durante las cuales aparecieron nueve tumbas más (LÓPEZ, BELMONTE Y DE MIGUEL, 2006). Cerámicas —algunas de ellas vasos

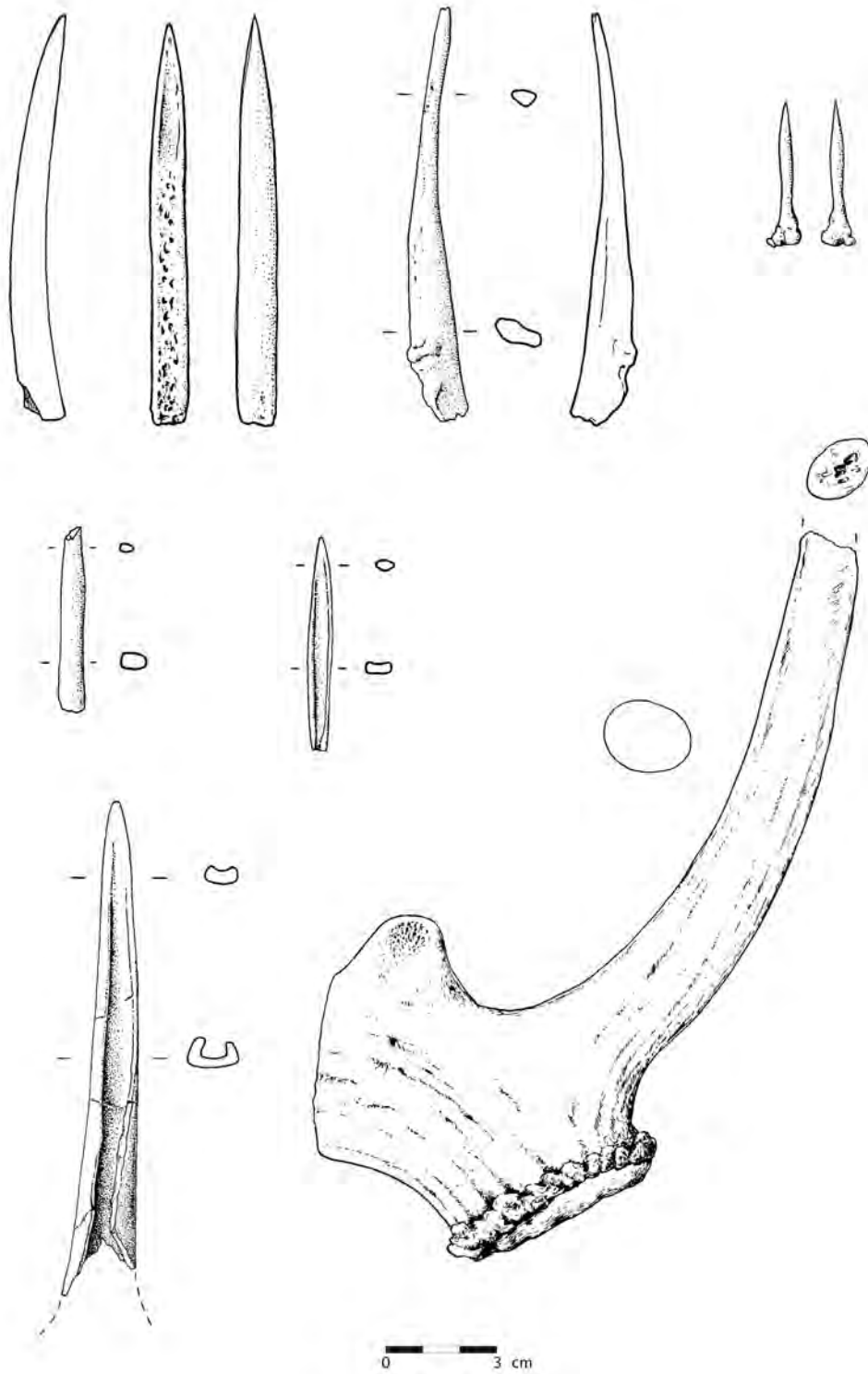


Figura IV.3.18_Portixol (1-5) y Serra Grossa (6-7).

careados—, objetos de marfil y brazales de arquero, entre otros objetos, componen el lote de piezas recuperado del interior de estas sepulturas.

A pesar de las excavaciones que se han venido realizando desde el año 2001, apenas se dispone de información sobre las unidades habitacionales o a las posibles áreas de actividad que pudieran haber existido en el asentamiento. Los datos revisados y compilados por J. L. Simón (1997a), relativos a las actuaciones de F. Figueras y E. Llobregat, tan sólo permitían hacer referencia a una cabaña, de la que el primero hacía una vaga descripción, y a dos cisternas para almacenar agua excavadas por el segundo (LLOBREGAT CONESA, 1986). La cabaña descrita por F. Figueras se encontraba en el extremo occidental de la Illeta, sobre un nivel anterior en el que se halló un enterramiento, motivo por el que J. L. Simón (1997a: 53) apunta la posibilidad de que se tratase de una vivienda de finales del II milenio a.C. Las dos cisternas, por su parte, fueron excavadas parcialmente sobre la roca y revestidas con paramentos de mampostería. Su pertenencia a los niveles prehistóricos del yacimiento resultaba incuestionable dada su posición estratigráfica, pues se hallaron bajo sedimento estéril sobre el que se alzaron las cimentaciones de las casas ibéricas. Esta cronología se ha visto confirmada en trabajos posteriores (SOLER DÍAZ *et al.*, 2004) en los que se ha podido detallar con más precisión tanto la estructura como la cronología de la Cisterna I del yacimiento, al haberse obtenido dos dataciones radiocarbónicas de los rellenos parciales conservados (SOLER DÍAZ, 2009). Asociadas a estas estructuras hidráulicas tenemos también varias canalizaciones realizadas mediante lajas de piedra revestida de barro en su interior, de alguna de las cuales se había llegado ya a señalar su más que probable vinculación con las cisternas documentadas (SIMÓN GARCÍA, 1997: 55), hipótesis que ha venido a reforzarse con la información proporcionada por las recientes excavaciones realizadas en el yacimiento.

Del resto del yacimiento apenas se ha conservado ninguna estructura de hábitat claramente definida, dejando aparte la vivienda localizada en los estratos más antiguos del yacimiento para la que se ha propuesto una cronología muy antigua, dentro del III milenio cal BC (SOLER DÍAZ Y BELMONTE MAS, 2006). En el interior de esta unidad habitacional se registraron diversas áreas de actividad relacionadas con la talla del sílex y con la manufactura de productos malacológicos, así como un área de almacenaje con grandes contenedores de arcilla sin cocer.

Por lo que respecta a los estratos de ocupación argáricos, sólo en un pequeño sector pudo determinarse la presencia de una serie sucesiva de pavimentaciones sobre las que se localizaron restos correspondientes a una posible área de actividad relacionada con el trabajo del marfil.

El conjunto de material de la Edad del Bronce es muy abundante. El resultante de las excavaciones de F.

Figueras y de E. Llobregat fue analizado por J.L. Simón (1997a), mientras que el que han proporcionado las últimas excavaciones realizadas ha sido estudiado y publicado en fecha reciente (BELMONTE MAS Y LÓPEZ PADILLA, 2006). Entre los productos líticos hallamos dientes de hoz, raspadores y lascas, así como varios brazales de arquero y hachas pulimentadas (JOVER MAESTRE, 1997). Los restos de fauna estudiados por M Benito Iborra (1994; 2006) y de malacofauna también son abundantes.

III. Valoración cultural y cronología

Hasta fechas muy recientes, la aportación más relevante al conocimiento de la estratigrafía prehistórica de la Illeta nos la proporcionaba J. L. Simón (1997a: 62), quien realizó un estudio de la sedimentación contenida en un testigo conservado en la zona occidental de la Illeta. Esta estratigrafía venía a confirmar, en principio, la presencia de dos claros niveles de ocupación separados por estratos relacionados con su destrucción y abandono, señalándose especialmente la singularidad de un estrato de arenas y gravas que al parecer cubría completamente el momento final de la ocupación correspondiente a los últimos siglos del II milenio cal BC. La revisión de la estratigrafía del yacimiento, que las recientes actuaciones desarrolladas en el mismo han permitido, modifican en algunos aspectos estas observaciones, al tiempo que las dataciones radiocarbónicas de elementos procedentes de estratos y de sepulturas parecen indicar, contrariamente a lo hasta ahora asumido, una ocupación del asentamiento al menos desde principios del III hasta finales del II milenio cal BC.

IV. Productos óseos

No tenemos noticias del hallazgo de objetos óseos en las excavaciones de F. Figueras, de modo que todo el conjunto inventariado por nosotros, depositado en las dependencias del MARQ de Alicante, procede de los trabajos llevados a cabo por E. Llobregat entre mediados de los años setenta y mediados de los ochenta.

De los 34 productos incluidos en el catálogo, puede rápidamente constatarse el amplio predominio de los productos destinados al ornato personal y en especial los objetos de marfil, frente a los instrumentos, elaborados éstos tanto en asta de cérvido como en hueso. Con respecto a los últimos, que apenas suponen el 26% del total, dominan ligeramente los punzones, estando representados los tipos A111 (Fig. IV.3.19.2), A112 (Fig. IV.3.19.1), A121 (Fig. IV.3.19.11) y A122, además de algún ejemplar no adscribible a ningún tipo concreto. El resto de los utensilios corresponde a una espátula o alisador del tipo H111 (Fig. IV.3.19.4), un mango para punzón metálico del tipo M221a (Fig. IV.3.20.1) y una posible fusayola o implemento de taladro del tipo Y211, muy alterada por la erosión (Fig. IV.3.19.9).

En lo que concierne a los adornos, entre el repertorio analizado encontramos un amplio conjunto de

botones de marfil, elaborados tanto sobre colmillo de elefante como también de jabalí, básicamente del tipo Q111 piramidal, con bases ovales o de tendencia pseudo-rectangular (Fig. IV.3.20.4-44 y Fig. IV.3.21.1-18); brazaletes del tipo B111a (Fig. IV.3.19.6 y 10); un colgante del tipo K111a (Fig. IV.3.20.3) y un aplique para el mango de un puñal o cuchillo del tipo T211 (Fig. IV.3.19.5).

12. LA HORNA (Aspe, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento ocupa la cumbre y la ladera oriental de un cerro adelantado en las estribaciones noroccidentales de la Sierra del mismo nombre. El asentamiento se alza unos 75-100 metros sobre las zonas llanas de la cubeta de Novelda, y unos 439 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 691505 Y: 42471000.

II. Información arqueológica

El asentamiento ocupa la parte más elevada del cerro, donde las líneas de fractura del banco calizo han facilitado la creación de una morfología escalonada a modo de aterrazamientos naturales sobre los que se dispondrían las viviendas. Sus dimensiones son difíciles de establecer debido fundamentalmente a las labores extractivas que le afectaron así como a diversas actuaciones clandestinas. No obstante, la zona excavada por M. S. Hernández Pérez (1994: 87) fue de 410 m² y la posible extensión del mismo cercano a los 1000 m².

El proceso de excavación permitió, al parecer, documentar una única fase constructiva con un único nivel de ocupación, muy arrasado en muchos puntos por efecto de los procesos erosivos, y que se dataría en los últimos siglos del II milenio cal BC, ya en la fase arqueológica del denominado Bronce Tardío. Durante las excavaciones realizadas se pudieron documentar dos grietas aprovechadas como continentes funerarios (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994: 99).

La organización del asentamiento en la ladera nordeste permitió diferenciar 8 departamentos o unidades ocupacionales y una posible calle o zona de paso (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994: 89). Las unidades ocupacionales I, II y III, documentadas sólo parcialmente, parecen ser de pequeño tamaño, con superficies pavimentadas y techumbres sustentadas por postes, en las que no se documentó ninguna área de actividad, ni de producción, ni de almacenaje. En el departamento IV, de planta irregular, se documentó un área destinada a la actividad de transformación y de almacenaje del grano. En el ángulo oeste del departamento se hallaron dos silos excavados en el suelo y una zona de molinenda claramente asociada (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994: 91). En el departamento V, uno de los mejor conservados, un incendio y el posterior derrumbe de la techumbre permitió documentar en deposición primaria el ajuar

completo de un espacio dedicado a diversas actividades de transformación y almacenamiento del grano. Esta unidad, de planta irregular, adaptándose al terreno, está cerrada por su lado sur y norte mediante muros y por su lado oeste por una gran roca a distinto nivel. La techumbre a un agua se sostendría por dos postes de madera, de los que se ha registrado dos calzas en su lado nordeste. El suelo de la habitación estaba pavimentado y regularizado por capas de cenizas compactadas de unos 8 cm de espesor (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994: 93).

En el extremo oeste de la habitación se localizó un vasar con un importante conjunto de productos cerámicos —uno de ellos con cereales carbonizados— de distintos tamaños y capacidades y lo que M. Hernández (1994: 93) define como un posible horno asociado a dos morteros —molinos reutilizados— que se encuentran en su entorno inmediato, correspondiéndose a un área de producción o de trituración de cereales. En el relleno de preparación del pavimento se emplearon además de tierras y piedras, materiales arqueológicos, entre ellos granos de trigo. Estamos, por lo tanto, ante un área de producción relacionada con la transformación de cereales, fundamentalmente trigo.

El departamento VI corresponde a una pequeña habitación separada de la anterior por la calle. El material arqueológico documentado fue abundante aunque con poca fiabilidad estratigráfica. En el departamento VII, también de planta irregular, se documentó un banco adosado a la roca, enlucido, al que se unían dos muretes de barro constituyendo un recinto en forma de “U” y colmatado por cenizas. La presencia de varias gotas de metal y de algunas escorias claramente asociadas a esta estructura pone de manifiesto que estamos ante un área de producción metalúrgica (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994: 97). En este mismo departamento también parece haberse realizado labores de talla al documentarse nódulos, núcleos, productos de talla y cuatro elementos de hoz que posiblemente puedan corresponderse a una hoz (JOVER MAESTRE, 1997). También se documentaron varias pesas de telar que evidencia una diversidad de actividades artesanales.

A norte del departamento IV se documentó otro posible departamento, peor conservado, denominado con el número VIII. En este espacio se conservó un conjunto cerámico, faunístico y de pesas de telar, que nos permiten interpretar que se trata de una habitación destinada al consumo y a la producción de tejidos (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994: 97).

En definitiva, todo parece indicar que en determinadas habitaciones del asentamiento se gestionaba toda la cosecha del cereal y en otras se realizaban las actividades de producción de instrumentos y objetos necesitados por el grupo.

El registro artefactual es muy abundante, destacando una amplia gama formal y funcional de recipientes cerámicos, así como de objetos metálicos destinados tanto al consumo productivo —hachas, cuchillos,

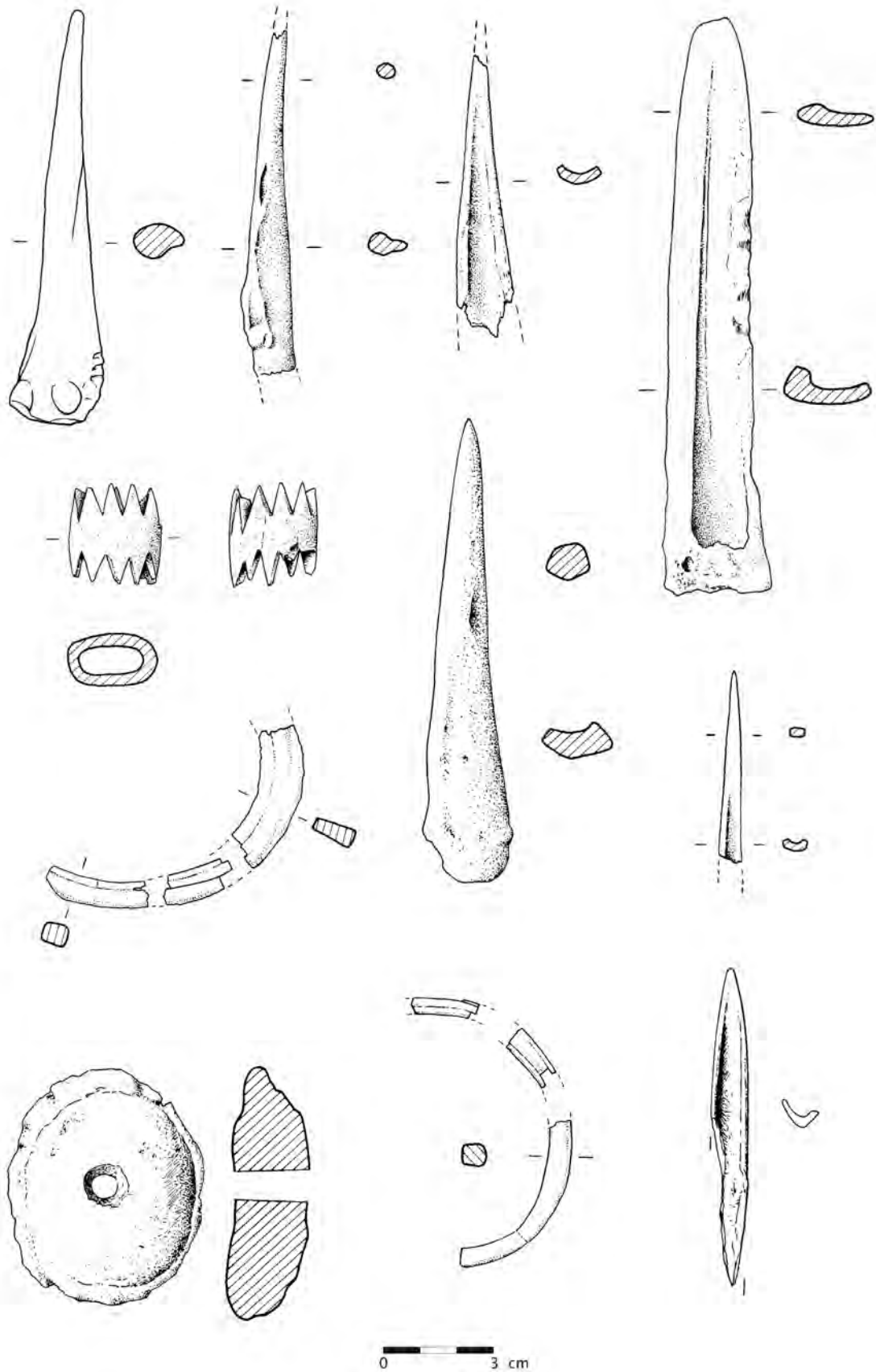


Figura IV.3.19_Illeta dels Banyets.

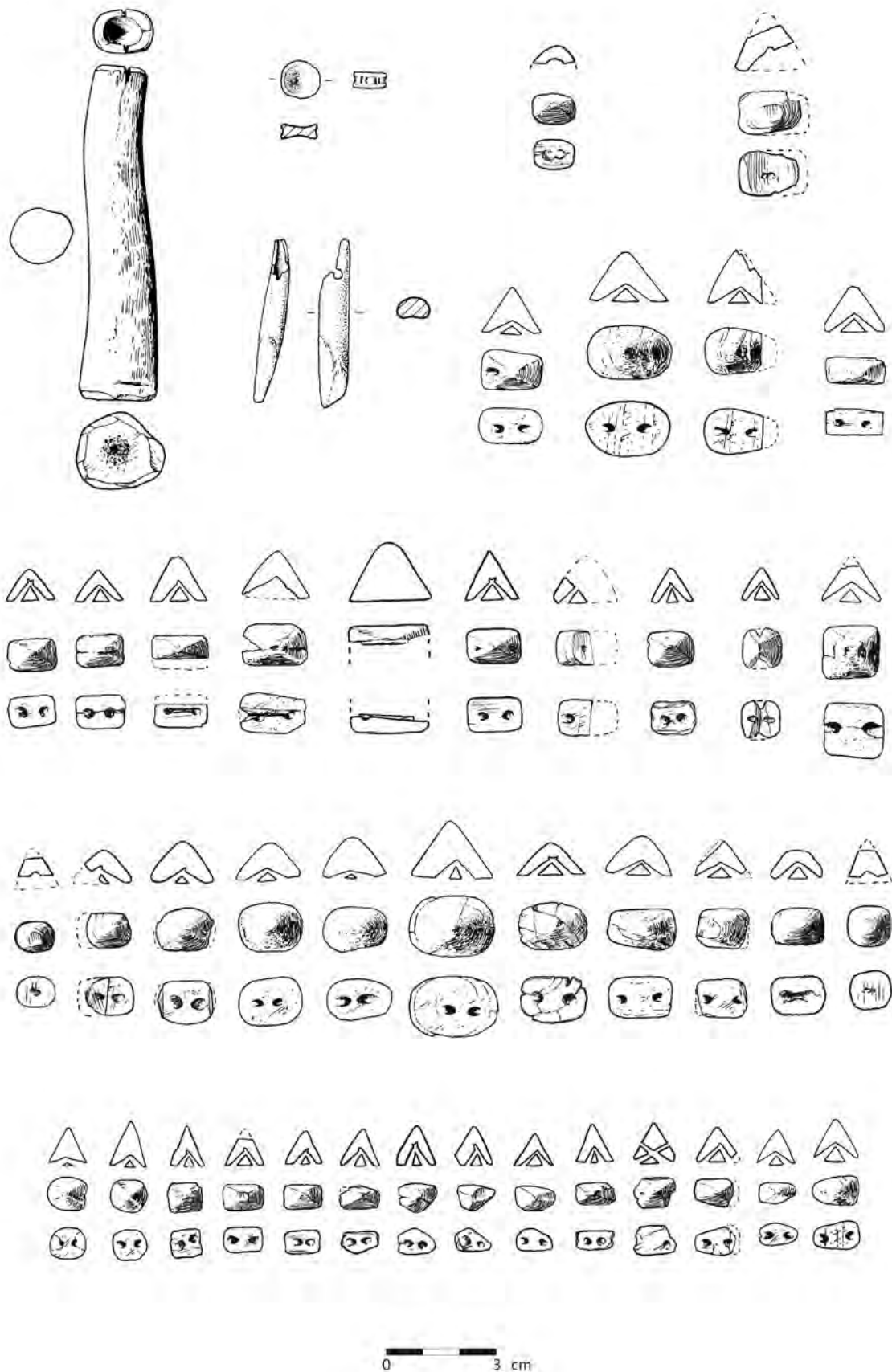


Figura IV.3.20_Illeta dels Banyets.

puntas de flecha de pedúnculo y aletas y punzones— como no productivo —anillos— localizados tanto en ámbitos domésticos como funerarios. A ellos debemos agregar varias pesas de telar y un amplio conjunto de malacofauna aprovechada como colgantes (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994: 110) así como una veintena de dientes de hoz, núcleos, lascas y otros restos de talla, varios molinos y hachas de piedra pulida estudiados por F. J. Jover (1997).

Por último, en el estudio faunístico realizado por A. Puigcerver Hurtado (1998), se ha podido determinar una cabaña doméstica de ovicápridos, cerdos, bovinos y perros además de un consumo de animales salvajes como conejos, cabras, ciervos, caballos y lobos.

III. Valoración cultural y cronológica

En función del material cerámico decorado y de la presencia de otros objetos en el registro, como los fragmentos de cazuelas con carena próxima al borde, las pesas de telar cilíndricas de una sóla perforación o los vasos denominados “tulipiformes”, M. S. Hernández (1994: 30) ya indicaba que el ámbito cronológico en el que se ocupó el yacimiento debía fijarse en torno al denominado “Bronce Tardío”, temporalidad que ha venido a ser corroborada más tarde por los análisis metalográficos de los instrumentos metálicos localizados (SIMÓN GARCÍA, 1998).

IV. Productos óseos

La primera característica que ofrece el conjunto de productos óseos del yacimiento que hemos incluido en nuestro inventario es que apenas el 5% de la muestra procede de los contextos excavados. La inmensa mayoría de los objetos analizados fue localizado durante exploraciones incontroladas que no nos permiten conocer ni la posición estratigráfica ni las relaciones contextuales de los mismos, y que actualmente se conservan en su mayoría en el Museo Arqueológico Municipal de Novelda.

El grupo de piezas más numeroso es, como de costumbre, el de los punzones, entre los que el tipo A121 es el más representado con 6 ejemplares. De éstos, siempre que ha sido posible identificar con exactitud la variante tipológica ésta ha resultado ser la A121b (Fig. IV.3.21.21 y 24), siendo en tres casos imposible precisar si se trataba de la variante A121b o la A121c. Además de éstos, también hemos identificado un ejemplar del tipo A221 (Fig. IV.3.21.20) y dos del tipo A222 (Fig. IV.3.21.23 y IV.3.22.7).

Una espátula elaborada sobre diáfisis de metapodio de bóvido se ha clasificado sin problemas dentro del tipo H111 (Fig. IV.3.21.22), mientras que otros dos objetos entran dentro de los parámetros establecidos para la definición de los cinceles o escoplos del tipo E231 (Fig. IV.3.22.8). Por último, un fragmento distal de un pico elaborado sobre asta de cérvido se clasificó como P221 (Fig. IV.3.22.5).

13. MONTAGUT

(Novelda, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se encuentra sobre un escarpado cerro, de escasa vegetación y cumbre puntiaguda, ubicado a la margen izquierda del río Vinalopó, a unos 3 km al Norte del casco urbano de Novelda. Su altitud s/n/m es de 559 m. Coordenadas UTM: X: 695027 Y: 4254823.

II. Información arqueológica

Fue descubierto en la década de 1970 por el Grupo de Operación Rescate nº 688, señalándose ya entonces la presencia de restos en tres puntos diferentes del cerro. Posteriormente, J. F. Navarro (1982) describiría y analizaría los materiales procedentes del mismo, indicando en cambio la existencia de cuatro áreas diferenciables en cuanto a funcionalidad probable e incluso cronología. Algunos años más tarde, J. A. López (1994) abundaría en ese mismo sentido, identificando dos áreas de ocupación en cueva o abrigo y otras dos al aire libre, todas ellas con materiales que se adscriben a la Edad del Bronce, aunque no sea posible hacer mayores precisiones cronológicas.

La descontextualización de los materiales conocidos y la ausencia de excavaciones nos priva de cualquier información relacionada con las unidades habitacionales del asentamiento.

III. Valoración y cronología

La cronología propuesta por J. F. Navarro (1982) insinuaba claramente una cierta antigüedad en función de las reminiscencias “neolíticas” que parecían traducirse de algunos de los materiales localizados. En esa misma idea insistiría, con menor convicción, J. A. López (1994), para quien el enclave habría funcionado posiblemente como lugar especializado en actividades pastoriles.

IV. Productos óseos

Tan sólo hemos inventariado una pieza procedente del yacimiento, perteneciente al conjunto de materiales producto de las actividades del Grupo de Rescate 688, conservada entonces en las dependencias del Colegio de los Padres Reparadores de Novelda. No es posible precisar en cuál de las cuatro zonas identificadas fue hallado. Se trata de una espátula sobre costilla del tipo H211 (Fig. IV.3.22.10).

14. MONASTIL

(Elda, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se encuentra emplazado sobre un pequeño espolón alargado, a 450 m s/n/m, que forma parte de la zona más oriental de la Sierra de la Torreta, en la margen derecha del Vinalopó, y muy

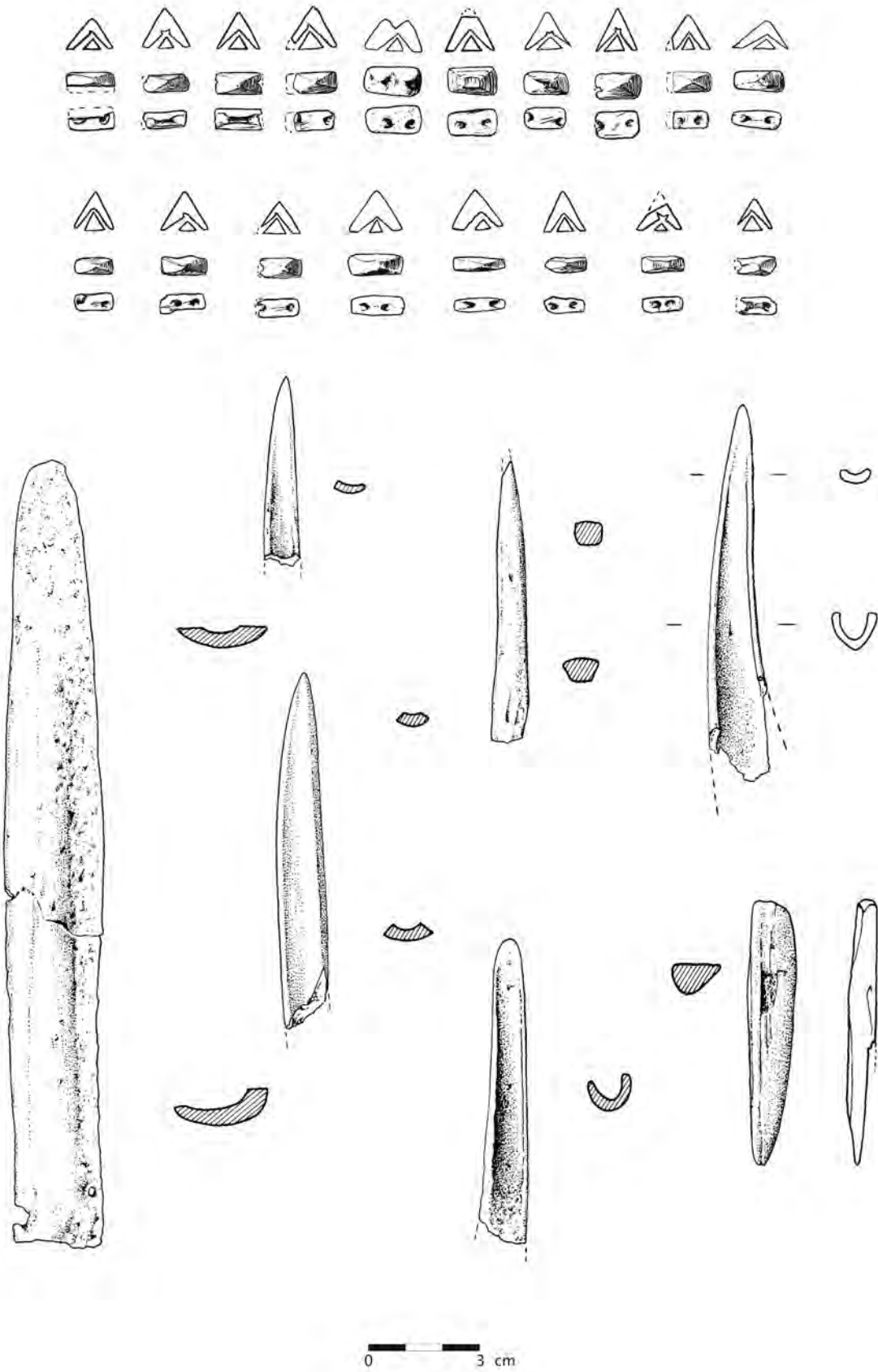


Figura IV.3.21_Illeta dels Banyets (1-18) y La Horna (19-25).

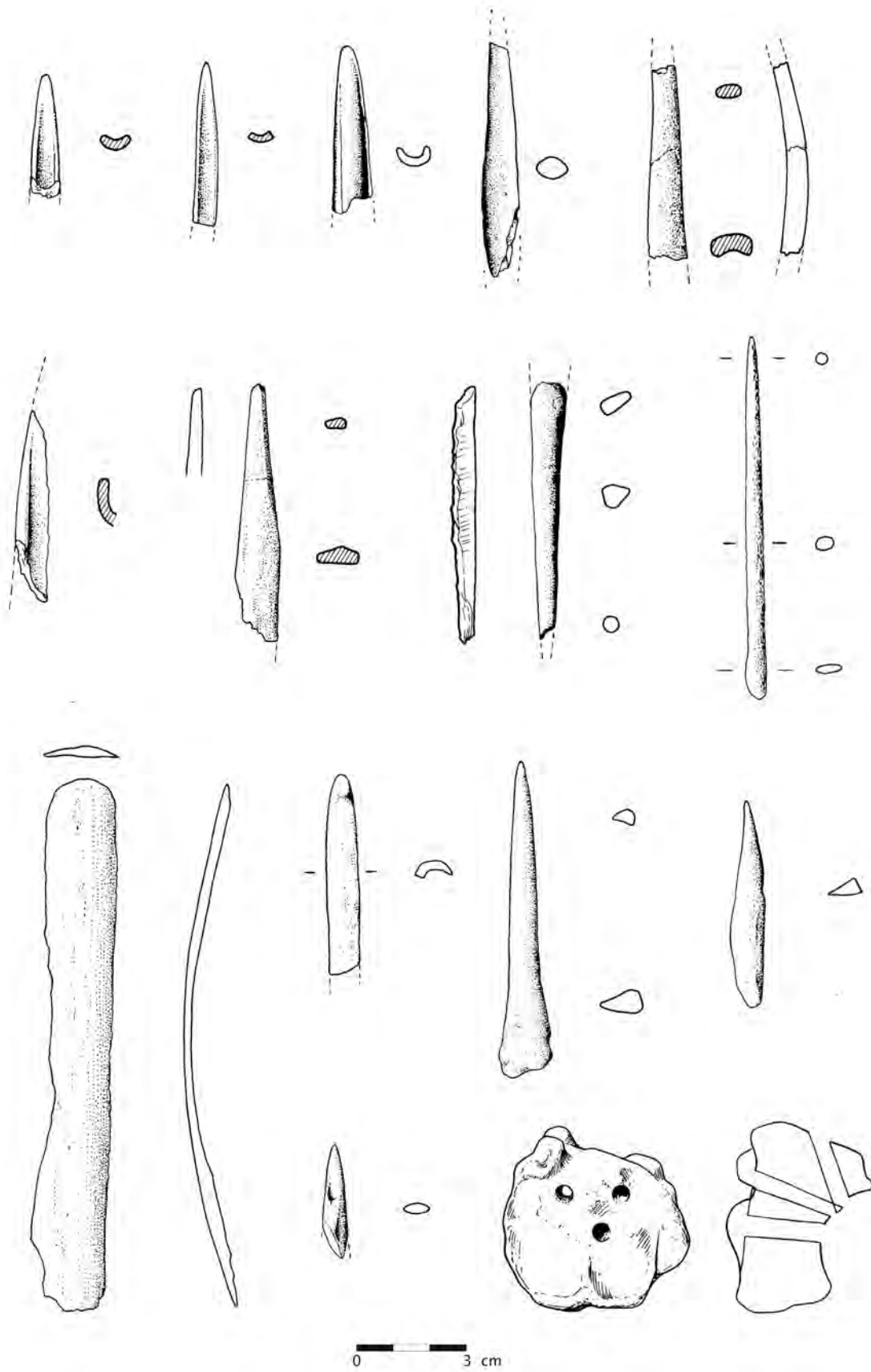


Figura IV.3.22_La Horna (1-8), Monastil (9 y 11), Montagut (10) y Peña de Sax (12-15).

próximo al trazado actual de la Autovía A-3 que une Alicante con Madrid. Coordenadas UTM: X:692992 Y: 4263212.

II. Información arqueológica

Aunque las primeras noticias sobre la existencia de vestigios arqueológicos en el Monastil se remontan a la segunda mitad del siglo XIX, las primeras excavaciones no se llevarían a cabo hasta mediados del XX por el Centro Excursionista Eldense (JOVER MAESTRE Y SEGURA HERRERO, 1997: 53). Ya en estos trabajos se detectó la presencia de restos prehistóricos en la cima del cerro, aunque sin que se asociaran con ninguna estructura arquitectónica en concreto. Las excavaciones realizadas en fechas posteriores (POVEDA NAVARRO, 1988) proporcionaron algunos restos más que parecen indicar que el poblamiento prehistórico se concentró probablemente en las partes más altas del promontorio.

No existe información relativa a unidades habitacionales o áreas de actividad que permita vincular con espacios concretos los restos materiales documentados. Lo más destacable es la presencia de algunos fragmentos cerámicos decorados entre los que se hallan dos con decoración incisa de tipo campaniforme y otro conjunto en el que encontramos motivos y técnicas decorativas características de Cogotas I. Entre los productos metálicos atribuidos a estos momentos tenemos un punzón y un arete de bronce, y por lo que respecta a los productos líticos hasta media docena de puntas de flecha de sílex de pedúnculo y aletas, ocho dientes de hoz y más de una docena de láminas retocadas, así como diversos restos de talla (JOVER MAESTRE, 1997).

III. Valoración y cronología

A juicio de F. J. Jover y G. Segura (1997: 63) el emplazamiento del Monastil sería ocupado por primera vez en el tránsito del III al II milenio a. C., en función de la presencia de los fragmentos campaniformes y las puntas de flecha de sílex, prolongándose ésta durante parte del II milenio a.C.

Posteriormente se produciría una reocupación durante el denominado "Bronce Tardío", evidenciada en la presencia de las fuentes de carena alta y los fragmentos con decoración de boquique, si bien la ausencia de cerámicas acanaladas sería indicativa de que ésta no alcanzaría el Bronce Final.

IV. Productos óseos

Hemos inventariado sólo un par de objetos óseos de la colección depositada en el Museo Arqueológico de Elda, pues parte de los que se atribuyen al poblamiento prehistórico deben pertenecer, a nuestro juicio, a etapas posteriores. Las piezas incluidas en el catálogo corresponden a un alfiler de cabeza aplanada del tipo L211 (Fig. IV.3.22.9) y a un pequeño objeto con bisel del tipo H113 (Fig. IV.3.22.11).

15. LA PEÑA (Sax, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se ubica en la ladera septentrional de un espolón rocoso sobre el casco urbano de Sax, mismo en el que se emplaza el castillo del siglo XIII que domina la población. El acceso se puede realizar sin problemas desde la carretera que conduce a la fortaleza medieval. Coordenadas UTM: X: 690280 Y: 4268232. Altura s/n/m: 554 m.

II. Información arqueológica

El yacimiento prehistórico fue descubierto por miembros de la Agrupación de Amigos de la Historia de Sax, quienes recogieron buena parte de materiales existentes en superficie cuando se produjo la restauración del castillo. Posteriormente, las obras emprendidas para la creación de un área de recreo en las inmediaciones del castillo motivó una actuación de urgencia bajo la dirección de M. S. Hernández junto con J. M. Pérez que fue llevada a cabo durante el mes de abril de 1990 (HERNÁNDEZ PÉREZ Y PÉREZ BURGOS, 2005).

A lo largo de la zona abancalada se plantearon varios cortes, que en total suponían una superficie abierta de unos 55 m², confirmándose en casi todos ellos la alteración de buena parte del paquete sedimentario. Los vestigios más relevantes se registraron en el corte 2, donde se localizó un horno destinado a actividades metalúrgicas constituido por una cubeta de forma semicircular excavada en la roca, rodeada de un pequeño murete de piedras, que se hallaba protegido parcialmente por el escarpe rocoso y por un muro de mampostería dispuesto en sentido perpendicular a éste. Entre las piedras calcinadas del fondo del horno se halló un crisol puesto boca abajo, con adherencias y escoriaciones debidas al metal fundido, y en los alrededores de la estructura los fragmentos de otro crisol, de mayor tamaño (SIMÓN GARCÍA, 1998).

El resto de evidencias documentadas parecen informar de la existencia de otras unidades habitacionales, de las que no se ha podido reconocer detalles significativos acerca de su arquitectura o de las áreas de actividad desarrolladas en su interior. Por otra parte, el hallazgo de algunos restos óseos humanos entre el conjunto de huesos recuperados parece indicar la existencia de inhumaciones que posiblemente fueron alteradas posteriormente, tal vez incluso en época prehistórica.

Entre los productos cerámicos se han contabilizado más de 8.000 fragmentos, aunque sólo poco más del 15% permite obtener alguna información acerca de la forma de los recipientes, entre los que predominan los vasos carenados con la línea de inflexión en el tercio superior, además de una abundante representación de cuencos abiertos, semiesféricos o en forma de casquete esférico, así como recipientes elipsoidales. Una

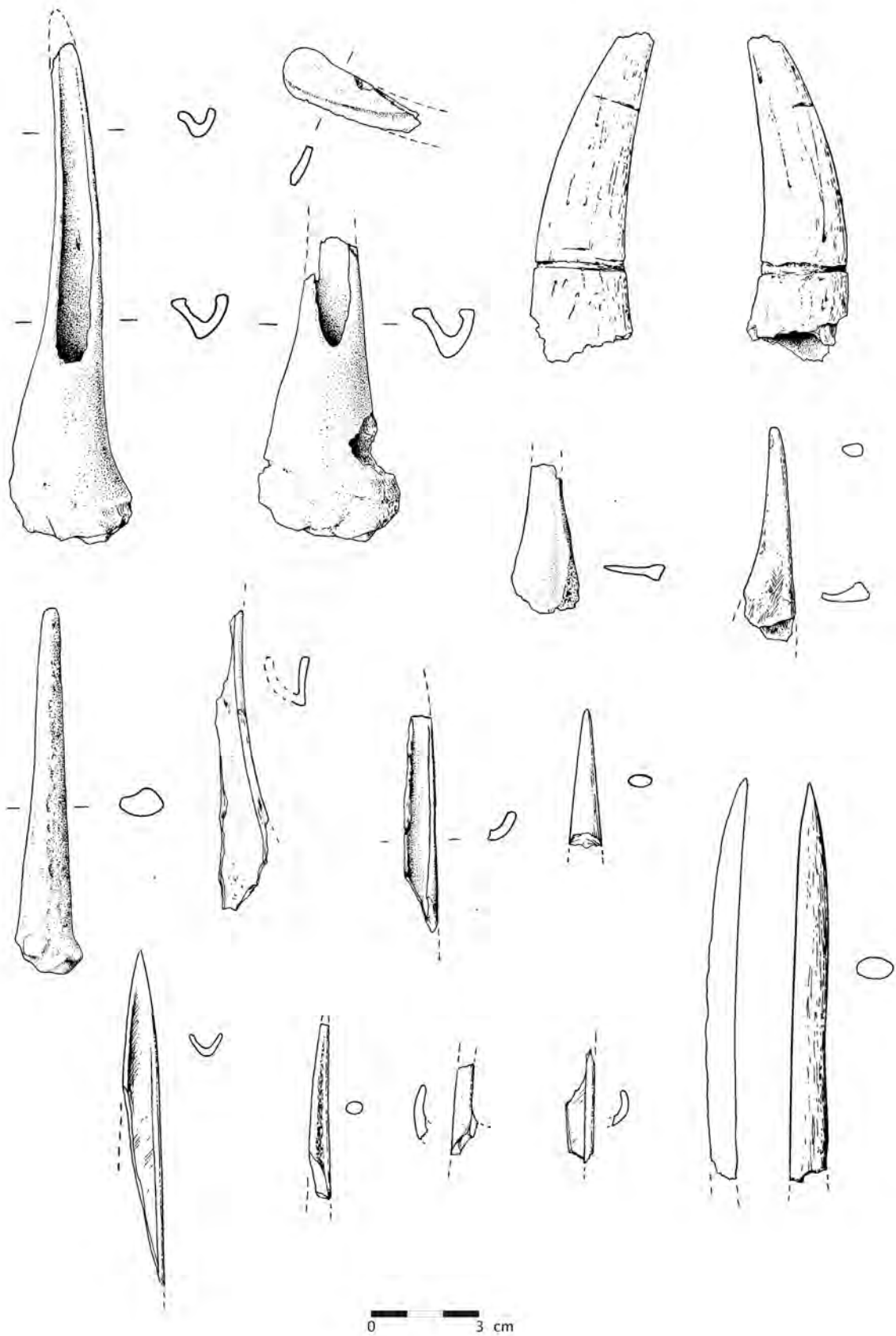


Figura IV.3.23_Peña de Sax.

relativamente pequeña porción de los vasos presenta algún tipo de decoración, entre las que hallamos los ajedrezados excisos, los zig-zag, las guirnaldas y los triángulos rellenos con técnica de boquique y también la cubrición de la superficie externa del vaso con mamezones.

Del más de medio centenar de útiles líticos contabilizados casi tres cuartas partes corresponden a dientes de hoz, varios de los cuales presentaban lustre de uso (JOVER MAESTRE, 1997). Además de las evidencias de producción metalúrgica ya comentadas, en el yacimiento se hallaron varios objetos metálicos, tales como una punta de flecha, un anillo, dos punzones y un fragmento de puñal (SIMÓN GARCÍA, 1998).

Por fin, el análisis de los restos de fauna (PUIGCERVER HURTADO Y LÓPEZ PADILLA, 2006) ha permitido reconocer en el yacimiento de La Peña una pauta similar a la registrada en otros yacimientos contemporáneos en cuanto a la gestión de la cabaña ganadera, con un claro predominio de los ovicaprinos y una importancia relevante pero secundaria del ganado bovino y porcino, en este mismo orden. El aporte cárnico de las especies salvajes consumidas resulta poco significativo en comparación y debe considerarse meramente como complemento proteínico de la dieta.

III. Valoración cultural y cronología

A juicio de M. S. Hernández (1997a) el yacimiento puede encuadrarse claramente en momentos contemporáneos a la ocupación de Cabezo Redondo, del que lo separan pocos kilómetros hacia el Norte en línea recta, aunque no tendría una ocupación tan prolongada en el tiempo (HERNÁNDEZ PÉREZ Y PÉREZ BURGOS, 2006). En cualquier caso, las semejanzas en cuanto al registro entre ambos yacimientos permiten encuadrar al enclave de La Peña dentro de lo que se ha venido denominando “Bronce Tardío” del Sudeste.

IV. Productos óseos

La relativamente reducida muestra de productos óseos del yacimiento que hemos incluido en nuestro inventario procede ante todo de las excavaciones llevadas a cabo en 1990, aunque también se incluyen algunas piezas de la colección de Amigos de la Historia de Sax (Fig. IV.3.22.12-15).

Como resulta habitual, casi el 80% del material corresponde a punzones o fragmentos de punzones, un número bastante alto de los cuales no ha podido ser clasificado con mayor precisión. No obstante, lo más relevante es que la mayoría de los identificados entra sin problemas en los parámetros definidos para el tipo A121b (Fig. IV.3.23.1, 3, 8, 9 y 11) mientras que los tipos A221 (Fig. IV.3.23.10 y 15) y A112 (Fig. IV.3.22.12 y IV.3.23.7) aparecen con dos representantes cada uno.

Del único alfiler identificado se ha reconocido la parte proximal (Fig. IV.3.23.5), en la que se advierten señales de elaboración bastante claras. Y a pesar de

su estado fragmentario, se reconoce el extremo de un colgante sobre colmillo de jabalí que se ha incluido en el tipo K111b (Fig. IV.3.23.2).

Por fin, además de una cuerna de cabra con señales de inicio de aserrado en sus extremos craneal y distal –probablemente para la elaboración de un mango del tipo M131 (Fig. IV.3.23.4)– entre la colección se encuentra una interesante pieza constituida por un metatarso de caballo con tres perforaciones practicadas en sentido convergente, que se han clasificado como D112 (Fig. IV.3.22.15).

16. TERLINQUES

(Villena, Alicante)

I. Situación

Cabezo ubicado a unos 4 km. al SO del casco urbano de Villena, al que se accede a través de la carretera rural Villena- Pinoso, en la que a la altura del km. 5 hay que coger el camino de la derecha en dirección a Casa Canales. Coordenadas U.T.M.: 30SXH828749 -Hoja 27-33 (845). Yecla-. Altitud s/n/m: 580 m

II. Información arqueológica

Conocido desde la década de los años cincuenta por la prospección arqueológica desarrollada por J. M. Soler en el término municipal, sería dado a conocer por dicho autor en 1955, bajo la denominación de “Cabezo de las Alforjas” (SOLER GARCÍA, 1955), al que seguiría un amplio estudio de los resultados de su excavación en colaboración con E. Fernández (SOLER GARCÍA Y FERNÁNDEZ MOSCOSO, 1970; JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 2009). En 1997 se iniciaron nuevamente campañas de excavaciones que han proporcionado una valiosa información acerca del asentamiento que vienen a completar los datos obtenidos en las excavaciones de los años 50 (JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 2004).

El yacimiento se encuentra en la plataforma superior y en el tercio superior de todas las laderas, prolongándose hasta un espolón al NW, con una extensión aproximada de unos 1200 m². Presenta un relleno considerable en toda su extensión, curva de nivel 576 m en la plataforma y 572 m en el espolón NO, de unos 2 m de potencia. Dicho relleno se ha visto afectado en la parte más alta de la plataforma por la edificación de un punto geodésico, al tiempo que las labores de reforestación han producido varios surcos de replantación por casi toda su superficie. Toda la zona de asentamiento está ubicada sobre afloramientos de yeso.

Si bien los datos estratigráficos proporcionados por la actuación de J. M. Soler fueron bastante escasos, las excavaciones que desde 1997 se vienen realizando en el yacimiento ofrecen indudable interés desde el punto de vista de la secuencia del asentamiento y plantea nuevos interrogantes en cuanto a la dinámica ocupacional del mismo. La estratigrafía bosquejada en

los trabajos publicados en 1970 nos informaban de la existencia de un solo nivel de ocupación destruido por un incendio. Las modernas excavaciones arqueológicas, desarrolladas en el extremo opuesto del cerro, comenzaron detectando igualmente un nivel de incendio que asolaba una habitación construida sobre la roca, por lo que era fácil suponer que debía tratarse de un nivel contemporáneo del que excavara J. M. Soler. Las dataciones obtenidas a partir de una muestra de cereales carbonizados vinieron a proporcionar fechas un tanto posteriores, pero en cualquier caso coherentes con la distinta naturaleza de las muestras empleadas en cada caso. La impresión general, por tanto, era la de un único nivel de ocupación que se abandonó tras un violento incendio que afectó a todo el asentamiento.

No obstante, conforme la continuación de los trabajos ha ido agrandando el área excavada y se ha ido ganando relleno estratigráfico, esta impresión se ha tornado claramente incorrecta; en realidad, sobre el derrumbe de la habitación detectada se asentaron sucesivamente al menos dos construcciones más, con sus correspondientes pavimentos, e incluso se diseñó una calle en sentido este-oeste que permitía poner en comunicación los dos extremos del asentamiento, todo lo cual manifestaba una continuidad en la ocupación de Terlinques con posterioridad a la primera fase fundacional.

Los estratos superiores del yacimiento se han visto afectados por diversas acciones de origen antrópico que han alterado –en algunos casos de modo especialmente intenso– los sedimentos. La más violenta, como ya se ha comentado, se da en el extremo noroccidental del cerro, donde se dispuso un hito o mojón cartográfico cuya cimentación ha ocasionado una grave remoción de terrenos a su alrededor. La repoblación de pinos llevada a cabo en la década de los años 70, por su parte, ha deteriorado de forma sensible los estratos superiores del paquete estratigráfico, como las recientes excavaciones han permitido reconocer. Finalmente, la intervención de roedores –principalmente conejos– ha producido abundantes perforaciones del sedimento a causa de las madrigueras fabricadas por ellos, que en algunos casos llegan a alcanzar la roca base.

Como resultado de la excavación emprendida en 1969 en la zona NO del cabezo se documentó, cubierto por un estrato de escasa potencia, un muro longitudinal al que se le unía otro transversal, delimitando dos unidades ocupacionales o “departamentos”. Las zonas separadas por este muro medianero fueron denominadas como departamento I y II (SOLER GARCÍA Y FERNÁNDEZ MOSCOSO, 1970: 29), aunque cabe decir que en ningún momento se intentó excavarlos en su totalidad. La actuación se limitó al corte que había sido trazado. En el Departamento I se documentó una huella de poste en el muro N y un ajuar doméstico compuesto por instrumentos de molienda de pequeño tamaño –molino y moledera–, un elemento de hoz, varias cuentas de collar y un importante ajuar cerámico, desde vasos de pequeño tamaño –cuencos especial-

mente– algunos carenados, hasta grandes contenedores –al menos tres– situados alineados junto al muro medianero. Por el contrario, en el departamento II se documentaron dos molinos y vasos cerámicos de mediano tamaño, numerosos restos de fauna y una punta de flecha de metal (SOLER GARCÍA Y FERNÁNDEZ MOSCOSO, 1970: 39). Todos estos objetos se encontraban en deposición primaria, asociados a un estrato de tierras negruzcas y carbones que debemos interpretar como un nivel de incendio. Una muestra de carbones recogida del departamento I deparó una fecha de ^{14}C que sitúa al yacimiento en 1850 ± 115 a.C (3800 ± 115 BP: 2498 - 1906 cal BC [1σ]).

En las excavaciones en curso, iniciadas en 1997 en el ángulo NE de la ladera meridional del cerro, se han documentado hasta el momento más de una quincena de unidades habitacionales, que se distribuyen en las tres fase constructivas identificadas en el asentamiento, si bien de forma muy dispar. La más amplia y mejor documentada –Unidad Habitacional 1– corresponde a la Fase I, momento de fundación del poblado que ha podido datarse con bastante aproximación en torno a 2200 cal BC en función de las fechas de vida corta y de vida larga obtenidas. Se trata de un área de habitación de la que sólo se conserva su parte más meridional, en contacto con un muro perimetral que, al menos en la ladera sur, se ha podido seguir a lo largo de más de 30 m de longitud sin que se haya alcanzado aún su final, y que muy probablemente constituya una especie de anillo delimitador de toda el área ocupada en la parte superior del cerro, delimitando hacia el interior el propio asentamiento. En su interior se han localizado abundantes restos y estructuras correspondientes a un área de almacenamiento, en la que sacos de esparto, cuencos y tinajas de cerámica, utensilios y abundante grano quedaron sepultados tras iniciarse un violento incendio que causó el abandono definitivo de la habitación. De dos muestras de cereal carbonizado se obtuvieron otras tantas dataciones radiocarbónicas que proporcionaron unas fechas en torno a 1900 cal BC. Al norte de esta área de almacenamiento se ha detectado la presencia de un área de trabajo relacionada posiblemente con el trabajo de la madera. Más al este, nos encontramos al parecer con una zona dedicada a la elaboración de harinas, dada la importante concentración de molinos ubicados junto a un hogar de forma oval emplazado en medio de la habitación.

A la destrucción de esta vivienda siguen los restos, muy mal conservados, de la Fase II, de la que apenas se ha podido registrar más que algunos restos arquitectónicos y un pavimento que, por su amplitud, parece señalar la continuidad en los patrones constructivos precedentes de viviendas de gran tamaño. Las fechas que han proporcionado algunos de los largueros utilizados en la cubrición de estas casas fijan una fecha en torno a 1850 cal BC para su construcción.

Pero sin lugar a dudas, la etapa mejor representada en el registro habitacional de Terlinques es la Fase

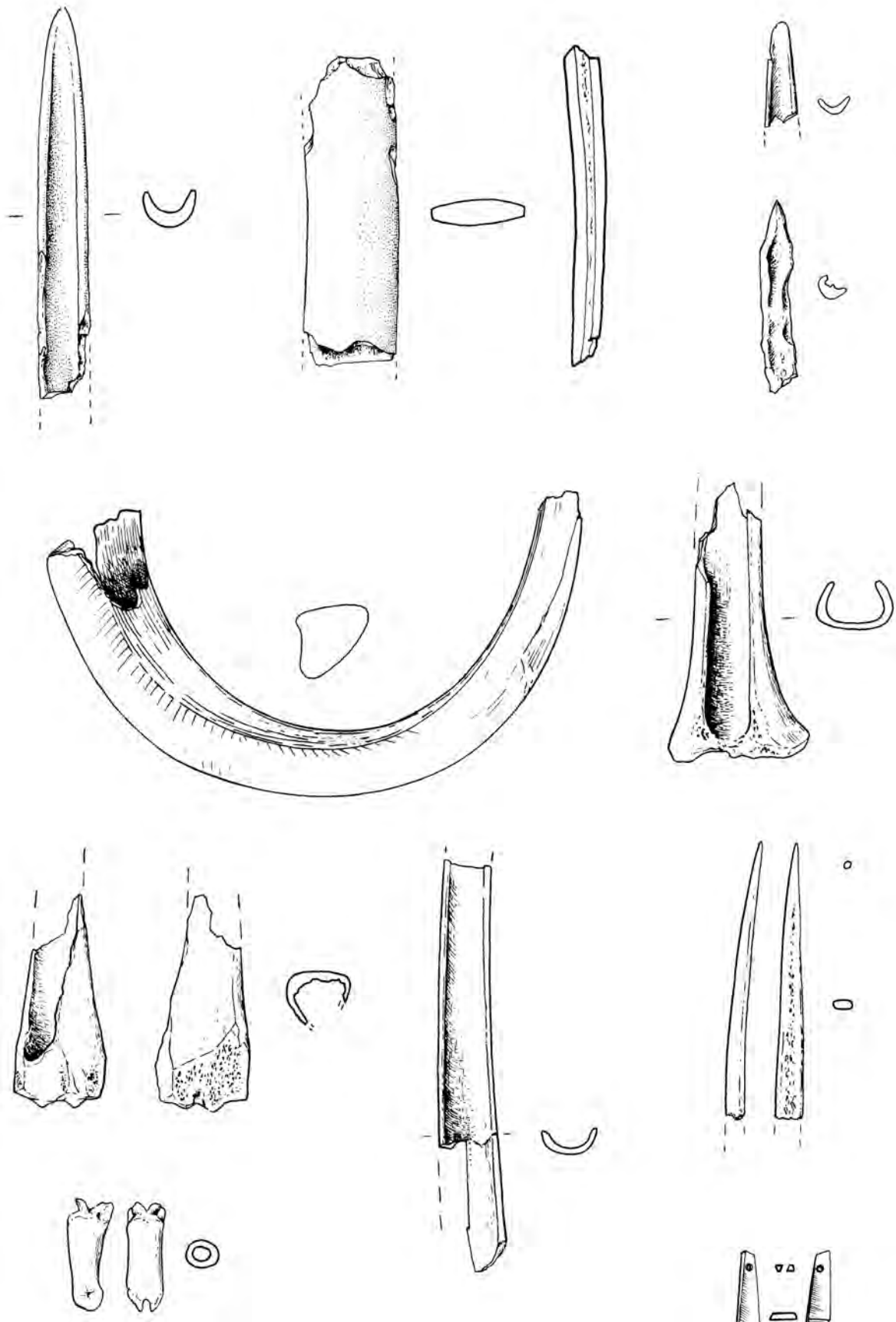


Figura IV.3.24_Terlinques.

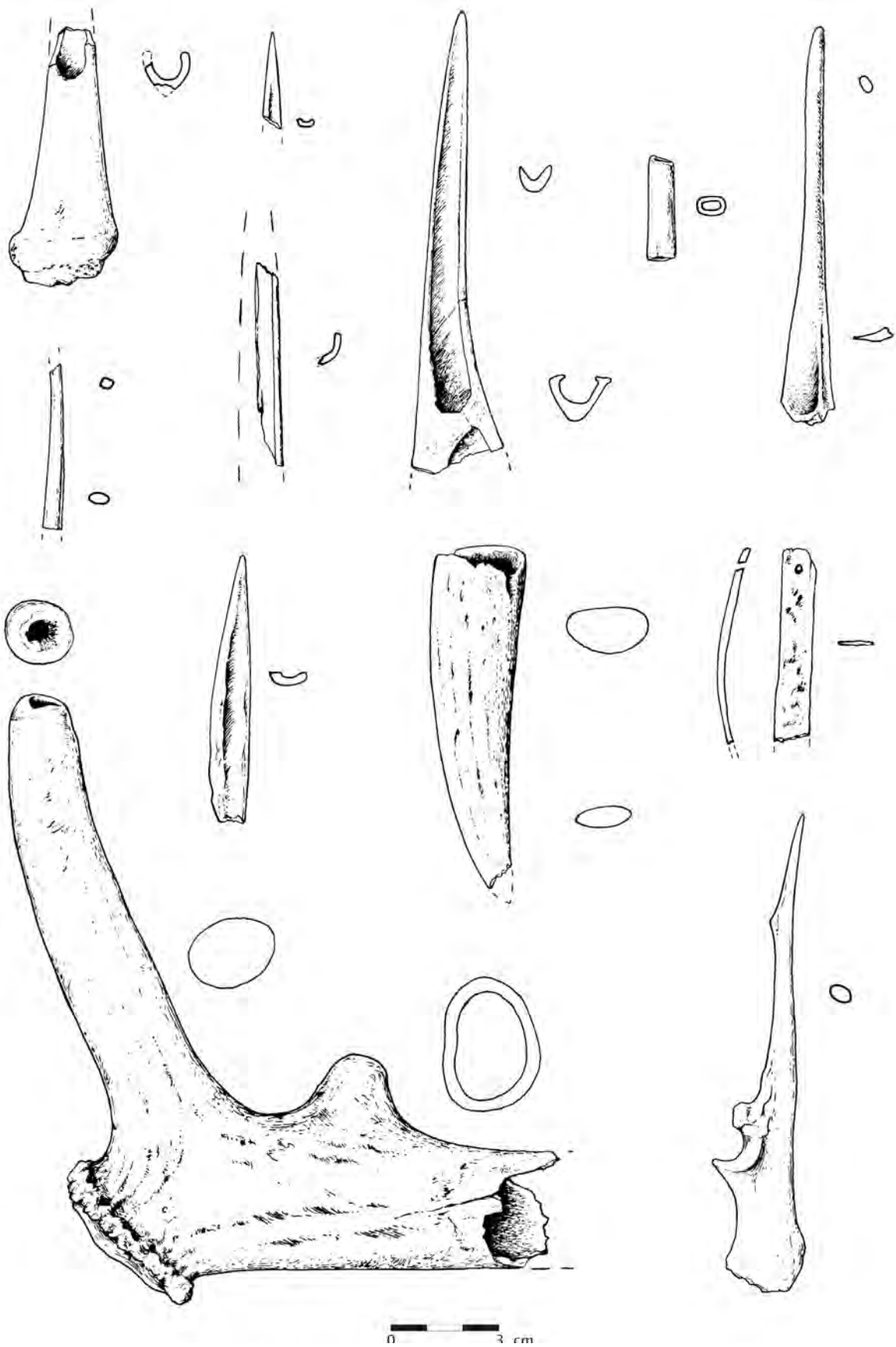


Figura IV.3.25_Terlinques.

III, última de la ocupación del asentamiento, que en función de las dataciones obtenidas parece arrancar en torno a 1700 cal BC y concluir alrededor de 1500 cal BC. En estos momentos el poblado aparece claramente organizado en torno a un esquema urbanístico presidido por una calle central que daría acceso a los distintos departamentos que se abrirían a uno y otro lado de la misma. En estos momentos las habitaciones guardan entre sí unas proporciones en apariencia mucho más estandarizadas, y en conjunto mucho menores que las registradas en la Fase I y, posiblemente, también en la Fase II. Por otra parte, en éstas la presencia de abundantes instrumentos de molienda, vasos cerámicos de distintas capacidades, restos paleobotánicos y otros objetos, evidencia la existencia de áreas de consumo y de trituración de especies vegetales para el mantenimiento de los individuos así como áreas destinadas a su almacenamiento. Por lo tanto, podemos señalar que en la Fase I nos hallamos ante espacios de carácter doméstico en los que también se realizaban otras actividades de tipo artesanal. En cambio, el reparto de actividades productivas entre las unidades habitacionales de la Fase III se presenta mucho más desigual, como muestra simplemente la distribución de los medios de producción líticos que revela una concentración más que significativa de los mismos en las unidades habitacionales situadas en la cima del cerro, al norte de la calle central del poblado, mientras que en general están ausentes en el resto de las unidades habitacionales. Del mismo modo, mientras que en éstas últimas no se han constatado recipientes cerámicos de gran tamaño, destinados al almacenamiento de sólidos, en las Unidades Habitacionales 11 y 12 se concentran, además de varias de estas grandes tinajas, un volumen considerable de molinos y molederas que por el contrario escasean de forma notable en el resto de las viviendas. Todo ello permite por ahora inferir que durante la Fase III gran parte de la actividad productiva y de la transformación y procesado de los bienes subsistenciales básicos quedaba capitalizada por las unidades habitacionales emplazadas en el punto más alto del cerro.

La unidad más interesante y singular desde un punto de vista etnoarqueológico corresponde a la UE 1009 de la Fase I, donde se combinan los restos resultado del derrumbe de parte de la techumbre y paredes sobre el suelo de ocupación, con diversos artefactos registrados, tanto sobre bancos como en el interior de sacos de esparto caídos sobre el pavimento, uno de ellos repleto de estiércol y otro de cereal almacenado junto con unas bobinas de hilo de junco –*scirpus holoschoenus* sp.– enrollado en varas de fresno y algunas ramitas de viburno (MACHADO, JOVER Y LÓPEZ, 2004). A nivel general, los resultados indican que el pino fue empleado profusamente como elemento constructivo para las vigas de las techumbres y de los postes sobre las que éstas se sustentaban, constituyendo la parte más amplia del registro. Para el desarrollo del resto de actividades, tanto artesanales como de otro tipo, que requerían de

material leñoso, los habitantes de Terlinques se proveyeron de distintas especies botánicas de acuerdo con sus características y con el grado de disponibilidad en el entorno del asentamiento.

III. Productos óseos

En el catálogo se incluyen 23 productos óseos entre los que predominan ampliamente los utensilios, que suponen alrededor del 75% del total de objetos registrados. Entre ellos destaca claramente el grupo de los punzones, con 14 ejemplares de los que más de la mitad –8 ejemplares– pertenecen al tipo A121 (Fig. IV.3.24.1, 3, 6, 7, 9 y IV.3.25.1, 4 y 5), estando también representados los tipos A111 (Fig. IV.3.25.12), A211 (Fig. IV.3.25.8), A221 (Fig. IV.3.25.3) y A222 (Fig. IV.3.24.10), y restando dos que no han podido adscribirse a un tipo específico de punzón. A mucha distancia se encuentran los mangos –tipos M121a (Fig. IV.3.25.9) y M131 (Fig. IV.3.25.11)– y los alisadores sobre costilla de bóvido –H212– de los que sólo se ha registrado un ejemplar (Fig. IV.2.24.2).

En lo que respecta al resto de los objetos, entre ellos hallamos cuentas de collar tubulares del tipo C311 (Fig. IV.3.25.6), un colgante del tipo K211 sobre costilla de ovicaprino (Fig. IV.3.25.10), un alfiler del tipo L111a (Fig. IV.3.25.7), y un posible botón prismático de marfil del tipo Q132 (Fig. IV.3.24.11). Finalmente, se incluye también un objeto de uso indeterminado –tipo D113– elaborado sobre una falange de ovicaprino (Fig. IV.3.24.8).

17. LA MACOLLA (Villena, Alicante)

I. Situación

Se trata de una de las partidas rurales situadas en la confluencia del cauce del Vinalopó con la Acequia del Rey, responsable de la desecación de la antigua Laguna de Villena a comienzos del siglo XIX. Coordenadas UTM: X: 684704 Y: 4275438.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue descubierto en 1967, tal y como relata el propio J. M. Soler (1981: 14), a raíz de la construcción de una conducción hidráulica que corría en paralelo a la Acequia del Rey, y que dispuso en los márgenes del camino gran cantidad de material arqueológico procedente de los desfondes realizados sobre el terreno. Al parecer, el asentamiento pudo llegar a alcanzar una extensión de una hectárea, sin que sea posible señalar ningún dato relativo a las posibles estructuras que presumiblemente existieron en el mismo.

Los productos cerámicos consisten fundamentalmente en platos y fuentes de diversa morfología, con predominio de los fondos planos o ligeramente convexos y algunos bordes engrosados. Entre las cerámi-

cas decoradas hallamos tanto ejemplares incisos como impresos o con decoración peinada, además de unos pocos ejemplares esgrafiados o con decoraciones en relieve (GUITART PERARNAU, 1989).

Entre los productos líticos se cuentan núcleos, lascas y hojas de sílex de tamaño apreciable, muchas de ellas retocadas, así como raspadores, perforadores y una buena colección de puntas de flecha de diversa morfología. Así mismo, son numerosas las hachas y azuelas manufacturadas en ofitas locales.

III. Valoración y cronología

Ya a juicio de J. M. Soler (1981, 30) La Macolla se apartaba de los yacimientos del Arenal de la Virgen y Casa de Lara, ante la ausencia de cerámicas cardiales y microlitos geométricos, mientras que el registro de puntas de flecha de retoque bifacial le invitaba a prolongar su vigencia hasta el entonces denominado Eneolítico.

La revisión de los materiales exhumados por J. M. Soler (GUITART PERARNAU, 1989) vino a acomodarlos más o menos en la misma franja cronológica, aunque dentro de la secuencia propuesta por J. Bernabeu (1988), en la que se adscribían al Neolítico IIB.

IV. Productos óseos

Se han inventariado cuatro productos óseos del yacimiento, de los cuales dos corresponden claramente a cinceles elaborados sobre diáfisis óseas de gran rumiante –E211 (Fig. IV.3.26.2 y 4)– y un tercero a un alisador sobre costilla de bóvido –H212 (Fig. IV.3.26.1). El último producto inventariado corresponde a una pequeña falange con escotadura en su extremo proximal, destinada probablemente a facilitar su suspensión por medio de un cordel.

18. CABEZO DE VALERA 1 (Villena, Alicante)

I. Emplazamiento

Cabezo adelantado de la Sierra de Peñarrubia, ubicado al Sudeste del casco urbano, al que se accede por la vía de servicio de la margen izquierda de la Autovía Alicante -Madrid, donde siguiendo el camino de acceso a las Canteras Forte. Coordenadas UTM: X: 688728 Y: 4274209. Altura s/n/m: 560 m.

II. Información arqueológica

Es el más oriental de tres cerros adelantados de la Sierra de Peñarrubia orientados con dirección SO-NE. Se trata de un poblado de considerables dimensiones, con una superficie de relleno arqueológico próxima los 1500 m². Afloran en superficie abundantes restos constructivos, que en su mayoría discurren paralelos a las curvas de nivel, con desarrollos longitudinales considerables. Todos ellos están realizados en mampostería de mediano y gran tamaño, sin ningún tipo de trabazón.

El yacimiento fue descubierto en la década de 1960 por J. M. Soler, quien realizó unas catas en la parte superior del mismo exhumando algunos de los restos constructivos visibles en la actualidad, correspondientes probablemente a unidades ocupacionales de las que no disponemos de ninguna información contextual.

III. Valoración y cronología

No es posible precisar una cronología para la ocupación del enclave, más allá de considerar su probable vigencia a lo largo de la primera mitad del II milenio cal BC.

IV. Productos óseos

Se han registrado cinco productos óseos, cuatro útiles y un objeto de adorno –una cuenta de collar discoidal de nácar. De los primeros, tres corresponden a punzones del tipo A121, dos a la variante c (Fig. IV.3.26.5 y 6) y uno a la variante b (Fig. IV.3.26.7), si bien en este caso el tipo de fragmentación de la pieza impide asegurar este extremo con total rotundidad. La última pieza inventariada corresponde a la porción proximal de un alfiler elaborado sobre fibula de suido del tipo L111b (Fig. IV.3.26.8).

19. PEÑICAS (Villena, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se encuentra situado en un espolón rocoso de la Sierra de la Villa en su extremo NW, a una altitud de 670 m s/n/m, desde cuya cima se domina la llanura de Villena y la entrada al valle de Benejama. A esta cresta, ubicada a unos 100 m al NE del casco urbano, se accede a través del camino que rodea el cementerio municipal por su parte izquierda. Coordenadas U.T.M. X: 686461 Y: 4279731.

II. Información arqueológica

El yacimiento, excavado por J. M. Soler en 1951 y 1966, se encuentra en la parte septentrional de la cumbre y en su ladera oriental. Allí se observan restos de muros que discurren a lo largo de la ladera oriental siguiendo las curvas de nivel y otros que los cortan perpendicularmente.

Se sabe del hallazgo de una pulsera de oro en 1925, dado a conocer a inicios de los cincuenta, fruto de la prospección realizada por J. M. Soler (1953b) en el término municipal, quien realizó una cata en la parte superior de la ladera oriental en el mes de julio de 1951. A una profundidad de unos 150 cm localizó una capa cenicienta que le permitió en su seguimiento, localizar un muro de unos 70 cm de anchura, que consideró dividía dos estancias a las que denominó departamento 1 y departamento 2. En función de los croquis y de las informaciones de los diarios de J. M. Soler, se ha podido determinar que la anchura de este departamento 2, del que posteriormente se localizaron dos

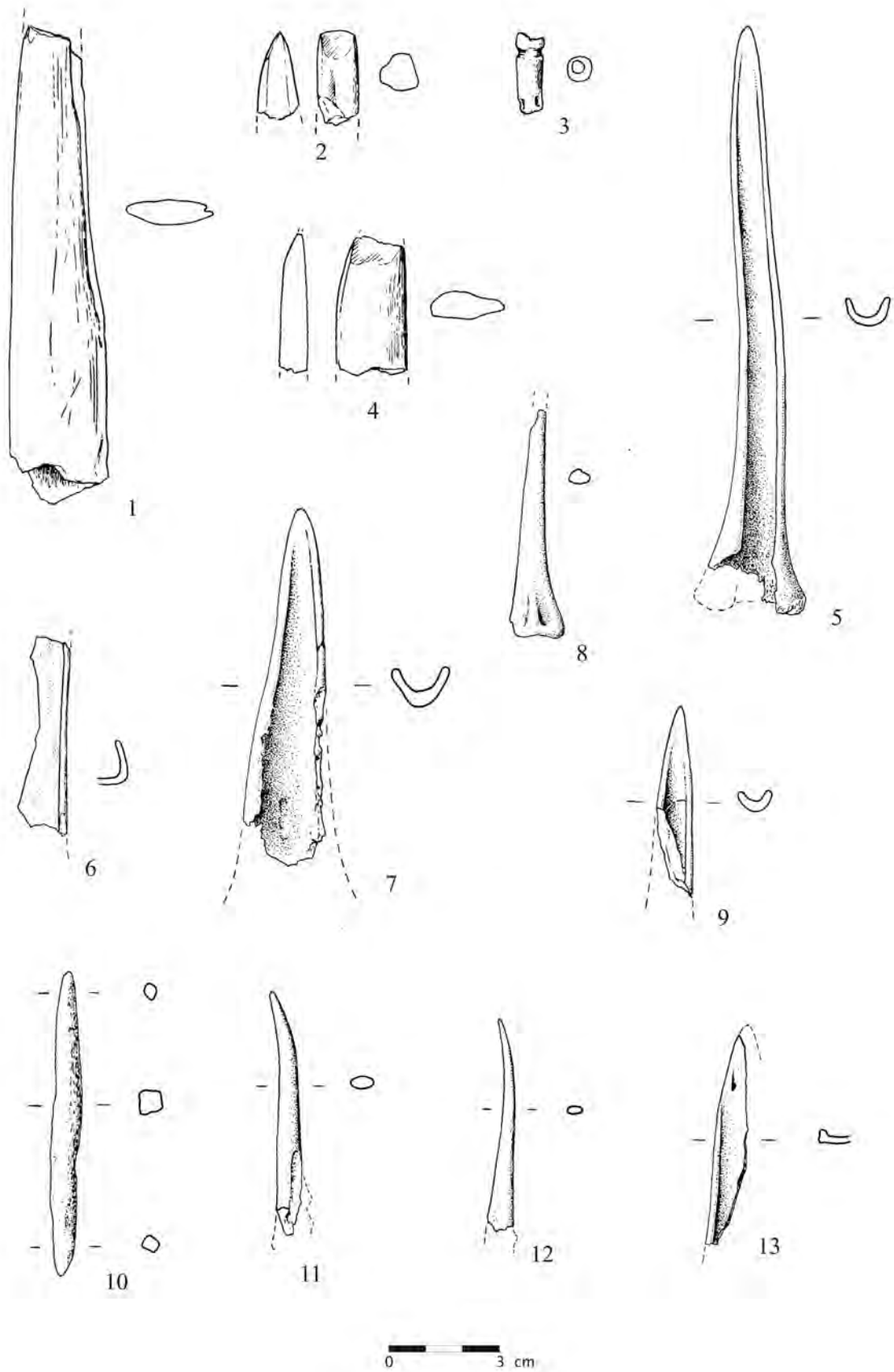


Figura IV.3.26_La Macolla (1-4), Cabezo de Valera-1 (5-8) y Peñicas (9-13).

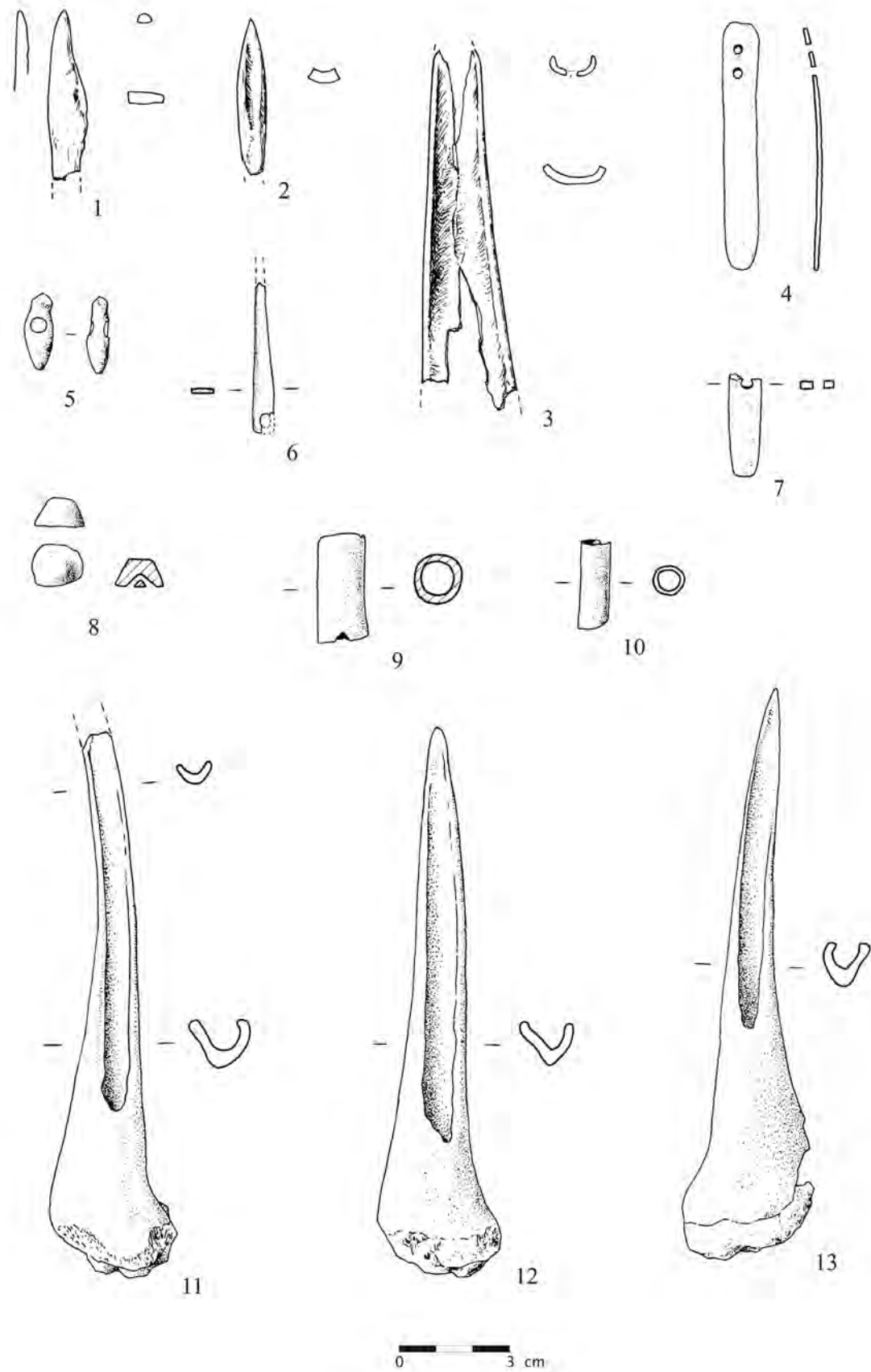


Figura IV.3.27_Peñicas (1-3) y Cabezo Redondo (4-13).

paredes más, debió tener una anchura no superior a los 3 m (HERNÁNDEZ, PÉREZ Y MENARGUES, 2004, 361). En el ángulo donde se juntaban dos de los muros de la unidad habitacional, localizó numerosos restos óseos de animales, un agrupamiento de instrumentos de molienda, una gran vasija de almacenamiento, además de numerosos fragmentos de cerámica de otros vasos: un cuenco, una cuenta de collar de piedra blanca, cuatro “sierrecillas de sílex” y dos botones prismáticos de perforación en “V” (SOLER GARCÍA, 1953b: 46).

III. Valoración cultural y cronológica

Según señalan L. Hernández, L. Pérez y J. Menargues (2004), la revisión de las notas de J. M. Soler y de los croquis realizados durante sus labores de campo permitirían señalar, al menos en lo referente a la estratigrafía del departamento 2, dos fases constructivas distintas y el reconocimiento de varios niveles de pavimentos, lo que tal vez contribuiría a su juicio a explicar la heterogeneidad cronológica que aparentemente evidencian los restos arqueológicos documentados en el yacimiento.

Así, a la presumible antigüedad atribuida, por ejemplo, a las pesas de telar de cuatro perforaciones y a los botones de perforación en V, se contrapondrían los fragmentos de base con pie anular o la cazuela decorada con una línea de mamelones en la carena, elementos que remitirían al denominado Bronce Tardío.

Por nuestra parte, consideramos que el registro hasta ahora conocido del yacimiento podría situarse más o menos en el intervalo cronológico comprendido entre *ca.* 1900 y *ca.* 1400 cal BC.

IV. Productos óseos

De las 16 piezas que hemos incluido en nuestro inventario procedentes de este yacimiento, 10 corresponden a utensilios, todos ellos punzones de diversos tipos, la mitad de los cuales corresponde al tipo A121, uno correspondiente con seguridad a la variante A121b (Fig. IV.3.26.13), y otro a la variante A121c (Fig. IV.3.27.3), sin que haya sido posible discriminar con seguridad su pertenencia a una u otra en los casos restantes. Otros dos punzones se han clasificado dentro del tipo A111, elaborados ambos sobre fíbulas o ulnas (Fig. IV.3.26.11-12). Contamos también con un ejemplar de punzón biapuntado, del tipo A231 (Fig. IV.3.26.10), mientras que de los dos ejemplares que completan el conjunto, uno se ha clasificado, aunque con reservas, en el tipo A222 (Fig. IV.3.27.1) y el último no ha podido ser clasificado en ningún tipo específico.

Entre los objetos de adorno hallamos tres botones de perforación en V de forma prismática triangular – Q131–, uno de ellos con doble perforación –Q132.

Resta, por último, un fragmento de asta de cérvido trabajado, probablemente perteneciente a una varilla apuntada, en la que se advierten, no obstante, señales de manipulación que nos han empujado a clasificarla

entre los desechos de producción, pues posiblemente fue porcionada y eliminada durante el proceso de reciclado de una pieza mayor, de la que formó parte.

20. CABEZO REDONDO (Villena, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se encuentra en un cabezo situado en el borde nororiental del afloramiento triásico que atraviesa y divide el término municipal de Villena de norte a sur. Se accede al mismo por la carretera comarcal que une Villena y Caudete, desviándose a la izquierda a la altura del km 2 por una vía pavimentada que da acceso a una planta depuradora de aguas. Coordenadas UTM: X: 683717 Y: 4279560. Altitud s/n/m: 579 m.

II. Información arqueológica

Separado del Cabezo de las Cuevas por la Vereda de las Fuentes, el Cabezo Redondo es un cerro de planta ligeramente elíptica, de orientación Noroeste-Sureste, con unos 200 m en ambos ejes y alrededor de 40 m de altura sobre el llano circundante. Está coronado por una costra caliza que buza de Este a Oeste, condicionando que la ladera occidental presente pendientes más suaves. Tanto la ladera occidental como la oriental se han visto seriamente afectadas por las labores de cantería que con objeto de extraer el yeso – que alterna con los estratos calizos– se llevaron a cabo a mediados del presente siglo.

La superficie aproximada de terreno con material arqueológico se ha calculado en torno a las 1,5- 2 Ha, lo que lo convierte en uno de los yacimientos de la Edad del Bronce más extensos de País Valenciano. Esta importancia de los rellenos arqueológicos localizados en su cumbre y laderas llamaron pronto la atención de J. M. Soler García (1953a), quien tras varias catas y prospecciones superficiales –llevadas a cabo mientras el cerro aún era explotado como cantera– realizó una campaña de excavaciones que comenzó el 24 de Febrero de 1959 y se prolongó hasta 1960. En éstas – publicadas completamente en 1987, pero de las que se dio cuenta de forma parcial a través de varios informes y publicaciones previas (SOLER GARCÍA, 1976; 1986a)– se puso de manifiesto la importancia del mismo, no sólo en cuanto a la extensión probable de la superficie ocupada, sino también por el interés que despertaba su secuencia estratigráfica. Ésta, acompañada de algunas fechas absolutas obtenidas mediante la técnica del ¹⁴C, permitió proponer una ocupación bastante larga para el yacimiento, aproximadamente entre 1600 y 1200 a. C. Al mismo tiempo, la presencia de enterramientos bajo los pavimentos de las unidades ocupacionales influyó decisivamente en la consideración argárica del asentamiento (TARRADELL MATEU, 1965). No obstante, los materiales arqueológicos documentados en la nueva etapa de excavaciones, reanudadas a partir de 1988

bajo la dirección conjunta de J. M. Soler García y M. S. Hernández Pérez, ponen de manifiesto que parece tratarse de un yacimiento adscribible exclusivamente al denominado “Bronce Tardío” (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2001).

II.1 Unidades habitacionales y áreas de actividad

Las excavaciones realizadas por J. M. Soler García dieron como resultado la exhumación de un elevado número de áreas designadas por su excavador como departamentos. De éstos se llegó a identificar un total de dieciocho cuya estratigrafía y materiales fueron convenientemente individualizados por niveles de forma independiente unos de otros. La revisión de los trabajos de J. M. Soler García muestra, sin embargo, que la división de estas unidades no se corresponde exactamente con la de unidades habitacionales, sino que en el establecimiento de sus límites influyeron también otros aspectos, como el propio ritmo de los trabajos de excavación. Es por ello por lo que en rigor, no deberíamos hablar propiamente de dieciocho viviendas, sino que como se desprende claramente de los croquis publicados, al menos en varios casos dos o más departamentos debieron integrar una sola unidad habitacional.

En las recientes excavaciones, de las que disponemos de algunos datos gentilmente proporcionados por M. S. Hernández Pérez —responsable en solitario de la dirección de los trabajos tras la desaparición de J. M. Soler García en 1997— se han exhumado nuevas unidades habitacionales de gran tamaño que, continuando con la numeración de las mismas iniciada en la primera fase de excavaciones, han sido designadas como departamentos XIX, XX, XXI, XXII, XXIII y XXIV, si bien el registro arqueológico relativo a estos cuatro últimos permanece todavía en estudio. En cualquier caso, la información a la que hemos tenido acceso, relativa a las dimensiones y características constructivas de los departamentos excavados, abunda en un modelo de unidad habitacional de grandes dimensiones, normalmente de tendencia rectangular, con paredes construidas con bloques de mampostería que tienden a las paredes curvas en algunas esquinas, y que albergan en su interior bancos exentos o, de forma más habitual, adosados a la pared septentrional en los cuales suelen disponerse hornos y vasares.

Tanto el departamento XIX como el XVIII —ya excavado parcialmente durante los años sesenta— son grandes habitaciones de más de 100 m², de planta rectangular con esquinas redondeadas, con un gran banco corrido adosado al muro oriental, hornos y calzos de postes junto a los muros occidentales. La estratigrafía interna está compuesta principalmente por la acumulación de un amplio número de pavimentos superpuestos, sobre los cuales se documentan los restos materiales que en gran medida se hallan en deposición secundaria. Por su parte el departamento XX, de dimensiones más reducidas —cerca de 60 m²— y de plan-

ta rectangular, está constituido por la acumulación de varios niveles de uso y sus correspondientes derrumbes, dos de ellos incendiados, donde se conservaron los objetos en deposición primaria. El último nivel de ocupación muestra un claro abandono del lugar, dejando casi limpio el interior de las habitaciones. En cualquier caso, todos los niveles se han visto afectados por intensos procesos postdeposicionales, especialmente procesos erosivos de ladera que han arrasado la parte meridional de los distintos niveles de ocupación y la acción de conejos y otras alimañas que han alterado considerablemente la deposición en algunos puntos.

En el departamento XVIII se realizaron diversas actividades domésticas relacionadas con el almacenamiento de productos perecederos en grandes vasijas, trituración de grano en varias zonas y actividades textiles. El Departamento XIX tiene su vano de acceso en la parte Sur. Al Este existe un banco corrido donde se documentaron varios hornos empotrados de similares características y relacionados con los diferentes momentos de uso del mismo departamento. En el resto de la superficie se ha constatado un área de producción textil, varias áreas de consumo y almacenamiento doméstico y, en la zona más meridional, áreas de desechos con acumulaciones de desperdicios, especialmente de restos faunísticos y cerámicos.

La información disponible para el departamento XX es de mayor calidad, pues a pesar de que la fase más antigua está bastante afectada por remodelaciones y edificaciones de la segunda fase, pudiéndose sólo señalar la documentación de deposiciones secundarias asociadas a escasos restos estructurales, en la segunda fase se constata la presencia de al menos tres niveles de ocupación con límites perfectamente definidos, estando los dos primeros assolados por un incendio. En estos momentos el departamento debió funcionar como área de almacenamiento y de tostado del grano, a tenor de las grandes cantidades de cereal —cebada— documentadas en buena parte de la superficie excavada, concentradas en una zona rehundida del pavimento asociada a algunos recipientes cerámicos de gran tamaño, destinados al almacenamiento, un horno y lo que parece ser un leñero.

Este nivel de uso estaba cubierto por un amplio derrumbe originado por la destrucción y arrasamiento de las paredes y la techumbre, sobre el que se elaboró un nuevo pavimento que también se vio afectado por un incendio. Aunque la superficie conservada es mucho menor que en el nivel más antiguo, parece que la unidad habitacional perdió la función de almacén que había tenido anteriormente, conservando ahora un ajuar significativamente más escaso integrado básicamente por algunos vasos cerámicos y algún instrumento metálico. A este pavimento, también cubierto por otro nivel de derrumbe, seguía un tercero sobre el que se pudo documentar varias estructuras circulares que probablemente sirvieron como vasares o poyos para sostener recipientes cerámicos, y sobre el que se halla-

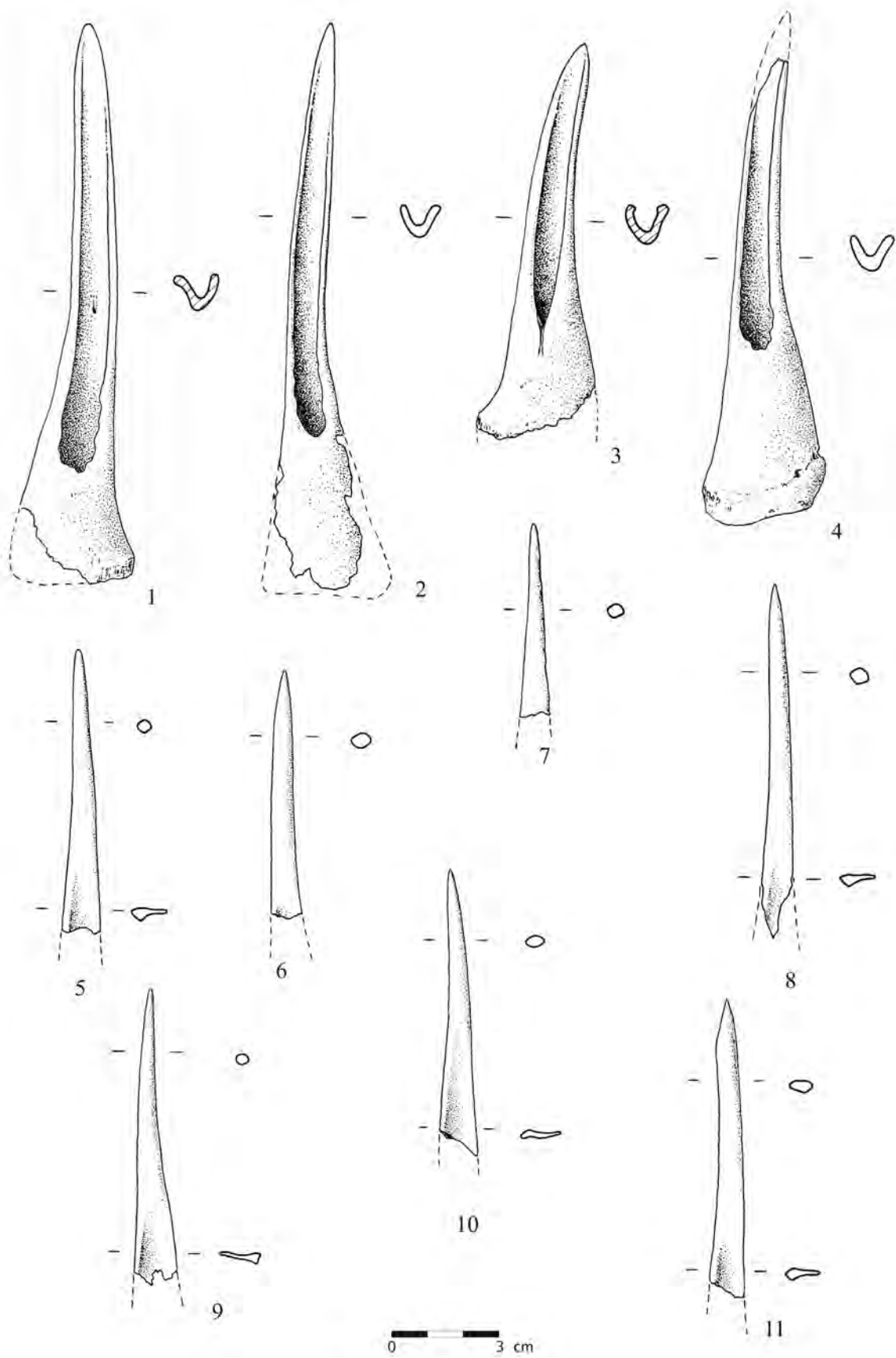


Figura IV.3.28_Cabezo Redondo.

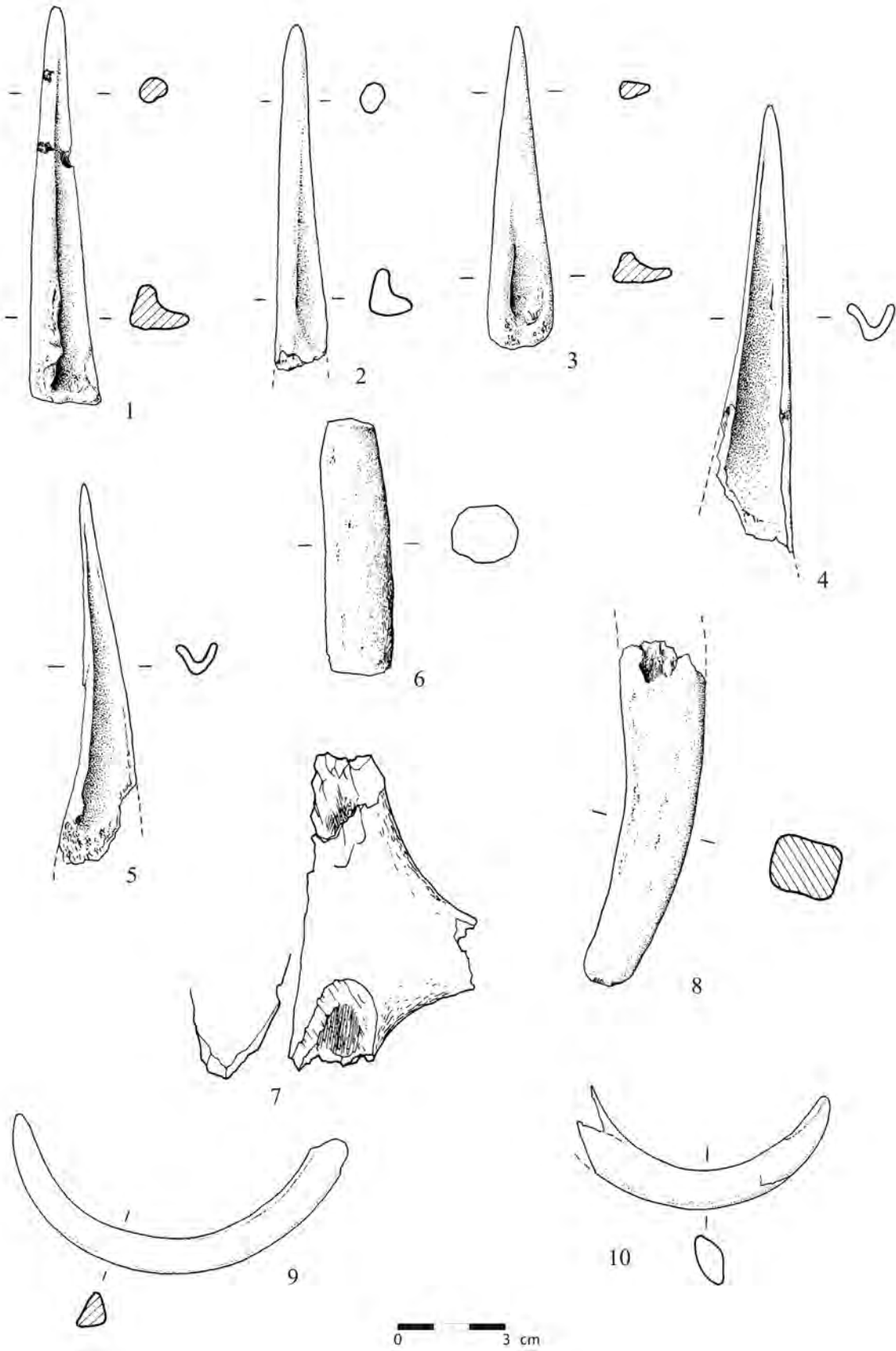


Figura IV.3.29_Cabezo Redondo.

ron diversos objetos, entre ellos una pequeña trompetilla de oro (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997: 109).

Una constante en las diferentes unidades ocupacionales excavadas por J. M. Soler García (1987) es la documentación de estratos de escaso espesor compuestos o integrados por carbones y cenizas a las que su excavador describía como “tierras quemadas, con carbones y cenizas”, siempre con una profundidad en torno a 1,40 m o más. Teniendo en cuenta la historia deposicional de los departamentos excavados en fechas más recientes, en especial los restos del departamento XVIII y XX y la información y consideraciones del propio J. M. Soler, podemos inferir que, a grandes rasgos, la estratigrafía de buena parte de los departamentos responde a un patrón muy similar. Así, una parte considerable de las viviendas excavadas por J. M. Soler García presentaron una acumulación de niveles o suelos de ocupación, con niveles de incendio en algunos casos, cubiertos por derrumbes o rellenos intencionales sobre los que se crearon nuevos niveles de ocupación hasta su abandono definitivo. Ello nos permite inferir que al menos en algunos departamentos se produjo un incendio, reflejado en la deposición del contexto arqueológico, que ocasionó la realización de diversas reformas y acondicionamientos para volver a utilizar la edificación. En cierta medida, a partir de la información aportada por J. M. Soler García se puede precisar la relación contextual de algunos conjuntos materiales que se encontraban en deposición primaria, aunque en ningún caso dispongamos de información específica sobre su distribución espacial.

Niveles de ocupación posiblemente asolados por un incendio los documentamos en los departamentos I, II, IV, VI, VII, IX, X, XI, XIII, XIV, XV y XVIII, destacando especialmente por sus conjuntos materiales los departamentos IV, VII, XV y XVIII (SOLER GARCÍA, 1987). Considerando la posibilidad de que los niveles de destrucción detectados en todos estos departamentos pudieran corresponder a un mismo momento de destrucción general del poblado, sería factible contrastar el registro pormenorizado de los objetos exhumados en el interior de cada uno de ellos y analizar las diferencias que se aprecian entre unos y otros. Sin embargo, como veremos más adelante, la información arqueológica disponible no permite una lectura demasiado precisa al tiempo que la complejidad estratigráfica que han revelado las excavaciones más recientes debe alertarnos sobre las limitaciones que en este terreno impone lo exiguo de los datos estratigráficos que se desprenden de los esquemas publicados por J. M. Soler (1987).

Por último, cabe destacar la presencia en el yacimiento de diversas sepulturas realizadas tanto en el interior de las cuevas que se abren en la cima del cerro, en su ladera oriental, como bajo el pavimento o estructuras de las unidades habitacionales. La existencia de éstas últimas constituyó un argumento esencial para que M. Tarradell (1965) propusiera el trazado de

la frontera cultural del “Bronce Valenciano” con el Argar en el Vinalopó. En la actualidad, no obstante, el interrogante que se ha planteado con más insistencia a este respecto gira en torno a las peculiares características del registro artefactual del yacimiento, que desde el momento en que se retomaron las excavaciones evidenció una masiva presencia de elementos característicos del denominado “Bronce Tardío” del Sureste en el que, no obstante, se determina también la desaparición de los enterramientos bajo las casas (MOLINA GONZÁLEZ, 1979).

Durante sus trabajos, J. M. Soler (1987: 96) registró varios enterramientos en tres de las cuevas de la ladera oriental, destacando entre todas la Cueva nº 1, en la que se hallaron restos de tres sepulturas. Una de ellas era una cista conteniendo el esqueleto de un individuo infantil acompañado de un cono o “trompetilla” de oro como ajuar. Por otra parte, en esos mismos trabajos se documentaron varias inhumaciones en el interior de los departamentos II, IV, VIII, X, XIII y XVIII, en cista de mampostería, en urna y en grieta o covacha. En los enterramientos en urna apareció siempre un individuo infantil o adolescente, mientras que en la cista –o fosa revestida con mampostería, tal y como la describe J. M. Soler (1987: 34)– aparecida en el departamento IV se inhumó a un individuo adulto. Por su parte, los enterramientos en covacha registrados en los departamentos II y X contenían dos inhumaciones cada uno, que al menos en el caso del departamento II correspondían a un adulto y a un niño.

En las actuaciones que se vienen llevando a cabo en el yacimiento desde 1987, el número de enterramientos registrado no ha parado de crecer, detectándose nuevas tumbas tanto en fosa como en urna y cistas de mampostería. No obstante, la información referente a los mismos permanece aún prácticamente inédita. En cualquier caso, parece que todas las unidades ocupacionales excavadas hasta ahora albergaron al menos una tumba, aunque sin guardar una sintonía en cuanto al tipo de contenedor funerario ni tampoco en las características de los individuos inhumados. Por su relevancia, posiblemente destaque el enterramiento en cista localizado en el extremo septentrional del departamento XIX, cubierto por un banco adosado al muro, y en el que se localizó otro cono o “trompetilla” de oro entre los huesos de un esqueleto muy removido (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997: 110).

II.2. Productos

Para una valoración completa del conjunto artefactual presente en Cabezo Redondo consideramos pertinente realizar un análisis crítico de los materiales documentados de cada uno de los departamentos, de modo que pueda ponerse de relieve la posible existencia de diferencias o analogías entre ellos en lo que se refiere al consumo y determinar si existió, en el seno de la comunidad que ocupó el asentamiento, un acceso diferencial a todos o a una clase determinada de productos.

Asumiendo la existencia en muchos de estos departamentos de materiales probablemente en deposición primaria, asociados a niveles de ocupación asolados por un mismo momento de destrucción, los ajuares registrados en cada uno de los departamentos parecen indicar, como veremos, una cierta homogeneidad en cuanto a la presencia de un amplio elenco de productos que no obstante se hace menos consistente cuando se observa desde una perspectiva de conjunto. La revisión exhaustiva de los materiales recuperados en las excavaciones de 1959 y 1960 revela algunas cuestiones que consideramos relevantes. En primer lugar, puede apreciarse una distribución bastante uniforme entre los departamentos individualizados por J. M. Soler de una gran parte de los instrumentos relacionados con procesos productivos. Así, podremos apreciar inmediatamente que en casi todos ellos se registran productos líticos pulidos no relacionados con la molienda (11 de los 18 departamentos reportaron dos o más) y también molinos y/o molederas (presentes en 10 departamentos, de entre los que al menos 6 contaban con tres o más) – así como –y ello resulta a nuestro juicio bastante significativo– productos metálicos (en 14 de los 18 departamentos se localizó al menos un producto de metal –hacha, punzón, cincel, escoplo o punta de flecha–y 7 reportaron dos o más). De ello cabría deducir, como ya ha sido apuntado con anterioridad (JOVER MAESTRE, 1999), que la mayor parte de las unidades habitacionales de Cabezo Redondo dispondría de un repertorio mínimo de instrumentos de trabajo con el que garantizar el desarrollo de las actividades básicas relacionadas con el consumo y procesado del cereal y con la producción de una amplia gama de bienes artesanales.

Sin embargo, los datos no esconden tampoco que tras esta aparente uniformidad se apuntan algunas desigualdades que no deben soslayarse, si bien teniendo en cuenta ciertas consideraciones en lo que se refiere a la calidad de la información que acompaña a estos registros. Y es que resulta imposible discernir en todos los casos qué objetos de los consignados por J. M. Soler en ciertos departamentos se hallaban en posición primaria y cuáles constituían realmente restos de mampostería de las paredes derrumbadas sobre los pavimentos o de los rellenos empleados para la preparación y nivelación de éstos. Ciertamente es notoria la concentración de medios de producción que se constata en algunos departamentos, y especialmente en los casos de los departamentos VII, XV y XVIII, los cuales se sitúan siempre entre los mejor provistos. Aun cuando determinados artefactos procedieran realmente de deposiciones secundarias o constituyeran material reciclado, la abundancia de productos que se constata en ellos –y el hecho mismo de que dicha abundancia se torne recurrente casi con independencia del tipo de artefactos considerado– permite inferir una desigualdad con respecto al registro del resto de unidades habitacionales que en ocasiones resulta es-

pecialmente ostensible, como en el caso de los productos relacionados con la elaboración de tejidos: de acuerdo con los datos proporcionados por J. M. Soler, en los departamentos XV y XVIII se concentró un número significativamente mayor de pesas de telar (37 y 18, respectivamente), mientras que en los demás – con excepción quizá, nuevamente, del departamento VII, en donde se localizaron seis de ellas– éstas están presentes siempre en número inferior a cuatro, lo que no permite descartar su procedencia de contextos de deposición secundarios o que incluso se trate de material reciclado para la construcción de determinadas estructuras –como por ejemplo los hornos de arcilla con columna central, caso constatado en el departamento XIX del propio yacimiento y en otros enclaves de parecida cronología como la Cuesta de San Cayetano, en Monteagudo (MEDINA RUIZ, 2003: 151).

En consecuencia, si bien la impresión general a la luz de los datos es que muy pocos de los ámbitos delimitados por J. M. Soler se muestran completamente desprovistos de alguna clase de producto en concreto, tampoco parece existir en ellos una distribución uniforme de los medios de producción, algo que como acabamos de ver resulta especialmente perceptible en el caso de los instrumentos de producción textil, pero que también se hace evidente en relación con la producción y consumo de productos metálicos. A este respecto resulta interesante observar que, contrariamente a lo que en alguna ocasión se ha defendido (JOVER MAESTRE, 1999: 127), no existe a nuestro juicio evidencia suficiente para suponer una distribución más o menos generalizada de los medios de producción metalúrgicos en los diversos departamentos. A pesar de que los moldes de fundición localizados aparecen bastante repartidos –uno en el Departamento VII, dos en el Departamento XI; otros dos en el XII, otro más en el Departamento XV y cuatro más localizados en los departamentos XIX, XX y XXV (SIMÓN GARCÍA, 1998: 181)– ni su mera presencia garantiza que en todos los casos se trate de productos todavía en uso –como se ha constatado en las excavaciones recientes, en las que varios de ellos han aparecido reutilizados como mampostería de las paredes– ni existen tampoco evidencias adicionales en los contextos documentados por J. M. Soler –como por ejemplo la presencia de escorias o crisoles– que posibiliten inferir la existencia de espacios inequívocamente dedicados a la producción metalúrgica en el interior de alguno de los departamentos. Por consiguiente, la única área de actividad vinculada por el momento de manera incuestionable a la producción de artefactos metálicos es la registrada en la zona occidental del Departamento XXIII, en donde se localizó un área de combustión en cuyo interior y alrededores aparecieron crisoles con adherencias, escorias, y varios moldes de fundición.

Otro dato a tener en cuenta es el que se desprende de la cantidad de restos faunísticos registrado en cada uno de los departamentos, que sobre el papel cabría

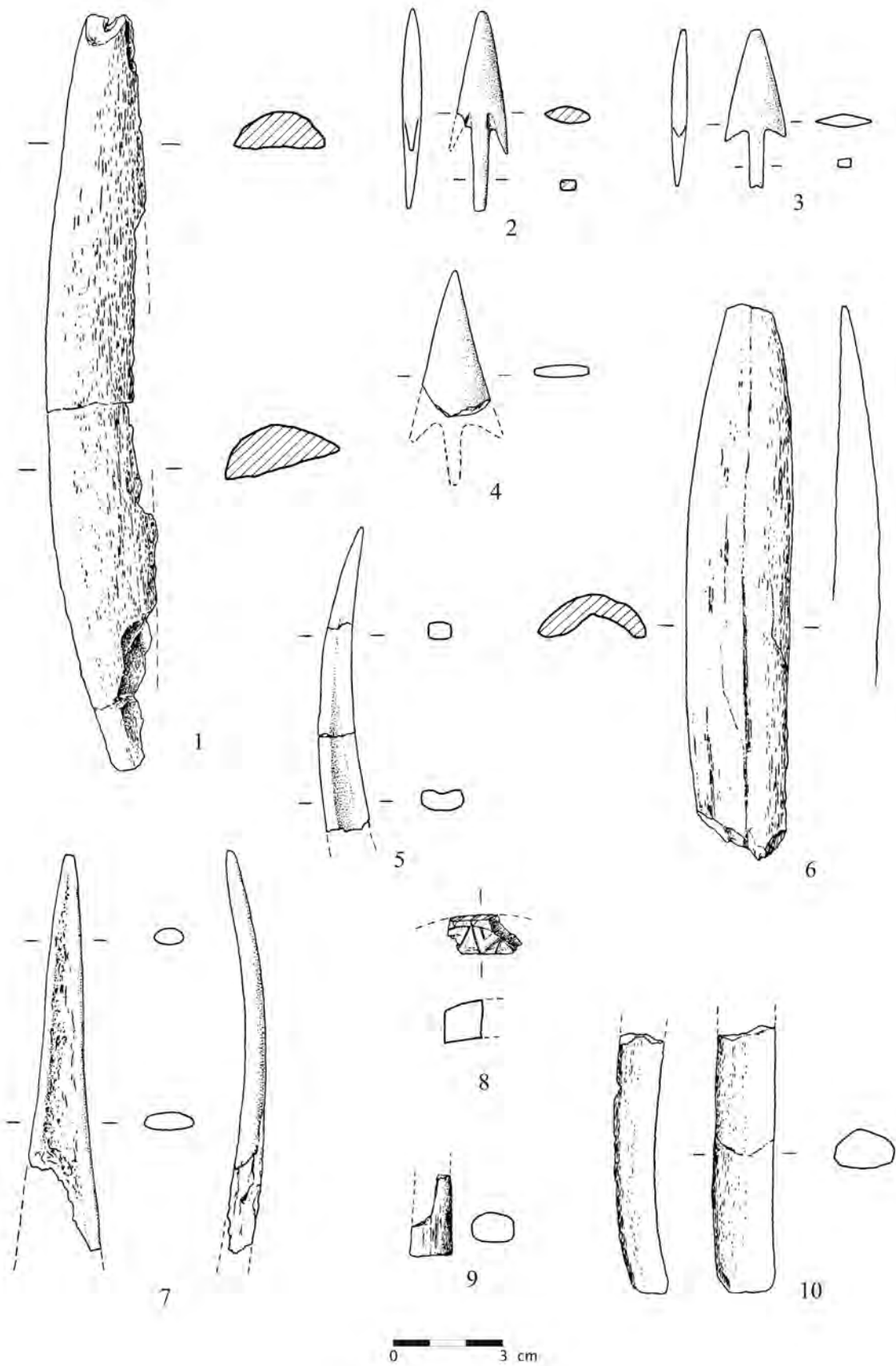


Figura IV.3.30_Cabezo Redondo.

inferir como evidencia del consumo cárnico realizado en su interior y que conocemos gracias al estudio arqueozoológico llevado a cabo por J. Boessneck y A. von Den Driesch (1969). La ordenación de los datos de este estudio, distribuyéndolos por departamentos y por cada uno de los estratos diferenciados en la estratigrafía (SOLER GARCÍA, 1987) muestra cómo los departamentos VII, XIV, XV, XVI y XVII destacan de los demás en atención al número total de restos registrados, al ser los únicos que sobrepasan los 3.000 fragmentos óseos, resultando especialmente reseñable el caso del Departamento VII, que se aproxima a los 9.000 fragmentos. Esta proporción se mantiene más o menos en los mismos parámetros cuando consideramos fracciones separadas de la muestra. Así, por ejemplo, si tenemos en cuenta sólo los restos de bóvidos y suidos comprobamos cómo el Departamento XVI es el que los proporcionó de modo más abundante, aunque en conjunto también son los mismos cinco departamentos mencionados los que acumulan,

con diferencia, las mayores cantidades de huesos de estas especies.

Sin embargo, antes de suponer que en estas viviendas se consumieron cantidades mayores de carne de vacuno y de cerdo —e inferir de ello un patrón disimétrico en el acceso a estos productos en Cabezo Redondo— merece la pena reparar en el hecho de que los cinco departamentos en cuestión se hallan contiguos unos a otros (Figura IV.3.32), circunstancia que también invita a plantear si la extraordinaria concentración de huesos de animales observada en ellos no responderá realmente a una acumulación de detritus y rellenos antrópicos desplazados desde otros lugares para terraplenar, nivelar y acondicionar una parte de la ladera del cerro, antes de levantar en ella las propias viviendas, algo también constatado en las excavaciones más recientes, en la zona donde se sitúan los departamentos XX y XXIII (HERNÁNDEZ PÉREZ, c.p.). Esto último se nos antoja menos improbable cuanto que además se constata la existencia de un comple-



Figura IV.3.31_Cabezo Redondo. Distribución de objetos óseos por departamentos de acuerdo con los datos y croquis publicados por J. M. Soler García (1987). Departamento XVIII



Figura IV.3.32_Cabezo Redondo. Distribución de objetos óseos por departamentos de acuerdo con los datos y croquis publicados por J. M. Soler García (1987). Departamentos I a XVII.

jo planeamiento urbanístico en la construcción de las casas de este poblado, con delimitación de calles y zonas de paso entre las viviendas (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997; 2001) que exigiría tareas de acondicionamiento previo del terreno muy importantes y que afectarían a varias unidades habitacionales a un mismo tiempo. Si esto hubiera sido así –y lamentablemente ya no existe forma de corroborarlo– los abundantes conjuntos de restos faunísticos detectados en los estratos más profundos de los departamentos VII, XIV, XV, XVI y XVII habrían sido depositados secundariamente, y no serían reflejo, por tanto, del tipo de consumo cárnico realizado en ellos sino del efectuado en otro u otros lugares indeterminados del poblado, y en fechas anteriores a la propia construcción de éstos.

A nuestro juicio, a partir del registro de J. M. Soler (1987) no es posible corroborar en los departamentos

excavados la existencia de un patrón de acceso diferenciado a un tipo determinado de productos, al menos con carácter general. Todos ellos tuvieron acceso a productos líticos pulidos y tallados, cerámicos, óseos y también metálicos –aunque de éstos en algún caso se den concentraciones muy notables, como en el Departamento XV– y como hemos visto tampoco pueden probarse diferencias en el consumo cárnico. Sólo existiría base empírica para sostener una posible disimetría en cuanto al acceso a determinados medios de producción, en concreto a los vinculados con la elaboración de productos metálicos y con la producción textil y, de forma menos definida, con la molturación de grano. En estos aspectos, los departamentos VII, XV y XVIII manifiestan diferencias en relación a los demás que no pueden soslayarse.

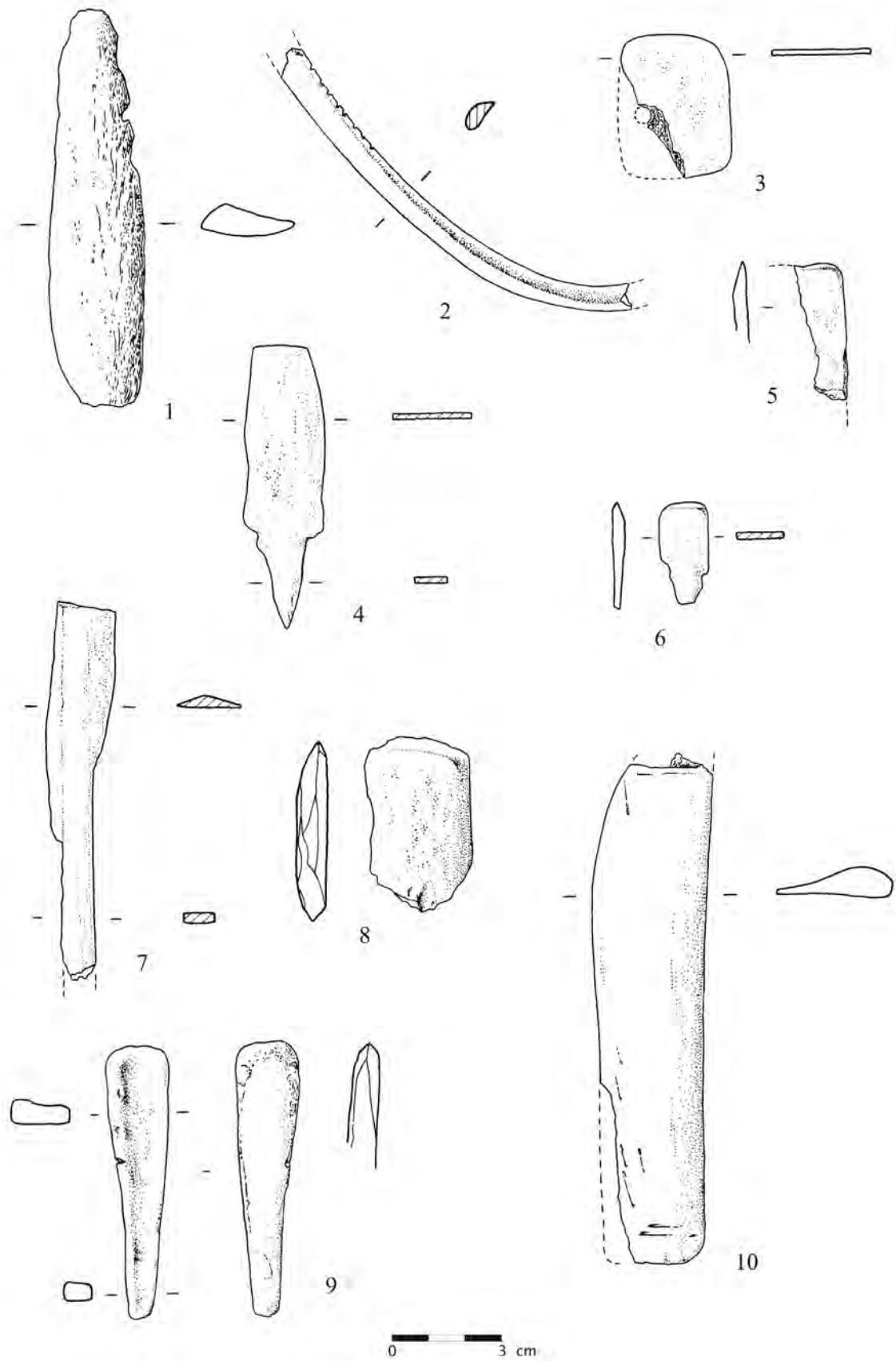


Figura IV.3.33_Cabezo Redondo.

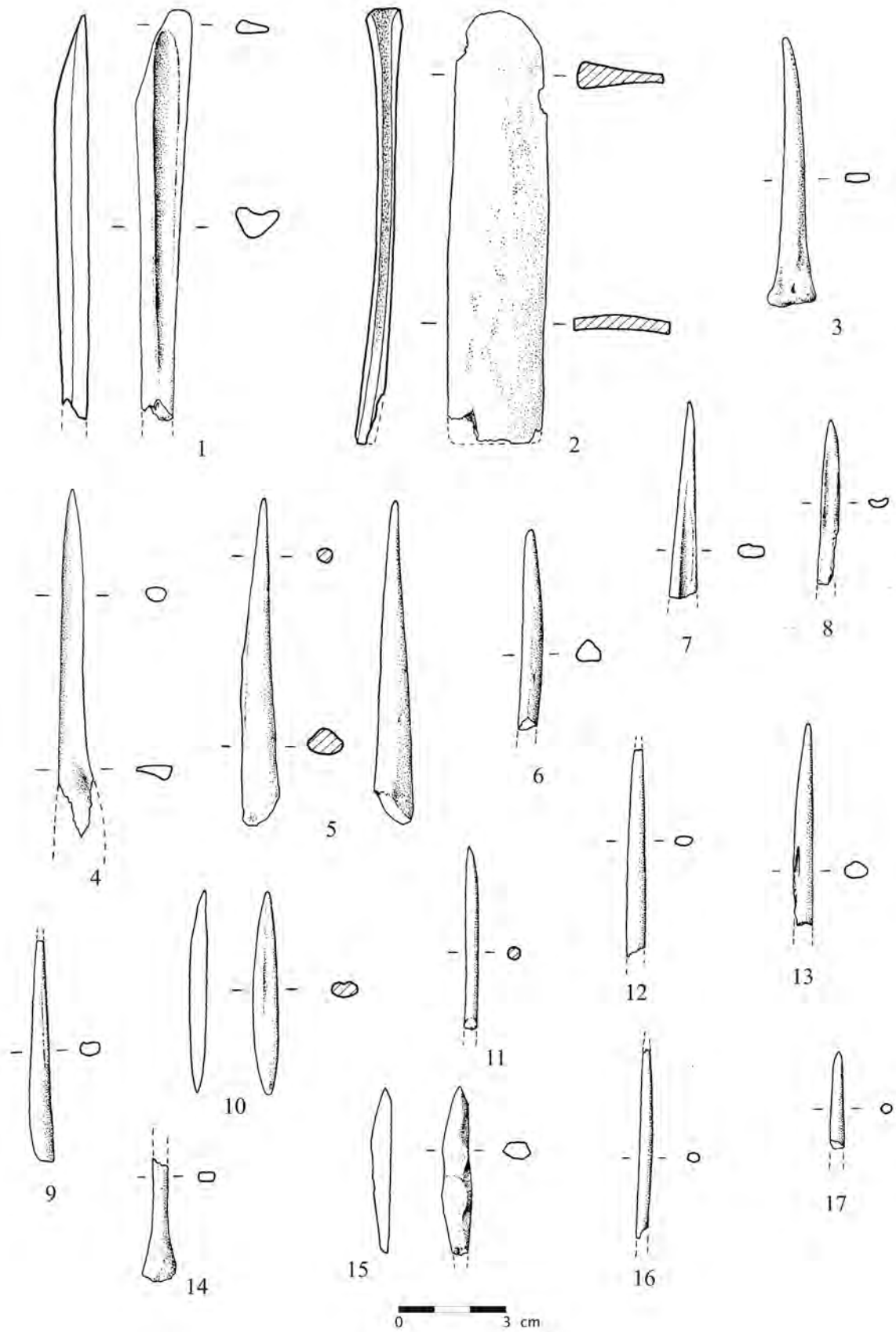


Figura IV.3.34_Cabezo Redondo.

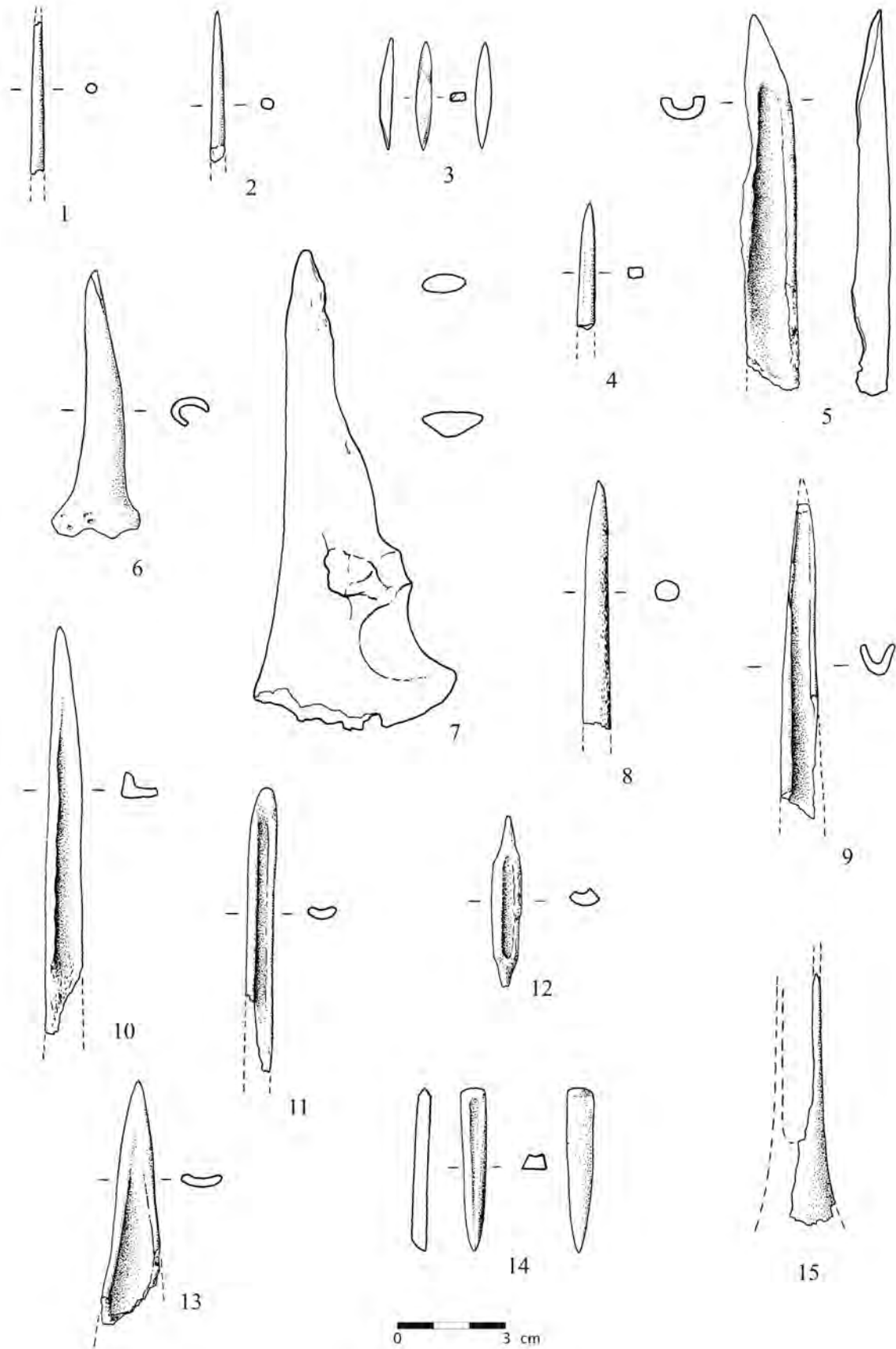


Figura IV.3.35_Cabezo Redondo.

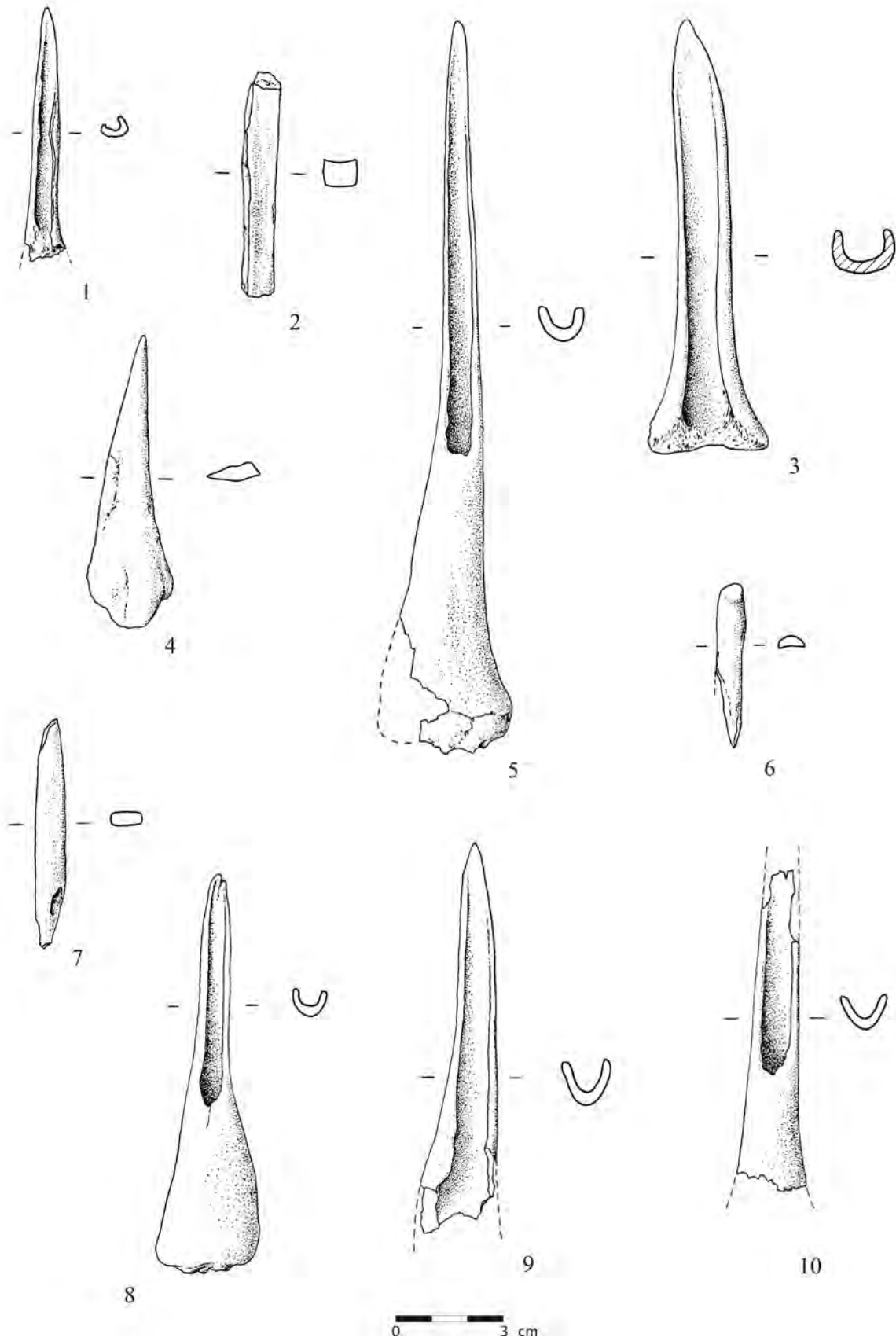


Figura IV.3.36_Cabezo Redondo.

En nuestra opinión el panorama que por ahora se dibuja a este respecto en Cabezo Redondo resulta de una complejidad mucho mayor de lo que cabría suponer en un primer momento. Y es que tal vez sea más correcto interpretar el registro hasta ahora conocido como resultado de una compleja red de relaciones entre distintas familias y linajes, con un grado de especialización artesanal difícil de precisar todavía en un cuadro general de economía “doméstica”, pero capaz de proveer de los productos necesarios para la subsistencia de cada unidad familiar por medio de determinados canales distributivos todavía por definir. Quizá sea en este marco en el que deba encontrarse explicación a las diferencias que muestran las distintas unidades habitacionales localizadas con respecto a su mobiliario interno, que al contrario de lo que ocurre con el registro mueble no deja lugar a dudas en lo que respecta a su fiabilidad estratigráfica, al constituir elementos que normalmente muestran relaciones bastante explícitas con las paredes y estructuras constructivas de las viviendas. Resulta sugerente comprobar cómo en niveles que pueden considerarse aproximadamente contemporáneos –pues todos parecen corresponder a la destrucción que acabó con la primera fase urbanística del yacimiento– hallamos una notable concentración de hornos y bancos exentos en el departamento XIX; hornos, estructuras y contenedores para el almacenamiento masivo de cereal en el departamento XX; un banco con un gran molino empotrado en su interior en el departamento XV; y un horno de producción metalúrgica en el departamento XXIII.

IV. Productos óseos

Tanto los trabajos llevados a cabo por J. M. Soler García a finales de los años cincuenta como el programa de excavaciones sistemáticas iniciado a finales de los ochenta y que continúa en la actualidad han proporcionado un elevado e interesante conjunto de productos óseos elaborados en hueso, asta y marfil, que supera las 300 piezas, entre artefactos y elementos inacabados y desechos del proceso de producción.

La muestra ofrece una amplia diversidad de productos, aunque destacando ampliamente el conjunto de los punzones, que conforman casi el 50% del total. Entre ellos el predominio del tipo A121b resulta muy amplio, constituyendo casi el 20% del total de los tipos de productos registrados. La intensidad de los procesos productivos en este yacimiento también puede medirse por la importancia de los desechos y residuos de producción constatados, que alcanzan también valores sólo un poco inferiores al 10% del total.

Con respecto a la distribución contextual de la muestra, y puesto que no se cuenta todavía con el registro estratigráfico detallado de los departamentos y ámbitos excavados en fechas más recientes, la información proporcionada por las excavaciones de J. M. Soler, con las limitaciones de las que ya hemos tratado

más arriba, constituye sin embargo la única fuente de datos que nos permite aproximarnos hasta cierto punto a la distribución espacial de los productos óseos entre los distintos departamentos.

Sin embargo, hemos de admitir que tras llevar a cabo un intenso esfuerzo de identificación de las piezas catalogadas por nosotros, tratando de reconocerlas inequívocamente en el inventario referenciado por el autor, nos ha resultado imposible establecer una correspondencia total entre el material estudiado y el material publicado por J. M. Soler, restando una parte de los objetos inventariados por nosotros que ha sido imposible adscribir a un departamento determinado.

En la siguiente tabla se relacionan los objetos que sí han podido identificarse entre los ya publicados, en ocasiones con referencia al sector y/o al estrato en que fueron hallados:

DEPARTAMENTO / SECTOR	FIGURA	TIPO
Departamento II	IV.3.30.8	D231
Departamento II / VIIc	IV.3.34.9	A221
Departamento III / IIIEsc.inf.	IV.3.30.10	P121
Departamento IV / VIZonaO.	IV.3.38.2	P222
Departamento V / IV	IV.3.27.7	K211b
Departamento V / IV	IV.3.27.10	C311
Departamento V / IV	IV.3.30.2	F122
Departamento VI / IV	IV.3.34.3	L112
Departamento VI / VII	IV.3.29.2	A211b
Departamento VI / VII	IV.3.36.2	*
Departamento VI / VIII	IV.3.39.3	P222
Departamento VII / IIIRec.SE	IV.3.33.7	H313
Departamento VII / IIIZonaC.	IV.3.27.12	A121b
Departamento VII / IIIZonaOr.	IV.3.37.7	A211b
Departamento VII / IIIZonaC.	IV.3.35.5	H113
Departamento VII / IVZonaC.	IV.3.29.8	P221b
Departamento VII / IVZonaC.	IV.3.34.10	A231
Departamento VII / IVZonaC.	IV.3.35.3	A231
Departamento VII / VbZonaC.	IV.3.27.4	K211b
Departamento VII / IVZonaOc.	IV.3.27.9	C311
Departamento VII / IVZonaOr.	IV.3.35.14	E231
Departamento IX / IV	IV.3.34.14	L211
Departamento X / Enterram.	IV.3.33.4	H313
Departamento X / Hogar NE	IV.3.30.5	A211
Departamento X / III-ZonaS.	IV.3.36.8	A121b
Departamento X / IVZonaN.	IV.3.37.4	E112
Departamento XI / IIZonaN.Torre	IV.3.39.2	*
Departamento XI / IVZonaN.Torre	IV.3.27.6	G212
Departamento XI / IVZonaN.Torre	IV.3.28.9	L111a
Departamento XI / IVZonaN.Torre	IV.3.29.3	A211b
Departamento XI / IVZonaN.Torre	IV.3.33.10	H212
Departamento XI / VIZonaS.	IV.3.30.4	F(?)
Departamento XII / III	IV.3.30.7	P221
Departamento XIII /Hogar B	IV.3.33.9	E231
Departamento XIII /IV	IV.3.27.5	C511
Departamento XIV / III	IV.3.33.3	K212
Departamento XIV / III	IV.3.33.6	E232
Departamento XIV / IV	IV.3.36.7	A231

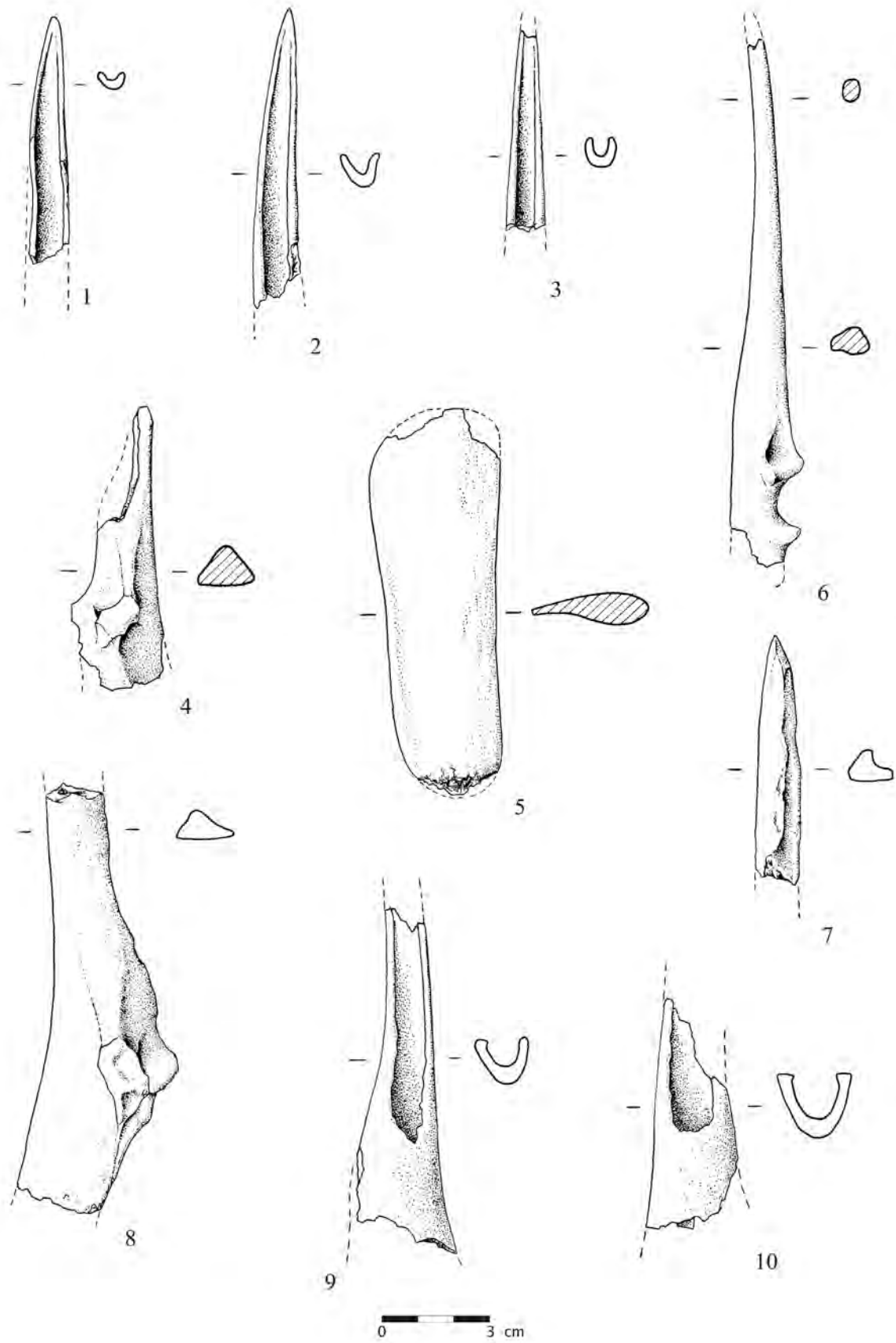


Figura IV.3.37_Cabezo Redondo.

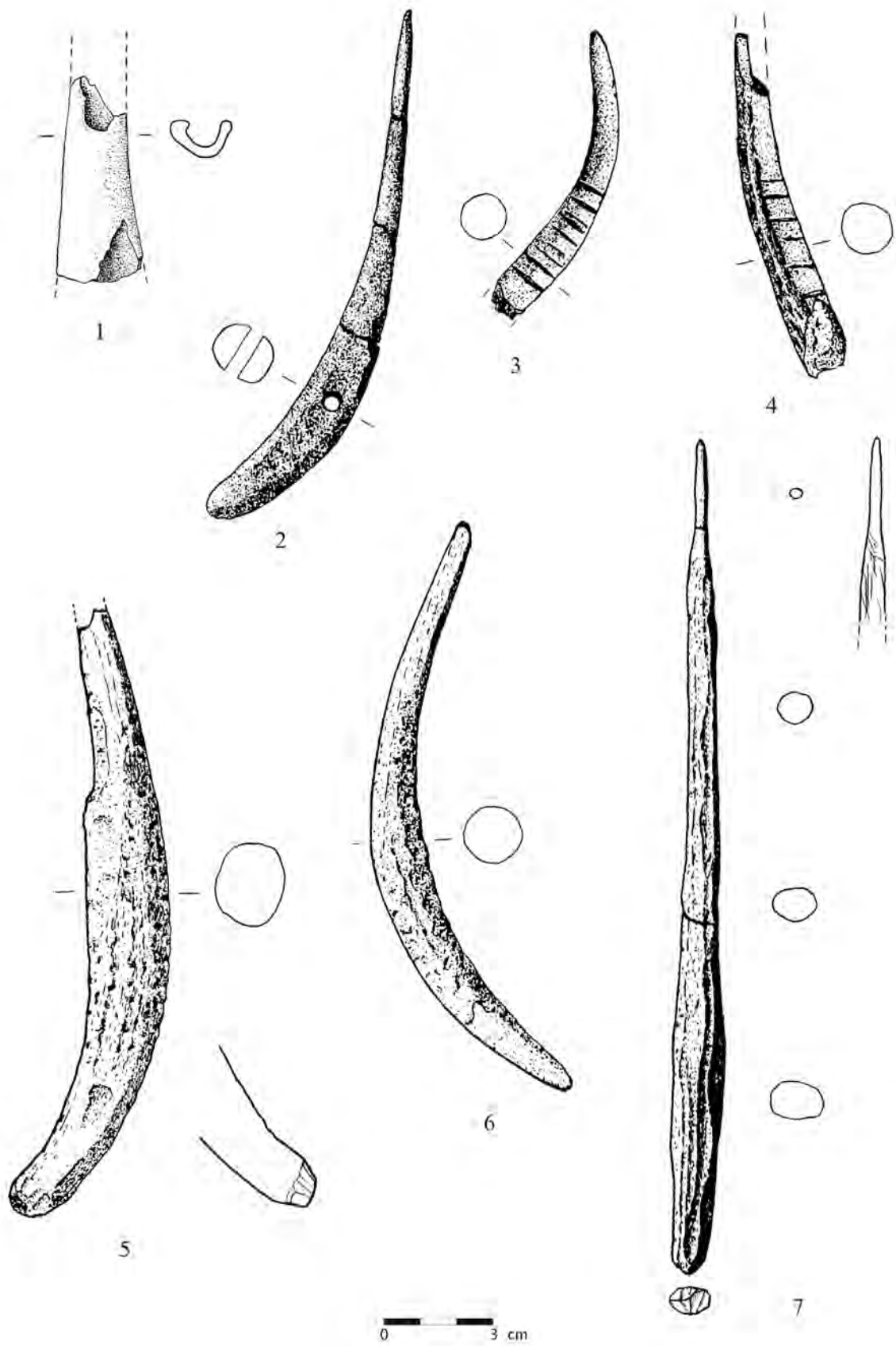


Figura IV.3.38_Cabezo Redondo.

Departamento XIV / VI	IV.3.39.1	M121b
Departamento XV / III	IV.3.34.5	A221
Departamento XV / IV	IV.3.33.8	E211
Departamento XV / IV	IV.3.39.4	P122
Departamento XVI / IV	IV.3.30.3	F122
Departamento XVI / IV	IV.3.35.6	A123
Departamento XVI / IV	IV.3.35.11	A211a
Departamento XVI / IV	IV.3.38.5	P221a
Departamento XVII / III	IV.3.27.8	Q131
Departamento XVIII / III-G	IV.3.38.4	*
Departamento XVIII / IV-G	IV.3.39.7	E221
Departamento XVIII / IV-C	IV.3.38.3	*
Departamento XVIII / IV-F	IV.3.39.9	*
Departamento XVIII / IV/V-B/F	IV.3.39.6	*
Departamento XVIII / V-A	IV.3.29.1	A211b
Departamento XVIII / VI-B	IV.3.28.2	A121b
Departamento XVIII / VI-B	IV.3.36.5	A121b

Lamentablemente, los objetos identificados apenas superan el 40% del total exhumado durante las excavaciones de J. M. Soler, lo que limita considerablemente cualquier tentativa de inferir posibles disimetrías en cuanto a los productos consumidos en los distintos departamentos o proponer posibles áreas de actividad relacionadas con la producción ósea.

No obstante esto, los datos alertan de una cierta concentración de productos en proceso de elaboración y de desechos de producción en el departamento XVIII, relacionados claramente con la manufactura de artefactos en asta de cérvido. A ello se añade la información proporcionada por las excavaciones recientes realizadas al oeste del muro occidental del Departamento XVIII –corte D5– en donde se localizaron varias varillas de asta parcialmente transformadas y un conjunto de cuatro puntas de flecha recortadas sobre placas similares y todavía en proceso de elaboración. La suma de todas estas evidencias permite inferir la presencia de un área de actividad relacionada con la producción de artefactos óseos en el Departamento XVIII y sus inmediaciones, constituyendo por ahora la única de estas características localizada en todo el emplazamiento.

Por lo que se refiere al resto de productos, el Departamento VII vuelve a ser el que aglutina un mayor número y variedad de los mismos, sin que exista apenas ninguno que carezca de ellos. Existe, además, una distribución bastante homogénea de los principales tipos, en especial de los punzones del tipo A121b, presentes en los departamentos V, VII, IX, X, XI y XVIII. Y otro tanto cabe decir de los picos del tipo P1 y P2, registrados en los departamentos III, IV, VI, VII, XII, XV y XVI. En cambio, en el Departamento II –que, como ya se ha señalado en alguna ocasión, debió constituir un mismo departamento junto con el VI y el XV (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 1997; JOVER MAESTRE, 1999)– se registró la única pieza de marfil aparecida durante las excavaciones de J. M. Soler.

21. CABEZO DE LA ESCOBA (Villena, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se halla sobre un cerro adelantado de las estribaciones occidentales de la Sierra del Morrón, elevado unos 620 m s/n/m, al que se puede acceder tomando la vía de servicio de la Autovía A3 Alicante-Madrid a la altura del cambio de sentido de Los Almendros, desviándose hacia el Noreste por el camino que se abre junto a la Casa de los Balcones. Coordenadas UTM: X: 681871 Y: 4285446.

II. Información arqueológica

El relleno arqueológico aproximadamente ocupa una superficie de 3.500 m², en la cual se pueden observar numerosos restos de estructuras murarias, algunas de las cuales conservan todavía muchas hiladas de piedra. Gran parte de los muros parece seguir total o parcialmente las curvas de nivel, conformando verdaderas terrazas que han contenido el paquete de estratos. En la cumbre del cerro, varias catas clandestinas distribuidas en varios puntos han profundizado hasta más de un metro en el sedimento arqueológico. En algunos lugares de la ladera la potencia estratigráfica parece ser bastante importante. El material arqueológico en superficie es abundante.

En la cima, en la zona E, se localizan varios muros en dirección E-O, de aproximadamente 50 cm de anchura y aparejo pétreo de tamaño mediano. Sin embargo, como ya señalara J. M. Soler (1986a: 384), el conjunto más importante de estructuras conservadas se concentra en el extremo oriental del cerro. Allí encontramos varios lienzos que ascienden por la pendiente hasta entrar en contacto, en algún caso, con los muros de la parte alta formando claramente esquinas.

En la parte superior de la meseta, J. M. Soler García (1986a: 384) practicó una zanja de dos metros de lado, en la que pudo dar posiblemente con el interior de una unidad habitacional en la que documentó un importante conjunto de productos cerámicos, pesas de telar y punzones metálicos intactos en deposición primaria, muy afectados por la acción del fuego. Se localizó trigo carbonizado en el interior de una vasija carenada, bellotas en interior de una olla globular, una vasija de carena alta suave con habas y un bulbo de *allium* y otras vasijas con huesos de pequeño tamaño. Junto a estas vasijas de capacidad media, localizó varios cuencos y una torta oblonga de barro con cuatro perforaciones.

III. Valoración y cronología

La ausencia de dataciones radiocarbónicas impide precisar el intervalo temporal en el que pudo estar efectivamente ocupado el enclave así como el momento preciso de su fundación. En base a los elementos registrados hasta ahora podría suponerse su inicio en torno a comienzos del II milenio BC –ca. 2000

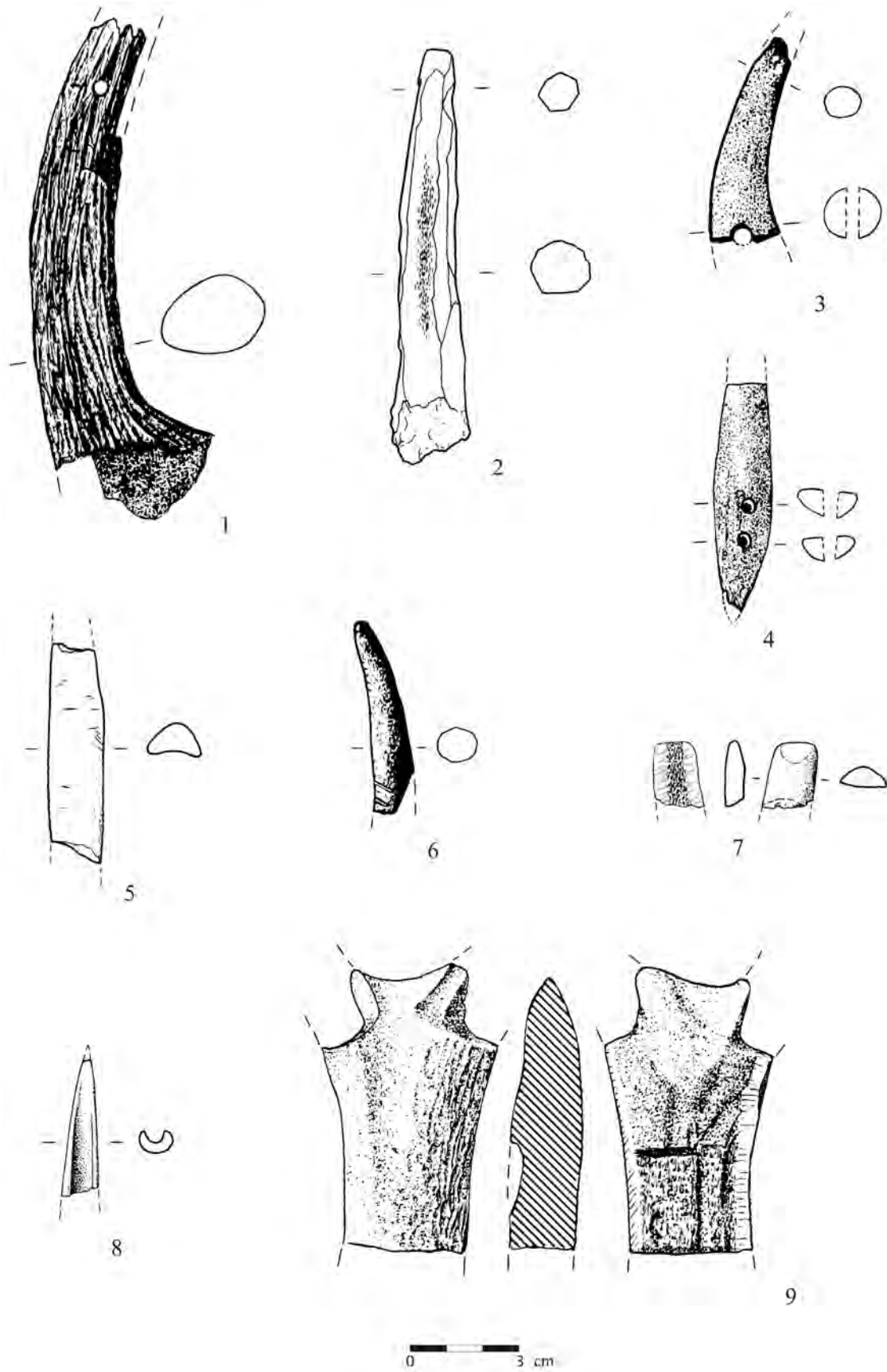


Figura IV.3.39_Cabezo Redondo.

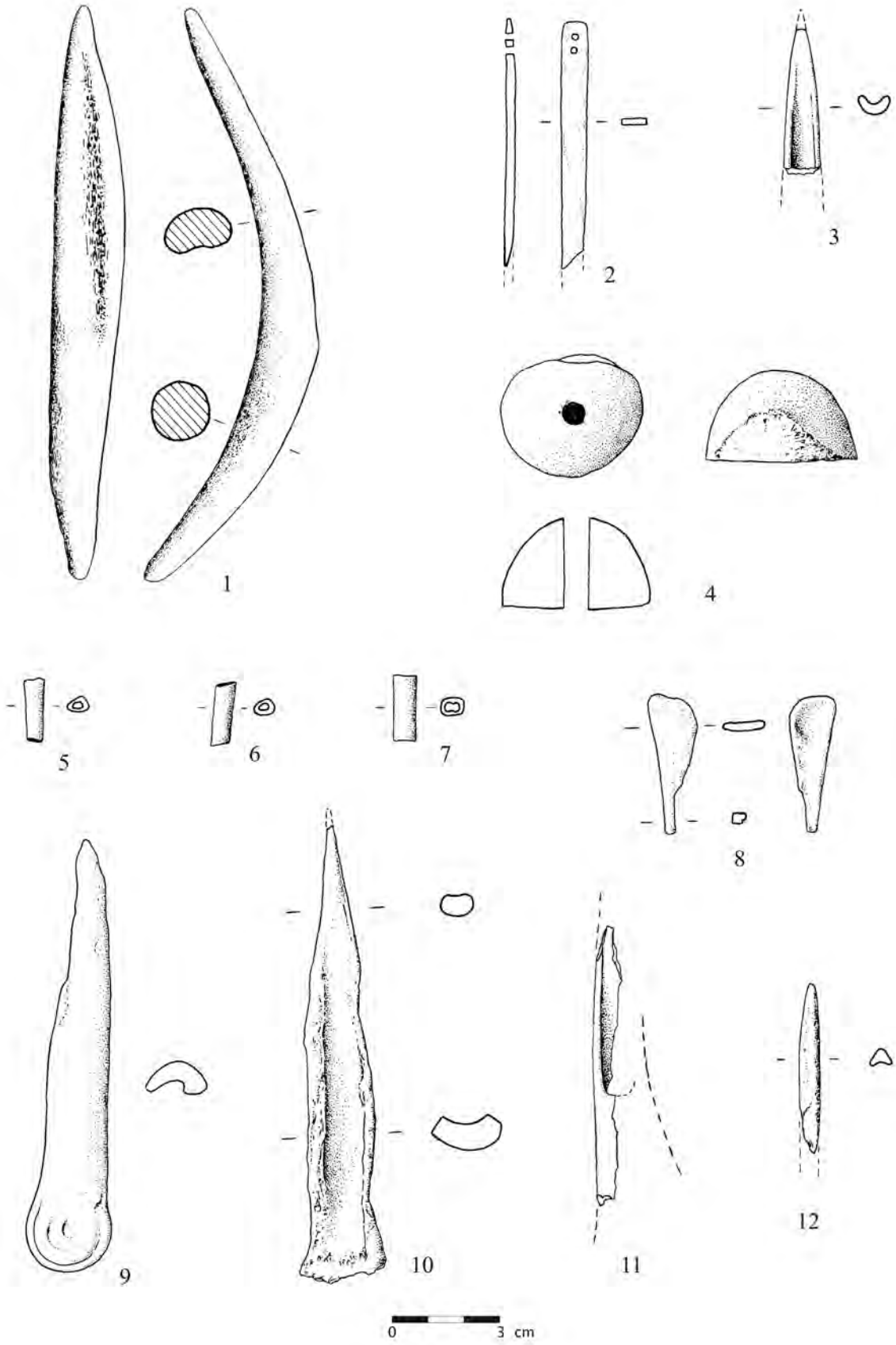


Figura IV.3.40_Cabezo Redondo.

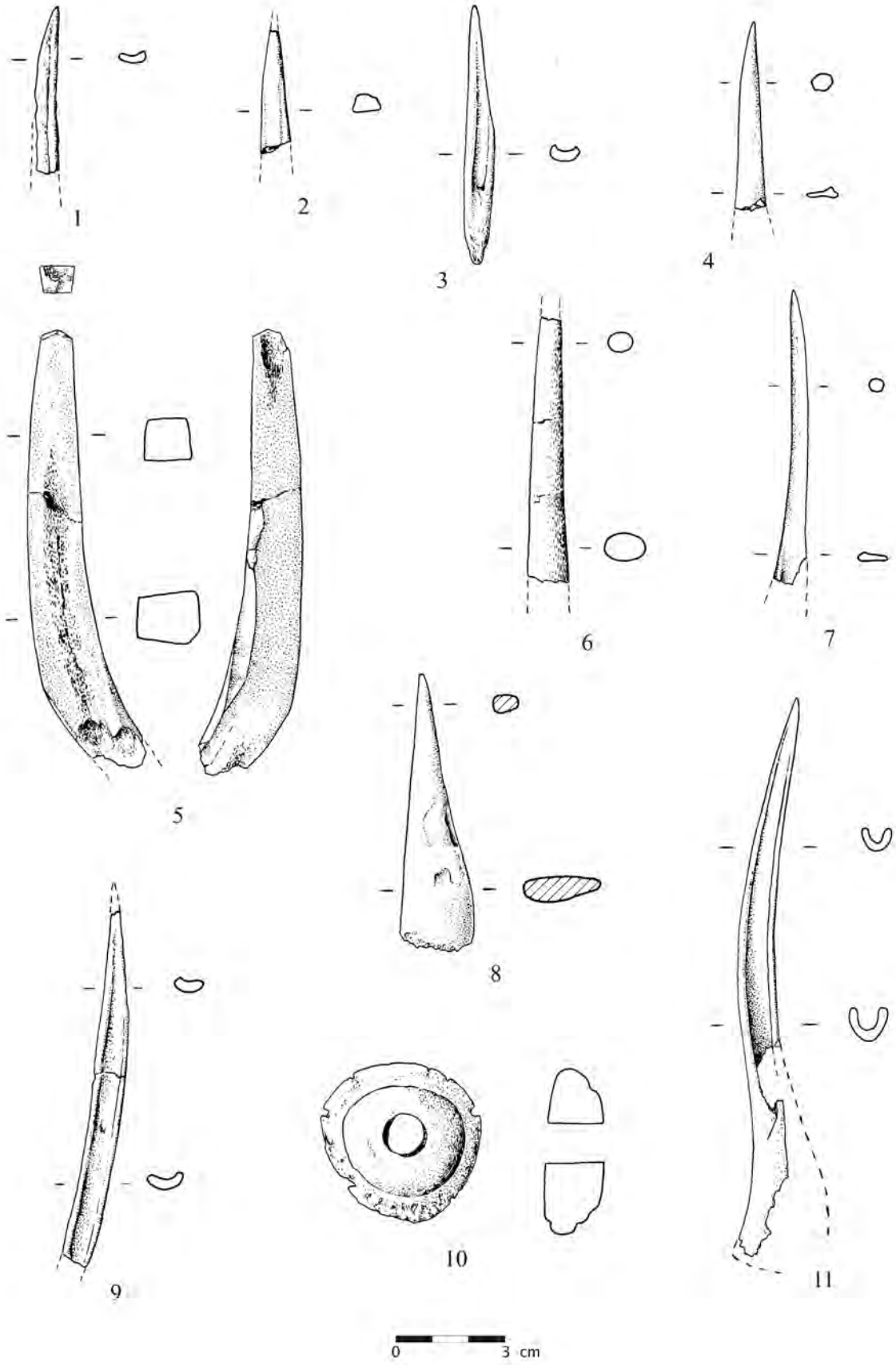


Figura IV.3.41_Cabezo Redondo.

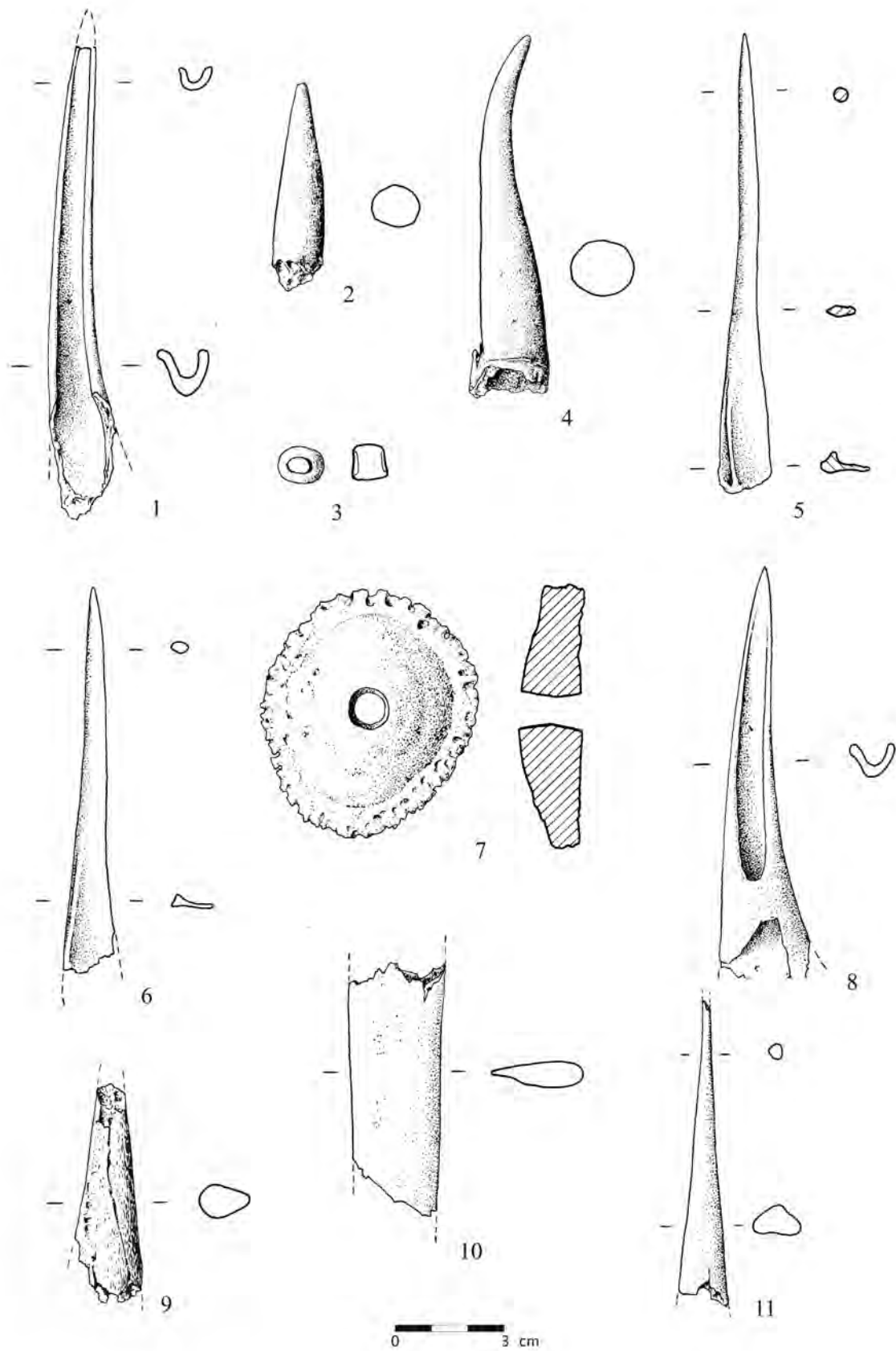


Figura IV.3.42_Cabezo Redondo.

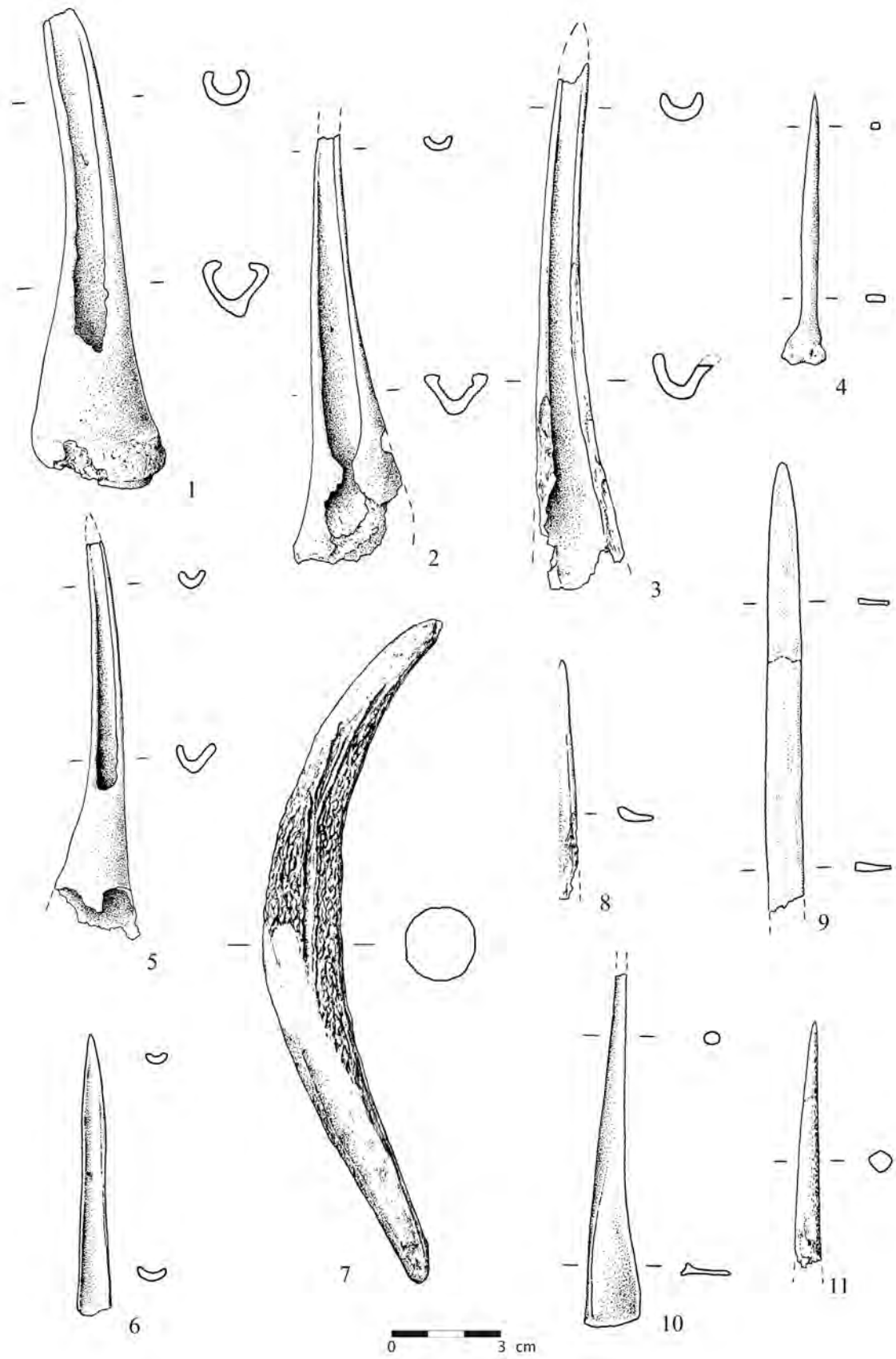


Figura IV.3.43_Cabezo Redondo.

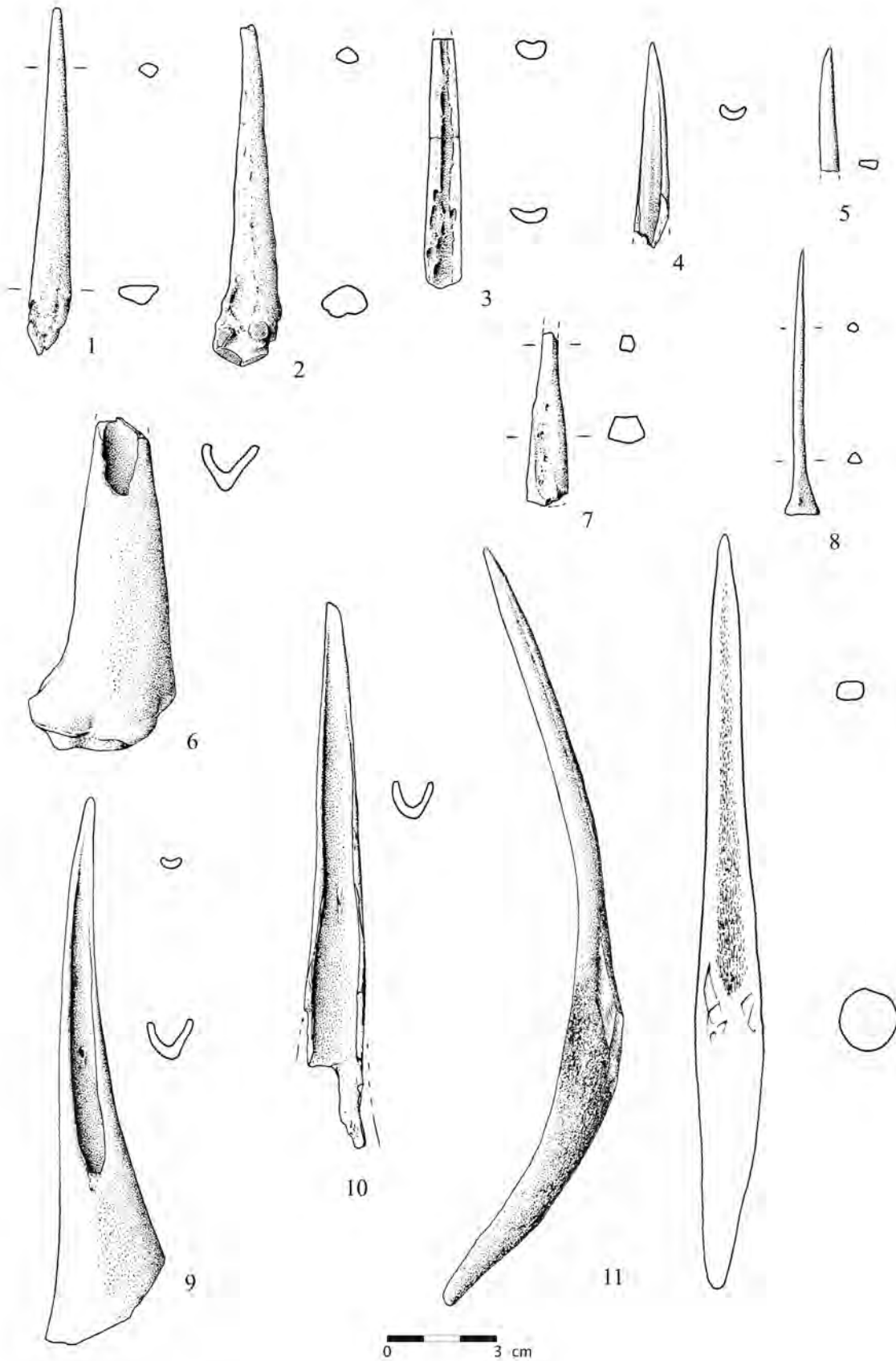


Figura IV.3.44_Cabezo Redondo.

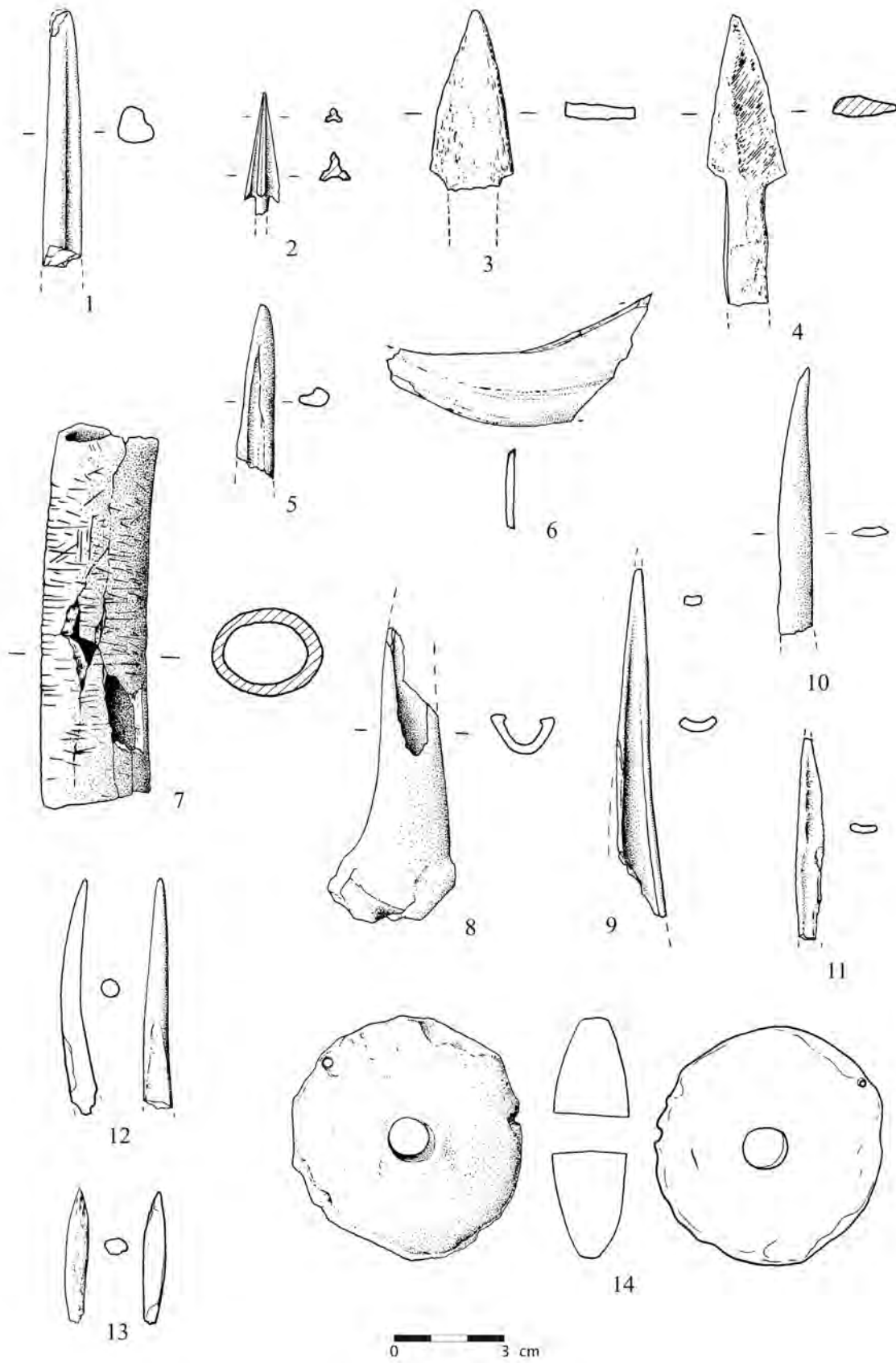


Figura IV.3.45_Cabezo Redondo.

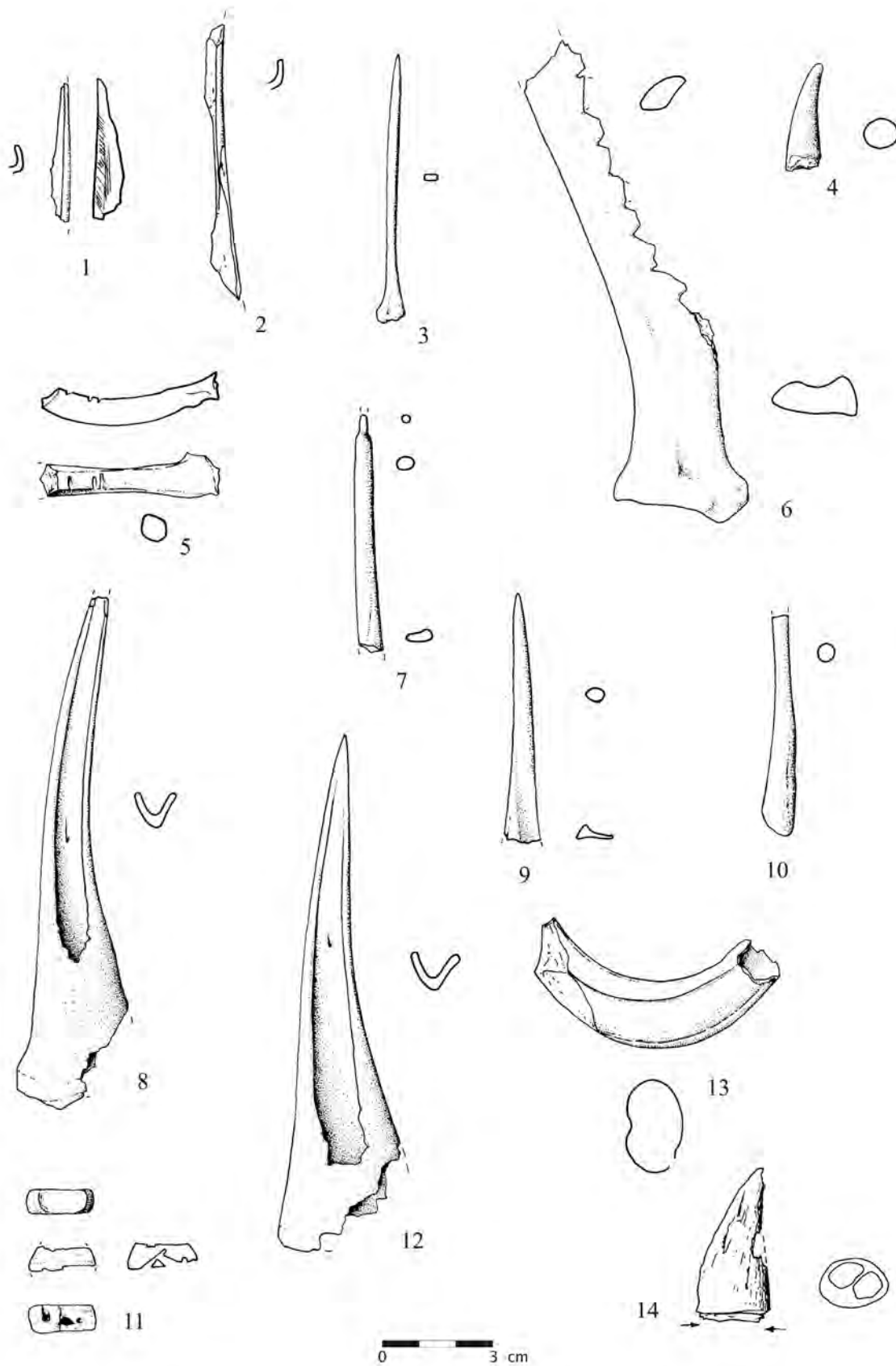


Figura IV.3.46_Cabezo Redondo.

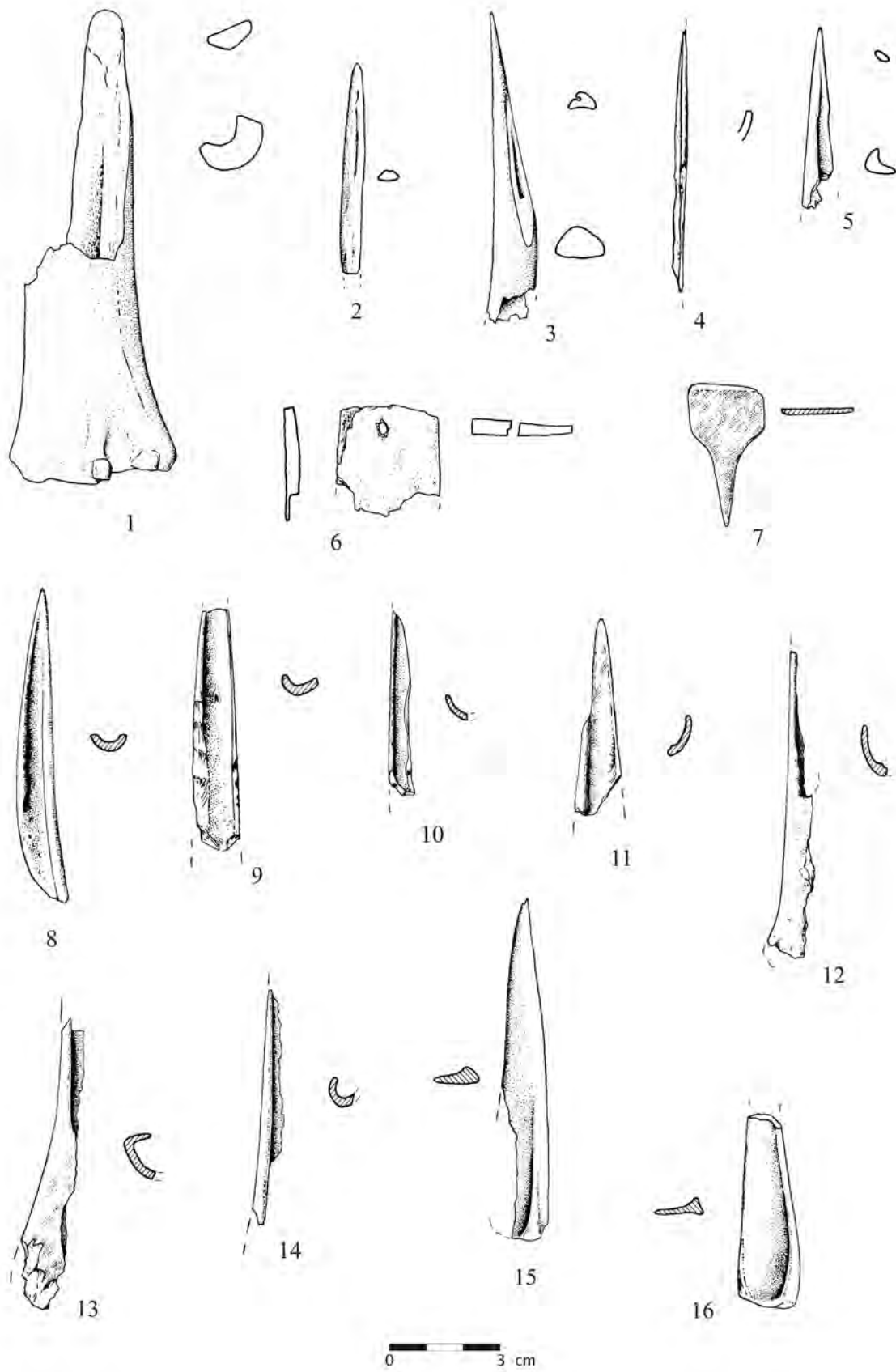


Figura IV.3.47_Cabezo Redondo.

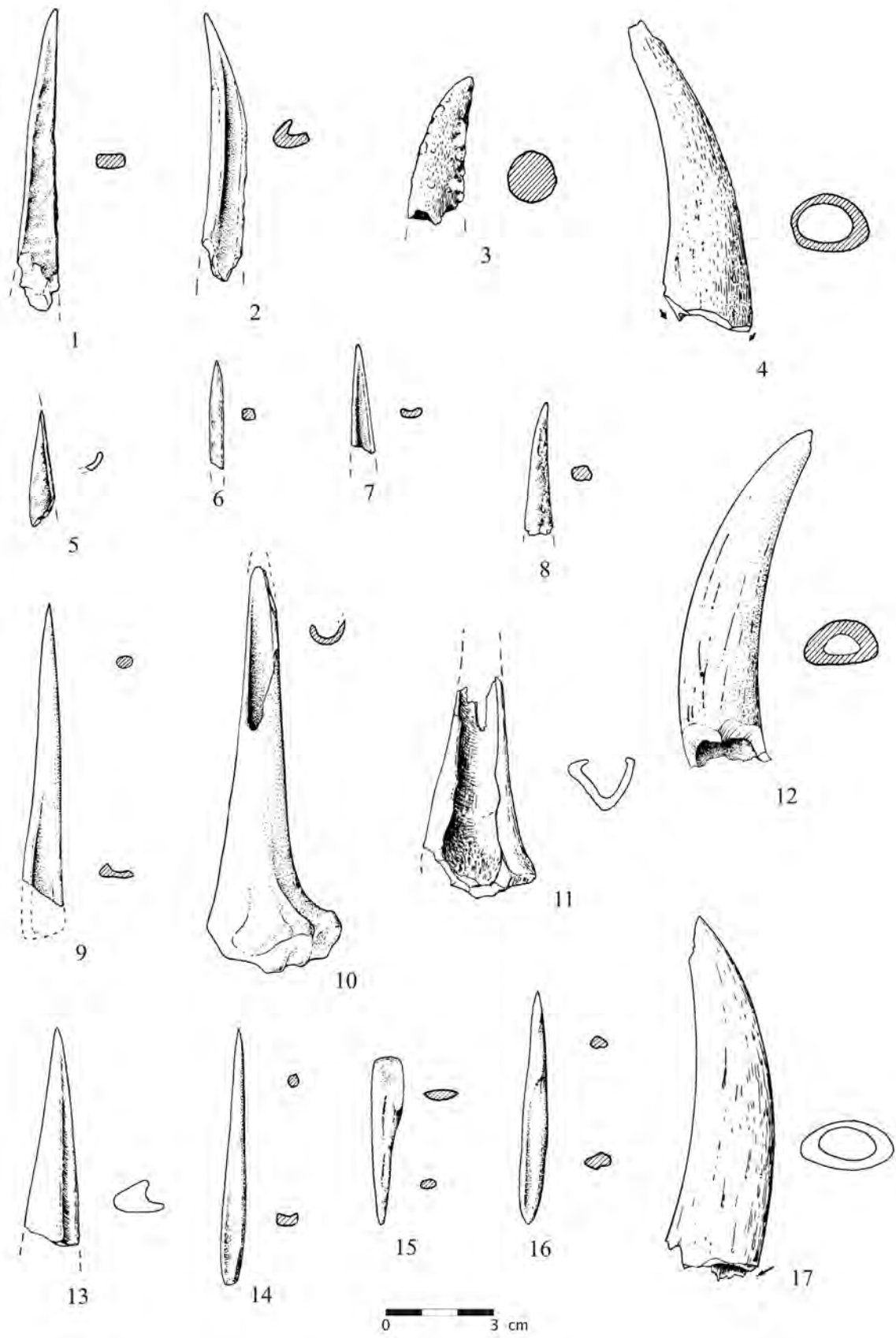


Figura IV.3.48_Cabezo Redondo.

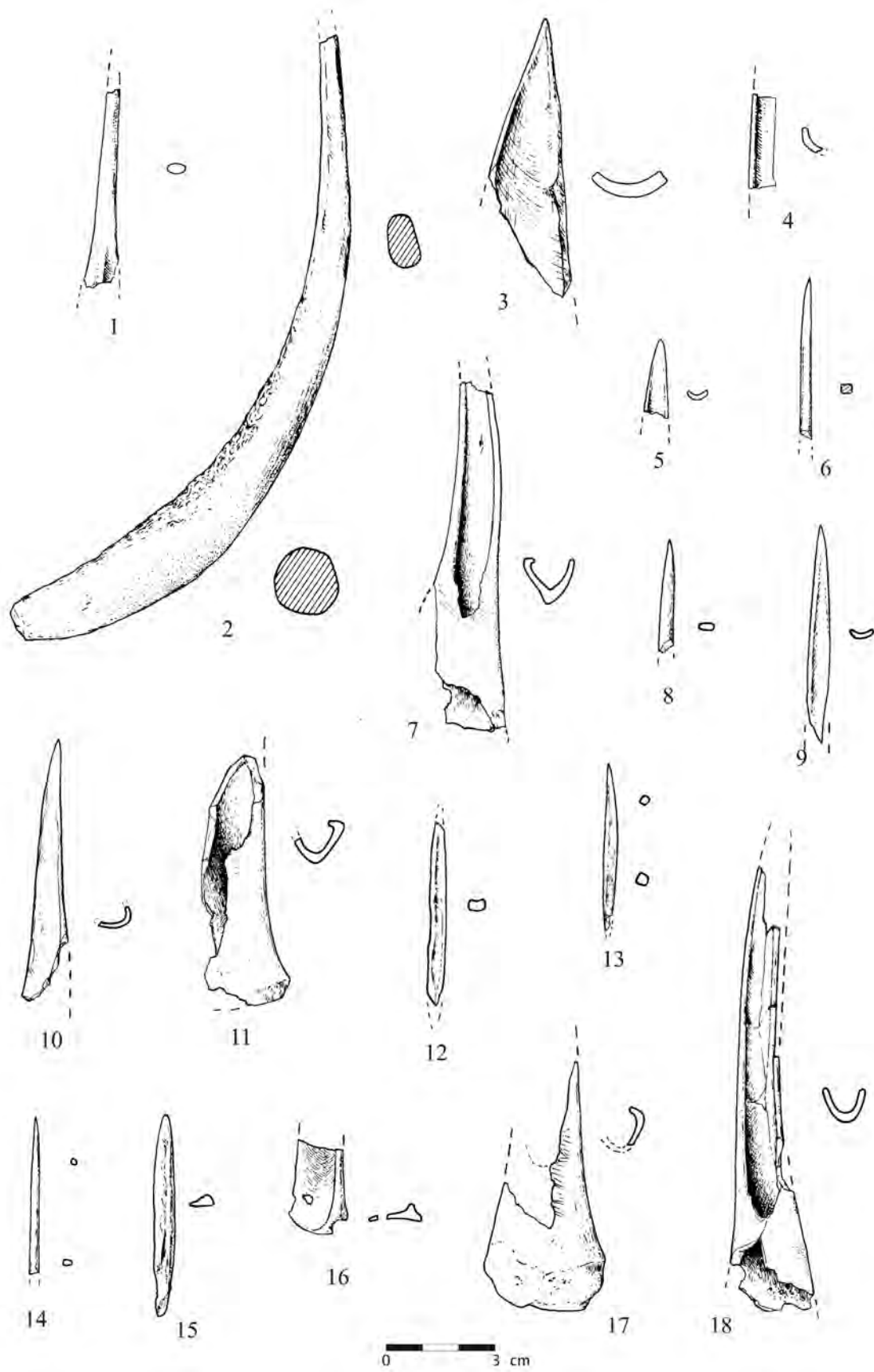


Figura IV.3.49_Cabezo Redondo.

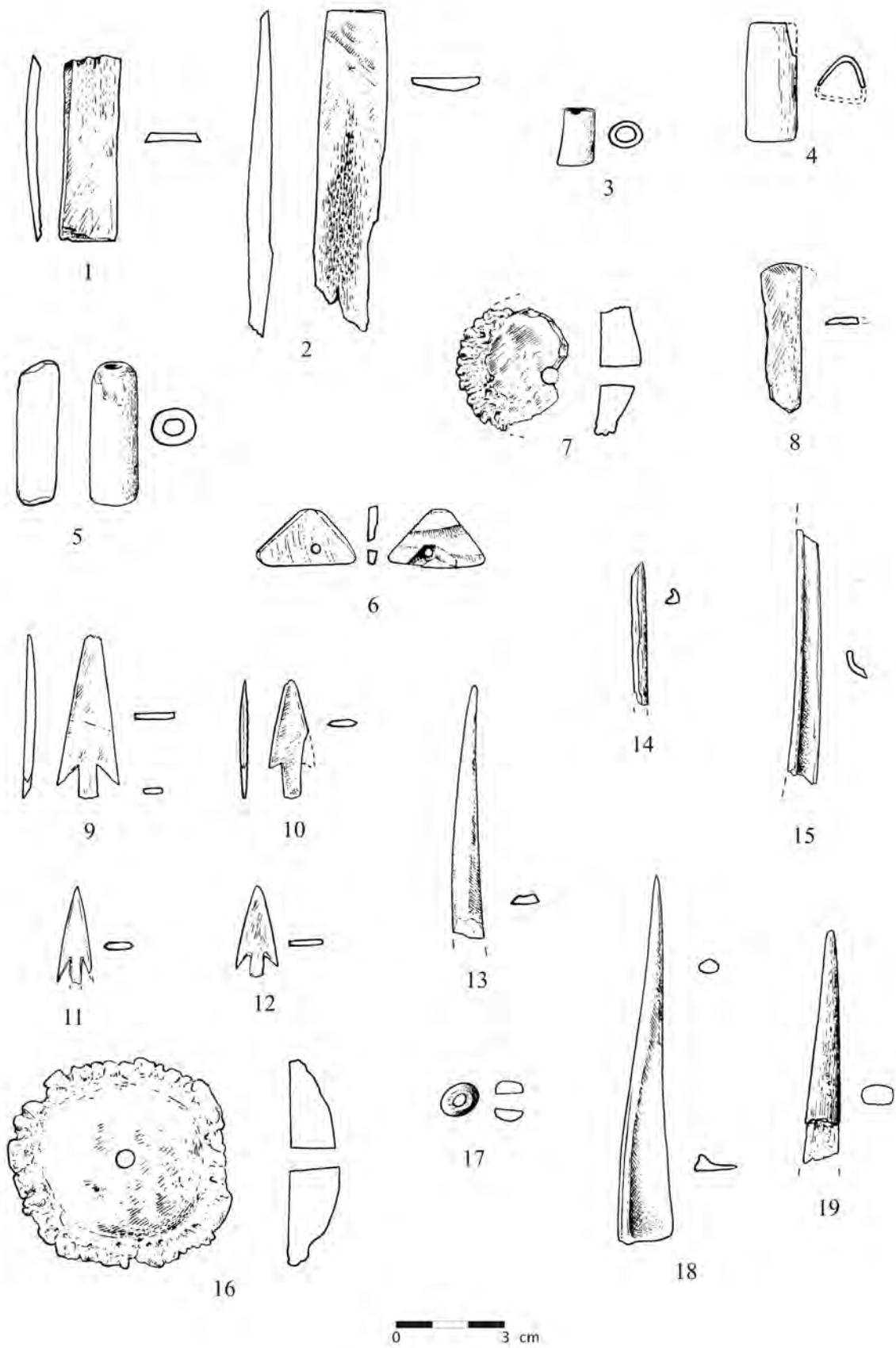


Figura IV.3.50_Cabezo Redondo.

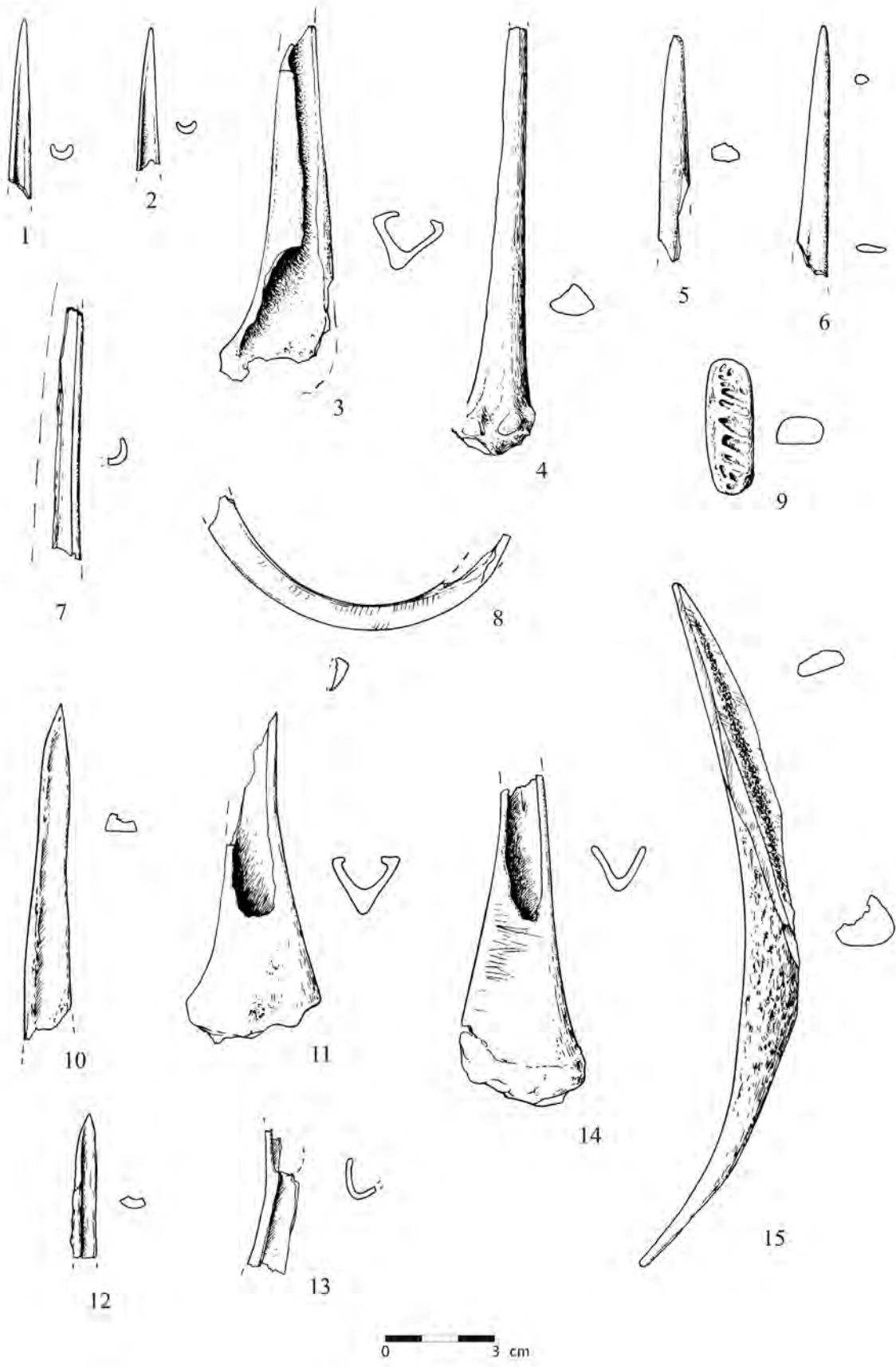


Figura IV.3.51_Cabezo Redondo.

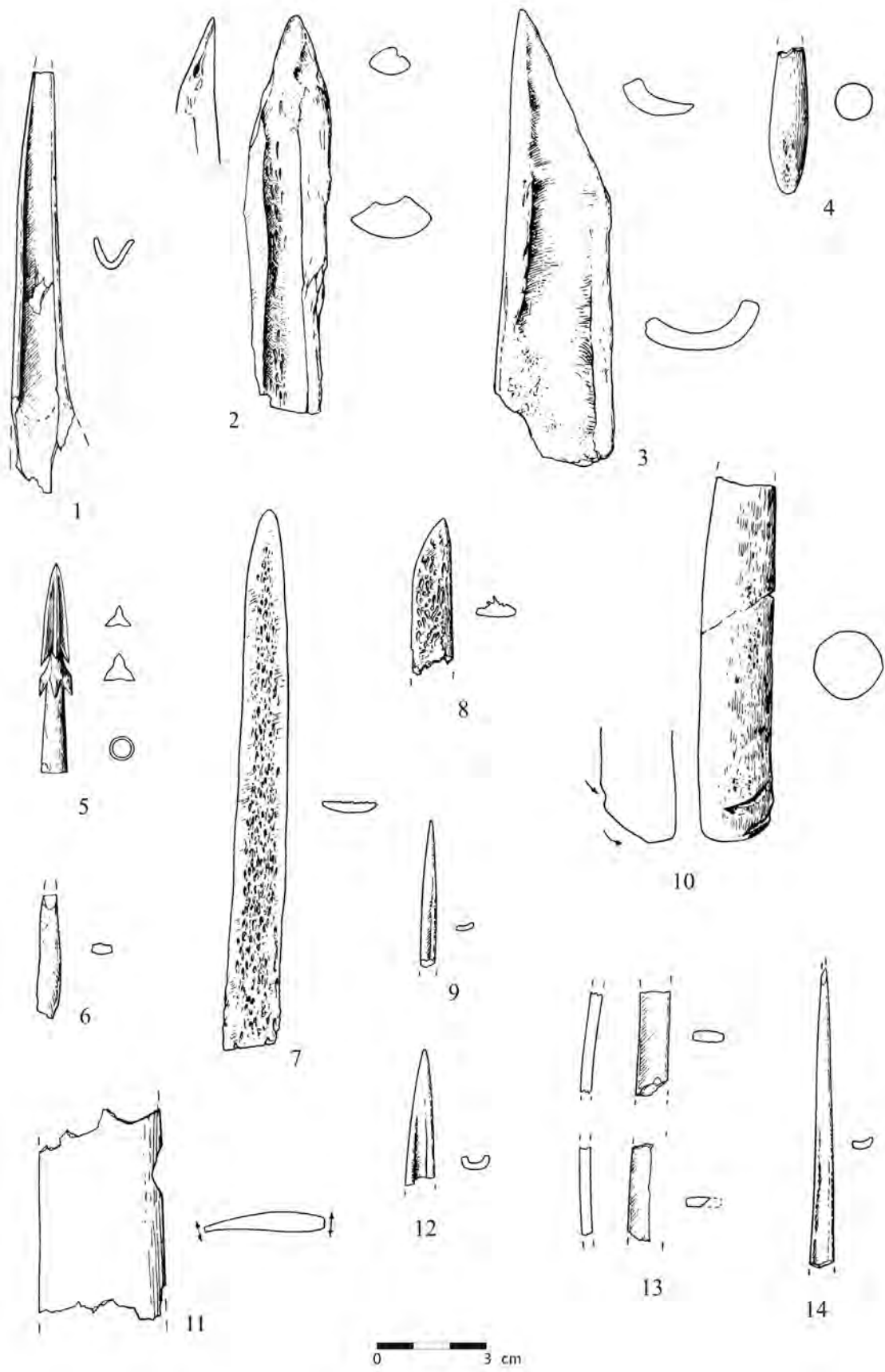


Figura IV.3.52_Cabezo Redondo.

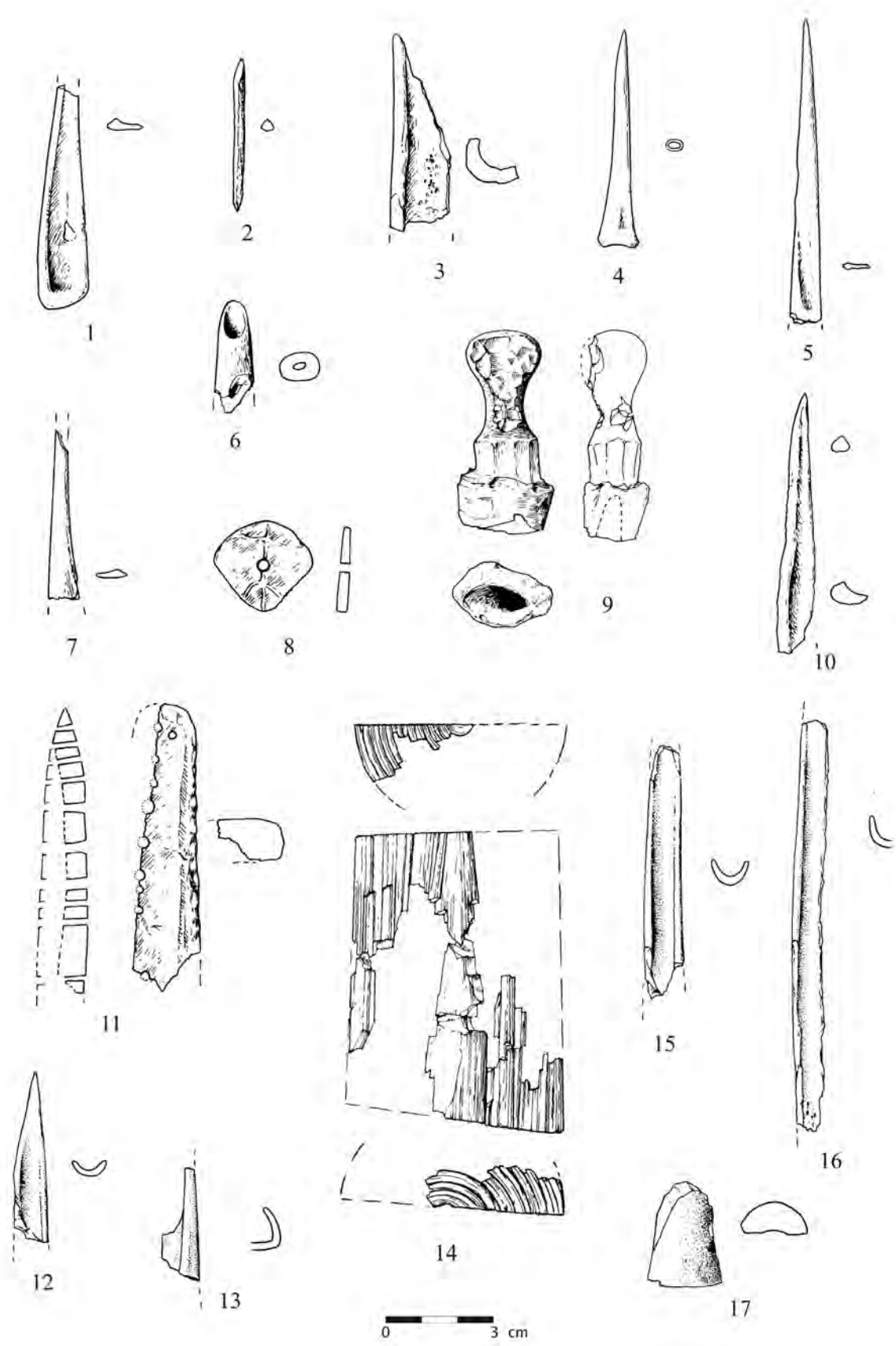


Figura IV.3.53_Cabezo Redondo (1-11 y 14), Cabezo de la Escoba (12) y Peñón de la Zorra (13 y 15-17).

cal BC– y su perduración al menos hasta *ca.* 1500 cal BC, en función sobretodo a la presencia de la joya de oro localizada junto a uno de los enterramientos excavados en una grieta de la vertiente septentrional del cabezo (SOLER GARCÍA, 1986a).

IV. Productos óseos

El único producto óseo inventariado por nosotros pertenece a un fragmento distal de punzón elaborado sobre tibia de ovicaprino (A121), sin que sea posible discriminar su pertenencia a las variedades b o c establecidas para el tipo (Fig. IV.3.53.12).

22. PEÑÓN DE LA ZORRA (Villena, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se encuentra ubicado en lo alto de una meseta rocosa enclavada a unos 3 km al NE del casco urbano, a la que se accede a través de la Carretera comarcal Villena-Cañada (C-3316), desviándose después en dirección a la Casa del Molinero. Aproximadamente el yacimiento se sitúa a una cota de 640 m s/n/m. Coordenadas U.T.M.: X: 686132 Y: 4283537.

II. Información arqueológica

El yacimiento se asienta en la parte septentrional y elevada del espolón o plataforma, aproximadamente entre la curva de nivel 635 y 641 m, con una extensión aproximada de unos 800 m².

Presenta un relleno considerable, del que sólo podemos precisar que en la parte central de la plataforma alcanza una potencia de unos 60 cm. En el resto, la abundante presencia de esparto impide cualquier estimación la potencia del mismo. Esta abundante vegetación dificulta la simple observación de elementos constructivos, aunque se observan tres o cuatro líneas de muros, paralelos a las curvas de nivel, que parecen delimitar un recinto ocupacional de considerables dimensiones. Todas estas estructuras están realizadas en mampostería, con bloques de desigual tamaño y cuya potencia sólo la constatamos en las 3 ó 4 líneas de acceso, oscilando entre 1 y 1,50 m.

Conocido desde la década de los cincuenta, J. M. Soler realizó una cata de 2 x 2 m en la parte más septentrional de la plataforma, cuyos materiales fueron publicados en 1981. Según su excavador, bajo una capa de unos 80 cm de tierras oscuras con piedras rodadas y bastantes fragmentos de cerámica, localizó otra de tierras amarillentas de unos 20 cm ya sobre la roca.

En varias de las cavidades que se abren al pie de la plataforma rocosa sobre la que se asienta el poblado, J. M. Soler localizó enterramientos acompañados de su correspondiente ajuar. El más destacado es sin duda el localizado en la Cueva Oriental, donde se documentó un gran puñal de lengüeta junto con dos puntas de tipo Palmela, asociados aparentemente a un enterramiento individual que durante mucho tiempo se consideró ante-

cedente inmediato de las prácticas de enterramiento características del denominado Bronce Valenciano (BERNABEU AUBÁN, 1984), aspecto éste que nuevos estudios aconsejan ahora matizar (JOVER Y DE MIGUEL, 2002).

De entre los materiales arqueológicos documentados los restos cerámicos son los más numerosos, destacando entre ellos varios fragmentos decorados mediante la técnica de la incisión con una clara adscripción campaniforme. Entre los artefactos líticos pulidos destaca la presencia de dos fragmentos de placas, una de ellas con una perforación en uno de los extremos cortos, y de un fragmento de maza con surco central de enmangamiento, realizados sobre roca ígnea. Entre los productos líticos tallados, destaca la gran abundancia de dientes de hoz, que suponen más del 90% de la muestra (JOVER MAESTRE, 1999).

III. Valoración cultural y cronológica

El yacimiento debe considerarse un asentamiento campaniforme encuadrable aproximadamente entre *ca.* 2600 y 2200 cal BC, de acuerdo con las cronologías calibradas que otros yacimientos como la Cova de les Cendres y Arenal de la Costa atribuyen al campaniforme inciso en el área meridional valenciana (JUAN-CABANILLES, 2005).

IV. Productos óseos

De los cuatro productos óseos incluidos en nuestro inventario, y que componen todo el registro de este tipo de artefactos documentado en las excavaciones de J. M. Soler, tres corresponden claramente a fragmentos de punzones del tipo A121c (Fig. IV.3.53.13, 15-16), mientras que el último constituye un resto del proceso de trabajo de un asta de cérvido.

23. SIMA DE LES PORRASES (Onil, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se ubica en las cercanías del casco urbano de Onil, entre los barrancos de Foietes y Els Planets, al Noroeste de la población. Coordenadas U.T.M.: X: 704084 Y: 4279870. Altitud s/n/m: 760 m.

II. Información arqueológica

Su descubrimiento como yacimiento arqueológico se remonta a 1960, cuando miembros del Centro Excursionista de Alcoy dieron noticia del mismo (RUBIO GOMIS, 1987). Se trata de una cavidad con una pequeña entrada de unos 0,80 m de diámetro, aunque su interior es de dimensiones considerables. Los restos arqueológicos se concentran, al parecer, en la sala de la izquierda, entre los que aparecen también algunos fragmentos de cerámicas ibéricas.

III. Valoración y cronología

La nula referencia contextual y estratigráfica de los materiales conocidos impide precisar la cronología del

yacimiento, aunque tanto para F. Rubio (1987) como para F. Cerdá (1994) se trataría de una cueva habitada durante la Edad del Bronce.

IV. Productos óseos

El único objeto de hueso inventariado corresponde a un fragmento mesial de un punzón del tipo A121c (Fig. IV.3.54.1).

24. SIMARRO (Ibi, Alicante)

I. Situación

Esta cavidad se halla ubicada en el denominado Barranquet del Menejador, a apenas 700 m de la finca Foiadorettes, entre la Sierra de Menechaor y la Sierra de los Barrancones. Coordenadas U.T.M.: X: 715471 Y: 4281501. Altitud s/n/m: 1165 m

II. Información arqueológica

Su descubrimiento se debe al Centro Excursionista de Alcoy, cuyos miembros visitaron el yacimiento hacia 1950 y siendo posteriormente excavada, al parecer, por V. Pascual, quien practicó una cata que dio como resultado una estratigrafía de apenas 0,25 m de profundidad (RUBIO GOMIS, 1987: 244). Se trata de una profunda sima de más de 20 m de caída en vertical, desde la que se accede a una sala en cuya parte más baja se localiza el sedimento arqueológico.

En el Museo Arqueológico de Alcoy se conservan restos cerámicos pertenecientes a cuencos y ollas de formas globulares, con y sin cuello, así como algunos fragmentos pertenecientes a coladores o que-seras, aparte de algunos restos de fauna (RUBIO GOMIS, 1987).

III. Valoración y cronología

Para F. Cerdá (1994) se trataría de una cueva habitada durante la Edad del Bronce.

IV. Productos óseos

Hemos inventariado tres piezas óseas del yacimiento. Dos punzones del tipo A122b (Fig. IV.3.54.2-3) y una pieza del tipo A223, semejante a la encontrada en la Cova del Conill (Fig. IV.3.54.4).

25. FOIA DE LA PERERA (Castalla, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se ubica en la margen izquierda del río de Ibi, a escasos metros de su curso. Con una superficie estimada de unos 360 m², ocupa un pequeño montículo, dispuesto de forma paralela al cauce del río, a unos 40 m sobre el nivel de base del mismo, muy cercano al caserío que da nombre al emplazamiento. Coordenadas UTM X: 709019 Y: 4274402

II. Información arqueológica

Fue descubierto en 1980 debido a la ejecución de unas obras. En 1983 se iniciaron las primeras excavaciones de urgencia que se convirtieron en sistemáticas a partir de 1984 (CERDÀ BORDERA, 1994: 100). Después de cinco campañas de excavación la superficie abierta es de unos 140 m², dividida en dos sectores en la parte superior del cerro.

De las dos zonas de excavación, la que más información ha aportado ha sido la meridional. En ella se han localizado dos tipos de estructuras: por un lado, en la plataforma superior se han documentado más de 80 agujeros en el suelo base de diferentes tamaños y profundidades, mientras que en la parte superior de la cara oeste se han registrado muros correspondientes a unidades ocupacionales y sólo una estructura excavada.

A juicio de su excavador, la funcionalidad atribuida a algunos de estos agujeros sería la de calzos para postes, mientras que el resto serían evidencias de cabañas con alzados de palos muy frágiles (CERDÀ BORDERA, 1994: 102). El grado de alteración postdeposicional, especialmente como consecuencia de procesos erosivos, es muy elevado y ha generado que la información disponible sea muy fragmentaria. No se dispone de información sobre las características de las unidades habitacionales ni de la existencia de áreas de actividad.

III. Valoración y cronología

En ausencia de dataciones radiocarbónicas, y en función por tanto del material arqueológico exhumado, se ha propuesto una cronología avanzada sin alcanzar el denominado "Bronce Tardío" (CERDÀ BORDERA, 1994: 109). Probablemente la ocupación del yacimiento puede fijarse aproximadamente entre 1800 y 1500 cal BC.

II.3. Productos óseos

El único de los productos óseos, ya publicados (CERDÀ BORDERA, 1994: 106, fig. 7), incluido en nuestro inventario consiste en un pequeño cincel o escoplo de base apuntada del tipo E231 (Fig. IV.3.54.5), erróneamente clasificado, a nuestro juicio, como punzón en la anterior publicación.

26. COVA DE LA BARCELLA (Torremanzanas, Alicante)

I. Situación

La cavidad se encuentra situada sobre un cerro con el mismo nombre, ubicado al Oeste del casco urbano de Torremanzanas, al que se accede a través de la carretera comarcal CV-780 que une esta localidad con Xixona, en la que poco antes de llegar al km 13 hay que tomar un desvío hacia el Norte por un camino rural. Coordenadas U.T.M.: X: 721069 Y: 4273403. Altitud s/n/m: 803 m

II. Información arqueológica

Las primeras noticias acerca de la existencia del yacimiento llegan a oídos de J. Belda, por entonces pá-

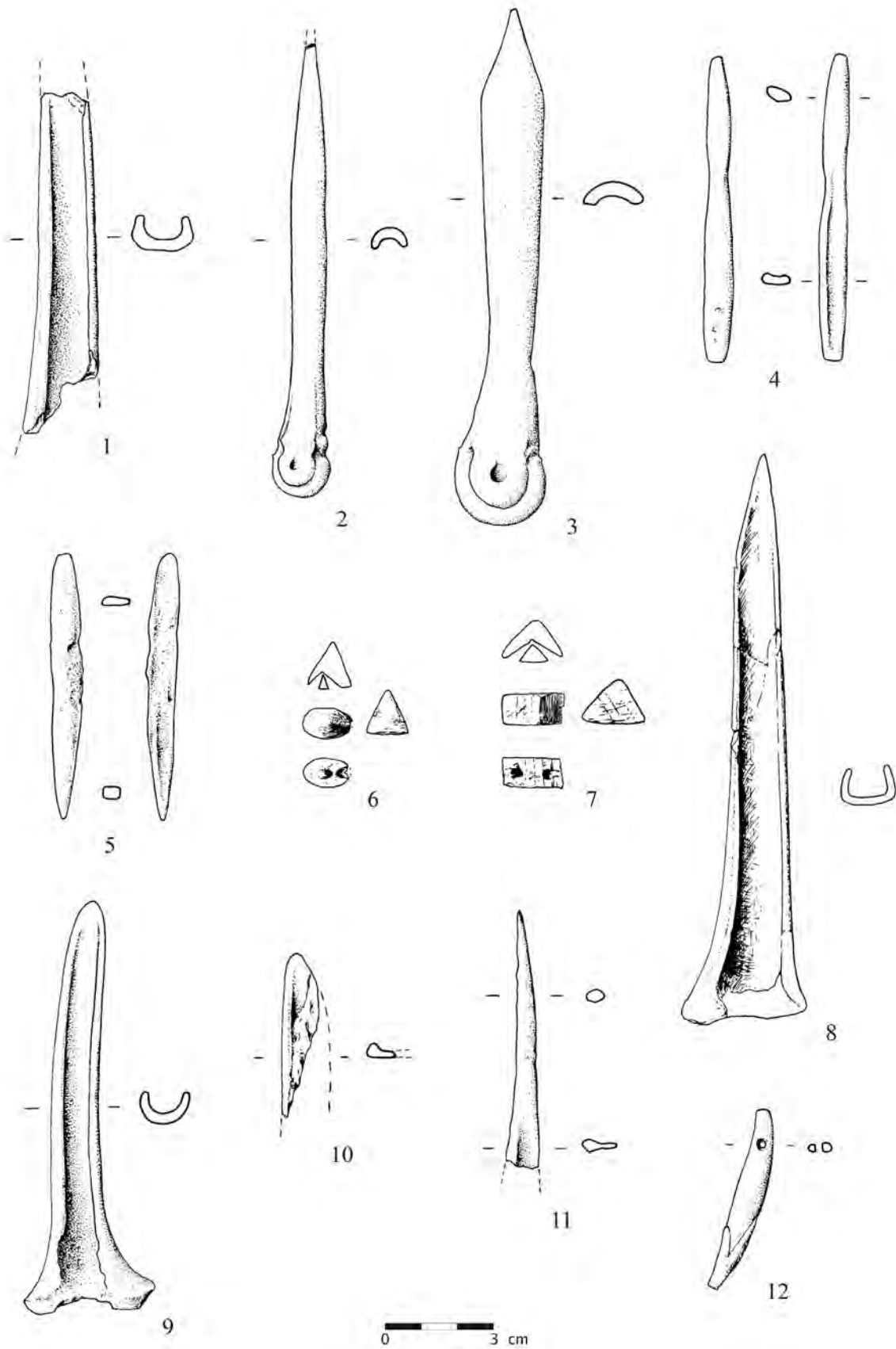


Figura IV.3.54_Sima de les Porrases (1), Simarro (2-4), Foia de la Perera (5), Cova de la Barcel·la (6-8), Sima del Pinaret (9-10) y Cova Foradà (11-12).

rroco de la localidad de Torremanzanas, a mediados de la década de 1920, iniciándose poco después una serie de excavaciones cuyos resultados serían publicados años después en sendas memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (BELDA DOMÍNGUEZ, 1929; 1931).

De acuerdo con las descripciones dejadas por su excavador la cueva, de boca estrecha y conformación alargada casi en sentido Norte- Sur, se encontraba parcialmente taponada en origen por bloques de piedra, algunos de ellos de gran tamaño. En su interior, el irregular paquete sedimentario apareció repleto de restos humanos y material arqueológico de muy diverso tipo, separado a juicio de J. Belda (1929: 8- 13) en dos unidades diferentes: la “Cueva Superior” y las “Cavernas Inferiores”, al que posteriormente se añadiría una tercera que bajo la denominación “Cavidades Medias” venía a interponerse entre las dos anteriores.

Probablemente debido a su estado de conservación, por un lado, y a los peculiares métodos de excavación del párroco –entre los que se llegó a incluir el uso de la dinamita– no fue posible asignar ajuares concretos a cada uno de los esqueletos encontrados, que en número cercano a la treintena se distribuían a lo largo de la cavidad. Según su excavador, entre 13 y 14 inhumados se encontraban en el “nivel superior” y entre 15 y 20 en el “inferior”.

El conjunto de materiales procedente de la cueva es muy numeroso, habiendo sido detallado y descrito en reiteradas ocasiones (BORREGO, SALA Y TRELIS, 1992; SOLER DÍAZ, 2002).

III. Valoración y cronología

La mención que hacía J. Belda (1931: 37) del hallazgo de un “molinillo a brazo” es la que justificaba a M. Tarradell para proponer la posible utilización de la cueva como espacio doméstico previamente a su empleo como recinto funerario (SOLER DÍAZ, 2002: 374). Sin embargo, es evidente que los niveles más importantes del yacimiento corresponden a una necrópolis que tradicionalmente se ha considerado paradigmática del “Eneolítico valenciano” y que dentro de la propuesta de periodización más difundida en la actualidad para el Levante peninsular cabría dentro de lo que se ha denominado “Neolítico IIB” (BERNABEU AUBÁN, 1995).

Sin embargo, la presencia de determinados objetos en la cueva viene también a poner de manifiesto su vigencia tanto en el denominado “Horizonte Campaniforme de Transición” como incluso en la Edad del Bronce, tal y como denuncia la presencia de un puñal de remaches (JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 1997).

IV. Productos óseos

El conjunto de artefactos óseos localizado en la cavidad es muy numeroso (PASCUAL BENITO, 1998), y se compone fundamentalmente de objetos destinados al

ornato personal o con un supuesto carácter simbólico, como el que tradicionalmente se ha conferido a los “ídolos- violín” o al “ídolo ancoriforme”. Resultan sin duda notables las colecciones de varillas y de punzones sobre tibia de lepóridos, así como singular la muestra de botones sobre lámina ósea, de forma circular o fusiforme, hallada en el yacimiento. Completan el conjunto alfileres de cabeza acanalada, colgantes también con decoración acanalada, de diversas formas y colgantes en placa y en diente y colmillo de suido, entre otras piezas.

En nuestro inventario sólo hemos incluido tres piezas que claramente deben pertenecer a cronologías pertinentes a nuestro análisis, todas ellas procedentes de la denominada por J. Belda “Cavidad Superior” y por consiguiente relacionada con la última etapa de utilización de la cueva como sepulcro colectivo (SOLER DÍAZ, 2002: 374). De ellas sólo una se ha relacionado con alguno de los cadáveres localizados –individuos 1 y 2 (BELDA DOMÍNGUEZ, 1929: 18- 25). Se trata de un punzón del tipo A121c (Fig. IV.3.54.8). Las otras dos piezas –dos botones de los tipos Q121 y Q131, respectivamente (Fig. IV.3.54.6-7)– al parecer resultan contemporáneos a la pieza anterior pero no se llegó a precisar su relación concreta con ningún cadáver.

27. SIMA DEL PINARET DE MAS NOU (Alcoy, Alicante)

I. Situación

La cavidad se encuentra ubicada en las proximidades del Mas de Mató, en la partida de La Canal, junto al Mas que le da nombre al yacimiento. Se accede desde la carretera que une Alcoy con Ibi, pasando por el Mas del Fondo. Coordenadas U.T.M.: X: 719184 Y: 4279232. Altitud s/n/m: 1140 m

II. Información arqueológica

Se trata de una sima con más de 8 m de profundidad a la que se accede a través de una boca de unos 4 m de anchura y apenas 1 m de altura. Desde este pozo se abren una serie de galerías, a diferentes niveles, entre las que destaca una de forma alargada y pronunciada pendiente en la que se localiza el depósito sedimentario más importante.

La cueva ha sido visitada en numerosas ocasiones, evidenciándose la presencia de algunas catas de las que probablemente procede todo el material depositado en el Museo Arqueológico de Alcoy (RUBIO GOMIS, 1987).

III. Valoración y cronología

En opinión de J. Trelis (1984a: 214), la presencia de un fragmento de cerámica decorado con motivos puntillados entre los materiales extraídos del yacimiento permite situar la ocupación de la sima en momentos avanzados del II milenio cal BC, dentro del

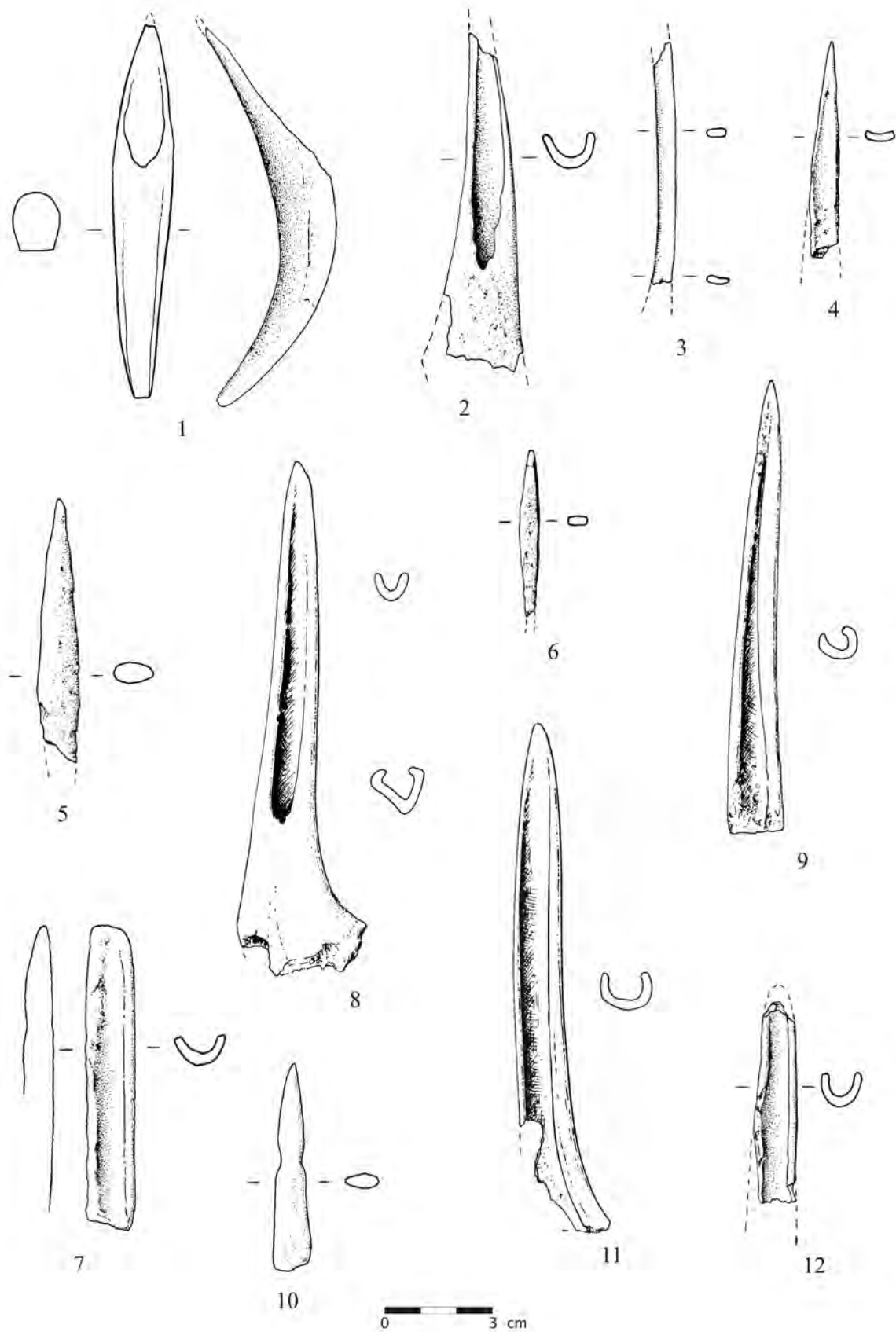


Figura IV.3.55_El Puig (1-4), Ull del Moro (5), Barranc del Sint (6), Cova de la Pastora (8, 9 y 11), Cova del Conill (10) y Mola Alta de Serelles (7 y 12).

denominado “Bronce Tardío”. Lógicamente, ello no impide considerar la posibilidad de que la cavidad ya se ocupara con anterioridad.

IV. Productos óseos

Se han incluido dos productos óseos de este yacimiento en nuestro inventario. Se trata de dos punzones, uno del tipo A121b (Fig. IV.3.54.10) y otro del tipo A121c (Fig. IV.3.54.9).

28. COVA FORADÀ (Alcoy, Alicante)

I. Situación

Cavidad situada a unos 9 km al Sur de Alcoy, en las proximidades del Caserío de La Sarga, en el Barranc del Mas de la Cova. Altura s/n/m: 860 m Coordenadas UTM: X: 721082 Y: 4280390.

II. Información arqueológica

La primera noticia acerca del contenido arqueológico de la cueva se debe a C. Visado (1959: 35), habiéndose revisado sus materiales en varias ocasiones (TRELIS MARTÍ, 1984a; RUBIO GOMIS, 1987).

La cueva presenta una planta elíptica, de unos 20 por 9 m, orientada de Este a Oeste. Presenta dos bocas, una que se abre al barranco y otra superior, causada por el desprendimiento de parte del techo. Al interior el piso presenta un acusado desnivel y una importante concentración de grandes bloques calcáreos que lo cubren casi por completo.

A juzgar por los restos documentados, parece que la cueva estuvo ocupada y destinada a diferentes usos al menos durante buena parte de la Edad del Bronce y hasta época ibérica. La presencia de algunos dientes humanos evidencia la utilización funeraria de la cavidad al menos en un determinado momento.

III. Valoración y cronología

A partir de la presencia de cerámicas decoradas y algunas bases planas J. Trelis (1984a) señaló la existencia de niveles cronológicamente avanzados dentro de la Edad del Bronce que se superpondrían a otros del “Bronce Pleno”.

IV. Productos óseos

A pesar de que F. Rubio (1987: 259) incluye una pieza más, nuestra revisión del material nos hizo descartar una de las inventariadas por él, incluyendo en nuestro catálogo tan sólo dos: un colgante sobre colmillo de suido –K111a– y un alfiler –L111a– (Fig. IV.3.54.12 y 11).

29. EL PUIG (Alcoy, Alicante)

I. Emplazamiento

Macizo situado a unos 5 kilómetros de la población de Alcoy, justo sobre el llamado Barranco de la Bata-

lla. El yacimiento ocupa la cima del macizo, en donde se halla una meseta de unos 40 m de radio desde donde se divisa un amplio panorama del Valle de Alcoy. Altitud s. n. m.: 900 m. Coordenadas UTM X: 720980 Y:4283073

II. Información arqueológica

Se trata de un yacimiento de la Edad del Bronce al que se superpone un asentamiento ibérico que ha transformado toda la imagen del anterior asentamiento. No está bien determinada la extensión que debió ocupar, habiendo aparecido restos tanto en el primer recinto ibérico como en el segundo (RUBIO GOMIS, 1987: 205).

Del poblado de la Edad del Bronce por el momento tan solo tenemos testimonio de un muro documentado en la campaña de 1962, bajo la casa ibérica nº 5, que seguía el trazado y la orientación del de la Edad del Bronce (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1987: 133).

La totalidad de restos materiales, depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Alcoy, procede de prospecciones y varias campañas de excavación llevadas a cabo desde antiguo hasta prácticamente la actualidad. Los materiales del Bronce han sido estudiados por A. Barrachina (1987) y catalogados por F. Rubio (1987).

Son numerosos los vasos cerámicos hechos a mano que se conservan, destacando la presencia de ollas y jarras de diferentes formas y dimensiones, fundamentalmente con bases planas diferenciadas, y en muchos casos con cordones y mamelones, e incluso algunos fragmentos con decoración al exterior de motivos incisos. También hemos de destacar la presencia de pesas de telar cilíndricas realizadas en barro cocido, varias piezas talladas de sílex, un brazal de arquero y una placa perforada de piedra pulida.

III. Valoración y cronología

En opinión de A. Barrachina (1987) estaríamos ante un poblado de la Edad del Bronce evolucionado, que recibiría influencias del Sudeste durante el Bronce Tardío y Final y, más tarde, influencias de los Campos de Urnas, de Cataluña y del Bajo Aragón, conformando un poblado donde se daría la unión de un substrato indígena con elementos foráneos.

IV. Productos óseos

En nuestro inventario hemos incluido cuatro objetos óseos procedentes de este yacimiento. Se trata de un pico manufacturado sobre candil de asta de ciervo –P223 (Fig. IV.3.55.1)– un punzón sobre tibia de ovi-caprino del tipo A121b (Fig. IV.3.55.2) y dos piezas de más difícil clasificación dadas sus condiciones de conservación. Una de ellas resulta un punzón de tipo imposible de determinar y la otra se ha interpretado como un alfiler del tipo L111b sobre fíbula de suido (Fig. IV.3.55.3).

30. ULL DEL MORO (Alcoy, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se sitúa a un par de kilómetros de distancia de la ciudad de Alcoy, en un espolón rocoso orientado a Levante que prelude el macizo de La Serreta (VISED0 MOLTÓ, 1959: 44; RUBIO GOMIS, 1987: 150). A sus pies pasa la carretera comarcal que une esta localidad con Callosa d'En Sarriá. Altura s/n/m: 911 m. Coordenadas UTM: X: 721879 Y: 4285470.

II. Información arqueológica

Fue descubierto por C. Visado en el año 1920, realizándose diversos hallazgos entre los meses de julio y agosto de 1935. No se ha llevado a cabo ninguna excavación aunque sí diversas rebuscas superficiales y pequeñas catas realizadas en años posteriores (RUBIO GOMIS, 1987: 151). Es de destacar el hallazgo en la parte sur del poblado de un enterramiento aprovechando una grieta o covacha que fue afectada por un desmonte producido al trabajar en la construcción de la carretera que discurre a los pies del yacimiento. (VISED0 MOLTÓ, 1959: 44). También se localizaron varias tumbas con un número indeterminado de enterramientos, situados a medio kilómetro de distancia (RUBIO GOMIS, 1987: 151).

En el Museo Arqueológico de Alcoy está depositado un apreciable conjunto material compuesto por diversos restos cerámicos de formas simples semiesféricas y de tendencia esférica, algunos fragmentos de vasos carenados a media altura y grandes vasos de almacenamiento de formas indeterminadas. De metal destaca la presencia de un par de cinceles, una punta de cuchillo nervado o de espada y una espiral, además de un par de moldes y un posible fragmento de crisol (SIMÓN GARCÍA, 1998). En barro cocido se conocen algunos fragmentos cilíndricos en los que se aprecian restos de una perforación central, lo que nos hace pensar que deben de ser pesas de telar. Entre los objetos líticos tallados se cuenta casi un centenar de dientes de hoz, junto con algunas lascas retocadas, una punta de flecha y un buril, mientras que el instrumental lítico pulimentado está representado por media docena de hachas y azuelas, una placa perforada y algunos objetos de adorno, entre los que se encuentra un botón de perforación en V de forma piramidal (RUBIO GOMIS, 1987).

III. Valoración y cronología

C. Visado (1959: 44) lo consideró como un poblado típico del Eneolítico o Bronce I, siendo incluido por R. Enguix (1975: 157) entre los poblados típicos de la Edad del Bronce en función ante todo del importante número de dientes de hoz. La cronología antigua que se había supuesto debido a la existencia del botón de perforación en V y de otros elementos registrados ha sido matizada posteriormente por J. L. Simón (1998) quien ha llegado a señalar la posibilidad de que real-

mente estemos ante dos asentamientos diferentes: uno perteneciente al "Bronce Antiguo" y otro cronológicamente situado en momentos del Bronce Final.

IV. Productos óseos

De entre la colección de objetos depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Alcoy, tan sólo hemos incluido en nuestro inventario un punzón, muy erosionado, que provisionalmente hemos clasificado en nuestro tipo A221 (Fig. IV.3.55.5).

31. COVA DE LA PASTORA (Alcoy, Alicante)

I. Situación

Se trata de una cavidad situada muy cerca de la cima de un pequeño altozano que se encuentra en las proximidades del Mas de La Pastora, en la partida del Regadiu, a escasamente 7 km del casco urbano de Alcoy. Coordenadas U.T.M.: X: 722802 Y: 4282590. Altitud s/n/m: 840 m

II. Información arqueológica

El yacimiento fue descubierto por V. Pascual, quien iniciaría la excavación del mismo en 1944 (BALLESTER TORMO, 1949), a la que siguieron otras actuaciones en 1950 dirigidas por J. Alcácer. Sin embargo, nunca se publicó una memoria exhaustiva de los trabajos realizados, aunque sus materiales han sido analizados en diversas ocasiones y su estratigrafía parcialmente reconstruida en estudios recientes (SOLER DÍAZ, 2002: 328).

Se trata de una cavidad con la boca orientada al Este y una planta de forma aproximadamente oval, con perfiles sinuosos, con una longitud total de Este a Oeste de unos 14 m, y una anchura máxima de apenas 5 m. La cueva estuvo ocupada en diversas ocasiones, como demuestran los restos documentados del III y II milenio cal BC y también de época ibérica y romana.

El paquete sedimentario excavado contenía estratos cenicientos alternados con arcillas amarillentas y bloques calcáreos, entre los que se localizaron diversos conjuntos de restos humanos acompañados de ajuares característicos del III milenio cal BC. En estos momentos, en la cavidad pudo haberse inhumado a cerca de 75 individuos (SOLER DÍAZ, 2002: 322), aunque parece probable que algunos de los restos depositados pertenezcan a la Edad del Bronce, e incluso posiblemente al Bronce Final (SOLER DÍAZ *et al.*, 1999: 168).

III. Valoración y cronología

Tradicionalmente, la Cova de La Pastora se ha considerado entre las necrópolis clásicas del "Eneolítico Valenciano" (MARTÍ OLIVER, 1981). Sin embargo, los estudios más recientes de los materiales registrados pusieron de relieve la presencia de objetos pertenecientes a momentos históricos posteriores, desde la Edad del Bronce hasta época romana (SIMÓN GARCÍA, 1998). Especialmente representativa de la presencia

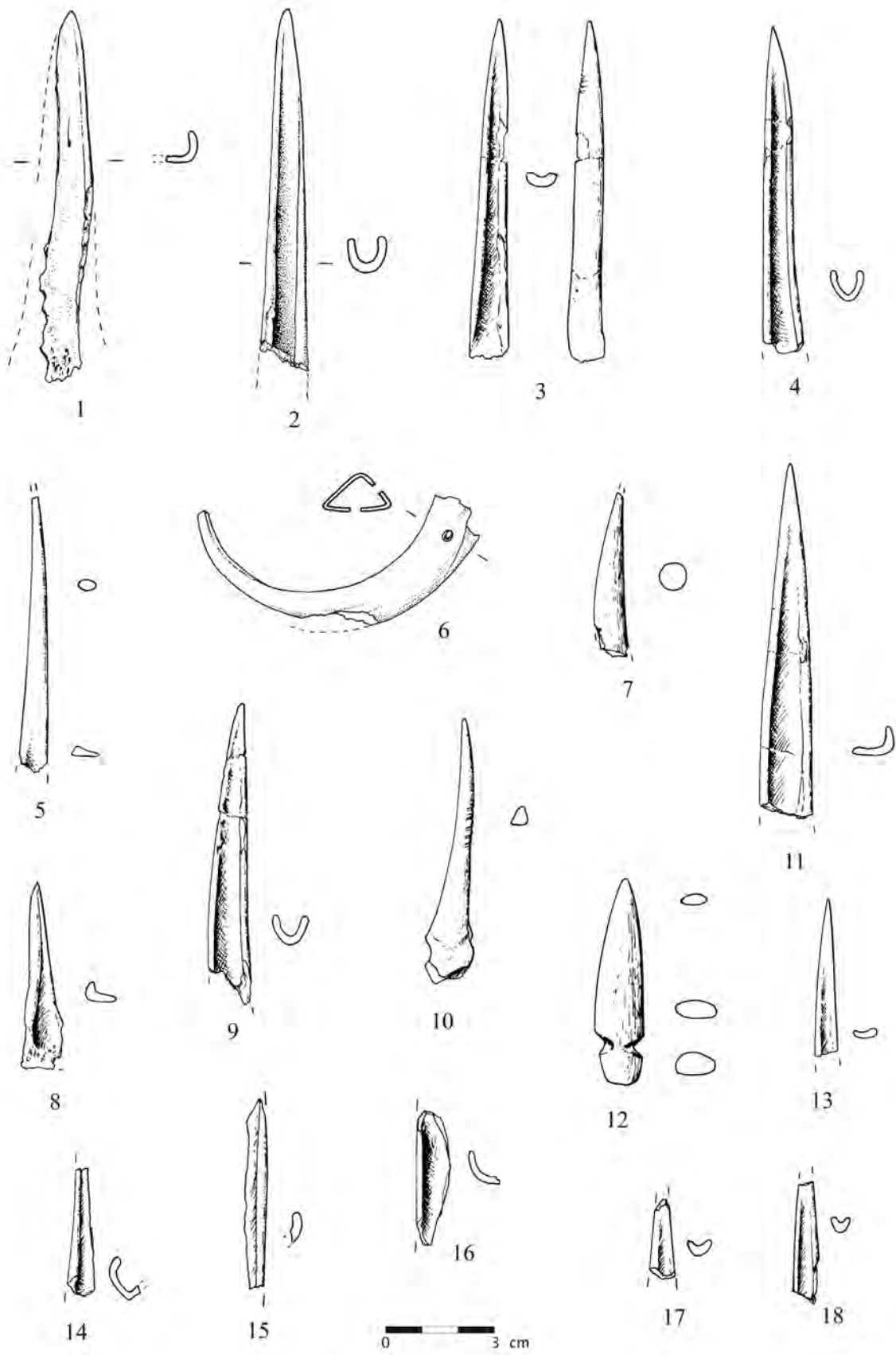


Figura IV.3.56_Mola Alta de Serelles.

humana en la cueva en momentos del Bronce Final es un fragmento de recipiente con decoración de acanalados típica de los Campos de Urnas (SOLER DÍAZ, 2002).

IV. Productos óseos

La cantidad y variedad de objetos de hueso detectada en el yacimiento es notable (PASCUAL BENITO, 1999). En su mayoría se trata de productos que claramente se adscriben al uso funerario de la cueva, como las varillas planas, los adornos y cuentas segmentadas o los alfileres. Especialmente importante resulta también el conjunto de ídolos oculados (BERNABEU AUBÁN, 1979), que suman más de una veintena, entre piezas completas y fragmentos, a los que se añade casi otra veintena más de ídolos del tipo “violín”.

Junto con estos objetos, aparecen otros también claramente vinculados a los contextos arqueológicos del III milenio cal BC pero que encontramos tanto en necrópolis como en asentamientos, como son los punzones sobre tibias de lepórido. Y también cinceles y cuñas que, presentes así mismo en yacimientos de la Edad del Bronce, lo que parecen poner de manifiesto es la existencia de áreas de actividad que probablemente se desarrollaron antes o después del uso funerario de la cueva.

A pesar de que algunos otros de los punzones registrados se atienen a los parámetros establecidos para nuestra clasificación, sólo hemos incluido en nuestro inventario tres de ellos, los cuales tienen en común su clara pertenencia a la Edad del Bronce o a momentos inmediatamente anteriores. Uno resulta un ejemplar claro del tipo A121b (Fig. IV.3.55.8), otro del tipo A121c (Fig. IV.3.55.11) y un tercero que debe pertenecer a uno u otro tipo, sin que se pueda precisar a cuál de ellos (Fig. IV.3.55.9).

32. BARRANC DEL SINT (Alcoy)

I. Emplazamiento

Adentrándonos proximadamente 1 km en el barranco del mismo nombre, entrando desde la población de Alcoy, el yacimiento se ubica sobre unas terrazas situadas a la izquierda. Coordenadas UTM: X: 718252 Y: 4288046

II. Información arqueológica

Justamente en una de estas terrazas por encima del camino que recorre el estrecho, el 30 de enero de 1936, V. Pascual descubrió un enterramiento, practicando una excavación en el lugar junto a C. Visado (1937) que proporcionó numerosos restos de la Edad del Bronce. Se trata de un enterramiento individual que se encontraba en una fosa excavada directamente sobre la roca. C. Visado (1959: 39) propuso una cronología neolítica para este enterramiento. Posteriormente, trabajos como el de R. Enguix (1975: 146) vinieron a confirmar su cronología dentro de la Edad del Bronce. En fechas más recientes se señaló la ad-

scripción islámica del enterramiento, disociándolo de los materiales de la Edad del Bronce y haciéndolo contemporáneo de los niveles con materiales medievales que cubren el yacimiento (JOVER MAESTRE Y LÓPEZ PADILLA, 1995).

III. Valoración y cronología

Una vez resuelta la adscripción cultural y cronológica del enterramiento, sólo puede asegurarse la existencia de un asentamiento encuadrable grosso modo entre finales del III y primera mitad del II milenio cal BC, del que por lo demás desconocemos cualquier dato relativo a sus características más básicas.

IV. Productos óseos

La única pieza elaborada sobre hueso se ha catalogado como parte de un punzón biapuntado del tipo A231 (Fig. IV.3.55.6).

33. COVA DEL CONILL (Alcoy, Alicante)

I. Situación

La cueva se encuentra situada en el Barranc del Cinc, a su margen izquierda, cercana a otras cavidades con restos arqueológicos como el Abric del Conill o la Cova de la Boira. Coordenadas U.T.M.: X: 718352 Y: 4287961. Altitud s/n/m: 830 m

II. Información arqueológica

Se trata de una cavidad de dimensiones medianas, de unos 12 m de longitud, 6 m de anchura y unos 1, 70 m de altura máxima en su interior, que apenas se alza 30 m del fondo del barranco. El yacimiento fue descubierto por V. Molina, quien junto a J. Faus y V. Pascual llevó a cabo una excavación entre 1956 y 1957 abriendo dos catas de la que proceden todos los materiales arqueológicos publicados, que según F. Rubio (1987: 111) proceden de los estratos más profundos del yacimiento.

III. Valoración y cronología

La ocupación prehistórica del yacimiento se ha atribuido a la Edad del Bronce (RUBIO GOMIS, 1987), y a juicio de J. Vicens (1988- 89: 63) se trata de una cueva de habitación, aunque la presencia de restos óseos humanos en el paquete sedimentario excavado evidencia el uso funerario de la cavidad.

IV. Productos óseos

Sólo incluimos una pieza de hueso elaborada sobre una porción de diáfisis con una estrangulación en el fuste, que hemos clasificado dentro del tipo A223 (Fig. IV.3.55.10). Según las anotaciones realizadas por J. Faus y V. Molina durante la excavación realizada en el yacimiento, la pieza se encontró entre los niveles superficiales (VICENS PETIT, 1988- 89).

34. MOLA ALTA DE SERELLES (Alcoy, Alicante)

I. Situación

A la margen izquierda del Barranc del Sint, sobre un espolón rocoso de forma alargada que se alza en las estribaciones orientales de la Sierra de Mariola, se localiza este yacimiento emplazado a 1.053 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 719070 Y: 4289491.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue descubierto por E. Botella, L. Gisbert y S. Reig en 1925, mismo año en que comenzó la excavación del poblado, la cual se prolongaría hasta 1928. Los resultados de estas actuaciones y los materiales registrados serían publicados por E. Botella (1926, 1928) en sendas memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Algunos años más tarde, los objetos procedentes del yacimiento acabarían engrosando las colecciones del S.I.P. de la Diputación de Valencia. Con posterioridad a estos trabajos, también V. Pascual relizaría la excavación de una de las viviendas del poblado, cuyos materiales fueron depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Alcoy. Finalmente, J. Trelis (1984b) llevaría a cabo la revisión de todas las actuaciones realizadas en el yacimiento y de los materiales arqueológicos exhumados.

El poblado presenta una planta más o menos rectangular, de aproximadamente 450 m² de extensión. Por su ladera occidental aparece delimitado por un gran muro de entre 1,60 y 2 m de espesor, que en algunos tramos ofrece un aparejo de carácter ciclópeo. Hacia uno de sus extremos el muro acaba conformando una torre de planta circular, de unos 7 m de diámetro máximo, mientras que en el extremo opuesto aparece enfrentado a una construcción en forma de “L” con la que parece conformarse el vano de acceso al poblado, de unos 4 m de anchura.

Perpendiculares a este muro perimetral se registraron unos muros de menor envergadura que a manera de tabiques separaban los cinco departamentos o viviendas excavados por E. Botella, y que se encontraría cerrados por un muro paralelo al perimetral del que ha desaparecido prácticamente todo rastro.

Además del poblado, las actividades arqueológicas desempeñadas en el yacimiento se centraron también en una de las cuevas que se abren bajo el espolón rocoso en que se ubica el asentamiento. En esta Cueva número 4 se halló una gran cantidad de restos depositados en el interior de una grieta abierta en el fondo de la misma, y que posiblemente se empleó como vertedero.

Según la información que proporciona E. Botella (1926; 1928), las unidades habitacionales registradas presentaban pavimento de arcilla apisonada y en su mayoría una serie de estructuras internas como bancos y hogares. Los primeros, generalmente adosados a los muros y de unos 0,60 m de anchura. En el “Departamento 2” apareció un tronco dispuesto sobre unas pie-

dras planas, que probablemente sirviera para sustentar la techumbre.

La concentración de algunos materiales característicos en ciertas viviendas hace pensar en algún tipo de especialización en cuanto a las áreas de actividad productiva en el poblado, como por ejemplo el elevado número de pesas de telar de distintos tipos documentada en el “Departamento 3” o, más evidente aún, el variado y numeroso conjunto de objetos relacionados con la producción metalúrgica recogidos en el “Departamento 1”.

II.2 Productos

El conjunto de productos localizado es amplio y variado. Entre los productos cerámicos destaca la diversidad de forma registrada, que incluye vasijas de formas de tendencia esférica y hemisféricas, como cuencos, escudillas y ollas de diferentes tamaños. También existen algunas formas carenadas y un pequeño vaso geminado. Como elementos de prensión son comunes los mamelones y las asas de lengüeta y de cinta. En cambio, la decoración es muy escasa, reduciéndose a algún fragmento con cordones y a un fragmento decorado con puntillados.

Por lo que respecta a la industria lítica, en el yacimiento se registraron más de un centenar de dientes de hoz, además de lascas y láminas retocadas. Tres brazales de arquero de arenisca, cinco hachas y una azuela de piedra pulida completan el inventario de productos líticos, a los que se añaden numerosos molinos y molederas.

Por lo que respecta a la producción metalúrgica, la colección hallada en el yacimiento pasa por ser una de las más importantes del área levantina, con casi una decena de moldes de arenisca destinados a la elaboración de hachas, punzones, puñales y varillas (SIMÓN GARCÍA, 1998).

Además de los mencionados, también son relevantes los productos de barro cocido. Tanto morillos como pesos de telar de diversas formas y tamaños fueron recogidos en el yacimiento, así como gran cantidad de restos de fauna, entre los que se encontraban varias astas de ciervo casi completas, que por desgracia nunca fueron objeto de análisis detallado.

III. Valoración y cronología

De acuerdo con la revisión de los datos y de los materiales de las excavaciones de E. Botella, J. Trelis (1984b) llega a la conclusión de que se trata de un yacimiento del Bronce Valenciano en el que cabe distinguir dos fases de ocupación: una correspondiente al “Bronce Antiguo” –estratigráficamente representado por las capas inferior e intermedia– y otra del “Bronce Pleno” –capa superior.

Sin embargo, la evidencia de que varios de los objetos metálicos estaban elaborados con auténtico bronce –esto es, aleaciones binarias intencionales (SIMÓN GARCÍA, 1998)– junto con la consideración de algunos otros elementos materiales propició que éste pasara a considerarse un poblado de una sola fase de ocupación

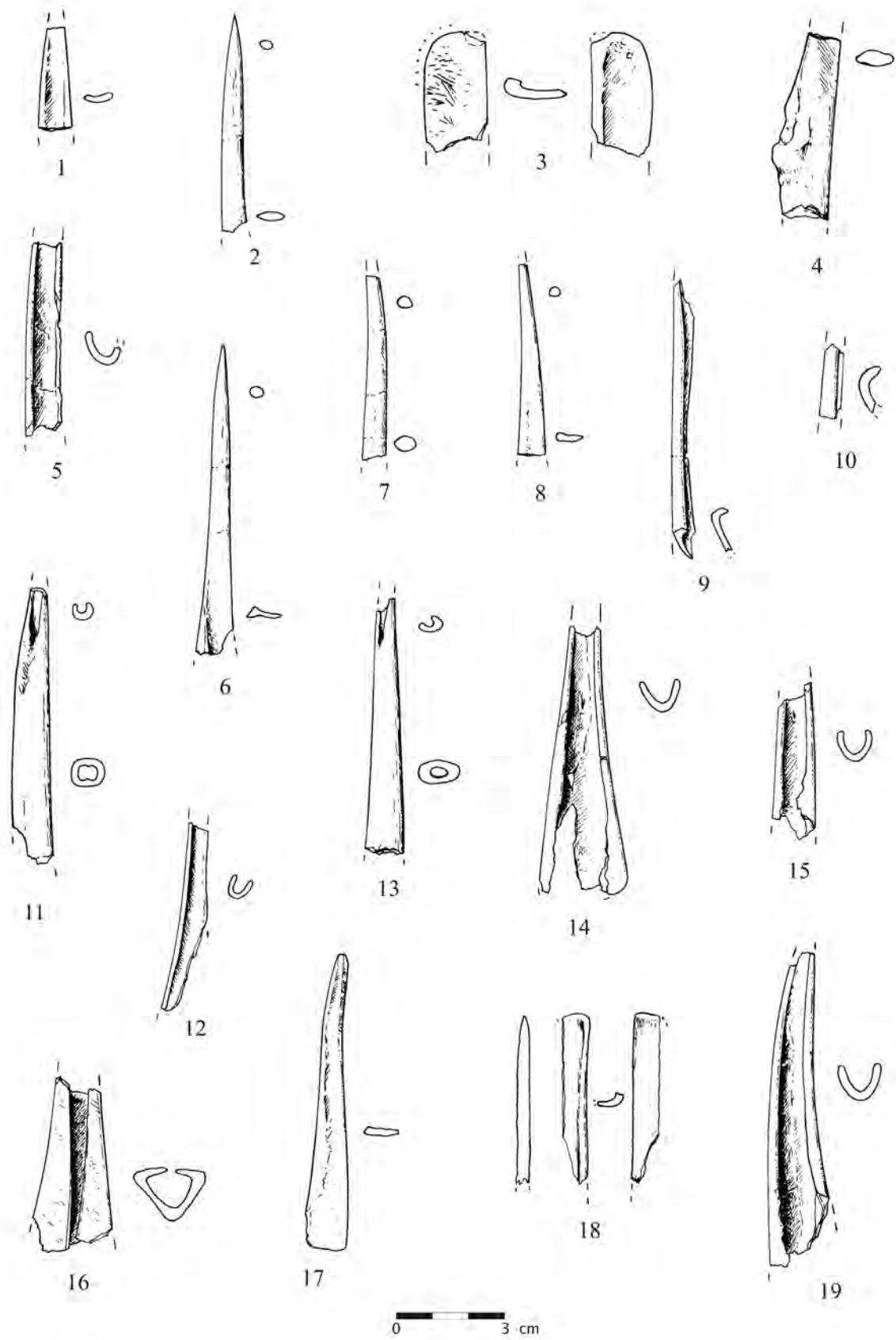


Figura IV.3.57_Mola Alta de Serelles.

y con una cronología más bien avanzada, que tal vez llegara a los inicios del denominado “Bronce Tardío” (DE PEDRO MICHÓ, 2000: 96).

IV. Productos óseos

Hemos inventariado un total de 45 productos óseos, pertenecientes a la colección del S.I.P. de la Diputación de Valencia. El conjunto de materiales conservado procede tanto del poblado como de la Cueva 4, sin que el material mismo contenga referencia alguna a su lugar concreto de hallazgo. Resulta imposible por tanto relacionar los objetos analizados con algunas de las capas estratigráficas individualizadas o con las unidades habitacionales en las que fueron hallados. No obstante, a partir de las láminas de las publicaciones de E. Botella (1926; 1928) sí se ha podido reconocer en algunos casos la procedencia de las piezas. En cualquier caso, si admitimos la clasificación que en este sentido hizo su excavador, se podrá comprobar que el registro artefactual representado en la muestra del poblado y de la cueva es muy similar.

Del total de artefactos registrado por nosotros, 36 corresponden a diversos tipos de punzones, de los que el tipo A121b resulta el más numeroso (Fig. IV.3.56.4 y 9; IV.3.57.14, 15, 16 y 19 y IV.3.58.5-6), sin que se haya podido apenas identificar con claridad ningún ejemplar del tipo A121c (Fig. IV.3.56.11, con algunas reservas) aunque al menos en seis ocasiones ha sido imposible discriminar con suficientes garantías si se trataba de porciones de uno u otro tipo. También destaca en el yacimiento la presencia de punzones del tipo A123 (Fig. IV.3.56.10) y A121a (Fig. IV.3.58.3-4) así como también de ejemplares del tipo A122 (Fig. IV.3.56.8 y IV.3.57.11).

Como característica excepcional cabe resaltar la presencia de la técnica de ranurados perpendiculares en dos de los punzones registrados, uno procedente del poblado –una pieza del tipo A211 (Fig. IV.3.56.3)– y otra de la Cueva 4 –un punzón del tipo A123c sobre radio de ovicaprino (Fig. IV.3.56.10).

Por fin, también merece señalarse la existencia de varios casos de reciclado, en todos los casos a partir de punzones del tipo A121 fracturados, que han dado piezas que se han clasificado dentro del tipo A2, como la pieza de la Figura IV.3.57.17 –A222– y la de la Figura IV.3.58.2 –A211.

El conjunto se completa con varios alfileres del tipo L111 sobre fíbula de suido (Fig. IV.3.56.5 y IV.3.57.2, 6 y 8) y tres pequeños alisadores del tipo H113 (Fig. IV.3.55.7 y IV.3.57.18) junto con un colgante sobre colmillo de suido K111b (Fig. IV.3.56.6).

35. MAS D’EN MIRÓ (Alcoy, Alicante)

I. Situación

Emplazado a pocos metros de distancia del Mas de Menente, el yacimiento se ubica sobre un cerro de 974

m s/n/m, a la margen derecha del río Barxell, justo sobre el Mas d’En Miró, de la que tomó el nombre y a la que se accede por un camino rural desde la carretera CV-795 que une Alcoy con Bañeres de Mariola. Coordenadas UTM: X: 713959 Y: 4287165.

II. Información arqueológica

El yacimiento ya era citado por C. Visado (1959: 47), aunque las únicas excavaciones realizadas de las que se tiene noticia corrieron a cargo de M. Tarradell (1969: 18- 19), quien abrió dos cortes que han quedado prácticamente inéditos. Según señala F. Rubio (1987: 183) en estos cortes, localizados en los extremos de una supuesta línea de muralla que cierra el poblado por su lado meridional, se observaron algunos muros atribuidos a las viviendas del mismo.

Tal y como el propio M. Tarradell indica, el interés principal por este yacimiento era comprobar la hipotética contemporaneidad de éste con respecto al vecino Mas de Menente (TARRADELL MATEU, 1969: 18). A juicio de F. Rubio (1987: 183) el poblado del Mas d’En Miró superaba en tamaño a su vecino.

Los escasos datos publicados referentes a los trabajos llevados a cabo en este emplazamiento no hacen referencia a ninguna habitación en concreto ni tampoco permiten conocer las áreas de actividad conservadas.

III. Valoración y cronología

El yacimiento fue incluido, junto con el Mas de Menente, entre los poblados característicos del “Bronce Valenciano” (TARRADELL MATEU, 1969). Ante la ausencia de dataciones radiocarbónicas, la cronología del asentamiento ha de estimarse a partir del material arqueológico registrado. En función de algunos fragmentos cerámicos con carenas situadas en el tercio superior del vaso y de algún fragmento decorado con incisiones (TRELIS MARTÍ, 1984a: 214) el yacimiento podría alcanzar los inicios del denominado “Bronce Tardío” del Sudeste, con el que este tipo de materiales guarda estrecha relación.

IV. Productos óseos

En los almacenes del Museo Arqueológico Municipal de Alcoy se conservan dos productos óseos que hemos incluido en nuestro inventario. Uno de ellos es un punzón del tipo A121b, del que sólo se conserva una porción longitudinal del fuste (Fig. IV.3.58.8). La otra creemos que se trata de un percutor, que hemos clasificado como I111 (Fig. IV.3.58.7).

36. MAS DE MENENTE (Alcoy, Alicante)

I. Situación

El yacimiento se encuentra situado sobre la ladera meridional de un pequeño cerro que forma parte de las estribaciones occidentales de la Sierra de Mariola, muy próximo al vecino Mas d’En Miró y junto al ca-

mino que sube hacia el Mas de Menente, del que tomó nombre el yacimiento. Coordenadas UTM: X: 713658 Y: 4287171. Altura s/n/m: 934 m.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue descubierto por F. Ponsell en 1924, y excavado por este mismo investigador en los años siguientes (TRELIS MARTÍ, 1984a: 43). De estos trabajos han quedado dos publicaciones (PONSELL CORTÉS, 1926; PERICOT GARCÍA Y PONSELL CORTÉS, 1928) en las que se dio una información sucinta acerca de la planta del poblado, de algunos detalles de su estratigrafía y del importante conjunto de materiales arqueológicos registrado que en su mayor parte se conservan en las dependencias del S.I.P. de la Diputación de Valencia. Con posterioridad, F. Rubio (1987) realizó una breve descripción del yacimiento y de los objetos conservados en el Museo Arqueológico Municipal de Alcoy.

Al parecer, el yacimiento estaba rodeado por un muro de 0,60 m de anchura que defendía la parte más fácilmente accesible del poblado. En su interior, y calculadas en número de doce (PONSELL CORTÉS, 1926: 5), se disponía un conjunto de habitaciones con muros de unos 0,35 m de espesor, de las que fueron excavadas ocho. Éstas estaban dispuestas a lo largo de una calle a la que únicamente una parecía tener acceso directo a través de un vano de aproximadamente 1 m de anchura. En la mayoría de los departamentos parece que existía lo que se describe como un banco de barro de forma circular en el que estaría instalado el hogar.

Aunque sumamente parcas, la información proporcionada por los excavadores nos permite extraer algunas conclusiones acerca de las diferentes actividades desarrolladas en el interior de las unidades habitacionales detectadas. Para empezar, resulta destacable la concentración de utensilios metálicos en la vivienda III, donde aparecieron un hacha, un puñal o cuchillo y el fragmento de sierra.

También se indica que excepto en el departamento VI, donde no apareció ninguno, y el II, en donde se localizó un par de ellos, en cada vivienda se registró un molino que normalmente se situaba próximo al hogar. Menos detalles se ofrecen acerca de la distribución de los 68 dientes de hoz recogidos, a salvo de señalar la presencia del mango de una hoz con seis de estos dientes en el departamento IV.

La mención a vasijas conteniendo cereal carbonizado o las improntas de capazos de esparto dejadas en el pavimento de algunas de las habitaciones nos hablan de áreas de almacenamiento, sin que pueda especificarse si esta actividad estaba restringida a algunas de las viviendas en particular.

III. Valoración y cronología

El yacimiento del Mas de Menente ha constituido uno de los enclaves emblemáticos del denominado “Bronce Valenciano” (TARRADELL MATEU, 1963; 1969), consideración que sigue manteniéndose tras

varias décadas de investigación (TRELIS MARTÍ, 1984a; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a; DE PEDRO MICHÓ, 2004).

La ausencia de dataciones radiocarbónicas impide precisar con criterios nuevos la cronología del asentamiento, a la que sólo cabe aproximarse a partir del registro material. La inexistencia de cerámicas decoradas y la presencia de objetos como las pesas de telar de cuatro perforaciones, así como la ausencia de perfiles cerámicos con carenas altas aconseja situar al yacimiento en el intervalo atribuido tradicionalmente al “Bronce Pleno”, sin descartar un origen algo anterior y tampoco una cierta perduración en momentos más avanzados. En cualquier caso, sin alcanzar plenamente el denominado “Bronce Tardío”.

IV. Productos óseos

Se ha inventariado un total de cuatro piezas depositadas en el S.I.P. de la Diputación de Valencia. De los cuatro objetos, tres son punzones –dos del tipo A121c (Fig. IV.3.58.11 y 12) y uno del tipo A211 (Fig. IV.3.58.10)– mientras que la pieza restante resulta claramente disonante con respecto a los conjuntos artefactuales que hemos analizado. Se trata de un metatarso de ovicaprino con los extremos distal y proximal de la diáfisis decorados con una banda rellena de aspás, realizada mediante la técnica de la incisión (Fig. IV.3.58.9).

37. MAS DEL CORRAL (Alcoy, Alicante)

I. Situación

El yacimiento ocupa la cumbre y la ladera sureste de un cerro de pendientes poco pronunciadas, situado a una altitud de 962 m s/n/m, dentro de las estribaciones orientales de la Sierra de Mariola. Se encuentra situado hacia el km 9 de la carretera de Alcoy a Banyeres, en la partida de Polop, justo en una de las lomas ocupada por un depósito de agua para la urbanización “Montesol”. Sus coordenadas geográficas UTM son: X: 709629 Y: 4285654.

II. Información arqueológica

Del yacimiento se tiene noticia desde hace varias décadas, aunque se desconoce el momento exacto de su descubrimiento. Al parecer, fue excavado por E. Segura Ivorra en la postguerra (TRELIS MARTÍ, 1986: 83), denunciándose desde entonces en repetidas ocasiones los saqueos a que ha sido sometido (VISEDÓ MOLTÓ, 1959; RUBIO GOMIS, 1987).

La zona con restos arqueológicos se extiende por un área de aproximadamente 64 m de largo, orientada al sur y al este, estando al parecer circunscrita por una muralla recta que en su extremo oriental se presenta ligeramente curvada, protegiendo un pequeño paso (RUBIO GOMIS, 1987: 173). Los otros lados están protegidos de forma natural por la presencia de escarpes y barrancos que lo hacen inaccesible.

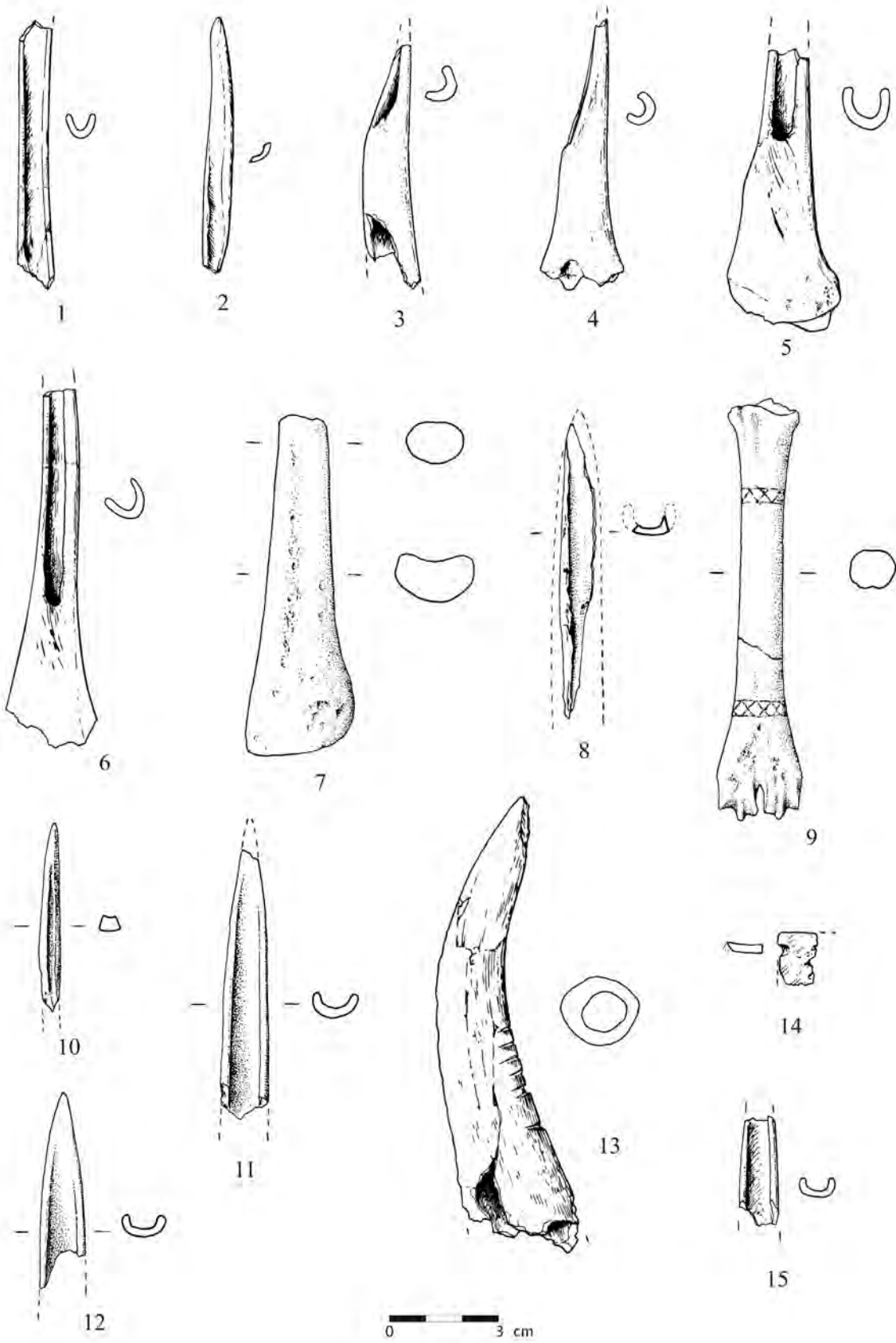


Figura IV.3.58_Mola Alta de Serelles (1-6), Mas d'En Miró (7-8), Mas de Menente (9-12) y Mas del Corral (13-15).

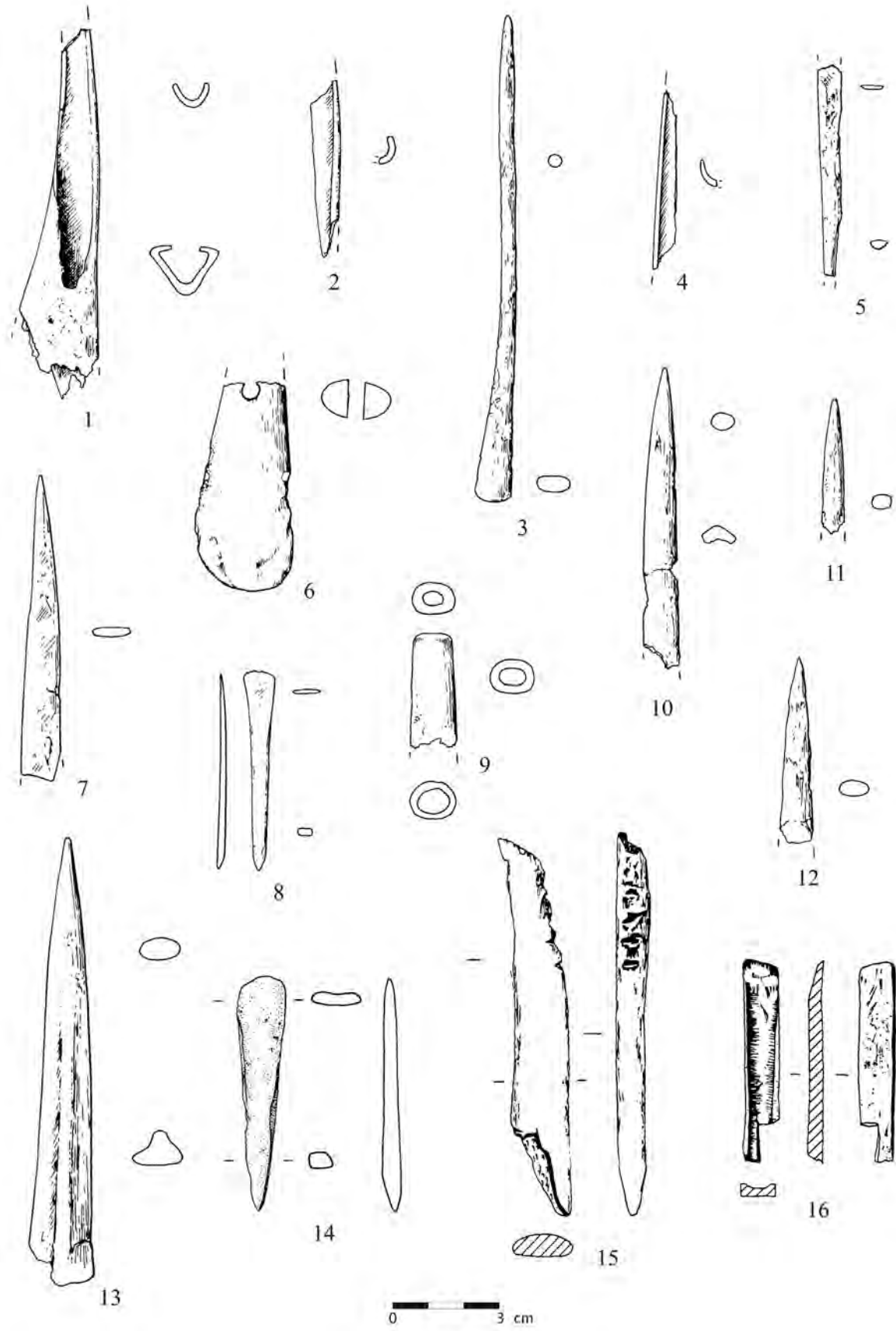


Figura IV.3.59_Mas del Corral (1-13), Altet de Canalís (14) y Cabeço de Serrelles (15-16).

F. Rubio (1987) menciona una muralla de cerca de un metro de grosor realizada a base de amontonamientos de piedras de regular tamaño, sin ningún tipo de argamasa. En cambio, J. Trelis (1986; 1988) no hace ninguna referencia a la existencia de tal muralla, aunque sí de la presencia de varios abancalamientos en la ladera donde se dispone el asentamiento. El poblado ocuparía desde el primer abancalamiento hasta el tercero, conservándose mejor en los puntos cercanos a la base de los márgenes.

Durante la última campaña de excavaciones realizada, se documentó parte de dos estructuras murarias que conformaban parte del sistema de aterrazamiento con el que se habilitó el espacio para construir las viviendas del poblado, semejante a juicio de su excavador a los detectados en otros enclaves más al norte como la Loma de Bexí o Muntanya Assolada (TRELIS MARTÍ, 1992: 87).

Desde hace varios años se vienen realizando excavaciones arqueológicas ordinarias bajo la dirección de J. Trelis (1986; 1988; 1992). Las noticias publicadas sobre estos trabajos nos informan de la existencia de varios niveles de ocupación y un buen volumen de materiales arqueológicos, entre los que cabe destacar un alto número de molinos barquiformes y de restos cerámicos.

En las dos últimas campañas llevadas a cabo –1990-1991– se pudo registrar una primera fase constructiva en la que al parecer se detectaron restos de varias viviendas muy poco documentadas a las que se asocian un fragmento de brazal de arquero y un botón de perforación en “V”, elementos que a juicio de su excavador permiten considerar una fecha de inicios de la Edad del Bronce para esta fase (TRELIS MARTÍ, 1992: 87).

A una segunda fase constructiva se ha adscrito otro espacio –Habitación I– con unos 26 m² excavados, de planta irregular. En su interior se ha documentado un banco corrido y dos poyos circulares de barro, así como un hogar de arcilla y bloques de arcilla revocados, situados hacia el centro de la habitación y varios calzos de poste junto a los muros. Alrededor del hogar se documentaron grandes vasijas para almacenamiento, cuencos y una vasija carenada a media altura, además de un mango de hueso, todo ello datable en el Bronce Pleno según J. Trelis (1992: 87).

Por último, a una fase muy arrasada que su excavador sitúa cronológicamente en el “Bronce Tardío” corresponden algunos fragmentos de lienzos de muros y bolsas con material arqueológico interpretadas como áreas de desecho. A esta fase se adscriben también los tres enterramientos localizados en el interior del poblado: dos inhumaciones infantiles en tinaja y una inhumación en cista de mampostería.

III. Valoración y cronología

C. Visedo (1959: 51) consideró al Mas del Corral entre los poblados pertenecientes al entonces denominado Bronce I, al igual que el resto de los enclaves

similares conocidos en la región. Más tarde, R. Enguix (1976: 151) en su trabajo sobre la economía del Bronce Valenciano, lo recoge como un yacimiento donde la agricultura se constituiría como una de las bases fundamentales de su economía.

En fechas más recientes, su excavador manifestaba que se trataría de un típico poblado del “Bronce Valenciano”, con enterramientos aprovechando grietas cercanas al poblado, y con una ocupación durante el Bronce Tardío en la que se documentan las primeras evidencias funerarias en la zona de hábitat (TRELIS MARTÍ, 1992).

Se dispone de dos dataciones absolutas para la fase considerada como “Bronce Pleno”, obtenidas de carbones, y cuyos resultados ya calibrados por dendrocronología se encuentran en el intervalo entre 2340-1920 cal BC y el 2466-1982 cal BC, fechas elevadas según su excavador (TRELIS MARTÍ, 1992: 89).

IV. Productos óseos

Se han incluido en nuestro inventario un total de 16 objetos involucrados en la producción ósea, todos ellos procedentes de las excavaciones realizadas bajo la dirección de J. Trelis Martí. Del conjunto sobresale, como es ya norma habitual en casi todos los yacimientos que estamos analizando, el grupo de los punzones, con 9 efectivos. De éstos, uno no puede adscribirse a ningún tipo en concreto, mientras que otro se ha clasificado, sin garantías, dentro del tipo A221 (Fig. IV.3.59.12).

El tipo A121 está representado con total seguridad en su variante A121b (Fig. IV.3.59.1) y, aunque con menos seguridad dada la pequeñez del fragmento conservado, también en la variante A121c (Fig. IV.3.58.15). De los otros dos ejemplares no ha podido discriminarse su pertenencia a una u otra de estas dos variantes.

El tipo A211 cuenta con dos ejemplares (Fig. IV.3.59.10 y 13), mientras que el tipo A222 sólo está representado por un ejemplar (Fig. IV.3.59.7) que además es resultado de la reutilización de una porción longitudinal del fuste de un punzón del tipo A121b ó c.

Entre el resto de útiles reconocido hallamos dos ejemplares de cincel pequeño de base apuntada –E231– uno de ellos típico (Fig. IV.3.59.8) y el otro bastante más dudoso (Fig. IV.3.59.5) pues quizá podría ser también un alfiler del tipo L111. En cambio, la pieza de la Figura IV.3.59.3 corresponde al modelo del tipo L211 de alfiler de cabeza aplanada. El mango para punzón de metal resulta también típico –M111 (ó M211, dadas las dimensiones conservadas y la fractura del extremo proximal)– (Fig. IV.3.59.9). A pesar de la falta de buena parte del fuste y del extremo distal, la pieza de la Figura IV.3.59.6 se ha clasificado dentro del tipo P122 de picos con perforación para enmangue, quedando el diámetro de la perforación claramente dentro de los parámetros al uso en otros yacimientos en los que se ha registrado este tipo de productos, como Cabezo Redondo.

Por último, el fragmento de botón es tan pequeño que apenas permite más que asegurar el origen marfileño de la materia prima empleada y su pertenencia a este grupo de objetos de adorno, sin que se pueda precisar si se trató de un botón piramidal o prismático triangular (Fig.IV.3.58.14).

38. ALTET DE CANALIS (Alcoy, Alicante)

I. Emplazamiento

El yacimiento se ubica entre el Altet de les Carrasques y la Mola Alta de Serrelles, en la sierra de Mariola, sobre un espolón rocoso. Coordenadas UTM: X: 716174 Y: 4289567.

II. Información arqueológica

El Altet de Canalis es un poblado de pequeñas dimensiones en el que se observan algunas construcciones de muros y una muralla que cierra al mismo por el lugar por donde es más accesible (RUBIO GOMIS, 1987). Para J. Trelis (1984a: 199) la muralla que lo delimita es posible que tenga una forma rectangular.

La primera noticia acerca del yacimiento se debe a C. Visedo (1959: 51) quien lo consideró como un yacimiento del Bronce I. Más tarde R. Enguix (1975: 145) lo incluyó entre los yacimientos de la Edad del Bronce por la presencia de dientes de hoz. El único trabajo publicado hasta la fecha en el que se haga estudio del yacimiento es el de F. Rubio (1987: 87) quien recogió todos los datos que se conocen hasta el momento y realizó una catalogación del material depositado en el Museo Arqueológico de Alcoy, fundamentalmente restos cerámicos, procedente íntegramente de excavaciones no documentadas.

III. Valoración y cronología

No existen evidencias que permitan situar la ocupación del yacimiento en un intervalo cronológico determinado dentro del II milenio cal BC, si bien se aprecia la ausencia de productos característicos de consumo vigente en fechas posteriores a *ca.* 1500 cal BC.

IV. Productos óseos

Sólo contamos con una pieza, la cual hemos catalogado dentro del grupo de cinceles de base apuntada del tipo E231 (Fig. IV.3.59.14).

39. CABEÇO DE SERRELLES (Alfafara, Alicante)

I. Situación

El yacimiento está emplazado en un cabezo que forma parte de las últimas estribaciones septentrionales de la Sierra de Mariola, en contacto ya con la parte más occidental de la Valleta d'Agres, y próximo al Cabeço de Mariola. Se encuentra a una altura de 901 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 711866 Y: 4293252.

II. Información arqueológica

De acuerdo con algunas estimaciones (PASCUAL BENITO, 1990) el yacimiento podría tener una extensión de alrededor de 2000 m². No se han efectuado excavaciones en el mismo, aunque existen diversos objetos depositados tanto en el Centre d'Estudis Contestans como en el Museo Arqueológico Municipal de Alcoy, procedentes de rebuscas y prospecciones superficiales. Por los datos que proporciona F. Rubio (1987: 33), en una pequeña cata de 4 m² de superficie se localizaron los restos de una vivienda con muros de mampostería trabada en seco y de improntas de ramaje sobre fragmentos de barro, presumiblemente del techo (PASCUAL BENITO, 1990: 86), sobre la que aparecían niveles correspondientes a época ibérica.

II.1 Productos

F. Rubio dio a conocer tres fragmentos de cerámica y un diente de hoz recogidos en superficie en el yacimiento (RUBIO GOMIS, 1987), mientras que el lote de materiales depositado en el Centre d'Estudis Contestans fue parcialmente publicado por J. L. Pascual (1990).

III. Valoración y cronología

Tanto J. L. Pascual (1990: 98) como F. Rubio (1987) coinciden en señalar que el yacimiento correspondería a la "cultura" del Bronce Valenciano, sin hacer otras precisiones cronológicas que, dadas las características de los datos conocidos resulta sin duda aventurada, más allá de hacer notar la ausencia de elementos que claramente puedan vincularse con la segunda mitad del II milenio cal BC.

IV. Productos óseos

J. L. Pascual da a conocer dos productos óseos procedentes de la colección del Centre d'Estudis Contestans. Uno de ellos es una "sierra" elaborada sobre costilla de rumiante del tipo S112 (Fig. IV.3.59.15), bastante deteriorada. El otro es una pequeña espátula fabricada con una diáfisis longitudinal, tal vez de tibia de pequeño rumiante del tipo H113 (Fig. IV.3.59.16).

40. COVA DELS PILARS (Agres, Alicante)

I. Situación

La cueva se encuentra en las estribaciones más septentrionales de la Sierra de Mariola, a la margen izquierda del Barranquet del Cantalar, en una zona de fuerte pendiente a unos 600 m al Este de la localidad de Agres. Coordenadas U.T.M.: X: 716545 Y: 4295298. Altitud s.n.m.: 800 m

II. Información arqueológica

La cavidad se abre al exterior formando un gran abrigo con dos bocas de entrada y tres columnas estalagmíticas de los que toma nombre el yacimiento, en

el centro del cual se localiza un corredor que da acceso a la cueva propiamente dicha, de unos 30 m de longitud por 12 m de anchura, que se divide en dos salas. La superficie de la primera es irregular, mientras que la segunda, más pequeña, presenta una gatera ascendente en su parte derecha.

La presencia de restos arqueológicos en la cueva era conocida desde antiguo (VISED0 MOLTÓ, 1959). Por los materiales arqueológicos procedentes de la misma se deduce una amplia secuencia de ocupación que abarca desde el Neolítico hasta época ibérica (GRAU MIRA, 1996).

III. Valoración y cronología

Aunque es bien conocida la presencia de cerámicas y de otros restos de cronología prehistórica en el yacimiento (SEGURA MARTÍ, 1985), la información publicada hasta ahora ha hecho referencia predominantemente al papel de la cavidad como posible cueva santuario en época ibérica. Sin embargo, la existencia de cerámica neolítica y de materiales cerámicos que podemos adscribir al Bronce Final permite suponer su ocupación previa posiblemente como espacio de hábitat.

IV. Productos óseos

La única pieza que hemos incorporado a nuestro inventario es un fragmento de brazaletes de marfil, perteneciente a la colección del Centre d'Estudis Contes-tans, completamente calcinado (Fig. IV.3.60.1).

41. MOLA D'AGRES (Agres, Alicante)

I. Situación

El poblado de la Mola d'Agres se encuentra situado sobre un espolón de cima amesetada que forma parte de las estribaciones septentrionales de la Sierra de Mariola, sobre la Hoya de Agres. Esta meseta de forma ovalada presenta una anchura de 50 por 30 m aproximadamente, a una altura s/n/m de 791 m. Coordenadas UTM: X: 717328 Y: 4295975.

II. Información arqueológica

Aunque el yacimiento ya era conocido de antiguo (PONSELL CORTÉS, 1952; VISED0 MOLTÓ, 1959), las primeras excavaciones con carácter sistemático no se iniciaron hasta 1978 bajo la dirección de M. Gil-Mascarell, dándose a conocer parte de los resultados de las sucesivas campañas en artículos centrados fundamentalmente en la caracterización de la secuencia estratigráfica y en los materiales exhumados (GIL- MASCARELL, 1981, 1982, 1985; DE PEDRO MICHÓ, 1985; GIL- MASCARELL Y ENRIQUE TEJEDO, 1992), hasta que a mediados de la década de los noventa se publicó la memoria de los trabajos desarrollados hasta entonces (PEÑA SÁNCHEZ *et al.*, 1996). De las actividades arqueológicas llevadas a cabo a partir de ese momento tan sólo ha trascendido una sucinta reseña (GRAU ALMERO *et al.*, 2004).

Según lo publicado hasta ahora, el poblado quedaba delimitado hacia el Norte por un gran muro, revocado con margas por su cara interna, que presenta una anchura que oscila entre los 3 m en el extremo más oriental hasta aproximadamente 1 m en el occidental y que conserva cerca de 1,50 m de alzado. Por la cara externa, se adosa una estructura ataludada que parece actuar como contrafuerte. Al interior de este recinto encontramos el espacio habitado, en el que se han podido identificar diversas unidades habitacionales.

Además de los restos humanos localizados en el interior de grietas cercanas al yacimiento, de los que ya se tenía noticia, se localizó también un enterramiento en fosa de un individuo acompañado de un puñal de remaches, asociado al lienzo murario que cierra el poblado y que se ha datado cronológicamente en la fase del "Bronce Pleno" (MARTÍ BONAFÉ *et al.*, 1996).

Por lo que respecta a la secuencia que ofrece el yacimiento, parece que ésta fue bastante prolongada, desde un "Bronce Antiguo" en el que se fija la fundación del poblado, hasta un Bronce Final- Hierro I representado por conjuntos excepcionales de material arqueológico pero pobríssimas evidencias a nivel de estructuras y espacios de habitación (PEÑA SÁNCHEZ *et al.*, 1996). Posteriormente, se ha evidenciado también una ocupación andalusí y moderna que cierra la estratigrafía del asentamiento (GRAU ALMERO *et al.*, 2004).

En el Sector I del yacimiento se han documentado varias habitaciones, la primera de las cuales - Habitación I- es un espacio de planta ovalada en donde se ha localizado un área de molienda, con una importante concentración de molinos y molederas y vasijas de almacenamiento, así como algunas semillas de trigo. Más hacia el Oeste parece que hallamos otra unidad habitacional similar, parcialmente excavada.

Al sur del muro perimetral que cierra el poblado se ha localizado también un estrecho pasillo delimitado por un muro de menor envergadura que discurre paralelo al primero, en sentido Este- Oeste. En esta zona se ha registrado un importante conjunto de objetos de marfil que parece evidenciar la existencia de un taller de eboraria correspondiente a la fase del Bronce Pleno.

En el Sector II del yacimiento se han encontrado otras estructuras de hábitat delimitadas por muros paralelos en sentido Norte- Sur y el muro de cierre del poblado. En esta misma zona se localizó también un conjunto de tres cubetas adosadas a la pared Norte del muro que se amortizan en el Bronce Final, en función del registro material documentado en su interior (GRAU ALMERO *et al.*, 2004: 243).

III. Valoración y cronología

A juicio de sus excavadores, las primeras fases de ocupación del yacimiento se adscriben al "Bronce Valenciano", siguiendo en esto una tendencia que desde hace cierto tiempo ha incluido en éste los elementos materiales adscritos tradicionalmente al "Bronce Antiguo" y "Bronce Pleno". La última fase de ocupación,

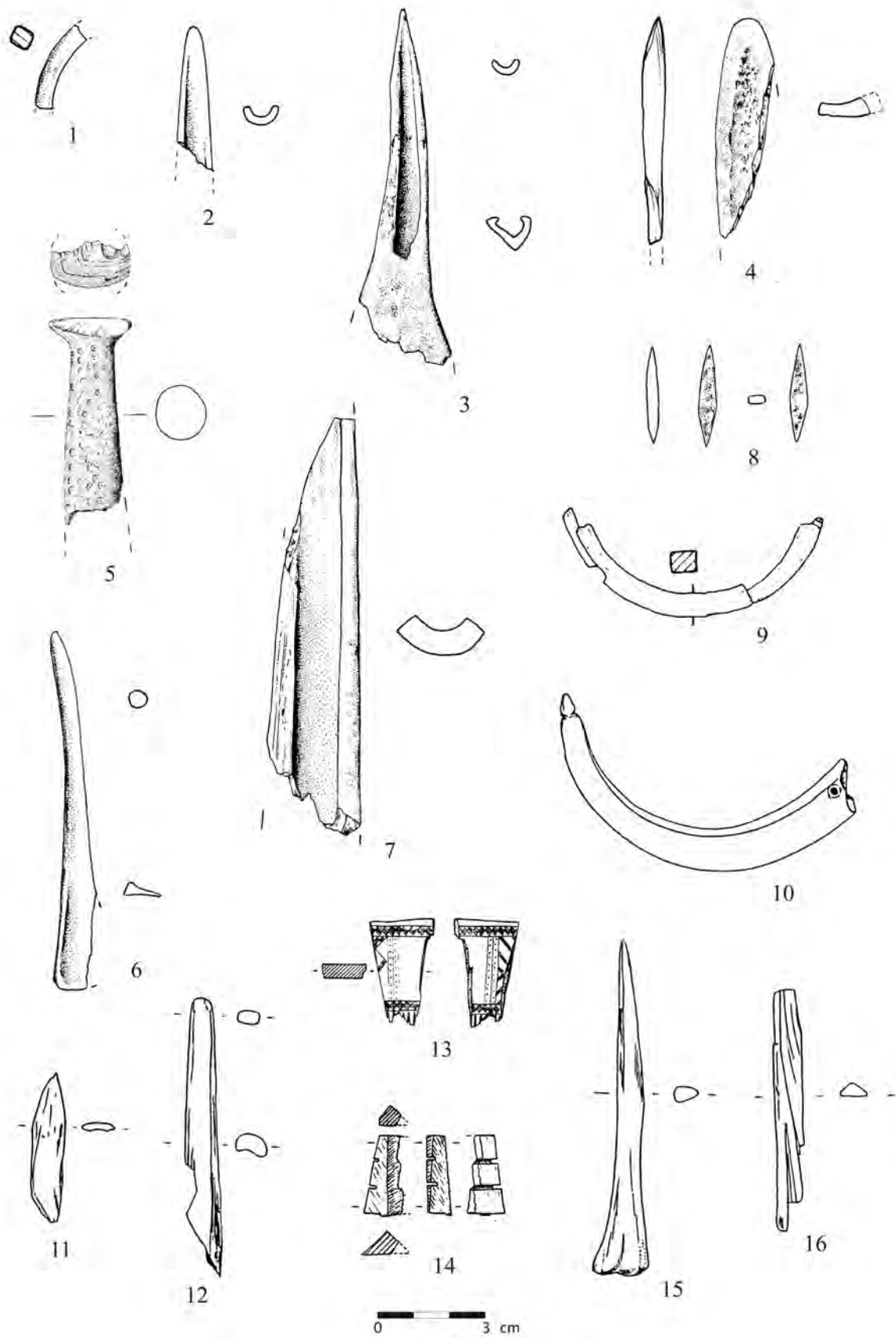


Figura IV.3.60_Cova dels Pilars (1) y Mola d'Agres (2-16).

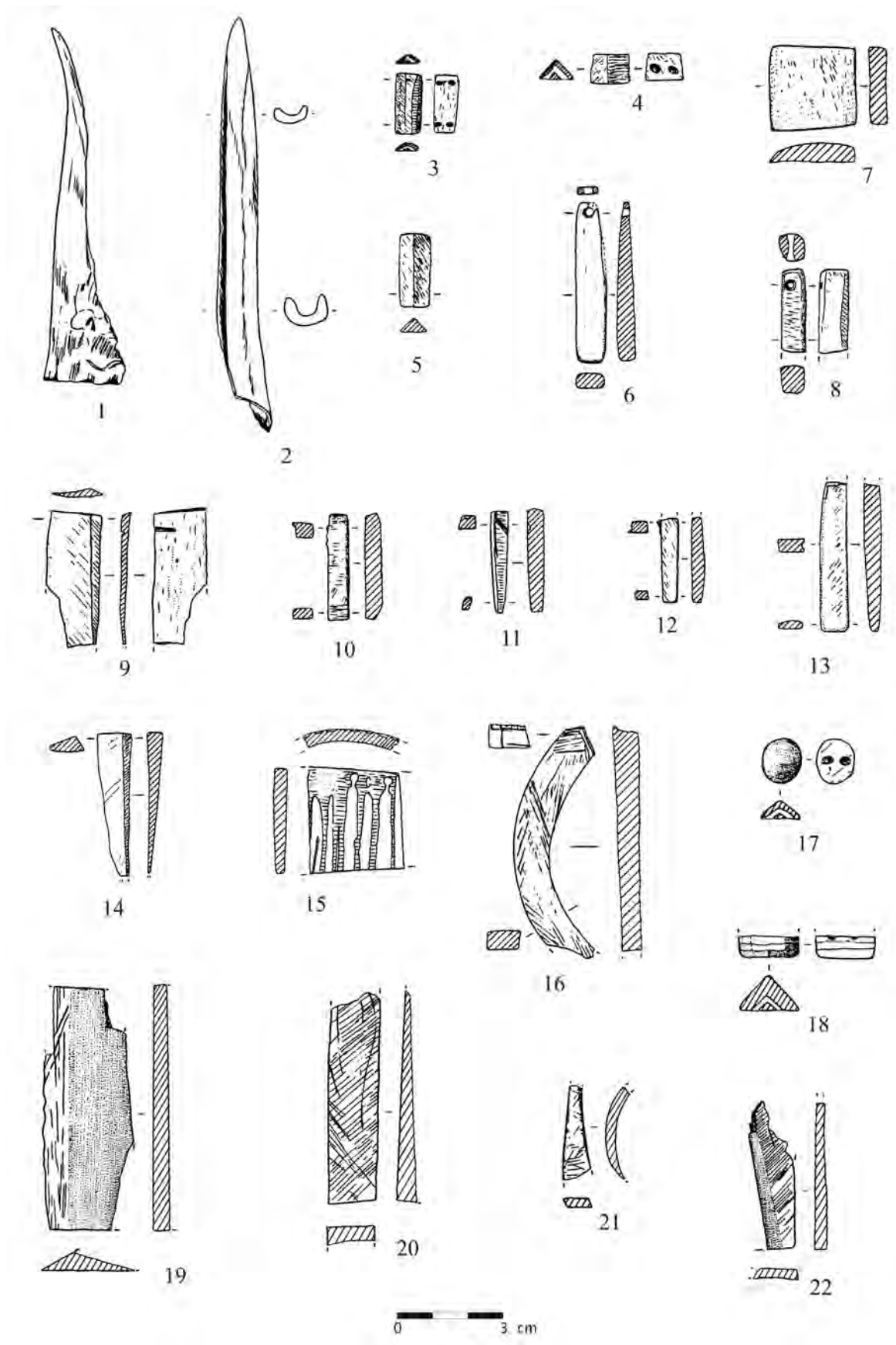


Figura IV.3.61_Mola d'Agres (1-16), Cova de les Cendres (17-22).

sin una conexión estratigráfica clara con los niveles previos registrados (GIL- MASCARELL Y PEÑA SÁNCHEZ, 1994) se relaciona con el Bronce Final- Hierro I, caracterizado por las cerámicas acanaladas, vasijas con incrustaciones metálicas y otros objetos registrados, como la célebre fíbula *ad ochio* hallada en la terraza del Sector V.

IV. Productos óseos

Del inventario total de piezas que incluimos en nuestro catálogo sólo una parte ha sido analizada directamente por nosotros, la que pertenece a los fondos que se custodian en el Centre d'Estudis Contestans. Tanto la imagen gráfica como los datos descriptivos del resto se han tomado directamente de la publicación de J. L. Pascual (1995) y de J. L. Peña Sánchez *et al.* (1996).

La muestra que incluimos no constituye más que una pequeña representación del registro que ha proporcionado el yacimiento, el resto del cual confiamos en que sea pronto publicado. Entre los instrumentos hemos identificado un punzón del tipo A121c (Fig. IV.3.61.2) y otro inequívocamente del tipo A121b (Fig. IV.3.60.3), así como otro más del tipo A111a, dudoso (Fig. IV.3.61.1); un alfiler del tipo L111a (Fig. IV.3.60.6) y otro del tipo L111b (Fig. IV.3.60.15); un biapuntado bien conservado del tipo A231 (Fig. IV.3.60.8) y varios alisadores o espátulas del tipo H113 (Fig. IV.3.60.4 y 7). Pero con diferencia son los objetos de marfil los que constituyen el conjunto más sobresaliente del poblado. Entre ellos destacamos un mango decorado con círculos con punto central (LÓPEZ PADILLA, 1993) (Fig. IV.3.60.5) y un peine decorado con motivos geométricos grabados con un punzón formando bandas y reticulados (Fig. IV.3.60.13), también publicado ya (GIL- MASCARELL Y PEÑA SÁNCHEZ, 1994). Con todo, resulta especialmente interesante la presencia de un área de actividad relacionada con la producción de artefactos de marfil (PASCUAL BENITO, 1995; GRAU ALMERO *et al.*, 2004) de la que incluimos algunas de las piezas publicadas (Fig. IV.3.60.14 y 16 y IV.3.61.3-16).

42. COVA DE LES CENDRES (Teulada, Alicante)

I. Emplazamiento

La cavidad se encuentra situada sobre la misma línea de costa, a unos 50 m s/n/m, en la denominada Punta de Moraira, al otro lado de la Playa del Portet, único punto desde el que se puede acceder por tierra. Presenta la boca orientada hacia el Sudeste, con un amplio vestíbulo que da paso a una sala de unos 500 m² de superficie. Coordenadas UTM: X: 252398 Y: 4285955.

II. Información arqueológica

El yacimiento era conocido desde principios del siglo XX, llegando a ser visitado, entre otros, por H. Breuil. A pesar de que las frecuentes visitas a la cueva y los objetos exhumados durante las mismas mostra-

ban claramente la importancia del depósito arqueológico allí contenido, las primeras excavaciones no se llevarían a cabo hasta los años setenta, bajo la dirección de E. llobregat, de las que se daría cuenta en una publicación que vería la luz algunos años más tarde (LLOBREGAT CONESA *et al.*, 1981). En estos trabajos se puso de manifiesto la relevancia del paquete estratigráfico conservado en la cavidad, precisado aún con más detalle a partir de la intervención de urgencia realizada en 1981, que reveló la importante secuencia holocena –desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce (BERNABEU AUBÁN, 1989; BERNABEU, FUMANAL Y BADAL, 2001; BERNABEU AUBÁN Y MOLINA BALAGUER, 2009).

Los niveles superiores de la secuencia son los que han brindado materiales correspondientes al III y II milenio cal BC, si bien éstos últimos aparecen mal definidos por hallarse en los estratos superficiales, más expuestos a la erosión y alteración antrópica. Los productos cerámicos localizados en estos estratos fueron publicados por E. Vento (1986), destacando los fragmentos de vajilla con decoración de tipo campaniforme que permitieron atribuirlos al denominado “Horizonte Campaniforme de Transición”.

III. Valoración y cronología

Sin duda se trata de uno de los yacimientos más relevantes para la prehistoria valenciana, que ha sido además objeto de un largo y detallado proceso de documentación y registro arqueológico que ha ido siendo publicado in extenso en los últimos años. Todos los niveles de la secuencia estratigráfica han sido datados por medio del radiocarbono, conformando un paquete de más de casi una treintena de dataciones que abarcan un intervalo general comprendido entre *ca.* 5300 cal BC y *ca.* 2100 BC (BERNABEU, FUMANAL Y BADAL, 2001: 71; BERNABEU AUBÁN Y MOLINA BALAGUER, 2009: 49).

IV. Productos óseos

Formando parte del registro artefactual de los estratos superiores de la secuencia de Cendres, J. Ll. Pascual Benito (1995: 21) publicó un conjunto de seis objetos de marfil que, al parecer, procedían de uno de los niveles con cerámicas campaniformes –un botón cónico del nivel H 2 (Fig. IV.3.61.17)– y otras cinco piezas –un botón prismático (Fig. IV.3.61.18) y cuatro fragmentos de láminas y placas de marfil con señales de manufactura (Fig. IV.3.61.19-22)– de las que no podía asegurarse su exacta procedencia, aunque debiendo contextualizarse también en los estratos con campaniforme o en niveles de la Edad del Bronce todavía mal definidos.

43. COVA DEL MONTGÓ (Xàbia, Alicante)

I. Situación

La cavidad se encuentra en la parte alta del macizo del Montgó, en la ladera sudoriental del mismo, a una

altura s/n/m de 625 m, dominando prácticamente toda la Bahía de Xàbia. Coordenadas UTM: X: 250964 Y: 4298825.

II. Información arqueológica

Se trata de una cavidad con una gran sala exterior, de 50 a 60 m en sus dos ejes, con una estrecha hendidura que conduce a otras salas más pequeñas interiores unidas por medio de varios corredores. En la actualidad el yacimiento se encuentra prácticamente sin sedimentos arqueológicos.

En 1935 y 1936 J. Belda realizó las primeras excavaciones arqueológicas, actividades que no se reanudarían hasta el año 1964, cuando M. Tarradell dirige una campaña (SALVA, 1966: 95), no volviéndose a intervenir hasta los años 1979 y 1980, en los que J. Aparicio excava en el yacimiento (APARICIO PÉREZ *et al.*, 1983: 358).

El relativamente amplio conjunto de restos humanos hallados en el interior de la cavidad resulta suficientemente significativo de su empleo como necrópolis durante el IV y sobretodo el III milenio cal BC (SOLER DÍAZ, 2002), a cuyo último tercio se deben adscribir los fragmentos de cerámica campaniforme y los dos cuchillos y el punzón metálicos señalados por J. L. Simón (1997b: 159).

Los estudios más recientes han permitido señalar además una ocupación durante el denominado “Bronce Tardío”, con la presencia de algunas formas cerámicas características de este momento y de algún vaso que podría situarse ya en la tradición de los Campos de Urnas.

III. Valoración y cronología

La inexistencia de estratigrafías y de contextos para los materiales extraídos del yacimiento impide precisar la secuencia cronológica que ofrece el yacimiento, aunque resulta evidente que su ocupación fue muy prolongada, extendiéndose con diferentes usos y de manera discontinua desde el Paleolítico hasta la Edad Media.

Cuando en el IX Congreso Nacional de Arqueología, A. Salva (1966) da a conocer la cerámica de las excavaciones de J. Belda, se apunta que en la cavidad existía un estrato neolítico, con cerámicas cardiales, otro eneolítico, con enterramientos y cerámicas lisas, y otro de la Edad del Bronce. Las revisiones efectuadas en fechas más recientes sobre los materiales del yacimiento han permitido indicar además la ocupación de la cavidad durante el Bronce Tardío Final (SIMÓN GARCÍA, 1990: 112, 118 y 120), fundamentalmente en base a la presencia de algunas formas cerámicas características de los Campos de Urnas (SIMÓN GARCÍA, 1997b).

IV. Productos óseos

La colección de objetos óseos inventariada corresponde a la que se encuentra depositada actualmente

en el MARQ, procedente de las actuaciones realizadas por J. Belda (LÓPEZ PADILLA, 1997). El conjunto se compone de un total de 17 piezas, buena parte de las cuales pertenecen a tipos de productos no consumidos durante la Edad del Bronce, sino característicos de etapas anteriores. Es el caso de los punzones sobre tibia de lagomorfo, de los que se cuentan cuatro ejemplares (Fig. IV.3.62.8-10 y 13) o las varillas óseas sobre metapodios de ovicaprino, con otros cuatro (Fig. IV.3.62.4, 11-12 y 15).

Del resto, e incluidos en nuestra lista tipológica, contamos con un único punzón del tipo A121a (Fig. IV.3.62.3) y otro del tipo A121b (Fig. IV.3.62.16); un alfiler del tipo L112 (Fig. IV.3.62.7); un alisador o espátula sobre costilla del tipo H211 (Fig. IV.3.62.17) y por último un colgante sobre colmillo de suido del tipo K111b (Fig. IV.3.62.1).

44. COVA DE BOLUMINI (Benimeli, Alicante)

I. Situación

Se encuentra en la vertiente meridional de la Sierra de Segària, al Noroeste de la localidad de Beniarbeig, desde la que se accede al pie de un depósito de agua próximo a la cueva a través de un camino asfaltado. Coordenadas U.T.M.: X: 757892 Y: 4302495. Altitud s.n.m.: 345 m

II. Información arqueológica

El yacimiento se encuentra en la sala principal de una cueva de amplio desarrollo, probablemente originada por el rellenado de una diaclasa calcárea por coladas estalagmíticas. La primera noticia sobre la existencia de materiales prehistóricos se debe a V. Lerma (1979), habiendo sido excavada en varias ocasiones desde entonces, proporcionando una amplia estratigrafía dividida en seis niveles sedimentarios que cubren una secuencia temporal que abarca desde el Epipaleolítico o Paleolítico Superior Final hasta el Hierro Antiguo (MATA PARREÑO, 1986).

Sobre un nivel –Nivel IV– con cerámicas decoradas –impresa cardial, incisiones, decoración plástica y peinadas– se localizan dos niveles arqueológicos el más reciente de los cuales –Nivel II– se relaciona con una ocupación de la Edad del Bronce superpuesta a otra supuestamente adscrita a un Neolítico sin cerámicas decoradas, en las que las evidencias de actividades domésticas se localizan junto a paquetes de restos óseos humanos que indican una utilización de la cueva con fines funerarios.

III. Valoración y cronología

A juicio de sus excavadores, el Nivel II pertenecería a un “Bronce Antiguo” con “residuos” del Horizonte Campaniforme de Transición (GUILLEM CALATAYUD *et al.*, 1992: 36) que al parecer evidencia un uso funerario de la cueva al mismo tiempo que su utilización

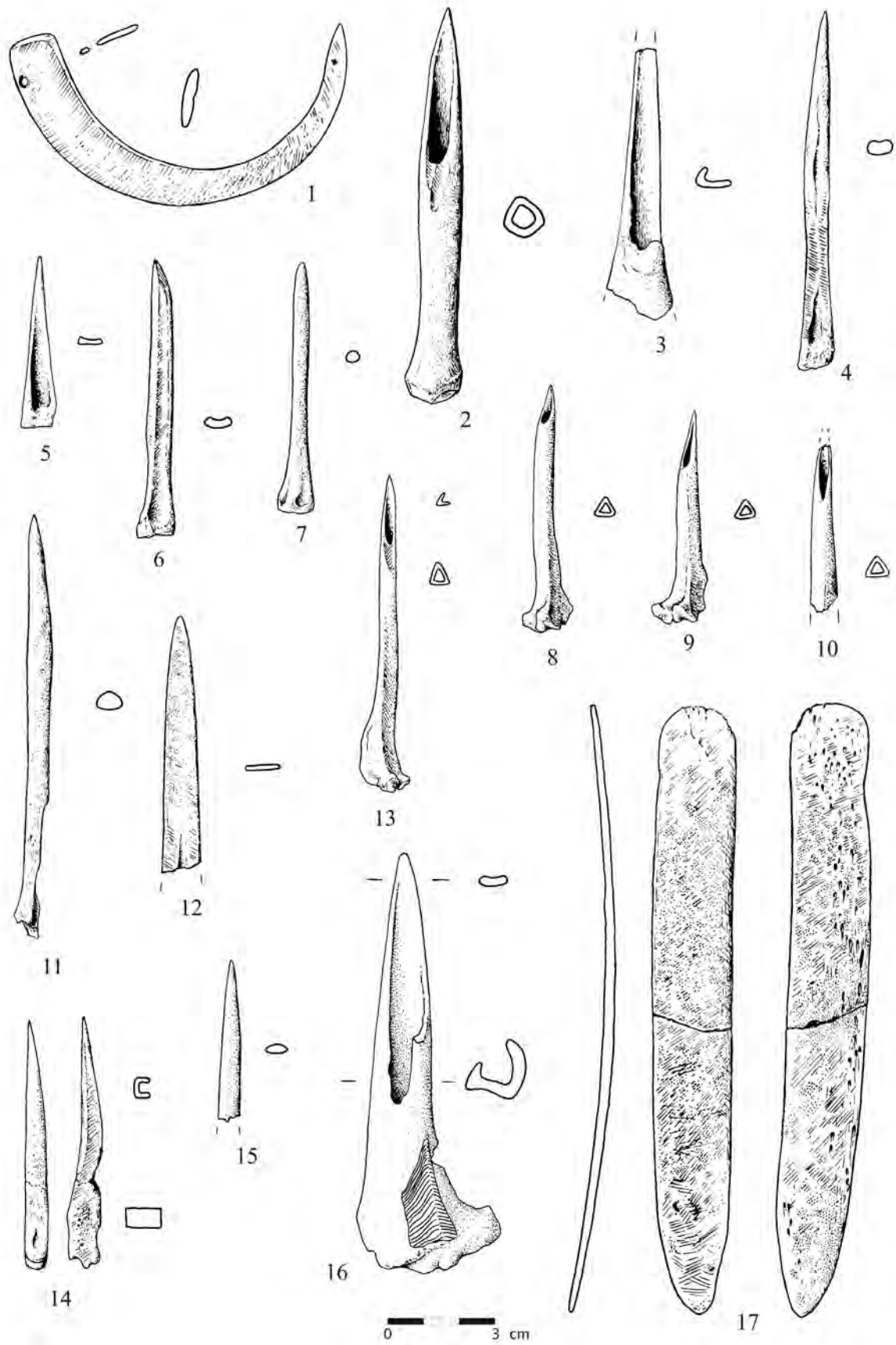


Figura IV.3.62_Cova del Montgó.

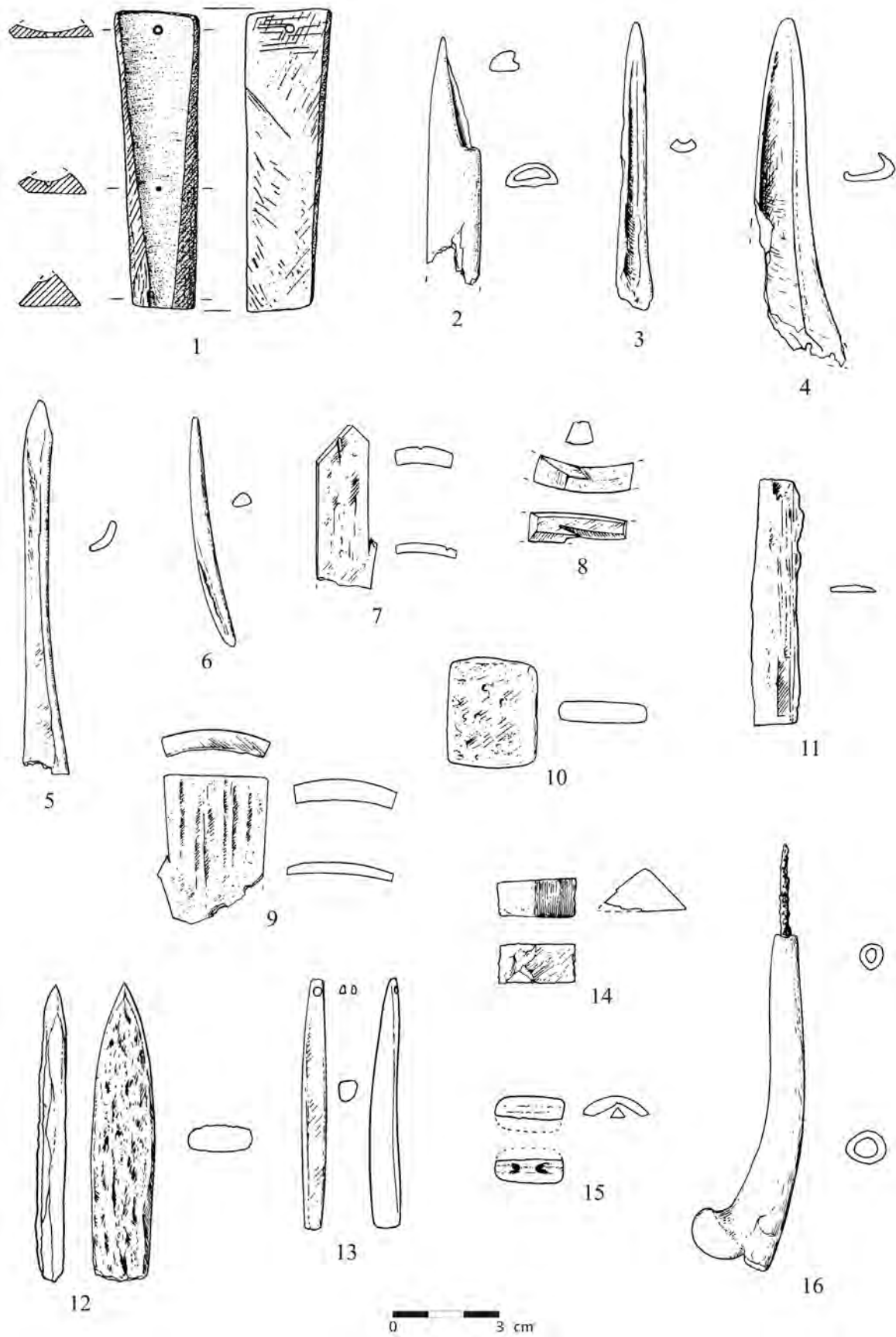


Figura IV.3.63_Cova Bolumini (1) y Cabeço del Navarro (2-16).

como área habitacional, característica que parece así mismo proyectarse al Nivel III, adscrito al Neolítico IIB de la secuencia regional.

Creemos, sin embargo, que las posibilidades de que se de una ocupación de carácter doméstico de la cavidad a la vez que su empleo como contenedor funerario son escasas. Más probable resulta pensar que la cueva fuese utilizada como necrópolis y posteriormente reutilizada como espacio de habitación, más bien hacia el final de la Edad del Bronce.

IV. Productos óseos

De los niveles II y III proceden tres piezas, ninguna de las cuales ha sido analizada por nosotros: un botón prismático de hueso, un punzón de nuestro tipo A121a y un colgante sobre barra prismática de marfil (GUILLEM CALATAYUD *et al.*, 1992: 43, Lámina 6). De todos ellos, sólo incluimos en nuestro inventario el colgante, el único objeto que ha sido analizado con detalle por J. L. Pascual (1995: 23), y que a nuestro juicio podría resultar una pieza fracturada durante el proceso de producción de uno o varios botones prismáticos y posteriormente reutilizada como colgante (Fig. IV.3.63.1).

45. CABEÇO DE NAVARRO (Ontinyent, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra enclavado en el más oriental del conjunto de tres cabeços denominados Cabeços dels Alforins, a unos 8 km al O del núcleo urbano de Ontinyent, y se accede al mismo a través de la carretera que une este municipio con el de Fontanars. Se eleva unos 100 m sobre el llano del valle circundante, lo que le confiere una amplia visibilidad a la que se une su estratégica posición, controlando el extremo más occidental del valle del Albaida. El cerro se halla a 640 m s/n/m. Coordenadas UTM X: 698565 Y:4297842.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue excavado en 1934 por J. Belda Domínguez (1944) aunque nunca se publicó memoria ninguna de estos trabajos, de los que apenas ha quedado más testimonio que el conjunto de materiales depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Tanto R. Enguix (1970: 67) como en fecha más reciente, A. Ribera y J. Pascual (1994: 24) han señalado el destacable tamaño que parece presentar este enclave, del que desafortunadamente sólo conocemos detalles superficiales, pues nada ha trascendido de las actuaciones de J. Belda, que tal vez se localizaron en un pequeño promontorio que presenta el cabeço en su parte más oriental, donde se ha localizado una zona desmantelada de aproximadamente 100 m² que alcanza los 2 m de profundidad sedimentaria. Se desconocen, por consiguiente, el número y las características de las unidades habitacionales presumiblemente exhumadas durante estos trabajos.

Como punto a destacar, no obstante, tan sólo se mencionó la existencia de una cista en donde al parecer fueron hallados dos cráneos (BELDA DOMÍNGUEZ, 1944: 166), analizados por M. P. De Miguel (2000).

Los materiales arqueológicos publicados procedentes del yacimiento son resultado o bien de las excavaciones efectuadas por J. Belda, ya referidas, o de las prospecciones superficiales realizadas en fechas más recientes por parte del Museo Arqueológico de Ontinyent y de la Vall d'Albaida (RIBERA GÓMEZ Y PASCUAL BENEYTO, 1995). En cualquier caso, y como era de esperar, el conjunto más numeroso y diverso es el que proporcionaron las excavaciones de J. Belda y que fueron estudiados por R. Enguix (1970).

III. Valoración y cronología

A juicio de J. Belda (1944: 166), el yacimiento debía pertenecer a momentos algo avanzados de la cultura argárica, tal y como marcaba el sentido general de la investigación en la época. Tres décadas más tarde, R. Enguix (1970: 76) propuso una cronología bastante más antigua en base a la presencia del botón de perforación en V y de algunos otros rasgos, como las formas y tratamiento de las cerámicas. De este modo, a su juicio el asentamiento correspondía a un momento más bien temprano del Bronce Valenciano, en torno al siglo XV ó XIV a. C., en un momento en que la cronología más antigua para esta cultura no remontaba el año 1600 a.C. A salvo de este detalle, las últimas revisiones del registro material del yacimiento han aconsejado mantener aproximadamente esa misma posición cronológica para el yacimiento (RIBERA GÓMEZ Y PASCUAL BENEYTO, 1997: 65).

IV. Productos óseos

Hemos inventariado un total de 15 productos óseos procedentes todos ellos de las excavaciones realizadas por J. Belda en 1934, y que se hallan depositados en el MARQ de Alicante. El conjunto se compone de seis piezas apuntadas, de las cuales dos se han clasificado como punzones del tipo A121c –uno de ellos con reciclado posterior (Fig. IV.3.63.5)– uno del tipo A123a (Fig. IV.3.63.2), otro del tipo A211a (Fig. IV.3.63.3) y los dos últimos como piezas del tipo A221a y A222b, respectivamente.

A destacar sin duda es el conjunto de ocho objetos de marfil, de los que cuatro corresponden a restos del procesado de láminas o rodajas de marfil en bruto (Fig. IV.3.63.7-9 y 11), uno a una posible preforma para la elaboración de un botón prismático de perforación en V (Fig. IV.3.63.14), y otros tres que corresponden a diversos productos manufacturados: un colgante en forma de barrita prismática de sección pseudo-rectangular del tipo K123a (Fig. IV.3.63.13), un botón prismático de perforación en V del tipo Q131 (Fig. IV.3.63.15) y una pieza en forma de pastilla cuadrangular de uso indeterminado D312 (Fig. IV.3.63.10).

El lote se completa con un mango para punzón metálico del tipo M112, empleando un húmero de cánido, el cual conserva todavía insertado la punta metálica (Fig. IV.3.63.16).

46. CAGALLÓ DEL GEGANT (Ontinyent, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra en la confluencia del Barranc dels Tarongers con el Barranc de Bocairent o de l'Avern, sobre la vertiente noroccidental de un saliente rocoso de poca altura. Se accede desde Ontinyent por la carretera comarcal 3316, a la altura del km 33. El punto se encuentra a 440 m s/n/m. Coordenadas UTM X: 708225 Y: 4297696.

II. Información arqueológica

El yacimiento, de muy reducidas dimensiones, fue dado a conocer por A. Ribera y J.L. Pascual Beneyto (1995). Al parecer se encuentra muy afectado por la erosión y por la actividad antrópica, pues en sus proximidades se llevaron a cabo labores de cantería y la construcción de una acequia. El escasísimo sedimento arqueológico detectado no parece conservar tampoco estructuras murarias de ningún tipo.

III. Valoración y cronología

A juicio de A. Ribera y J. L. Pascual Beneyto (1995) se trataría de un pequeño asentamiento perteneciente a la Edad del Bronce, sin que sea posible precisar mejor la cronología debido a la escasez del registro.

IV. Productos óseos

El objeto más relevante de los hallados en el yacimiento es el que incluimos en nuestro inventario. Se trata de un botón de marfil de perforación en V, de tipo prismático con perforación simple –Q131– publicado en su día por J. L. Pascual Beneyto (1994) (Fig. IV.3.64.1).

47. ARENAL DE LA COSTA (Ontinyent, Valencia)

I. Situación

A un kilómetro al Suroeste del núcleo urbano de Ontinyent, justamente en la partida de “La Costa”. El yacimiento se ubica sobre la margen izquierda del Barranc de la Lloma Rasa, en la cabecera del río Clariano, afluente a su vez del Albaida. El área se encuentra actualmente a 375 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 706332 Y: 4299897.

II. Información arqueológica

El asentamiento fue descubierto en mayo de 1988 por miembros del Servei Arqueològic Municipal d'Ontinyent, al distinguir diversas estructuras durante los trabajos de extracción de arenas para la cons-

trucción que se venían realizando en el lugar desde los años setenta. En las excavaciones de salvamento llevadas a cabo se distinguieron dos sectores –A y B–, separados uno de otro por el trabajo de las palas mecánicas durante la extracción de áridos.

En el sector A, excavado en 1988, se registraron cuatro estructuras, todas parcialmente afectadas por procesos erosivos de ladera. La más destacada es la estructura A-II, de grandes dimensiones y escasa potencia –ligero rehundimiento– que contenía gran cantidad de materiales cerámicos, líticos y de barro, distribuidos en su interior. La presencia de un gran molino barquiforme asociado a fragmentos de barro y piedras han permitido interpretarlo como un banco, y la presencia de carbones y de fauna quemada hacen pensar que estamos ante los restos de una unidad ocupacional. De su interior proceden las muestras datadas mediante la técnica del radiocarbono, que arrojaron una fecha de 3.890 ± 80 BP (2484- 2283 cal BC [1 σ]).

En 1991 se continuaron las labores de excavación en el sector B, localizándose 32 estructuras. La mayoría de ellas eran simples cubetas de diversas plantas, secciones y dimensiones, que contenían una sola unidad estratigráfica en la que se pudo documentar numerosos productos cerámicos y líticos. Junto a estas cubetas, se documentaron dos fosos con una estratigrafía también bastante homogénea. La última campaña de excavaciones realizada en este sector B (PASCUAL BENEYTO Y RIBERA GÓMEZ, 1993) permitió aumentar el número de estructuras identificadas con otras 36, entre las que figuran otros tres segmentos de foso.

Por último, es importante destacar que varias de las estructuras excavadas en este sector B –BXXVII, BXX, BXXI, B-48 y B-59– contenían deposiciones de cadáveres, todas ellas sin ajuar. (CALVO GÁLVEZ, 1993, 155; PASCUAL BENEYTO Y RIBERA GÓMEZ, 1993).

La planimetría conjunta del yacimiento en sus sectores A y B permite así suponer la existencia de un núcleo con cabañas de forma aproximadamente circular u oval rodeado por varios tramos concéntricos de fosos segmentados, tal vez asociados a empalizadas que no se han conservado, mientras que los silos y fosas se distribuyen de forma aparentemente aleatoria por toda la superficie de ocupación.

III. Valoración cultural y cronológica

La datación radiocarbónica obtenida en el fondo de cabaña localizado en el sector A del yacimiento fija claramente en la segunda mitad del III milenio cal BC la ocupación de esta vivienda, fecha que por otra parte parece acomodarse bastante bien al conjunto de materiales registrado, en el que aparece un buen número de fragmentos cerámicos con decoración campaniforme de tipo incision junto a otros elementos “clásicos” del denominado “Horizonte Campaniforme de Transición”.

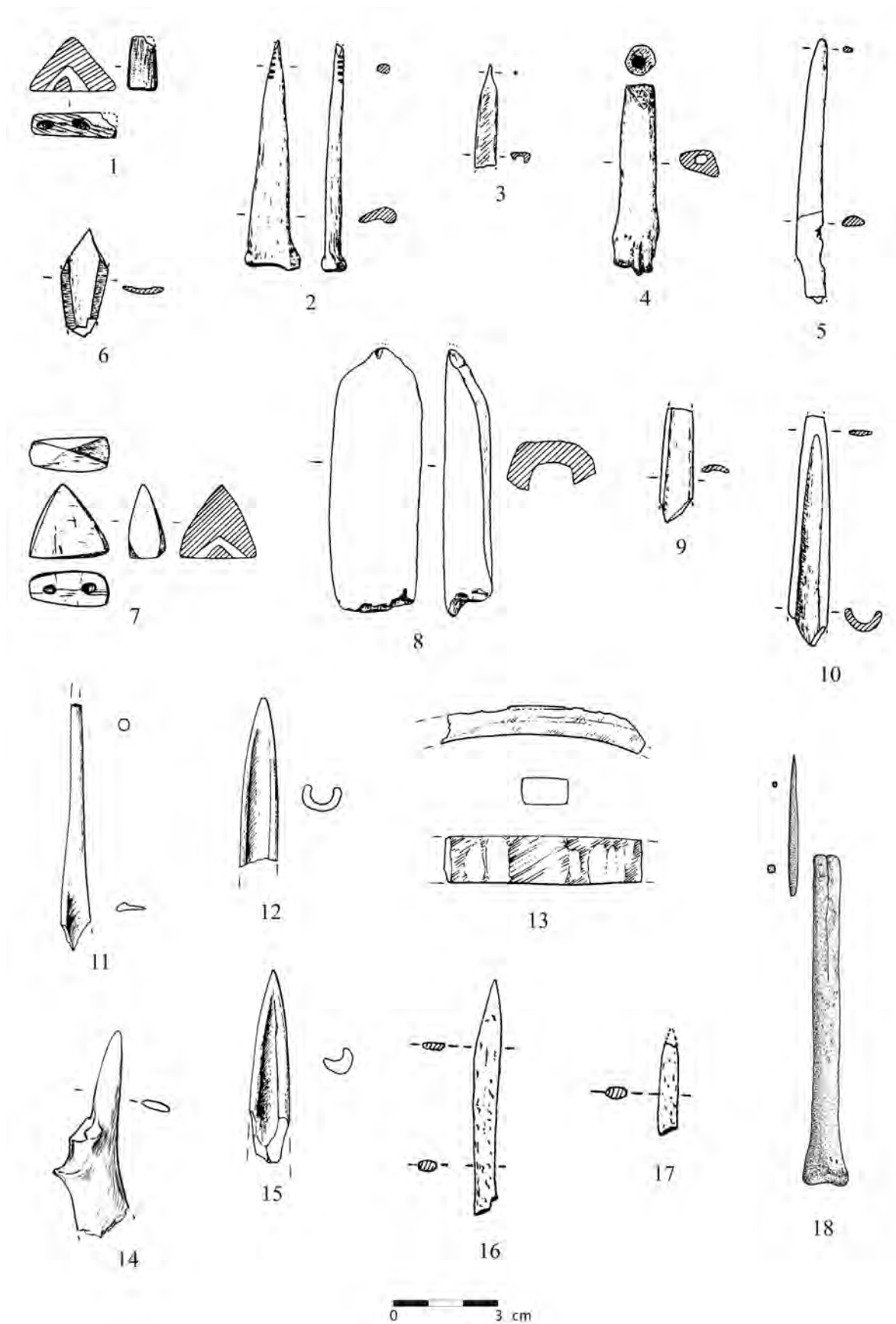


Figura IV.3.64_Cagalló del Gegant (1), Arenal de la Costa (2-10), Tossal Redó (11), Cova del Congle (12-13), Molló Terror (14), Cova dels Teixons (15), Puntal de l'Agüela (16-17) y Covatxol de Llopis (18).

IV. Productos óseos

La diversidad de útiles y adornos registrada en asentamientos de cronología más antigua, como Jovades o Niuet se ve aquí sustituida por una notable ausencia de objetos, reducidos apenas a una docena. Los únicos que han sido hasta ahora publicados (PASCUAL BENITO, 1993, fig. 6. 14) son nueve, entre los que encontramos cinco punzones, un cincel o espátula, un mango, un fragmento de colmillo de suido –probablemente un colgante– y un botón piramidal de perforación en V elaborado en marfil del tipo Q111 (Fig. IV.3.64.7).

De los punzones, uno pertenece al tipo característico del IV y III milenios cal BC elaborado sobre tibia de lepórido, no incluido en nuestra tipología general, mientras que los restantes corresponden a los tipos A123 sobre metapodio de linca (Fig. IV.3.64.2), A111 sobre ulna de ovicaprino y otro perteneciente al tipo A121c (Fig. IV.3.64.10). De la última pieza no es posible asegurar a qué tipo de punzón perteneció.

El mango, manufacturado sobre un metapodio de suido, se ha clasificado como tipo M114, advirtiéndose claramente su similitud técnica con otros mangos parecidos elaborados con soportes óseos semejantes (Fig. IV.3.64.4).

48. COVATXOL DE LLOPIS (Castelló de Rugat, Valencia)

I. Situación

Pequeña cavidad emplazada a unos 520 m s/n/m, abierta en la vertiente septentrional de la Sierra del Benicadell y muy próxima a la Cova de les Maravelles, a la que se accede desde la C-320 que conecta Albaida con Gandía, por un camino que se interna en el Barranc de Llopis que da nombre a la cueva. Coordenadas UTM: X: 729042 Y: 4305751.

II. Información arqueológica

Se trata de una pequeña cueva, de poco más de 5 m de profundidad, explorada y dada a conocer por E. Pastor Alberola (1972: 214). En su interior se hallaron restos óseos humanos, algún percutor de piedra, varios fragmentos de cerámica y el objeto que incluimos en nuestro inventario, del que ya diera cuenta en su momento J. L. Simón (1998).

III. Valoración y cronología

Si bien es muy probable que el uso funerario de la cueva se remonte al IV milenio BC –opinión defendida, entre otros, por J. Soler Díaz (2002: 182)– para J. L. Simón (1998: 135) la cueva pudo haberse empleado también durante la Edad del Bronce, extremos ambos difícilmente corroborables a la luz de la escasez de datos y la parquedad de los materiales procedentes del yacimiento.

IV. Productos óseos

El único objeto de hueso recuperado en el yacimiento es un mango para un punzón de metal, perte-

neciente a una colección particular, que todavía permanece engarzado al mismo, y que recogemos según dibujo y descripciones de J. L. Simón (1998: 135) (Fig. IV.3.64.18)

49. TOSSAL REDÓ (Bellús, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se ubica junto al km 9 de la carretera que comunica Xàtiva con Albaida, en su parte meridional, frente a otra loma muy próxima en la que se localiza el llamado Tossal del Caldero. Altitud s/n/m: 346 m. Coordenadas UTM: X: 716359 Y: 4314192.

II. Información arqueológica

Conocido a partir de unas prospecciones realizadas por I. Ballester en 1922, el asentamiento se localiza sobre una pequeña elevación de forma puntiaguda en cuya parte superior existe un pequeño llano de forma alargada y de muy poca anchura, limitado por pequeños escarpes que dificultan el acceso por sus vertientes. Al parecer, el asentamiento contaba con un doble recinto defensivo, constituido por dos murallas levantadas con mampostería trabada en seco. El recinto interior delimita la planicie superior del cerro, lugar en el que debió localizarse el núcleo habitado. Al Suroeste se unen los dos recintos, apreciándose un amontonamiento de piedras y tierra de planta circular de unos 10 m de diámetro, para el que M. Tarradell (1958: 117) apuntaba la posibilidad de que fuese una torre defensiva. En el interior de los recintos apenas se observan restos de construcciones.

La totalidad de los materiales arqueológicos del yacimiento procede de las exploraciones que I. Ballester realizó en 1922, y se conservan actualmente en las dependencias del S.I.P. de la Diputación de Valencia.

III. Valoración y cronología

A pesar de la escasez del material, M. Tarradell (1958) lo consideró un poblado característico del “Bronce Valenciano”, aunque no se pueda realizar una aproximación a su cronología a partir de los datos conocidos.

IV. Productos óseos

La única pieza registrada es un alfiler sobre fíbula de suido, del tipo L 111a, del que no hay referencias contextuales (Fig. IV.3.64.11).

50. COVA DEL CINGLE (Gandía, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra situado en la partida del Molló de la Creu, en la ladera del Alt de Falconet, en las estribaciones de la vertiente sudoriental de la Sierra Falconera. Se trata de una cavidad de media-

nas dimensiones, con una amplia boca que se abre a unos 400 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 740975 Y: 4317820.

II. Información arqueológica

La cueva fue explorada por V. Gurrea, quien sólo dio una breve noticia de la misma en una publicación conjunta con otros autores (APARICIO, GURREA Y CLIMENT, 1983: 226). En ella se indica que el depósito sedimentario tenía poco espesor, y que de él se extrajeron escasos restos, consistentes en algunos fragmentos cerámicos, huesos, fragmentos de sílex y un alisador de piedra pulida. En el Museo Arqueológico de Gandía se encuentran, además de éstos, otros objetos arqueológicos, algunos de los cuales incluimos en nuestro inventario tras ser analizados.

III. Valoración y cronología

A pesar de que no se hallaron restos humanos, la cavidad se consideró un yacimiento de carácter funerario perteneciente al “Eneolítico” (APARICIO, GURREA Y CLIMENT, 1983: 226), motivo por el que fue incluido también por J. Soler Díaz (2002: 132) entre las cuevas de inhumación múltiple del Levante peninsular valenciano, si bien señalando que no se conoce por ahora la existencia de restos humanos en su interior. La presencia de un brazaletes de marfil en el registro no descarta ese posible uso funerario, pero a nuestro juicio ampliaría en el tiempo la utilización de la cavidad, al menos hasta mediados- finales del III milenio cal BC, y muy posiblemente también durante el II milenio cal BC.

IV. Productos óseos

Del yacimiento procede un fragmento distal de punzón del tipo A121 (Fig. IV.3.64.12), sin que sea posible precisar su correspondencia con el subtipo a ó b, y una porción de brazaletes de marfil –B111a (Fig. IV.3.64.13).

51. MOLLÓ TERRER

(Real de Gandía, Valencia)

I. Situación

Se encuentra situado en una extensa loma de las últimas estribaciones sudorientales de la Sierra Falconera, a 368 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 741199 Y: 4315127.

II. Información arqueológica

El asentamiento ha sido explorado repetidas veces por M. Vidal y V. Gurrea. El primero recogió cerámicas lisas, un molino y conchas marinas, describiendo la existencia de un silo construido con piedras con una profundidad cercana a 3,40 m. El silo fue excavado, documentándose una gran cantidad de materiales entre los que cabe destacar un hacha y varios útiles líticos. El segundo autor recogió materiales del mismo (APARICIO, GURREA Y CLIMENT, 1983: 213). Parece ser im-

portante la presencia de cerámicas hechas a mano, con una amplia variedad de formas.

III. Valoración y cronología

J. Aparicio, V. Gurrea y S. Climent (1983) consideran que se trata de un poblado que comenzó su momento de ocupación durante el Eneolítico, prolongándose durante el Bronce Valenciano, si bien su hipotética relación con los momentos iniciales se debería a la importante presencia de enterramientos colectivos en los alrededores.

IV. Productos óseos

De entre el material depositado en el Museo Arqueológico Municipal de Gandía recogemos sólo un artefacto óseo. Se trata de un punzón de base epifisial sobre ulna de ovicaprino del tipo A111 (Fig. IV.3.64.14)

52. COVA DELS TEIXONS

(Real de Gandía, Valencia)

I. Situación

La cavidad se abre en la vertiente de una loma del sector meridional de la Sierra Falconera, que separa el llano litoral de Gandía del valle de Marxuquera por la margen izquierda del Serpis. La ladera de la loma está delimitada por el Barranc de Company. La boca de la cueva se encuentra a unos 95 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 742252 Y: 4313975.

II. Información arqueológica

El asentamiento fue descubierto por J. Abargues Settler, cronista oficial de Real de Gandía y explorado por éste junto a V. Gurrea Crespo, quien daría cuenta del mismo algunos años más tarde (APARICIO, GURREA Y CLIMENT, 1983: 260). Según referían entonces los autores, la cavidad, de unos 3000 m² de superficie interior, se encontraba casi colmatada por sedimentos. De una zanja practicada en su interior proceden la mayoría de los materiales depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Gandía, entre los que se cuentan huesos, lascas de sílex, conchas marinas y cerámica.

III. Valoración y cronología

Según J. Aparicio, V. Gurrea y S. Climent (1983: 260) los materiales recuperados debían adscribirse al “Bronce Valenciano”. Las prospecciones realizadas en fechas más recientes revelan, sin embargo, la existencia de restos de algunas estructuras de mampostería y de fragmentos de cerámica y de tapiales en las vertientes abancaladas situadas al pie de la cavidad.

IV. Productos óseos

El único producto óseo que hemos podido inventariar de este yacimiento es el extremo distal de un punzón del tipo A121, sin que sea posible precisar si se trata del subtipo b ó c (Fig. IV.3.64.15).

53. PUNTAL DE L'AGÜELA (Corbera, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra situado sobre un espelón rocoso que se alza entre el Barranco de Fontanelles y el de la Cova Negra, en las estribaciones septentrionales de la Sierra de Corbera. Al yacimiento se accede por el Camino de Fontilles, que en dirección sur parte del caso urbano de Corbera. Altura s/n/m: 133 m. Coordenadas UTM: X: 728389 Y: 4336695.

II. Información arqueológica

De acuerdo con los datos proporcionados por A. Martínez (1985: 34), el yacimiento presenta restos arqueológicos en tres zonas: en un pequeño collado en la cima, en la vertiente Noroeste y en la ladera que vierte al Noreste. No se indica la existencia de estructuras

III. Valoración y cronología

Para A. Martínez (1985: 34) se trata de un yacimiento característico del "Bronce Valenciano", con una cronología asimilable al "Bronce Pleno", aunque a juicio de este autor los materiales hallados en la vertiente nororiental del yacimiento podrían adscribirse a momentos más avanzados.

IV. Productos óseos

De todos los productos óseos repertoriados por A. Martínez (1985) sólo se añade representación gráfica con secciones transversales de dos piezas de este yacimiento, motivo por el cual son las únicas incluidas en nuestro inventario. Aparentemente, se trata de dos punzones del tipo A211 de los que no es posible precisar más datos, salvo que fueron hallados en la ladera noroccidental del cerro (Fig. IV.3.64.16-17).

54. ERETA DEL PEDREGAL (Navarrés, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra emplazado en la partida de La Marjal, al Sur del casco urbano de Navarrés, muy cercano ya al límite con el término municipal de Bolbaite. El acceso se realiza a través de la carretera CV- 580 que une estas dos poblaciones, quedando el yacimiento a la parte derecha del camino en dirección Sur. Coordenadas UTM: X: 699125 Y: 4330165. Altura s/n/m: 281 m.

II. Información arqueológica

De los asentamientos del IV y III milenio cal BC conocidos en las comarcas centromeridionales valencianas, la Ereta del Pedregal constituye sin duda uno de los de más amplia repercusión en la bibliografía arqueológica. Si bien las intervenciones llevadas a cabo en este asentamiento se remontan a los años 1930 (CHOCOMELI GALÁN, 1946), continuando de modo

intermitente a lo largo de las décadas de 1960, 1970 y 1980 (FLETCHER VALLS, 1961; FLETCHER, PLA Y LLOBREGAT, 1965; FLETCHER VALLS Y PLA BALLESTER, 1966; PLA, MARTÍ Y BERNABEU, 1983), lo cierto es que la importante cantidad de datos obtenidos en ellas ha adolecido de una considerable dispersión en la literatura científica, habiendo sido dados a conocer a través de la publicación de memorias y estudios parciales tanto de las excavaciones como de los materiales exhumados, que nunca permitían observar una panorámica de conjunto de los procesos de ocupación del enclave. Hubo que esperar a los primeros años de la década de 1990 para comenzar a disponer de una información más consistente en relación tanto con las estructuras de hábitat del emplazamiento como en relación a su conexión estratigráfica a lo largo de la secuencia ya conocida (JUAN CABANILLES, 1994). La detallada descripción de los trabajos desarrollados en el yacimiento durante las campañas de excavaciones de 1976- 1982 y las de 1990 permiten por fin valorar la presencia de unidades habitacionales asociadas a niveles de ocupación, así como la existencia de estructuras murarias complejas relacionadas con el cerramiento de, al menos, uno de los extremos del asentamiento.

La formación del yacimiento, de apenas un metro de altura sobre el llano endorreico que prácticamente lo circunda, se relaciona de forma directa con un proceso de sedimentación antrópico motivado en gran medida por un aporte casi constante de material pétreo sobre el estrato de turba subyacente. Sobre este estrato húmedo se levanta una secuencia de ocupación que tras varias décadas de investigación ha quedado establecida en cuatro niveles –Ereta I, II, III y IV– que cronológicamente abarcan desde la fundación del emplazamiento, hacia finales del IV milenio cal BC, hasta su abandono aproximadamente a finales del III milenio cal BC. La última de las fases reconocidas –Ereta IV– se consideró perteneciente ya a momentos de la Edad del Bronce, si bien las últimas actuaciones llevadas a cabo en el yacimiento permitieron establecer que estos estratos debieron formarse cuando el yacimiento está ya abandonado (JUAN CABANILLES, 1994: 77- 81).

El interés predominantemente vertical de las primeras intervenciones arqueológicas permitió tan sólo entrever algunas evidencias relacionadas con ámbitos domésticos o con unidades habitacionales, tales como hogares o "fondos de cabaña". Ya entonces, sin embargo, las excavaciones y sondeos practicados pudieron señalar la existencia, de una parte, de una amplia "faja pedregosa" (BALLESTER TORMO, 1949: 80; FLETCHER, PLA Y LLOBREGAT, 1965: 3) de alrededor de 7 m de anchura que parecía rodear completamente el yacimiento; y de otra, la presencia de pavimentos o suelos acondicionados mediante lajas de piedra dispuestas horizontalmente, con las que se relacionaban los escasos vestigios de hogares y áreas de uso doméstico detectadas (BALLESTER TORMO, 1949: 83; FLETCHER, PLA Y LLOBREGAT, 1965: 17).

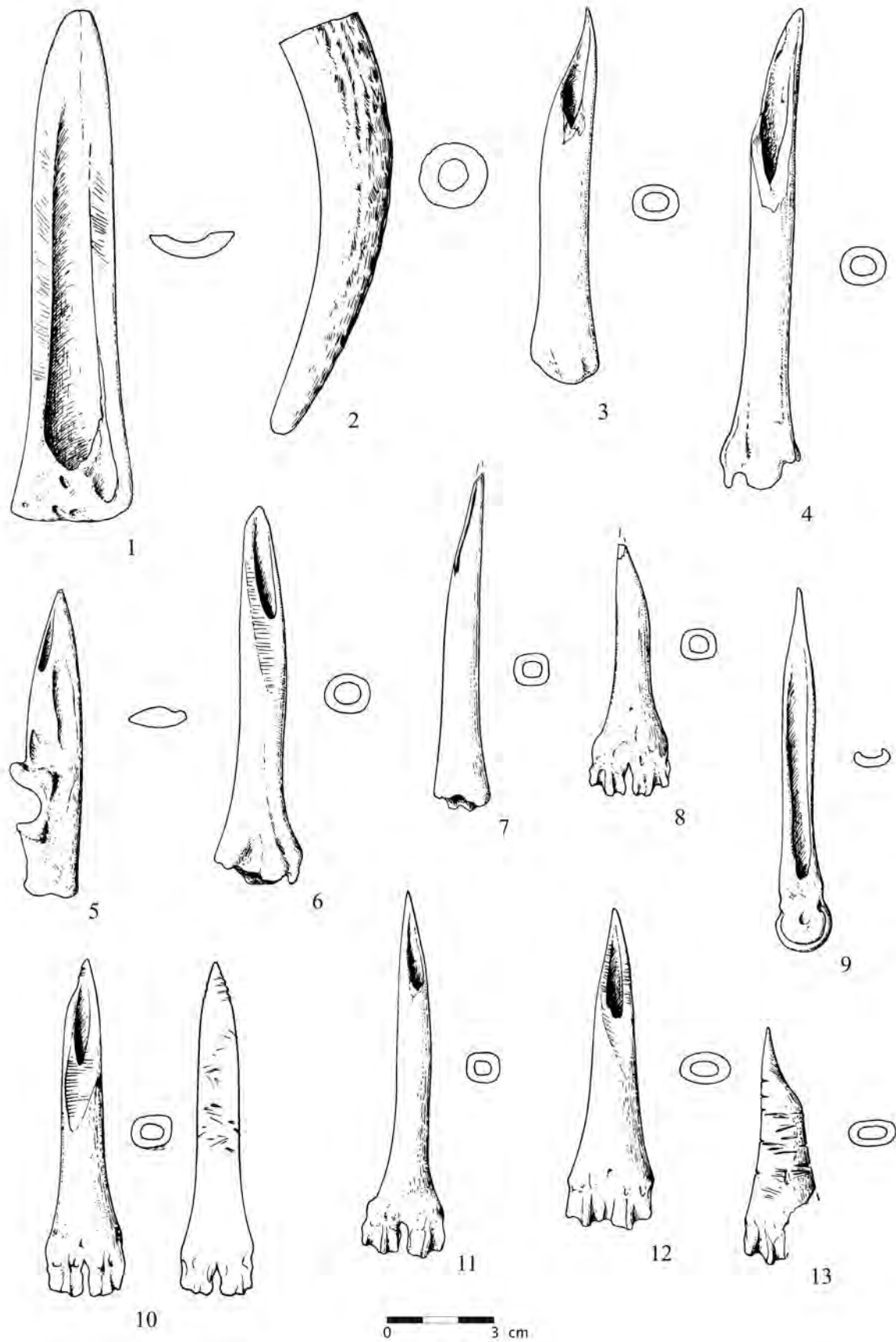


Figura IV.3.65_Ereta del Pedregal.

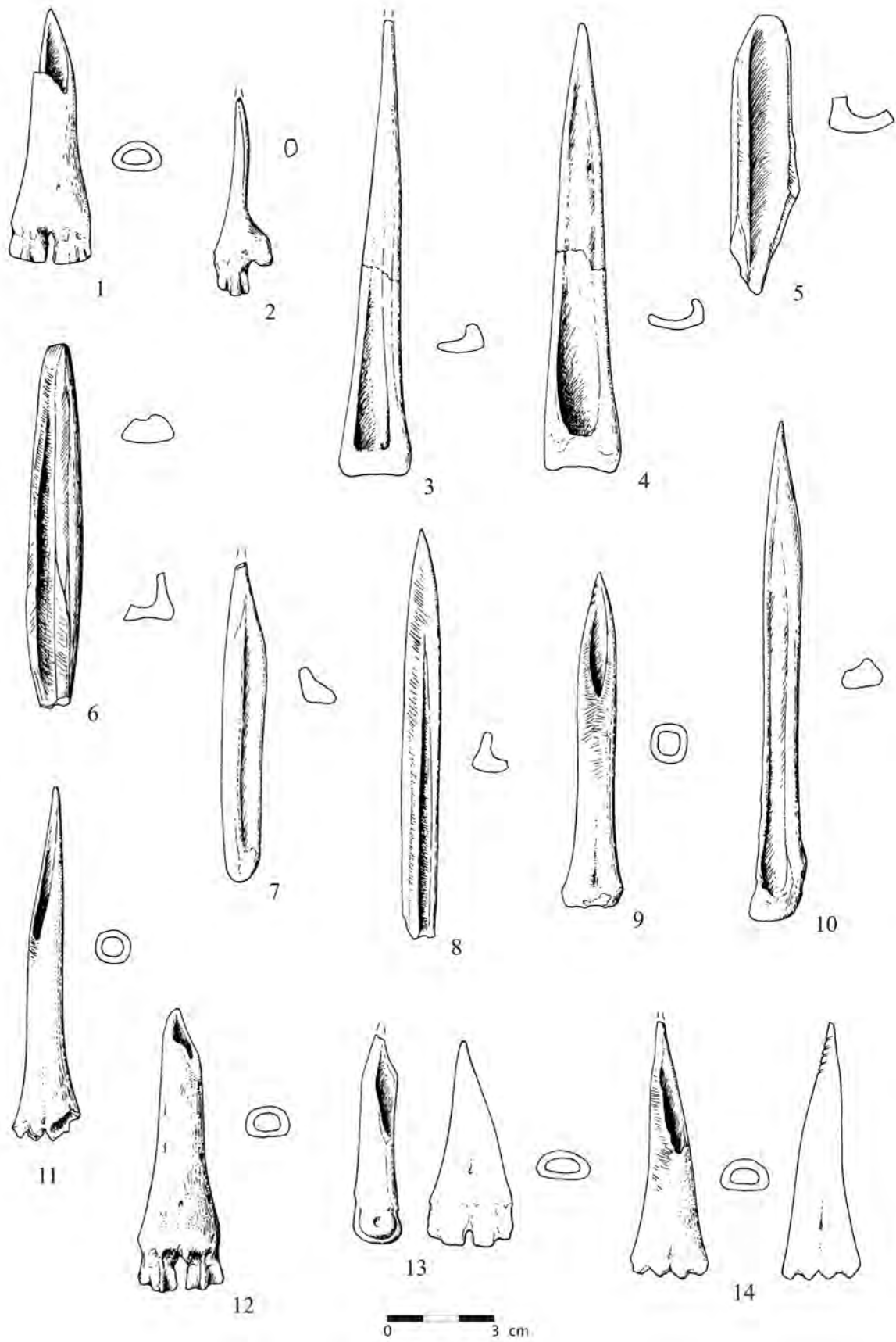


Figura IV.3.66_Ereta del Pedregal.

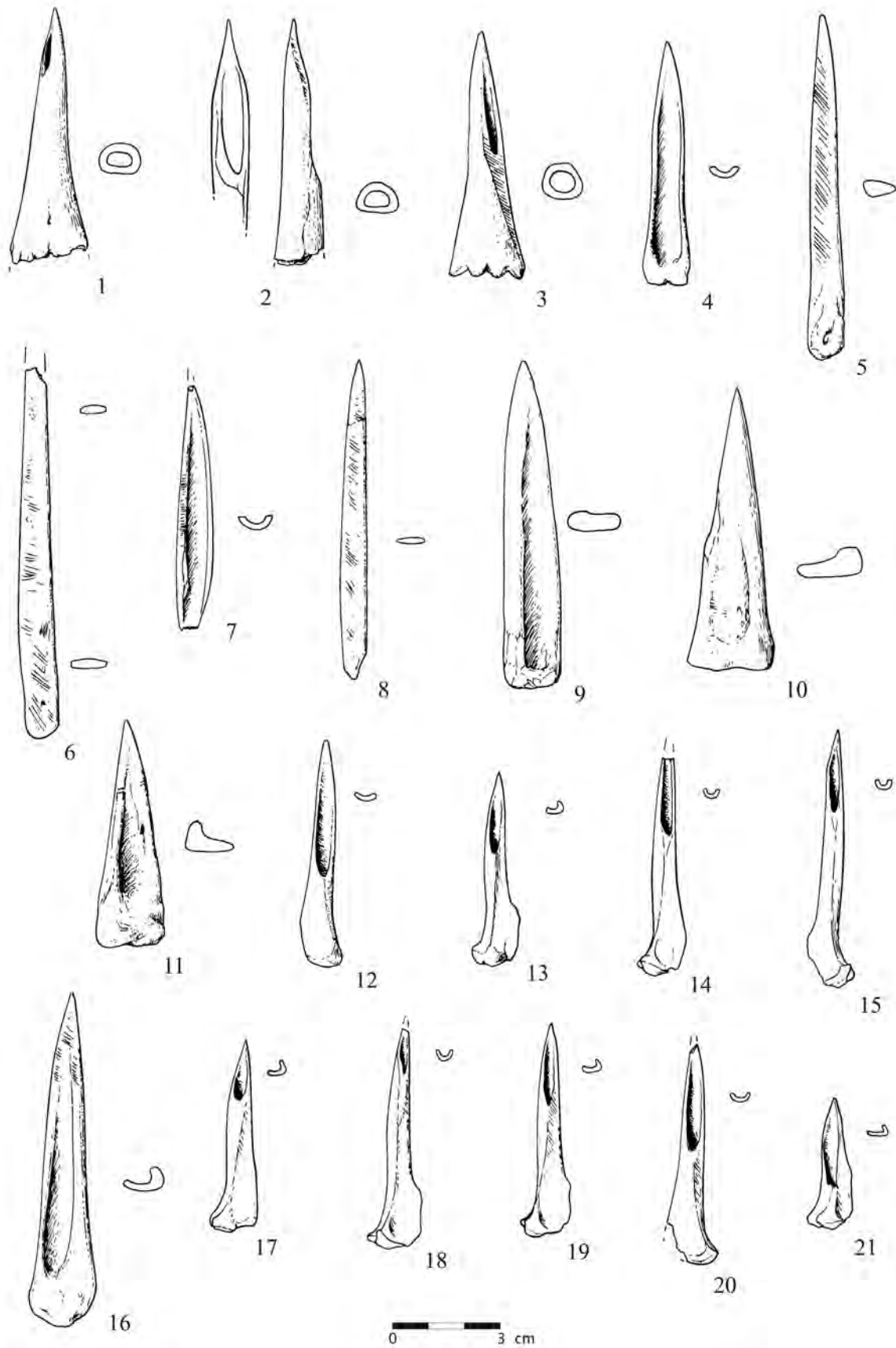


Figura IV.3.67_Ereta del Pedregal.

Las actuaciones desarrolladas en el yacimiento entre 1976 y 1979 (PLA, MARTÍ Y BERNABEU, 1983) y sobretodo la revisión de los datos aportados por éstas y por las campañas de 1980 a 1983 y de 1990 (JUAN CABANILLES, 1994) posibilitaron identificar el basamento de al menos dos unidades habitacionales, separadas por un estrecho pasillo, así como delimitar y describir una compleja construcción levantada a base de paramentos rellenos de piedra y tierra que muy probablemente suponía uno de los límites exteriores del asentamiento. De la arquitectura interior de las unidades habitacionales apenas pudo identificarse más que restos de un pavimento y un pequeño hogar de piedras (JUAN CABANILLES, 1994: 94).

En función de la información estratigráfica y de los materiales arqueológicos recuperados en su interior, ambas se han relacionado con la fase Ereta II, hacia los inicios del III milenio cal BC. En cambio, el complejo entramado de muros y terraplenes localizado estratigráficamente en la fase Ereta III corresponde ya, al parecer, a un momento posterior encuadrable en la segunda mitad del III milenio cal BC.

El amplio y variado repertorio de elementos muebles registrados a lo largo de todas las campañas de excavación que se han sucedido en el yacimiento ha sido objeto de análisis por parte de diversos autores, aunque sólo en contados casos se ha publicado un estudio exhaustivo de los mismos, lo que sí ha sido el caso del instrumental metálico (SIMÓN GARCÍA, 1998), los productos óseos y los objetos de adorno (PASCUAL BENITO, 1998) o los restos faunísticos (PÉREZ RIPOLL, 1990).

III. Valoración y cronología

La Ereta del Pedregal proporcionó una de las primeras dataciones por radiocarbono de un yacimiento arqueológico valenciano (PLA BALLESTER, 1966). Por desgracia, la fecha de 1980 \pm 250 a. C. obtenida a partir de una muestra de turba, resulta completamente inútil por su amplísimo intervalo y sobretodo por encontrarse completamente descontextualizada (GUSI JENER Y OLÀRIA PUYOLES, 1995: 53).

La secuencia del yacimiento, por tanto, se ha establecido en base a los repertorios de material localizado en cada uno de los niveles arqueológicos identificados (JUAN CABANILLES, 1994). Dentro de la secuencia establecida por J. Bernabeu (1995) para el IV y III milenio cal BC en el área del Levante peninsular, los niveles de la Ereta del Pedregal corresponderían al Neolítico IIB, excepto el nivel superior –Ereta III– que se situaría en el denominado “Horizonte Campaniforme de Transición”.

IV. Productos óseos

Hemos inventariado casi un centenar de objetos óseos de este yacimiento, muchos de ellos referenciados de un modo más o menos completo en las memorias publicadas hasta la fecha, y todos analizados

exhaustivamente en la Tesis Doctoral de J. L. Pascual-Benito (1998).

Entre las piezas encontradas se cuenta una gran cantidad de objetos muy característicos de estos momentos, tales como los alisadores elaborados sobre asta de cérvido (Fig. IV.3.69.1-4 y 7-8), o los punzones de base epifisial sobre tibias de lepórido (Fig. IV.3.67.12-15 y 17-21) y, sobretodo, los punzones de base epifisial sobre porción proximal de metapodio de ovicaprinos (Fig. IV.3.65.8-13 y IV.3.66.1-2, 9 y 11-14). Completan este conjunto algunos fragmentos de piezas que tal vez podrían haber formado parte de ídolos oculados, como los de la Figura IV.3.69.13-14).

Junto a éstos, encontramos también un buen repertorio de productos que seguimos registrando en algunos yacimientos de finales de III y primera mitad del II milenio cal BC, como las cuentas tubulares y los cinceles y útiles biselados, a los que cabe añadir los punzones del tipo A121a sobre tibias de ovicaprinos o rumiantes de mediano tamaño (Fig. IV.3.65.3-4 y 6-7) y los del tipo A122c sobre diáfisis hendida de metapodio (Fig. IV.3.66.6-8 y IV.3.67.9).

55. MUNTANYA ASSOLADA (Alzira, Valencia)

I. Situación

La Muntanya Assolada es uno de los espolones septentrionales de la Sierra de Corbera, situado a la margen derecha del río Júcar, entre la Vall de la Murta y el Barranc de l'Aixavegó, dominando la llanura aluvial. Se accede a través del camino que desde el Este del casco urbano de Alzira se dirige a la Urbanización “Sant Bernat”. Coordenadas U.T.M. X: 726214 Y: 4336599. Altura s/n/m: 227 m.

II. Información arqueológica

En la cumbre de una pequeña formación amesetada, se sitúa el yacimiento explorado por P. Parrach en la década de los cuarenta, aunque las excavaciones sistemáticas en el mismo no se iniciaron hasta el verano de 1978. Fueron sus directores en un primer momento D. Fletcher Valls y B. Martí Oliver. A lo largo de diversas campañas, efectuadas hasta el año 1996, se ha exhumado una parte considerable del poblado. Su planta es aproximadamente rectangular. Presenta en sus extremos norte y sur una sólida muralla formada por sucesivas hiladas de piedra sin carear. En las excavaciones más recientes se ha terminado de perfilar la imagen de un asentamiento formado por una calle central, de anchura reducida, con unidades habitacionales a ambos lados de la misma. Por su parte oriental, el límite del mismo viene determinado por una abrupta pendiente, mientras que en la parte occidental dos lienzos ataludados de murallas crean una auténtica plataforma superior totalmente artificial (ENGUIX ALEMANY Y MARTÍ OLIVER, 1988). Estos trabajos de excavación han mostrado que el pequeño espacio de la

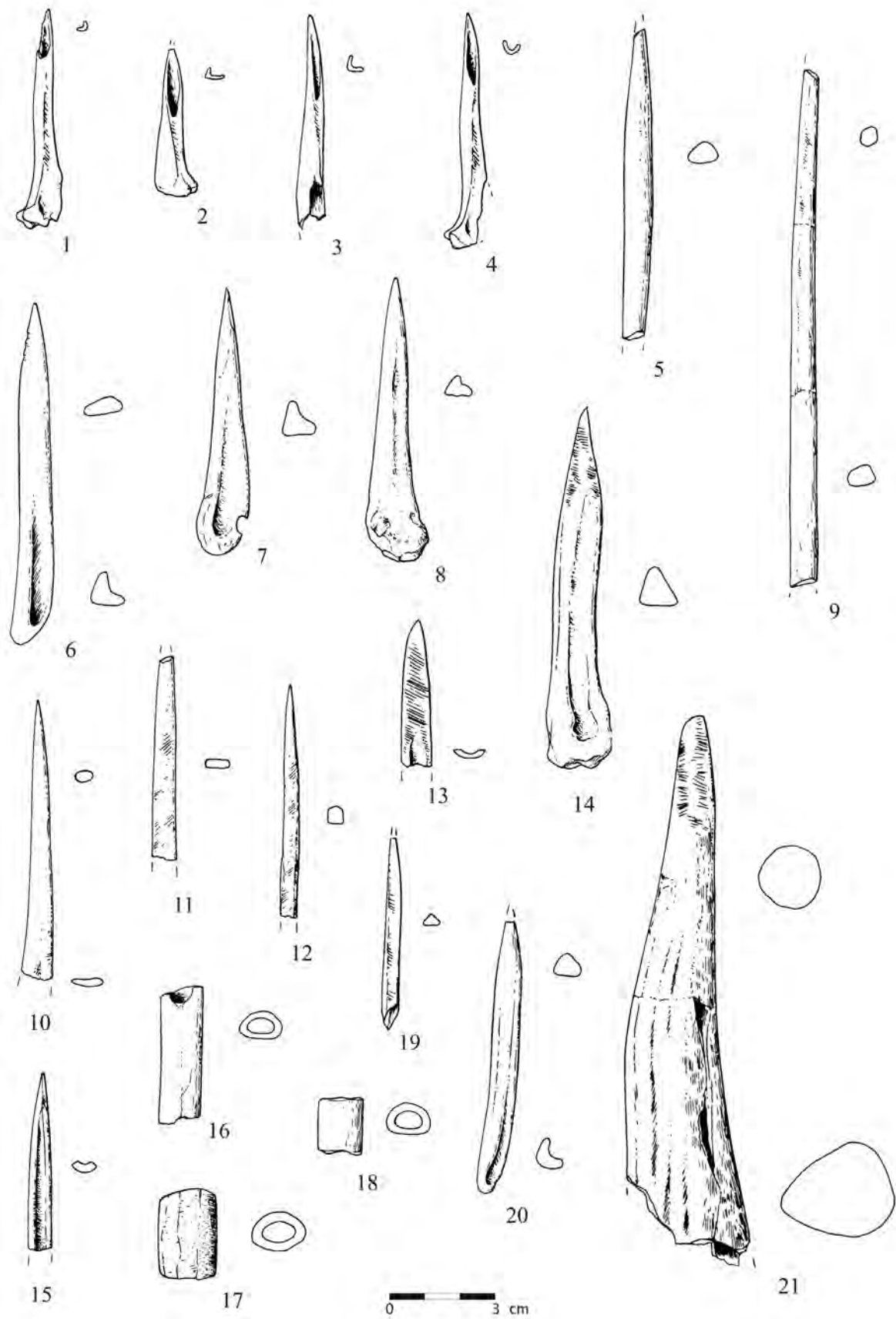


Figura IV.3.68_Ereta del Pedregal.

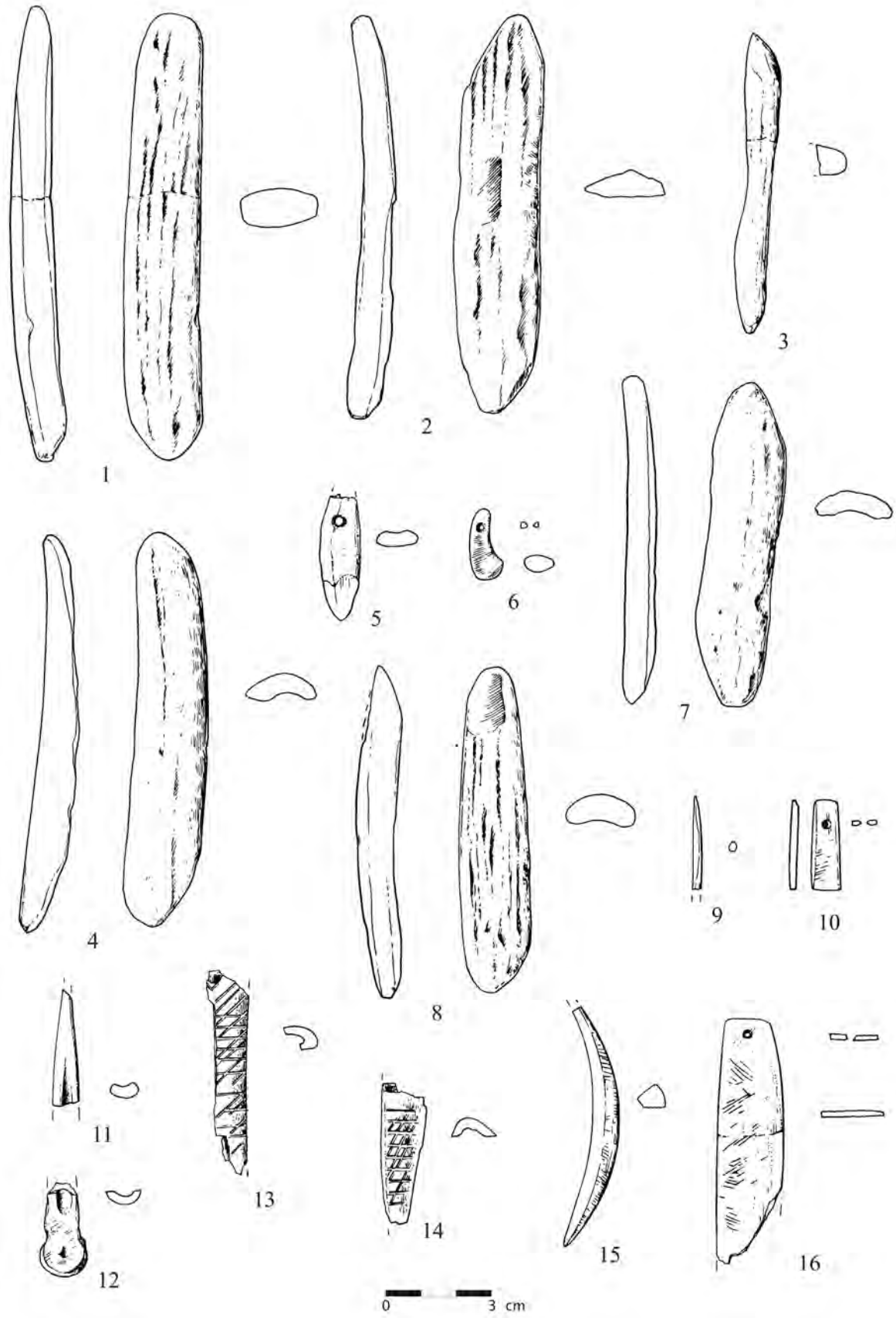


Figura IV.3.69_Ereta del Pedregal.

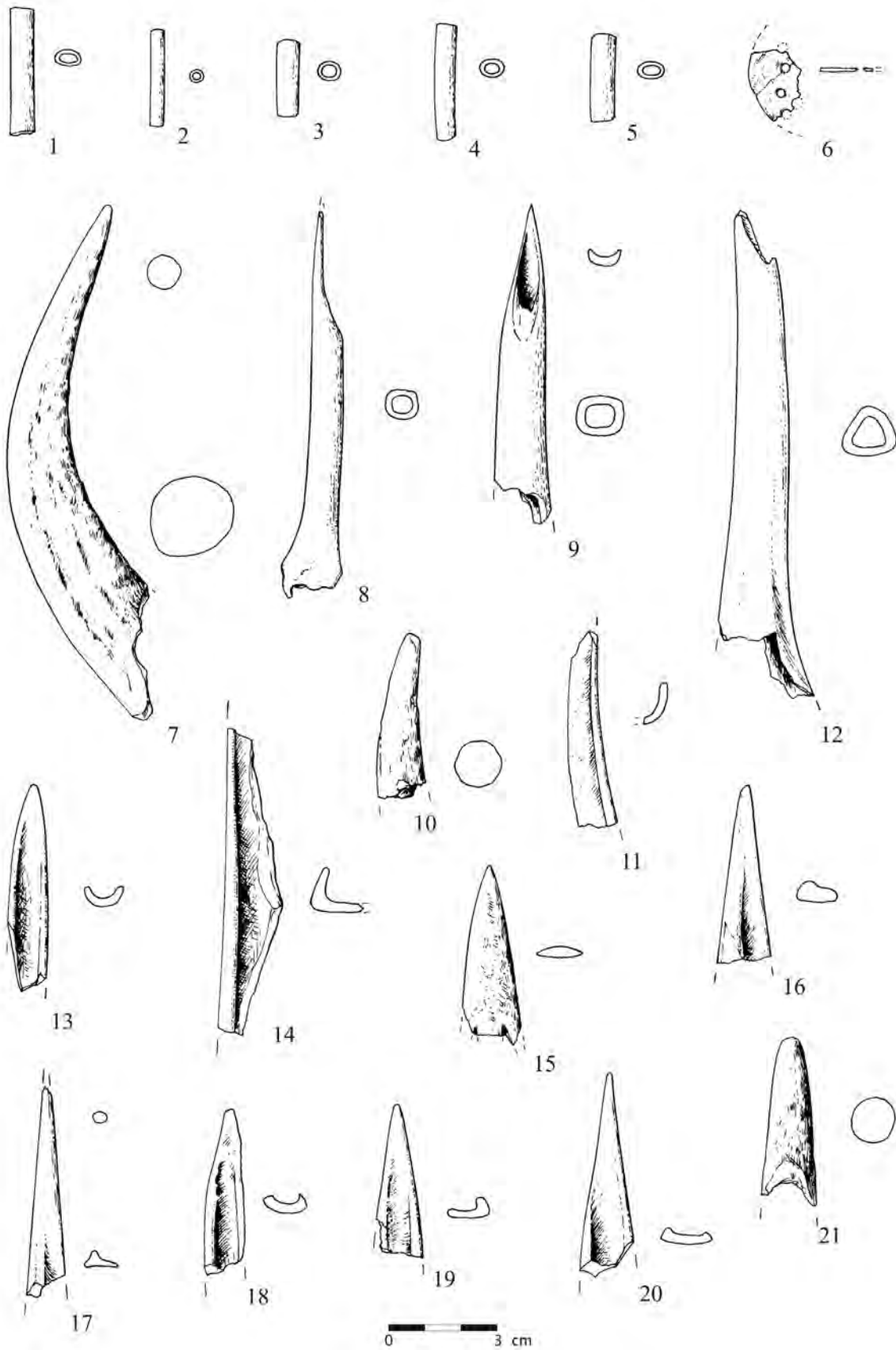


Figura IV.3.70_Ereta del Pedregal (1-6) y Muntanya Assolada (7-21).

cumbre, delimitado por una muralla de casi dos metros de altura, fue, además, previamente acondicionado por grandes construcciones de hiladas de piedra sin carear, trabadas con barro, y que servían para aterrizar este espacio (MARTÍ OLIVER Y DE PEDRO MICHÓ, 1995).

La secuencia estratigráfica muestra que el yacimiento tuvo una prolongada ocupación dentro de la Edad del Bronce, como se desprende de los materiales registrados y por la sucesivas remodelaciones de las construcciones, algunas rellenadas de forma rápida e intencionada para dar lugar a nuevas líneas de construcción. Las dataciones radiocarbónicas realizadas sobre los restos humanos de una inhumación en fosa localizada en el interior de uno de los anillos constructivos ha arrojado una fecha de 2210- 2130 cal BC, mientras que otra datación realizada a partir de huesos de fauna procedentes de la plataforma superior se fija en 1890- 1690 cal BC (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 44).

Además del enterramiento en fosa ya mencionado, en el escarpe del lado sudoriental del emplazamiento se localizó hace ya tiempo una pequeña covacha sepulcral que proporcionó restos de al menos cuatro individuos acompañados de ajuar.

II.1 Unidades habitacionales y áreas de actividad

Las unidades habitacionales situadas dentro del recinto son de planta rectangular, formadas por muros de piedra con un alzado por ahora no determinable. También se ha registrado la presencia en su interior de pavimentos hechos de pequeños cantos, así como la presencia de huellas de poste para la sujección de la techumbre. En uno de los espacios identificados se detectó la presencia de un horno, mientras que un pequeño departamento con entrada presenta el hueco destinado a una puerta (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 43).

No se han publicado detalles concretos referentes a las áreas de actividad, aunque a tenor del registro cerámico y del material lítico documentado en el interior de las unidades habitacionales es de suponer que en éstas existieron diversas áreas destinadas al consumo y transformación del grano y al desarrollo de otras actividades productivas.

Se ha registrado un importante conjunto material, siendo lo más significativo la abundante cerámica. Es importante señalar la presencia de fragmentos con decoración incisa, uno de ellos, un vaso de forma de tendencia esférica, con decoración de motivos geométricos astrales. Esta serie de vasos han sido considerados como de tradición "Epicampaniforme" y deben corresponderse con los momentos más antiguos del poblado.

III. Valoración cultural y cronología

B. Martí (1983a) consideraba la Muntanya Assolada como un asentamiento perteneciente al "Bronce Valenciano", y que por la variedad de sus materiales se le podía atribuir una cronología muy amplia. Materiales como las cerámicas incisas, unida a elemen-

tos líticos como las puntas de flecha, han sido la base para apuntar hacia momentos antiguos, mientras que los elementos metalúrgicos indicaban una mayor modernidad, al establecerse la existencia de verdadero bronce en el caso de algunos de los objetos analizados (SIMÓN GARCÍA, 1998). A ello se uniría más tarde la revisión de un conjunto de materiales cerámicos caracterizados por sus formas carenadas, de amplia boca y formas acampanadas que, junto con otros elementos como los vasos geminados, se han señalado como significantes de un Bronce Tardío (MARTÍ OLIVER Y DE PEDRO MICHÓ, 1997). Las dataciones radiocarbónicas ya comentadas han venido a avalar en parte estas tesis.

IV. Productos óseos

Del yacimiento se ha estudiado un total de 45 elementos, relacionados con la producción o el consumo de productos elaborados sobre materias óseas. El conjunto analizado se reparte del siguiente modo:

TIPO	CANTIDAD	%
A (Punzones)	19	42,2
L (Alfileres)	2	4,4
F (Puntas de flecha)	1	2,2
H (Cinceles/ Cuñas)	3	6,6
M (Mangos)	1	2,2
Q (Botones/ Apliques)	5	11,1
B (Brazaletes)	2	4,4
C (Cuentas)	5	11,1
D (No determinados)	2	4,4
? (No catalogados)	1	2,2
* (Preformas o desechos)	4	8,8
TOTAL	45	100,0

Dentro del grupo de los punzones, 3 corresponden al tipo A121a (Fig. IV.3.70.8-9) y otros 3 al tipo A121c (Fig. IV.3.70.13-14 y 20). No se han registrado ejemplares claros del tipo A121b, aunque de otros tres casos no ha podido discriminarse con precisión su pertenencia a ésta o a la variante A121c. Del resto de tipos de punzón reconocidos, resultan muy dentro de sus respectivos tipos las piezas de la Figura IV.3.71.14 –A221– y de la Figura IV.3.70.16 –A211–. De los demás, en cambio, no se ha podido precisar la clasificación debido al estado fragmentario de las piezas, aunque la mayoría podrían ser partes distales de punzones del tipo A121.

La clasificación de los dos alfileres del tipo L111 (Fig. IV.3.70.17 y IV.3.71.15) se ha hecho fundamentalmente en base al origen anatómico de las piezas. En cambio, los dos ejemplares de piezas biapuntadas –tipo A231– resultan bastante característicos (Fig. IV.3.71.17 y IV.3.72.6). Y pese a su deficiente estado de conservación, la punta de flecha (Fig. IV.3.70.15) entra también en los parámetros seleccionados para el tipo F122 de punta de pedúnculo y aletas en ángulo agudo.

Más excepcional parece resultar el empleo de tibias de ovicaprino para la elaboración de mangos,

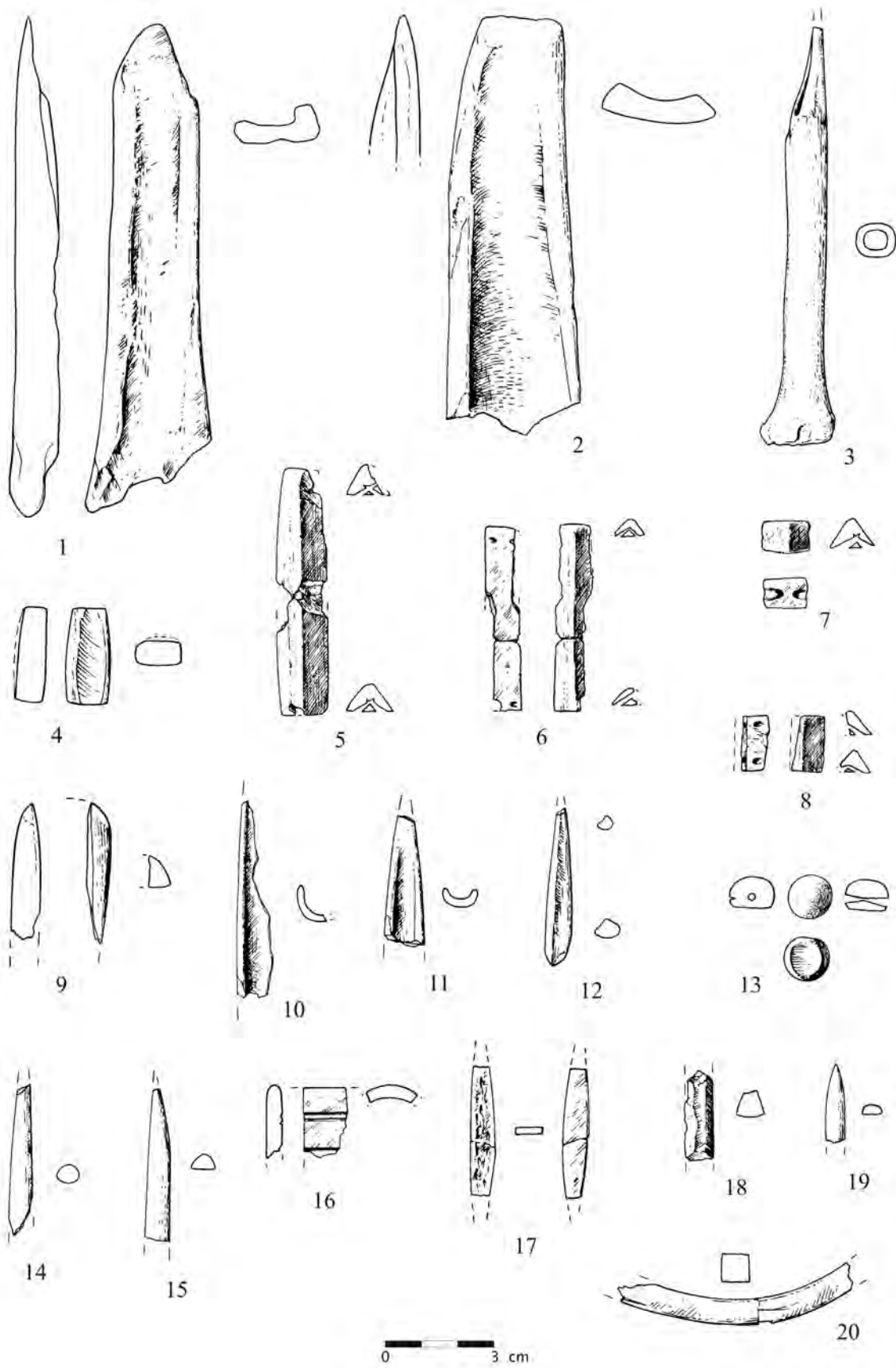


Figura IV.3.71_Muntanya Assolada.

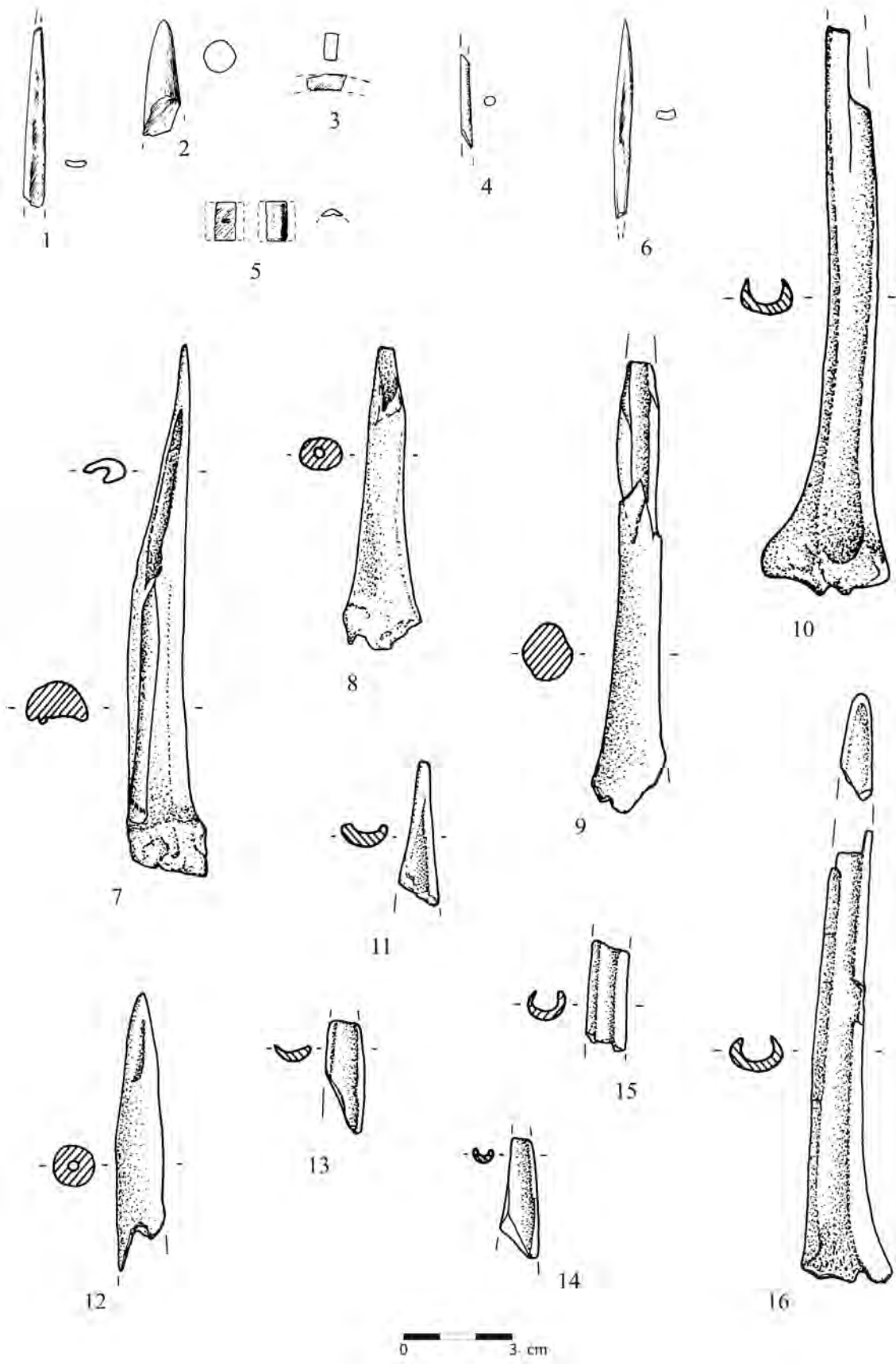


Figura IV.3.72_Muntanya Assolada (1-6) y Coroneta del Rei o Loma de la Terrera (7-16).

aunque ése parece ser claramente el caso de la pieza de la Figura IV.3.70.12, que hemos clasificado como tipo M113. Todo lo contrario que los dos ejemplares de cuñas sobre diáfisis de gran tamaño –H113– que se ajustan perfectamente a las características que definen el tipo (Fig. IV.3.71.1-2).

Por lo que respecta a los productos de consumo no productivo, los dos brazaletes de marfil –tipo B111a– y los botones prismáticos del tipo Q132 (Fig. IV.3.71.5-6 y 8) y Q131 (Fig. IV.3.71.7 y IV.3.72.5) resumen un panorama que completan una cuenta de marfil (Fig. IV.3.71.13) junto con un par de piezas que por ahora no nos ha sido posible clasificar, manufacturadas igualmente en marfil. La primera es una plaquita de forma con tendencia al rectángulo que hemos incluido dentro del tipo D312 de indeterminados (Fig. IV.3.71.4), mientras que la otra parece pertenecer a parte de un objeto de forma cilíndrica, decorado con dos o tres incisiones que la cruzan transversalmente. Tal vez pudo pertenecer a parte de un mango o de un tubo (Fig. IV.3.71.16).

56. CORONETA DEL REY o LOMA DE LA TERRERA (Alberic, Valencia)

I. Situación

A un kilómetro al Suroeste del núcleo urbano de Alberic, el yacimiento se ubica a la izquierda de la carretera N-430, sobre un pequeño cerro que forma parte del Pla de Cristóbal, junto a la Acequia Real del Júcar. El cerro se eleva escasamente 30 m sobre el llano circundante. Coordenadas UTM: X: 722863 Y: 4341909.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue al parecer excavado a inicios del siglo XX por Pedro Flores, el capataz de L. Siret. De sus actuaciones en el sitio, al que denominó, erróneamente, “Loma de la Terrera” y situó, también equivocadamente, en el inexistente municipio de “Albrique”, han quedado tanto materiales como documentos en la Colección Siret que actualmente custodia el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Las investigaciones de J. L. Simón (1997c) han permitido conocer la realización de estos trabajos que se efectuaron hacia el año 1906, y que hasta ese momento habían pasado desapercibidos.

Por las descripciones que constan en los diarios, parece claro que el yacimiento objeto de las excavaciones no fue otro que el que hoy se conoce como Coroneta del Rei, situado en las proximidades de Alberic, la localidad que por una mala traducción se consignó como “Albrique” en la documentación conservada. El yacimiento conserva algunos restos murarios que parecen evidenciar la ocupación de su ladera meridional y de su cima (MARTÍNEZ PÉREZ, 1988), lugares en los que probablemente llevó a cabo Flores sus excavaciones. Según los diarios, éste debió de ir planteando sus

cortes según las estructuras que se iban poniendo a la luz, motivo por el que tal vez denominó “casas” a cada una de sus catas.

Aunque existe una breve relación del material más significativo hallado por P. Flores en cada uno de estos cortes, resulta imposible vincular los hallazgos con una lectura de contextos o simplemente estratigráfica de los mismos, a pesar de que algunos indicios –como el hallazgo de más de una decena de vasijas en el interior de un gran recipiente cerámico en la “casa 3”– nos señalen probablemente que se llegó a excavar ámbitos destinados al almacenamiento y consumo en el interior de algunas unidades habitacionales.

III. Valoración cultural y cronológica

A la vista de los datos proporcionados por la documentación y los materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional, se ha señalado la evidente relación que el registro de la Coroneta del Rei ofrece con los demás yacimientos contemporáneos localizados en su entorno, como por ejemplo la Muntanya Assolada (SIMÓN GARCÍA, 1997c). Sin embargo, no son menos estrechas sus afinidades con yacimientos más septentrionales como la Loma de Betxí (DE PEDRO MICHÓ, 1998), con quien no sólo comparte la similitud de registro artefactual sino también las características topográficas en las que se ubica el asentamiento. Muy probablemente compartieron una secuencia de ocupación también similar en lo cronológico.

IV. Productos óseos

La información acerca de los productos óseos incluidos en nuestro inventario, procedentes de este yacimiento, se ha extraído fundamentalmente del trabajo publicado por J. L. Simón (1997c, Fig. 7, 191-193). El conjunto se compone en su totalidad de punzones, de la mayoría de los cuales es posible identificar con facilidad el soporte óseo sobre el que están manufacturados al haberse conservado alguna de las epifisis. Esto, en primer lugar, nos debe alertar sobre una posible selección del material recogido en los cortes que sin duda distorsiona la muestra analizada.

De las seis piezas determinables, cinco corresponden al tipo A121, elaboradas sobre tibias de ovicaprinos –tres de la variante A121a (Fig. IV.3.72.8-9 y 12) y dos de la variante A121c (Fig. IV.3.72.10 y 16)–, mientras que sólo uno corresponde al tipo A123, sobre radio de ovicaprino (Fig. IV.3.72.7). El resto de las piezas son fragmentos de punzones de los que resulta imposible, a partir de la reproducción gráfica, determinar a qué tipo en concreto pudieron pertenecer.

57. BARRANC DE CAMALLOS (Catadau, Valencia)

I. Emplazamiento

El yacimiento ocupa la cima de una pequeña parte de la ladera de un amplio espolón, en una de las úl-

timas estribaciones septentrionales del núcleo montañoso de Matamon y entre los barrancos de Camallos y Terratites. Su cima se encuentra a 183 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 708113 Y: 4348738.

II. Información arqueológica

Fue descubierto como yacimiento arqueológico en la década de 1960, momento a partir del cual ingresaron diversos materiales en el Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia. Nunca ha sido objeto de excavaciones sistemáticas, por lo que no se conocen datos acerca de su estratigrafía ni sobre el contexto de los materiales exhumados.

Según parece, en superficie afloran diversas estructuras que han sido interpretadas como murallas, las cuales delimitarían el espacio ocupado por las viviendas (SERRANO VÁREZ Y GARCÍA ROMÁN, 1986: 59).

III. Valoración y cronología

Caracterizado como yacimiento del “Bronce Valenciano”, a juicio de D. Serrano y F. M. García (1986: 83) habría que considerar su vigencia hasta fechas avanzadas de la cultura, en función de algunos de los restos cerámicos registrados. La presencia de pesas de telar cilíndricas y alguna de las formas documentadas nos inducen a admitir como bastante probable esta hipótesis con respecto a la temporalidad del enclave.

IV. Productos óseos

De los productos óseos publicados (Serrano Vázquez y García Román, 1986), representados gráficamente de forma bastante deficiente, tan sólo es posible identificar con claridad un punzón del tipo A121c, que es la única pieza que hemos incluido en nuestro catálogo (Fig. IV.3.73.1).

58. MUNTANYETA DE CABRERA (Vedat de Torrent, Valencia)

I. Situación

Emplazado sobre una pequeña meseta elevada, hoy prácticamente urbanizada, en el llamado “Vedat”, al oeste de Torrent y al sudoeste de la antigua Ermita de San Sebastian, el yacimiento se localiza a unos 100 metros de la carretera CV-405 que se dirige a Turís. Coordenadas UTM: X: 712581 Y: 4366117. Altura s/n/m: 106 m.

II. Información arqueológica

Aunque conocido ya en la década de 1920, los primeros trabajos de excavación se iniciaron en abril de 1931, bajo la dirección de D. M. Joanet Perales, colaborador del S.I.P., quien dividió la zona excavada en cuatro sectores. La supervisión y publicación de los resultados de esta actuación serían publicados años más tarde por D. Fletcher y E. Pla (1956), quienes pro-

curaron una exhaustiva relación de los hallazgos y su localización topográfica y estratigráfica.

Entre las estructuras documentadas cabe citar un grueso muro de piedra seca, con un espesor de 1,50 m a 1,90 m, delimitando una unidad habitacional rectangular de 7,20 m de largo y 1,50 m de ancho. Es posible que se tratara de una estancia cuyas paredes estaban revestidas con barro. En su interior también aparecieron algunas huellas de estacas o pies derechos de madera que tal vez debamos interpretar como restos de calzos de poste (FLETCHER VALLS Y PLA BALLESTER, 1956). Al norte de esta estructura se localizó un espacio dividido por un murete de piedras dispuesto en sentido Norte-Sur, que tal vez delimitó otras dos estancias.

En estas unidades ocupacionales se documentó un importante ajuar cerámico con vasijas de diferentes capacidades, varios molinos barquiformes con sus respectivas molederas, numerosos elementos de hoz, así como una importante cantidad de bellotas, trigo y cebada. Hemos de destacar que algunos vasos contenían bellotas y que un buen número de vasijas se encontraban situadas alrededor de lo que D. Fletcher y E. Pla (1956: 19) interpretaron como un hogar. Posiblemente nos encontramos ante un espacio doméstico en el que existía un área de actividad de trituración de bellotas y cereales, con su correspondiente ajuar cerámico. Todos los indicios y la disposición de los diferentes materiales documentados aboga por la existencia de un área de consumo y almacenamiento de carácter doméstico en el interior de esta unidad habitacional.

III. Valoración y cronología

D. Fletcher y E. Pla (1956) decidieron situar cronológicamente el yacimiento en momentos de transición entre el entonces denominado Bronce I y el Bronce II, creyéndolo necesariamente anterior a la “expansión argárica” que evidenciaban enclaves como La Atalayuela. Posteriormente, pasaría a engrosar la lista de poblados del “Bronce valenciano” (TARRADELL MATEU, 1963; APARICIO PÉREZ, 1976).

Los análisis más recientes han tendido a situar cronológicamente el yacimiento en momentos avanzados, dentro de lo que tradicionalmente se ha interpretado como “Bronce Pleno”. Así, para B. Martí y M. J. De Pedro (1997: 77) se incluiría entre los yacimientos que se abandonan hacia 1600- 1500 cal BC, en arreglo a la similitud de los materiales registrados con los de la Lloma de Betxí. De igual manera, J. L. Simón (1998: 156) no duda en situarlo dentro del llamado “Bronce Tardío” al encontrar claras similitudes entre el vaso decorado con guirnalda en puntillado y las decoraciones de tipo Cogotas I.

IV. Productos óseos

Los prismas hallados en el yacimiento –sin duda, las piezas más relevantes del conjunto de objetos óseos localizado en el mismo– son los únicos que han sido publicados en detalle en fecha más reciente (PASCUAL

BENITO, 1995) indicándose que posiblemente se tratase de matrices para la fabricación de otros objetos, tales como botones prismáticos triangulares o colgantes, hipótesis que compartimos (Fig. IV.3.73.7-17).

Además de éstos, hemos incluido en nuestro inventario cinco piezas más: dos punzones del tipo A121 – uno correspondiente con seguridad al tipo A121a (Fig. IV.3.73.3) y otro del que es imposible precisar si perteneció al A121b o al A121c (Fig. IV.3.73.4). Una tercera pieza es un alisador sobre varilla de asta de ciervo, del tipo H112 (Fig. IV.3.73.2). Con respecto a los dos últimos objetos, también elaborados sobre astas, las señales de uso que ofrecen en sus extremos distales invitan a pensar que nos hallamos ante utensilios, sin que sea posible precisar el tipo. Sólo los esquirlados observados en la parte activa de la pieza de la Figura IV.3.73.5 nos han movido a incluirlo provisionalmente dentro del grupo P de los picos, sin especificar el tipo concreto al que pudo pertenecer.

59. LLOMA DE BETXÍ (Paterna, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra emplazado sobre la superficie de un cerro un pequeño cerro de forma alargada, a 99 m s/n/m, justo en la zona conocida como la Vallesa de Mandor, en la margen izquierda del río Turía y cercano a la denominada Presa de Manises. Coordenadas UTM X: 714351 Y: 4379683.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue descubierto por N. P. Gómez Serrano en la década de 1920. Posteriormente, fue referenciado por diversos autores, como E. Llobregat o E. Pla, pero nunca había sido objeto de prospección o excavación hasta que en 1984, miembros del S.I.P. documentaron actividades clandestinas (DE PEDRO MICHÓ, 1998: 23). Por este motivo, se emprendió una excavación de urgencia cuyos buenos resultados han facilitado la continuación de una larga serie de campañas de excavación ordinaria prolongadas hasta la actualidad (DE PEDRO MICHÓ, 2004).

El poblado, al contrario de lo que se suponía al comenzar los trabajos, no ocupa únicamente la cima del cerro, sino que se extiende también por sus laderas superando a día de hoy las 0,1 Ha de superficie excavada.

La secuencia documentada en la cima se inicia con la construcción de un gran edificio de más de 30 m de longitud por unos 10 m de anchura que conforma las Habitaciones I y II, unidas por un pequeño vano de no más de 1 m de ancho. Junto a ellas se sitúa un espacio alargado, paralelo al muro exterior de ambas dependencias, denominado Corredor Oeste. Los muros de las Habitaciones I y II son de aparejo irregular, de aproximadamente 1 m de espesor y revestidos con un enlucido que cubre su cara externa e interna. El alzado

conservado de estas paredes ronda el 1 m de altura, llegando a 2 m en algunos tramos. El acceso desde el exterior se realiza por un vano de 1,50 m abierto en el muro oriental de la Habitación II. Las evidencias de una secuencia de piedras planas dispuestas en dos hileras paralelas a los muros se interpreta como la base de apoyo a los postes de sustentación de la techumbre, que a juicio de su excavadora sería plana o ligeramente inclinada y alcanzaría entre 4 y 6 m de altura sobre el pavimento. Toda la edificación descansa sobre la roca virgen del cerro, sin que existan evidencias de construcciones anteriores.

En la fase más antigua de las habitaciones se ha podido determinar diversas áreas de actividad de producción y consumo. Por un lado, en la habitación más occidental –Habitación I– se ha localizado diversos bancos para vasar, de formas rectangulares, con un importante conjunto de más de un centenar de vasos cerámicos de diferentes formas y tamaños, así como molinos y grandes cantidades de cereal. Justo al lado del muro transversal que separa este departamento de la Habitación II se localizó un importante conjunto de pesas de telar amontonadas. En la otra habitación se ha documentado una estructura interpretada como horno. Así pues, se han determinado distintas áreas de actividad: un lugar de almacenaje, un lugar de actividad textil, un lugar de molienda y un área de transformación del metal, a lo que se añade la concentración de importantes cantidades de artefactos heterogéneos, desechados en las diferentes unidades estratigráficas situadas en las ladera oriental, a ambos lados del vano de acceso. Ello nos permite inferir actividades de limpieza del interior de las unidades habitacionales y su desecho en la ladera oriental.

La destrucción de estas unidades habitacionales a causa de un gran incendio ha proporcionado una extraordinaria documentación al sellar el nivel de ocupación con unos importantes derrumbes de los que se han extraído además las dataciones radiocarbónicas que permiten fijar su construcción, en fechas calibradas, en el intervalo comprendido entre *ca.* 2200 y *ca.* 1800 cal BC (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 45) mientras que la destrucción, datada a partir de una muestra de cereal carbonizado procedente del suelo de ocupación, se fija entre *ca.* 1880 y *ca.* 1670 cal BC.

Sobre los niveles de destrucción de este gran edificio se han recogido evidencias de una ocupación posterior, con la que también se relaciona el registro de los niveles más recientes de una tercera unidad habitacional –Habitación III–, también de grandes dimensiones y de planta aproximadamente oval. De ésta se conoce igualmente la fecha aproximada de su construcción, en función de las dataciones que ha proporcionado el nivel de regularización del pavimento –2120- 1900 cal BC– y un pequeño tronco perteneciente a la estructura de la techumbre –1900- 1740 cal BC, pero se carece de dataciones absolutas referidas al momento de destrucción o abandono de la misma. Sin embargo, a juicio de

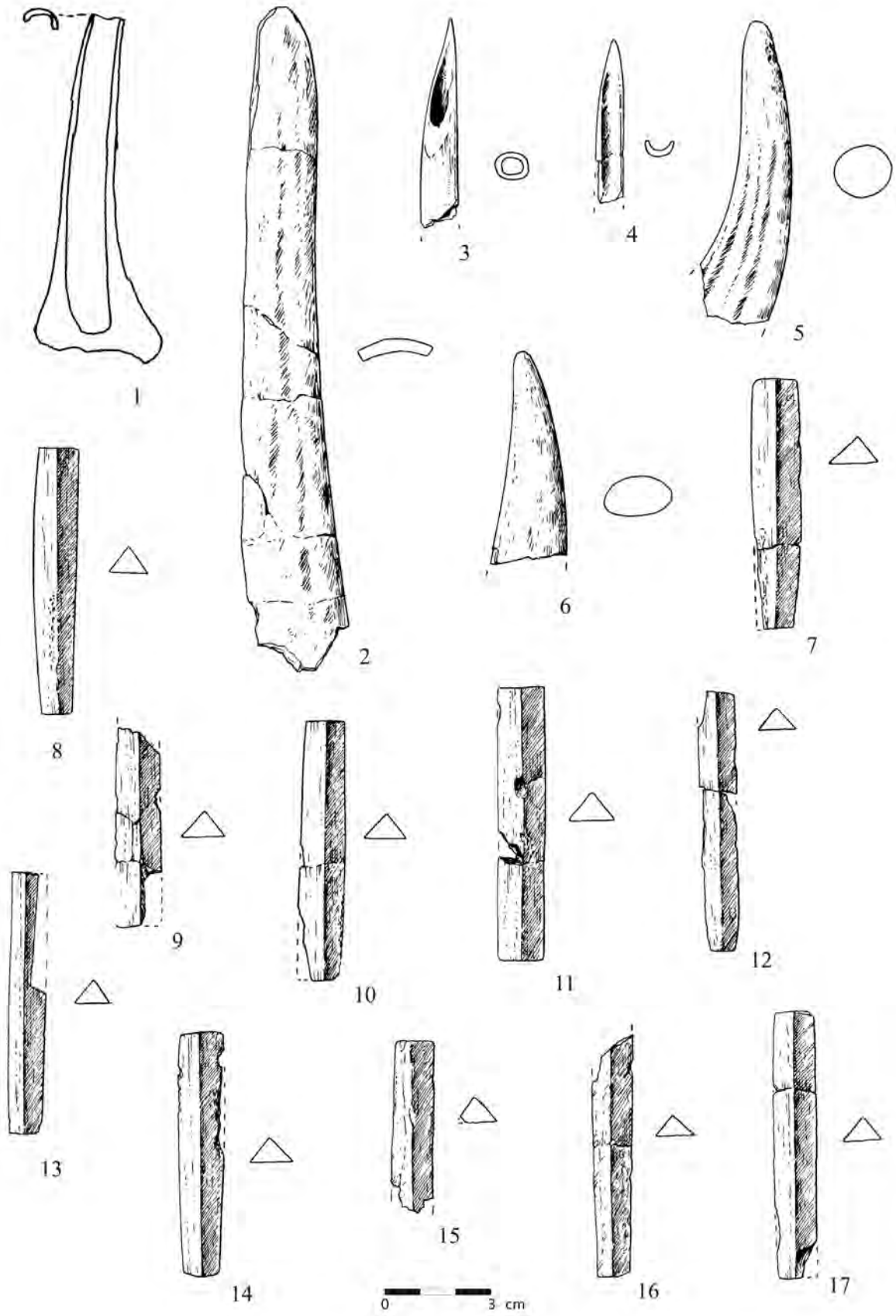


Figura IV.3.73_Barranc de Camallos (1) y Muntanyeta de Cabrera (2-17).

su excavadora éste se produciría con posterioridad al de las Habitaciones I y II.

En cuanto al resto de estructuras arquitectónicas y espacios constructivos registrados, en el extremo sur de la cima se ubica una cisterna de planta oval y a continuación lo que parece ser un camino de acceso al poblado, mientras que en el extremo opuesto, junto a la puerta de entrada a las habitaciones, encontramos otra cisterna más pequeña también de planta oval. Las campañas realizadas desde 1989, han revelado además la existencia de un complejo sistema de aterrazamientos en ladera a base de grandes muros ataludados que conforman plataformas. Junto a la Habitación III se localiza además una especie de camino empedrado con cantos rodados que asciende desde media ladera, mientras que en la vertiente sur del cerro se ha documentado un basurero en el que además de numerosos restos de fauna, cerámica fragmentada y otros objetos, se hallaron bellotas carbonizadas que han proporcionado una fecha radiocarbónica de entre 2120 y 1950 cal BC, excesivamente elevada a juicio de su excavadora (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 47).

Relacionada con estas estructuras, en la campaña de 2002 se localizó un enterramiento humano en posición secundaria, en el que se depositó el esqueleto de un individuo adulto asociado a los restos de un cánido de 3 ó 4 años de edad con señales de manipulación antrópica.

Los materiales arqueológicos registrados durante más de una década de campañas de actuación continuadas han sido publicados detalladamente (DE PEDRO MICHÓ, 1998) constituyendo a día de hoy el repertorio artefactual mejor documentado y contextualizado de lo que se ha venido denominando “Bronce Valenciano”.

III. Valoración y cronología

Si bien en un primer trabajo M^a J. De Pedro (1988) planteaba una cronología entorno al 1300 a. C., para un yacimiento que podía considerarse claramente dentro de los parámetros definitorios del denominado “Bronce Valenciano”, tanto las estructuras puestas al descubierto por sus trabajos como las dataciones de ¹⁴C calibradas han hecho variar sustancialmente estos planteamientos. Ya R. Enguix y B. Martí (1988) apuntaron que la gran construcción de las Habitaciones I y II resultaba novedosa dentro del panorama general del Bronce y que junto a la Muntanya Assolada y el Torrelló de Onda, constituían una ruptura frente a la concepción de homogeneidad e invariabilidad atribuida a la “Cultura del Bronce Valenciano”.

De acuerdo con los rangos cronológicos que han proporcionado las fechas radiocarbónicas, la construcción de las Habitaciones I y II vendría señalada por las dataciones de troncos del estrato VII –la primera de 1992- 1846 cal BC, y la segunda de 2229- 2045 cal BC– y del estrato III –de 2143- 1925 cal BC– de la Habitación I; y la obtenida en el estrato IV de la Habitación II –de 1914- 1753 cal BC–, también de

un tronco carbonizado. Por otra parte, la destrucción de ambos edificios de dataría, a partir de cereal localizado sobre el pavimento, en base a dos dataciones que han arrojado unas fechas de 1870- 1660 cal BC y 1885- 1670 cal BC, respectivamente. La construcción de la Habitación III también cuenta con una referencia cronológica establecida sobre las dataciones de cereal contenido en el preparado del pavimento –de 2120- 1900 cal BC– y de un pequeño tronco localizado sobre el piso de la habitación –de 1900- 1740 cal BC–. No se ha publicado, sin embargo, fecha absoluta ninguna que fije cronológicamente la destrucción de este espacio, aunque a juicio de la autora el registro artefactual obtenido en los niveles más recientes permite suponer su pervivencia hasta momentos avanzados (DE PEDRO MICHÓ, 2004: 46).

IV. Productos óseos

Hemos inventariado un total de 62 productos óseos procedentes de este yacimiento, de cuyo análisis ya fue publicado un avance que se incluyó en la memoria de los trabajos realizados (LÓPEZ PADILLA, 1998).

Entre el conjunto de útiles se advierte un claro predominio de los punzones, como resulta habitual en casi todos los yacimientos excavados de los que hemos revisado el material óseo. Y como también es común, el tipo más representado es el A121, sobre todo en sus variables A121a (Fig. IV.3.74.2; IV.3.75.9, 12 y 14; IV.3.76.14) y A121c (Fig. IV.3.75.3, 6, 10 y 13; IV.3.76.9-11). Sólo una pieza pertenece sin duda al tipo A121b (Fig. IV.3.75.5), mientras que en otros dos casos no se ha podido discriminar su pertenencia a éste o al tipo A121c. El grupo de punzones se completa con un par de piezas clasificadas como A221 y dos objetos elaborados sobre varilla recortada de asta de ciervo que hemos incluido en el tipo A222 (Fig. IV.3.76.13 y 17), claramente dentro de la variante A222b.

Al margen de puntas y punzones, son muy escasos los útiles de hueso registrados. Es probable que la pieza de la Figura IV.3.76.12, elaborada sobre ulna de gran rumiante, sea el extremo proximal de un cincel del tipo E112. Por otra parte, sólo documentamos una sierra –S112 (Fig. IV.3.76.15)–, un alisador sobre costilla del tipo H212 (Fig. IV.3.75.11) y un pequeño tubo con incisiones transversales que hemos clasificado provisionalmente como mango del tipo M211b (Fig. IV.3.77.3).

El resto de piezas inventariadas corresponden a diversos tipos de adornos, entre ellos un par de cuentas discoidales, una cuenta en vértebra de escualo (Fig. IV.3.74.8) del tipo C111a y dos colgantes (uno de ellos más dudoso) del tipo K111b sobre colmillos de suido (Fig. IV.3.76.2 y 7). Por último, se registró un importante número de piezas elaboradas en marfil, entre las que sobresale sin duda el conjunto de botones de perforación en V. Sólo un ejemplar (Fig. IV.3.74.1) pertenece al tipo piramidal –Q111–, mientras que el resto se distribuye entre el tipo prismático corto de una sola

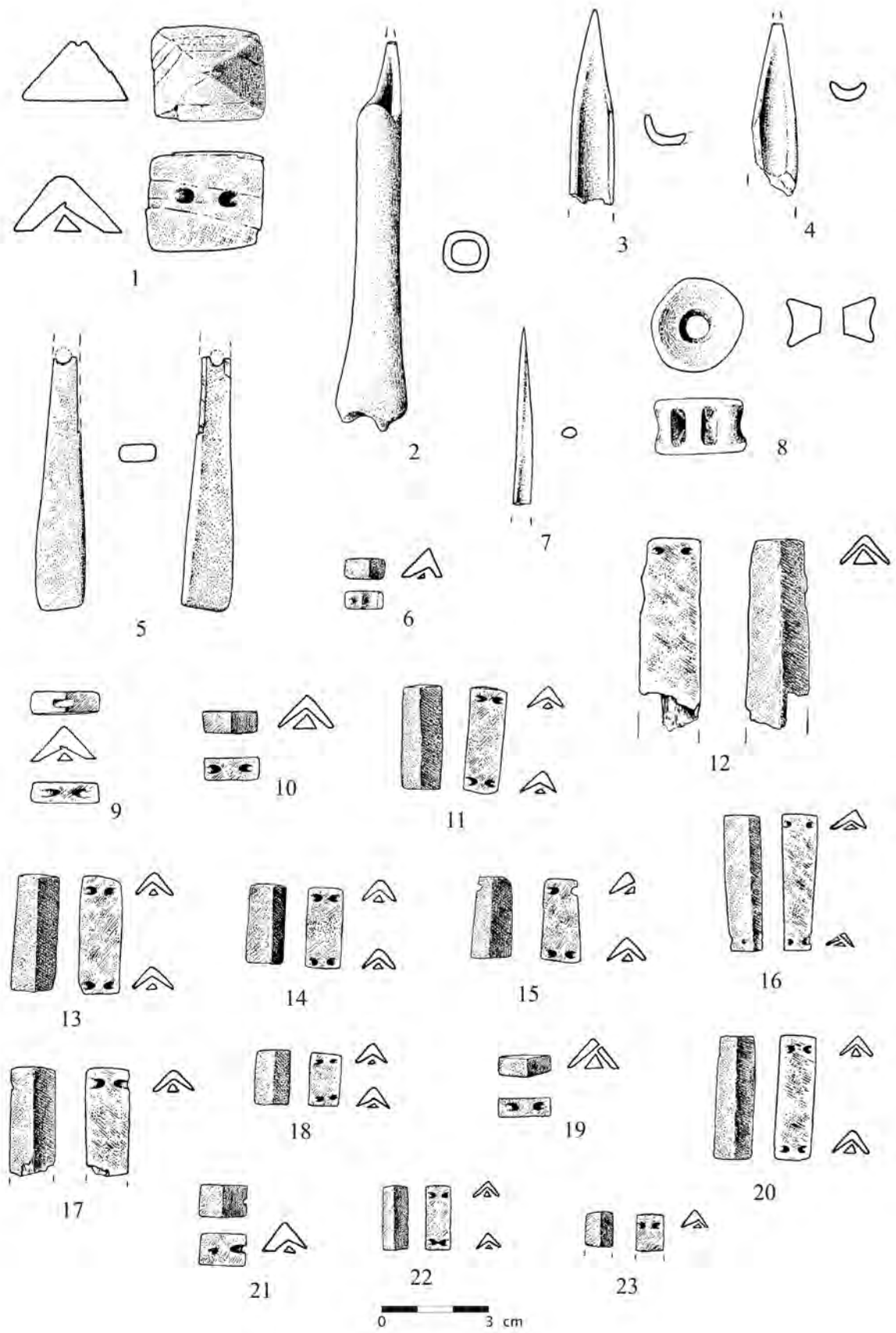


Figura IV.3.74_Lloma de Betxí.

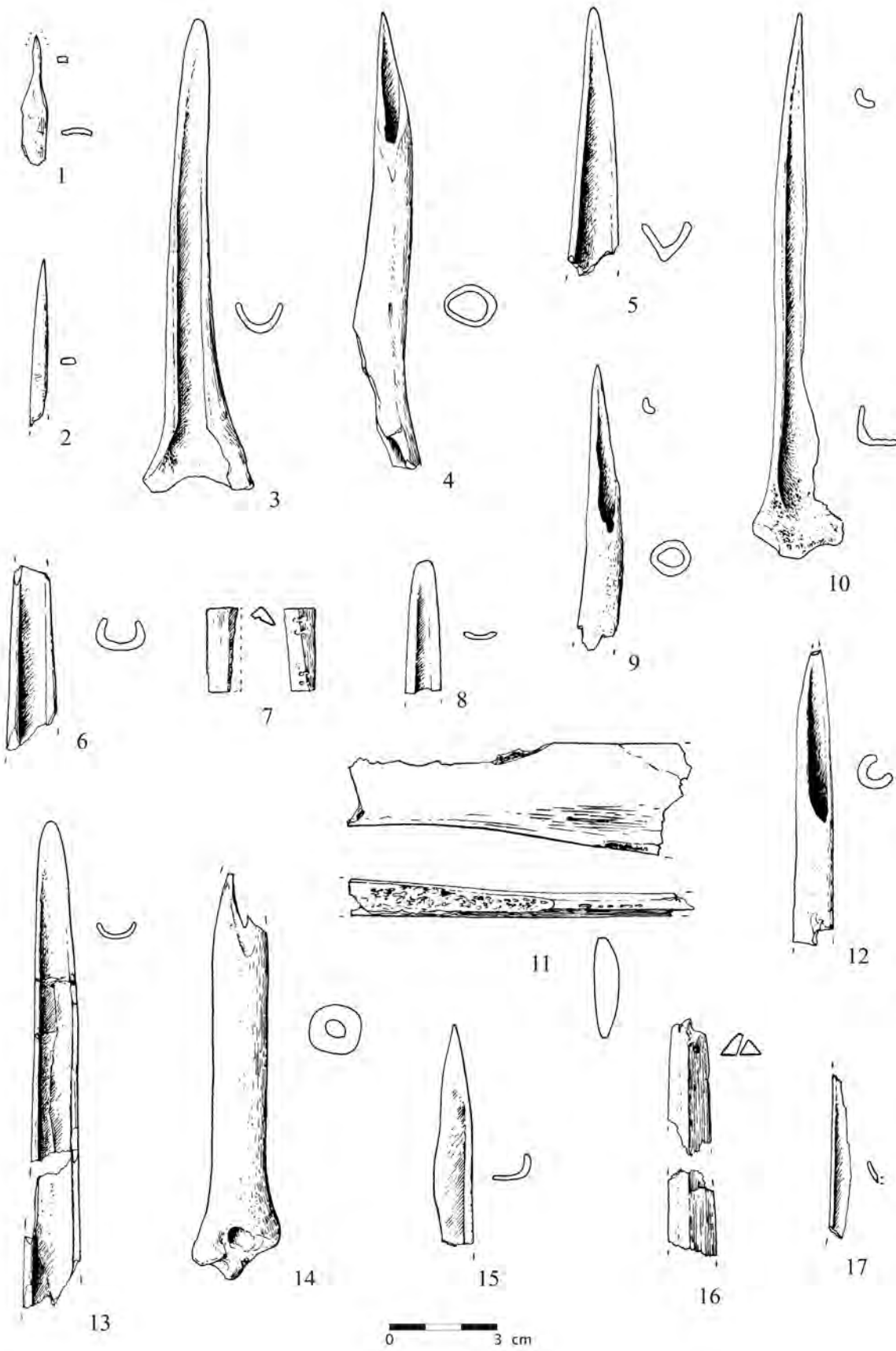


Figura IV.3.75_Lloma de Betxí.

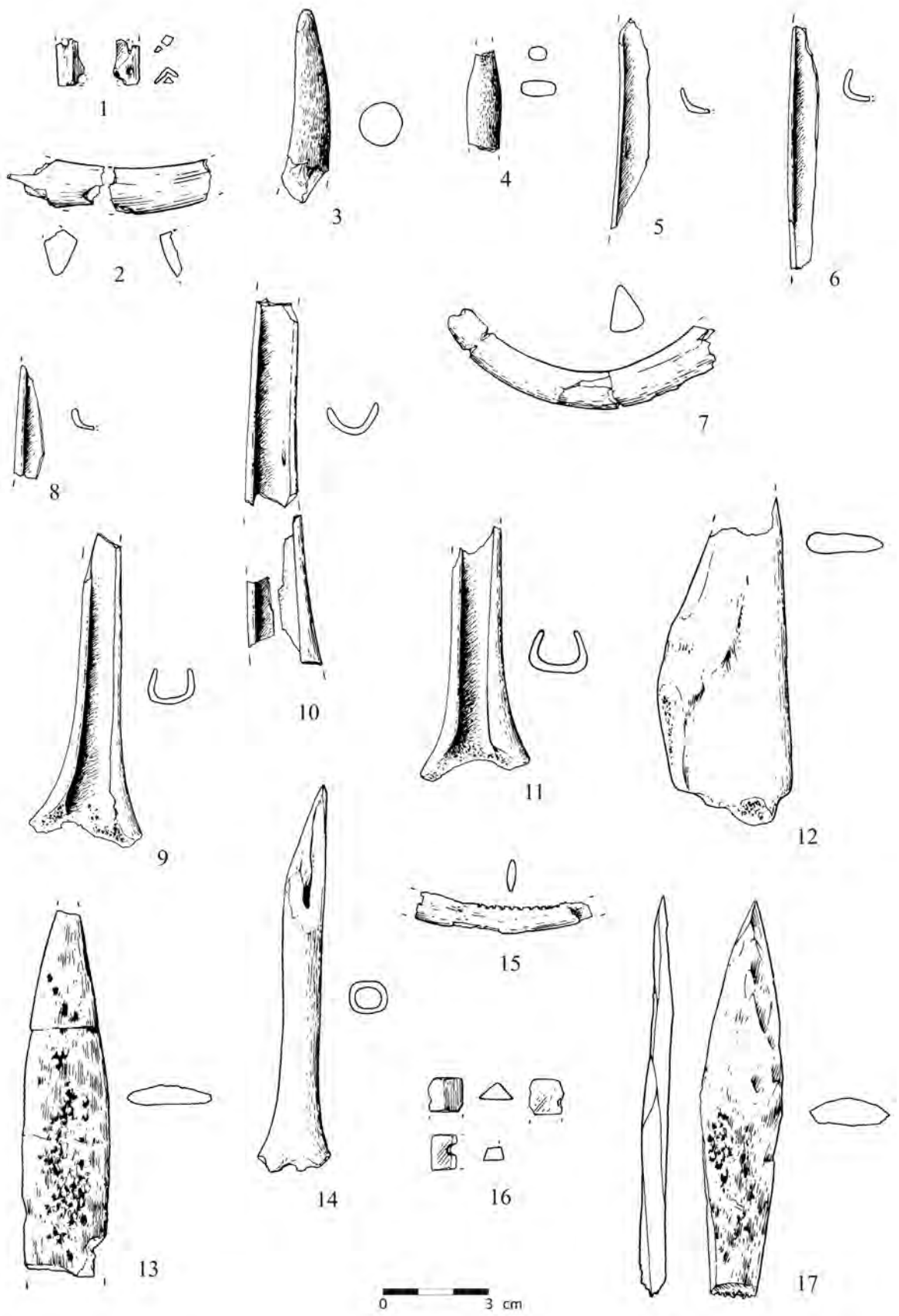


Figura IV.3.76_Lloma de Betxí.

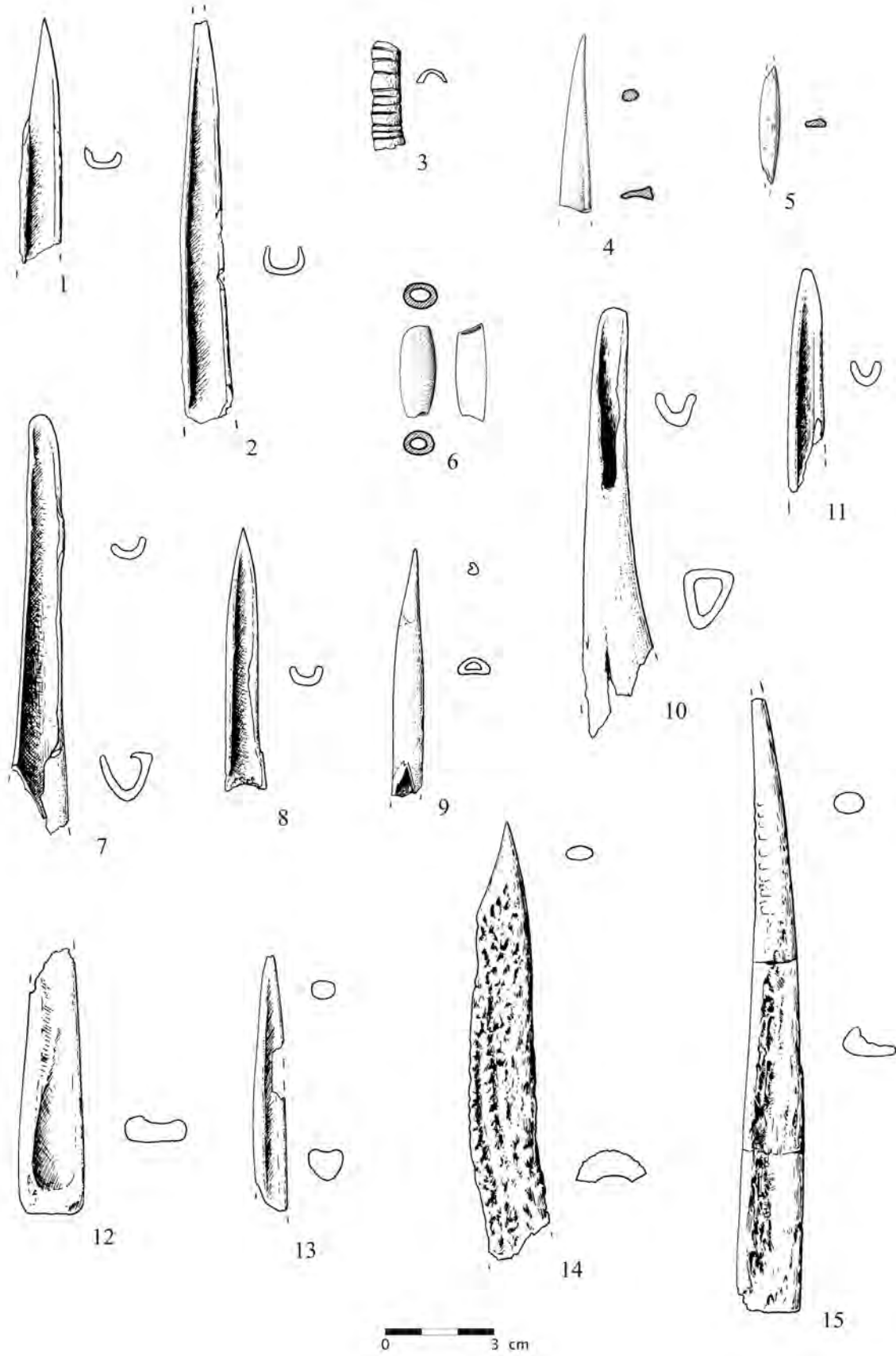


Figura IV.3.77_Lloma de Betxí (1-6) y Castillarejo de los Moros (7-15).

perforación –Q131– con 6 piezas, y el tipo prismático largo de doble perforación –Q132– con 12 piezas más otra (Fig. IV.3.76.1) de adscripción más dudosa. Es probable que la pieza de la Figura IV.3.75.16 se trate también de un botón de este tipo, al que por alguna razón le falta la perforación que debía completar el par en el extremo del prisma. Tal vez podría ser un botón en proceso de elaboración con la perforación sobrepasada. Sin embargo, ante el registro de otros ejemplares de prismas triangulares perforados en otros yacimientos (PASCUAL BENITO, 1995) hemos decidido su inclusión, con reservas, en el tipo K311b. En cambio, no hay ninguna duda de la pertenencia de la pieza de la Figura IV.3.74.5 al tipo K311a.

60. PIC DELS CORBS (Sagunto, Valencia)

I. Situación

El cerro Pic dels Corbs es un contrafuerte próximo a la costa y situado en las estribaciones meridionales de la Sierra de Espadán, una de las últimas antes de alcanzar la llanada litoral. Se encuentra a 240 m s/n/m, y su distancia al mar en línea recta, hacia el Este, es de 6 km, mientras que Sagunto se sitúa a unos 4 km en dirección Sur. Coordenadas UTM: X: 734083, Y: 4399151.

II. Información arqueológica

El asentamiento fue localizado por el grupo de aficionados del Centro Arqueológico Saguntino y excavado por primera vez a finales de noviembre de 1955, bajo la dirección de Pío Beltrán, comisario de excavaciones, junto a los miembros del citado centro. En 1974 el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia realizó una nueva excavación supervisada por D. Fletcher, seguida pocos años más tarde por otra llevada a cabo bajo la dirección de R. Enguix. Finalmente, desde 1985 A. Barrachina ha realizado varias campañas de excavación y limpieza, así como el estudio de los materiales procedentes de las anteriores campañas de excavación (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1989; 1997). Durante los años 1990 y 1991, debido a la construcción de un vertedero de residuos sólidos en la ladera Sur del cerro, se detectó la existencia de estructuras en esta ladera, llevándose a cabo dos campañas de urgencia en este sector (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1999).

La cima de la montaña cuenta con una plataforma rocosa, más o menos inclinada, de la que arranca la ladera oeste, ocupada por el asentamiento. El poblado estaba constituido por una serie de plataformas artificiales aprovechadas para edificar las viviendas, partiendo alguna de ellas de las paredes rocosas. Dentro de las construcciones aparecen bancos adosados a los muros realizados con tierra apisonada (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1989: 35).

La limpieza del corte estratigráfico situado en el área más baja del poblado, en el corte E de la cata A-8, cuadro 2, excavado en 1978, es la que ha permitido

obtener la secuencia más completa del yacimiento publicada hasta ahora, documentando diversas fases constructivas de diferentes unidades habitacionales superpuestas (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1997).

Además de muy abundante, el registro de restos cerámicos es con diferencia el más ampliamente investigado y difundido. En conjunto, las características generales de los productos cerámicos del asentamiento apuntan hacia un cuidado en la elaboración de las pastas, con desgrasantes de tamaño variable, siendo las superficies normalmente alisadas, con un porcentaje alto de bruñidas. Las formas más representadas son las formas semiésfericas, con una gran diversidad de tamaños, con o sin elementos de aprehensión, registrándose así mismo una importante variedad de bordes y labios (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1989: 29-42).

III. Valoración y cronología

M. Vega Riset (1964) publicó una fecha de carbono-14 (TARRADELL MATEU, 1965), obtenida a partir del análisis de granos carbonizados de trigo encontrados en el interior de una vasija. El resultado deparó una fecha de 1.581 ± 100 BC, utilizada por M. Tarradell (1969) junto con la fechación más antigua de Cabezo Redondo, para señalar el momento en el que debía comenzar el “Bronce Valenciano”.

Además de la presencia de cerámicas decoradas con motivos incisos y acanalados, junto a vasijas decoradas de forma barroca con cordones aplicados, señalada también por M. Tarradell (1969), otro aspecto destacable de este yacimiento era la de su relación con los Campos de Urnas, evidenciado en la publicación de M. Almagro Gorbea (1977). Este autor propuso una fecha para los mismos del siglo IX a. C., lo que abría nuevas perspectivas para el estudio del “Bronce Valenciano” y su relación con los Campos de Urnas.

Por su parte, M. Gil-Mascarell (1981) consideró a este poblado dentro del Bronce Final, entre los poblados cuyo rasgo común sería el situarse en lugares en donde anteriormente se había desarrollado la cultura del Bronce Valenciano, ubicados en lo alto de cerros, continuadores de la vieja tradición, y que en un momento determinado recibieron influencias de los Campos de Urnas, como Mola d'Agres (Agres) o Tossal de Castellet (Borriol).

Por último, A. Barrachina (1999) considera, a partir de los resultados de las últimas campañas, que el poblado debió ocuparse durante gran parte del II milenio cal BC y que su final debe situarse entorno a finales del siglo IX o inicios del VIII BC, advirtiéndose claramente, a su juicio, contactos con el Valle del Ebro y la Cataluña central costera, por una parte, y con el Bronce Tardío y Final del Sudeste, por otro.

IV. Productos óseos

A pesar de que el repertorio de objetos óseos registrado en el yacimiento es mucho más extenso, y en parte ya dado a conocer siquiera de manera gráfi-

ca (TARRADELL MATEU, 1969), sólo hemos analizado e incluido en nuestro inventario tres piezas que se corresponden, respectivamente, con una cuenta tubular del tipo C311 (Fig. IV.3.77.6), un alfiler o apuntado sobre fíbula de suido del tipo L111 (Fig. IV.3.77.4) y una pieza biapuntada del tipo A231 (Fig. IV.3.77.5). Pero sin duda uno de los objetos más relevantes, no incluido en nuestro catálogo, es una punta de flecha de tres aletas y pedúnculo, localizada en el Sector W del poblado, en la UE 8006, correspondiente al nivel más profundo –Nivel I– del corte Z-9 (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1997: 50), y que resulta muy similar a las registradas en Cabezo Redondo y El Torrelló.

61. CASTILLAREJO DE LOS MOROS (Andilla, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra situado sobre un cerro a 756 m s/n/m –también denominado “Cerro de las Cabras”– ubicado en la confluencia de los barrancos de Calderón y de La Hoz, próximo al Puntal de Cambra y a la Covacha de Llatas, y cercano al paso natural que comunica el Camp del Turia con el interior. Coordenadas UTM: X: 687003 Y: 4403864.

II. Información arqueológica

La parte superior del cerro presenta una forma de pequeña replaza, aproximadamente triangular, en donde se practicaron las excavaciones a cargo de J. Alcácer en el año 1947 (FLETCHER VALLS Y ALCÁCER GRAU, 1958). El yacimiento se dividió en siete zonas –que debieron corresponder aproximadamente a los cortes abiertos– en los que se identificaron varios departamentos o habitaciones delimitadas, en mayor o menor medida, por muros. En el interior de éstos se documentó una importante cantidad de restos así como una sucesión estratigráfica que en algunos casos permitió identificar al menos tres niveles arqueológicos diferenciados (como en el Departamento 7).

Excepto en el caso de los departamentos 3 y 4 –ambos en la Zona III– cada una de las zonas de excavación diferenciadas en el yacimiento viene a corresponder, según D. Fletcher y J. Alcácer (1958) con una unidad habitacional, por lo que cabe sospechar que en la mayoría de los casos los departamentos señalados se corresponden sólo parcialmente con habitaciones, como también muestra el hecho de que, a excepción del Departamento 7, ninguno se presente claramente delimitado por muros, sino que las viviendas supuestamente identificadas no cuentan en su mayoría más que con una o a lo sumo dos paredes, siempre en obra de mampostería. En cualquier caso, el rasgo más destacable de todas ellas es su pequeño tamaño, no superando ninguna los 5 m de longitud por apenas 2 ó 3 m de anchura aproximada.

Lo más reseñable del ámbito identificado como Departamento 1 es la presencia de una oquedad de

forma aproximadamente cuadrangular de unos 2 m de anchura y de la que no se llega a precisar su función. A juicio de D. Fletcher y J. Alcácer (1958: 99) pudo constituir un depósito o un “fondo de cabaña”. Por las características constructivas que sus excavadores refieren, podría tratarse, en efecto, si no de una cisterna, sí de algún tipo de estructura destinada al almacenamiento, si bien los restos arqueológicos recogidos en su interior no permiten respaldar abiertamente esta suposición.

El designado como Departamento 2, en cambio, sí parece corresponder claramente a una unidad de habitación en la que se conservó un único nivel de ocupación donde aparece todo un amplio repertorio de productos relacionados con actividades de carácter doméstico. En cambio, los departamentos 3, 4 y 5 no aparecen bien definidos, todo lo contrario que el denominado Departamento 7, situado al norte de los anteriores y en cuya excavación se distinguieron al menos tres niveles estratigráficos diferentes (FLETCHER VALLS Y ALCÁCER GRAU, 1958: 105).

Finalmente, el Departamento 6 se encuentra únicamente delimitado por un muro por cuya parte interior, y adosado longitudinalmente al mismo, se documentó lo que se describe como un tubo de sección triangular de barro, relleno en parte por cenizas, y del que no se termina de precisar su funcionalidad como especie de canalización o de revestimiento de un poste de sujeción de la techumbre, caído junto a la pared durante el incendio que destruyó la vivienda.

Al contrario de lo que ocurre con el amplio repertorio de productos cerámicos, líticos, óseos, etc., recuperados, son muy escasos los datos referidos a áreas de actividad concretas. En el Departamento 2 se identifica una serie de lajas de piedra ennegrecidas y rodeadas de cenizas que se interpreta como un hogar, alrededor del cual se dispone una gran cantidad de artefactos –especialmente óseos, como veremos a continuación– incluido un molino naviforme, un vaso colador o escurridera y colgantes sobre concha, entre otros. La presencia de bellotas y huesos de animales junto a los restos de un hogar y a molinos nos indica claramente la existencia de áreas de consumo, al tiempo que la significativa concentración de productos óseos en un punto tan localizado junto al muro norte de la vivienda, permitiría suponer el desarrollo de actividades relacionadas con la producción de este tipo de artefactos en el interior de esta unidad habitacional. Muy cerca de esta zona, y próximo a un molino de piedra, se menciona así mismo un punto en el que se concentraban lascas de sílex, por lo que cabe inferir también la existencia de un área de talla (FLETCHER VALLS Y ALCÁCER GRAU, 1958: 101)

La existencia de actividades relacionadas con el almacenamiento y consumo de productos agrarios así como el desarrollo de otras actividades productivas como la elaboración de productos textiles se documenta en varias de las unidades habitacionales registradas,

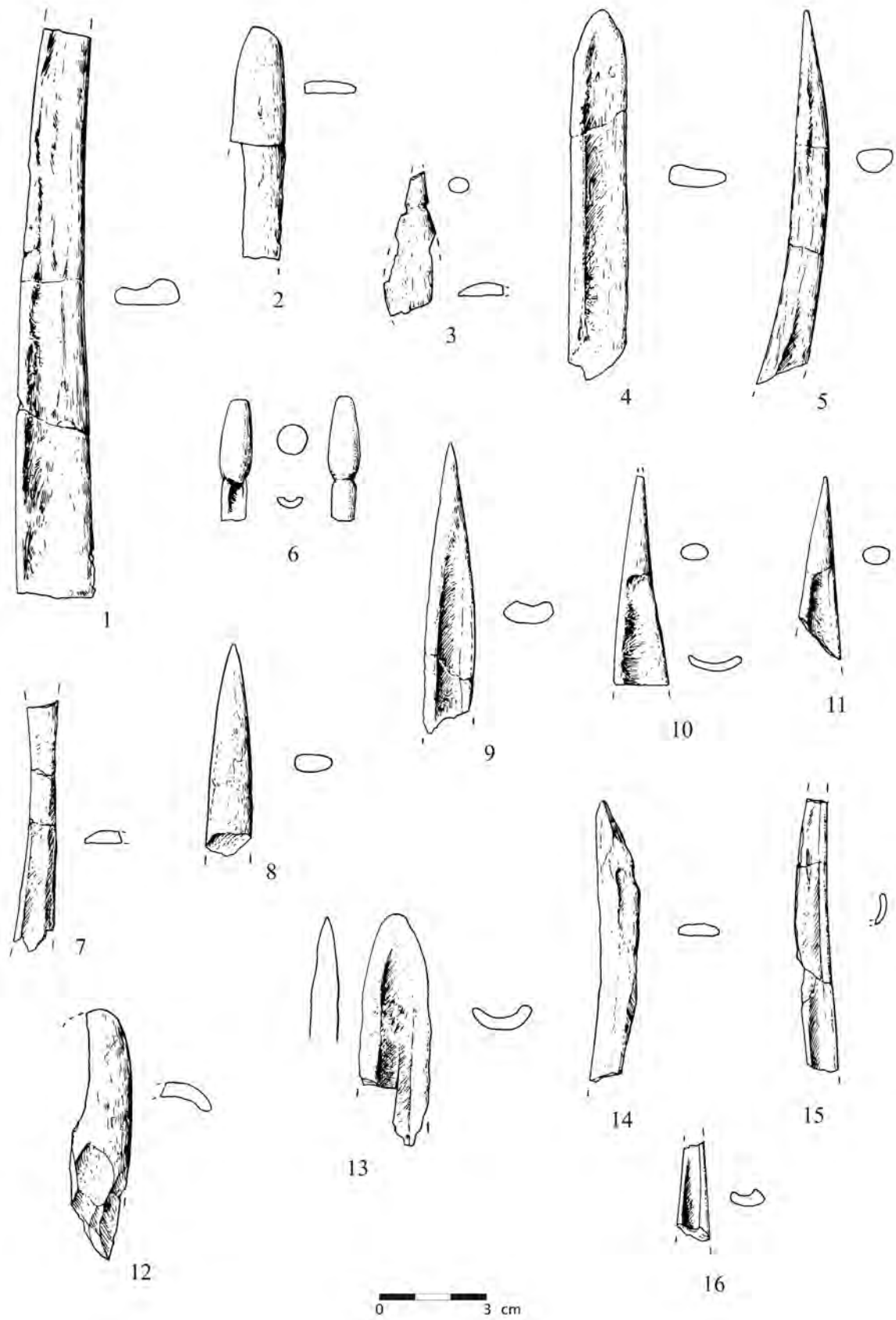


Figura IV.3.78_Castillarejo de los Moros.

habiéndose localizado semillas carbonizadas de trigo, cebada y bellotas, así como también de habas y, en el Departamento 7, un conjunto de pesas de telar cilíndricas de dos perforaciones, de las que lamentablemente desconocemos la cantidad exacta de las encontradas.

III. Valoración y cronología

Si bien la presencia de un fragmento de cerámica incisa con motivos esteliformes indujo a plantear en algún momento una cronología temprana para el asentamiento (FLETCHER VALLS Y ALCÁCER GRAU, 1958: 15), actualmente parece claro que los materiales recuperados invitan a proponer una cronología probablemente no anterior al 1800 cal BC, mientras que algunos elementos, como el fragmento de cazoleta interna, invitarían incluso a considerar un marco temporal algo más reciente (MARTÍ OLIVER Y DE PEDRO MICHÓ, 1997)

IV. Productos óseos

Hemos inventariado un total de 25 productos óseos conservados en las dependencias del Museo de Prehistoria de Valencia, todos ellos procedentes de las excavaciones efectuadas en el yacimiento, gran parte de las cuales aparecen reproducidas en las láminas IV y V de la publicación de D. Fletcher y J. Alcácer (1958). En concreto, existe información topográfica –y en menor medida, contextual– para 16 de las piezas estudiadas, lo que representa más del 60% del total.

El 76% de las piezas corresponde con objetos con punta, bien sean elaborados sobre tibia de ovicaprino o sobre asta de cérvido, destacando especialmente la cantidad de piezas de este tipo manufacturadas sobre varilla de asta de ciervo (tipos A222 y A222b), conserven o no la corteza rugosa (Fig. IV.3.77.14-15 y IV.3.78.1). Excepto en un par de casos (Fig. IV.3.77.11 y IV.3.78.16), todos los punzones que han podido adscribirse a algún tipo concreto pertenecen a la variante A121b, contando con cuatro ejemplares, los más completos de los cuales (Fig. IV.3.77.7 y 10) aparecieron contextualizados en los departamentos 7 y 1, respectivamente. El único punzón elaborado sobre radio (Fig. IV.3.77.9) es una pequeña pieza localizada también en el estrato inferior del departamento 7, junto con una de las varillas de asta apuntadas (Fig. IV.3.77.14). Finalmente, a ellos se une un pequeño punzón sobre metapodio (Fig. IV.3.77.8) hallado en el departamento 2.

Tres de los objetos analizados han resultado ser alisadores. Uno de ellos (Fig. IV.3.78.2) fue localizado en el Departamento 2 y se encuentra manufacturado sobre una varilla de asta de ciervo, mientras que los dos restantes, hallados en los departamentos 4 y 7, lo fueron sobre diáfisis de hueso de gran rumiante (Fig. IV.3.78.4 y 13).

Como ya hemos adelantado, sin duda destaca el conjunto de piezas localizado junto al hogar del Departamento 2, en el que se incluyen cuatro piezas apuntadas sobre asta de ciervo (A222), dos punzones sobre sección diafisial de metapodio de gran rumiante

(A211b) y un alisador sobre varilla de asta de ciervo (H112). No cabe duda de que la presencia de señales de manufactura –como la técnica de adelgazamiento mediante incisiones, bien evidente sobre el extremo distal de la pieza (Fig. IV.3.77.14)– junto con la acumulación misma de productos de morfología similar en un mismo lugar de la unidad habitacional invita a pensar en la existencia de un área de actividad de producción de artefactos óseos en el momento de producirse la destrucción de la vivienda. Tal hipótesis, no obstante, se vería enormemente respaldada si pudiésemos además asociar a este mismo contexto alguno de los deshechos de trabajo del asta localizados (Fig. IV.3.78.14) de los que desgraciadamente desconocemos la procedencia.

Finalmente, la punta de flecha de pedúnculo hueco (F211), localizada también en el Departamento 2, (Fig. IV.3.78.6) presenta toda una serie de evidentes similitudes con puntas semejantes halladas en yacimientos del Valle del Ebro, tales como Moncín (HARRISON, MORENO Y LEGGE, 1994) o Monte Aguilar (SESMA Y GARCÍA, 1994).

62. LA ATALAYUELA

(Losa del Obispo, Valencia)

I. Situación

La Atalayuela es un elevado pico situado en el término municipal de Losa del Obispo (Valencia), a escasa distancia de la carretera que une este municipio con el de Casinos.. Coordenadas UTM: X: 685240 Y: 4395374.

II. Información arqueológica

El asentamiento ocupa exclusivamente la cúspide de dicha elevación, conformada por una pequeña replaza redondeada, bastante inclinada hacia el NW, y limitada por un escarpe que pudo servir como defensa.

La primera visita al yacimiento, motivada por las noticias acerca de su expolio, se realizó en 1945, siendo excavado un año más tarde por J. Alcácer. En superficie no se observaba la presencia de estructuras, aunque sí numerosos hoyos fruto de actividades clandestinas (ALCÁCER GRAU, 1945: 151-164). La reducida superficie del yacimiento, de tan sólo 100 m², invita a pensar en un asentamiento de pequeño tamaño.

En función de los datos proporcionados por la excavación llevada a cabo por J. Alcácer y E. Espí, no resulta claro si se trata de dos habitaciones o de un sólo departamento, pues únicamente aparecen definidas dos estructuras murarias longitudinales (una oriental y otra occidental, ésta última la de mayor longitud) que parecen delimitar el espacio habitado. Sin embargo existe otra estructura, que sus excavadores interpretaron como una posible pared derruida, de algo menos de 2 m de anchura, que se dispone en sentido perpendicular a las dos paredes antes citadas. Sus excavadores, no obstante, se decantan finalmente por suponer que se

trataba de un apoyo para los troncos de sustentación de la techumbre, que se colocarían transversalmente a los muros oriental y occidental (BALLESTER TORMO, 1949: 104) y con los que estarían igualmente en relación los abundantes calzos de poste documentados. De los 19 localizados, algunos pocos parecen presentar una alineación significativa, aunque la mayoría se distribuyen de forma aparentemente aleatoria sobre la superficie excavada. Esto último probablemente denota la existencia de diversas fases constructivas en el asentamiento, algo que sus excavadores pudieron apreciar con claridad (BALLESTER TORMO, 1949: 107) pero no precisar dada la complejidad de la estratigrafía y la alteración producida por las rebuscas clandestinas.

En el interior del espacio habitado se señalan algunas escasas estructuras que parecen relacionarse principalmente con actividades de consumo, tales como un posible hogar y una peculiar estructura de lajas dispuestas en vertical y paralelas entre sí que a sus excavadores recordaba vagamente a una conducción de agua, sin que por razones obvias se atrevieran a señalarles tal función. Junto a ellas únicamente se menciona el hallazgo de una pequeña hacha de piedra pulimentada y un pequeño fragmento de “idolillo” de hueso que en realidad corresponde a un fragmento de colgante con escotadura elaborado sobre colmillo de suido.

III. Valoración y cronología

La constatación de una hipotética alabarda, a la que le faltaba parte de una aleta, seccionando uno de los agujeros, hizo suponer a su excavador (ALCÁZER GRAU, 1945:151-164) que la pieza procedía de alguna tumba expoliada. Aunque nunca se llegó a mencionar la existencia física de restos humanos (a diferencia de lo constatado en el cercano enclave de Peña de la Dueña, en Teresa) la presencia de la alabarda y la suposición del expolio de una sepultura fueron suficientes para proponer la pertenencia del emplazamiento a la órbita cultural argárica (ALCÁZER GRAU, 1945). Posteriormente, sin embargo, fue valorado en repetidas ocasiones como un poblado del Bronce Valenciano (TARRADELL MATEU, 1963, 1969; APARICIO PÉREZ, 1976).

La estimación cronológica del período de ocupación del asentamiento sólo puede realizarse a partir del registro artefactual, habiéndose señalado una cronología preferentemente avanzada para el mismo en función del utillaje metálico (SIMÓN GARCÍA, 1998: 255) y sobretodo por la presencia de vasos geminados de cerámica (MARTÍ OLIVER Y DE PEDRO MICHÓ, 1997).

IV. Productos óseos

Hemos analizado siete piezas, todas ellas conservadas en las dependencias del Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia. De ellas, 6 corresponden a punzones, 4 de ellos perfectamente adscribibles al tipo A121: uno al subtipo A121a (Fig. IV.3.79.2) y dos al subtipo A121c (Fig. IV.3.79.1 y 3) mientras que el último —una parte distal de un punzón

reutilizado— podría corresponder originalmente tanto al subtipo A121b como al A121c (Fig. IV.3.79.4). De los dos fragmentos de punzón restantes, pertenecientes igualmente al extremo distal de los mismos, resulta imposible precisar el tipo.

Por último, un pequeño fragmento de colmillo de suido con una escotadura lateral ha sido incluido en el tipo K111b (Fig. IV.3.79.6).

63. EL PICAIO (Requena, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra sobre un cerro ubicado al Noreste del núcleo urbano de Requena, en un montículo llamado Monte del Telégrafo, a una altura s/n/m de 800 m y cuyo acceso se realiza por un camino rural que se encuentra entre los km 2 y 3 de la carretera que une Requena con la vecina localidad de Chera. Coordenadas UTM: X: 665255 Y: 4374629.

II. Información arqueológica

El asentamiento ocupa la parte occidental y más alta del Monte del Telégrafo, habiéndosele calculado una extensión aproximada de 0,5 Ha. La existencia de restos arqueológicos en la cima del cerro es conocida al menos desde la década de 1970 (APARICIO PÉREZ Y LATORRE NUÉVALOS, 1977). En toda esta área se observan diversas estructuras murarias que aparentemente conforman espacios rectangulares que presentan numerosas remociones del terreno provocadas por excavaciones incontroladas.

La inexistencia de excavaciones hace que no se disponga de dato alguno relacionado con las áreas de actividad ni con los contextos a los que pertenecían los objetos procedentes del yacimiento

III. Valoración y cronología

Vinculado a la “Cultura del Bronce Valenciano” desde su descubrimiento como yacimiento arqueológico, para J. L. Simón (1998: 160) se situaría cronológicamente en la segunda mitad del II milenio a.C.

IV. Productos óseos

La referencias de los productos óseos hallados en este yacimiento fueron publicadas por J. Aparicio, J. San Valero y J. Martínez (1979: 243, Fig. 12), quienes reprodujeron gráficamente las piezas que hemos incluido en nuestro inventario y que corresponden a tres ejemplares de punzón del tipo A121c sobre tibia de ovicaprino (Fig. IV.3.79.11-13).

64. SAN BLAS (Requena, Valencia)

I. Situación

El yacimiento se encuentra a escasamente un kilómetro desde Requena, accediéndose desde el camino

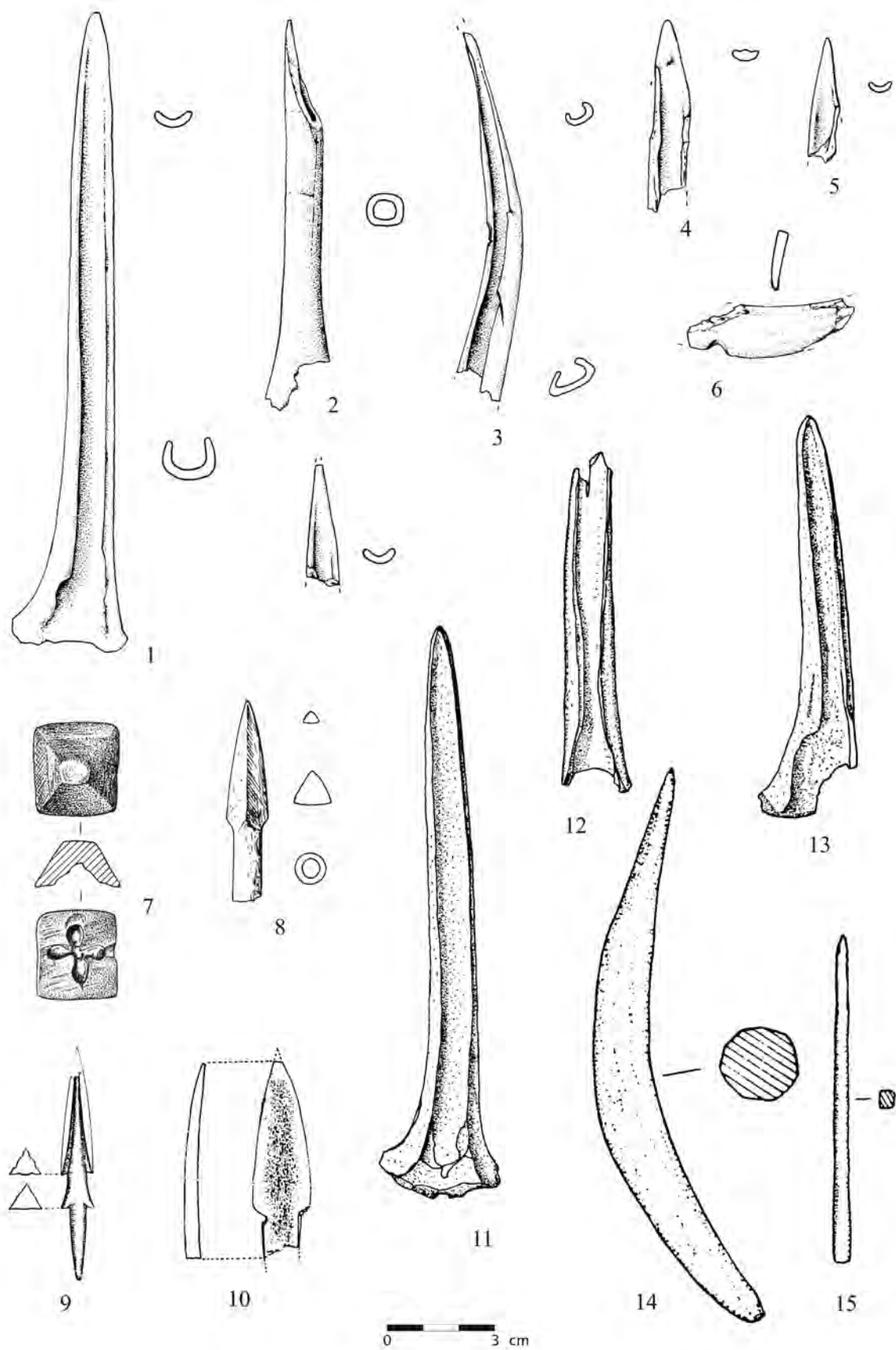


Figura IV.3.79_La Atalayuela (1-6), El Picarcho (7), San Blas (8), El Torrelló (9-10), El Picaio (11-13) y Orpesa la Vella (14-15).

de La Ermita de San Blas. Se trata de un cerro de tierras rojas, a unos 700 m s/n/m, situado a la margen izquierda del río Magro. Coordenadas UTM: X: 664907 Y: 4371440.

II. Información arqueológica

El yacimiento, del que se ha dado una información sucinta (APARICIO PÉREZ Y LATORRE NUÉVALOS, 1977) ocupó la cima del cerro así como parte de las laderas oriental y occidental, centrándose la dispersión de materiales en un área no superior a los 100 m². En diversos puntos se aprecia la existencia de restos de estructuras elaboradas con mampuesto y argamasa, en el interior de una de las cuales aparecieron restos de tapias con improntas de vigas y maderos. En el Museo Arqueológico de Requena se conservan diversos restos cerámicos, algunos de ellos con intensos bruñidos; dientes de hoz y láminas de sílex, algunos productos líticos pulimentados y restos óseos de fauna.

III. Valoración y cronología

Lo limitado de la información disponible no permite precisar la cronología exacta del yacimiento, más allá de asegurar que fue ocupado durante el II milenio BC. La presencia y particularidades morfológicas de la punta de flecha de hueso localizada, de la que damos cuenta a continuación, podrían indicar una cronología avanzada.

IV. Productos óseos

Sólo se incluye en nuestro inventario una punta de flecha de pedúnculo de tubo y hoja de sección triangular, del tipo F222, localizada en el yacimiento (Fig. IV.3.79.8).

65. EL PICARCHO

(Camporrobles, Valencia)

I. Situación

El yacimiento está situado sobre un cerro de forma redondeada, emplazado en las estribaciones meridionales de la Sierra de Mira, a 1.112 m s.n.m., prácticamente sobre la divisoria del territorio administrativo de las provincias de Cuenca y Valencia. Coordenadas UTM: X: 637890, Y: 4392577.

II. Información arqueológica

Se trata de un pequeño asentamiento de unos 500 m² de extensión situado en la parte más elevada del cerro, donde afloran varios aterrazamientos concéntricos. En septiembre de 1981 M. Gil-Mascarell dirigió la excavación de un pequeño sondeo de 2 m² de superficie coincidiendo con la realización de otros trabajos arqueológicos en el vecino yacimiento de El Molón. Tanto los materiales de estas excavaciones como la información generada durante las mismas permanecieron sustancialmente inéditos hasta fecha reciente (LORRIO ALVARADO *et al.*, 2004).

De acuerdo con los diarios conservados en el S. I. P. de la Diputación de Valencia, donde se albergaban también los materiales procedentes de la excavación, el perfil estratigráfico del sondeo practicado señalaba la existencia de seis capas superpuestas que alcanzaban en total un espesor de 2,33 m.

La escasa superficie del área excavada impidió, como es lógico, identificar cualquier aspecto relacionado con las características de los espacios domésticos que presumiblemente fueron excavados. Únicamente cabe indicar, tal y como se señalaba en la revisión de estos resultados (LORRIO ALVARADO *et al.*, 2004: 192) la posibilidad de que el ámbito del nivel más reciente estuviera relacionado con actividades de almacenamiento, en función del registro vascular documentado, mientras que para el nivel más antiguo no es posible inferir la realización de ningún tipo de actividad específica.

III. Valoración y cronología

En función del registro analizado, A. Lorrio *et al.* (2004: 192) señalan para la ocupación del yacimiento una cronología del “Bronce Pleno”, indicando la semejanza formal, pese a la escasa variabilidad tipológica, del material cerámico localizado con el procedente de otros yacimientos turolenses, conquenses y valencianos. Para nosotros, sin embargo, la fundación del yacimiento tal vez debería considerarse dentro del margen cronológico atribuido tradicionalmente al Bronce Antiguo o en cualquier caso en el tránsito entre el III y II milenio cal BC, fechas que parecen ajustarse mejor a los contextos bien documentados en los que han aparecido botones piramidales de marfil de las características que ofrece el ejemplar del Picarcho.

IV. Productos óseos

La única pieza registrada es un botón piramidal de marfil –Q111– de considerables dimensiones, publicado por A. Lorrio *et al.* (2004, fig. 9, 129) –a pesar de que había sido dada ya a conocer con anterioridad por J. L. Pascual (1995, 20)– y procedente de los niveles más profundos del yacimiento (Fig. IV.3.79.7).

66. EL TORRELLÓ (Onda, Castellón)

I. Situación

El yacimiento se encuentra emplazado en el extremo de una planicie situada a la margen izquierda del río Mijares, sobre un escarpado espolón rocoso delimitado por el cauce del propio río y la Rambla del Torrelló, a unos 10 km al Noreste de la localidad de Onda. Altura s/n/m: 102 m. Coordenadas UTM: X: 737913 Y: 4430258.

II. Información arqueológica

El yacimiento se levanta unos 3 m sobre el terreno circundante, conformando una especie de montículo de planta circular irregular de unos 20 m de longitud y

unos 17 m de anchura máximas, que se encuentra defendido de forma natural por los escarpes que ofrece el terreno en sus laderas occidental y oriental. Las primeras intervenciones arqueológicas realizadas estuvieron dirigidas por F. Gusi en 1971 (GUSI JENER, 1974) de las que se publicó un avance detallado acompañado de croquis de las estructuras localizadas y de algunos materiales arqueológicos, principalmente cerámicos. En estas actuaciones se pudo determinar la existencia, en la parte septentrional del yacimiento, de un lienzo de muralla de época ibérica que una vez excavado alcanzó una longitud de 20 m, dotado de bastiones que sobresalían ligeramente del paramento. En el interior del recinto, sobre los niveles correspondientes a la Edad del Bronce, aparecieron unas viviendas ibéricas datadas entre los siglos V y II a. C. a partir del material arqueológico exhumado (GUSI JENER, 2001: 253).

Bajo estos restos se localizó parte de un recinto defensivo, también de planta circular, datado por radiocarbono entre 1773 y 1395 cal BC y formado por una amplia muralla perimetral elaborada con bloques de mampostería trabados en seco. En el interior de este recinto se documentaron varias viviendas, en una de las cuales se obtuvo, a partir de una muestra de carbón, una fecha de entre 1745 y 1376 cal BC (GUSI JENER Y OLÁRIA PUYOLES, 1995: 149).

La estratigrafía obtenida al interior del recinto llegó a alcanzar los 5 m de profundidad en el corte Q-III, de la que conocemos algunos detalles así como su relación con diversas estructuras atribuidas a partes de viviendas, las más recientes de cronología ibérica. La naturaleza eminentemente vertical de la intervención arqueológica practicada impide conocer aspectos básicos de las unidades habitacionales registradas. Sin embargo, parece clara la relación de los niveles IIIA y IIIB –los más profundos– con pavimentos de cenizas y arcilla apisonadas (GUSI JENER, 1974: 30) que debieron formar parte de una habitación de cuyo nivel de destrucción, asociado a un estrato de carbones y cenizas, se obtuvo la fecha de 1745- 1376 cal BC, ya mencionada. Lamentablemente, la falta de referencias contextuales de la datación hace imposible precisar si ésta se asocia con el momento de construcción de la vivienda o con el de su arrasamiento.

Con posterioridad a estos trabajos, el yacimiento sería objeto de nuevas intervenciones arqueológicas en 1991 y 1993, llevadas a cabo por el Servei d'Arqueologia Municipal d'Onda, que permitieron documentar un tramo de cerca de 12 m de longitud de la muralla de la Edad del Bronce, registrando diverso material cerámico que apuntan a una cronología avanzada (ALFONSO, ESTALL Y MANYANÓS, 2004).

III. Valoración y cronología

Para F. Gusi (1974: 42) los niveles más profundos del yacimiento pertenecían a la cultura del “Bronce Valenciano”, diferenciando varias fases constructivas en el asentamiento que cronológicamente se han

atribuido a momentos finales del “Bronce Medio” (o “Bronce Valenciano II”, según la periodización empleada por el propio autor) (GUSI JENER, 2001: 253). Esta estimación es compartida también por J. Alfonso, V. Estall y A. Manyanós (2004: 109), aunque se limitan a señalar una cronología “avanzada” dentro de la Edad del Bronce. Aunque la falta de información publicada acerca de los contextos arqueológicos y los detalles sobre la interrelación estratigráfica de éstos impide precisarlo, resulta bastante evidente la conexión entre muchos de los materiales arqueológicos del Torrelló y los característicos del Bronce Tardío del ámbito levantino y del Sureste, especialmente con otros yacimientos castellonenses que se pueden considerar contemporáneos, como Orpesa la Vella (BARRACHINA IBÁÑEZ Y GUSI JENER, 2004).

En la publicación del primer avance sobre los trabajos realizados, F. Gusi (1974: 42) ya señalaba la importancia estratégica del enclave y su relevancia dentro de una red de control de las comunicaciones entre el litoral castellonense y el área del Bajo Aragón a través del valle del río Mijares. Esta circunstancia explicaría así mismo la reocupación del yacimiento en época ibérica. No creemos posible corroborar o refutar semejante hipótesis en la actualidad, dada la parquedad del registro publicado, pero parece difícil desligar las características del asentamiento y su localización estratégica de una actividad fundamentalmente orientada al control de dichas comunicaciones y de la circulación de productos y personas a través de ellas.

IV. Productos óseos

Aunque el autor incluye algunos otros productos de hueso entre las láminas que ilustran el repertorio de objetos exhumado en el yacimiento –de la mayoría de los cuales resulta imposible hacer una identificación elemental de soporte o forma–, sólo hemos incluido en nuestro inventario una de las dos piezas interpretadas como puntas de flecha por su excavador (GUSI JENER, 2001: 254), localizada en el nivel IIIA, única que ha sido analizada personalmente por nosotros. Se ha incluido en el tipo F232 (Fig. IV.3.79.9).

67. ORPESA LA VELLA (Orpesa del Mar, Castellón)

I. Situación

El yacimiento se encuentra emplazado sobre un promontorio rocoso denominado Punta de la Cova, de alrededor de 20 m de altura s/n/m y situado en la misma línea de costa de la Plana Norte, a escasos kilómetros de la localidad de Orpesa del Mar, junto a la Playa de la Concha. Coordenadas UTM: X: 2558050 Y: 4440647 (Huso 31).

II. Información arqueológica

El yacimiento ha sido objeto de un docena de campañas de excavación arqueológicas, entre los años

1976 y 1989, bajo la dirección del Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas de Castellón. De estos trabajos se han publicado algunas informaciones aunque falta todavía una memoria científica completa de los mismos (GUSI JENER, 1988; 2001; GUSI JENER Y OLARIA PUYOLES, 1977; OLARIA PUYOLES, 1987).

Presenta una dilatada ocupación, desde época prehistórica hasta la Edad Media, existiendo restos de un poblado ibérico y de una atalaya islámica de los siglos X- XII. Según sus excavadores, ofrece una potente estratigrafía de hasta 4 m de profundidad en algunos puntos, perteneciendo sus tres primeras fases de ocupación a la Edad del Bronce: desde un “Bronce Antiguo” en que se funda el emplazamiento, pasando por un “Bronce Medio” en el que se produce su desarrollo, hasta un poco definido “Bronce Final- Hierro” que cronológicamente se situaría entre los años 1000 y 700 a. C. (GUSI JENER, 2001)

Al parecer, el enclave de la Edad del Bronce es un pequeño asentamiento amurallado, de no más de 1.200 m² de extensión superficial, que presenta un grueso lienzo murario de casi 4 m de espesor en algunos tramos y forma ataludada al exterior, al que se adosan, a modo de refuerzos, unos muros paralelos y perpendiculares al mismo. A esta muralla se une en uno de sus extremos un bastión de forma semicircular, fechado aproximadamente entre 1800 y 1700 cal BC, en función de su relación estratigráfica con las estructuras documentadas.

De lo publicado hasta el momento, la información más detallada referente al registro artefactual y estructural del yacimiento procede de los cortes C-2 y C-4, excavados en las primeras campañas, y del C-7 (GUSI JENER Y OLARIA PUYOLES, 1977; GUSI JENER, 1988). No se han divulgado hasta ahora datos concernientes a la distribución espacial y entorno contextual de los artefactos localizados ni tampoco datos referentes a las unidades habitacionales documentadas.

El nivel más antiguo del poblado viene definido por una serie de construcciones de planta rectangular, con paredes de barro sobre zócalos de mampostería, con enlucidos en paredes y suelo, algunos decorados de rojo, que se alzan sobre una plataforma de regularización de tierra batida. Estas viviendas se disponen paralelas y adosadas entre sí, con bancos corridos, muretes de compartimentación interna y numerosos calzos de poste, algunos con vigorosos refuerzos de mampostería que parecen indicar la existencia de estructuras de importancia en los tejados. Alguna de estas habitaciones presentaba en el suelo estructuras de forma paralelepípeda con restos de combustión en su interior.

Sobre estas estructuras se encuentran los niveles correspondientes a un “Bronce Tardío avanzado” y un “Bronce Final antiguo”, mucho más afectados por las construcciones posteriores de época ibérica, medieval y moderna.

Al parecer, el registro artefactual en el yacimiento ha sido muy importante. A los niveles más antiguos del asentamiento corresponde una variada vajilla cerámica, numerosos molinos, algunos dientes de hoz, pesas de telar, utillaje metálico y también algunos objetos de barro cocido de función imprecisa en forma de bolas y conos. De los niveles más recientes, sobretodo se han publicado datos referidos a la cerámica y a la producción metalúrgica.

III. Valoración y cronología

La realización de un gran número de dataciones radiocarbónicas, que cubren prácticamente toda la secuencia del yacimiento, han venido a clarificar hasta cierto punto el intervalo cronológico en que se desarrolló el asentamiento de la Edad del Bronce (GUSI JENER Y OLARIA PUYOLES, 1995). De acuerdo con estas dataciones, calibradas a 1σ (68% de probabilidad), la primera fase de ocupación se situaría aproximadamente entre 2200 y 1800 cal BC; la fase adscrita por sus excavadores al “Bronce Medio” estaría comprendida entre *ca.* 1800 y 1500 cal BC; mientras que la ocupación del “Bronce Final” se localizaría entre *ca.* 1500 y 1300 cal BC.

Desde el punto de vista artefactual, la ausencia de cerámicas acanaladas parece señalar el horizonte cronológico para el hipotético abandono del asentamiento (BARRACHINA IBÁÑEZ Y GUSI JENER, 2004: 143).

IV. Productos óseos

A pesar de que se ha dado noticia de su hallazgo, son bien escasos los productos óseos publicados hasta la fecha, procedentes de este yacimiento. Los dos que incluimos en nuestro catálogo aparecieron referenciados en una de las primeras publicaciones, aunque de ellos no se proporcionó más que una vaga referencia gráfica (GUSI JENER Y OLARIA PUYOLES, 1977: 88, Fig. 5. 18 y 19).

La pieza de la Figura IV.3.79.14 corresponde a un pico elaborado sobre luchadera o candil de asta de ciervo, del tipo P211, mientras que la Figura IV.3.79.15 se ha clasificado provisionalmente dentro del tipo A221.

68. ERETA DEL CASTELLAR (Villafranca del Cid, Castellón)

I. Situación

El yacimiento se ubica sobre un espolón, a más de 1.100 m s.n.m. cuyas laderas oriental y meridional recaen al Barranco de la Foç, en un punto que constituye la divisoria de aguas entre los afluentes del Mijares, al sur, y del Ebro, al norte, en una zona de paso natural hacia el interior de la Sierra de Gúdar. Coordenadas UTM: X: 733674, Y: 4478539.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue localizado por H. Prades en 1954, siendo excavado por primera vez en septiembre

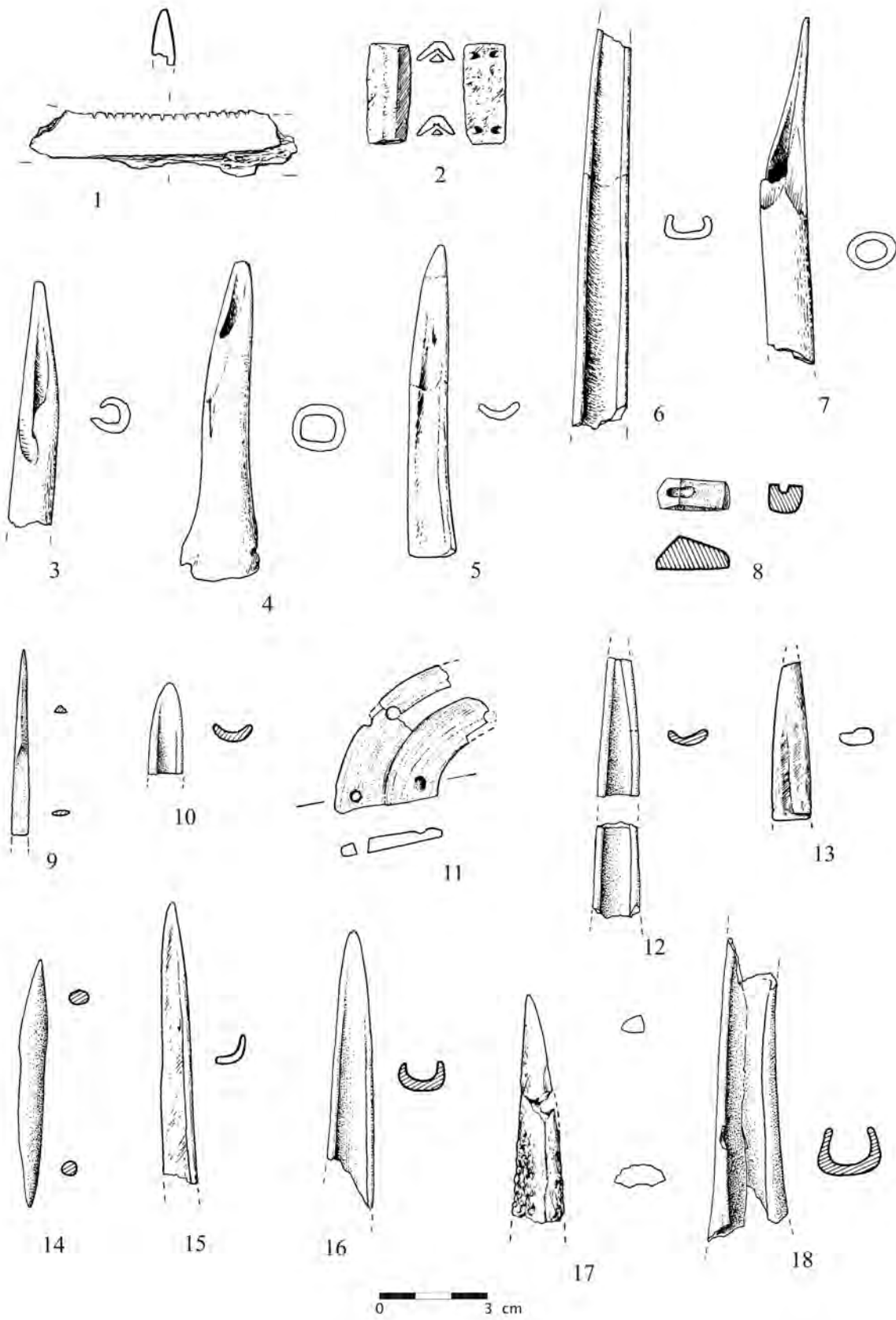


Figura IV.3.80_Ereta del Castellar (1), Portell de l'Infern (2), Zurridores (6), Cegarrón (3-5 y 7) y Cerro de El Cuchillo (8-18).

de 1957 bajo la supervisión del entonces Director del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, D. Fletcher Valls, siendo publicados sus resultados una década más tarde (Arnal, Prades y Fletcher, 1968). En fechas recientes, E. Ripollés (1997) realizó una revisión de los trabajos así como un estudio de materiales arqueológicos inéditos.

La excavación se inició abriendo cinco cuadros contiguos de apenas 1m² de superficie, los cuales fueron posteriormente ampliados a raíz de la aparición de diversos muros que configuraron tres ámbitos denominados Habitaciones I, II y III, en las que sus excavadores llegaron a distinguir cinco niveles.

Para E. Ripollés (1997: 161), sin embargo, la estratigrafía se resume en tres unidades básicas que corresponderían a un nivel de preparación de los pavimentos –nivel 5–, un primer momento de ocupación al que se asocian muros de arcilla y una serie de depósitos localizados en el interior de las habitaciones –nivel 4– y un último momento constructivo –en el que se agruparían los niveles 1, 2 y 3– delimitado estratigráficamente por un pavimento enlosado, al que se asociaría la mayor parte de las grandes vasijas de almacenamiento publicadas. Por encima de esta última unidad estratigráfica, podrían haber existido aún niveles completamente destruidos por la erosión.

En opinión de E. Ripollés (1997: 162) las Habitaciones I y II debieron constituir una misma unidad habitacional, funcionando la primera como vivienda y la segunda como área de almacenamiento, en función de los grandes vasos contenedores aparecidos en su interior, con capacidad para unos 120 kg de grano. Función ésta que cabe suponer también para la Habitación III, en donde se concentra la mayor parte de este tipo de recipientes. El registro proporcionado no permite inferir con claridad la ubicación y características de otras áreas de actividad específica

III. Valoración y cronología

Tal y como ya ha indicado E. Ripollés (1997), el yacimiento debe inscribirse en momentos cronológicamente avanzados, dentro de lo que se ha propuesto como una fase del Bronce Tardío resultado de la “evolución” del sustrato correspondiente al denominado “Bronce Valenciano” (MARTÍ OLIVER Y DE PEDRO MICHÓ, 1997: 78), caracterizado, entre otros elementos del registro, por las grandes vasijas con decoraciones plásticas, abundantes en la Ereta del Castellar, así como de vasos geminados, asas de apéndice de botón, cazoletas internas o, sobretodo, por piezas como el carrete cerámico procedente del “depósito” T-3 (RIPOLLÉS ADELANTADO, 1997: 173).

IV. Productos óseos

Del yacimiento se publicaron varios objetos descritos por sus excavadores como “puntas” o incluso como punzones. Sin embargo, de la revisión –si bien incompleta– realizada se pudo deducir que ninguna de

dichas piezas presentaba evidencias de elaboración o manipulación, correspondiendo en su mayoría a fragmentos distales de cuernas de diferentes especies.

El único artefacto óseo inventariado procede de la revisión del material de la Ereta del Castellar (RIPOLLÉS ADELANTADO, 1997: 168, fig. 6. 4), y corresponde a una pieza dentada manufacturada sobre costilla de ovicaprino (Fig. IV.3.80.1).

69. COVA DEL PORTELL DE L'INFERN (La Pobla de Benifassà, Castellón)

I. Situación

Se trata de un abrigo de planta y boca triangular situado muy cerca del denominado Portell de l'Infern, a los pies del Monte Tenalla, próximo al Embalse de Ulldecona. Altura s/n/m: 980 m. Coordenadas UTM: X: 263762 Y: 4510050.

II. Información arqueológica

El yacimiento parece constituir una cueva de enterramiento que cronológicamente cabe situar entre el III y II milenio cal BC, en función de los materiales conocidos. Éstos se reducen a fragmentos de cerámica a mano, cuentas de collar y un botón de perforación en V, analizado por nosotros y depositado, al igual que el resto de materiales, en las dependencias del Museu de La Valltorta, en Tirig.

III. Valoración y cronología

Se trata de un yacimiento prácticamente inédito, del que no conocemos más datos que los aquí consignados.

IV. Productos óseos

Hemos inventariado una pieza procedente del yacimiento. Se trata de un botón prismático triangular de doble perforación en V del tipo Q132 (Fig. IV.3.80.2).

70. ZURRIDORES (Almansa, Albacete)

I. Situación

Se ubica en una pequeña elevación rocosa de forma cónica que se alza sobre un montículo de cumbre amesetada y acusadas pendientes por sus laderas, al que se accede desde la carretera que une Almansa con Montealegre por un camino que se dirige a la finca de la Casa de Pozo Carril. Se encuentra a una altura de 945 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 656311 Y: 4293821.

II. Información arqueológica

El poblado fue descubierto durante las prospecciones realizadas en el término municipal de Almansa por J. L. Simón García (1987: 44). El área habitada se encuentra defendida de forma natural por todas sus vertientes excepto por la septentrional, donde se encuen-

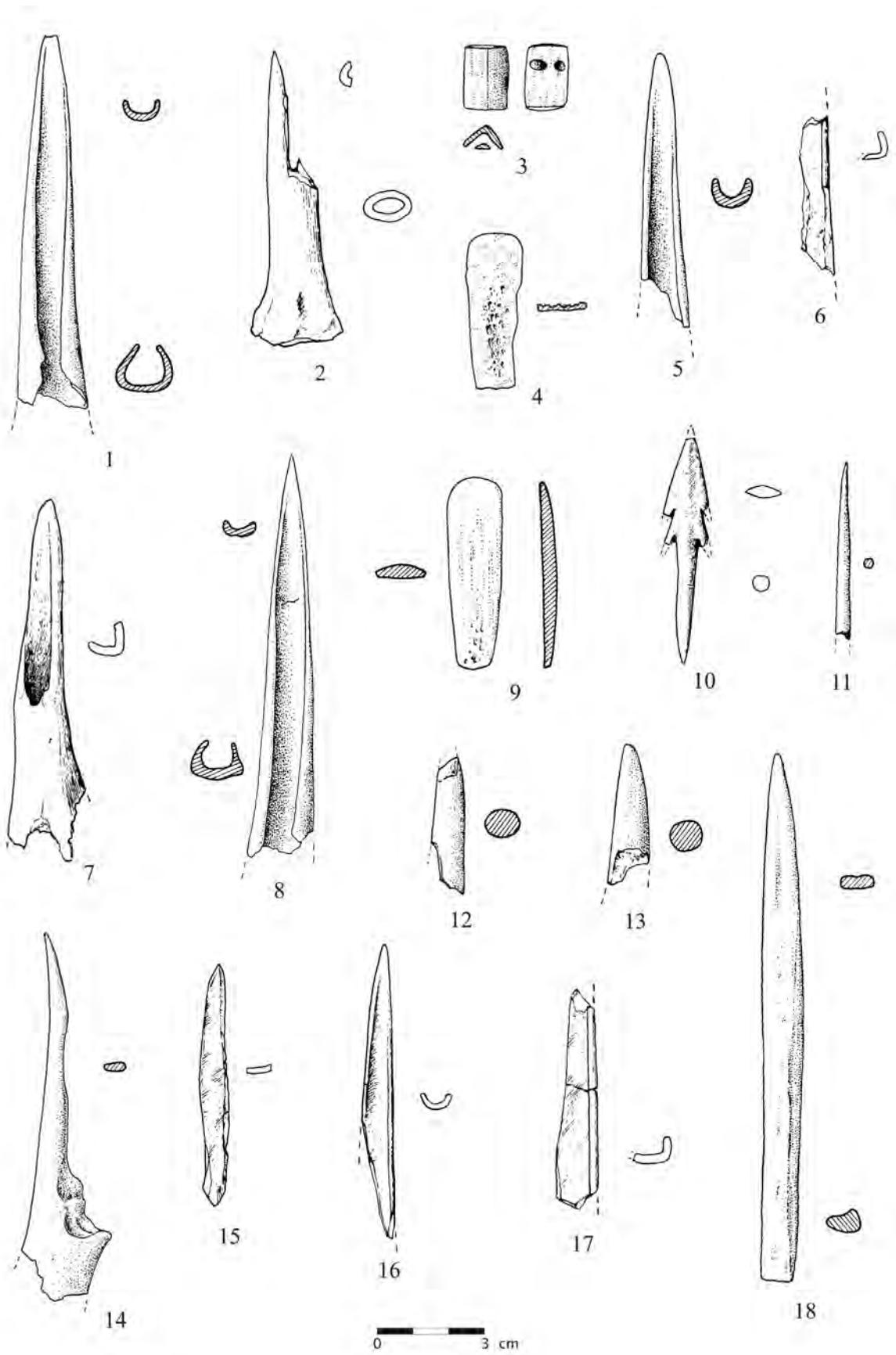


Figura IV.3.81_Cerro de El Cuchillo.

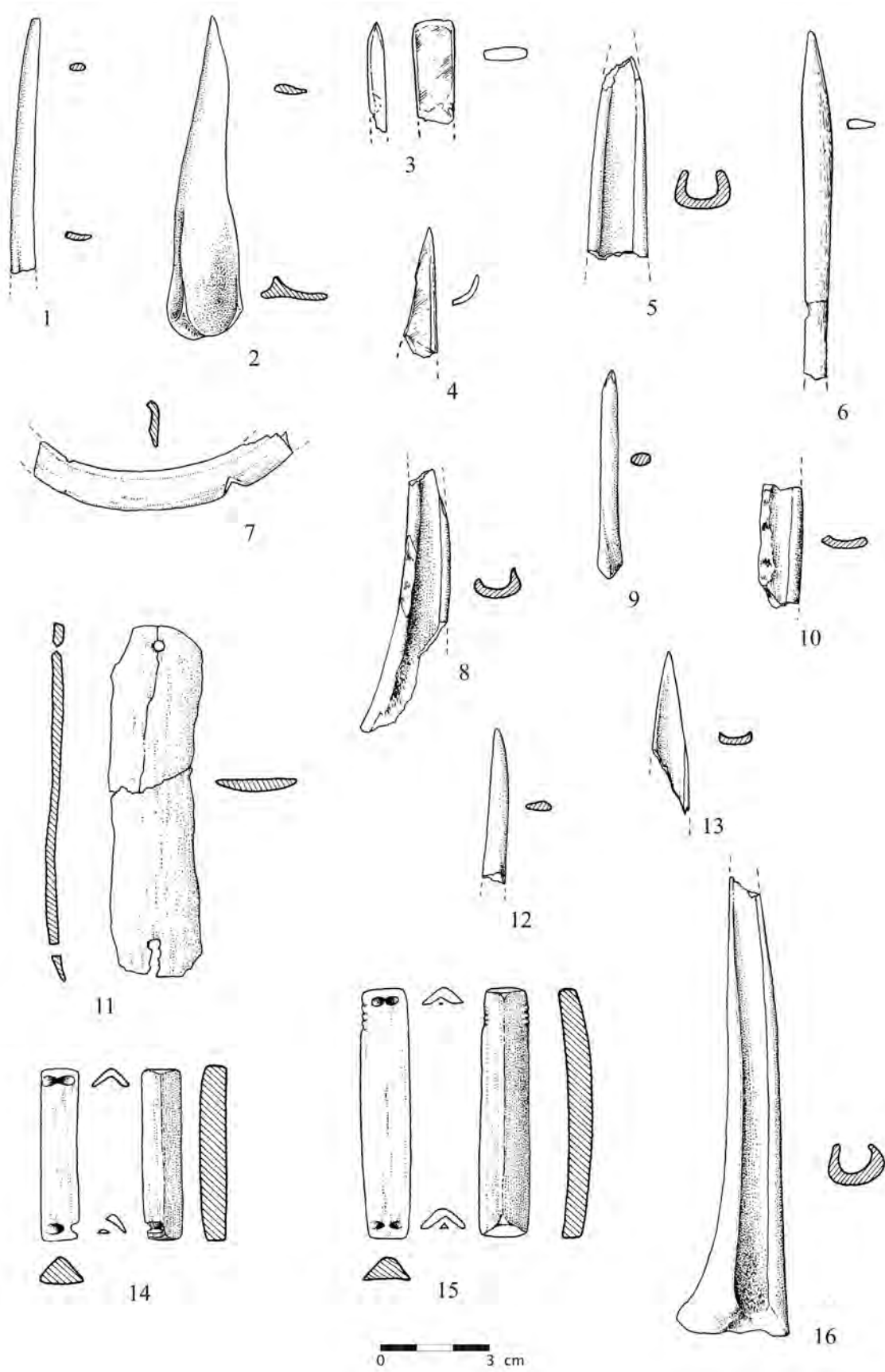


Figura IV.3.82_Cerro de El Cuchillo.

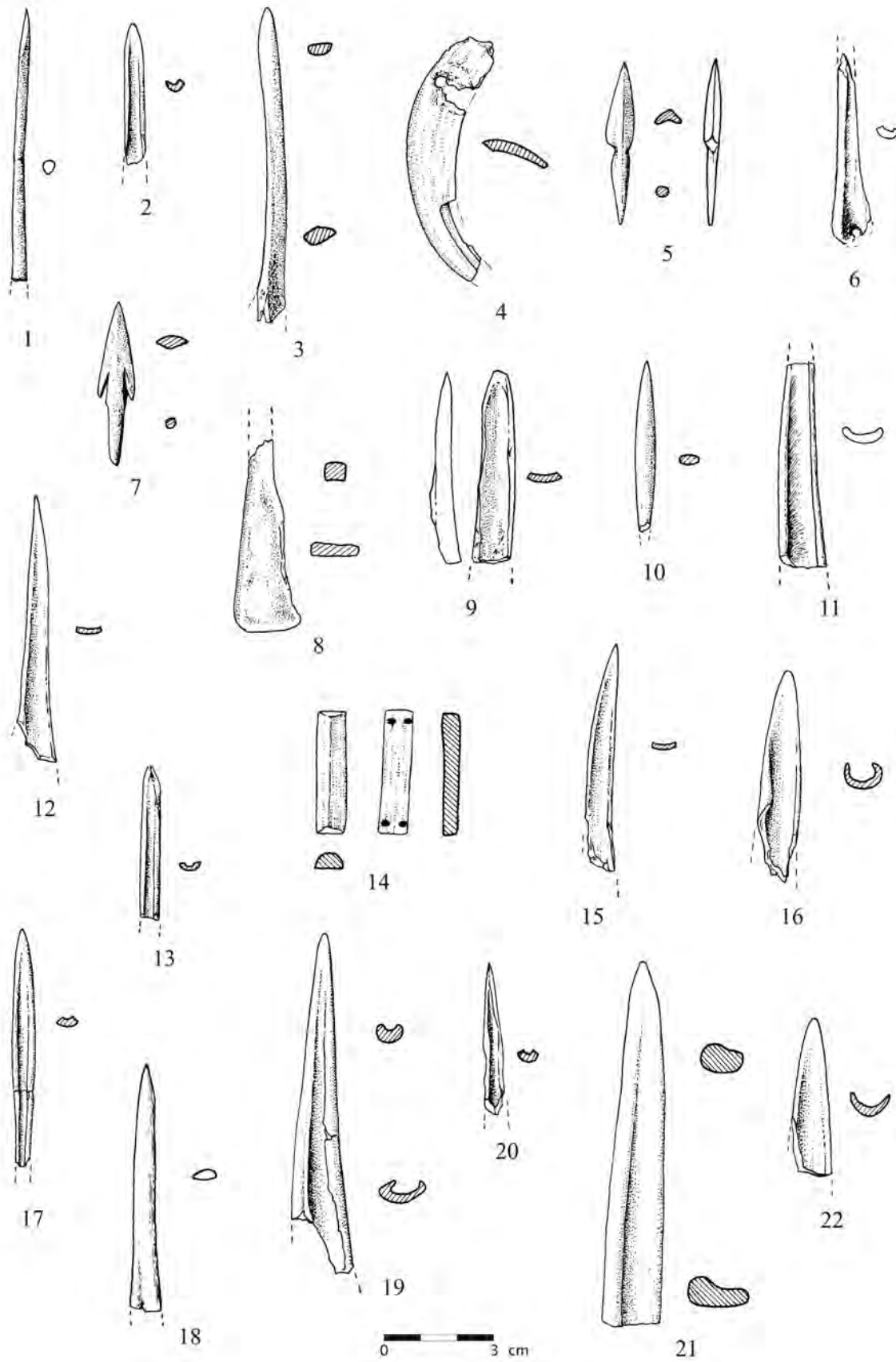


Figura IV.3.83_Cerro de El Cuchillo.

tra una construcción de forma cónica que se interpreta como restos de una torre derruida. Los objetos recogidos durante las prospecciones son varios fragmentos de cerámica y el punzón estudiado por nosotros.

III. Valoración y cronología

Por los materiales localizados en superficie y por las características del emplazamiento, tan sólo es posible afirmar que se trata de un yacimiento de pequeño tamaño ocupado durante una parte del II milenio cal BC.

IV. Productos óseos

El único objeto óseo documentado es un punzón del tipo A121c (Fig. IV.3.80.6), localizado por J. Luís Simón (1987: 125, fig. 15.2).

71. CEGARRÓN

(Monteaegre del Castillo, Albacete)

I. Situación

El yacimiento se ubica sobre un cerro situado a 931 m s/n/m, cercano a la Finca de la Cueva, a la que se accede a través de la carretera de Almansa a Monteaegre, en dirección a la Finca de la Espartosa. Coordenadas UTM: X: 653581 Y: 4293660.

II. Información arqueológica

Las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento se remontan a los trabajos de J. Zuazo Palacios, propietario por aquél entonces de la Finca de la Cueva junto a la que se hallaba emplazado, comenzados en 1918 en compañía de H. Obermaier, las cuales quedaron inconclusas e inéditas. Depositados los objetos exhumados en el Museo Arqueológico de Albacete, las únicas referencias acerca de estas excavaciones se deben a los comentarios de J. Sánchez Jiménez (1948: 101).

Interpretado por sus excavadores como un sepulcro tumular junto a un pequeño poblado de cronología supuestamente neolítica, del yacimiento procede un conjunto notable de piezas entre las que hallamos diferentes fragmentos cerámicos pertenecientes a tinajas, vasos y ollas de factura en general poco cuidada y formas sencillas, en ocasiones con incisiones en el labio o con digitaciones. También se hallaron dientes de hoz.

III. Valoración y cronología

A juzgar por los materiales descritos por J. Sánchez Jiménez (1948: 101) sólo puede apuntarse una cronología aproximada dentro del II milenio BC, posiblemente en un horizonte comprendido entre inicios y mediados del mismo.

IV. Productos óseos

Hemos analizado cuatro productos óseos del yacimiento, todos ellos punzones. Los tres primeros

corresponden inequívocamente a punzones del tipo A121a, (Fig. IV.3.80.3, 4 y 7) mientras que el cuarto puede clasificarse en el tipo A211, si bien por las características del fragmento diafisario conservado, puede muy probablemente afirmarse que se trata de una astilla longitudinal de un punzón del tipo A121b o A121c reutilizado (Fig. IV.3.80.5).

72. CERRO DE EL CUCHILLO

(Almansa, Albacete)

I. Situación

El yacimiento se ubica al noroeste del término municipal de Almansa, a pocos metros al sur del kilómetro 303 de la autopista A4, sobre el extremo de un tramo fallado de la Sierra de Los Cuchillos sobre el que discurre una rambla. Su altura se fija en los 825 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 650372 Y: 4303800.

II. Información arqueológica

El poblado fue descubierto a mediados de la década de los ochenta en las prospecciones sistemáticas llevadas a cabo por J. L. Simón (1987) en el término municipal de Almansa. En 1986 se inician las excavaciones promovidas por la Universidad de Alicante y bajo la dirección de M. S. Hernández Pérez y el propio J. L. Simón. El yacimiento, de no más de 1.300 m², ha sido excavado en su totalidad, a pesar de que casi dos terceras partes del registro no han sido todavía publicadas. En su momento, no obstante, se dio noticia detallada tanto de la estructura esencial del poblado como del registro artefactual exhumado en las primeras cinco campañas (HERNÁNDEZ, SIMÓN Y LÓPEZ, 1994), lo que le convierte en uno de los yacimientos mejor conocidos del área oriental de La Mancha. El registro funerario sí ha sido publicado en completo, contándose además con la información relativa al sexo y edad de los individuos inhumados en el yacimiento (DE MIGUEL, 2002), además de un completo trabajo acerca de los objetos de adorno consumidos en el emplazamiento, obra de V. Barciela (2006), en donde se aportan los últimos datos publicados relativos al esquema urbanístico general del asentamiento.

Las excavaciones han determinado la existencia de tres recintos murarios al interior de los cuales quedaba circunscrita un área ocupacional en la que se distribuían una serie de unidades habitacionales –de las que sólo se han publicado los datos referentes a cinco– dispuestas a un lado y otro de una estrecha calle central que discurre en sentido norte-sur, a lo largo de la cima del cerro, ocupando prácticamente toda la plataforma superior del mismo. En el interior de estas unidades habitacionales se registra una sucesión de varias fases o niveles, de los que se da cumplido detalle (HERNÁNDEZ, SIMÓN Y LÓPEZ, 1994).

La más antigua de las tres líneas de construcciones que delimitan el área habitacional –Recinto I– se com-

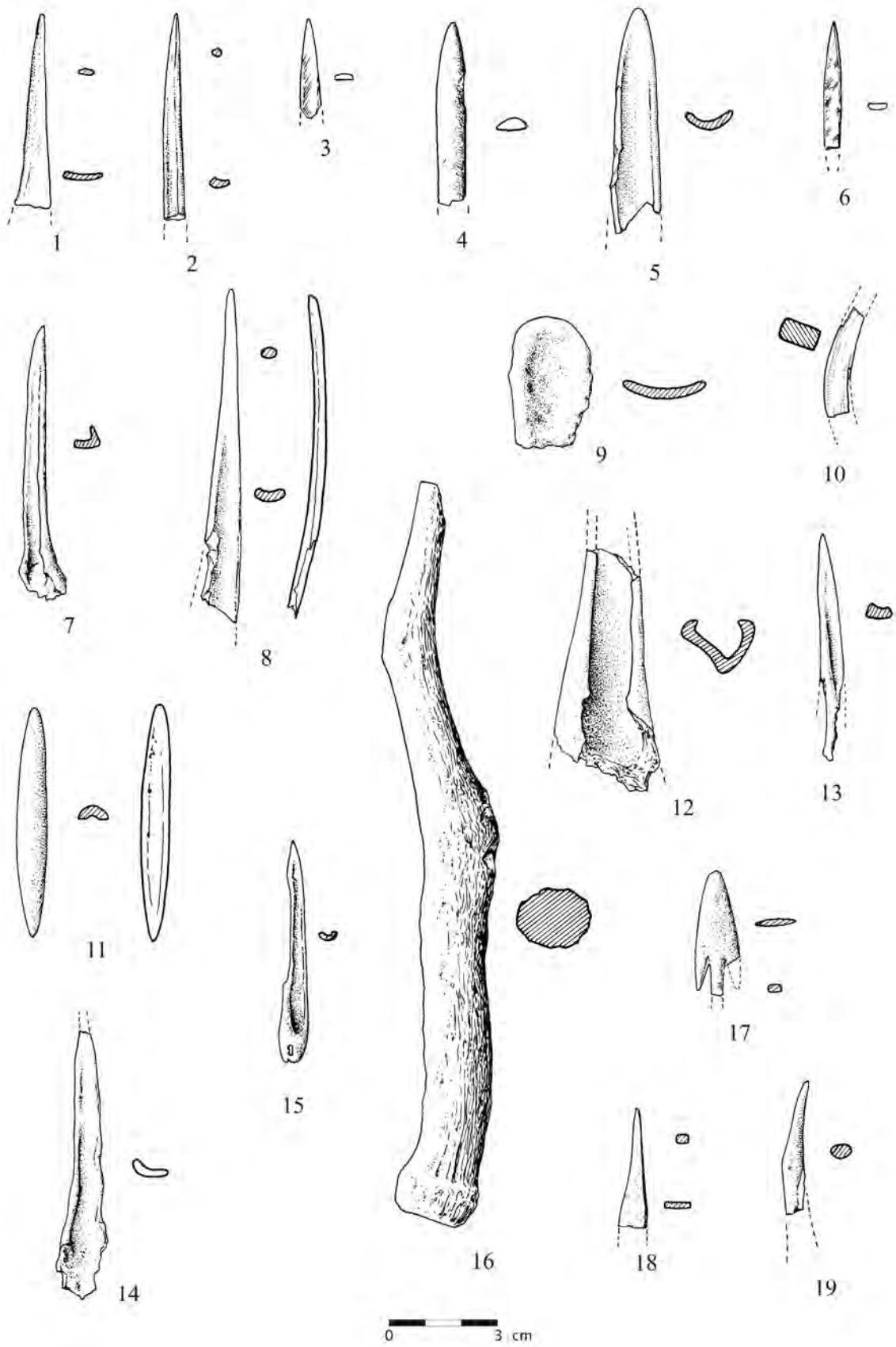


Figura IV.3.84_Cerro de El Cuchillo.

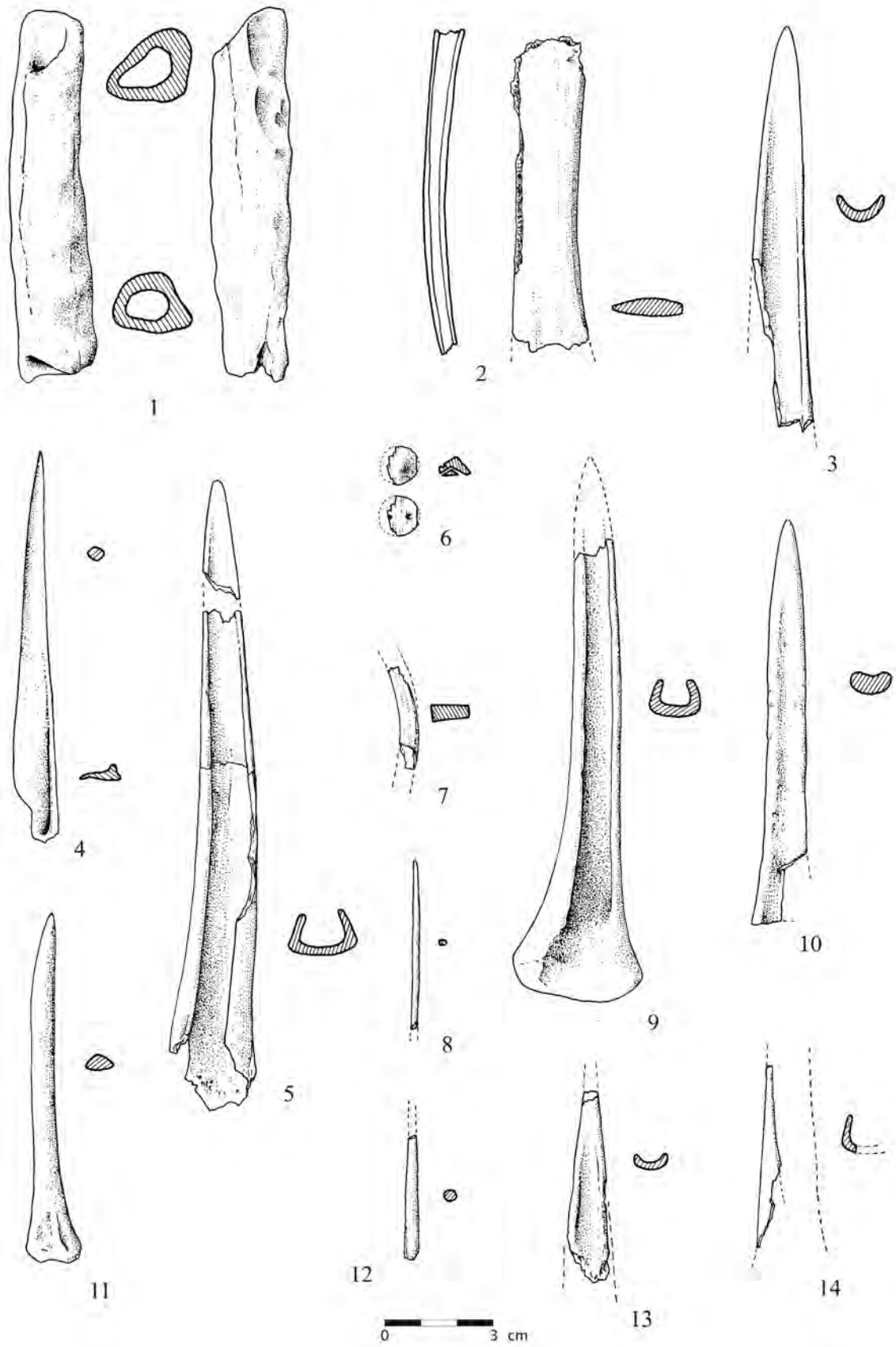


Figura IV.3.85_Cerro de El Cuchillo.

pone de una plataforma rectangular de mampostería, de 5 m de longitud en su lado mayor y 4 m en el menor, construida mediante un muro perimetral que delimitaba el espacio interno, el cual sería posteriormente relleno con piedras de tamaño menor. Se trata de una de las estructuras más antiguas del poblado, interpretada como la parte basal de una construcción que, a modo de torre o atalaya, habría contado con un cuerpo superior tal vez de tapial o madera. Sobre este zócalo se apoyan los muros perimetrales de esta primera línea. En el ángulo noroccidental de la plataforma se adosa un muro de cerca de 1,50 m de anchura y apenas 1,70 m de longitud que da paso a un vano de casi 1,40 m de ancho. Éste conforma la puerta meridional por la que se accede a la calle principal del poblado. Más al norte un muro más estrecho recorre en dirección NO la cima del cerro hasta alcanzar el escarpe y girar en dirección N a lo largo de más de 30 m, para acabar conformando una esquina con otro muro, de anchura muy considerable y más de 7 m de longitud, que forma parte del área de acceso o puerta norte. De la esquina opuesta de la plataforma situada junto a la puerta meridional arranca otro muro que desciende en un tramo de unos 8 m de longitud antes de girar hacia el norte por la ladera oriental del cerro, prolongándose unos 15 m antes de perderse debido a la erosión. En él quedó abierto también un vano que contaba con jambas formadas por sendas lajas de piedra, de aproximadamente 1 m de anchura, que posteriormente sería cegado empleando el espacio de la puerta en la construcción de una sepultura en cista.

En los extremos septentrional y oriental del poblado, y adosados a estos muros –posteriores, por tanto, a su construcción– se registra una segunda línea de estructuras –Recinto II– que parecen haber conformado una especie de refuerzo o complemento defensivo de las puertas de acceso, al obligar a realizar un giro para atravesarlas y penetrar en la calle principal.

Más al exterior, el poblado presenta una serie de muros, el más importante y mejor conservado de los cuales, identificado como Recinto III, se sitúa en el extremo sudoriental del asentamiento. A éste se adosa un grueso paramento curvo que se apoya en dos puntos de la cara exterior del muro. En el área más exterior del poblado, en la vertiente oriental del cerro, una serie de tramos también con tendencia curva y muy erosionados dan la sensación de conformar el límite del poblado en esta zona, sin que sea posible identificar claramente restos de una última muralla perimetral.

A nivel urbanístico sin duda es la estrecha calle central, que cruza la cima del cerro, el elemento fundamental del esquema organizativo del área ocupada. A esta calle parecen dar acceso la mayoría de las unidades habitacionales registradas, aunque no se han localizado todos los vanos correspondientes a las distintas fases del poblado. En un determinado momento, sin embargo, estas puertas fueron cegadas para convertir esta calle en una habitación más –Departamento I.

También en la zona occidental del poblado, entre los recintos I y II, aparecen algunos pequeños espacios considerados unidades habitacionales –Departamentos II y III– aunque las que mayor registro han proporcionado en esta zona son los Departamentos IV y VIII –este último todavía inédito en lo sustancial. El primero, de unos 12 m² de superficie aproximada, ha sido considerado una cisterna o almacén, habida cuenta del tipo de relleno excavado en su interior y de las características arquitectónicas que muestra el edificio (HERNÁNDEZ, SIMÓN Y LÓPEZ, 1994: 65), cuyas paredes conservan en la actualidad más de 3,50 m de altura. De las habitaciones localizadas al norte de esta estructura, en la mitad occidental del poblado, y alineadas siempre con respecto a la calle central, no se han divulgado aún detalles relativos al registro artefactual que contenían. Tan sólo del Departamento VIII se ha mencionado la abundancia de cereales y de recipientes de almacenamiento, además de los restos de madera carbonizados que sirvieron para obtener una datación que probablemente fecha la construcción de la vivienda. Gracias a la amabilidad de los directores de la excavación contamos con otros datos relativos a esta unidad habitacional, que en un primer momento constituyó sin duda un área de almacenamiento donde también se concentraban diversas actividades artesanales, como pone de manifiesto la presencia de un numeroso conjunto de pesas de telar con cuatro perforaciones. En el extremo sudoriental de la habitación, y bajo un saliente de la roca, se disponía una estructura de maderas y manteados de barro en donde estaban dispuestos un número indeterminado de sacos de esparto conteniendo cereales, así como algunas vasijas. Junto a la pared oriental, se ubicaba una estructura de combustión, muy probablemente un horno o un hogar tal vez destinado al tostado del cereal, mientras que en la parte septentrional de la estancia, separada del resto por un resalte del pavimento, se habían excavado dos amplias fosas que sin duda cumplían la función de silos de almacenamiento, muy similares en proporciones al localizado en la estancia contigua –Departamento IX– separadas por un muro de apenas 0,45 m de anchura.

Al norte de estas dos habitaciones se levantan otras tres –Departamentos X, XI y XII– la última de ellas con un sinuoso muro meridional que se adapta a la estructura de acceso de la puerta norte. La propia planimetría que ofrece este sector del poblado permite observar cómo sobre estas habitaciones se levantaron en su día al menos otros dos niveles constructivos, con otras tantas unidades habitacionales de planta rectangular, que aproximadamente mantenían la orientación y disposición de las primeras con respecto a la calle central.

Excepto en el denominado Departamento V, contiguo a la plataforma rectangular en torno a la que se organiza el Recinto I, el resto de las viviendas de la ladera oriental –Departamentos XIII y XIV– mantienen

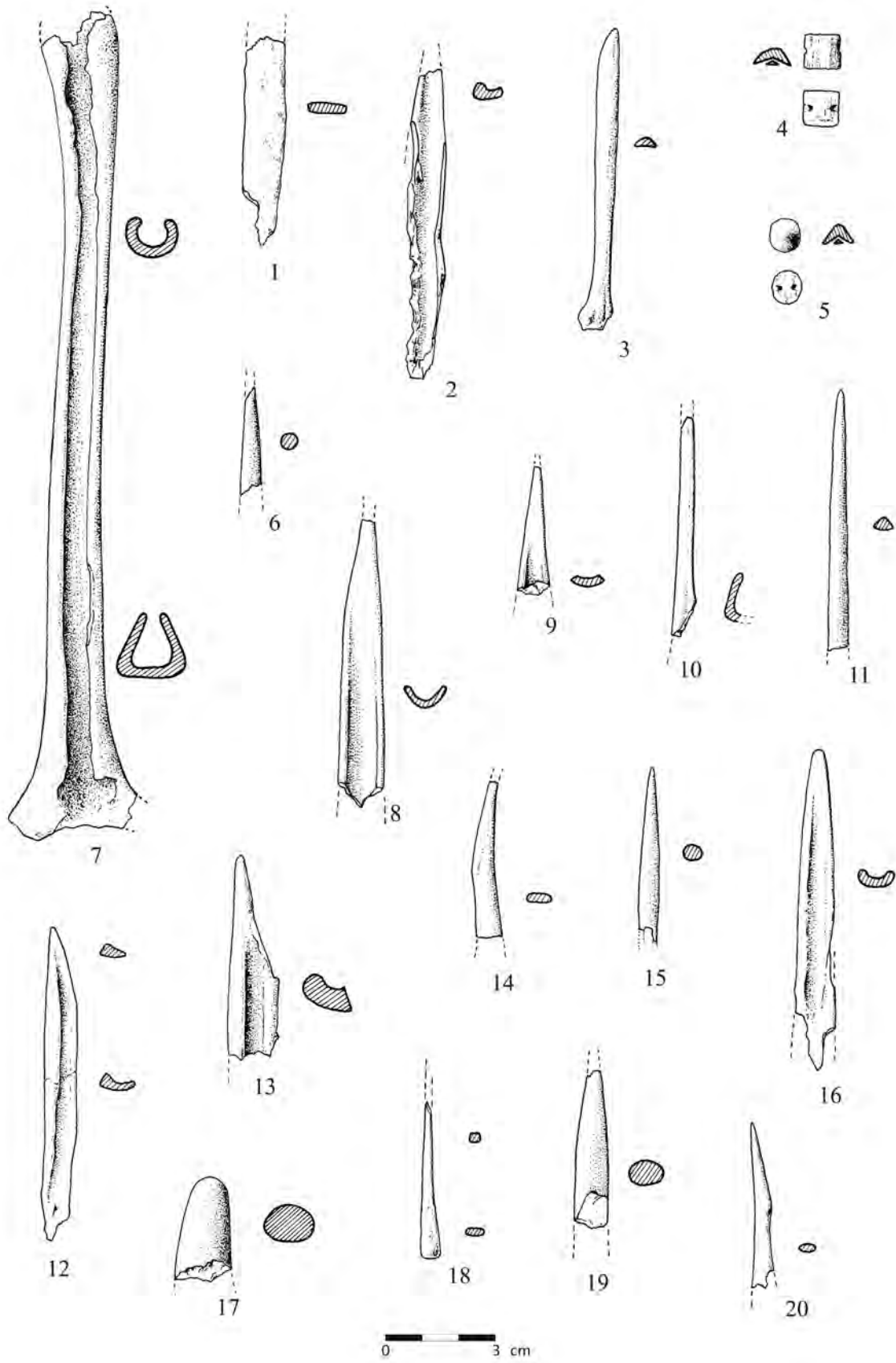


Figura IV.3.86_Cerro de El Cuchillo.

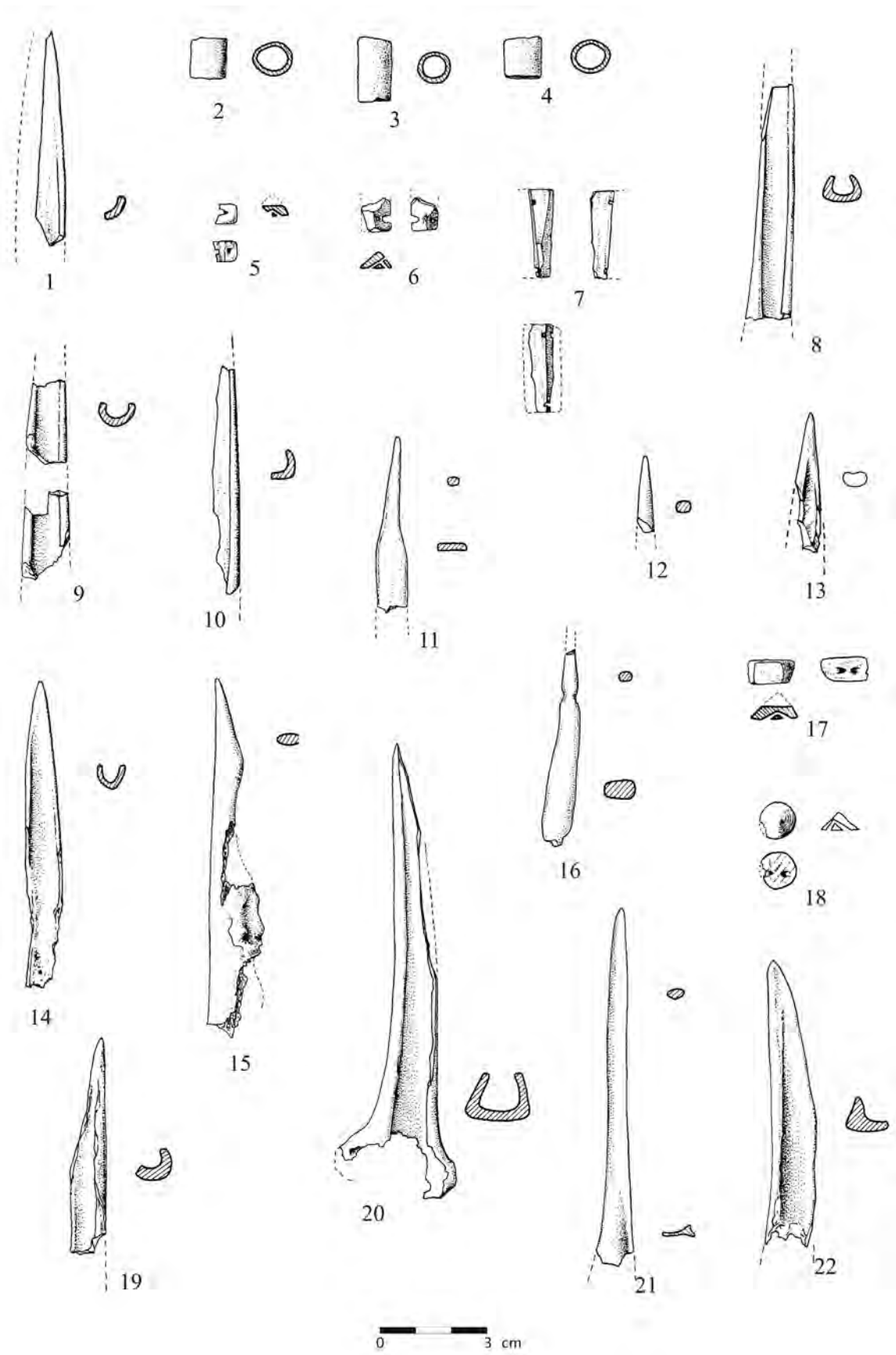


Figura IV.3.87_Cerro de El Cuchillo.

unas dimensiones y orientación similares a las del a ladera occidental, y todas se disponen de manera semejante. El área NE del poblado parece, sin embargo, la más afectada por la erosión y por tanto la que ha ofrecido un registro más limitado.

Por sus dimensiones y características, el Departamento V constituye una de las unidades habitacionales más destacables. Se trata del habitáculo de mayores dimensiones localizado en el asentamiento, con algo menos de 50 m² de superficie. El acceso estaba situado en la pared occidental, a unos metros de la puerta sur, comunicando por éste con la calle central. En el interior se hallaron diversas estructuras de barro y mampostería, al parecer cubetas en las que se llevarían a cabo algún tipo de actividades poco definidas en función del registro obtenido. En uno de los extremos de la vivienda aparecieron amontonados varios troncos carbonizados, de los cuales se obtuvo una datación radiocarbónica. Al este del Departamento V aparece otra unidad habitacional –Departamento VI– en el que se registraron al menos cuatro pavimentaciones sucesivas, en una de las cuales se registró un banco vasar conteniendo un gran número de vasijas, una de las cuales estaba rellena de ocre. El acceso a esta habitación se llevaba a cabo a través de un vano abierto en la línea del Recinto I, que sería posteriormente cegado al emplearse el hueco para ubicar una sepultura en cista.

En el yacimiento se han localizado una serie de enterramientos, la mayor parte de los cuales se ubican en el interior del área habitacional definida por los recintos murarios perimetrales, aunque se han hallado también algunos restos humanos situados fuera de los mismos. Con independencia de la estructura empleada como contenedor, la característica más común de las tumbas localizadas es su asociación con momentos de amortización de los espacios con los que se encuentran relacionadas. Así sucede con las tumbas en cista que se disponían en los Departamentos II y VI, la primera cubierta por un terraplenado artificial que colmata todo el espacio, y la segunda con el cegado del vano que comunicaba la vivienda con el exterior atravesando el lienzo oriental del Recinto I. También los dos individuos inhumados en el nivel más profundo del Departamento IV se encuentran bajo un amontonamiento de escombros que parecen amortizar la estructura. Otras sepulturas se disponen en espacios especialmente planificados para albergarlas, como la tumba hallada en el extremo de una plataforma de losas de piedra, localizada entre el muro oriental del Departamento VII y el lienzo meridional del Recinto II. Al parecer, en los momentos finales de la ocupación del poblado se realizaron algunas inhumaciones carentes de ajuar aprovechando la superficie de la plataforma rectangular situada junto a la puerta sur. Por último, en varios puntos del poblado se registró el hallazgo de partes esqueléticas aisladas, especialmente mandíbulas, que muy probablemente supongan restos de enterramientos disturbados o quizá evidencias de

prácticas funerarias todavía poco definidas, como también parece indicar el hallazgo de un cráneo bajo una losa, localizado en el Departamento XII (DE MIGUEL, 2002; BARCIELA, 2006).

El hecho de que casi la mitad del registro permanezca aún inédito en lo sustancial limita considerablemente las valoraciones que se pueden realizar acerca del conjunto de objetos de todo tipo localizados en el interior de las unidades habitacionales definidas. Sin embargo, de lo hasta ahora publicado se desprende claramente una cierta diversidad funcional que subyace a la uniformidad que, con carácter general, ofrecen casi todas las viviendas exhumadas en cuanto a dimensiones y disposición. Así, de los numerosos recipientes de esparto con cereales carbonizados hallados en el Departamento VIII, en donde se ubican también dos silos excavados en la roca, y donde se documentó así mismo un gran número de pesas de telar –amén de otros productos, como un notable conjunto de botones de perforación en V de marfil– cabe inferir una acusada concentración –al menos en el momento en que se produce el incendio y destrucción de toda esta primera fase del poblado– de medios de trabajo y de almacenamiento de bienes subsistenciales en este habitáculo, vitales para el mantenimiento y reproducción del grupo humano asentado en el Cerro de El Cuchillo. En cambio, en el Departamento V no aparecen prácticamente contenedores de ningún tipo, al menos si no se considera como tales las diversas cubetas de lajas de piedra y manteados de barro halladas en su interior, cuya funcionalidad resulta aún poco clara. En cambio, parecen predominar los vasos de formas esféricas de pequeño y mediano tamaño, fundamentalmente empleados para el consumo de alimentos y bebidas.

III. Valoración y cronología

Tanto en lo que respecta al registro artefactual como por lo que parecen indicar las dataciones radiocarbónicas obtenidas, el primer asentamiento del Cerro de El Cuchillo vendría a ser aproximadamente contemporáneo de los inicios de la Fase II de la Morra de El Quintanar y de los momentos finales de la ocupación de El Acequión (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1996: 17). Las dataciones, todas procedentes de muestras de carbón, no ofrecen sin embargo garantías plenas en cuanto a su contextualización, lo que en algún caso impide valorar si se trata de fechas relativas a los inicios o al final de las diferentes fases constructivas con las que se relacionan, a lo que se añade la alta desviación que ofrecen y que obliga a contemplar intervalos que prácticamente abarcan casi toda la primera mitad del II milenio BC. La fecha más antigua –I-17449–, obtenida en el Nivel III del tramo meridional de la calle, podría fijar en torno a 1950 cal BC la fundación del asentamiento –si bien sus excavadores señalan la existencia de un nivel anterior, del que no se cuenta con dataciones (HERNÁNDEZ, SIMÓN Y LÓPEZ, 1994: 195)– mientras que las fechas de los Departamentos

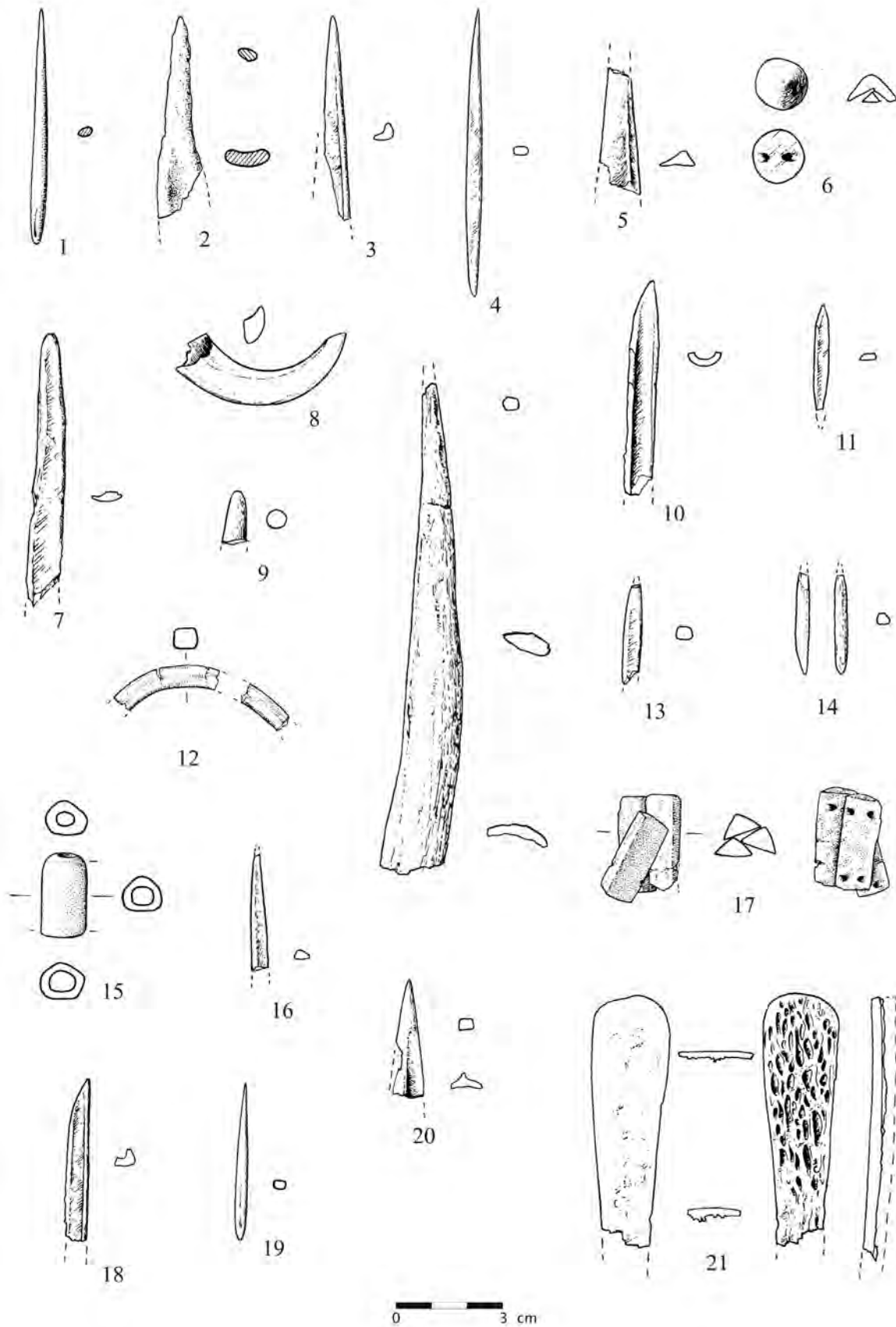


Figura IV.3.88_Cerro de El Cuchillo.

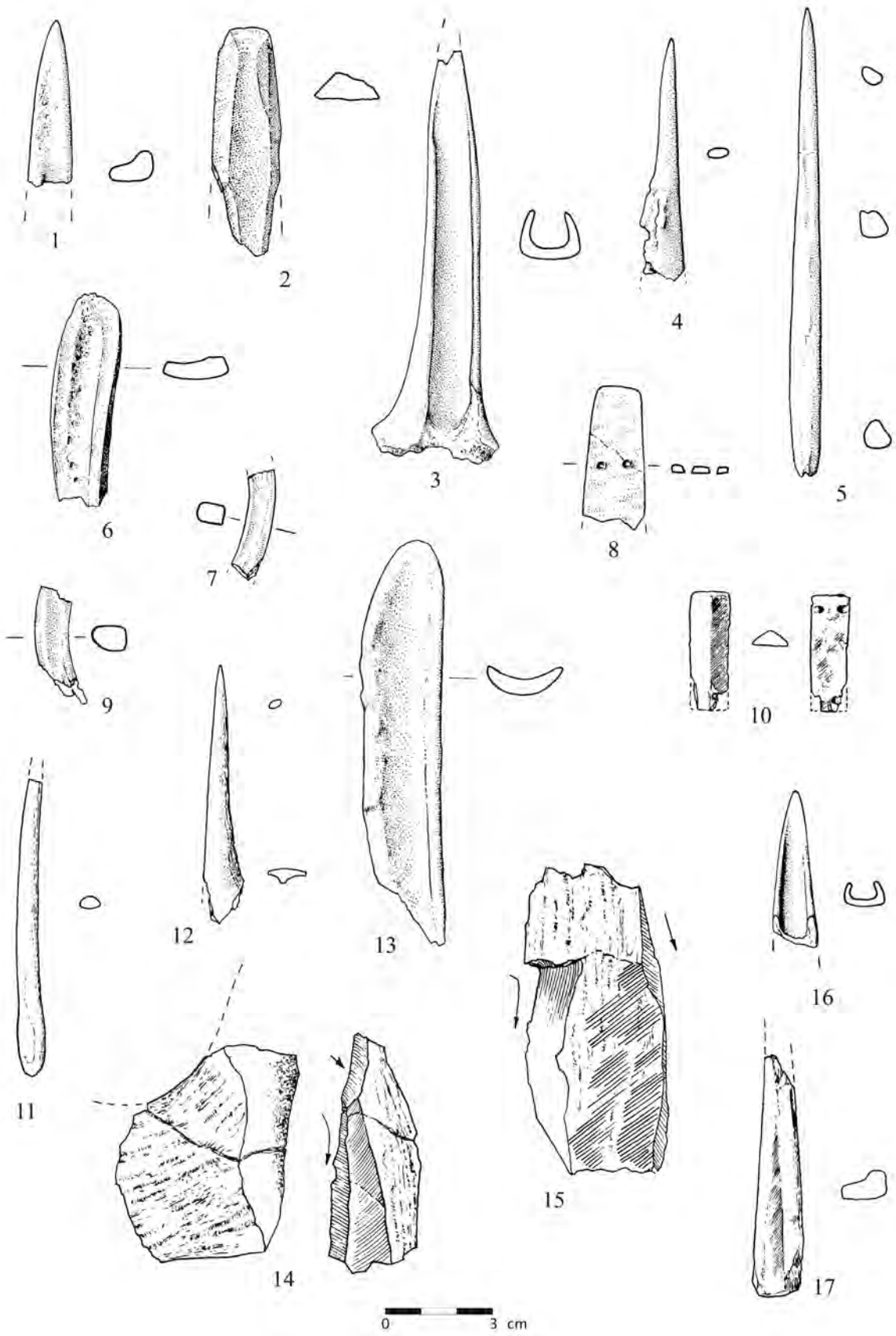


Figura IV.3.89_Cerro de El Cuchillo.

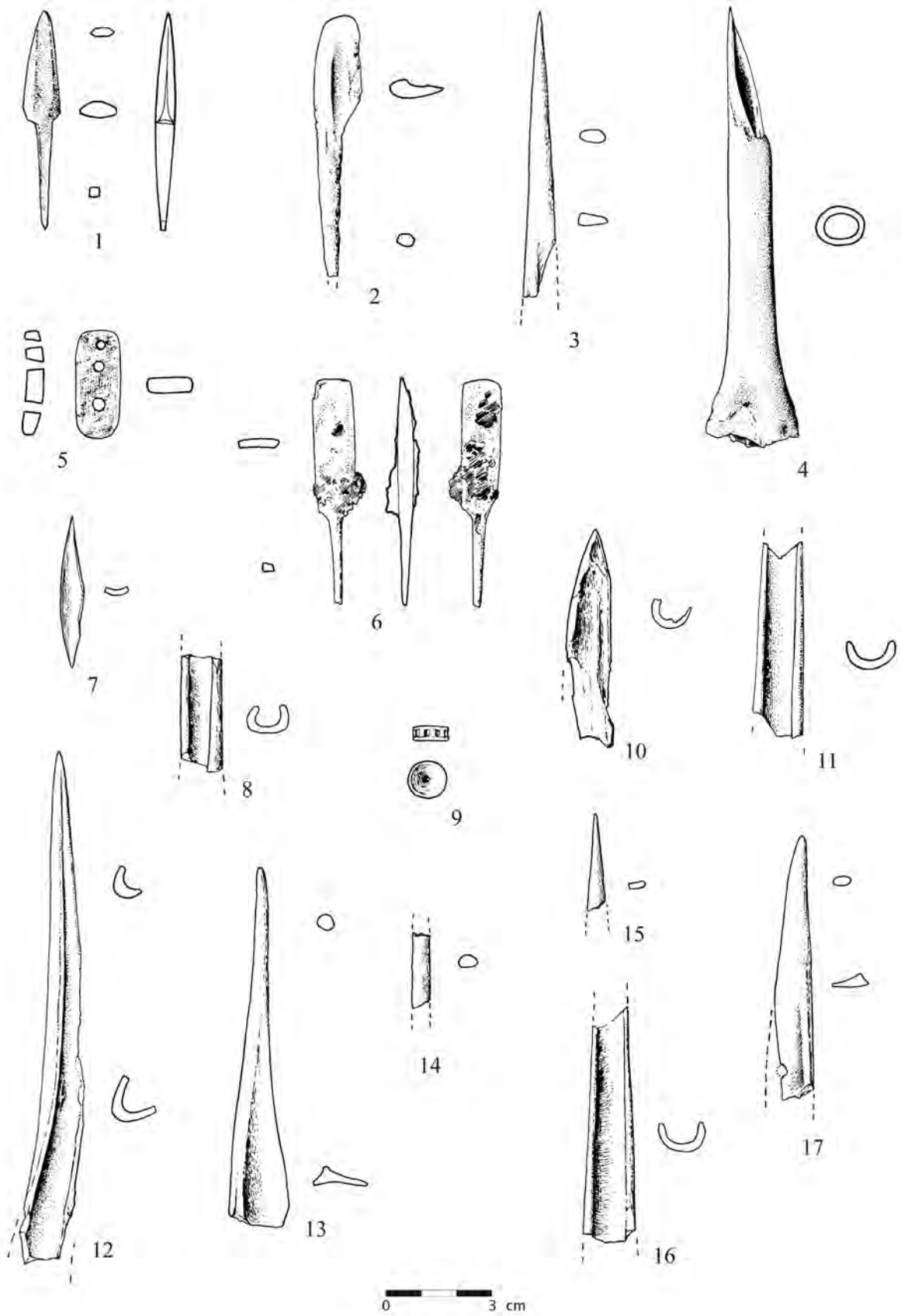


Figura IV.3.90_Cerro de El Cuchillo.

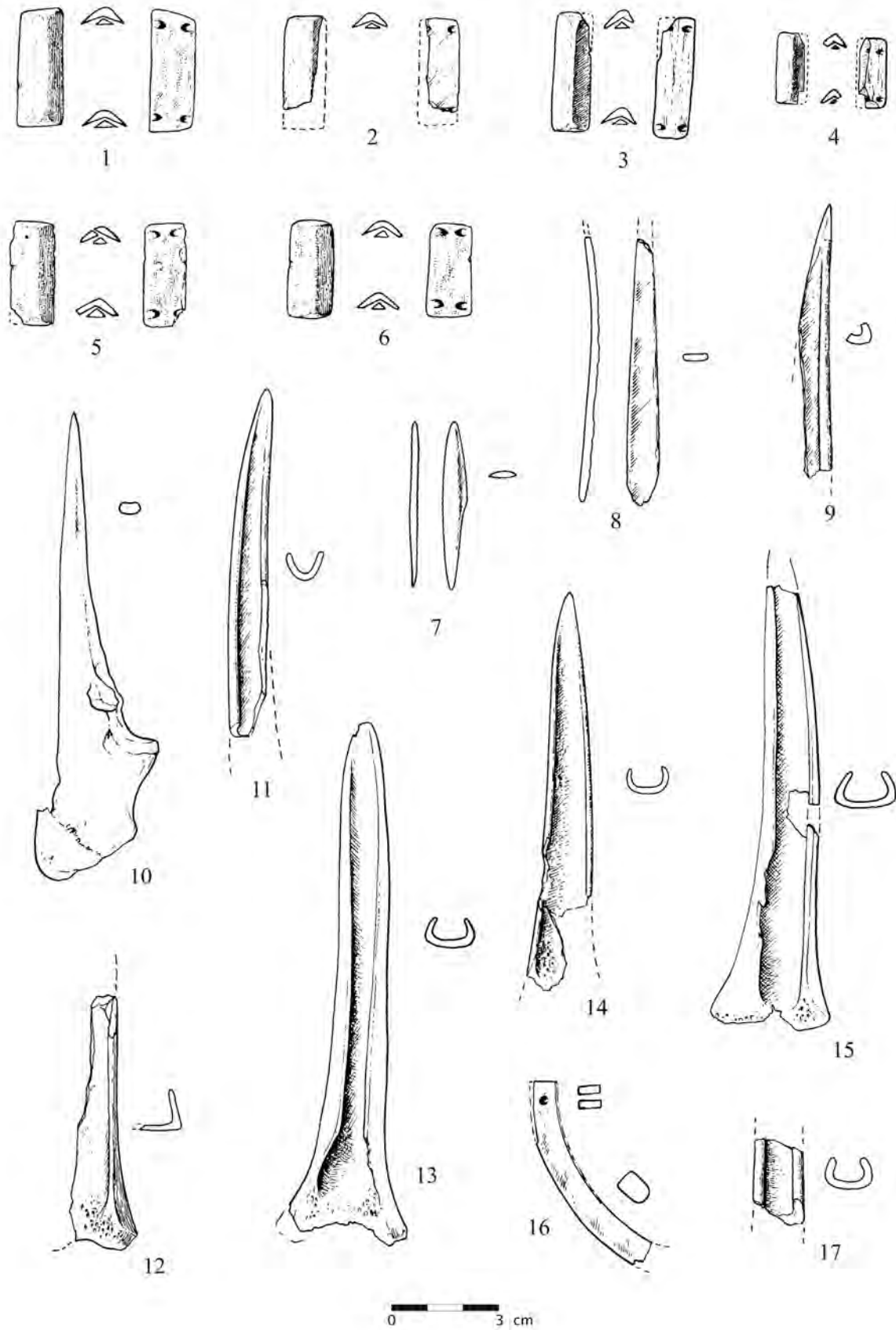


Figura IV.3.91_Cerro de El Cuchillo.

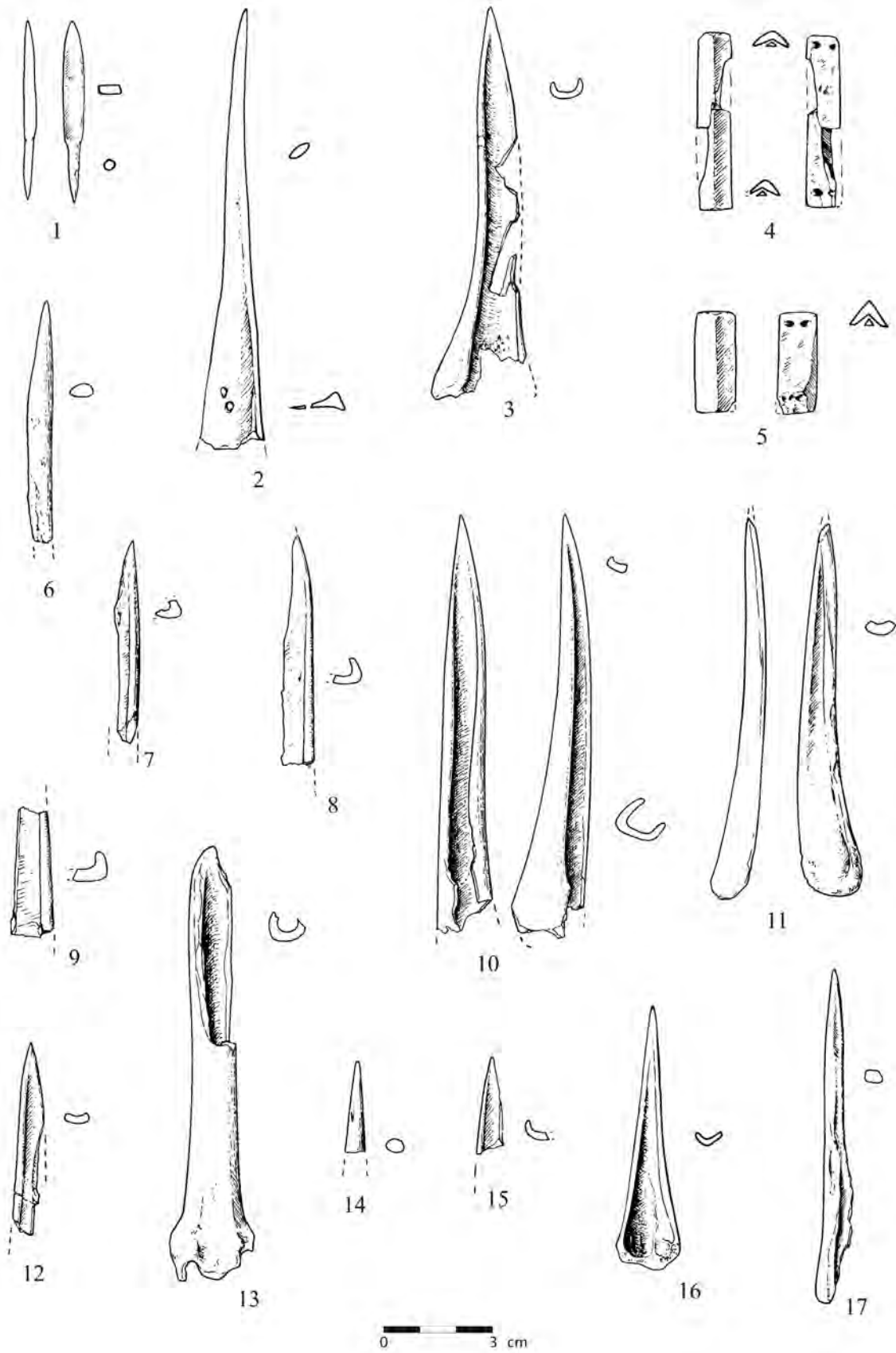


Figura IV.3.92_Cerro de El Cuchillo.

IV y VIII se orientan más hacia mediados del siglo XIX cal BC, y las de los Departamentos V y VI hacia mediados- finales del XVIII cal BC.

IV. Productos óseos

Un primer conjunto de artefactos de hueso, asta y marfil, correspondiente a las cinco primeras campañas de excavación ya fue analizado y publicado por nosotros (LÓPEZ PADILLA, 1994). Dicho inventario se modifica y completa ahora con el conjunto total de productos óseos localizado, que asciende a 246 objetos óseos. En la tabla que se adjunta a continuación se ofrece de forma sintética su distribución en arreglo a la catalogación realizada:

Tipo	Cantidad
Desechos/ Residuos	4
A(¿)	19
A111	8
A121a	3
A121b	4
A121b/c	16
A121c	40
A122c	3
A123a	1
A123b	1
A211	9
A211a	7
A211b	4
A22(¿)	2
A221	10
A221(¿)/L(¿)	2
A222	4
A222a	8
A222b	1
A223	2
A231	10
B111a	5
B121	1
C111a	1
C311	3
C411	1
D121	1
E2(¿)	1
E211	3
E232	2
F111b	1
F121a	1
F122	3
F131a	1
G111a	1
G111b	1
G211	2
G212	1
H113	2
H211	1
H212	3
K111b	2

K211c	1
K213	1
L111a	10
L111b	2
L112	2
L211	2
M211	1
M211a	1
P(¿)	4
P111	1
Q121	4
Q132	17

246

Como resulta habitual, el conjunto de punzones y piezas apuntadas supera ampliamente en número al resto de tipos identificados, algo común en prácticamente la totalidad de los yacimientos de los que contamos con una abundante representación de efectivos. Al mismo tiempo, se cuenta también con una notable diversidad artefactual, registrándose trece categorías distintas, en su mayor parte instrumentos de trabajo.

Debido a que una buena parte del registro se encuentra aún en estudio, no disponemos de información relativa a la ubicación de la totalidad de la muestra en sus contextos deposicionales, lo que limita considerablemente nuestras valoraciones en torno a su distribución espacial y a su potencial relación con los procesos de producción y consumo de los mismos en el yacimiento.

Conscientes de ello, y con el fin de realizar una estimación en su conjunto, hemos optado por llevar a cabo una comparación entre la cantidad de objetos óseos presentes en cada uno de los cortes excavados, los cuales constituyen la única referencia topográfica disponible por ahora para la totalidad de la muestra. Para tratar de minimizar el “ruido de fondo” que pudiera generarse al considerar el volumen general de piezas sin atender a su reparto por unidades estratigráficas y unidades habitacionales, hemos decidido realizar un análisis comparativo restringido a cada uno de los tipos más representados en las categorías de instrumentos y de adornos –respectivamente, punzones y puntas, por una parte, y botones y apliques, por otra.

La distribución que ofrecen los objetos del tipo A se muestra relativamente acorde no con una definición de espacios vinculados específicamente con la producción sino más bien en función del nivel de conservación del sedimento y también con procesos de desecho de instrumental agotado, como es posiblemente el caso de la evidente concentración que se constata en los cuadros correspondientes al tramo meridional de la calle y al relleno interior del Departamento IV. Sólo en parte podemos vincular el elevado índice del corte D5 –Departamento V– con la realización de actividades productivas en su interior.

En comparación, el gráfico que ofrece la distribución de botones y apliques de marfil en el yacimiento

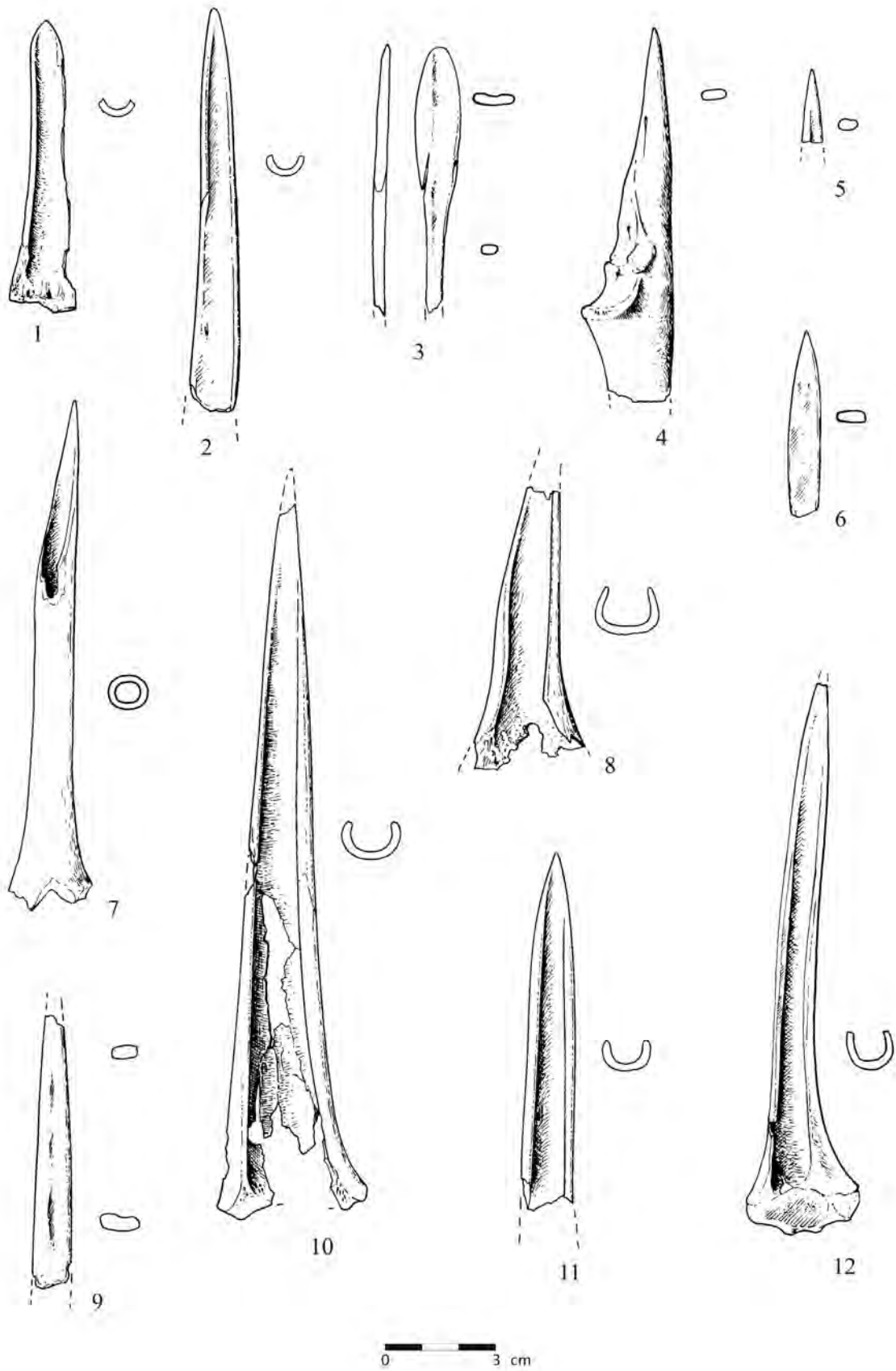


Figura IV.3.93_Cerro de El Cuchillo.

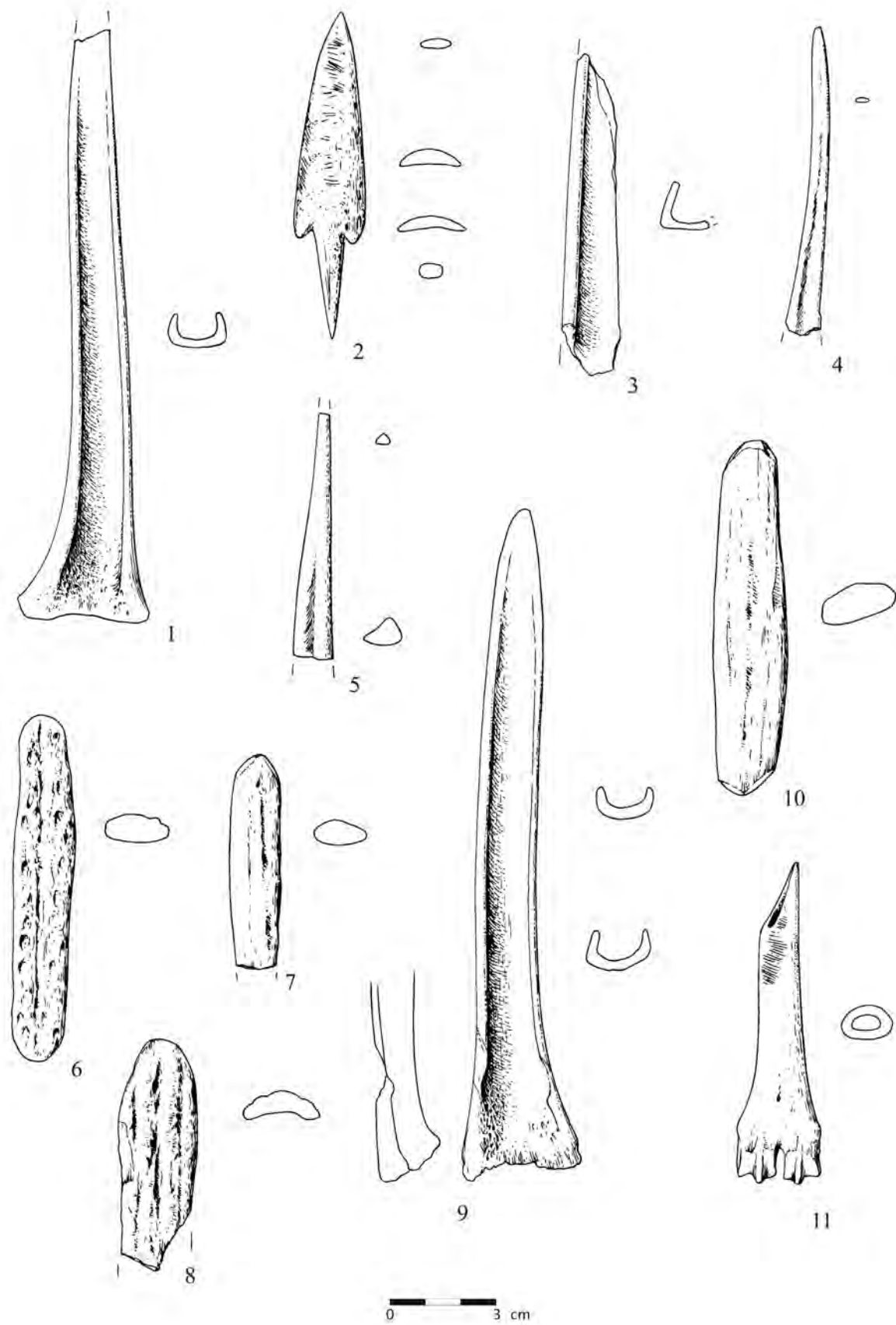


Figura IV.3.94_La Peñuela I (1-2), La Peñuela II (3-5), Cueva de los Tiestos (9) y Fuente de Isso (6-8 y 10-11).

resulta un tanto más esclarecedor, al señalar inequívocamente una concentración significativa de objetos en el cuadro C8, que viene a coincidir de forma aproximada con el Departamento X.

73. LAS PEÑUELAS 1 y 2 (Chinchilla de Montearagón, Albacete)

I. Situación

Se trata de dos emplazamientos localizados muy próximos uno del otro, en el mismo paraje denominado Las Peñuelas. Se accede a partir de la Autovía que une Albacete con Cartagena, tomando desde la salida hacia Pozoña un camino que discurre paralelo a la vía férrea. Coordenadas UTM: X: 609185 Y: 43007303.

II. Información arqueológica

El poblado fue descubierto a finales de la década de los veinte del siglo pasado, a raíz de unas rebuscas clandestinas de las que J. Sánchez Jiménez tuvo noticia y que motivaron su visita al yacimiento. Como resultaba bastante habitual en la época, el yacimiento fue considerado un “túmulo funerario”, y los materiales localizados en su interior interpretados como restos del ajuar (SÁNCHEZ JIMÉNEZ, 1947b). Durante su exploración fue descubierta en la cima del mismo cerro otra estructura similar –La Peñuela 2–, que se interpretó como otro túmulo intacto, en donde se llevarían a cabo las excavaciones realizadas en 1929.

Del análisis y revisión de los yacimientos y de los materiales dados a conocer por J. Sánchez Jiménez se desprende que ambos emplazamientos eran estructuras circulares de mampostería que, a modo de anillos concéntricos, se disponían en torno a dos cuevas naturales que se encontraban integradas como parte del propio hábitat. Así cabe inferirlo de la presencia de puertas adinteladas que daban acceso a las mismas. Por sus características resultan evidentes las analogías con las motillas, a pesar de las considerables diferencias en cuanto a tamaño y emplazamiento, pues a diferencia de éstas los yacimientos de Las Peñuelas se encuentran en lo alto de una loma y no sobre el llano (SIMÓN GARCÍA, 1986). En la Peñuela 1, además de las estructuras murarias se registró también un foso excavado en la roca en dirección este-oeste, de gran profundidad –entre 4 y 5 m– y considerable anchura –en torno a 2 m– que quizá estuviera relacionado con la recogida de agua procedente de la cueva.

III. Valoración y cronología

Por los materiales analizados, J. L. Simón (1986: 42) se inclina por considerar un amplio intervalo cronológico para la ocupación de los dos yacimientos, habida cuenta de la tinaja decorada para la que los referentes más cercanos abogan por una datación en el denominado “Bronce Tardío”. Así, la ocupación de Las Peñuelas comenzaría con los inicios del II milenio

cal BC para terminar hacia el último tercio del mismo, aproximadamente.

IV. Productos óseos

Los objetos estudiados por nosotros, depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Albacete son una punta de flecha del tipo F122 (Fig. IV.3.94.2) y un punzón bastante completo del tipo A121c (Fig. IV.3.94.1), ambos procedentes de La Peñuela 1, y otros tres objetos apuntados de La Peñuela 2, dos de ellos claramente punzones del tipo A 121c (Fig. IV.3.94.3) y A211 (Fig. IV.3.94.5) respectivamente, mientras que el tercero probablemente sea también un punzón de base epifisial del tipo A111 sobre ulna (Fig. IV.3.94.4).

74. CUEVA DE LOS TIESTOS (Jumilla, Murcia)

I. Situación

La cueva se encuentra situada en una de las estribaciones meridionales de la vertiente oriental de la Sierra de las Cabras, junto al Barranco de Santa Bárbara. Su boca se abre bajo la cumbre del llamado Cerro de las Cabras, sobre el que se encuentra un poblado de la Edad del Bronce, a unos 640 m s/n/m. Coordenadas UTM: X: 642551, Y: 4263403.

II. Información arqueológica

Las primeras noticias de la exploración arqueológica de la cueva se remontan a 1964, cuando se dio noticia de los hallazgos realizados al por entonces Delegado Local de Excavaciones, J. Molina García. Desde esa fecha hasta 1975 fue objeto de excavación de forma esporádica e incluida en la Carta Arqueológica de Jumilla (MOLINA GRANDE Y MOLINA GARCÍA, 1973). A pesar de haberse divulgado en varias ocasiones parte del registro material obtenido (MOLINA GARCÍA, 1986; MOLINA GRANDE, 1990), sólo en fechas recientes se ha publicado detalladamente tanto la estratigrafía como el registro artefactual exhumado (MOLINA BURGUERA, 2003).

La cueva se divide desde su misma entrada en dos pasillos conducentes a lo que se denominó Cueva Superior y Cueva Inferior, de las que al parecer sólo la primera fue objeto de excavaciones, siendo además la que ofrecía el depósito sedimentario más importante. En ella se hallaban tanto la Galería Central como la Galería de las Flechas, lugar éste último del que proceden dos dataciones radiocarbónicas (MOLINA BURGUERA, 2003: 19) que por desgracia a la falta de contexto preciso añaden una alta desviación. La primera, extraída de una muestra de cereales carbonizados, procedentes del nivel superior, ofreció una fecha de *ca.* 2200 cal BC, mientras que otra obtenida a partir de restos humanos de procedencia imprecisa se situó *ca.* 1650 cal BC.

A juicio de G. Molina (2003: 87), ningún momento de la ocupación de la cueva estaría relacionada direc-

tamente con otro uso que no fuera el funerario, a excepción de los niveles vinculados al II milenio en que la cavidad habría tenido también una función de lugar de almacenamiento, en su opinión básicamente de cereal tostado contenido en recipientes de cerámica. Sin embargo, J. Lomba (1995: 473) ha señalado la presencia de evidencias de talla lítica entre los materiales del Nivel III de la Galería de las Flechas.

III. Valoración y cronología

A tenor de los materiales registrados en su interior, se trata sin duda de una cavidad frecuentada intensamente a lo largo de un período de tiempo muy prolongado, que en algunos momentos debió servir de lugar de habitación pero que durante la prehistoria fundamentalmente sirvió a fines funerarios (MOLINA BURGUERA, 2003: 95). En lo que nos atañe de forma más directa en este trabajo, resulta sobre todo destacable la presencia humana durante el II milenio cal BC, que atestiguan restos cerámicos, líticos y metálicos (SIMÓN, HERNÁNDEZ Y GIL, 1999).

IV. Productos óseos

De esta cueva procede un lote numeroso de materiales manufacturados sobre diversos soportes óseos, si bien en su mayoría corresponden a varillas y elementos de ornato claramente relacionados con las inhumaciones del IV milenio cal BC realizadas, entre otras, en la denominada Galería de las Flechas. De este punto de la cueva procede también, no obstante, la única pieza que hemos incluido en nuestro inventario, y que corresponde a un punzón del tipo A121c (Fig. IV.3.94.9).

75. FUENTE DE ISSO (Hellín, Albacete)

I. Emplazamiento

El yacimiento se localiza en una zona completamente llana, entre los 490 y 500 m s/n/m, localizada al sur de la población de Hellín, en el margen izquierdo del curso que le da nombre, la Fuente de Isso, tributario del río Mundo que se localiza a poco más de tres kilómetros del yacimiento. Coordenadas UTM: X: 608678 Y: 4260328.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue descubierto a mediados de los años ochenta durante los trabajos de prospección llevados a cabo por F. J. Jordán Montes. De manera posterior a su descubrimiento se llevaron a cabo varias campañas de prospección que permitieron recuperar un amplio conjunto material así como identificar más de una decena de concentraciones de materiales y manchas cenicientas.

Diversos trabajos de nivelación llevados a cabo a lo largo de los años ochenta tras una concentración parcelaria produjo la destrucción de parte del yacimiento.

Esta destrucción, unida a la construcción de una balsa de regadío, aconsejó llevar a cabo una intervención de urgencia en enero de 1992, de la que se han publicado recientemente los detalles (GARCÍA ATIÉNZAR Y LÓPEZ PRECIOSO, 2007).

Los diferentes cortes planteados durante la excavación se abrieron en los taludes dejados por los trabajos de nivelación y en los que se observaban grandes manchas cenicientas. En el corte 3, de 40 m² de extensión, se documentaron los únicos elementos constructivos observados en el yacimiento. Se documentó de manera parcial un fondo de cabaña ligeramente excavado en el sustrato geológico muy afectado por los trabajos de desfonde que no permiten establecer su forma de manera segura, aunque presenta las esquinas redondeadas. Contemporánea a esta cabaña, se documenta una pequeña fosa de planta circular, con las paredes enlucidas con barro, que recorta el estrato geológico y que se ha interpretado como una fosa de combustión. También asociada a la cabaña principal aparece una fosa de planta circular que, al igual que el hogar, presenta su superficie enlucida y que se interpreta como un silo.

Anterior a éstas se documenta una gran estructura excavada a modo de foso con unas dimensiones conocidas de 8 m. de largo por 3,12 de ancho. Esta estructura presenta una planta de forma rectangular alargada de orientación este-oeste, con una profundidad máxima de tres metros con respecto al suelo actual y una anchura decreciente que le da una sección irregular y escalonada en U. Asociadas a esta estructura aparecen una serie de estructuras negativas de forma circular y elipsoidal que aparentemente podrían corresponderse con silos. El relleno de estas estructuras es bastante homogéneo estando compuesto por tierra de color marrón grisáceo con pequeños carbones y abundante material arqueológico.

III. Valoración y cronología

A tenor de los materiales y del registro documentado durante los trabajos realizados en el yacimiento, parece bastante plausible una cronología en torno al 3000- 2700 cal BC para el enclave, en sintonía con las fechas que han proporcionado otros yacimientos alicantinos similares ubicados junto a los cursos del Vinalopó –La Torreta, en Elda (JOVER MAESTRE *et al.*, 2001)– y Serpis –Niuet, Alqueria d'Asnar (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 1994)– incluidos en el Neolítico IIB de la secuencia propuesta para el Levante peninsular.

IV. Productos óseos

Dentro del conjunto de productos óseos registrado en el yacimiento encontramos un total de 9 punzones, 6 de los cuales pertenecen al tipo elaborado sobre tibia de lagomorfo, no incluido en nuestro cuadro tipológico, y que se caracteriza por quedar claramente restringido al repertorio artefactual neolítico. De otros dos ejemplares, uno pertenece al tipo elaborado

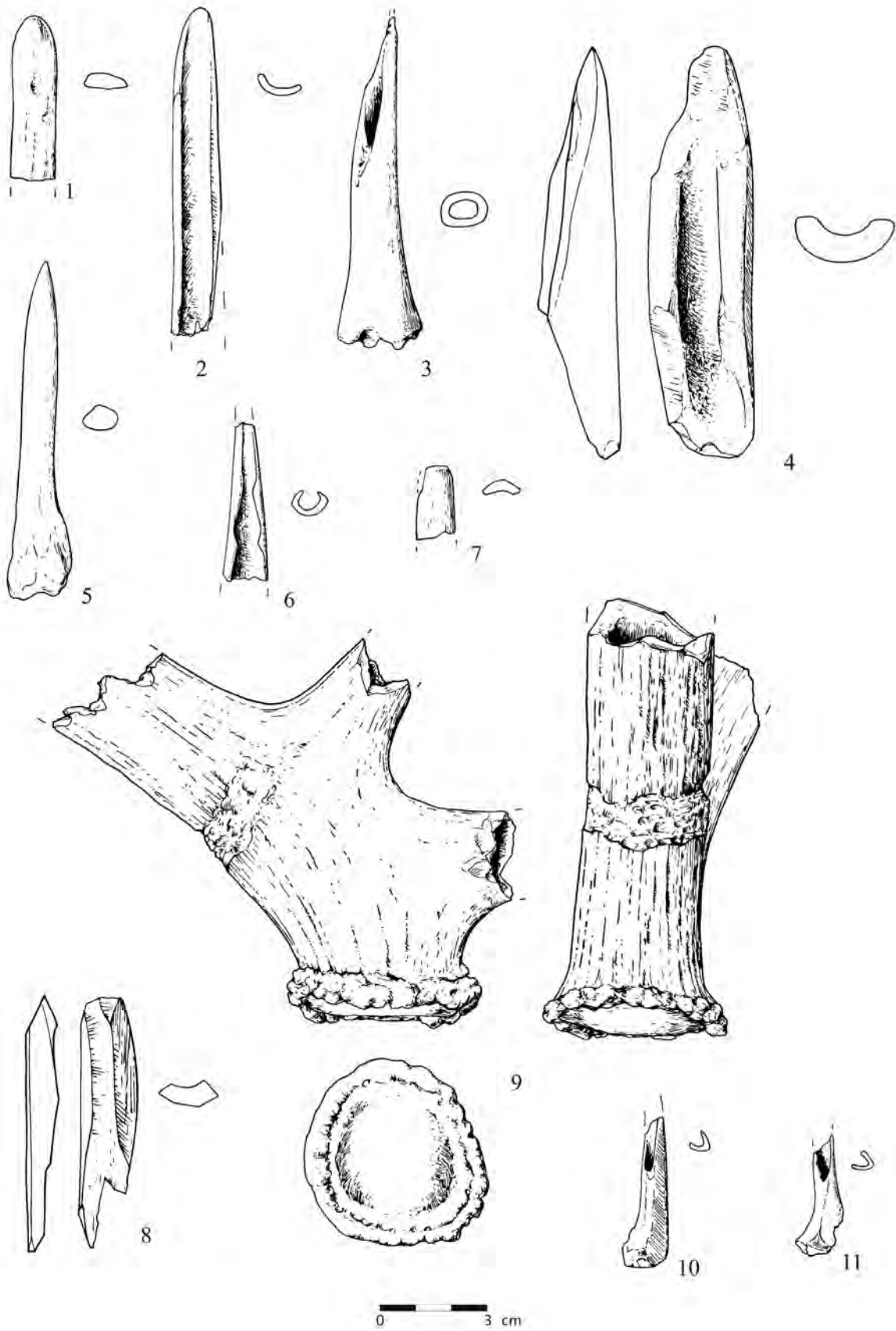


Figura IV.3.95_Fuente de Isso.

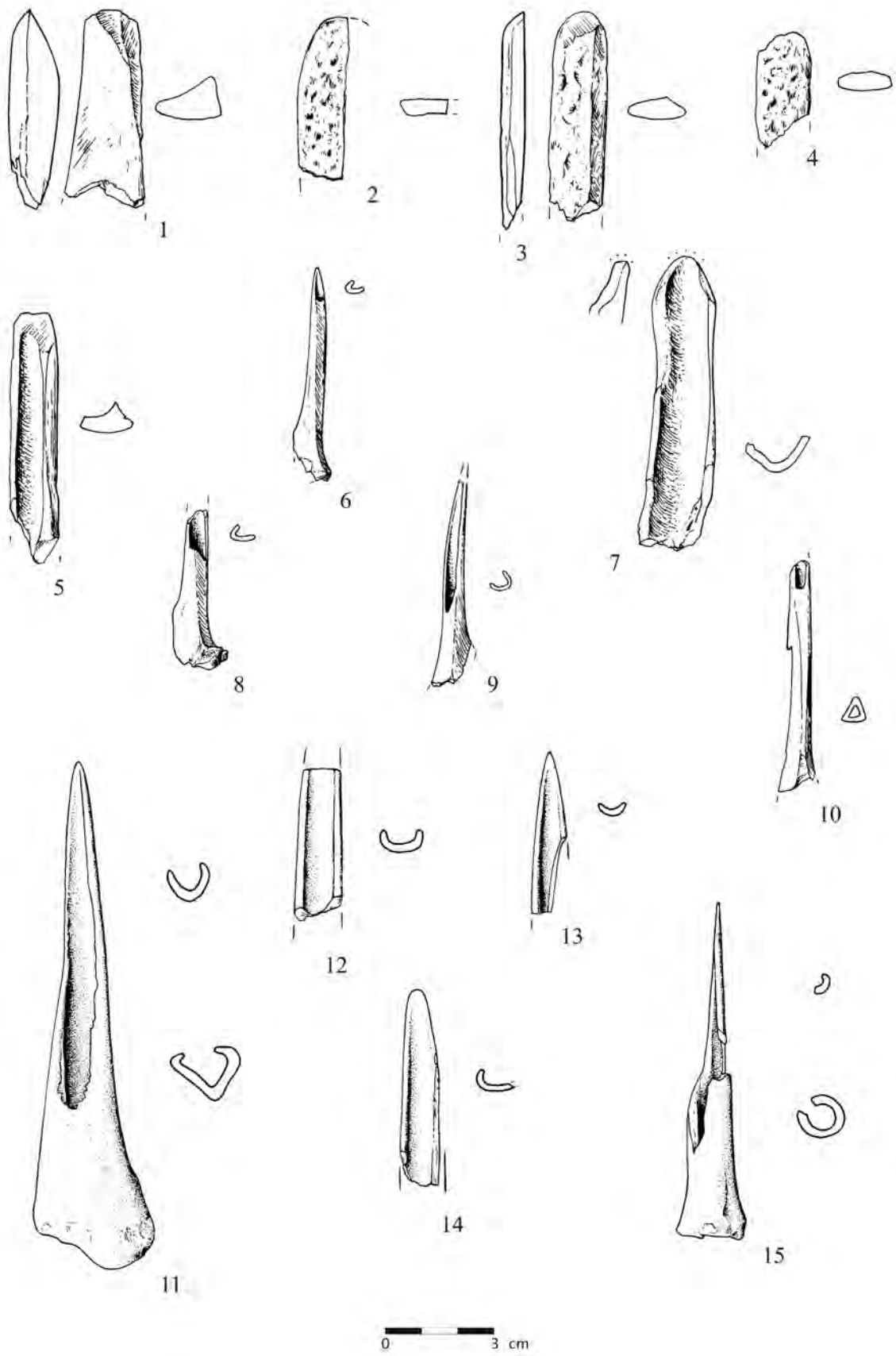


Figura IV.3.96_Fuente de Isso (1-9) y El Castellón (10-15).

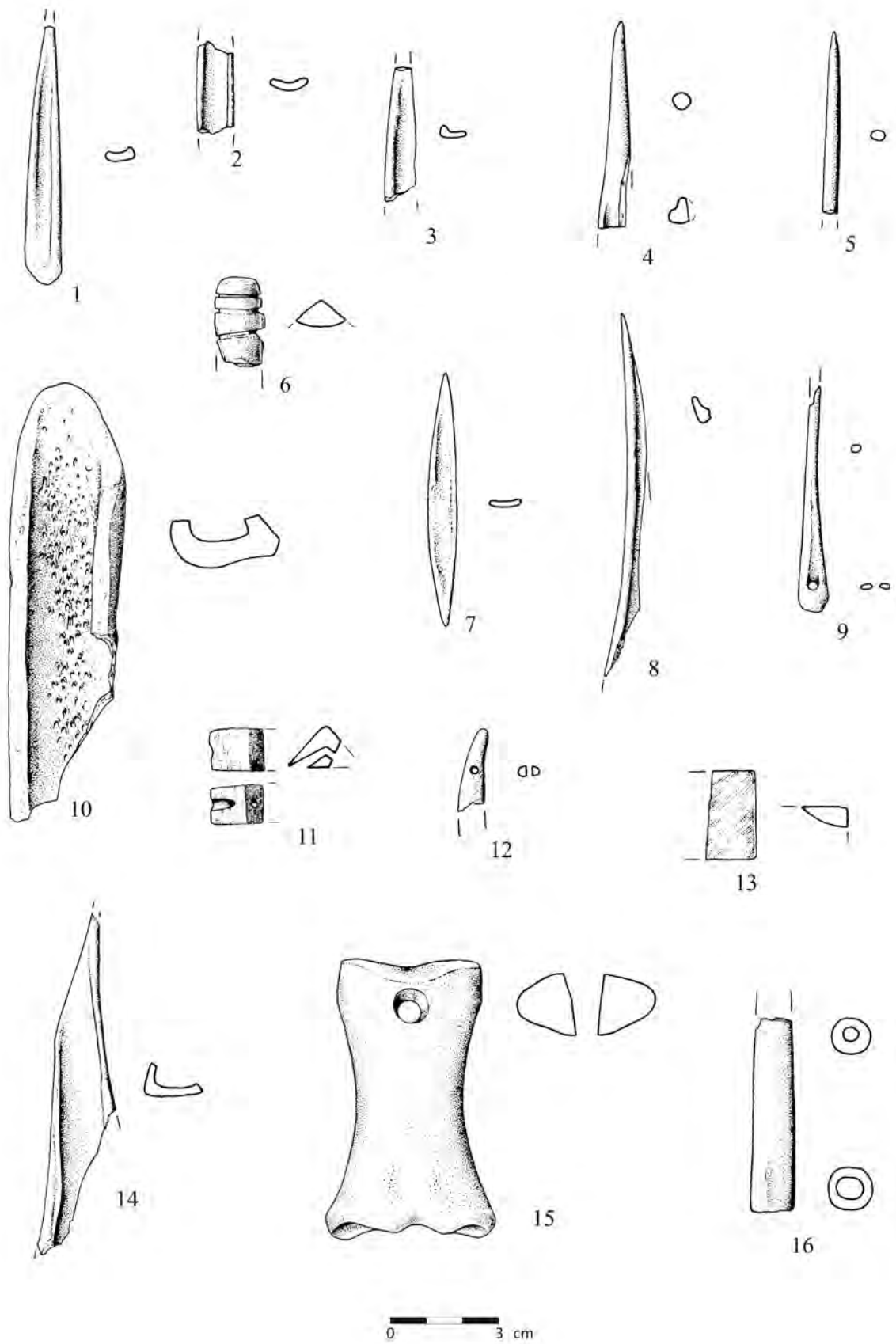


Figura IV.3.97_El Castellón.

sobre la parte distal de un metapodio de ovicaprino (Fig. IV.3.94.1), mientras que la pieza restante, manufacturada sobre tibia de ovicaprino, corresponde a nuestro tipo A121a (Fig. IV.3.95.3). Junto con éstos aparece también un punzón sobre peroné de ciervo (Fig. IV.3.95.5) no incluido tampoco en la tipología.

En lo que se refiere al resto del instrumental óseo, destacan sin duda los alisadores elaborados sobre varilla de asta de ciervo, con 8 ejemplares, algunos de ellos bien característicos (Fig. IV.3.94.6-8 y 10). También aparece algún alisador sobre porciones longitudinales de diáfisis (Fig. IV.3.95.2) encuadrables en nuestro tipo H113. Junto a éstos hay un relativamente nutrido grupo de cinceles o cuñas –tipo elaborados igualmente sobre diáfisis óseas, algunos de gran robustez, como el de la Figura IV.3.95.4, aunque la mayoría son de dimensiones más reducidas (Fig. IV.3.95.8).

Resta, finalmente, una porción de asta de ciervo (Fig. IV.3.95.9) correspondiente a la parte basal, en la que se aprecian con claridad las señales de un aserrado inconcluso, efectuado seguramente con algún tipo de instrumental lítico.

76. EL CASTELLÓN (Hellín- Albatana, Albacete)

I. Emplazamiento

El yacimiento se ubica sobre un pequeño cerro de 580 m s/n/m situado al Suroeste del núcleo de Albatana, en el paraje de Los Olmos, en una zona explotada como cantera hasta hace poco tiempo. Coordenadas UTM: X: 627326 Y: 4269297.

II. Información arqueológica

El yacimiento fue excavado entre finales de la década de 1980 e inicios de la década de 1990. Los trabajos han permitido documentar un asentamiento organizado en función de una serie de estructuras murarias de forma incurvada, dispuestas de manera concéntrica y apoyadas unas sobre otras, formando aterrazamientos, las cuales ha sido interpretadas por su excavador como murallas perimetrales. La muralla exterior, al parecer correspondiente a los inicios del Bronce Final, está construida a base de bloques pétreos de tamaño ciclópeo, que conforman un paramento al que se adosan una torre de planta oval y torreones semicirculares y una barbacana junto al vano de entrada al poblado.

Dentro del espacio habitado se registran varias fases constructivas sucesivas. La más importante corresponde al Bronce Final, aunque la fundación del asentamiento parece remontarse a momentos avanzados del “Bronce Pleno”, del que se documentan diversas evidencias en la cima del cerro (LÓPEZ PRECIOSO, 1993; 1994).

II.1 Unidades habitacionales y áreas de actividad

Las evidencias de la ocupación del Bronce Pleno registradas corresponden a una sola unidad habitacio-

nal, excavada sólo parcialmente, que se encontraba adosada a la muralla y que contaba con un pavimento de arcilla batida y un banco corrido. Sobre el piso se registraron varias esteras de esparto carbonizadas.

En cambio, el registro de los niveles del Bronce Final ha permitido identificar, según su excavador, hasta cinco fases sucesivas de ocupación. El más antiguo –BF-1– ofreció un conjunto de al menos cuatro unidades habitacionales asentadas sobre la roca del cerro, contemporáneas a la construcción del gran lienzo de muralla perimetral con bastiones y barbacana (LÓPEZ PRECIOSO, 1994: 292). La mejor documentada, localizada en el corte B7, presentaba una planta cuadrangular con muros de alzado de tapial. Sobre estos restos se localizó en algunos cortes un nivel de transición sedimentaria –BF-2– infrapuesto a las viviendas del BF-3, interpretado como posible área de trabajo exterior a las cabañas de ese momento. Para el nivel BF-3 el mejor registro es el documentado en el corte B5, donde se identificó una estructura interpretada como una unidad habitacional que contaba con un hogar central y un vasar de tapial. Contemporánea a ésta debió ser también un horno con diversas refacciones localizado en el corte B7. Del nivel BF-4 se ha documentado un hogar de planta circular con revoco de arcilla, sin que se haya podido relacionar éste con claridad a ninguna unidad habitacional en concreto. En el último nivel –subdividido a su vez en dos fases– se registró una vivienda también de planta rectangular con calzos de poste y dos hogares circular estratigráficamente superpuestos.

III. Valoración y cronología

Para su excavador, el poblado presentaría dos fases claramente diferenciadas. La más antigua, localizado fundamentalmente en la cima del cerro, se remontaría a un “Bronce Pleno avanzado”, mientras que el resto del paquete sedimentario, fundamentalmente registrado en los cortes abiertos en la ladera, corresponderían a varias fases dentro de un Bronce Final, sin que por ahora se haya llegado a determinar la existencia de un hiatus entre ambas fases de ocupación (LÓPEZ PRECIOSO, 1994: 292). La cronología estimada para la secuencia del poblado arrancarían así de un 1400 a.C. hasta alcanzar el siglo IX a.C., en función de la cerámica con decoración excisa localizada en los niveles más superficiales.

IV. Productos óseos

En nuestro catálogo se han incluido 21 piezas procedentes de los distintos niveles excavados en el yacimiento, aunque sólo 4 pertenecen al “Bronce Final”. El grueso de la muestra, por tanto, corresponde al asentamiento atribuido al “Bronce Pleno” o procede de las capas superficiales descontextualizadas.

Como suele ser habitual, más del 50% del conjunto de objetos inventariado son punzones. Sólo una de las piezas con punta pudo tal vez pertenecer a un alfiler o aguja. De entre el grupo de punzones tres pertenecen

al tipo A121c (Fig. IV.3.96.12, 14 y IV.3.97.14) y otro al A121a (Fig. IV.3.96.15), restando algún ejemplar del que no resulta posible asignar su pertenencia al tipo A121b o al A121c, situación ésta que se extiende a la mayoría de los fragmentos de punzones localizados en el nivel superficial.

El punzón más completo, hallado en los niveles del Bronce Final, corresponde al tipo A121b (Fig. IV.3.96.11). A este nivel pertenece también un punzón del tipo A211, posiblemente resultado de la reutilización de un fragmento de punzón también del tipo A121b (Fig. IV.3.97.1). También de niveles del Bronce Final procede la única aguja hallada en el yacimiento, corresponde al tipo G211 sobre fragmento longitudinal de diáfisis de metapodio (Fig. IV.3.97.9).

Otros dos punzones, de los tipos A211 y A221 – éste último (Fig. IV.3.97.5) podría ser también un alfiler del tipo L– se registraron en estratos del “Bronce Pleno”, donde también fue hallado un ejemplar de biapuntado del tipo A231 (Fig. IV.3.97.7).

Excepto una falange de caballo perforada (Fig. IV.3.97.15), que hemos incluido en el grupo de objetos de uso indeterminado –D111– el resto de objetos inventariado pertenece también a niveles anteriores al Bronce Final. Entre éstos encontramos un mango sobre metapodio de ovicaprino del tipo M211a (Fig. IV.3.97.16), una espátula o alisador del tipo H113 (Fig. IV.3.97.10) y todos los adornos registrados: un colgante sobre colmillo de suido del tipo K111a (Fig. IV.3.97.12), un botón de perforación en V (Fig. IV.3.97.11) de tipo prismático –Q131– y una barra prismática triangular con acanaladuras del tipo Q211 (Fig. IV.3.97.6), los dos últimos elaborados en marfil. También de este material es una porción de un objeto cuya morfología resulta imposible precisar y que tal vez perteneció a un gran botón de perforación en V (Fig. IV.3.97.13).

V

LO INFERIBLE: LA PRODUCCIÓN, EL USO Y EL CONSUMO DE LOS PRODUCTOS ÓSEOS

1. LA PRODUCCIÓN

En diversos pasajes de su obra, K. Marx nos deja claro hasta qué punto producción y consumo son dos aspectos inseparablemente unidos que se dan razón de ser mutuamente: la producción es inmediatamente consumo, el consumo es inmediatamente producción. Cada uno es inmediatamente su opuesto (MARX, 1857 [1980]: 290).

Ninguna sociedad ha dejado jamás de producir, en la misma medida que jamás pudo dejar de consumir, como único medio de garantizarse su propia reproducción como sociedad. La satisfacción de las necesidades de las sociedades humanas para reproducirse como tales se realiza en la creación de valores de uso, a partir de la transformación de porciones de la naturaleza. Esta transformación se produce en sociedad, tiene por tanto un carácter social, mediado por las relaciones que se establecen entre individuos que viven en sociedad (MARX, 1857 [1980]: 283).

En esta *naturaleza socializada* –y también, al mismo tiempo, *sociedad naturalizada* (LULL, 2005: 18)– se despliega la actividad de las fuerzas productivas, las cuales se manifiestan, a cada determinado momento histórico, bien como objetos de trabajo, como fuerza de trabajo, como medios de producción o como productos. Su calidad y cantidad se concretan en los elementos básicos del proceso productivo, entendido éste como el conjunto de procesos de trabajo destinados a la obtención de los satisfactores que la sociedad demanda para su reproducción y sostenimiento.

Para algunos investigadores (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1998: 31), la producción social encaminada a garantizar la consecución de tal objetivo, en cada instante de su devenir histórico, se puede dividir en tres tipos diferentes: *la producción básica*: destinada a la producción de seres humanos, a la reproducción biológica de la sociedad; *la producción de objetos*: encaminada a la producción de todo el amplio elenco de productos

subsistenciales, instrumentos de trabajo y bienes de consumo en general; y *la producción de mantenimiento*: por medio de la cual se produce un incremento en el valor social de un objeto a través de la mejora de sus características físicas, químicas, afectivas o estéticas. Los productos de cada una de ellas se convierten en objetos de trabajo o en medios de producción de los procesos de trabajo involucrados en las demás.

Según K. Marx (1863, [2000]: 242) los elementos básicos del proceso de trabajo son tres:

- actividad adecuada a un fin, o sea, el trabajo mismo.

- el objeto sobre el que dicho trabajo se va a realizar.

- los medios de trabajo, que son la cosa o complejo de cosas que sirven para encauzar la actividad sobre el objeto.

En el plano de la investigación arqueológica, estos elementos se han propuesto como componentes o factores de un esquema económico “básico” (RISCH, 2002: 9), en el que de la suma de los tres resulta el producto, encaminado a la satisfacción de una necesidad determinada socialmente.

Marx (1863 [2000]: 61) establecía una distinción expresa entre las *condiciones subjetivas* del proceso de trabajo frente a las *condiciones objetivas*. Las primeras se refieren a las capacidades naturales del trabajador y su particular habilidad para llevar a cabo tareas concretas, entre las que se incluyen su preparación física y sus conocimientos prácticos sobre las técnicas de trabajo y manipulación de los utensilios, la materia prima y el producto a realizar. Los factores objetivos de las fuerzas productivas, en cambio, incluyen el objeto de trabajo –la naturaleza misma– y los instrumentos necesarios para el mantenimiento de la vida social, todos ellos constituidos en medios de producción. Tanto unos como otros factores de las fuerzas productivas son resultado de un proceso de acumulación progresiva a lo largo de la historia, de modo que su grado de desarrollo en un momento dado

se cimienta sobre el conocimiento y producción de las generaciones precedentes (PATTERSON, 2004: 21).

La totalidad del registro arqueológico documentado en los yacimientos está compuesto por elementos pertenecientes a este ciclo perpetuo de producción-consumo y a las relaciones que se establecen entre individuos que producen en sociedad (LULL, 2005: 7). Como afirmaba K. Marx en un celeberrimo párrafo de *El Capital*, al igual que la estructura y armazón de los restos óseos nos permite reconstruir la organización de especies animales extintas, los vestigios de los medios de producción nos hace posible conocer las sociedades desaparecidas, pues lo que distingue las épocas económicas no es lo que se hace, sino cómo y con qué instrumentos de trabajo se hace (MARX, 1863 [2000]: 244). En ese sentido, todo resto arqueológico posee al menos dos planos de análisis: uno como materia trabajada, y otro como objeto utilizado y consumido.

Atender al primero de estos planos nos sitúa necesariamente frente a los elementos que componen el proceso productivo:

- i. obtención y selección del objeto de trabajo
- ii. aplicación de técnicas de trabajo concretas en función del material seleccionado y el tipo de objeto que se va a producir
- iii. herramientas y áreas de actividad que conforman los medios de trabajo

En las páginas que siguen, analizaremos pormenorizadamente lo que el registro arqueológico nos permite inferir en cuanto a cada uno de estos elementos.

1.1 EL OBJETO DE TRABAJO

En la producción de artefactos óseos, llevada a cabo en el espacio y lapso temporal que aquí analizamos, veremos cómo en un alto porcentaje de los casos el objeto de trabajo procede directamente de los residuos de otros procesos de trabajo previos, como la preparación de alimentos, o incluso de los propios desechos del consumo de éstos. En otros, los menos, es resultado de una apropiación selectiva de materias recolectadas directamente del entorno natural y, sólo en los casos en los que intervienen trabajos de reciclado y mantenimiento, el objeto de trabajo lo constituyeron los propios productos.

Además de carne y productos lácteos, las distintas especies de vertebrados, tanto domésticas como salvajes, proporcionaron también pieles, pelo, uñas, plumas y otras sustancias que, con toda probabilidad, fueron empleadas en la realización de diferentes tipos de bienes consumidos por los grupos humanos del centro y sur del Levante peninsular a lo largo del III y II milenios cal BC. Sin embargo, apenas ha quedado huella alguna en el registro arqueológico de este tipo de productos dado que se encuentran constituidos casi enteramente por queratina, y carecen de los componentes minerales que han permitido en cambio que otras

sustancias también de origen orgánico como el hueso, el asta o el marfil hayan resistido, en condiciones de sedimentación normales, el paso del tiempo.

Sin embargo, tanto el hueso como el asta y el marfil presentan una serie de características debidas a sus particulares composiciones químicas, que los hacen perfectamente distinguibles a cada uno del resto, por lo que en rigor, emplear el término “productos óseos” para referirnos al conjunto de los artefactos elaborados con ellos, no termina de ser completamente apropiado. Observación ésta que no ha pasado en absoluto desapercibida para la investigación, y que ha motivado la acuñación, a lo largo del tiempo, de diferentes términos con los que designar el objeto de trabajo fundamental. Así, R. A. Dart (1957) se refería a éstos como *osteodontokeratic materials*, aunque no han faltado otros términos de carácter más técnico como *vertebrate hard tissues*, acuñado por L. B. Halstead (1974) o el de *skeletal materials* utilizado por A. MacGregor (1985). En la bibliografía científica en castellano estos términos han tenido su correspondencia aproximada en el más genérico de “materias de origen animal” (PASCUAL BENITO, 1998), aunque lo cierto es que el adjetivo “óseo” ha sido ciertamente, como en Francia (CAMPS- FABRER, 1968, 1979; CAMPS- FABRER *et al.*, 1990, 1998), el que ha gozado de una más amplia aceptación (RODANÉS VICENTE, 1989), ligada al concepto, también ampliamente difundido, de “industria ósea”.

Es debido a que el calificativo “óseo” se ha visto así extendido al conjunto de artefactos producidos a partir de materias “duras” de origen animal por lo que en nuestro trabajo vamos a asumir, con todas las implicaciones que ello conlleva, su empleo para la descripción genérica de éstos. Sin embargo hemos de establecer de inmediato cuáles son las sustancias que se han seleccionado para su estudio aquí y que constituyen el objeto de trabajo de los procesos productivos que vamos a analizar, las cuales no sólo tienen un origen orgánico diferente y propiedades distintas, sino que como podremos comprobar, fueron sistemáticamente elegidas para la fabricación de tipos de artefactos diferentes.

En general, puede decirse que las partes anatómicas duras de los animales se dividen en aquéllas pertenecientes al endoesqueleto de los vertebrados –huesos y dientes, básicamente– y las que pertenecen al exoesqueleto, tanto de vertebrados como de invertebrados y artrópodos –caparazones, valvas, uñas, cuernos o astas, por ejemplo. No nos ocuparemos aquí de aquellos productos elaborados con porciones del exoesqueleto de invertebrados, de modo que sólo las astas de ungulados como el ciervo o el corzo entrarán en nuestro conjunto de “productos óseos”. Este criterio dejaba expresamente fuera de nuestro ámbito de estudio los artefactos manufacturados con concha de moluscos, la mayor parte de los cuales han sido empleados desde época paleolítica para la elaboración de diferentes tipos de adornos.

Una primera valoración que permiten los datos recopilados es el amplio predominio del hueso como

principal objeto de trabajo, seguido a distancia por el marfil y el asta. Las piezas dentales apenas suponen un 1% del total, casi en todos los casos empleadas como piezas de adorno (Fig. V.1.1).

Por especies, los ovicaprinos son los más representados, seguidos a considerable distancia por los cérvidos, suidos y bóvidos, siendo también destacado el elefante, exclusivamente por el empleo del marfil (Fig. V.1.2). Ninguna de las demás especies identificadas alcanza valores cercanos al 3%. No obstante se trata de valores absolutos, que apenas sirven más que de marco introductorio para el conjunto artefactual analizado, tras el que se esconden variables cuyo análisis desvela otras realidades. Así, por ejemplo, si el índice de productos elaborados sobre astas de ciervo apenas supera el 10% en el cuadro general, el análisis restringido a determinados yacimientos como Cabezo Redondo arroja cifras cercanas al 25%, y en Castillarejo de los Moros se alcanza el 40% del total. En ese mismo sentido, resulta también significativo que los yacimientos de Fuente de Isso, Ereta del Pedregal y Cova del Montgó concentren ellos solos el 90% de los artefactos elaborados sobre huesos de lagomorfos y el 38% de los obtenidos a partir de metapodios de ovicaprino.

Como materia prima para la manufactura de artefactos, las propias características químicas y morfológicas del hueso, el asta y el marfil han condicionado los procesos de selección efectuados previamente por

los propios artesanos, que buscaban sistemáticamente el mejor tipo de material para cada tipo de artefacto. Así, la muestra analizada evidencia con claridad la selección de huesos con superficies planas y amplias para la obtención de útiles destinados al frotamiento de superficies no rígidas o al modelado de materiales plásticos, como las espátulas y paletas, y la de huesos largos con paredes óseas más o menos gruesas para la mayoría de los instrumentos apuntados, mientras que se detecta el empleo predominante de las astas para la obtención de aquellos utensilios de los que se requería una mayor resistencia a los impactos o una mayor durabilidad (Fig. V.1.6).

Sin embargo, dejando al margen las propiedades exclusivamente morfológicas que pudieron convertir a determinados huesos en el tipo de soporte más conveniente para la obtención de determinados diseños, los estudios comparativos realizados han venido a poner de relieve la superior calidad y rendimiento del asta de cérvido con respecto al hueso en cuanto materia prima ósea (MACGREGOR, 1985: 23- 29). De acuerdo con estos datos, el asta constituye un material más resistente y con una mayor capacidad para absorber los impactos que el hueso, de modo que objetivamente resulta una materia prima de mejor calidad.

No obstante, como hemos podido comprobar, ello no se traduce en la muestra analizada en un predominio del asta en los procesos de producción de artefactos óseos, pues ésta tan sólo fue empleada en un 10% del total. Factores como la disponibilidad y facilidad para su aprovisionamiento y, sobre todo, la diferencia en cuanto a la inversión de trabajo necesaria para la transformación del asta con respecto al hueso jugaron, a nuestro juicio, un papel esencial.

1.1.1. El Hueso

Los huesos constituyen el almacén interno en torno al cual se organiza el sistema orgánico de los vertebrados. Poseen formas muy variadas y una estructura interna compleja pero muy funcional que determina su morfología, siendo a un tiempo plásticos y livianos pero también muy resistentes y duros.

La estructura de un hueso largo, como por ejemplo un fémur, es la siguiente (Fig. V.1.3):

- **Diáfisis:** la parte alargada del hueso
- **Epífisis:** extremos o terminaciones del hueso
- **Metáfisis:** unión de la diáfisis con las epífisis, que siendo cartilaginosa mientras el hueso se encuentra en fase de desarrollo, termina osificándose en edad adulta.
- **Cartílago articular:** es una fina capa de cartílago hialino que recubre la epífisis donde el hueso se articula con otro hueso, destinado a reducir la fricción y absorber choques y vibraciones.
- **Periostio:** membrana que rodea la superficie del hueso no cubierta por cartílago, esencial en el crecimiento óseo, en su reparación y en su nutrición.

Material	Núm. de piezas	%
Asta	136	10 %
Marfil	180	13 %
Hueso	872	63 %
Diente	20	1 %
Indeterminados	172	13 %
	1378	100 %

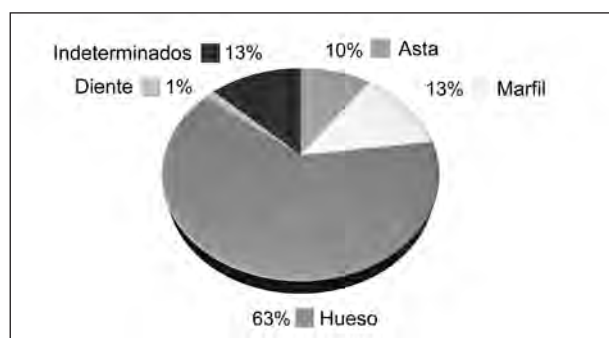
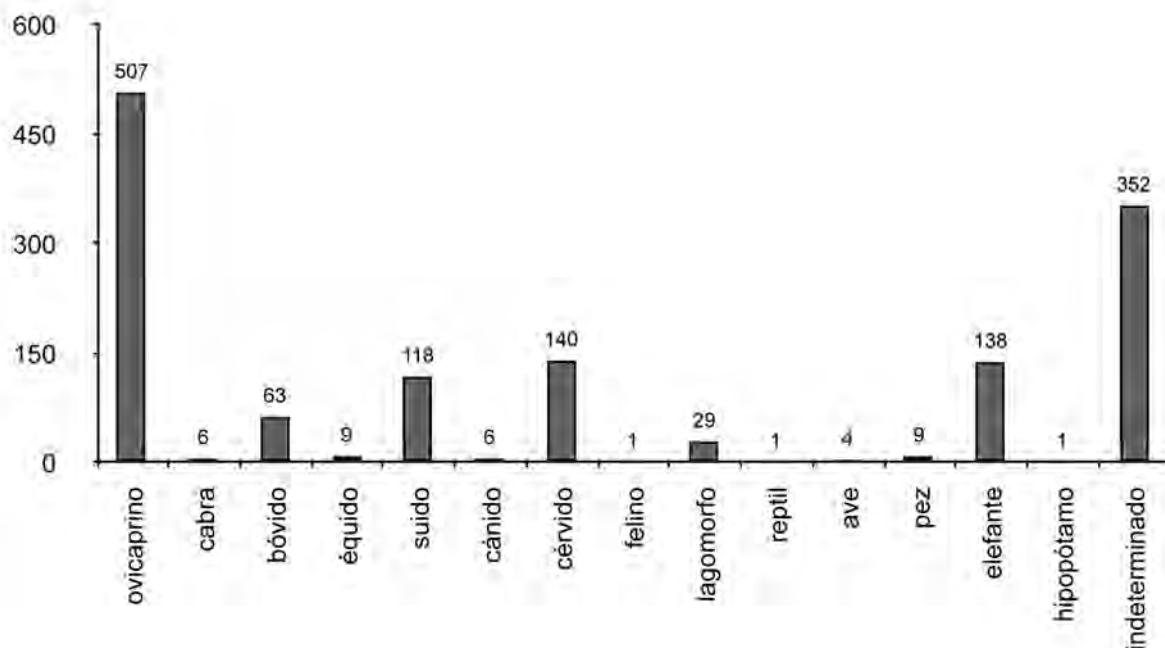


Figura V.1.1_ Tabla y gráfico correspondiente a la cantidad y representación porcentual de los tipos de materias óseas identificadas en la muestra analizada.



Especie	Núm. de piezas	%
Ovicaprino	507	36,63 %
Cabra dom.	6	0,43 %
Bóvido	63	4,55 %
Équido	9	0,65 %
Suido	118	8,53 %
Cánido	6	0,43 %
Cérvido	140	10,11 %
Felino	1	0,08 %
Lagomorfo	29	2,09 %
Reptil	1	0,08 %
Ave	4	0,29 %
Pez	9	0,65 %
Elefante	138	9,97 %
Hipopótamo	1	0,08 %
Indeterminado	346	25,43 %
	1378	100,00 %

Figura V.1.2_ Tabla y gráfico correspondiente a la representación de especies identificadas en el origen anatómico de los objetos óseos catalogados.

También constituye el punto de inserción de ligamentos y tendones

- **Cavidad medular:** es un espacio más o menos amplio situado en la parte central en la diáfisis, destinado a contener la médula ósea
- **Endostio:** membrana que tapiza la cavidad medular y que contiene células osteoprogenitoras, a partir de las cuales se generan los osteoblastos y los osteocitos, y que también se encuentran en el periostio

Los osteoblastos son los encargados de segregar el colágeno y otros materiales utilizados para la construcción del hueso. Se encuentran en las superficies óseas y a medida que segregan los materiales de la matriz ósea, esta los va envolviendo convirtiéndolos en osteocitos, los cuales constituyen la mayor parte del tejido óseo y su función es la de mantener las actividades celulares del tejido óseo, tales como el intercambio de nutrientes y productos de desecho.

Si bien no todos los huesos son iguales en tamaño y consistencia, en promedio la composición química del tejido óseo es de un 25% de agua, 45% de minerales, como el fosfato y el carbonato de calcio, y 30% de materia orgánica, principalmente colágeno y otras proteínas como la osteocalcina. Así, los componentes inorgánicos alcanzan aproximadamente 2/3 del peso óseo. Las sales minerales más abundantes en el tejido óseo son la hidroxiapatita (fosfato tricálcico) y carbonato cálcico. En menores cantidades hay hidróxido de magnesio y cloruro y sulfato magnésicos. Durante el proceso de calcificación estas sales minerales se depositan por cristalización en el entramado formado por las fibras de colágeno, que constituye cerca del

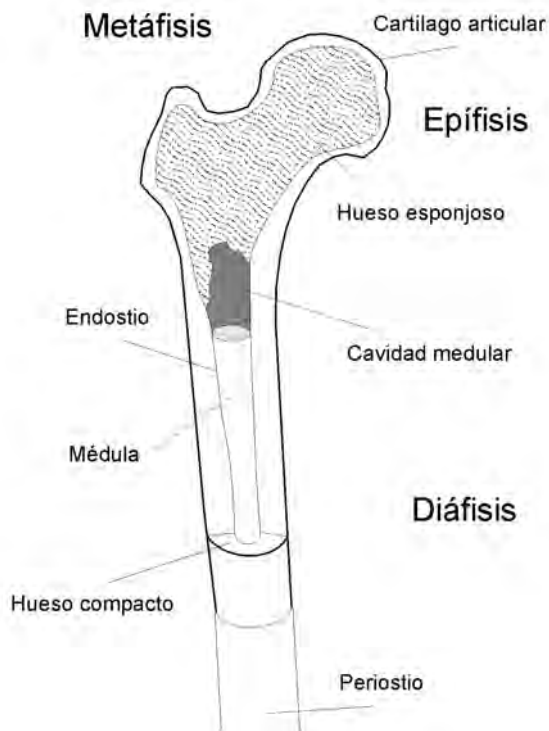


Figura V.1.3_ Denominación de las partes anatómicas esenciales de un hueso.

90% de la sustancia orgánica del hueso. Sin embargo, el hueso no es totalmente compacto sino que tiene pequeños espacios entre sus componentes, a modo de pequeños canales por donde circulan los vasos sanguíneos encargados del intercambio de nutrientes. En función del tamaño de estos espacios, el hueso se clasifica en “compacto” o “esponjoso”.

El hueso compacto constituye la mayor parte de la diáfisis de los huesos largos así como de la parte externa de todos los huesos. Presenta una estructura de láminas o anillos concéntricos alrededor de canales centrales llamados *canales de Havers* que se extienden longitudinalmente y que están conectados con otros canales llamados *canales de Volkmann* que perforan el periostio. Ambos son utilizados por los vasos sanguíneos y linfáticos y también por los nervios que se extienden por el hueso.

A diferencia del hueso compacto, el hueso esponjoso conforma una estructura porosa cuyos huecos están llenos de médula ósea. En este caso, los vasos sanguíneos penetran directamente en el hueso y permiten el intercambio de nutrientes con los osteocitos. El hueso esponjoso es el principal constituyente de las epífisis de los huesos largos y del interior de la mayor parte de los huesos.

El esqueleto de los mamíferos –que aportan casi todo el material empleado en la fabricación de los artefactos óseos analizados aquí– puede dividirse en dos

grandes conjuntos: el esqueleto axial y el esqueleto apendicular –aunque siendo rigurosos, todavía quedaría un tercer conjunto, denominado esqueleto visceral, conformado por huesos como el esternón, pero que apenas ha sido empleado para la fabricación de artefactos óseos. El esqueleto axial incluye el cráneo, la columna vertebral y las costillas, y está destinado fundamentalmente a proteger partes vitales del organismo, tales como el cerebro, la columna vertebral o los pulmones, el corazón y el sistema digestivo, entre muchos otros. El apendicular, por el contrario, está sobre todo relacionado con la locomoción y su función primordial es servir de estructura básica alrededor de la cual se articulan los músculos y tendones (Fig. V.1.4).

Los huesos que conforman el esqueleto axial – como el cráneo o las vértebras– son los que presentan una morfología más irregular, siendo en general la porción del esqueleto menos empleada para la obtención de materia prima, con la excepción quizá de las costillas, que junto con las escápulas conforman el conjunto de huesos planos más ampliamente utilizado. En cambio, la mayoría de los huesos principales del esqueleto apendicular se caracterizan por poseer una forma alargada y más o menos cilíndrica, y son los que se emplearon con más profusión para la manufactura de casi todo tipo de productos. Sin embargo el esqueleto apendicular también se compone de una serie de pequeños huesos de aspecto compacto, generalmente situados en los carpos y tarsos de las patas, en la zona de unión con las falanges, que fueron muy poco utilizados. En su forma definitiva, los huesos tanto del esqueleto axial como del apendicular presentan una cierta cantidad de tejido óseo esponjoso en el interior y de tejido óseo compacto conformando la envoltura externa, cuyas proporciones varían ampliamente de acuerdo con la forma y función de cada hueso en concreto.

Todos estos aspectos han venido a determinar claramente los tipos de hueso seleccionados para la fabricación de los distintos tipos de artefactos, y las partes anatómicas de los mismos que fueron transformadas, tendiendo sistemáticamente a la elección de aquéllos cuya morfología natural se acomodaba mejor a la función y al diseño de cada producto en particular (Fig. V.1.6 y 7). Así, como muestra la tabla de la Figura V.1.5, la gran mayoría de los instrumentos relacionados con el frotamiento de superficies, tales como paletas o espátulas, se elaboraron a partir de huesos planos como costillas o escápulas, o incluso mandíbulas, mientras que para los útiles destinados a la punción se emplearon preferentemente tibias, ulnas, o metapodios.

Desde el punto de vista del aprovisionamiento de la materia prima, resulta relevante que la proporción de huesos identificados como soportes empleados para la fabricación de artefactos muestre una marcada sintonía con la de especies de vertebrados consumidas en los yacimientos del período analizado (Fig. V.1.8).

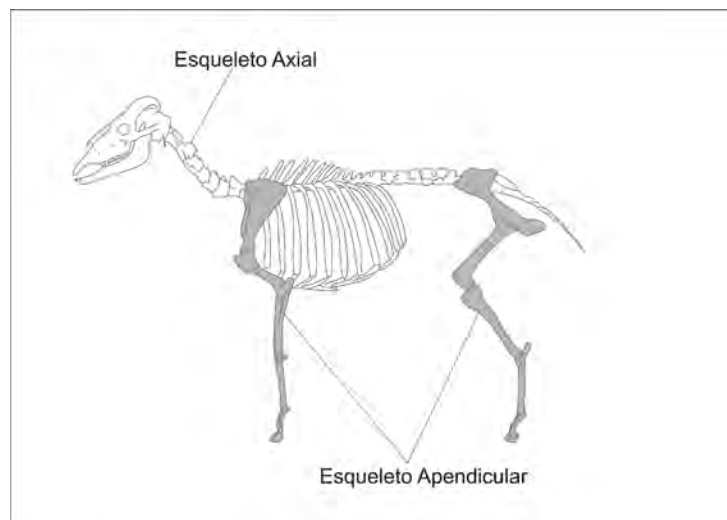


Figura V.1.4_ Localización del esqueleto axial y del esqueleto apendicular en los mamíferos.

Lamentablemente, en los últimos años se han ido haciendo cada vez más escasos los datos publicados referentes a las muestras faunísticas de los yacimientos de este momento. Sin embargo, puede comprobarse cómo en términos generales éstos suelen indicar una significativa predominancia de los rebaños de ovicaprinos, seguidos de bóvidos y suidos (DRIESCH y BOESSNECK, 1969; PUIGCERVER HURTADO, 1992- 94; SARRIÓN MONTAÑANA, 1998; PUIGCERVER HURTADO y LÓPEZ PADILLA, 2005), de manera que puede decirse que el aprovisionamiento destinado a la producción se realizaba fundamentalmente en el propio yacimiento, a partir de los desechos del consumo cárnico (LÓPEZ PADILLA, 1991: 644).

Creemos que ello se encuentra también relacionado con la inexistencia en el registro de áreas de almacenamiento de materia prima ósea procedente de esqueletos de vertebrados. Dejando al margen las dificultades que entraña su identificación en los contextos domésticos excavados, de las que trataremos más adelante, el hueso es un material del que se dispondría con relativa facilidad a lo largo del año y que, comparado con las propiedades del asta y del marfil, presenta mayores dificultades para su conservación en condiciones óptimas para ser trabajado.

1.1.2. El Asta

Las astas constituyen unas excrescencias óseas situadas en el cráneo de cérvidos y otras especies de ungulados que, a diferencia de lo que ocurre con los huesos y con los colmillos, crecen y se desprenden de forma anual. Según recoge el Diccionario de Real Academia de la Lengua Española, el término correcto para designar este material en castellano es el de “cuerna” (PASCUAL BENITO, 1998:23), puesto que en nuestro idioma el de “asta” aparece reservado sólo para denominar a la rama principal de la cornamenta del ciervo.

Sin embargo, nosotros emplearemos genéricamente el término “asta” para hacer referencia a este material, no sólo porque su uso también está muy extendido (por ej. RUIZ, MARTÍNEZ y TORRALBA, 1983; RODANÉS VICENTE, 1989; LIESAU, 1988; DAVIS, 1989, ...) sino también para evitar posibles confusiones con el de “cuerno”, que designa a un material de tipo queratinoso, cuyas propiedades físicas no tienen nada que ver con las astas, y que recubren un núcleo óseo –denominado “clavija”– que a menudo es también confundido con él.

El asta, por el contrario, es una auténtica formación ósea que aproximadamente a comienzos de la primavera comienza a crecer a partir de unas protuberancias óseas emplazadas en la parte superior del cráneo, denominadas “pedículos”. Durante un período aproximado de cuatro meses, las astas se desarrollan alimentadas por una profusa red de vasos sanguíneos que en la parte exterior se encuentran protegidos por una sustancia aterciopelada provista de pelo. Esta red vascular será la responsable del característico aspecto rugoso y estriado que, una vez osificada, presenta la superficie de las astas de cérvidos. Cuando el crecimiento es completo, la “corona” o “roseta” comienza a constreñir por la base el flujo sanguíneo hacia el asta, momento en que la cubierta empieza a desprenderse y las astas van endureciéndose. En el momento en que el flujo sanguíneo se interrumpe por completo, la osificación de las astas culmina con la necrotización total de las mismas. Las astas permanecen sobre el cráneo hasta el momento en que, más o menos a finales de marzo, se inicia de nuevo el proceso con el “desmogue” o caída de las astas, consecuencia del proceso de erosión gradual del tejido óseo que los osteoclastos generados en la zona de unión de las astas con el pedículo se encargan de realizar (BILLAMBOZ, 1979: 119; MACGREGOR, 1985: 12).

La densidad y proporción entre sustancias minerales y orgánicas de las astas es comparable con las

Clase A	702	tibia	388
		metapodio	100
		ulna	43
		radio	12
		costilla	3
		fíbula	8
		asta	15
		?	133
Clase L	83	fíbula	74
		radio	1
		ulna	1
		?	7
Clase G	10	fíbula	5
		metapodio	3
		costilla	1
		?	1
Clase P	32	metapodio	1
		asta	31
Clase F	25	asta	8
		?	17
Clase E	38	metapodio	6
		asta	5
		ulna	2
		costilla	2
		?	23
Clase H	65	costilla	18
		metapodio	11
		tibia	6
		fémur	2
		mandíbula	1
		asta	17
		?	10
Clase S	8	costilla	7
		escápula	1
Clase M	23	metapodio	9
		asta	5
		tibia	1

		fémur	1
		húmero	2
		radio	1
		clavija ósea	1
		marfil	2
		?	1
Clase Y	8	asta	7
		fémur	1
Clase Z	1	asta	1
Clase C	40	fémur	5
		metapodio	6
		tibia	4
		vértebra	9
		asta	1
		caparazón	1
		marfil	3
		?	11
Clase K	35	diente	13
		colmillo	6
		costilla	6
		marfil	8
		asta	1
		escápula	1
Clase B	21	marfil	21
Clase N	2	marfil	2
Clase Q	102	marfil	101
		?	1
Clase T	4	marfil	4
Clase D	11	marfil	5
		falange	2
		costilla	1
		metapodio	1
		tarso	1
		?	1

Figura V.1.5_ Tabla con indicación de los tipos de huesos más empleados en la elaboración de las distintas clases de artefactos identificados.

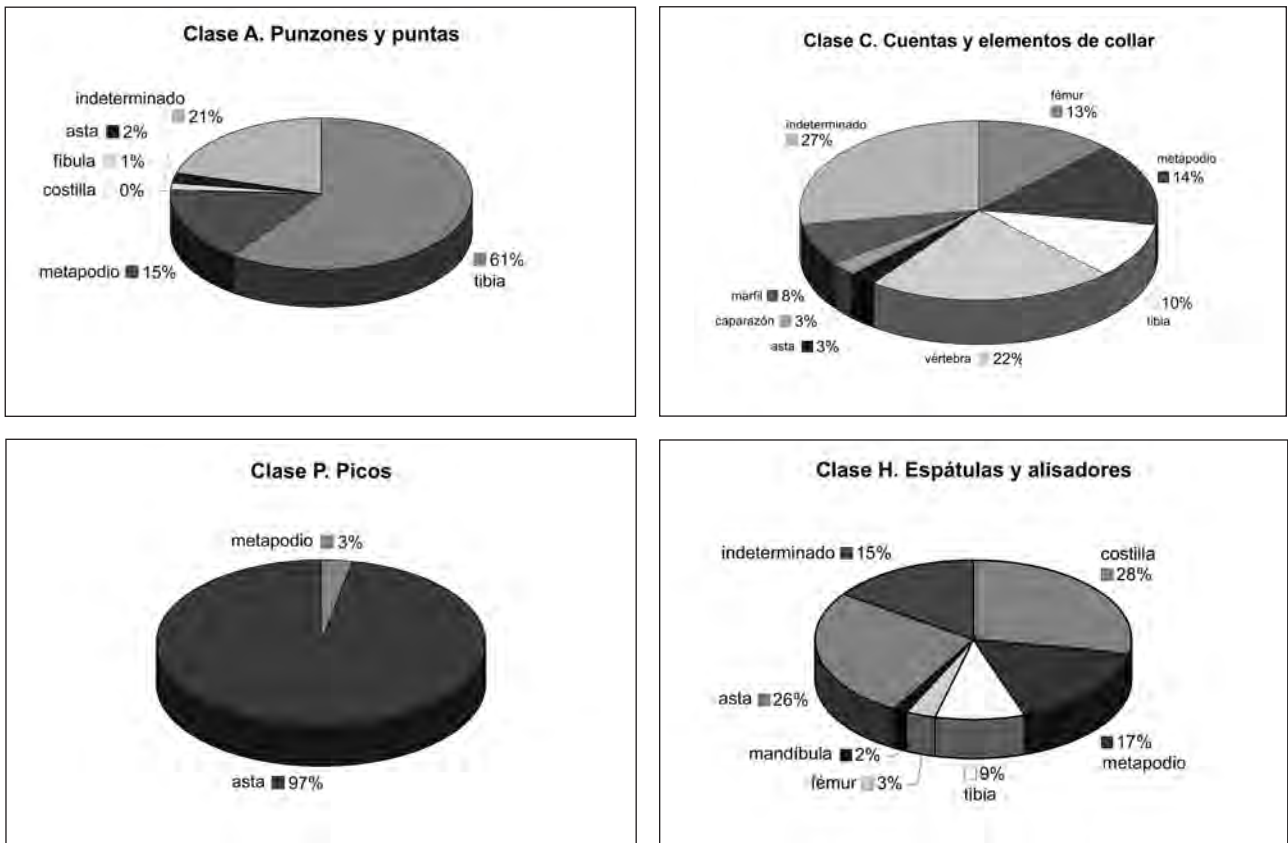


Figura V.1.6_ Gráfico con la representación porcentual de los tipos de materias óseas empleadas en la elaboración de artefactos de las clases A, P, H y C.

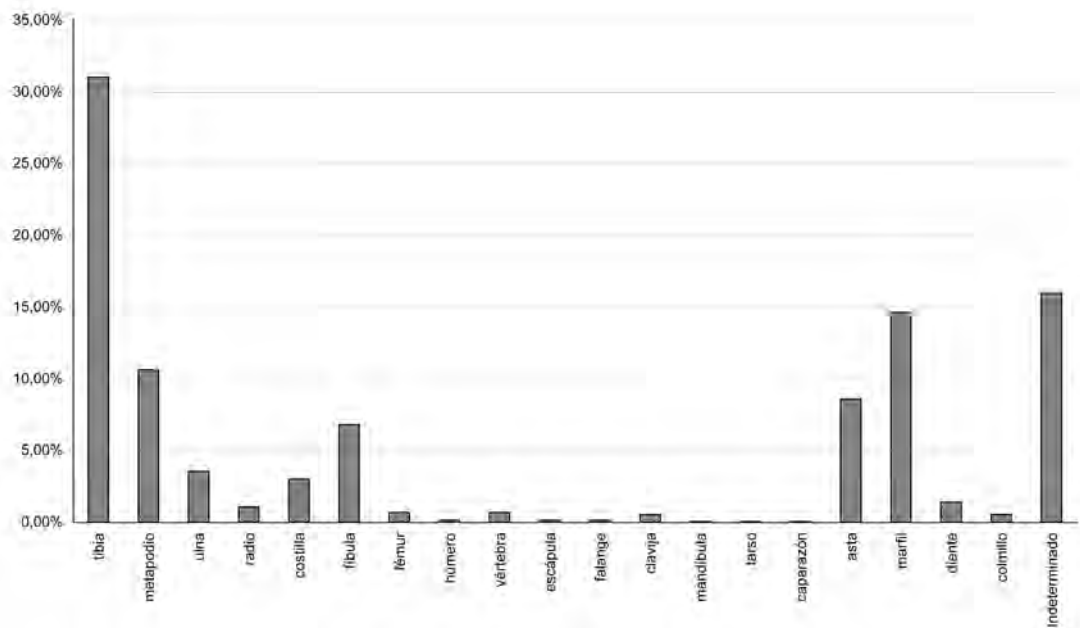


Figura V.1.7_ Gráfico con la representación porcentual de los soportes óseos empleados en la elaboración de los artefactos analizados.

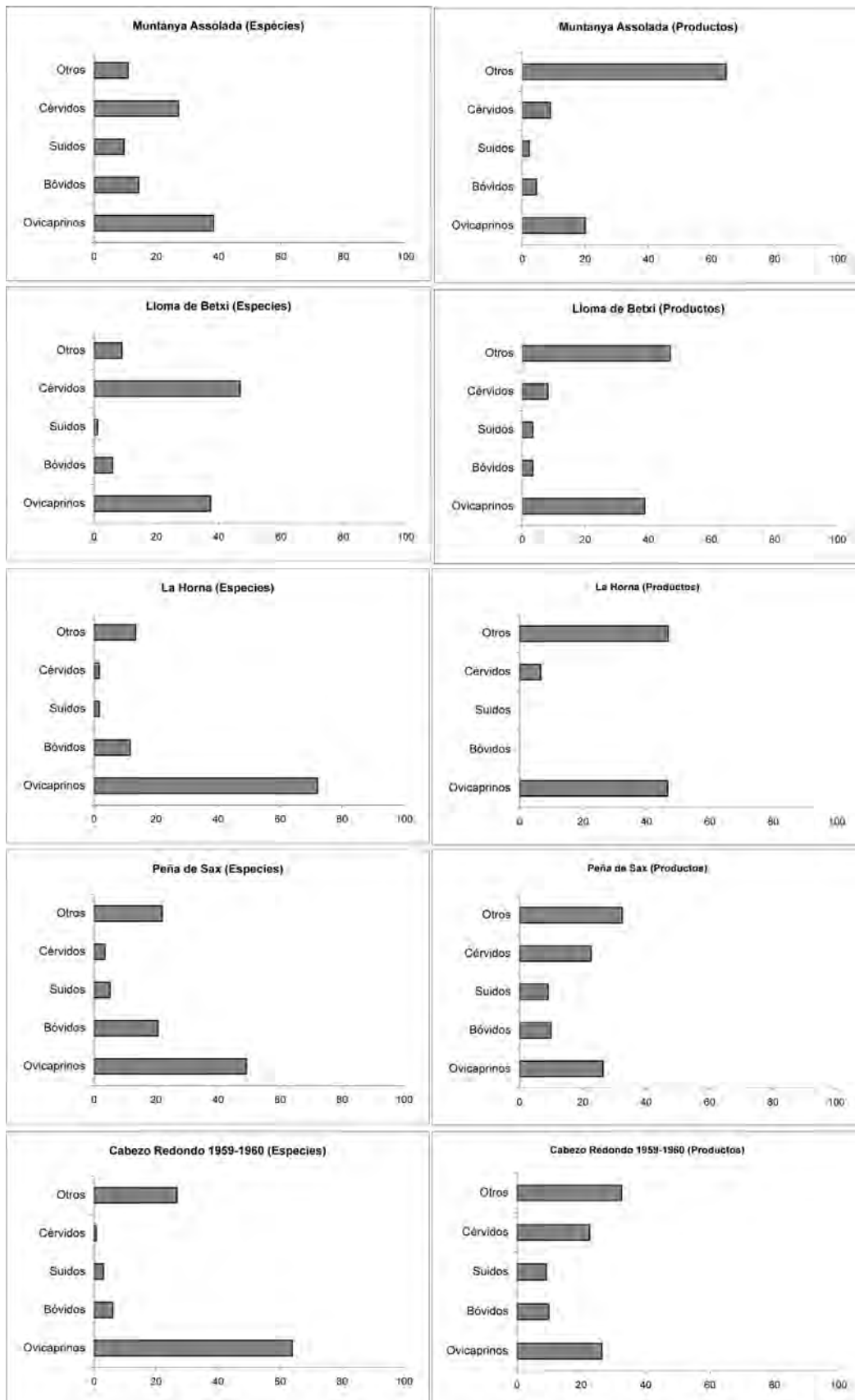


Figura V.1.8. Representación porcentual de las especies de fauna identificadas en varios yacimientos y su comparación con los porcentajes de dichas especies en su aprovechamiento para la producción ósea.

del hueso pero, en sección, el asta se caracteriza por presentar un núcleo de aspecto esponjoso, rodeado por una superficie exterior dura y consistente. Esta configuración básica se encuentra en todas las especies, si bien la proporción de tejido esponjoso varía de unas partes del asta a otras. Lo que sí es diferente es la morfología general de las astas, que varía entre las más de cuarenta especies de cérvidos existentes. A los efectos de nuestro trabajo, no obstante, nos detendremos sólo a describir las astas de corzos y, sobre todo, del ciervo, que es con mucho la especie más intensamente explotada en los conjuntos analizados por nosotros.

Las astas del corzo –*capreolus capreolus*– son las más pequeñas y simples. Crecen prácticamente en sentido vertical y apenas cuentan con auténticas luchaderas, presentando sólo un pequeño número de puntas que raramente exceden de seis, y que por lo general se reducen a tres, denominadas punta anterior, medial y posterior (BILLAMBOZ, 1979). También el aspecto externo del asta de corzo resulta inconfundible, con su superficie típicamente perlada (Fig. V.1.9).

El asta de ciervo –*cervus elaphus*– resulta en comparación mucho más grande, llegando en algunos ejemplares a alcanzar los 120 cm de longitud (Fig. V.1.10). De acuerdo con la adaptación propuesta para el castellano de la terminología aplicada por A. Billamboz (1979: 96) en las astas del ciervo encontramos, desde la base al extremo distal, el medallón y la roseta desde la que arranca el tallo o percha, que constituye la rama principal del asta, que podemos dividir en dos tramos, el A y el B; de ella surgen una serie de puntas o candiles que de abajo hacia arriba se denominan garceta o luchadera, candil de hierro, candil medio y candiles distales (RUIZ, MARTÍNEZ Y TORRALBA, 1983: 132; PASCUAL BENITO, 1998: 23). El número de puntas o candiles puede variar notable-

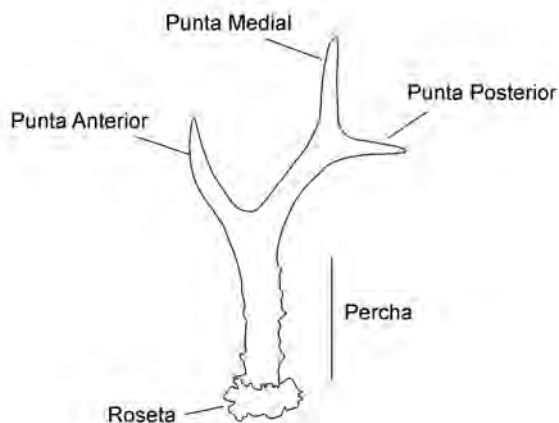


Figura V.1.9_ Denominación de las partes de un asta de corzo (según A. Billamboz, 1979)

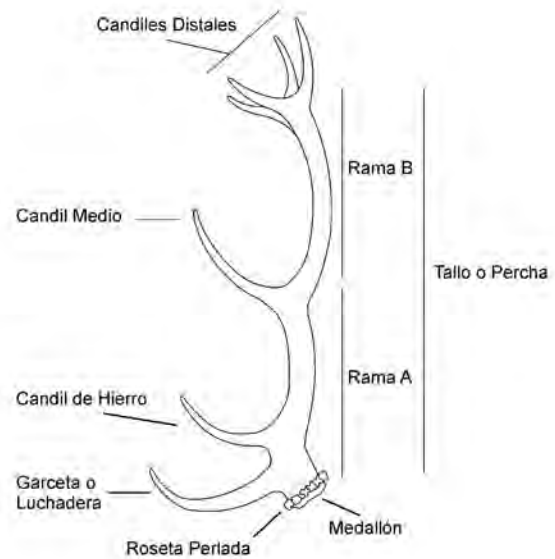


Figura V.1.10_ Denominación de las partes de un asta de ciervo (adaptado de A. Billamboz, 1979).

mente en función de la edad del animal, aunque no es posible establecer una correspondencia exacta entre la cantidad de puntas de un asta y la edad del individuo al que pertenecían.

Como ya hemos comentado, los análisis comparativos realizados permiten afirmar que en relación al tejido óseo, el asta presenta una mayor dureza y resistencia y una mayor capacidad de absorción de impactos, lo que la convierte en un material objetivamente más indicado para la elaboración de instrumentos destinados a golpear o perforar materias resistentes y, en general, para obtener artefactos con una vida útil mayor. Sin embargo, esta potencial ventaja se relaciona con otro dato no menos revelador: en comparación con el hueso, la cantidad de energía necesaria para fracturar un asta transversalmente es hasta dos veces y media superior, y hasta tres veces más si lo hacemos longitudinalmente (MACGREGOR, 1985: 28). Ello la convierte en un material más difícil de trabajar que el hueso, en cuyo procesado se requería, en condiciones de igualdad de medios, una inversión significativamente superior de trabajo.

Del mismo modo que en el caso del material esquelético, la producción de los diferentes tipos de artefactos elaborados en asta de cérvido se iniciaba con la cuidadosa selección de la parte que se considerase más adecuada para la consecución del producto, buscando siempre la obtención del diseño deseado de la manera más rápida. En consecuencia, en un alto porcentaje de los casos la propia morfología de las diferentes partes del asta seleccionada quedaba integrada total o parcialmente en la morfología del artefacto elaborado. En muchas ocasiones ello nos permite reconocer no sólo la parte anatómica del asta que se ha trabajado sino que a menudo también nos ofrece pistas importantes

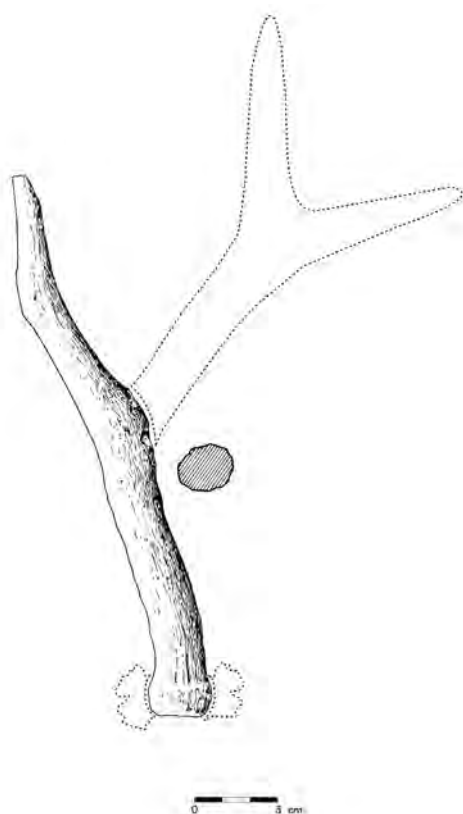


Figura V.1.11_ Pico del tipo P111 (nº 469) elaborado con la percha y la punta anterior de un asta de corzo.

acerca de los procesos seguidos en la elaboración de los productos finales.

Uno de los ejemplos más claros a este respecto lo constituyen algunos picos sobre asta de corzo –P111– de los que contamos con un ejemplar analizado procedente del Cerro de El Cuchillo (nº 469). Para la obtención de estas piezas se ha aprovechado la morfología natural del asta, seccionando simplemente la rama secundaria de la rama basal y procediendo después a la eliminación de la historiada roseta perlada que este tipo de astas presenta en la base (Fig. V.1.11).

Comparativamente, el mayor tamaño y variedad morfológica de las astas de ciervo permitió un aprovechamiento también mayor de las mismas (Fig. V.1.12). En primer lugar, la parte basal de las astas de ciervo fue sistemáticamente empleada para la obtención de fusayolas o implementos para taladros de arco –Y211– aprovechando la forma circular de la roseta. Ésta se separaba de la rama principal mediante un aserrado transversal, realizando posteriormente una perforación en sentido perpendicular a través de la cual se insertaría el astil de madera.

La rama principal y secundaria del asta del ciervo se seleccionó en cambio para la elaboración de los productos de mayor tamaño o longitud, tales como puntas o picos rectos –P121– o cinceles –E221–, y también para determinados productos de los que se requiriese

una amplia superficie activa, lo que exigía una anchura considerable difícil de obtener a partir de candiles o luchaderas, como es el caso de alisadores y espátulas –H112 y H312. En su mayoría, la forma final de todos estos productos se obtuvo mediante el recortado de placas o varillas extraídas previamente del asta.

Pero sin duda son las partes apuntadas de las astas del ciervo el tipo de soporte más ampliamente utilizado, especialmente en la manufactura de picos del tipo P2 pero también para la elaboración de otras clases de instrumentos, como por ejemplo mangos –M121 y M221.

Ya señalábamos hace tiempo (LÓPEZ PADILLA, 1991: 644) que la comparación de los índices de restos óseos de ciervos y de productos y desechos de producción sobre asta resultaban, en yacimientos como Cabezo Redondo, indicadores de que el consumo de la carne de ciervo se conducía por derroteros bien diferentes del observado en relación con la producción de artefactos sobre astas, lo que cabía interpretar claramente como resultado del aprovisionamiento de gran cantidad de astas de desmogue, desprendidas de manera natural durante el final del invierno y el comienzo de la primavera. Ello puede así mismo corroborarse en los pocos casos en los que ha sido posible analizar la parte proximal de las astas registradas, de las que sólo una presenta señales de haber sido aserrada y extraída del cráneo, mientras que el resto presenta el medallón característico de las astas de desmogue (Fig. V.1.13).

Las astas constituían, por tanto, un material óseo de muy buena calidad y del que se podía disponer con relativa facilidad mediante su recolección en una determinada época del año, pero cuyo procesado exigía, en igualdad de condiciones con respecto al instrumental y a los medios técnicos empleados, cantidades superiores de trabajo invertido con respecto a la elaboración de productos semejantes en hueso. Por otra parte, el hecho de que el aprovisionamiento de astas se viese fundamentalmente restringido a una época concreta del año implicaba la necesidad de almacenarlas, cosa que no era necesario hacer en el caso de los huesos, de los que el ritmo normal de consumo cárnico a lo largo del año permitía un aprovisionamiento prácticamente continuado y, por lo demás, resultan más problemáticos de almacenar durante mucho tiempo en buenas condiciones para ser trabajados. Además, con excepción de las grandes diáfisis de paredes gruesas, en raras ocasiones un mismo hueso permitió la manufactura de más de un producto, al contrario que las astas, cuyas proporciones y características posibilitan un aprovechamiento mucho mayor en ese sentido.

El análisis de la muestra nos indica, por otra parte, que las diferencias significativas en cuanto a la proporción de restos faunísticos de cérvidos y la cantidad de productos elaborados sobre asta registrados en ellos no quedaba restringida al caso de Cabezo Redondo. Como se indica en el gráfico de la Figura V.1.14, tal variación encuentra sus valores extremos en los casos

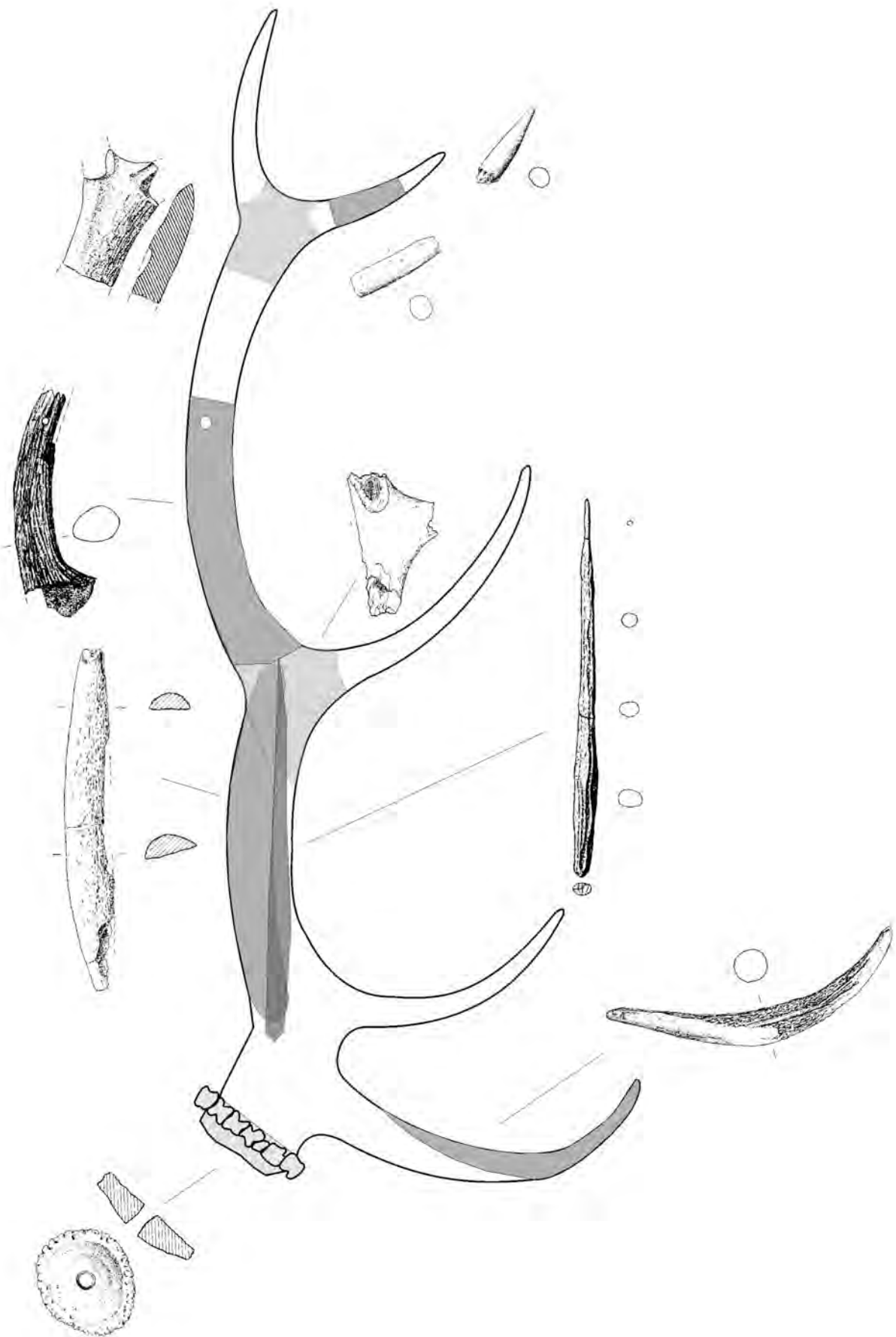


Figura V.1.12_ Aprovechamiento de las partes de un asta de ciervo a partir de los artefactos óseos registrados en Cabezo Redondo.



Figura V.1.13_ Vista de la superficie de contacto con el pedículo en el medallón basal de un asta de desmogue.

de Lloma de Betxí, con una proporción de 1'5 / 8, y Cabezo Redondo, en donde la proporción es prácticamente la inversa, con una relación de 9'7 / 0'3, la cual resulta aproximadamente comparable con la registrada en los yacimientos terramaricolanos contemporáneos (PROVENZANO, 2001). Pero en general, lo que cabe inferir a partir de los datos es un acusado contraste entre los valores de Lloma de Betxí y Muntanya Assolada, por una parte, y los de La Horna, Peña de Sax y Cabezo Redondo, por otra. Por el contrario, la proporción entre los restos faunísticos de ovicaprinos y los productos manufacturados a partir de sus huesos se mantiene en valores más o menos equiparables en todos los casos, lo que nos indica que esta circunstancia no fue general, sino que en los yacimientos señalados sólo afectó a las producciones sobre asta de cérvidos, y no al conjunto de la producción ósea.

Dado que se trata de relaciones porcentuales, es evidente que las discrepancias observables no pudieron deberse a variaciones en la disponibilidad de materia prima. Aunque las poblaciones de cérvidos del II milenio cal BC hubieran sido significativamente diferentes en La Ribera o en el Camp del Turia con respecto al valle del Vinalopó, los resultados implican que, en comparación con los productos óseos obtenidos a partir de sus restos, en la Lloma de Betxí y en Muntanya Assolada la carne de ciervo se consumió, en términos generales, más que en La Horna, Peña de Sax y Cabezo Redondo, mientras que en estos tres últimos yacimientos sus astas se utilizaron como soporte físico para la producción de artefactos en una proporción entre 8 y 9 veces superior con respecto a los ciervos consumidos. A nuestro juicio, ello no puede interpretarse más que en términos de un incremento sustancial de la productividad del trabajo que permitió en estos yacimientos la utilización de una materia prima de mejor calidad en la manufactura de artefactos óseos y en una cantidad para la que resultaba claramente insuficiente el suministro a partir de los ciervos abatidos.

Puesto que la información arqueológica disponible y las dataciones radiocarbónicas realizadas tienden a situar la ocupación de los yacimientos de La Horna, Peña de Sax y Cabezo Redondo con posterioridad a *ca.* 1700 cal BC, cabría también contemplar este horizonte cronológico como fecha a partir de la cual se iniciara un aprovechamiento más intensivo de las astas de ciervo como materia prima para la elaboración de artefactos. Sin embargo, tal vez podría objetarse que los datos que estamos considerando proceden de una suma de valores no dotados de contenido cronológico o estratigráfico, y que si bien es cierto que la ocupación de La Horna, Peña de Sax y Cabezo Redondo parecen iniciarse con posterioridad a la de los asentamientos de Lloma de Betxí y Muntanya Assolada, éstos parecen prolongar su ocupación al menos hasta el segundo tercio del II milenio BC.

En este punto, los resultados obtenidos en los trabajos realizados en Terlinques nos permitirán evaluar,

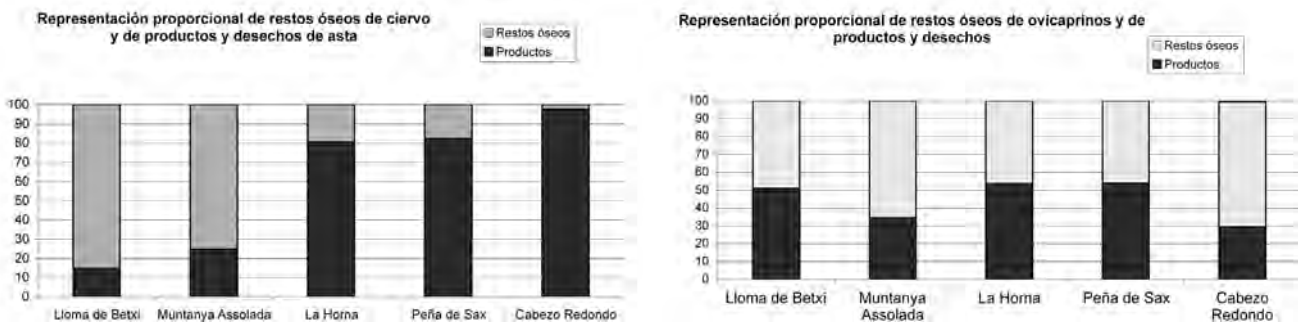


Figura V.1.14_ Gráfico comparativo de la representación porcentual de productos óseos sobre asta y huesos de ovicaprinos y la representación de restos óseos de ciervos y ovejas/cabras en los yacimientos de la Lloma de Betxí, Muntanya Assolada, La Horna, Peña de Sax y Cabezo Redondo.

al menos para este yacimiento, los cambios que se sucedieron entre *ca.* 2100 y *ca.* 1500 BC en esta zona en relación con la producción ósea, y en particular con la manufactura de objetos en asta de cérvidos. No contamos aún con los datos referidos al análisis de los restos óseos faunísticos, pero si considerásemos únicamente los índices obtenidos a partir del volumen general de artefactos, desechos y residuos de producción ósea registrados, podríamos concluir que la proporción de astas trabajadas en el yacimiento de Terlinques apenas alcanza el 15% del total.

Sin embargo, teniendo en cuenta la lectura estratigráfica que permite la excavación realizada en la última década en el yacimiento (JOVER MAESTRE y LÓPEZ PADILLA, 2004), apreciamos cómo la totalidad de la muestra referida a la producción de artefactos sobre asta de cérvidos se concentra en estratos correspondientes a la fase III de ocupación del asentamiento, que en función de las fechas radiocarbónicas obtenidas se sitúa cronológicamente a partir de *ca.* 1700-1600 cal BC. Si nos atenemos sólo a los valores registrados en esta fase, resulta que aproximadamente el 26 % de los artefactos, desechos o residuos óseos proceden de astas de cérvidos, frente a un raquíico 1 % de astas trabajadas presente en las dos fases anteriores.

Podemos, por tanto, considerar seriamente la hipótesis de que a partir de *ca.* 1700-1600 cal BC el asta incrementó significativamente su importancia como materia prima para la producción ósea en los yacimientos que estamos analizando. Sin embargo, el incremento de la productividad que pudo suponer el empleo preferente de un material óseo de mayor calidad para la elaboración de artefactos sólo sería posible con un aumento muy importante del tiempo de trabajo invertido en la producción –habida cuenta de las características físicas del asta, que como hemos visto posee una dureza y resistencia mayores que el hueso– o mediante una mejora sustancial de la efectividad del instrumental involucrado en el proceso de manufactura. Como podremos comprobar más adelante, el incremento de las huellas de filos metálicos que se registra igualmente a partir de estos mismos momentos, parece orientarnos con claridad hacia la segunda de estas dos posibilidades.

1.1.3. El Marfil

Aunque normalmente deberíamos utilizar la palabra “marfil” para referirnos únicamente a los colmillos de elefante –de hecho, la palabra castellana deviene del vocablo árabe *‘azm al-fil*, que significa “hueso de elefante”– la estructura química de los dientes y los colmillos de todos los mamíferos es la misma, independientemente de la especie, por lo que el término “marfil” ha acabado por hacerse extensivo a cualquier diente o colmillo de mamífero suficientemente grande para que pueda ser tallado o grabado.

Tanto los dientes como los colmillos tienen el mismo origen orgánico, y se disponen de acuerdo con patrones ordenados en las mandíbulas y los maxilares. Sin embargo, mientras que los dientes son estructuras especializadas adaptadas para sujetar y masticar alimentos, los colmillos –que suelen destacar por su superior tamaño, llegando en diversas especies a sobresalir de los labios– han evolucionado para desempeñar otras funciones.

Dientes y colmillos tienen las mismas estructuras físicas: cavidad pulpar, dentina, cemento y esmalte (Fig. V.1.15). La cavidad pulpar conforma la parte interior, un espacio vacío dentro del diente que se encuentra recubierto por las células odontoblásticas, que producen la dentina. Ésta, que es el componente principal del marfil, forma una capa de espesor homogéneo alrededor de la cavidad pulpar y constituye la mayor parte del diente. Se trata de un tejido conectivo mineralizado, con una matriz orgánica de proteínas colágenas. La dentina contiene estructuras microscópicas denominadas “túbulos dentinales”, que a modo de microcanales se extienden a través de la dentina desde la cavidad pulpar hasta el borde exterior del cemento. Éste forma una capa que recubre la raíz de dientes y colmillos, y su función principal es adherir la raíz de éstos a las mandíbulas. El esmalte, el tejido más duro, está generado por los adamantoblastos, y recubre la superficie que sufre el mayor desgaste, es decir, la corona. El esmalte presenta una estructura prismática, con prismas orientados perpendicularmente con respecto a la corona o punta (BROWN y MOULE, 1977).

Desde el punto de vista de su aprovechamiento como objeto de trabajo para la elaboración de artefactos, en el área meridional y oriental de la Península Ibérica se ha documentado arqueológicamente el empleo de colmillos y dientes de diferentes especies, entre las cuales se encuentran el jabalí, el ciervo, el lince o el cerdo. Sin embargo, en su mayoría han sido utilizados únicamente como colgantes, de modo que en propiedad, de los analizados aquí sólo cabe considerar marfil a los productos elaborados a partir de colmillos de elefante, de hipopótamo y, sólo excepcionalmente, de jabalíes.

Con respecto a éstos últimos, en la inmensa mayoría de los casos tampoco fueron procesados con intención de tallar u obtener productos a partir de la dentina del colmillo, sino empleados –en especial los grandes colmillos inferiores de los machos adultos– como colgantes, con diversas variantes en cuanto a las formas de suspensión. Entre el conjunto de material analizado por nosotros, sólo hemos constatado en algunos colmillos superiores de jabalí trazas de elaboración que pueden interpretarse como cortes intencionales destinados a dejar al descubierto el marfil, que únicamente en los ejemplares de mayor tamaño ofrecen una cantidad apreciable de materia prima. Aun así, sólo fueron empleados para la producción de pequeños objetos, sobre todo botones o pequeños apliques ornamenta-

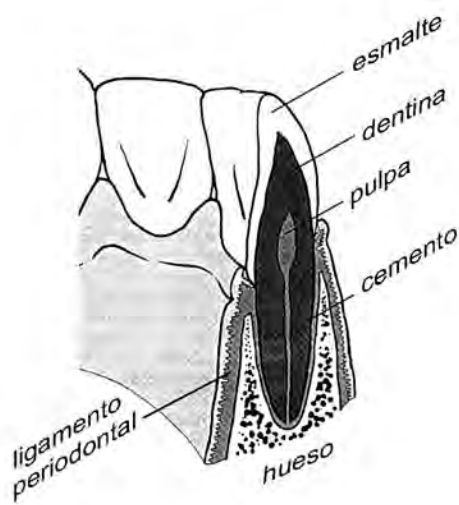


Figura V.1.15_ Elementos constituyentes de una pieza dental de mamífero (adaptado de Schmid, 1972).

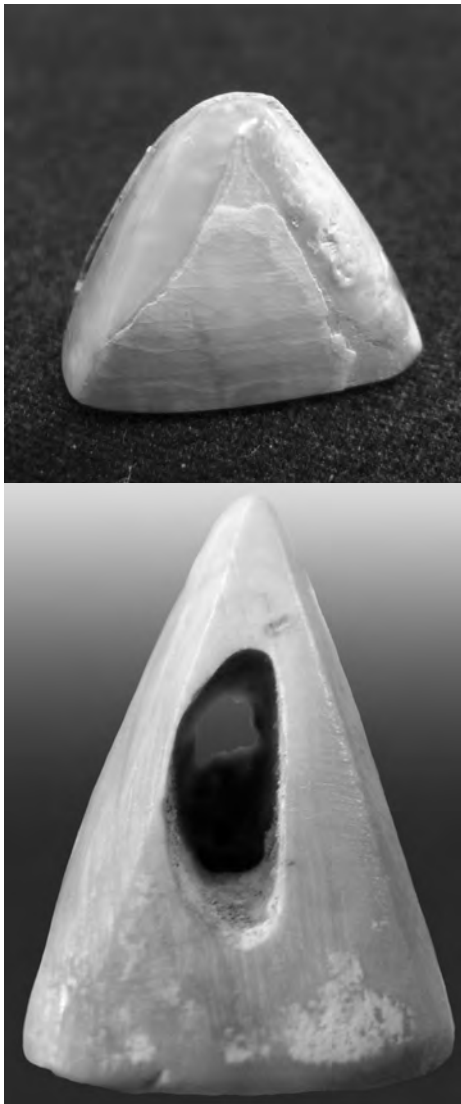


Figura V.1.16_ Detalle del esmalte y de la cavidad pulpar apreciables en dos botones de la Illeta dels Banyets.

les, de los que son un buen ejemplo algunos de los registrados en la Illeta dels Banyets (Fig. V.1.16). En ellos suele aparecer claramente visible algún resto del esmalte, e incluso en algunos casos queda a la vista la cavidad pulpar, lo que casi siempre permite identificar con cierta aproximación la parte del colmillo empleada para su elaboración.

Al contrario que los del jabalí, los colmillos del elefante proceden de dos incisivos superiores modificados, presentes también en otras especies de proboscidos ya extinguidas, como el mamut. El colmillo de elefante africano *Loxodonta africana africana*, la especie actual de mayor talla, puede alcanzar los 3,5 m de longitud. El esmalte, presente únicamente en la punta del colmillo de animales jóvenes, se deteriora rápidamente y no se regenera. El corte transversal entero de los colmillos de proboscidos es redondo u ovalado. La dentina constituye el 95% del colmillo y a veces presenta amplias bandas concéntricas. El cemento, que puede ser espeso en los géneros extinguidos como el mamut, cubre la parte exterior del colmillo y puede consistir en una serie de capas superpuestas, en general más abundantes en la parte proximal del colmillo (KRZYSZKOWSKA, 1990: 34).

El corte transversal pulido del marfil de elefante y de mamut permite observar una característica única: las *líneas de Schreger*, también denominadas “rayado cruzado” o “torneaduras de motor” (Fig. V.1.18). Las líneas de Schreger pueden dividirse en dos categorías: las líneas exteriores, fácilmente visibles y muy cercanas al cemento, y las líneas interiores, apenas perceptibles, situadas alrededor del nervio o la cavidad pulpar. Las intersecciones de las líneas de Schreger forman ángulos cóncavos o convexos. Los ángulos cóncavos se abren hacia la zona interior del colmillo, mientras que los convexos se abren hacia la zona lateral o exterior del mismo. Los ángulos situados en la parte más exterior, tanto cóncavos como convexos, tienden a ser más agudos en el mamut y en otras especies extinguidas y obtusos en la mayoría de las especies actuales (ESPIÑOZA y MANN, 1993; PALOMBO y VILLA, 2001). En la sección transversal del colmillo también son visibles otras líneas, las llamadas *líneas de Owen*, a modo de aros concéntricos espaciados aproximadamente 1 cm entre sí, y que vienen a formarse cada 6-8 años de vida del animal.

Diversos aspectos influyen en la morfología de los colmillos de elefantes, entre ellos el sexo del animal, la edad y también si el ejemplar en concreto era “diestro” o “zurdo” (KRZYSZKOWSKA, 1990: 51). Sin embargo, resulta sumamente complejo identificar la especie de proboscido a la que perteneció un trozo de marfil exclusivamente a partir de rasgos morfológicos. Para ello es necesario acudir a otro tipo de análisis, que atienden a la variedad y características de los elementos inorgánicos contenidos en la dentina del colmillo, los cuales fundamentalmente dependen de la dieta del animal y que, a diferencia de lo que ocurre en el pro-

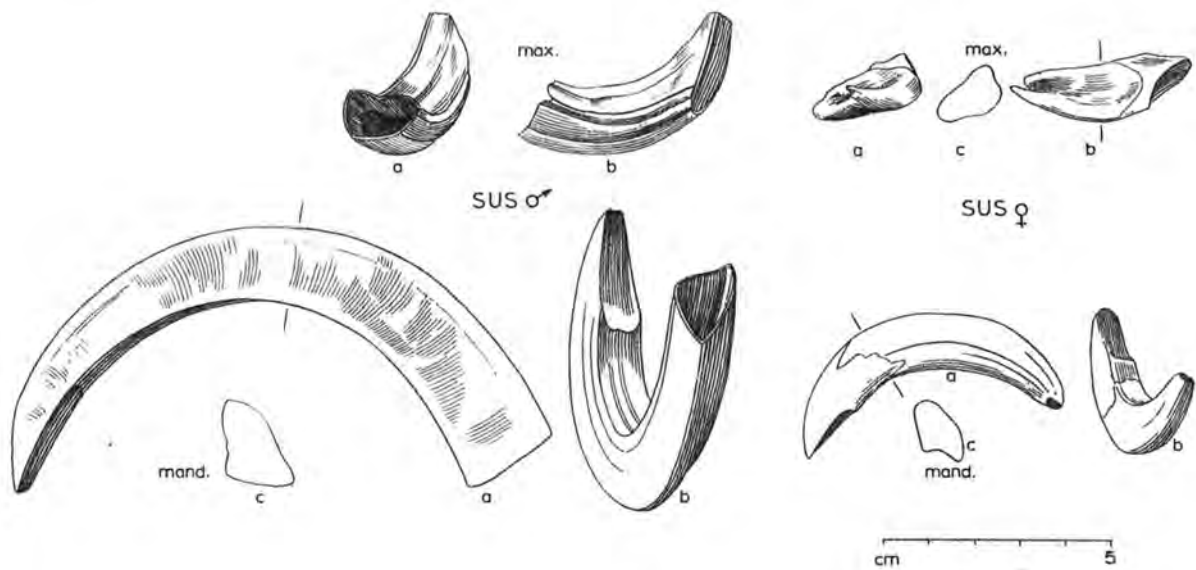


Figura V.1.17_ Representación de los colmillos del maxilar y de la mandíbula de un jabalí macho (según Schmid, 1972, Lám. IV).

ceso de osificación, quedan fijados de manera permanente (RAUBENHEIMER, 1999).

En la antigüedad, sin embargo, el elefante no fue la única fuente explotada para la obtención de marfil, siendo también relativamente abundante el empleo de los colmillos de hipopótamo. Aunque en éstos la dentina también presenta un crecimiento constante, su formación sigue un proceso diferente al de los colmillos del elefante. Su mayor densidad y blancura se debe a que los pequeños túbulos dentinales se encuentran más compactados, lo que lo hace menos proclive al deterioro. Si bien estas características hicieron de él un material muy apreciado en la antigüedad, otros aspectos, como la pronunciada curvatura de los caninos inferiores –que limitan los diseños de los productos susceptibles de ser elaborados con ellos– y la presencia de un esmalte de superficie irregular que cubre todo el marfil –a diferencia del colmillo de elefante, en donde el esmalte sólo aparece en el extremo distal, y se presenta uniforme y liso– unido a su mayor dureza, también lo convertían en un material más difícil de trabajar (KRZYSZKOWSKA, 1990: 43).

Los grandes incisivos y caninos inferiores han sido, de largo, las piezas dentarias de hipopótamo más ampliamente utilizadas. Éstas presentan un acusado dimorfismo sexual entre machos y hembras, alcanzando algunos caninos un peso superior a 1,50 kg y hasta 70 cm de longitud. Los caninos inferiores ofrecen además una sección transversal de forma triangular, con tres superficies de diferentes anchuras (Fig. V.1.19). Las más amplias se encuentran recubiertas por una capa de esmalte estriado de gran dureza, y separadas por una fractura natural. La tercera, que es la orientada hacia la boca del animal, está cubierta sólo por cemento. Hacia el extremo proximal del canino aparece una cavidad

pulpar mientras que el extremo distal suele presentar un acusado desgaste en forma de bisel hacia el interior, debido al constante roce con el canino superior.

Aparte de estas características morfológicas básicas, el marfil de hipopótamo también puede distinguirse fácilmente en una sección transversal a partir de la forma aproximadamente sub-triangular de las líneas de crecimiento y sobretodo por la existencia de una comisura en el centro del colmillo que constituye la huella de la cavidad pulpar. Ésta va adquiriendo una forma semejante a una fractura angulada conforme nos aproximamos al extremo proximal del colmillo. El incisivo inferior, por el contrario, ofrece una sección marcadamente circular y una forma aproximadamente recta, a diferencia de la curvatura que presentan los caninos (KRZYSZKOWSKA, 1990: 42).

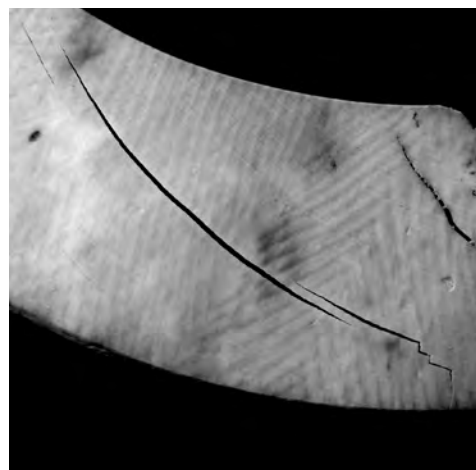


Figura V.1.18_ Detalle de las líneas de Schreger en una rodaja de marfil de elefante del yacimiento de La Mola d'Agres.

Dependiendo del grado de transformación de la materia prima original, en ocasiones puede resultar muy complicado identificar, a partir de los productos elaborados, la porción del colmillo que ha sido empleada en cada caso para su manufactura. Sin embargo, en algunos casos, como en el de la mayor parte de los brazaletes, es posible inferir que se obtuvieron a partir de porciones de colmillos de elefante recortadas transversalmente, mientras que otros productos, como los botones del tipo Q131 y Q132, pudieron obtenerse a partir de barras prismáticas de sección triangular extraídas de rodajas de mayores proporciones (BARCIELA GONZÁLEZ, 2006: 101).

Hasta la fecha no se conocen colmillos enteros en el registro arqueológico postpaleolítico peninsular. De hecho, debemos esperar hasta las primeras centurias del I milenio cal BC para encontrar colmillos de elefante completos, como los hallados en el Bajo de la Campana, en Cartagena (MAS GARCÍA, 1987). Con anterioridad a estas fechas, todo lo que se ha hallado hasta ahora son fragmentos, aunque algunos de tamaño más o menos considerable, como el trozo de colmillo del Dolmen de Matarrubilla (COLLANTES DE TERÁN, 1969). En contextos del II milenio cal BC el marfil bruto documentado en la Península aparece exclusi-

vamente en porciones que han sufrido ya un primer estadio de transformación a partir del colmillo entero, bien en forma de barras prismáticas o como rodajas recortadas transversal y/o longitudinalmente.

Aunque se conoce la existencia de rodajas en yacimientos como El Acequión (FERNÁNDEZ MIRANDA *et al.*, 1994: 266) o el Cerro de la Encantada (FONSECA FERRANDIS, 1988: 165), hasta ahora nunca han sido descritas en detalle ni se han publicado reproducciones gráficas de las mismas, de modo que no podemos todavía conocer su morfología ni características. Presumiblemente se trata de rodajas de marfil de elefante, aunque no sea posible precisarlo. La única rodaja completa que hemos podido analizar es la hallada en Cabezo Redondo (nº 346), sobre el pavimento incendiado del departamento XXIII –UE 2310– en las proximidades de un banco adosado a la pared oriental de la habitación. Se trata de una rodaja de importantes proporciones perteneciente con toda probabilidad a la parte distal del colmillo, aunque se encuentra muy quemada y en extremo fragmentada. Apareció junto con una contera para un mango en proceso de elaboración, también en parte calcinado (nº 347). A pesar de su estado fragmentario, en la parte interna de la rodaja se llega a apreciar con claridad las huellas dejadas por un instrumento metálico –probablemente una sierra– empleado para cortarla longitudinalmente.

También calcinadas aparecieron las barras prismáticas encontradas en la Muntanyeta de Cabrera (nº 1158- 1168). Aunque el número de fragmentos consignado originalmente por D. Flecher y E. Pla se aproximaba a la veintena (FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER, 1956: 26), un buen número de ellos pudieron ser unidos entre sí con posterioridad, permitiendo recuperar algunos otros ejemplares completos, si bien los once que en la actualidad se exponen en las salas del Museo de Prehistoria de Valencia, analizados por nosotros, no completan un conjunto que en su momento debió contar con un número algo superior de piezas (FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER, 1956, lám. XIV, B). En cualquier caso, parece razonable suponer que se hallaran originalmente almacenadas en la vivienda en la que fueron localizadas, seguramente dispuestas para ser transformadas en algún momento en botones, apliques, colgantes u otro tipo de producto similar.

El análisis de los botones prismáticos del Cerro de El Cuchillo realizado por V. Barciela (2006: 87) ha permitido reconstruir fiablemente el proceso de extracción de estas varillas prismáticas de sección triangular a partir de porciones de colmillo semejantes a la localizada en el departamento XXIII de Cabezo Redondo. Éste se llevaría a cabo practicando sendos cortes longitudinales, desde ángulos oblicuos convergentes, que proporcionarían prismas en los que las líneas de Schreger irían disponiéndose alternativamente de manera cóncava o convexa con respecto a la arista longitudinal de los mismos, rasgo que es posible apreciar con claridad en algunas de las piezas estudiadas.

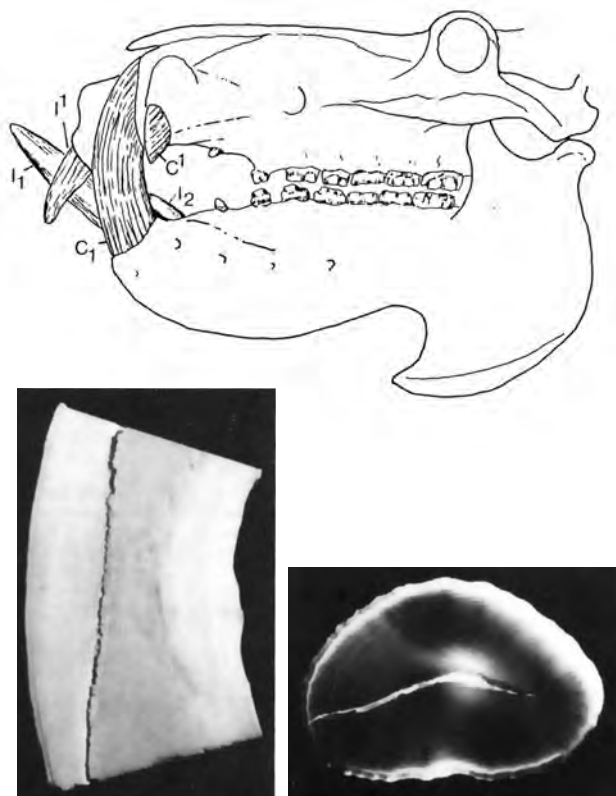


Figura V.1.19_ Ubicación de los colmillos e incisivos en el cráneo de un hipopótamo y secciones transversal y vertical de un colmillo (según Krzyszkowska, 1990).

Aunque en ningún otro yacimiento se ha localizado un conjunto tan numeroso como el de Muntanyeta de Cabrera, la presencia de barras prismáticas de marfil también se ha constatado en otros puntos, como en San Antón (n° 937) o en la Mola d'Agres (PASCUAL BENITO, 1995; GRAU ALMERO *et al.*, 2004; n° 1090, 1096 y 1101 del catálogo), si bien en éste último yacimiento las barritas prismáticas se ven acompañadas también de desechos y residuos de producción, lo que permite plantear la existencia de un área de actividad, circunstancia que no se da en el resto de yacimientos en los que hasta ahora han aparecido.

Por fin, algo más numerosa en el registro es la presencia de los residuos procedentes de los procesos de elaboración de productos a partir de rodajas, documentados en yacimientos como Cabeço del Navarro, Mola d'Agres o Illeta dels Banyets. Sobre todo resultan de particular interés los residuos de talla y los fragmentos de rodajas con cortes mal definidos localizados en una sucesión continuada de pavimentos registrada en este último yacimiento, y de la que ya se dio cuenta de manera breve en un trabajo anterior (BELMONTE MAS y LÓPEZ PADILLA, 2006: 185), pues a diferencia de lo que parece ocurrir en otros puntos donde se han registrado desechos de producción generados por la transformación de rodajas en productos finales, aquí podríamos estar ante un área de producción en la que además de productos terminados, tales como brazaletes o botones, se llevaría a cabo también la primera fase de procesado de los colmillos, seccionándolos en rodajas para su posterior distribución hacia otros yacimientos.

Debemos por último comentar el hallazgo de una porción distal de colmillo de elefante en los estratos más profundos del asentamiento argárico del Tabayá (n° 1308) (Fig. V.1.20). Presenta un aserrado realizado en un movimiento claramente circular a tenor de las señales dejadas por el instrumento empleado, muy posiblemente una sierra de metal. Sin embargo, el desprendimiento definitivo de la porción cortada se produjo por flexión, procedimiento del que dejó huella una pequeña lengüeta.

Desde los estudios pioneros de L. Siret, la naturaleza exótica del marfil peninsular ha servido para establecer potenciales vínculos culturales entre la Península Ibérica y las regiones del Norte de África y de la costa sirio-palestina. Aunque para el ingeniero belga resultaba conveniente un origen fundamentalmente egipcio para el marfil del Sudeste, pronto se abrieron paso las hipótesis que hacían del Norte de África el lugar más lógico para buscar las fuentes de suministro. En ese sentido se manifestarían G. y V. Leisner (1943) en su monumental obra sobre las tumbas megalíticas de la Península, así como otros investigadores que, como A. Jodin (1957) o G. Camps (1960), relacionarían la arribada del marfil a la Península Ibérica con la aparición de materiales campaniformes en el Noroeste africano, los cuales tendían aparentemente a concentrarse en puntos costeros y relativamente accesibles



Figura V.1.20_ Vista frontal y basal de un fragmento de colmillo de Tabayá, mostrando el plano de aserrado inferior realizado con sierra metálica.

desde la Península. Con posterioridad, A. Gilman y R. Harrison (1977: 97) se harían eco de estas afirmaciones, señalando cómo las culturas peninsulares, más desarrolladas y en las que comenzaba una clara jerarquización social, habrían otorgado al marfil un valor como elemento exótico de ostentación que no existía para las comunidades norteafricanas contemporáneas, dependientes mayoritariamente de una economía de caza y recolección en las que todavía subsistiría una organización social de carácter más o menos igualitario. De este modo, al principio el intercambio no sería costoso, pero a partir de un determinado momento comenzaría a formarse una élite social también en la costa africana, lo que habría obligado a la exportación de objetos manufacturados desde la Península Ibérica, entre los que se contarían las cerámicas campaniformes, las puntas metálicas y las hachas planas—éstas ya en la Edad del Bronce— entregadas como pago compensatorio.

Por desgracia, a partir de rasgos puramente morfológicos resulta prácticamente imposible distinguir el marfil de las diferentes especies de proboscídeos actualmente existentes en África—*loxodonta africana africana* y *loxodonta africana cyclotis*— y Asia—*elephas maximus*— (KRZYSZKOWSKA, 1990: 7) ni el de éstos con respecto al de especies extinguidas en épocas posteriores, como el elefante norteafricano. Sin ayuda de otras técnicas analíticas, por tanto, no es po-

sible fijar con precisión los puntos de origen del marfil empleado en los yacimientos peninsulares del III y II milenio cal BC, siendo éste el motivo esencial de que el debate en torno a las fuentes de suministro de este material hayan permanecido abiertas hasta la fecha.

Afortunadamente, técnicas como la espectroscopía Micro-Raman y la espectroscopía FTIR, desarrolladas en las últimas décadas, han venido a aportar nueva luz acerca de esta espinosa cuestión. De acuerdo con los resultados preliminares del proyecto que, en el marco de los trabajos desarrollados por el grupo INCENTIVS, con sede en el Instituto de Geología de la Universidad de Mainz, viene desarrollando T. X. Schuhmacher y que apenas ahora están siendo divulgados (Schuhmacher, 2007), parte de los productos ebúrneos analizados por nosotros –en concreto, varias porciones recortadas de una rodaja de marfil de Cabezo del Navarro (nº 22, 23 y 28 del catálogo) pertenecen a la especie de elefante africano de estepas –*Loxodonta africana africana*–, lo que indica que ésta probablemente procedía de Libia, Egipto o Sudán.

Bien diferente en este sentido es el caso del marfil de hipopótamo –*hippopotamus amphibius*, del que en torno al 3000 cal BC está constatada la existencia de poblaciones en el valle del Nilo –de cuyo delta no desapareció hasta bien entrado el siglo XVII d. C.– y en los valles del Orontes y el Amuq, en Siria- Palestina. No obstante, la caza del hipopótamo aparece también entre las representaciones rupestres localizadas en el Tassili norteafricano, lo que indicaría que entre 3000 y 2000 cal BC aproximadamente, aún existirían algunas poblaciones habitando humedales dispersos al norte del Sahara (ELTRINGHAM, 1999). En todo caso, la evidencia arqueológica parece indicar que los momentos de mayor consumo del marfil de hipopótamo en el Mediterráneo oriental se sitúan precisamente en el Egipto predinástico e Imperio Antiguo egipcio y en la Creta pre-palacial (KRZYSZKOWSKA, 1990, 20).

También debemos a A. Gilman y R. Harrison (1977: 101) el último inventario publicado hasta la fecha de productos de marfil del III y II milenios cal BC, el cual venía a ampliar y actualizar desde fuentes bibliográficas el que dieran a conocer el matrimonio Leisner (1943: 474) más de tres décadas antes, referido a los hallazgos en las tumbas megalíticas. Con anterioridad a estos trabajos, la mayor parte de los investigadores habían propugnado el aparente decaimiento del consumo de productos ebúrneos durante la Edad del Bronce. Los Leisner afirmaban que el marfil no aparecía en la Península hasta el Cobre Pleno, situando la mayor parte de los objetos –y especialmente las piezas más elaboradas– en la fase Millares I, mientras que en la Cultura de El Argar los elementos de marfil decayeron tanto en cantidad como en calidad, apreciación que fue asumida plenamente por otros autores, como J. de Mata Carriazo (1947: 768). Sin embargo, además de indicar los problemas encontrados en cuanto a la correcta identificación del marfil en los

trabajos consultados –en su opinión se podrían aceptar las identificaciones de determinados autores, como los Leisner y L. Siret, así como las del dolmen de Matarubilla (Valencina de la Concepción, Sevilla) y Cerro de la Virgen de Orce (Granada), dudando en cambio de toda una serie de hallazgos portugueses– A. Gilman y R. Harrison (1977: 91) se mostraron defensores de una cierta decadencia en la producción de artefactos de marfil durante el II milenio cal BC, aunque no tanto por la cantidad de productos consumidos, que estimaban equiparable al de épocas anteriores, cuanto en la calidad y variedad de los mismos.

Dejando aparte los reparos que las últimas investigaciones están poniendo de manifiesto a este respecto (SCHUHMACHER, 2011), lo que resulta evidente a todas luces es que esta hipótesis no resulta de aplicación al área del Levante peninsular, que es la que nos concierne más directamente, pues como ya se ha indicado (PASCUAL BENITO, 1995) la aparición de los primeros productos de marfil en el registro arqueológico no se produce en esta zona antes de mediados del III milenio cal BC, siendo precisamente en el II milenio cal BC cuando asistimos al verdadero apogeo del consumo de marfil en el área centro-meridional valenciana (LÓPEZ PADILLA, 2001).

Por otra parte, los más recientes trabajos publicados (PASCUAL BENITO, 1995; BARCIELA GONZÁLEZ, 2006; LÓPEZ PADILLA y HERNÁNDEZ PÉREZ, 2011), junto con las evidencias reunidas por nosotros en este trabajo, nos permiten tal vez hoy dibujar un escenario un tanto más definido acerca de las redes de distribución del marfil entre los asentamientos del II milenio del área central y meridional del Levante peninsular.

De los datos que el registro permite inferir se desprende la existencia de un consumo bastante generalizado de productos, principalmente botones y brazaletes, cuya presencia detectamos en muchos de los enclaves ocupados en estos momentos. Sin embargo, tal y como ya se ha hecho notar sólo determinados centros –Mola d'Agres, Cabezo del Navarro, Cabezo Redondo– parecen capitalizar los procesos de transformación de las rodajas de marfil en bruto (LÓPEZ PADILLA, 2001: 256), distribuyéndose probablemente desde aquí, en forma de barritas prismáticas, a otros núcleos menores donde serían posteriormente convertidas en productos –como sería el caso de la Muntanyeta de Cabrera–, o incluso es posible que en ellos se produjeran y distribuyesen después los propios productos elaborados –como probablemente ocurrió en la Mola d'Agres y Cabezo del Navarro, en los que encontramos porciones de rodajas recortadas y también desechos junto con productos acabados. Este mismo esquema es el que parece repetirse en la zona de La Mancha, como denotaría la presencia de rodajas de marfil en bruto únicamente en yacimientos como el Cerro de La Encantada (FONSECA FERRANDIS, 1988: 165) o El Acequión (FERNÁNDEZ MIRANDA *et al.*, 1994: 266), y los productos elaborados que aparecen en

cambio distribuidos por un amplio grupo de motillas, morras y cerros del área oriental manchega (MARTÍN MORALES *et al.*, 1993). Sin embargo, sólo de uno de los yacimientos analizados –la Illeta dels Banyets– se ha publicado hasta el momento, con cierto detalle, el contexto arqueológico del que proceden los residuos y desechos de marfil localizados (BELMONTE MAS y López Padilla, 2006). Determinar si el enclave costero de la Illeta dels Banyets estaba en parte dedicado a la preparación de rodajas y preformas de marfil para su posterior distribución al *hinterland* argárico del valle del Segura –y posiblemente también al no argárico del Prebético meridional valenciano– es una hipótesis a corroborar en el futuro.

1.2. La fuerza de trabajo

En el plano de la investigación arqueológica, de todos los elementos involucrados en cualquier proceso de producción es precisamente la fuerza de trabajo el que no resulta directamente observable, sino que su aplicación para la obtención de un producto, con o sin la mediación de herramientas, ha de inferirse a partir de sus huellas materiales, las cuales sí pueden ser observadas: desde la presencia de materia prima desplazada de su entorno ecológico natural hasta los desechos y residuos del proceso productivo y las señales dejadas por los instrumentos empleados tanto en éstos como en los productos finales.

El propio K. Marx (1863 [2000]: 59) nos señalaba cómo, prescindiendo de todo su valor de uso, lo que quedaba de cualquier producto no era más que trabajo. Tiempo de trabajo materializado en él y en los residuos del proceso productivo. Pero este “tiempo”, que cabe conceptualizar como cantidad de energía consumida (RISCH, 2002: 8), no es sólo “trabajo”, sino trabajo destinado a una finalidad, aplicado de una determinada forma e intensidad sobre el objeto conforme a un diseño prefijado en la mente del productor. Es en este punto en el que las huellas que el trabajo ha dejado en los productos y desechos nos remiten a las técnicas aplicadas y, consecuentemente, a la posibilidad de evaluar su efectividad en el marco de la producción social.

1.2.1. Técnicas de producción

Dentro de lo que K. Marx consideraba condiciones subjetivas del proceso productivo se cuentan las aptitudes y los conocimientos que el trabajador posee acerca del propio proceso de trabajo y de los materiales sobre los que aplicará su energía transformadora. Y en la misma medida que los medios de producción empleados, también estos conocimientos son resultado de su acumulación y transmisión a través de las sucesivas generaciones de trabajadores.

En el caso de la producción ósea que aquí nos ocupa, ya vimos cómo el registro arqueológico nos ha permitido inferir una relación muy estrecha entre la

selección de determinadas partes esqueléticas y el diseño y finalización de los diversos tipos de productos, de donde se deduce que esta selección tenía ya muy en cuenta las características y cantidad de maniobras físicas e instrumental necesarios para la consecución del producto deseado. En ese sentido, por tanto, como actividad encaminada a un fin, la fuerza de trabajo actúa incluso antes de poner en acción las herramientas y la musculatura del artesano, al determinar previamente cuál va a ser el propio objeto de trabajo.

Del mismo modo, seccionar, separar o eliminar porciones de materia ósea de una determinada manera está condicionado así mismo por el tipo y grado de eficiencia del instrumental usado para ello, de manera que no sólo puede resultar una misma operación en una calidad mayor o menor del producto obtenido, sino que sobre todo puede influir decisivamente en la inversión de una mayor o menor cantidad de tiempo de trabajo en función de las herramientas utilizadas.

Las “huellas de trabajo” (RISCH, 2002b) constituyen, pues, el único medio de que disponemos para reconstruir los pasos técnicos seguidos en la elaboración de los productos y conocer el tipo de instrumentos de los que ésta se sirvió. Sin embargo, en el caso de la producción ósea es necesario tener muy presente que el objeto de trabajo a menudo procede de los desechos de otros procesos de trabajo anteriores –principalmente de la preparación de alimentos cárnicos– los cuales pueden dejar trazos en las superficies óseas lógicamente no relacionados con la producción de objetos. La correcta identificación del origen de estas huellas de trabajo –en general, relacionadas con el troceado y descarnado de los huesos– constituye un paso previo imprescindible, para el que contamos afortunadamente con algunos estudios de referencia (PÉREZ RIPOLL, 1992). Algo similar ocurre con las astas de cérvidos, en las que es posible también detectar señales debidas al frotamiento de las cornamentas de los ciervos con ramas y troncos de árboles o a las luchas entabladas entre machos durante la época de celo (Fig. V.1.21). En cualquier caso, tales huellas son también en su mayoría perfectamente distinguibles de las producidas por instrumentos de piedra o metal o por el golpeo intencionado (BILLAMBOZ, 1979: 110).

En esencia, las investigaciones relativas a las técnicas de la producción ósea postpaleolítica han sido abordadas prácticamente en su conjunto desde perspectivas teóricas básicamente funcionalistas (LE MOINE, 2007) dejando aparte algunas aportaciones, por lo demás singularmente relevantes, como las de Semenov (1981). Éstas han venido casi siempre acompañadas de experimentaciones que tratan de reproducir, en función de las señales de trabajo dejadas en productos y desechos, los pasos técnicos seguidos en la elaboración de los artefactos óseos (CAMPS- FABRER, 1966; POPLIN, 1974; CAMPS- FABRER y D’ANNA, 1977; MURRAY, 1979, 1982; BILLAMBOZ, 1979; PROVENZANO, 1998; CHOI, 2002).

La mayoría de los trabajos publicados en nuestro país referidos a artefactos y/o a la producción ósea en general, se han hecho eco en mayor o menor medida de estas aportaciones (RUIZ, MARTÍNEZ Y TORRALBA, 1983; RODANÉS VICENTE, 1989; PASCUAL BENITO, 1998), siendo aún muy escasas las experimentaciones realizadas en base a conjuntos de productos óseos peninsulares (MENESES FERNÁNDEZ, 1991, 1992).

En general, una amplia mayoría de autores se han decantado por una separación expresa de tres grandes grupos de “técnicas de trabajo del hueso”, presuntamente vinculadas a tres estadios sucesivos de transformación de la materia prima en producto, y destinados cada uno de ellos, por este orden:

- a la preparación y/o extracción de la preforma del producto

- a la transformación de la preforma en el producto

- a la terminación o acabado, en la que el producto es finalizado y puesto a punto para su consumo.

Sin embargo, con frecuencia se ha terminado admitiendo que una misma técnica ha podido aplicarse tanto a la preparación del soporte óseo como a la obtención de la forma definitiva del producto (CHOI, 2002: 46), y también resulta lógico suponer que en un determinado estadio de elaboración, diversas acciones técnicas se hayan aplicado alternadamente y de forma consecutiva, en función de los requerimientos del trabajo. En ese sentido, la división propuesta sólo se nos antoja útil a un nivel muy general de planteamiento. De hecho, la diversidad en los procedimientos de trabajo no ha dejado de incrementarse, sobre todo cuando los estudios experimentales publicados han partido del análisis de conjuntos arqueológicos bien contextualizados, en los que los propios artefactos y desechos, en su combinación relacional en áreas de actividad, terminan por reflejar casi siempre una significativa variabilidad con respecto a las secuencias de trabajo esperadas (MENESES FERNÁNDEZ, 1991: 31).

Nuestra investigación no se ha detenido en un estudio en profundidad sobre las “huellas de trabajo” de los artefactos óseos registrados. El principal apoyo, por tanto, en la identificación de las técnicas de trabajo reconocidas en ellos lo ha constituido la literatura científica difundida hasta la fecha, referida a las experimentaciones y reconstrucciones etnoarqueológicas de los procesos de producción de artefactos óseos. Sólo en dos ejemplos concretos nuestras observaciones se ven además acompañadas de los datos obtenidos por nuestras propias experimentaciones. Con ello sólo hemos pretendido dar al menos unos pequeños pasos en una línea de investigación que consideramos imprescindible desarrollar en el futuro, y también mejorar nuestra comprensión de los procesos de producción de algunos tipos concretos de artefactos, registrados en los yacimientos analizados, de los que trataremos más adelante.

A continuación vamos a detenernos brevemente en una descripción sucinta de las acciones técnicas que hemos reconocido entre los objetos óseos estudiados,

las cuales relacionamos sin atender a ningún orden en concreto por cuanto que, a nuestro juicio, su aplicación a lo largo del proceso de elaboración de un producto cualquiera debió depender ante todo de las características morfológicas de las que se pretendía dotarlo y de la clase y porción de material óseo del que se hubiera de obtener. Posiblemente acertemos al suponer que para la consecución de tal objetivo el artesano acudió en cada caso a una amplia concatenación de acciones de las que muy probablemente hoy sólo somos capaces de retener un exiguo porcentaje.

Percusión

Constituye una de las maneras más simples y rápidas de trabajar el hueso, pero también es la menos fiable en cuanto al resultado de su aplicación. Consiste en el golpeo de la superficie ósea mediante un instrumento contundente, como por ejemplo un percutor de piedra. Los trazos dejados en los productos por esta técnica, cuando se conservan, suelen ser escamaduras o muescas, a veces bastante amplias. Para controlar un



Figura V.1.21_ Luchadera y candiles de un asta de ciervo con señales de golpes y fracturas de origen natural.



Figura V.1.22_ Punzón del tipo A122a del Tabayá con abertura de la diáfisis mediante fractura por percusión.

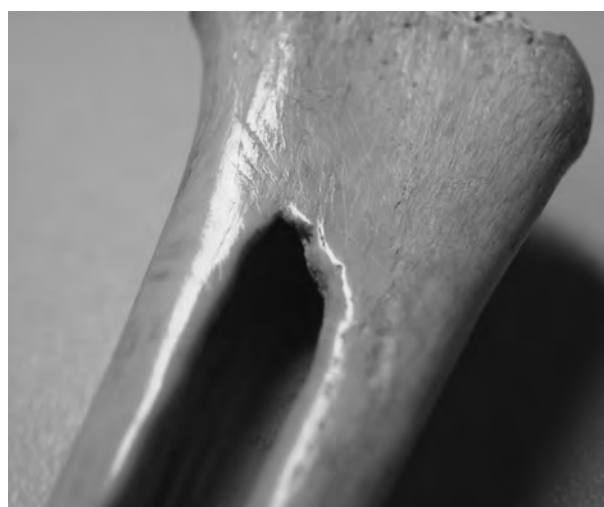


Figura V.1.23_ Detalle de las señales de ranurado en la abertura de la diáfisis tibial en un punzón del tipo A121b.

poco el resultado del impacto, en ocasiones se practicaron incisiones destinadas a orientar convenientemente la fractura.

Las huellas registradas atestiguan el empleo de esta técnica en la elaboración de algunos productos de la Clase A, en especial los punzones del tipo A121a, A122a y A123a, elaborados sobre tibias, metapodios y radios, respectivamente (Fig. V.1.22). En estos casos a menudo se aprecia que la fractura producida en la diáfisis presentó la típica forma en espiral, con frecuencia corregida o eliminada por otros procesos de trabajo posteriores encargados de poner a punto la parte activa del útil.

La percusión, junto con otras acciones como la flexión, también parece haberse empleado como procedimiento complementario para acelerar la separación de porciones de hueso y asta parcialmente aserrados (PASCUAL BENITO, 1998: 25) o recortados mediante incisiones profundas consecutivas –ranurado– (CHOI, 2002: 51) o cortes. Este proceder ha dejado señales, por ejemplo, en algunas puntas de candil y luchaderas de asta de ciervo, percutidas tras practicar sendos cortes oblicuos opuestos para preparar el punto de corte. Es lógico suponer que, además de en éste, la aplicación de la percusión resultó procedente en determinados momentos de la cadena de acciones, en combinación puntual con otras numerosas operaciones técnicas relacionadas con la producción de diversos artefactos.

Sí nos detendremos, no obstante, en un tipo específico de percusión para la que se empleó alguna clase de percutor apuntado o, más probablemente, la interposición entre la superficie ósea y el percutor de alguna clase de útil con punta –percusión indirecta. Fue utilizado sistemáticamente para la abertura del ranurado que se efectúa en las diáfisis de tibias de oviscaprinos en la elaboración de los punzones de los tipos A121b y A121c. Las huellas dejadas por esta técnica sobre es-

tos productos consisten en una serie de irregularidades en los bordes de las paredes de la diáfisis, que siempre o casi siempre fueron más o menos groseramente abatidos por abrasión hasta hacer desaparecer las aristas resultantes (Fig. V.1.23).

Flexión

Es también una técnica de ejecución muy sencilla, que en general no precisa de utensilios para su realización, aunque en ocasiones pudo requerir la ayuda de palancas o cuñas. A menudo ha acompañado como acción complementaria a los aserrados y cortes, de los que luego hablaremos, actuando como acelerador del proceso cuando la cantidad de materia ósea que restaba por seccionar era ya escasa. En estos casos las señales dejadas por la flexión son pequeños resaltes que sobresalen del plano de corte, o lengüetas (Fig. V.1.26).

Pero al parecer, la flexión debió jugar también un papel relevante en determinados momentos del proceso de manufactura de algunos instrumentos. Sería el caso de la elaboración de picos de asta de ciervo del tipo P12, de la que trataremos con más detalle en un capítulo aparte, por cuanto que una vez practicados los entallados que guían la fractura, la separación definitiva de la porción útil del asta parece haberse efectuado sistemáticamente por flexión.

Aserrado

Por definición, sólo debería considerarse como “aserrado” el corte efectuado con una “sierra”. Naturalmente, entre los productos y desechos registrados, hemos encontrado diversas evidencias del empleo de auténticas sierras de metal. Sin embargo, se ha tomado la decisión de incluir también bajo esa denominación otras acciones emprendidas para la obtención de pla-



Figura V.1.24_ Detalle de la flexión de un candil y de la rama de un asta tras aserrado metálico.

nos de corte en los materiales óseos, con independencia del instrumento empleado, a condición de que las huellas permitan reconocer más o menos claramente que éste se utilizó desarrollando un movimiento de vaivén sobre la superficie seccionada.

Bien es cierto que en la bibliografía se ha tendido a hacer una diferenciación expresa entre aserrado y ranurado en función del tipo de utensilio empleado para cortar el material óseo (MURRAY, 1979) o de la orientación que presente el plano de corte con respecto al eje longitudinal de la pieza ósea (PROVENZANO, 1997, PASQUAL BENITO, 1998). Sin embargo, coincidimos con S. Y. Choi (2002: 47) en que resulta muy difícil precisar en la mayoría de las piezas terminadas con qué útil en concreto se llevó a cabo la operación, y que en esencia, en uno y otro caso se trataría de la misma acción técnica, con independencia de si se ejecuta transversal o longitudinalmente.

No obstante, sí cabe a nuestro juicio señalar una diferencia neta en cuanto a la aplicación de la acción en uno y otro caso: mientras que el aserrado propiamente dicho se ejecuta manteniendo el movimiento de

vaivén en el mismo plano de corte durante toda o casi toda la operación, en el ranurado la acción técnica se concreta en una profundización progresiva de un surco, efectuado también con un gesto de vaivén, pero prolongado mediante un movimiento paulatino de la pieza en el plano longitudinal –si el objetivo es el recorte de una pared ósea– o con movimientos rotatorios continuados –cuando el objetivo perseguido es el seccionado transversal.

Entre las piezas documentadas, el aserrado propiamente dicho ha quedado bien registrado en los desechos de producción relacionados con la manufactura de algunos artefactos (Fig. V.1.24). Pero en muchos otros casos las huellas del aserrado han quedado enmascaradas o han desaparecido completamente debido a posteriores procesos de elaboración. En su mayoría estos aserrados presentan planos de corte netos, y de las huellas dejadas por el filo empleado parece deducirse el empleo mayoritario de sierras de metal. En algunos casos el corte parece haberse realizado manteniendo la pieza completamente inmóvil, lo que ha dejado unas huellas que guardan claramente una disposición horizontal (Fig. V.1.24) mientras que en otras el plano de aserrado se planteó de forma oblicua con respecto al eje o fue cambiando en varias posiciones, dejando un patrón de huellas de aspecto radial (Fig. V.1.25).

Por ahora no hemos localizado huellas claras de aserrado con bramante entre el material analizado, las

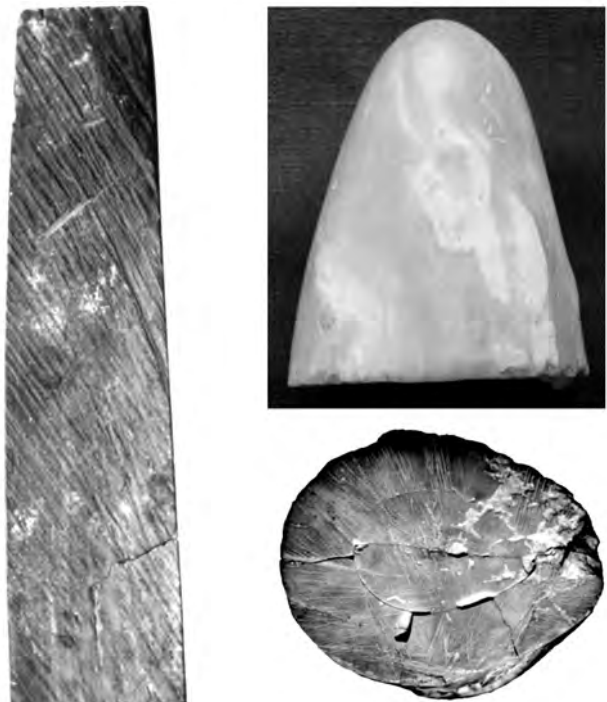


Figura V.1.25_ Señales de aserrado oblicuo con metal en una varilla prismática de la Muntanyeta de Cabrera y de aserrado radial en un colmillo de Tabayá.

cuales se caracterizan por una superficie irregular en el plano de corte, mostrando a menudo en las astas así seccionadas señales de fractura no en los bordes sino en la zona central, junto al tejido esponjoso (BILLAMBOZ, 1977: 101, fig. 9). Su uso está atestiguado en diferentes lugares y épocas, y ha sido empleado para aserrar incluso el marfil de hipopótamo (POPLIN, 1974: 85, fig. 1 y ss.).

Ranurado

Como ya se ha expuesto, hemos considerado como tal la realización de surcos mediante cortes sucesivos y consecutivos con una herramienta lítica o metálica, cuyo objetivo era la división o extracción de porciones delimitadas de superficie ósea, fundamentalmente de diáfisis o astas de cérvido. Su utilización en épocas anteriores al III y II milenio cal BC se ha corroborado en numerosos conjuntos artefactuales de la Península (RODANÉS VICENTE, 1989; MENESES FERNÁNDEZ, 1991; PASCUAL BENITO, 1998), sobre todo orientada a la obtención de soportes para punzones a partir de metapodios –tipos A122b y A122c.

Entre el conjunto que hemos analizado hallamos diversas evidencias de su empleo, por ejemplo en la Cova del Montgó (Fig. V.1.26) para dividir longitudinalmente la diáfisis de metapodios de las que se obtuvieron posteriormente dos punzones similares en morfología y tamaño. Sin embargo, durante el II milenio cal BC este tipo de operaciones se orientó más hacia el procesado de otros tipos de soportes, en especial el ranurado longitudinal sobre diáfisis de paredes gruesas con los que se elaboraron cinceles, cuñas y también alisadores. Las acciones de trabajo posteriores al ranurado a menudo han hecho desaparecer en estos productos las señales dejadas por el instrumental utilizado en su realización.

Durante el II milenio cal BC, el ranurado fue asiduamente empleado en dos tipos de acciones distintas, dentro del área geográfica estudiada:

–por un lado, para la extracción de una amplia porción longitudinal de la pared diafisaria de la tibia en los punzones de los tipos A121b y A121c, operación que, como ya vimos más arriba, se iniciaba comúnmente practicando un agujero de contorno irregular mediante percusiones pequeñas y muy localizadas;

–por otro, para la obtención de recortes de materia ósea a partir de las ramas del asta de cérvidos, bien en forma de placas rectangulares o bien bosquejando, cuando era factible, el contorno aproximado del producto a elaborar.

Diferentes autores se han referido también a esta última operación como “técnica de varillas”, constatada desde época paleolítica para la obtención de preformas para azagayas y arpones, entre otros productos (RODANÉS VICENTE, 1989: 40). En su mayoría, los productos registrados por nosotros en los yacimientos analizados, elaborados a partir de preformas obtenidas

de este modo, han perdido casi todas las señales relacionadas con el proceso debido a posteriores pasos técnicos en el trabajo de manufactura. Sin embargo es evidente que, por ejemplo, una gran parte de los alisadores sobre asta de cérvido fueron producidos así, y seguramente empleando instrumental metálico, de lo que han quedado huellas en algunas piezas (Fig. V.1.27).

Cortado

A nuestro juicio resulta más pertinente reservar el término “cortado” para hacer referencia al seccionado de porciones óseas mediante golpes directos con instrumental afilado, en planos perpendiculares o ligeramente oblicuos con respecto a la pieza ósea –lo que en la bibliografía francesa se ha denominado *entaillage*. Esta operación se realiza casi siempre con instrumental metálico, con cincel, hacha o azuela, y en el conjunto analizado por nosotros se ha detectado fundamentalmente en el trabajo del marfil y las astas. No es necesario insistir en que resulta de especial importancia distinguir en este caso los cortes producidos en el marco de los procesos de producción de aquéllos otros realizados con otras intenciones, como por ejemplo la de trocear porciones de carne.

Especialmente frecuentes son los cortes oblicuos opuestos, con los que se realizaban particiones culminadas casi siempre con una flexión o percusión del ex-



Figura V.1.26_ Punzones sobre metapodios de ovicaprinos de la Cova del Montgó, en los que se aprecia con nitidez el empleo de la técnica del ranurado para dividirlos longitudinalmente.



Figura V.1.27_ Alisador de asta de ciervo de Cabezo Redondo obtenido a partir del recorte mediante ranurado de una varilla y su extracción de la rama principal.



Figura V.1.28_ Cortes realizados con instrumental metálico sobre porciones de candiles de asta de ciervo, hallados en Cabezo Redondo: la pieza de la izquierda procede del Departamento XVIII (nº 137), y la de la derecha, del Departamento XV.

tremo seccionado (Fig. V.1.28). Es probable que otros tipos de soportes óseos, como las costillas empleadas para la fabricación de alisadores laterales, recibiesen también un corte preparatorio antes de proceder a su seccionado definitivo por fractura, aunque de aquél no queden siempre trazas visibles.

Abrasión

El empleo de material abrasivo para eliminar sustancia ósea constituye uno de los métodos más comunes de trabajo del hueso y asta, y habitualmente se le ha considerado una técnica involucrada en los pasos finales del proceso de trabajo, destinada a dotar al producto de su forma definitiva. Ciertamente, las señales de abrasión son las que resultan reconocibles en mayor número sobre la superficie de los productos, con frecuencia ocultando y haciendo desaparecer las señales dejadas por pasos de elaboración anteriores.

Su aplicación consistió en el frotamiento continuado de la pieza sobre una superficie abrasiva, normalmente con un movimiento de vaivén. Las huellas dejadas por esta acción consisten en una serie de líneas longitudinales orientadas en el sentido en el que se realizó el frotamiento, y pueden reconocerse en todo tipo de superficies óseas, tanto hueso como marfil o asta (Fig. V.1.33).

Sin embargo, la abrasión no se lleva a cabo sólo sobre porciones óseas ya preformadas o en los pasos finales del proceso de trabajo, sino que entre el material analizado hemos hallado huellas de abrasión pertenecientes también a acciones preparatorias del soporte óseo, como la que se practica en algunos punzones del tipo A121b, seguramente con la intención de



Figura V.1.29_ Señales de abrasión sobre la base de un botón de la Illeta dels Banyets.



Figura V.1.30_ Señales de abrasión de las apófisis de la epifisis proximal de la tibia (nº 1324) y en la pared diafisaria (nº 1328) de dos punzones del tipo A121b del Tabayá. En el segundo puede apreciarse con nitidez cómo la abrasión se produce con anterioridad al ranurado de la pared diafisaria.

adelgazar la pared diafisaria de la tibia antes de iniciar el ranurado (Fig. V.1.34). Pero a pesar de que resulta el lugar en que menos huellas se han conservado, donde se muestran mayores evidencias de su empleo en la manufactura de este tipo de punzones es en las epifisis de las tibias, en las que se suele llevar a cabo un redondeado de las formas mediante el abatimiento de las apófisis naturales, sin duda para facilitar la sujeción del utensilio mientras se hacía uso del mismo (Fig. V.1.34). En cualquier caso, resulta evidente que la mayoría de las partes activas de puntas y punzones y casi todas las preparaciones de las superficies de los artefactos se obtuvieron mediante el frotamiento con materiales abrasivos, por lo que en general cabe admitir que esta acción se destinó principalmente a la fase de terminación de los productos.

Por último, la realización de cortes o pequeñas ranuras o escotaduras perpendiculares al eje longitudinal de la pieza, en uno o en los dos bordes laterales opues-

tos de la misma, ha sido descrita como una acción preparatoria para el afilado de productos apuntados mediante abrasión (MENESES, 1991: 33). De este modo se perseguía reducir la superficie a eliminar y, consecuentemente, el tiempo invertido en el proceso. Cuando la abrasión no llegaba a afectar a toda la superficie preparada con entallados, éstos quedaban suavizados por el pulimento aplicado posteriormente, dejando visibles una serie de irregularidades en la superficie del extremo distal del instrumento, a modo de pequeñas ondulaciones (Fig. V.1.35).

La técnica está atestiguada en conjuntos del IV y III milenio cal BC del área de Levante (PASCUAL BENITO, 1998), y en nuestro catálogo pueden apreciarse diversos ejemplos registrados entre los materiales de la Ereta del Pedregal, pero también aparece esporádicamente empleada en la elaboración de algunos productos que indudablemente pertenecen a momentos del II milenio cal BC, como diversas piezas de Castillarejo de los Moros (nº 365) y Mola Alta de Serelles (nº 1035), similares a las que el propio L. Siret registrara en algunos productos apuntados del yacimiento de El Argar (SIRET Y SIRET, 1890, lám. 25. 75).

Raspado

Se trata de una técnica descrita por M. D. Meneses (1991: 32), constatada en algunos conjuntos de productos óseos del IV y III milenio BC. Consiste en la eliminación de porciones de materia ósea mediante presión con un instrumento de filo cortante en posición oblicua con respecto al eje longitudinal de la pieza. En las experimentaciones llevadas a cabo, realizadas con utensilios líticos tales como láminas de sílex, el raspado deja huellas perceptibles en forma de señales longitudinales, aunque la evidencia más clara de su utilización en el apuntamiento de punzones y otros productos semejantes es la forma especialmente aguzada de la parte activa, característica que resulta apreciable en algunos de los punzones que hemos analizado. Su empleo parece haber sido bastante común en el Cerro de El Cuchillo, en donde varios de los punzones registrados muestran esta particular conformación de la zona apuntada (nº 471, 516 y 532).

Perforación

El uso del taladro para la perforación de cuentas, colgantes y placas, entre otros artefactos, está constatado desde mucho antes del III milenio cal BC, y durante el II milenio cal BC su empleo se generalizó en la producción de utensilios como las fusayolas o los separadores de fibras, entre otros, y también se aplicó con profusión en la obtención de sistemas para la suspensión y sujeción de utensilios.

En la mayoría de los trabajos publicados (RUIZ, MARTÍNEZ Y TORRALBA, 1983; RODANÉS VICENTE, 1989; PASCUAL BENITO, 1998), la perforación se ha consi-



Figura V.1.31_ Detalle de la punta de un punzón de la Cova del Mostaxot, en Tárben, en la que se aprecian con claridad los surcos sobre la pared diafisaria.

derado algo así como una técnica de “finalización”, orientada a dotar a un determinado producto de la parte –o al menos una de las partes- esenciales para el desempeño de su función.

Sin embargo, al menos en un caso tenemos constancia del empleo del taladro en el recortado de preformas sobre placas de asta de ciervo. Así lo atestiguan las señales dejadas por éste en algunas de las puntas de flecha que se encontraban en proceso de elaboración en una vivienda de Cabezo Redondo. El método consistió, al parecer, en la realización de una serie continua de perforaciones con un taladro de muy poco diámetro, siguiendo el contorno prefijado de la pieza, de manera que sirviesen de guía para separar después las porciones desechables mediante una fractura controlada de las mismas.

Resulta una técnica de recorte también documentada en las *terramara* italianas, tal y como ha puesto de relieve N. Provenzano (2001: 98), aunque destinada allí a la elaboración de los pequeños peines profusamente decorados típicos de estos asentamientos y manufacturados también a partir de placas recortadas de asta de ciervo.

1.2.2. Los medios de producción. Instrumentos y áreas de actividad productiva

Como hemos visto, en función del tipo de artefacto que se pretendía elaborar no sólo se seleccionaba un tipo determinado de materia prima y se lo sometía a un proceso transformador mediante la aplicación pautada

de energía humana, sino que para que las acciones emprendidas en este sentido surtieran el efecto previsto requerían en casi todos los casos de una serie más o menos amplia de instrumentos con los que llevarlas a cabo.

Las diversas herramientas involucradas en la producción ósea, por consiguiente, suponen los instrumentos de trabajo, sin embargo, no constituyen el conjunto total de los medios de producción, pues también hemos de incluir entre éstos los espacios en los que se desarrollaron los procesos de trabajo, ya fueran ámbitos especializados o no (BATE PETERSEN, 1998). La identificación de esos espacios en el registro, sin embargo, depende en nuestro caso más del reconocimiento de asociaciones de elementos del proceso productivo –concentración de residuos y/o desechos, de porciones de materia prima lista para ser transformada y/o de utensilios relacionados con el trabajo– que de los espacios en sí. A diferencia de otras actividades como las metalúrgicas, que requieren de una mínima infraestructura para su realización, todo parece indicar que, la mayor parte de la producción ósea del III y II milenio cal BC no precisó en ningún momento de un ámbito especializado para llevarse a cabo, sino que muy al contrario a menudo se realizarían diversas actividades en un mismo lugar, incluso simultáneamente, como sucede con otras muchas tareas desarrolladas en el ámbito doméstico.

1.2.2.1. Artefactos relacionados con la producción ósea

Del análisis de las acciones técnicas llevadas a cabo en la elaboración de los productos óseos inferimos, por tanto, el empleo de una serie de utensilios seleccionados por su facultad para incrementar y acelerar la capacidad transformadora de la energía humana aplicada sobre la materia ósea, los cuales también resultan reconocibles en el propio registro arqueológico. De hecho, ya se ha hecho hincapié en que conforman el *único* elemento del proceso productivo que tiene una expresión directa en aquél (RISCH, 2002: 19). Sin embargo, resulta evidente que no todas las herramientas utilizadas en los diversos procesos de trabajo reconocidos dejaron testimonio arqueológico: no han quedado, por ejemplo, restos de las tiras de cuero utilizadas para algunos pulimentados, o de las cuerdas empleadas para asir y rotar los taladros. En general, por tanto, de lo que se dispone es básicamente de partes de instrumentos no elaboradas sobre materias orgánicas, entre las que fundamentalmente encontramos las partes activas, y muy ocasionalmente los mangos a los que en su mayoría iban sujetas.

A ello cabría añadir una parte del instrumental de la que no sabemos prácticamente nada, pero cuya importancia en determinados momentos del proceso de manufactura resulta palmaria. Nos referimos a los soportes o pies de apoyo empleados eventualmente para

fijar las piezas mientras son trabajadas, o las mordazas con las que en ciertos momentos habría que sujetarlas para desempeñar correctamente ciertas operaciones. Con toda certeza, una parte de estos utensilios no debe haber desaparecido del registro. Lo que ocurre es que sólo en contadas ocasiones se ha sido capaz de reconocerlos como tales.

De todos modos, por ahora resultan muy excepcionales los casos en los que los instrumentos de trabajo han sido registrados en los propios contextos de actividad, en compañía de otras evidencias del proceso productivo. En lo referente a la producción ósea casi toda la información ha de inferirse fundamentalmente de las huellas dejadas en los productos y sobre todo en los desechos, a partir de los cuales ha sido posible conocer, por ejemplo, el empleo de sierras metálicas en Cabezo Redondo en donde, sin embargo, no se ha encontrado ninguna todavía.

Este hecho determina, por otra parte, la cantidad y calidad de la información registrada relativa a los instrumentos de trabajo y a cómo fueron utilizados, según se trate de productos elaborados sobre hueso, sobre asta o sobre marfil. La distinta naturaleza de los procedimientos de trabajo aplicados a cada uno de estos tres tipos de materia prima, condicionados por sus distintas características químicas y físicas, hacen que la representación de desechos de producción en el registro sea muy superior en el caso del asta y del marfil, mientras que los –en su mayoría– pequeños esquirlados generados por percusión o ranurado del hueso, o no son registrados o resultan difícilmente distinguibles del resto de desechos procedentes del consumo cárnico.

Ello comporta una muy superior representación de señales de trabajo en la manufactura de productos de asta y marfil, y por consiguiente una mayor información relativa a los instrumentos empleados ellas, pues además de contar con un volumen superior de residuos identificados, éstos no fueron objeto de transformaciones posteriores que eliminaran o distorsionaran las huellas dejadas por aquéllos. En el caso del hueso, por el contrario, la notable ausencia de residuos hace que las únicas huellas de elaboración apreciables sean las que han permanecido en el propio producto final, aquéllas respetadas por los últimos estadios de elaboración y por las señales de uso, antes de quedar los objetos incluidos en el depósito arqueológico.

Entre los utensilios de los que se han reconocido señales en los productos y/o en los residuos y desechos de materia ósea se encuentran diversas herramientas, tales como percutores, piedras y placas abrasivas de piedra, denticulados y lascas de sílex y, por último, sierras, punzones, cinceles y escoplos metálicos.

Los percutores empleados en la percusión indirecta parecen haberse elaborado principalmente en cuarcitas, aunque en los yacimientos se registran percutores de diversos tipos (JOVER MAESTRE, 1998). En las excavaciones realizadas en Cabezo Redondo por J. M.



Figura V.1.32_ Bloque de arenisca empleada para la abrasión de superficies, localizada entre los escombros del Departamento XXVI de Cabezo Redondo.

Soler (1987) se documentó un nutrido conjunto de los que sólo una pequeña parte pudieron haber estado relacionados con procesos de trabajo de materias óseas. Un buen ejemplo son los percutores de cuarcita hallados en el Departamento XVIII, en un contexto que permitiría vincularlos con la elaboración de objetos de asta –aunque también con la de otras clases de productos, también registrados en el mismo espacio (SOLER GARCÍA, 1987: 88- 94). Entre otras, su función principal en los procesos de trabajo del hueso sería la de percudir sobre la parte proximal de cinceles y escoplos, enmangados o no, o directamente sobre las diáfisis para abrirlas longitudinalmente o en bisel.

Menos equívoca resulta la relación de las placas de arenisca, de diversos tamaños y morfologías, que se vinculan con la abrasión de las superficies óseas. Entre ellas encontramos algunos productos específicamente diseñados para esta función, como los llamados pulidores de ranura central (RISCH, 2002: 92- 96). De entre los yacimientos analizados, Cabezo Redondo cuenta también con los ejemplos más numerosos y mejor conservados, destacando algunas placas en las que se aprecia claramente el surco dejado por el frotamiento continuo contra su superficie (Fig. V.1.32).

Diversas reconstrucciones experimentales han permitido comprobar el empleo de cinceles de hueso en el trabajo de la madera (CHOI, 2002) pero también su efectividad en el desbastado y seccionado de astas de cérvido (SCHIBLER, 2001). Las características de las señales dejadas por este tipo de instrumentos en los procedimientos de seccionado de astas, no obstante, difieren notablemente de las que se aprecian en la mayor parte de las piezas que hemos registrado, efectuados con cinceles metálicos. Uno de los pocos ejemplos podría ser un gran fragmento de asta de Fuente de Isso (n° 823) que presenta parte de la rama principal afectada por un amplio surco rebajado, de algo más de 1 cm de anchura, realizado con intención de seccionarla.

Es posible que para ello se empleara algún cincel elaborado sobre porciones longitudinales de diáfisis de grosor apreciable, similar a los registrados en el propio yacimiento. Sin embargo, durante el II milenio cal BC los cinceles de hueso debieron emplearse sobre todo para el trabajo de materiales más blandos, ante todo diferentes clases de maderas.

El instrumental metálico es el que nos ha permitido reconocer un mayor número de evidencias de uso, principalmente, como ya hemos referido, sobre porciones preformadas y desechos de marfil y asta de ciervo.

El empleo del hacha parece haberse destinado fundamentalmente a los primeros estadios de transformación de los soportes óseos, siendo particularmente numerosas las huellas dejadas por filos de hacha de metal en las astas de cérvidos mientras que por el momento no se ha registrado su uso –al menos con propósitos claramente relacionados con la manufactura de productos óseos–, ni en huesos ni en porciones de marfil. Particularmente interesantes son algunos de los cortes observables en luchaderas documentadas en espacios domésticos de Cabezo Redondo, aunque sin duda el

ejemplo más ilustrativo procedente de este yacimiento lo constituye una porción de cráneo de ciervo joven que, además de constituir uno de los pocos ejemplos de procesos de trabajo sobre astas de ciervos sacrificados, presenta una importante sucesión de cortes realizados con hacha de metal que posiblemente pretendían cercenar la luchadera basal del asta del pedículo que la mantenía unida al cráneo (Fig. V.1.33). Operación que finalmente no terminó llevándose a cabo, como evidencia su aparición en un estrato de nivelación de terrenos en compañía de abundante desechos reutilizados como material constructivo.

Las sierras fueron empleadas profusamente en diversas acciones técnicas, a pesar de que las piezas conocidas en el registro de los yacimientos de los que aquí nos ocupamos resultan ciertamente escasas, reduciéndose por el momento a 6 ejemplares (SIMÓN GARCÍA, 1998: 288). Los tres localizados en yacimientos argáricos –San Antón, Laderas del Castillo e Illeta dels Banyets– presentan unos grosores en la hoja de alrededor de 0,3 cm, un poco superior a los cortes y huellas identificadas sobre los desechos de marfil de Cabezo del Navarro (Fig. V.1.35), los cuales son sin



Figura V.1.33_ Fragmento de cráneo de ciervo con abundantes señales de cortes realizados con hacha de metal, procedente de Cabezo Redondo.

embargo resultado del empleo de hojas de sierra un tanto más gruesas que las registradas en Mas de Mente, Coroneta del Rei y Cap Prim, de apenas 0,1 cm de espesor.

Los trabajos experimentales realizados en fechas relativamente recientes (LIESAU, 2002) permiten inferir un alto grado de efectividad de las sierras de cobres arsenicados en el aserrado de hueso y de asta de ciervo, siendo suficientes 7 minutos de media para efectuar un aserrado transversal completo de una rama principal de asta y de la diáfisis de un fémur de vacuno.

Las señales dejadas en algunos desechos nos permiten conocer ciertos aspectos del trabajo efectuado con ellas, así como la dirección seguida en algunos planos de corte. Especialmente claras son las que se aprecian en varias porciones de rodajas de marfil, muy posiblemente utilizadas para la elaboración de brazaletes, halladas en Cabeço del Navarro (nº 21, 22 y 23). En una de ellas (nº 21) se advierten hasta tres direcciones distintas y consecutivas en el mismo plano de corte, evidenciando su utilización tanto en sentido transversal como oblicuo (Fig. V.1.34).

Parece significativa la relación existente entre el uso de sierras metálicas y los procedimientos de elaboración de las preformas –bien sean rodajas, secciones cilíndricas o barras– a partir de las cuales se obtenían los diversos productos ebúrneos consumidos. Quizá exceptuando las barras prismáticas, en el resto de casos el proceso de manufactura se seguía habitualmente con cinceles de metal, de distinto grosor y anchura de filo. El conjunto de esquirlas y restos de talla registrados en varios pavimentos excavados en la Illeta dels Banyets nos proporciona un buen conjunto de evidencias de este tipo. Entre los desechos analizados encontramos varias porciones externas de rodajas de marfil, de aproximadamente 1 ó 2 cm de espesor, en los que se puede apreciar nítidamente el empleo de cinceles cuyos planos de corte han quedado marcados en ellos (Fig. V.1.36).

Las huellas de trabajo con cinceles, escoplos y punzones se distinguen con mayor dificultad en los productos finales, dado que en general el proceso de manufactura se finalizaba casi siempre con trabajos de abrasión y pulimento, en ocasiones muy intensos, que las han atenuado o incluso las han hecho prácticamente desaparecer. Contamos, sin embargo, con un buen ejemplo en nuestro catálogo que es precisamente un objeto inacabado, hallado en Cabezo Redondo (nº 347), cuyo tercio inferior se encontraba en pleno proceso de elaboración. En las facetas es claramente apreciable el ritmo al que el cincel iba rebanando el material sobrante, y en la parte distal de la pieza las marcas dejadas por el filo del cincel o escoplo nos permiten conocer exactamente su amplitud, la cual entra perfectamente entre los parámetros detectados en los cinceles metálicos del yacimiento y del área de estudio, situados aproximadamente entre los 0,9 y 0,3 cm (SIMÓN GARCÍA, 1998: 284) (Fig. V.1.37).

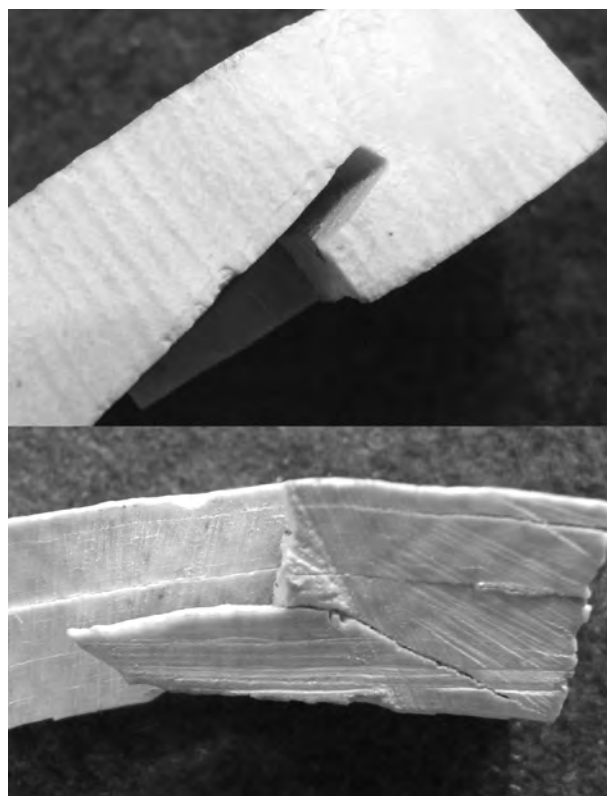


Figura V.1.34_Planos de corte superpuestos, realizados con sierra de metal, sobre una porción de rodaja de marfil del Cabeço del Navarro (nº 21).

La labor de desbastado de la pieza con cincel, del tipo que se evidencia en este objeto, constituye un buen ejemplo de la necesidad, ya antes apuntada, de inmovilizarla firmemente para poder trabajar con comodidad, lo que presupone el uso de mordazas o apoyos que sólo en contadas ocasiones pudieron haberse sustituido por el empleo de los propios pies del artesano.

Son relativamente numerosos los artefactos que presentan perforaciones, en su mayoría relacionadas expresamente con el desempeño de las actividades para las que estaban diseñados. En algunos casos, sin embargo, se puede inferir que éstas no presentaban un carácter necesario, pues estaban destinadas básicamente a optimizar su manipulación facilitando la suspensión de la pieza por medio de un cordel o mejorando el sistema de sujeción al correspondiente mango.

En uno u otro caso, el tipo de perforación realizada y sus dimensiones se adecuaron al propósito perseguido, y consecuentemente, también al instrumento seleccionado para realizarla. Así, los agujeros de trayectoria convergente empleados para facilitar el cosido de los botones y apliques de marfil se realizaron mayoritariamente con finos punzones, probablemente de sección cuadrangular, que no debieron superar los 0,3 cm de grosor, dimensiones que encajan bastante bien con la media registrada por J. L. Simón (1998: 278- 283) para los punzones metálicos tanto del área de Levante

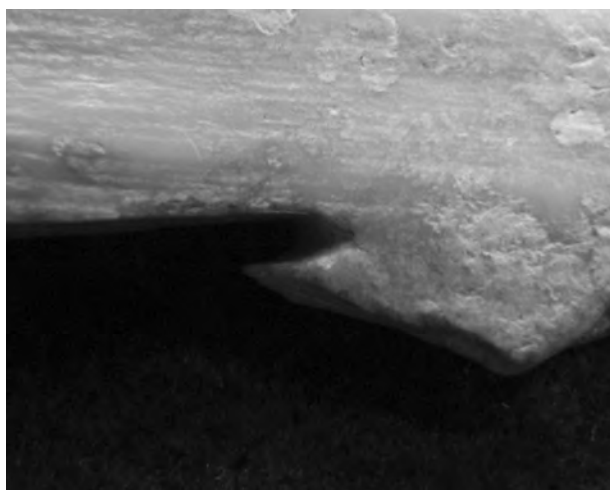


Figura V.1.35_Surco de aserrado con sierra metálica de un fragmento de marfil de Cabeço del Navarro (nº 21) en el que puede apreciarse claramente el grosor y forma de la hoja empleada.



Figura V.1.36_ Señales de cortes realizados con cincel metálico sobre una porción de rodaja de marfil de la Illeta dels Banyets.

como de los yacimientos argáricos del Bajo Segura. Del mismo modo, las dimensiones de las perforaciones de las fusayolas o implementos para taladros del tipo Y211 oscilan entre los 1 y 0,5 cm de diámetro, lo que concuerda tanto con los espesores registrados para algunos punzones como para buena parte de los cincel y escoplos (SIMÓN GARCÍA, 1998: 286).

Resulta de particular interés la técnica empleada para la perforación de los botones de marfil constatada en algunos de los ejemplares registrados en nuestro catálogo. El estado fragmentario en que se encuentran algunos de ellos ha permitido observar con claridad cómo la perforación doble convergente, en sentido oblicuo, característica de estos productos y que supuestamente permitía su cosido mediante un orificio continuo en forma de “V”, se realizó con posterioridad a una perforación previa, en sentido perpendicular, que funcionó como punto de apoyo para ésta. La inspección de los ejemplares catalogados por nosotros revela que dentro de los parámetros de acabado normales de estas piezas, las huellas de esta perforación previa desaparecen tras la segunda perforación. Sin embargo en ciertos ejemplares las huellas del proceso resultan todavía reconocibles (Fig. V.1.39)

1.2.2.2. Áreas de actividad relacionadas con la producción ósea

Son diversas las evidencias que nos permiten inferir en un determinado asentamiento la existencia de áreas de actividad relacionadas con la producción ósea. Aunque en principio cabría esperar la documentación en ellas de todos o de varios de los elementos materiales vinculados con el proceso de producción -materia prima en bruto, matrices, preformas, residuos, desechos y/o instrumentos de trabajo- lo cierto es que en los yacimientos hasta ahora excavados y

publicados apenas hay constancia de contextos en los que concurren todos ellos. Más bien de lo que disponemos mayoritariamente es de un reducido número de casos en los que se localizaron los residuos y/o los desechos de producción, o incluso sólo algunas porciones de materia prima almacenadas para su posterior elaboración. Sólo en muy contadas ocasiones otros indicios nos posibilitan plantear con ciertas reservas la realización efectiva de estos procesos de trabajo sobre materias óseas en espacios físicos concretos.

Como ya se ha indicado, en el registro arqueológico la expresión mínima de la existencia de procesos de transformación de la naturaleza por parte del hombre es el hallazgo de porciones de ésta desplazadas de su entorno ecológico. Su presencia, cualquiera que sea el contexto en el que comparece, presupone ya un trabajo previo que la desplazó hasta allí con algún propósito. Sin embargo, será su relación con el resto de los elementos del registro arqueológico que la acompañan lo que nos permitirá inferir si en el momento en que pasó a formar parte del estrato se hallaba involucrada en algún proceso de trabajo o no.

Ya indicamos que, con la metodología arqueológica disponible en la actualidad, resulta mucho más difícil identificar los residuos del trabajo del hueso que los del asta o el marfil, por cuanto que las esquirlas resultantes de fracturas intencionadas del hueso, con propósitos relacionados con la producción, no son fácilmente distinguibles de aquéllas procedentes de las actividades de consumo cárnico, y no es posible recuperar los fragmentos microscópicos extraídos del soporte óseo mediante la abrasión y/o raspado que, con diferencia, constituyen dos de las técnicas más ampliamente empleadas en el trabajo del hueso. A diferencia de éste, el trabajo del asta deja abundantes residuos reconocibles, al igual que el trabajo del marfil, a lo que

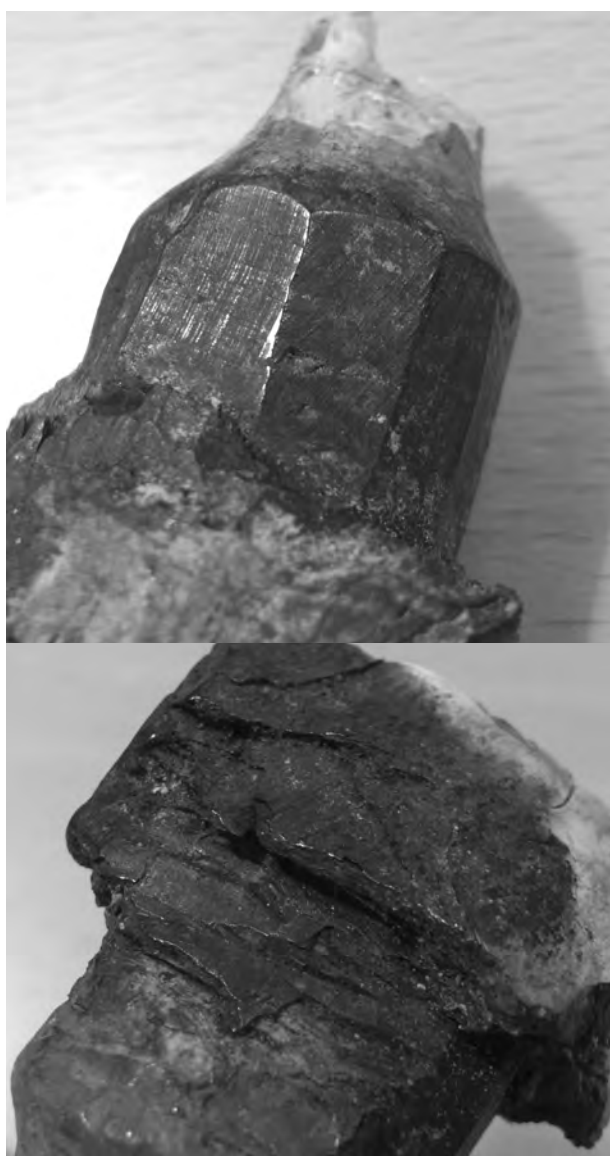


Figura V.1.37_ Señales dejadas por el trabajo del cincel sobre un pomo de marfil (n° 347) en proceso de elaboración, hallado en Cabezo Redondo.

podemos sumar su nulo valor nutricional para hombres y animales, lo que en su caso permite descartar la alimentación como causa de su deposición en un contexto doméstico cualquiera.

En este sentido, la existencia de astas de cérvido sin señales de trabajo ni huellas de uso en el interior de ciertas habitaciones no necesariamente vincula a los ámbitos en los que fueron hallados con la elaboración de artefactos óseos. Sin embargo, sí es probable que su presencia responda a la necesidad de almacenar materia prima para su posterior elaboración, en ése o en otros ámbitos diferentes del asentamiento, pues como ya hemos visto el procedimiento habitual para provisionarse de astas era recolectarlas durante la época de desmogue, la cual se concentra en unos determinados meses del año, obligando a su almacenamiento hasta hacer uso de él.



Figura V.1.38_ Perforaciones realizadas con taladros de distintos tamaños. Para las del botón de la imagen superior se empleó un taladro de menos de 0,2 cm, mientras que en los dos orificios del peine de marfil de la imagen inferior debió utilizarse un taladro de al menos 0,4 cm.

Hemos registrado algunos ejemplos de astas de cérvido localizadas en el interior de ámbitos domésticos. Es el caso de varias habitaciones del Cerro de Los Cuchillos, en Almansa, y también se han hallado varias de Terlinques. En la Unidad Habitacional 1, de este yacimiento, correspondiente a la Fase I de ocupación, se localiza un asta de ciervo cercana a un banco asociado a un área de almacenamiento de alimentos y objetos, junto a un grupo de palos de taray afilados con un instrumento cortante, tal vez con una hoja metálica (MACHADO, JOVER y LÓPEZ, 2004: 366). Sin embargo, las astas no presentaban signos de elaboración alguno, y puesto que no se ha conservado la parte basal, no es posible precisar si fueron recogidas durante la época de desmogue o pertenecían a un ejemplar abatido. En circunstancias similares se encuentra otra asta fragmentada localizada en el interior de la Unidad Habitacional 2, correspondiente también a la fase inicial de ocupación del asentamiento. En la Unidad Habitacional 11, perteneciente en cambio a los momentos más recientes de ocupación del poblado, encontramos un asta prácticamente completa –aunque en deplorable estado de conservación– depositada en un área dedicada al almacenamiento en compañía de dos grandes contenedores cerámicos.

De lo documentado en el registro arqueológico también se infiere que el marfil fue almacenado en los asentamientos en determinadas dependencias aunque, según parece, para que conserve las mejores condiciones para ser trabajado necesita estar “fresco”, por lo que no resulta conveniente conservar las porciones aserradas de un colmillo durante demasiado tiempo. La pérdida de sustancias grasas que ello puede ocasionar determina una peor calidad del producto y sobre todo un mayor riesgo de rotura mientras es tallado (CUTLER, 1985). Sin embargo, por ahora no hay modo de saber si las porciones de colmillos, rodajas o barritas de marfil detectadas en los yacimientos llevaban o no mucho tiempo esperando ser transformadas en productos. En cualquier caso, es notable la inexistencia de colmillos enteros –exceptuando los de jabalí– en el registro arqueológico peninsular del II milenio cal BC, lo que invita a pensar, por el momento, que lo que circuló entre la mayor parte de los asentamientos fueron sobre todo preformas, y no porciones de colmillos más o menos enteros.

La localización de las preformas enteras –asociadas o no a otros indicios referentes a la existencia de procesos de trabajo del marfil– se ha documentado en nuestro ámbito de estudio en forma de barritas prismáticas –como en Muntanyeta de Cabrera– o más frecuentemente como rodajas –como en Cabezo Redondo, Cabezo del Navarro o Mola d’Agres– o porciones distales de colmillo –como en Tabayà. Si bien en la mayoría de los casos los contextos en los que aparecieron se hallan relativamente mal definidos –o no definidos en absoluto– de los mejor documentados resalta un aspecto tal vez relevante, como es la reiterada asociación que parecen mostrar algunas áreas de almacenaje de marfil con la realización de actividades metalúrgicas o de almacenamiento de materiales metálicos. Ello resulta por ejemplo muy claro en los casos de Cabezo Redondo, de El Argar o de El Oficio, por mencionar algunos casos sobresalientes. En el primero, tanto la rodaja como una pieza en proceso de elaboración se hallaron en el suelo de una habitación –el Departamento XXIII– en donde se hallaron también un crisol y varios moldes de fundición, así como una tachuela de oro. Por su parte, en una de las habitaciones de El Argar excavadas por los hermanos Siret (1890, lám. 25.57- 58) se localizaron varios fragmentos de rodajas de marfil, y sobre el suelo de otra de las viviendas excavadas, junto con un anillo de plata y una tira del mismo metal se encontraron varios botones de marfil y una plancha metálica con trozos de marfil adheridos (SIRET Y SIRET, 1890, lám. 26. 59). Por último, el pomo o contera de marfil hallado en la casa “x” de El Oficio se encontraba, junto con una afiladera de piedra, en el interior de una vasija en compañía de otros recipientes en los que también se almacenaban otros productos, como un pequeño vaso carenado en el que se conservaba un punzón metálico y un fragmento de tejido, ambos carbonizados (SIRET Y

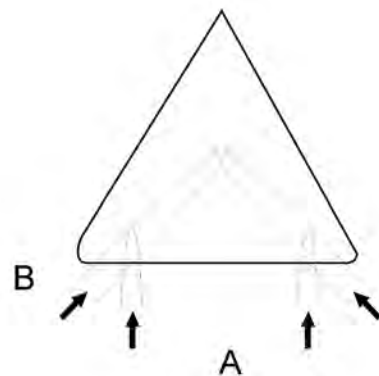
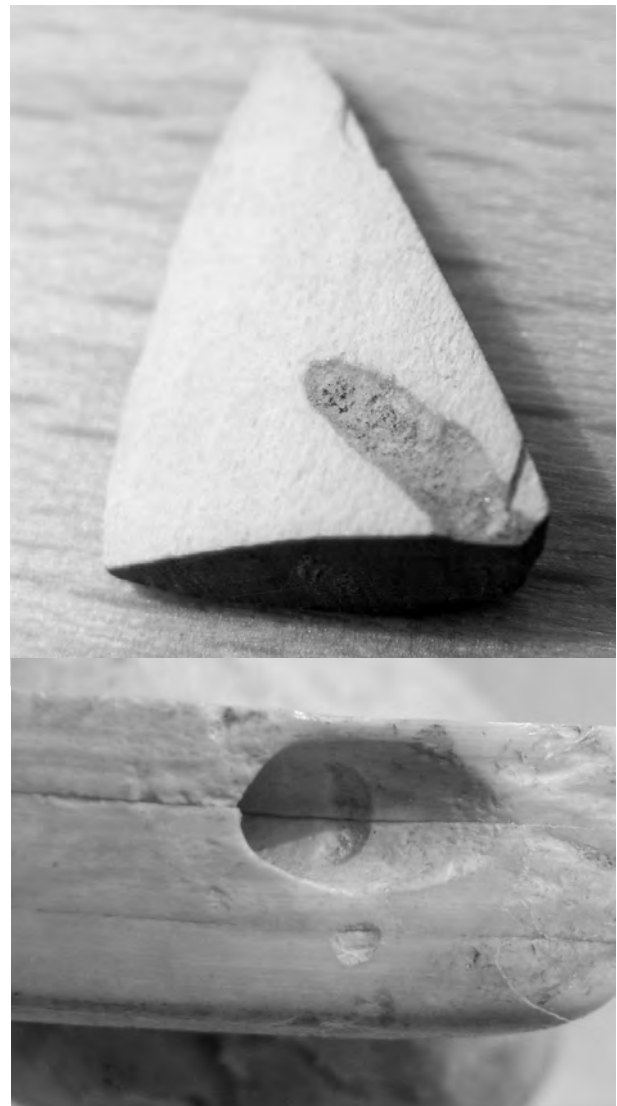


Figura V.1.39_ Arriba, a la izquierda, se muestra un fragmento de botón de la Illeta dels Banyets en el que se aprecian nítidamente los dos surcos dejados por las dos perforaciones practicadas. En el ejemplar de la derecha, del Cabezo del Navarro, se aprecia la huella parcial de la primera perforación sobre el surco de la segunda. El programa de perforación seguido en ambos casos sería el representado por la figura de más abajo, con dos primeras perforaciones en sentido perpendicular (A) y posteriormente, otras dos en sentido oblicuo (B).

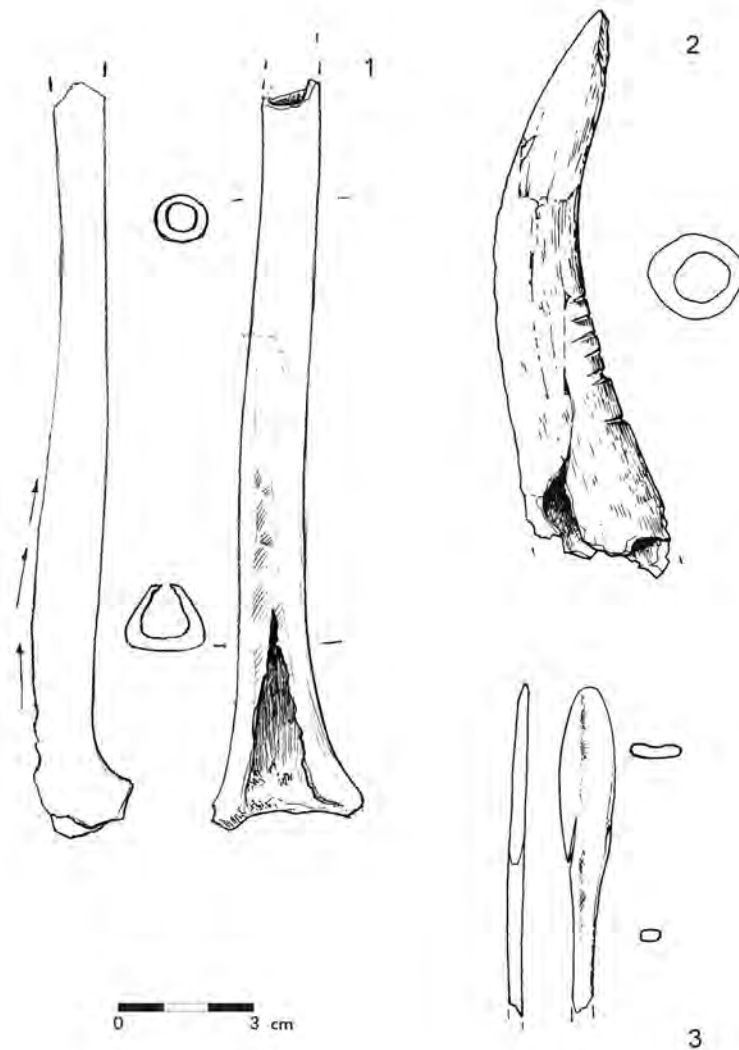


Figura V.1.40_ Diversos productos óseos en proceso de manufactura, desechados antes de concluir su manufactura. 1. Punzón del tipo A121c de Terlinques; 2. Pico sobre asta de cérvido del tipo P223 de Mas del Corral; 3. Punta de flecha del tipo F122 del Cerro de El Cuchillo.

SIRET, 1890: 243). De la singularidad de esta vivienda de El Oficio nos habla también la presencia en ella de una gran cantidad de pesas de telar y de un cuchillo con espiga y remaches que constituía la pieza de metal de mayor tamaño hallada fuera de las sepulturas (SIRET Y SIRET, 1890: 235). Cabría preguntarse si esto mismo acontece también en otros casos referenciados, de los que todavía no se ha difundido información más completa, como El Acequión, Cerro de la Encantada o Mola d' Agres.

En el caso de algunos otros yacimientos de los que poseemos cierto nivel de información contextual, como Castillarejo de los Moros (FLETCHER VALLS Y ALCÁCER GRAU, 1958), sorprende la localización de una gran cantidad de productos acabados, elaborados tanto en hueso como, sobre todo, en asta de ciervo, cercanos a estructuras relacionadas claramente con actividades de procesado de alimentos y/o consumo, como ocurre

en el departamento 2 de este yacimiento. Sin embargo, la presencia de un número tan elevado de objetos no determina por sí sola la existencia de un área de producción. Tan sólo nos permite inferir que en el momento de la destrucción de esta unidad habitacional se daba allí una acumulación importante de utensilios, tal vez almacenados para hacer uso de ellos en algún momento. Otro escenario sería posible de relacionar con ellos algunos de los residuos de producción que hemos identificado pero que, lamentablemente, no se asocian a ninguno de los contextos registrados.

En la mayoría de los casos, sin embargo, de lo que disponemos es de información acerca de procesos de trabajo que han tenido lugar en áreas de actividad no documentadas directamente, sino a través de residuos o porciones de materia prima desestimadas tras haberse iniciado el proceso de trabajo sobre ellas, normalmente depositadas en áreas de acumulación de desechos.

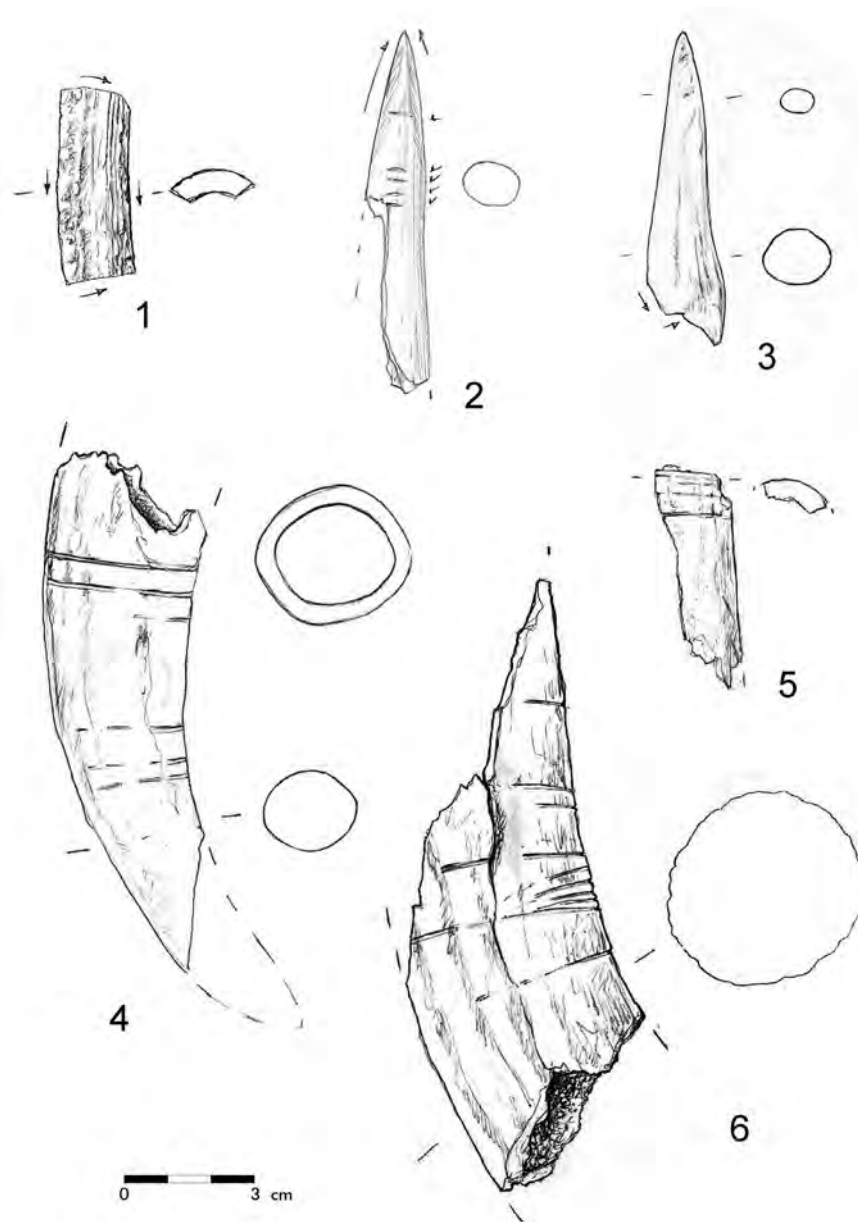


Figura V.1.41_ Preformas y diversos productos en proceso de manufactura, elaborados sobre porciones de asta de cérvido procedentes de Terlinques. 1 y 5. Placas rectangulares recortadas. 2 y 3. Partes distales de picos fracturados. 4. Pico del tipo P223 con fractura en el extremo distal y proximal. 6. Porción de rama de asta de cérvido con señales de elaboración.

Ello se evidencia, por ejemplo, en el estrato UE 1108 del yacimiento de Terlinques, que cubría el suelo de la calle central del poblado. Allí, junto a un número significativo de huesos de fauna con señales de mordeduras de cánidos y de restos fragmentados y muy rodados de recipientes cerámicos, aparecieron diversos trozos de asta de ciervo con señales de cortes metálicos y de aserrados relacionados con la elaboración de productos óseos (Fig. V.1.41). Cabe plantear dos hipótesis para explicar su presencia en semejante contexto: o bien fueron arrojados a la calle desde el interior de

alguna de las unidades habitacionales que comunican con ella —quizá de la Unidad Habitacional 7, situada precisamente en el tramo de la calle en la que fueron hallados y que, como a continuación veremos, ha deparado también el hallazgo de desechos de trabajo en su interior— o por el contrario constituyen tal vez el único vestigio material que ha quedado de la manufactura de objetos de asta realizada en la propia calle, en la que sin embargo no ha quedado huella alguna de los instrumentos de trabajo o de otras evidencias que nos permitan reconocer un área de trabajo especializada.

Todavía más claro resulta el caso del desecho de producción hallado en un relleno destinado a nivelar el pavimento de la Unidad Habitacional 5 de Terlinques, consistente en una tibia de ovicaprino que había comenzado a ser transformada en un punzón del tipo A121c (Fig. V.1.40.1). De acuerdo con el contexto y con los materiales arqueológicos de los que se encontraba acompañado, resulta evidente que fue desestimado como producto al poco de iniciarse su proceso de elaboración, reciclándose como material constructivo de relleno bajo una capa de nivelación y repavimentación de la vivienda. Es probable que algunas otras piezas, también convertidas en desechos antes de llegar a ultimarse como productos finales, provengan de contextos semejantes. Es lo que podría ocurrir con la punta de flecha del tipo F123 a medio elaborar hallada en el interior de una habitación del Cerro de El Cuchillo (Fig. V.1.40.3) o del candil de asta de ciervo con señales de entalladuras metálicas del Mas del Corral (Fig. V.1.40.2), y también señalados en yacimientos clásicos, como El Argar (SIRET Y SIRET, lám. 25. 75).

Caso aparte lo constituyen, a nuestro entender, las clavijas óseas de ovicaprinos, con señales de aserrados o cortados en la zona basal, señal inequívoca de su extracción intencionada de los cráneos. Aunque resulta indudable que en algunos casos fueron transformados en productos –como por ejemplo mangos para instrumentos (Fig. V.2.88)– no es menos cierto que la gran mayoría de ellos no presenta ulteriores señales de ela-

boración, y que los cortes practicados van a menudo seguidos de una serie de percusiones que provocan una amplia rotura de morfología irregular, lo que induce a pensar que en general tal extracción no perseguía prepararlos para ningún proceso de producción sino que constituyeron en sí mismos desechos. Creemos que posiblemente esta operación estuviera relacionada ante todo con la extracción de pieles, como ya han apuntado otros autores en referencia a depósitos de este tipo de desechos, registrados en épocas posteriores (MACGREGOR, 1985).

Finalmente, sólo en ciertos casos aparecen en el mismo ámbito todos o algunos de los elementos esenciales que permiten reconocer áreas de actividad relacionadas con la producción ósea. Una de las mejor documentadas la encontramos en la Unidad Habitacional 7 de Terlinques, perteneciente a la última fase de ocupación del asentamiento. Se trata de una vivienda de unos 15 m² de superficie en donde se registraron, junto a un área con desechos de talla de sílex, no sólo numerosos fragmentos de un asta de ciervo –desafortunadamente en un pésimo estado de conservación– sino también varios restos de desechos de producción, documentados tanto sobre el pavimento de la habitación como en los estratos de derrumbe correspondientes a la destrucción de la casa (Fig. V.1.41).

En Cabezo Redondo, que constituye el yacimiento que más información nos ha proporcionado en este sentido, son varios los departamentos en los que se



Figura V.1.42_ Placas rectangulares de asta de ciervo, ya descortezadas, localizadas en el corte D2 de Cabezo Redondo y las puntas de flecha halladas en el mismo contexto. En la fotografía puede apreciarse la correspondencia más o menos aproximada entre las dimensiones de las placas y las proporciones de los productos acabados.

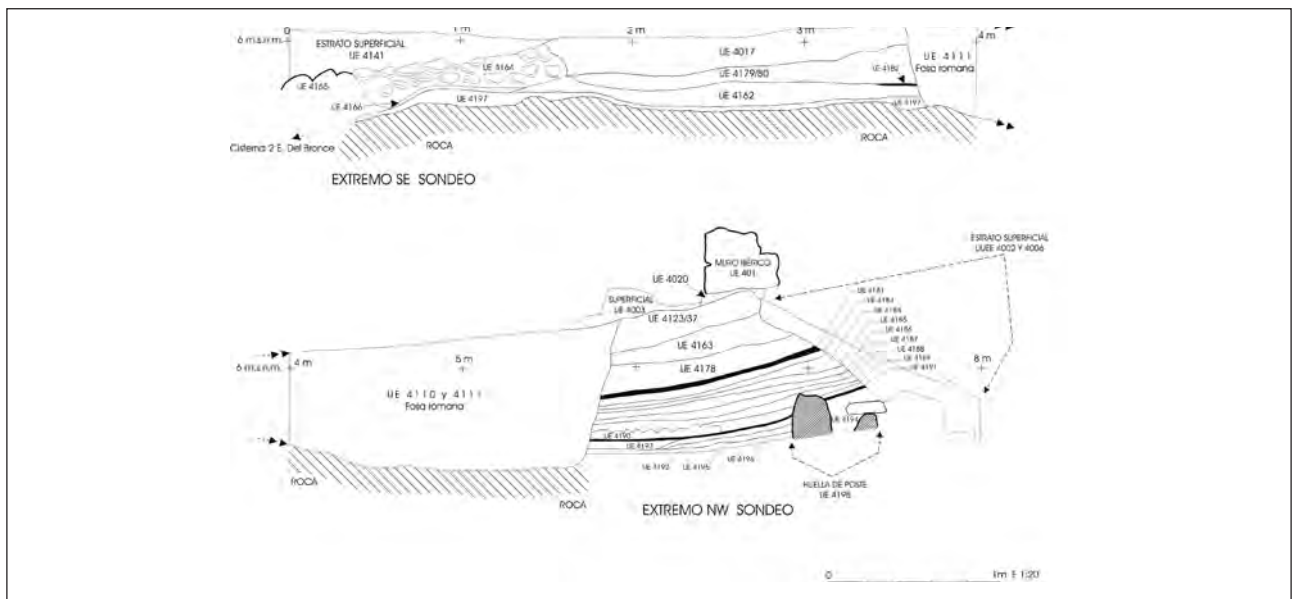
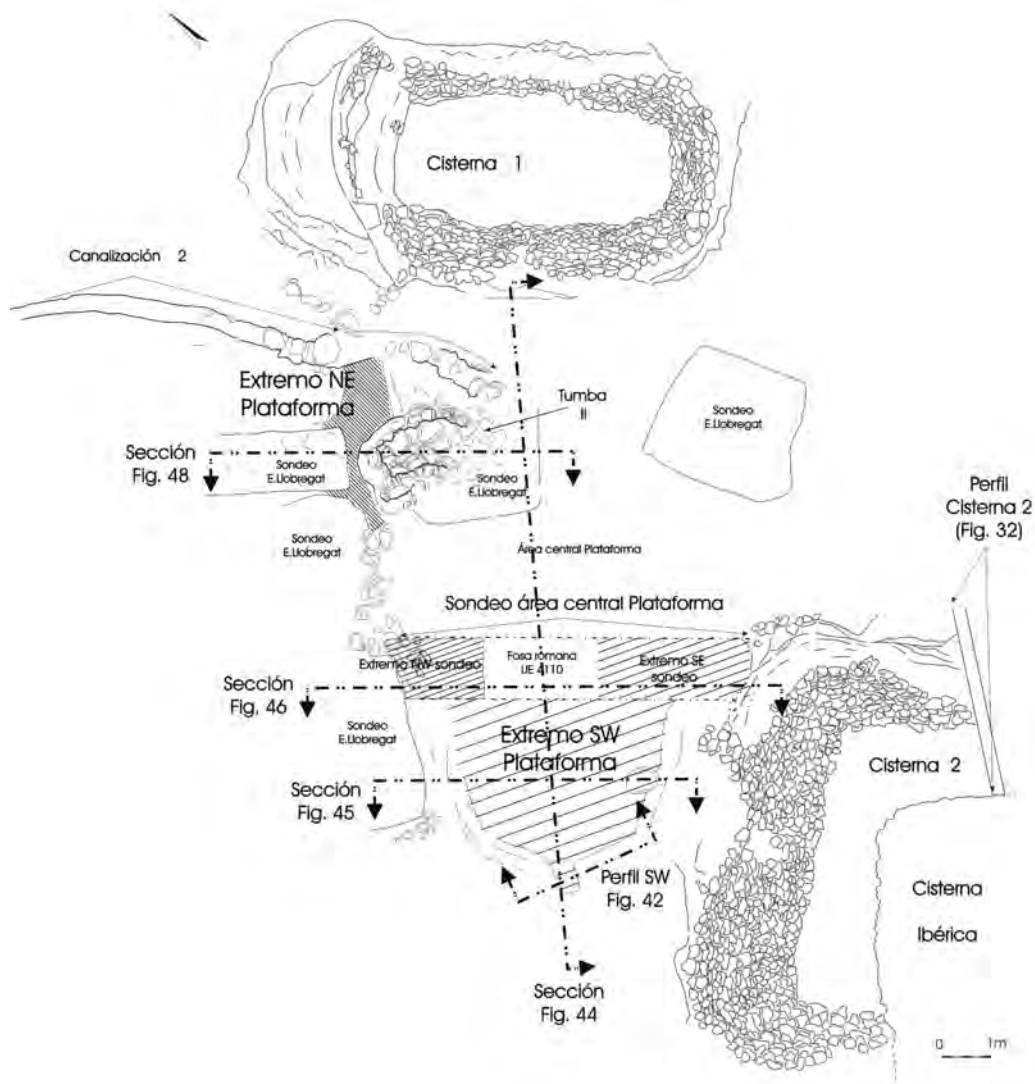


Figura V.1.43_ Planta del área excavada en la Illa dels Banyets y sección estratigráfica del área en la que se localizan los pavimentos relacionados con los residuos de trabajo de marfil (Soler Díaz, 2006).

han registrado evidencias relacionadas con la producción de artefactos óseos. En los departamentos XV y XI se han documentado diversos residuos y desechos, todos pertenecientes al procesado de astas de cérvido, aunque las áreas de actividad mejor registradas se concentran en un ámbito bien delimitado, situado entre el Departamento XVIII, excavado por J. M^a Soler García (1987: 86- 94) y un espacio ubicado inmediatamente al sur de éste, localizado en el corte D2 durante la campaña de 1995.

En cuanto a la primera, contamos con la suerte añadida de que los trabajos desarrollados por Soler en el Departamento XVIII se organizaran en cuadrículas, proporcionando así para los restos registrados una información de carácter topográfico de la que carecemos en el resto de los espacios excavados. En los estratos IV y V se registró una considerable cantidad de porciones recortadas de asta de ciervo, consistentes en varias luchaderas con aserrados o cortados basales, y porciones de rama con señales de extracción de varillas o placas corticales, que eran especialmente numerosos en los sectores B, C, F y G, adyacentes todos unos a otros (SOLER GARCÍA, 1987: 178, fig. 22) y en donde así mismo se documentaron varios utensilios metálicos, tales como un cuchillo de medianas proporciones, bastante mal conservado, un cincel y un punzón de sección cuadrada en la zona mesial. Conjuntamente con estos objetos, se localizó también un volumen considerable de placas y afiladores de arenisca, destacable en comparación con los registrados en otros departamentos del yacimiento.

Al sur del departamento XVIII, en el área localizada en el corte D2, en lugar de porciones de astas o un número significativo de instrumental de trabajo, hallamos una colección de pequeñas puntas de flecha en proceso de elaboración, recortadas a partir de placas de asta de ciervo seccionadas longitudinalmente –similares a las documentadas en la Unidad Habitacional 7 de Terlinques, antes aludida– de las que se registraron también dos ejemplares preparados para ser utilizados (Fig. V.1.42). Todo se hallaba entremezclado con los derrubios de lo que se interpretó era un banco de barro, en donde supuestamente se hallarían también colocados varios envases de cerámica y otros objetos, de donde podría inferirse que tal vez todos se hallaran almacenados allí cuando se produjo la destrucción de la vivienda.

Son varios los casos documentados en el territorio que analizamos en los que se han detectado preformas o desechos del proceso de trabajo del marfil. Bien sea en forma de colmillos rebanados o de preformas prismáticas de diverso tamaño, forma y longitud, éstos se encuentran en Tabayá, Cabezo del Navarro, Mola d'Agres, Cabezo Redondo o Muntanyeta de Cabrera. Sin embargo, es sin duda el caso de la Illeta dels Banyets del que disponemos de una información más completa, al haberse registrado no sólo fragmentos de rodajas desestimados tras un proceso de intenso

aprovechamiento, sino también una amplia gama de esquirlas, algunas de muy pequeño tamaño, que nos aportan datos de gran interés sobre el instrumental y las técnicas de trabajo empleadas.

Desafortunadamente, el contexto en el que fueron documentadas apareció en un sondeo de dimensiones ciertamente reducidas, en uno de los pocos testigos estratigráficos que fueron respetados durante las excavaciones de los años setenta y ochenta, lo que impide que podamos ahora conocer detalles seguramente de valor inapreciable para nuestro mejor conocimiento de los procesos de trabajo que se llevaron a cabo en este lugar y en sus cercanías. En concreto, todas las evidencias proceden de una serie de pavimentos superpuestos detectados en las proximidades de una de las cisternas del asentamiento –cisterna 2– la cual fue, precisamente, excavada sobre parte del relleno que éstos conformaban (Fig. V.1.43).

Los residuos de talla se encontraron especialmente concentrados en dos de estos pisos –UEs 4186 y 4187– aunque se hallaron esquirlas también en los estratos infrayacentes y suprayacentes, si bien en menor número. La gran mayoría de las piezas documentadas corresponde a pequeñas porciones de marfil extraídas a golpe de cincel de rodajas o de porciones aserradas de colmillo. Cuando los desechos conservaban porciones de ambas caras de la rodaja, ha sido posible comprobar que éstas nunca superaban los 2 cm de grosor (Fig. V.1.44) presentando en todos los casos unos planos de corte con señales nítidas de aserrados metálicos.

De las señales dejadas sobre los desechos por el instrumental empleado y de la propia morfología de las esquirlas se deduce que casi todos proceden muy probablemente de las labores primeras de transformación de las rodajas en productos finales, es decir, de la extracción del material sobrante y de la consecución del primer bosquejo del objeto. Este trabajo se llevaría a cabo tras la escrupulosa medición del trozo de colmillo necesario para obtener el producto deseado, y un cuidadoso aserrado que vigilase proporcionar al plano de corte una horizontalidad lo más perfecta posible, condición que siempre mejora la estabilidad y sujeción de la rodaja cuando comienza el trabajo de talla.

Los análisis FTIR llevados a cabo en el Instituto de Geología de la Universidad de Mainz en septiembre de 2007 han revelado que al menos las dos esquirlas analizadas pertenecieron probablemente a colmillos de hipopótamo. Ello incluye el marfil de esta especie entre los que se trabajaron en el taller de la Illeta, habiéndose también de incluir el marfil de elefante, más fácil de identificar por la presencia de líneas de Schreger en algunos de los fragmentos de rodajas registrados. Y al menos en un caso constatamos sin duda alguna el procedimiento de extracción del esmalte y del cemento de piezas dentarias que no son colmillos, como demuestra la profunda incisión realizada con un punzón

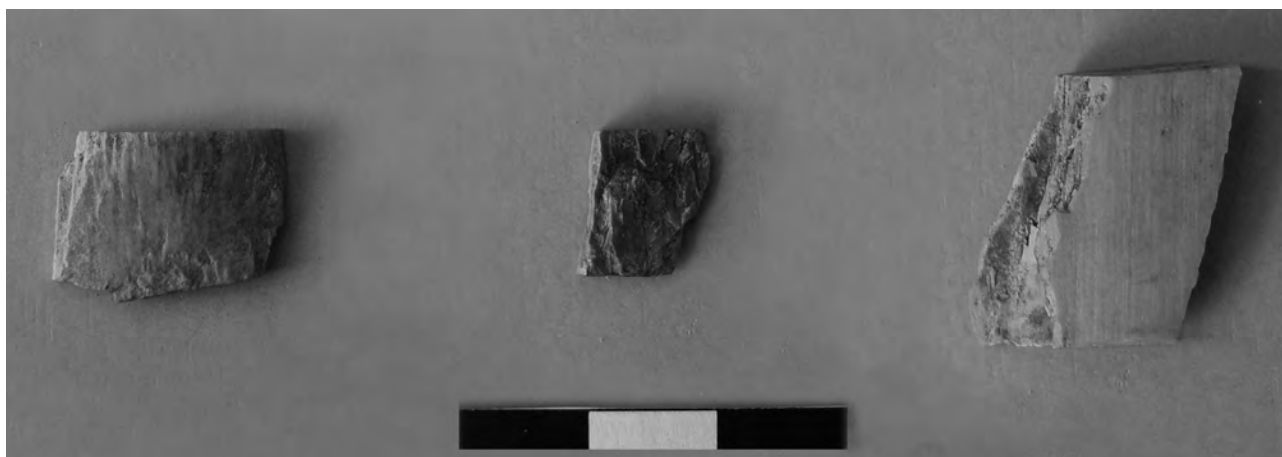


Figura V.1.44_ Diversos residuos del trabajo de marfil registrados en la Illeta dels Banyets que permiten conocer los espesores aproximados de las rodajas empleadas Diversos residuos del trabajo de marfil registrados en la Illeta dels Banyets que permiten conocer los espesores aproximados de las rodajas empleadas.

metálico de sección cuadrada y la extracción de una esquirla que formaba parte de un molar o premolar de alguna especie todavía indeterminada.

Salvando contados casos como éste, las huellas de instrumental de talla identificadas pertenecen prácticamente en su totalidad a cinceles, de los que se reconocen diversos anchos de filo. Al menos en un caso se aprecia el empleo sobre la misma pieza de dos instrumentos de distinta anchura de filo –uno de aproximadamente 0,6 cm y otro de apenas 0,4 cm–, lo que indicaría el uso de distintos instrumentos durante el trabajo de talla del mismo objeto, al igual que ocurre en los procedimientos de talla tradicional. La orientación de algunos de los planos de corte que se advierten en las esquirlas podría indicarnos que son resultado del tallado de piezas de bulto redondo –tales como botones cónicos o piramidales, o pomos– aunque también podría tratarse del modelado de brazaletes, los cuales suelen presentar al menos la faceta externa en forma de monobisel o bisel doble redondeado.

2. EL CONSUMO

Al hacernos reflexionar acerca de que “una casa vacía no es realmente una casa” K. Marx (1863 [1980]: 288) señalaba hasta qué punto la producción alcanza su razón de ser en el consumo, de modo que consumo y producción son dos caras del mismo proceso: si no se consume, nada puede realmente considerarse un producto. En ese aspecto, el consumo es el ámbito propio de los objetos, en donde alcanzan un significado pleno, pero también donde toman trayectorias que en ciertos momentos los pueden ubicar en destinos distintos a los planteados por su producción. Es por ello que la finalidad para la que un artefacto es producido, cuando se concreta (se consume) ha constituido nuestro criterio de clasificación.

Es posible que, como plantea V. Lull (2007: 195), resulte conveniente dissociar dos aspectos que se muestran sólo confusamente diferenciados, pues consumo no es igual a uso, aunque durante el uso nos aproximamos inexorablemente hacia el consumo –en el sentido de amortización– del objeto producido. En cualquier caso, el uso –y consumo– de lo producido es algo que podemos observar permanentemente con sólo mirar lo que nos rodea. Pero a diferencia de lo que podemos percibir de forma inmediata en nuestro entorno, el modo en que éste se produjo en las sociedades pretéritas no resulta observable directamente, sino que se ha de inferir a partir de las evidencias que han permanecido en el registro arqueológico. Y éste se compone de infinidad de artefactos, residuos y desechos, depositados en contextos de toda índole: espacios domésticos destruidos, depósitos de material constructivo, vertederos o áreas de acumulación puntual de desechos, áreas de almacenamiento clausuradas o destruidas,... etc. Unos y otros constituyen la expresión material perdurable de las prácticas sociales llevadas a cabo por la sociedad, en las que los objetos se producen y consumen de acuerdo con determinadas pautas que, como aquéllos, se hallan también en un estado permanente de producción social.

Aunque a dicho consumo se le ha querido atribuir, como vimos, propiedades distintas en función de si el trabajo contenido en los artefactos se encontraba o no orientado a la producción de bienes (MONTANÉ, 1982; SARMIENTO FRADERA, 1992) el propio K. Marx (2000 [1890]: L. I, t. I, cap. V: 248) nos aclara que la diferencia esencial entre el que se podría considerar *consumo productivo* y el consumo individual reside únicamente en la distinta naturaleza del producto resultante: en el primero, un producto distinto del consumidor, y en el segundo, el consumidor mismo. Producción de la sociedad, a fin de cuentas.

Para otros investigadores resulta necesario además contemplar cómo se concreta dicho consumo, indepen-

dientemente del marco relacional social en el que éste se produce (BRIZ GODINO, 2002: 48), diferenciando, por ejemplo, el *consumo estático* del *consumo dinámico* en función de si es necesaria o no la intervención de fuerza de trabajo adicional para concretar el consumo del producto; el *consumo directo* de artefactos simples del *consumo mediado* de artefactos complejos; o el *consumo inmediato* del *consumo reiterado*, según éste se efectúe en un único acto o se produzca a través de repetidos ciclos de consumo.

Como ya comentamos en el capítulo IV, la que nos ha parecido más interesante para los propósitos marcados en este trabajo, es la distinción marcada por R. Risch (2002a: 20) entre *artefactos mediales*, involucrados en la producción de otros bienes materiales, y *artefactos finales*, que no participaron en ella. A partir del análisis traceológico, la distinción entre ambos tipos de productos resultaría teóricamente sencilla, tal y como lo plantea R. Risch (2002a: 23), pues los primeros conservarían huellas del proceso de su propia elaboración como útil y, sobre ellas, las huellas de uso debidas al trabajo realizado sobre otros materiales, mientras que los artefactos finales sólo tendrían huellas de desgaste, al no haber sido empleados como herramientas.

Sin embargo, ya discutimos que no ha sido posible aplicar este tipo de análisis a la muestra catalogada, y a partir únicamente de criterios de afinidad morfológica y analogías del registro etnográfico puede resultar problemático decidir acerca del carácter final o medial de ciertos artefactos, en especial de aquéllos en cuya producción se emplearon materias primas que aparentemente suponían una inversión adicional de fuerza de trabajo para su consecución, como por ejemplo el marfil. Cabe suponer que un mango de madera para una hoja de metal constituyó un artefacto medial, pues aunque se le pueda considerar la parte “pasiva” del instrumento, ésta formó parte de un artefacto más complejo –el cuchillo o puñal, propiamente dicho– utilizado para diversos procesos de trabajo. Sin embargo, cuando el mango ha sido elaborado en marfil, aumentan teóricamente las posibilidades de que el tipo de prácticas sociales en las que estuviera involucrado su consumo poco o nada tuviera que ver con actividades productivas.

En resumidas cuentas, partimos de un criterio subjetivo que sólo a nivel teórico propone la inclusión de ciertos objetos en una u otra clase de artefactos, a sabiendas que información adicional podrá –deberá– en el futuro determinar cambios y refutar hipótesis en este sentido.

2.1. Artefactos mediales

De acuerdo con la definición dada por R. Risch (2002a: 20) se trataría de los artefactos involucrados en la producción de bienes, y que por tanto fueron producidos con la intención de ser empleados como me-

dios de trabajo en otros procesos productivos. Constituirían por consiguiente los que otros autores incluyeron, como hemos visto, en el conjunto de productos destinados a un consumo productivo, y a los que se les puede suponer diseñados para participar en prácticas sociales de tipo socioeconómico en calidad de utensilios. La totalidad de los objetos que hemos reconocido como tales se han ordenado en una docena de clases, cada una de las cuales viene designada, como ya se expuso en el capítulo IV, por una letra capital.

2.1.1. Clase A. Punzones y puntas

Artefactos destinados exclusivamente a actividades relacionadas directa o indirectamente con la punción manual, lo que deja fuera expresamente a otros objetos apuntados, como las puntas de flecha, que constituyeron cabezas de proyectiles, o los alfileres, empleados sobre todo para la sujeción o prensión de ropa. Se ha considerado su división en dos grandes apartados –A1 y A2–, en función del grado de transformación del soporte óseo, el cual se expresa principalmente en la conservación o no, respectivamente, de toda o parte de la epifisis natural en el extremo proximal del artefacto.

Constituye sin lugar a dudas el conjunto de artefactos más amplio de nuestro catálogo, con más de 700 registros, entre los que encontramos una amplia diversidad morfológica que probablemente se debe a una también amplia diversidad de las actividades realizadas con ellos, la mayoría de las cuales sólo puede proponerse a nivel teórico, dada la inexistencia de amplios estudios traceológicos que permitan concretar las materias trabajadas o en qué medida se los trató siempre como objetos específicamente punzantes o perforantes (OWEN, 1999).

A pesar que se los ha relacionado de forma recurrente y mayoritaria con las actividades textiles, las experimentaciones y el análisis de las huellas de uso de algunos conjuntos de artefactos óseos de Europa y de América han puesto de manifiesto la gran variedad de procesos de trabajo en las que las puntas y los punzones de hueso pudieron haber estado involucrados (LE MOINE, 1994; GRIFFITS, 1997; SOFER, 2004; BUC y LOPONTE, 2007), y entre las que se incluyen la perforación de pieles y cueros, la elaboración de productos con corteza de árboles, la producción de artefactos de cáñamo y esparto, eliminación de espinas de pescado, el desgranado de frutos o la realización de tatuajes, entre otros.

El grupo A1 y sus tipos corresponderían aproximadamente al amplio grupo de objetos óseos que tradicionalmente se han descrito en diversos trabajos como “punzones de base epifisial” o “articular” (RODANÉS VICENTE, 1989: 52) o con “polea articular” (JARA ANDÚJAR, 1991) o sobre “hueso entero” (PASCUAL BENITO, 1998: 41). El grupo A2, por su parte, sólo coincide en parte con los punzones sobre “hueso hendido” (PASCUAL BENITO, 1998: 48) por cuanto que nosotros no

incluimos en él aquellos que, aun presentando completamente seccionada la diáfisis y epífisis óseas, ésta última reste completa y claramente reconocible, en cuyo caso han sido incluidos entre las variedades de los tipos del grupo A1.

Dentro de este grupo A1 se ha decidido a su vez discriminar aquellos artefactos elaborados a partir de

huesos sin cavidad medular –A11– de aquellos para los que se emplearon huesos que sí la poseen –A12– tales como tibias, metapodios o radios. La discriminación también atiende a criterios de inversión de trabajo en la elaboración de unos y otros, por cuanto que los primeros ofrecen una morfología natural mucho más apropiada para obtener útiles con punta. Entre éstos,

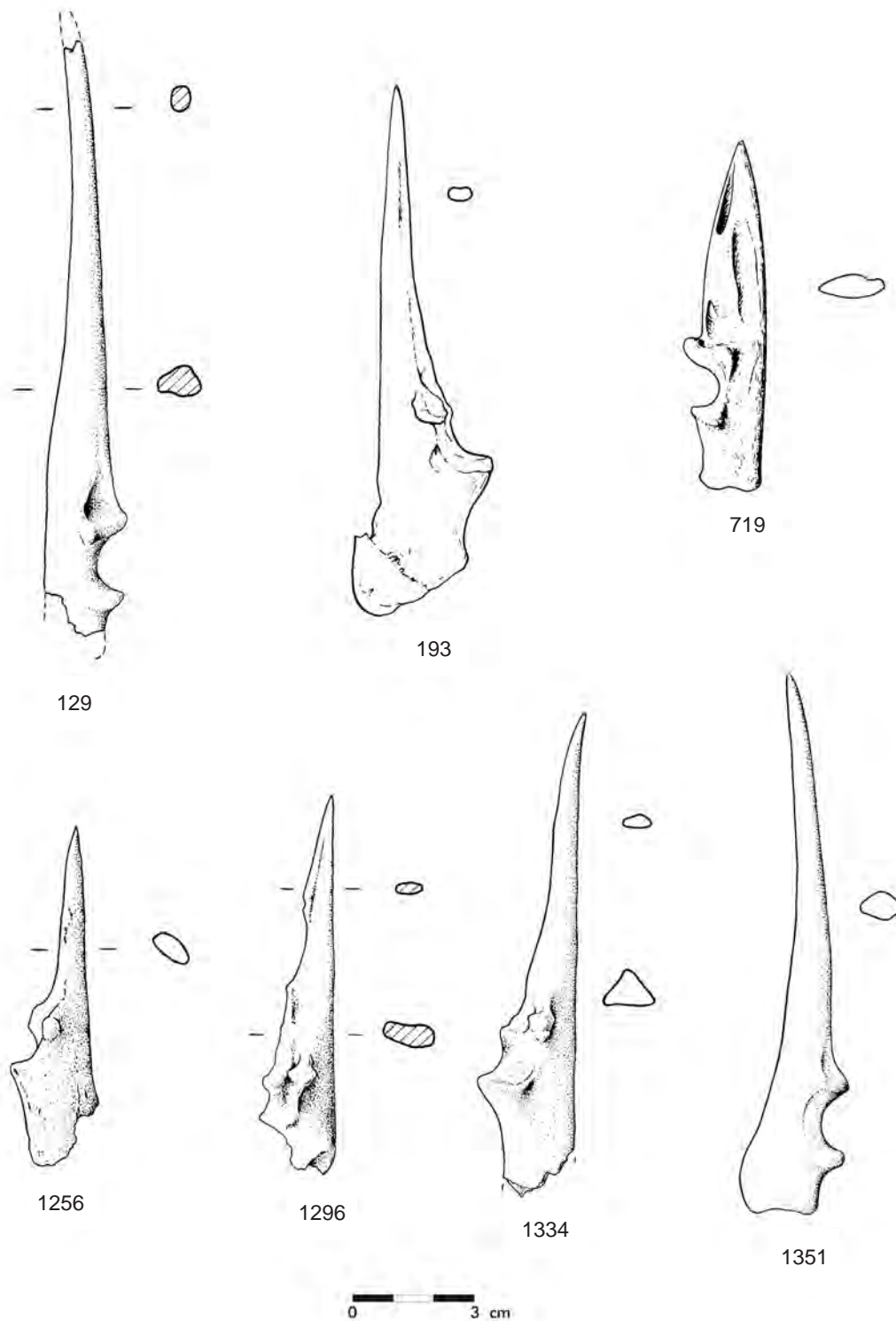


Figura V.2.1_Punzones del tipo A111 de Cabezo Redondo (n° 129), Cerro de El Cuchillo (n° 593), Ereta del Pedregal (n° 719), y Tabayá (n° 1256, 1296, 1334 y 1351).

sólo hemos encontrado dos tipos de útiles en la muestra catalogada.

Tipo A111

Punzones elaborados a partir de ulnas, generalmente de ovicaprinos o cánidos, aunque también se documentan de suidos y bóvidos y, ocasionalmente, alguna de cérvido (Fig. V.2.1). Resulta un tipo de artefacto relativamente numeroso en la muestra analizada, con más de una treintena de ejemplares catalogados, si bien por la sencillez que implica su producción se han registrado en múltiples yacimientos de muy diversa cronología. En las tipologías propuestas por otros autores se han definido como “*poinçon sur ulna de petit et gros mammifère*” (CAMPS- FABRER, RAMSEYER y STORDEUR, 1990) o “punzones sobre ulna entera de pequeño mamífero” (PASCUAL BENITO, 1998: 46; CHOI, 2002: 142).

Cuando se trata de ulnas pertenecientes a animales aún no maduros, ni siquiera son necesarios grandes esfuerzos para separarla del radio, al que en esos momentos sólo está unida por cartílago, y no por auténtico hueso. Esta operación se realizaría mediante percusión o incluso flexión. Sin embargo, estos huesos inmaduros son en general de tamaño pequeño y sólo se emplearon muy esporádicamente. A pesar de que en la península podemos rastrear su presencia hasta más allá del V milenio cal BC, baste con indicar que ejemplares levantinos de la muestra analizada se han documentado en contextos arqueológicos fechables tanto a inicios como a mediados del II milenio cal BC. Para estos mismos momentos, se documentan así mismo, entre otros yacimientos argáricos, en El Argar (SIRET y SIRET, 1890: lám.25.94), El Oficio (SIRET y SIRET, 1890: lám.62.24), Cuesta del Negro (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 178) y Puntarrón Chico (AYALA JUAN, 1980: 76).

Tipo A112

Otro hueso con morfología natural apuntada es el metapodio de équidos y de algunos otros ungulados, que al igual que la ulna, sólo requieren un ligero proceso abrasivo para convertirse en artefactos con punta. En la muestra analizada resulta mucho menos numeroso que el anterior, con poco más de media docena de piezas claramente clasificables (Fig. V.2.2). En otras propuestas de agrupación tipológica o bien no se han definido como tipo independiente o bien se han integrado en conjunto con el tipo anterior (RODANÉS VICENTE, 1989: 54) o con los elaborados a partir de otros huesos de morfología análoga (PASCUAL BENITO, 1998: 47), criterio que no se nos antoja desacertado.

Al igual que el tipo A111, y a pesar de que resultan notablemente más escasos en el registro que aquél, las piezas documentadas se distribuyen aparentemente de forma aleatoria a lo largo del espectro temporal con-

siderado, habiéndose hallado ejemplares pertenecientes a contextos del III milenio cal BC en la Ereta del Pedregal –nº 770– así como otros claramente situados en el último tercio del II milenio cal BC, como los de Peña de Sax –nº 1171– circunstancia que también se observa en el ámbito peninsular, como denota su hallazgo en la fase III del yacimiento argárico de Gatas (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 2000) o en la fase IIA de Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 357, fig.18.50.976).

Tipo A121

Con gran diferencia este tipo, que agrupa a todos los punzones elaborados a partir de tibias de ovicaprinos o, más raramente, de otros mamíferos ungulados de tamaño y morfología análogos, constituye el mejor representado dentro de esta categoría de artefactos. De hecho, este tipo concreto de útil constituye el más representado en el total de la muestra analizada, con algo menos de 350 ejemplares claramente clasificables, algo que como veremos no resulta un rasgo exclusivo de los yacimientos del área levantina, pues también constituye un tipo muy común entre los repertorios de productos óseos publicados del Sudeste español del III y II milenio al BC y, en especial, de los yacimientos argáricos.

Sin embargo, del material analizado también se desprende la existencia, a lo largo de este lapso temporal, de al menos tres formas distintas de proceder técnicamente para la consecución del producto, lo que determina tres modelos de morfología distinta en atención a la epífisis reservada para constituir la parte proximal del utensilio, por un lado, y por otro las caras –anterior o craneal, y lateral o ventral– sobre las que en cada caso se realizó el trabajo de ranurado y extirpación de las paredes diafisarias del hueso. En atención a estas características, hemos reconocido tres variantes –tipos A121a, b y c– que, como tendremos oportunidad de comentar en mayor profundidad más adelante, parecen además sucederse en el tiempo, a tenor de las dataciones y posición estratigráfica de los contextos en los que unas y otras comparecen.

Alguno de estos subtipos, como el A121a, podría considerarse parte del conjunto de piezas agrupadas por J. M. Rodanés (1989: 52) en su tipo de “punzón de base articular y sección anular”, en el que sólo hasta cierto punto podríamos acomodar el subtipo A121b. Para J. L. Pascual (1998: 43) todas las variantes entrarían en el tipo “*punzón sobre tibia entera de ovis/capra y de otros rumiantes*”, mientras que en la clasificación de S. Y. Choi (2002: 106) nuestros subtipos A121a y A121b pertenecerían al tipo “*poinçon pris sur tibia non fendu à épiphyse d’animal moyen*” mientras que el subtipo A121c entraría en el tipo “*poinçon pris sur tibia fendu à épiphyse de petit ruminant*” (CHOI, 2002: 189), si bien ninguno de los objetos clasificados por el autor bajo esta denominación se corresponde morfo-

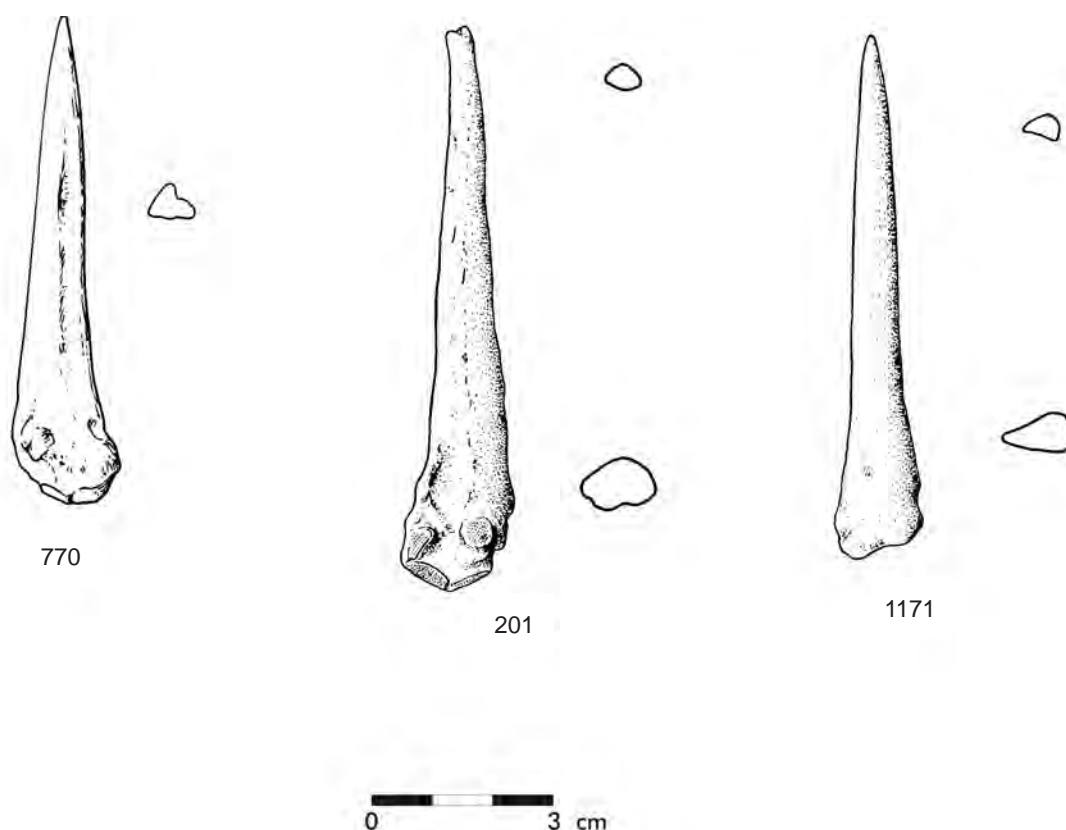


Figura V.2.2_Punzones tipo A112 de Ereta del Pedregal (nº 770), Cabezo Redondo (nº 201) y Peña de Sax (nº 1171).

lógicamente de una forma clara con nuestro subtipo. Posiblemente, las primeras investigadoras en definir y reconocer a estos dos tipos de punzones sean R. Maicas y C. Papi (1996: 9, fig. 3), quienes los denominaron “puntas de canal” para diferenciarlos expresamente de los objetos de nuestro tipo A121a, en los que se conserva una parte sensiblemente mayor de la diáfisis de la tibia.

Resulta difícil pronunciarse acerca de la finalidad concreta a la que estaban destinados estos objetos. Probablemente, la misión de la mayor parte de los artefactos reunidos en esta categoría sería realizar múltiples operaciones manuales relacionadas con un amplio elenco de actividades de tipo doméstico, entre las que además de perforar, estaría también la elaboración de productos de cestería, para la que este tipo de instrumentos se revela aparentemente muy apropiado y con la que parecen mostrarse muy acordes las señales de uso preservadas en los objetos de este tipo que mejor se han conservado (BECKER, 2001: 132).

Tipo A121a

Se trata de punzones sobre tibia de ovicaprino, o de animal de talla similar, con apuntamiento en la parte proximal de la tibia, generalmente obtenida por una percusión más o menos controlada a la altura del tercio central de la diáfisis del hueso (Fig. V.2.3 y 4). Con

posterioridad, y en mayor o menor grado, todos los ejemplares muestran una abrasión del extremo distal hasta obtener una forma aguzada en el mismo, que en ocasiones presenta señales de escotaduras laterales realizadas con el propósito de agilizar la operación. Esta característica se hace patente en algún ejemplar de los que hemos analizado procedente de yacimientos del IV y III milenios cal BC, como en la pieza nº 814, de Fuente de Isso.

La selección y conservación de la epífisis distal de la tibia como parte proximal del instrumento constituye uno de los rasgos diferenciadores del tipo con respecto a los tipos A121b y A121c, como más adelante veremos. Si bien en algunos ejemplares no se conserva la epífisis, creemos que en la mayoría de los casos son consecuencia de fracturas producidas durante su vida útil o se trata de roturas debidas a procesos postdeposicionales. De hecho, son también varios los casos en los que la epífisis muestra huellas de abrasión que presumiblemente pretendían regularizar la morfología natural del hueso para permitir una sujeción más cómoda del punzón. A pesar de que existen algunos ejemplares aislados que han sido elaborados conservando la epífisis distal –por ejemplo, nuestra pieza nº 975, hallado en la Lloma de Betxí– éstos muestran una completa homología en cuanto a las técnicas empleadas para obtener el extremo apuntado del instrumento, reservando una parte considerable de la diáfisis ósea. Aunque en

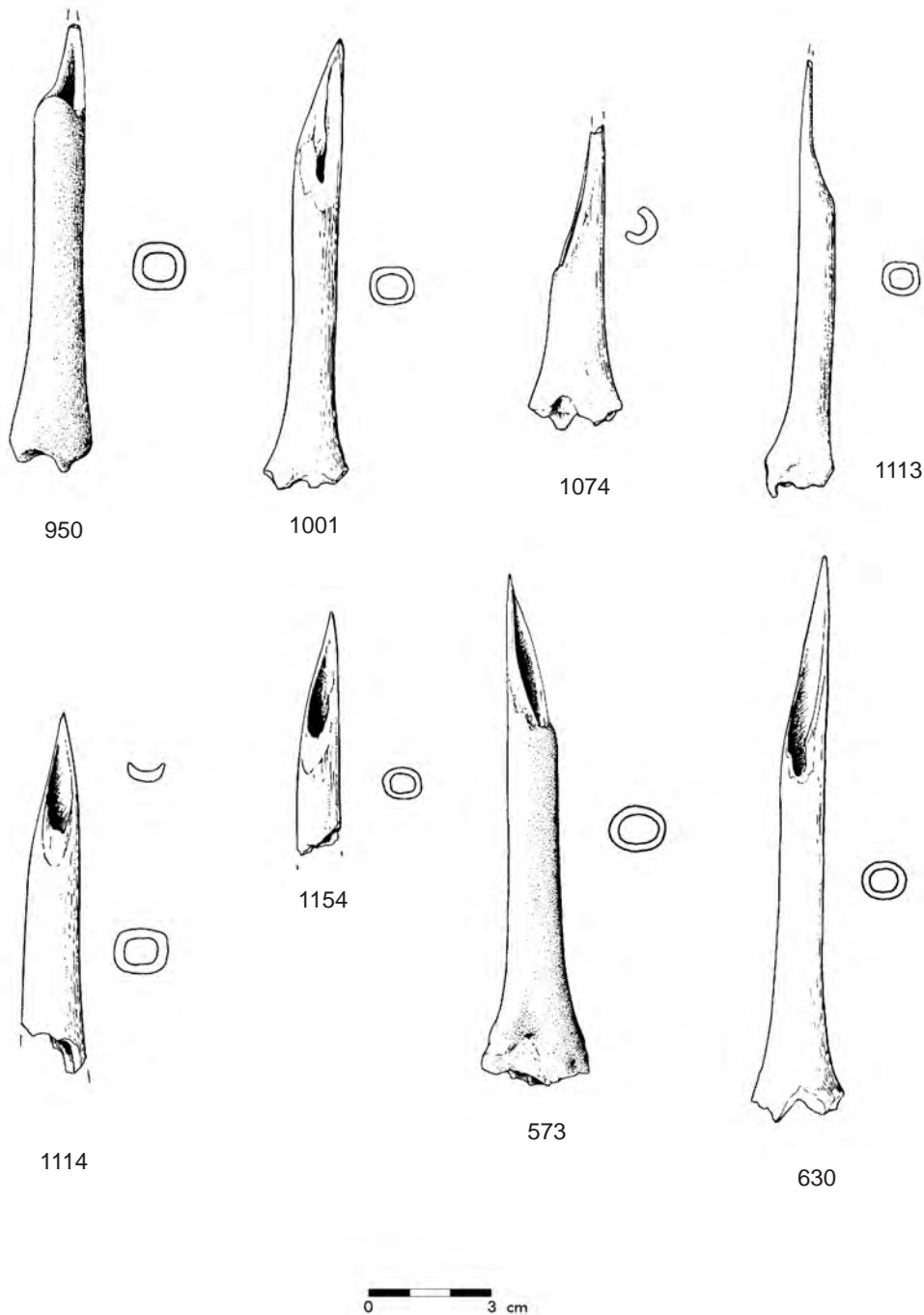


Figura V.2.3_Punzones tipo A121a. de Lloma de Betxí (nº 950, 1001), Mola Alta de Serelles (nº 1074), Muntanya Assolada (nº 1113, 1114), Muntanyeta de Cabrera (nº 1154) y Cerro de El Cuchillo (nº 573, 630).

rigor deberían haberse considerado una sub-variante del tipo, su escasa representación en el registro –sólo conocemos por ahora otro ejemplar hallado por L. Siret en Almizaraque (MAICAS RAMOS, 2007: 129, fig. III.85)– y el hecho de compartir también la cronología estimada en conjunto para el tipo –*vide infra*– nos lo han desaconsejado.

Basta con revisar someramente la distribución de la muestra para comprobar la notable presencia del tipo A121a en los yacimientos del IV milenio cal BC analizados. El tipo se ha registrado en Ereta del Pedre-

gal, Fuente de Isso y Figuera Redona, y aparece igualmente en los conjuntos artefactuales publicados de otros yacimientos contemporáneos, como por ejemplo Jovades (PASCUAL BENITO, 1993) o Almizaraque (MAICAS RAMOS, 2007). No obstante, constituye un objeto que, aunque en número sensiblemente inferior a las variantes A121b y A121c, también se documenta en contextos cronológicamente más avanzados, como muestra su presencia en Laderas del Castillo, Lloma de Betxí, Mola Alta de Serelles, Muntanya Assolada, La Atalayuela, Cegarrón o Cerro de El Cuchillo. En la

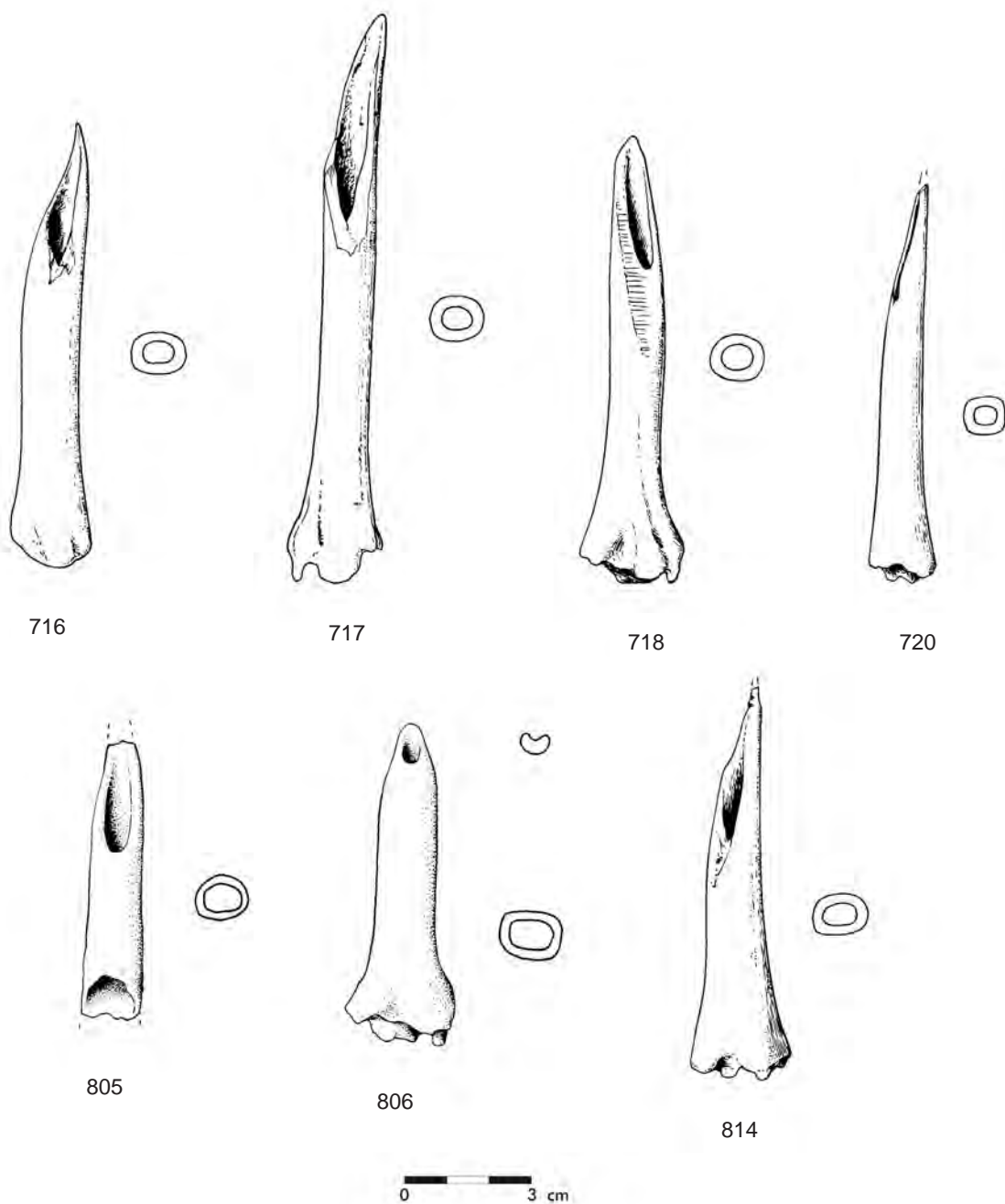


Figura V.2.4_Punzones tipo A121a. de Ereta del Pedregal (n° 716, 717, 718, y 720), Figuera Redona (n° 805, 806) y Fuente de Isso (n° 814).

bibliografía podemos también reconocer su presencia en muchos otros yacimientos de la Edad del Bronce de nuestro ámbito de estudio, como El Argar (SIRET y SIRET, 1890: Lám.25.79, 81), Cerro de la Campana (FONSECA FERRÁNDIZ, 1988: 52. Lám.I), Cerro El Púlpito (SIMÓN GARCÍA, 1987: 95. Fig.7.2), Castillo de Frías (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 23. Fig.31.c, d) o Motilla de Azuer (NÁJERA COLINO *et al.*, 1979: 34. Fig.7.e). Sin embargo, su distribución por la Península es mucho más amplia, registrándose también ejemplares del tipo en el resto del ámbito argárico –Cerro de la Virgen

(SCHÜLE, 1980: Lám.3.V.1093), Castellón Alto (JABALLOY SÁNCHEZ Y SALVATIERRA CUENCA, 1980: 133, fig. 9.11), Peñalosa (CONTRERAS CORTÉS, 2000: 164. Fig. 8.1.15), Cerro de la Encantada (FONSECA FERRÁNDIZ, 1988: 53. Lám. 2)– así como también más allá de su franja periférica –Cerro del Castillo de Alange (PAVÓN SOLDEVILA, 1998:121), Los Tolmos (JIMENO MARTÍNEZ y FERNÁNDEZ MORENO, 1991: Fig.59. 923-924), Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1987: Fig. 97.569 y 98.586; 1992: 117. Fig.110.403), Cueva del Moro (UTRILLA MIRANDA y BALDELLOU MARTÍNEZ, 1982: 37



Figura V.2.5 Punzones tipo A121b. Detalle del ranurado de la diáfisis mediante incisión metálica de la pieza nº 41 (arriba) y del ranurado por percusión de la pieza nº 39 (abajo y derecha), ambas de Cabezo Redondo.

Fig.7.1-3) Cabezo del Cuervo (PARÍS y BARDAVIU PONZ, 1924: 11 Lám V) y Monte Aguilar (SESMA SESMA, 1992: 106 Fig.1.3).

En lo que respecta a la cronología del tipo, los datos disponibles invitan a considerar una cronología elevada, dentro del ámbito temporal y geográfico que nos ocupa, avalada en principio no sólo por lo que el propio tipo supone en cuanto pervivencia de tradiciones y técnicas de producción anteriores sino también por la información estratigráfica que acompaña a la mayor parte de los ejemplares documentados en excavaciones sistemáticas. En el caso de los ejemplares registrados por nosotros, tan sólo contamos con referencias publicadas para los hallados en la Lloma de Betxí (DE PEDRO, 1998), donde todos fueron localizados en los niveles fundacionales del asentamiento, en las Habitaciones I y II, y asociados, por tanto, a las fechas radiocarbónicas que datan la construcción y destrucción de dichas unidades habitacionales en torno a 1900 cal BC. Para las piezas del Cerro de El Cuchillo y Muntanya Assolada sólo disponemos de informaciones parciales, que apuntan no obstante a una presencia algo más repartida a lo largo de la secuencia ocupacional, pero sin alcanzar en ningún caso los estratos superiores.

Con respecto al resto del ámbito de estudio las referencias son escasas, pero parece así mismo apuntarse una presencia más nutrida del tipo en los niveles más tempranos de los yacimientos en los que se ha

registrado. Así, en el Cerro de la Virgen se localiza en el Nivel I (SCHÜLE, 1980: Lám.3.V.1093), y en el Castillo de Frías los dos ejemplares localizados por P. Atrián (1974: 23. Fig.31.c, d) aparecen igualmente en uno de los estratos más profundos –Nivel IV. También de las capas basales de la estratigrafía procede, al parecer, el ejemplar registrado en el Cerro de la Campana (FONSECA FERRANDIZ, 1988: 52. Lám.I), si bien es cierto que las dataciones radiocarbónicas obtenidas de dicho contexto resultan ciertamente muy avanzadas (NIETO GALLO y MARTÍN, 1983).

En consecuencia, parece plausible suponer que el tipo A121a se situaría preferentemente en nuestras Fases I y II, en un intervalo que aproximadamente podría cerrarse en torno a *ca.* 1800 cal BC, pues tan elocuente como esta presencia en momentos antiguos resulta su ausencia en contextos posteriores a *ca.* 1500 BC en los asentamientos analizados por nosotros, en donde en cambio resulta mayoritario el tipo A121b, como luego veremos. En cambio, fuera del área geográfica en la que se centra nuestro estudio el tipo parece tener una vigencia más prolongada, como parece evidenciar la secuencia de la Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1987: Fig. 97.569 y 98.586; 1992: 117. Fig.110.403) y en especial la estratigrafía de Moncín, en donde el tipo se halla presente a lo largo de todas las fases de ocupación reconocidas en el asentamiento (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994).

Tipo A121b

Se trata, como ya adelantábamos, de punzones elaborados también sobre tibia de ovicaprino pero con apuntamiento en la parte distal de la tibia y un ranurado realizado sin afectar la cresta tibial (Fig. V.2.6, 9 y 10), rasgo que los diferencia del tipo A121c, del que a continuación trataremos. La técnica empleada para la producción de este tipo de artefactos se basa en la apertura de un boquete —a menudo llevado a cabo por presión o percusión con un objeto apuntado— a partir del cual se abre una amplia ranura en la diáfisis que la secciona longitudinalmente en un plano ligeramente oblicuo hasta conformar, en el extremo distal del instrumento, lo que constituye su parte activa, modificada en forma de punta mediante una intensa abrasión de las paredes diafisarias. Este ranurado se realiza, en la gran mayoría de los casos, en la superficie lateral de la tibia, opuesta a la fosa tibial, y en menor medida en la superficie caudal —como ocurre, por ejemplo, en las piezas nº 121 y 123, de Cabezo Redondo, nº 617 del Cerro de El Cuchillo, o en la pieza nº 1324 del Tabayá. Casi todos los ejemplares muestran, además, una abrasión en el tramo inicial del ranurado que estaba destinado a limar las irregularidades provocadas por la rotura de la pared diafisaria con la que se iniciaba el proceso de producción del artefacto. A esta operación responde casi con total seguridad la presencia de señales transversales en esta zona del objeto, que a veces muestra también un intenso lustre que vinculamos con el desgaste producido por el uso, ya que en este punto sería donde se produciría de forma más frecuente la presión del dedo pulgar al asir el instrumento. Que la epífisis proximal de la tibia era empleada como mango del objeto es algo fuera de toda duda, puesto que son muy raros los ejemplares que, conservando esta parte, no muestren en ella señales de abrasión de las apófisis naturales.

Al igual que el resto de las variantes del tipo A121, la producción de este tipo de utensilios no debió requerir un instrumental especializado. Sin embargo, sí resulta a nuestro juicio relevante señalar que el tipo A121b es hasta el momento el único en el que se han localizado muestras evidentes del empleo de instrumentos metálicos en su manufactura, como muestran los ejemplares nº 41 —de Cabezo Redondo (Fig. V.2.2.5)— y nº 1068 —de Mola Alta de Serelles. En estos dos casos se puede apreciar cómo el ranurado no se inició por medio de pequeñas percusiones sobre la pared lateral de la tibia sino que éste se llevó a cabo realizando dos incisiones profundas con hoja metálica en sentido convergente hacia la epífisis.

En comparación con los 23 ejemplares del tipo A121a registrados en yacimientos de la Edad del Bronce, son más de un centenar los del tipo A121b que aparecen entre los conjuntos de artefactos óseos analizados por nosotros, lo que habla bien a las claras de que se trata de un tipo mucho más abundante en el

ámbito cronológico que nos ocupa de forma preferente. Aunque lo hallamos en Cabezos de Valera, Tabayá, Castillarejo de los Moros, Cerro de El Cuchillo, Mola Alta de Serelles y otros yacimientos de nuestra zona de estudio, destaca sobremanera la cantidad de ejemplares localizados en Cabezo Redondo, de donde proceden 57 piezas de nuestro catálogo.

Ausente por completo de contextos de hábitat anteriores al II milenio cal BC, se ha registrado en un número muy elevado de yacimientos, si bien su distribución en el territorio aparenta ser mucho más concentrada y se circunscribe de forma mucho más clara a nuestra zona de estudio. En el ámbito argárico, los hermanos Siret recogen piezas del tipo en los yacimientos de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: Lám.52.205), El Oficio (Siret y Siret, 1890: Lám.62.27), Ifre (SIRET y SIRET, 1890: Lám.18.P y T) y Zapata (SIRET y SIRET, 1890: Lám.20.62), estando asimismo presente en La Bastida de Totana (RUIZ ARGILÉS y POSAC MON, 1956: 1956: 80. Fig.33.4), Castellón Alto (CONTRERAS CORTÉS, 1997: 95) y Cerro de la Encina (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 169, fig. 14.4.5).

Por lo que respecta a los conjuntos analizados directamente por nosotros, resulta especialmente significativa su presencia en yacimientos caracterizados por una intensa ocupación en etapas avanzadas, como La Horna —nº 878 y 886—, Peña de Sax —nº 1175 y 1176—, Mola d'Agres —nº 1078— o El Puig —nº 708. Cronología que viene así mismo avalada por las referencias estratigráficas y los contextos que acompañan a algunas de las piezas inventariadas. Así, todos los ejemplares hallados hasta el momento en Terlinques se localizan invariablemente en los niveles correspondientes a la última fase de ocupación del yacimiento, que se sitúa a partir de *ca.* 1700 cal BC, en un marco temporal aproximadamente similar —o incluso ligeramente más antiguo— al que ofrecen los ejemplares del Mas del Corral —nº 1016— o del Castellón de Albatana —nº 683. De igual modo, los cuatro punzones del tipo A121b hallados en el Cerro de El Cuchillo se sitúan en capas intermedias o superiores de la estratigrafía, tal y como ocurre, así mismo, con las piezas registradas en Tabayá, ninguna de las cuales comparece en contextos asociados a las primeras fases de ocupación del asentamiento. Esta cronología avanzada también se puede atribuir a la única pieza de este tipo reconocible con claridad en el conjunto artefactual óseo de Gatas, registrada en el conjunto 009 del Sondeo 2 (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1999: Anexo I: 161) y fechada en *ca.* 1500 cal BC, aproximadamente en sintonía con la fecha obtenida para el nivel 3 de El Pícaro de Oria, en donde localizamos otro ejemplar del tipo (HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ y DUG GODOY, 1975:86. Fig.13.1). En conclusión, parece razonable proponer que el consumo del tipo A121b se generalizó a partir de la Fase III de nuestra propuesta, y que constituyó uno de los tipos de punzones más frecuente en los contextos de la Fase IV.

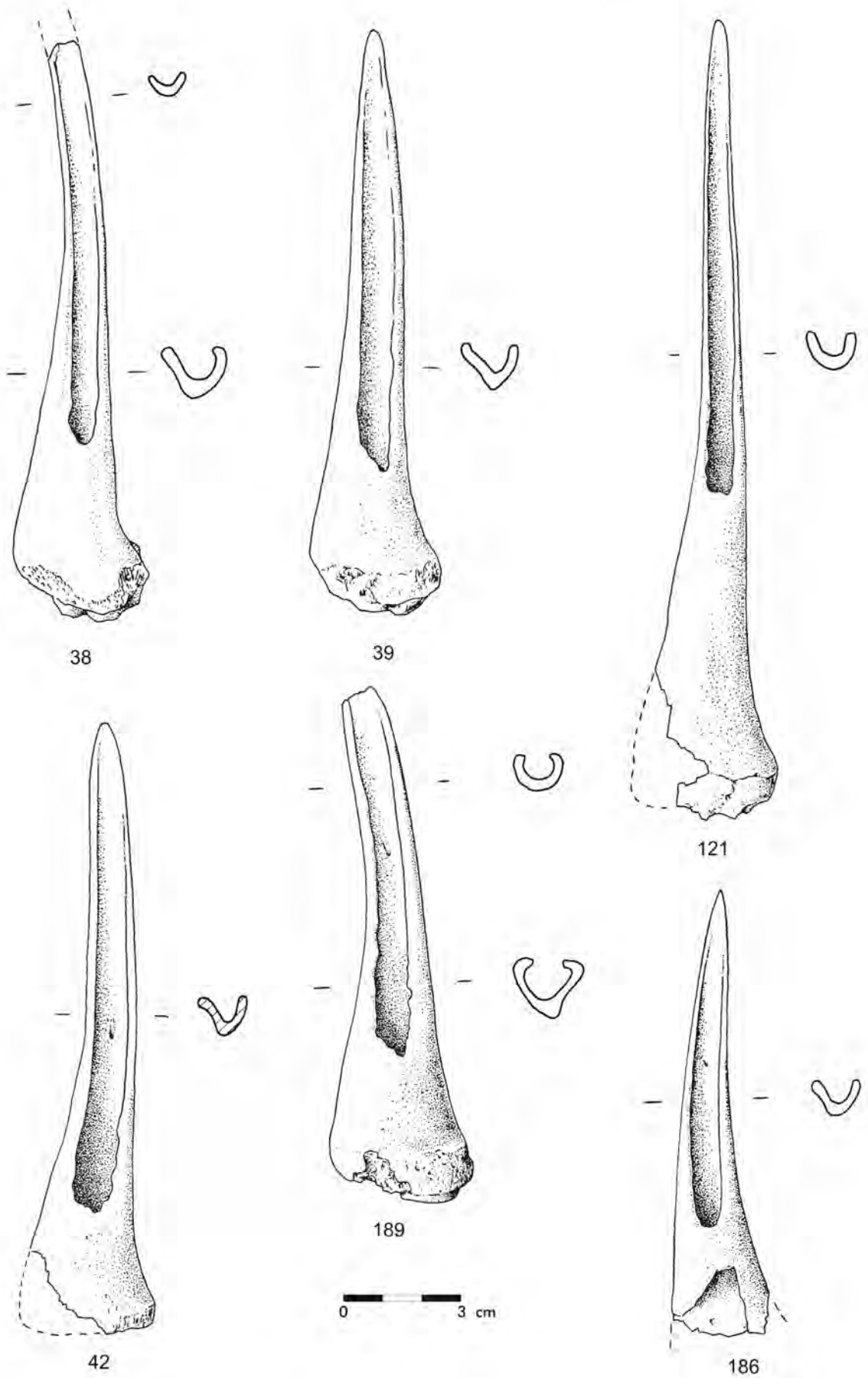


Figura V.2.6_Punzones del tipo A121b de Cabezo Redondo.



Figura V.2.7_ De izquierda a derecha, punzones del tipo A121b de Ifre, El Oficio y El Argar (SIRET y SIRET, 1890).

Pero si en la zona argárica y su ámbito periférico tanto la presencia como la cronología del tipo parecen estar más o menos bien establecidas, llama poderosamente la atención su ausencia casi total en los registros del resto de la Península, en contraste, como ya se ha comentado, con lo que ocurre con el tipo A121a. Los únicos ejemplares que hemos podido reconocer fuera del ámbito geográfico de estudio proceden, creemos que no por casualidad, de determinados enclaves situados en las proximidades de la costa mediterránea oriental –como Pic dels Corbs (TARRADELL MATEU, 1969: Lám X), el Tossal del Castellet (OLIVER, GARCÍA y MORANO, 2005: 57, fig. 27) o la Cova del Bolet (GIRÓ ROMEU, 1948: 261, Lám. II)– y de alguno de los yacimientos mejor conocidos del Valle del Ebro, como Moncín, en donde creemos haber reconocido el tipo entre los productos óseos hallados en el Silo F16 del Corte I, perteneciente a la Fase IIC del asentamiento, y en el Corte III, en momentos de la Fase IIA, a los que se atribuyen fechas de *ca.* 1700 cal BC y *ca.* 1350 cal BC, respectivamente.

Sin entrar ahora plenamente en esta cuestión, resulta sin duda muy interesante constatar la estrecha vinculación que muestra este tipo de instrumento óseo con la presencia de las cerámicas decoradas que parecen marcar el horizonte delimitador del denominado “Bronce Tardío” del Sureste a partir del último cuarto del II milenio cal BC, aproximadamente, y su asociación con ellas en yacimientos que tradicionalmente han venido considerándose especialmente ligados a las tradiciones meridionales.

No quisiéramos concluir sin tratar, siquiera superficialmente, de la presencia de artefactos óseos del tipo A121b en algunas cavidades que, como en el caso de la Cova del Bolet, a la que acabamos de referirnos,

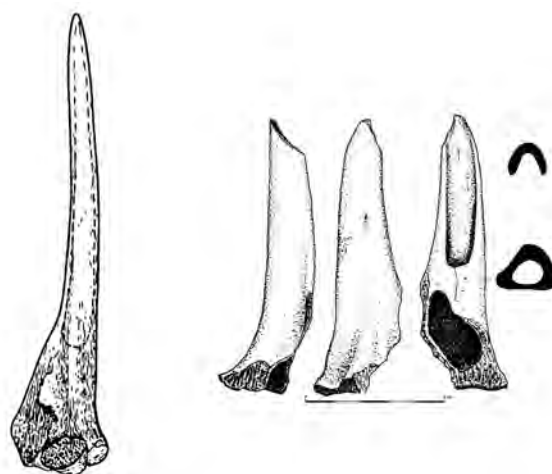


Figura V.2.8_ Punzones del tipo A121b de El Picacho (HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ y DUG GODOY, 1975:86. Fig.13.1) y de Gatas (CASTRO *et al.*, 1999: Anexo I: 161).

se caracterizan por ofrecer secuencias de ocupación extremadamente largas. Una vez definida con cierta claridad la temporalidad que cabe atribuir a la producción y consumo de este tipo de artefactos, no queda más que inferir la vinculación de los ejemplares hallados en la Cova del Montgó (nº 674) o en la Cova de La Pastora (nº 647) con los materiales de la Edad del Bronce hallados en ellas, y disociarlos de los niveles de ocupación anteriores, con los que en alguna ocasión se los ha relacionado (PASCUAL BENITO, 1998: 43, fig. III.8.1).

Tipo A121c

Junto con el tipo anterior, el tipo A121c conforma el conjunto de artefactos óseos más abundante de la muestra catalogada por nosotros. Sumados los 110 ejemplares que han podido clasificarse inequívocamente en el tipo a los 79 que no han podido atribuirse con seguridad al tipo A121b o al A121c, alcanzamos una cifra total de 305 piezas, que suponen aproximadamente una cuarta parte del total de artefactos analizado, lo que da una idea bastante aproximada de la importancia de los artefactos del tipo A121 en el registro.

Se trata de punzones sobre tibia de ovicaprino, con apuntamiento en la parte distal de la tibia y un ranurado que afecta completamente a la diáfisis, seccionando la cresta tibial (Fig. V.2.13, 14 y 15). Al igual que el tipo precedente, la epífisis proximal de la tibia aparece invariablemente en la base del instrumento, si bien a diferencia de aquél, el ranurado afecta por completo a la epífisis realizándose además en plano oblicuo con respecto al eje longitudinal del hueso y siempre sobre la cara craneal del mismo. Ello determina otro rasgo que resulta igualmente diagnóstico para el reconocimiento de ambos tipos, como es la posición del foramen nutricio de la tibia con respecto a la ranura de la diáfisis. En los artefactos del tipo A121b, la apertu-

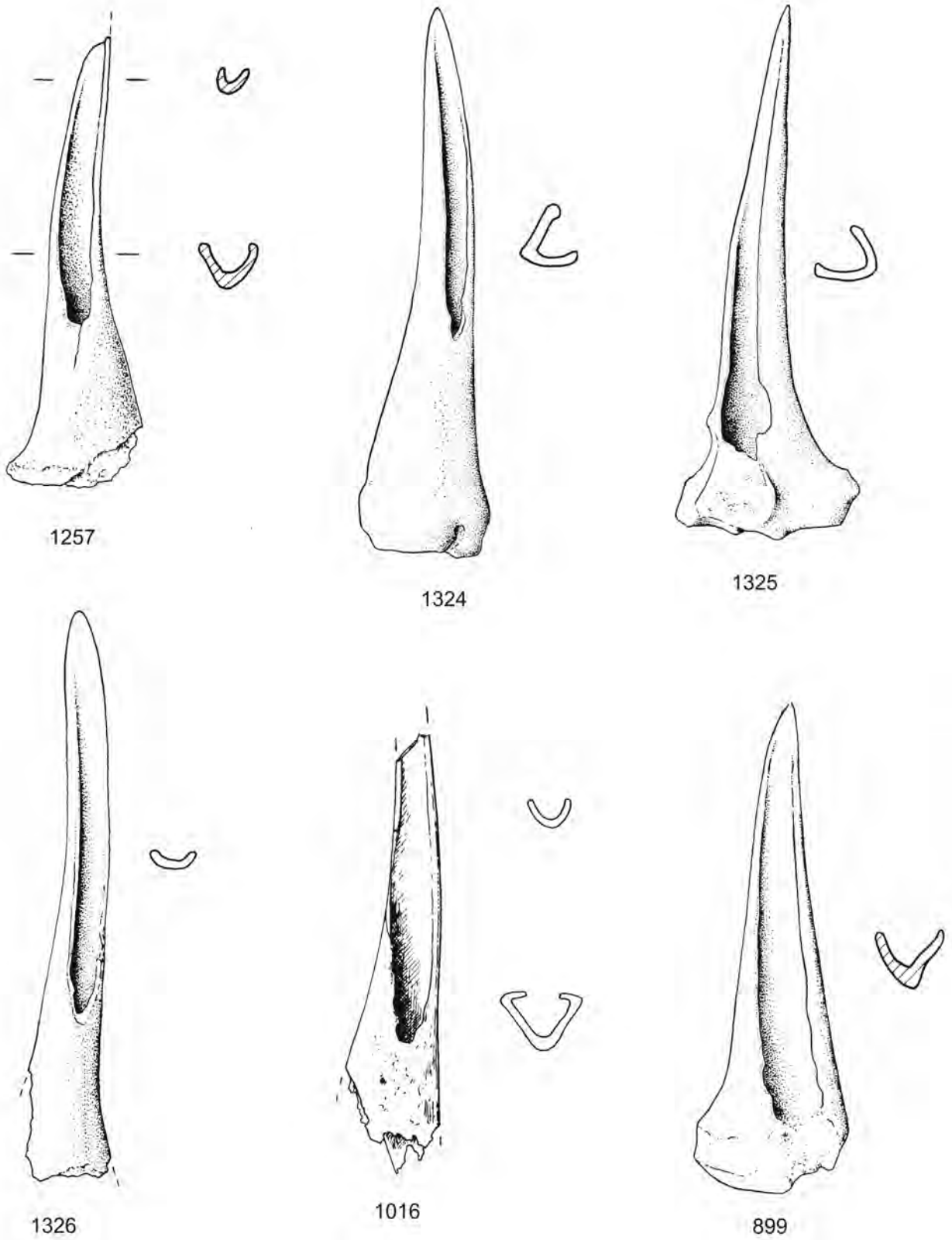


Figura V.2.9_ Punzones del tipo A121b de Tabayá (n° 1257, 1324, 1325 y 1326), Mas del Corral (n° 1016) y Laderas del Castillo (n° 899).

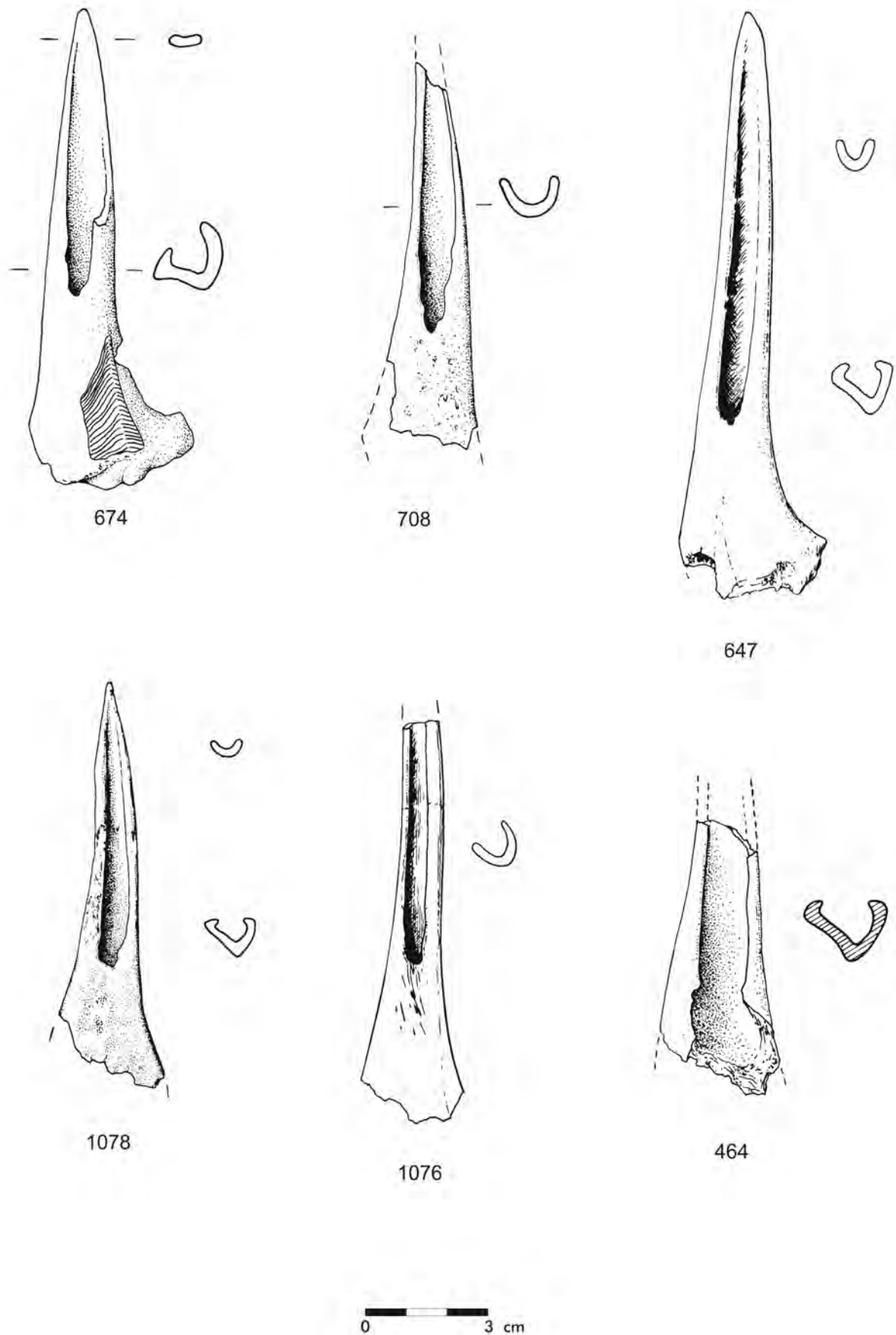


Figura V.2.10_Punzones del tipo A121b de la Cova del Montgó (n° 674), El Puig (n° 708), Cova de La Pastora (n° 647), Mola d'Agres (n° 1078), Mola Alta de Serelles (n° 1076) y Cerro de El Cuchillo (n° 464).

ra interna del foramen queda aproximadamente en el centro del canal medular preservado, mientras que en los del tipo A121c queda desplazado a la derecha o a la izquierda, dependiendo de qué extremidad del animal provenga el hueso. Esta característica resulta de especial utilidad en el caso de las piezas fragmentadas, en las que las epífisis no se han conservado y sólo se cuenta con porciones mesiales.

A diferencia del tipo A121b, del tipo A121c sí contamos con algunos elementos en el registro que nos ilustran acerca del proceso de trabajo seguido en su manufactura. A pesar de que en nuestro catálogo sólo se incluye una pieza en proceso de elaboración –nº 487– localizada en el Cerro de El Cuchillo (Fig. V.2.11), conocemos otra similar hallada en los relleños de acondicionamiento de un pavimento correspondiente a una unidad habitacional de la Fase II de Terlinques (Fig. V.2.12). Ambas son similares a la localizada por los Siret en los niveles de habitación de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: 26.79) (Fig. V.2.11).

Aunque desconocemos las circunstancias concretas de este último hallazgo, sí es posible precisar que tanto la pieza de Terlinques como la del Cerro de El Cuchillo se hallaron en posiciones secundarias, y por tanto desplazadas del área de actividad en la que pudieron estar siendo transformadas. Sin embargo, de su presencia en el interior de áreas de habitación se infiere que la producción de este tipo de artefactos se realizaría, como gran parte del trabajo de las materias óseas –excepción hecha del marfil– en áreas de actividad localizadas posiblemente fuera de las viviendas o junto a la entrada de las mismas.

En función de las huellas de elaboración conservadas en muchos de los ejemplares analizados y en función de los datos que podemos inferir de estas tres piezas inacabadas, parece que en primer lugar se procedía a la eliminación de la cresta tibial por medio de abrasión y raspado con un útil lítico, hasta abrir una ranura en la pared ósea que se prolongaba después hasta afectar completamente la diáfisis. En este punto es en

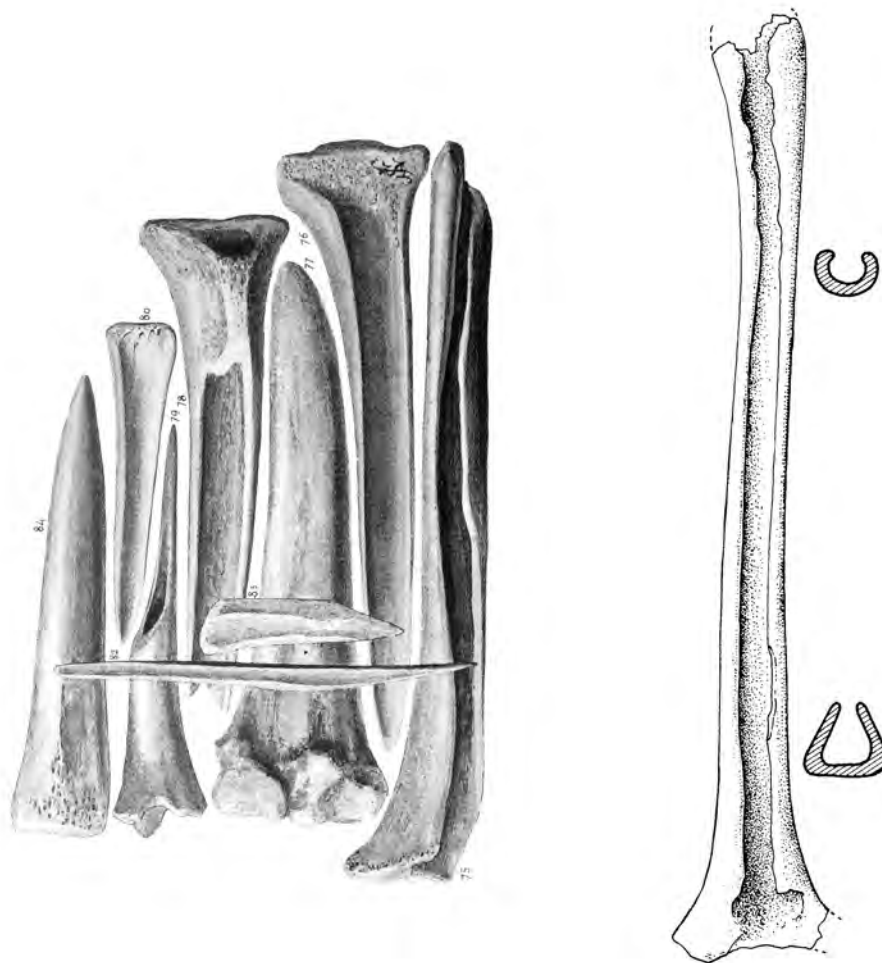


Figura V.2.11_ A la izquierda, punzones del tipo A121c de El Argar junto a los que aparece una pieza desechada en proceso de elaboración (derecha). A la derecha, pieza en proceso de elaboración registrada en el Cerro de El Cuchillo (nº 487).

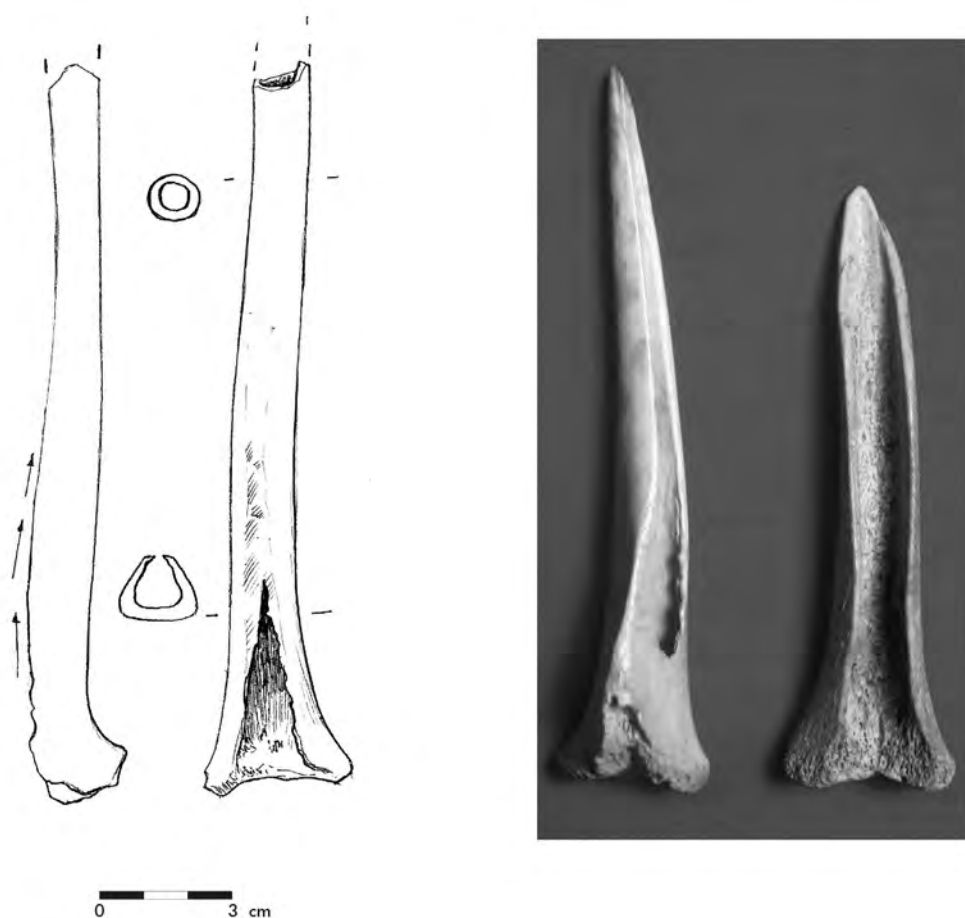


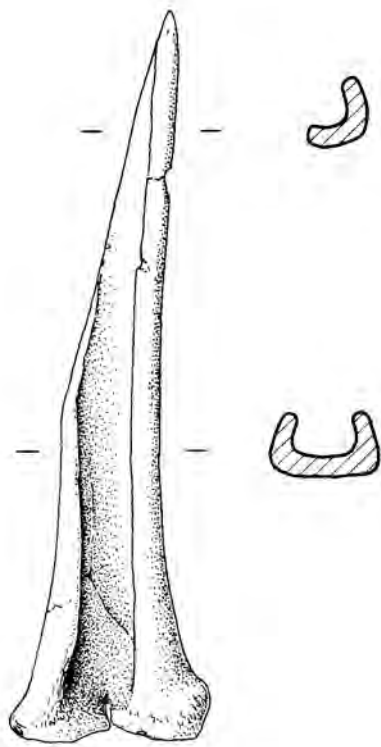
Figura V.2.12_ Tibia de ovicaprino procedente de un contexto doméstico de la Fase II de Terlinques con señales de elaboración relacionadas con la producción de un artefacto del tipo A121c. A la derecha, punzones del tipo A121b (izquierda) y A121c (derecha) de Cabezo Redondo, en los que se aprecia la diferente localización y características de los ranurados efectuados para la elaboración de uno y otro tipo.

el que la pieza del Cerro de El Cuchillo fue desechada por motivos que ignoramos, pues todo parece indicar que el proceso se realizó correctamente hasta ese momento. Más comprensible resulta dicho abandono en el caso de la pieza hallada por los Siret en El Argar, pues al parecer el ranurado se habría realizado de modo defectuoso, marcando una sinuosidad indeseada en el trazado de la abertura del canal medular. A pesar de ello, en ésta ya se había llegado a eliminar la epífisis distal de la tibia, si bien no se había procedido aún al apuntamiento del extremo distal del útil, acción que por lo que hemos podido observar en otros ejemplares acabados, se realizaba mediante una abrasión lateral de las paredes diafisarias en sentido oblicuo con respecto al eje longitudinal.

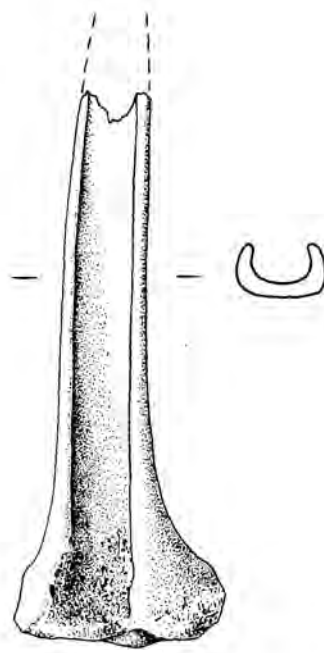
Artefactos de este tipo los hemos registrado en un número muy amplio de yacimientos, distribuidos por toda la zona en estudio, siendo singularmente numerosos los conjuntos analizados del Cerro de El Cuchillo –con 38 piezas– y, en menor medida, de la Lloma de Betxí –14 piezas– y Tabayá –7 piezas. Está presente en los yacimientos argáricos de San Antón, Laderas del Castillo y Pic de les Moreres, y en la zona del Prebético Meridional Valenciano lo encontramos en los

Cabezos de Valera, Peñicas, Cabeço del Navarro, Coroneta del Rei, Mas de Menente, Mola Alta de Sereles, Muntanya Assolada, La Atalayuela y El Picayo, por citar sólo algunos. Así mismo, en la zona oriental de La Mancha aparece entre el material analizado de La Peñuela, el Castellón y Zurridores, y se encuentra también presente entre los objetos hallados en algunas cuevas de toda la zona, como la Cova de la Barcella –nº 644–, la Sima del Pinaret –1247–, la Cova de La Pastora –649– o la Cueva de los Tiestos –nº 682.

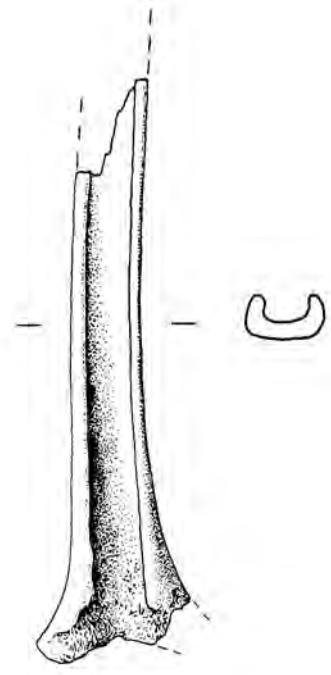
Al margen del material analizado por nosotros, el tipo se reconoce también en muchos yacimientos argáricos y de la periferia argárica. E. y L. Siret (1890: Lám. 25. 75- 78) reproducen varios ejemplares de El Argar localizados fuera de las sepulturas, y algún otro al que se pone en relación con alguna de ellas –tumba 711 (SIRET y SIRET, 1890: Lám.34.711). También hallaron artefactos del tipo A121c en Parazuelos (SIRET y SIRET, 1890: Lám.7.h) y Lugarico Viejo (SIRET y SIRET, 1890: Lám.16.23). Otros yacimientos argáricos en los que está presente son Fuente Álamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1980: Fig.12.1), Castellón Alto (CONTRERAS CORTÉS, 1997: 95), Peñalosa (CONTRERAS CORTÉS, 2000:164.Fig.8.1.3), Los Castellones de Laborcillas



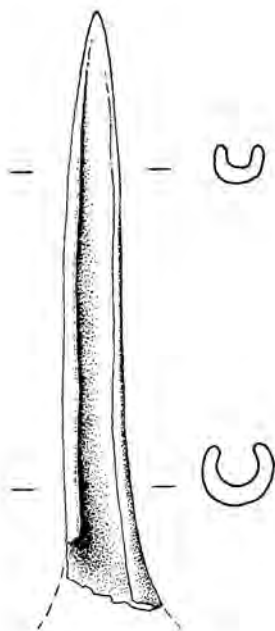
1271



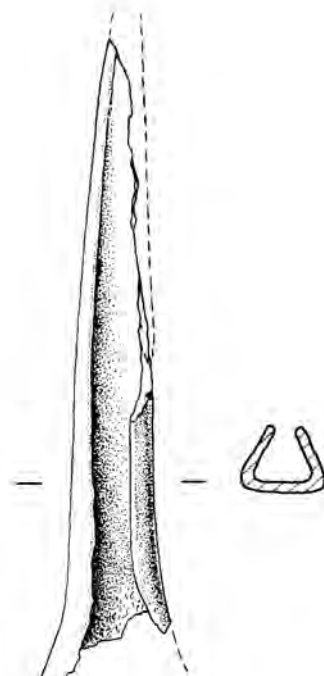
1272



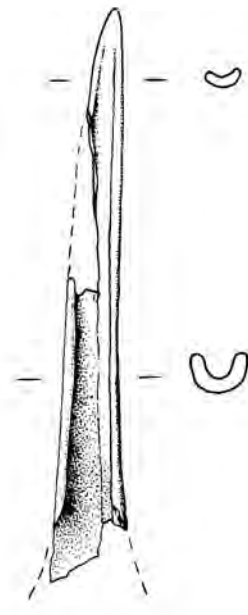
1273



1274



1267



1279



Figura V.2.13_ Punzones del tipo A121c de Tabayá.

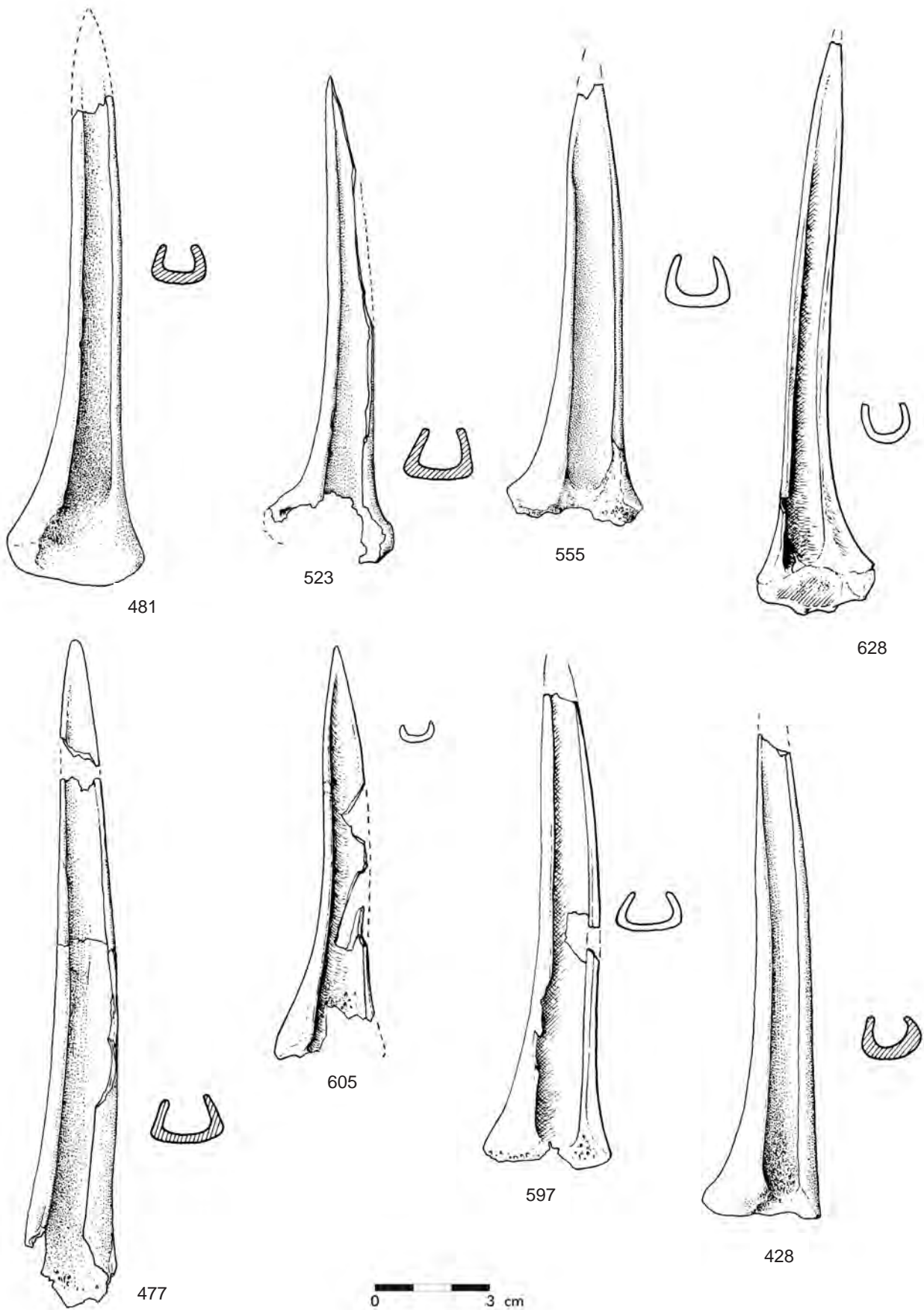


Figura V.2.14_ Punzones del tipo A121c del Cerro de El Cuchillo.

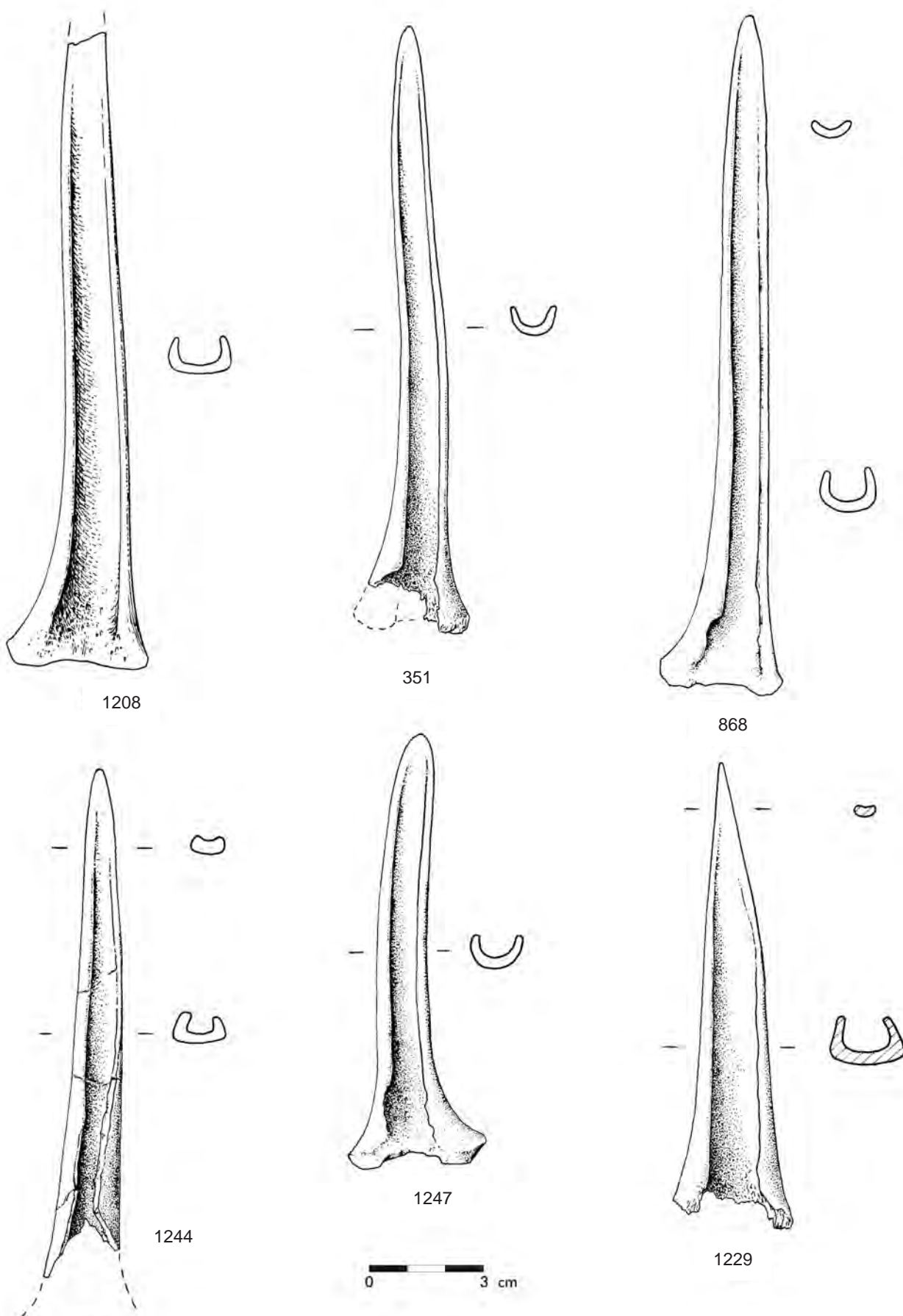


Figura V.2.15 Púnzones del tipo A121c de La Peñuela (n° 1208), Cabezos de Valera (n° 351), La Atalayuela (n° 868), Serra Grossa (n° 1244), Sima del Pinaret (n° 1247) y San Antón (n° 1247).

(SALVATIERRA CUENCA, 1982: 162), Puntarrón Chico (AYALA JUAN, 1980: 76) y Cerro de las Viñas (AYALA JUAN, 1991: fig. 156).

En La Mancha el tipo aparece registrado en la Motilla del Azuer (ALTAMIRANO GARCÍA, 2009: 43. Fig. 3.a y b), el Acequión (MARTÍN *et al.*, 1993:34, Fig.12.d), en el Cerro El Lebrillo (SIMÓN GARCÍA, 1987: 95, fig. 13.1), en la Motilla de Azuer (NÁJERA COLINO *et al.*, 1979: 34. Fig.7.f), Cerro del Cuco (FONSECA FERRANDIS, 1988: 52. Lám.I) y Cerro de la Campana (RUIZ, MUÑOZ y AMANTE, 1989), apareciendo incluso en el centro peninsular, en Estremera –Cueva de Pedro Fernández (FONSECA FERRANDIS, 1988: 53, lám. 2). También se constata su presencia en los yacimientos del Sistema Ibérico, como por ejemplo en el Cabezo del Cuervo (PARIS y BARDAVIU, 1924:11 Lám V) y en el Castillo de Frías (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 22. Fig.31.b).

A tenor de la información arqueológica referida a algunos de los artefactos de este tipo registrados, parece posible marcar para su producción y consumo un intervalo cronológico más antiguo que el propuesto para el tipo A121b, que como se ha visto, empieza a proliferar sólo a partir de *ca.* 1700 cal BC. En cambio, al contrario de lo que sucedía con éste último, el tipo A121c sí comparece en contextos que se retrotraen, cuando menos, a mediados del III milenio cal BC. Algo en este sentido apunta su presencia en yacimientos como Parazuelos o el Cerro de las Canteras (MAICAS RAMOS y PAPI RODES, 1996: 10, fig. 2), así como en alguna de las sepulturas de Los Millares –tumba 42 (LEISNER y LEISNER, 1943: Fig.20. 42.5) pero por nuestra parte hemos podido reconocer además diversos fragmentos de este tipo de punzones en yacimientos asociados a la presencia de cerámicas campaniformes, como el Peñón de la Zorra –nº 1204, 1205 y 1207– o Arenal de la Costa –nº 10. Así mismo, el tipo aparece registrado también a lo largo de toda la secuencia del Cerro de la Virgen (SCHÜLE, 1980), incluyendo los niveles fundacionales pre-argáricos.

Por lo demás, el tipo está presente en la fase III del yacimiento de Gatas, fechada entre *ca.* 1900 BC y *ca.* 1700 cal BC, aproximadamente (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1999: 66), en un horizonte cronológico sincrónico al de los ejemplares documentados en las fases I y II de Terlinques, de donde proceden los analizados por nosotros y todos los hallados hasta el momento. También aparece en el nivel I de la Lloma de Betxí, compartiendo el contexto de abandono localizado sobre los pavimentos de las Habitaciones I y II, por lo que aquí se constata la contemporaneidad del tipo A121c con el A121a en la Fase I de nuestra propuesta de periodización. Algo en lo que abunda su presencia en los estratos más profundos –nivel IV– del Castillo de Frías (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 22. Fig.31.b). En este mismo sentido apuntan los datos conocidos del Tabayá y del Cerro de El Cuchillo, a pesar de que en su caso no contamos más que con referencias incompletas.

También resulta, a nuestro juicio, sintomática la ausencia del tipo en los contextos analizados en los que el tipo A121b es más frecuente. Así, en Cabezo Redondo hemos inventariado 57 piezas reconocibles inequívocamente como punzones del tipo A121b frente a un único ejemplar del tipo A121c, y en otros yacimientos como Peña de Sax, cuya ocupación se ha fijado de un modo bastante preciso en el último cuarto del II milenio cal BC, el tipo A121c no está presente en absoluto. En consecuencia, todo indica que la producción y consumo de los punzones del tipo A121c se ubica cronológicamente, dentro de la periodización propuesta por nosotros, preferentemente en las Fases I y II, aunque no puede descartarse que su aparición en el registro artefactual de nuestra zona de estudio se remonte incluso a *ca.* 2500 cal BC, mientras que pocos o ningún ejemplar comparecen en contextos posteriores a *ca.* 1700 cal BC.

Como conclusión, puede proponerse teóricamente una secuencia en la dinámica de producción y consumo de los artefactos del tipo A121 que, recorriendo completamente el intervalo cronológico que abarcamos en nuestro estudio, implicó la sustitución de unos tipos por otros a lo largo de dicho espacio temporal, y que a tenor de las características morfométricas y la información arqueológica que acompaña a los artefactos registrados, dicha sustitución debió responder a la aplicación paulatina de cambios en el diseño del instrumento con los que se pretendió disminuir el tiempo invertido en su producción, o bien mejorar el rendimiento del útil en el desempeño del mismo tipo de actividades.

Tipo A122

Entre los artefactos considerados como punzones del grupo A12, el segundo conjunto en importancia son sin duda los manufacturados a partir de metapodios, en su mayoría de ovicaprinos, entre los que advertimos también la existencia de diversas variantes en función del modo en que se han trabajado, y de la morfología que en consecuencia adquiere el producto final, sin que podamos por el momento precisar si éstas responden o no en todos los casos a requerimientos específicos para el desempeño de funciones especializadas. A nivel macroscópico, y desde un análisis exclusivamente morfométrico, la que podría considerarse parte activa de estos utensilios no difiere en demasía –salvo quizá en lo que respecta al tamaño, el cual viene determinado por el tipo de soporte óseo elegido– del tipo A121 anterior.

Hemos diferenciado dos variantes que, al igual que en el caso anterior, responden a la preservación de epífisis distintas del hueso en el extremo proximal del artefacto: la epífisis proximal del metapodio en el tipo A122a, y la distal en el tipo A122b, si bien en éste último la epífisis aparece siempre seccionada perpendicularmente, al igual que en el tipo A122c, lo que permi-

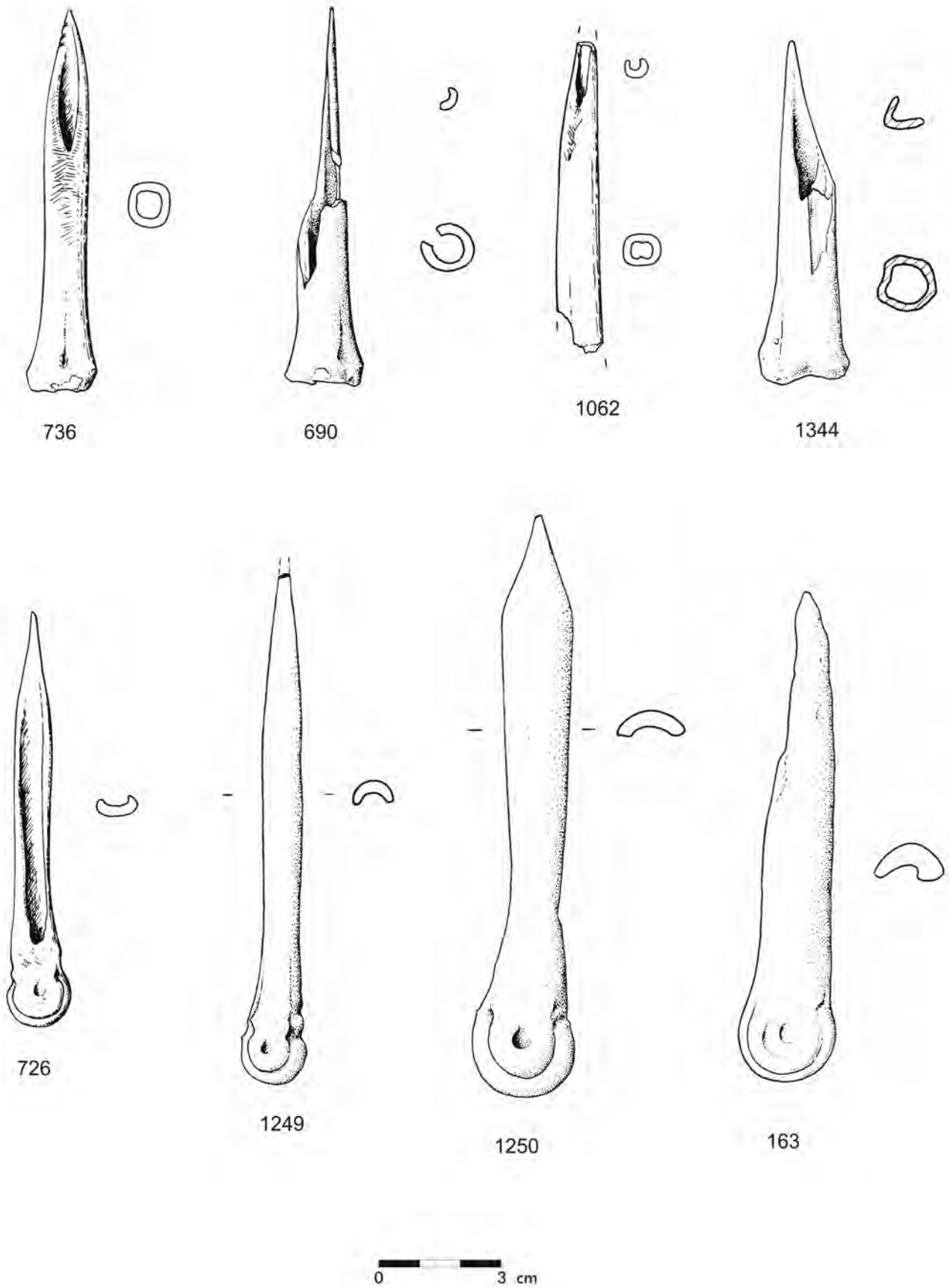


Figura V.2.16_Arriba, punzones del tipo A122a de Ereta del Pedregal (n° 736), Castellón (n° 690), Mola Alta de Serelles (n° 1062) y Tabayá (n° 1344). Abajo, punzones del tipo A122b de Ereta del Pedregal (n° 726), Simarro (n° 1249 y 1250) y Cabezo Redondo (n° 163).

tiría a éstos últimos homologarlos al tipo *poinçon sur metapode fendu de petit ruminant* propuesto por H. Camps- Fabrer (1990). Faltan por completo, en todos los contextos analizados que interesan a nuestro ámbito de estudio principal, los punzones sobre metapodios conservando completa la epífisis distal, que sin embargo están ampliamente representados en momentos del IV milenio cal BC, como muestran los conjuntos de la Ereta del Pedregal –nº 721, 722, 723, 724, 725, 727, 737, 738, 739, 740, 741, y 743–, entre otros.

Tipo A122a

Se trata, como avanzábamos, de punzones elaborados a partir de metapodios, principalmente de ovicaprinos, con apuntamiento en la parte distal del hueso que deja la epífisis proximal como parte de la zona de sujeción del útil (Fig. V.2.16). La producción sigue pautas similares a las ya descritas para los artefactos del tipo A121a, caracterizada por la apertura del canal medular de la epífisis por medio de percusión localizada –muy evidente en algunos casos, como en el de nuestras piezas nº 690 y 1344, del Castellón y Tabayá, respectivamente– para separar la porción desechada del hueso y que posteriormente se modifica mediante abrasión, de la que suelen quedar huellas apreciables junto al inicio de la abertura del canal medular.

El tipo está bien representado en contextos del IV milenio cal BC y aún anteriores, hallándose ejemplares tanto en la Ereta del Pedregal –nº 736– como en Jovades y otros yacimientos del área centro-meridional del Levante (PASCUAL BENITO, 1998: 49). En los yacimientos con ocupación durante el II milenio cal BC su presencia es mucho más escasa, habiéndolos documentado nosotros sólo entre los conjuntos artefactuales del Castellón, Tabayá y Mola Alta de Serelles. No obstante, en nuestra zona de estudio también se localiza en otros asentamientos, como El Oficio (SIRET y SIRET, 1890: lám. 62. 22), y se halla así mismo presente en yacimientos del área occidental peninsular, como el Castillo de Alange (PAVÓN MALDONADO, 1998: 121).

En el caso de la pieza del Tabayá, su aparición en los estratos basales de la estratigrafía –que en su punto más profundo llega a superar los 2 m de profundidad– habla bien a las claras de la antigüedad del contexto de procedencia, en el que se encontraba acompañado de cerámicas con decoración incisa que se ha relacionado con las últimas producciones campaniformes del sur del Vinalopó (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997). Esta antigüedad relativa se acomoda también a los datos registrados por W. Schüle (1980: Lám. 18.V.1195), que reporta un ejemplar del tipo en el nivel I/IIA del Cerro de la Virgen.

En principio, por tanto, se puede proponer que la producción y consumo de estos punzones sobre metapodios, bien documentada en momentos del V y IV milenios cal BC, debió mantenerse hasta poco después del final de nuestra Fase I, y en todo caso, no más allá

del intervalo temporal marcado para el tipo A121a, con el que comparte muchos rasgos debidos a la aplicación de unas mismas técnicas de elaboración.

Tipo A122b

Además del empleo de la epífisis opuesta del metapodio, los punzones de este tipo se caracterizan por el seccionado longitudinal de la diáfisis y el apuntamiento de la parte proximal del hueso (Fig. V.2.16). Se trata de un tipo muy bien conocido en la bibliografía debido a que el soporte seleccionado para su realización y las técnicas utilizadas en su manufactura forman parte del acervo tecnológico de muy diversos grupos humanos de Europa desde al menos tiempos neolíticos (CAMPS-FABRER y D'ANNA, 1976; MURRAY, 1979).

Sin embargo, este tipo de artefactos apuntados se muestra aún más escaso en contextos del II milenio cal BC que el tipo precedente. Tanto es así, que entre el conjunto artefactual que hemos analizado tan sólo se ha hallado un ejemplar, procedente de las excavaciones de J. M. Soler en el Cabezo Redondo de Villena –nº 163– y que a tenor de las irregularidades que se observan en la parte distal, es probable que se trate de un esquirlado afortunado de la epífisis, aprovechado posteriormente para la realización de algún tipo de tarea inespecífica, que de un auténtico artefacto elaborado a partir de un diseño prefijado. La forma de esta pieza, no obstante, se asemeja a la de algunos otros ejemplares que hemos localizado en yacimientos de cronología claramente anterior –como la Ereta del Pedregal (nº 726)- y de algún otro que contiene depósitos correspondientes a una ocupación amplia en el tiempo, y para los que carecemos de información contextual –piezas nº 1249 y 1250, de Simarro– que es posible pertenezcan a niveles previos a la Edad del Bronce. En cualquier caso, aunque en número reducidísimo, el tipo está presente en algunos yacimientos con una intensa ocupación durante el intervalo temporal que nos interesa, como el ya indicado de Cabezo Redondo o como San Antón, de donde J. Furgús (1937: II, Lám. VII, Fig. 12ª) reporta otro ejemplar de este tipo.

Tipo A122c

La última variante que hemos considerado dentro de este tipo contempla punzones sobre metapodios de ovicaprino, también seccionados longitudinalmente, pero con apuntamiento en la parte distal del hueso y, por tanto, conservando la epífisis proximal en la zona basal del instrumento con su morfología anatómica inalterada (Fig. V.2.17). Aunque la mayor parte de las piezas registradas se han elaborado en metapodios de ovicaprinos, hemos encontrado también algunos ejemplares realizados a partir de metapodios de especies salvajes como el ciervo –por ejemplo, en la Ereta del Pedregal (nº 729 y 730)- y también de bóvidos, lo que determina unas dimensiones mayores del artefacto que

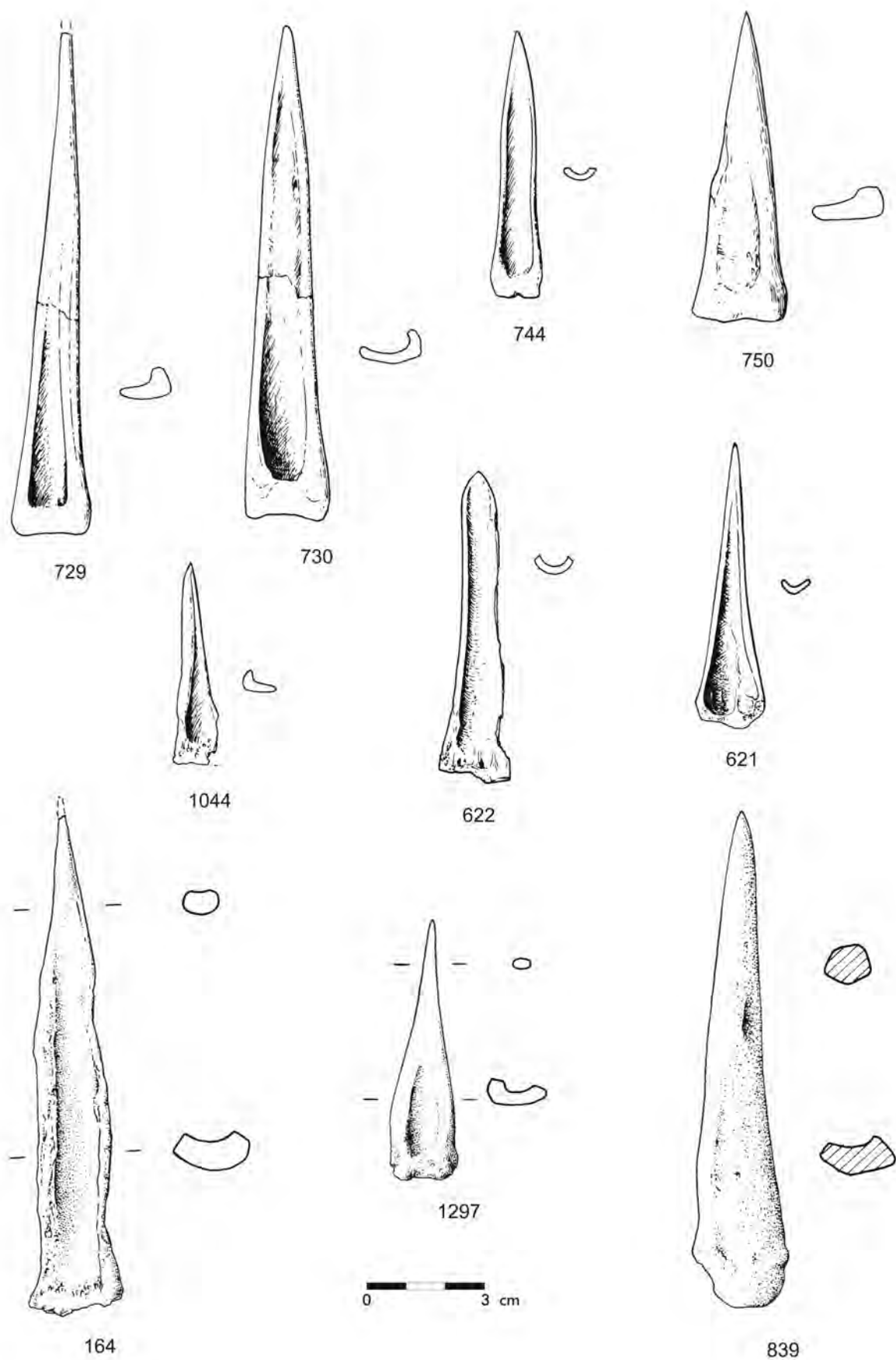


Figura V.2.17_Punzones del tipo A122c de Ereta del Pedregal (n° 729, 730, 744 y 750), Mola Alta de Serelles (n° 1044), Cerro de El Cuchillo (n° 621 y 622), Cabezo Redondo (n° 164), Tabayá (n° 1297) e Illeta dels Banyets (n° 839).

probablemente tengan relación con diferentes escalas de trabajo o incluso con el trabajo de distinto tipo de materiales, lo que en estos momentos no es posible precisar.

Como los tipos precedentes, tampoco éste parece ser muy abundante en los registros de los yacimientos analizados, excepción hecha de la Ereta del Pedregal, en donde se han identificado siete piezas. En Cabezo Redondo sólo se localizó un ejemplar (nº 164) que, al igual que el hallado en la Illeta dels Banyets (nº 839), destaca por su superior tamaño, al estar elaborados ambos sobre porciones longitudinales de metapodios de bóvido. Los realizados sobre metapodios de ovicaprinos son algo más numerosos, a pesar de que tampoco contamos con un conjunto demasiado nutrido: dos piezas en el Cerro de El Cuchillo (nº 621 y 622), un pequeño ejemplar en la Mola Alta de Serelles (nº 1044) y otro del Tabayá (nº 1297), que muestran todos prácticamente agotada la porción distal del instrumento a consecuencia de continuos reavivados del extremo apuntado.

En nuestra zona de estudio, el tipo se encuentra presente en la Motilla del Azuer (ALTAMIRANO GARCÍA, 2009: 43. Fig. 3.c) y también en yacimientos del ámbito argárico, como El Argar (SIRET y SIRET, 1890: Lám.25.80, 86 y 97) y El Oficio (SIRET y SIRET, 1890: Lám.62.26), aunque resulta especialmente reconocible en yacimientos con una intensa ocupación anterior, como Campos (SIRET y SIRET, 1890: Lám.10.32), y en los niveles inferiores de la estratigrafía del Cerro de la Virgen –niveles I y I/IIA (SCHÜLE, 1980: Lám. 3, 19 y 26.V.1020), donde resulta relativamente numeroso.

En conclusión, parece que puede establecerse un ámbito cronológico preferentemente fijado en nuestra Fase I para este tipo de punzones, contemplando en todo caso alguna presencia ocasional en contextos posteriores a ca. 1900- 1800 cal BC, en sintonía con la cronología propuesta para el tipo A121a sobre tibia de ovicaprino. Sin embargo, el abandono de la producción normalizada de los artefactos del tipo A122b pudo incluso darse en momentos más tempranos aún.

Tipo A123

El tercer conjunto de punzones sobre piezas óseas con epífisis sin modificar en el extremo proximal es el de los elaborados sobre radios, principalmente de ovicaprinos, pero también de otras especies tanto salvajes como domésticas (Fig. V.2.18). Los medios empleados en su producción no difieren en nada, hasta donde hemos podido observar, de los ya mencionados en relación a los tipos A121a y A122a, consistentes en la eliminación de una de las epífisis –en la mayoría de los casos, la epífisis proximal– mediante percusión localizada y posterior modificación con abrasivos líticos.

En rigor, el tipo debería subdividirse al menos en dos variantes, atendiendo a la existencia de algunas piezas analizadas en las que el extremo proximal ofre-

ce conservada la epífisis proximal –nº 106, de Cabezo Redondo, y nº 399 del Cerro de El Cuchillo–, y otro –nº 1043, de la Mola Alta de Serelles– en el que se obtuvo un objeto aguzado a partir de la sección longitudinal de la diáfisis del radio, conservando la parte correspondiente de la epífisis distal. Sin embargo por el momento hemos optado por no hacerlo debido a la escasa representación del tipo en el conjunto artefactual analizado, que hace plantear seriamente la posibilidad de que algunas de las piezas no respondan a patrones de diseño normalizados.

El uso esporádico del radio de animales de talla media y pequeña en nuestro ámbito temporal y geográfico de estudio se pone también de manifiesto por la relativa aleatoriedad de su presencia en la muestra analizada, pues concurre principalmente en los yacimientos que han aportado un mayor número de efectivos a la misma –Cabezo Redondo y Cerro de El Cuchillo– y en algunos otros enclaves que no aportan información precisa respecto de los contextos en los que aquéllos aparecieron, como Castillarejo de los Moros (nº 362) o Cabeço del Navarro (nº 15).

Tipo A211

La ausencia de restos de epífisis en el diseño final del artefacto es lo que caracteriza a los objetos del grupo A2, en el que hemos diferenciado distintos tipos en función de la forma que ofrece la sección de la parte mesial del instrumento, que según el soporte óseo seleccionado y el grado de transformación a la que se somete la porción extraída del mismo, mostrará una morfología más o menos próxima a la anatómica. Corresponden aproximadamente al tipo de punzón definido como “punzones facetados totalmente” (PASCUAL BENITO, 1998: 54), que en clasificaciones propuestas para otras partes de Europa se descompone en “*poinçon sur esquille fendue regularisee ou non a l'extremite proximale*” (CAMPS- FABRER, 1990), “*pointe à façonnage élaboré*” y “*pointe entièrement façonnée*” (CHOI, 2002: 241; 253).

Con carácter general, la eliminación de la epífisis obedece mayoritariamente, a nuestro juicio, a un requerimiento funcional relacionado con el enmangado de las piezas en empuñaduras de madera o de algún otro tipo de material, para lo que resultaba necesario facilitar la inserción del extremo proximal, si bien esto resulta más plausible en unos casos que en otros. Se ha de admitir también, por otra parte, la posibilidad de que determinados productos en estado fragmentario, clasificados dentro de este grupo, pudieran corresponder realmente a piezas incompletas del grupo A1. En algunos casos se ha podido observar cómo ciertos productos aquí clasificados han resultado del reciclado de porciones fragmentadas de otros tipos de artefactos, algo que se aprecia con claridad en conjuntos como los del Cerro de El Cuchillo, en el que diversas piezas se convirtieron en productos del tipo A211 modificando

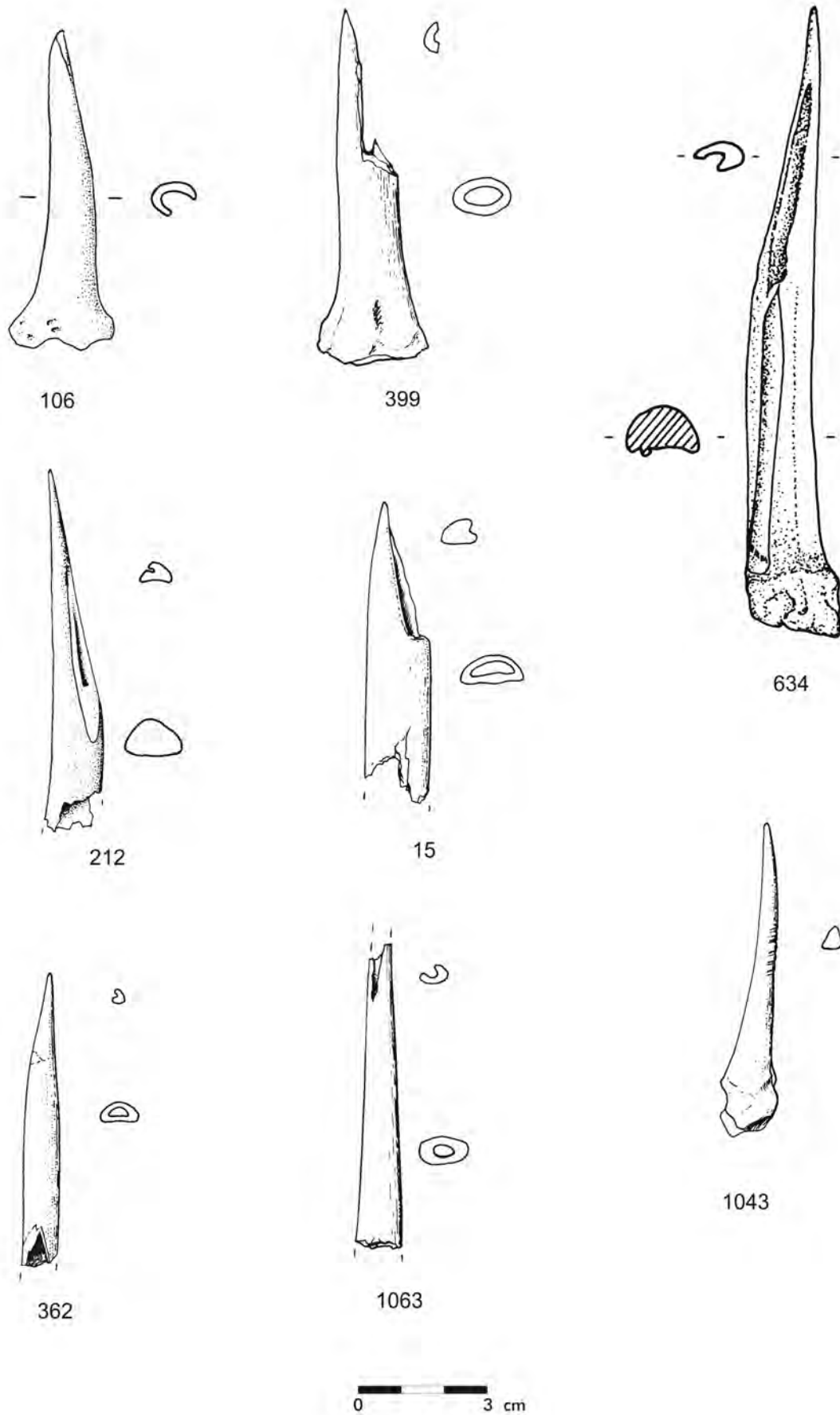


Figura V.2.18_Punzones del tipo A123 de Cabezo Redondo (nº 106 y 242), Cerro de El Cuchillo (nº 399), Coroneta del Rei (nº 634), Cabeço del Navarro (nº 15), Castillarejo de los Moros (nº 362), Mola Alta de Serelles (nº 1043 y 1063).

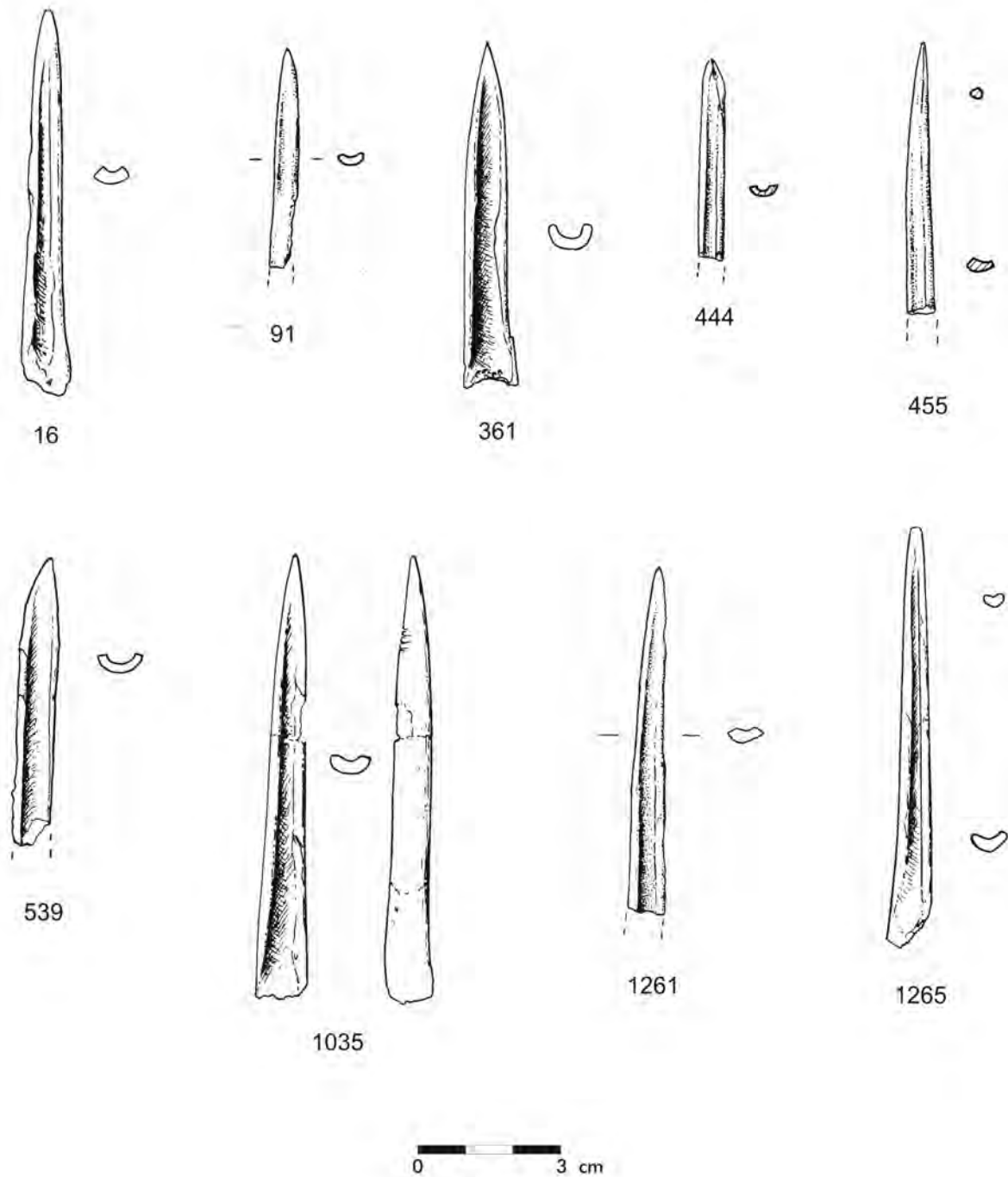


Figura V.2.19_Punzones del tipo A211a de Cabeço del Navarro (n° 16), Cabezo Redondo (n° 91), Castillarejo de los Moros (n° 361), Cerro de El Cuchillo (n° 444, 455, 539), Mola Alta de Serelles (n° 1035) y Tabayá (n° 1261 y 1265).

y rebajando las aristas y apuntando mediante abrasión los extremos de esquirlas de punzones del tipo A121c fracturados longitudinalmente.

El primero de los tipos reconocido dentro del grupo A2 es el A211, elaborado a partir de porciones longitudinales de diáfisis que conservan si no intacto, sí perfectamente reconocible el canal medular del hueso, lo que confiere una característica sección transversal cóncavo-convexa a su zona mesial. La producción de este tipo de instrumentos se basa en las mismas técni-

cas ya descritas para los tipos A122b y A122c, con la diferencia de que en las piezas del tipo A211 la epífisis ha sido seccionada mediante percusión. Ello se aprecia con claridad cuando la pieza se ha conservado completa, aunque como ya hemos mencionado, no se puede asegurar en los casos con fracturas e incompletos.

Se trata de un objeto relativamente abundante en la muestra analizada, habiéndose reconocido 63 ejemplares que, en atención a criterios de soporte óseo empleado y a algunas características morfométricas he-

mos considerado conveniente separar en dos variantes: A211a y A211b. Las diferencias entre ambas creemos así mismo que obedecen a una distinta orientación en cuanto a la función que unas y otras realizaban, y que probablemente en el caso de la última debió estar relacionada con el trabajo de materiales más recios y resistentes que la primera.

Tipo A211a

Los punzones de este tipo, mayoritariamente elaborados a partir de porciones longitudinales de diáfisis de metapodios de ovicaprinos (Fig. V.2.19), presentan una marcada esbeltez en su forma que contrasta notablemente con los artefactos del tipo A211b, sobre los que trataremos seguidamente. Sin embargo, en lo que se refiere a la producción de ambos tipos de objetos, la diferencia más ostensible -al margen del propio soporte óseo escogido para la elaboración de cada uno de ellos- es la realización, en los artefactos del tipo A211a, de un corte perpendicular con respecto a la vertical de la diáfisis del hueso, de manera que el canal medular interno aparece visible a lo largo de todo el recorrido longitudinal del objeto, manteniendo una anchura aproximadamente regular, hasta alcanzar el extremo apuntado, y conservando en todo momento una sección transversal en forma de “U”, más o menos achatada, a lo largo del fuste. R. Maicas (2007: 136) reconoce un tipo denominado “hendido de talón trabajado” que corresponde con el tipo que aquí proponemos.

En alguno de los ejemplares se advierte la presencia de ranurados laterales relacionados con la abrasión del extremo distal, como en la pieza nº 1035, de la Mola Alta de Serelles, aunque en su mayoría lo que se observa en los extremos apuntados son reiterados

reavivados que pretendían prolongar la vida útil del utensilio. En piezas completas, como la nº 1265, del Tabayá, parece haberse conservado también un lustre en el extremo proximal que, como ya se indicó, podría estar relacionado con el enmangado en madera. Es sin duda una posibilidad que tal vez esté relacionada también con el tipo de fracturas que presentan otros ejemplares, que a menudo se encuentran en la zona mesial del instrumento.

El tipo presenta una distribución amplia en el conjunto de la muestra analizada, que a nuestro juicio responde a unas pautas de producción y consumo bastante prolongadas en el tiempo, en general abarcando todo el intervalo temporal que aquí nos ocupa. Su morfología y las señales macroscópicas que muestran en el extremo distal hacen plausible proponer un uso de este tipo vinculado bastante estrechamente con la punción y perforación de materiales de mediana consistencia, como por ejemplo pieles, cueros o corteza de árboles.

Tipo A211b

Por el contrario, los artefactos del tipo A211b deben, sin duda, relacionarse con el desempeño de otra clase de actividades, como a todas luces denuncia el propio tipo de soporte óseo seleccionado para su producción. En este caso, se trata sistemáticamente de porciones longitudinales de diáfisis de metapodios de bóvidos o de diáfisis de otros huesos largos de paredes de grosor apreciable, que proporcionan a la herramienta una mayor consistencia, lo que le permitiría actuar sobre materias de mayor dureza (Fig. V.2.21). Así mismo, y a diferencia del tipo precedente, en este caso el aserrado longitudinal de la diáfisis no se realiza en sentido paralelo al eje longitudinal del hueso, sino que adopta un plano ligeramente oblicuo que busca



Figura V.2.20_Punzón del tipo A211b de Laderas del Castillo (nº 930). A la izquierda, vista en norma superior e inferior de la parte distal. A la derecha, detalle de las escamaciones conservadas en la punta de la pieza producidas por impactos localizados.

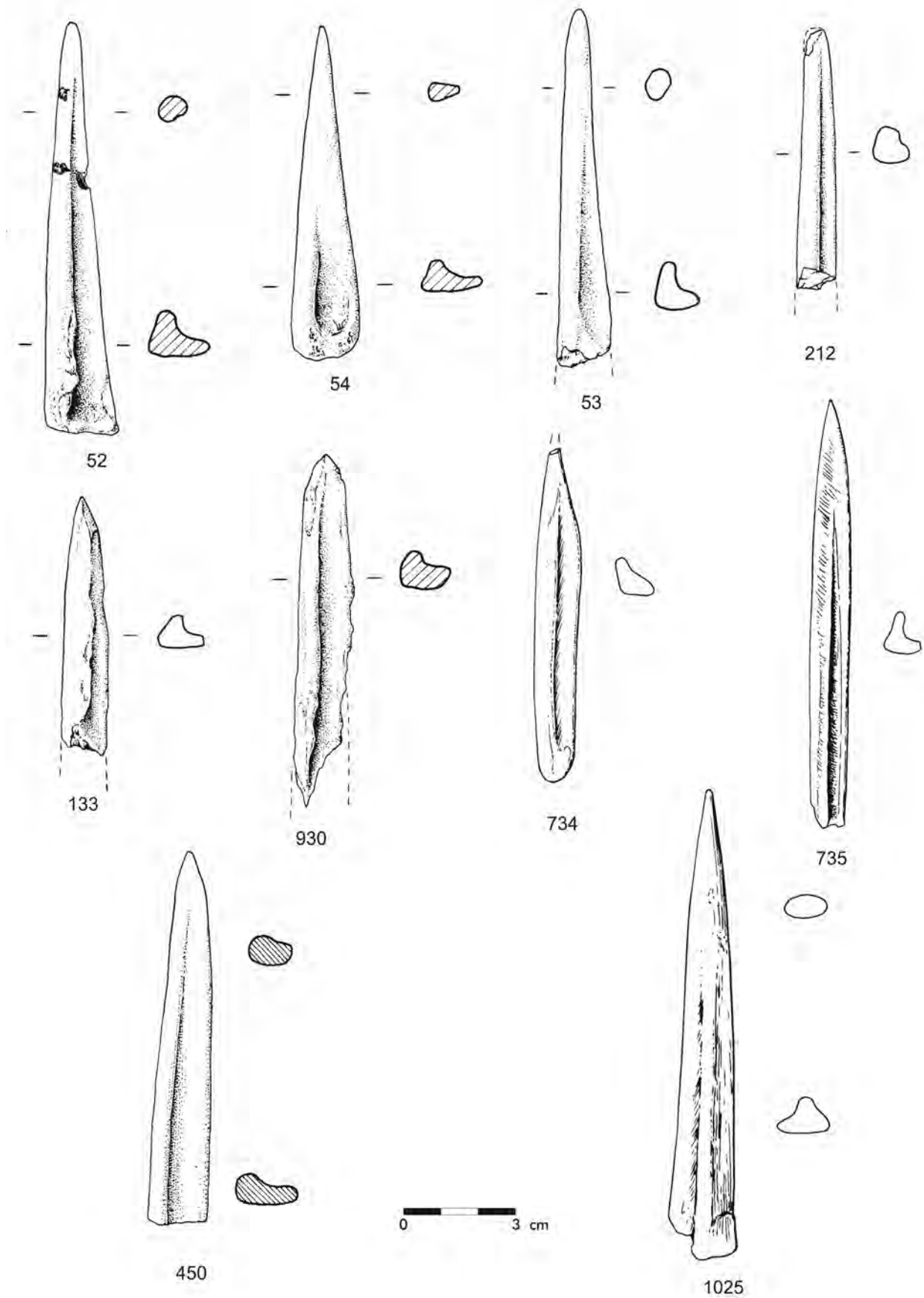


Figura V.2.21_Punzones del tipo A211b de Cabezo Redondo (n° 52, 54, 53, 133 y 212), Laderas del Castillo o San Antón (n° 930), Ereta del Pedregal (n° 734 y 735), Cerro de El Cuchillo (n° 450) y Mas del Corral (n° 1025).

abarcó la mayor cantidad posible de pared diafisaria manteniendo una anchura más o menos constante del fuste. Ello hace que el canal medular interno aparezca mucho menos marcado que en los artefactos del tipo A211a, y que la punta presente una sección transversal de mayor espesor y una forma circular o pseudo-circular mucho más acusada.

Entre los ejemplares registrados encontramos varios que evidencian continuados reavivados de la parte apuntada, realizados para mantener la pieza en activo. Sin duda ésta es la causa del acortamiento que presentan algunos ejemplares catalogados, como la pieza nº 54. En otros casos la punta aparece completamente embotada, e incluso roma –nº 212– apreciándose además con nitidez el levantamiento de una escama ósea en el extremo distal, rasgo que comparte con algunos otros en los que puede observarse que antes de ser definitivamente desechados, sufrieron con reiteración golpes o impactos sobre materiales de considerable dureza. En consecuencia, la morfología general de estos punzones y sobre todo, las señales que pueden observarse sobre la superficie de la parte apuntada (Fig. V.2.20), invitan a pensar que pudieron emplearse preferentemente en la talla lítica por presión.

En nuestro catálogo el tipo aparece en los conjuntos analizados de la Ereta del Pedregal, Cabezo Redondo, Cerro de El Cuchillo, Laderas del Castillo y Mas del Corral, entre otros, y también se lo puede reconocer en el registro publicado de otros yacimientos de nuestro ámbito de estudio, como por ejemplo en Zapata y Fuente Álamo (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 20.58 y Lám. 65.58). Todo indica que su producción y consumo se prolonga a lo largo de toda la etapa cronológica que aquí consideramos.

Tipo A221

El segundo conjunto de piezas del grupo A2 se compone de punzones elaborados también sobre porciones longitudinales de diáfisis pero en las que ya apenas es perceptible en la morfología final del artefacto la presencia del canal medular interno (Fig. V.2.22 y 23). En el caso del tipo A221, la forma general de la sección transversal es oval, circular o pseudo-circular, apreciándose en algunos ejemplares la realización de un intenso trabajo de abrasión para regularizar toda la superficie del útil, mientras que en algunos otros se observa un trabajo mucho menos intenso. Su correspondencia con el tipo “*pointe entièrement façonnée*” definido por la *Commission de Nomenclature* es bastante clara (CAMPS- FABRER, 1990; CHOI, 2002).

En lo que respecta a su elaboración, la mayoría son porciones de diáfisis extraídas mediante aserrado, percusión a algún otro medio que no nos es posible precisar dada la intensidad de las transformaciones sufridas por el soporte con posterioridad a esta ope-

ración, que han hecho desaparecer cualquier señal relacionada directamente con aquélla. No obstante, también encontramos algunas esquirlas modificadas, resultantes quizá del reciclado de otros utensilios fracturados, y aún otros –como las piezas nº 88 y 199, de Cabezo Redondo, y las piezas nº 1252 y 1264, del Tabayá– que se elaboraron a partir del aserrado de la epífisis de huesos con diáfisis sin canal medular, en especial ulnas de diversas especies, todo lo cual exigía una inversión de trabajo mucho menor.

En el tipo se han clasificado objetos de dimensiones diversas, que evidentemente no debieron emplearse para llevar a cabo el mismo tipo de actividades. Junto con algunos de considerable longitud y grosor –como por ejemplo la pieza nº 557, del Cerro de El Cuchillo– encontramos otros de apenas unos centímetros y mucho más livianos –por ejemplo, las piezas nº 486, 528 y 553, también del Cerro de El Cuchillo. Estas diferencias, patentes también en otros contextos, han aconsejado a algunos investigadores proponer tipos separados, descritos como “puntas” (Pascual Benito, 1998: 56) o “micropunzones” (MAICAS RAMOS, 2007: 141) para describir a las piezas de menor tamaño. Especialmente en lo que concierne a los ejemplares fragmentados de éstas últimas, se ha de reconocer la posibilidad de que una parte por ahora no determinable de ellas pudieran corresponder realmente a fragmentos de piezas clasificables en otros tipos de puntas y punzones, o incluso entre alguna de las variedades de alfileres y agujas que más adelante veremos.

Las huellas observadas por J. L. Pascual (1998: 57) en alguno de los ejemplares de la Ereta del Pedregal permiten inferir que al menos una gran parte –si no toda– de los artefactos de este tipo se utilizaron insertados en mangos de madera y, más esporádicamente, de hueso. En el caso del yacimiento de la Ereta del Pedregal, al menos una de las puntas localizadas se encontró todavía incluida dentro de uno de estos mangos de hueso. A nuestro entender, y a pesar de que no es posible por el momento corroborarlo mediante análisis traceológicos, la totalidad de los artefactos reunidos en este tipo debió emplearse enmangado, y usarse de modo análogo a los punzones de metal.

Con más de cuarenta ejemplares inventariados es un tipo bien documentado en toda la zona de estudio, habiéndose reconocido en un número importante de los yacimientos analizados de entre los que destacan sin duda por su importancia los conjuntos de Cabezo Redondo y del Cerro de El Cuchillo. Su presencia en yacimientos del IV milenio cal BC, como Ereta del Pedregal (PASCUAL BENITO, 1998: 56) o Almizaraque (MAICAS RAMOS, 2007: 141) muestran su anterioridad al intervalo cronológico que abarca nuestro estudio, mientras que las piezas documentadas en Cabezo Redondo corroboran el mantenimiento de su producción y consumo hasta al menos los momentos finales del mismo.

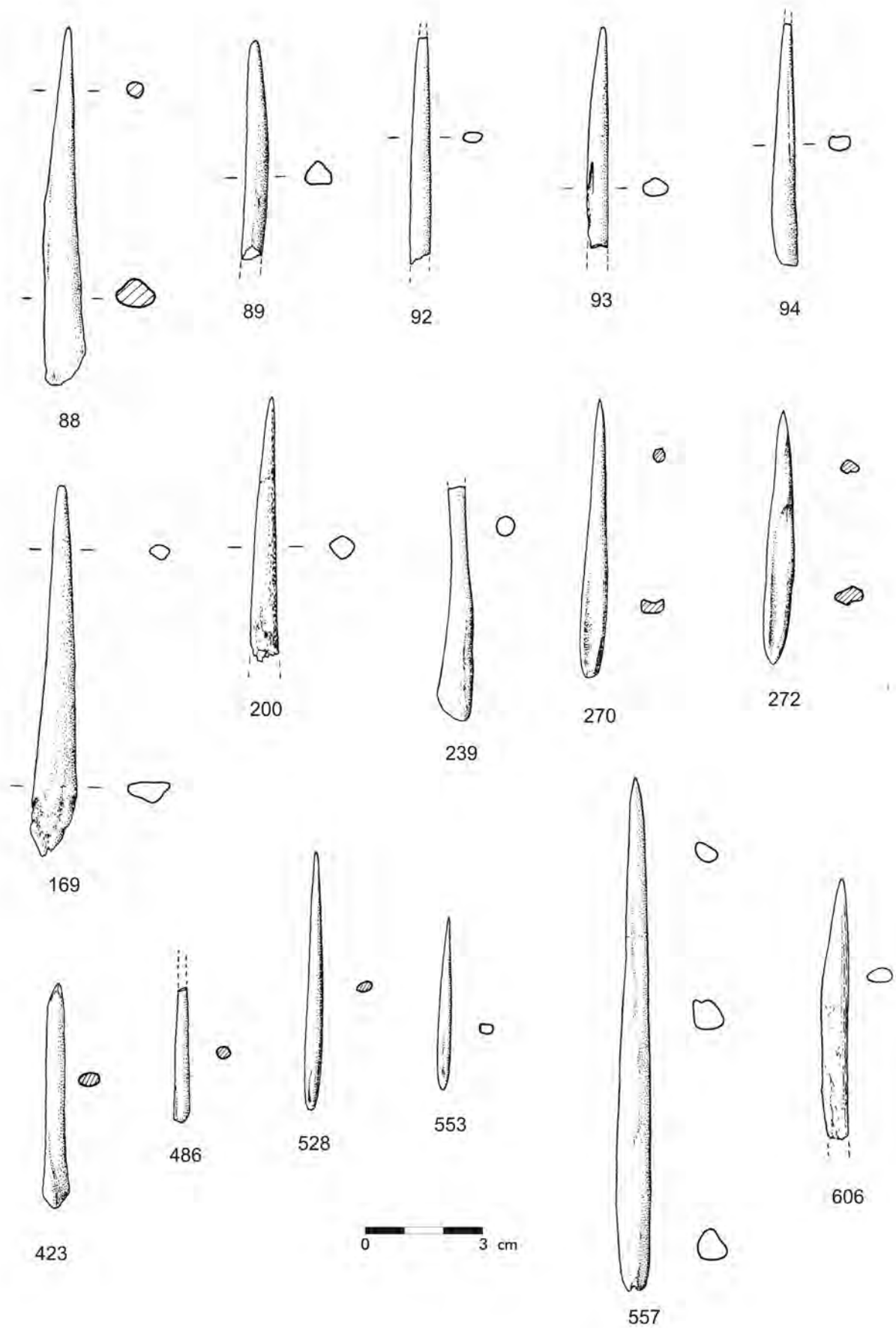


Figura V.2.22_Punzones del tipo A221 de Cabezo Redondo (n° 88, 89, 92, 93, 94, 199, 200, 239, 270 y 272) y Cerro de El Cuchillo (n° 423, 486, 528, 553, 557, y 606).

Tipo A222

En segundo lugar, encontramos los artefactos apuntados que ofrecen una sección transversal de forma acusadamente aplanada en el fuste, algunas de las cuales caben en tipos propuestos por otros investigadores, como “*pointe plate sur cote*” (CAMPS-FABRER, 1990: III. Ficha 11; Choi, 2002: 229), si bien aquí sólo aplicable a los artefactos elaborados a partir de costillas hendidas, y no a la totalidad de los objetos reunidos por nosotros en el tipo. En él se encuentran también otras piezas elaboradas a partir de varillas de asta de ciervo que, en rigor, también pudieran separarse como una variedad del tipo a la vista de sus peculiaridades.

En efecto, el conjunto de útiles clasificado por nosotros dentro del tipo A222 (Fig. V.2.24 y 25) se compone, por una parte, de artefactos producidos mediante el seccionado longitudinal de costillas de rumiante, en el que sin embargo encontramos pocos ejemplares – n° 193 y 331 de Cabezo Redondo y n° 595 del Cerro de El Cuchillo; por otra, piezas elaboradas a partir de porciones longitudinales de diáfisis, en ocasiones reciclando claramente partes de otros tipos de artefactos óseos fragmentados – como las piezas n° 256 de Cabezo Redondo y n° 412 y 425 del Cerro de El Cuchillo – y en otras seleccionando porciones determinadas de huesos largos, e intensamente trabajadas – como las piezas n° 416, 471 y 516 del Cerro de El Cuchillo; y finalmente, las varillas apuntadas de asta de cérvidos de las que ya hemos hecho comentario y que se localizan en diversos yacimientos estudiados (Fig. V.2.25).

Las piezas apuntadas elaboradas sobre costillas hendidas de rumiantes de mediano y gran tamaño no son abundantes en nuestro catálogo, lo que permite inferir que no se trató de un producto ampliamente producido y consumido en la etapa que abarca nuestro ámbito preferente de análisis. En cualquier caso, su presencia en yacimientos como Campos (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 10. 46-47), Almizaraque (MAICAS RAMOS, 2007: 137) o Cerro de la Virgen (SCHÜLE, 1980: Lám. 2) revelan claramente una trayectoria en su consumo que probablemente se inicia en tiempos neolíticos (SALVATIERRA CUENCA, 1980: fig. 2.4 y fig. 6.3).

Hace ya tiempo, C. Murray (1982) ensayó la cadena de operaciones involucrada en el proceso de producción de artefactos apuntados sobre costillas de grandes rumiantes a partir del estudio del registro óseo del yacimiento de Auvernier- Port, en Suiza. Parece plausible que varias de dichas operaciones se llevaran a cabo también en los ejemplares que hemos analizado, especialmente en lo concerniente a la separación de las caras ventral y lateral de las paredes epifisiarias, si bien en los casos estudiados por nosotros se evitó siempre mantener la curvatura anatómica que presenta el soporte y que las piezas suizas conservan mayoritariamente, lo que también determina una longitud menor para nuestros ejemplares. De igual modo, parece improbable que el empleo dado a estas piezas en los

yacimientos lacustres centroeuropeos fuera el mismo que en la Península Ibérica, pues en ningún caso se han registrado aquí formando conjuntos que permitan inferir su uso como peines o instrumentos de cardado, como se ha podido documentar en aquéllos (CAMPS-FABRER, 1990: III. *Fiche* 11).

Por el contrario, las piezas del tipo A222 elaboradas a partir de varillas de asta de cérvido se muestran mucho más presentes en el registro del II milenio cal BC de nuestro ámbito de estudio. Todas parecen haberse realizado a partir de la extracción de varillas de anchura variable que en casi todos los casos conservan claramente en su superficie tanto restos del tejido esponjoso interno como de la corteza superficial del asta. Las huellas presentes en los bordes laterales de algunas de ellas permiten apreciar cómo dicha extracción se llevó a cabo por medio de ranurados realizados probablemente con instrumentos líticos de filo cortante hasta posibilitar la separación de la preforma. Según el dibujo marcado por los surcos del ranurado, encontramos piezas más bien alargadas con un apuntamiento obtenido de forma progresiva desde la parte proximal y mesial – n° 365, del Castillarejo de los Moros, y n° 537, del Cerro de El Cuchillo – o bien instrumentos más cortos, con una anchura más o menos constante y un apuntamiento marcado en el extremo distal por una abrasión convergente de los bordes laterales – n° 367 del Castillarejo de los Moros y n° 25, del Cabezo del Navarro. En otros casos, las piezas ofrecen una morfología más o menos intermedia entre ambas soluciones.

De las primeras hallamos algunos ejemplos registrados en contextos anteriores al II milenio cal BC en yacimientos como la Ereta del Pedregal, a los que se ha definido como “puñales sobre varilla de cuerna” (PASCUAL BENITO, 1998: 61), y como hemos visto se encuentran bastante bien representados en el ámbito periférico argárico de nuestra zona de estudio. A las piezas analizadas por nosotros podemos también añadir varias otras publicadas de la Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1992: 147, Fig. 136. 514) y la Motilla del Azuer (ALTAMIRANO GARCÍA, 2009: 46. Lám. V) y otras más localizadas a lo largo de la secuencia ocupacional del yacimiento de Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 363. Fig. 18.53.1016,405. Fig. 18.86.1531 y 415. Fig. 18.93.1635). Por el momento faltan, en cambio, en el repertorio artefactual argárico; al menos en el que nosotros hemos podido analizar directamente y también en el que hasta la fecha se ha difundido y que hemos podido consultar.

Un último conjunto de artefactos del tipo A222 sería el manufacturado sobre porciones longitudinales de diáfisis, que presentan por lo general un intenso grado de transformación. Fuera de aquéllas que ofrecen una morfología un tanto más irregular, que como ya indicamos resultan mayoritariamente de procesos de reciclado de otros productos óseos, este tipo de objetos resulta bastante escaso. Sin embargo, piezas como las n° 516 y 471, del Cerro de El Cuchillo, evidencian un

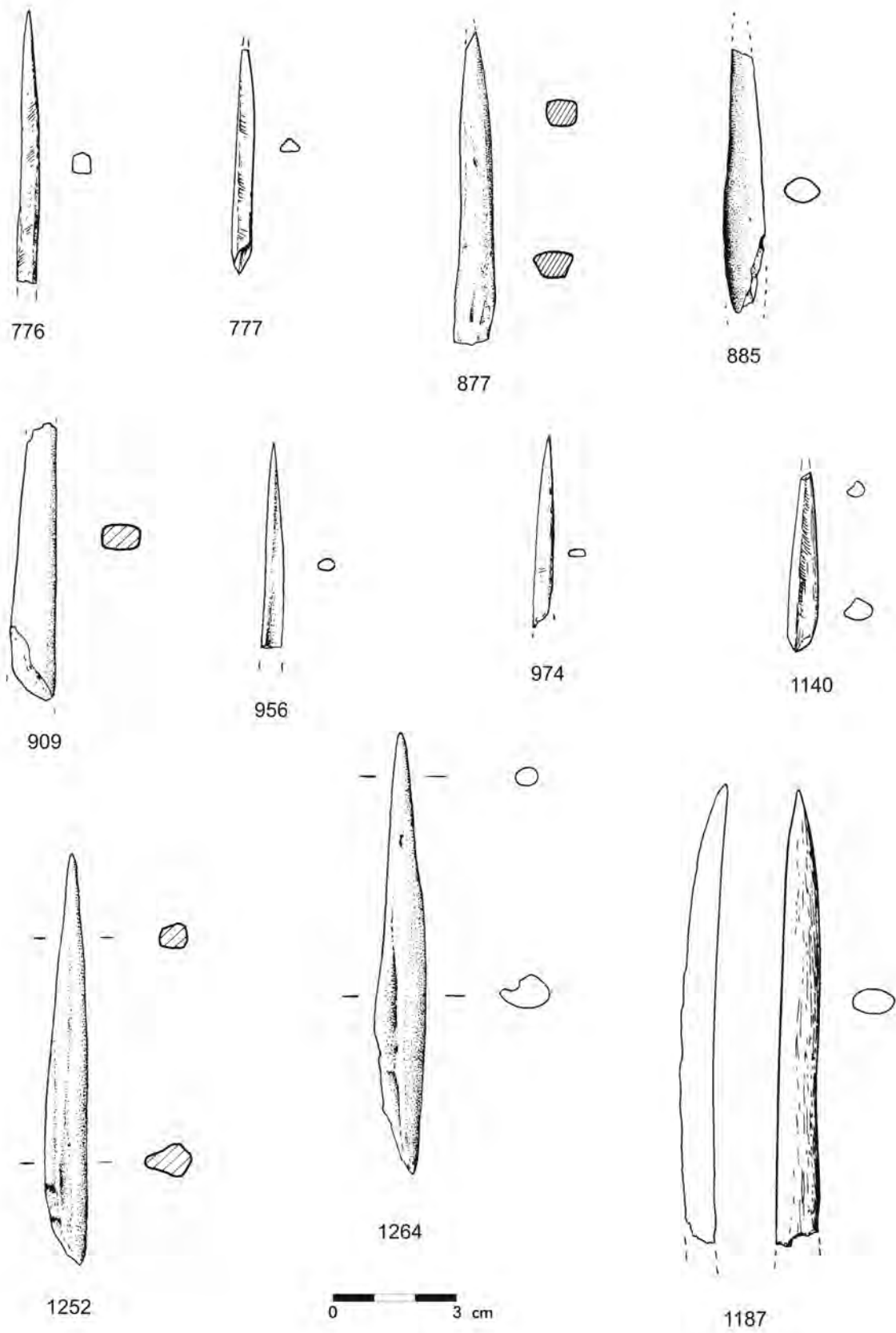


Figura V.2.23_Punzones del tipo A221 de Ereta del Pedregal (nº 776 y 777), La Horna (877 y 885), Laderas del Castillo (nº 909), Lloma de Betxí (956 y 974), Muntanya Assolada (nº 1140), Tabayá (nº 1252 y 1264) y Peña de Sax (1187).

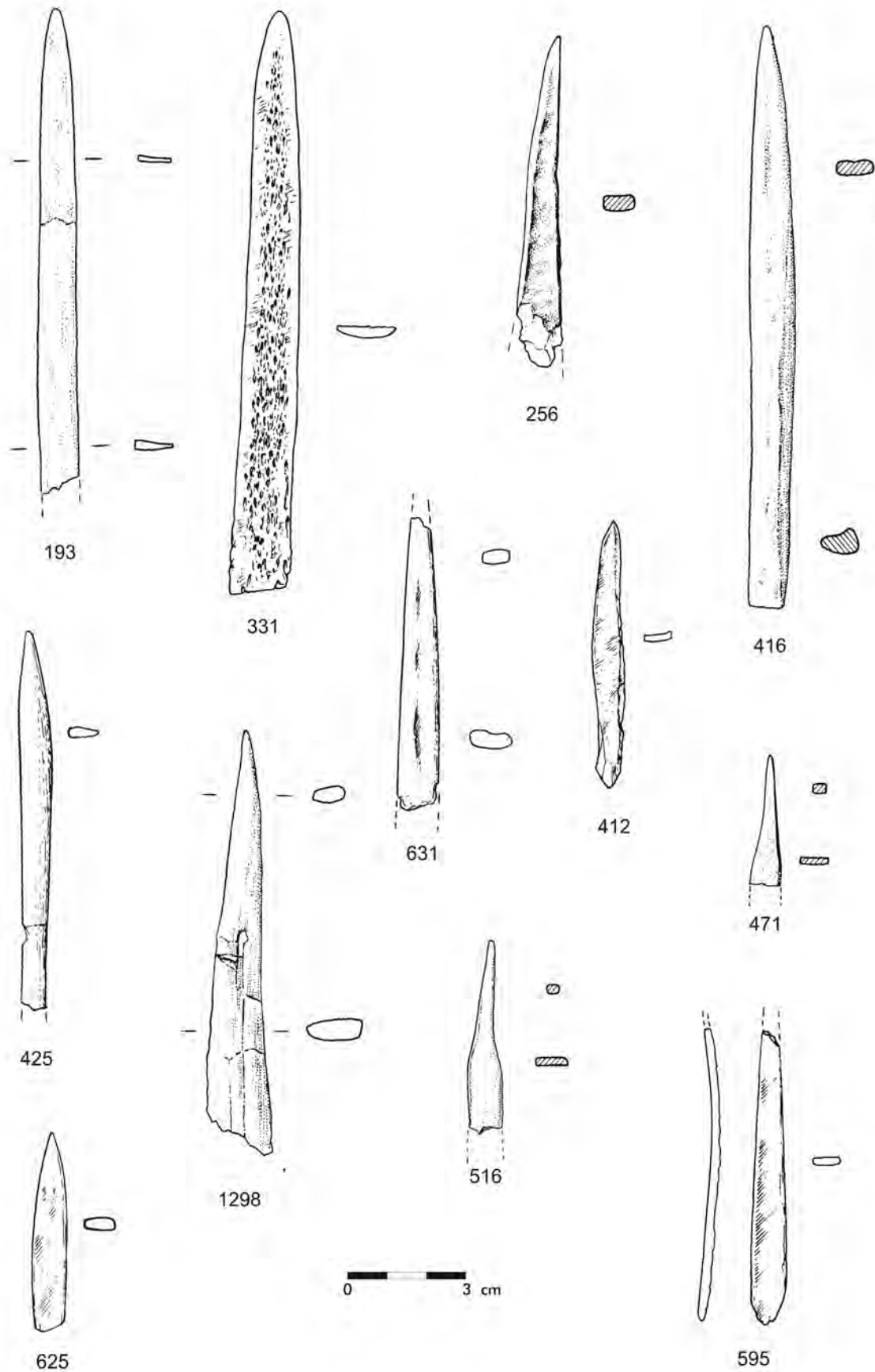


Figura V.2.24_Punzones del tipo A222 de Cabezo Redondo (n° 193, 331, 256) y Cerro de El Cuchillo (n° 412, 416, 425, 471, 516, 595, 625 y 631) y Tabayá (n° 1298).

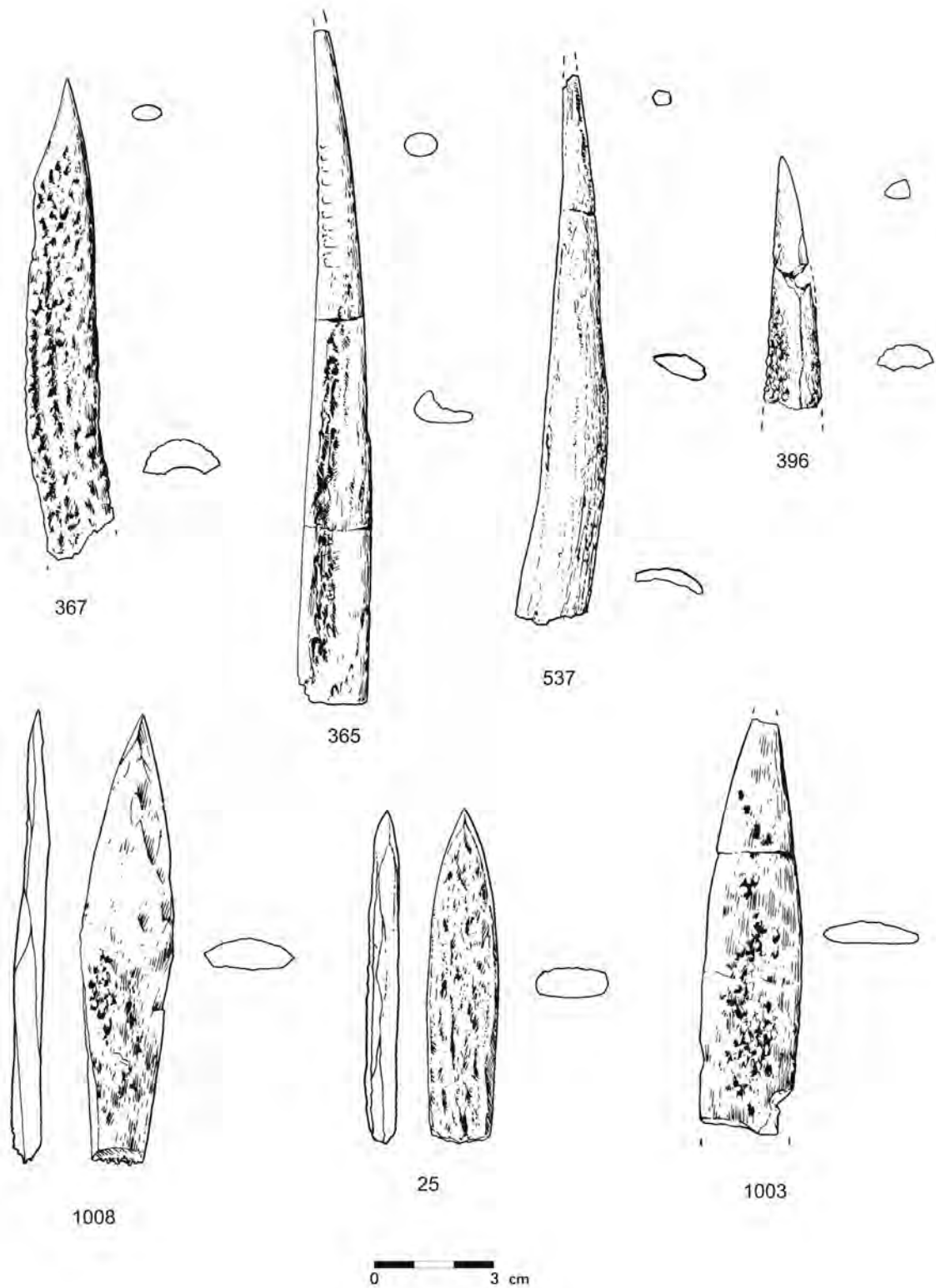


Figura V.2.25_Punzones del tipo A222 de Castellarejo de los Moros (n° 367 y 365), Cerro de El Cuchillo (n° 537 y 396), Lloma de Betxí (n° 1003 y 1008) y Cabeço del Navarro (n° 25).

alto grado de elaboración y un intenso lustre de uso en unos extremos distales por lo general muy aguzados, todo lo cual parece sugerir un empleo de las mismas en labores relacionadas con la perforación de materiales de mediana resistencia, muy posiblemente cueros, pieles o similares.

Tipo A223

Un tercer tipo dentro del grupo A22 de punzones y puntas lo constituye un conjunto más o menos heterogéneo de objetos con uno o con ambos ápices apuntados, que presentan siempre en la zona comprendida

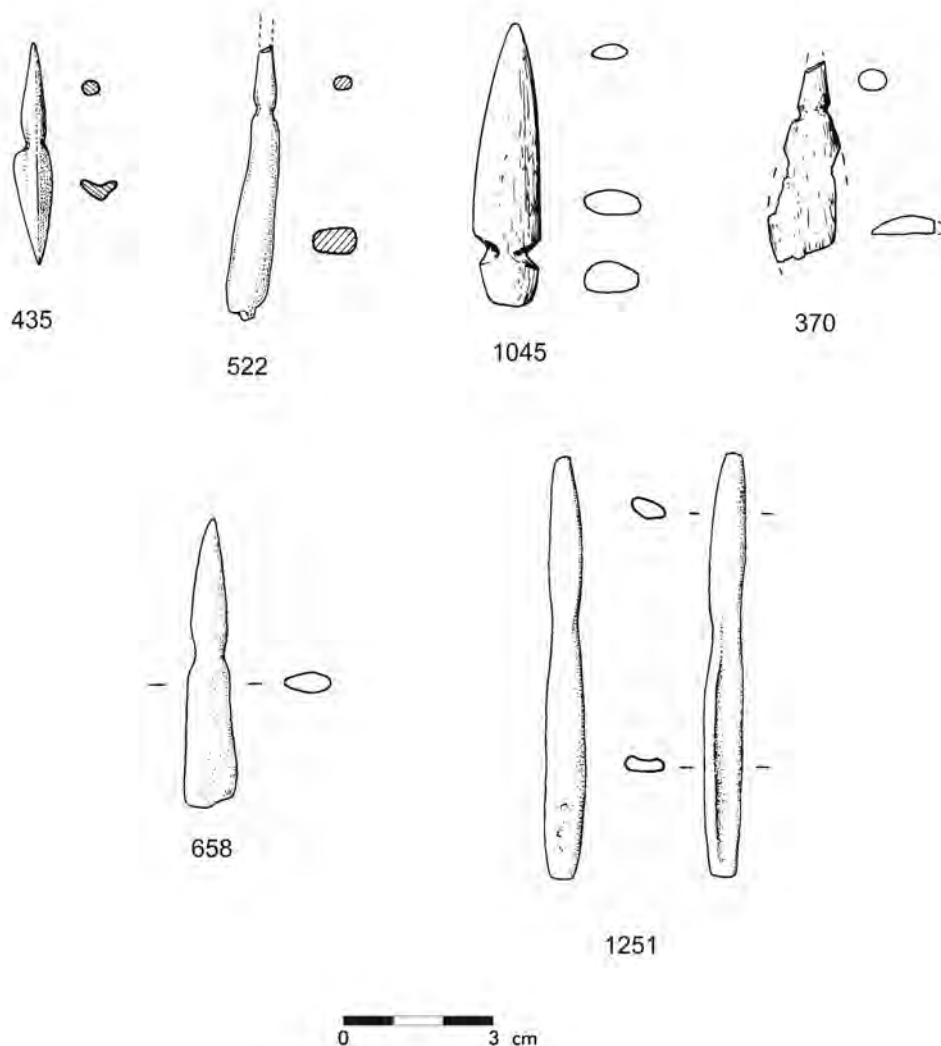


Figura V.2.26_Punzones del tipo A223 de Cerro de El Cuchillo (n° 435 y 522), Mola Alta de Serelles (n° 1045), Castillarejo de los Moros (n° 370), Cova del Conill (658) y sima Simarro (n° 1251).

entre el extremo proximal y la parte mesial del instrumento unas escotaduras laterales o un rebaje perimetral, cuya función exacta no resulta del todo clara. Las analizadas por nosotros se han reunido en el tipo A223 (Fig. V.2.26).

En la bibliografía publicada relativa a nuestro ámbito de análisis aparecen algunos ejemplos de productos óseos que ofrecen estas características. En ocasiones se trata, con casi total seguridad, de atributos con carácter meramente ornamental, como sucede con algunos tipos de alfileres hallados en contextos del IV y III milenios cal BC (PASCUAL BENITO, 1998: 112; MAICAS RAMOS, 2007: 146). En otras, se les ha atribuido una función muy concreta relacionada con un tipo específico de botón (MAICAS RAMOS, 2007: 169) o como “ídolos” (PASCUAL BENITO, 1998: 184). Sea como fuere, en nuestra opinión los escasos ejemplares registrados en contextos del II milenio cal BC en nuestra zona de estudio muestran características que parecen vincular dichas escotaduras con determina-

dos sistemas de sujeción y/o enmangado, más que con cualquier otra función.

Otra cuestión diferente es precisar a qué tipo de implemento fueron enmangados, ya que sin estudios más exhaustivos de sus superficies activas y sin más información relativa a los contextos en que se registraron no es posible proponer ninguna hipótesis al respecto. Tal vez las piezas n° 522 –del Cerro de El Cuchillo– y n° 658 –de la Cova del Conill– sean posiblemente los casos más claros, pues en los extremos no apuntados presentan ciertas señales que hacen pensar en que estas partes pudieron haber estado insertadas en un mango de hueso o madera. En cambio, la varilla de Simarro –n° 1251– presenta señales de uso en ambos extremos, por lo que el estrangulamiento que ofrece en la zona mesial pudo haber estado destinado simplemente a facilitar la sujeción directa de la pieza. Esta pieza conserva ambos extremos bastante embotados, prácticamente romos, aproximándola también a algunas espátulas o alisadores igualmente

provistos de escotaduras laterales de Almizaraque, reportadas por R. Maicas (2007: 159). Por último, los objetos que presentan las escotaduras en la zona más próxima al extremo no apuntado –nº 1045, de la Mola Alta de Serelles– pudieron así mismo haber estado engarzados a astiles de madera y constituir, de ese modo, cabezas de proyectiles, algo que también consideramos plausible para la pieza nº 435, del Cerro de El Cuchillo.

Cuesta decidir si ciertos productos óseos documentados en el ámbito argárico constituyen realmente piezas de este mismo tipo. En concreto, de El Argar y de El Oficio los hermanos E. y L. Siret (1890: lám. 25.59 y lám. 62.25) recogen dos piezas que ofrecen similitudes bastante estrechas con nuestra pieza nº 1045, si bien la morfología del surco realizado en la base no resulta del todo análoga, acercándose en cambio mucho más en su factura a otra pieza, en este caso no apuntada, localizada en Cabezo Redondo por J. M. Soler (1987: 115) e interpretada como colgante o amuleto. En el área externa hallamos también alguna pieza muy similar a las argáricas, como la reportada por J. A. Macarro (2002: 276, Lám. 29) del yacimiento de La Dehesa, en Alcalá de HERNANDES. En cambio, resultan mucho más cercanos a las piezas analizadas por nosotros las publicadas en otros yacimientos peninsulares, como Terrera Ventura (GUSI JENER y OLÁRIA PUYOLES, 1991: 227, fig. 169.5) o Los Tolmos (JIMENO MARTÍNEZ, 1984: Fig. 152. 1581; JIMENO MARTÍNEZ y FERNÁNDEZ MORENO, 1991: fig. 59.931). De allí se ha dado noticia de dos piezas con escotaduras laterales que se asemejan enormemente a las incluidas en nuestro catálogo, si bien a una de ellas, muy próxima a la pieza nº 658 de la Cova del Conill, se la describe como espátula al considerarse que fue la parte apuntada la que estuvo introducida en el mango. Aunque para el caso de la Cova del Conill es una hipótesis que podemos refutar de plano, es en cambio una circunstancia que no puede descartarse para al menos otra de las piezas analizadas –nº 370, de Castillarejo de los Moros–.

Tipo A231

Un tercer y último tipo de artefactos sería aquél en el que se constata la presencia de una punta en los dos extremos de la pieza, independientemente de la longitud y morfología del fuste e independientemente del tipo de soporte óseo a partir del que se han elaborado (Fig. V.2.27). Conforman, por tanto, un tipo también reconocido por otras propuestas tipológicas (CAMPS-FABRER, 1990; CHOI: 2002: 281; MAICAS RAMOS, 2007: 152).

Hemos catalogado casi una treintena de este tipo de piezas de entre el total de objetos óseos analizado, elaboradas a partir de porciones diafisarias y en algún caso de varillas de asta de cérvidos. Atendiendo a criterios morfométricos, podría proponerse una subdivi-

sión del tipo que agrupara, por una parte, piezas cortas de no más de 3 cm de longitud, y por otra, piezas de longitud mayor, si bien en lo que respecta a las técnicas de elaboración y a las huellas observadas sobre ellas no parece advertirse con claridad una diferencia ostensible en cuanto a la funcionalidad a la que unas y otras pudieron haberse destinado.

Parece razonable suponer que todos estos artefactos se diseñaron para utilizarse insertados en mangos de madera o de algún otro tipo de material. No sólo a causa de las dimensiones de la mayoría de los artefactos, poco manejables en general y completamente inapropiados para ejercer ningún tipo de presión de forma exclusivamente manual, sino que también el tipo de señales conservadas en un número considerable de casos permite apreciar que sólo uno de los extremos apuntados presenta huellas claras de reavivados y/o de uso, mientras que el opuesto sólo ocasionalmente conserva un lustre poco marcado.

Con todo, las piezas más pequeñas –como las nº 103, de Cabezo Redondo, nº 1082 de Mola d'Agres, la nº 1216, de Pic dels Corbs, y nº 538 y 542 del Cerro de El Cuchillo– se avienen al modelo de objetos óseos que a juicio de algunos investigadores pudo haberse utilizado como “anzuelos” (RODANÉS VICENTE, 1989), atados por el punto central de la pieza a un sedal, algo que a nuestro entender cuesta justificar en el caso de los objetos analizados por nosotros.

Los dos conjuntos más numerosos en nuestro catálogo proceden, una vez más, de los dos yacimientos que han aportado un mayor volumen de efectivos a la muestra. No obstante, piezas del tipo A231 se han registrado también en otros yacimientos, como Laderas del Castillo, Peñicas, Muntanya Assolada o Barranc del Cint. El tipo está además muy bien representado en yacimientos como El Argar, de donde los Siret (1890: Lám. 25.95) recogen más de una decena de ejemplares, así como también en El Oficio (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 62.28). Del Cerro de la Encantada, R. Fonseca (1988:53, Lám. 2) reporta dos ejemplares, y otro más del Cerro del Cuco (FONSECA FERRANDIS, 1988: Lám. 1) y hasta cinco ejemplares se publican en la Loma del Lomo localizados en varias de las hoyas excavadas en el yacimiento (VALIENTE MAYA, 1992: 60, Fig. 45. 194; 66, fig. 55. 217). También se encuentra presente en la Motilla del Azuer, donde M. Altamirano (2009: 45) contabiliza nueve ejemplares, así como en Moncín, en niveles correspondientes a las fases IIA y IIC (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 452, Fig. 18.123.2074; 395, Fig. 18. 79.1426; 357, fig. 18.50.979) y otros seis ejemplares en Los Tolmos (JIMENO MARTÍNEZ, 1984: Fig. 153. 1589, 1590, 1591 y 1592; JIMENO MARTÍNEZ y FERNÁNDEZ MORENO, 1991: fig. 58.914, 59.927). Podría proponerse, por tanto, un amplio intervalo cronológico para la producción y consumo de este tipo de objetos óseos, posiblemente prolongado a lo largo de todo el ámbito cronológico que abarcamos en nuestro análisis.

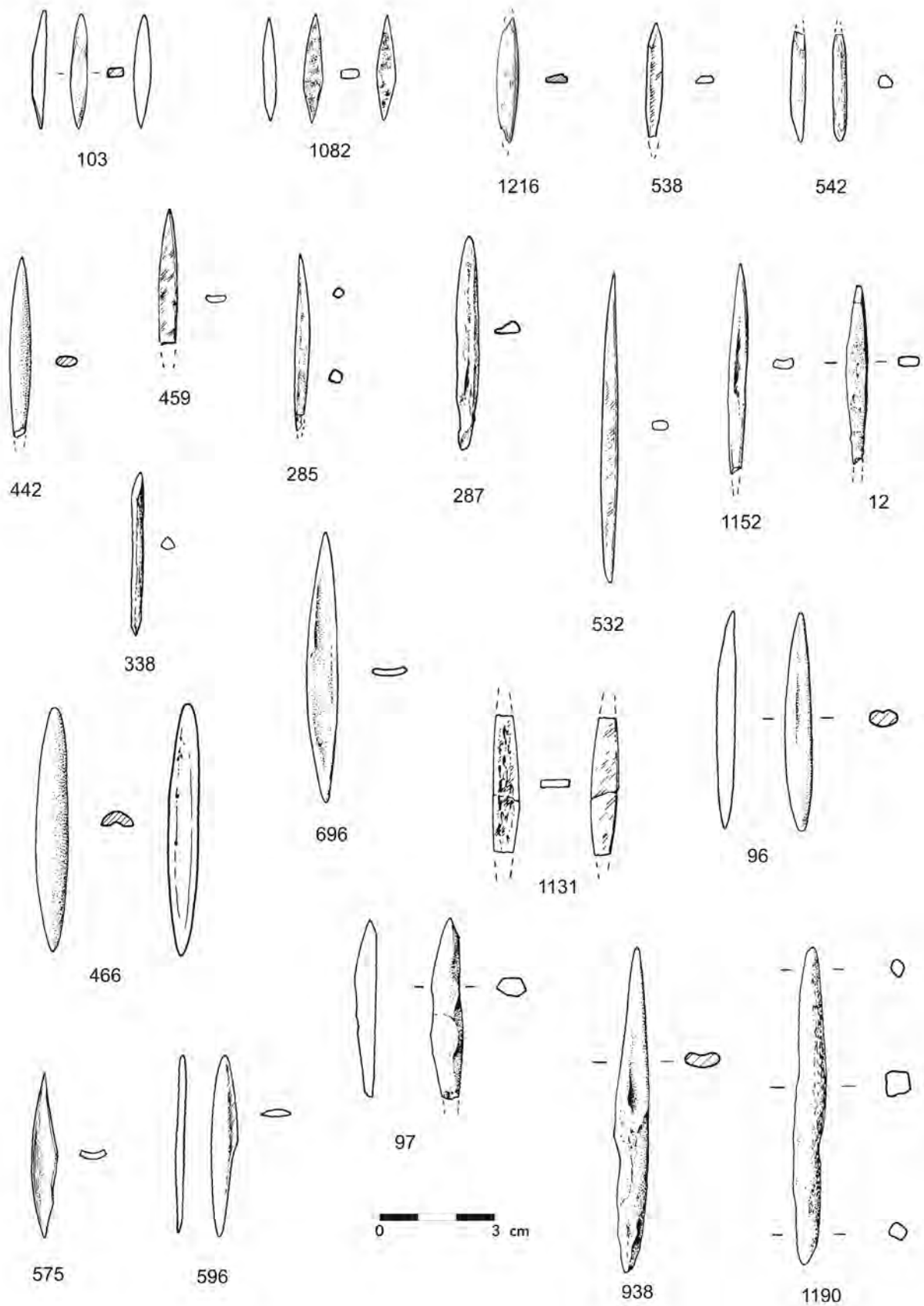


Figura V.2.27_Punzones del tipo A231 de Cabezo Redondo (n° 96, 97, 103, 285, 287, y 338), Cerro de El Cuchillo (n° 442, 459, 466, 532, 538, 542, 575 y 596), Mola d'Agres (n° 1082), Pic dels Corbs (n° 1216), Muntanya Assolada (n° 1131 y 1152), Barranc del Cint (n° 12), El Castellón (696), Laderas del Castillo o San Antón (n° 938) y Peñicas (1190).

2.1.2. Clase L. Alfileres

De forma genérica, entendemos por alfiler un artefacto destinado a ser pinchado en algún tipo de superficie y, más específicamente, a sujetar por este medio partes de tejido pertenecientes a un vestido o también para sujetar el peinado o adornos del cabello, entre otras posibles utilidades. Por la morfología general de las piezas que incluimos en este grupo y por el tipo de soporte óseo empleado mayoritariamente en su elaboración, consideramos que éstas u otras funciones similares debieron constituir la misión esencial de tales objetos, a pesar de que carecemos de información precisa referida a las huellas de uso potencialmente conservadas en ellos.

En sentido estricto, por consiguiente, debería considerárselos como artefactos finales, y no como artefactos involucrados en otros procesos de trabajo. A juicio de algunos autores este hecho parecería incuestionable, llegándose a afirmar con toda rotundidad su papel como alfileres para la ropa e incluso su vinculación con atuendos específicamente femeninos (ULREICH, 1995: 267). Sin embargo juzgamos improbable que la totalidad de los instrumentos aquí catalogados como alfileres hubieran visto limitado su uso exclusivamente a tales actividades pues al igual que en el caso de los punzones y puntas, es posible que una parte indeterminada de ellos pudieran haber sido empleados también para horadar, raspar o perforar determinados tipos de materiales. En cualquier caso, su inclusión en el conjunto de los artefactos mediales responde a una decisión plenamente subjetiva que deberá corroborarse en el futuro a medida que se vaya contando con información traceológica más precisa.

De acuerdo con la morfología general que presentan las piezas analizadas, hemos procedido a diferenciar dos grupos, según conserven o no partes anatómicas claramente reconocibles en su diseño –L1– o resulten de un proceso de transformación completo de porciones longitudinales de soportes óseos –L2. En el primero de los casos, la porción proximal en la que se encuentra la cabeza del alfiler está constituida siempre por una epífisis ósea, mientras que en el segundo ésta se ha obtenido mediante un proceso más laborioso de transformación del hueso, mediante aserrado, raspado y abrasión de la materia prima.

Hemos distinguido dos conjuntos dentro del grupo L1 en base a las diferencias anatómicas del soporte óseo empleado en cada caso, pero atendiendo también al hecho constatado de la muy notable predominancia de un tipo específico de alfiler elaborado en fíbulas de suidos –tipo L111– que con diferencia resulta el más numeroso con casi el 75% del total. En un segundo conjunto, y a mucha distancia, encontramos a los alfileres manufacturados a partir de fíbulas de otras especies, en los que también se conservan las epífisis como parte integrante de la morfología final del artefacto –tipo L112– que suponen apenas el 10%.

Tipo L111

De los tipos de alfileres identificados, el que reúne una cantidad mayor de efectivos es el tipo L111 –62 piezas–, realizado sobre fíbulas de suidos que conservan no transformada una de las epífisis. Su elaboración exigía una escasa inversión de trabajo, pues la anatomía natural del hueso ya de por sí permite obtener un fuste rígido y lograr una punta aguzada tras una sencilla operación de fractura de la diáfisis y abrasión de las aristas resultantes en sentido convergente hacia el eje central. Constatamos en nuestro registro la presencia de alfileres manufacturados en este tipo de soporte óseo siguiendo tal procedimiento –e incluso alguna pieza que parece haber sido seleccionada para su elaboración pero que fue desechada después (Fig. V.2.28)– en los que las epífisis conservadas son tanto las proximales como las distales. Cabría pensar que, como resultado lógico de aplicar un criterio de economía productiva, se buscara obtener dos soportes óseos óptimos para la elaboración de dos instrumentos semejantes, a partir de una sola acción ejercida sobre un único hueso. Pero muy al contrario, en una abrumadora mayoría –82,3% de los casos– la epífisis conservada en la anatomía útil de la pieza ha sido la epífisis proximal de la fibula, mientras que sólo en menos del 10% de los casos hay evidencias de la epífisis distal, lo que nos indica que durante la elaboración de muchos de estos alfileres se desechó sistemáticamente esta parte del hueso. Ello nos ha llevado a pensar que posiblemente este 10% pudiera corresponder a una variante –L111b– destinada a algún tipo de actividad específica diferente a la de los alfileres que conservan como extremo proximal la epífisis proximal de la fibula –L111b.

Tipo L111a

Los alfileres sobre fibula de suido, con apuntamiento en la parte distal de la fibula constituyen con diferencia el tipo más representado de entre este tipo de artefactos (Fig. V.2.29). No obstante esto, son relativamente muy pocos los que nos han llegado completos. La gran mayoría de las piezas presentan fracturas que han hecho desaparecer en parte o completamente la epífisis, suceso que intuimos debió determinar caer siempre en el abandono. En las piezas se aprecia un extremo distal bastante aguzado, perfectamente apto para la perforación de materiales como el cuero u otros de análoga consistencia, tal y como muestran la mayoría de las puntas conservadas en los ejemplares más completos. Algunas, incluso, ofrecen muestras evidentes de un aguzamiento muy acusado tal vez resultante de su repetida utilización a manera de perforador rotatorio, como en nuestra pieza nº 232, de Cabezo Redondo.

La abundante representación de este tipo en el catálogo pudiera también, sin embargo, estar condicio-

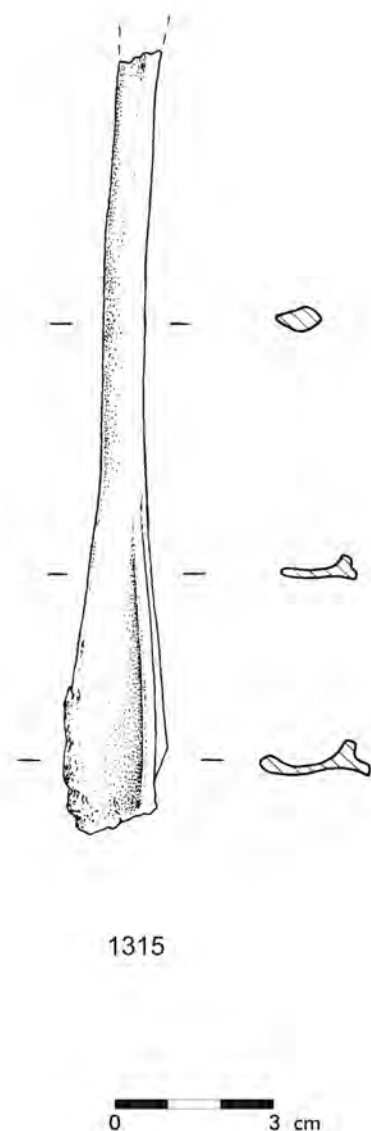


Figura V.2.28. Fíbula de suido procedente del Tabayá con señales de extracción en la epífisis distal, posiblemente realizada con intención de proceder a la elaboración de un alfiler del tipo L111a.

nada por el hecho de que el soporte óseo empleado para su realización resulta ser el mismo que el seleccionado para la fabricación de un tipo determinado de agujas –tipo G111– de las que nos ocuparemos más adelante, y que también reservan la epífisis distal de la fíbula para acoger la perforación que constituía el ojo de la misma. Cuando éste se quebraba debido a la tensión provocada por el hilo durante la costura, la epífisis proximal se rompía y posiblemente el instrumento se desechaba. Sólo si en la pieza quedan huellas de las perforaciones se hace posible para nosotros reconocerlas como auténticas agujas, pero si no es así no podemos más que agruparlas con los alfileres, a pesar de que originariamente no lo fueran. En algunos ejemplares –como en las piezas de Cabezo Redondo nº 45 y 49 del catálogo– podría casi afirmarse que éste

es efectivamente el caso. En otros –nº 476– la posible rotura del ojo de la aguja pudo remendarse mediante una labor de reciclado, conformando una superficie sinuosa en el lateral de la epífisis.

En nuestro ámbito de estudio este tipo de alfiler se encuentra ampliamente documentado, apareciendo en numerosos yacimientos a lo largo de una amplia secuencia cronológica. Así, en los yacimientos clásicos excavados por los Siret se reconocen en Campos, El Argar, El Oficio, Zapata y Fuente Álamo, siempre en niveles de habitación (SIRET y SIRET, 1890: lám. 10.34; lám. 25.85; lám. 62.23; lám. 20.60; lám. 65.59) y también se localiza en La Bastida de Totana (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA et al., 1947: fig. 2) y en Puntarrón Chico (AYALA JUAN, 1980: 76). W. Schüle (1980: lám.90.V.608) menciona un ejemplar en el nivel IIC/III del Cerro de la Virgen, si bien H. Ulrich (1995) refiere otros más procedentes de los niveles fundacionales del asentamiento, vinculados a algunas de las cabañas circulares con paredes de adobe exhumadas. Así mismo, aparece en la fase IV de Gatas (CASTRO et al., 2000) y en niveles argáricos de Cuesta del Negro y también en niveles más tardíos del Cerro de los Infantes (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 178; 225, fig. 18.1). Por último, M. Altamirano (2009: 43) señala ejemplares del tipo en la Motilla del Azuer.

Todo apunta a que se trata de un artefacto ampliamente utilizado a lo largo de toda la secuencia cronológica que nos ocupa, si bien en lo que respecta al conjunto material directamente analizado por nosotros, podría apuntarse una especial abundancia en contextos situados con posterioridad a ca. 1800 cal BC y, especialmente, durante las fases III y IV.

Tipo L111b.

Como ya indicábamos, este tipo de alfileres con apuntamiento en la parte proximal de la fíbula de suidos resulta mucho menos abundante. Sin embargo, su presencia está también constatada en varios de los conjuntos de objetos óseos catalogados y, a diferencia del tipo anterior, sí se han hallado en alguna ocasión formando parte del ajuar funerario de alguna sepultura (Fig. V.2.30). Ese es el caso precisamente de la pieza nº 1253, localizada junto a un enterramiento femenino en urna descubierta de manera fortuita en el Tabayá. De los incluidos en nuestro inventario proceden además otros ejemplares de la Mola d'Agres, Cabezos de Valera, Cabezo Redondo y Cerro de El Cuchillo, apenas con un ejemplar cada uno. Cronológicamente, por tanto, sólo hay datos para ubicar su producción y consumo de forma genérica en las cuatro fases arqueológicas propuestas por nosotros.

Tipo L112

En un segundo grupo tendríamos aquellas piezas elaboradas sobre otros tipos de fíbulas (Fig. V.2.30), por

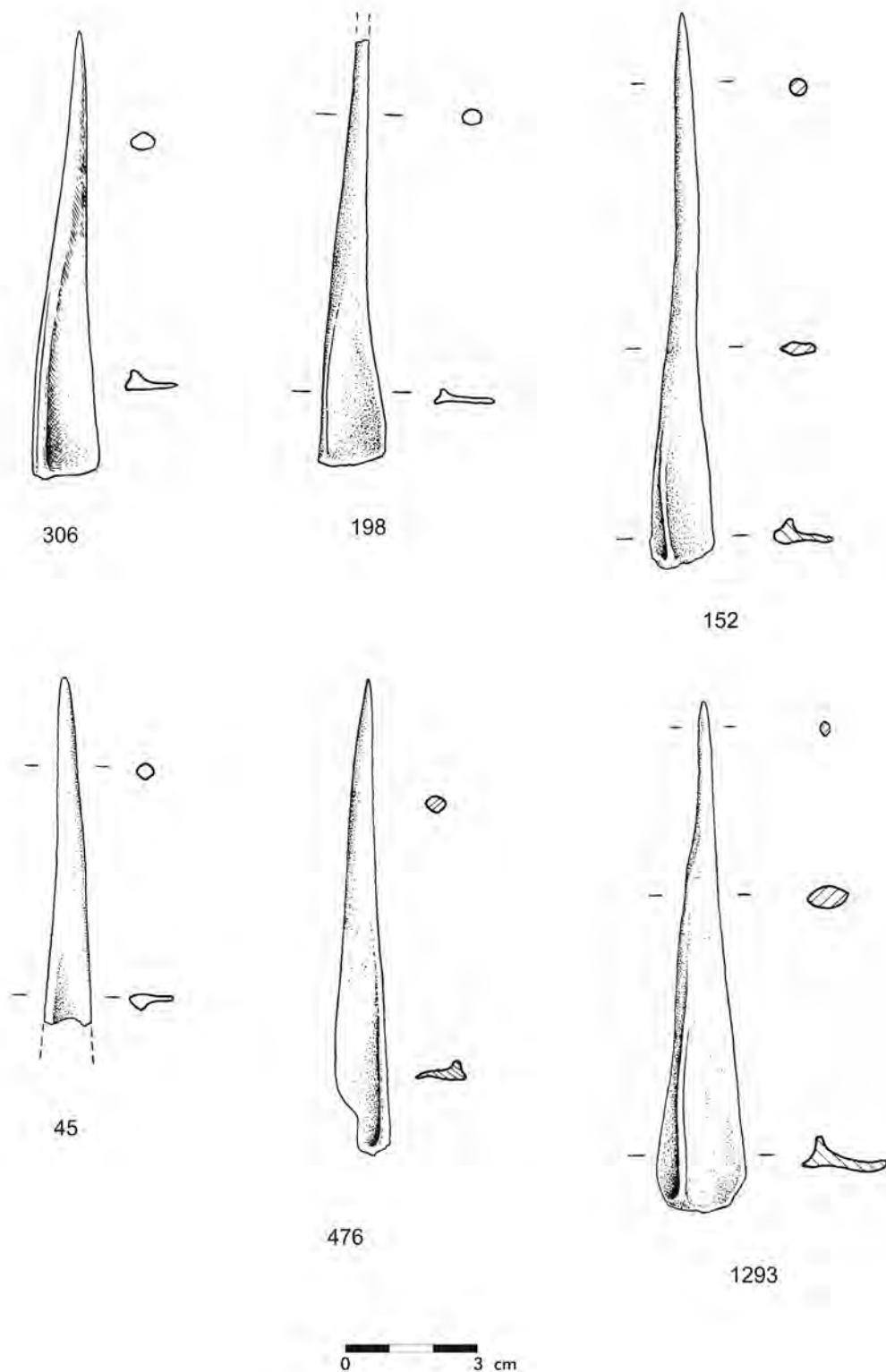


Figura V.2.29_Artefactos del tipo L111a procedentes de Cabezo Redondo (n° 45, 152, 198, 306), Cerro de El Cuchillo (n° 476) y Tabayá (n° 1293).

lo general pertenecientes a diferentes especies de aves o de otros animales de talla mediana o pequeña, como cánidos o félidos. El empleo de un tipo de soporte distinto al de los cerdos domésticos ha sido el criterio básico por el que se ha discriminado este conjunto, si bien desde el plano del proceso de trabajo puede afirmarse que se trata de la misma clase de objetos que el tipo precedente.

En nuestro catálogo este tipo de piezas está bien representado en Cabezo Redondo y Cerro de El Cuchillo, si bien se ha registrado también algún ejemplar en la Cova del Montgó y en Portixol. Su presencia está así mismo atestiguada en diversos yacimientos peninsulares. Así, los hermanos Siret (1890: lám. 25.92; lám. 20.59) reportan algún ejemplar de los niveles

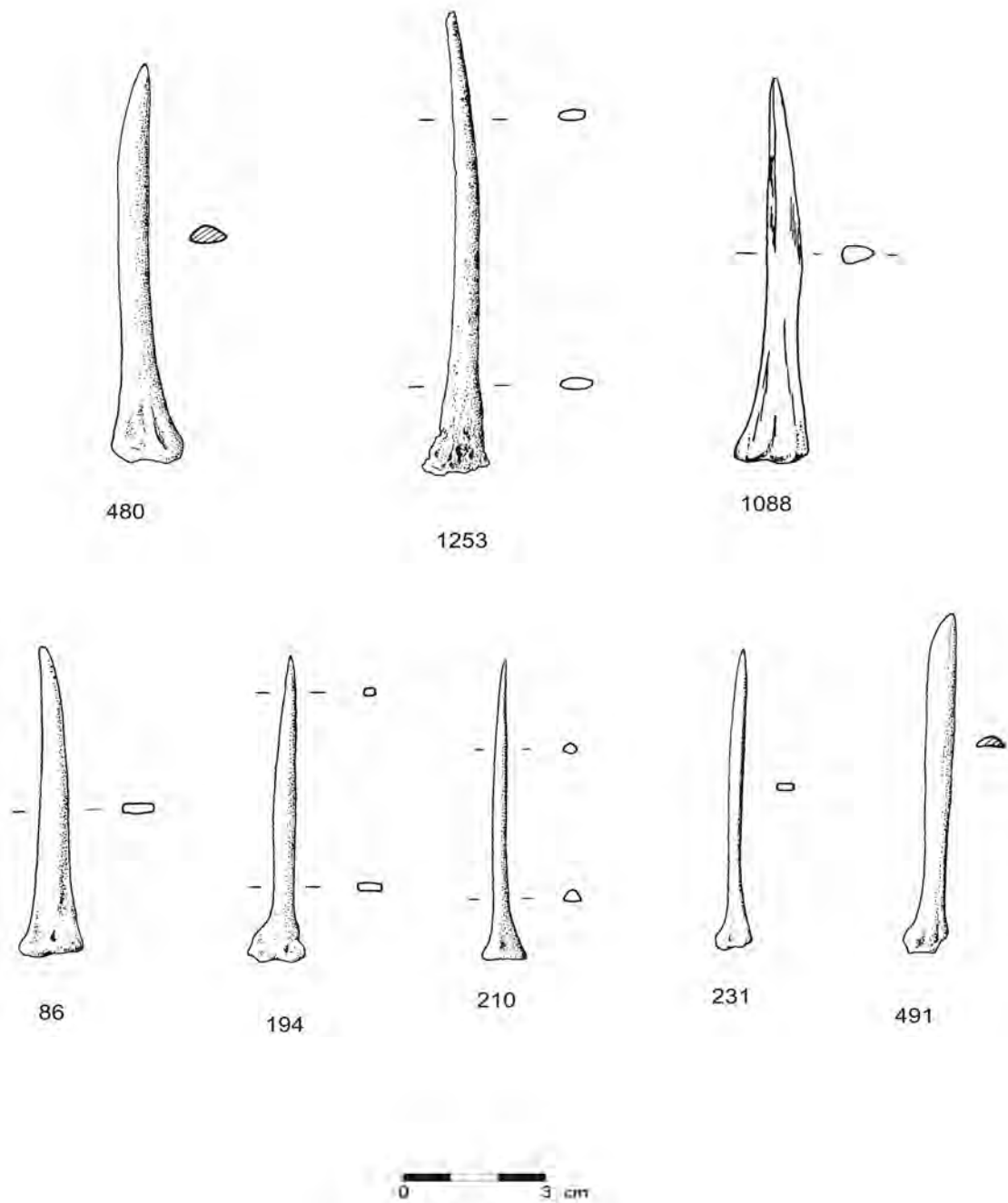


Figura V.2.30_Artefactos del tipo L111b procedentes del Cerro de El Cuchillo (n° 480), Tabayá (n° 1253) y Mola d' Agres (n° 1088). Artefactos del tipo L112 de Cabezo Redondo (n° 86, 194, 210, 231) y Cerro de El Cuchillo (n° 491).

de habitación de El Argar y de Zapata, mientras que W. Schüle (1980: lám 51.V724) registra también alguna pieza del Cerro de la Virgen. En la Motilla de Azuer, una pieza de estas características se documentó formando parte del ajuar de una sepultura ubicada al exterior del recinto amurallado (NÁJERA COLINO *et al.*, 1979: 32. Fig. 7.g; ALTAMIRANO GARCÍA, 2009: 44. Fig.3e). También aparecen en los niveles superiores -IIA y IIA2- de Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 357. Fig.18.50.978; 418. Fig. 18.96.1672-1679). Por consiguiente, su consumo parece abarcar

todo el espectro cronológico que consideramos en nuestro estudio, en sintonía con lo apuntado para los tipos precedentes, si bien no parecen haber constituido un conjunto especialmente numeroso en ninguno de los yacimientos analizados.

Tipo L211

Por último, encontraríamos un tipo de alfileres elaborados sobre porciones longitudinales de diáfisis, completamente transformadas y diseñadas ex-

presamente con una cabeza destacada, que en todos los casos catalogados por nosotros ofrecen en general morfologías tendentes al aplanamiento en relación con el fuste de la pieza, que suele presentar en cambio secciones de forma circular u oval (Fig. V.2.31).

No se trata de un tipo muy común, reduciéndose la muestra analizada directamente por nosotros a apenas cinco piezas, procedentes de Cabezo Redondo, Cerro de El Cuchillo, Mas del Corral y Monastil, lo que indica una amplia dispersión, si bien la información contextual no termina de situar con precisión en qué momento o momentos habría que considerar su producción y consumo, dentro del intervalo cronológico que aquí consideramos. La pieza de Cabezo Redondo carece de un contexto definido, si bien puede situarse sin problemas en las Fases III y IV. También a la Fase III deben atribuirse las piezas del Cerro de El Cuchillo, mientras que el ejemplar mejor conservado, procedente del Mas del Corral, parece ubicarse cronológicamente entre finales de la Fase III y durante la Fase IV.

No es posible atribuir un contexto determinado para el ejemplar del Monastil, si bien nos inclinaríamos también por una cronología avanzada, de la Fase IV, cuya vigencia en el yacimiento está constatada. Esa misma temporalidad se indica para uno de los escasos ejemplares reportados en la bibliografía, localizado en los niveles superiores –IIA– de Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 452. Fig. 18.123.2067).

2.1.3. Clase G. Agujas

Es probable que al menos una parte de los productos registrados en estado fragmentario –en especial algunos de los alfileres del tipo L111, que como veremos, comparten el mismo tipo de soporte óseo para su elaboración con el tipo G111, que es el que cuenta con un mayor número de ejemplares inventariados– pudiera corresponder a agujas de las que, desafortunadamente, se ha perdido la parte en la que se hallaba el ojo, lo que ha impedido reconocerlas como tales.

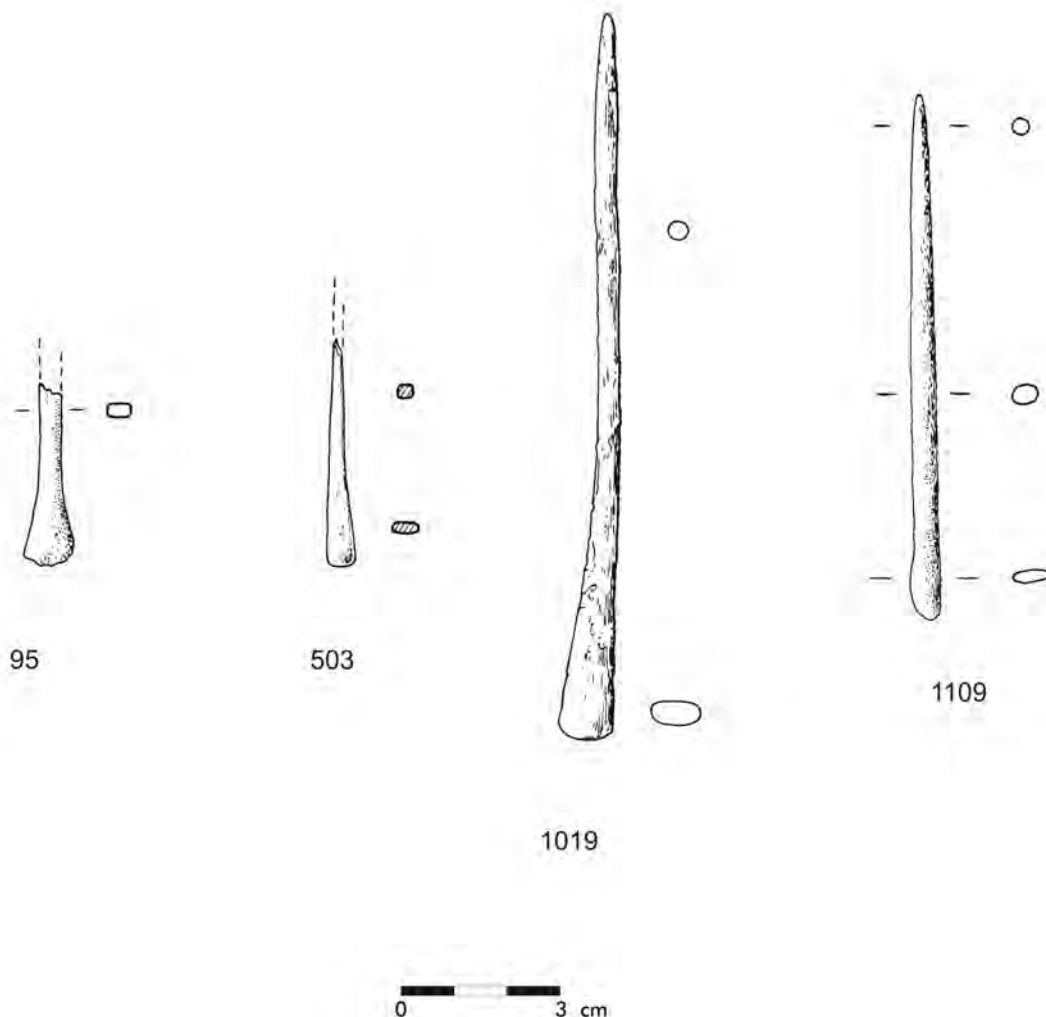


Figura V.2.31_Artefactos del tipo L211 procedentes de Cabezo Redondo (nº 95), Cerro de El Cuchillo (nº 503), Mas del Corral (nº 1019) y Monastil (nº 1109).

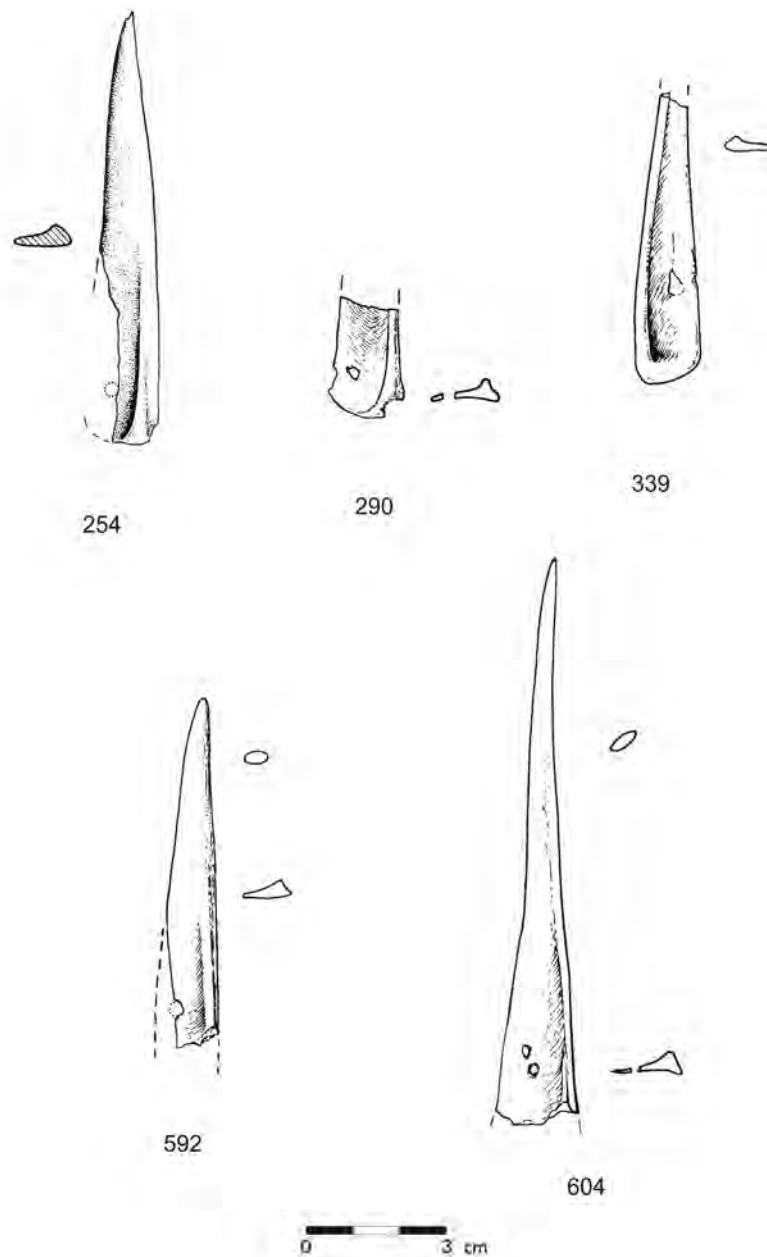


Figura V.2.32_Agujas del tipo G111a de Cabezo Redondo (n° 254, 290, 339) y Cerro de El Cuchillo (n° 592) y del tipo G111b del Cerro de El Cuchillo (n° 604).

Elaboradas todas en hueso, hemos distinguido dos grupos según conserven o no partes anatómicas pertenecientes a las epífisis y diáfisis óseas de los soportes seleccionados y su grado de transformación. De acuerdo con ello, en el grupo G1 se encuentra únicamente el tipo G111, manufacturado sobre fíbulas de suido, en el que se han diferenciado dos variantes: G111a y G111b, según presenten uno o dos ojos, respectivamente; por su parte, el grupo G2 se compone de los tipos G211 y G212, en función de que se conserven o no reconocibles en el fuste partes anatómicas correspondientes al canal medular del hueso. En el caso del tipo G212 podrían establecerse también dos variantes de acuerdo con la morfología –sección aplanada o circular– del

fuste, que sin embargo no hemos contemplado aplicar por ahora.

Tipo G111.

Como ya hemos avanzado, se trata del tipo de aguja más representado en el registro analizado por nosotros. Su presencia se restringe a tres ejemplares de Cabezo Redondo (n° 254, 290 y 339) y dos del Cerro de El Cuchillo (n° 592 y 604) (Fig. V.2.32). La selección del soporte –fíbulas de suido– economiza enormemente la obtención del útil, ya que sólo exigiría la separación del hueso de su eventual unión con la tibia y la fractura de la diáfisis por el punto deseado. Pos-

teriormente, se procedería a la abrasión del extremo distal para apuntar el instrumento y, por último, la perforación en el extremo proximal, para la que no parece haberse utilizado sistemáticamente el taladro, sino que parecen haberse obtenido mediante percusión con un objeto punzante. Precisamente el número de perforaciones es lo que nos ha hecho diferenciar dos variantes, aunque no creemos que la presencia de uno o dos ojos haya modificado de manera sustancial el modo de empleo de una u otra variedad de agujas.

Tipo G111a

Ya hemos indicado que es posible que algunos de los alfileres del tipo L111 de los que sólo se ha conservado la parte distal pudieran pertenecer también a agujas de este tipo. Básicamente se trata del mismo tipo de objeto al que se le añade la presencia de una pequeña perforación en la parte correspondiente al extremo proximal. A pesar de que es difícil de observar en los ejemplares fragmentados, en los que la han conservado intacta se aprecian detalles que nos permiten intuir cómo eran empleadas. En efecto, en las piezas nº 290 y 339 se advierte con claridad un adelgazamiento de las paredes óseas a la altura de la perforación, que deben haberse producido por el roce continuado con la fibra ensartada. Creemos que el modo de empleo de estas agujas sería como el que se indica en la figura (Fig. V.2.33), consistente en anudar el hilo al hueso una vez traspasado éste por el ojo. La tensión de la fibra durante el manejo de la aguja habría sido responsable del desgaste de la superficie del hueso y también, en ciertos casos, de la rotura de la aguja, precisamente por la parte que recibía la tensión –como debió acontecer, a juzgar por la forma de sus respectivas fracturas, en los casos de las piezas nº 254 y 592.

Tipo G111b

La diferencia básica con respecto a la variante anterior es la presencia de dos perforaciones, lo que permitiría anudar el hilo no sobre el eje lateral de la epífisis ósea, sino en la misma epífisis proximal de la fibula. Suponemos que ello, en cualquier caso, no evitaría el desgaste del material óseo debido al roce continuado, aunque también es posible que las agujas con este tipo de doble perforación estuvieran destinadas a emplearse con las fibras menos resistentes. En cualquier caso, sólo conocemos un ejemplar de esta variante (nº 604) hallado en el Cerro de El Cuchillo.

Tipo G211

Mientras que del tipo G111 precedente sólo conocemos ejemplos de la Edad del Bronce, son muchas las agujas del tipo G211 referenciadas en distintos yacimientos peninsulares desde tiempos neolíticos (PASCUAL BENITO, 1998: 61). Para su elaboración se ha apro-

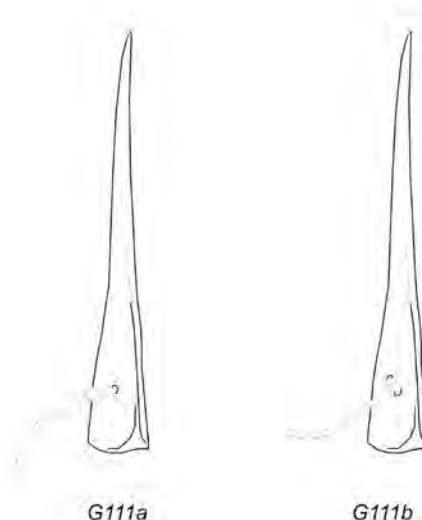


Figura V.2.33_Hipótesis sobre el enhebrado de las agujas tipo G111a y G111b a partir de la disposición de los ojos y de las señales de desgaste observadas.

vechado también al máximo la morfología natural del soporte óseo escogido –al menos en nuestros tres casos catalogados (nº 436, 468 y 697) todos ellos metapodios– situando la perforación en la zona de la epífisis con las paredes más delgadas o, incluso, aprovechando el propio foramen nutricio que aparece en este hueso en la parte posterior de la metáfisis (nº 468) (Fig. V.2.34).

Resulta llamativa la ausencia del tipo entre el abundante registro óseo de Cabezo Redondo, en donde quizá se vio prontamente sustituido por el tipo G111, mucho más económico en cuanto a su proceso de elaboración. En cualquier caso, además de los precedentes neolíticos ya comentados, el tipo G211 aparece reportado en diversos yacimientos de nuestro ámbito general de estudio, y en el intervalo cronológico que abordamos. Por citar sólo algunos ejemplos clásicos, agujas similares aparecen mencionadas por los hermanos Siret en Campos (SIRET y SIRET, 1890: lám. 10.37) y en El Argar (SIRET y SIRET, 1890: lám. 25.66), todas ellas en contextos de habitación.

Tipo G212

De un grado mayor de elaboración, las agujas de este tipo no conservan ningún rasgo morfológico de la anatomía ósea original, de modo que tan sólo puede precisarse que para su manufactura se utilizaron piezas longitudinales de la pared ósea diafisaria (Fig. V.2.34). Los dos ejemplares catalogados (nº 34 y 501) presentan similitudes en cuanto a sus proporciones pero no en cuanto a la morfología del fuste, ya que la primera, procedente de Cabezo Redondo, presenta una sección aplanada mientras que la segunda, hallada en el Cerro de El Cuchillo, la tiene circular.

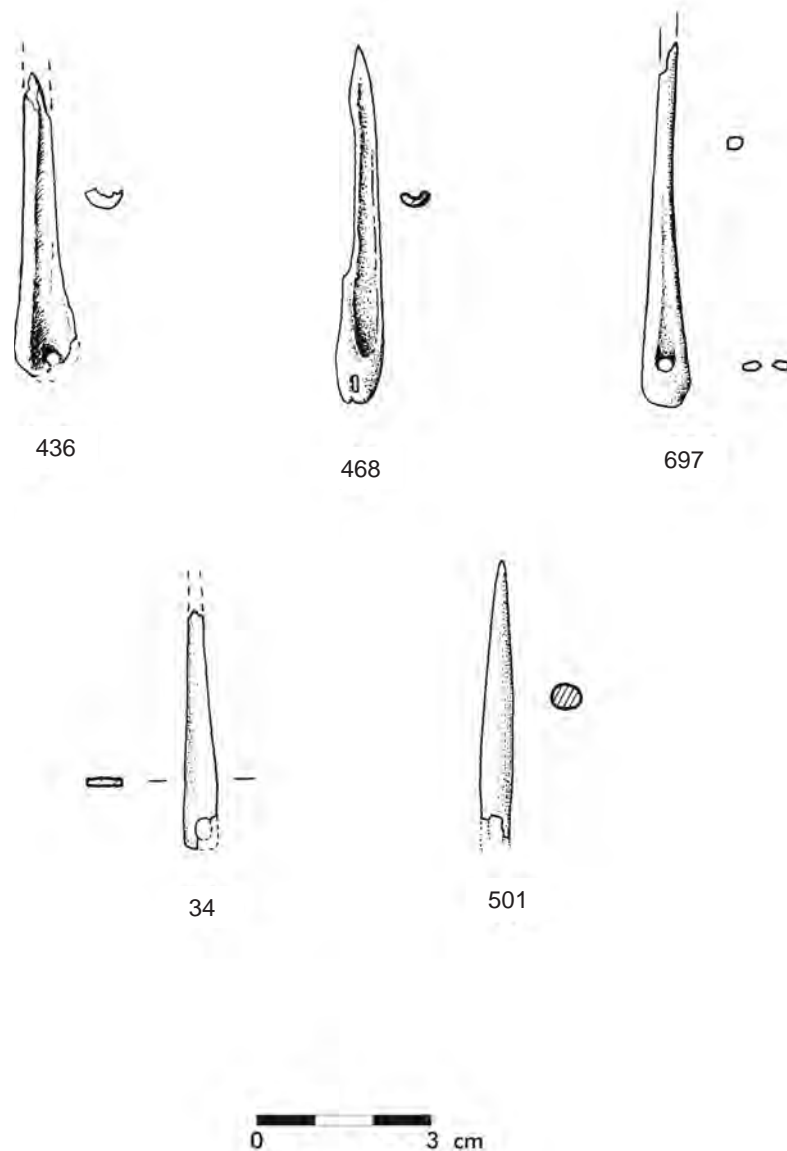


Figura V.2.34_Agujas del tipo G211 del Cerro de El Cuchillo (n° 436 y 468) y de El Castellón (n° 697) y agujas del tipo G212 de Cabezo Redondo (n° 34) y del Cerro de El Cuchillo (n° 501).

Al igual que el tipo precedente, también éste ofrece un amplio recorrido cronológico, pudiéndose reconocer agujas similares al menos desde el VI y V milenios cal BC (PASCUAL BENITO, 1998), por no detenernos en precedentes paleolíticos. En contextos más recientes, se han registrado en Almizaraque (MAICAS RAMOS, 2007: 148) y Moncín (HARRISON, MORENO Y LEGGE, 1994: 364. Fig. 18.54. 1049), ésta última en niveles correspondientes a la Fase IIA del yacimiento, contemporánea de nuestra Fase IV y por tanto de nuestro ejemplar villenense.

2.1.4. Clase P. Picos

Las considerables prestaciones del asta de ciervo en lo que se refiere a solidez y resistencia a los impactos en comparación con otras sustancias óseas, deter-

mina que éste haya sido el soporte seleccionado para la elaboración de prácticamente todos los instrumentos que en nuestro catálogo hemos identificado como picos, y que en total suman algo más de una treintena —entre los que, por supuesto, se incluyen varios ejemplares de los que ha sido imposible determinar el tipo al que pertenecían.

Existen razones para pensar, como veremos, que en alguna ocasión se los pudo emplear como utensilios empuñados manualmente, sin mediar ninguna clase de mango sobre los que estuvieran insertados, lo que constituye precisamente una de las características definitorias de un “pico”. Pero creemos que la gran mayoría de los objetos óseos que integran esta clase habrían constituido la “cabeza” o parte activa de un artefacto más complejo, que esencialmente se componía de un mango de madera de longitud variable a

uno de cuyos extremos se implementaba, por medio de distintas técnicas, una pieza apuntada elaborada casi invariablemente en asta de cérvido.

Conocidos en contextos argáricos desde los trabajos clásicos de E. y L. Siret (1890), su presencia en el registro ha sido valorada en diferentes sentidos (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 170), llegando a ser identificado alguno de ellos como una pieza de bocado de caballo (SCHUBART y ARTEAGA, 1980: 273). Sin embargo, en la mayoría de los ejemplares completos que hemos podido examinar hemos encontrado evidencias de impactos y esquirlados en las partes distales, las cuales a menudo faltan en muchas piezas como resultado de roturas. Ello nos invita a pensar que mayoritariamente debieron usarse como herramientas punzantes para el golpeo o remoción de materias de cierta consistencia y solidez, sobre cuya naturaleza no vamos a especular.

Distinguimos dos grupos –P1 y P2– que si bien hemos diferenciado en relación a su morfología general –picos rectos y picos curvos– lo hemos hecho desde el convencimiento de que la forma de unos y otros obedece a razones dependientes quizá de los sistemas de enmangado pero, más probablemente, de distintos requerimientos en cuanto a la funcionalidad precisa de unos y otros. Desde este principio, se han separado una serie de tipos y variantes en uno y otro grupo en base al grado de transformación de los soportes óseos seleccionados.

En el primero, el tipo P111 responde a un modelo elaborado sobre asta de corzo, en el que se reconocen con claridad la rama principal y el pedículo, para cuya elaboración tan sólo se ha requerido la eliminación de las puntas; en cambio, para la elaboración de los tipos P121 y P122 se precisó la extracción de porciones longitudinales de la rama principal del asta de ciervos, o el seccionamiento de luchaderas basales de gran tamaño.

En el segundo grupo, la forma incurvada de los artefactos viene condicionada por el tipo de soporte elegido, que en prácticamente todos los casos consistió en la luchadera basal del asta de ciervo. La discriminación entre el tipo P211 y los tipos P221, P222 y P223 viene determinada fundamentalmente por el creciente grado de elaboración de la parte proximal, relacionada claramente con la mayor o menor complejidad del sistema de enmangado: supresión del ápice de la luchadera –tipo P221–, perforación –tipo P222– o vaciado del tejido esponjoso para su acople e inserción en el mango –tipo P223.

Tipo P111

Como ya avanzábamos, la extracción de la rama secundaria y de alguna de las puntas anteriores del asta de un corzo son las operaciones básicas necesarias para la obtención de un pico del tipo P111 (Fig. V.2.35). Posiblemente para facilitar su enmangado, la operación debía incluir también la abrasión y eliminación de las pro-

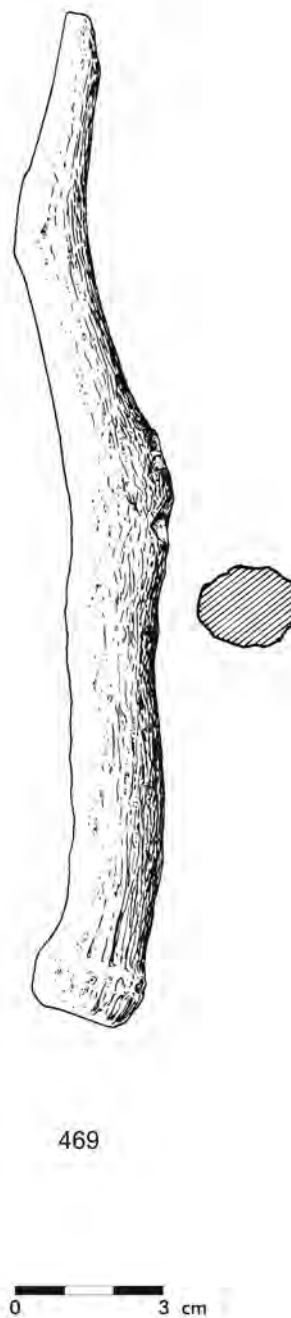


Figura V.2.35_Pico del tipo P111 procedente del Departamento IV del Cerro de El Cuchillo (nº 469).

tuberancias que rodean la roseta perlada de la base, tal y como se observa en el único ejemplar catalogado por nosotros (nº 469), hallado en el Cerro de El Cuchillo.

Se trata de una pieza de obtención relativamente económica, en virtud de lo cual cabría esperar una mayor abundancia en el registro. Antes al contrario, por el momento sólo hemos logrado identificar otros tres objetos semejantes registrados en yacimientos dentro de nuestro ámbito general de estudio. Uno de ellos procedente del yacimiento de la Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1992: 117. Fig. 110.404) y otros dos del Cerro

del Castillo de Frías (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 25. Fig. 34.g) con los que la pieza almanseña guarda una gran similitud que denota una estrecha identidad en cuanto a las técnicas de manufactura utilizadas.

En lo que respecta a la cronología, nuestra pieza fue hallada entre los rellenos del Departamento IV, en un momento que podemos situar en torno a 1800 cal BC en función de las dataciones radiocarbónicas obtenidas en el propio Departamento IV y el Departamento VIII (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1994: 86) y las relaciones estratigráficas registradas entre las estructuras de ambas unidades habitacionales. Sin embargo, no es posible corroborar esta misma datación para la pieza de la Loma del Lomo, hallada en el interior de

la Hoya 12D-1 del yacimiento pero que no cuenta con dataciones radiocarbónicas ni con materiales significativos asociados. En cambio, de las piezas turolenses sabemos que proceden del Nivel V —el más profundo— (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 23) lo que según la estratigrafía del yacimiento conocida hasta ahora (HARRISON, ANDRÉS y MORENO, 1998) permitiría también proponer su adscripción a un intervalo temporal anterior en todo caso a la Fase IV, y posiblemente también a la Fase III.

Tipo P121

A diferencia del anterior, el tipo P121 exige un importante trabajo de extracción de material óseo

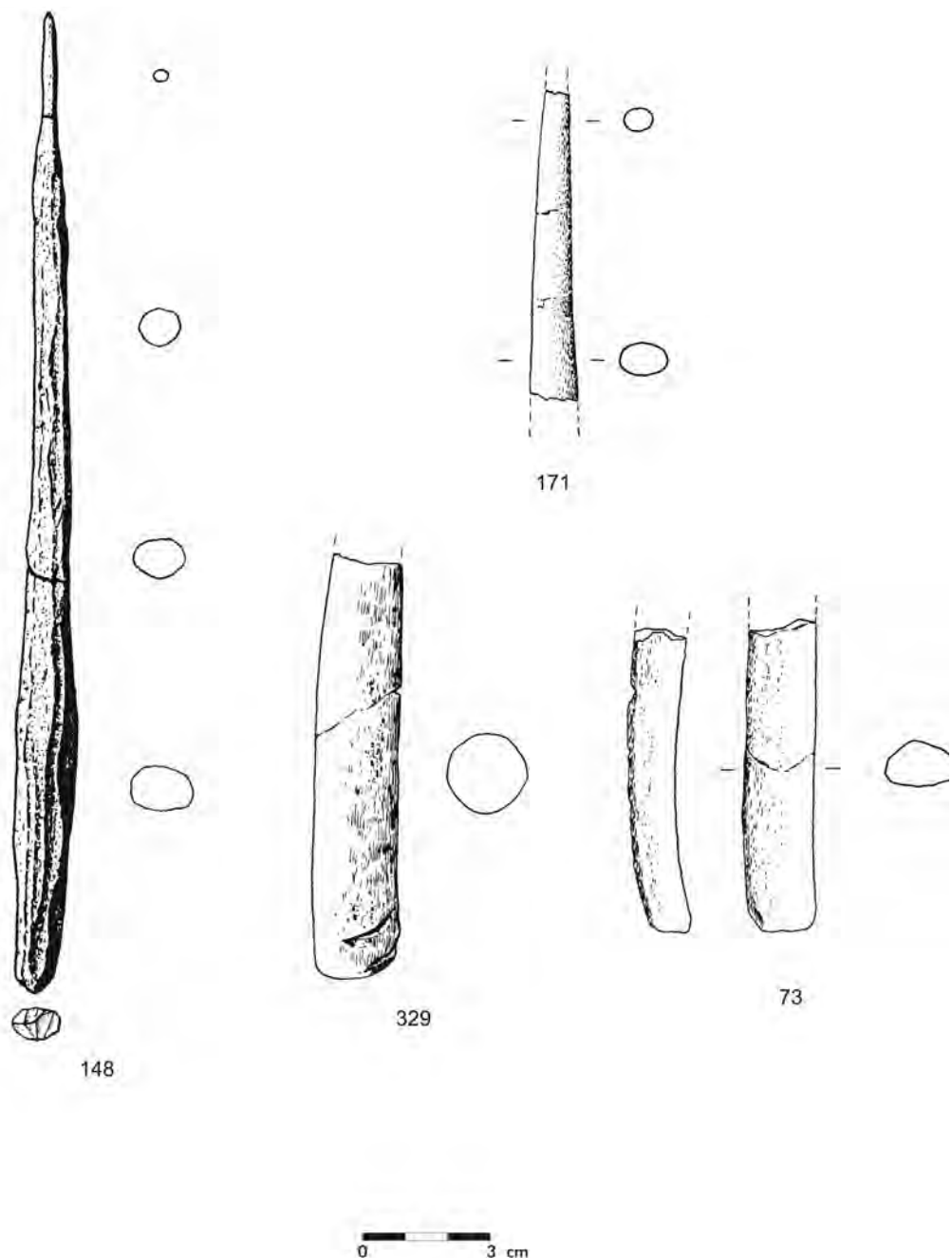


Figura V.2.36_Picos del tipo P121 de Cabezo Redondo.

de la rama principal del asta, suponemos que por un laborioso ranurado que desde nuestro punto de vista habría sido sumamente costoso sin la intervención de instrumental metálico. Todos los ejemplares catalogados proceden de Cabezo Redondo, si bien sólo una de las piezas (nº 148) se ha conservado completa (Fig. V.2.36).

Posiblemente estas piezas se emplearan enmangadas en madera, aunque el estado de conservación de la mayoría de los ejemplares –prácticamente todos carbonizados– impide pronunciarse abiertamente sobre el sistema utilizado para su engarce. Y tampoco resulta fácil determinar con exactitud el uso al que estaban destinados, puesto que la delgadez que muestran en el tercio distal maximiza su labor punzante al tiempo que los hace más vulnerables ante los impactos contra superficies resistentes.

Sea cual fuere su uso específico, este tipo de objetos resulta relativamente bien conocido en el registro del II milenio cal BC de nuestro ámbito de estudio. Así, aparece documentado en el yacimiento argárico de El Oficio (SIRET y SIRET, 1890: lám. 62.34), localizado entre los materiales hallados en las habitaciones, y también en el poblado granadino de Castellón Alto (CONTRERAS CORTÉS, 1997: 95), si bien aquí la parte proximal de la pieza también aprovecha parte de uno de los candiles del asta, lo que como veremos la aproxima morfológicamente al tipo P211.

Con respecto a la cronología que cabe apuntar a este tipo de artefactos, al encuadre de los ejemplares villenenses, claramente contextualizados en la

Fase III y, en especial, en la Fase IV, cabría señalar la presencia de cerámicas con decoración de boquique tanto en el yacimiento de El Oficio como también en el poblado granadino de Castellón Alto, con las que a nuestro juicio cabría relacionar los artefactos mencionados.

Tipo P122

El tipo (Fig. V.2.37) se define por una forma más o menos alargada del fuste, difícil de precisar debido al estado fragmentario de los dos únicos ejemplares identificados, pero sobre todo por la presencia de una o dos perforaciones en la base, relacionadas con total seguridad con el sistema de sujeción a un mango de madera de forma y proporciones que no es posible aventurar.

El reducido número de piezas identificado y su estado de conservación también condicionan la evaluación de otros aspectos fundamentales de estos artefactos, dadas la inexistencia de las partes distales.

Por otra parte, el único ejemplar para el que contamos con referencias estratigráficas publicadas es el procedente de Cabezo Redondo (nº 150), mientras que de la pieza del Mas del Corral (nº 1022) no se han difundido hasta la fecha los detalles del contexto arqueológico en el que fue encontrada. Provisionalmente, cabe emplazar este tipo entre los objetos en uso durante la Fase IV y, tal vez, durante la Fase III.

Tipo P211

Corresponde, junto con el tipo P221, al más representado entre en el conjunto de esta clase de artefactos analizado por nosotros. Se trata de objetos apuntados obtenidos a partir de la separación de parte de la luchadera basal de las astas de ciervos, posiblemente por medio de una percusión en plano oblicuo con instrumento metálico afilado y –al menos en una parte sustancial de los ejemplares que hemos inspeccionado– a continuación, torsión de la parte parcialmente separada para obtener un plano recto y una porción apuntada fácil de afilar mediante abrasión. Esta operación se hace especialmente evidente en el caso de nuestra pieza nº 321, probablemente desechada a mitad del proceso de elaboración, en donde se observa cómo las aristas del extremo apuntado no presentan planos de corte más que en el inicio del mismo, en donde se localizan varios cortes profundos posiblemente realizados con hacha metálica.

A pesar de que contamos con un considerable número de ejemplares en nuestro catálogo (Fig. V.2.38), la gran mayoría procede de Cabezo Redondo, con la excepción de una pieza de Orpesa la Vella (nº 1169) publicada en su momento por F. Gusi (1974). En todos ellos se puede apreciar cómo la parte correspondiente al extremo anatómico de la luchadera o candil no presenta trazos de transformación, aunque en algún caso

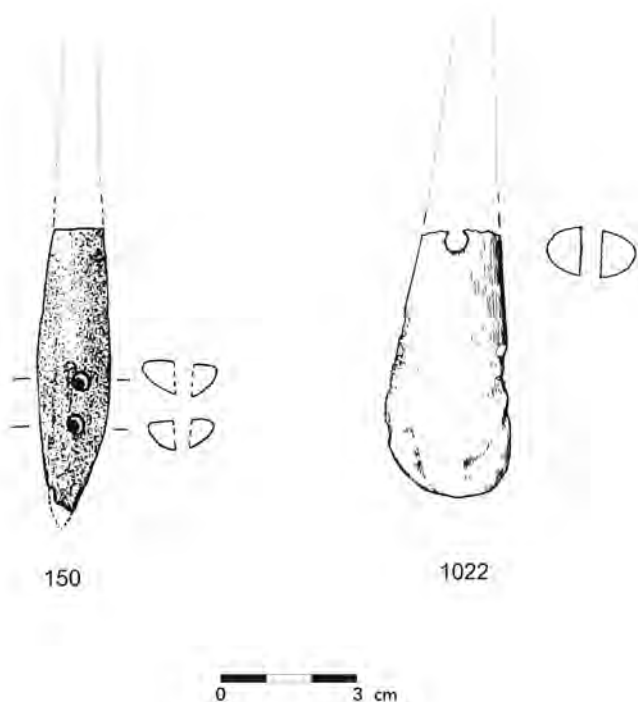


Figura V.2.37_Picos del tipo P122 de Cabezo Redondo (nº 150) y Mas del Corral (nº 1022).

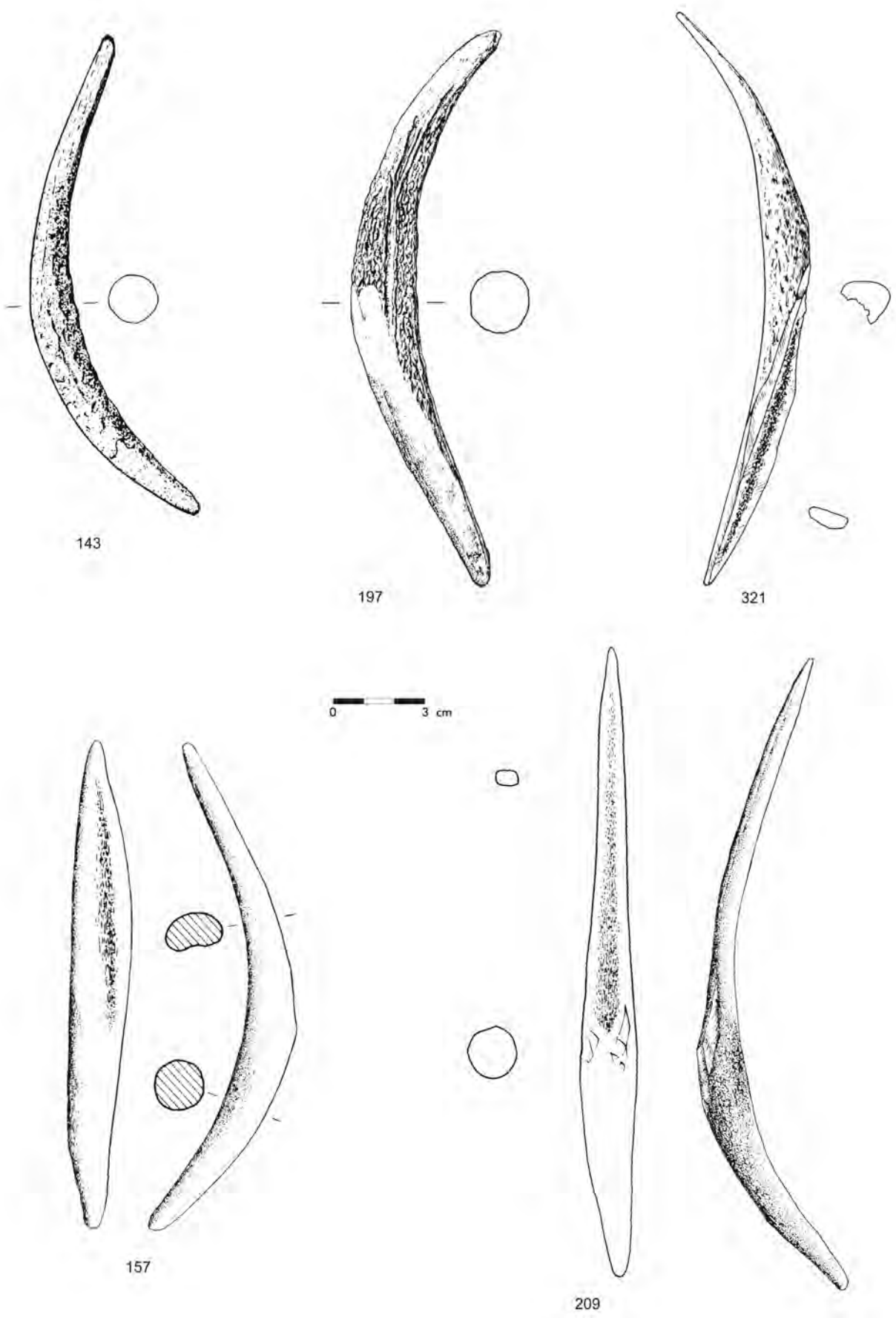


Figura V.2.38_Picos del tipo P211 de Cabezo Redondo.

pueden apreciarse señales esporádicas de impactos o pequeñas entalladuras.

La revisión de los conjuntos de artefactos óseos del área de estudio y sus zonas aledañas nos ha permitido reconocer la presencia de artefactos muy similares en otros yacimientos, todos ellos mostrando una localización cronológica sensiblemente similar, que permite fijar la producción de este tipo concreto de picos en la Fase IV. Ello es al menos lo que cabe deducir de la presencia de piezas similares en los niveles con cerámicas decoradas de estilo Cogotas en el Cerro de La Encina (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 182, fig. 6.6), algunos de los cuales posiblemente deban identificarse más apropiadamente con el tipo P221, como veremos a continuación. Por su parte, también los hermanos Siret reportan alguno de estos objetos entre los materiales de habitación de Fuente Álamo (SIRET y SIRET, 1890: lám. 65.126), que cabe así mismo relacionar con el horizonte Fuente Álamo V.

Por otra parte, a la vista de las características que ofrecen los ejemplares de Castellón Alto (CONTRERAS CORTÉS, 1997: 95) la considerable delgadez de la parte apuntada en comparación con el extremo anatómico al que se opone permitiría tal vez plantear la posibilidad de que en ocasiones el diseño de estos objetos se adaptara a su uso manual, hipótesis que como ya avanzábamos más arriba no descartamos en algunos casos.

Tipo P221

Dejando al margen ciertos ejemplares dudosos, que hemos asignado al tipo aunque con ciertas reservas debido principalmente a su estado fragmentario, el tipo P221 es otro de los más representados en nuestro catálogo, con ocho ejemplares (Fig. V.2.39) que en su gran mayoría proceden también de Cabezo Redondo (nº 58, 68, 144, 151, 170 y 271). Como ya hemos comentado, se diferencia del tipo anterior por un grado mayor de elaboración que, al menos, ha incluido la modificación del extremo anatómico del asta, conservado esencialmente en el tipo P211. El grado de esta modificación es la que nos ha permitido establecer dos variantes, según se haya procedido simplemente a la extracción de la punta de la luchadera o candil –P221a– o se haya modificado además o sustancialmente la sección de la pieza mediante facetados que le den un aspecto poligonal o con tendencia rectangular –P221b.

Los ejemplares mejor conservados proceden, como ya hemos indicado, de Cabezo Redondo a pesar de que el tipo está también constatado al menos en un ejemplar en Laderas del Castillo de Callosa (nº 920).

Resulta evidente la analogía entre los tipos P211 y la variante P221a, pues es posible que con la extracción de la punta de la luchadera en el tipo P221a únicamente se persiguiera facilitar el manejo o engarzado de la pieza. Lo que sí parece seguro es que la transformación de la zona mesial por medio de facetados longitudinales realizados con instrumental metálico,

hasta obtener una forma rectangular en ocasiones tan acabada como en el caso de nuestra pieza nº 170, debió responder en cambio a requerimientos diferentes relacionados de modo más explícito con el tipo de material sobre el que debían actuar.

Aparte de los ejemplares localizados en Cabezo Redondo y Laderas del Castillo, estudiados por nosotros, y los ya mencionados de Cuesta del Negro y Castellón Alto, sólo hemos podido reconocer alguna otra pieza similar del tipo P221 en Moncín (Harrison, Moreno y Legge, 1994: 441, fig.18.113. 1906) en niveles correspondientes a la Fase IIA, en fechas contemporáneas a nuestra Fase IV, (Fig. V.2.40) y en el yacimiento turolense del Castillo de Frías (Atrián Jordán, 1974: 25. Fig. 34.f, lám. XXI) que al menos en lo concerniente a la posición estratigráfica que ocupa en el yacimiento, de acuerdo con los datos publicados, entraría en contradicción con la cronología reciente que parecen insinuar todos los demás.

Tipo P222

El tipo se caracteriza por presentar al menos una perforación en el extremo proximal, que a nuestro modo de ver se relaciona claramente con el sistema de enmangado de la pieza (Fig. V.2.41). Los dos únicos ejemplares identificados en nuestra colección proceden de Cabezo Redondo, de las excavaciones realizadas por J. M. Soler en el yacimiento, si bien de las campañas más recientes hemos podido reconocer alguna otra pieza de esta misma morfología (Fig. V.2.42).

Conforman uno de los tipos más elaborado, y el que sin duda exigió una mayor inversión de trabajo en su producción. A pesar de su delicado estado de conservación, casi completamente carbonizado y con fracturas múltiples en la parte distal, nuestra pieza nº 141 nos ha permitido observar algunas características específicas del sistema de inserción de estas piezas en los mangos, algunas de las cuales aportan información de utilidad en relación con el modo en que debieron ir enmangados otros de los tipos individualizados por nosotros.

La presencia de perforaciones, siempre realizadas con taladro y de un diámetro similar en casi todos los ejemplares, hizo pensar a algunos autores que este tipo de objetos podía estar relacionado con las piezas de bocado de caballo registradas en algunos yacimientos centroeuropeos, también manufacturadas sobre soportes óseos similares, y que se suponen copias o trasuntos de prototipos micénicos (Schubart y Arteaga, 1980). La posición excéntrica de la perforación y su disposición en los ejemplares villenenses que hemos estudiado, unido a la presencia de señales inequívocas de impactos en sus extremos apuntados creemos que aconsejan en cambio interpretarlos en el sentido que aquí señalamos. El caso de la pieza de nuestra figura V.2.42 es ilustrativo a este respecto, pues todo indica

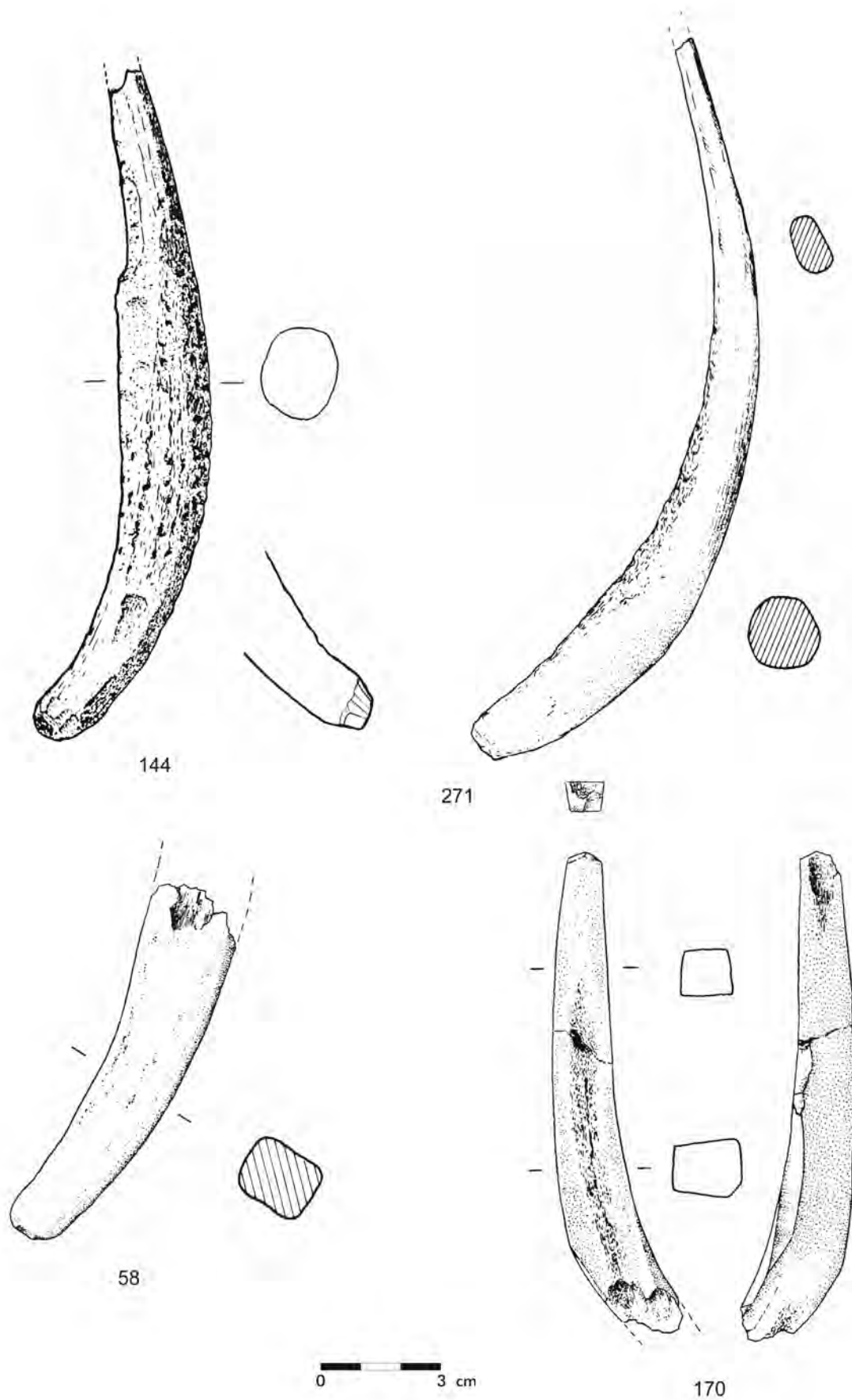
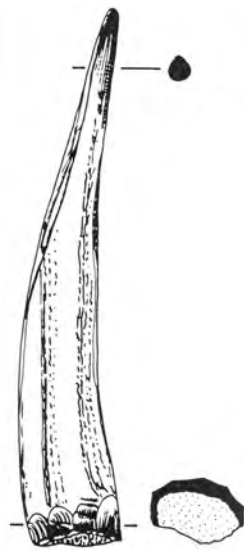


Figura V.2.39_Picos del tipo P221a (n° 144 y 271) y P221b (n° 58 y 170) de Cabezo Redondo.



Cabezo Redondo 2002



7153/1901

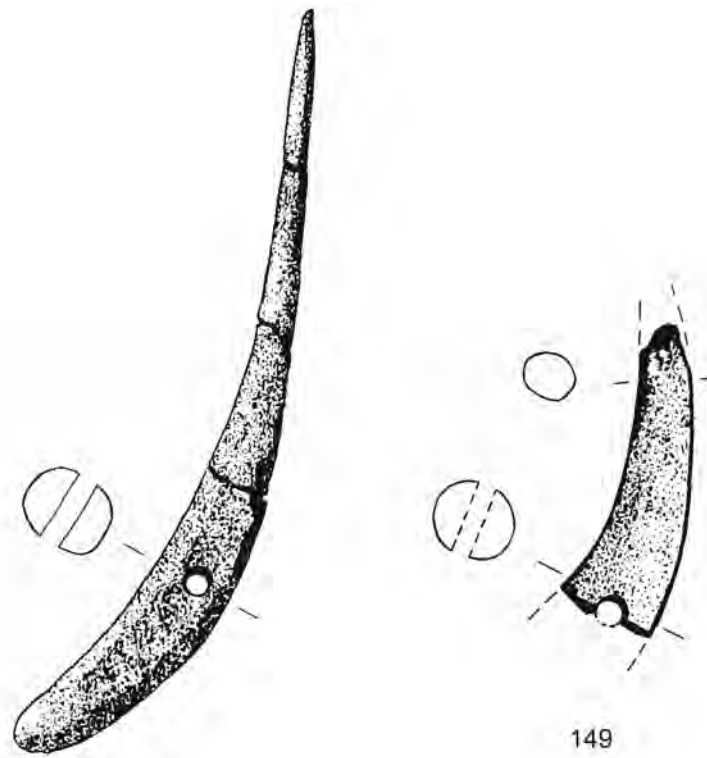
Figura V.2.40_Picos del tipo P221b de Cabezo Redondo (izquierda) y de Moncín (HARRISON, MORENO Y LEGGE, 1994) (derecha).

que tras la fractura y pérdida de la parte distal, posiblemente debido a algún golpe que no fue capaz de resistir, terminó desechado en una zona de basurero y probablemente después trasladado como material de relleno de una de las terrazas del yacimiento.

La cronología que ofrecen los ejemplares que hemos identificado apunta inequívocamente hacia la Fase IV, como cabe inferir de los contextos asociados a las piezas de Cabezo Redondo pero también del ejemplar localizado en Fuente Álamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1980: fig. 12.o), asociado a cazuelas de carena alta y cerámica con decoración de estilo Cogotas I, en un contexto en el que cabe situar también las piezas halladas por los hermanos Siret en este mismo yacimiento (SIRET y SIRET, 1890: lám. 65.124- 125), alguna de las cuales ofrece características que parecen asimilarla también a nuestro tipo P223, del que tratamos a continuación (Fig. V.2.43).

Tipo P223

La diferencia fundamental con respecto a los demás tipos del grupo P2 es que en este caso el extremo opuesto a la parte apuntada presenta una extracción



141

149



Figura V.2.41_Picos del tipo P222 de Cabezo Redondo.



Figura V.2.42_Pico del tipo P222 de Cabezo Redondo, hallado en la campaña de 2004.

del tejido esponjoso interno del asta, de manera que se obtiene una oquedad más o menos profunda que interpretamos debió destinarse a acoger la pieza de empuñadura. En gran medida, los artefactos del tipo P223 funcionarían así como puntas de refuerzo al extremo de instrumentos elaborados básicamente en madera.

El único ejemplar incluido en nuestro catálogo y que, como mencionábamos más arriba, ofrece una sintonía formal notable con alguno de los reportados por los hermanos Siret en Fuente Álamo (Fig. V.2.43) procede de El Puig (nº 707), yacimiento con potentes niveles adscritos a momentos recientes del II milenio cal BC (Barrachina Ibáñez, 1989). Sin embargo, es evidente que esta solución técnica aparece ya al menos esbozada en determinados contextos de finales de la Fase III, como demuestra la presencia de picos semejantes en los niveles de colmatación de la calle central de Terlinques y en los estratos superiores del Mas del Corral (nº 1014). Sin embargo éstos, a diferencia del ejemplar de El Puig, no presentan facetados longitudinales que modifiquen la sección transversal, sino que conservan la morfología natural de la luchadera del asta.

Pero la presencia de una serie más o menos uniforme de incisiones localizadas sobre toda o parte de

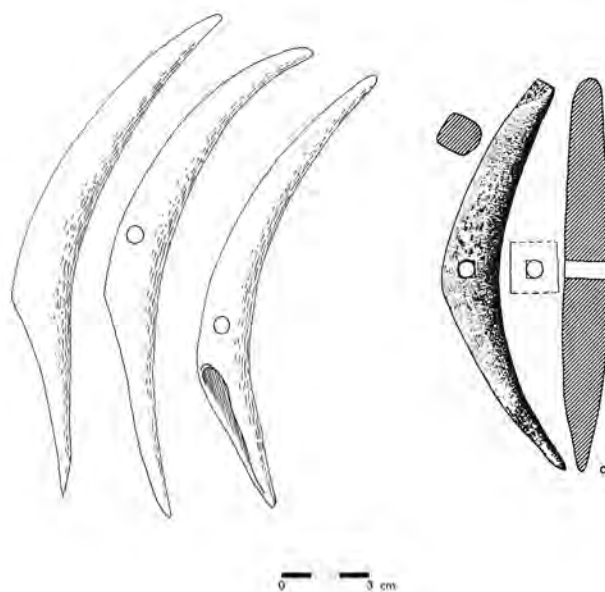


Fig. V.2.43_Picos del tipo P222 de Fuente Álamo (según E. y L. Siret, 1890: lám.65 y H. Schubart y O. Arteaga, 1980: fig. 12).

la superficie de estas dos últimas piezas nos emplaza a abordar una interesante cuestión, cual es el sistema de empuñadura de este tipo de objetos, sistemas que a nuestro modo de ver han condicionado sustancialmente la morfología de cada uno de los tipos reconocidos. Ciertamente es que la presencia más o menos marcada de incisiones de longitud y profundidad variables constituye un rasgo compartido por un conjunto bastante numeroso de los ejemplares de picos del grupo P2 que hemos analizado, y que también se ha señalado en otras piezas similares por parte de otros investigadores –como en el caso de un pico del tipo P221 de Cuesta del Negro, ya mencionado (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 182, fig. 6.6). La inspección que hemos realizado sobre las piezas de Cabezo Redondo y Terlinques, fundamentalmente, nos ha llevado a proponer que estas incisiones, creemos que realizadas con una hoja de metal –aunque deberemos aguardar a una observación mesoscópica más detenida de las mismas, para poder precisarlas con mayor exactitud– se realizaron con la intención de facilitar el atado de las piezas mediante cordajes a los mangos de madera en los que estaban implementadas. Tales incisiones habrían contribuido a fijar el cordaje y, por tanto, a resistir de manera más efectiva las tensiones producidas en la zona de inserción de la punta del pico y su mango a consecuencia de impactos sobre objetos o materias de cierta dureza y consistencia.

Por el contrario, en la mayoría de las piezas del tipo P222 que presentan un orificio transversal al eje longitudinal, estas incisiones prácticamente no se observan (Fig. V.2.42). En uno de los ejemplares más completos –nº 141– localizado sobre el pavimento calcinado hallado en la parte oeste del Departamento IV, excavado

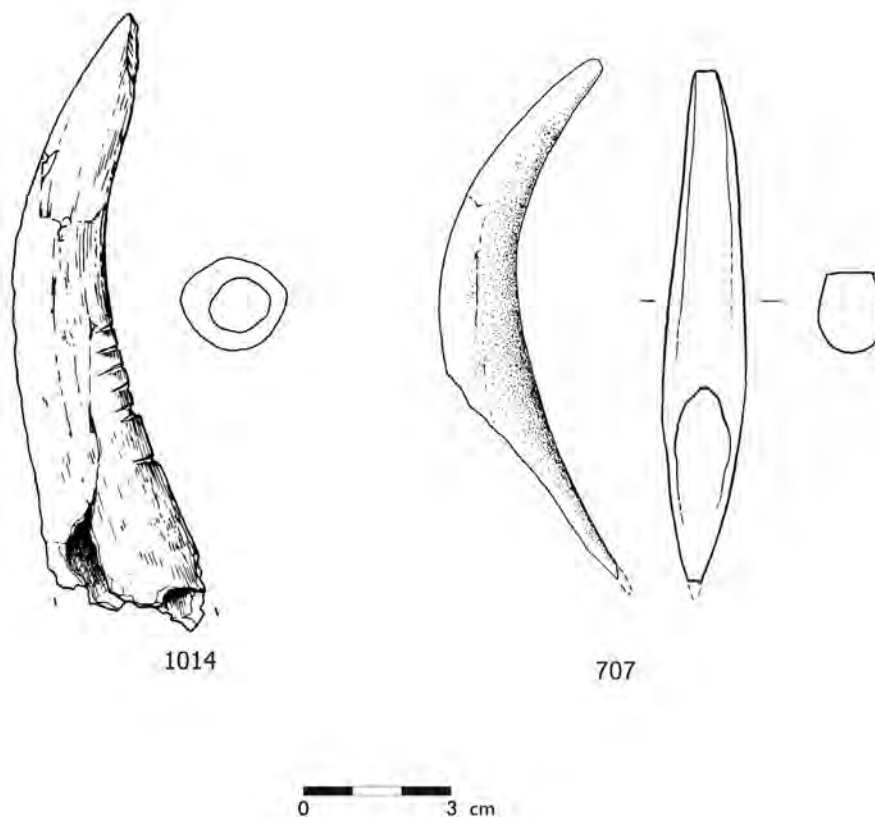


Figura V.2.44_Picos del tipo P223 de Mas del Corral (1014) y El Puig.(nº 707).

por J. M^a Soler (1987: 33), se puede apreciar con claridad cómo en la zona de la pieza situada alrededor de la perforación –de aproximadamente 4 mm de diámetro– la superficie muestra un grado menor de exposición al fuego, mientras que el resto ha sido ennegrecido por completo (Fig. V.2.45). En nuestra opinión ello ha sido esta zona pudo haber estado cubierta por el mango de madera, que sería el que habría recibido los efectos más directos del fuego.

Sin embargo, esta pieza muestra claramente también la presencia de incisiones transversales, aunque una observación atenta permite comprobar que éstas se realizaron, con anterioridad a la realización de la perforación, como puede apreciarse en la fotografía de la figura V.2.46. En ella podemos ver cómo varias de las incisiones se encuentran cortadas por el orificio, lo que a nuestro juicio cabe interpretar como un cambio en el sistema de enmangado de la pieza: el pico habría estado fijado en un primer momento por medio de cordajes, y posteriormente se le habría practicado una perforación para sujetarlo con un remache o pasador.

La última cuestión a considerar es el tipo de pasador o remache con el que terminaría fijándose la pieza al soporte de madera. La inexistencia de rastro de óxidos metálicos en ninguna de las piezas conocidas

indica que éstos no eran, obviamente, de metal. La respuesta parece encontrarse en una de las observaciones de los hermanos Siret al respecto de las piezas de Fuente Álamo, cuando señalan que uno de los ejemplares localizados conservaba una astilla de hueso introducida en el orificio (SIRET y SIRET, 1890: lám. 65.124- 125). Se trata del mismo sistema empleado para la fijación de otras piezas centroeuropeas similares, localizadas en contextos, sin embargo, bastante más antiguos que las que aquí nos ocupan (RAMSEYER, 1985: 197. fig.5.1). Sin embargo, es muy probable que la mayoría de los pasadores fueran de madera, lo que explica que apenas hayan quedado restos de ellos en el registro.

Así las cosas, los datos parecen indicar hoy que el sistema por el que los picos y puntas óseas elaborados en asta de cérvidos eran engarzados a sus respectivos mangos pudo experimentar un desarrollo, entre finales de nuestra Fase III y a lo largo de la Fase IV, por el que a los enmangados mediante inserción y cordajes se irían sumando paulatinamente picos con orificios para pasadores que permitían mejorar sensiblemente la efectividad de la herramienta y prolongar su vida útil. De hecho, todo apunta a que este sistema de engarce acabó aplicándose también a otros tipos de uten-



Figura V.2.45_ Pico del tipo P222 de Cabezo Redondo (nº 141) visto en norma lateral izquierda y derecha, en donde se aprecia la diferente intensidad de la marca dejada por el fuego en la zona alrededor de la perforación, y que interpretamos debía estar originalmente cubierta por madera.

silios, tales como los percutores, como más adelante podremos comprobar.

2.1.5. Clase F. Puntas de flecha

La singularidad de las puntas de flecha de hueso en cuanto a su diversidad morfológica y el valor que se les ha atribuido como indicador cronológico y cultural desde los primeros estudios prehistóricos y arqueológicos, los ha convertido en productos sujetos a múltiples intentos de secuenciación y clasificación tipológica, tanto a escala continental (SÉRONIE-VIVIEN, 1968, 1995; PAPE, 1982; ARNAL y SÉRONIE-VIVIEN, 1983) como peninsular (RODANÉS VICENTE, 1987).

Hasta un total de 25 piezas de nuestro catálogo se definen como puntas de flecha, la mayoría de las cuales presenta un alto grado de elaboración que impide en ocasiones incluso determinar el tipo de materia ósea –hueso o asta de cérvido– en el que están manufacturadas. En consecuencia, la propuesta de ordenación de los tipos que constituyen esta clase se basa en criterios formales que no han tenido en cuenta morfologías óseas naturales. La primera división de las piezas catalogadas –grupos F1 y F2– se fundamenta en el tipo



Figura V.2.46_Detalle de la zona de inserción de la pieza nº 141 del catálogo, en la que se aprecia con claridad cómo la perforación realizada por el taladro corta a las incisiones realizadas con anterioridad.

de preformas a partir de las que se inicia el proceso de producción de dos tipos de puntas de flecha distintos: las primeras, las de hoja plana –grupo F1– manufacturadas a partir del recorte de varillas de diáfisis óseas o de asta de cérvido, de longitud y anchura variables, y provistas o no de aletas laterales; las segundas, de secciones circulares, rectangulares o poligonales –grupo F2– que se elaboraron a partir de barras de material óseo de mayor espesor y que en ocasiones exigieron una inversión de trabajo considerable.

Tipo F111

El primero de los tipos identificados responde a un modelo de punta de flecha de forma losángica, con hoja plana bien diferenciada, de anchura y espesor variables, sin aletas. Entre el conjunto de objetos analizado por nosotros se cuentan dos ejemplares (nº 1236 y 603) que ilustran una posible división del tipo en

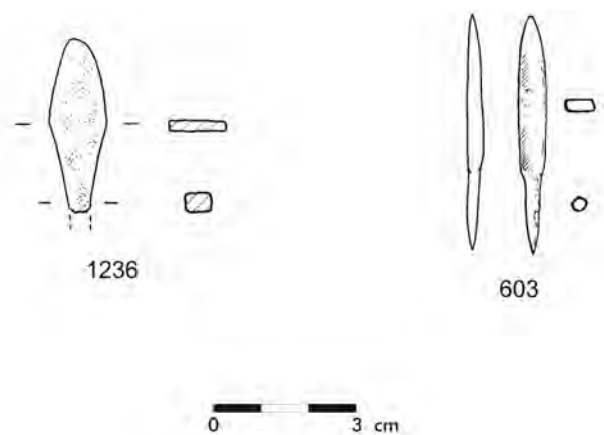


Figura V.2.47_Punta de flecha del tipo F111a de San Antón (nº 1236) y del tipo F111b del Cerro de El Cuchillo (nº 603).

dos variantes en atención a la anchura de la hoja (Fig. V.2.47). La primera de ellas –F111a– es la que ofrece una semejanza más clara con las puntas metálicas pedunculadas, mientras que la segunda –F111b– se aparta un tanto de éstos en función de la mayor estrechez y longitud de la hoja.

Entre el registro del intervalo en estudio, en el ámbito geográfico que abarcamos, este tipo se ha asociado de forma reiterada con las denominadas “puntas de Palmela”, que se vinculan a mediados-finales del III milenio cal BC, y cuando se han registrado en momentos incuestionablemente posteriores, se las ha considerado “perduraciones” de la tradición anterior. Sea como fuere, el tipo, aunque con variaciones en cuanto a la morfometría del pedúnculo, se registra en yacimientos como El Argar (SIRET y SIRET, 1890: lám. 25.95), Laderas del Castillo (FURGÚS, 1937: V, lám. II, Fig 4^a), Les Raboses (RIPOLLÉS ADELANTADO, 2000: 99, fig. 3), Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 405, fig. 18.86. 1532; 426, fig. 18.101. 1738 y 1739) Motilla del Azuer (ALTAMIRANO GARCÍA, 2009: 45, Fig. 4.f) o Cueva del Moro (UTRILLA MIRANDA y BALDELLOU

MARTÍNEZ, 1982: 30 Fig.3. 7 y 12). De los yacimientos citados –a los que se podrían sumar muchos otros ejemplos, como los hallados en diversas cavidades del Noreste peninsular, por desgracia carentes de contexto estratigráfico en su mayoría– cabe inferir un amplio espectro cronológico para el tipo, al que en principio puede proponerse una vigencia a lo largo de todas las fases arqueológicas consideradas en el ámbito cronológico de nuestro estudio.

Tipo F121

En rigor, este segundo tipo de puntas de flecha (Fig. V.2.48) alberga claramente dos variantes diferenciadas, por sus dimensiones generales, como el tipo precedente, aunque también por la longitud y en especial la anchura del pedúnculo con respecto a la hoja. Como hemos apuntado ya, todas estas diferencias podrían también tener su fundamento en el hecho de que el tipo F121b –elaborado en asta en todos los casos analizados por nosotros– no se trate de puntas de flecha propiamente dichas, sino de otro tipo de proyec-

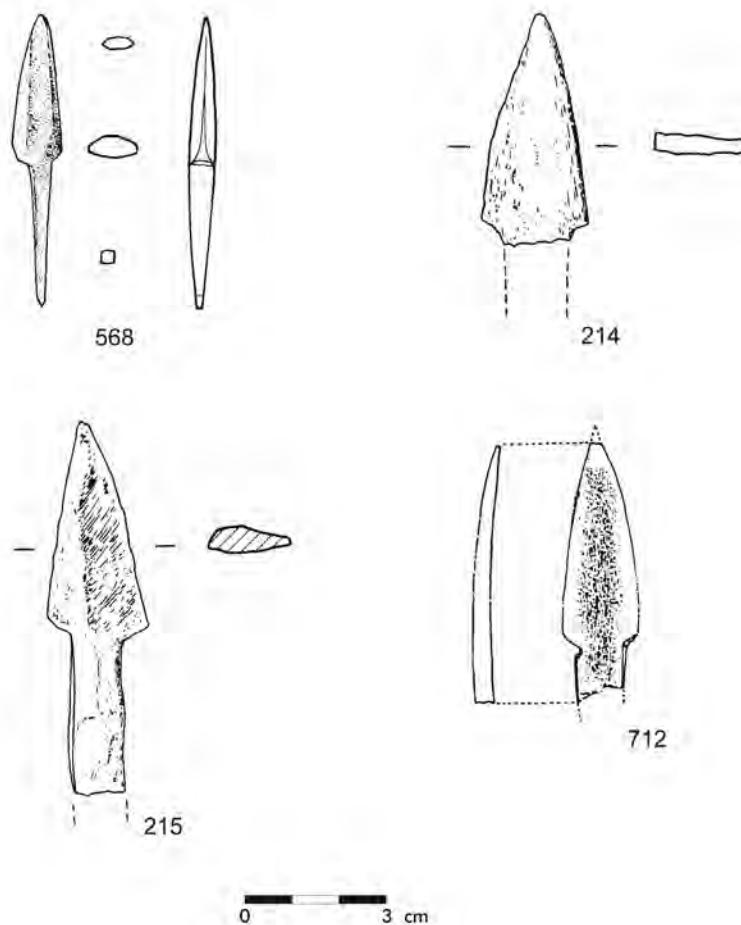


Figura V.2.48_Punta de flecha del tipo F121a de Cerro de El Cuchillo (nº 568) y del tipo F121b de Cabezo Redondo (nº 214 y 215) y El Torrelló (nº 712).

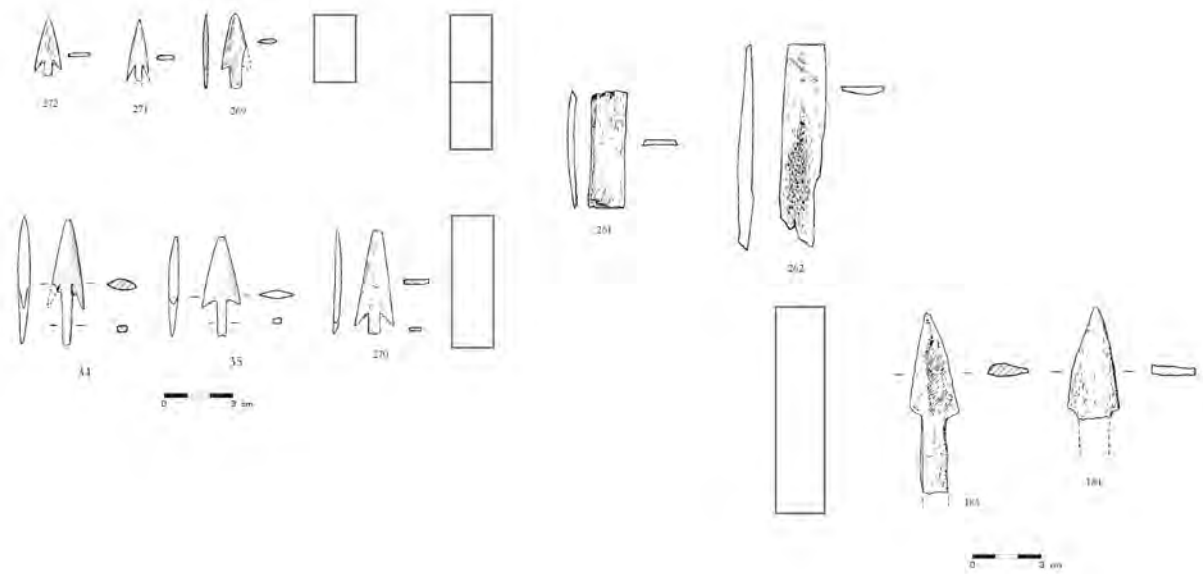


Figura V.2.49_Estandarización de la producción de puntas de flecha óseas del tipo F121b y F122 en Cabezo Redondo a partir de varillas de asta de ciervo de tamaño normalizado.

tiles tales como lanzas o jabalinas. Sin embargo, ese es un extremo sobre el que, sólo a la luz de los datos disponibles en la actualidad, resulta muy arriesgado pronunciarse.

Se han incluido en nuestro catálogo tres piezas del tipo F121b —dos de Cabezo Redondo (nº 214 y 215) y otra de El Torrelló (nº 712)— y un solo ejemplar del tipo F121a —procedente del Cerro de El Cuchillo (nº 568). Las tres primeras presentan una factura similar, y se han elaborado de forma semejante a partir de varillas de asta de cérvido, recortadas probablemente de la rama principal del asta en función de las proporciones que presentan. El ejemplar del Cerro de El Cuchillo parece haberse elaborado en cambio sobre diáfisis ósea.

Al contrario de lo que ocurre con los tipos F111 y F122, su presencia en los yacimientos de la mitad oriental peninsular es mucho más escasa. Para J. M. Rodanés (1987) este tipo constituiría un subtipo específico dentro del grupo de puntas con pedúnculo y aletas individualizado por él —tipo 17.2. Sin embargo, de las dos piezas incluidas por el autor —la de Solacueva, en Jocano, Alava, y la de Selva de Almazorre, en Navarra— el ejemplar navarro es el más próximo a las del Cabezo Redondo y El Torrelló, ya que la punta de flecha de Solacueva presenta un cuerpo de longitud muy desproporcionada respecto del pedúnculo, que en comparación con el de las puntas villenenses resulta minúsculo. Por otra parte, la forma de las aletas en la pieza de Selva de Almazorre —casi ofreciendo un ángulo obtuso respecto del pedúnculo— es realmente muy similar a la que observamos en las puntas de flecha de la variante F121b. Al margen de estas piezas del Valle del Ebro, la más afín en cuanto a forma y di-

mensiones es una punta hallada en la Cueva de Pedro Fernández, en Estremera, Madrid (FONSECA FERRÁNDIZ, 1988) en un contexto por desgracia poco definido. Por otro lado, puntas de flecha del tipo F121a se pueden reconocer en la motilla de Santa María del Retamar (COLMENAREJO *et al.*, 1987: fig. 8. 8), Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 311. fig. 18.16; 426. fig. 18.101) o Los Tolmos (JIMENO MARTÍNEZ, 1984: 182, fig. 152. 1577).

Tipo F122

Se trata éste sin duda de uno de los tipos más comunes tanto en Europa —Clase I de M. R. Seronie-Vivien (1995); tipo A de W. Pape (1982)— como en la Península Ibérica —tipo 17.3 de J. M. Rodanés (1987)— pudiéndose mencionar un buen número de ejemplares publicados que en líneas generales comparten unos mismos rasgos morfológicos, es decir, una hoja o cuerpo de sección oval o ligeramente romboidal con dos aletas en ángulo agudo con respecto a un pedúnculo de sección generalmente circular o de tendencia rectangular (Fig. V.2.50).

El conjunto de piezas más numeroso entre las analizadas por nosotros procede de Cabezo Redondo, con media docena de ellas. Dos fueron localizadas ya durante los trabajos de J. M. Soler (1987: 114), y aparecieron en una posición estratigráfica similar, en los niveles más profundos del yacimiento, en contacto con la roca natural o con el estrato geológico. Incluso dos de las puntas parecen compartir un mismo depósito arqueológico caracterizado por un sedimento de arcillas verdosas con presencia abundante de restos de fauna y otros residuos orgánicos. Por lo que respecta a las

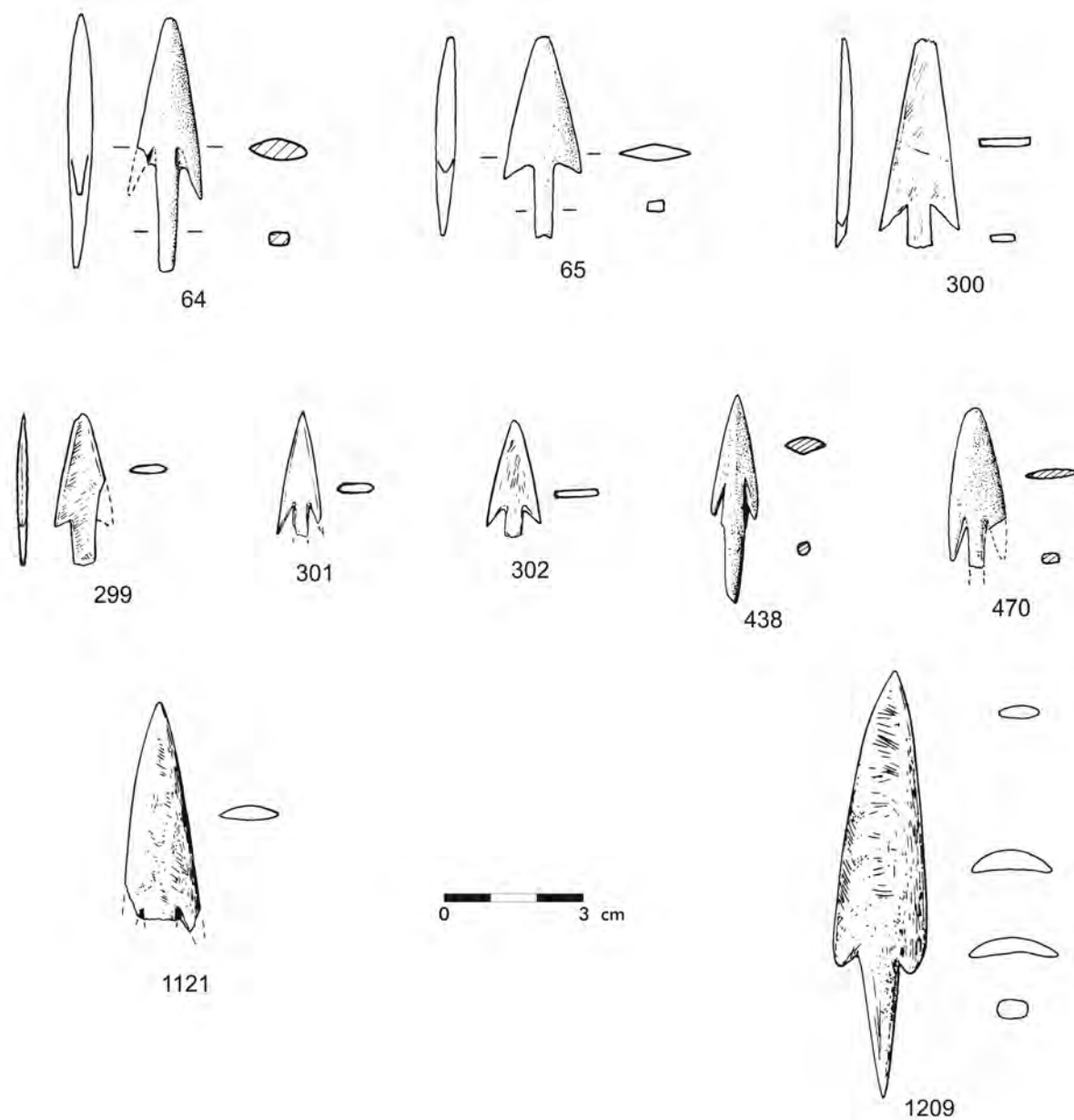


Figura V.2.50_Puntas de flecha del tipo F122 de Cabezo Redondo (nº 64, 65, 299, 300, 301 y 302), Cerro de El Cuchillo (nº 438 y 470), Muntanya Assolada (nº 1121) y La Peñuela (nº 1209).

puntas de Cerro de El Cuchillo, el contexto más significativo es el de la pieza nº 470, localizada en el nivel más profundo del Departamento IV, al que se asocia una datación de *ca.* 1800 cal BC (HERNÁNDEZ, SIMÓN y LÓPEZ, 1995: 86). Para el resto de las puntas del tipo F122 incluidas en catálogo, procedentes de Muntanya Assolada –nº 1121– y La Peñuela –nº 1209– no disponemos de información precisa en este sentido.

Se han propuesto diversos ámbitos cronológicos y varios modelos de evolución morfológica para este tipo de puntas, pero lo cierto es que la inmensa mayoría son producto de hallazgos casuales o de excavaciones antiguas de las cuales apenas se dispone de

datos; además, muchas de ellas —algunas en paradero desconocido en la actualidad— se publicaron de modo deficiente, sin ofrecer sus dimensiones reales, la morfología de la sección o incluso la escala a la que están reproducidas. Hemos de citar dos ejemplares de las Laderas del Castillo de Callosa, hoy desaparecidos (FURGÚS, 1937: V Lám II. Fig 4ª), otro de Ascopalls Baix (Alfarb, Valencia) (FERNÁNDEZ PALMERO y SERRANO VÁREZ, 1990: 18 Fig.4.5), y un tercero del Cerro de la Campana (Yecla, Murcia) (FONSECA FERRÁNDIZ, 1989: 52. Lám.I). También aparece en yacimientos argáricos como Fuente Álamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1980: Fig.12.n) o El Picacho (HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

y DUG GODOY, 1975: 45) y en áreas más interiores de la Península, en la Motilla de Azuer (NÁJERA COLINO *et al.*, 1979: 34. Fig.7.d) y en El Castillo de Frías (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 22. Fig.30.c). Finalmente, en Cataluña y Valle del Ebro se han publicado, entre otros, ejemplares procedentes de Encantadas de Martís (COROMINAS PLANELLAS y MARQUÉS CASANOVAS, 1967: 23, lám IV), Cova Fonda (VILASECA ANGUERA, 1973: 219), Cueva del Moro (ÚTRILLA MIRANDA y BALDELLOU MARTÍNEZ, 1982: 30 Fig.3.1-4), El Carnelario (RODANÉS VICENTE, 1987: 92, fig. 14. 17.3), Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 309. Fig.18.14.247; 395. Fig.18.79.1427-28; 381. Fig.18.68.1255-56), Monte Aguilar (SESMA SESMA, 1992: 106 Fig.1.1) y la Cueva de Vallmajor (VILASECA ANGUERA, 1973: 145).

De la mayoría de las piezas reseñadas que cuentan con información estratigráfica bien registrada –lo que por desgracia no incluye a un número considerable de yacimientos, y en especial a muchas de las cuevas del Noreste peninsular y del valle del Ebro– se desprende un marco cronológico bastante bien ajustado a los dos últimos tercios del II milenio cal BC aproximadamente. Se trata de un marco amplio que encajaría prácticamente con nuestras fases III y IV, lo que vendría a presentar una datación más tardía que la que se ha propuesto por algunos autores (SÉRONIE-VIVIEN, 1968; 1995) para este mismo tipo de piezas, si bien a una escala europea. La presencia de puntas de este mismo tipo en contextos con cerámicas campaniformes

en prácticamente toda nuestra zona de estudio –si bien manufacturadas sobre materias líticas– hace plausible la existencia de puntas de hueso también en contextos tempranos, a pesar de que por el momento la información disponible no parece corroborarlo.

La presencia de un área de actividad relacionada con la producción de este tipo de puntas de flecha en Cabezo Redondo ha permitido además comprobar el grado de estandarización de su producción, al menos en la Fase IV. En una misma zona situada en una unidad habitacional localizada al oeste del Departamento XVIII, se registraron conjuntamente tanto piezas acabadas como otras a las que faltaba el proceso de abrasión y pulimentado final junto con las varillas de asta de ciervo que constituyen las preformas de las que eran recortadas las piezas. El hallazgo de varias de estas varillas y las diferentes longitudes que presentan han permitido advertir un patrón de tamaño modular en la elaboración de las puntas de flecha manufacturadas en el yacimiento a partir de este tipo de soporte óseo, ya que las dimensiones de las varillas más largas coincide aproximadamente con el de las piezas del tipo F121b, antes analizado, mientras que las puntas más grandes del tipo F122 se elaboran a partir de varillas que guardan una proporción de aproximadamente $\frac{1}{2}$ de la longitud de las anteriores. A su vez, las puntas más pequeñas parecen haberse elaborado con varillas de aproximadamente $\frac{1}{2}$ de la longitud de las precedentes (Fig. V.2.49).



Figura V.2.51_Puntas de flecha del tipo F131 del Cerro de El Cuchillo (nº 407) y de Laderas del Castillo.

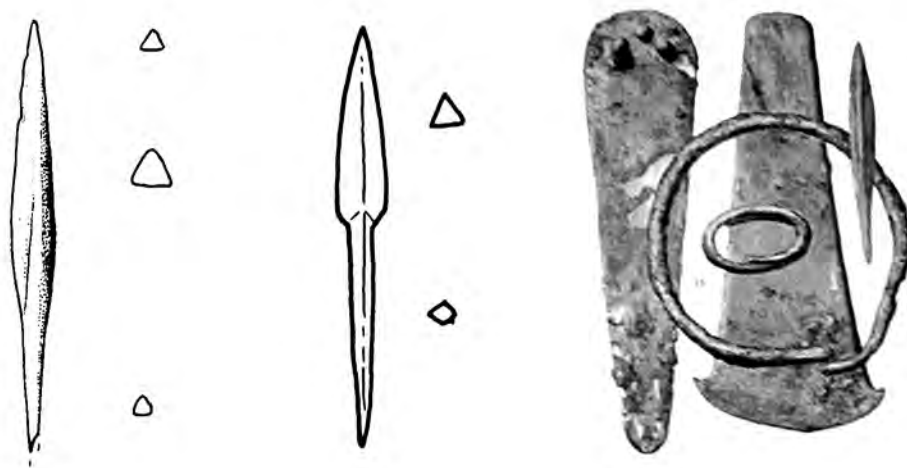


Figura V.2.52_De izquierda a derecha, puntas de flecha del tipo F221 de la Loma de Hurchillo, Moncín (según J. M. Rodanés, 1989: 90. fig. 13.15) y tumba 35 de El Argar (según E. y L. Siret, 1890: lám. 29.35).

Tipo F131

Este tipo se caracteriza básicamente por la presencia de cuatro aletas dispuestas en ángulo agudo con respecto al pedúnculo (Fig. V.2.51), en lugar de las dos que poseen las puntas de flecha del tipo precedente. La sección de la hoja es también aplanada o romboidal, y en atención a la disposición de las aletas y a su tamaño hemos diferenciado dos variantes. La primera de ellas –F131a– corresponde a puntas con la doble hilera de aletas distribuidas en los laterales de forma más o menos equidistante. A esta variante correspondería el único ejemplar incluido en nuestro catálogo, localizado en el Cerro de El Cuchillo (nº 407). La variante F131b se diferenciaría de la anterior en que las aletas se localizan todas en el extremo de la hoja, conformando una especie de aletas biapuntadas, y de la que sólo hemos identificado un ejemplar, hallado en Laderas del Castillo por J. Colominas (Fig. V.2.51)

La primera variante es con diferencia la mejor documentada en la península, aunque no constituye en general un tipo de punta de flecha que abunde en el registro arqueológico. A nuestro ejemplar cabe añadir tan sólo una punta muy similar de Les Raboses (RIPOLLÉS ADELANTADO, 2000: 99. fig.3), localizada en niveles fechados por radiocarbono *ca.* 1750 cal BC, y otra de Encantadas de Martí (COROMINAS PLANELLAS y MARQUÉS CASANOVAS, 1967: 23, lám IV), desgraciadamente no asociada a ningún contexto arqueológico. De acuerdo con los datos estratigráficos y con las dataciones radiocarbónicas de Les Raboses y del Cerro de El Cuchillo, creemos que el horizonte cronológico que cabe proponer para este tipo de puntas de flecha óseas se situaría fundamentalmente en nuestras fases III y IV.

Tipo F211

Dentro del tipo F21 se incluyen todas las puntas de flecha de secciones circulares u ovals, carentes de aletas. Por el momento sólo consideramos incluido en nuestro catálogo un único tipo –F211– que además presenta la particularidad de poseer un pedúnculo ahuecado en forma de tubo. Procede de Castellarejo de los Moros (nº 369) y fue hallada durante las excavaciones dirigidas por D. Fletcher y J. Alcácer (1958) (Fig. V.2.53).

El pedúnculo ahuecado es una característica que comparte con algunos otros ejemplares peninsulares, destacando sin embargo la notable afinidad morfo-métrica que la pieza valenciana guarda con algunas puntas de flecha óseas de Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 347. fig. 18.40. 794; 381. fig. 18.68. 1254) y Monte Aguilar (SESMA SESMA y GARCÍA GARCÍA, 1994, fig. 14 A 4.2), todas ellas datadas en fechas aproximadamente correspondientes con el final de la fase III o en plena fase IV.

Tipo F221

Las puntas de flecha óseas del tipo F22 se diferencian por la sección triangular de la hoja, que adquiere en todos los casos una forma prismática que puede o no estar separada del pedúnculo de forma neta. En nuestro catálogo hemos diferenciado dos tipos en atención a la morfología del pedúnculo, según se trate de pedúnculos ahuecados –tipo F222– o no –tipo F221.

También en este caso el tipo está representado en nuestro catálogo por un único ejemplar, procedente del yacimiento de la Loma de Hurchillo (nº 1009) (Fig. V.2.53). Se trata de una pieza manufacturada sobre un

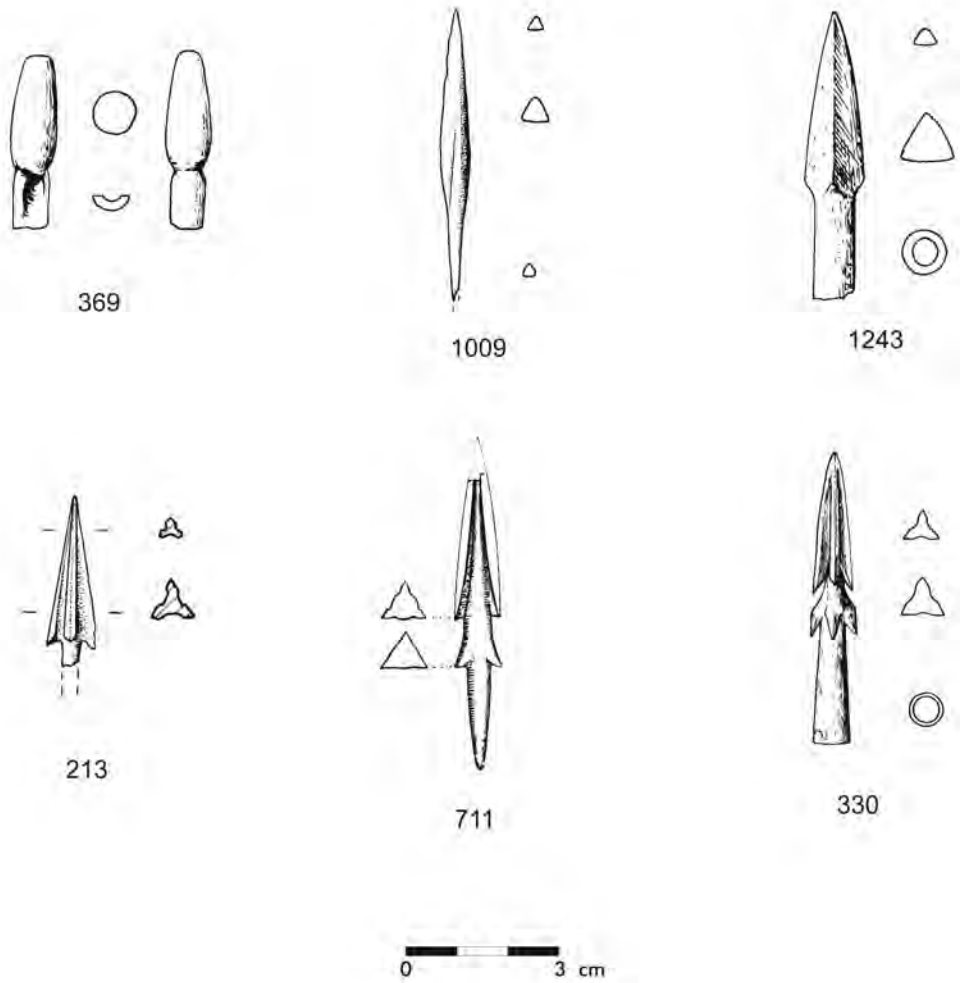


Figura V.2.53_De izquierda a derecha, y de arriba abajo, punta de flecha del tipo F211 de Castellarejo de los Moros (n° 369); punta del tipo F221 de la Loma de Hurchillo (n° 1009); punta del tipo F222 (n° 1243); punta del tipo F231 de Cabezo Redondo (n° 213); punta del tipo F232 de El Torrelló (n° 711); y punta del tipo F233 de Cabezo Redondo (n° 330).

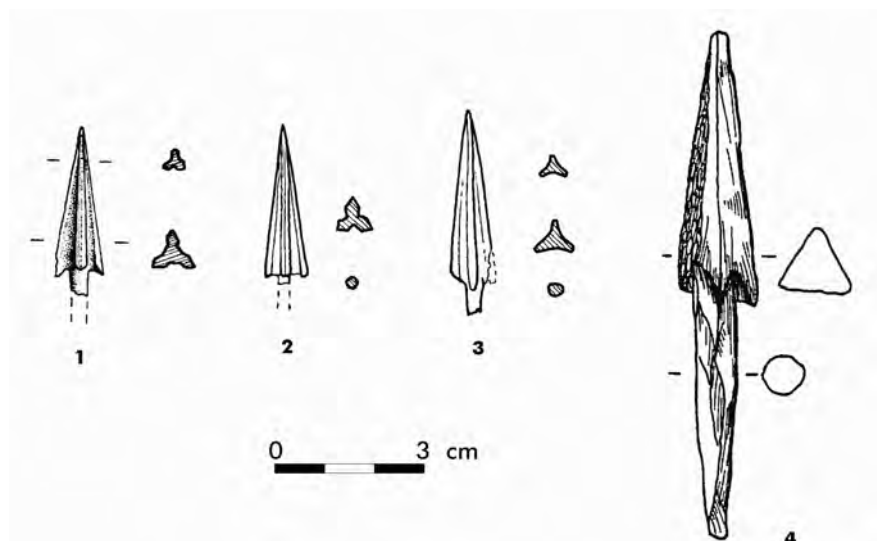


Figura V.2.54_De izquierda a derecha: puntas de flecha del tipo F231 de Cabezo Redondo, Cueva de la Torre del Mal Paso (según Jordá, 1958), El Castellón (según Espadas, Poyato y Caballero, 1987) y Castione Marchesi (según Provenzano, 1988).

fragmento longitudinal de diáfisis, sin separación neta entre la hoja, de sección triangular, y el pedúnculo. En este sentido resulta enormemente similar a un artefacto de este tipo hallado por los hermanos Siret presuntamente formando parte del ajuar de la tumba 35 de El Argar, mientras que ambas se diferencian claramente de un ejemplar que consideramos del mismo tipo hallado en Moncín, según la representación gráfica de J. M. Rodanés (1989: 90. fig. 13.15) (Fig. V.2.52), la cual no resulta completamente compatible con la presentada por R. Harrison, G. Moreno y A. Legge (1994: 357. fig. 18.50. 980).

Resulta difícil marcar un intervalo cronológico para el tipo, dadas la escasez de piezas registradas y la falta casi completa de datos estratigráficos. Mientras que del ejemplar de la Loma de Hurchillo desconocemos completamente el contexto, la pieza de Moncín se documentó en la fase IIA del yacimiento, correspondiente a los niveles más recientes. En cambio, la pieza de El Argar, que es la que resulta más afín a la pieza estudiada por nosotros, tendría que adscribirse también a momentos en todo caso posteriores a *ca.* 1800, de acuerdo con la presencia de un hacha en la sepultura. Ello sin entrar a valorar la pertenencia real de la punta de flecha al ajuar de la tumba, pues es éste un tipo de artefacto muy esporádicamente registrado en los enterramientos argáricos. De acuerdo con ello, cabría situar a la pieza de Hurchillo, y por extensión la cronología de este tipo en nuestro ámbito de estudio, en nuestras fases III y IV.

Tipo F222

Este tipo se distingue del anterior por la presencia de un pedúnculo ahuecado, en lugar de un pedúnculo macizo. De nuevo contamos únicamente con un solo

ejemplar en nuestro catálogo, localizado en el yacimiento de San Blas (nº 1243) (Fig. V.2.53), no conociendo por el momento la existencia de otras puntas de flecha de hueso similares en el tercio oriental peninsular.

En términos generales, proponemos una cronología para el tipo dentro de nuestra fase IV, en sintonía con la de otros tipos de puntas óseas con pedúnculo ahuecado, recogidas en nuestro catálogo, como las de Castillarejo de los Moros –tipo F211– y Cabezo Redondo –tipo F233.

Tipo F231

El grupo F23 agrupa a las puntas de tres aletas, distinguiéndose por ahora tres tipos en función de la morfología del pedúnculo: simple –tipo F231–, con tope –tipo F232– y ahuecado –tipo F233. El acabado perfecto de las piezas, con múltiples señales de raspado en toda su superficie que denotan una gran inversión de tiempo en su elaboración, impide concretar el soporte óseo utilizado en ninguna de ellas (Fig. V.2.53).

La única pieza del tipo F231 incluida en nuestro catálogo procede de Cabezo Redondo, y fue hallada durante la campaña de excavaciones de 1990. Presenta un pedúnculo fragmentado de sección circular que se une a un cuerpo formado por tres aletas agudas equidistantes entre sí, con una arista longitudinal que las recorre completamente de un extremo a otro. Fue localizada en la capa III del Departamento XXI, dentro de un paquete sedimentario bastante afectado por madrigueras, por lo que su situación estratigráfica puede estar alterada.

Disponemos de información sobre tres ejemplares peninsulares idénticos. El primero procede de El Castellón, un yacimiento ubicado en el Campo de Montiel

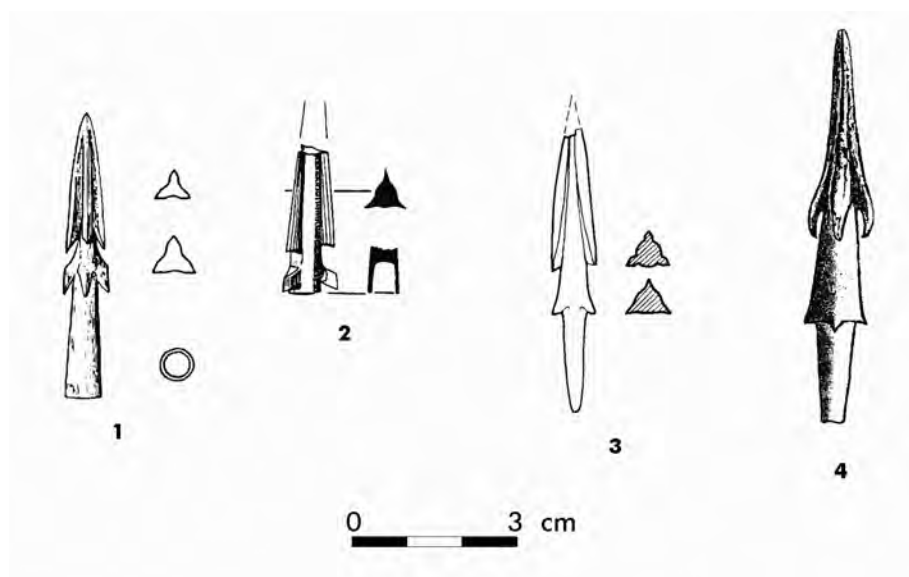


Figura V.2.55_De izquierda a derecha: puntas de flecha del tipo F233 y F232 de Cabezo Redondo, Moncín (según Harrison, Moreno y Legge, 1994), El Torrelló y la terramara de Gazoldo (según Saflund, 1939).

en uno de cuyos niveles más profundos —nivel 2— se halló una punta de flecha (ESPADAS PAVÓN *et al.*, 1987; 52, fig. 7.1) de tres aletas agudas y pedúnculo de sección circular que responde fielmente al modelo hallado en el Cabezo Redondo, y al que sus excavadores sitúan en momentos previos a la Edad del Bronce.

En la zona de Levante localizamos otra pieza del tipo en la Cueva de la Torre de Mal Paso, del que procede un abundantísimo y muy variado material arqueológico hallado tanto en la cueva como en el poblado que se alzó en sus proximidades. Fue publicado en dos lotes por D. Fletcher (1954) y F. Jordá (1958). Éste último presentó los hallazgos prehistóricos que se componían esencialmente de vasos cerámicos con decoración acanalada, incisiones y cordones decorados que acompañaban a una serie de inhumaciones. Todo el conjunto podía fecharse, a juicio del autor, en un Bronce I o Inicial —es decir, Calcolítico o Neolítico IIb— con ausencia de cerámicas campaniformes. No obstante, entre los materiales de hueso trabajado —formado casi exclusivamente por objetos de adorno—, aparece la punta de flecha de hueso a la que hacemos referencia. Finalmente, en las excavaciones que se han realizado en el yacimiento saguntino de Pic dels Corbs se ha localizado también una punta de flecha de hueso de idénticas características a las anteriores, esta vez claramente contextualizada en niveles del II milenio a. C. (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1997).

La coincidencia en la cronología atribuida a los dos primeros ejemplares resultaría evidente en el caso de aceptar sin reservas las referencias estratigráficas que se les asignan respectivamente. En ese sentido, sin embargo, tanto la pieza de Mal Paso como la de El Castellón resultan manifiestamente disonantes con la cronología que cabe atribuir a las piezas registradas en Cabezo Redondo y Pic dels Corbs, coherentes también con las que parece inferirse para los tipos F232 y F233, claramente relacionados entre sí. Así pues, creemos razonable proponer un intervalo temporal básicamente centrado en la fase IV o, a lo sumo, finales de la fase III para el tipo, mientras que de las piezas de la Cova de Malpaso y de El Castellón nos inclinamos a pensar que no fueron situadas en su adecuado contexto cultural y cronológico.

Tipo F232

Como ya hemos comentado, la característica principal del tipo es la presencia de un tope en el pedúnculo, característica poco habitual en el conjunto de puntas de flecha óseas analizada, aunque conocida en algunos ejemplares de dos aletas agudas del valle del Ebro, como Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 395; fig. 18.79. 1427) y también en el área manchega, concretamente de la Motilla del Azuer (ALTAMIRANO GARCÍA, 2009: 45. Lám. IV).

El único ejemplar del tipo incluido en nuestro catálogo es la pieza castellanense hallada en El Torrelló

(nº 711), en un nivel cubierto por una capa de carbones que proporcionó una fecha de *ca.* 1556 BC (GUSTI JENER, 1974). Las características del tope, también con tres aletas, siguiendo la morfología de la hoja, la pone claramente en relación con el tipo F233 del que trataremos a continuación, y con el que muy probablemente comparte vigencia durante la Fase IV.

Tipo F233

Una pieza procedente de Cabezo Redondo, localizada en 1997 en la UE 3001, en el Departamento XXI, constituye el único representante del tipo en nuestro catálogo. Se trata de un excepcional ejemplar que, aunque comparte con las piezas precedentes la forma del cuerpo y de las aletas, e incluye también un tope con tres aletas agudas, como el tipo F232, difiere de ellos en el pedúnculo ahuecado en forma de tubo con el que se engarzaba al astil de la flecha, y que la pone en relación con los tipos F211 y F222.

Hasta el momento, sólo hemos reconocido otro ejemplar del tipo en el repertorio artefactual publicado de los yacimientos peninsulares. Se trata de una pieza del enclave zaragozano de Moncín, —descrita por sus excavadores como “arpón”— localizada en el nivel IIB y cuya única diferencia respecto del ejemplar villenense es la menor longitud del pedúnculo (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 193). Por lo demás, ambas puntas de flecha comparten un horizonte cronológico similar, que las sitúa en nuestra Fase IV.

La excepcionalidad de los tipos del grupo F23 en el registro arqueológico no es algo exclusivo de la Península sino que se hace extensible al resto de Europa, donde tampoco es demasiado frecuente. Sin embargo la presencia de tres aletas agudas y del pedúnculo ahuecado o “de tubo” aparece recogida, en términos generales, en las tipologías “pan-europeas” de W. Pape (1982) —Formas S y Z— y M. R. Séronie-Vivien (1995) —Clases VII y VIII— repartiéndose geográficamente desde Francia —Mas d’Azil— hasta Rumanía y Ucrania. Sin embargo, todos los autores han señalado su especial concentración en los yacimientos de la llanura del Po y en general en el grupo de Polada, donde hallamos los ejemplares más afines a la morfología de las piezas peninsulares. En yacimientos como Castione dei Marchesi o Gazoldo localizamos un importante número de puntas de flecha de tres aletas agudas y pedúnculo de sección circular, con y sin tope, elaboradas en asta de cérvido y perfectamente comparables a los ejemplares de Cabezo Redondo, Pic dels Corbs, Malpaso o El Torrelló de Onda.

Como dato a tener en cuenta, el estudio realizado por N. Provenzano (1988; 1997) de los materiales de hueso exhumados en las terramara de norte de Italia ha puesto de relieve, además, la existencia en estos enclaves de los procesos de elaboración de este tipo de puntas de flecha, documentándose diversos ejemplares que quedaron inacabados, circunstancia que por

el momento no se ha constatado en ninguno de los yacimientos peninsulares en los que se ha registrado este tipo de productos.

La presencia del pedúnculo de tubo resulta todavía más extraña, señalándose hasta la fecha apenas media docena de piezas en toda Europa repartidas por Francia, Alemania, Polonia, Rumanía y Bosnia (PAPE, 1982). De entre todas las que acabamos de señalar, sin duda es el ejemplar escogido por M. R. Séronie-Vivien (1995) como prototipo de su Clase VII –procedente de Pèriam, en Rumanía– el que ofrece una similitud mayor con los ejemplares de Moncín y Cabezo Redondo ya que, aunque carente de tope dentado, sí ofrece una hoja con tres aletas agudas (FLORESCU y MICLEA, 1980).

2.1.6. Clase E. Cinceles, cuñas y escoplos

En los ensayos de ordenación de los productos óseos prehistóricos peninsulares elaborados hasta ahora se ha optado por agrupar a la mayor parte de estos instrumentos bajo una etiqueta descriptiva relacionada con la morfología de su extremo distal, caracterizada por su forma de bisel doble o de monobisel (RODANÉS VICENTE, 1989; PASCUAL BENITO, 1998; MAICAS RAMOS, 2007), en consonancia con lo estipulado también por

la *Comission de Nomenclature sur l'Industrie de l'Os Préhistorique* en su *Cahier VIII*, que agrupa a varios de los tipos que contemplamos aquí bajo el término *biseaux* y *tranchants* (CAMPS-FABRER *et al.*, 1998).

En ello tienen mucho que ver sin duda las considerables dificultades que implica precisar el tipo de uso concreto al que estuvieron destinados todos estos artefactos, para los que cabe suponer un abanico de aplicaciones bastante amplio y no siempre ligado a la percusión y extracción de porciones de materias duras y consistentes, sino también a otras vinculadas con el frotamiento y eliminación de materiales semi-rígidos, como por ejemplo la corteza de árboles, o incluso de materias grasas como los residuos adheridos a las pieles.

La operatividad de este tipo de piezas para el trabajo de la madera está comprobada en diversas experiencias, entre las que se cuenta incluso la producción de artefactos relativamente complejos, como por ejemplo cuencos (CAMPS-FABRER *et al.*, 1998: 105, fig. 13.1) y también han demostrado su eficacia en otras labores más exigentes, como el descortezado del asta de cérvidos (SCHIBLER, 2001). Pero a pesar de que un número relevante de las piezas analizadas ofrecen marcas evidentes de impactos y señales de percusiones, manifestando bien a las claras el tipo de trabajo desempeñado

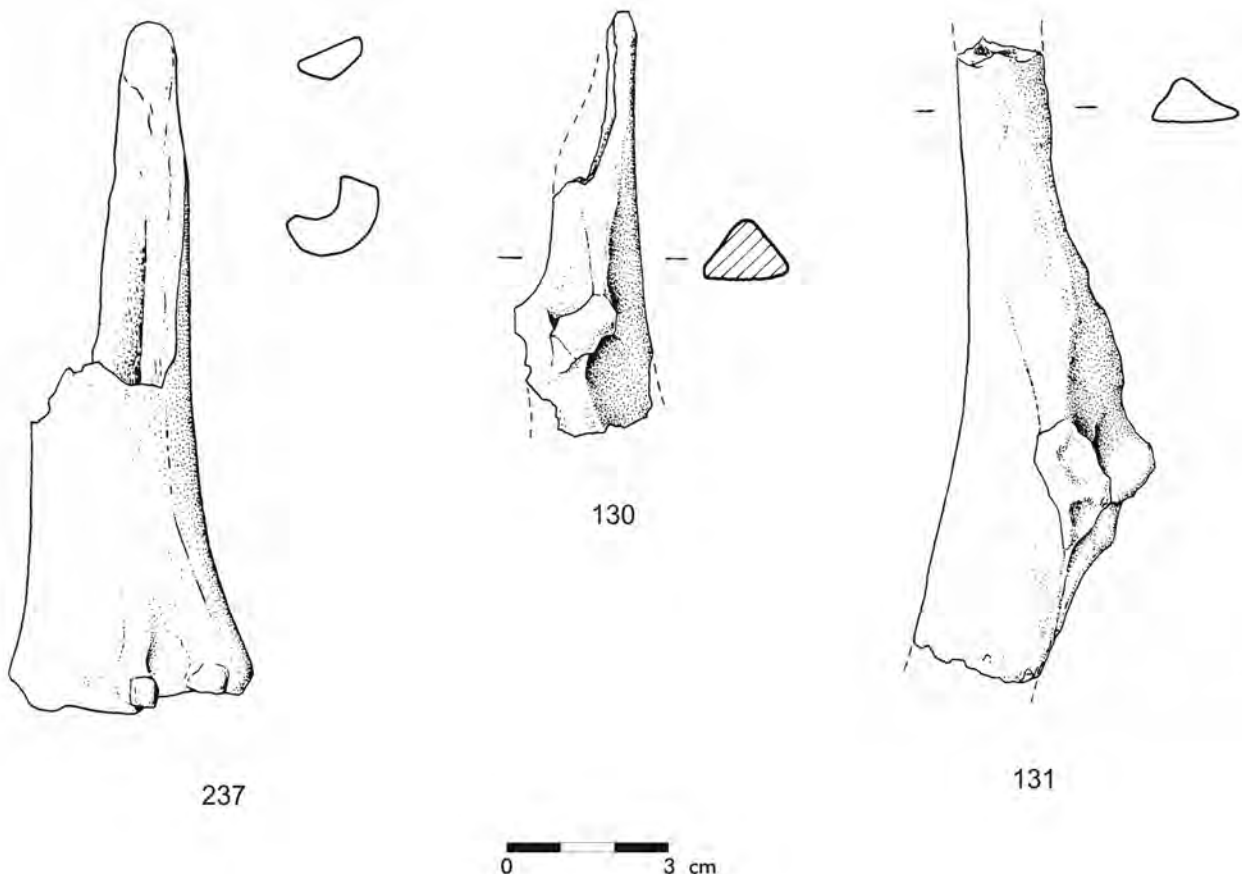


Figura V.2.56_Artefactos del tipo E111 (nº 237) y E112 (nº 130 y 131) de Cabezo Redondo.

de manera predominante, otras muchas conservan un lustre de uso que también permite relacionarlas con el ablandado de pieles y preparación de cueros, como evidencian los estudios de A. Legrand e I. Sidéra (2007) realizados a partir de la comparación de piezas originales y réplicas empleadas principalmente en labores de peletería y curtiduría.

Así pues, sin un análisis funcional de las piezas catalogadas fundamentado en el estudio exhaustivo de las señales de uso conservadas, que permitiese reconocer las actividades concretas con las que estuvieron involucradas en el pasado, no era posible efectuar una discriminación precisa entre unas y otras en base a criterios exclusivamente morfométricos. Como veremos más adelante, hemos optado por una solución provisional que sólo de forma teórica nos permite soslayar un problema al que se deberá dar una respuesta más fundamentada en el futuro.

Hemos dividido la muestra analizada por nosotros en dos grandes conjuntos: por una parte, aquellos ins-

trumentos en cuya elaboración no se incluyó la eliminación de la epífisis ósea del hueso –tipo E1– de aquéllos en los que el soporte utilizado fueron porciones óseas diafisiarias, en las que no se conservaba la epífisis –tipo E2–. Dentro de éste último, reconocemos dos grupos: los modificados morfológicamente para ser empleados mediante su inserción en un mango –tipo E23– de aquéllos que pudieron haber estado enmangados pero que de acuerdo con su morfometría pudieron igualmente usarse prescindiendo de aquél –tipos E21 y E22.

Tipo E111

El primer tipo reconocido por nosotros es el que integra a los cinceles o escoplos elaborados sobre soportes óseos que conservan en parte o completamente una de las epífisis, y que correspondería al tipo nº 5 de los objetos biselados propuesto por la Comisión de Nomenclatura de la U.I.S.P.P. (H. CAMPS- FABRER *et al.*, 1998: 8) definido como “objeto biselado elaborado

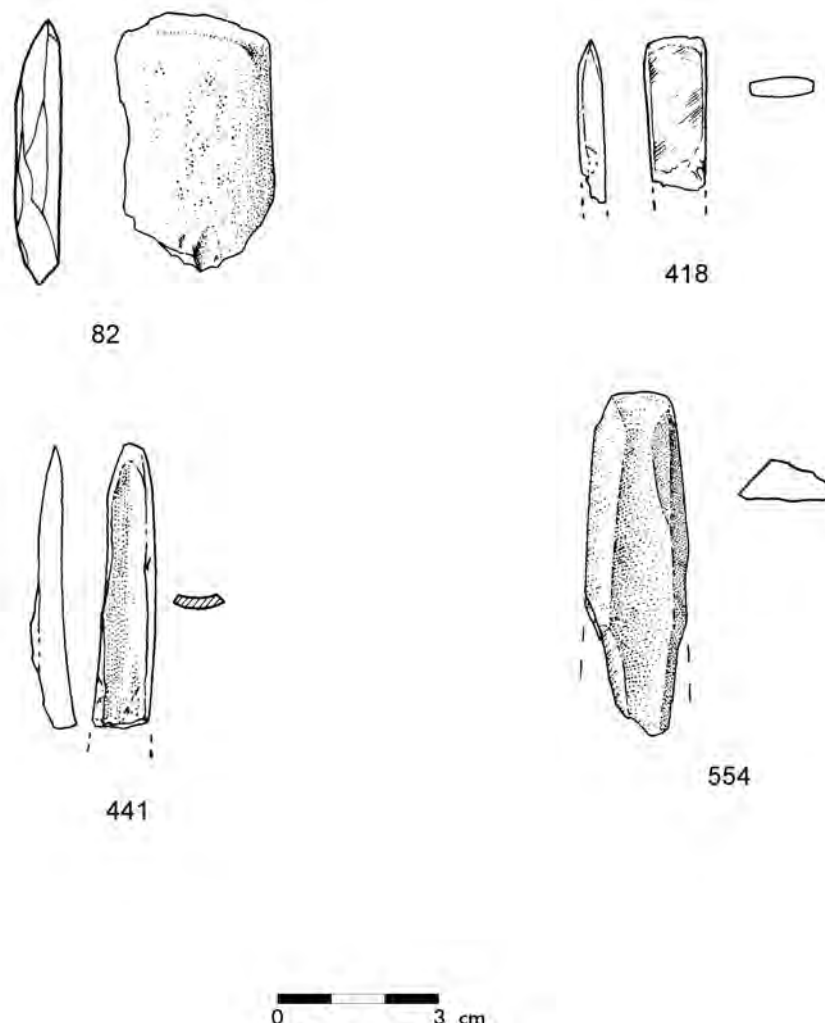


Figura V.2.57_Artefactos del tipo E211 de Cabezo Redondo (nº 82) y del Cerro de El Cuchillo (nº 418, 441 y 554).



Figura V.2.58_Cinzel de Cabezo Pardo, no incluido en el catálogo, en el que pueden apreciarse con claridad las muescas y esquirlados producidos por impactos tanto en la parte proximal –producidos sin duda por el percutor– como en la distal, resultado de la resistencia ante el material trabajado. En el detalle de la derecha puede apreciarse la fractura que provocó el desechado definitivo del útil, toda vez que es la única que no presenta señales de desgaste sobre las aristas de la escamación, tal y como se observa en la que se encuentra a la izquierda.

sobre hueso no hendido”. Dentro del conjunto de artefactos catalogado, hemos diferenciado primeramente el tipo E111, realizado sobre metapodios de rumiantes de gran tamaño, de los que sólo contamos con un ejemplar procedente de Cabezo Redondo (n° 237) (Fig. V.2.56). La fractura irregular que presenta la pieza en su parte proximal hace pensar en una escasa estandarización en la producción de este artefacto en concreto, que en cualquier caso presenta claras señales de uso en la parte distal, muy posiblemente relacionadas con el trabajo de materiales de relativa consistencia.

Aunque no excepcionalmente numeroso, resulta al parecer un instrumento más habitual en contextos del V y IV milenios cal BC (PASCUAL BENITO, 1998: 74) mientras que se registra en contados casos en contextos de la Edad del Bronce. Un ejemplar muy similar al catalogado por nosotros forma parte del conjunto de artefactos óseos hallado en Caramoro I. Por el momento, podemos suponer que este tipo de cinzel o escoplo permaneció vigente al menos hasta mediados del II milenio cal BC, aunque es probable que en la Fase IV de nuestra propuesta estuvieran ya en franca decadencia debido a su sustitución por los cinceles metálicos.

Tipo E112

Al igual que el tipo anterior, los cinceles y escoplos del tipo E112 se elaboraron por el sencillo procedi-

miento de fracturar perpendicularmente la diáfisis y transformar ligeramente la parte distal, dejando en este caso la epífisis de la ulna como base del instrumento. Contamos con escasos ejemplares en nuestro ámbito de estudio, si bien resulta relativamente más abundante en contextos anteriores, como señala su presencia en Ereta del Pedregal o Jovades (PASCUAL BENITO, 1998: 80). Sólo hemos registrado dos de estas piezas en nuestro catálogo, ambas procedentes también de Cabezo Redondo, y en ambas se aprecian evidencias de impactos que, en el caso de la n° 131 llegaron a suponer la fractura completa de la parte distal del cinzel, mientras que en el caso de la pieza n° 130 la rotura siguió una trayectoria longitudinal (Fig. V.2.56).

Como ocurre con buena parte de los productos óseos elaborados sobre este tipo de soportes, su presencia recurrente en contextos de muy diversa cronología son suficiente testimonio de lo prolongado de su producción y consumo. No es posible determinar en qué contexto fueron hallados los ejemplares catalogados por nosotros, pues pertenecen ambos a los materiales exhumados por J. M. Soler y desgraciadamente se ha perdido la información relativa a las unidades habitacionales y/o niveles excavados en los que se encontraron. Sin embargo su presencia en el yacimiento permite, cuando menos, situarlos cronológicamente en torno a *ca.* 1500 cal BC, y suponer que también pudo seguir fabricándose con posterioridad a esa fecha, aun-

que lo limitado de la muestra parece ser también un reflejo de su paulatino retroceso frente al instrumental metálico durante la Fase IV. En cronologías similares encontramos cinceles o cuñas elaborados de modo semejante en yacimientos del Valle del Ebro, como Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 402, fig. 18.83. 4493/ 1484).

Tipo E211

Algo más numerosos que los cinceles y escoplos óseos con porciones epifisiarias son los fragmentos longitudinales diafisiarios, empleados con o sin empuñadura, pero aparentemente pensados para ser utilizados como pieza intermedia entre la materia de tra-

bajo y algún tipo de percutor. En nuestro catálogo se incluyen cerca de una decena de ellos, si bien sólo la mitad proceden de contextos de la Edad del Bronce, y únicamente de dos yacimientos: Cabezo Redondo y Cerro de El Cuchillo.

De acuerdo con la propuesta de clasificación de J. L. Pascual (1998: 76) a una parte de nuestra colección se les podría incluir en su conjunto de "cincele sobre hueso hendido", si bien el autor no realiza distinción alguna entre los que conservan y los que carecen de parte de la epífisis ósea del soporte, siguiendo en esto las directrices marcadas en este sentido por H. Camps-Fabrer, S. Y. Choi y N. Provenzano (1998: 79).

Sin duda es éste el tipo de objeto que concita la mayor controversia con respecto a la funcionalidad

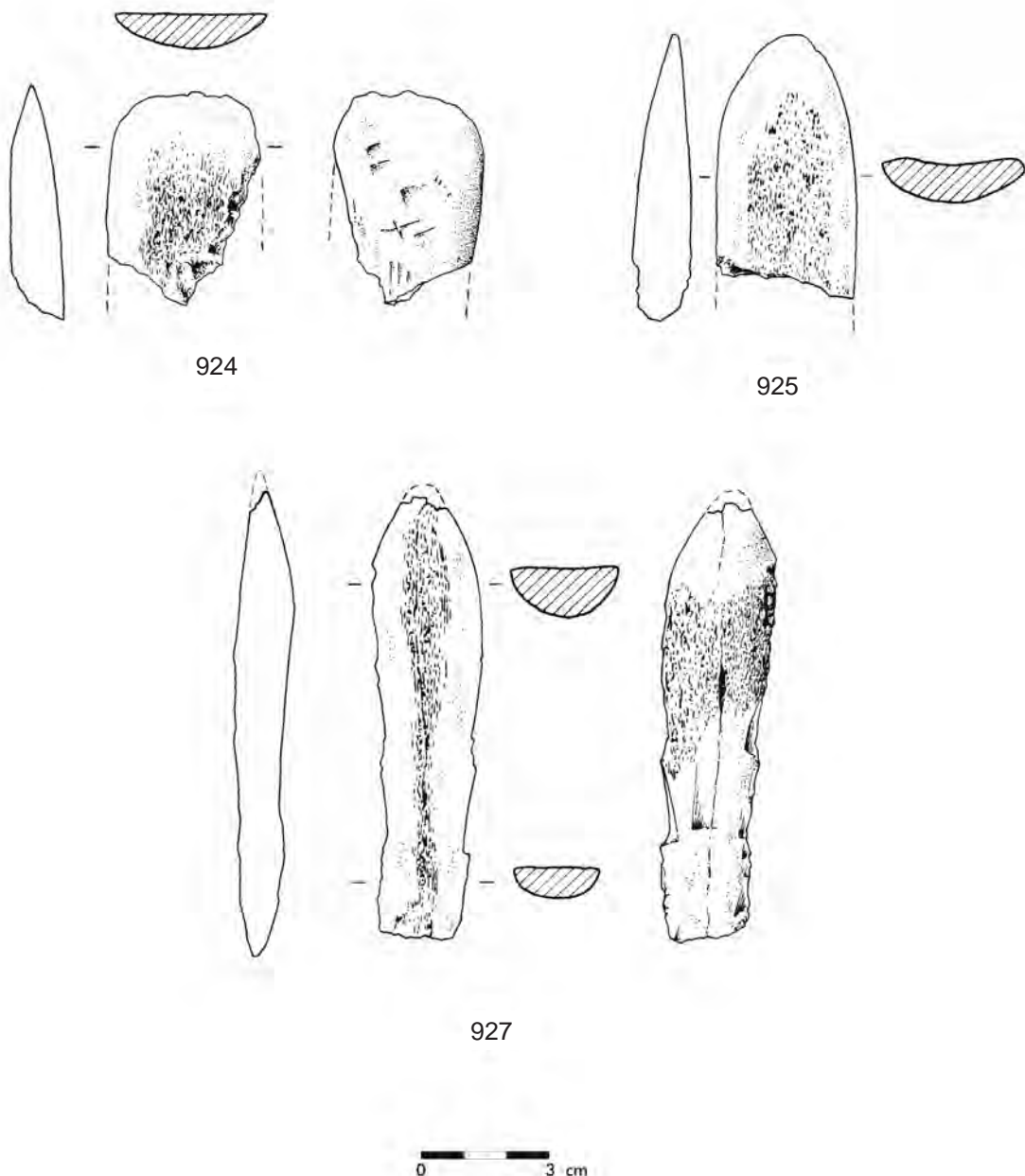


Figura V.2.59_Artefactos del tipo E221 de San Antón o de Laderas del Castillo, procedentes de las excavaciones de Julio Furgús.

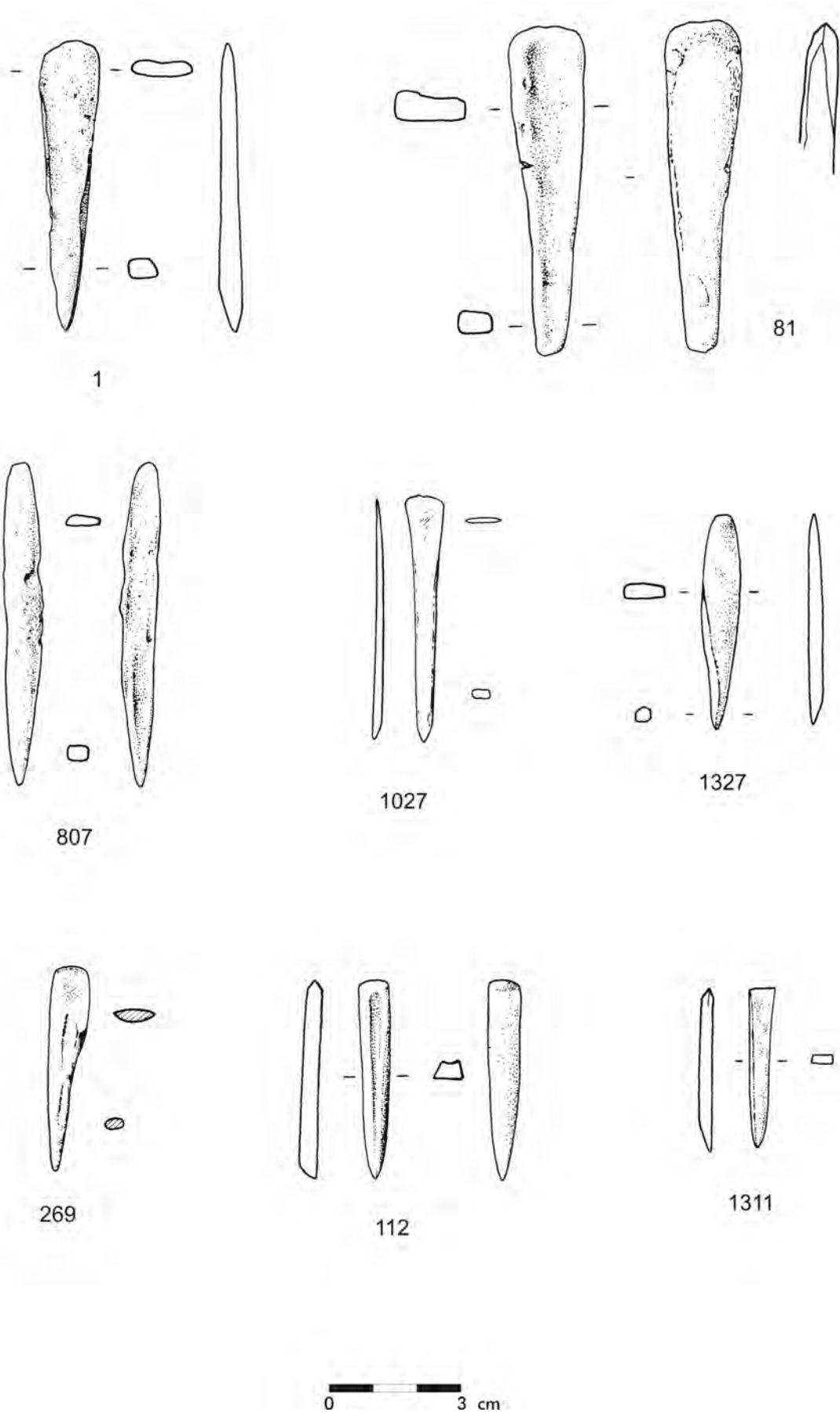


Figura V.2.60_Artefactos del tipo E231 de Altet de Canalís (nº 1), Cabezo Redondo (nº 81, 112 y 269) Foia de la Perera (nº 807), Mas del Corral (nº 1027) y Tabayá (nº 1311 y 1317).

concreta que cabe atribuirle, pues es el que ofrece una mayor variabilidad en cuanto al tipo e intensidad de las señales conservadas. Tal y como avanzábamos más arriba, a partir de criterios exclusivamente morfométricos hemos optado por incluir entre los objetos del tipo E211 a todos aquéllos elaborados sobre porciones diafisarias en los que apenas se conserva la anatomía natural del canal medular, principalmente a causa de la escasa anchura del instrumento y del frente del bisel, con el convencimiento de que la estrechez de éste lo hace más idóneo para las actividades propias de los cinceles y escoplos que los ejemplares con frentes más amplios. Así mismo, aunque con un carácter menos sistemático, hemos decidido incluir también algunos otros objetos en cuyos extremos se aprecian huellas que manifiestamente evidencian su empleo en la percusión sobre materias duras.

Un ejemplo ilustrativo de los problemas suscitados a este respecto nos lo brinda una pieza no incluida en nuestro catálogo, hallada en el yacimiento argárico de Cabezo Pardo (Fig. V.2.58). Si bien se trata de un instrumento morfométricamente comparable a muchas de las piezas del tipo H113 catalogadas, las marcas apreciables en su superficie muestran bien a las claras su empleo en el trabajo de materias duras, lo que en varias ocasiones provocó escamaciones y mellados tanto en el extremo donde se encuentra el frente en bisel como en la zona proximal, sobre la que debió impactar continuamente algún tipo de percutor. El uso prolongado del útil se infiere del desgaste que presentan las superficies de varias de las escamaciones producidas, que indican que se siguió utilizando a pesar de estas roturas superficiales. Sólo una de ellas, asociada a una fractura abierta longitudinal, no lo presenta, de donde se deduce que fue en ese momento cuando se decidió desechar definitivamente el instrumento.

La información disponible indica que este tipo de cincel fue especialmente numeroso en los conjuntos artefactuales del IV y III milenios cal BC, si bien a tenor de los datos con que contamos en este momento, y al igual que los tipos de cinceles precedentes, también éstos parecen declinar en su uso a partir de *ca.* 1500 cal BC, comenzando a escasear de forma notable en nuestra Fase IV.

Tipo E221

Los cinceles del tipo E221 se elaboran también a partir de porciones óseas longitudinales, pero a diferencia del tipo anterior, el soporte empleado aquí son astas de cérvidos, y no partes diafisarias de metapodios y tibias de rumiantes (Fig. V.2.59). Ello implica una inversión de trabajo considerablemente mayor, pero también la obtención de un útil de resistencia, solidez y duración superiores.

Cuando no se ha eliminado la parte correspondiente al tejido esponjoso del asta, las secciones de este tipo de cinceles son siempre tendentes a mostrar per-

files plano-convexos, de manera que sólo de forma muy general nuestro tipo E221 podría asimilarse al tipo de “cincel sobre varilla de cuerna” propuesto por J. L. Pascual (1998: 79) del que este investigador recoge casi una veintena de ejemplares procedentes todos de yacimientos del IV y primera mitad del III milenio cal BC.

Sin ser muy numerosos, la mayoría de los ejemplares catalogados por nosotros presentan en la parte distal melladuras y señales que suponemos producidas a consecuencia de impactos durante su uso, y que son especialmente evidentes en la pieza nº 924. Sólo uno de los artefactos que hemos analizado se conserva completo –nº 927– evidenciando el empleo de instrumental metálico en su elaboración.

Sólo hemos catalogado cinco piezas de este tipo, procedentes todas de Cabezo Redondo, San Antón y Laderas del Castillo. Su presencia en el yacimiento villenense, a pesar de que no contemos con información contextual bien definida, nos invita a proponer un horizonte cronológico aproximadamente similar al del resto de cinceles y escoplos que hemos visto hasta ahora.

Ya hemos comentado que a pesar de que algunos ejemplares de los tipos individualizados hasta el momento presentan señales claras de impactos con percutores en la zona proximal –lo que hace suponer que se emplearon sin estar enmangados– ello tampoco permite descartar que algunos pudieran haberse utilizado insertados en mangos de madera, de forma semejante a como se los ha documentado en yacimientos del centro de Europa (Camps-Fabrer *et al.*, 1998: 107, fig. 14).

Sin embargo, hay un segundo conjunto de artefactos que interpretamos como cinceles, escoplos y cuñas, cuya morfología en la parte proximal parece orientarse expresamente a esta función. Todos ellos se integran en el grupo E23, entre los que diferenciamos dos tipos básicos: aquéllos que no presentan formas pedunculadas –tipo E231– y los que sí la presentan –tipo E232– estando la gran mayoría de ellos elaborados sobre porciones diafisarias o a partir de porciones de placas de asta de ciervo.

El primero de ellos se caracteriza por una base apuntada que en los casos en que la superficie se ha conservado mejor permite observar algunas estrías que consideramos indicativas de su enmangado en madera (Fig. V.2.60). Constituye además el tipo mejor representado en nuestro catálogo, con cerca de una docena de ejemplares, todos los cuales se caracterizan por el empleo de porciones diafisarias para su elaboración. Otra característica común es el tamaño más reducido –la pieza de este tipo que presenta mayores dimensiones es la nº 81, procedente de Cabezo Redondo, que se conserva entera aunque muy desgastada– la cual no supera los 7,5 cm de longitud y los 1,7 cm de anchura. Estas características hacen pensar en su empleo como herramientas destinadas a una segunda fase en el pro-

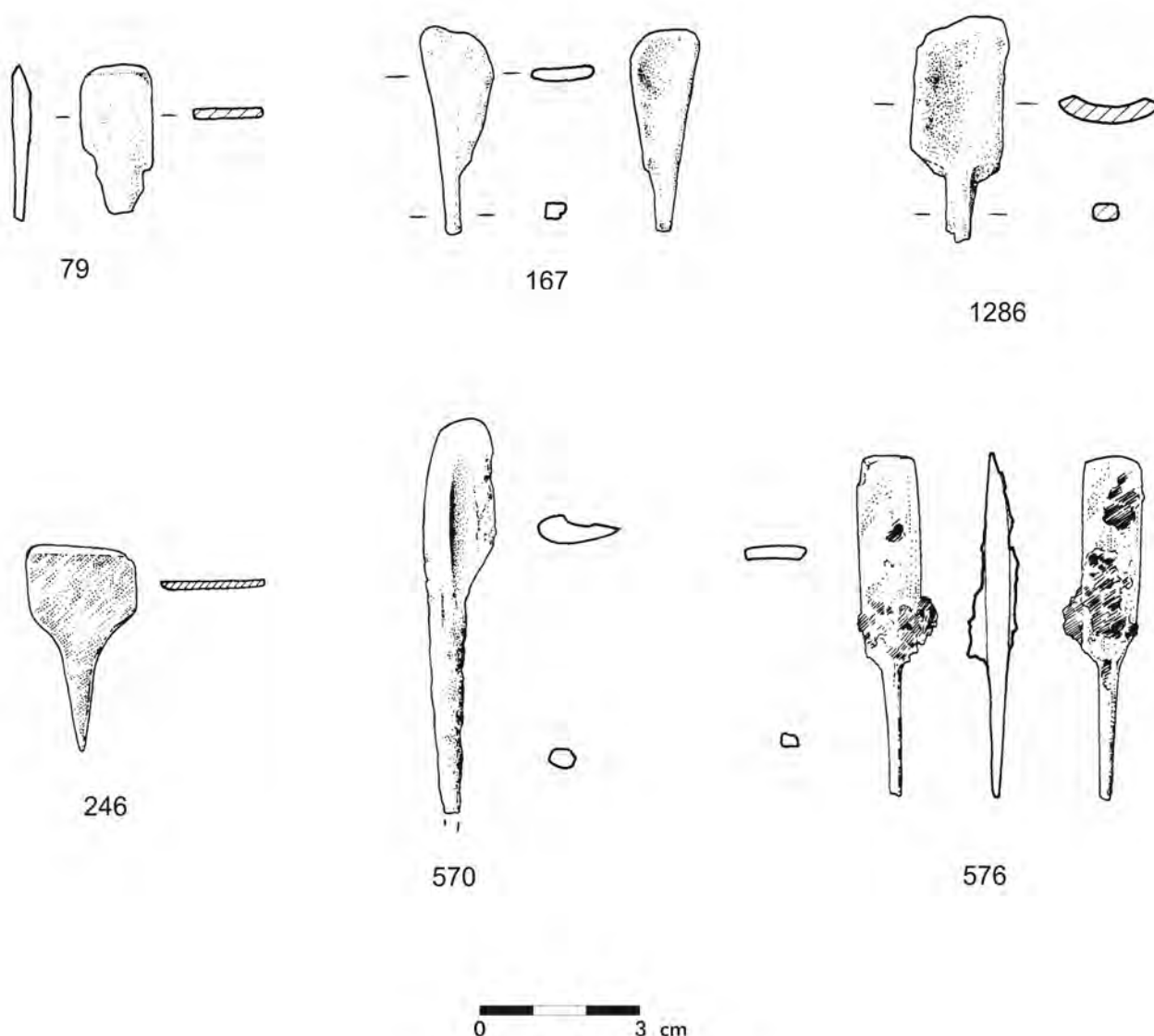


Figura V.2.61_Artefactos del tipo E232 de Cabezo Redondo (n° 79, 167 y 246) Tabayá (n° 1286) y Cerro de El Cuchillo (n° 570 y 576).

ceso de trabajo con materiales de cierta consistencia, que requiriese el uso de filos más estrechos y de considerable resistencia. En ese sentido, llama la atención el considerable número de ejemplares que hemos registrado completos, a lo que sin duda contribuyeron sus modestas dimensiones.

Por lo demás, los ejemplares de nuestro catálogo proceden de yacimientos argáricos y también de la zona periférica, destacando en especial su presencia en Cabezo Redondo, con cuatro piezas. En el propio yacimiento de El Argar los Siret (1890: Lám. 25. 71-72) reportan algún ejemplar, y también parece reconocerse el tipo entre los materiales de la Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1992: 71, fig. 65.253). Sin embargo, a pesar del nutrido conjunto de objetos recopilado la información disponible relativa a los mismos no resulta todo lo precisa que desearíamos. A tenor de los datos, parece posible proponer una cronología en torno a *ca.* 1800 BC- *ca.* 1200 BC, o lo que es lo mismo, aproxi-

madamente durante nuestras fases II, III y IV, si bien parece que es en las dos últimas en las que se encuentra mejor representado.

Tipo E232

En ocasiones, la morfología apuntada del extremo proximal de la pieza se convierte en un auténtico pedúnculo. A pesar de que estamos muy probablemente ante el mismo tipo de instrumento, es de suponer que la adición de este rasgo morfológico en la zona destinada al engarce en el mango debió ir relacionada con el propio sistema de enmangado, y quizá con algún matiz que ahora se nos escapa referente al uso dado a estas otras piezas.

El pedúnculo de los cinceles del tipo E232 es de morfología variable (Fig. V.2.61), habiéndolos registrado muy aguzados y también relativamente anchos, de secciones aplanadas a rectangulares y ovales, y

también existen diferencias en cuanto a su longitud, si bien es verdad que el grado de desgaste de las piezas catalogadas también difiere. Por lo demás, como ocurre en el tipo E231, todos se caracterizan por frentes en bisel de anchuras modestas, que nunca sobrepasan los 2 cm.

Entre los yacimientos analizados por nosotros, el tipo se ha registrado en el Tabayá, Cabezo Redondo y Cerro de El Cuchillo, los cuales son por otra parte los que aportan un volumen mayor de piezas a nuestro estudio. Mientras que las piezas de Cabezo Redondo y Tabayá se caracterizan por su mayor anchura en la parte distal y por un pedúnculo corto, las dos procedentes del Cerro de El Cuchillo ofrecen un frente en bisel más estrecho y un pedúnculo y una hoja más alargados. Se trata de un tipo de objeto que aparece con relativa frecuencia en el registro de nuestro ámbito de estudio y se reconoce con cierta facilidad entre los objetos óseos de yacimientos argáricos como El Argar (Siret y Siret, 1890: lám. 25. 73) o Ifre (SIRET y SIRET, 1890: lám. 18.T) y también en Cuesta del Negro (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 231, fig. 6.3). Por otra parte, también se han documentado piezas similares en otros puntos más alejados, como en el Cerro del Castillo de Alange (PAVÓN SOLDEVILA, 1998: 122, fig. 26.2) y en el yacimiento de Los Tolmos (JIMENO MARTÍNEZ y FERNÁNDEZ MORENO, 1991: fig. 58.922). De acuerdo con la información disponible, parece compartir una misma cronología con el tipo E231.

2.1.7. Clase H. Espátulas, alisadores y paletas

Basándonos únicamente en la morfología resulta muy complejo discriminar en todos los casos aquellos objetos óseos destinados al frotamiento de superficies de los que fueron empleados para percutirlas y extraer porciones de ellas. Ya abordamos este problema al tratar de los cinceles, cuñas y escoplos, pues en lo que respecta al tipo de soporte empleado y a la morfología final del artefacto, hallamos en algunos casos similitudes tan notables que sólo a partir de exhaustivos análisis traceológicos se haría posible distinguir entre uno y otro tipo de instrumento. La consecuencia es que también es posible reconocer algunos de los tipos identificados por nosotros como espátulas o alisadores entre los *biseaux et tranchants* (CAMPS- FABRER *et al.*, 1998) o los “redondeados- romos” y “biselados” (RODANÉS VICENTE, 1989) que en otras propuestas de clasificación agrupan conjuntamente a instrumentos destinados a diversos fines, pero que ofrecen una afinidad muy notable en cuanto a la forma de su parte activa.

En el caso de las piezas que nosotros hemos considerado vinculadas con el frotamiento de materiales – arcilla, cuero, fibras vegetales u otras– hemos diferenciado dos grandes conjuntos en función, básicamente, de la presencia o no de partes pedunculadas o de lengüetas destinadas al enmangado. Los tipos de H1 y H2 carecen de ellas, y se diferencian básicamente por el

tipo de soporte y la técnica de elaboración, correspondiendo los tipos H111, H112 y H113 a porciones óseas diafisarias o de asta de cérvido seccionadas longitudinalmente, y los tipos H211 y H212 a piezas elaboradas sobre costillas. Por último, los tipos H311 y H312 presentan partes en el extremo proximal diseñadas para facilitar su engarce en mangos, muy probablemente de madera.

Tipo H111

El tipo H111 corresponde a espátulas o alisadores elaborados sobre porciones diafisarias longitudinales de metapodios de bóvidos que conservan parte de la epífisis proximal (Fig. V.2.62), rasgo que en último término los distingue del tipo H113, en donde las piezas óseas, también recortadas longitudinalmente, carecen por completo de restos de la epífisis. La amplitud de la superficie activa y la relativa delgadez de las piezas en la parte distal invitan a considerarlas espátulas o alisadores, si bien el estado de conservación de los tres únicos ejemplares catalogados por nosotros impide mayores consideraciones a este respecto. El lustre que aparece en el tercio distal de la pieza nº 838 hace pensar en el frotamiento de materiales como cuero o arcilla, sin que podamos determinarlo con seguridad. Las tres piezas analizadas se encuentran completas, lo que permite advertir que se trata de un tipo de instrumento de proporciones amplias, que seguramente debió asirse directamente con la mano.

Cada una de ellas, por otra parte, procede de contextos bien distintos unos de otros: una de la Ereta del Pedregal y las otras dos de la Illeta dels Banyets y de La Horna, respectivamente. Si bien la primera parece que se encontró en los niveles basales de la estratigrafía del asentamiento (BALLESTER TORMO, 1949: lám XX. A), de las restantes no consta información arqueológica alguna referente a su posición estratigráfica o contexto. En cualquier caso, para el ejemplar de la Illeta dels Banyets podría plantearse la posibilidad de que perteneciera a los momentos iniciales de la ocupación del yacimiento, que como se ha publicado en fecha reciente, se remonta al menos a inicios del III milenio cal BC (SOLER DÍAZ, 2006). Sin embargo, su aparición en La Horna parece garantizar también su consumo durante la Edad del Bronce, pues en este enclave sólo consta una ocupación datada claramente en el II milenio cal BC. Piezas elaboradas del mismo modo que el tipo que nos ocupa, y con características morfométricas en todo idénticas a las piezas analizadas, se han registrado en contextos neolíticos del centro de Europa (VORUZ, 1985: 56. fig. 1.11) y también en yacimientos del norte peninsular, en contextos funerarios atribuidos al III milenio cal BC (ZAPATA PEÑA, 1995: 69. Fig. 20), todo lo cual abunda en la larga pervivencia del tipo desde momentos anteriores al intervalo aquí abarcado hasta al menos la Fase III de nuestra propuesta de periodización.

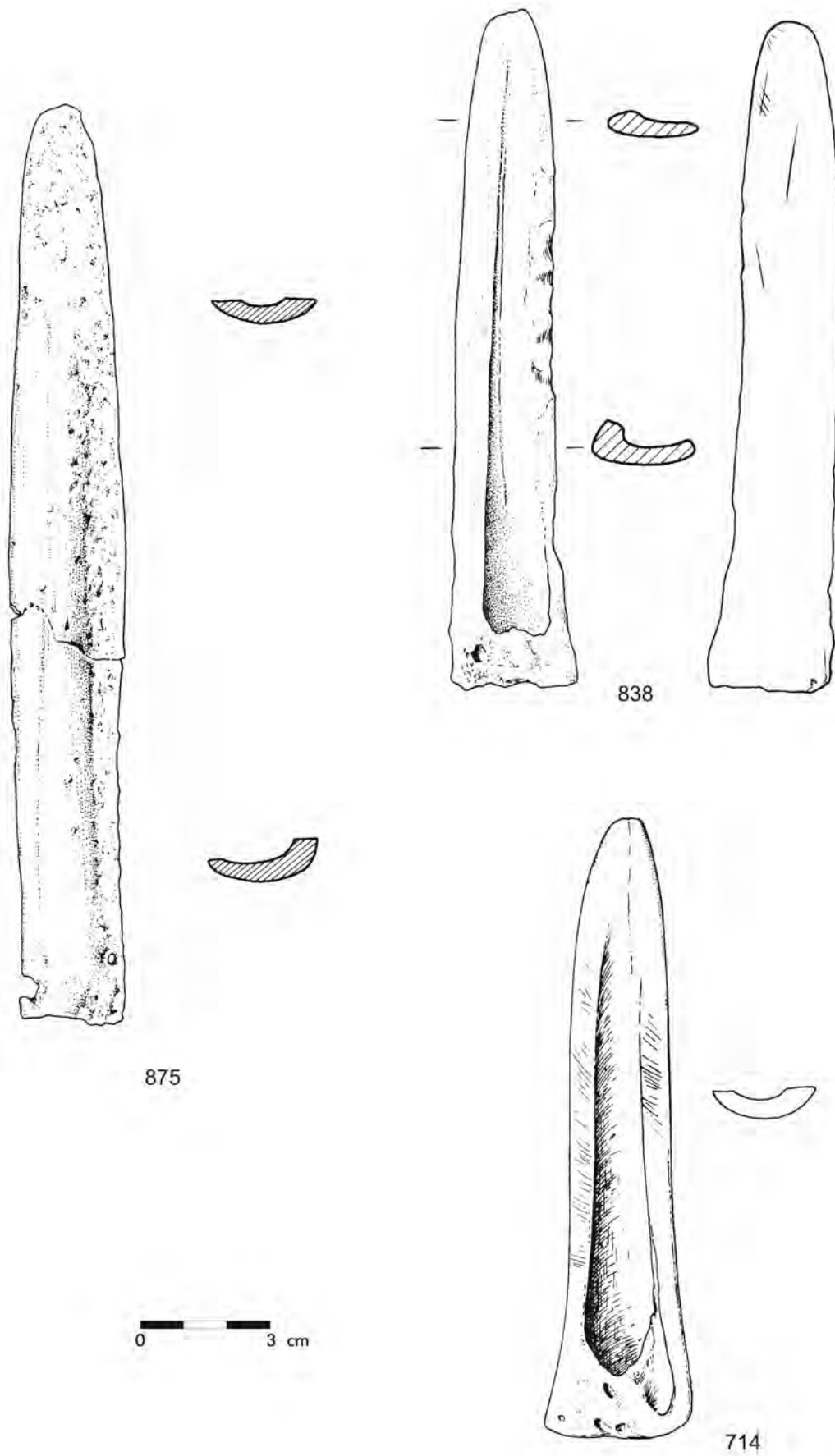


Figura V.2.62_Artefactos del tipo H111 de La Horna (n° 875), Ileta dels Banyets (n° 838) y Ereta del Pedregal (n° 714).

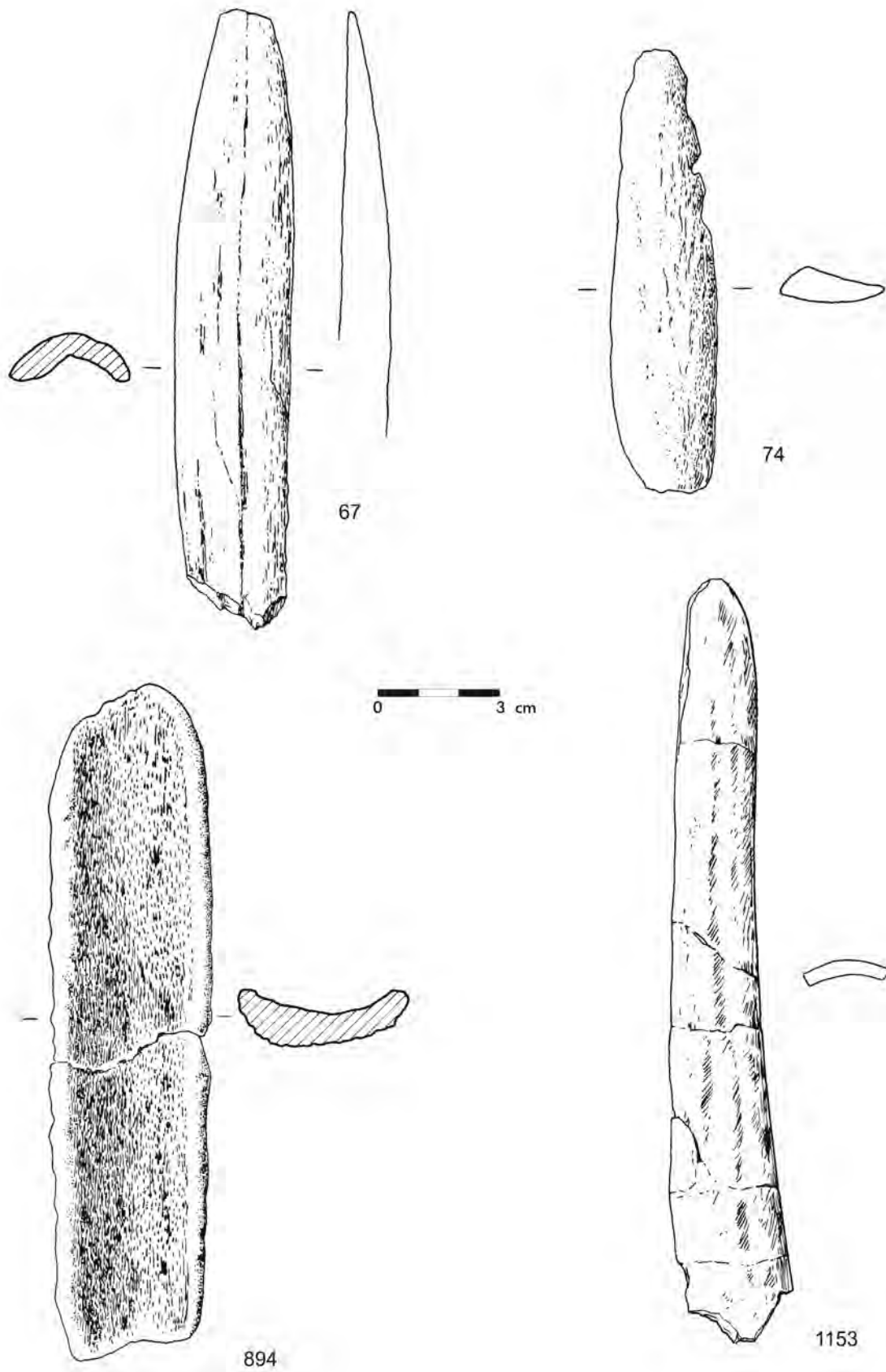


Figura V.2.63_Artefactos del tipo H112 de Cabezo Redondo (nº 67 y 74), Laderas del Castillo (nº 894) y Muntanyeta de Cabrera (nº 1153).

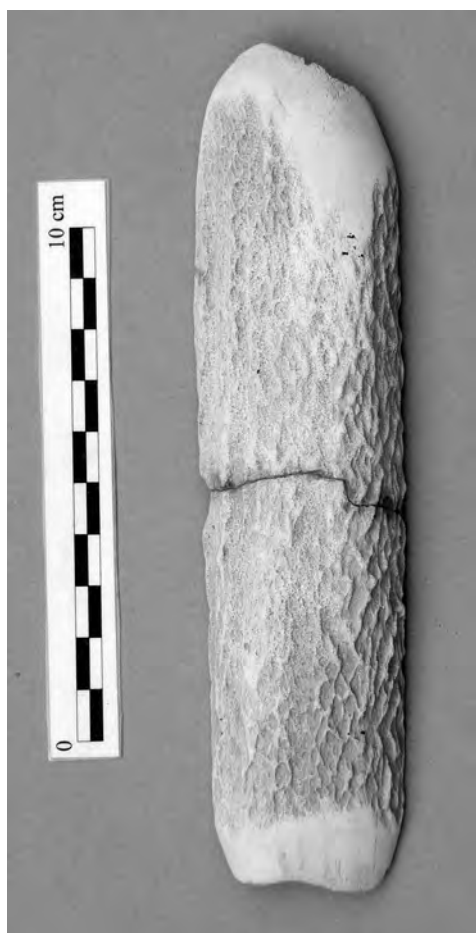


Figura V.2.64_Artefacto del tipo H112 de Laderas del Castillo (n° 894).

Tipo H112

Otro tipo de objetos que difícilmente pudo haber sido empleado en otras funciones diferentes de las del modelado, ablandado o frotamiento de superficies son los elaborados sobre varilla longitudinal de asta de cérvido, de los que contamos con diversos ejemplos en nuestro ámbito de estudio (Fig. V.2.63). En general, todas las piezas se han elaborado sobre porciones de asta extraídas de la rama principal y en casi todos los casos se ha eliminado o se ha evitado el tejido esponjoso del interior. Se trata de objetos de tamaño medio o grande, que en todos los casos presentan lustre de uso, de intensidad variable, en una importante porción de la superficie.

Una de las piezas mejor conservadas, procedente de Laderas del Castillo –n° 894- presenta señales muy claras de lustre de uso en ambos extremos, así como en los bordes internos, producidos sin duda por el roce constante con algún tipo de superficie (Fig. V.2.64). Esta pieza es una de las de mayor tamaño, aunque no es la de mayor longitud de entre las catalogadas por nosotros.

En comparación con las varillas de asta empleadas como alisadores durante el IV y el III milenio cal BC, de las que sólo en la Ereta del Pedregal se localizaron más de doscientos ejemplares (PASCUAL BENITO, 1998: 89), en los yacimientos del II milenio cal BC de nuestro ámbito de estudio tan sólo contabilizamos cuatro ejemplares. A ello también se añaden las diferencias morfométricas que se aprecian entre éstos y la mayoría de los ejemplares de la Ereta del Pedregal o Fuente de Isso, que hemos tenido también posibilidad de estudiar. Estas diferencias consisten básicamente en unas proporciones bastante menores y en especial un grosor también menor, si bien comparten la forma redondeada de los extremos proximal y distal.

Ningún dato acompaña a las piezas que hemos analizado que permita fijar un intervalo cronológico más preciso dentro de las cuatro fases establecidas por nosotros, de modo que por el momento sólo parece razonable afirmar que el tipo probablemente se encuentre vigente a lo largo de todo el ámbito temporal que abarcamos, anotando si acaso su presencia en Cabezo Redondo en momentos de la Fase IV.

Tipo H113

Este tipo agrupa espátulas y alisadores elaborados sobre porciones diafisarias longitudinales sin conservar partes epifisarias (Fig. V.2.65 y 66), lo que morfológicamente lo aproxima mucho al tipo de cincel E211, como ya tuvimos ocasión de comentar. La analogía formal y la similitud que muestran las partes activas de ambos instrumentos hace que sólo el análisis traceológico permita diferenciar unos de otros, sin menoscabo de que, además, unos y otros hayan podido ser usados en algunos casos alternativamente como cinceles y como alisadores.

Como consecuencia, y dado que sólo hemos empleado un criterio morfológico para la identificación de los diferentes tipos de instrumentos, consideramos probable que entre los objetos incluidos por nosotros en el tipo H113 exista un número no determinado de cinceles del tipo E211, que no muestran señales evidentes de impactos ni de otro tipo de marcas potencialmente relacionadas con la talla y que sólo a través de análisis pormenorizados de las huellas de uso conservadas podrán reconocerse como tales.

El proceso de manufactura de este tipo de objetos requería el aserrado longitudinal de la porción diafisaria de un hueso por lo general grande y de paredes gruesas, aunque también hemos registrado ejemplares de tamaño pequeño. Se trata, por lo demás, de un tipo de herramienta muy bien representada entre la colección de objetos óseos analizada por nosotros, contándose un total de 22 piezas localizadas en yacimientos repartidos prácticamente por todo el ámbito geográfico en estudio, así como también en otros enclaves de dentro –Puntarrón Chico (AYALA JUAN, 1980: 76)- y de fuera del mismo –por ejemplo, en Los Tolmos (JIMENO

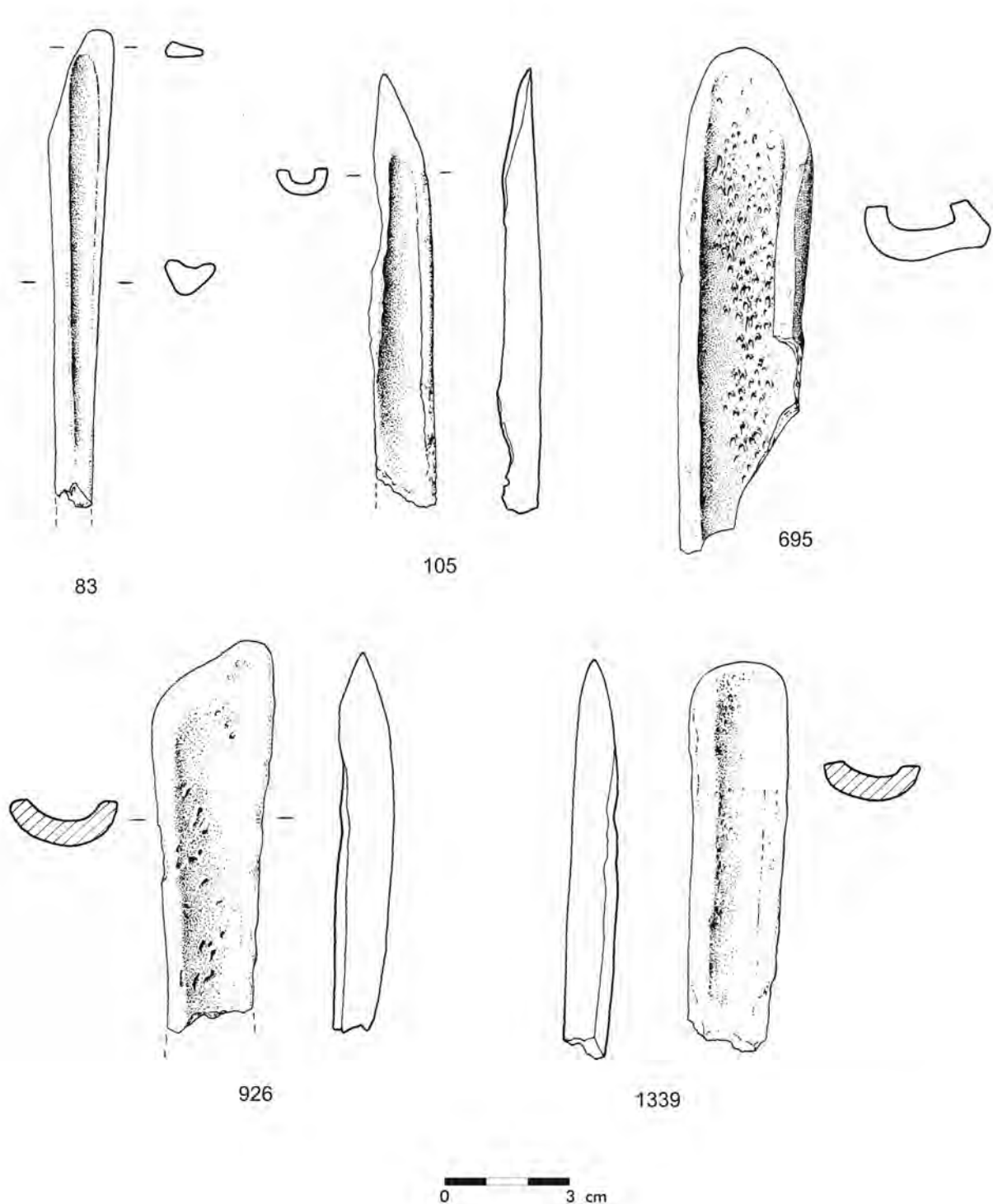


Figura V.2.65_Artefactos del tipo H113 de Cabezo Redondo (n° 83 y 105), Castellón (695), Laderas del Castillo o San Antón (n° 926) y Tabayá (n° 1339).

MARTÍNEZ y FERNÁNDEZ MORENO, 1991: fig. 58.919) y en Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 347, fig. 18.40.791)- de los que consta información gráfica o bibliográfica. Igualmente, parece posible fijar su presencia a lo largo de todo el intervalo cronológico que abordamos, habiéndose constatado también en contextos del IV y III milenio cal BC (PASCUAL BENITO, 1998; MAICAS RAMOS, 2007).

Tipo H211

Si los tipos precedentes se caracterizaban por el empleo de porciones longitudinales de diáfisis para la elaboración del útil, en un segundo grupo hallaríamos a las espátulas y alisadores elaborados sobre costillas, donde cabría hacer una distinción entre los que aprovechan para su fabricación la pared dorsal o

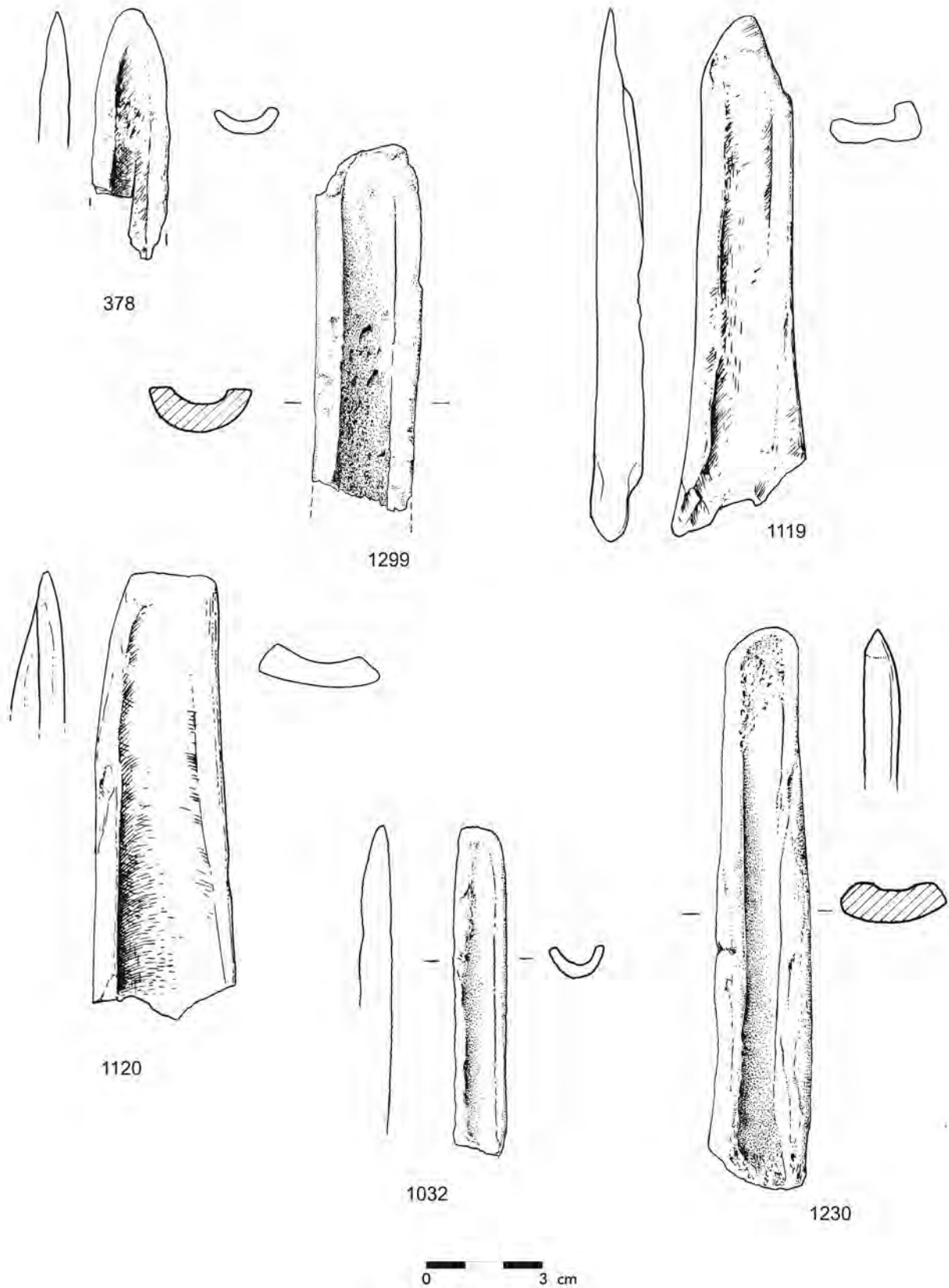


Figura V.2.66_Artefactos del tipo H113 de Castillarejo de los Moros (n° 378), Tabayá (n° 1299), Muntanya Assolada (n° 1119 y 1120), Mola Alta de Serelles (n° 1032) y San Antón (n° 1230). Apenas contamos en nuestro catálogo con cinco ejemplares del tipo H211, dos de ellos localizados en el interior de cavidades –Montagut (n° 1111) y Cova del Montgó (n° 675)- con ocupaciones prolongadas que impiden concretar con garantías sus contextos de procedencia. Su afinidad con algunos de los morfotipos reconocidos para contextos del Neolítico andaluz es evidente (Meneses Fernández, 1994), de donde inferimos también, en función de las actividades con las que éstos se han puesto en relación, un uso especialmente vinculado con la alfarería y el modelado de vasijas cerámicas.

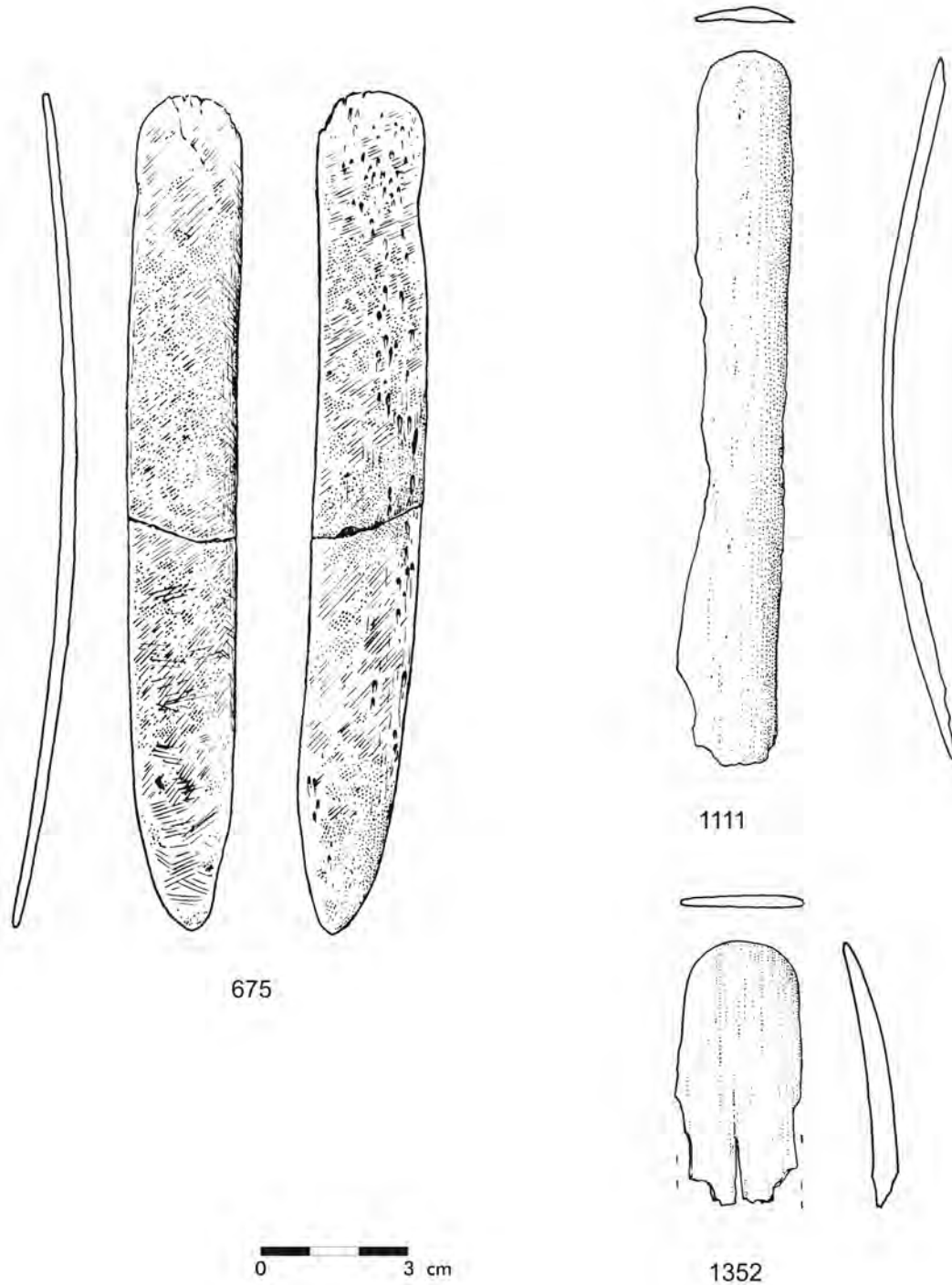


Figura V.2.67_Artefactos del tipo H211 de la Cova del Montgó (nº 675), Montagut (1111) y Tabayá (nº 1352).

ventral de la costilla y los que se elaboraron a partir de porciones de costillas enteras, en donde la parte activa suele encontrarse en los bordes craneal o caudal del hueso. Las primeras integran nuestro tipo H211, y las segundas el tipo H212. El primero se caracteriza morfológicamente por la presencia de restos del tejido esponjoso en la cara inferior del útil y, en la gran ma-

yoría de casos, por una forma redondeada del extremo distal.

Tipo H212

En lo que respecta a nuestro ámbito de estudio, el tipo H212 se muestra mucho más numeroso que el

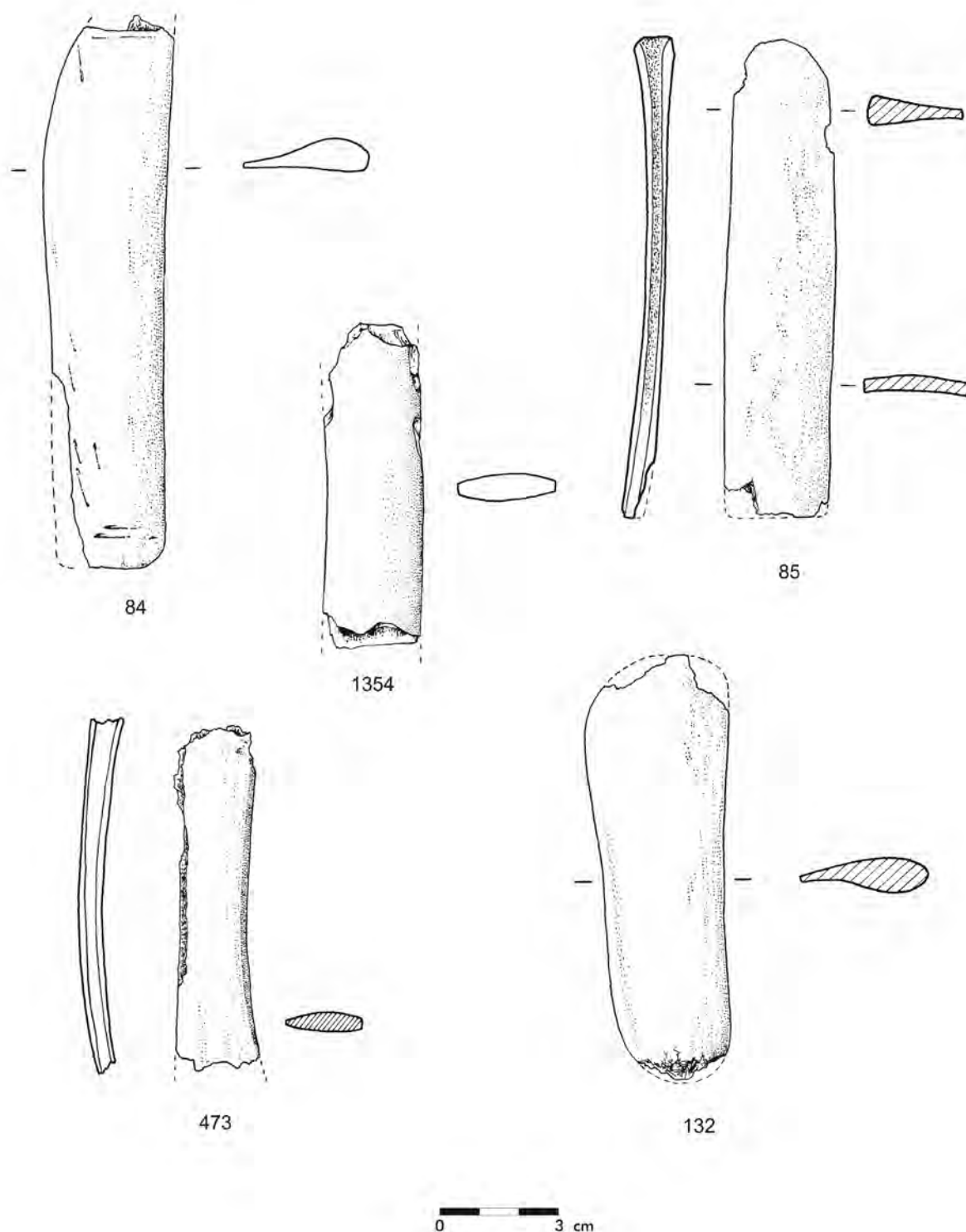


Figura V.2.68_Artefactos del tipo H212 de Cabezo Redondo (n° 84, 85 y 132), Tabayá (1354) y Cerro de El Cuchillo (n° 473).

precedente, del que se diferencia por el hecho de mantener tanto la cara dorsal como la ventral de la costilla, –generalmente de grandes rumiantes y muy especialmente de bóvidos– y por el hecho de disponer como parte activa del artefacto los bordes craneal y/o caudal del hueso, en modo muy preferente a las superficies planas del hueso.

En nuestro catálogo encontramos diversos acabados para estos objetos, desde piezas perfectamente recortadas y cuidadosamente alisadas en los bordes –n° 84, 85 y 132– hasta una mayoría de piezas que ofrecen ambos extremos seccionados de forma irregular –n° 473 y 1354– pero que muestran muy claramente el lustre de uso en los ejes laterales, señal inequívoca de su

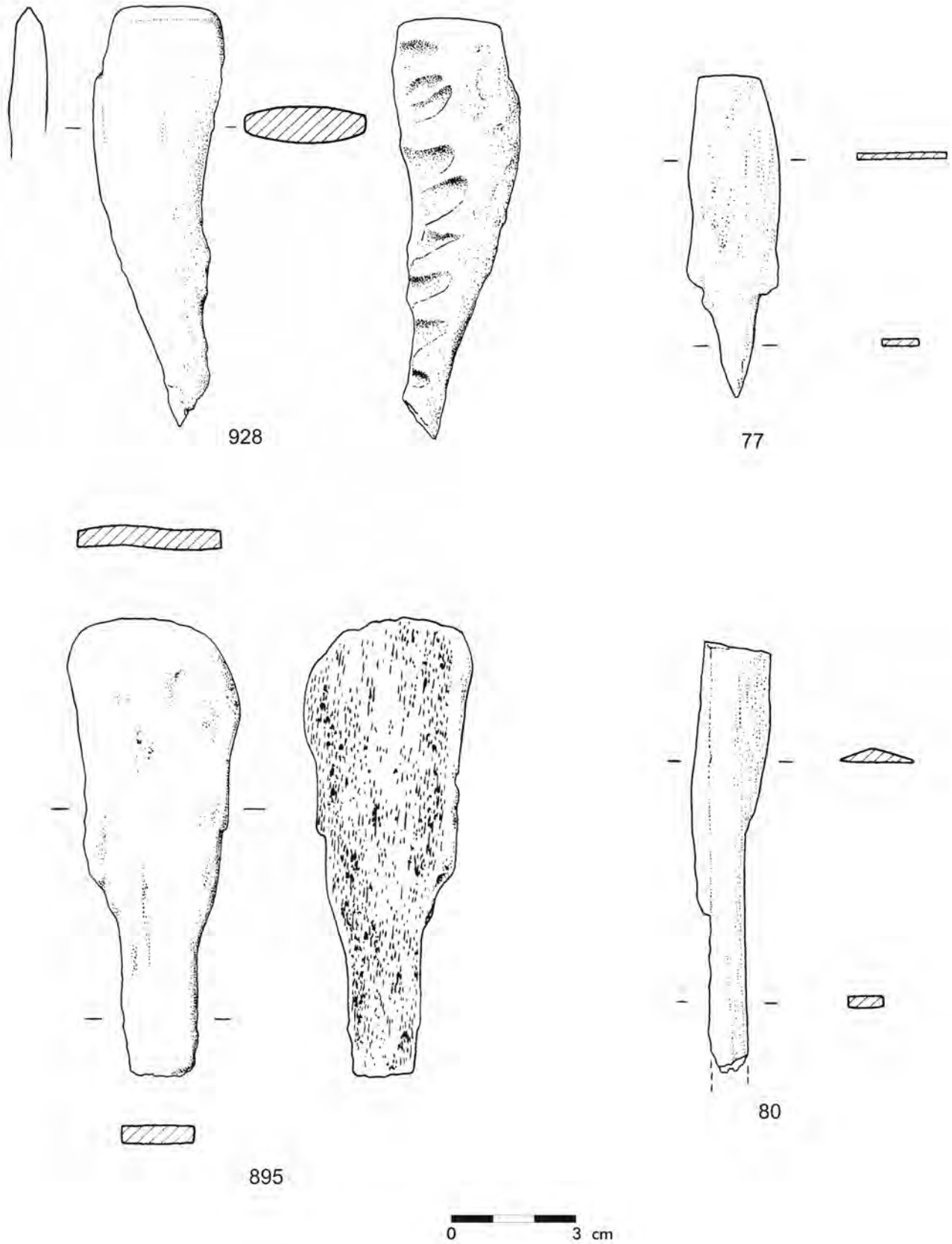


Figura V.2.69_Artefacto del tipo H311 de San Antón o Laderas del Castillo (n° 928) y artefactos del tipo H312 de Cabezo Redondo (n° 77 y 80) y Laderas del Castillo (n° 895).



Figura V.2.70_Artefacto del tipo H312 de Laderas del Castillo (nº 895).

empleo como alisadores o bruñidores. Consideramos muy probable que su función estuviera relacionada con el modelado de la cerámica o con el bruñido de la misma. En ese sentido resulta interesante la información obtenida en algunos contextos de las unidades habitacionales correspondientes a la fase de ocupación más reciente de Terlinques, en donde se los ha encontrado en número significativo acompañando a una también abundante representación de instrumentos líticos y de cantos rodados que comúnmente se asocian con el bruñido de la cerámica.

Se trata de un tipo de artefacto bien conocido en los registros del IV y III milenio cal BC de la zona centro-meridional del Levante (PASCUAL BENITO, 1998) y presente también en los del Sureste peninsular (MAICAS RAMOS, 2007), lo que indica claramente su larga proyección cronológica como utensilio en esta zona. Entre los yacimientos analizados por nosotros se ha registrado en Cabezo Redondo, Cerro de El Cuchillo, Lloma de Betxí y Terlinques, sin que hasta el momento se haya localizado en yacimientos argáricos de nuestra zona de estudio. En cambio, sí aparece en el registro de artefactos óseos de otros yacimientos peninsulares, como en Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 301. Fig.18.9.122).

De acuerdo con la información estratigráfica que acompaña a las piezas analizadas por nosotros, puede

proponerse que la producción y consumo de estos artefactos se mantuvo vigente durante todo el intervalo cronológico que abarcamos.

Tipo H311

Ya indicamos que las piezas del grupo H3 corresponden a objetos con presencia de pedúnculos o lengüetas para su inserción en mangos. El tipo más básico dentro de este conjunto de instrumentos serían las paletas elaboradas sobre quijadas de rumiantes (Fig. V.2.69). En el único ejemplar catalogado se muestra claramente cómo para la elaboración del útil se aprovechó al máximo la morfología natural del hueso con el objetivo de adecuarla al fin perseguido.

La pieza, procedente de Laderas del Castillo –nº 928- muestra una parte activa en forma de frente biselado situada en la zona correspondiente al final del área de inserción molar de la porción lateral de la mandíbula derecha de un rumiante, mientras que el resto de la zona de inserción de los dientes, que en estas especies se estrecha de forma acusada conforme nos acercamos a los incisivos, se aprovechó como lengüeta para ser introducida en algún tipo de mango de madera o de alguna otra clase de material resistente.

El doble bisel que ofrece la pieza en el extremo distal y el tipo de lustre que muestra en el mismo nos hacen pensar en la posibilidad de que fuera utilizado en el ablandado de cueros o en el tratamiento de pieles, más que en otras actividades vinculadas con el modelado de superficies, pues estas últimas creemos que habrían dejado zonas más amplias de lustre de uso en la pieza.

Tipo H312

Con respecto a los tipos H312 y H313, su relación con el modelado de arcilla y, por extensión, con la producción alfarera parece, en cambio, más evidente que en el caso del tipo precedente, en función sobre todo de la delgadez y amplitud de la parte activa del instrumento. Ambos tipos constituyen básicamente la misma clase de útil, si bien hemos optado finalmente por diferenciarlos en función de la clase de soporte óseo empleado en su elaboración: placas de asta de ciervo recortadas –tipo H312- y porciones de paredes diafisarias de costillas de animales de gran tamaño – tipo H313.

Del tipo H312 contamos tan sólo con un ejemplar en nuestro catálogo, procedente también de Laderas del Castillo (nº 895). La pieza se obtuvo de una placa de anchura notable, extraída de la rama principal del asta. Ofrece una forma redondeada en el borde de la zona más ancha, situada en el extremo distal de la misma, y unos bordes un tanto irregulares que no obstante dibujan con claridad el perfil de una especie de lengüeta aplanada de sección perfectamente rectangular. En el extremo distal conserva también cierto lustre

de uso, aparentemente más intenso en la cara superior, donde se encuentra la capa exterior del asta (Fig. V.2.69 y V.2.70).

No consta información contextual relativa a esta pieza, hallada durante las antiguas excavaciones realizadas en el yacimiento por J. Furgús. Frente a la escasez de este tipo de objetos en el registro peninsular, llama la atención su relativa abundancia entre los materiales óseos de algunas terramaras italianas, como la de Castione dei Marchesi (PROVENZANO, 1988: 190-193, fig. 85-88), con las que nuestra pieza guarda una semejanza notable tanto en su morfometría como en cuanto a la técnica y soporte material empleados. De existir alguna relación con las piezas del norte de Italia, podría proponerse una cronología para este tipo de objeto fundamentalmente centrada en la fase IV de nuestra propuesta de periodización.

Tipo H313

Finalmente, en Cabezo Redondo hemos hallado, procedentes de las antiguas excavaciones realizadas por J. M. Soler en el yacimiento, dos instrumentos que interpretamos también como espátulas o alisadores enmangados, elaborados en este caso sobre porciones recortadas de costillas de grandes rumiantes.

Se trata de piezas de menor tamaño, dado los condicionantes que en este sentido impone el tipo de material óseo empleado, si bien comparten un diseño semejante y una técnica similar en su producción (Fig. V.2.69). Especialmente relevante es la morfología del pedúnculo, que en el caso de la pieza nº 77 ofrece una forma claramente apuntada. A diferencia, no obstante, del ejemplar correspondiente al tipo precedente, la parte distal de los dos instrumentos del tipo catalogados hasta ahora presentan un frente recto, lo que en cierto modo las aproxima –en especial a la pieza nº 80– a los cinceles pedunculados del tipo E232.



Figura V.2.71_Fusayola de barro crudo procedente del yacimiento de Terlinques (UH 7, Fase III), fracturada por la mitad, gracias a lo cual se puede apreciar claramente cómo el orificio para la inserción del astil no llega a atravesarla completamente.

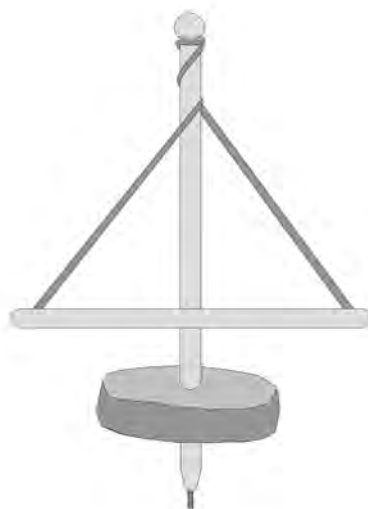


Figura V.2.72_Reconstrucción de un taladro de arco prehistórico.

No es un tipo demasiado abundante en el registro del II milenio cal BC, ni en el analizado por nosotros ni tampoco en el repertorio de productos óseos publicado para nuestra zona de estudio. Al margen de los dos ejemplares de Cabezo Redondo, sólo hemos hallado ciertas semejanzas formales con una pieza de Castellón Alto, en Granada (CONTRERAS CORTÉS, 1997: 95).

2.1.8. Clase Y. Fusayolas o implementos para taladro de arco

Atendemos ahora a una clase de artefactos que por el momento resultan de muy compleja interpretación en lo que se refiere a su funcionalidad real, lo cual se traduce una vez más, en nuestro modelo de clasificación, en un problema de difícil solución.

En los dos tipos individualizados incluidos en esta clase se aprovechan partes anatómicas muy reconocibles de dos soportes óseos bien diferenciados: el cóndilo de la epífisis proximal del fémur de bóvidos –tipo Y111– y la roseta perlada de la base de las astas de ciervo –tipo Y211. En ambos casos la extracción de la porción ósea utilizada se produce por aserrado, o por una sucesión continuada de golpes cortantes, sistema especialmente empleado en el caso del tipo Y211.

No conocemos ningún estudio traceológico relativo a estos objetos, de modo que tras haberlos incluido inicialmente en un conjunto de piezas perforadas de uso indefinido (LÓPEZ PADILLA, 1991: 588) terminamos describiéndolos, exclusivamente en base a su forma general, como contrapesos de husos o fusayolas (LÓPEZ PADILLA, 2001: 253). Se trata de una proposición ampliamente compartida con otros autores (RAMSEYER, 2001: 53; PROVENZANO, 2001: 59) que en última instancia hemos terminado por asumir a pesar de que, como expondremos a continuación, hoy albergamos serias

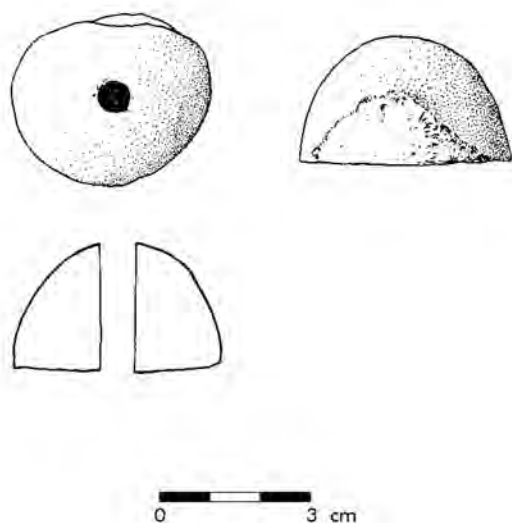
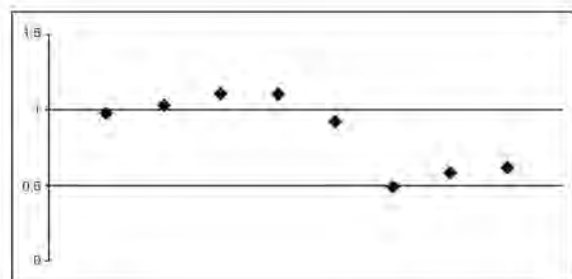


Figura V.2.73_Fusayola o implemento para taladro de arco de Cabezo Redondo –n° cat. 159.

dudas que nos mueven a la prudencia con respecto a tal interpretación.

Sin duda existen motivos por los que estos artefactos podrían razonablemente suponerse fusayolas, no sólo por su evidente analogía formal con las elaboradas sobre otros tipos de materiales –especialmente



			Diám perf.	Forma perf.	Anch. Máx.	Peso (gr)
Cabezo Redondo-88	173	Y211	0,97	Bicónica	4,8	19,1
Cabezo Redondo-89	185	Y211	1,03	Bicónica	7,21	39,1
Cabezo Redondo-90	222	Y211	0,92	Cónica	6,2	56,2
Cabezo Redondo-95	294	Y211	0,49	Bicónica	3,44	
Cabezo Redondo-95	307	Y211	0,58	Cónica	5,7	
Illeta dels Banyets	840	Y211	1,1	Cónica	5,3	
Laderas del Castillo o San Antón	939	Y211	1,1	Bicónica	4,4	24,6

Figura V.2.74 Gráfico con la representación del diámetro máximo de la perforación registrado en los ejemplares del tipo Y211 incluidos en nuestro catálogo.

barro– localizados en contextos contemporáneos (Fig. V.2.71) sino también con las registradas en yacimientos del IV, III y II milenio cal BC de todo el Mediterráneo (BARBER, 1991: 65). A ello podrían también añadirse otros detalles, como la apreciable coincidencia que guardan el diámetro de buena parte de las perforaciones y el grosor de los palos empleados para la elaboración de bobinas de hilo del tipo documentado en Terlinques (JOVER MAESTRE *et al.*, 2001), que ronda aproximadamente los 10 mm de espesor.

Pero a pesar de ello, deben también tomarse en consideración otros argumentos que podrían apuntar en un sentido distinto, y que plantean razonables interrogantes con respecto a la idoneidad de estos instrumentos para actuar como fusayolas. Uno de ellos –aunque ciertamente el menos relevante– es la presencia bien atestiguada en contextos contemporáneos de fusayolas elaboradas en otros materiales mucho más fáciles de trabajar y que aparentemente permiten un rendimiento productivo muy similar. De hecho, la presencia de fusayolas discoidales de arcilla o cerámica puede fácilmente rastrearse en el Alto Vinalopó hasta los inicios mismos del II milenio BC, como muestran los ejemplares hallados en Terlinques (JOVER MAESTRE *et al.*, 2001: 179, fig. 4). Sin embargo en el caso de éstas últimas resulta llamativo el sistema empleado para el engarce del astil de madera, pues en ellas no existe una perforación propiamente dicha sino un orificio profundo en el que se introduciría aquél (Fig. V.2.72).

Las fusayolas bicónicas, en cambio –que a tenor del registro disponible, aparecen hacia 1700 cal BC y comienzan a hacerse especialmente comunes desde ca. 1500 cal BC aproximadamente (LÓPEZ MIRA, 1995: 793)– presentan diferencias morfológicas más significativas respecto a los objetos que aquí nos interesan.

A ello se unen otros aspectos que ciertamente no deben soslayarse, como el hecho de que una mayoría de los ejemplares del tipo Y211 presenten perforacio-

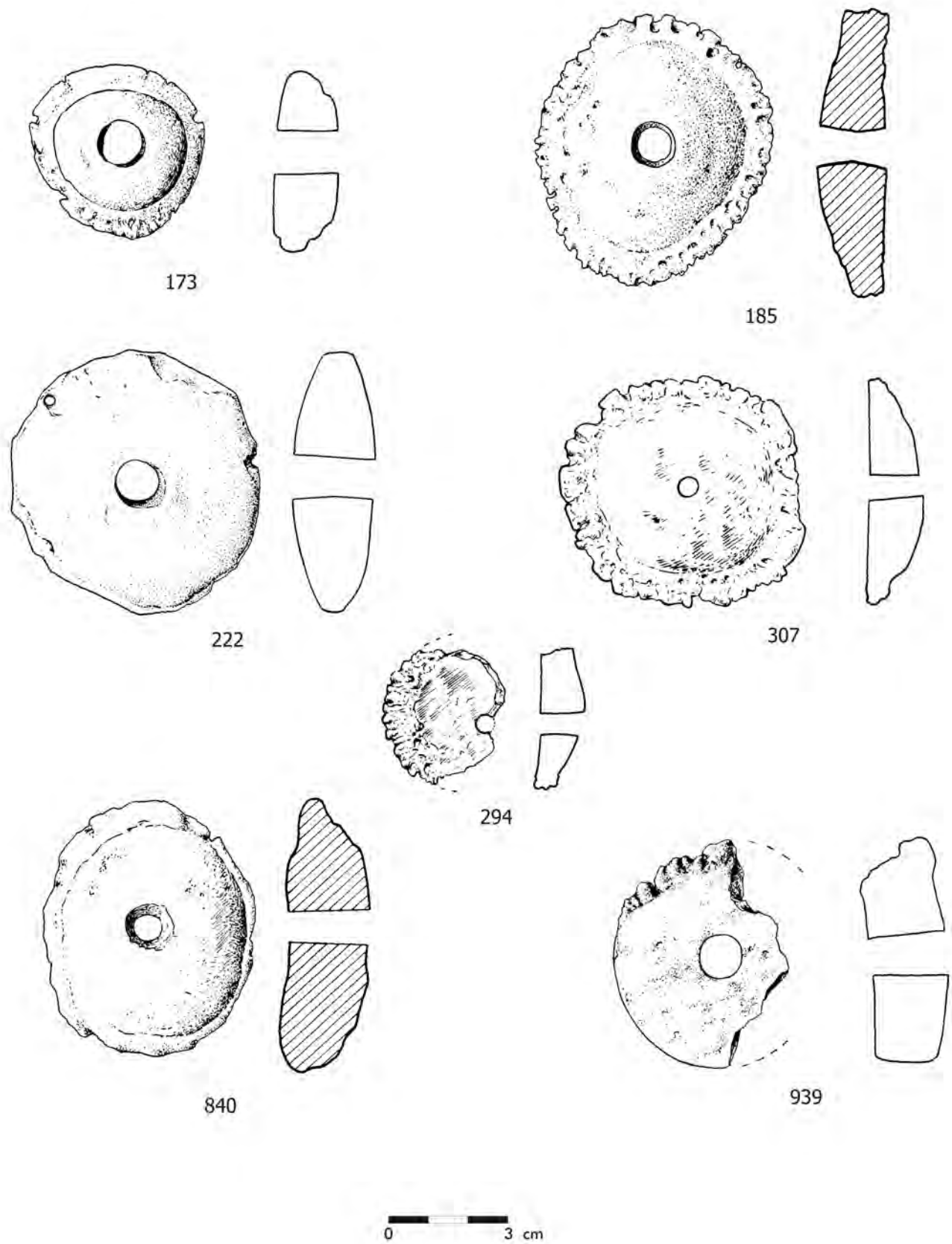


Figura V.2.75_Artefactos del tipo Y211 procedentes de Cabezo Redondo (n° 173, 185, 222, 307 y 294), Illeta dels Banyets (n° 840) y San Antón o Laderas del Castillo (n° 939).

nes cilíndricas o bicónicas que en principio no parecen convenir al sistema de engarce de un contrapeso de huso que garantice un correcto funcionamiento del mismo.

Estos cuestionamientos han derivado en la proposición de nuevas hipótesis –que no obstante habrán de esperar a ser refutadas o corroboradas en un futuro a partir de nuevos datos y análisis traceológicos– entre las que señalamos, como otra posibilidad plausible, la de que las piezas de asta de ciervo que agrupamos en el tipo Y211 constituyeran en realidad implementos para armaduras de taladro de arco.

Sin embargo, debemos admitir que faltan datos esenciales que contribuyan a corroborar o refutar las hipótesis planteadas, y seguramente una de las carencias más evidentes es la relativa al peso de las piezas, aspecto que bien podría resultar determinante en este sentido. El peso de las fusayolas influye de manera muy clara en el grosor del hilo obtenido (ALFARO, 1984: 74) así como también en la correcta funcionalidad del huso, puesto que un peso excesivo podría romper el hilo a mitad del proceso de fabricación mientras que una fusayola demasiado ligera dificultaría el movimiento rotatorio impidiendo la correcta torsión del mismo (RODRÍGUEZ CALVIÑO, 2005: 182).

Registrar el peso de todas las piezas habría contribuido a añadir elementos de juicio de notable relevancia. Tal cosa, sin embargo, sólo ha podido realizarse con una parte de las piezas catalogadas. En general muestran valores variables, si bien algunas se sitúan en el rango de pesos estimado para las fusayolas de cerámica de tipo discoidal conocidas en yacimientos de la Edad del Bronce de Alicante, entre los 50 y los 60 gr., aproximadamente (LÓPEZ MIRA, 1995: 793)

Tipo Y111

Se han elaborado sobre cóndilos articulares de la epífisis proximal de fémures de animales de gran tamaño, principalmente bóvidos. El único ejemplar registrado por nosotros –nº 159– hallado en Cabezo Redondo, presenta una perforación cilíndrica de 0,62 cm de diámetro (Fig. V.2.73).

La pieza de Cabezo Redondo presenta un encuadre cronológico claramente fijado en nuestra Fase IV, por tanto con posterioridad a *ca.* 1500 cal BC, temporalidad que concuerda también con los ejemplares documentados en otros yacimientos. Así, el ejemplar localizado en el Cerro de la Encina se halló en niveles pertenecientes al Bronce Final (SALVATIERRA, 1982: 171, Fig.18.9) mientras que otro ejemplar hallado en Moncín se inscribe en la Fase IIA del yacimiento, en compañía de cerámicas con decoraciones de tipo boquique y excisas típicas de Cogotas I (HARRISON, MORENO Y LEGGE, 1994: 395, Fig.18.79.1425). A un contexto similar deben atribuirse los dos ejemplares recogidos por P. Paris y V. Bardaviu (1924: 11, Lám

V) en el Cabezo del Cuervo de Alcañiz, antecedentes regionales de los registrados en los yacimientos navarros de la Edad del Hierro de El Castejón (Bargota, Navarra) y El Castillar (Mendavia) reportados por A. Castiella (1994).

Tipo Y211

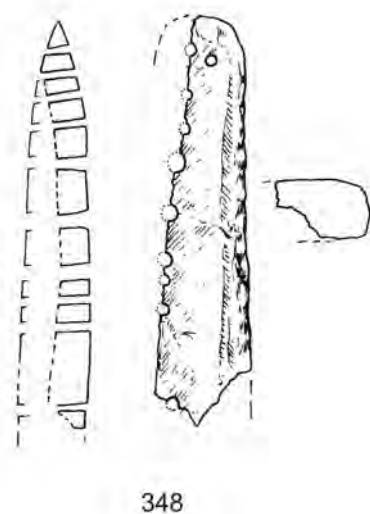
A diferencia del anterior, la elaboración de este tipo exigía una mayor inversión de energía, al precisar de un aserrado de la roseta perlada del asta de un ciervo, y taladrar posteriormente el centro de la misma. En algunos ejemplares –por ejemplo en nº cat. 222 y 939 –además, se añadía un proceso de abrasión de las excrescencias óseas que rodean el perfil exterior de la roseta (Fig. V.2.75).

En todos los casos registrados la perforación es cónica o bicónica, y su diámetro parece ajustarse a dos medidas más o menos estándar, que rondan aproximadamente los valores de 0,5 cm y 1 cm respectivamente en una relación de escala de 1:2 (Fig. V.2.74).

Aunque sin duda es un rasgo a tener en cuenta, por sí sólo no permite despejar la incógnita sobre el uso dado a estos artefactos, pues si se tratara realmente de fusayolas la diferencia en la amplitud de los orificios –que, por otra parte, no parecen guardar una relación directa con sus dimensiones –puede deberse a necesidades técnicas relacionadas con la producción de tipos de hilo diferentes, para lo que serían necesarios dos tipos de astil de grosores diversos; y si se tratara de implementos para taladros de arco, podría deberse al uso de dos taladros de diferentes tamaños: quizá uno de ellos para usar puntas de tamaño pequeño o medio y otro con pequeños cinceles o punzones de tamaño grande. En cualquier caso, parece claro que los astiles que se introducían en estos objetos a través de los orificios centrales se adecuaron a un sistema estandarizado de dos grosores diferentes.

No resulta éste un tipo bien registrado fuera del ámbito alicantino, aunque es de esperar que con el tiempo se documenten más ejemplares en otros yacimientos, en especial del Sudeste, en donde por ahora sólo conocemos el caso de El Oficio (SIRET y SIRET, 1890: Lám.62.20).

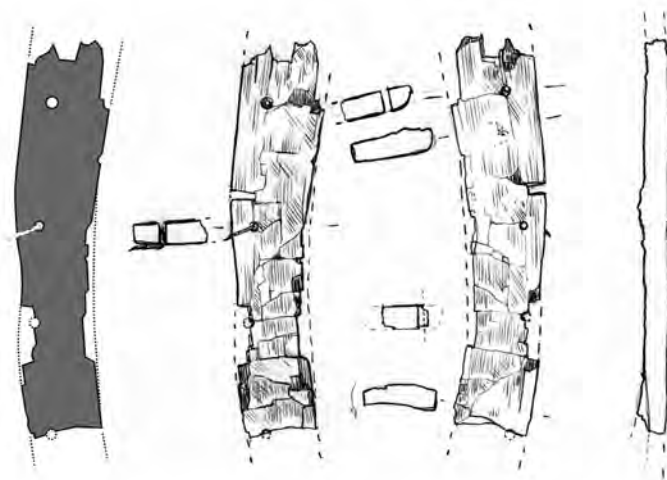
En lo que respecta a su encuadramiento cronológico, por el momento sólo en Cabezo Redondo se han registrado en contextos bien documentados, de modo que en casi todos los casos se relacionan con ambientes domésticos datados con posterioridad a *ca.* 1500 BC. Naturalmente, la carencia de datos estratigráficos referidos al resto de los ejemplares catalogados impide precisar la misma o parecida atribución, si bien todos los ejemplares conocidos –incluyendo el ejemplar de El Oficio reportado por los Siret– proceden de yacimientos en los que se ha constatado la presencia de restos pertenecientes a nuestra Fase IV, como ocurre en la Illeta dels Banyets y también en San Antón y Laderas del Castillo.



348

0 3 cm

Figura V.2.76_Separador de hebras hallado en el Departamento XXIII de Cabezo Redondo (n° 348).



0 3 cm

Figura V.2.77_Separador de hebras de madera carbonizada hallado en el Cerro de El Cuchillo (según M. S. Hernández Pérez y J. L. Simón García, 1993: 53, fig. 3.9).

2.1.9. Clase Z. Separadores de hebras

Sólo contamos por el momento con un artefacto de estas características, de manera que el tipo está representado únicamente por nuestra pieza n° 348 (Fig. V.2.76), localizada en el Departamento XXIII de Cabezo Redondo. Se trata de un objeto de dimensiones y morfología bastante peculiares, que muestra diversas señales de aserrados con instrumental metálico en el extremo conservado, el cual posee un perfil en doble bisel con señales de lustre de uso debido probablemente al roce con superficies de algún tipo. Ello implica a nuestro juicio que se trataba de un artefacto cuyas partes activas no se reducían a la batería de perforaciones que recorren su eje longitudinal. Éstas presentan una sección cilíndrica con diversos diámetros comprendidos entre los 0,31 cm y los 0,16 cm, llamando la atención su peculiar disposición, ya que parecen agruparse en conjuntos de tres perforaciones siendo las tres centrales las de mayor holgura.

No conocemos por el momento piezas parangonables datadas en el ámbito cronológico al que se ajusta nuestro estudio, pero consideramos que su uso debió ser similar al que M. D. Meneses (1990) propone para algunas placas óseas multiperforadas localizadas en diversos yacimientos andaluces del IV y III milenio cal BC. Según la autora, las piezas en cuestión se usaban como medio de separar las fibras para facilitar la elaboración de la trama, desplazándola hacia fuera a medida que el tejido se iba elaborando (MENE-

SES FERNÁNDEZ, 1990: 63). Creemos probable que la pieza de Cabezo Redondo se empleara de modo similar, aunque también muestra diferencias morfológicas notables con los ejemplares neolíticos analizados por M. D. Meneses de la Cueva del Toro y de la Cueva de Nerja, como por ejemplo el tipo de soporte óseo empleado –diáfisis óseas en todos los casos, y no asta de ciervo– el número de perforaciones –no superior a ocho, cuando nuestra pieza debió presentar al menos una docena– y su disposición –alineadas longitudinalmente, mientras que en el único extremo conservado de la pieza villenense se aprecia cómo al menos una perforación aparece desplazada del eje longitudinal, y algo similar se intuye en el extremo opuesto.

Si, como proponemos, se trata en efecto de un separador de fibras, su función principal sería elaborar tiras de tejido para la confección de cinturones y cintas o incluso bordes de paños, como paso complementario en la tejeduría de telas de anchos muy superiores a los escasamente 8- 10 cm de anchura que podrían obtenerse con ella (ALFARO GINER, 1984).

La notable escasez de ejemplares –y su ausencia casi absoluta en contextos atribuibles al II milenio cal BC– obedece muy probablemente a que en su gran mayoría debieron elaborarse en madera. Seguramente, el paralelo más próximo tanto en lo formal como en lo cronológico sea el separador de fibras de madera localizado en el Cerro de El Cuchillo, en una habitación –Departamento VIII– en la que junto a gran cantidad de recipientes de almacenaje con cereal carbonizado y

varios silos, se localizó una importante concentración de pesas de telar de cuatro perforaciones (HERNÁNDEZ PÉREZ y SIMÓN GARCÍA, 1993). La pieza (Fig. V.2.77), completamente carbonizada, es una pequeña tablilla de madera alargada, de proporciones similares a la pieza de Cabezo Redondo en cuanto a la anchura, que presenta al menos cuatro perforaciones, en una de las cuales se conservó también carbonizado un pequeño trozo de hilo pasado por dentro.

No disponemos de información contextual precisa de la pieza villenense, que al parecer se localizó en posición secundaria, formando parte de los rellenos que cubrían el pavimento de la unidad habitacional en la que fue encontrado. Sin embargo parece clara su disociación de cualquier otro artefacto susceptible de relacionarse con la producción textil en el ámbito en que fue registrada. A pesar de no contar por ahora con referencias cronológicas radiocarbónicas, y dado que es el único ejemplar de estas características localizado hasta ahora, el tipo debe adscribirse a la Fase IV, a pesar de que es muy probable que aparezcan precedentes en las fases anteriores, elaborados en materias óseas o no, como hace sospechar la pieza de madera del Cerro de El Cuchillo –ésta sí asociada a una datación radiocarbónica que ubica la destrucción del Departamento VIII en el que se encontraba probablemente al comienzo de la Fase III, *ca.* 1700 cal BC.

2.1.10. Clase S. Sierras

No hemos encontrado un término más apropiado que el que antecede para designar este tipo de instrumentos aun a sabiendas de que, como a continuación veremos, el aserrado, en sentido estricto, no puede considerarse su función esencial. Al menos no en sentido estricto. Sin embargo, constituyen un conjunto bastante homogéneo de utensilios, elaborados sobre unos tipos de soportes óseos bien definidos, que sin ser muy numerosos, sí aparecen relativamente bien distribuidos en el territorio, lo que denota un empleo bastante generalizado en el ámbito regional y temporal que analizamos.

La funcionalidad de este tipo de instrumentos ha resultado tradicionalmente un tanto enigmática, llegándose a considerar desde auténticas sierras (NIETO GALLO, 1959a: 309) a plantear la posibilidad de que se trate de peines para el cardado de fibras textiles o como instrumento relacionado con la manufactura de tejidos (FURGÚS, 1937: 39). El estudio detallado de las huellas presentes en la zona activa del instrumento ha revelado, sin embargo, que en los casos analizados el desgaste se concentra mayoritariamente en el ápice de los dientes, y no en los intersticios, lo que supone una evidencia contraria en principio a su empleo en el tratamiento de ningún tipo de fibras, y nos orienta hacia otro tipo de usos.



Figura V.2.78_Detalle del desgaste de los dientes de la pieza nº 1227 (izquierda, arriba) y de otro ejemplar de San Antón (derecha, abajo).

En los dos casos mejor conservados –dos piezas de San Antón, una de las cuales se incluye en nuestro catálogo (nº1227)–, la observación macroscópica de la zona en la que se encuentra la fila de dientes permite apreciar un lustre de uso que se torna más intenso en la zona mesial, y que se extiende más allá del propio eje dentado para afectar a una franja, de distinta anchura, que se extiende en paralelo al mismo (Fig. V.2.78). Ello nos inclina a pensar que el tipo de material con el que la pieza entró en contacto no debió tener una consistencia importante, sino que probablemente se trató de una superficie capaz de generar un lustre en lugar de estrías, sobre la que además, el utensilio actuaba con una cierta inclinación, y no de forma vertical con respecto a la línea de dientes.

Todo parece indicar que este tipo de objetos debió emplearse fundamentalmente en labores relacionadas con la peletería, básicamente destinados a la extracción de los restos adheridos al interior de las pieles, una vez extraídas del cuerpo. En ese sentido parecen mostrar notables analogías con otros instrumentos de similar factura, aunque dotados de perforaciones, conocidos en el registro del Noreste peninsular –Les Grioterres, Pont del Gurri o la Cova de Rialb, interpretadas en alguna ocasión como peines (CASTRO CUREL, 1988: 252). En cualquier caso, unos y otros guardan a su vez una gran similitud con ciertos artefactos dentados registrados en distintos ámbitos de Europa Occidental (NORTHE, 2001). La presencia de bordes dentados, por otra parte, se muestra como un rasgo recurrente en el instrumental óseo destinado a este tipo de actividades, independientemente de la morfología y del soporte empleado, como muestran diversos ejemplos documentados tanto en Europa (VAN GIJN, 2007) como en Norteamérica (BEYRIES, 1999; GRIFFITTS, 2007).

En nuestro catálogo se incluyen ocho ejemplares, procedentes de siete yacimientos diferentes. Todas las piezas se han elaborado a partir de costillas, con excepción de una (nº 230) hallada en Cabezo Redondo, y que fue manufacturada sobre una escápula de ovicaprino (Fig. V.2.79). En atención al tipo de hueso empleado, hemos dividido el conjunto en dos tipos: S111 –piezas realizadas sobre escápula– y S112 –piezas elaboradas en costillas.

Tipo S111

La única pieza de este tipo procede, como ya se ha dicho, de Cabezo Redondo. Se trata de una escápula de ovicaprino a la que se ha recortado la parte correspondiente a la fosa infraespinosa dejando un borde dentado alineado con la espina de la escápula, de manera que probablemente la epífisis sirviera de mango para el instrumento.

Las únicas referencias que conocemos respecto a la presencia de objetos similares en nuestra zona de estudio proceden de los antiguos trabajos de J. Furgús en San Antón, en donde, a juzgar por las láminas que



Figura V.2.79_Artefacto del tipo S111 de Cabezo Redondo (nº 230).

lo ilustran, halló al menos tres piezas elaboradas de este modo, por desgracia hoy desaparecidas (FURGÚS, 1937: II, lám. VII, fig.12ª).

Tipo S112

Los ejemplares del tipo S112 son mucho más numerosos, en lo que probablemente tiene que ver la mayor disponibilidad de costillas como soporte óseo útil frente a las escápulas. En cualquier caso, como ya avanzábamos, no se trata de un instrumento excesivamente numeroso en el registro artefactual de los yacimientos que hemos analizado, y como puede comprobarse parecen restringir su presencia a ámbitos

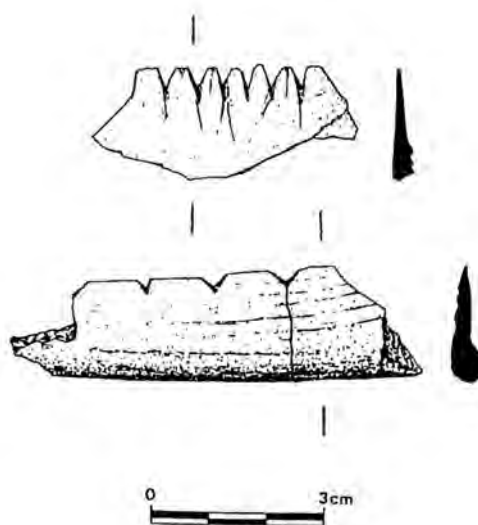


Figura V.2.80_Artefactos del tipo S112 de Monte Aguilar (SESMA SESMA Y GARCÍA GARCÍA, 1994).

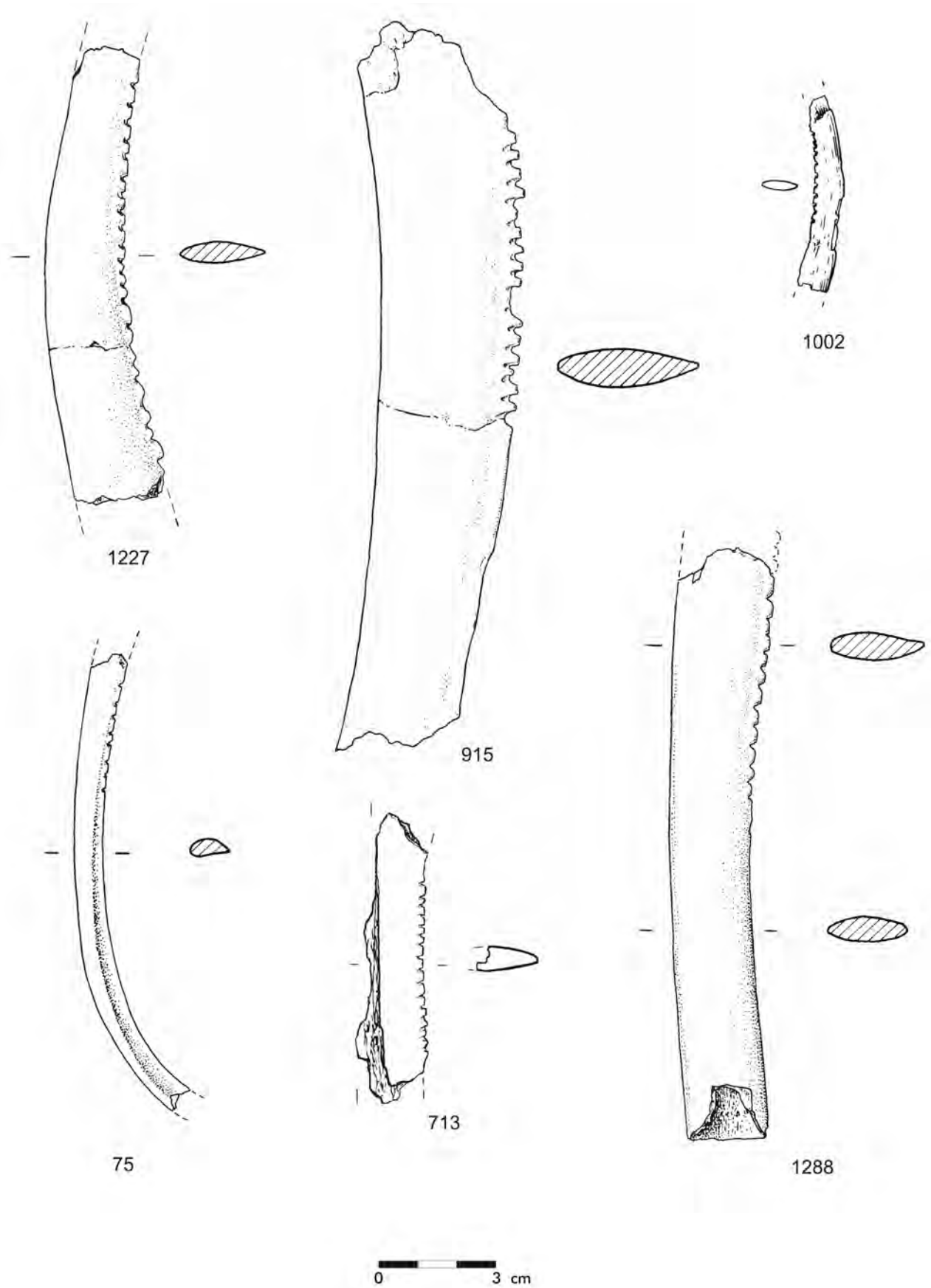


Figura V.2.81_Artefactos del tipo S112 de San Antón (nº1227), Laderas del Castillo (nº915), Lloma de Betxí (nº 1002), Cabezo Redondo (nº 75), Ereta del Castellar (nº 713) y Tabayá (nº 1288).

externos al área argárica y, en todo caso, a yacimientos cercanos a su zona periférica exterior, como San Antón (nº 1227), Tabayá (nº 1288) o Cabezo Redondo (nº 75) (Fig. V.2.81).

En efecto, un rápido repaso a la bibliografía disponible nos indica que se trata de un objeto en general ausente en el repertorio de productos óseos argárico, mientras que aparece en yacimientos levantinos como el Cabeço de Serrelles (nº 13), Lloma de Betxí (nº 1002), Ereta del Castellar (nº 713) y, también, en yacimientos del Valle del Ebro como Monte Aguilar, en las Bardenas Reales (SESMA SESMA, 1992; SESMA SESMA y GARCÍA GARCÍA, 1994: fig. 14 D, 1.1.2) y Moncín, en donde los ejemplares localizados se sitúan estratigráficamente en los niveles superiores –nivel IIA, con cerámicas con decoración de boquique y cazuelas con carena alta, entre otros materiales significativos (RODANÉS VICENTE, 1989: 124; HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 402. fig. 18.83. 1485). Así mismo, está presente en el registro artefactual óseo de yacimientos del interior peninsular, como Tejar del Sastre (QUERO CASTRO, 1982: 213, fig. 19 a). Su presencia en Cabezo Redondo permite proponer una cronología entre la Fase III y IV para este tipo de objetos, en sintonía con la que parecen mostrar las piezas del Valle del Ebro, si bien para los ejemplares de la Lloma de Betxí y del Tabayá puedan considerarse fechas tal vez un poco más antiguas. En cualquier caso, no pueden hacerse extensivas a buena parte de los ejemplares catalogados ni tampoco a las piezas de Laderas del Castillo o San Antón, por falta de datos relativos al contexto estratigráfico en que fueron encontradas.

2.1.11. Clase I. Percutores

Entre el conjunto artefactual óseo que hemos analizado no puede considerarse muy numerosa la representación de los utensilios relacionados inequívocamente con la percusión. De entre algo menos del millar y medio de objetos óseos inventariados, tan sólo en un caso creemos posible afirmar sin reservas hallarnos ante un percutor.

La pieza en cuestión, procedente del yacimiento alcoyano de Mas d'En Miró –nº 1030– conforma el único representante del tipo I111 (Fig. V.2.82), único tipo de percutor que se ha incluido en nuestra propuesta tipológica, si bien en las últimas campañas de excavación realizadas en Cabezo Redondo se ha hallado otro objeto (Fig. V.2.83), sobre el que trataremos brevemente, que constituye un segundo tipo de percutores no contemplado originariamente en nuestra propuesta de ordenación.

El percutor localizado en el Mas d'En Miró ha sido elaborado sobre una porción longitudinal de diáfisis de gran grosor, probablemente la parte distal de una tibia de mamífero de gran talla. Conserva restos de la epífisis en el extremo proximal, presentando en ésta raspados de las apófisis para regularizar su superficie

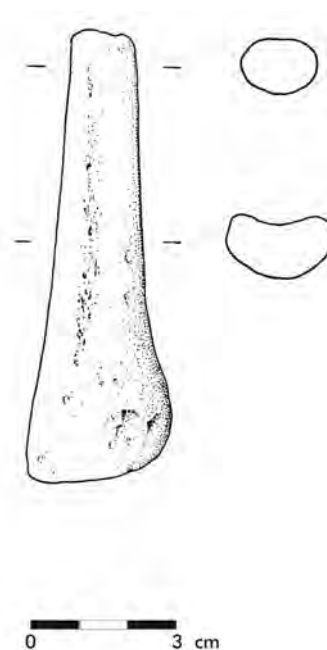


Figura V.2.82_Artefacto del tipo I111 del Mas d'En Miró (nº 1030).



Figura V.2.83_Percutor elaborado en asta de cérvido procedente de Cabezo Redondo, no incluido en nuestro catálogo.

y conformar un aspecto romo o redondeado. El tipo de actividad desempeñada por este utensilio se evidencia con claridad en las señales de esquirlados localizadas en el extremo proximal, y las pequeñas muescas observables en la zona distal, donde también se aprecia un cierto lustre de uso. Todo hace pensar, por tanto, que el utensilio fue empleado en ocasiones como elemento para la percusión indirecta de materias medianamente consistentes difíciles de determinar, mientras que el lustre del extremo distal podría estar relacionado con su utilización como machacador o mano de mortero para triturar o deshacer frutos o alguna otra clase de sustancias no excesivamente duras.

El empleo del hueso para la producción de objetos destinados exclusivamente a la percusión es bastante restringido en el ámbito de estudio que abarca nuestro trabajo, ya que por lo general este tipo de utensilios

se elaboró preferentemente sobre soportes macrolíticos (RISCH, 2002a). La elaboración de artefactos como nuestra pieza nº 1030 podría explicarse, por tanto, exclusivamente por la necesidad de contar de forma puntual con un tipo de percutor más blando que los percutores líticos, en un marco de procesos de trabajo artesanal con cierto grado de especialización.

Todavía de una mayor sofisticación puede considerarse, sin duda alguna, el percutor elaborado en asta de cérvido hallado recientemente en Cabezo Redondo. Se trata de una porción cilíndrica perfectamente regularizada de luchadera, con base cortada en plano perpendicular al eje y una perforación realizada con taladro metálico de aproximadamente 0,5 mm de diámetro, que sin duda alguna estaba destinada a fijar la pieza a un mango de madera. La parte activa presenta una superficie ligeramente convexa, mostrando señales muy evidentes de impactos y algunas escamaciones, así como un levantamiento en sentido longitudinal que a todas luces fue resultado de un fuerte impacto y que en última instancia debió determinar el abandono definitivo del objeto.

Gracias a su mayor consistencia y dureza, el asta de cérvidos se ha empleado con más profusión como soporte óseo para la producción de estos utensilios. En el yacimiento del Castillo de Frías, P. Atrián (1974: 25, fig. 36 y lám. XXI) señala varios de estos elementos elaborados sobre astas de ciervo y de corzo, aunque en ningún caso con perforaciones para su enmangado en madera.

Resulta complicado proponer un intervalo cronológico para la vigencia de este tipo de elementos, aunque sin duda alguna la pieza de Cabezo Redondo pertenece a contextos del último cuarto del II milenio cal BC, y por tanto a nuestra Fase IV.

2.1.12. Clase M. Mangos y empuñaduras

El conjunto de artefactos que hemos reunido en la clase M se caracteriza por haber sido empleados como parte complementaria de otros instrumentos, en su mayoría metálicos, con el objetivo de facilitar la utilización de éstos últimos o mejorar su rendimiento y/o resistencia. En ese sentido, representan una inversión de trabajo sin duda superior a la que exigían los mangos de madera, que a todas luces debieron ser los más numerosos a pesar de que sean los menos abundantes en el registro.

Hemos optado por dividir la clase en dos conjuntos principales, según se conserven o no transformadas toda o parte de las epífisis o zonas anatómicas de los soportes óseos empleados en su manufactura –M1 y M2–, y según el tipo de materia ósea utilizada, se han discriminado entre M11 –hueso–, M12 –asta–, M13 –clavija ósea–, M21 –hueso–, M22 –asta– y M23 –marfil.

Entre el primer grupo encontramos una diversidad de tipos un tanto engañosa, puesto que frente a la me-

dia docena de ejemplares registrados del tipo M111, elaborados sobre metapodios de ovicaprinos, el resto de los tipos –M112, M113 y M114– apenas cuenta más que con un ejemplar cada uno (Fig. V.2.84). Discriminados en función del tipo de hueso empleado, la característica común que los une a todos es la delgadez de la diáfisis, que permite aprovechar un estrecho canal medular como cavidad en la que insertar el instrumento metálico al que sirvieron de mango, que parece haber sido en todos los casos un punzón de metal. No es el caso, sin embargo, del tipo M121, elaborado a partir de la parte basal de astas de ciervo, en los que debió engarzarse algún otro tipo de instrumento, tal vez cinceles. La variante M121b, registrada por ahora sólo en Cabezo Redondo, parece haber servido de pieza intermedia de otro tipo de objeto al que debía estar sujeto por medio de remaches o clavos.

Dentro del segundo grupo, el tipo M211 es con diferencia el más numeroso, al que siguen a distancia los tipos M221, sobre porciones de candiles o luchaderas de asta de ciervo, y el exclusivo tipo M231, manufacturado enteramente en marfil y del que sólo conocemos una pieza procedente de la Mola d'Agres.

Tipo M111

Junto con M211, se trata del tipo de mango más representado en nuestro catálogo, empleado fundamentalmente para la sujeción de punzones de metal, aunque son contados los casos en los que se ha conservado aún insertada la punta metálica. Ese es el caso de la pieza nº 1237, procedente de las excavaciones de J. Furgús en San Antón. En otros, como en la pieza nº 932, lo que todavía se aprecia es la presencia de óxidos de cobre, aunque el punzón haya desaparecido. Se elabora a partir de metacarpos o metatarsos de ovejas o cabras, desprendiendo siempre la porción correspondiente a la epífisis distal del hueso, de modo que la epífisis proximal se aprovecharía como tope. En algún caso puede aparecer retocada mediante abrasión o con una perforación transversal, como en el caso del ejemplar de San Antón del que hacíamos mención, y que posiblemente serviría para pasar por él un cordel que permitiera llevarlo atado a la muñeca o a la cintura. El extremo distal de la pieza presenta siempre un tratamiento que ha redondeado y eliminado las aristas del aserrado, quedando a la vista el canal medular del hueso.

En nuestro catálogo se localizan seis piezas, aunque el estado fragmentario de alguna de ellas impide precisar si pertenecen al tipo M111 o al tipo M211, elaborados sobre el mismo tipo de soporte óseo –metapodios– pero con la particularidad de presentar ambas epífisis amputadas. Podríamos considerar que el M111 constituye el tipo de empuñadura ósea más común para los punzones metálicos, registrándose además en un número considerable de yacimientos del área de estudio. Los hermanos Siret los describen en los yaci-

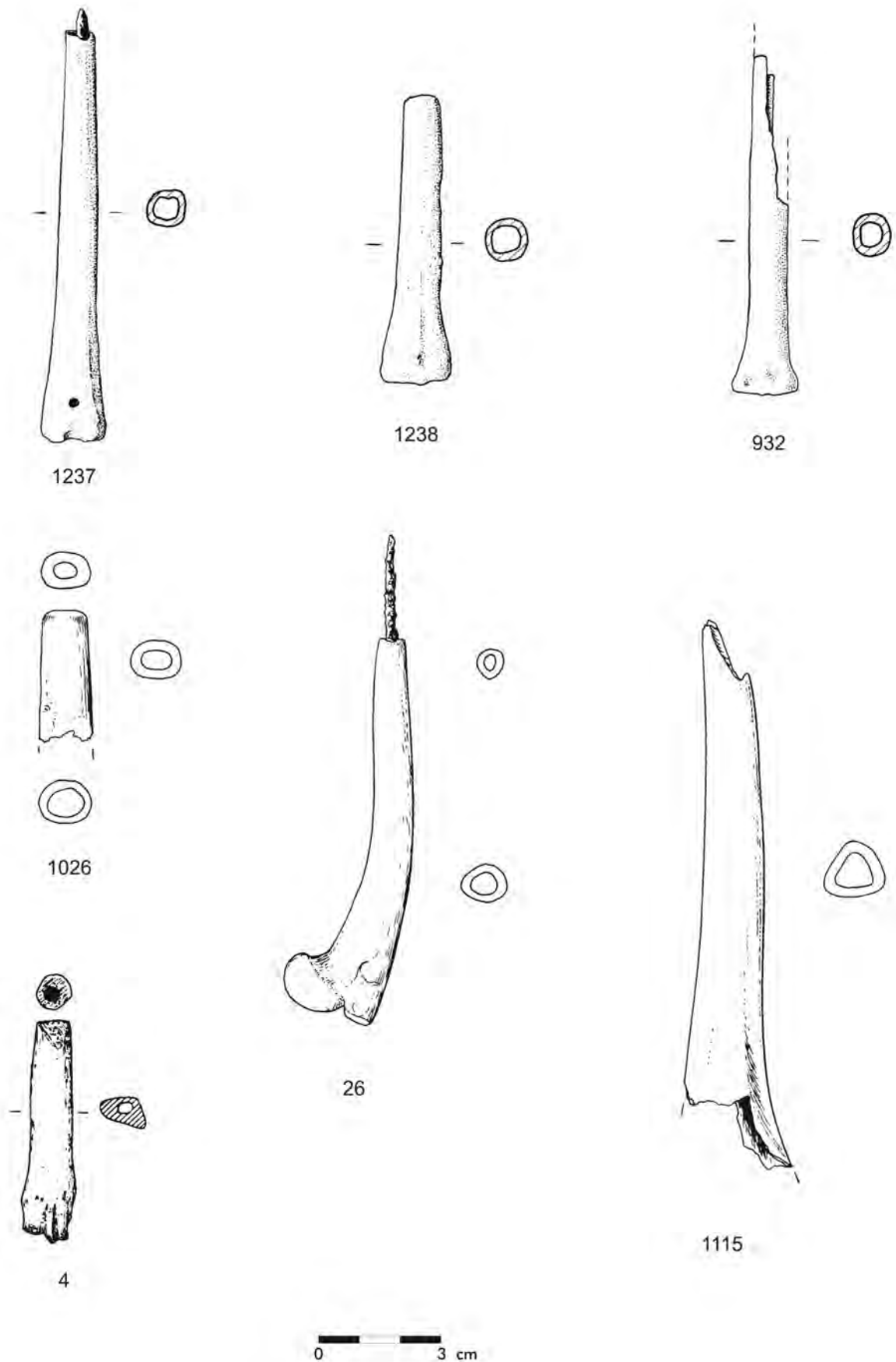


Figura V.2.84_ Mangos del tipo M111 (nº932, 1026, 1237 y 1238), M112 (nº 26), M113 (nº 1115) y M114 (nº 4).

mientos de Campos y de El Argar, en el primero de los cuales aparecieron con la punta de metal aún insertada (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 10.15 y lám. 26.77).

Tipo M112

Como ya hemos indicado, el resto de los tipos identificados dentro de este grupo corresponde a mangos elaborados sobre otros tipos de soportes óseos distintos de los metapodios pero que también conservan entera una de las epífisis. El tipo M112 se elabora sobre húmero de cánido, aprovechando la morfología de la epífisis proximal como tope y eliminando la epífisis distal. Sólo conocemos el ejemplar catalogado (nº 26) del Cabeço del Navarro, hallado durante las excavaciones de J. Belda, que ofrece la particularidad de conservar también insertado aún el punzón metálico.

Tipo M113

Al igual que el ejemplo anterior, sólo se ha recogido un único ejemplar de mango elaborado sobre tibia de ovicaprino (nº 1115) que conserva la epífisis proximal y que es probable que llevara insertado alguna pieza de mayor calibre que un punzón de metal, a pesar de que por el momento es imposible determinarlo con mayor precisión.

Tipo M114

La pieza, elaborada en un metapodio de suido, la reporta J. L. Pascual (1998: 89), procedente del yacimiento de Arenal de la Costa (nº 4). Constituye también un ejemplar único por el momento, aunque como el propio autor menciona se conocen otras piezas manufacturadas sobre huesos de suidos, por ejemplo en la Ereta del Pedregal, que conservan incluso señales de óxidos de metal que denuncian claramente el tipo de instrumento al que debían servir de mango (PASCUAL BENITO, 1998: 92).

Tipo M121

Se trata de objetos elaborados a partir de la zona basal de astas de ciervo (Fig. V.2.85), transformadas mediante el aserrado transversal de la rama principal a una altura determinada por debajo de la luchadera –al menos, en el único caso en que ello puede confirmarse, que es en la pieza nº 1245, procedente de Serra Grossa. Mientras que la segunda luchadera es amputada, la luchadera basal parece emplearse como soporte para engarzar en su extremo distal algún tipo de instrumento, posiblemente metálico, que no se ha conservado en ninguno de los casos hasta ahora registrados. Sin embargo, en el caso del único ejemplar de la variante M121b, el vaciado interior del tejido esponjoso del asta y la presencia de una perforación transversal hacen suponer que inserto en él debió existir algún ele-

mento de mayores proporciones, sujeto por medio de un clavo o remache. Por otra parte, en el ejemplar de Terlinques (nº 1372) el vaciado del tejido esponjoso afecta a la rama principal, lo que a nuestro juicio indica que posiblemente la pieza estuviera engarzada a un mango de madera, y tal vez sujeta mediante cordajes.

Lo cierto es que por el momento resulta muy complejo establecer con precisión ante qué tipo de objetos nos encontramos, pues de un lado alguno de los ejemplares que hemos inventariado, como el registrado en Terlinques (nº 1372) presenta claramente indicios de haber llevado enmangado algún tipo de utensilio en el extremo distal, mientras que en otros casos, como el de Serra Grossa (nº 1245) resulta más dudoso debido a la fragmentación de esta parte de la pieza. Por otra parte, las características morfológicas de cada una señalan necesariamente diversas técnicas de sujeción, que sólo en el caso del ejemplar de Terlinques parece claro que incluyeron su inserción vertical en una vara o mango de madera. El aire general del que se dota el objeto recuerda entonces enormemente a piezas como el pico reportado por J. M. Rodanés (1989: 98: fig. 17.21) procedente del nivel IIIA de la cueva de Los Husos.

Respecto a las referencias contextuales de las piezas, sólo en los casos de Terlinques y de Cabezo Redondo se conocen datos precisos. Para el primero, su vinculación con estratos correspondientes a la Fase III parece especialmente clara, y al menos esta misma cronología es la que cabe suponer para la pieza de Cabezo Redondo, hallada durante los trabajos de J. M. Soler, aunque podría también adscribirse a la Fase IV. En función de estos datos, un intervalo comprendido entre *ca.* 1700 cal BC y *ca.* 1200 cal BC podría parecer apropiado. En cambio, de la pieza de la Serra Grossa nada sabemos acerca de su contexto cronológico, y el único ejemplar peninsular del que por el momento tenemos noticia, al margen de los identificados por nosotros, procede de Moncín, en donde al parecer la pieza se localizó en niveles de la fase IIE, de mucha mayor antigüedad –en sintonía también con la datación del nivel IIIA de Los Husos– que las piezas alicantinas (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 431, fig. 18. 106. 1809). De todo ello se deriva una cierta inconsistencia en cuanto a la cronología del tipo, salvo que se admita como hipótesis una mayor antigüedad en el Valle del Ebro y una implantación posterior en ámbitos más meridionales.

Tipo M131

La única pieza incluida en este tipo procede de Terlinques (nº 1373), y proponemos su uso como mango a partir de las evidencias de desgaste que muestran las aristas del aserrado basal que presenta en el extremo distal. No somos capaces de pronunciarnos, no obstante, sobre el tipo de instrumento al que pudo haber servido de mango.

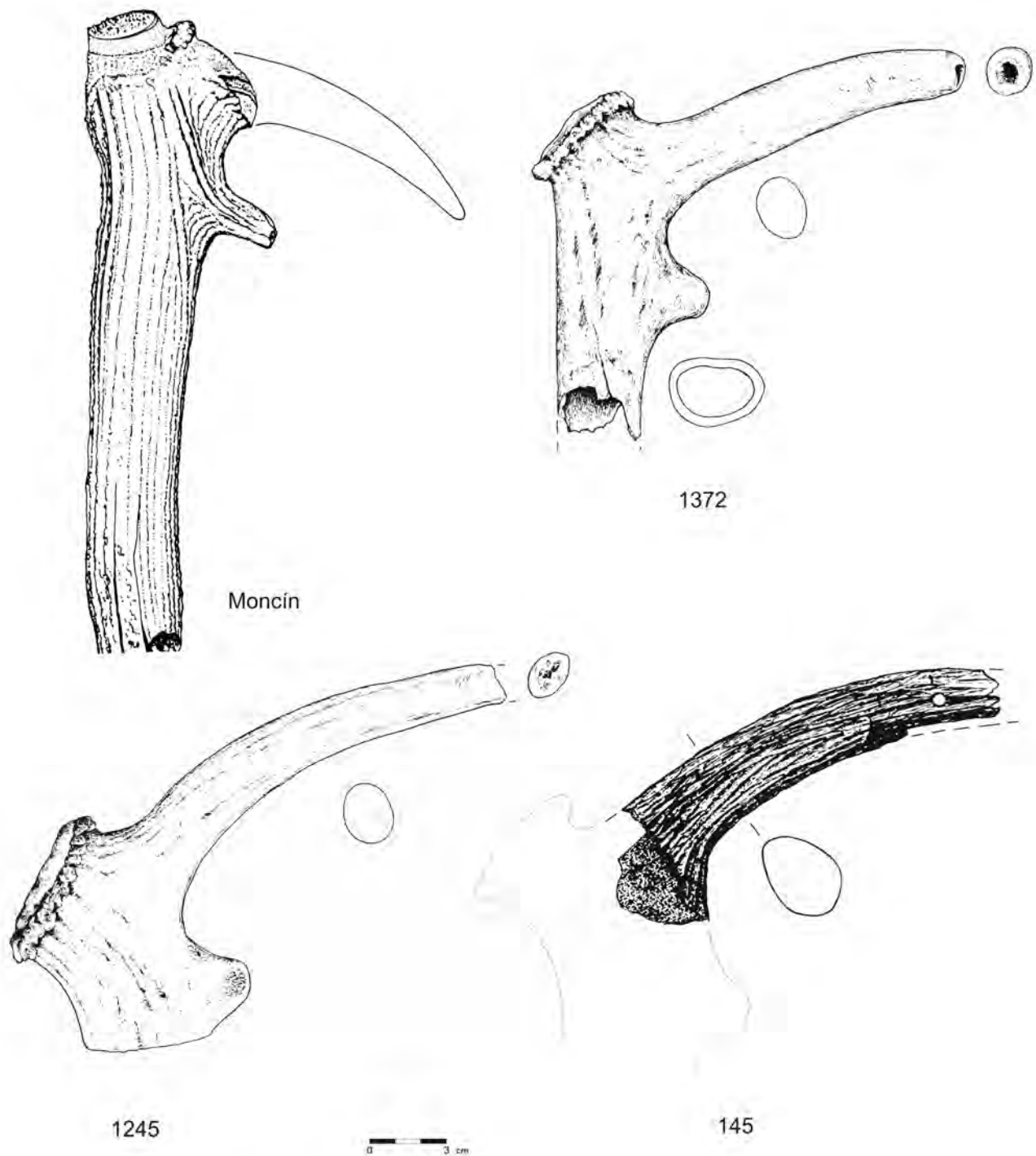


Figura V.2.85_Mangos del tipo M121 de Moncín (HARRISON, MORENO Y LEGGE., 1994), Terlinques (n° 1372), Serra Grossa (n° 1245) y Cabezo Redondo (n° 145).

La presencia de clavijas óseas de cabra es relativamente corriente en el registro de los yacimientos analizados por nosotros. A menudo van acompañadas de cortes o incisiones realizadas con instrumentos de metal, lo que evidencia una manipulación que no obstante sólo en contados casos parece tener una intención expresa de transformar la pieza ósea en un instrumento, y en su mayoría parecen perseguir exclusivamente su separación

del resto del cráneo. Este tipo de comportamiento se ha documentado ampliamente en yacimientos como Cabezo Redondo o Peña de Sax, y a nuestro juicio tales restos deben corresponder a residuos de trabajos de peletería, relacionados con la extracción del pellejo de los animales (MACGREGOR, 1986). Eso explica su localización relativamente abundante en basureros y rellenos de carácter antrópico en el yacimiento villenense.

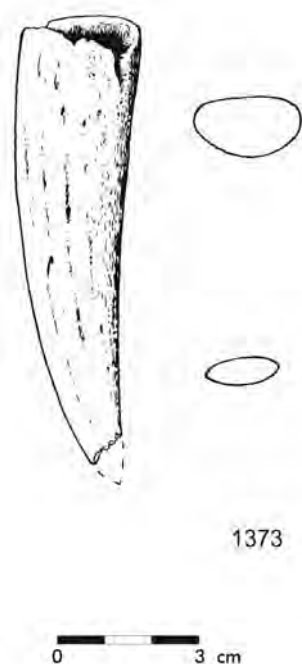


Figura V.2.86_Mango del tipo M131 de Terlinques (nº 1373).

La pieza de Terlinques se halló entre los residuos amontonados sobre la calle central que atraviesa el poblado, lo que permite situarla cronológicamente en torno a 1600 cal BC.

Tipo M211

Los mangos del grupo M21 se caracterizan, como apuntábamos más arriba, por ofrecer un mayor grado de elaboración, que en cualquier caso ha supuesto la eliminación de las epífisis óseas. Por ahora en este grupo sólo se ha identificado un tipo, el M211, elaborado en metapodios de ovicaprinos. De hecho, se trata básicamente del mismo instrumento que el tipo M111, salvo por la eliminación de la epífisis proximal del hueso. La altura a la que se practica este aserrado determina diferentes longitudes al mango, que pueden alcanzar prácticamente toda la diáfisis o quedar reducido a sólo unos centímetros.

Las características anatómicas de los metapodios de pequeños rumiantes, tan apropiadas a los fines perseguidos para este tipo de instrumentos, explican que los ejemplares de M111 y M211 catalogados supongan casi el 60% del total de mangos identificados. Entre el material analizado por nosotros, su presencia se constata en Cabezo Redondo (nº 295, 345), Cerro de El Cuchillo (nº 472), Laderas del Castillo (nº 922) o El Castellón (nº 701). Sin embargo se trata de un tipo de objeto ampliamente registrado en otros muchos yacimientos peninsulares, aunque en ocasiones se los ha referenciado en la bibliografía simplemente como “tubos”, especialmente en contextos del III milenio cal

BC –sería el caso de los hallados en la Covacha de Ribera, en Cullera (PLA BALLESTER, 1958) o de algunos de los publicados por A. do Paço procedentes de las cuevas de Poço Velho (DO PAÇO, 1970: lám. XXI, f y g) o de Vila Nova de São Pedro (DO PAÇO y JALHAY, 1945: lám. XIII. 17, 18 y 19), en Portugal. También son un tipo de producto depositado con cierta frecuencia en las necrópolis argáricas, como demuestra su presencia, entre otros, en tumbas de Los Cipreses (MARTÍNEZ, PONCE y AYALA, 1996: 38) o Los Molinicos (LILLO CARPIO, 1993: lám. IV-B2).

De acuerdo con los datos disponibles, parece que este tipo de mango óseo fue uno de los más empleados para la implementación de punzones metálicos, y su uso puede rastrearse desde los inicios mismos de la producción metalúrgica en nuestro ámbito de estudio.

Una variante del tipo, no incluida en nuestro catálogo, estaría constituida por mangos también elaborados en diáfisis de metapodios pero con las superficies decoradas con incisiones –registrados en Fuente Álamo V (SCHUBART y ARTEAGA, 1980: fig.12.k) y acompañados de cerámicas decoradas de estilo Cogotas en Cuesta del Negro (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 69, fig. 17.3)– o con círculos con punto central –también en Cuesta del Negro (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 180, fig. 16.1). Al menos en el caso de los dos primeros es evidente su relación cronológica con nuestra Fase IV, fecha que sería extrapolable, a nuestro juicio, a otros ejemplares de los que carecemos de información estratigráfica, como los de la Cueva de la Carigüela (SALVATIERRA CUENCA, 1980: 75, fig. 5.4), localizado en las terreras depositadas al exterior de la cueva, o el sepulcro megalítico de Murviedro, en donde el mango en cuestión se acompaña de dos joyas de oro (IDÁÑEZ SÁNCHEZ, 1985: 201) claramente relacionadas con las piezas áureas con forma de trompetilla de Cabezo Redondo (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1997a).

Tipo M221

Aunque no tan numeroso como el tipo precedente, en nuestro catálogo hallamos también algunos ejemplos de mangos de punzón o cincel metálico elaborados sobre porciones de asta de cérvido, obtenidas a partir de candiles o luchaderas extraídas de la cuerna y a las que se ha aserrado enteramente la punta, insertándose en el tejido esponjoso del asta el instrumento al que sirven de empuñadura (Fig. V.2.87).

La variante más común es la que se documenta en la Illeta dels Banyets (nº 845) de forma aproximadamente cilíndrica, si bien podría ser conveniente contemplar también una variante M221b caracterizada por su menor tamaño, de la que contamos con algún ejemplar en nuestro catálogo (nº 325). De este último modelo conocemos otros ejemplos en Cabezo Redondo, localizados en las excavaciones realizadas recientemente, en los que además se aprecian señales de percusión en la base, señal inequívoca de su utilización como mangos

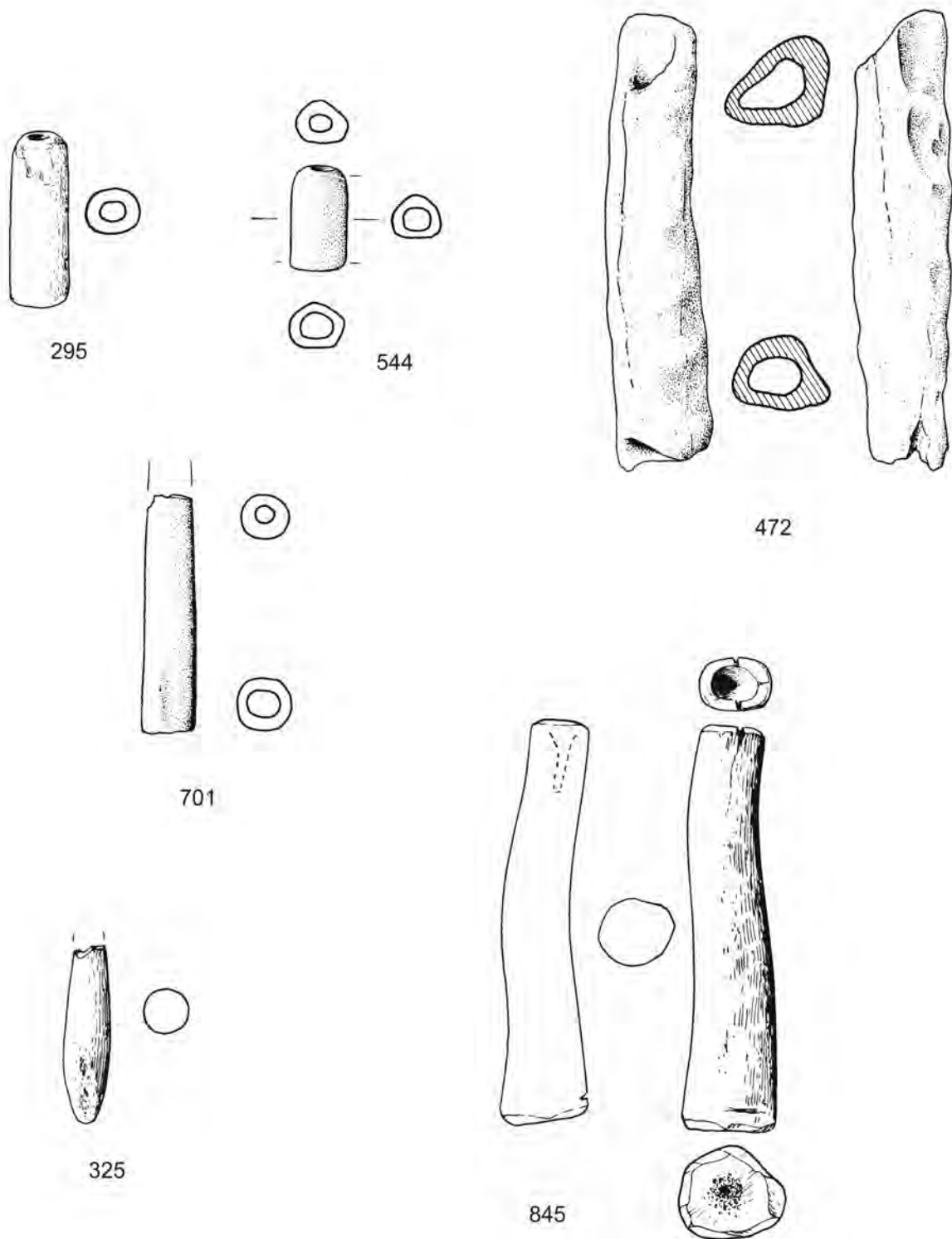


Figura V.2.87_Mangos del tipo M211 de Cabezo Redondo (n° 295), Cerro de El Cuchillo (n° 472 y 544), El Castellón (n° 701) y Laderas del Castillo (n° 922). Mangos del tipo M221 de Cabezo Redondo (n° 325) e Illeta dels Banyets (n° 845).



Figura V.2.88_Mango del tipo M211b de Cabezo Redondo. A la derecha, arriba, se muestra la zona de inserción con el mango. Abajo, muescas en la parte basal del mango debidas a percusión.

de instrumentos empleados como herramientas intermedias para la talla de madera, marfil u otro tipo de material de similares características (Fig. V.2.88).

Al igual que ocurre con el tipo M211, también se documenta en yacimientos argáricos como El Oficio –en donde los hermanos Siret los reportan como parte del ajuar de la tumba 77 (SIRET y SIRET, 1890: lám. 63.77) y sobre el suelo de una de las habitaciones (SIRET y SIRET, 1890: lám. 62.33)– o La Bastida –en el Departamento XI (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA *et*

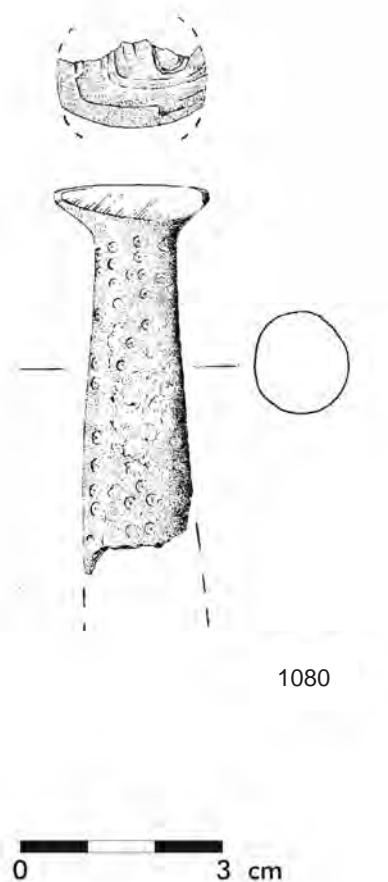


Figura V.2.89_Mango de marfil del tipo M231 de la Mola d'Agres con decoración de círculos con punto central.

al., 1947: 61, fig. 2.9). También se registra en otros yacimientos del II milenio cal BC, como en el Cerro de los Infantes (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 225, fig. 18.5), pero su uso se remonta fácilmente a contextos anteriores, como pone de manifiesto su presencia en Almizaraque (MAICAS RAMOS, 2007: 166) en momentos que podríamos considerar contemporáneos a los del ejemplar localizado por J. M. Soler (1991: 47, fig. 9.51) en la Cueva del Lagrimal.

Resulta difícil, a la luz de su amplia distribución, proponer unos intervalos cronológicos bien definidos para el consumo de este tipo de artefacto, más allá de admitir una cierta proliferación del tipo en contextos posteriores a *ca.* 1700 cal BC, en los casos bien registrados, horizonte que creemos más probable aún para la variante M211b.

Tipo M231

El mango de marfil hallado en prospecciones superficiales en la Mola d'Agres, al que hace ya tiempo dedicamos una especial atención (LÓPEZ PADILLA, 1992), constituye el único ejemplar de este tipo. Por su tamaño debió estar destinado a algún instrumento de dimensiones no muy grandes. La rotura del extremo distal, en donde debía ir engarzado éste, impide

precisar algo más a este respecto. Presenta un cuerpo de tendencia cilíndrica- fusiforme, con un pomo destacado en forma de botón con cabeza aplanada. Sin embargo, su característica principal es el material en el que está elaborado, una porción de marfil que en algún caso muestra señales de esmalte.

Su hallazgo fortuito impide su correcta contextualización en la dilatada secuencia estratigráfica que muestra el poblado, aunque por los datos que conocemos del yacimiento parece probable que proceda del sector de la ladera oriental en donde se han registrado los materiales de cronología más reciente (GIL-MASCARELL y PEÑA SÁNCHEZ, 1989). Por su forma y decoración debe corresponder, a nuestro juicio, a un modelo de mango vigente en el centro y oeste mediterráneos hacia las primeras centurias del I milenio cal BC –como los que portan algunas espadas del depósito de la Ría de Huelva (RUIZ- GALVEZ PRIEGO, 1995: 231, lám. 1. 1-2) o del Talayótico I de la isla de Mallorca (FERNÁNDEZ- MIRANDA, 1978: 209, fig. 41; GUERRERO, CALVO y SALVÁ, 2002: 223), aunque hemos de admitir que no conocemos piezas similares con las que se pueda relacionar claramente este ejemplar en cuanto al material utilizado, dimensiones y modelo decorativo. El empleo de la técnica del círculo con punto central resulta relativamente más abundante en el área nororiental de la Península Ibérica –aparece, por ejemplo, decorando los botones de hueso hallados por F. Esteve (1965) en los sepulcros de La Jorquera y no es desconocido entre el material óseo de las terramara del Norte de Italia (MONTELIUS, 1895: I serie B, pl. 16.1; SAFLUND, 1939: 183, tav.63 y 66), como tampoco en el de Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS, 1983: 78), en donde el motivo de círculo con punto central aparece decorando una pequeña plaquita de asta interpretada como distribuidor de collar.

2.2. Artefactos finales

Una vez analizados los artefactos teóricamente vinculados con la producción, a continuación trataremos de aquéllos artefactos en cuyo consumo no estaba implícita la participación en otros procesos productivos, sino que atendían a otros requerimientos de la producción y reproducción social, y que en su mayor parte han sido reunidos en otras propuestas de ordenación bajo el epígrafe de “adornos” (PASCUAL BENITO, 1998; MAICAS RAMOS, 2007), aunque como podrá comprobarse, en este apartado hemos considerado también otros productos que se escapan un tanto de esta etiqueta genérica, como por ejemplo las conteras de marfil para mangos de puñal.

2.2.1. Clase C. Cuentas

En nuestro ámbito de estudio encontramos diversos tipos de cuentas, entendidas como productos des-

tinados a generar artefactos más complejos integrados por una serie más o menos heterogénea de elementos unidos por un cordel que los traspasa por un orificio, por lo general practicado en el centro de la pieza. Éstos pudieron ser mayoritariamente collares, pero también pudieron constituir brazaletes.

No hemos incluido únicamente las cuentas, sino también otros objetos que hipotéticamente pudieron estar relacionados con los collares, como algunas placas perforadas que pudieron constituir separadores de hilos para conformar composiciones más complejas.

Durante el intervalo cronológico que nos ocupa, este tipo de objetos aparecen registrados con cierta frecuencia elaborados en distintos tipos de materiales, principalmente nácar, hueso, marfil y diversos tipos de piedras, además del metal. Aquí nos ocuparemos únicamente de aquéllos para los que se emplearon soportes óseos.

Los elementos de collar más simples son los realizados a partir de piezas óseas no elaboradas o sólo parcialmente transformadas, los cuales constituyen nuestro grupo C1. En un segundo grupo -C2- se han incluido las cuentas de formas esféricas o tendentes a la esfera, no demasiado numerosas en nuestro registro. El tercer grupo es el que cuenta con una representación más numerosa en nuestro catálogo, y se compone de cuentas de collar de formas tubulares, mayoritariamente obtenidas a partir del aserrado transversal de diáfisis óseas de diferentes especies. Finalmente, los grupos C4 y C5 integran cuentas de collar con formas específicas, elaboradas a partir de porciones óseas de diversos tipos.

Sólo revisando someramente la obra de los Siret (1890) puede apreciarse la existencia de otros tipos de cuentas de collar, que sin embargo no se han contemplado aquí como tipos individualizados pues ninguno de ellos ha sido estudiado directamente por nosotros.

Tipo C111

Entre los tipos más básicos de cuentas encontramos aquéllas elaboradas a partir de vértebras de pescado, principalmente de escualos, cuya morfología general favorecía enormemente la obtención de cuentas de tipo discoidal, de diversos grosores y tamaños. En nuestro catálogo hemos incluido varios ejemplares de este tipo procedentes mayoritariamente de contextos argáricos, los cuales integran la variante C111a, para diferenciarlas de una segunda variante, de la que sólo hemos reconocido un ejemplar de Tabayá, y para cuya elaboración se utilizó un disco vertebral.

Tipo C111a

Se han registrado 8 ejemplares (Fig. V.2.90), hasta donde sabemos, procedentes mayoritariamente de contextos habitacionales, si bien no es posible precisar este extremo en lo que concierne a los cuatro

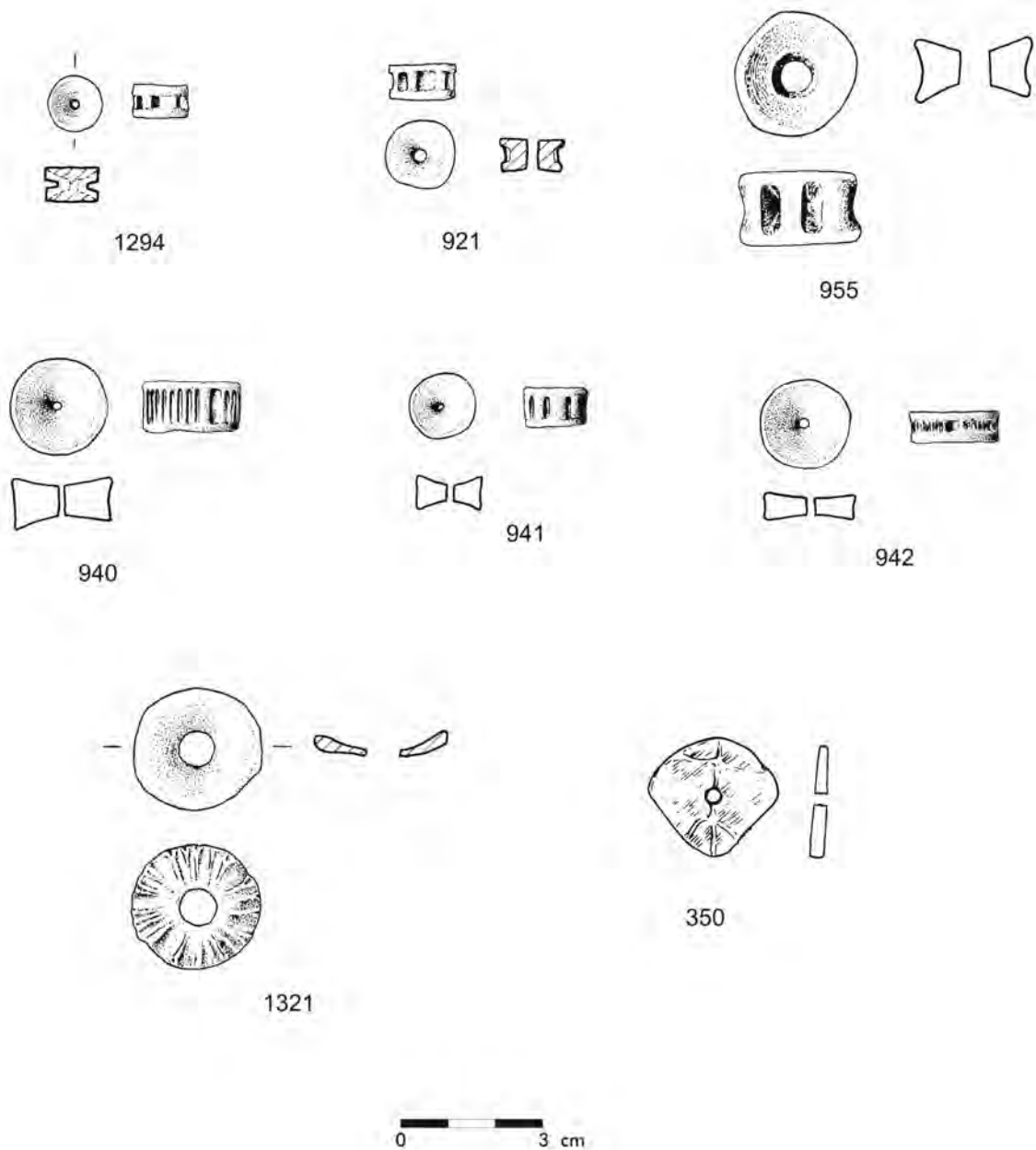


Figura V.2.90_Artefactos del tipo C111a de Tabayá (n° 1294), Laderas del Castillo (n° 921), Lloma de Betxí (n° 955) y San Antón o Laderas del Castillo (940, 941 y 942); y artefacto del tipo C111b (n° 1321) y del tipo C112 (n° 350) de Cabezo Redondo.

ejemplares de Laderas del Castillo y San Antón. Las piezas registradas por nosotros presentan diferentes tamaños y diversas morfologías, dado que pertenecen a cuerpos vertebrales de especies distintas de escualos. Parece indudable que al margen de la morfología ósea natural el propio origen marino de las piezas pudo dotarlas de un valor singular, en especial allí donde se convertían en un elemento de carácter exótico, como en la llanura oriental manchega, en donde localizamos un ejemplar del Cerro de El Cuchillo (n° 590). El ejemplar de mayores dimensiones es, sin embargo, el hallado en los niveles fundacionales de la Lloma de Betxí (n°955), elaborada en vértebra de tiburón.

El propio reparto geográfico de las piezas catalogadas por nosotros muestra una cierta tendencia a la concentración en el ámbito argárico, aunque también se han localizado algunos ejemplares en la zona periférica. Su presencia en yacimientos del Sureste peninsular se muestra recurrente a lo largo del intervalo cronológico general abordado en nuestro estudio. J. Martínez Santa-Olalla *et al.* (1947: 85, Fig. 12.15) refieren la presencia de varios ejemplares en La Bastida de Totana, y los hermanos E. y L. Siret los hallaron en abundancia tanto fuera de los ajueres funerarios (SIRET y SIRET, 1890: lám. 25.21-23) como formando parte de ellos –por ejemplo, en las tumbas 22, 65 y 432 (SIRET y SIRET, 1890: lám. 50 y 52). En conclusión, no pare-



Figura V.2.91_Artefactos del tipo C211 de Muntanya Assolada (n° 1146) y San Antón (1242).

ce posible atribuir un intervalo cronológico específico para este tipo de cuentas de collar, pues se registran en contextos anteriores y también posteriores a nuestro ámbito de estudio, si bien hay que admitir su uso frecuente en la zona argárica y especialmente en las fases más recientes, contemporáneas a nuestra Fase III.

Tipo C111b

Como ya avanzábamos, la diferencia fundamental con el tipo precedente es el empleo para la elaboración de la pieza no del cuerpo vertebral completo sino sólo de una de las placas intervertebrales, no fusionada. Sólo hemos localizado un ejemplar, procedente de Tabayá, y procedente de los niveles más superficiales (Fig. V.2.90). No hemos localizado otros objetos similares en los repertorios de productos óseos publicados correspondientes a nuestro ámbito de estudio.

Tipo C112

A diferencia del anterior, la producción de este tipo requería un mayor grado de elaboración, si bien seguía empleándose un soporte óseo sólo parcialmente modificado (Fig. V.2.90). En el único caso registrado por nosotros, hallado en Cabezo Redondo (n° 350), el soporte utilizado es un fragmento de endoesqueleto de tortuga de agua dulce, especie que probablemente fue muy abundante en el entorno lagunar de los yacimientos de Villena. Los bordes presentan una fuerte abrasión, sin que se haya llegado a conformar una morfología redondeada, y en el centro muestra un orificio realizado con taladro.

Tipo C211

Se trata de un tipo de cuentas de formas esféricas o tendentes a la esfera, que en los dos casos catalogados por nosotros se han elaborado en marfil, por lo que pueden considerarse artefactos de un elevado coste de producción (Fig. V.2.91). Ambos presentan un orifi-

cio realizado con taladro de punta muy fina realizados por las dos caras, lo que confiere a la perforación una característica forma bicónica invertida. Uno de los ejemplares procede del yacimiento de San Antón (n° 1242), mientras que el otro se localizó en los niveles superiores de Muntanya Assolada (n° 1146). Sin embargo, no parece que pueda considerarse un producto muy abundante fuera del ámbito estrictamente argárico. De hecho, los Siret detectaron varios ejemplares más en el yacimiento de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: fig. XXIII. 13), los cuales constituyen por el momento los únicos comparables a los analizados por nosotros.

Tipo C311

Constituye el tipo de cuenta más representado en nuestro catálogo, del que hemos inventariado un total de 25 ejemplares (Fig. V.2.92). De ellos, sin embargo, sólo 17 proceden de contextos claramente asociados a nuestro ámbito principal de estudio, ya que hemos localizado otros ocho ejemplares entre los artefactos óseos de la Ereta del Pedregal, correspondientes por tanto a momentos anteriores al intervalo temporal que aquí nos interesa.

Se trata de un artefacto elaborado a partir de diáfisis óseas, generalmente de fémures o de otros huesos largos de especies de tamaño pequeño, como lagomorfos y aves. En algunos casos presentan bordes perfectamente regularizados y un intenso pulimento de las superficies. Sin embargo, en otros se aprecian irregularidades provocadas por un aserrado defectuoso, que apenas ha sido corregido por una ligera abrasión, como por ejemplo en la pieza n° 944. Suele ser frecuente hallarlos conformando conjuntos, como sucede con los tres ejemplares del Cerro de El Cuchillo –n° 508- 510- y en algunas ocasiones constituyendo partes integrantes de composiciones en las que también intervenían otros tipos de cuentas, como se ha podido comprobar recientemente en alguna de las unidades habitacionales de Terlinques correspondientes a los momentos de ocupación más recientes del yacimien-

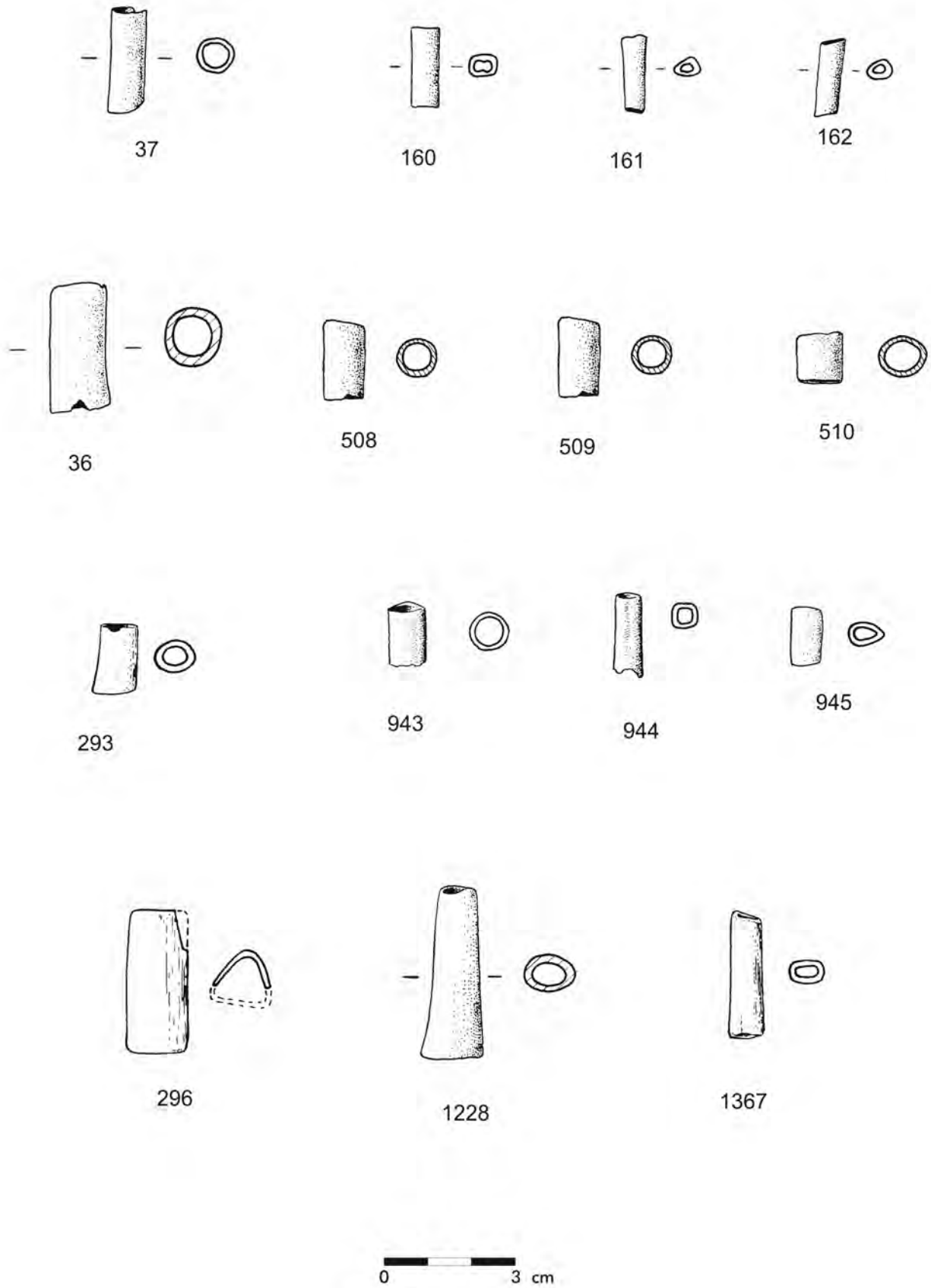


Figura V.2.92_Artefactos del tipo C311 de Cabezo Redondo (n° 36, 37, 160, 161, 162, 293 y 296), Cerro de El Cuchillo (n° 508, 509 y 510), San Antón (n° 1228), Laderas del Castillo o San Antón (n° 943, 944 y 945) y Terlinques (n° 1367).



Figura V.2.93_Artefactos del tipo C311 hallados sobre el pavimento de una unidad habitacional incendiada localizada en Cabezo Pardo, en San Isidro, no incluidos en nuestro catálogo.

to, en donde varias cuentas de este tipo aparecieron conjuntamente con un amplio repertorio de conchas marinas perforadas.

Sin embargo, en otras ocasiones se han registrado exclusivamente conjuntos de cuentas tubulares de este tipo, si bien en número insuficiente para constituir collares, lo que nos hace pensar en la posibilidad de que se hubieran empleado también en la producción de pulseras o brazaletes, para las que quizá se emplearon también otros materiales perecederos tales como fibras textiles, tiras de cuero u otros. Un caso registrado muy recientemente sobre un pavimento incendiado, localizado en las excavaciones realizadas en el yacimiento argárico de Cabezo Pardo muestran, a pesar de su estado de conservación, un claro ejemplo (Fig. V.2.93).

Además de las incluidas por nosotros en el catálogo, J. Colominas (1927. Fig. 67) publicó otros siete ejemplares de Laderas del Castillo, localizados durante sus excavaciones. En el ámbito argárico se conocen también otras piezas de La Bastida (MARTÍNEZ SANTAOLALLA *et al.*, 1947:85. Fig.12.14), El Argar (SIRET y SIRET, 1890: lám. 50 y 51) y Zapata (SIRET y SIRET, 1890. Lám.20.5), por citar sólo unos pocos. Sin embargo, son igualmente abundantes en el ámbito periférico tanto de la llanada manchega –Cerro de la Campana (FONSECA FERRÁNDIZ, 1988:52. Lám.I)- como en el Macizo Ibérico –Cerro del Castillo (ATRIÁN JORDÁN, 1974:22. Fig.30.e)- y Valle del Ebro –Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 409. Fig.18.90.1593).

Su sencilla elaboración y su amplia distribución tanto cronológica como geográfica por todo nuestro ámbito de estudio permiten inferir que este tipo de

cuentas de hueso al parecer fueron producidas y consumidas a lo largo de un amplio intervalo temporal.

Tipo C312

Aunque en sentido estricto podrían considerarse una variante de las cuentas tubulares de hueso que acabamos de analizar, nuestra decisión de incluir estos dos artefactos en un tipo individualizado responde a una serie de características que a nuestro modo de ver les confiere una singularidad que se ve, por otra parte, reforzada por la distribución geográfica que presentan y que a nuestro juicio los ligan de forma estrecha con el ámbito cultural argárico en contraposición a los grupos arqueológicos de su periferia septentrional.

Nos referimos a dos cuentas halladas en Cabezo Redondo –nº 183 y 308- que muestran un intenso trabajo de abrasión y pulimento de la superficie que les dota de una forma tendente a la esfera, aunque la perforación central está constituida realmente por el canal medular de la diáfisis que ha servido de materia prima para su producción, y de la que debido al alto grado de transformación que ofrecen las piezas, nos es imposible precisar la especie a la que pertenecían (Fig. V.2.94).

Si bien no hemos hallado cuentas semejantes en ninguno de los yacimientos situados en la periferia argárica analizados por nosotros, son muchas en cambio las que encontramos publicadas formando parte de los ajuares de las sepulturas excavadas por los hermanos Siret, tanto en El Argar –por ejemplo, en las tumbas

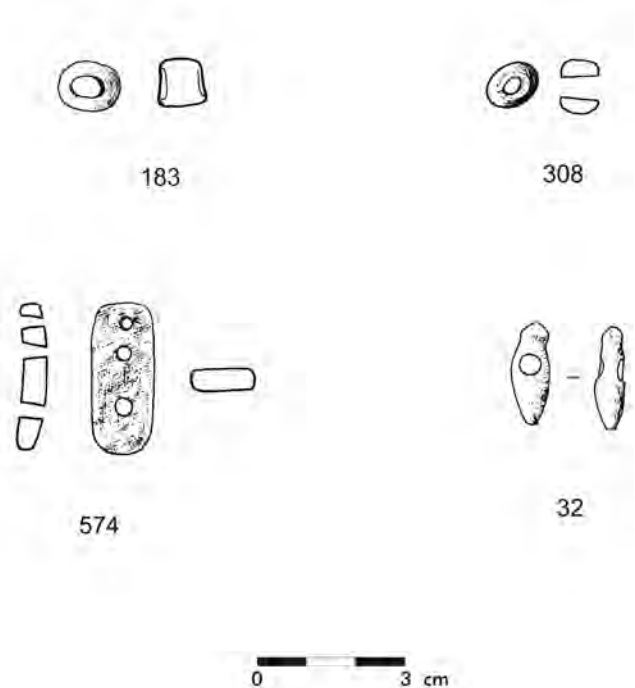


Figura V.2.94_Artefactos del tipo C312 de Cabezo Redondo (nº 183 y 308) y artefactos del tipo C411 del Cerro de El Cuchillo (nº 574) y del tipo C511 de Cabezo Redondo (nº 32).

123, 315, 514, 636, ... (SIRET y SIRET, 1890: lám. 50, 51, 53, 54, ...)- como en otros asentamientos argáricos almerienses, murcianos y también granadinos (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 223, fig.16.6). De acuerdo con su presencia preferente en sepulturas en urna, y habida cuenta de la cronología que ofrecen los ejemplares de Cabezo Redondo, parece posible proponer una vigencia para el tipo fundamentalmente centrada en las fases III y IV de nuestra propuesta de periodización.

Tipo C411

Entre las distintas hipótesis barajadas, relativas a la funcionalidad probable de la pieza nº 574 de nuestro catálogo, la que cobra para nosotros mayor verosimilitud es la de haber servido como separador de collar, si bien es cierto que las perforaciones que presenta dicha pieza pudieron haber servido para diversos usos, no obstante relacionados todos ellos, con toda probabilidad, con el ornato personal. Esta relación que le suponemos con los collares es lo que nos invita a incluirla aquí como un tipo individualizado de objeto relacionado con las cuentas y elementos de collar.

El objeto en cuestión es una pequeña placa de marfil, de forma alargada y extremos redondeados, que presenta dos perforaciones centradas y otra más, de menores dimensiones y un tanto excéntrica, que a juicio de V. Barciela (2006: 115) debió realizarse con posterioridad a las otras dos (Fig. V.2.94). Procedente del Cerro de El Cuchillo, a nuestro entender presenta una serie de características que la aproximan a piezas de contextos contemporáneos, como las halladas en La Bastida de Totana (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, 1947: fig. 13.3 y 5) o en el propio yacimiento de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: fig. XXIII. 14, 20), pero que también se han registrado en yacimientos de cronología muy posterior, como en la sepultura 10 de Peña Negra, en Crevillent (GONZÁLEZ PRATS, 1983), y en el Cerro de los Infantes, en Pinos Puente (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 225, fig. 18.7). Todo apunta, por tanto, a que placas de marfil perforadas de este modo presentan una amplia cronología que posiblemente alcanza a todo el intervalo cronológico aquí abarcado, a pesar de que se trata de piezas no demasiado abundantes.

Tipo C511

Finalmente, entre las cuentas analizadas por nosotros hallamos algunas formas peculiares que bajo nuestro punto de vista deben considerarse tipos independientes. La última de las incluidas en la muestra analizada por nosotros es un objeto procedente de las excavaciones realizadas por J. M. Soler en Cabezo Redondo (nº 32), que presenta un cuerpo aproximadamente fusiforme, con un extremo apuntado y el opuesto dotado de una pequeña prominencia en forma de pequeño botón, con una amplia perforación central.

El objeto en cuestión, elaborado a partir de una porción de asta de ciervo, debió pertenecer a un collar o pulsera, y encuentra su homólogo en otra pieza semejante hallada en las recientes excavaciones de Cabezo Redondo, ésta con un grado de elaboración mucho mayor, pero con una afinidad en el diseño que denota la existencia de un patrón morfológico definido. No se trata, en cualquier caso, de un tipo de cuenta especialmente abundante en el registro de nuestra zona de estudio, si bien se localiza un ejemplar en la fase IV de Gatas, en el Conjunto 10 del Sondeo 3 (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 2000), y por tanto en momentos aproximadamente contemporáneos a los de Cabezo Redondo (Fig. V.2.95). A tenor, por tanto, de los datos que acompañan a los ejemplares reconocidos, podría tratarse de un elemento de collar cuyo consumo se diera de forma preferente durante la Fase IV de nuestra propuesta de periodización.

2.2.2. Clase K. Colgantes

Hemos reconocido tres grupos básicos de tipos de artefactos interpretados como colgantes, divididos en atención al grado de transformación del soporte y a la morfología resultante de las piezas elaboradas. De ese modo, un primer grupo está compuesto por los tipos K11, todos ellos manufacturados a partir de colmillos de suidos, conservando prácticamente íntegra la anatomía original de los mismos; el segundo grupo –K21– es el de colgantes elaborados sobre soportes tipo placa o lámina, la mayoría de los cuales se ha realizado a partir de costillas de ovicaprinos o bóvidos, pero también los hay sobre placas de marfil; y por último el grupo K3, que aglutina los tipos producidos exclusivamente en marfil, entre los que hacemos una distinción expresa entre los tipos K31, en forma de ba-

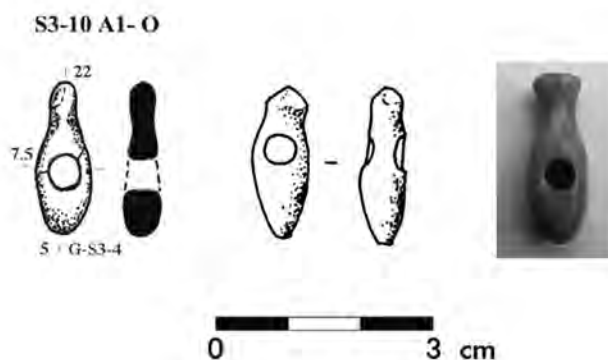


Figura V.2.95_De izquierda a derecha, artefactos del tipo C511 de Gatas (CASTRO *et al.*, 2000, Anexo I: 290) y de Cabezo Redondo (nº 32 y pieza fuera de catálogo, hallada en las últimas campañas de excavación).

rras cilíndricas o de secciones poligonales, y K32, en forma de aro.

Tipo K111

Constituyen el tipo más numeroso de nuestro catálogo, con algo menos de una veintena de ejemplares, y se caracterizan, como ya hemos anotado, por su elaboración a partir de colmillos de suido, de algunos de los cuales se puede afirmar sin temor a equivocarse que pertenecieron a jabalíes. Sin embargo, en atención al tipo de diente empleado y a otras consideraciones sobre las que tendremos oportunidad de extendernos más adelante, hemos estimado imprescindible diferenciar dos variantes, según se trate de colmillos inferiores de ejemplares subadultos o de hembras de jabalíes y cerdos –tipo K111a- o de machos –tipo K111b- si bien el tipo de soporte no es la única característica que las diferencia. De hecho, aunque es muy probable que todos los artefactos del tipo K111a hayan sido utilizados como colgantes, creemos que sólo un pequeño porcentaje de los del tipo K111b debieron emplearse como tales.

Tipo K111a

Se trata de artefactos elaborados a partir de colmillos inferiores de suidos de edad subadulto o de hembras, y el proceso de manufactura se limita a la realización de un orificio en la zona correspondiente a la raíz dentaria, muy cerca del extremo proximal de la misma. Puesto que ésta constituye la parte más fácil

de perforar –dado que es el punto en que se encuentra la cavidad pulpar- su producción exigió una inversión de trabajo no demasiado importante.

En nuestro catálogo se incluyen seis ejemplares del tipo (Fig. V.2.96), procedentes de seis yacimientos diferentes: Tabayá (n° 1320), Laderas del Castillo o San Antón (n° 946), Illeta dels Banyets (n° 866), Cova Foradada (n° 680), Ereta del Pedregal (n° 795) y El Castellón (n° 703), lo que permite afirmar su amplia distribución geográfica y cronológica, que puede explicarse por la sencillez de su elaboración y la amplia disponibilidad del soporte empleado.

Tipo K111b

Como ya hemos adelantado, este tipo de artefactos pudo ocasionalmente haberse utilizado como colgante, motivo por el que hemos optado por no excluirlo de la clase K, a pesar de que en nuestra opinión en la mayoría de las ocasiones este tipo de objetos constituyó un elemento complementario de artefactos más complejos, a los que podríamos denominar más apropiadamente “collarines” o “brazaletes”. Es probable que en este sentido debamos reconsiderar pronto su inclusión en una u otra clase de artefactos.

Con más de una docena de ejemplares, en nuestro catálogo resultan aún más numerosos que los objetos del tipo K111a, y presentan una distribución a escala regional tan amplia como la de aquéllos (Fig. V.2.97). En los mejor conservados, puede apreciarse cómo invariablemente presentan una o dos perforaciones en la zona correspondiente a la raíz del colmillo, mientras

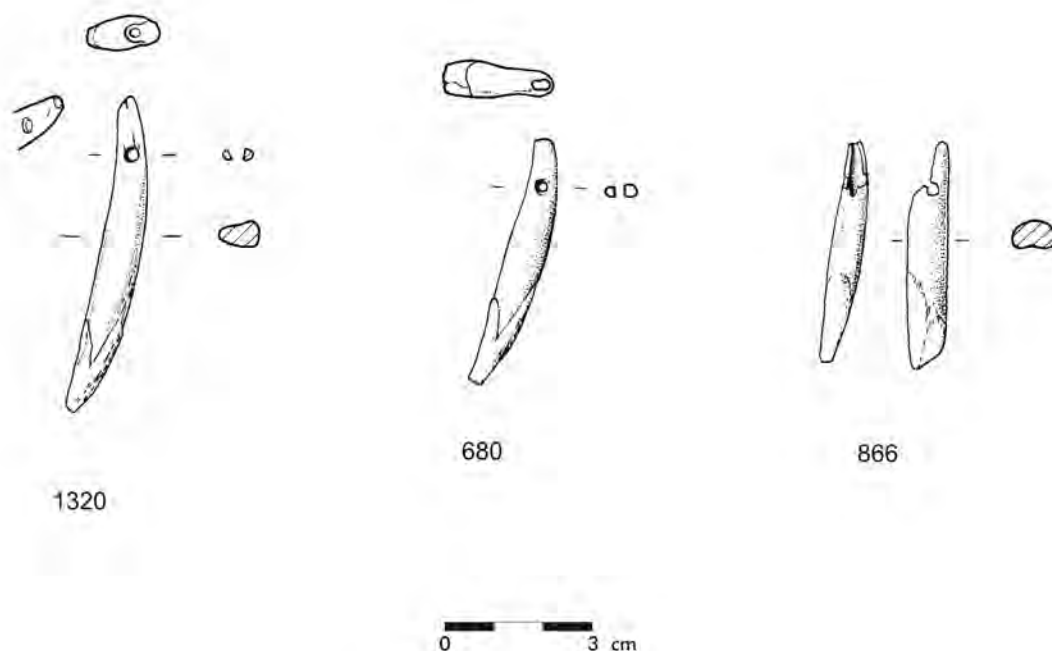


Figura V.2.96_Colgantes del tipo K111a de Tabayá (n° 1320), Cova Foradada (n° 680) e Illeta dels Banyets (n° 866).

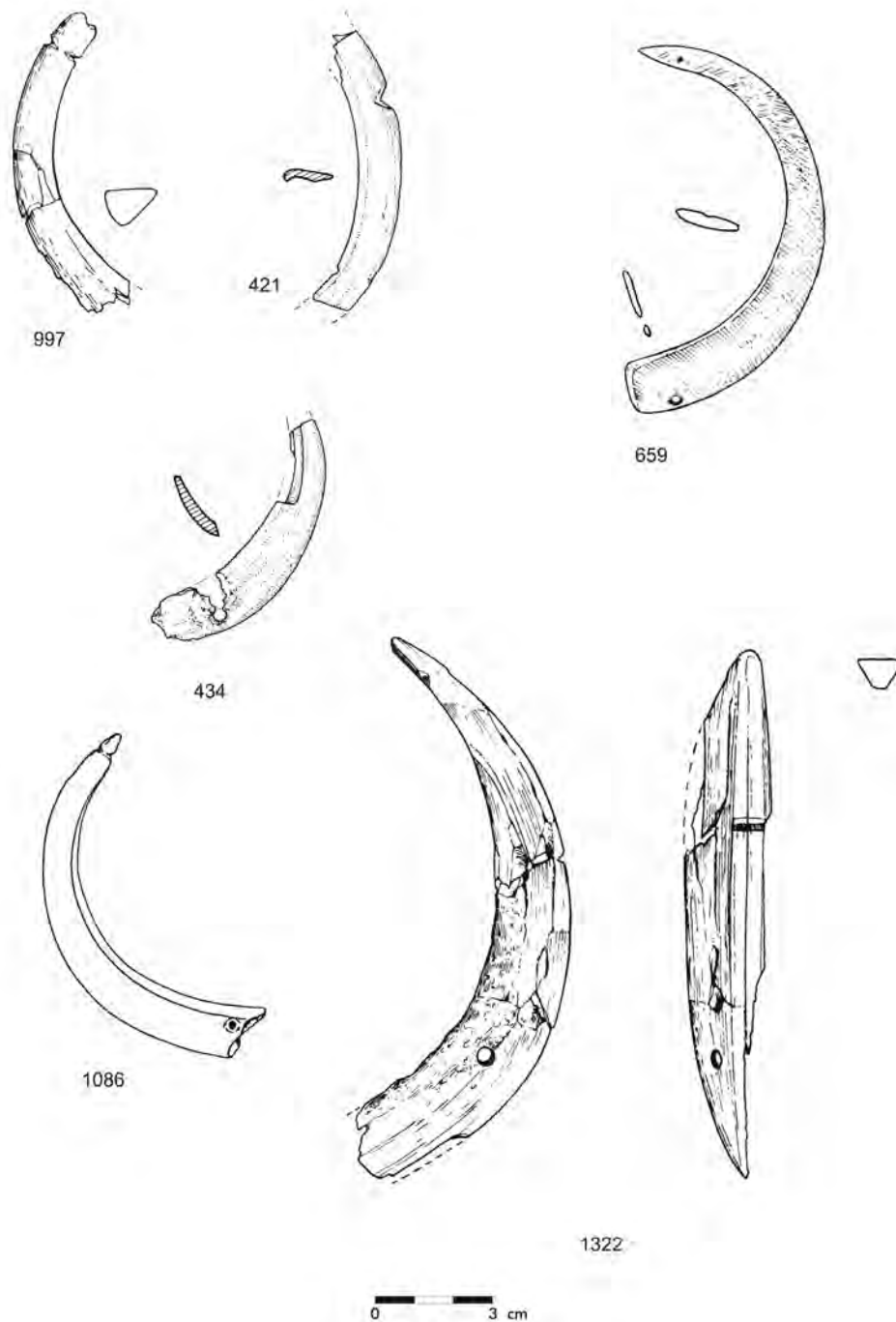


Figura V.2.97_Artefactos del tipo K111b de la Loma de Betxí (nº 997), del Cerro de El Cuchillo (nº 421 y 434), Cova del Montgó (nº 659), Mola d'Agres (nº 1086) y Tabayá (nº 1322).

que en el extremo opuesto, sobre el ápice dental, se les ha realizado una entalladura más o menos profunda.

Consideramos que la mayoría de los ejemplares debieron constituir partes de collares, aderezos para vestidos o brazaletes, tal y como han propuesto otros autores a partir de la información contextual recabada en algunos yacimientos funerarios y su comparación con el registro etnográfico (ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ, 2007: 138), y posiblemente sea de este modo como cabe

imaginar ejemplares como los del Tabayá (nº 1322) o de la Mola d'Agres (1086) (Fig. V.2.99). La presencia de dos piezas en el enterramiento de El Lord, una a cada lado del cráneo, mencionado por J. M. Rodanés (1989: 152) y reportada por A. M. Muñoz (1965: 224), podría responder tanto a su uso como pendientes como a su empleo de forma análoga a la que proponemos.

En contra de esta hipótesis, no obstante, habría que mencionar los ejemplares aislados aparecidos en se-

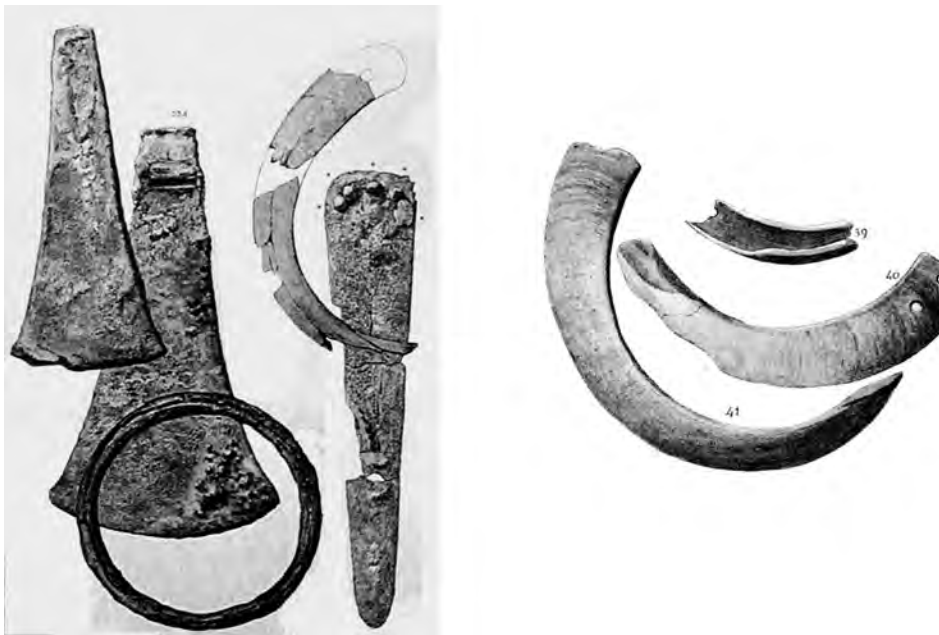


Figura V.2.98_Ajuar de la tumba 554 de El Argar (según E. y L. Siret, 1890: lám. 30) y piezas procedentes de los niveles de habitación de El Argar (según E. y L. Siret, 1890: lám.25).

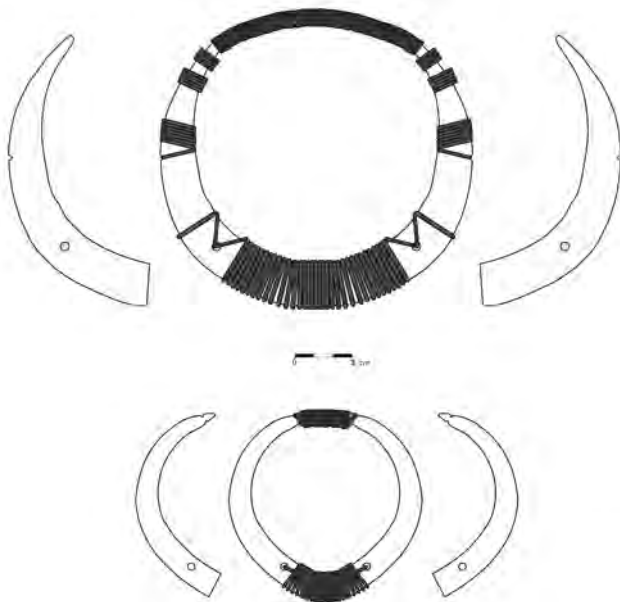


Figura V.2.99_Propuesta de reconstrucción de artefactos compuestos por piezas del tipo K111b . La de más arriba es un collarín elaborado a partir de la pieza nº 1322, del Tabayá. La de más abajo es la propuesta de reconstrucción de un brazalete a partir de la pieza nº 1086, de la Mola d'Agres.

pulturas argáricas, como las tumbas 554 y 580 de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 30), que a pesar de constituir hallazgos cerrados, sólo contenían una pieza (Fig. V.2.98). En otras tumbas del yacimiento, como la tumba 166, también se registra un único colmillo perforado, y también una sola pieza es la que acompaña al ajuar de la sepultura en urna 810, que muestra además la particularidad de presentar una serie continua de orificios de los que se suspendían pequeños aretes de metal y que muestra analogías evidentes con el par de colmillos aparecidos en la tumba 813, también en urna, en la que se registró además un puñal y un hacha de metal (SCHUBART y ULREICH, 1991: lám. 14 y 54). También en el enterramiento de San Juan Ante Portam Latinam encontramos objetos de este tipo pero empleados al parecer como auténticos colgantes, depositados sobre el pecho de algunos individuos masculinos (ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ, 2007: 139, fig. 40). A ello se puede añadir, por último, el hecho de que muchas de estas piezas se registren aisladas de forma recurrente, circunstancia que se da en todas las incluidas en nuestro catálogo.

Su presencia en yacimientos de nuestro ámbito de estudio está ampliamente constatada. Ya hemos mencionado su hallazgo entre los ajuares funerarios de El Argar, apareciendo también registrados en niveles de habitación (SIRET y SIRET, 1890: lám. 25. 39-40), y están presentes así mismo en La Bastida (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA et al., 1947: Fig.13.24), en los niveles argáricos del Cerro de la Encina (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 171 Fig.16.2,4) y del Cerro de la Virgen (SCHÜLE, 1980: Lám.103.V.593) y también en el Cerro

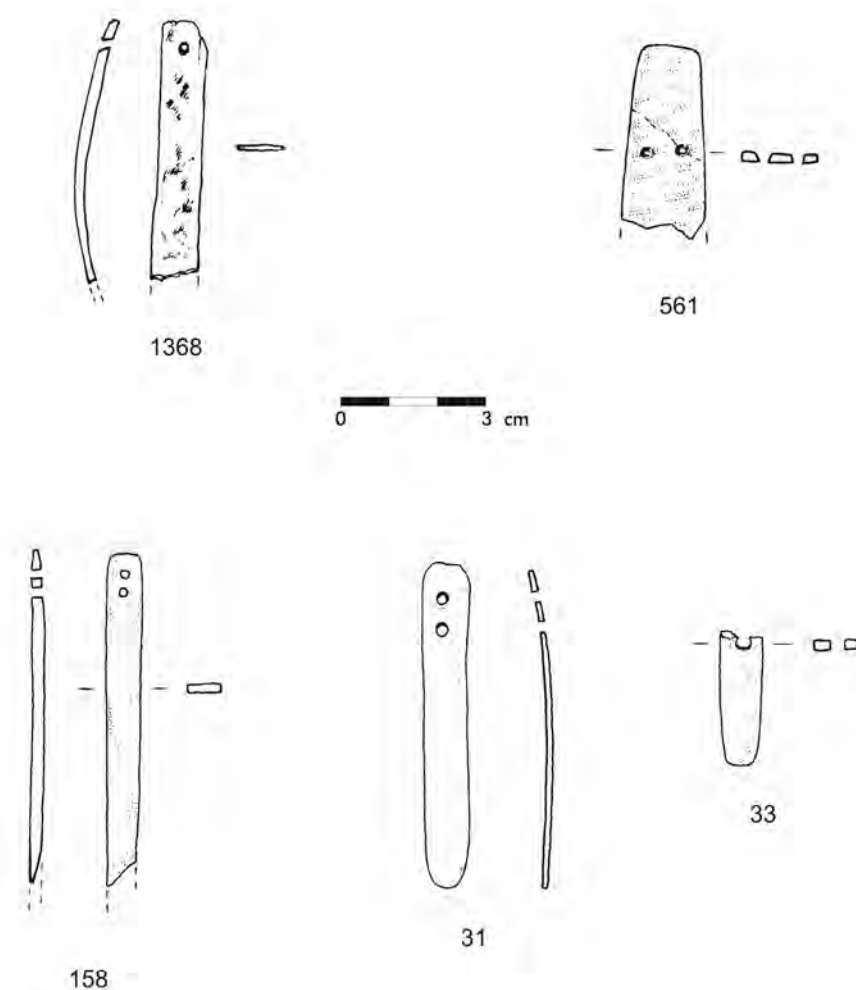


Figura V.2.100_Artefactos del tipo K211 procedentes de Terlinques (n° 1368), del Cerro de El Cuchillo (n° 561) y Cabezo Redondo (n° 158, 31 y 33).

de La Encantada y Cerro del Cuco (FONSECA FERRANDIS, 1988: 53. Lám. 1 y 2) y en Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994: 248. Fig. 14.15. 1178), por citar sólo algunos ejemplos.

A juicio de los hermanos Siret, en el yacimiento de El Argar este tipo de piezas debía posiblemente asociarse a los individuos enterrados de sexo masculino (SIRET y SIRET, 1890: lám. 30. 580). Parece que este extremo puede afirmarse para algún caso, como el antes mencionado de las tumbas 554, 580 y 813, en las que está constatada la presencia del hacha entre los elementos de ajuar, pero por el momento es algo muy difícil de corroborar, dada la escasa información contextual que, como ya anunciábamos más arriba, acompaña a este tipo de objetos.

Tipo K211

Un tipo de objeto peculiar, que incluimos en nuestra clase dentro del grupo K2, son los colgantes sobre porciones longitudinales de costillas, mayoritariamente de ovicaprinos o de rumiantes de tamaño medio,

generalmente con una o a lo sumo dos perforaciones en uno de los extremos (Fig. V.2.100). La posición excéntrica de las perforaciones permite suponer que este tipo de artefactos se ajustaba por uno de sus extremos a un elemento que pudo ser un collar, pero que también pudo ser simplemente una prenda o vestido, e ir ajustada de modo similar a como suponemos irían cosidos otros artefactos como los del tipo K311.

En todos los casos se ha recortado una porción longitudinal de una costilla, de longitud variable, a la que se han regularizado los bordes por medio de una abrasión ligera. En la parte posterior se aprecian señales del tejido esponjoso interno, no apareciendo nunca las dos paredes de la costilla. Sin embargo, es posible que alguno de los ejemplares se haya elaborado también sobre una porción longitudinal o varilla de asta de ciervo (como por ejemplo, la n° 1368), por lo demás similares morfológicamente a los elaborados sobre costillas.

La existencia de una o dos perforaciones ha justificado la distinción de dos variantes -K211a y b- cuyo grado de representatividad consideramos por el mo-

mento relativo. Más aún el caso de la pieza nº 561, localizada en el Cerro de El Cuchillo, que se ha incluido en el tipo como una variante –K211c– por la disposición de los orificios, sin que, por el momento, hayamos identificado otros objetos semejantes. De hecho, tampoco excluimos la posibilidad de que se trate realmente de la porción proximal de algún otro tipo de artefacto, incluso de carácter instrumental.

No hemos podido reconocer más ejemplares en nuestro ámbito de estudio que los incluidos por nosotros en nuestro catálogo. En función de la información contextual que los acompaña, por ahora sólo cabe proponer para ellos una cronología en las fases III y IV, pues la mayoría de los ejemplares proceden de deposiciones secundarias de Cabezo Redondo y de los niveles superiores de Terlinques. Al menos en lo que respecta a las variantes K211a y b, pues por las circunstancias antes mencionadas no es posible considerar una cronología definida para la pieza del Cerro de El Cuchillo. En cualquier caso, ésta debe situarse también en momentos posteriores a *ca.* 1800 cal BC.

Tipo K212

Tal vez relacionadas con las anteriores hallamos un tipo de pieza elaborada sobre pared diafisaria de costilla de rumiante –muy probablemente bóvido– que presenta la particularidad de ofrecer una forma aproximadamente cuadrangular, con los cantos redondeados, en lugar de la morfología alargada característica del tipo precedente. Al menos tal es lo que cabe suponer de la parte conservada del ejemplar nº 76, el cual presenta precisamente una fractura en el lugar que ocupa la única perforación reconocida en la pieza (Fig. V.2.101).

Los dos únicos ejemplares catalogados por nosotros proceden de las excavaciones de Cabezo Redondo. A escala macroscópica no se aprecian en ellos señales relacionadas con su empleo en actividades de

frotamiento de superficies u otros trabajos que pudieran ponerlas expresamente en relación con los alisadores sobre costillas –tipo H212– razón por la que provisionalmente hemos optado por incluirlas como un tipo específico de colgante. En este sentido, sin embargo, admitimos tener muchas más reservas con respecto a la pieza nº 245, hallada así mismo en Cabezo Redondo pero que es muy posible que sí deba reconocerse como un artefacto del tipo H212, en donde constituiría una variante en virtud de la presencia de una perforación, de realización poco cuidada, en uno de los extremos. Sólo el estado fragmentario de este objeto nos impide por el momento clasificarlo en otro lugar, ya que consideramos probable que el orificio practicado en esta pieza estuviera en relación con la sujeción a un mango, en lugar de estar destinada a suspenderla o ajustarla a modo de colgante.

Tipo K311

Dentro ya del grupo K3 tendríamos todas aquellas piezas manufacturadas en porciones de marfil, entre las que encontraríamos colgantes sobre barras de sección circular o poligonal –K311– los colgantes de aro –K321– y las placas multiperforadas –K331. Naturalmente, la morfología de cada uno de los tipos deviene estrechamente de las diferentes partes de la materia prima empleadas para su manufactura. Así, los colgantes se elaboran preferentemente sobre porciones longitudinales extraídas de la parte basal del colmillo, mientras que de los ejemplares documentados por nosotros se deduce que tanto los aros de marfil con perforación como las placas se extrajeron de porciones cercanas al ápice del colmillo.

Con respecto al tipo K311, a pesar de haber sido hallados en gran número por los Siret en el yacimiento de El Argar, y haber sido publicados con detalle en su obra (SIRET y SIRET, 1890: lám 25) (Fig. V.2.103),

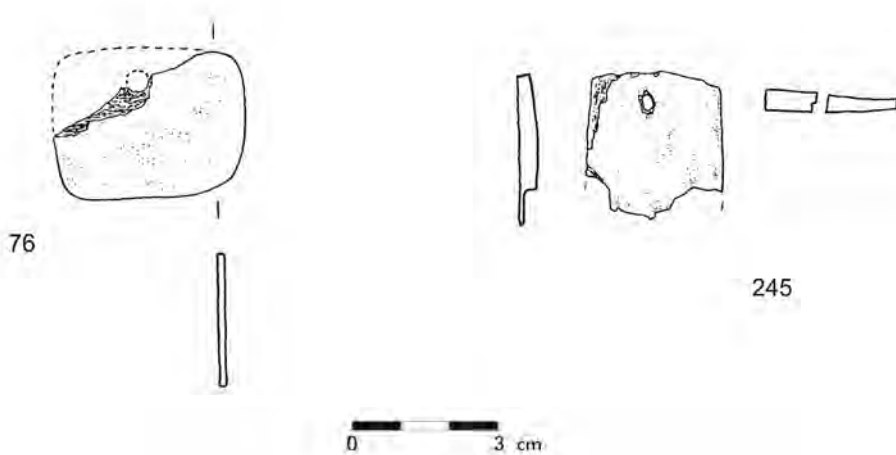


Figura V.2.101_Artefactos del tipo K212 procedentes de Cabezo Redondo.

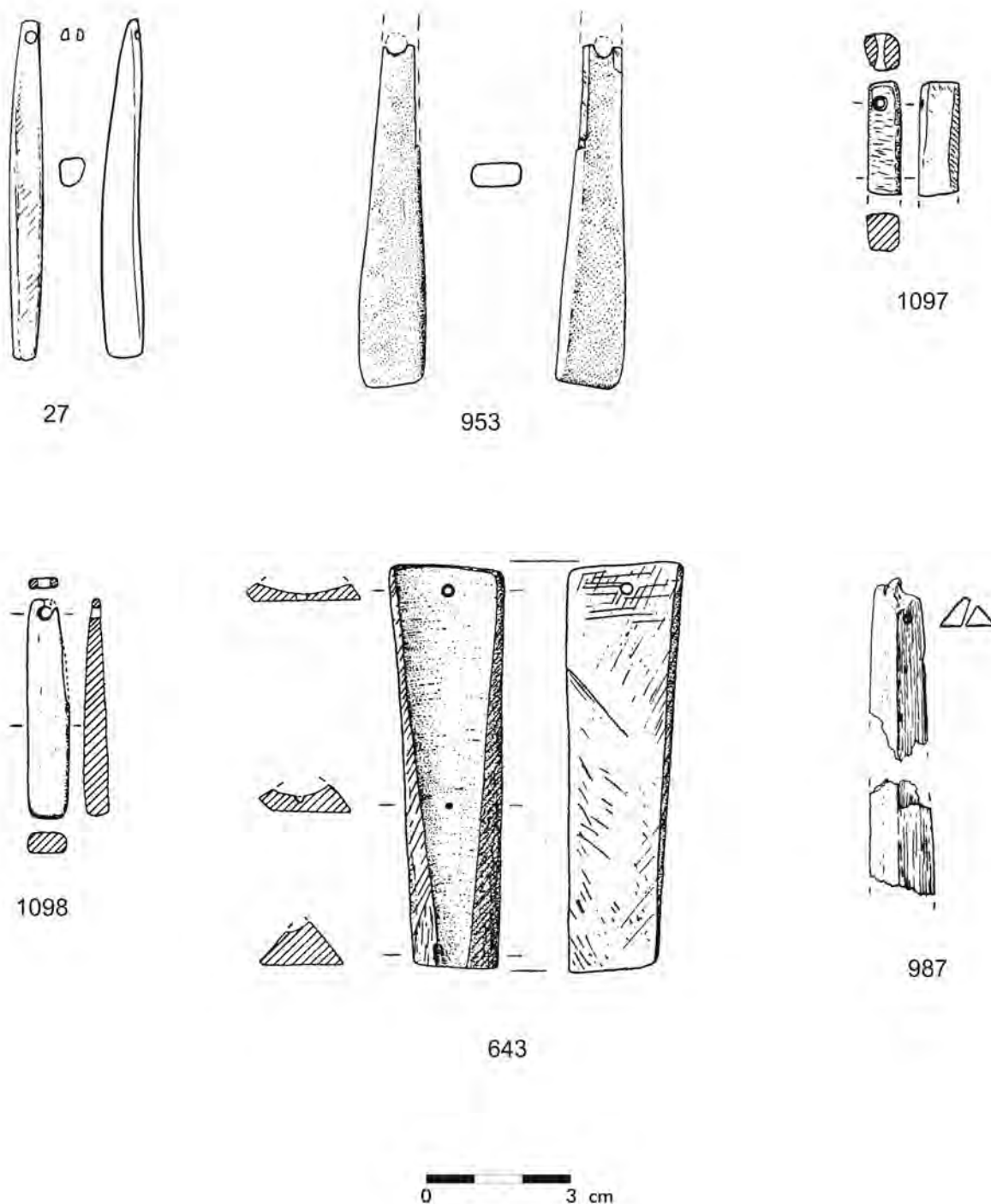


Figura V.2.102_Artefactos del tipo K311 procedentes de Cabeço del Navarro (n° 27), Lloma de Betxí (n° 953 y 987), Mola d'Agres (n° 1097 y 1098) y Cova Bolumini (n° 643).

este tipo de objetos no puede considerarse demasiado frecuente ni en el conjunto del ámbito argárico ni tampoco en las áreas periféricas septentrionales.

Se caracteriza por presentar formas alargadas, y siempre con al menos una perforación en el extremo proximal, que en la gran mayoría de los casos se encuentra siempre situado en la parte más estrecha de la pieza. Las formas de las secciones transversales son variadas, aunque en general pueden reducirse a dos tipos básicos, según se trate de formas con tendencias circun-

lares, ovales o cuadrangulares o bien formas poligonales, principalmente triangulares o tendentes al triángulo. Hemos utilizado este rasgo como criterio diferenciador de dos variantes: K311a y K311b, si bien hemos de admitir que la última podría agrupar realmente objetos inacabados de otro tipo, o representar soluciones improvisadas para piezas mal acabadas, destinadas originalmente a constituir otra clase de artefactos.

Llama la atención la aparente concentración que, de acuerdo con lo hasta ahora registrado por nosotros,

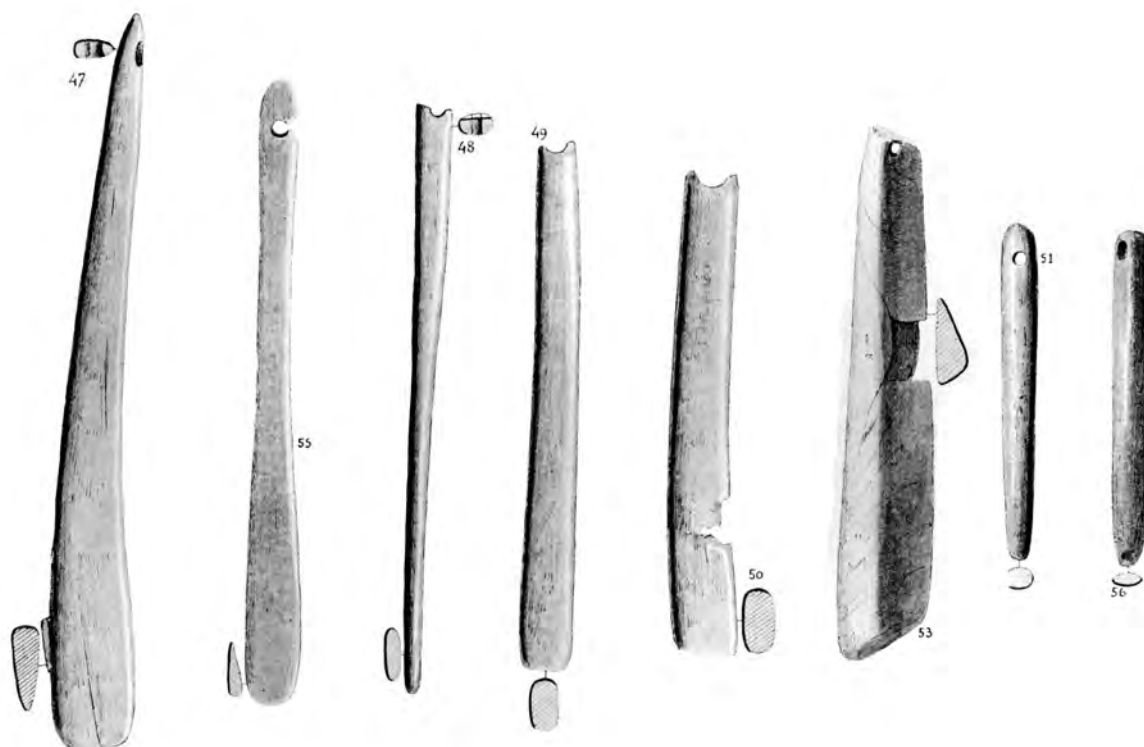


Figura V.2.103_Artefactos del tipo K311 hallados en el yacimiento de El Argar por los hermanos E. y L. Siret (1890: lám. 25).

presenta este tipo de objetos en la zona del Prebético Meridional valenciano y en el Llano litoral del Levante peninsular, no habiéndose constatado hasta el momento ejemplares claros del tipo ni en La Mancha Oriental ni en otros ámbitos periféricos del Grupo Argárico. Como puede fácilmente observarse en función de las piezas catalogadas, éstas presentan longitudes variables y también, como ya se ha comentado, diferencias en cuanto a la morfología del fuste (Fig. V.2.102). Como rasgos distintivos, en cambio, está el de ofrecer una sola perforación en uno de los extremos que tiende a coincidir con la de menor espesor. Además, en la totalidad de los que hemos podido analizar directamente se aprecia que para su elaboración se utilizó una porción longitudinal del colmillo. Este rasgo también queda explícito en los ejemplos del tipo K311b, si bien el primero de ellos –nº 643– presenta la particularidad de ofrecer una segunda perforación, no concluida, en la parte mesial.

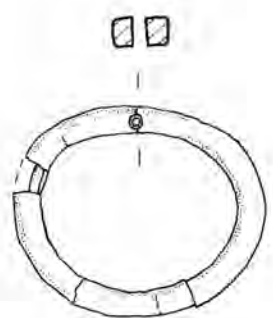
Con respecto a la cronología que cabe inferir de los contextos en los que se han registrado los artefactos de este tipo debemos asumir que sólo una parte de los hallados en el área centro-meridional del Levante peninsular cuenta hoy con referencias válidas, mientras que carecemos completamente de datos relacionados con las piezas del yacimiento de El Argar, ya mencionadas. La pieza nº 953, hallada en los niveles fundacionales de la Lloma de Betxí junto con un amplio conjunto de objetos de marfil almacenados en una vasija de la Ha-

bitación I, proporciona por el momento la referencia cronológica más firme, que la sitúa *ca.* 2000- 1900 cal BC, en nuestra Fase I. Esta misma cronología es la que cabe asumir para la pieza nº 987. Es posible que, en función de los escasos datos hasta ahora publicados (GRAU ALMERO *et al.*, 2004: 242), pudieran adscribirse a un momento algo posterior los ejemplares de la Mola d'Agres. En cambio, carente de contexto, resulta imposible precisar la posición cronológica de la pieza nº 27, procedente del Cabeço del Navarro. Con respecto a la pieza de Cova Bolumini, los excavadores plantearon en su momento la posibilidad de que estuviera relacionada con alguno de los enterramientos localizados en niveles de inicios de la Edad del Bronce (GUILLEM CALATAYUD *et al.*, 1992).

De acuerdo con los datos disponibles ahora, parece que los artefactos del tipo K311 se produjeron y fueron usados preferentemente durante las fases I y II, lo que haría sugerente plantear la hipótesis de una posible sustitución del consumo de este tipo de objetos por el de los artefactos del tipo K211, pues por el momento sus cronologías aparentemente se suceden, en el mismo ámbito geográfico, solapándose en el primer tercio del II milenio cal BC.

Tipo K321

A diferencia de los objetos del tipo K311, los artefactos del tipo K321 y K331 se elaboran a partir de



1233

0 3 cm

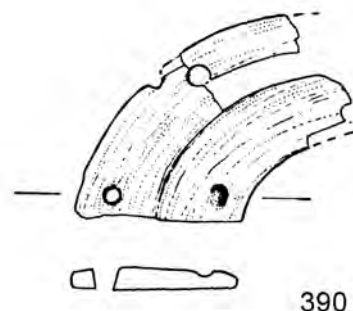
Figura V.2.104_Artefacto del tipo K321 de San Antón, perteneciente a la Colección Brotóns.

porciones de marfil aserradas transversalmente. En el primero, del que sólo contamos por ahora con un ejemplar procedente de San Antón (Fig. V.2.104), la presencia de esmalte y la tendencia ligeramente oval que muestra su contorno nos indica que la porción empleada para su fabricación se hallaba ya bastante próxima al ápice del colmillo. Las reducidas dimensiones de la materia prima utilizada la hacían probablemente apta para la obtención de aros empleados como aderezos de pendientes, y no de brazaletes macizos.

Como ya hemos visto, la realización de brazaletes de marfil mediante porciones unidas por medio de perforaciones está bien constatada, mucho más que el tipo de objeto que ahora nos ocupa. Desafortunadamente, el único ejemplar que conocemos procede de excavaciones realizadas en el yacimiento de San Antón a finales del siglo XIX, por lo que desconocemos completamente su contexto. Tampoco es posible precisar el tipo de material que pudiera haberse introducido por la única perforación practicada, destinada a portarlo suspendido así de alguna parte del cuerpo, de un vestido o de un collar u otra clase de adorno.

Tipo K331

También contamos por el momento con un único ejemplo de colgante multiperforado sobre placa de marfil, localizado en el Cerro de El Cuchillo (Fig. V.2.105). Se trata de una pieza muy fragmentada, pero que permite apreciar claramente la presencia de tres perforaciones completas y una cuarta no concluida. A pesar de que no conocemos por ahora otros ejemplos



390

0 3 cm

Figura V.2.105_Artefacto del tipo K331 del Cerro de El Cuchillo.

más completos de piezas semejantes, consideramos acertada la sintonía que se ha apuntado en relación con otros objetos multiperforados de El Argar (BARCIELA GONZÁLEZ, 2006: 115), que ya hemos mencionado aquí a colación de los artefactos del tipo K111. Con respecto a la cronología atribuible, según los datos estratigráficos que ofrece el ejemplar catalogado ésta se debe situar en nuestra Fase III.

2.2.3. Clase B. Brazaletes

Los brazaletes constituyen una clase de adorno que en cuanto a su consumo ofrece un largo recorrido en la prehistoria reciente peninsular. Para el ámbito geográfico y cronológico que nos atañe en este estudio es necesario resaltar, además, que su producción no se limitó a las materias duras de origen animal –en especial el marfil– sino que se llevó a cabo también en oro, plata, cobre y bronce.

Con respecto a los brazaletes de marfil, que son los que aquí nos ocupan, hemos considerado un único grupo entre el conjunto de objetos analizado, constituido por dos tipos –B111 y B112– diferenciados básicamente por la presencia o no de perforaciones en los extremos que evidencian la existencia de una técnica de sujeción netamente distinta entre ellos. Tanto uno como otro tipo de brazaletes se caracteriza por presentar secciones transversales macizas rectangulares o de tendencia rectangular o cuadrada con bordes redondeados. La única excepción es una singular pieza de insegura procedencia cuya sección de forma triangular con el vértice orientado hacia el exterior la separa un tanto del resto, por lo que se ha integrado en una variante del tipo B111. La distinta orientación que muestran las perforaciones del subtipo B112 nos hace distinguir también dos variantes diferentes en el mismo.

Tipo B111

Se trata de brazaletes en forma de aro íntegro de sección maciza, todos elaborados en marfil, de los que hemos inventariado 18 ejemplares, la gran mayoría de ellos representados sólo por fragmentos (Fig. V.2.107). En función de la forma de la sección, hemos distinguido dos variantes –B111a y B111b–, siendo abrumadoramente superior en número la representación en el inventario de la primera respecto de la segunda de estas variantes. El único ejemplar de la variante B111b considerado es, además, la única de las piezas de este grupo catalogadas que ha podido reconstruirse completamente, hallándose en la actualidad expuesta en las vitrinas del MARQ de Alicante.

Tipo B111a

Constituye el tipo de brazaletes más numeroso de entre los analizados por nosotros, habiéndose docu-

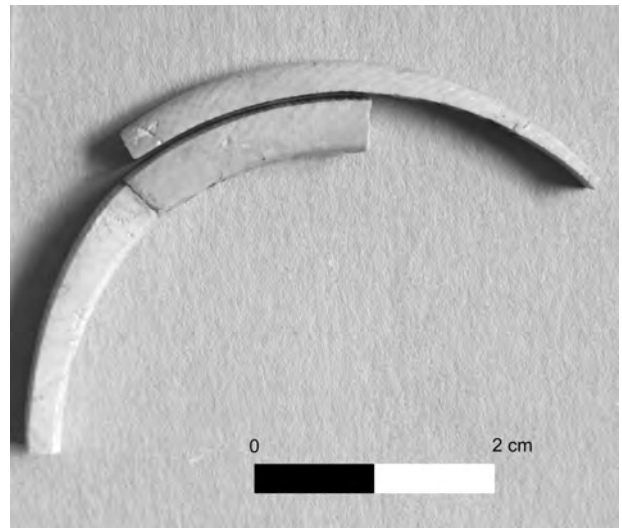


Figura V.2.106_Brazaletes del tipo B111a de San Antón (nº 1232), perteneciente a la Colección Brotóns.

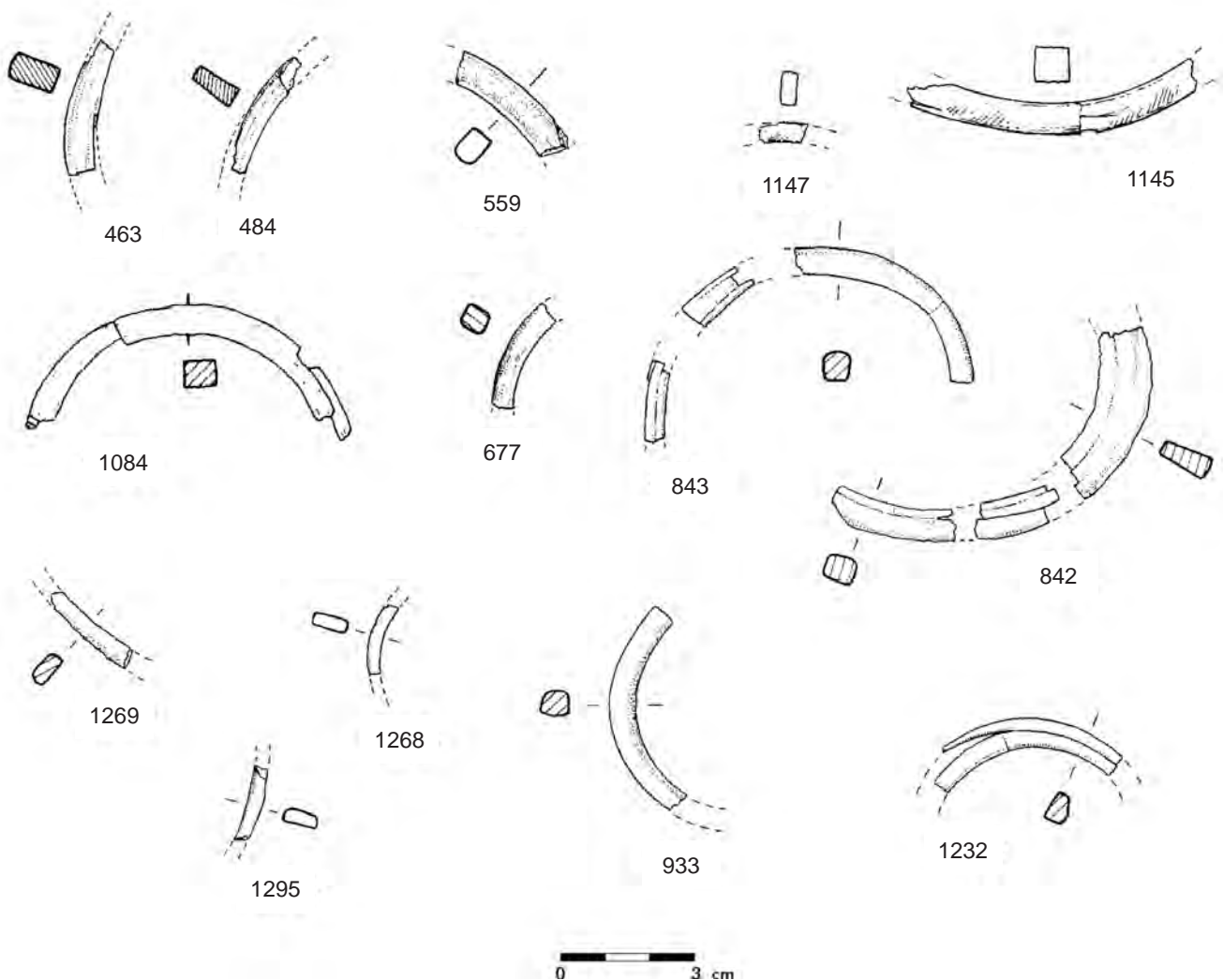


Figura V.2.107_Brazaletes del tipo B111a del Cerro de El Cuchillo (nº 463, 484 y 559), Muntanya Assolada (nº 1145 y 1147), Mola d'Agres (nº 1084), Cova dels Pilars (nº 677), Illeta dels Banyets (nº 842 y 843), Tabayá (nº 1268, 1269 y 1295), San Antón (nº 1232) y Laderas del Castillo o San Antón (nº 933).

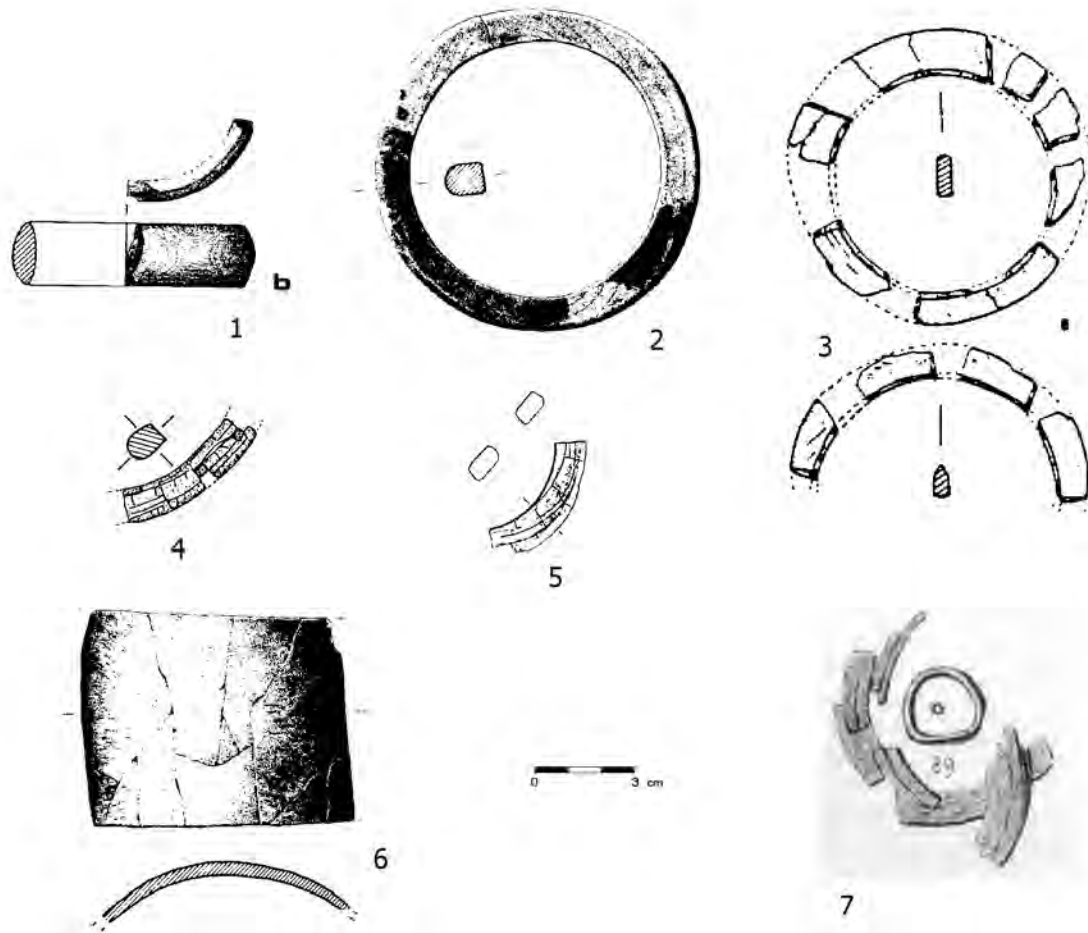


Figura V.2.108_Brazaletes de marfil de la Edad del Bronce peninsular. 1. Motilla de Azuer (MOLINA, NÁJERA Y AGUAYO, 1979. Fig. 2 b); 2. Morra del Quintanar (FERNÁNDEZ-MIRANDA *et al.*, 1994: 260). 3. Ciavieja (CARRILERO, SUÁREZ Y ORTIZ, 1987: 307). 4. Cerro del Cuco (FONSECA FERRÁNDIZ, 1988. Lám. I). 5. Cerro de la Encina (SALVATIERRA CUENCA, 1982 Fig.16.8). 6. Acequión (FERNÁNDEZ-MIRANDA *et al.*, 1994 Fig.8.d). 7. El Argar. Tumba 89 (SIRET Y SIRET, 1890, Lám. 50).

mentado en muchos enclaves peninsulares tanto en contextos de hábitat como formando parte de ajuares funerarios. En prácticamente la totalidad de los ejemplares estudiados el intenso pulimentado de la superficie de la pieza, realizado como parte del acabado final de la misma, ha eliminado casi todas las señales de elaboración aunque es fácil advertir –en los casos en que la fragmentación o el estado de conservación no lo hace imposible– que se han utilizado casi exclusivamente rodajas transversales de colmillo de *Elephas* para su fabricación. En algunos casos, como ocurre en varios de los brazaletes hallados en Caramoro I, la presencia de las capas más exteriores del colmillo, cuando no del esmalte mismo, nos alerta de que fueron elaborados a partir de porciones ya muy cercanas al ápice del colmillo.

Exceptuando las procedentes de San Antón y Laderas del Castillo, de las que no conocemos referencias contextuales, todas las piezas catalogadas por nosotros proceden de contextos de hábitat, lo que explica hasta cierto punto la fragmentación de la mayoría de ellas.

Este aspecto es particularmente notable en el caso de los ejemplares de Tabayá, en donde a la fragmentación transversal se une una acusada exfoliación longitudinal que hace más pronunciada la forma rectangular de las secciones obtenidas.

Dentro de una cierta variabilidad de formas, entre las secciones de las piezas domina claramente la tendencia más o menos rectangular, desde las de ángulos casi aristados como el ejemplar de la Mola d'Agres –nº 1084– hasta formas próximas a lo subcircular, como alguno de los de la Illeta dels Banyets –nº 843. En cualquier caso, no parece que pueda establecerse por ahora una significación relevante de estas variaciones ni en lo cronológico –aunque las referencias estratigráficas para la mayoría de las piezas son muy escasas– ni en lo regional, ya que la distribución del tipo se extiende desde el área de La Safor –Muntanya Assolada– hasta Albacete, Murcia y demás regiones argáricas. Entre las piezas publicadas halladas en yacimientos peninsulares, no obstante, se aprecia con claridad la existencia de otras variantes del tipo –como el brazalete de sec-

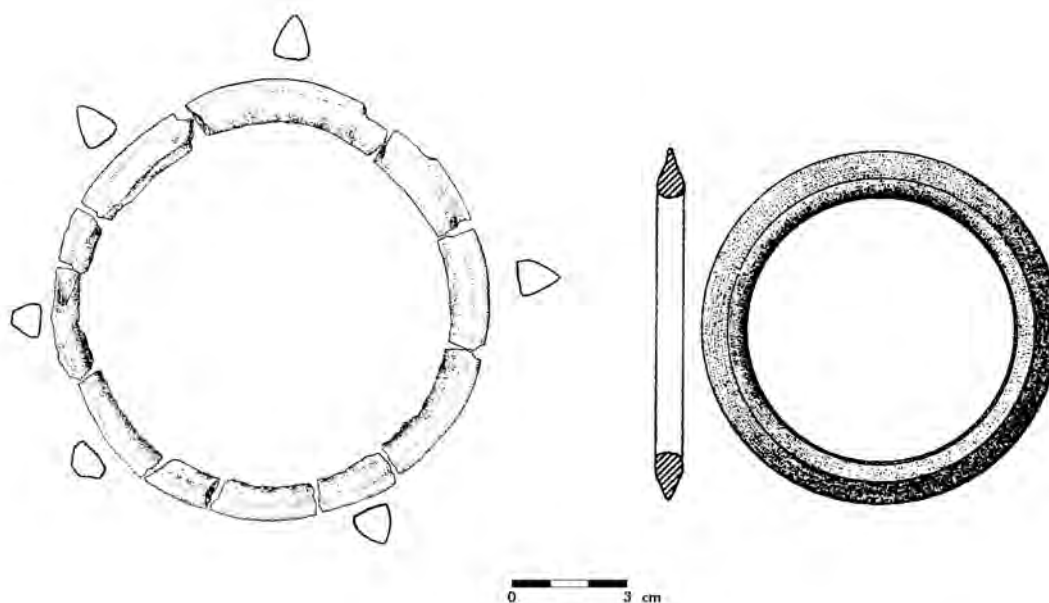


Figura V.2.109_Brazaletes tipo B111b. 1. San Antón o Laderas del Castillo -nº 948. 2. Fuente Álamo-oro- (según V. Pingel, 1992, fig. 6,d).



Figura V.2.110_Brazaletes del tipo B111b de procedencia desconocida, perteneciente a la Colección Furgús del MARQ de Alicante, y que con toda probabilidad fue hallado en alguna de las tumbas argáricas de San Antón o de Laderas del Castillo.

ción oval de la Motilla de Azuer (ALTAMIRANO GARCÍA, 2009: 48)– e incluso de otros tipos –como el gran brazaletes del Acequión, de forma prácticamente cilíndrica y que según mencionan M. Fernández- Miranda *et al.* (1994: 266) se acompañaba de otros brazaletes similares pero con decoraciones de las cuales, no obstante, no se dan detalles (Fig. V.2.108).

En cualquier caso, en nuestra zona de estudio parece que la cronología del tipo puede situarse aproximadamente durante las fases I, II y III, faltando por el momento en contextos claramente atribuibles a la Fase IV, siendo especialmente reseñable su total ausencia en los contextos registrados hasta la fecha en yacimientos como Cabezo Redondo.

Tipo B111b

El único ejemplar de entre los que hemos estudiado que se aparta claramente del resto en cuanto a la morfología de la sección procede de las excavaciones de J. Furgús en los yacimientos argáricos de la Vega Baja del Segura. No es posible precisar si la pieza procede de San Antón o de las Laderas del Castillo de Callosa. Sin embargo, por encontrarse formando parte de un conjunto de otras piezas de la Colección Furgús –en especial unos botones cónicos de marfil– cuya atribución al yacimiento oriolano nos parece bastante probable, creemos que es posible que se trate de uno de los brazaletes que el jesuita menciona como parte del ajuar de las tumbas de San Antón (FURGÚS, 1937: 40).

Salta a primera vista la semejanza formal de esta pieza con un excepcional brazaletes de oro macizo hallado en Fuente Álamo, el cual formaba parte del ajuar funerario de una tumba –la 75– del tipo covacha en la que se hallaban inhumados un hombre y una mujer

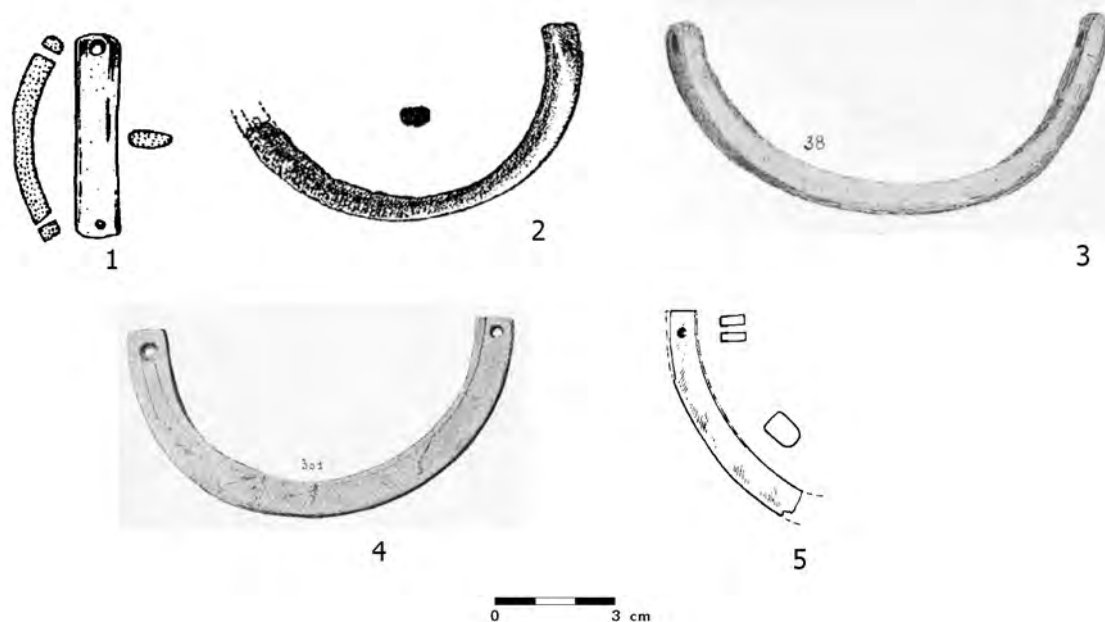


Figura V.2.111_Brazaletes tipo B112a: 1. Caramoro –n°357 (González Prats y Ruiz Segura, 1995). 2. La Bastida (Martínez Santa-Olalla et al., 1947 Fig. 13.23). 3. El Argar (Siret y Siret, 1890. Lám.25). Brazaletes tipo B112b: 4. Tumba 301 de El Argar (Siret y Siret, 1890. Lám.51). 5. Cerro de El Cuchillo –n°602.

(Fig. V.2.109). El brazalete se encontraba en el brazo del individuo masculino, aproximadamente a la altura del codo, y por el significativo ajuar metálico y cerámico que le acompañaba puede considerarse uno de los enterramientos más relevantes de la cultura argárica, encuadrable en momentos tempranos de la ocupación del yacimiento (SCHUBART, ARTEAGA y PINGEL, 1985: 97), extremo que además ha quedado confirmado por la datación radiocarbónica obtenida a partir de los restos esqueléticos del individuo y que se sitúa ca. 1850 cal BC (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1996).

Tipo B112

En número mucho menos significativo, hallamos en nuestro inventario otro tipo de brazaletes cuya diferencia principal con el tipo B111 radica en estar constituidos por dos –o más– secciones de aro en cuyos extremos encontramos sistemáticamente la presencia de al menos una perforación transversal por medio de la cual los diversos segmentos quedarían unidos entre sí. La diferenciación que hemos hecho entre las dos variantes atendiendo únicamente a la dirección de las perforaciones es, creemos, necesaria pero también bastante irrelevante puesto que no parecen ser representativas más que de dos formas ligeramente distintas de realizar la misma operación con resultados idénticos.

Al igual que sucede con el tipo anterior, también hallamos brazaletes del tipo B112 en diferentes yacimientos del ámbito argárico y, como aquél, también

se han registrado formando parte tanto de ajuares funerarios –tumba 301 de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: Lám.51) y tumba 80 de la Bastida (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA *et al.*, 1947: Fig.13.23)– como de contextos de habitación –El Argar (SIRET y SIRET, 1890: Lám.25.38). Destaca sin duda el conjunto localizado en el yacimiento ilicitano de Caramoro I, en donde sus excavadores hallaron cerca de media docena de ellos depositados en el interior de una de las dependencias del asentamiento. En general, parece que puede atribuirse a este tipo la misma cronología que al tipo B111, al menos a su variante B111a.

2.2.4. Clase T. Conteras y apliques para mangos

El marfil ha sido también empleado en nuestro ámbito de estudio como materia prima para la elaboración de algunos artefactos que, a buen seguro, constituyen apenas un exiguo porcentaje de los que debieron manufacturarse en materiales perecederos, y que carecían del valor añadido que supone el tipo de materia prima empleada en la producción de los ejemplares que sí han permanecido en el registro arqueológico. Paradójicamente, es a través de estas piezas, producidas para un consumo con un inequívoco deseo de ostentación social, de donde nos es posible recuperar información sobre los sistemas de producción y ensamblaje de los mangos para cuchillos metálicos.

En nuestro catálogo se incluyen cuatro piezas relacionadas con la implementación de mangos de cuchillos

llo o puñal, tres de las cuales pueden describirse como pomos o conteras, y una cuarta como un aplique para adorno de las cachas. En lo que respecta a las conteras, hemos diferenciado dos conjuntos distintos –T11 y T12– en función de la presencia o no de orificios para remaches, lo que resulta indicativo del empleo de distintas técnicas para la sujeción de los pomos a las cachas de madera. Por ahora sólo hemos registrado una pieza que responda a la definición de aplique para mango de cuchillo, procedente de la Tumba I de la Illeta dels Banyets (nº 841).

Tipo T111

Resulta el tipo de contera más común en el ámbito peninsular, de acuerdo con lo que parece deducirse del registro. Como avanzábamos, todos los ejemplares que hemos podido examinar están realizados en marfil, extremo que se hace extensivo también al hallado en El Oficio, perfectamente descrito e ilustrado

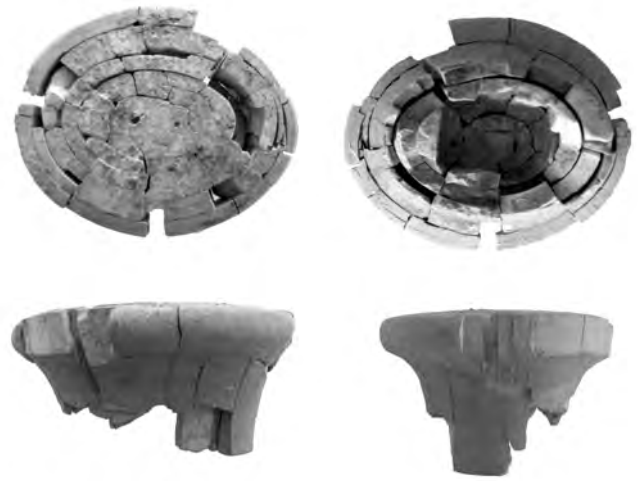


Figura V.2.112_Contera de marfil de Los Cipreses (Lorca).

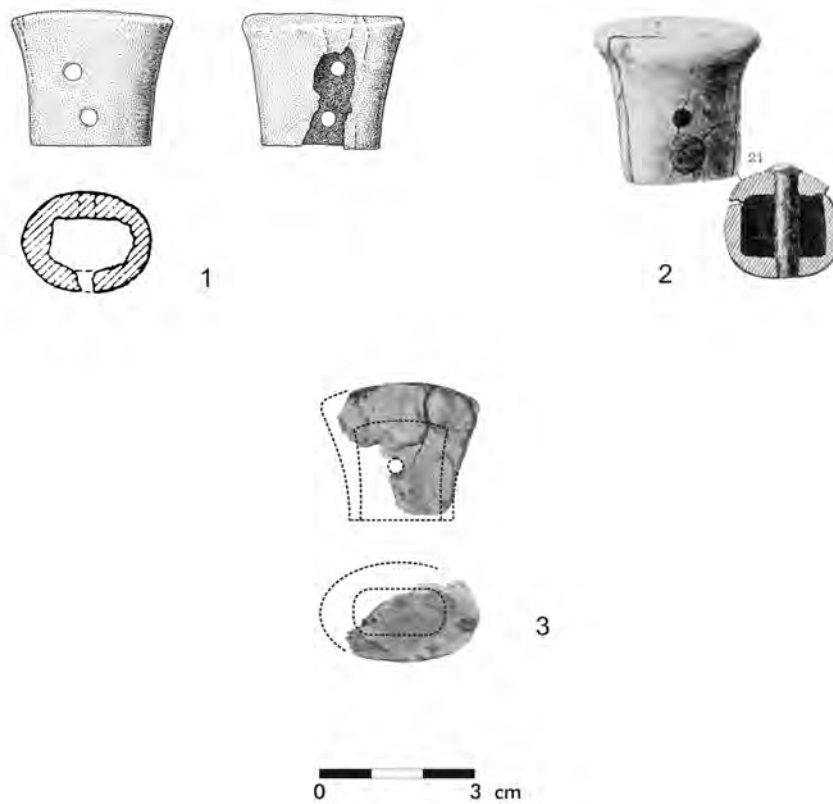


Figura V.2.113_Conteras de marfil de San Antón (1) (nº 1235), El Oficio (2) (SIRET Y SIRET, 1890: lám. 62. 21) y Tumba 3 de Los Cipreses (3).

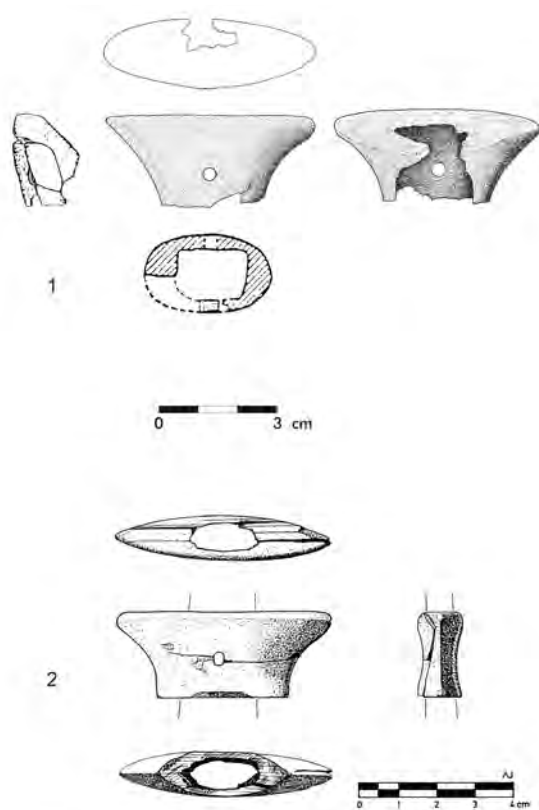


Figura V.2.114. Conteras de marfil de San Antón (1) (n° 1234) y El Dorre (2) (IRIARTE KORTÁZAR, 1998: 50, fig. 2).

por E. y L. Siret (1890: lám. 62. 21) (Fig. V.2.113). Dejando aparte los detalles relativos a su morfometría, sobre los que nos extenderemos a continuación, su característica fundamental es la de haber sido engarzados al mango por medio de remaches metálicos que por lo general no se han documentado, salvo en el caso de la pieza de El Oficio, en donde permanecía aún insertado uno de los pasadores. En función de la presencia de una o dos perforaciones para los remaches, y en arreglo a las dimensiones del extremo proximal de la contera, hemos diferenciado dos variantes del tipo.

Tipo T111a

Este tipo de contera se caracteriza por presentar, en todos los ejemplares hasta ahora registrados, una sola perforación transversal para acoger el remache. En el ejemplar incluido en nuestro catálogo (n° 1234), procedente de San Antón, la perforación se conserva intacta en la cara anterior de la pieza, mientras que la parte posterior se encuentra fracturada. Además del número de remaches, sus diferencias con la variante T111b también residen en la morfología de la parte superior del pomo, con una anchura considerablemente superior a la de la zona de inserción en las cachas del mango.

Además de la pieza de San Antón analizada por nosotros, en el registro peninsular se conocen al menos otros dos ejemplares. Uno de ellos procede del yacimiento argárico de Los Cipreses, en Lorca (Fig. V.2.112) hallado en niveles de ocupación exteriores a las unidades habitacionales registradas en el yacimiento (MARTÍNEZ, PONCE y AYALA, 1999). Esta pieza ofrece una gran similitud morfológica con nuestro ejemplar de contera, aunque de tamaño algo mayor. A pesar de que presenta fracturas importantes en la zona de empuje, puede apreciarse con claridad parte de una única perforación y una zona de inserción de morfología rectangular.

Fuera del ámbito argárico hemos reconocido otro ejemplar muy afín al tipo T111a en una pieza descontextualizada procedente del yacimiento navarro de El Dorre, en Artajona (IRIARTE KORTÁZAR, 1998: 50, fig. 2), asimilado sin embargo a pomos de cuchillos de estilo Monte Bernorio, dada la cronología avanzada que muestra este asentamiento, considerado un típico castro de la Edad del Hierro de la zona. Sin duda debe tenerse en cuenta el entorno arqueológico en el que al parecer se produce este hallazgo, y contemplar también la cronología indudablemente argárica que muestran los otros dos ejemplares que consideramos aquí, para uno de los cuales es posible además aplicar referencias radiocarbónicas que lo ubican en torno a 1800 cal BC (MARTÍNEZ, PONCE y AYALA, 1999).

En la elaboración de las dos piezas argáricas, que son las únicas que se han podido examinar directamente, se empleó una rodaja de marfil de espesor considerable en el caso de la contera de San Antón, mientras que en la manufactura del pomo de Los Cipreses se utilizó una zona cercana probablemente al extremo del colmillo.

Tipo T111b

Como ya hemos indicado, la diferencia entre la variante anterior y las conteras del tipo T111b reside básicamente en la presencia de dos perforaciones para los remaches y en una proporción más equilibrada entre el diámetro del extremo superior de la contera y la zona inferior de ensamblaje en el mango. Todos los demás rasgos son compartidos, especialmente la forma rectangular o sub-rectangular que se reconoce en la zona de inserción de las cachas.

Contamos también con un único ejemplar entre el material catalogado por nosotros (n° 1235). Se trata de una pieza localizada en San Antón, que al igual que aquella tiene fracturada la parte posterior, lo que no impide comprobar cómo la pieza presenta un par de orificios, de diámetro muy similar, destinados a albergar dos remaches o pasadores.

Como se ha comentado ya, un pomo de morfología muy similar fue localizado por los hermanos Siret dentro de una vasija en el interior de la "casa x" de El Oficio, en estado de calcinación parcial (SIRET

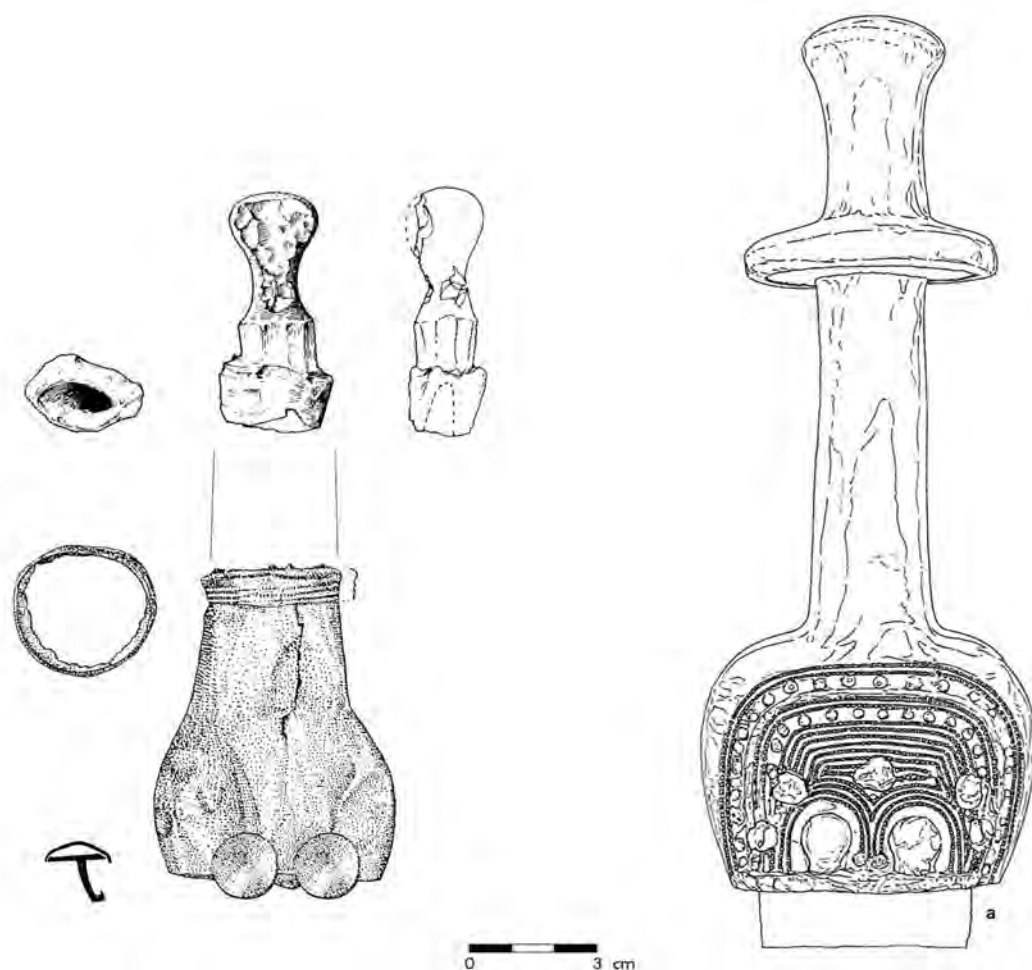


Figura V.2.115_Contera de marfil de Cabezo Redondo (n° 347) en una representación ideal de un mango de cuchillo o espada pequeña, a partir de las piezas del Tesoro de Abia de la Obispalía (ALMAGRO GORBEA, 1974) y mango de la Espada de Guadalajara (PINGEL, 1992: 19. lám 10).

y SIRET, 1890: 244), y que se conserva actualmente entre los materiales de la Colección Siret en Bruselas (BRANDHERM, 2002). Si del pomo de San Antón carecemos completamente de referencias contextuales, algunos de los objetos hallados en la “casa x” de El Oficio junto con la contera –en especial un gran cuchillo con lengüeta y remache (SIRET y SIRET, 1890: 244, lám. 62.2)– permitirían valorar la posibilidad de que el pavimento sobre el que ésta fue hallada correspondiera a una unidad habitacional de cierta antigüedad, probablemente en nuestra Fase I o más probablemente durante la Fase II.

En apoyo de esta cronología podría venir una pieza de marfil localizada entre el ajuar de la tumba 3 de Los Cipreses (MARTÍNEZ, PONCE y AYALA, 1996; DELGADO y RISCH, 2006) que también hemos tenido oportunidad de examinar, y que podría pertenecer a este mismo tipo en función de la morfología del extremo superior de la contera, aunque el estado de fragmentación en que se encuentra la pieza impide precisar nada más. De ser así, la datación radiocarbónica de los restos humanos de la sepultura –ca. 1850 cal BC– situaría la pieza en fechas más o menos acordes con nuestra Fase II.

Tipo T211

Los pomos del tipo T2 se caracterizan por no emplear remaches para su fijación a las cachas de madera. Sólo hemos consignado un tipo en nuestro catálogo de piezas, aunque nos consta, como a continuación veremos, que al menos habría que considerar otro tipo más dentro del ámbito de estudio. La única pieza analizada por nosotros procede de Cabezo Redondo (n° 347) y si bien se trata a todas luces de una pieza en proceso de manufactura, nos permite entrever con bastante claridad el prototipo o modelo que estaba destinado a constituir, el cual nos remite a ámbitos cronológicos y geográficos muy diferentes de los ejemplares del tipo T1.

A simple vista podemos advertir la similitud de la pieza de Villena con la contera que luce el mango de oro de la espada de Guadalajara (ALMAGRO GORBEA, 1972; PINGEL, 1992) aunque se aprecian diferencias notables en las dimensiones de uno y otro. A nuestro entender, no obstante, son los forros áureos hallados en el conjunto de Abia de la Obispalía (ALMAGRO GORBEA, 1974) los que nos permiten aproximarnos de forma más precisa al tipo de mango al que creemos

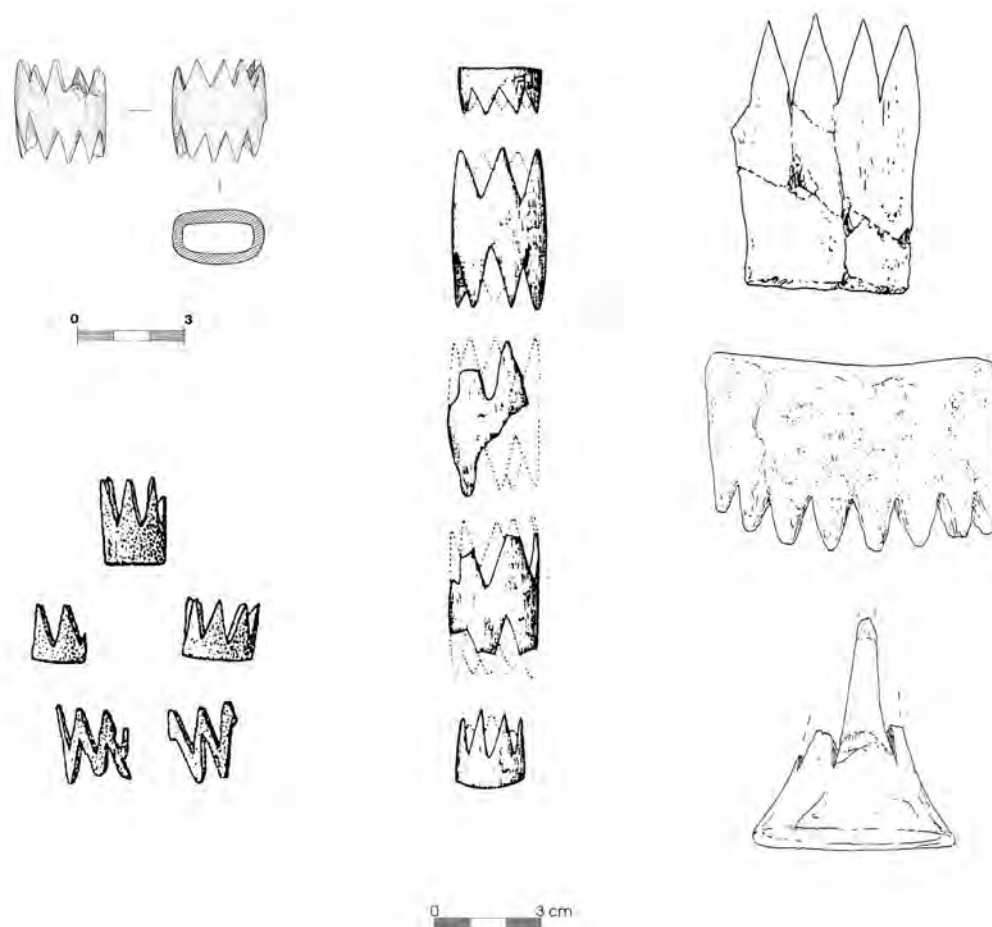


Figura V.2.116_Arriba, a la izquierda, aplique de marfil de la Tumba I de la Illeta dels Banyets (n° 814); abajo, a la izquierda, piezas de hueso de la tumba iota del Círculo B de mecenas y en el centro, piezas de hueso del túmulo de Bush Barrow (GERLOFF, 1985); a la derecha, de arriba abajo, piezas de marfil dentadas de mecenas (POURSAT, 1977). Todas las piezas están aproximadamente a la misma escala.

estuvo destinado el pomo de Cabezo Redondo, pues según lo que cabe inferir a partir de sus características morfométricas aquéllos no sólo dejaban sin cubrir el extremo proximal del empuñadura –lo que implicaría la necesidad de sujetar el extremo de la unión de las cachas mediante un pomo, del que no hay constancia en el conjunto– sino que por sus dimensiones debieron estar destinados a mangos de espadas pequeñas o puñales, lo que resulta más acorde con el tamaño del pomo villenense. A todo ello se une además el empleo como complemento decorativo de los forros de Abia de la Obispalía de un tipo de remaches áureos que no sólo han sido localizados en Cabezo Redondo sino que comparten el mismo contexto arqueológico en el que fue hallado el pomo del que tratamos, pues uno y otros se registraron sobre el pavimento del Departamento XXIII.

Todo ello abunda en las apreciaciones, ya efectuadas en su día por R. Lucas (2004: 588) acerca de la sintonía cronológica que debiera considerarse para los conjuntos de Cabezo Redondo, Abia de la Obispalía y determinadas piezas de los conjuntos de Guadalajara y del Tesoro de Villena. Se trataría, por tanto, de un tipo perfectamente encuadrable en la Fase IV, y asociado al

ornato de un tipo de objetos que caracterizará el consumo ostentoso de piezas de alto valor en los últimos siglos del II milenio cal BC.

Tipo T311

A diferencia de los anteriores, los objetos del tipo T3 no son conteras o pomos, sino que constituyen adornos o implementos del propio mango destinados al ornato de las cachas de madera. Por el momento sólo hemos localizado una pieza de estas características en el registro analizado, la cual se incluye en nuestro catálogo (n° 841).

Se trata de una pieza de marfil con forma dentada en ambos extremos que se hallaría engarzada probablemente en la parte mesial del mango o quizá cerca de su extremo proximal, tal vez en contacto con el propio pomo. De éste último desconocemos el tipo de material en que estaría fabricado aunque lo suponemos de madera. Posee 10 puntas en el extremo superior y 9 en el inferior, adoptando en su desarrollo una forma de zig-zag. Presenta tenues señales de abrasión en la superficie exterior. Sus dimensiones actuales son: 2,65 cm de longitud, 2,33 cm de anchura máxima y

1,4 cm de espesor. Frente a la morfología aproximadamente ovalada que presenta al exterior, en su interior adopta una forma más o menos rectangular, y en perfil se aprecia cómo el extremo distal resulta ligeramente más ancho que el proximal.

La sección cuadrangular que presenta el hueco interior de la pieza resulta coincidente con la que muestran la mayor parte de las conteras que hemos visto, mientras que la forma oval del perfil exterior anuncia la forma general y el grosor del mango de madera en la zona de inserción del aplique (Fig. V.2.117).

Su modelo de implementación en el mango y su morfología han hecho que este objeto se haya relacionado en varias ocasiones con una serie de piezas dentadas, también elaboradas sobre materiales óseos, halladas en dos tumbas situadas cada una de ellas en los extremos opuestos de Europa: el túmulo de Bush Barrow, en Gran Bretaña, y la Tumba *iota* del Círculo B de Micenas, en Grecia (SIMÓN GARCÍA, 1989; WALKER, 1995; LÓPEZ PADILLA, 1995) (Fig. V.2.116). El mayor obstáculo para relacionar los tres conjuntos ha sido hasta ahora la ausencia de unas cronologías que permitieran correlacionarlos de manera coherente. Sin embargo, las dataciones radiocarbónicas efectuadas a partir de los restos humanos de la Tumba I ha permitido ahora situar el contenido de la sepultura entre *ca.* 1800 y *ca.* 1700 cal BC, en unas fechas coincidentes aproximadamente con las primeras tumbas de pozo micénicas (LÓPEZ, BELMONTE y DE MIGUEL, 2006).

2.2.5. Clase Q. Botones y aderezos para vestidos

En las primeras fases de elaboración de nuestra propuesta de ordenación tipológica la definición de esta clase se ajustaba de forma muy explícita con lo que tradicionalmente se ha venido definiendo como “botones de perforación en V”. Sin embargo, a pesar de las evidentes analogías que la mayor parte de estas piezas presenta con lo que en la actualidad reconocemos como “botones” –y que determinaron desde el primer momento el empleo de ese término para designarlos– a lo largo del tiempo hemos asistido a una persistente controversia sobre su verdadera funcionalidad, a causa básicamente de la considerable escasez de información contextual y a la inexistencia de análisis traceológicos aplicados a una colección lo suficientemente representativa. En consecuencia, en la bibliografía quedan recogidas todo tipo de hipótesis: desde su empleo como “lúnulas” hasta su uso como cuentas y separadores de collar, pasando por otras mucho más peregrinas como aquella que los suponía una especie de artilugio para mejorar el funcionamiento de la cuerda del arco para propulsar las flechas (USCATECU BARRÓN, 1992: 20-21).

Lo cierto es que la notable presencia de indicios indirectos de su asociación a vestidos y ropajes –tales como su posición relativa con respecto a los esqueletos en el interior de determinadas tumbas, o las man-

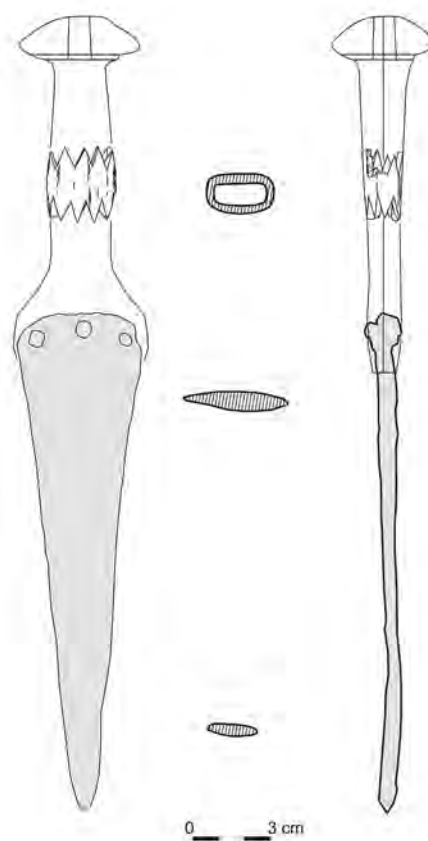


Figura V.2.117_Representación ideal del puñal de la Tumba I de la Illeta dels Banyets, con reconstrucción hipotética del mango y del pomo (se ha utilizado una versión a escala del pomo de la tumba 265 de El Oficio).

chas basales de colorante que aparecen en algunas de estas piezas– dan fuerza en principio a la hipótesis que los vincula a un uso principalmente relacionado con el adorno de prendas de vestir, a las que irían probablemente cosidas por medio de un hilo elaborado en algún tipo de fibra de origen animal o vegetal, de la que en algún caso se han llegado a hallar restos en su interior (BENÍTEZ DE LUGO *et al.*, 2007: 244).

La reiterada mención de manchas de colorante aparecidas en la base de algunos botones recuperados en yacimientos argáricos, como los hallados en las tumbas 407 y 202 de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: 200), nos conduce obligadamente al controvertido tema de la posible presencia de prendas de vestir teñidas con cinabrio en éstas y otras sepulturas argáricas –a pesar de que investigadores como R. J. Harrison (1980: 51) expresaron la opinión de que el teñido rojizo de algunos botones procedentes de sepulturas centroeuropeas no estaba relacionado con la tinción de las prendas a las que estaban cosidos, sino que se debió a un deseo expreso de imitar el color del ámbar.

Sin duda resulta en este punto interesante aportar los datos obtenidos a partir de la observación a escala macroscópica de los botones de la Illeta dels Banyets. De este nutrido conjunto de más de medio centenar

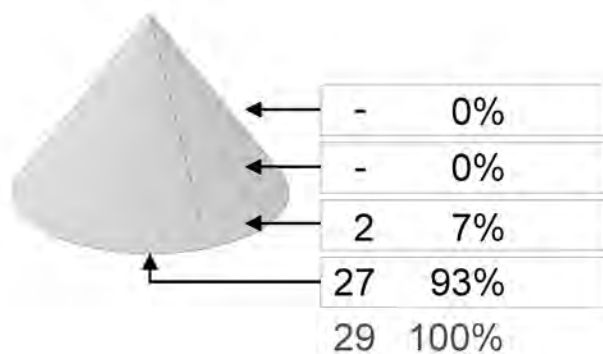


Figura V.2.118_Zonas de localización de manchas de color rojizo en la colección de botones de la Illeta dels Banyets.

de piezas, aproximadamente el 65% ofrece un estado de conservación lo suficientemente bueno como para evaluar la presencia de coloraciones rojizas en su superficie. El resultado de un examen minucioso nos ha permitido constatar que de los cuarenta botones inspeccionados casi una treintena presentaban pigmentaciones de color rojo intenso en la superficie, mayoritariamente adheridas a líneas y surcos resultantes del proceso de abrasión de la superficie de la pieza. La ausencia de análisis espectroscópicos de estas minúsculas manchas impide precisar por el momento su origen, aunque lo que a nuestro juicio resulta más relevante es la acusada concentración de las manchas localizadas que se da en la zona basal de los botones, en donde encontramos más del 90% de ellas (Fig. V.2.118). Este hecho nos hace pensar que las pigmentaciones pudieran no ser debidas a procesos postdeposicionales, pues si así fuera cabría esperar en principio un patrón de distribución de las mismas mucho más aleatorio.

Lo cierto es que estos objetos pudieron ser usados indistintamente como auténticos botones o como adornos o aderezos cosidos a las vestiduras, pues a nuestro juicio existen elementos que permitirían respaldar ambas posibilidades. Ciertamente, parece difícil negar su empleo como auténticos botones en casos como el de la sepultura del Cerro de las Viñas, una tumba en fosa en la que se depositó el cadáver de un individuo acompañado de un conjunto de siete botones de marfil, localizados a lo largo del brazo y antebrazo izquierdos y junto a la cintura. El cadáver descansaba precisamente sobre su lado izquierdo (AYALA JUAN, 1991: 198), a donde sin duda fueron a caer alineados los botones una vez que las ropas y las partes blandas del esqueleto hubieron desaparecido. En un contexto similar, y también junto al húmero izquierdo de uno de los individuos enterrados, aparecieron los dos botones hallados en la tumba 4 del Castillejo del Bonete (BENÍTEZ DE LUGO *et al.*, 2007: 243). Éste es probablemente el mismo escenario que cabe suponer para otros casos simi-

lares, como el de la famosa tumba de Lysolaje, en donde los botones aparecieron también junto al húmero y radio-cúbito –en este caso, los derechos (APELLÁNIZ y NOLTE, 1968; 36). Y es posible imaginar una situación semejante en otras tumbas centroeuropeas como las de Dablize y Knezeves (USCATESCU BARRÓN, 1992: 101), en donde los botones también aparecen junto al pecho de los individuos enterrados.

La tesis de que los botones de perforación en V funcionaron en ocasiones como meros adornos de las prendas de vestir, y no como auténticos botones no es nueva, pues ya en casos como el de la sepultura de Bondalize, en Chéquia, los botones hemisféricos hallados aparecieron formando lo que se interpretó como una especie de pectoral (USCATESCU BARRÓN, 1992: 101), y más recientemente se han señalado opiniones parecidas acerca de las denominadas *button-shaped beads* del Báltico, perlas de ámbar caracterizadas por su sección de forma lenticular y su perforación en forma de V, y que A. Butrimas (2001) considera igualmente como elementos de adorno cosidos a la ropa, más que como verdaderos botones.

Como tendremos ocasión de comentar con detalle más adelante, creemos que éste podría ser el caso de las dos tumbas argáricas alicantinas halladas por E. Llobregat en la Illeta dels Banyets (LÓPEZ, BELMONTE y DE MIGUEL, 2006) y por J. Furgús (1937) en Laderas del Castillo, en las que parece lógico pensar que al menos una parte sustancial del conjunto de botones registrados fueran utilizados básicamente como aderezos cosidos al vestido.

En conclusión, creemos que la información disponible permitiría avalar, como decimos, el empleo de los denominados “botones de perforación en V” como meros adornos, en la misma medida que como auténticos botones. Ello contribuiría a explicar las diferencias en cuanto al número de ejemplares registrados en las distintas tumbas ya que su distribución en las prendas pudo seguir distintos patrones compositivos en función del tipo de vestiduras y de la cantidad de piezas de que se dispusiera para adornarlas.

En cualquier caso, por el momento creemos que lo más apropiado será seguir manteniendo la denominación tradicionalmente empleada para designar a este tipo de objetos, pero siendo conscientes de que tras el término “botón” se esconde probablemente una variada gama de usos como piezas de ornato, de los cuales no todos se ajustarían estrictamente al significado actual de dicho término.

Es en base a estas reflexiones por lo que finalmente tomamos la decisión de incluir en esta clase de productos a otros objetos que, apartándose de forma clara de los parámetros formales que han venido considerándose característicos de los botones, consideramos que pudieron también ser empleados como elementos de ornato de vestidos, a pesar de que carezcan de perforaciones. De ese modo, además del tipo Q1 –constituido propiamente por los botones de perforación



Figura V.2.123_Distribución de los elementos de ajuar de la tumba III de la Illeta dels Banyets, según los diarios y la información gráfica recogida por E. Llobregat. La mayor parte de los botones aparecieron junto al costado izquierdo, frente al pecho y abdomen del inhumado, mientras que el puñal apareció junto al codo del brazo derecho, con la punta orientada hacia arriba.

en V –se incluyen los tipos Q2 –barritas prismáticas longitudinales con acanaladuras profundas en sentido perpendicular al eje –y Q3 –barras de marfil de forma fusiforme con pequeñas ranuras en los contornos de los extremos proximal y distal –que a nuestro juicio debieron fijarse con sistemas de cosido que no requerían atravesarlos con un hilo.

En los contextos que hemos estudiado los tipos de botones registrados son básicamente tres:

- a) Piramidales (Q111) de bases con formas desde cuadradas y rectangulares a ovales–;
- b) Cónicos (Q121) con bases desde circulares a ovales;
- c) y prismáticos cortos (Q131) –de perforación simple– o largos (Q132) –con doble perforación

Esta división tripartita vendría en algún caso, de hecho, a reagrupar en uno sólo varios de los tipos reconocidos por otros autores, como por ejemplo los tipos piramidal de base cuadrada, troncopiramidal, piramidal de base rectangular y troncopiramidal de base rectangular de A. Uscatescu (1992: 38), o los tipos piramidal y pentaédrico (LULL *et al.* 1999: 253), todos los cuales caben, a los efectos del tipo de análisis y

del objetivo que perseguimos en este trabajo, en un único tipo básico de botón piramidal. La diversidad que en este sentido se contempla en otras propuestas tipológicas, más que a auténticas variantes de los tres tipos fundamentales se debe, en unos casos, a la consideración como principales de rasgos morfológicos que en cierto modo nosotros hemos considerado secundarios, tales como la forma más o menos rectangular o cuadrada de la base; o en determinados casos, a pasar por alto las diferentes condiciones de conservación que presentan algunos botones, a los que las fracturas y las exfoliaciones del marfil debidas a la actuación de agentes químicos y físicos han modelado de formas diversas –aunque al fin y al cabo fortuitas– pero que a pesar de todo se les ha llegado a considerar representativos de tipos diversos, cuando en su estado actual no reflejan la forma originalmente diseñada para ellos.

La mayoría de las variables advertidas en el registro se reducen en todo caso, a nuestro juicio, a combinaciones formales entre estos tres tipos fundamentales, principalmente entre el tipo piramidal y los tipos prismático y cónico, como ocurre en algunos ejemplares de la Illeta dels Banyets en los que la forma piramidal se proyecta a partir de una base con forma oval o en ocasiones casi circular, lo que los aproxima a los botones de tipo cónico. Nuestro criterio ante este tipo de formas que podríamos llamar “mixtas” ha sido el considerar de tipo piramidal a todo botón en el que, aunque disminuidas, resulten claramente apreciables las cuatro aristas convergentes entre sí, típicas de una pirámide, e independientemente de que éstas lleguen o no a unirse en una auténtica cúspide. Y del mismo modo, hemos considerado prismáticos a todos los que presenten formas en las que sólo dos de sus facetas se unen formando una arista longitudinal, de modo que las otras dos nunca llegarían a unirse por mucho que las prolongásemos imaginadamente.

Independientemente del tipo de botón elaborado, la observación de las superficies de las piezas analizadas han permitido advertir cómo los planos de corte efectuados sobre las rodajas del colmillo siguen un trazado en zig-zag sobre el plano transversal de éstas (Fig. V.2.124), maximizando el aprovechamiento de la materia prima y minimizando el trabajo de aserrado necesario para la obtención de las preformas (MÉRIDA GONZÁLEZ, 1997b; BARCIELA GONZÁLEZ, 2006). El grosor y la anchura de la porción de marfil sobre la que se realiza esta operación determina en parte la morfología final del producto, por cuanto que al parecer este sistema de obtención de las preformas se aplicó tanto a la elaboración de botones prismáticos largos –tipo Q132– a partir de barras, como para los botones prismáticos cortos –tipo Q131– cónicos –Q121– y piramidales –Q111– que en el caso de los dos últimos requerían más tarde un intenso trabajo de abrasión hasta alcanzar la morfología deseada. Estas preformas

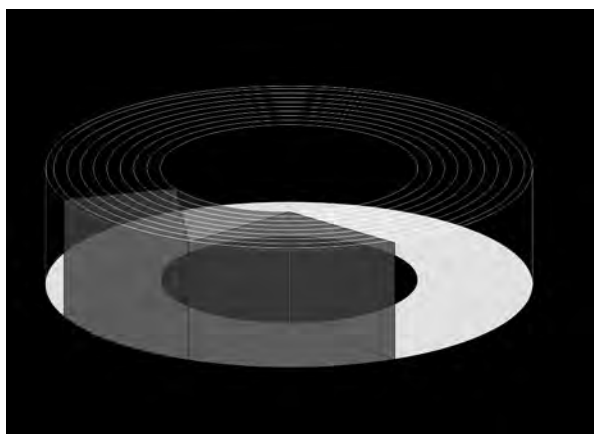


Figura V.2.124_Gráfico con la representación de los planos de corte realizados para la obtención de preformas prismáticas para la elaboración de botones.

resultarían similares a la que documentamos en el Cabeço del Navarro (nº cat. 29), en la que pueden apreciarse con nitidez las señales dejadas por el aserrado con instrumental metálico así como parte del esmalte que se localiza al exterior del colmillo, y que nos permite precisar de qué parte de la rodaja se extrajo (Fig. V.2.125).

Es difícil confirmar si la perforación “en V” se realizaría en todos los casos con posterioridad a la conformación del aspecto final del botón. Todo apunta a que al menos en el caso de los botones cónicos pudo realizarse después, dado que parece más fácil inmovilizar una forma aristada para dicha operación. Sin embargo, el orden de acción que evidencian algunas de las huellas de elaboración observadas en las piezas también podría apuntar en sentido contrario. En cualquier caso, en todos los ejemplares observados las perforaciones se practicaron siempre con un taladro fino de punta metálica, probablemente un punzón engarzado a un astil que a su vez se sirviera de un sistema de arco para realizar el movimiento rotatorio. Las huellas presentes en algunas de las perforaciones analizadas nos revelan, por otra parte, ciertos detalles del proceso seguido para la realización de los canales convergentes a través de los cuales quedaban las piezas cosidas a las vestiduras. Así, como ya comentamos en el capítulo dedicado a las técnicas de producción, en ejemplares fragmentados longitudinalmente de la tumba III de la Illeta dels Banyets se aprecian trazas de la existencia de una perforación media, de apenas uno o dos milímetros de profundidad, orientada no de manera oblicua sino perpendicular al plano basal de la pieza (Fig. V.2.126). Esta perforación, que en muchos casos ha debido quedar oculta por las perforaciones convergentes posteriores, debió estar destinada a facilitar un punto de apoyo para posicionar el taladro adecuadamente, de modo que se aumentaran las posibilidades de éxito en la delicada operación de perforar el botón de manera convergente.

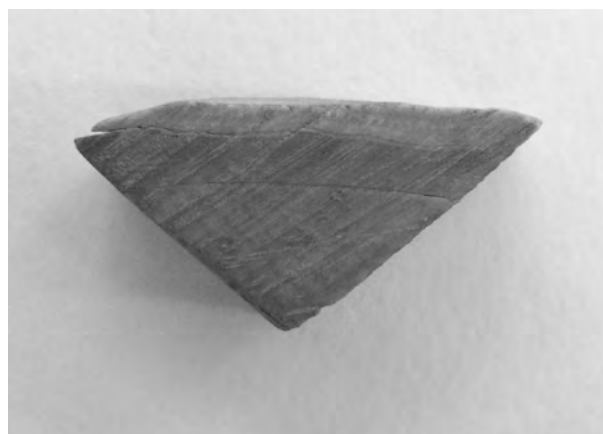


Figura V.2.125_Preforma prismática destinada a la elaboración de un artefacto del tipo Q1, procedente del Cabeço del Navarro (nº 29). Se aprecian con claridad tanto las líneas de Schreger como las señales de aserrado dejadas por la sierra metálica.

Tipo Q111

Dentro del conjunto de piezas analizado por nosotros, y en el ámbito geográfico al que se ciñe nuestro trabajo, el botón piramidal no constituye el tipo más representado. Antes al contrario, apenas se han identificado 19 piezas, de las que casi el 90% corresponden a ejemplares de un solo yacimiento –Illeta dels Banyets– extremo que, como a continuación expon-dremos, parece relacionarse específicamente con la distribución territorial que el tipo Q111 presenta y que se liga fundamentalmente al territorio del Grupo Argárico.

El tipo piramidal es uno de los que ofrece, además, mayor variabilidad en cuanto al tipo de soporte empleado, y lo encontramos en nuestra zona de estudio realizado tanto en material lítico –por ejemplo, en Puntal del Búho– como sobre concha (PASCUAL BENITO, 1998: 166). Sin embargo el material más empleado para su manufactura es, con diferencia, el marfil, y en el caso específico de la orla periférica del Grupo Argárico, a lo largo del intervalo cronológico que aquí nos ocupa, la presencia del tipo piramidal se da preferen-

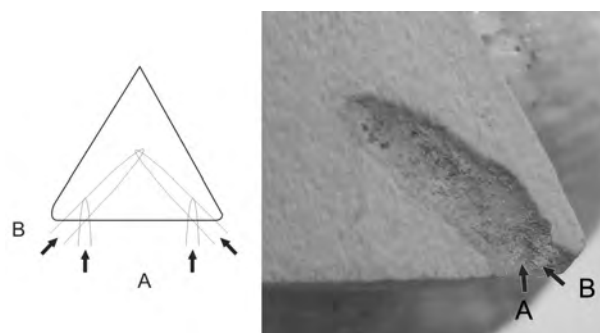


Figura V.2.126_Esquema de la técnica de perforación convergente “en V” y huellas de las perforaciones A y B en una pieza fragmentada del conjunto de la tumba III de la Illeta dels Banyets.

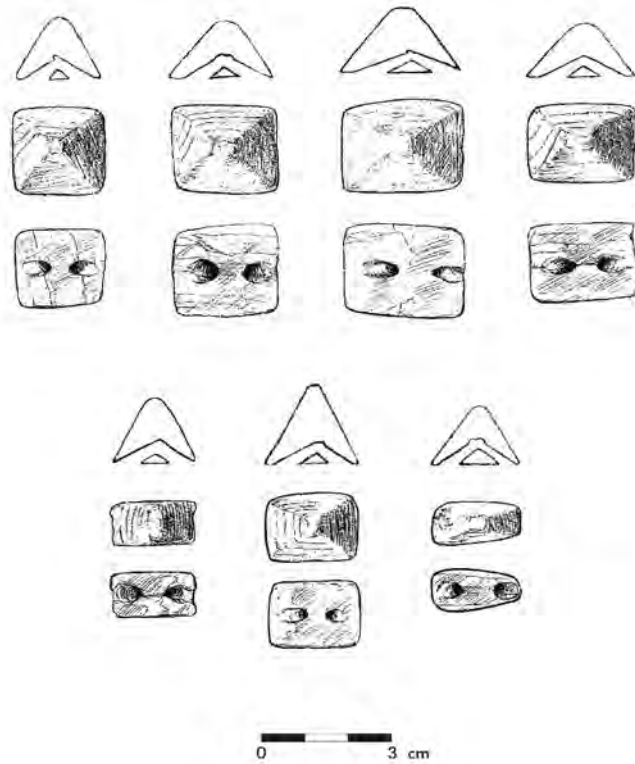


Figura V.2.127_Botones del tipo Q111 del enterramiento en fosa del corte L del Cerro de las Viñas (Lorca, Murcia).

temente en forma de pocos ejemplares, por lo general aislados, y vinculados cronológicamente a las fases más antiguas –Fase I.

Tipo Q121

Todavía más escasa es la representación del botón cónico, reducido prácticamente a poco más de media docena de ejemplares en la muestra catalogada por nosotros (Fig. V.2.128). Su presencia en las comarcas centro- meridionales valencianas en contextos que claramente puedan fecharse en el II milenio cal BC no está atestiguada, pues si para el pequeño botón cónico de la Cova de la Barcella resulta imposible precisar la cronología, el de la Cova de les Cendres se sitúa en cronologías muy anteriores. Por el contrario, el mayor número de piezas se da, una vez más, en el ámbito argárico, a pesar de que no conforma tampoco allí un tipo especialmente numeroso. Con todo, resulta muy remarcable la existencia de algunos grandes ejemplares cónicos elaborados en marfil, como el hallado en el Acequión (MARTÍN MORALES *et al.*, 1993: 34, fig. 13) y, sobre todo, las dos piezas cónicas localizadas en 2008 en el yacimiento de Molinos de Papel, que se cuentan sin duda entre los objetos prehistóricos de marfil más grandes de la península (Fig. V.2.129).

Como apuntábamos más arriba, la combinación formal de diferentes tipos de bases –fundamentalmente circulares y ovales –hace que en ocasiones hayamos

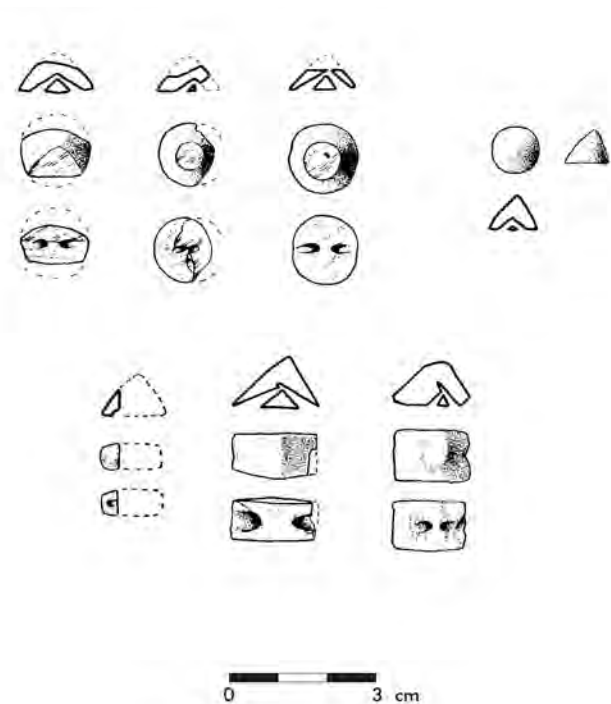


Figura V.2.128_Botones cónicos (tipo Q121) de San Antón (arriba, a la izquierda) y Tabayá (arriba, derecha) y botones prismáticos (tipo Q131) de Tabayá (abajo).

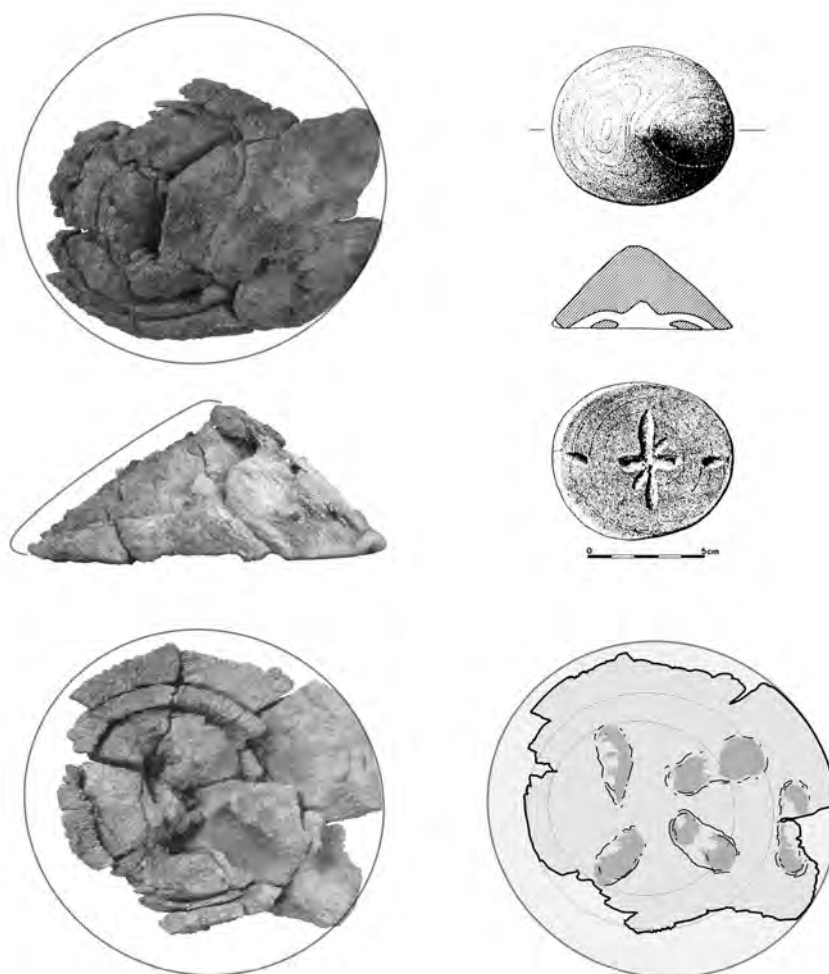


Figura V.2.129_A la izquierda, pieza del tipo Q121 del enterramiento de Molinos de Papel en norma cenital, lateral y basal. Arriba, a la derecha, representación gráfica de la pieza cónica del Acequiión (FERNÁNDEZ MIRANDA *et al.*, 1994). Los dos objetos se reproducen a la misma escala. Abajo, a la derecha, disposición de las perforaciones de la pieza de Molinos de Papel.

advertido una notoria “mixtura” que se hace muy patente en conjuntos como los de la Illeta dels Banyets, caracterizados por un elevado número de piezas entre las que podríamos señalar fácilmente ejemplos de la transición entre unas y otras formas, todas relacionadas con el atuendo de un mismo individuo.

Tipos Q131 y Q132

Sin lugar a dudas, el tipo Q13 es el más numeroso entre los objetos de esta clase registrados por nosotros. Su predominio frente al resto es notable, especialmente cuando se toman en consideración conjuntamente los dos tipos: el botón prismático “corto” –tipo Q131– y el “largo” –tipo Q132–, los cuales constituyen casi el 70% de la muestra total de este tipo de artefactos (Fig. V.2.130).

A menudo uno y otro tipo se registran formando parte de un mismo conjunto de objetos, como ocurre en el Cerro de El Cuchillo y también en la Lloma de Betxí, en donde se localizaron piezas de ambos tipos

almacenados en el interior de un vaso cerámico. Este tipo de hallazgos también se ha constatado en otros puntos de nuestra zona de estudio, como en Las Costeras (PICAZO MILLÁN, 1993: 38).

Como ya se ha señalado (LÓPEZ PADILLA, 2006b), la distribución de los hallazgos del tipo Q13 muestra una tendencia opuesta a la que ofrecen los tipos piramidal y cónico, de manera que si mientras los primeros parecen repartirse preferentemente por el ámbito periférico del Grupo Argárico, en el territorio de éste último se advierte una mayor presencia de los tipos cónico y, sobre todo, piramidal (Figura V.2.131).

En este sentido, a nuestro juicio se debe matizar la idea que expusiera en su día V. Lull (1983: 214) acerca del carácter marcadamente “exótico” atribuido a los botones de El Argar, pues el incremento del registro empírico de los últimos años pone de manifiesto su amplia distribución por toda su geografía, denotando además una persistente preferencia por unos tipos determinados de botones –el cónico y sobre todo, el piramidal, así como las distintas “mixturas” y varian-

tes formales entre uno y otro— que es la que verdaderamente marca en este aspecto la personalidad propia del ámbito argárico como espacio social, de la de gran parte de las comunidades que componían su periferia territorial —llanuras manchegas y Levante peninsular, principalmente— en las que el consumo del botón de tipo prismático y en especial del tipo largo con doble perforación es el predominante.

Pero sobre todo, el genuino “argarismo” de estos botones de perforación en V deviene de su sujeción a unas estrictas normas sociales que determinaron sus pautas de consumo a lo largo y ancho de todo el terri-

torio argárico, rasgo que como es bien sabido constituye uno de los más característicos y definitorios de la sociedad argárica (LULL y ESTÉVEZ, 1986). De acuerdo con los datos proporcionados por la antropología física, la estrecha relación de los botones con las sepulturas de hombres o con aquéllas que contenían hombres ha resultado a nuestro juicio altamente significativa y aplicable por ahora tanto a la cuenca de Vera como al Campo de Lorca o a la costa del Camp d’Alacant (LÓPEZ PADILLA, 2006b) (Fig. V.2.132).

Lo que por el momento no es posible definir con claridad es la existencia de algún tipo de asociación

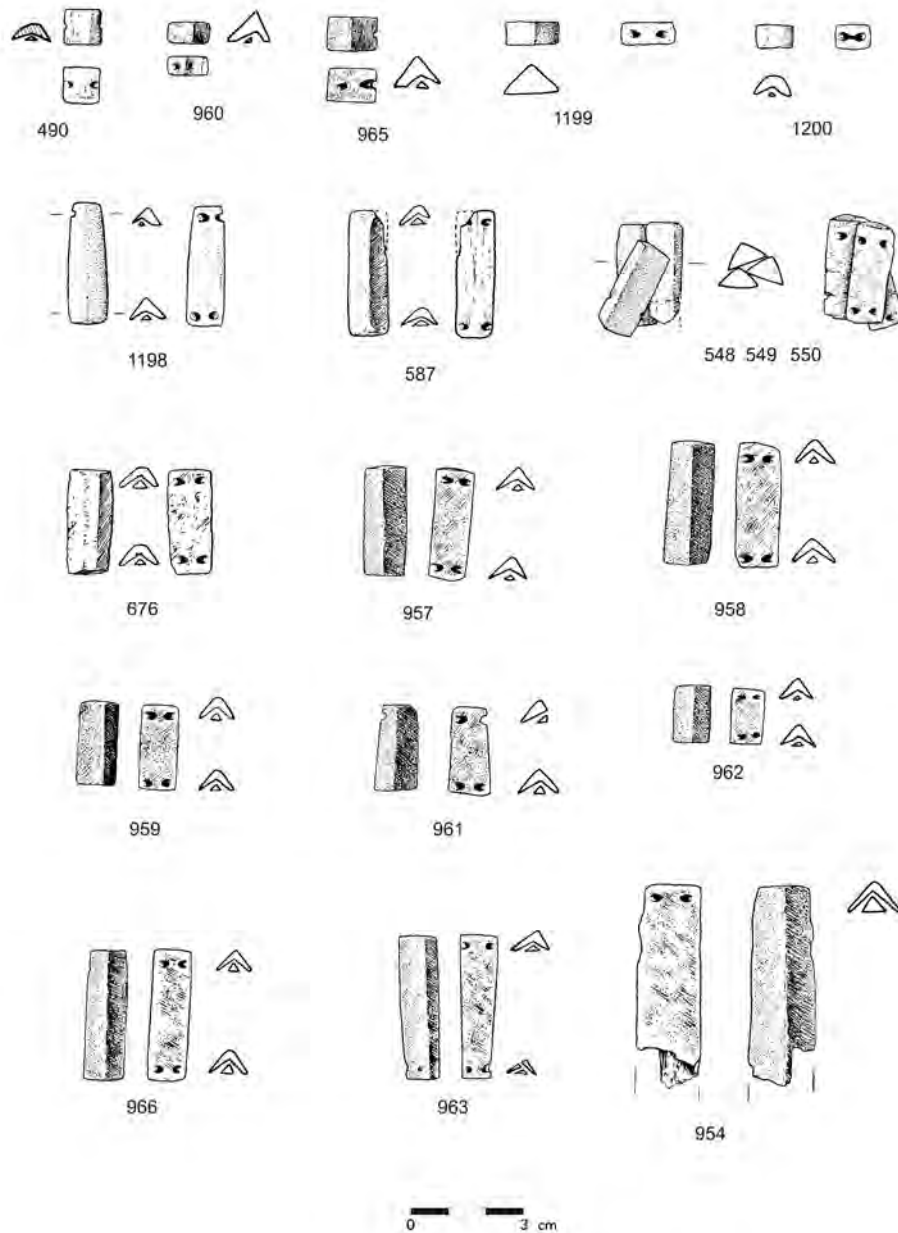


Figura V.2.130_Botones del tipo Q131 y Q132 de Peñicas (nº 1198, 1199, 1200), Cerro de El Cuchillo (nº 490, 548, 549, 550, 587), Lloma de Betxí (nº 954, 957, 958, 959, 960, 961, 962, 963, 965, 966) y Coveta del Barranc de l’Infern (nº 676).

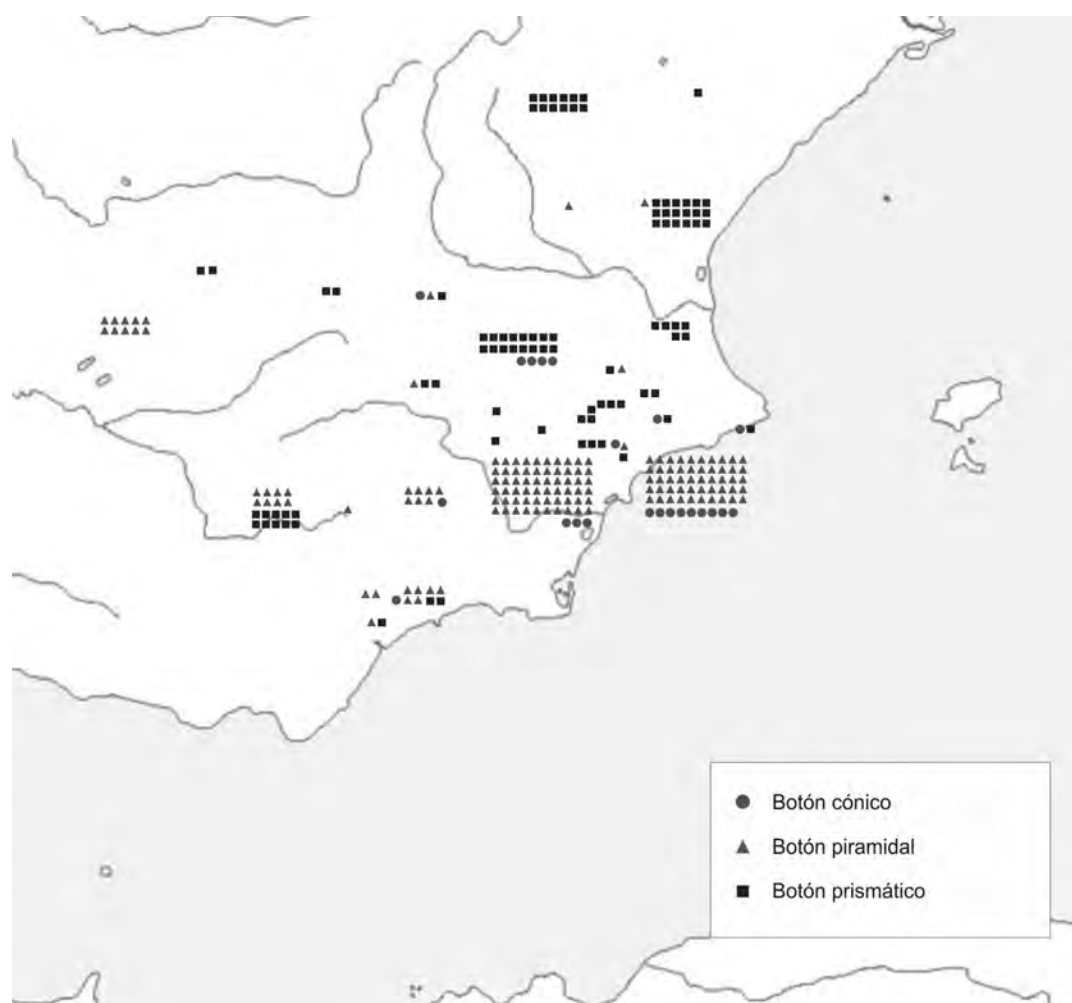


Figura V.2.131_Mapa con la distribución de los tipos Q111, Q121 y Q131-132 en el cuadrante sudoriental de la Península Ibérica entre ca. 2500 y ca. 1700 BC.

exclusiva entre los botones y cualquier otro objeto de los que componen el ajuar masculino en las sepulturas argáricas. Sin embargo, resulta notable que la presencia del puñal esté constatada en cinco de las ocho tumbas consideradas –la tumba 407 de El Argar, la fosa del Cerro de las Viñas (probablemente) y tres de las cuatro cistas de mampostería de la Illeta dels Banyets.

De todo ello parece deducirse que los botones podrían haber tenido principalmente un valor como complemento del ajuar –en este caso masculino–, rasgo que compartirían con el resto de los objetos de adorno documentados en las sepulturas argáricas, como ya se ha indicado (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1993- 94: 101). En este caso concreto, la presencia de los botones en las tumbas constituiría el resultado de la aplicación de un valor añadido a un atuendo específicamente masculino con el que se enterra al difunto, el cual puede o no acompañarse en el sepulcro de otros objetos tales como el puñal o el hacha, de acuerdo con su categoría social.

Por el contrario, una característica que parece en cambio apartar a los botones de perforación en V del

resto de objetos de adorno de las sepulturas argáricas es su relación por ahora exclusiva con individuos de edad adulta y, en ocasiones, verdaderamente madura. En este sentido, aparentemente rompen la tendencia a la “universalidad” genérica y generacional que parecen ostentar buena parte de los objetos de adorno argáricos, con frecuencia presentes en tumbas infantiles y en tumbas de adultos de ambos sexos, y especialmente marcada a partir de ca. 1800 BC (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1993- 94: 101).

Lamentablemente, las pautas de consumo de los artefactos del tipo Q1 son mucho más difíciles de evaluar en estos mismos parámetros fuera del ámbito argárico, donde no resulta posible en la mayoría de los casos establecer asociaciones concretas con los esqueletos de individuos de sexo y edad determinables, en el interior de sepulturas. Cuando aparecen registrados en contextos funerarios, en las comarcas centro-meridionales valencianas y en muchos yacimientos castellano-manchegos las prácticas de enterramiento múltiple realizadas en cavidades imposibilitan o dificultan enormemente establecer tales conexiones, puesto que

	Tumba	Núm.	Sexo	Edad	Ajuar	
El Argar	202	2	♀ / ♂ (?)	Adulta / Adulto (i)	7 botones, punzón, cuenco	SIRET Y SIRET (1890) JACQUES (1890)
	407	1	♂ ?	Adulto	1 botón, puñal	SIRET Y SIRET (1890) KUNTER (1990)
Cerro de las Viñas	Corte L	1	♂	Adulto	7 botones, puñal, placa perforada	AYALA (1991) MALGOSA (1997)
Illeta dels Banyets	I	2	♀ / ♂	Adulta / Adulto	1 botón, puñal, aplique de marfil, cuencos	LÓPEZ, BELMONTE Y DE MIGUEL (2006)
	II	2	♀ / ♂	Adulta / Adulto	1 botón, puñal	LÓPEZ, BELMONTE Y DE MIGUEL (2006)
	III	1	♂	Adulto	2 botones, puñal	LÓPEZ, BELMONTE Y DE MIGUEL (2006)
	IV	2	♀ / ♂	Adulta / Adulto	4 botones, puñal, punzón, vaso carenado, cuenco	LÓPEZ, BELMONTE Y DE MIGUEL (2006)

Figura V.2.132. Tabla con los enterramientos argáricos con botones de perforación en V de los que se conocen datos acerca del sexo y edad de los inhumados.

el ajuar y los restos óseos identificables a menudo están mezclados y en general demasiado revueltos.

Con respecto al marco cronológico, para el ámbito argárico se asumieron fechas antiguas en general para el consumo de este tipo de objetos, tanto por parte de H. Schubart (1979: 298) como de V. Lull (1983: 214). Sin embargo, los datos proporcionados por las tumbas de la Illeta dels Banyets y especialmente las dataciones radiocarbónicas obtenidas permiten constatar el consumo de botones también en los momentos que se han considerado de plenitud en el desarrollo de la sociedad argárica. Ello, al menos, en lo que respecta a la parte más oriental del territorio de El Argar, pues es perfectamente posible que el consumo de botones de perforación en V, extendido al principio por todo el ámbito argárico, se viese luego eclipsado en unas determinadas zonas antes que en otras, de modo que en algunas áreas periféricas se continuaran consumiendo cuando en otras habían desaparecido ya.

Hasta hace poco la única fecha con que contábamos para estratos claramente argáricos, en los que se hubieran registrado botones de perforación en V, era la del nivel IIIA del Cerro de la Virgen, obtenida a partir de una muestra de madera de un poste de sustentación de la tumba 14. La datación, bastante antigua, fija la cronología de este nivel *ca.* 2135 cal BC, fecha que se ha considerado un tanto elevada (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996: 124). En cambio, la fecha –Beta-

188927– obtenida en la tumba III de la Illeta dels Banyets, que contenía a un individuo acompañado de un ajuar compuesto por un puñal de remaches de grandes dimensiones y más de una cincuenta de botones de perforación en V sitúa la inhumación en 3500 ± 40 BP (con un 68% de probabilidad [1σ], entre 1890 y 1750 cal BC) y todavía más reciente es la fecha que ha proporcionado el individuo con el que se asociaban un botón y un puñal con un aplique de marfil en el mango, hallado en el interior de una inhumación doble –tumba I–, pues ésta (Beta- 188926) se remonta a 3360 ± 50 BP (con un 68% de probabilidad [1σ] entre 1880 y 1720 cal BC).

Sin duda estas dataciones no dejan de tener gran relevancia pues, al menos para la zona más oriental del ámbito argárico, vendrían a señalar inequívocamente la vigencia del consumo de botones de perforación en V en el lapso temporal tradicionalmente asociado al “Bronce Pleno” o “Argar B” –entre *ca.* 1900 y *ca.* 1650 cal BC (MOLINA GONZÁLEZ y CÁMARA SERRANO, 2004: 457)– o a la “etapa clásica” correspondiente a las Fases III- IV propuestas por P. Castro, V. Lull y R. Micó (1996: 125) –entre *ca.* 1960 y *ca.* 1700 cal BC.

En conclusión, parece posible seguir manteniendo la cronología antigua del consumo de botones en el ámbito argárico, principalmente en base a la datación radiocarbónica del nivel IIIA del Cerro de la Virgen y de la posición estratigráfica de la tumba en fosa del

corte L del Cerro de las Viñas y, en menor medida, del ajuar que acompañaba a los botones localizados en esta última sepultura. Existen, así mismo, indicios suficientes como para considerar también la continuación en el consumo de este tipo de producto en etapas posteriores del desarrollo del Grupo Argárico, tal y como ponen de manifiesto la datación de las tumbas de la Illeta dels Banyets y también los elementos de ajuar aparecidos en una de ellas, cuyas relaciones con el Mediterráneo Oriental resultan altamente significativas (LÓPEZ, BELMONTE y de MIGUEL, 2006).

La desaparición de los botones de perforación en V del registro artefactual argárico debe iniciarse probablemente a partir de *ca.* 1700 cal BC, y casi con total seguridad a partir de *ca.* 1500 cal BC, sin duda reemplazados por el nuevo repertorio de objetos de adorno que acompañó a la transformación de la sociedad argárica a partir de estos momentos y que se refleja también en otros muchos aspectos de la producción y del consumo sociales. Así parece insinuarlo la ausencia de este tipo de artefactos en contextos relacionados con actividades de producción y/o consumo de Cabezo Redondo, pues por ahora los tres únicos objetos de este tipo allí localizados (nº 35, 238 y 298) se han hallado en posiciones secundarias, formando parte de rellenos pertenecientes a momentos previos a la gran ocupación vinculada a la Fase IV de nuestra propuesta.

Fuera de lo que constituye el área argárica, la cronología del tipo parece más o menos similar, y con un comportamiento parecido en cuanto a la existencia de una primera etapa –aproximadamente correspondiente a nuestra Fase I y tal vez también Fase II– en la que no existiría aún un modelo normalizado de consumo y en el que hallaríamos en contextos contemporáneos piezas de todos los tipos Q1, para después asistir a una progresiva normalización de la producción y consumo del tipo Q13 en detrimento del resto. Este escenario es el que se infiere de la posición estratigráfica y de las dataciones que acompañan a conjuntos como los de la Lloma de Betxí, Picarcho o Acequiñ.

En ese mismo sentido, y con un carácter generalizado para todo el ámbito de estudio, esta aparente consolidación de distintas tradiciones en cuanto al consumo preferente de tipos distintos de artefactos –que interpretamos como expresión de gustos estéticos diferenciados entre el Grupo Argárico y los grupos arqueológicos de su periferia septentrional y oriental– se desarrolla paralelamente a una reducción considerable del tamaño de los productos consumidos, que aunque evidente en toda la gama de artículos manufacturados en marfil, se manifiesta de forma especialmente clara en el caso de los artefactos del tipo Q1. Así, mientras que en las fases I y II sería común hallar objetos del tipo Q1 con volúmenes superiores a los 2 cm³ –y en ocasiones de forma muy amplia, como en los casos del Acequiñ y Molinos de Papel– durante la Fase III sólo algunos casos excepcionales parecen superar dicho umbral, siendo lo más habitual encontrar piezas

de entre 0,5 y 1,5 cm³. Algunos ejemplos nos pueden ilustrar claramente esta tendencia, como muestran las piezas de la Lloma de Betxí (nº 949) -5 cm³- y Picarcho (nº 1218) -2,8 cm³-, o las registradas en los niveles inferiores de Terlinques -3,3 cm³- y Morra del Quintanar -12,42 cm³-, no incluidos en nuestro catálogo (Fig. V.2.133)¹.

Tipo Q211

Mucho menos frecuentes que los artefactos del tipo Q1 son las barras prismáticas con acanaladuras, tradicionalmente interpretadas como piezas para la fabricación de botones prismáticos cortos del tipo Q132. En opinión de diversos autores (USCATESCU BARRÓN, 1992: 97; PASCUAL BENITO, 1995: 27; BARCIELA GONZÁLEZ, 2006: 104) estas barras se encontrarían en proceso de preparación para la obtención de tales piezas, y su presencia en el registro arqueológico evidenciaría, por tanto, la existencia de áreas de actividad relacionadas con la producción de artefactos del tipo Q132 (FERNÁNDEZ MIRANDA, FERNÁNDEZ POSSE Y MARTÍN, 1990: 362).

Se debe, no obstante, señalar su presencia en algunos contextos funerarios peninsulares, como por ejemplo en la Cova de Can Sadurní, en el Garraf barcelonés (BLASCO *et al.*, 1982: 22, lám. III) y especialmente en la sepultura de los Molinos de Papel, en Caravaca, donde dos de estas piezas aparecían depositadas junto al brazo derecho del difunto. En todo caso, es incuestionable que la gran mayoría de los ejemplares hasta ahora conocidos dentro de nuestro ámbito de estudio parecen haberse registrado siempre en contextos de habitación o, en todo caso, fuera de sepulturas. Ese es también el caso de las piezas incluidas por nosotros en el catálogo, procedentes de la Mola d'Agres y del Castellón.

Su relación con una sistemática de la producción de botones del tipo Q132 basada en el seccionado transversal de barras prismáticas de marfil se ha planteado con carácter general (PASCUAL BENITO, 1995: 27; BARCIELA GONZÁLEZ, 2006: 104) pero la posibilidad de que ocasionalmente artefactos de este tipo se utilizaran directamente como objetos de adorno se apoya, por su parte, en otras consideraciones.

En primer lugar, en la existencia de otros objetos elaborados en hueso con los que nuestro tipo Q2 ofrece una cierta relación, como los objetos prismáticos ranurados de la cueva de Picos Ramos, en Álava (FERNÁNDEZ ERASO, 1999: 107-108, fig. 1. 1-2) y, sobre todo, en la presencia en el registro de piezas en todo idénticas a las que analizamos pero que en su zona basal muestran las características perforaciones en V del tipo Q1, de manera que aparentemente se encontraban preparadas para engarzarse de manera similar a los botones. Ese es el caso de alguna de las piezas de El Argar reportadas por los Siret, pero también de otros objetos muy parecidos hallados en yacimientos del pirineo francés,

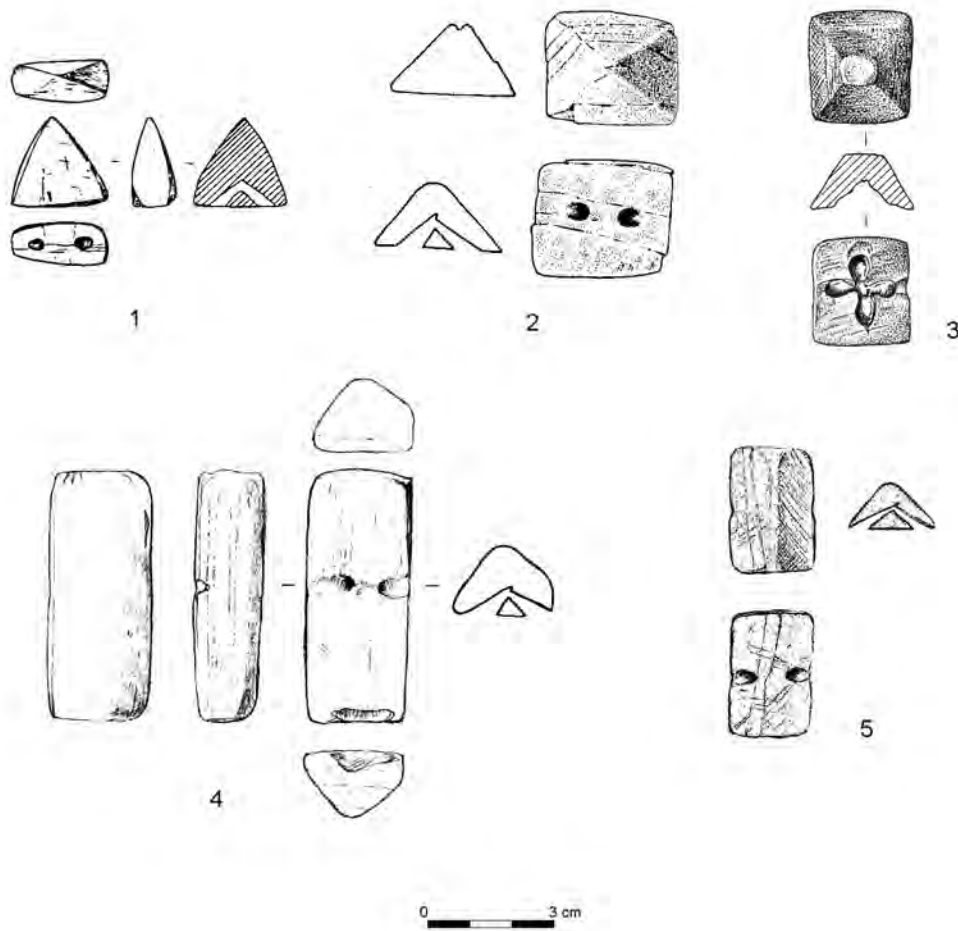


Figura V.2.133_Botones de la Fase I: 1. Arenal de la Costa; 2. Lloma de Betxí; 3. Picarcho; 4. Morra del Quintanar; 5. Terlinques.

como la Grotte de Sinsat (ARNAL, 1954: 258, fig. 2.1) o la Grotte d'Usson (GUILAINE, 1963: lám. 1.8). Por último se ha indicado también que alguno de los ejemplares citados ofrece señales claras de desgaste producido por rozamiento, análogas a las que en cualquier otro tipo de objeto se reconocerían como debidas al uso (FERNÁNDEZ ERASO, 1999: 109). Es precisamente el caso de la pieza nº 1093 del Castellón, que muestra un cuidadoso redondeado en el extremo sorprendente en una preforma prismática destinada a la obtención de artefactos del tipo Q132, que debería presentar planos vivos de corte y no superficies pulidas.

Por todas estas razones, somos de la opinión de que estas piezas pudieron en ocasiones constituir objetos en sí mismos, y ser usadas probablemente cosidas a ropajes u otros elementos de la indumentaria por el sencillo método de pasar el hilo a través de las ranuras perpendiculares realizadas rítmicamente a lo largo de su eje longitudinal. Ello no sería tampoco obstáculo para que al arbitrio de su poseedor pudiesen también dividirse para proporcionar objetos similares pero de dimensiones más reducidas, algo que por otro lado

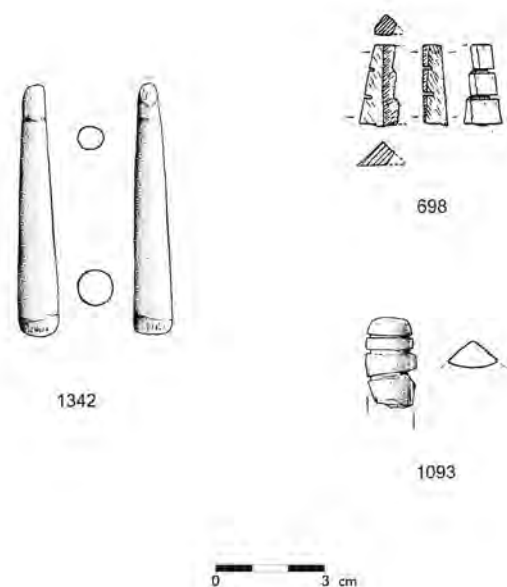


Figura V.2.134_Artefactos del tipo Q211 de la Mola d'Agres (nº 698) y El Castellón (nº 1093) y artefacto del tipo Q311 del Tabayá (nº 1342).

está también atestiguado en el caso de los artefactos del tipo Q131 (BARCIELA GONZÁLEZ, 2006: 74). La existencia de algunos ejemplares que en la zona basal presentan también perforaciones en V abundan en esta misma dirección.

A pesar de estar presente en yacimientos argáricos como la Bastida de Carrascoy (AYALA JUAN, 1986: 313) o el propio El Argar (SIRET y SIRET, 1890: lám. 25.43 y 45), es cierto que resulta un tipo aparentemente más abundante en el ámbito periférico, como parece desprenderse de su localización en la Morra del Quintanar y el Acequión (FERNÁNDEZ- MIRANDA *et al.*, 1994: 266), además de las procedentes de la Mola d'Agres (nº 698) y del Castellón (1093). Si bien no disponemos en todos los casos de información contextual precisa, resulta clara la asociación de todas estas piezas con momentos correspondientes a la Edad del Bronce, con excepción hecha de las halladas en El Argar, de las que sólo sabemos que se localizaron fuera de las sepulturas. En cualquier caso, parece plausible proponer una cronología amplia para estas piezas, cuyo consumo es muy probable que se retrotraiga en nuestra zona de estudio a los inicios del II milenio cal BC, como probablemente vendrá a corroborar las dataciones de la sepultura de Molinos de Papel, dada su posición estratigráfica en el yacimiento.

Tipo Q311

Un último tipo de producto reconocido por nosotros entre los artefactos relacionados con el ornato de ropajes y la decoración de vestidos son las barras fusiformes de marfil con pequeños entallados en los extremos, que muy probablemente puedan estar relacionados con el tipo K311a, y del que se diferenciaría básicamente por el empleo de un medio alternativo al de la perforación para ser sujetado o suspendido. En cualquier caso, es posible que tal característica también pueda encerrar un uso un tanto diferente del de aquéllas quizá empleadas de un modo más explícito como colgantes antes que como aderezos de trajes.

Ciertamente la consideración de los objetos del tipo Q311, de los que sólo hemos registrado un único ejemplar, como elementos ornamentales para vestidos se debe a las señales de tinciones que la pieza en cuestión conserva, y que hemos podido asociar en algún caso con señales de rozaduras que interpretamos como resultado de la fricción producida por un hilo que, por otro lado, debió estar teñido con algún tipo de sustancia colorante. Gracias al análisis espectrográfico realizado en la Universidad de Mainz, y al que hemos tenido acceso gracias a la amabilidad de T. Schuhmacher, ha podido determinarse que tal sustancia era con toda probabilidad sulfuro de mercurio.

De acuerdo con el trazado y orientación que muestran las líneas conservadas en sus superficie, no es posible determinar con total seguridad si la pieza estuvo o no completamente cosida a una tela o se llevó sus-

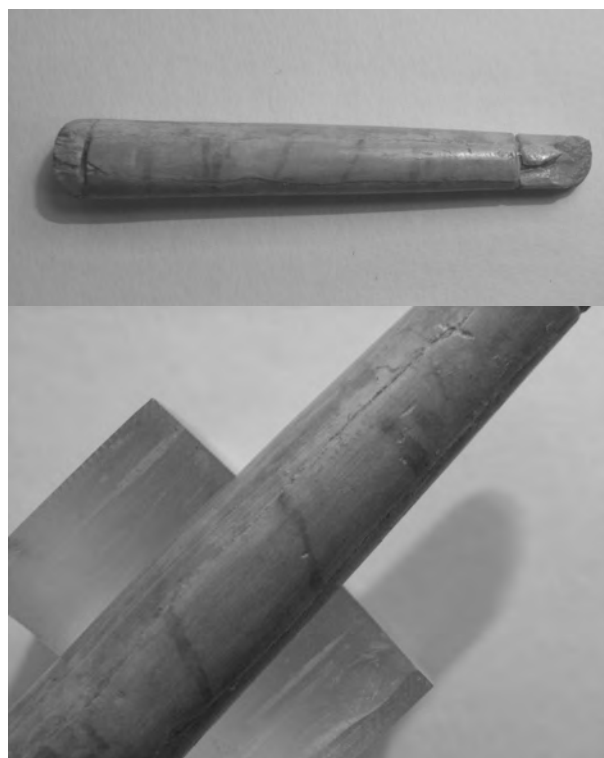


Figura V.2.135_Pieza nº 1342 del Tabayá, con un detalle de las coloraciones rojizas en forma de líneas que la circundan.

pendida de un cordel enrollado a su alrededor y firmemente sujeto a los extremos en las ranuras abiertas allí mediante algún tipo de afilado instrumento metálico. En el momento de escribir estas líneas, nos inclinamos más por la segunda posibilidad, ya que aunque no resulta posible seguir el torneado de las tinciones de manera que pueda reconocerse un trazado continuo del hilo, de haber estado completamente cosida a un paño la pieza no debería mostrar ninguna señal al menos en una de sus caras. Consideramos probable, sin embargo, que el objeto se dispusiera cosido firmemente en los extremos pero sólo rodeado por el hilo en la zona mesial, posiblemente conformando algún tipo de adorno en alguna parte no por ahora no determinada de un traje o vestido.

El hecho de que no contemos por ahora con otros objetos claramente comparables a esta pieza del Tabayá impide que podamos profundizar en su contextualización cronológica o en detalles relacionados con los patrones de producción y consumo con los que estuvo vinculada. Tan sólo podemos afirmar que apareció en un yacimiento argárico y en niveles que la sitúan aproximadamente en momentos contemporáneos de nuestra Fase III.

2.2.4. Clase N. Peines y peinetas

El hecho de que en la actualidad nos resulte imposible separar de forma adecuada los artefactos

destinados a peinar y acicalar el cabello –peines– de aquéllos destinados exclusivamente a sujetarlo y adornarlo –peinetas– justifica la integración provisional en un mismo grupo de unos y otras. A falta de análisis traceológicos que permitan discernir con mayor rigor la funcionalidad específica de cada tipo, creemos que a tenor de la materia prima empleada en la elaboración de los productos inventariados por nosotros –marfil en todos los casos– posiblemente habría que incluirlos entre las peinetas. Consideramos que este rasgo no es suficiente, sin embargo, para tal adscripción, independientemente de que los artefactos de los que tratamos probablemente fueron usados a la vez e indistintamente como peines y como peinetas.

Dos son los tipos que constituyen el grupo N de peines y peinetas –N111 y N211– diferenciándose éstos básicamente por la presencia de calados en el extremo proximal en el caso del primero y por presentar superficies profusamente decoradas en el segundo. Tanto uno como otro tipo se ilustran con ejemplares únicos en nuestro catálogo, si bien ambos presentan, como veremos, acusadas semejanzas con productos similares del Mediterráneo y de la Península Ibérica localizados en contextos arqueológicos contemporáneos. Ambos, además, se caracterizan por su pequeño tamaño y por estar elaborados en marfil, lo que sin duda los relaciona directamente con un consumo elitista que al menos para el tipo N111 podemos además constatar a partir del registro arqueológico.

Tipo N111

Se trata éste del que podríamos considerar el tipo de peine –o peineta– genuinamente argárico, puesto que la gran mayoría de los ejemplares conocidos se vincula claramente con ámbitos de consumo –tanto domésticos como funerarios– relacionados de forma más o menos directa con el área territorial argárica. Ya sea elaborado en madera –El Argar (tumba 245) y El Oficio (tumba 200) (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 47 y 63)–, en hueso –Fuente Álamo (SCHUBART, PINGEL y ARTEAGA, 1993: 9)– o en marfil –Fuente Álamo (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 65. 62)– su morfología y diseño general lo hacen perfectamente distinguible, definiéndose por su pequeño tamaño –que a juzgar por los ejemplares más completos ronda los 5,5 cm de longitud por 4,5 cm de anchura– y por los agujeros que en forma de calados circulares y siempre en número de dos, aparecen dispuestos en su extremo proximal. Estos agujeros, de un diámetro aproximado de 1 cm, aparecen separados entre sí por una distancia que a partir de los ejemplares conocidos oscila entre apenas 1 cm –como el hallado en la tumba 245 de El Argar (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 47)– y los aproximadamente 3 cm del localizado en las excavaciones antiguas de Fuente Álamo (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 65. 62).

Nos hallamos, por tanto, ante un artefacto con un alto grado de normalización y un diseño perfectamen-

te definido. El ejemplar localizado en el yacimiento de Cabezo Redondo, que constituye el más septentrional de los registrados hasta el momento, no escapa tampoco a ese canon establecido (Fig. V.2.136).

Se trata posiblemente del ejemplar mejor conservado de la Península Ibérica, y de acuerdo con lo que puede observarse a escala macro y mesoscópica se obtuvo de una lámina longitudinal de colmillo, sin que sea posible precisar de qué parte en concreto fue extraída. Algunas líneas aún claramente observables sobre sus superficies anterior y posterior evidencian el empleo de reglas e instrumental metálico para la elaboración de los finísimos dientes, de poco más de 1 mm de anchura.

Independientemente del material en que fueron elaborados, todo parece indicar con claridad que el consumo de este tipo de artefactos, restringido por ahora exclusivamente al ámbito argárico y a su área de influencia más directa, se circunscribe también desde un punto de vista cronológico a las fases III y IV, en una horquilla que aproximadamente iría desde *ca.* 1700 cal BC hasta *ca.* 1300 cal BC, de acuerdo con lo que cabe inferir del material que acompaña a estos peines en los enterramientos argáricos documentados y los datos registrados en Cabezo Redondo.

Tipo N211

El segundo de los tipos discriminado entre el grupo de peines o peinetas inventariado por nosotros escapa en muchos aspectos a la morfología del tipo N111, no tanto en lo que respecta al tamaño –también pequeño– como en cuanto a la ausencia de calados –al menos por lo que es posible deducir del único y fragmentario ejemplar conservado– y sobretodo por la presencia de una profusa decoración en ambas caras de la pieza a base de líneas incisas formando bandas horizontales, verticales y oblicuas con puntos y motivos geométricos.

A diferencia de lo que ocurre con el tipo anterior, en este caso apenas existen ejemplares peninsulares con los que poder relacionar morfológicamente este tipo, pero en cambio son muchos los aspectos que permiten vincularlo con producciones del Mediterráneo central y occidental entre las que más adelante buscaremos referencias. La única pieza incluida en este tipo procede del yacimiento de la Mola d'Agres, y fue dado a conocer hacia finales de la década de 1980 por M. Gil-Mascarell y J. L. Peña (1989: 141. Fig. 8) (Fig. V.2.137 y 138). Según se desprende de la descripción de los autores, fue hallada en la terraza sudoriental del yacimiento, una zona caracterizada por la escasa superficie con sedimento arqueológico conservado y el alto grado de alteración del mismo, lo que hace aparecer juntos objetos de distintas cronologías. Formando parte de ese conjunto heterogéneo se hallaron también cerámicas características del Bronce Final- Hierro Antiguo así como una fíbula *ad ochio* que diversos au-

tores han relacionado directamente con producciones sículas (GIL-MASCARELL y PEÑA SÁNCHEZ, 1989; Simón García, 1998).

El fragmento presenta unas reducidas dimensiones, de apenas 3 cm de altura por aproximadamente 1,8 cm de anchura conservadas, elaborado sobre una delgada lámina de marfil de apenas 0,4 cm de espesor. El elaborado esquema decorativo desarrollado en ambas caras de la pieza por medio de finas incisiones resulta sin duda su rasgo más sobresaliente, que lo convierte además en un objeto extraordinariamente singular en el registro arqueológico de la Península. La superficie decorada queda delimitada por dos bandas horizontales de cuadrados rellenos con líneas dispuestos de forma oblicua y enmarcados por dos líneas longitudinales. Entre ambas bandas se desarrolla el motivo principal que, debido al estado fragmentario de la pieza, desgraciadamente apenas podemos más que intuir. Éste parece consistir en dos áreas decorativas con motivos basados en líneas oblicuas separadas por dos bandas perpendiculares de puntos delimitados por líneas longitudinales.

La localización de la pieza en el estrato I del Sector V, junto con otros objetos cerámicos y metálicos que apuntan a una cronología del I milenio cal BC, sitúa este artefacto si no completamente fuera, sí en los lindes mismos de nuestro ámbito de estudio. Sin embargo, como más adelante podremos comprobar, constituye también una prueba de la continuación de unos contactos muy estrechos entre el Levante peninsular y los grupos del norte de Italia y del área noroccidental del Mediterráneo. Creemos que en este sentido abunda el hallazgo de una pieza muy similar, dado a conocer en fecha reciente, de Pic dels Corbs (BARRACHINA IBÁÑEZ, 2009: 49. Fig. 9).



Figura V.2.136_Peine del tipo N111 hallado en el Departamento XXIII de Cabezo Redondo.



Figura V.2.137_Peine del tipo N211 hallado en el Sector S de la Mola d'Agres (Foto: Archivo Gráfico del MARQ).

2.3. Artefactos de uso no determinado

Para una cierta cantidad de los objetos óseos incluidos en nuestro catálogo no ha sido posible proponer ninguna hipótesis acerca del tipo de consumo al que pudieran haber estado orientados que se haya considerado suficientemente contrastada. Por supuesto, es de esperar que en el futuro el análisis de las huellas observadas en estos objetos o nuevos datos relativos a los contextos en que se localicen, asociados a otros elementos del registro arqueológico, permitirán proponer hipótesis que vayan situándolos de forma más correcta en el marco del consumo y de las prácticas sociales en que estuvieron involucrados.

Se trata de un conjunto relativamente heterogéneo, en el que hallamos desde huesos meramente perfora-

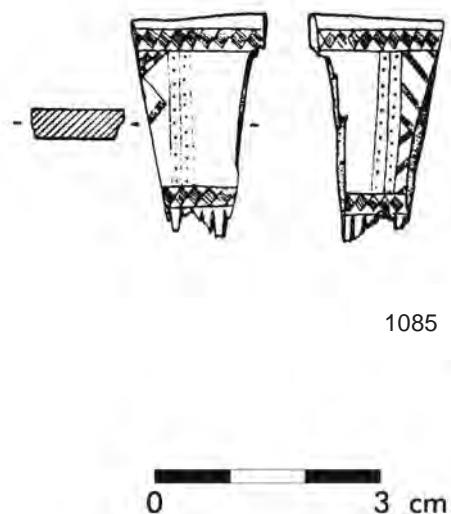


Figura V.2.138_Peine del tipo N211 hallado en el Sector S de la Mola d'Agres (según Gil- Mascarell y Peña Sánchez, 1989: 141, fig. 8).

dos a porciones de materia ósea altamente transformada y modificada. Su clasificación se ha realizado atendiendo a una serie de características morfológicas en virtud de las cuales se han separado en: piezas perforadas –tipo D1-, piezas decoradas –tipo D2- y piezas de morfología geométrica, altamente transformadas – tipo D3.

2.3.1. Clase D. Indeterminados

Dentro de cada grupo se ha mantenido el criterio de valorar, de forma teórica, el grado de transformación del soporte óseo empleado como rasgo distintivo de los diferentes tipos individualizados.

El primero de los grupos propuestos es el D1, referido a los artefactos de uso indeterminado caracterizados por presentar una o más perforaciones (Fig. V.2.139). Se trata de un conjunto relativamente numeroso, entre el que se ha distinguido, primeramente, un grupo de objetos –D11- elaborados sobre huesos a los que apenas se ha modificado su morfología, pero que presentan en todos los casos perforaciones relacionadas con señales de desgaste que no resultan demasiado clarificadoras, no obstante, respecto del tipo de actividad con la que estaban relacionados.

Tipo D111

El primero de los tipos individualizados corresponde a una falange II de équido perforada perpendicularmente con respecto al eje longitudinal, en una zona próxima a la epífisis distal del hueso. La pieza procede al parecer de los niveles superiores del yacimiento del Castellón, sin que se disponga de más detalles acerca del contexto en el que fue recuperada.

Desconocemos piezas semejantes registradas en yacimientos de cronología análoga a la que presenta este objeto, si bien una falange perforada, pero en sentido transversal a la misma, fue hallada por W. Schüle (1980: lám. 27.V.2665) en el nivel IIA del Cerro de la Virgen.

Tipo D112

Tal vez relacionados con los artefactos del tipo anterior encontramos otros huesos apenas modificados en su anatomía o no modificados en absoluto que presentan una serie de perforaciones, por lo general de diámetro cercano a los 5 mm, cuya característica principal es su trayectoria aproximadamente convergente. Éste es exactamente el caso de la pieza incluida en nuestro catálogo, hallada en la Peña de Sax –nº 1174– pero carente por completo de información contextual. Por esta última razón, podría plantearse su pertenencia a niveles arqueológicos correspondientes a la ocupación medieval del asentamiento.

Sin descartar, por el momento, tal posibilidad, hemos tenido en cuenta la existencia de otros objetos de

parecida factura localizados en yacimientos alicantinos y baleáricos que podrían apuntar una cronología prehistórica similar, centrada básicamente en el último tercio del II milenio cal BC. La primera es un objeto elaborado sobre una diáfisis de gran tamaño seccionada longitudinalmente hallada en las excavaciones realizadas por V. Pascual en la Cova d'En Pardo, en Planes (SOLER DÍAZ, 2002 [vol II]: 207. Lám. 85. 13). El yacimiento, que presenta evidencias materiales de su ocupación durante el denominado “Bronce Tardío” y durante el Bronce Final (MATA, MARTÍ e IBORRA, 1996; SOLER DÍAZ *et al.*, 1999) fue ocupado también, siquiera de forma esporádica, durante los siglos XII y XVI. Un objeto similar al localizado en la cueva alicantina fue encontrado similar encontrado en la cueva XI del yacimiento de Cales Coves (GUERRERO AYUSO, 2007: 372. Fig. (5)11. 4), una necrópolis correspondiente al Bronce Final de la isla de Menorca (VENY, 1982, 67. Fig 33.19). En cualquier caso, creemos que quedan en pie reservas suficientes como para contemplar todavía la posibilidad de que no se trate de un tipo de artefacto óseo de cronología prehistórica.

Tipo D113

Del que no caben dudas acerca de su cronología es de la única pieza que hemos asignado al tipo D113, hallada en Terlinques –nº 1361– y elaborada a partir de una falange de ovicaprino a la que se dotó de una perforación o ranura en el extremo distal y unas entalladuras en el proximal, posiblemente destinadas a sujetarla por medio de un cordel enrollado. No hemos encontrado piezas similares ni en los conjuntos artefactuales analizados por nosotros ni tampoco en los publicados en la bibliografía consultada, ni parece posible atribuirle, por otro lado, una función determinada. Por referencias etnográficas un tanto vagas, cabría en todo caso apuntar la posibilidad de que se tratara de un silbato.

Tipo D121

A diferencia de los tipos anteriores, los objetos del grupo D12 y D13 presentan perforaciones pero no conservan ya partes anatómicas reconocibles. El tipo D121 está por ahora integrado por una única pieza, localizada en el Cerro de El Cuchillo –nº 426– y elaborada a partir de la pared diafisaria lateral de una costilla de bóvido. No hemos hallado hasta el momento piezas óseas de similar factura en el registro contemporáneo del cuadrante sudoriental de la Península Ibérica, y las afinidades morfológicas más estrechas se establecen, en cambio, con las placas líticas perforadas en los extremos, interpretadas en ocasiones como afiladeras para instrumentos metálicos. En todo caso, para algunos investigadores (BARCIELA GONZÁLEZ, 2006: 129) se trataría de un artefacto final, relacionado con las placas de marfil perforadas que hemos incluido en tipo K331.

Tipo D131

Por último, en el tipo D131 hemos incluido un objeto hallado por J. M. Soler en Cabezo Redondo, muy incompleto y alterado térmicamente, elaborado con una porción longitudinal de varilla de asta de cérvido. En uno de sus extremos se aprecia la existencia de una perforación, suponemos que relacionada con la suspensión de la pieza por medio de un cordaje que pasara a través de ella, aunque debido al estado de conservación del objeto no nos atrevemos a proponer firmemente tal hipótesis, en especial teniendo en cuenta la abundancia de las perforaciones en el regis-

tro de Cabezo Redondo vinculadas con los sistemas de enmangado de artefactos mediales en asta de cérvido.

Tipo D211

El grupo D2 de artefactos de consumo indeterminado se compone de objetos cuya característica común es la de presentar superficies decoradas, fundamentalmente mediante distintas técnicas de incisión. Continuado con el criterio establecido con respecto a la ordenación de los tipos, la primera de las piezas considerada, incluida en el tipo D211, es un metapodio de ovicaprino con dos bandas incisas rellenas de

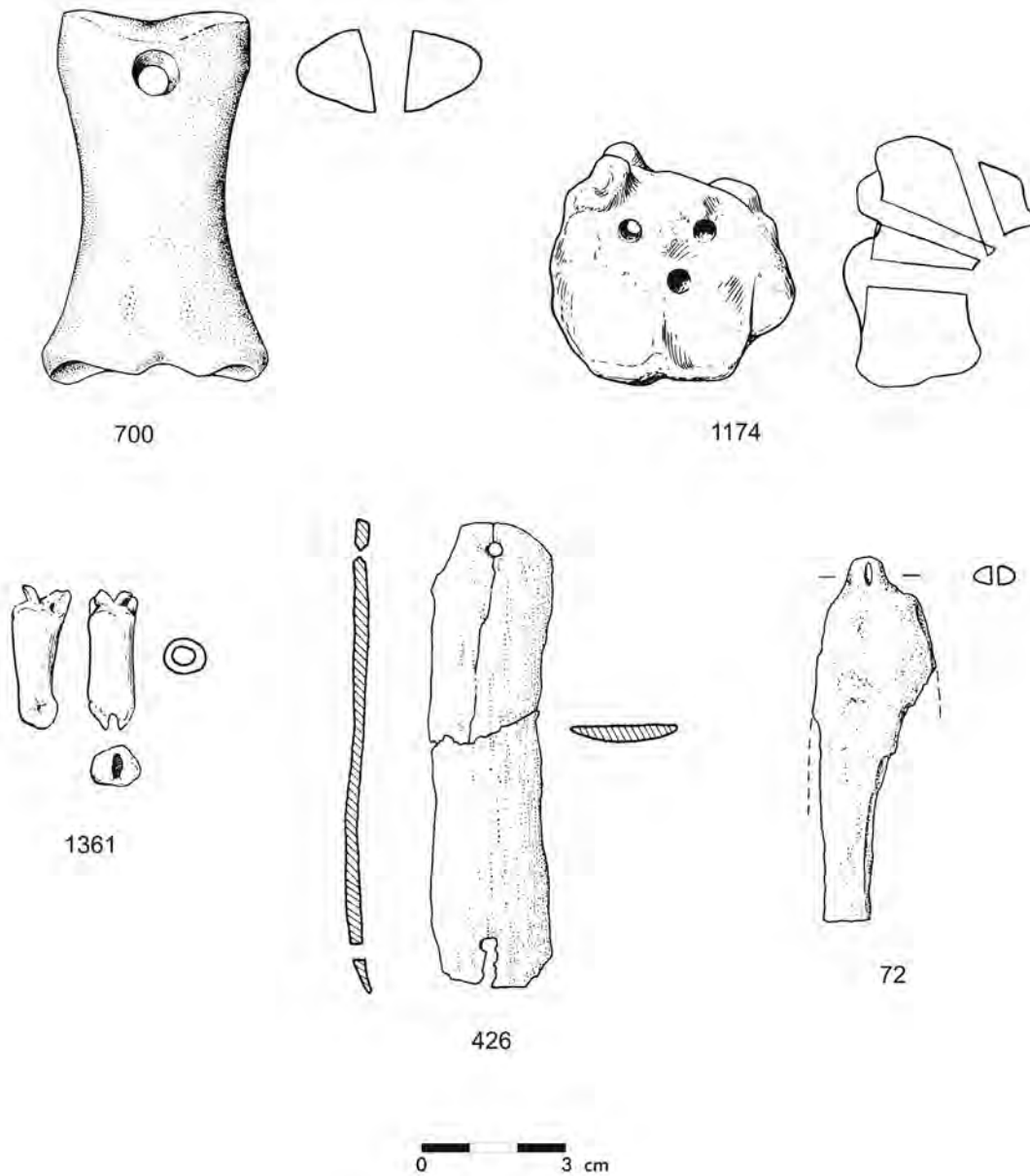


Figura V.2.139_Artefactos de los tipos D111 -nº 700-, D112 -nº 1174-, D113 -nº 1361- y D121 -nº 426- y D131 -nº 72- de los yacimientos del Castellón, Peña de Sax, Terlinques, Cerro de El Cuchillo y Cabezo Redondo.

aspas ubicadas en la zona de contacto de las epífisis y la diáfisis del hueso, hallado en Mas de Menente por F. Ponsell, quien junto con L. Pericot daría cuenta del hallazgo en un trabajo conjunto (PERICOT GARCÍA y PONSELL CORTÉS, 1928: 8. Fig. 9) en el que sin embargo no se indica ningún detalle sobre el lugar en el que fue encontrado.

Resulta a todas luces un elemento un tanto extraño en el conjunto artefactual analizado, no sólo en lo que respecta al propio yacimiento del que procede, sino también al conjunto general del área de estudio. De no tratarse de una pieza en proceso de elaboración, inconclusa, por tanto, en cuanto a su diseño definitivo; o de una creación singular realizada de manera espontánea por algún individuo y, por consiguiente, carente de significación social e irrelevante para los objetivos de nuestro estudio, podría también constituir un objeto “falso”. En este sentido llama sin duda la atención la afinidad de los motivos en aspa con los que aparecían sobre los huesos y astas decoradas del Bancal de la Corona y del Mas d’Is, en Penáguila (BALLESTER TORMO, 1949: 125- 126. Lám. XXIX y XXX), los cuales formaron parte de una de las falsificaciones arqueológicas más célebres de la prehistoria valenciana.

Tipo D221

La pieza que constituye nuestro tipo D221 es un pequeño fragmento de marfil hallado en el Departamento II de Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1987: 26). Quemado y sumamente alterado, a pesar de sus reducidas dimensiones puede observarse que, tal y como ya fue reconstruida por J. M. Soler (1965: 36, f. 11.2 y lám. LIX.2), se trata de parte de una pieza discoidal de marfil decorada con círculos de triángulos con el vértice apuntando hacia el centro.

Como podremos comprobar más adelante, ante la ausencia de referentes peninsulares con los que poner en relación este objeto y el motivo decorativo que lo adorna, existen en cambio argumentos que permiten vincular esta pieza con el área centro-mediterránea, y muy especialmente con la zona del centro y norte de la Península Itálica. Atendiendo a éstos últimos, cabría especular con la posible naturaleza del propio objeto, ya que podría tratarse tanto de un botón –posibilidad por la que ya en su momento se decantó el propio J. M. Soler (1987: 45)- como de una tapadera para algún tipo de recipiente cilíndrico, opción que por el momento consideramos igualmente válida. Sin embargo, no creemos posible aventurar nada en este sentido debido a lo escaso de la porción conservada, razón por la que en su momento tomamos la decisión de incluir la pieza dentro de la clase D de artefactos de uso indeterminado.

Tipo D231

La última de las piezas del grupo D2 considerada es un cilindro de hueso procedente de Cabezo Redon-

do –nº 216– elaborado a partir de una diáfisis de fémur de bóvido o suido de gran tamaño. Perfectamente aseado en los extremos, se encuentra cubierto casi por completo de incisiones que, aparentemente en desorden, recorren su perímetro entrecruzándose unas sobre otras. No somos capaces en estos momentos de precisar la causa de tales incisiones, aunque nos inclinamos a pensar que se deban al uso al que estuvo destinado este artefacto. Otra cosa distinta es, en cambio, aventurar cuál pudo haber sido éste. Entre las posibilidades que podrían plantearse, y dada la inexistencia en el registro artefactual anterior a ca. 1500 BC de piezas semejantes en tamaño y factura, podríamos proponer como hipótesis que se tratara de un forro para el astil de madera de un taladro, sobre el que actuarían las cuerdas para general el movimiento rotatorio.

Tipo D311

El tercer y último grupo de los artefactos de la clase D corresponde a piezas de uso indeterminado con un alto grado de transformación, que las ha dotado de una morfología general cercana a las geometrías más básicas. Los dos únicos tipos identificados por el momento se han diferenciado por el material en el que se encuentran elaborados.

La primera –nº 322– es una barra de morfología pseudo-cilíndrica, con señales oblicuas muy marcadas y de origen incierto que cubren una de las caras. Probablemente está elaborada sobre una varilla de asta de cérvido o sobre una pared diafisaria de grosor apreciable. Desconocemos a qué tipo de consumo pudo estar destinada, si bien no creemos que se trate de un elemento de adorno, sino que debe tratarse de una parte de alguna clase de artefacto más complejo, cuya utilidad se nos escapa.

Tipo D312

El último de los tipos identificados corresponde a un objeto del que, en función del material seleccionado para su realización, cabe suponer que debió estar relacionado de algún modo con el ornato de personas o, más probablemente, de artefactos, si bien no nos ha sido posible por el momento concretar ninguna propuesta teórica al respecto. De hecho, se nos antoja difícil incluso establecer si se trata propiamente de un artefacto o si nos hallamos ante algún tipo de preforma relacionada con la producción de una determinada clase de adorno.

Se trata, como puede apreciarse, de una especie de pastillas cuadrangulares de marfil, de las que contamos con al menos dos ejemplares localizados, al parecer, en ambientes cronológicos semejantes, y a una relativamente corta distancia uno del otro. El primero –nº 24– procede del Cabeço del Navarro, y el segundo –nº 1099– se halló entre los productos y desechos de elaboración localizados en la Mola d’Agres, en niveles

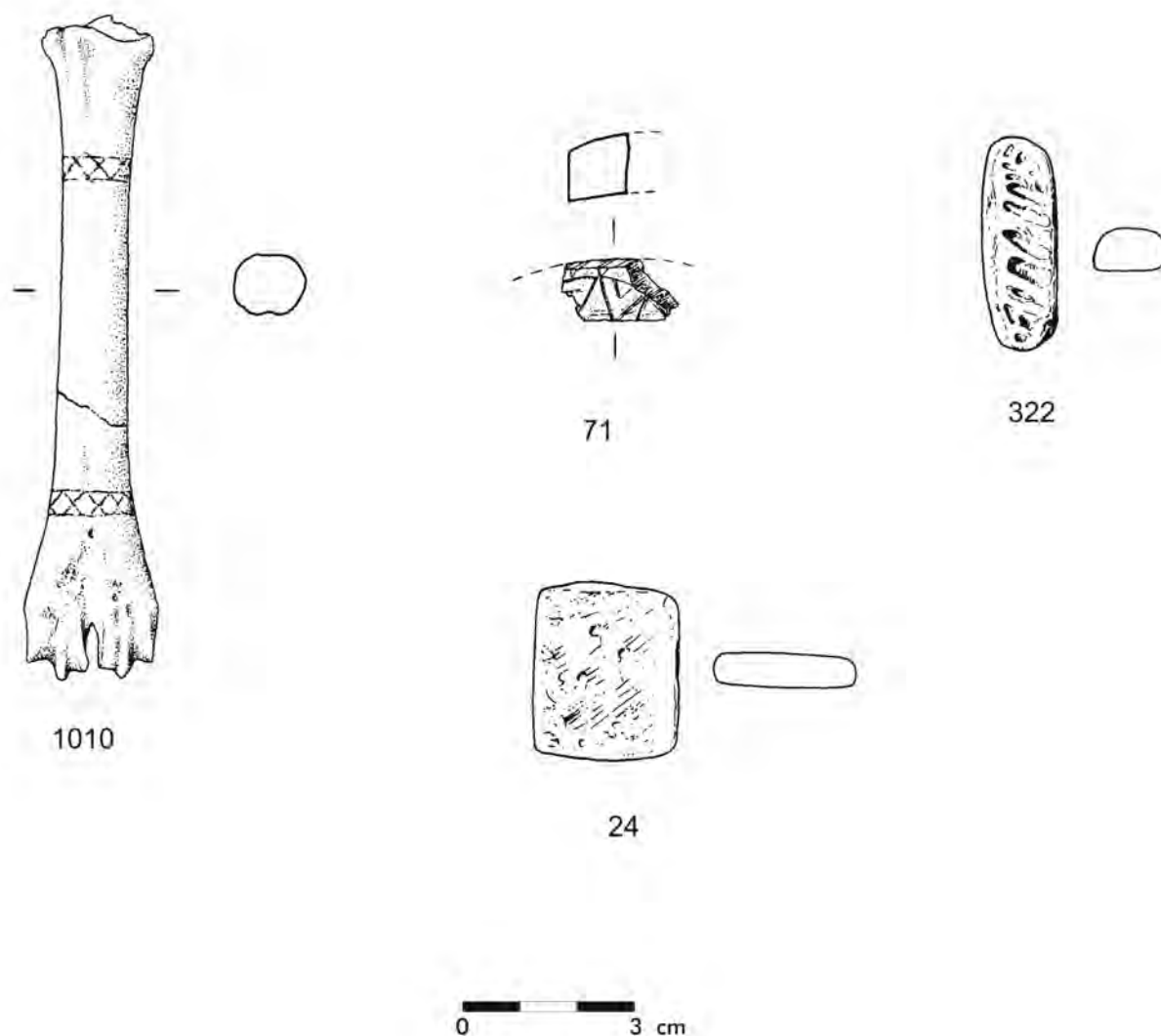


Figura V.2.141_Artefactos de los tipos D211 –nº 1010–, D221 –nº 71–, D311 –nº 322– y D312 –nº 24– de los yacimientos de Mas de Menente, Cabezo Redondo y Cabezo del Navarro.

atribuidos al segundo tercio del II milenio BC, aproximadamente. Es posible que se trate de algún tipo de aplique, quizá de incrustación para el adorno de algún tipo de artefacto de madera, hipótesis que se vería reforzada –al menos en el caso de la pieza del Cabezo del Navarro, directamente analizada por nosotros– por la presencia de señales de uso o desgaste. No obstante, también llama la atención que los dos únicos ejemplares hasta ahora localizados procedan de dos conjuntos indiscutiblemente ligados a la presencia de áreas de producción de artefactos de marfil.

VI

LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS DURANTE EL III Y II MILENIO *cal BC* EN EL ÁREA CENTRAL DEL LEVANTE PENINSULAR Y ÁREAS LÍMITROFES

A lo largo de las páginas que anteceden hemos tratado de presentar los datos, primero, y de inferir después, a partir del registro, diferentes aspectos de la producción y el consumo de artefactos óseos en el seno de los grupos arqueológicos del cuadrante sudoriental de la Península Ibérica, a lo largo del proceso histórico que se desplegó entre el último cuarto del III milenio *cal BC* y el último cuarto del II milenio *cal BC*, aproximadamente.

En ese tiempo y en ese espacio se asiste, como ya se ha mencionado en los capítulos precedentes, a la génesis y consolidación del Grupo Argárico, por una parte, y a la creación y consolidación de los grupos arqueológicos de su periferia septentrional y oriental, entre los que puede contarse al Grupo del Prebético Meridional Valenciano, y los grupos del Llano Litoral Valenciano, la Serranía Turolense o el denominado aún “Bronce de La Mancha”.

La producción ósea ha jugado un papel propio en el desarrollo de las fuerzas productivas vinculado con el proceso histórico vivido en la zona. Por tanto, como ya planteábamos, su explicación nunca puede alcanzarse desligada de la del conjunto de aquéllas, ni tampoco fuera del marco de las relaciones sociales en las que se daba sentido a la producción y al modo en que se consumió lo producido. En las páginas siguientes trataremos de proponer una hipótesis que nos permita conciliar los resultados del análisis de los objetos óseos y sus contextos con el desarrollo del proceso histórico que se infiere del resto del registro arqueológico, y que expusimos en el capítulo III.

Como ya manifestábamos en el capítulo II, del análisis de las evidencias estratigráficas, de las fechas de radiocarbono obtenidas, y de los contextos que han permitido reconocer diferentes fases de ocupación en los yacimientos mejor investigados y publicados de la zona de estudio, se ha propuesto la existencia de una serie de fases arqueológicas, distribuidas a lo largo del intervalo temporal que abarcamos, que se inician hacia 2200 *cal BC* y

encuentran sus lindes cronológicas aproximadamente en torno a 1900 *cal BC*, 1700 *cal BC* y 1500 *cal BC*, respectivamente, para terminar en torno a 1200 *cal BC*.

Pero es necesario indicar en primer lugar que, desde el análisis de los indicios relacionados exclusivamente con el desarrollo de la producción y consumo de artefactos óseos no parece posible mantener una sintonía plenamente armónica con estas cuatro fases arqueológicas, sino que el intervalo cronológico quedaría integrado básicamente por dos etapas, separadas por una línea imprecisamente ubicada en torno a 1800- 1700 *cal BC*, que de forma aproximada vendría a unificar, por una parte, las fases I y II, y por otra, las fases III y IV, que expresan en dos bloques temporales separados el desarrollo de dos dinámicas diferentes en lo que respecta a calidad, cantidad y variedad de las materias primas óseas transformadas y de los artefactos producidos y consumidos, y a las técnicas e instrumentos de producción empleados.

Es por ello que este último capítulo se organiza en tres epígrafes, en los que detallaremos una serie de proposiciones teóricas que tratarán de dar cuenta, primero, de la dinámica productiva que parece inferirse del registro óseo anterior a *ca.* 2200 *cal BC*; después, de los cambios que aquélla presenta entre *ca.* 2200 *cal BC* y *ca.* 1700 *cal BC*; y para terminar, de las sustanciales transformaciones que se produjeron a partir de *ca.* 1700 *cal BC* y que se evidencian notoriamente en dicho registro y con especial claridad entre *ca.* 1500 *cal BC* y *ca.* 1200 *cal BC*.

1. TRADICIÓN E INNOVACIÓN. LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS ENTRE *ca.* 3500 *cal BC* Y *ca.* 2200 *cal BC*

Nuestro conocimiento de los fundamentos de la producción ósea anterior al intervalo cronológico que

aquí nos interesa, en el ámbito geográfico que constituye nuestra unidad de análisis, debe mucho al esfuerzo dedicado por J. L. Pascual (1998) y R. Maicas (2007) al estudio de los artefactos óseos del IV y III milenio cal BC de la zona centromeridional del Levante y el Sureste peninsulares. Junto a ellos, contamos con algunos trabajos menos extensos que han analizado en detalle otras partes más puntuales del registro (JARA ANDÚJAR, 1991, 1994).

A toda esta información podemos añadir ahora los datos obtenidos en nuestra propia investigación sobre diversos conjuntos pertenecientes a varios yacimientos cronológicamente ubicados en el intervalo comprendido entre *ca.* 3500 cal BC y *ca.* 2500 cal BC. Se trata de los asentamientos de Fuente de Isso, Figuera Redona y La Macolla, así como una porción sustancial del registro de la Ereta del Pedregal, que consideramos suficientemente representativa de su conjunto, analizado ya en su totalidad por J. L. Pascual (1998).

Basta un somero repaso a lo publicado hasta ahora para advertir que en su mayoría el registro óseo de este momento procede básicamente de dos tipos de contextos:

-una parte, la más importante en cuanto a número de efectivos y la que presenta una mayor proyección en la bibliografía (NIETO GALLO, 1959; BERNABEU AUBÁN, 1979; GARCÍA DEL TORO, 1986), procede de contextos funerarios y se halla fundamentalmente constituida por artefactos con un claro contenido socioideológico –como por ejemplo los llamados “ídolos”– o destinados al ornato personal –como las denominadas “varillas planas”, los alfileres decorados, colgantes, cuentas, etc.

-otra parte, procedente de los lugares de hábitat, se compone de un alto número de instrumentos –punzones, cinceles, alisadores, mangos, espátulas, etc.– que sólo desde fechas bastante recientes se acompañan de una adecuada información contextual, obtenida de yacimientos como Les Jovades (PASCUAL BENITO, 1993), Niuet (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 1994) y Arenal de la Costa (PASCUAL BENITO, 1993), pero que en su inmensa mayoría han sido registrados en deposiciones secundarias, rellenando silos amortizados o colmatando fosos u otras estructuras excavadas en el terreno, y no en el interior de unidades habitacionales bien delimitadas y menos aún conformando áreas de actividad reconocibles.

La situación parece cambiar significativamente en la zona del Sudeste, en donde en yacimientos como Almizaraque se presentan indicios de la existencia de áreas de actividad que denotan claramente un mayor grado de especialización en la producción de artefactos óseos de diverso tipo.

En efecto, tal y como se deduce de la revisión de la documentación Siret conservada en el Museo arqueológico Nacional, las casas 21 y 30 de Almizaraque bien podrían haber constituido una única unidad habitacional, y los productos óseos descubiertos en su interior,

ser resultado de los procesos de trabajo realizados en un área de actividad especializada en la producción y almacenamiento de productos con un claro contenido socioideológico, tales como los ídolos oculados, de los que se cuentan algo más de medio centenar en este punto, y el sandaliforme elaborado, al parecer, sobre un fragmento de cráneo de ballena (MAICAS RAMOS, 2007: 242- 243).

Por su parte, F. de Motos (1918: 16) refiere la existencia de un considerable número de productos de hueso y asta en el interior de una de las viviendas excavadas por él en el Cerro de las Canteras, en Vélez Blanco. Los datos que proporciona el autor respecto de utensilios aparentemente sin señales de desgaste o uso, piezas inacabadas y astas de ciervo, junto con afiladeras de piedra, podrían indicar también aquí la existencia de un área de actividad especializada en la producción ósea.

A falta de dataciones radiocarbónicas, el registro dado a conocer por F. de Motos permitiría ubicar cronológicamente el yacimiento en torno a la primera mitad del III milenio cal BC, aproximadamente en los mismos momentos en que cabe situar el taller de Almizaraque que al parecer no podría corresponder a la última fase del poblado (MAICAS RAMOS, 2007: 119).

Por consiguiente, aunque no pueden tampoco considerarse numerosas, en el ámbito del Sudeste situado a occidente del valle del Segura las evidencias sobre posibles áreas de actividad especializadas o talleres resultan más consistentes que lo que permite inferir el registro de la zona situada entre el Segura y la cuenca del Palancia, al Norte, en donde puede decirse que faltan por completo tanto áreas de actividad productiva especializadas como incluso zonas de concentración significativa de desechos que permitan inferir la presencia de ámbitos dedicados expresamente a la producción ósea.

Con respecto al objeto de trabajo, se documenta en casi todos los yacimientos una relativa importancia de la producción en asta de cérvidos, muy bien representada por ejemplo en el conjunto artefactual de Ereta del Pedregal. Allí, en los niveles correspondientes a Ereta I y II el 14% y 21,5%, respectivamente, de la muestra artefactual se elaboró con este material óseo, y hasta un 32,3% en Ereta III (PASCUAL BENITO, 1998: 256).

Ya comentamos en el capítulo IV que ciertas etapas de la producción se encuentran mucho menos presentes en el registro arqueológico en el caso del hueso que en el del asta y el marfil, debido al tipo de residuos que resultan del trabajo realizado sobre ellos. Los residuos generados en la producción de artefactos de hueso son muy difíciles de reconocer, pues en el mejor de los casos se trata de astillas, y en su mayor parte polvo procedente de la abrasión, imposible –al menos por ahora– de detectar en excavación. En cambio, la elaboración de productos de asta y de marfil produce restos de materia prima sobrantes en las que quedan impre-

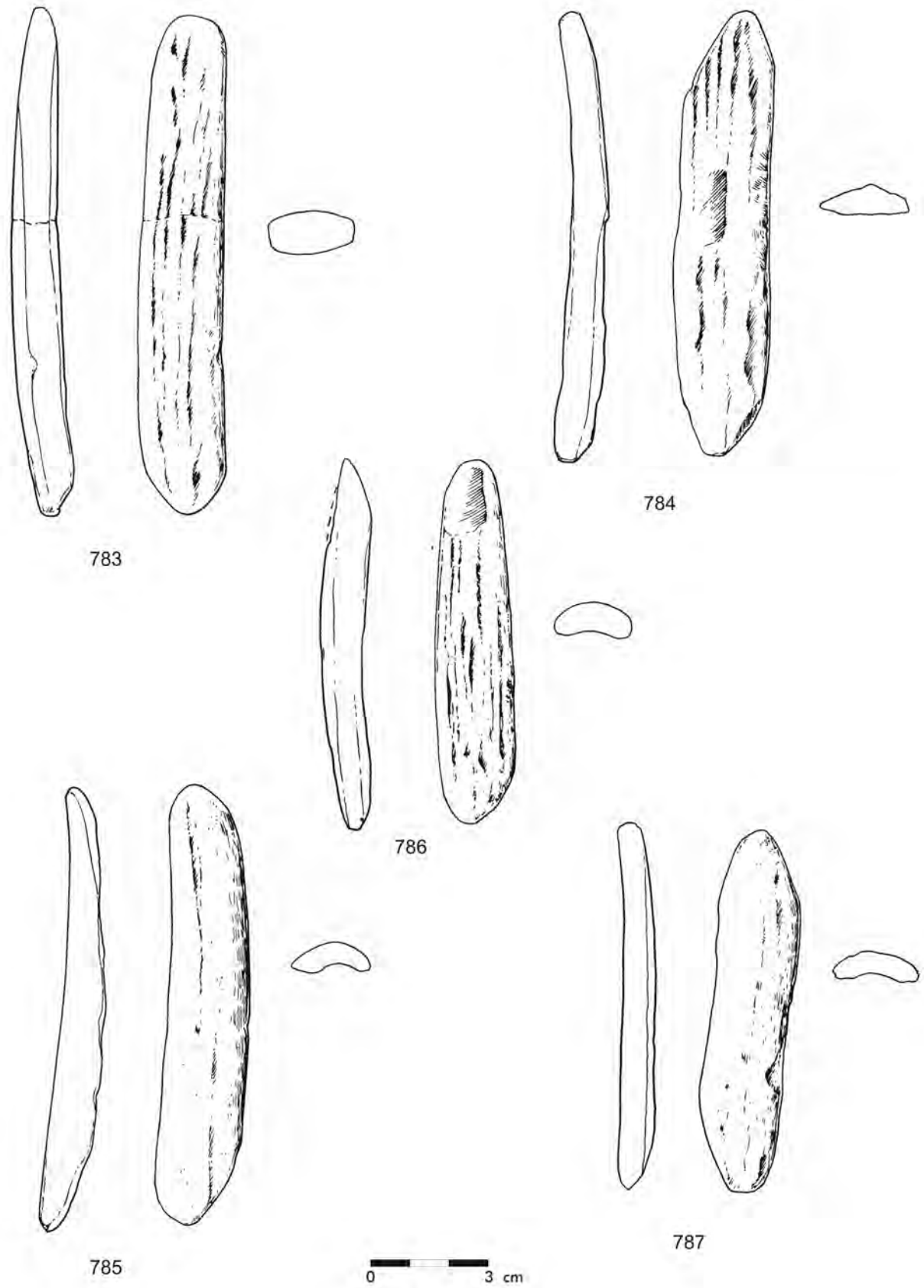


Figura VI.1.1_ Alisadores sobre varillas de asta de cérvido de la Ereta del Pedregal.

sas en negativo las acciones realizadas sobre ellas. En consecuencia, dejando a un lado las propias huellas de elaboración conservadas en los artefactos de hueso, las únicas evidencias que permiten inferir la presencia de procesos de trabajo en los yacimientos son los objetos que, por uno u otro motivo, no llegaron a ser concluidos como tales. Éstos se han localizado en diversos asentamientos, principalmente en forma de metapodios con señales de surcos e incisiones relacionadas con los primeros pasos de la producción de punzones del tipo A122b (PASCUAL BENITO, 1994: 57, fig. 5.1. 13 y 14)- o de varillas planas apuntadas (PASCUAL BENITO, 1994: fig. 5.1. 15 y 16) hallados en Niuët. De Jovades también procede un ejemplar de tibia a medio seccionar la epífisis distal (PASCUAL BENITO, 1993: 88, fig. 6.12.6).

Como no podía ser de otro modo, las técnicas de trabajo aplicadas a la producción de artefactos óseos de este momento se muestran muy ligadas al empleo de instrumentos líticos, tanto de hojas y lascas de sílex como de abrasivos obtenidos a partir de la transformación de diferentes clases de rocas. Sin embargo, destaca la presencia recurrente en diversos yacimientos del empleo de técnicas como la de las muescas transversales previas a la abrasión de las partes activas, que a menudo ha dejado huellas evidentes en una parte de las piezas. Esta técnica se documenta en El Prado (JARA ANDÚJAR, 1992: 54, lám. II. 294, 279), Ereta del Pedregal –piezas nº 272, 736, 738, 768- y Fuente de Isso –pieza nº 814-, mostrándose muy ligada a la producción ósea de estos momentos en una amplia zona del área meridional peninsular, como muestran por ejemplo las piezas de la Cueva del Toro, en Nerja (MENESES FERNÁNDEZ, 1994) o las localizadas en la base de la estratigrafía de Monturque, en Córdoba (LÓPEZ PALOMO, 1993: 308. Lám. XV.3).

De Fuente de Isso procede uno de los pocos elementos vinculados con los procesos de trabajo del asta de cérvidos registrados por nosotros para estos momentos, el cual quedó depositado junto con otros desechos y artefactos descartados en el relleno que colmata el único foso localizado en las excavaciones del yacimiento –pieza nº 823-. Las señales observadas permiten apreciar cómo se inició el aserrado del asta para tratar de separar la roseta perlada de la base de la rama principal, empleando casi con toda seguridad un cincel de hueso.

La mayoría de las producciones de asta de ciervo se obtienen a partir de aserrados transversales para separar porciones de candiles, luchaderas o ramas, o bien de vaciados del tejido esponjoso interior para obtener mangos u otros objetos ahuecados, y de ranurados paralelos y convergentes para la extracción de varillas, destinadas a servir mayoritariamente de alisadores y, en menor medida, como varillas apuntadas. Los alisadores en varillas de asta de cérvido se muestran como uno de los artefactos más consumidos en los asentamientos registrados. En la Ereta del Pedregal apare-

cieron en gran número, superior al centenar de ejemplares (PASCUAL BENITO, 1998: 63) registrándose así mismo en El Prado (JARA ANDÚJAR, 1992: 58), Fuente de Isso y Fuente Flores (JUAN CABANILLES y MARTÍNEZ VALLE, 1988: 201, fig. 11.6), pero también en Almizaraque (MAICAS RAMOS, 2007: 168, fig. III.169) y Terra Ventura (GUSI JENER y OLÁRIA PUYOLES, 1991: fig. 170.2), entre otros.

A ellos se une una cantidad importante de objetos de adorno (PASCUAL BENITO, 1998: 110), entre los que abundan las denominadas “varillas planas” de hueso (GARCÍA DEL TORO, 1986), elaboradas mayoritariamente en porciones longitudinales de diáfisis de metapodios y que resultan especialmente numerosas en cuevas sepulcrales como La Barcella, En Pardo o Loma de los Peregrinos (SOLER DÍAZ, 2002; NIETO GALLO, 1959b), pero que también están presentes en necrópolis megalíticas de la Cuenca de Vera, como Cucador, Jautón o Churuletes, por citar tan sólo algunas (MAICAS RAMOS, 2007: 104). En muy contados casos, sin embargo, ha podido obtenerse información contextual relevante para a este tipo de artefactos óseos, siendo parte como fueron del ajuar funerario depositado en tumbas y cavidades casi siempre removidas y alteradas cuando no directamente expoliadas por desaprensivos. Es por ello muy afortunado contar con conjuntos como el de Cabezos Viejos (LOMBA MAURANDI y ZAPATA CRESPO, 2005), en los que se ha podido documentar con detalle la posición y distribución de estos objetos en relación con la mayor parte de los individuos inhumados.

Entre los objetos óseos más ampliamente consumidos en estos momentos hallamos también los punzones del tipo A122b, localizados en Ereta del Pedregal, Jovades, Niuët, y Fuente Flores (PASCUAL BENITO, 1998: 48; JUAN CABANILLES y MARTÍNEZ VALLE, 1988: 201, fig. 11.1) así como en Murviedro y en el Barranco de la Higuera, y también en los niveles inferiores del Cerro de las Víboras de Bagil (JARA ANDÚJAR, 1991: 13). Junto a éstos encontramos así mismo los punzones sobre metapodios de pequeños rumiantes que conservan completa la epífisis distal, representados ampliamente en la Ereta del Pedregal donde también abundan los elaborados a partir de tibias de lagomorfos, presentes en casi todos los asentamientos excavados del IV y III milenios cal BC. En la Cuenca de Vera, los punzones elaborados en metapodios de rumiantes con epífisis distal completa aparecen registrados en niveles correspondientes a la fase Gatas I- (CASTRO MARTÍNEZ *et al.*, 1999: Anexo I. Sondeo 1, conjunto 5 A1) fechada entre ca. 2800 y ca. 2600 cal BC. La representación de cinceles y cuñas es también muy importante, mostrándose, como veremos, en porcentajes casi siempre significativamente mayores de los que mostrarán durante el II milenio cal BC.

En general, lo que se infiere del análisis del conjunto de evidencias relacionada con la producción ósea anterior a mediados del III milenio cal BC es un escaso reciclado de los instrumentos de trabajo óseos que se

vincula, a su vez, con un relativamente bajo grado de aprovechamiento del producto, cuyo uso raras veces alcanza a consumir totalmente la parte activa de los instrumentos antes de ser desechados, y una producción mayoritaria de artefactos finales sobre soportes óseos de carácter local, a los que se dota de un valor social añadido mediante una inversión de trabajo adicional, de la que resulta la producción de piezas con un alto grado de elaboración, como los alfileres con cabeza segmentada, las varillas planas decoradas y otros.

El registro artefactual de este momento, por tanto, podría considerarse caracterizado por:

a) la producción normalizada y consumo generalizado de punzones del tipo A121a, A122a, A122b y A122c, además de los punzones sobre tibias de lagomorfos y los punzones sobre metapodios de ovicaprinos y pequeños rumiantes que conservan completa la epífisis distal;

b) una notable representación de los cinceles de asta y de hueso, conservando o no la epífisis ósea;

c) la presencia relativamente numerosa de alisadores sobre varillas de asta de cérvido

d) el empleo de técnicas de abrasión de las paredes óseas mediante la realización de series de incisiones previas, utilizadas tanto para la producción de artefactos apuntados como para el mantenimiento de sus partes activas

e) un peso relativamente importante de los artefactos producidos en asta de cérvidos, que suponen en general más del 10% del total de artefactos óseos en las muestras analizadas, a pesar de la exigencia de una inversión mayor de trabajo en su elaboración.

Pero a partir de *ca.* 2500 cal BC parecen comenzar a producirse una serie de cambios en lo que se refiere al tipo de artefactos óseos producidos y consumidos en la zona que constituye nuestro ámbito de estudio. Tales cambios, que se advierten de forma aún poco definida en el registro arqueológico de este momento, sentarán las bases de las tendencias que a lo largo del la primera mitad del II milenio cal BC orientarán la producción ósea en el ámbito oriental del Grupo Argárico y su periferia exterior, y que acabarán dotándola de una personalidad propia desligándola de algunas de las tradiciones tecnológicas neolíticas más arraigadas.

El registro óseo correspondiente a este momento resulta bastante exiguo en la zona centro-meridional valenciana. El publicado se ve reducido por ahora a los conjuntos del Puntal de la Rambla Castellarda y de Arenal de la Costa, estudiados por J. L. Pascual (1998), al que podemos añadir el hallado por J. M. Soler (1981) en el Peñón de la Zorra, que es el único analizado por nosotros. En el ámbito oriental del Sudeste contamos con algo más de información, aunque también resulta escasa en comparación con los contextos previos o con los argáricos posteriores.

Teniendo esto en cuenta, lo que parece deducirse de los datos disponibles es la continuidad en el consumo de determinados artefactos mediales, en especial

los punzones de los tipos más consumidos durante el IV milenio cal BC, si bien mostrando aparentemente una cierta reducción en su número que podría ser sobre todo evidente en el tipo elaborado sobre tibias de lagomorfos. En cambio, el tipo elaborado sobre metapodios que conservan la epífisis distal completa podría haber comenzado a desaparecer completamente del registro. El tipo A121a sigue representado, así como otros artefactos como las varillas de asta de cérvidos empleadas como alisadores.

Sin embargo, los dos elementos que caracterizan de forma más sustancial los cambios que se producen a partir de mediados del III milenio cal BC en la zona de estudio son, por una parte, la aparición y/o generalización del consumo de productos de marfil, y por otra, el surgimiento de algunos tipos nuevos de artefactos mediales que, por otra parte, llegarán a constituir una parte fundamental del conjunto artefactual óseo del II milenio cal BC.

Durante la primera mitad del III milenio cal BC, el consumo y la producción de artefactos de marfil parece haber estado restringido muy fundamentalmente al área almeriense y murciana más occidental. Eso al menos es lo que parece inferirse de la relativamente nutrida presencia de objetos producidos en este tipo de material en las sepulturas megalíticas de Los Millares (SIRET, 1913; LEISNER y LEISNER, 1943). Por el momento, sin embargo, no parecen existir aquí evidencias claras de áreas de actividad relacionadas con la producción de esta clase de artefactos. Las únicas novedades al respecto proceden por el momento de la desembocadura del Guadalquivir, donde en el interior de una de las estructuras excavadas en el terreno, localizada en un área del asentamiento de Valencina de la Concepción aparentemente dedicada, entre otras actividades, a la producción metalúrgica, se han documentado porciones de marfil con señales de cortes y aserrados que permiten inferir la existencia en sus proximidades de una zona dedicada a la producción de artefactos de marfil¹. También es en los alrededores de este yacimiento en donde se localizan algunos de los conjuntos más relevantes de estos momentos, como los aparecidos en el Dolmen de Matarrubilla, en cuyo interior se localizó, además, uno de los escasos trozos de material en bruto documentados, consistente en una porción mesial de colmillo de elefante de apreciables dimensiones (COLLANTES DE TERÁN, 1969).

Sin embargo, no será hasta mediados del III milenio cal BC cuando el marfil aparezca –fundamentalmente en forma de botones y apliques– en el registro artefactual de los yacimientos emplazados más allá de las cuencas del Guadalentín y del Segura. Algunos de los escasos ejemplos los hallamos en los niveles fundacionales y en los ajuares funerarios del yacimiento

¹ Ponencia presentada al encuentro *Marfil y Elefantes en la Península Ibérica y el Mediterráneo*, MARQ, Museo Arqueológico de Alicante, 26 y 27 de Noviembre de 2008

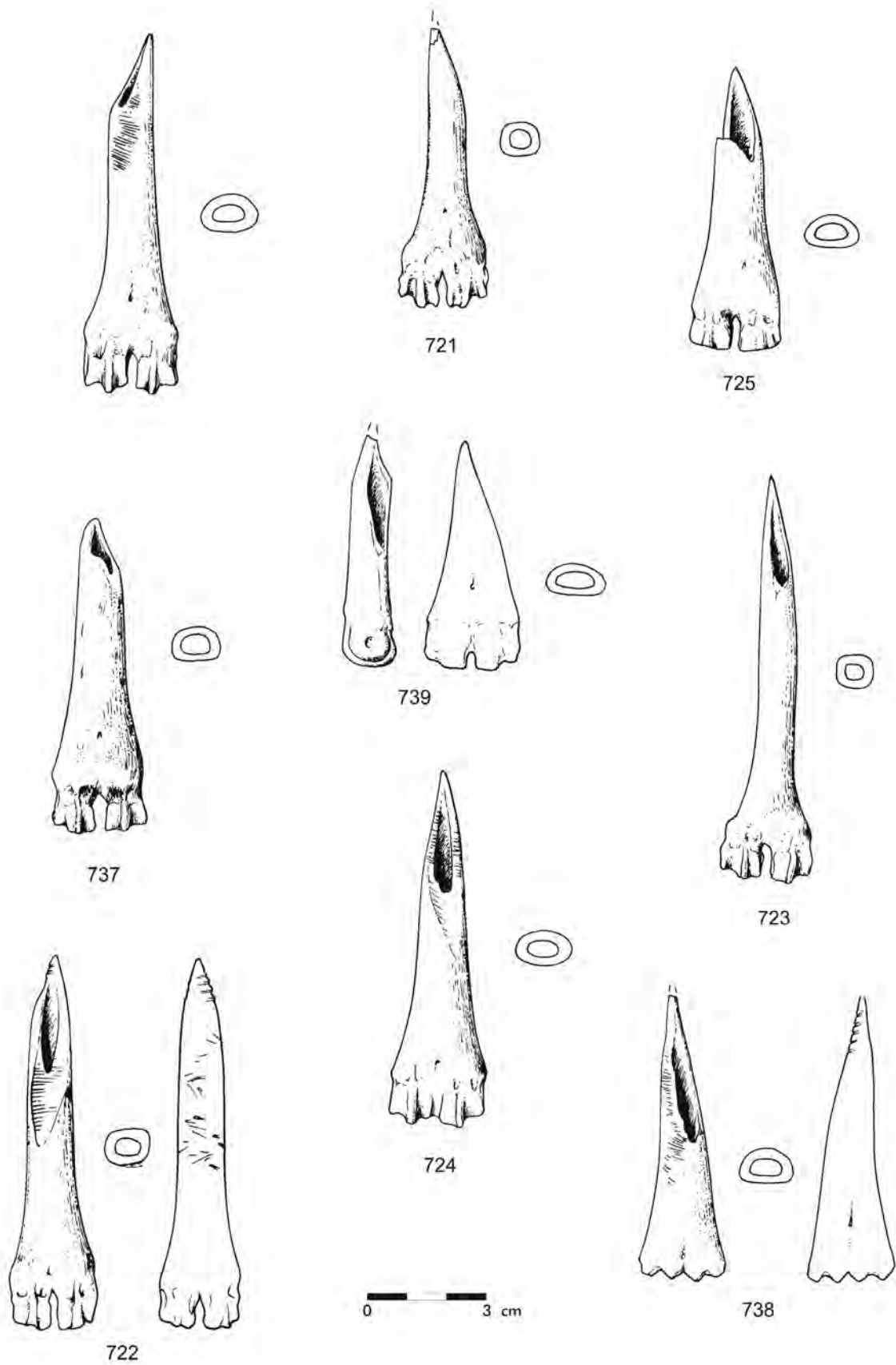


Figura VI.1.2_ Punzones de la Ereta del Pedregal y Fuente de Isso elaborados sobre metapodios de pequeños rumiantes conservando entera la epifisis distal.

del Cerro de las Víboras de Bajil (EIROA GARCÍA, 1995: 195, fig. 7) y también en el casco urbano de Lorca, en donde un botón prismático se registró en un nivel de ocupación fechado por radiocarbono en ca. 2300 cal BC (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2002: 131). En el área centromeridional del Levante, la aparición de artefactos de marfil se fecha en algunos enclaves costeros como la Cova de les Cendres en momentos incluso bastante más antiguos (BERNABEU AUBÁN *et al.*, 2002), si bien el botón del tipo Q111 hallado en Arenal de la Costa presenta fechas ya próximas a ca. 2200 cal BC (BERNABEU AUBÁN, 1993).

Pero la aparición de nuevos tipos de artefactos finales elaborados sobre materias de procedencia exótica se da en nuestro ámbito de estudio de forma coincidente con el surgimiento de nuevos tipos de artefactos mediales que alcanzarán, como ya comentamos más arriba, un gran protagonismo en los registros de comienzos del II milenio cal BC. Ése es sin duda el caso de los punzones del tipo A121c, a pesar de que la posición cronológica que cabe atribuir al inicio de su producción normalizada en nuestra zona de estudio no resulta fácil de establecer, como a continuación veremos.

En la estratigrafía del Cerro de la Virgen, junto con un ejemplar de botón cónico (SCHÜLE, 1980: Taf. 1. V.1548) se localizó también un punzón perteneciente claramente al tipo A121c (SCHÜLE, 1980: Taf. 3. V.1093), que no obstante el autor sitúa en momentos anteriores a la aparición de las cerámicas con decoración campaniforme, según la ordenación cronológica propuesta para las fases arqueológicas del asentamiento. Por otro lado, entre los artefactos óseos del Cerro de las Canteras encontramos también varios ejemplares del tipo A121c, descritos como “puntas de canal” (MAICAS RAMOS y PAPI RODES, 1996: 10). Además del que analizan las autoras, del poblado procede al menos otra pieza más, representada gráficamente en las láminas del trabajo de F. de Motos (1918: 52, fig. 28) y que aparentemente se conservaba completo. En lo que se refiere a la Cuenca de Vera y del Andarax, del poblado de Cuartillas, en Mojácar, R. Maicas (2007: 70, fig. III.33) analiza otro ejemplar de punzón del tipo A121c, que sin embargo L. Siret no mencionaba en sus notas, por lo que habría dudas de su pertenencia al conjunto. En cambio, los hallados en las casas 43 y 44 de Almiraz se registraron junto con materiales cerámicos entre los que se incluyen algunos fragmentos con decoración campaniforme (MAICAS RAMOS, 2007: 59. Fig. III.3). Así mismo, de la “casa 1” de Zájara procede otra “punta de canal”, de la que no se ha publicado referencia gráfica (MAICAS RAMOS, 2007: 86). Por fin, el tipo aparece presente en la cuenca del Segura también en contextos vinculados con el momento campaniforme o inmediatamente posteriores, como en Los Molinos de Papel (PUJANTE MARTÍNEZ, 2006: 165, lám. 14).

Creemos que existen, por consiguiente, indicios que apuntan hacia un momento impreciso de la segunda mitad del III milenio cal BC para la normalización

de la producción de este tipo de artefactos óseos en nuestra zona de estudio.

En lo que concierne a las piezas del tipo A121c del Peñón de la Zorra analizadas por nosotros, J. M. Soler describe una de ellas como un alisador sobre porción longitudinal de diáfisis con canal medular (SOLER GARCÍA, 1981: 85), cosa que tal vez podría ser correcta dado que a juzgar por las fotografías y láminas que figuran en la publicación, nosotros hemos analizado una pieza en peor estado de conservación que la estudiada por él (SOLER GARCÍA, 1981: 87, fig. 52.2). Sin embargo, no albergamos dudas acerca de la clasificación que hemos realizado de las piezas nº 1204 y 1207. Con respecto a la pieza del Arenal de la Costa, y dado que la información recogida en nuestro catálogo procede del análisis realizado por J. L. Pascual (1993), a nuestro juicio y en función de la información gráfica publicada, podría tratarse de un punzón de estas mismas características.

En suma, puede proponerse que en lo que respecta a la esfera de la producción y consumo de artefactos óseos, el tercer cuarto del III milenio cal BC conllevó el inicio de una serie de transformaciones en nuestra zona de estudio ligadas al desarrollo de las fuerzas productivas que se refleja también en el resto del registro arqueológico del momento. Tales cambios se plasman principalmente en la expansión del consumo de productos de marfil –cuya producción, como ya vimos en el capítulo V, viene indisolublemente ligada al empleo de instrumentos metálicos– y la normalización de un nuevo tipo de artefacto óseo multiuso –el A121c– cuya característica principal es la multiplicación de la superficie activa disponible en comparación con los tipos de punzones existentes hasta entonces, lo que a nuestro juicio explica su extraordinaria importancia en el registro del II milenio cal BC.

2. DE LA INNOVACIÓN A LA INTENSIFICACIÓN. PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS ENTRE CA. 2200 cal BC Y CA. 1700 cal BC

Con la conformación y consolidación del Grupo Argárico y de los grupos arqueológicos surgidos en su periferia septentrional se producen una serie de cambios en el utillaje óseo que acompañan a las sustanciales transformaciones de todo orden acaecidas en nuestra zona de estudio, y que ya detallamos en el capítulo III. En los asentamientos que se fundan a comienzos de la Fase I el registro artefactual óseo se caracterizará por una cierta pervivencia de algunos de los útiles típicos del III milenio cal BC que, sin embargo, darán paso con el tiempo a nuevas clases de artefactos o a la reducción ostensible del consumo de otros.

Sin embargo, en lo que se refiere a su producción, los exiguos datos que es posible manejar a ese respecto indican que en lo sustancial el trabajo de las materias óseas continuó en una esfera doméstica, por cuanto que

no se advierte la presencia de espacios especializados en su producción —con excepción, claro está, de los artefactos manufacturados en marfil. Ya indicamos que la producción de objetos de hueso apenas deja residuos detectables en el registro, y mientras que en los yacimientos de la etapa anterior resulta relativamente frecuente encontrar objetos abandonados en diversas etapas de la cadena productiva, en los asentamientos del II milenio cal BC éstos resultan mucho más escasos. Además, los que se han documentado han aparecido siempre formando parte de depósitos secundarios, en áreas de vertido de desperdicios —como en el Cerro de El Cuchillo— o entre el material de relleno utilizado para la remodelación de pavimentos —caso de Terlinques.

En función del análisis realizado a los artefactos óseos de este momento, con carácter general puede descartarse el empleo de instrumental metálico en prácticamente toda la cadena operativa relacionada con la producción de artefactos de asta y hueso. Tanto los aserrados como los ranurados y otras acciones técnicas implicadas en los procesos de trabajo básicos parecen haberse realizado exclusivamente con percutores de piedra e instrumentos líticos de filo cortante, sin excluir tampoco el empleo incluso de otros instrumentos de hueso, como por ejemplo cinceles. Abrasivos también elaborados con diferentes tipos de rocas completarían un elenco de medios de trabajo al alcance de cualquier unidad doméstica. El empleo del metal, en cambio, de haberse dado en algún caso que no hayamos sido capaces de reconocer debió tener muy probablemente un carácter esporádico en lo que respecta a la producción de artefactos mediales.

El panorama cambia sustancialmente en cuanto a la producción de artefactos de marfil, que a juzgar por el registro documentado parece haber estado desde el primer momento centralizado en ciertas unidades habitacionales, y los productos a menudo concentrados y almacenados en determinados ámbitos de los asentamientos, aspecto que podemos observar de forma recurrente tanto en la zona argárica como en su zona periférica.

En efecto, los datos se multiplican en la bibliografía al evaluar la existencia de áreas de actividad especializadas en la producción de artefactos finales manufacturados en marfil. Ya en los trabajos clásicos de L. Siret se menciona la presencia en El Argar de porciones de marfil con señales de trabajo, consistentes básicamente en planos de corte y huellas de extracciones, que sin duda constituyeron bloques de materia prima reservados o desechados pero que en cualquier caso denotan la presencia de áreas de actividad en el yacimiento, a pesar de que no hay información adicional sobre el tipo de unidad doméstica en el que fueron encontrados (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 25. 57 y 58).

Sin embargo, los hermanos Siret sí dan referencias sobre el hallazgo de varios objetos de marfil —en concreto, tres botones de dimensiones apreciables (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 25. 44)— en el mismo habitáculo

en el que se hallaron una lámina y un anillo de plata, una punta de flecha y una placa de metal de forma aproximadamente cuadrangular, a la que estaban adheridos trozos de carbones, semillas y también trozos de marfil de forma indeterminada (SIRET y SIRET, 1890: 159, Lám. 26. 59). A nuestro modo de ver, de la información proporcionada cabe inferir la existencia de una unidad habitacional en la que probablemente se hacía acopio de artefactos finales de marfil —botones— y también de metal —anillo de plata. Lo más relevante, sin embargo, es la existencia de metal almacenado en forma de láminas y placas destinadas a la producción de distintos tipos de artefactos.

La presencia de porciones de marfil en bruto con señales de extracciones se ha determinado también en otros enclaves argáricos. Sin embargo, en su mayoría se presentan en el registro formando parte de contextos desligados de otros indicios vinculados a la producción de artefactos. Así sucede, por ejemplo, con el ápice de colmillo localizado en Tabayá —nº 1308— y también con la rodaja localizada en un área de acumulación de desechos registrada en el solar de Madres Mercedarias, en el casco urbano de Lorca. De Fuente Álamo proceden así mismo otros fragmentos de rodajas de marfil con señales de aserrados, que muy probablemente provienen de un área de actividad localizada en el interior del edificio O.²

Sin embargo, aunque la presencia de estos desechos probablemente advierte del trabajo del marfil en los yacimientos en los que han sido encontrados, sólo conocemos por ahora un enclave en el que tales restos se acompañen de otras evidencias que, como ya comentábamos en el capítulo IV, son las que permiten reconocer físicamente las áreas de actividad propiamente dichas, como son los lascados y las esquirlas resultantes de los trabajos de talla de los bloques preformados. Por el momento, este tipo de áreas sólo se ha localizado en nuestra zona de estudio en la Illeta dels Banyets, en donde las esquirlas y lascas se han hallado de forma recurrente en una sucesión de paquetes sedimentarios conformados a resultas de la repavimentación continuada de una unidad habitacional cuyos lindes no es posible delimitar con precisión (BELMONTE MAS y LÓPEZ PADILLA, 2006). A pesar de que sólo ha podido registrarse una mínima parte conservada en uno de los testigos de las excavaciones de los años setenta y ochenta del siglo pasado, esta presencia insistente de esquirlas y desechos de talla a lo largo de toda la secuencia de pavimentos documentada nos permite inferir que aquel lugar en concreto constituyó un área de actividad especializada a lo largo de un prolongado espacio de tiempo.

² Información difundida por C. Liesau y T. Schumahcher en el encuentro Marfil y Elefantes en la Península Ibérica y el Mediterráneo, celebrado en el MARQ, Museo Arqueológico de Alicante, 26 y 27 de noviembre de 2008

Como suele ocurrir con frecuencia, en este taller de la Illeta dels Banyets no se localizó ningún instrumento metálico, pero en los desechos registrados se advierten con claridad las marcas dejadas por cinceles y escoplos de varios grosores y también se reconocen fácilmente las señales de sierras y de punzones de metal.

Por lo que respecta al ámbito periférico del Argar, son también relativamente numerosas las evidencias que nos permiten inferir la existencia de talleres en puntos como la Cova de les Cendres, la Mola d'Agres (PASCUAL BENITO, 1995) y Cabeço del Navarro, en donde se observa la misma combinación de porciones de marfil en bruto junto a objetos en proceso de producción. En todos ellos se aprecia la implicación exclusiva de instrumental metálico en las operaciones de corte y de perforación, si bien en el conjunto del Cabeço del Navarro analizado por nosotros no se observan señales de cincelados. Hallados por J. Belda (1944: 166) en unos trabajos de los que apenas trascendió información, de éstos últimos no contamos con datos referidos al área del poblado en donde fueron encontrados. Algo más se sabe del taller de la Mola d'Agres, al parecer situado en las proximidades de un espacio rectilíneo, de escasa anchura, que se ha interpretado como una vía o calle (GRAU ALMERO *et al.*, 2004). También se ha señalado la existencia de áreas de actividad en algunos enclaves de La Mancha oriental, en concreto en el Acequión (FERNÁNDEZ MIRANDA *et al.*, 1994: 266) y en el Cerro de La Encantada, de donde se conoce la presencia de rodajas de marfil preparadas para su transformación en artefactos (FONSECA FERRANDIS, 1985: 165), pero que hasta ahora permanecen sustancialmente inéditas.

En lo que concierne al consumo de los artefactos finales elaborados en este material el registro que hemos analizado permite extraer dos conclusiones:

–por un lado, la existencia durante esta fase de diferencias sensibles entre el ámbito argárico y su área periférica en cuanto a los tipos producidos y consumidos;

–y por otra, tendencias semejantes en cuanto a los mecanismos de distribución de los productos y también con respecto al volumen general del marfil consumido, que parecen experimentar variaciones parecidas en ambas zonas a lo largo del intervalo cronológico considerado.

En efecto, tanto en el territorio del Grupo Argárico como en el ámbito de los grupos arqueológicos de su periferia parece asistirse, con anterioridad a *ca.* 1900 cal BC –Fase I– a una cierta ausencia de normalización en los artefactos finales producidos que se registran tanto a uno como a otro lado de la frontera argárica recién constituida a causa, en nuestra opinión, de la persistencia en unas tradiciones de consumo aún arraigadas en la etapa anterior, mientras se desarrollaba y concretaba el propio proceso de consolidación grupal que terminaría atribuyendo una identidad definida a cada uno de los grupos arqueológicos del área. En ese

ambiente se daría razón de ser a la presencia de botones piramidales del tipo Q111 en la base de las estratigrafías de la Loma de Betxí y del Picarcho, así como a la coexistencia de piezas prismáticas del tipo Q131 y Q132 junto con botones cónicos del tipo Q121 en el enterramiento de los Molinos de Papel, o la de botones piramidales del tipo Q111 con botones prismáticos en la Loma de Betxí y en el Acequión.

Con posterioridad a *ca.* 1900 cal BC –Fase II– se produciría un cambio en el consumo entre ambas zonas, que terminaría por convertir a los tipos prismáticos Q131 y Q132 en los más ampliamente difundidos en la franja periférica argárica, al tiempo que en el territorio argárico se daría un predominio del tipo cónico –Q121– y especialmente del piramidal –Q111– aunque en un marco general de consumo mucho menos profuso que en la periferia: mientras que en ésta los botones o apliques prismáticos triangulares conforman el conjunto más importante de artefactos finales de marfil, en el ámbito argárico no parecen ser un objeto tan ampliamente consumido, con la excepción de algunos puntos como la Illeta dels Banyets, en donde se han localizado en abundancia formando parte del ajuar de algunas sepulturas (LÓPEZ, BELMONTE y DE MIGUEL, 2006).

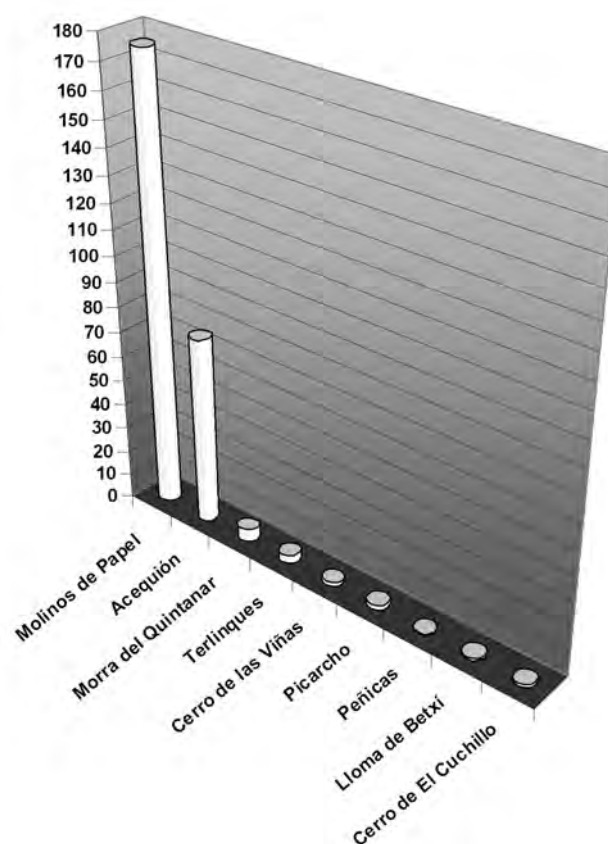


Figura VI.2.1 Gráfico comparativo de los índices de consumo de marfil por unidad de producto (en cm³) registrados en diversos yacimientos de las Fases I, II y III excavados en nuestra zona de estudio.

Como ya comentábamos, no es ésta la única diferencia ostensible que parece apreciarse entre el ámbito argárico y su franja periférica en este intervalo temporal. También resulta manifiesta una disimilitud entre los tipos de artefactos producidos y consumidos a un lado y otro de la frontera argárica. Así, mientras que al norte de la misma sólo encontramos evidencias de la producción y consumo de artefactos finales con un relativamente escaso grado de exigencia técnica en su elaboración –colgantes de barras del tipo K311, brazaletes del tipo B111 y B112, botones sobre barras prismáticas del tipo Q131 y Q132...– en el área argárica además de éstos se localizan también otros productos de mucha mayor calidad, para cuya realización se precisa un refinado dominio de la talla del marfil. Especialmente relevantes son en este sentido los pomos de puñales y cuchillos, que hasta la fecha no se han encontrado en la Península fuera del ámbito argárico en estos momentos, al igual que sucede con los apliques para los mangos –como el localizado en el ajuar de la tumba I de la Illeta dels Banyets– o los peines –tipo N111– hallados únicamente en poblados argáricos como Fuente Álamo (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 65. 62; Schubart, Pingel y Arteaga, 1993: 9) o San Antón (FURGÚS, 1937: 40).

Pero en lo que tanto el Grupo Argárico como los grupos arqueológicos periféricos parecen mostrar pautas semejantes es en la concentración de los artefactos de marfil en determinadas unidades habitacionales de los asentamientos. Así lo pone de manifiesto el ejemplo de una de las viviendas de El Argar, a la que antes nos hemos referido, así como la vivienda “x” de El Oficio, donde los Siret documentaron un pomo de marfil del tipo T111b almacenado en el interior de una vasija, sobre el pavimento de una vivienda en la que también se registraron cerca de una cincuentena de pesas de telar que, en opinión de sus excavadores, parecían haberse derrumbado sobre el suelo como si hubiesen conformado un muro (Siret y Siret, 1890: 235). Un molino, con su correspondiente muela todavía dispuesta sobre él, un punzón y restos de tela almacenados en el interior de otra vasija, y un cuchillo o puñal de lengüeta con remaches completan el ajuar doméstico que los Siret nos refieren de esta unidad habitacional que, con toda probabilidad, sirvió de área de almacén no sólo de artefactos finales –como el pomo de marfil mencionado– sino posiblemente también de otros medios de producción, como las pesas de telar.

En la periferia argárica encontramos varios casos en los que se asocian espacialmente el almacenamiento de medios de subsistencia básicos, como el alimento y utensilios para la producción textil, con la concentración significativa de artefactos finales elaborados en marfil. Posiblemente la Habitación I de la Llama de Betxí sea uno de los mejores ejemplos, bien contextualizado, en el que un conjunto de trece botones del tipo Q131 y Q132 aparecieron en el interior de un recipiente cerámico depositado a su vez dentro de una

vasija. En esta gran habitación se localizaron así mismo más de una treintena de contenedores cerámicos, muchos de ellos repletos de cereal carbonizado, pero otros conteniendo diversos objetos tales como dientes de hoz de sílex. A este mismo nivel pertenecen cerca de una treintena de pesas de telar (DE PEDRO MICHÓ, 1998: 52). Siendo uno de los mejor documentados y publicados, no constituye el único ejemplo. Del asentamiento turolense de Las Costeras se ha dado también noticia del hallazgo de un conjunto de once botones prismáticos del tipo Q131 y 132 en una de las unidades habitacionales del poblado, sin que se conozcan sin embargo datos relativos al contexto en que fueron localizados (PICAZO MILLÁN, 1993: 38).

Esta tendencia a la concentración del marfil en determinados espacios revela el interés por mantener bajo control la distribución de unos artefactos ligados socialmente a la manifestación del grado de disposición de la fuerza de trabajo de la comunidad, y a menudo involucrados muy íntimamente en los intercambios matrimoniales (MEILLASOUX, 1985: 107). Al menos en el ámbito argárico este control se revela extendido a las manufacturas metálicas, producidas frecuentemente en los mismos ámbitos que se emplearon para la producción de artefactos de marfil, lo que probablemente es un indicio de que el consumo de unas y otros había adquirido una gran importancia en la reproducción social.

Resulta en este punto relevante destacar que mientras los objetos de marfil aparecen repetidamente registrados en las sepulturas argáricas, son infrecuentes en las tumbas exhumadas en los asentamientos de la franja periférica, especialmente en Levante, donde lo habitual es que los enterramientos carezcan por completo de ajuar y cuando éste existe prácticamente nunca incluye productos de marfil. Las excepciones las constituyen yacimientos manchegos como la Morra del Quintanar o el Castillejo del Bonete, en Terrinches. En el primero se localizó una sepultura conteniendo a un individuo en decúbito lateral izquierdo, en cuyo antebrazo aparecía un brazalete del tipo B111 con coloraciones rojizas en la superficie y a la altura de su muñeca una placa de piedra con remaches de plata (FERNÁNDEZ MIRANDA *et al.*, 1994: 260). Por su parte, en el Castillejo del Bonete se descubrieron varias sepulturas, entre las que destaca una inhumación doble con un significativo ajuar compuesto por varios recipientes cerámicos, un punzón y un puñal de remaches, en la que uno de los individuos aparecía acompañado además de dos botones de marfil del tipo Q111, de apreciable tamaño (BENÍTEZ DE LUGO *et al.*, 2007).

Por último, creemos necesario detenernos también a evaluar las variaciones que parece manifestar el registro de nuestra zona de estudio con respecto al tamaño de los artefactos de marfil documentados a lo largo de este periodo, y que en general apuntan a una progresiva disminución en el volumen de marfil destinado a su producción. Ello parece advertirse en dis-

tintos tipos de productos, pero seguramente sea en el apartado de los artefactos de la clase Q en donde estas diferencias se aprecian con mayor nitidez.

Como muestra el gráfico de la figura VI.2.1, la cantidad de marfil empleada por unidad de producto en los niveles correspondientes a la Fase I de los yacimientos de nuestra zona de estudio contrasta claramente con la media que se observa en los niveles de la Fase II. En ese sentido, probablemente baste con señalar que el volumen de marfil amortizado en los artefactos de la clase Q del enterramiento individual en fosa de Los Molinos de Papel, en Caravaca, resulta más de veinte veces superior al empleado en el conjunto de todos los artefactos de marfil de este tipo hallados en el Cerro de El Cuchillo. Así mismo, sólo el gran botón cónico del tipo Q121 hallado en el Acequión (FERNÁNDEZ MIRANDA *et al.*, 1994: 266), con aproximadamente 75 cm³ de volumen, supera en más de cuatro veces esa misma cantidad. De igual modo, aunque está constatada la existencia de artefactos del tipo Q de menos de 1 cm³ en niveles fundacionales de yacimientos de esta fase I, como por ejemplo en el Nivel I de la Lloma de Betxí, en ellos es frecuente verlos acompañados de piezas de más de 3 cm³, como ocurre en Terlinques o en el Cerro de la Encantada (FONSECA FERRANDIS, 1989: 167, fig. 1). Hacia el final del periodo que aquí estamos considerando, la media del volumen de marfil empleado en la elaboración de botones es inferior a 1 cm³, y en conjuntos como los de Peñicas o el de la tumba III de la Illeta dels Banyets, incluso inferiores a 0,6 cm³. En este último caso, además, se advierte la inclusión de otras fuentes de marfil, como los colmillos de jabalí, no empleadas an-

teriormente en los procesos de producción de este tipo de artefactos.

En suma, para inicios del periodo parece posible proponer la existencia de una producción de artefactos finales de marfil orientado hacia el consumo de objetos escasos en número pero en los que se emplean cantidades importantes de materia prima; en cambio, hacia 1700 cal BC se producía y consumía una mayor cantidad de artefactos pero de un volumen mucho menor, al tiempo que se ampliaba el espectro de fuentes alternativas de suministro, incluyéndose ahora materias primas de origen local.

A nuestro modo de ver, y en función de lo que parece inferirse del análisis de las piezas, ello se muestra en relación con diferencias en cuanto a las porciones de colmillo de elefantes con las que se elaboraron los artefactos en uno y otro momento. Mientras que piezas como los botones cónicos del tipo Q121 de Molinos de Papel y el Acequión fueron producidos a partir de porciones mesiales del colmillo, una parte sustancial del conjunto de artefactos finales de marfil del primer tercio del II milenio cal BC parece haberse elaborado preferentemente sobre ápices del colmillo o sobre porciones proximales del mismo, en los que la cavidad pulpar interior se muestra ya bastante agrandada y las posibilidades de aprovechamiento para la producción de piezas de grandes dimensiones se ve muy limitada.

En lo que se refiere a la producción y consumo de artefactos mediales, la primera característica que muestra el registro de este periodo es un descenso en el número de artefactos elaborados a partir de asta de cérvidos, que experimentan un retroceso en los porcentajes documentados en los yacimientos, como puede

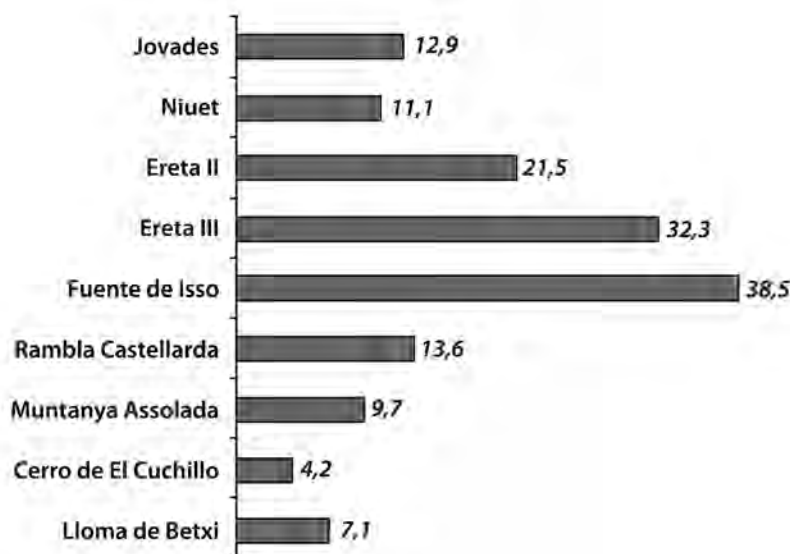


Figura VI.2.2_ Gráfico porcentual comparativo de los artefactos de asta de cérvido registrados en varios yacimientos del IV y III milenio cal BC y de yacimientos de la primera mitad del II milenio cal BC excavados en nuestra zona de estudio.

observarse en el gráfico de la figura VI.2.2. Mientras que en los asentamientos del III milenio cal BC éstos sobrepasaban –en la mayoría de los casos con amplitud– valores del 10- 12% del total, en los poblados del II milenio cal BC excavados con ocupaciones anteriores a *ca.* 1500 cal BC este umbral no se sobrepasa.

Por otro lado, el repertorio de artefactos elaborado en este material se ve restringido casi por completo a picos del tipo P111 de realización relativamente sencilla, consistente en la eliminación de las puntas de una cuerna de corzo para dejar sólo la rama principal –registrado, entre otros puntos, en el Cerro de El Cuchillo –nº 469–, El Castillo de Frías (ATRIÁN JORDÁN, 1974: 25, fig. 34.g) y la Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1992: 117, fig. 110.404)– y de varillas apuntadas del tipo A222, como las localizadas en la Lloma de Betxí –nº 1003 y 1008– y Cerro de El Cuchillo –nº 396 y 537. Al mismo tiempo, se advierte la total desaparición de uno de los utensilios mejor representados en los contextos del III milenio cal BC en la zona, como son los alisadores sobre varillas de asta. Por tanto, los productos que se consumen son básicamente pervivencias del utillaje característico del III milenio cal BC, algo que puede hacerse incluso extensivo a las técnicas de producción, como la extracción de varillas apuntadas mediante ranurados convergentes.

Esta reducción en la utilización del asta de cérvidos para la elaboración de artefactos mediales, constatada en el registro de las fases I y II, resulta tanto más sorprendente por cuanto que se da justo en el momento en que se consolida la definitiva expansión de la producción metalúrgica en nuestra zona de estudio y, en consecuencia, se disponía en apariencia de un utillaje capaz de reducir considerablemente el tiempo de trabajo invertido en su transformación. Paradójicamente, sin embargo, no sólo parece decaer la producción de objetos de asta sino que no se advierten señales de trabajo de utensilios metálicos ni en éstos ni en los demás artefactos óseos de carácter instrumental registrados, contrariamente a lo que ocurre con los artefactos de marfil.

En cualquier caso, aunque disminuida en su consumo, el asta de cérvidos no dejó de emplearse como materia prima y de hecho, la recolección de astas desprendidas durante la época de desmogue parece haber constituido una actividad común también en este periodo. Así, en varios asentamientos de esta fase se ha documentado el almacenamiento de cuernas completas, prestas a ser utilizadas en caso necesario. En las unidades habitacionales correspondientes a la fase fundacional de Terlinques se registró un asta prácticamente completa entre los objetos almacenados en cada una de las dos habitaciones localizadas, datadas *ca.* 1900 cal BC, lo que también se constata en los Departamentos IV, VII y VIII del Cerro de El Cuchillo, aunque en fechas algo posteriores.

Dado que la implicación del metal en la producción de artefactos mediales resultó prácticamente in-

significante, es fácil deducir que el sílex y sobre todo distintos tipos de materiales líticos abrasivos continuaron siendo los medios de producción fundamentales. Además de esto, se constata el mantenimiento de determinadas técnicas de trabajo que como vimos en el epígrafe precedente, se remontan al menos al IV milenio cal BC, como la realización de series de muestras como paso previo a la abrasión de las porciones óseas sobrantes. Las huellas del empleo de esta técnica se reconocen en algunos artefactos apuntados de la Mola Alta de Serelles –nº 1035– y del Castillarejo de los Moros –nº 365–, así como también en alguno de los botones de marfil del Cerro de El Cuchillo –nº 430.

Por otra parte, en yacimientos como Tabayá, Cerro de El Cuchillo y Terlinques se constata un incremento significativo del reciclado, que se evidencia de forma especialmente clara en el reaprovechamiento de porciones fracturadas de utensilios apuntados. En la figura VI.2.3 se muestran algunos de los productos reciclados que hemos podido reconocer en el registro de varios yacimientos de este periodo, mayoritariamente elaborados a partir de porciones longitudinales fragmentadas de punzones del tipo A121c. Esta intensificación del reciclado provoca una ampliación considerable de la proporción de artefactos mediales de producción no normalizada, que comenzará a caracterizar los conjuntos instrumentales óseos del II milenio cal BC.

En cualquier caso, donde verdaderamente se observan diferencias significativas con respecto al conjunto artefactual característico del IV y III milenios cal BC en nuestra zona de estudio es en el grado de representación que adquieren determinados tipos de instrumentos, al tiempo que se produce la progresiva desaparición de otros. En efecto, si hacia mediados del III milenio cal BC el tipo de punzón A121c parece hacer su aparición por vez primera, entre finales del III milenio cal BC y el primer tercio del II milenio cal BC éste llegaría a convertirse en uno de los artefactos mediales más ampliamente producidos y consumidos en nuestro ámbito de estudio.

Los contextos documentados en los niveles más antiguos de los yacimientos excavados, no obstante, indican que este proceso se desarrolló ligado al paulatino abandono de la producción de otros tipos que desde tiempos neolíticos, y hasta ese momento, habían sido consumidos asiduamente. De entre éstos, el caso más claro lo constituyen probablemente los punzones del tipo A121a y también los del tipo A122a, lo que nos lleva a inferir que, en general, a lo largo de este periodo se tendió al abandono del consumo de punzones elaborados sobre huesos con diáfisis seccionadas a partir de la zona mesial.

Pero si los datos indican una cierta pervivencia de estos dos tipos durante los primeros siglos del II milenio cal BC, resultan todavía más concluyentes al respecto de la completa desaparición de los punzones sobre metapodio conservando entera la epifisis distal,

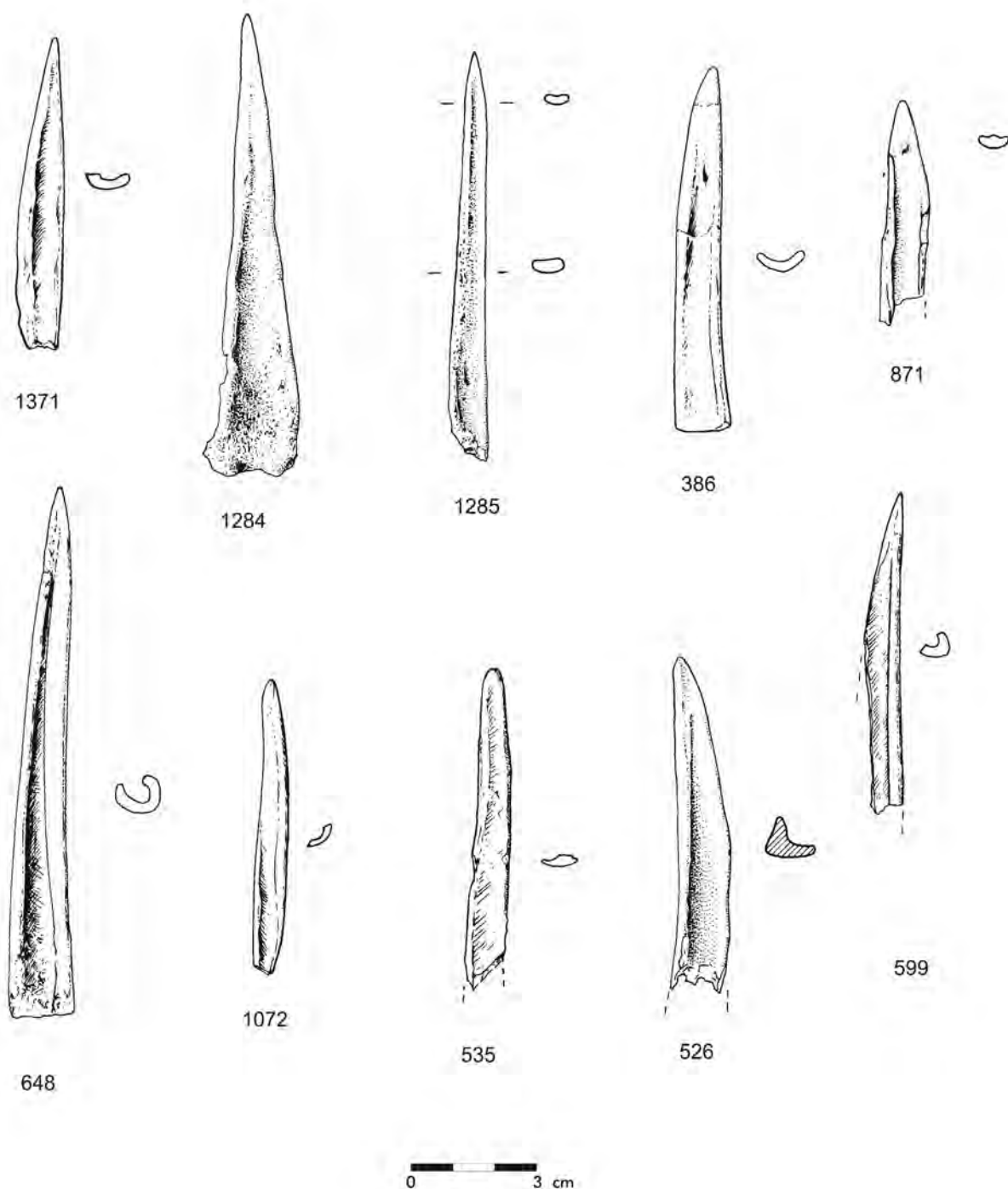


Figura VI.2.3_ Artefactos elaborados con porciones recicladas de punzones del tipo A121c, procedentes de diversos yacimientos de nuestra zona de estudio.

tan abundantes durante el IV y la primera mitad del III milenio cal BC, así como también de los punzones sobre tibias de lagomorfos. Igualmente, el tipo A122b, elaborado sobre metapodios hendidos completamente conservando la epífisis distal, desaparecerá casi por entero del registro, al mismo tiempo que lo hacían las características varillas planas de hueso, decoradas o no, tan comunes en los contextos funerarios del III milenio cal BC.

Podría plantearse que la desaparición de los punzones sobre tibias de lagomorfos se relacione de forma directa con el incremento de la disponibilidad de punzones de metal, pues es previsible que éstos pasaran a desempeñar una parte sustancial de las tareas llevadas a cabo por aquéllos –perforación de pieles, de cortezas de árboles, cueros, y otras materias semejantes. En cambio, la desaparición casi total de los punzones del tipo A122b podría estar sobre todo relacionada con los

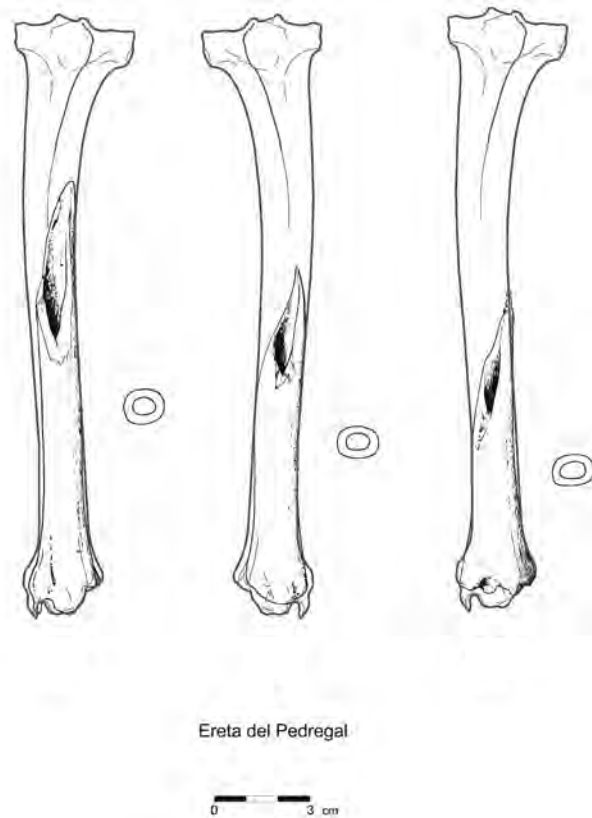


Figura VI.2.4_ Agotamiento y reafilado de punzones del tipo A121a de la Ereta del Pedregal. Puede observarse cómo el inicio del ranurado de la diáfisis debe ir aproximándose a la epífisis distal para seguir proporcionando vida útil al artefacto.

cambios acontecidos en la esfera de la reproducción socioideológica, que habrían devaluado las varillas planas y los alfileres de hueso en beneficio de los botones, brazaletes y otras novedades artefactuales de marfil.

Pero en el caso de los punzones del tipo A121a, creemos que en su paulatina disminución en el registro tuvieron mucho que ver las notorias ventajas aportadas por el tipo A121c, muy fundamentalmente en el incremento en el valor de uso de éste último con respecto al primero. Teóricamente, la conservación de la mitad proximal de la diáfisis de la tibia como parte del área de sujeción dotaba al artefacto de una considerable solidez en la base, pero el ángulo empleado para el seccionamiento de la diáfisis también establecía unos límites a las dimensiones de la parte activa, pues ésta no podía superar una determinada longitud so pena de exponerla a un grave riesgo de rotura ante presiones laterales u oblicuas. Por tanto, una vez consumida la punta las posibilidades de reavivado pasaban inexorablemente por la eliminación de una porción adicional de la diáfisis, con el consiguiente trabajo de abrasión de las paredes óseas —a menudo ayudado, como vimos, por las incisiones previas paralelas de las que con cierta frecuencia han quedado las huellas— y en otras ocasiones mediante percusión previa. Llegados a este punto, la operación podría resultar menos rentable en términos de inversión de tiempo de trabajo que la producción de un nuevo artefacto.

La solución para aminorar el tiempo de trabajo invertido en el mantenimiento del útil pasaba por reducir al máximo el ángulo de seccionamiento diafisario, ampliando todo lo posible la parte potencialmente activa, lo que suponía insoslayablemente la implicación de la epífisis —o de la parte más próxima a ésta— en el proceso de elaboración. Aquí, sin embargo, se planteaba el problema de la distinta morfología de la propia tibia en lo que respecta a las dos epífisis óseas: mientras que la epífisis distal presenta un grado de osificación mayor —que si bien dotaba al instrumento de una gran solidez en el mango, resultaba más dura y difícil de ranurar— la epífisis proximal presenta en cambio unas paredes óseas más delgadas, lo que facilitaba considerablemente su transformación y permitía disminuir el tiempo empleado en su producción.

Así pues, la apertura completa del canal medular de la diáfisis por medio de un ranurado casi perpendicular que eliminase la cresta tibial, tal y como se presenta en los punzones del tipo A121c, permitía obtener el incremento neto perseguido de la superficie útil del punzón; y a pesar de que tal maniobra le restaba consistencia ante presiones enérgicas en el ápice de la pieza, ello podía verse ampliamente compensado por la economía en su mantenimiento, pues a medida que la punta se embotase, su reafilado exigiría tan sólo el tiempo de trabajo necesario para la abrasión lateral de

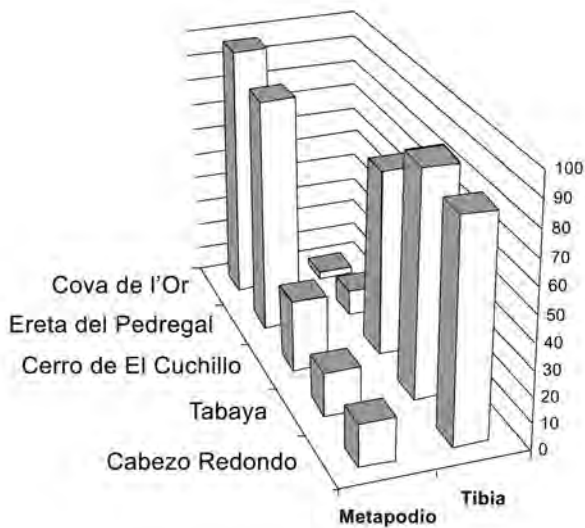


Figura VI.2.5_ Gráfico en el que se muestra la relación porcentual de metapodios y tibias empleados en la producción de artefactos apuntados de la clase A. Los datos referentes a la Cova de l'Or y la Ereta del Pedregal están tomados de J. L. Pascual (1998: 41 y ss.).

las paredes diafisarias, y no rebajes adicionales del ranurado de la diáfisis.

La observación atenta de la colección de artefactos del tipo A121c que hemos analizado nos muestra que, según los patrones de producción que se muestran en los escasos objetos en proceso de manufactura registrados –como los del Cerro de El Cuchillo o El Argar– las piezas recién terminadas resultaban en la práctica casi tan largas como la propia tibia utilizada para elaborarlas. Pero a medida que iba agotándose el valor de uso del artefacto, y tras reafilados sucesivos, eran definitivamente desechadas tras haber consumido aproximadamente la mitad de su longitud original. En cualquier caso, como puede apreciarse en la figura VI.2.6, esto podía suponer aproximadamente un tercio más que la parte activa disponible en los punzones del tipo A121a.

Las ventajas de la producción de punzones mediante el ranurado completo de la epífisis, y el incremento de la vida útil del instrumento que ello permitía podría explicar la casi total desaparición, a lo largo del primer tercio del II milenio cal BC, de los punzones con por-

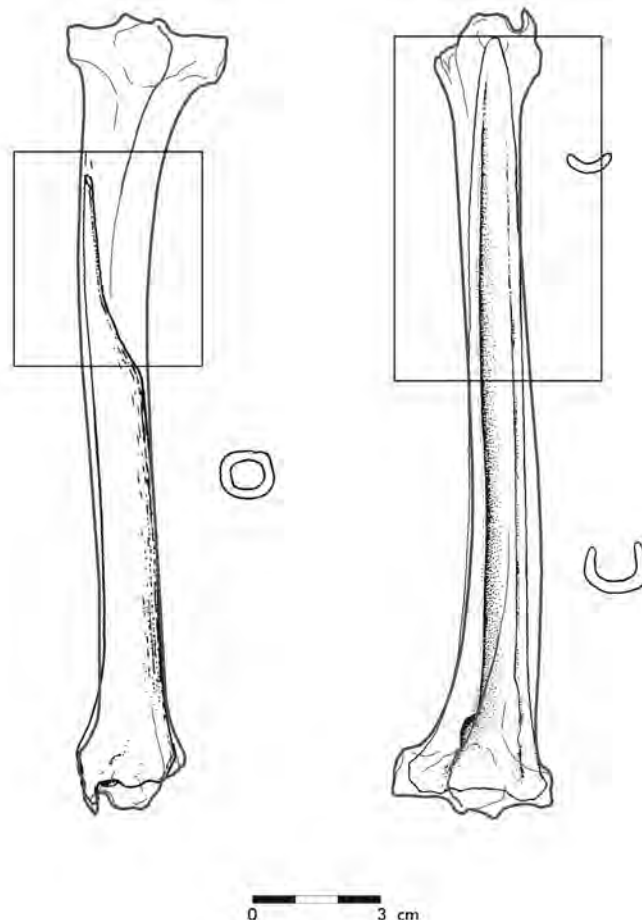


Figura VI.2.6_ Representación comparativa de las superficies activas potenciales de los punzones del tipo A121a y los del tipo A121c, a partir de piezas prácticamente completas de Muntanya Assolada y La Atalayuela.

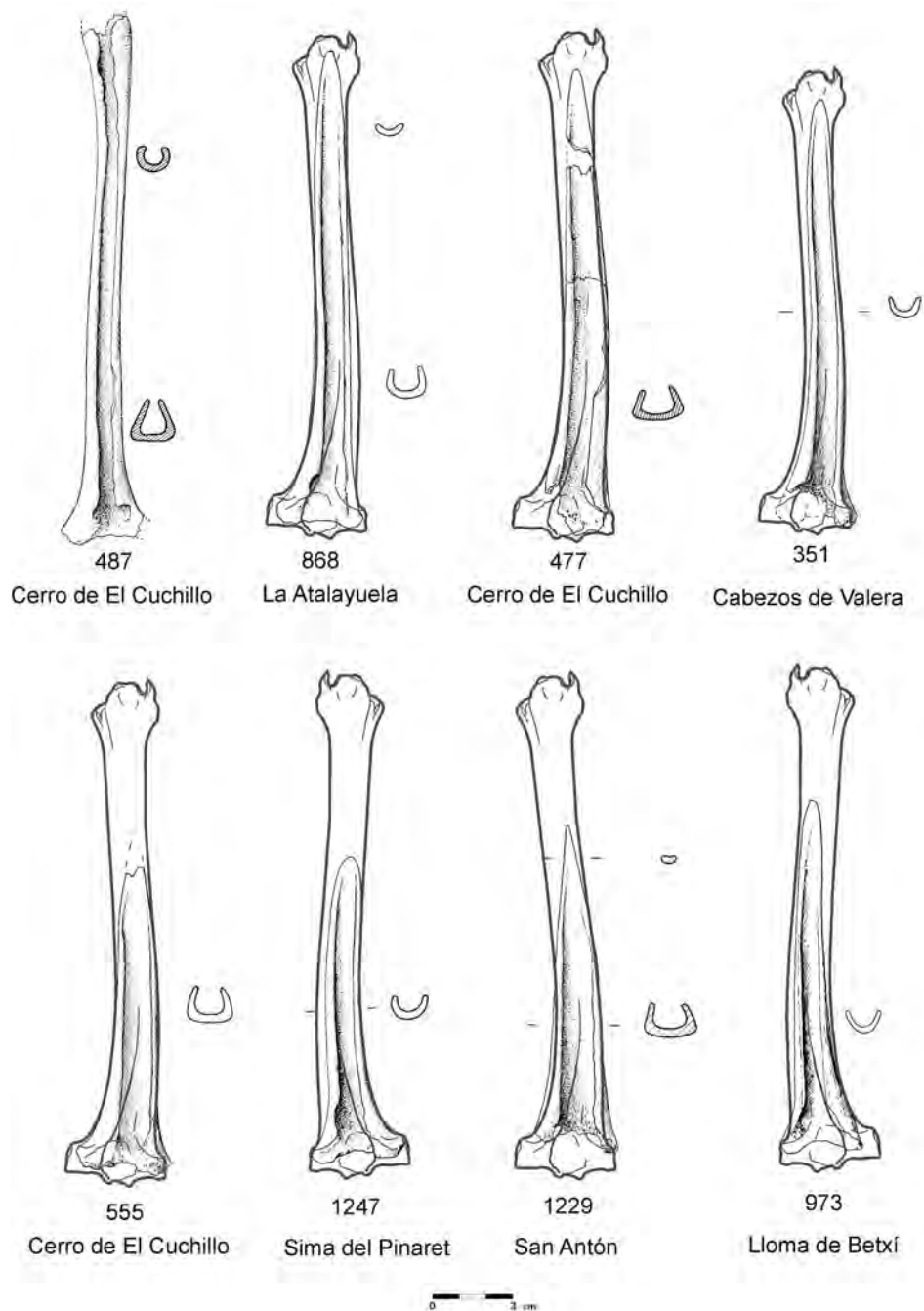


Figura VI.2.7_ Agotamiento y realfilado de punzones del tipo A121c. En la parte superior, junto a la pieza en proceso de elaboración hallada en el Cerro de El Cuchillo, tres piezas apenas desgastadas. Abajo, piezas agotadas o próximas al agotamiento tras repetidos reavivados de la parte activa.

ciones diafisarias preservadas, tanto los manufacturados sobre tibias como especialmente los elaborados sobre metapodios de pequeños rumiantes, que como soporte óseo proporcionan unas partes activas de longitud aún inferior a la de las tibias, lo que creemos que en buena medida fue la causa de la orientación general de la producción de este tipo de artefactos hacia el consumo preferente de tibias, como ya vimos en el capítulo IV. Los contados punzones de este tipo, registrados en estos momentos en los yacimientos excavados de nuestra zona de estudio parecen haberse orientado

muy claramente a la perforación de materiales de relativa dureza, tarea para la que probablemente estaban mejor preparados gracias a la consistencia que les proporcionaba la preservación de la diáfisis. En cambio, los punzones del tipo A121c pasaron a convertirse en el artefacto medial óseo más ampliamente producido y consumido, de carácter básicamente multifuncional.

Sin embargo, aparentemente estas ventajas no adquirieron un valor social fuera del sistema de intensificación productiva y de circulación de excedentes instaurado por el Grupo Argárico, lo que determinó que en

otras zonas de la península nunca llegaron a incorporarse al repertorio artefactual óseo. Aunque el registro divulgado hasta ahora no es excesivamente abundante para la zona exterior del sistema conformado en torno al núcleo argárico y su periferia, parece que en ella las técnicas de producción neolíticas siguieron predominando en la elaboración de los punzones, y el tipo A121a continuó siendo el único tipo de punzón manufacturado a partir de tibias de pequeños rumiantes. Así se constata en los yacimientos de la franja oriental meseteña, como Los Tolmos de Caracena (JIMENO MARTÍNEZ y FERNÁNDEZ MORENO, 1991: Fig.59.923-924) y La Loma del Lomo (VALIENTE MALLA, 1987: Fig.97.569 y Fig. 98.586; 1992: 117. Fig.110.403), así como en los asentamientos del Valle del Ebro, como Moncín –en donde se encuentra a lo largo de toda la estratigrafía (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994)– y Monte Aguilar (SESEMA SESMA, 1992:106 Fig.1.3), y también en las islas Baleares, en donde su consumo se prolongará al menos hasta fechas próximas al último tercio del II milenio cal BC (GUERRERO AYUSO *et al.*, 2007: 211, fig. (4)16.9).

En cambio, en los mapas de la figura VI.2.8 se puede apreciar con nitidez cómo en estos momentos el tipo A121c sólo aparece documentado en un área coincidente con la zona integrada en el sistema estructurado por el ámbito argárico y su área periférica, siendo la Cueva de Estremera, en Madrid, el punto más lejano en donde al parecer ha sido encontrado (FONSECA FERRÁNDIS, 1988:53. Lám.2). Por el momento, pues, puede proponerse que fuera de ese espacio este tipo de artefactos no fue nunca producido ni consumido.

Como conclusión, cabría señalar que el registro artefactual de nuestra zona de estudio, en el periodo comprendido entre *ca.* 2200 cal BC y *ca.* 1700 cal BC, estaría caracterizado por:

- a) -la progresiva desaparición de los punzones elaborados sobre soportes óseos conservando enteras partes diafisarias, y muy especialmente aquéllos manufacturados sobre metapodios, que apenas aparecen representados en el registro a partir de *ca.* 1900 cal BC;
- b) -el cambio de orientación en la normalización de la producción de artefactos mediales apuntados hacia el aprovechamiento de las tibias de rumiantes de pequeño tamaño –ovicaprinos básicamente– en detrimento de los metapodios, a pesar del mayor grado de disponibilidad por unidad esquelética que ofrecen éstos últimos –siempre en relación de 4/2.
- c) la consolidación, normalización y producción masiva del tipo A121c, que se constituyó en el artefacto medial óseo más ampliamente registrado en la zona de estudio;
- d) la completa desaparición de los punzones manufacturados sobre tibias de lagomorfos, así como también de las varillas planas de hueso y otros artefactos finales característicos del IV y III milenios cal BC;
- e) un descenso aparente en el número de cinceles de hueso registrados en comparación con la importan-

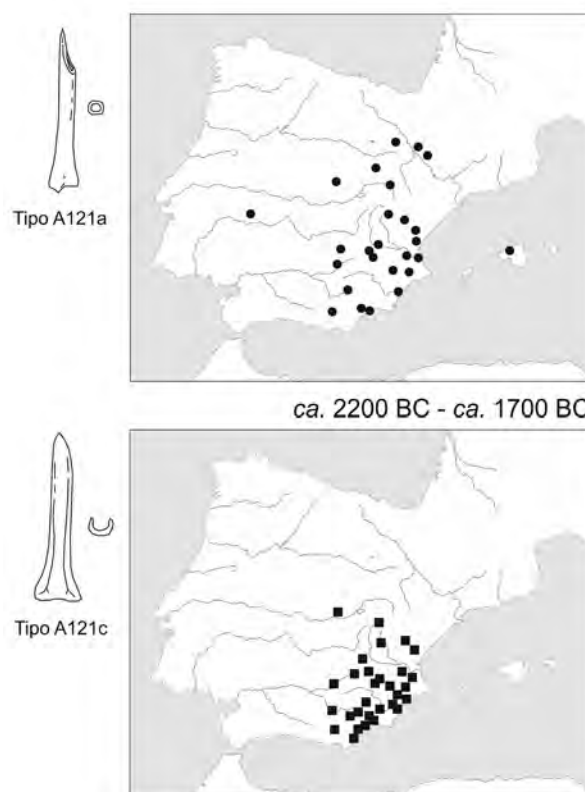


Figura VI.2.8_ Distribución de los tipos de punzones A121a y A121c localizados en niveles correspondientes aproximadamente al primer tercio del II milenio BC en yacimientos arqueológicos de la Península Ibérica y las Baleares.

cia que parecen mostrar en los conjuntos de la etapa anterior;

f) la progresiva normalización del consumo de artefactos finales de marfil en todo el ámbito de estudio, especialmente clara en el caso de los botones que, comenzando por un consumo aparentemente indiferenciado de los distintos artefactos del tipo Q1, se orientará con el tiempo hacia una paulatina diferenciación entre el consumo abundante y preferente del tipo Q131 y 132 en el área periférica frente a un consumo menor y focalizado en los tipos Q121 y en especial en el tipo Q111, en el área nuclear coincidente con el ámbito argárico;

g) una reducción progresiva del volumen de marfil consumido por unidad de producto, evidente sobre todo en los artefactos de tipo Q1.

3. DE LA INTENSIFICACIÓN A LA ESPECIALIZACIÓN Y DIVERSIFICACIÓN. LA PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y CONSUMO DE ARTEFACTOS ÓSEOS ENTRE CA. 1700 cal BC Y CA. 1200 cal BC

A partir de un impreciso momento, a grandes rasgos situado en torno a 1700 cal BC, comienzan a de-

tectarse una serie de cambios en el registro óseo con respecto al de la fase anterior. Éstos podrían resumirse básicamente, por un lado, en la aparición de nuevos tipos de artefactos, y por otro, en la aplicación de técnicas de producción novedosas y del empleo de instrumentos de trabajo hasta entonces no implicados en la elaboración de los objetos de hueso y asta. Como ya vimos en el capítulo III, el contexto en que se producen todas estas mudanzas debe ponerse en relación con el resto de transformaciones que comenzaron a tener lugar a partir de estos momentos en nuestra zona de estudio y que, en esencia, tuvieron como causa última un cambio de situación en el marco de relaciones hasta entonces establecido entre los diferentes grupos arqueológicos del cuadrante sudoriental de la Península, vinculados en el circuito de transferencias de excedentes articulado entre el territorio argárico y su periferia dependiente.

Una de las principales novedades del registro vuelve a tener como protagonista a los punzones del tipo A121 elaborados sobre tibias de ovicaprinos. Como

ya pudimos observar en el capítulo anterior, la elaboración de punzones sobre soportes óseos de mayor longitud que la que posibilitaban los metapodios de ovicaprinos y de otros rumiantes de similar talla constituyó una de las principales características del registro óseo del primer tercio del II milenio cal BC en nuestra zona de estudio. Las tibias pasaron a constituirse en el tipo de soporte óseo preferido para su elaboración a pesar de que su ratio de disponibilidad por unidad esquelética es justo la mitad que la de aquéllos -4 metapodios frente a dos tibias, exactamente. La predominancia del tipo A121c en dicho registro constituyó el resultado más inmediato de esta nueva orientación en la producción.

Dicha tendencia en cuanto a la selección de la materia prima continuó, si cabe más acentuada, en el segundo tercio del II milenio cal BC. Sin embargo, hacia 1700 cal BC comienza a proliferar en los contextos mejor investigados un tipo de artefacto que, semejante al tipo A121c en cuanto a su concepto general, guarda no obstante una serie de diferencias muy claras con

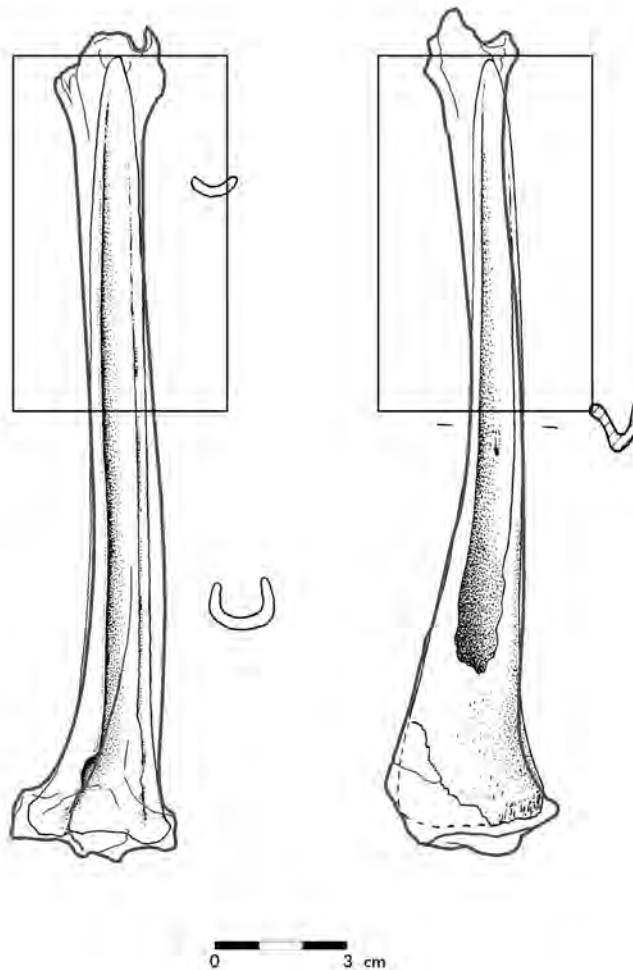


Figura VI.3.1_ Comparación de las porciones útiles de los punzones del tipo A121c y A121b, según las estimaciones realizadas a partir de los ejemplares analizados y la comparación de sus índices de agotamiento.

él, lo que nos llevó a reconocerlo como una variedad del tipo, tal como vimos en el capítulo V, y a definirlo como tipo A121b.

Si el tipo A121c se caracterizaba por el ranurado completo de la diáfisis y de la epífisis proximal de la tibia, extrayendo la cresta tibial situada en la cara craneal del hueso, el tipo A121c muestra un ranurado que, si bien continúa afectando completamente a la diáfisis, no llega a seccionar por entero la epífisis proximal, sino que se inicia en forma de abertura o

boquete aproximadamente en el punto en que la epífisis y la diáfisis se unen. Pero el rasgo que morfológicamente los separa más netamente del tipo A121c es que en este caso el ranurado nunca afecta a la cresta tibial, sino que siempre se dispone sobre la caras lateral o ventral de la diáfisis y, esporádicamente, en la cara caudal.

El que los contextos en los que comparece el tipo A121b apunten sistemáticamente hacia cronologías más recientes que aquéllos en los que se constata una

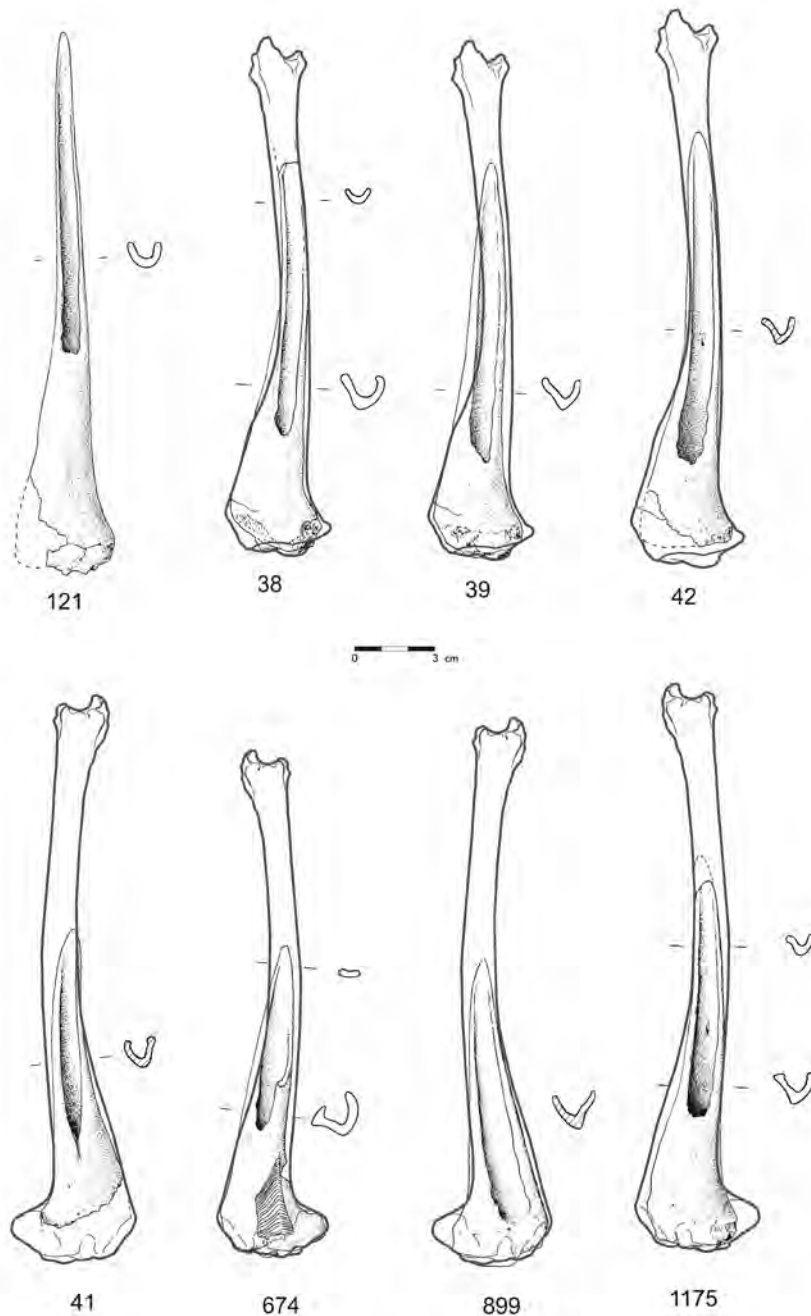


Figura VI.3.2_ Agotamiento y reafilado de punzones del tipo A121b. En la parte superior, junto a la pieza nº 121, completa y apenas desgastada, hallada en el Departamento XVIII de Cabezo Redondo, tres piezas también de Cabezo Redondo con un primer grado de desgaste de la parte activa. Abajo, piezas agotadas o próximas al agotamiento tras repetidos reavivados de la parte activa procedentes de varios yacimientos (de izquierda a derecha, Cabezo Redondo, Cova del Montgó, Laderas del Castillo y Peña de Sax).

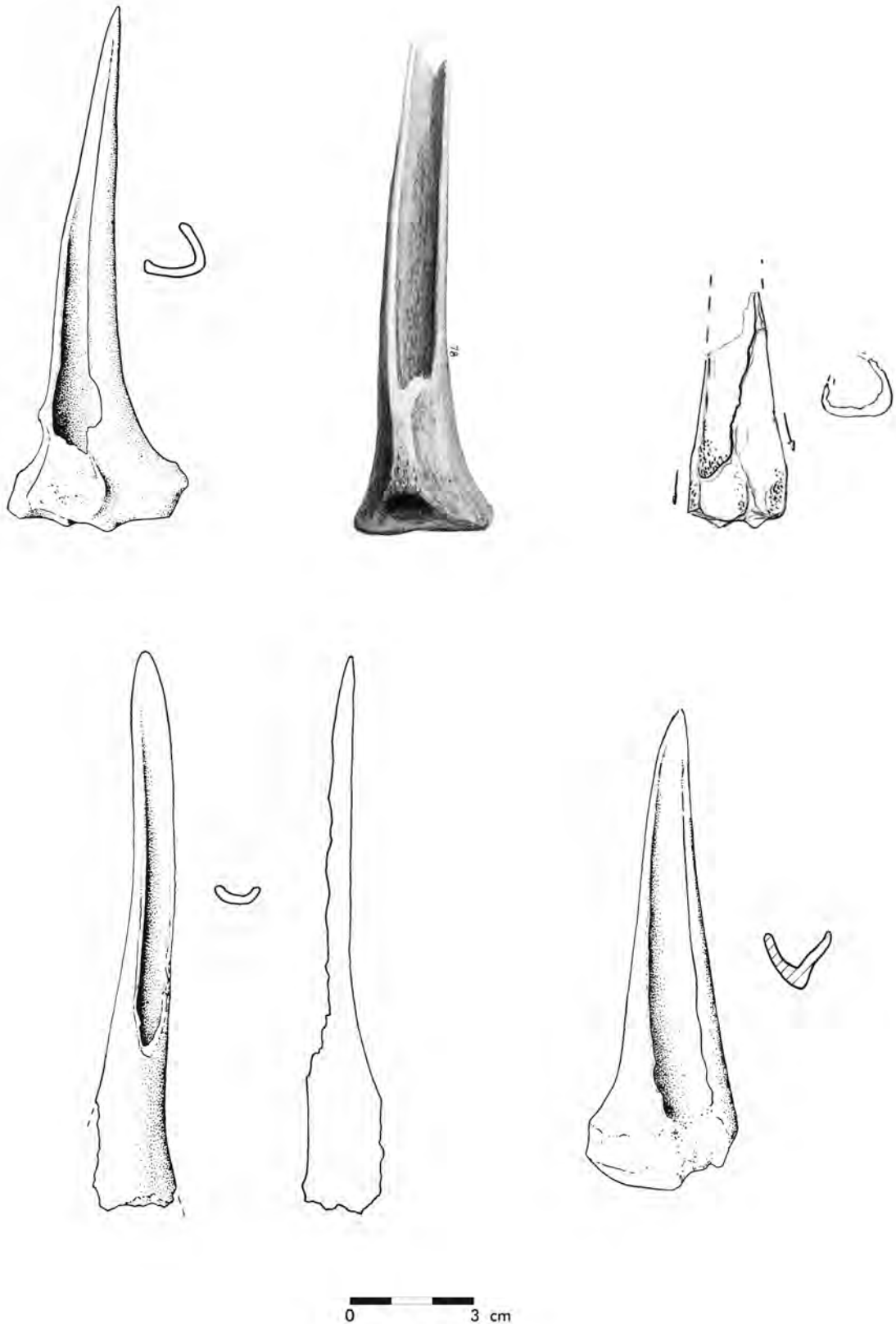


Figura VI.3.3_ Punzones del tipo A121c y A121b con características atípicas en cuanto a la morfología y/o disposición del ranurado diafisiario. Arriba, de izquierda a derecha, punzón del tipo A121c del Tabayá con ranurado incompleto sobre la cara craneal de la tibia; punzón de factura semejante de El Argar, según E. y L. Siret (1890: lám 25. 78) y fragmento proximal de pieza de características similares de los niveles más recientes de la Fase II de Terlinques. Abajo, a la izquierda, punzón del tipo A121b del Tabayá con disposición excéntrica del ranurado incompleto de la diáfisis. A la derecha, punzón del tipo A121b de Laderas del Castillo con ranurado completo sobre la cara ventral de la tibia.

presencia numerosa del tipo A121c; y el que, por lo demás, este último tipo desaparezca de los niveles en los que el tipo A121b comienza a hacerse frecuente, invita a plantear muy seriamente la hipótesis de que ambos tipos se sucedieran en el tiempo como artefactos mediales orientados al mismo tipo de consumo.

A diferencia del tipo A121c, no disponemos por ahora en el registro de piezas inconclusas que nos orienten sobre la longitud que cabría esperar en un punzón del tipo A121b recién elaborado. En cualquier caso, el análisis realizado sobre las piezas catalogadas muestra que, a grandes rasgos, las dimensiones de la parte activa no diferirían en nada de las del tipo A121c. Además, la comparación de las longitudes de algunos de los ejemplares mejor conservados con las piezas en las que se ha constatado un grado más alto de desgaste permite concluir que el umbral de agotamiento definitivo del útil resultaba prácticamente idéntico al de aquél, cercano al 50% de la longitud original total del instrumento. En consecuencia, todo indica que en cuanto a su valor de uso ambos artefactos resultaban iguales.

La diferencia básica entre ellos residiría, a nuestro juicio, en las ventajas que reportaba el tipo A121b en relación con la reducción del tiempo invertido en su producción –dado que no requería el ranurado completo de la epífisis del hueso– y en la mayor resistencia del utensilio a la presión lateral y frontal gracias a un mejor reparto de la tensión ejercida eventualmente sobre la punta del punzón, al quedar preservada la epífisis en la base del instrumento. Naturalmente, todo ello no pasa de ser, por ahora, más que una propuesta teórica que deberá corroborarse en el futuro mediante experimentaciones, pero permite plantear que frente al mayor valor de producción del tipo A121c –compensado por una economía en el mantenimiento de la parte activa en relación con el tipo A121a– el tipo A121b poseía un valor de producción menor –menor cantidad de fuerza de trabajo invertida– y unas mejores condiciones para evitar la fracturación fortuita durante su uso.

Al contrario que en el caso del tipo A121c, que a tenor del registro disponible pareciera surgir a mediados del III milenio cal BC ya completamente normalizado en cuanto a su diseño general, estas mejoras concretadas en el tipo A121b podrían estar reflejándose en forma de tentativas, materializadas en algunos ejemplares del tipo A121c que podríamos describir como “atípicos” y que se presentan, no por casualidad, en los estratos intermedios de las estratigrafías de nuestra zona de estudio, como sucede en los casos bien documentados del Tabayá –nº 1325 y 1326– y de Terlinques –Fase II. Estos ejemplares muestran el ranurado incompleto de la diáfisis, típico del tipo A121b, aunque guardando la disposición natural del tipo A121c –es decir, sobre la cresta tibial– o presentan un ranurado incompleto dispuesto de manera no normalizada –como en el ejemplar del Tabayá nº 1326.

Los Siret (1890: lám 25. 78) también recogen algún punzón similar de El Argar, lo que aparentemente indicaría que el proceso de transformación del tipo en la variante A121b se dio en el marco de la producción ósea general de nuestra zona de estudio.

En conclusión, nos hallaríamos ante un caso bien documentado arqueológicamente de modificaciones introducidas en el proceso de producción de un artefacto a partir de las imposiciones marcadas por el consumo, de manera que través de una serie sucesiva de ensayos más o menos afortunados, se terminó por depurar un nuevo diseño para un tipo concreto de utensilio que, finalmente, acabó relegando el diseño anterior convirtiéndolo en obsoleto.

Ya hemos comentado que, en su diacronía, el registro de nuestra zona de estudio parece señalar claramente que el tipo A121b pasó a ocupar el espacio del tipo A121c como el principal artefacto medial óseo de los asentamientos del segundo tercio del II milenio cal BC. En ese sentido, resulta revelador que la proporción del tipo A121c con respecto al total de artefactos mediales apuntados registrado en el Cerro de El Cuchillo –en donde la relación entre ambos tipos es de aproximadamente 13:1 a su favor– se sitúe en algo más del 36%, mientras que en Cabezo Redondo –en donde la relación a favor del tipo A121b es de aproximadamente 35:1– esta proporción se mantenga en parámetros muy similares, sólo un poco por encima del 40%. Ello nos lleva a inferir que tanto uno como otro debieron estar destinados al mismo tipo de actividades, y que éstas debieron ser variadas y seguramente involucradas en diferentes procesos de trabajo, aunque como ya comentamos en el capítulo V, es probable que la elaboración de artefactos de cáñamo y esparto se encontrara entre las más habituales.

A tenor de las estratigrafías y de los datos cronológicos que acompañan a los ejemplares del tipo A121b en nuestra zona de estudio, cabe proponer una fecha en torno a 1700 cal BC para fijar el comienzo del predominio de este tipo de artefactos en el registro. Algunas evidencias que podrían considerarse contradictorias con esta fecha resultan insustanciales. Sin ir más lejos, un desafortunado error en la publicación del reciente trabajo de R. Maicas hace figurar a un punzón del tipo A121b como procedente del yacimiento del Cerro de las Canteras (MAICAS RAMOS, 2007: 134, fig. III.93) cuando en realidad es una pieza procedente de El Oficio, como la propia autora había ya publicado (MAICAS RAMOS y PAPI RODES, 1996: 10, fig.3). Por otra parte, el punzón referenciado por J. L. Pascual (1998: 43, fig. III.8.1) de la Cova de La Pastora, que nosotros incluimos en nuestro catálogo con el nº 647, lejos de corresponder a los niveles del IV y III milenios cal BC se debe asociar en cambio con los materiales de la Edad del Bronce localizados en el interior de esta cavidad (SOLER DÍAZ, 2002), caso análogo al del ejemplar hallado en la Cova del Montgó, como ya se ha señalado (LÓPEZ PADILLA, 1997).

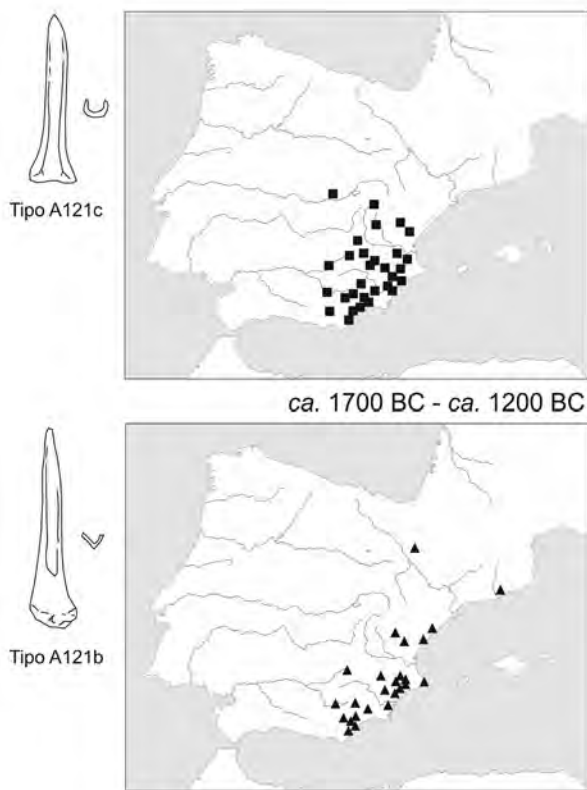


Figura VI.3.4_ Distribución de los tipos de punzones A121c y A121b localizados en niveles correspondientes aproximadamente al segundo tercio del II milenio BC en yacimientos arqueológicos de la Península Ibérica y las Baleares.

Lo cierto es que la distribución a escala peninsular del tipo A121b ofrece también, al igual que acontecía con el tipo A121c, una clara concentración en el cuadrante sudoriental de la Península Ibérica. Más allá de la estrecha relación que ello contribuye a suponer entre ambos, en el caso del tipo A121b se observa una presencia esporádica de algunos ejemplares en áreas en las que el tipo A121c nunca estuvo presente. En concreto, tanto en el Valle del Ebro como incluso en las comarcas del Noreste peninsular encontramos algunos punzones que, como el localizado en la Cova del Bolet, en Mediona (GIRÓ ROMEU, 1948: 261, Lám. II), se reconocen claramente como ejemplares del tipo A121b.

Por tanto, el tipo A121b presenta una distribución más amplia que la ofrecida por el tipo A121c, pero no de manera azarosa, dicha presencia del tipo A121b en la fachada mediterránea nororiental peninsular y en el Valle del Ebro creemos que nos pone sobre la pista de los territorios incorporados al nuevo marco de relaciones surgido tras los cambios en el equilibrio estructural entre centros y periferias, a partir de ca. 1700 cal BC, aproximadamente.

Así, el tipo A121b aparece documentado, cuanto menos de forma testimonial, en puntos concretos del área costera mediterránea situados al norte del Palan-



Figura VI.3.5_ Objetos cerámicos y óseos hallados en la Cova del Bolet, en Mediona (Giró Romeu, 1948: 261, Lám. II). En el extremo derecha puede verse un punzón del tipo A121b, presentado junto con el resto de artefactos óseos localizados en la cavidad. Arriba, a la izquierda, un fragmento cerámico con decoración de boquique.

cia, y cuando se dispone de datos relativos a la cronología y/o al contexto en que son registrados –como en el caso del Pic dels Corbs (TARRADELL MATEU, 1969: Lám X)– se encuentran asociados frecuentemente a la cerámica decorada con la técnica de boquique (BARRACHINA IBÁÑEZ, 1998). Esto es también lo que puede señalarse al respecto de los ejemplares del tipo hallados en el Tossal del Castellet (OLIVER, GARCÍA y MORAÑO, 2005: 57, fig. 27) e incluso de la Cova del Bolet (Fig. VI.3.5) y de alguno de los yacimientos mejor conocidos del Valle del Ebro, como Moncín, en donde creemos haber reconocido el tipo entre los productos óseos hallados en el Silo F16 del Corte I, perteneciente a la Fase IIC del asentamiento, y en el Corte III, en momentos de la Fase IIA, a los que se atribuyen fechas de ca. 1700 cal BC y ca. 1350 cal BC, respectivamente (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1994).

En cambio, fuera de estos puntos concretos, en el ámbito más externo del sistema, se continuó manteniendo el consumo de los tipos de punzones de tradición neolítica, basados como hemos visto ya en la producción sobre porciones diafisiarias parcialmente hendidas. Incluso en las Islas Baleares, que como más adelante veremos comenzó a jugar un papel esencial en el desarrollo de los nuevos circuitos de intercambio de productos que comenzaron a activarse en esta parte del Mediterráneo a partir de ca. 1500 cal BC, se constata este mismo panorama, como muestra el repertorio artefactual óseo de yacimientos como la Naveta de la Punta de Can Amer (GUERRERO AYUSO *et al.*, 2007: 263, Fig. (5)11.1).

Sin embargo, el manifiesto incremento en la productividad del trabajo de las materias óseas que apreciamos en estos momentos no se limita, ni mucho me-

nos, a las innovaciones introducidas en el diseño de los punzones del tipo A121b. Muy al contrario, a partir de *ca.* 1700 cal BC constatamos la presencia en el registro de toda una serie de cambios sustanciales que se concretan en mejoras tanto del objeto de trabajo como de los medios de producción, así como un incremento espectacular de la diversidad y calidad de los artefactos producidos.

En cuanto al primero de estos aspectos, ya señalamos en el capítulo IV cómo los datos apuntan a un aumento progresivo en el empleo del asta de cérvido como materia prima para la producción ósea a partir de los inicios del segundo tercio del II milenio cal BC. Como muestra el gráfico de la figura VI.3.6, mientras que en yacimientos con ocupaciones anteriores a *ca.* 1500 cal BC, como la Lloma de Betxí o Muntanya Assolada, los porcentajes de artefactos elaborados en asta de ciervo y los restos esqueléticos de esta especie ofrecen valores ampliamente divergentes, en los yacimientos con una ocupación más intensa en momentos avanzados –Fase IV– como la Peña de Sax o Cabezo Redondo la tendencia resulta justamente la contraria. En estos últimos las cifras señalan que el asta de ciervo se empleó como materia prima muy por encima de la disponibilidad que ofrecía la caza y el consumo cárnico de cérvidos, lo que denota, por una parte, el grado de especialización alcanzado en la producción y por otra, la puesta en práctica de estrategias de aprovisionamiento de astas de cérvidos al margen de las actividades cinegéticas. En cambio, las diferencias entre el porcentaje de artefactos elaborado sobre huesos de ovicaprinos y el de la representación de ovejas y cabras en los restos óseos faunísticos de los asentamientos se mantiene, a

lo largo de todo el II milenio, en valores mucho más parejos.

Puesto que el asta de cérvido constituye un tipo de material óseo de mejor calidad que el hueso, podemos inferir que la abundancia de artefactos elaborados en este material responde a un incremento en la productividad que repercutió en un aumento importante de la calidad del producto final.

Sin embargo, esto no supuso un aumento en el valor de producción de los artefactos, ya que en estos momentos asistimos también a una mejora en los medios de producción empleados, consistente en la introducción de los útiles de metal en la realización de una amplia variedad de procesos de trabajo. Si durante las etapas precedentes el metal sólo fue utilizado de forma muy esporádica en la elaboración de artefactos de hueso y asta, ahora parece emplearse asiduamente tanto para cortar, aserrar, ranurar, perforar y taladrar como incluso para raspar y llevar a término algunas de las operaciones vinculadas con el acabado final del producto.

Este cambio sustancial se evidencia de la manera más clara en el trabajo del asta de cérvido, pero se constata también en la elaboración de algunos artefactos óseos. Ciertos punzones del tipo A121b registrados en Cabezo Redondo –nº 41– y en la Mola Alta de Serelles –nº 1068– conservan señales del uso de hojas metálicas para la apertura del ranurado en la diáfisis, realizando dos cortes convergentes en la parte proximal de la misma.

A partir de *ca.* 1500 cal BC los datos apuntan, pues, claramente, hacia un empleo generalizado de un amplio elenco de instrumentos metálicos en la producción de una gran variedad de artefactos, de manera

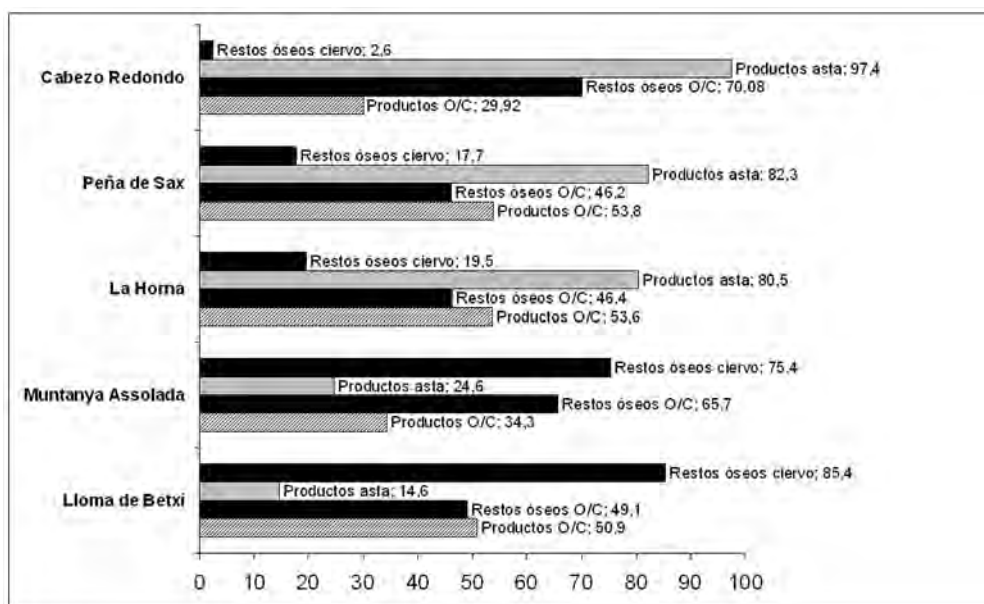


Figura VI.3.6_ Gráfico en el que se muestra la representación porcentual de los artefactos de asta y de huesos de ovicaprinos y los restos óseos faunísticos de ciervos y de ovejas y cabras registrados en varios yacimientos de la zona de estudio.

que el metal habría dejado de constituir, en lo que a la esfera de la producción ósea se refiere, un medio de producción exclusivamente destinado a la manufactura de objetos de marfil.

No es casual que coincidiendo con ello asistiéramos también ahora a la aparición, por vez primera, de ámbitos claramente especializados en la producción de artefactos óseos, circunstancia que hasta entonces sólo se daba en relación con el trabajo eborario cuyos talleres, durante el primer tercio del II milenio cal BC, parecen haber compartido espacio con las áreas de actividad destinadas a la producción metalúrgica, en una clara muestra del control al que se hallaban sometidas por parte de las elites gestoras de los asentamientos la elaboración –y fundamentalmente la distribución– de determinados productos de alto valor social.

En nuestra zona de estudio podemos, al menos, señalar dos casos de ámbitos especializados en la producción ósea. Uno es la Unidad Habitacional nº 7 de Terlinques, un espacio perteneciente a la fase III del yacimiento para el que contamos con dos dataciones radiocarbónicas que permiten fijar su ocupación aproximadamente entre *ca.* 1600 cal BC y *ca.* 1500 cal BC. En este habitáculo, de aproximadamente 24 m² de superficie y conectado con la calle central del poblado por un vano orientado hacia el norte, se registraron diversas áreas de actividad sobre el pavimento incendiado, entre las que encontramos una zona dedicada a la talla del sílex. Junto a la pared occidental de esta unidad habitacional, y entre los restos de al menos dos vasijas cerámicas destruidas, se localizaron varias porciones de un asta de ciervo calcinada. Sobre el pavimento de la casa se localizó, además, un pequeño conjunto de desechos de producción de asta, consistentes en trozos de candiles con incisiones y planos de corte realizados con instrumental metálico, y junto a ellos al menos una plaqueta recortada preparada para su elaboración.

En sedimentos depositados sobre la calle que recorre longitudinalmente la cima del poblado, contemporáneos del uso de la unidad habitacional nº 7 y junto al vano de acceso a la misma, se registraron también diversos restos de astas con señales de trabajo y varios fragmentos de artefactos de este mismo material –entre ellos un pico del tipo P2. Hasta el momento no se han localizado restos relacionados con la producción ósea en ninguna otra de las unidades habitacionales pertenecientes a la fase III de Terlinques, a pesar del número relativamente amplio de las excavadas, mientras que otros espacios muestran, en cambio, concentraciones significativas de instrumentos relacionados con la elaboración y/o almacenamiento de otras clases de artefactos, destacando el acopio de medios de producción líticos en las unidades habitacionales 11 y 12.

El segundo de los ámbitos de producción especializada detectados lo hallamos en el Departamento XVIII de Cabezo Redondo. De acuerdo con los datos publicados por J. M. Soler (1987) en el interior de esta

unidad habitacional se documentó una significativa concentración de porciones de asta de ciervo con facetados y extracciones y múltiples aserrados, realizados todos con instrumentos de metal, así como varias luchaderas de asta seccionadas (Fig. VI.3.8). Junto a estos objetos se localizó también un punzón del tipo A121b cuya longitud y características permiten suponer que se trata de una pieza recién terminada. Un cuchillo, un punzón y un cincel de metal, así como varias placas líticas y otros objetos de arenisca y pizarra completan un conjunto de instrumentos que pudieron estar relacionados con las evidencias del trabajo del asta que los desechos y las porciones de candiles y luchaderas localizados permiten inferir. Faltan, no obstante, las sierras de metal, de las que no se conoce un solo ejemplar en todo el poblado pero cuyas huellas aparecen de forma reiterada en prácticamente todos los trozos de asta localizados en el citado Departamento XVIII.

La vinculación de este ámbito del yacimiento con la producción de artefactos de asta se ve además reforzada por la excavación, varias décadas más tarde, de un espacio situado inmediatamente a occidente del Departamento XVIII –corte E y D, excavados en 1995– en donde se halló un conjunto de puntas de flecha de asta de ciervo recién manufacturadas junto con varias plaquetas rectangulares almacenadas y preparadas para la producción de nuevos ejemplares. En todo caso, no parecen ser los dos únicos espacios del poblado en los que se realizaron procesos de trabajo vinculados con la fabricación de artefactos mediales en asta de ciervo, pues J. M. Soler (1987: 58) menciona también el hallazgo de luchaderas aserradas y candiles con señales de manufactura en los Departamentos XI y XIII.

Este incremento de la productividad del trabajo del hueso y el asta repercutió en la aparición de una extraordinariamente amplia gama de nuevos productos, la mayoría de ellos elaborados en asta de cérvidos, entre los que se cuentan varias clases de cinceles, paletas, fusayolas, mangos y percutores. Sin embargo, uno de los artefactos más ampliamente producidos en estos momentos serán los picos del grupo P2, que se convertirán en objetos característicos de muchos de los asentamientos excavados de nuestra zona de estudio, en especial a partir de *ca.* 1500 cal BC. Su reiterada presencia en la mayoría de las unidades habitacionales de Cabezo Redondo denota, a nuestro juicio, que su consumo debió estar implicado en actividades realizadas de forma regular por parte de prácticamente todas las unidades domésticas del poblado. Sin embargo, a falta de estudios traceológicos que permitan obtener información más precisa en este sentido, creemos que tales actividades pudieran haber estado vinculadas con trabajos agrícolas, tales como el desbrozado y escardado de los campos. La distribución de los hallazgos del grupo P2 en la Península Ibérica resulta coincidente a grandes rasgos con la que hemos observado para el

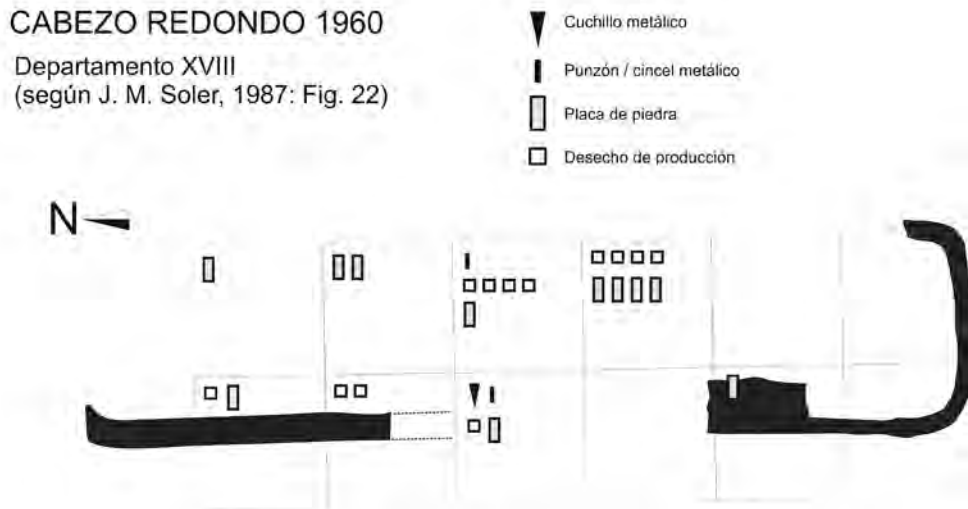


Figura VI.3.7_ Distribución por sectores de los desechos de producción y de los instrumentos metálicos y placas líticas registrados por J. M. Soler (1987) en el Departamento XVIII de Cabezo Redondo

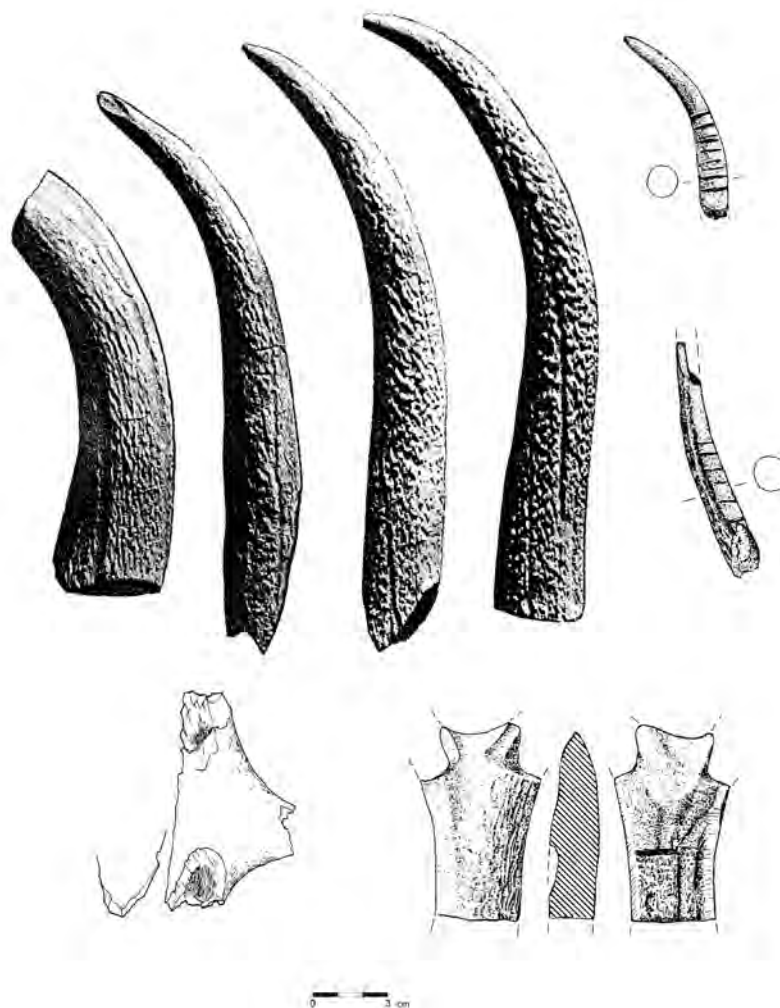


Figura VI.3.8_ Porciones de asta de ciervo seccionadas y desechos de extracciones y de procesos de manufactura localizados en el Departamento XVIII de Cabezo Redondo. En la cara posterior de la pieza situada en el margen inferior derecho, puede apreciarse las señales dejadas por el proceso de extracción de una varilla rectangular.

tipo A121b, y resulta de particular interés su localización en yacimientos como Orpesa la Vella y también en Moncín, en donde su presencia se restringe exclusivamente a la fase AII del poblado, fechada en torno a 1400- 1300 cal BC.

A partir del siglo XVIII cal BC –y especialmente a partir del XVII cal BC- parecen comenzar a insinuarse también cambios importantes en relación con el consumo y la producción de artefactos de marfil en la zona. Los datos disponibles para este momento en la zona provienen casi por entero del yacimiento de Cabezo Redondo, y especialmente de los restos documentados en el Departamento XXII, en donde se localizó, depositado sobre el pavimento calcinado de la vivienda, un conjunto formado por una porción de marfil en bruto y un pomo o contera del tipo T211, probablemente destinado a adornar el extremo de un mango de puñal o cuchillo. Puesto que el artefacto se encontraba claramente en proceso de elaboración, por ahora es imposible precisar si se trataba de dos porciones de marfil meramente almacenadas en ese lugar o si el pomo estaba siendo tallado allí mismo. La ausencia de restos de esquirlas o astillas de marfil impide, en principio, decantarse abiertamente por la segunda posibilidad. En cualquier caso, su localización en el mismo lugar en el que se documenta una área de actividad metalúrgica –única registrada hasta el momento en el poblado- así como la presencia de objetos de metal singulares –como una chincheta de oro, semejante a las halladas en el conjunto del Tesoro de Abia de la Obispalía (ALMAGRO GORBEA, 1974)- nos permite inferir que también en esta fase la producción de artefactos de marfil se hallaba relacionada íntimamente con los espacios destinados a la producción y almacenamiento de artefactos metálicos (LÓPEZ PADILLA y HERNÁNDEZ PÉREZ, 2011).

En cualquier caso, el marfil no parece haber constituido un material tan demandado como en las fases



Figura VI.3.9_ Peine de marfil del tipo N111 hallado en el Departamento XXIII de Cabezo Redondo.

precedentes, aun cuando parece advertirse un notable incremento en la calidad técnica de las producciones. De Cabezo Redondo, además del pomo ya mencionado, contamos con una pequeña porción de disco decorado –tipo D221- sobre el que a continuación trataremos, y un peine –tipo N111- de clara filiación argárica registrado en el interior de un banco u hornacina del Departamento XXIII (Fig. VI.3.9).

No obstante su escasez, la presencia de estos objetos en la antigua franja periférica argárica implica que al menos a partir de *ca.* 1500 cal BC, y a diferencia de lo que ocurría en la fase precedente, productos exclusivos como los pomos de puñal o los peines pasaron a ser producidos y consumidos en los nuevos enclaves centrales situados en la antigua franja periférica del Argar. En cambio, llama poderosamente la atención que los brazaletes, uno de los objetos de marfil de consumo más extendido hasta ese momento, desaparezcan por completo del registro de Cabezo Redondo donde ya sólo los encontraremos manufacturados en oro, como atestigua su notable representación en el Tesorillo hallado por J. M. Soler (1965: 35, lám. XLIV; 1987: 374, lám. 104).

Si el peine de Cabezo Redondo ofrece una vinculación poco discutible con contextos avanzados del área argárica, en donde se encuentran piezas idénticas elaboradas tanto en madera –El Argar y El Oficio (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 47 y 63)- como en marfil –Fuente Álamo (SIRET y SIRET, 1890: Lám. 65. 62)- el pomo presenta, en cambio, conexiones poco disimuladas con el interior. A primera vista se puede advertir la similitud de la pieza de Villena con la contera que luce el mango de oro de la espada de Guadalajara (ALMAGRO GORBEA, 1972; BRANDHERM, 1998) pero son los forros áureos del Tesoro de Abia de la Obispalía los que nos permiten aproximarnos de forma más precisa al tipo de mango al que consideramos debió estar destinado, pues no sólo dejaban sin cubrir el extremo proximal del empuñadura –precisando, por tanto, de otro tipo de material para rematarlo con un pomo- sino que además emplearon como complemento decorativo un tipo de remaches áureos que también han sido localizados en el yacimiento villenense –uno de ellos precisamente en el mismo Departamento XXII en el que fue hallado el pomo y el bloque de marfil en bruto que lo acompañaba.

En cambio, el disco decorado con series concéntricas de triángulos invertidos hallado en el Departamento II (SOLER GARCÍA, 1987: 26) por ahora reclama sólo vínculos extrapeninsulares. A pesar de que en la actualidad la pieza se conserva en peores condiciones que cuando fue encontrada por J. M. Soler, la reconstrucción efectuada por éste resulta suficientemente esclarecedora de su forma y dimensiones originales (SOLER GARCÍA, 1965: 36, f. 11.2 y lám. LIX.2). En función de la materia prima empleada y a la vista de la reconstrucción que permite el fragmento, creemos que posiblemente se trate de un botón o aplique o, tal

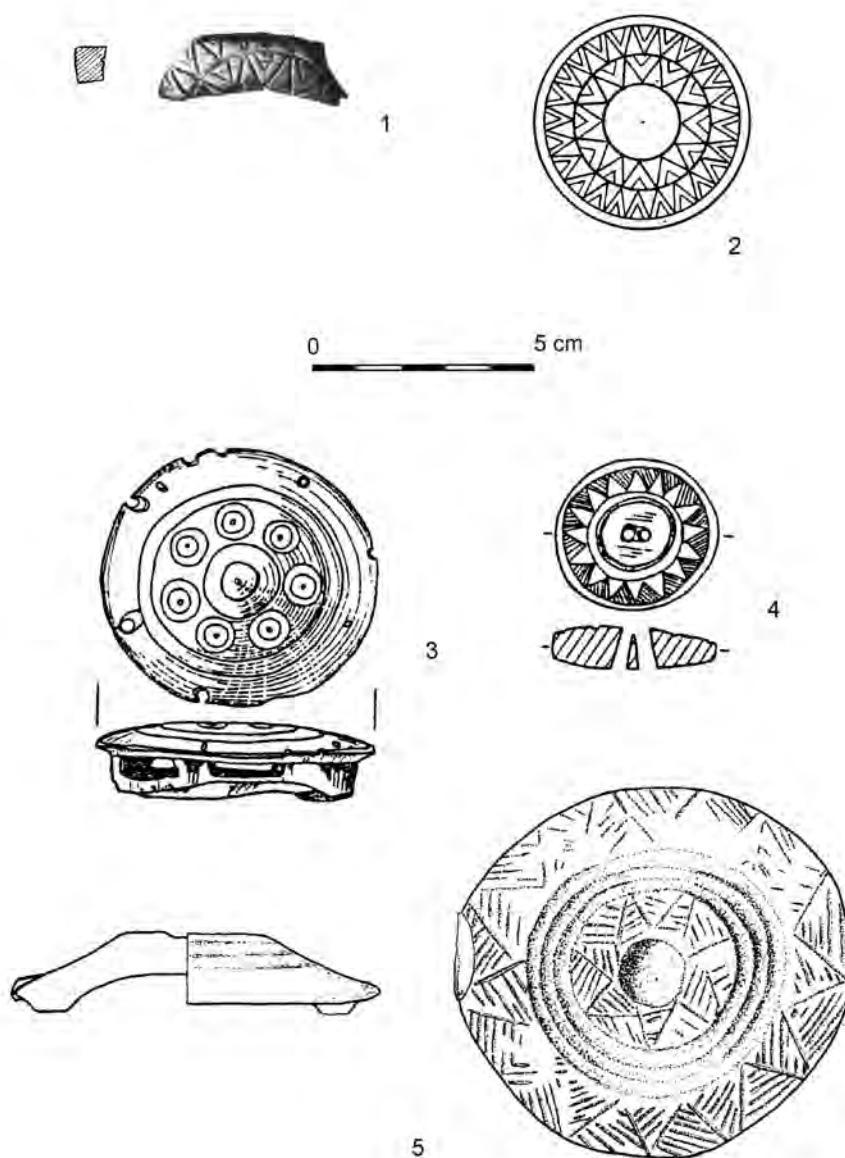


Figura VI.3.10_ Arriba, fragmento de disco de marfil decorado tal y como fue encontrado por J. Mª. Soler García en el Departamento II de Cabezo Redondo (1) y reconstrucción de la pieza según el autor (2) (ambas figuras tomadas de J. M. Soler García, 1965: f. 11.2 y lám. LIX.2). Abajo, tapadera de asta de ciervo con decoración incisa de la terramara de Montale (3) y botón (4) del mismo estilo y materia procedente también de este yacimiento (tomados de N. Provenzano, 1997: f. 298.32 y 34). Por último, tapadera de cerámica de Castione dei Marchesi (a partir de A. Mutti *et al.*, 1988: f.53.3).

vez, una tapadera similar a las que en momentos cronológicamente contemporáneos se han registrado en yacimientos del norte de Italia elaboradas en hueso, asta de ciervo e incluso cerámica (Fig. VI.3.10). En concreto, la afinidad que muestra en cuanto al diseño general y patrón decorativo con un botón elaborado sobre una placa de asta de ciervo hallado en la terramara de Montale, en Módena, resulta bastante notable (PROVENZANO, 1997: 534. f. 298.32). Tanto en este tipo de objetos como en las denominadas *rottelle* –interpretadas como ápices o cabezas para alfileres de metal– encontramos diseños basados en círculos concéntricos

de triángulos con el borde apuntando hacia el centro, a semejanza de la pieza de Cabezo Redondo.

En nuestra opinión, esta relación de Cabezo Redondo y de la fachada oriental mediterránea en general con los grupos centro-mediterráneos de *ca.* 1300 cal BC no se produce, en ningún caso, al margen de un contexto de relaciones inter-regionales de inusitada relevancia que hasta el momento no ha sido suficientemente valorado, con algunas contadas y recientes excepciones (LULL *et al.*, 1999; GUERRERO AYUSO, 2007). Los precedentes de estas –en palabras de H. Schubart (1975)– “relaciones mediterráneas” del Grupo Argá-

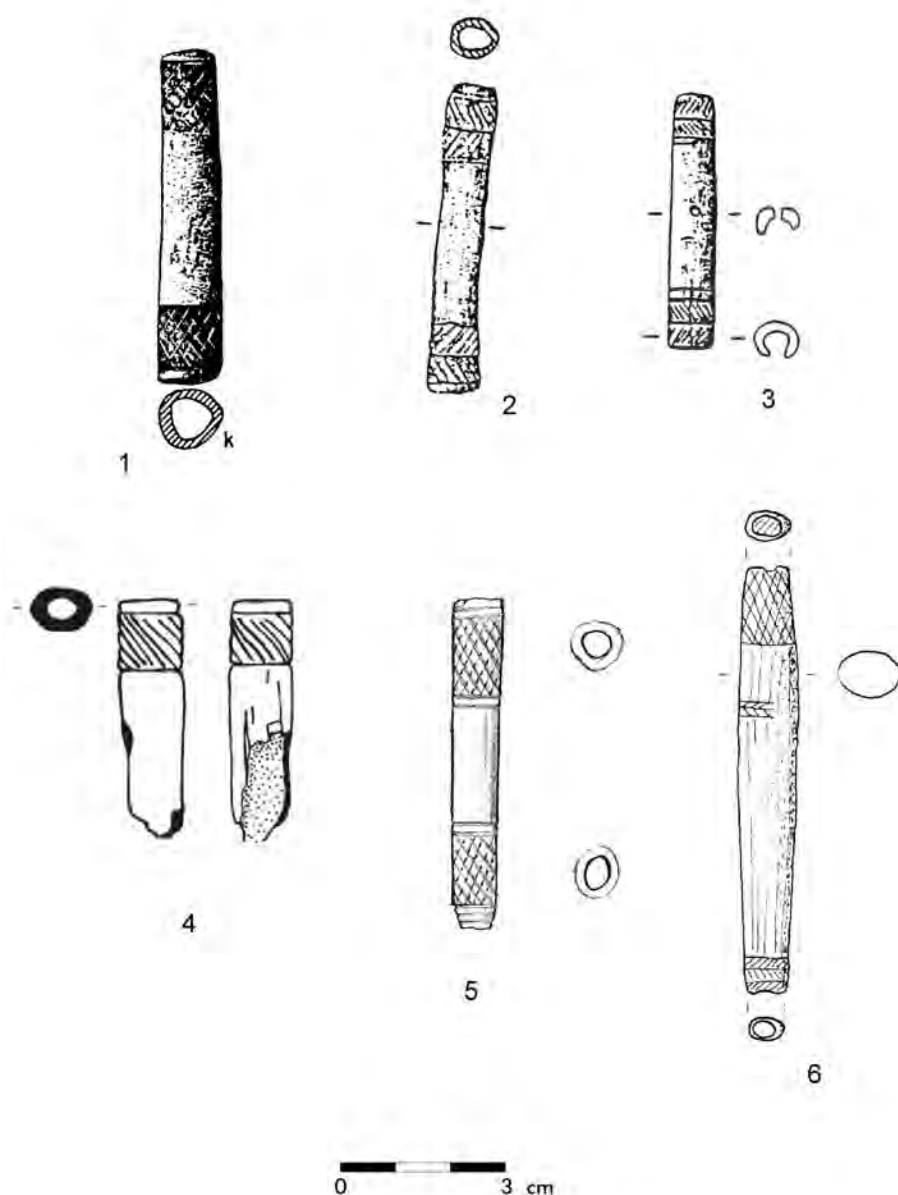


Figura VI.3.11_ Mangos de punzón decorados. 1. Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1980); 2. Cuesta del Negro (Salvatierra Cuenca, 1982); 3. Cueva de la Carigüela (Salvatierra Cuenca, 1980); 4. Pic dels Corbs; 5. Murviedro; 6. Castione dei Marchesi (Rottoli, 1988). La pieza de Castione dei Marchesi está elaborada en madera.

rico se sitúan, no obstante, hacia mediados del siglo XVIII cal BC, cuando parecen comenzar a depositarse en ciertos contextos funerarios algunos artefactos claramente relacionados con los círculos de consumo elitista del Mediterráneo Oriental. En este sentido, el aplique del mango de cuchillo de la tumba I de la Illeta dels Banyets constituye uno de los ejemplos más relevantes.

Las afinidades formales de esta pieza con los conjuntos de Bush Barrow y del Círculo B de Micenas son indiscutibles y, si bien carecemos de dataciones absolutas para el primero, para la tumba Iota se propuso, a partir de paralelos cerámicos, una cronología de finales del Minoico Medio III (DICKINSON, 1977: 43), en fechas aproximadamente coincidentes con los

resultados de las dataciones radiocarbónicas obtenidas de la tumba I de la Illeta dels Banyets (LÓPEZ, BELMONTE y de MIGUEL, 2006), siempre dentro del intervalo contemplado para esta fase en la denominada “cronología alta” de la periodización de la Edad del Bronce del Egeo, entre aproximadamente 1750- 1720 cal BC y 1700- 1680 cal BC (RAMSEY, MANNING y GALIMBERTI, 2004).

La presencia, por tanto, de artefactos relacionados mayoritariamente con el ornato de puñales y cuchillos e inspirados en modelos formales del Mediterráneo Central y Oriental –como el pomo de marfil de la tumba nº 265 de El Oficio (SCHUBART y ULREICH, 1991: 241. fig.100) o el pomo de plata de la tumba nº 7 de Fuente Álamo (SIRET y SIRET, 1890: 259)– señalan

una clara intensificación de los contactos de la clase dominante argárica con los circuitos de intercambio impulsados a partir del siglo XVIII cal BC por los rúgulos enterrados en el Círculo B de Micenas. Pero si durante el segundo tercio del II milenio cal BC tales contactos parecen denotar, sobre todo, el deseo de la élite argárica por acceder a estos circuitos, su plena incorporación a los mismos no acontecería hasta bien entrado el siglo XVI cal BC, en un momento de profundas transformaciones sociales y económicas.

A partir de ese momento, y muy especialmente desde *ca.* 1300 cal BC, en nuestra Fase IV, puede observarse el desarrollo de una serie de enclaves interconectados entre sí por medio de una red de circulación costera que aparentemente podrían estar sujetos a lazos de jerarquización territorial controlados por Cabezo Redondo y por los nuevos núcleos rectores del Sudeste peninsular (LÓPEZ PADILLA y HERNÁNDEZ PÉREZ, 2011). Alrededor de 1200 cal BC se asistiría también a la integración de las Baleares en un renovado circuito de intercambios que al menos englobaría a todo el arco septentrional del Mediterráneo Occidental, en el que las islas habrían ya comenzado a desempeñar un papel muy importante (GUERRERO AYUSO, 2007: 252).

Sería en este marco en el que habremos de explicar la aparición de una serie de productos claramente relacionados con el registro artefactual de los grupos arqueológicos del norte de Italia, y muy en particular con las terramaras del Valle del Po. Así, a las afinidades ya señaladas entre el disco de marfil de Cabezo Redondo y los botones y tapaderas decoradas de Montale y Castione dei Marchesi, podemos sumar otros elementos no menos significativos.

Uno de los más claros, sobre el que ya hemos tenido ocasión de ocuparnos en otros trabajos (HERNÁNDEZ PÉREZ y LÓPEZ PADILLA, 2004) son las puntas de flecha óseas de tres aletas con y sin tope –tipos F231 y F232– y las puntas de flecha de pedúnculo hueco, con y sin aletas –tipos F211, F222 y F233– que hasta donde es posible conocer hoy se dan en la mayoría de los yacimientos excavados en unas cronologías muy claramente comprendidas entre *ca.* 1500 cal BC y *ca.* 1000 cal BC, aproximadamente. La dispersión que este tipo de objetos muestra a lo largo de la franja costera mediterránea del Levante peninsular y el Valle del Ebro resulta significativa, aunque su presencia esporádica en la Península Ibérica contrasta con su notable abundancia en el registro de las *terramare* del valle del Po, en especial en algunos yacimientos como Castione dei Marchesi, donde no sólo las hallamos en gran número sino también preformas y productos inacabados que evidencian su producción local (PROVENZANO, 1988). En cambio, en la Península no se conocen contextos de producción de este tipo de puntas de flecha, sino sólo del tipo F122, tal y como se constata en el taller localizado al oeste del Departamento XVIII de Cabezo Redondo.

Otro ejemplo a nuestro juicio todavía más sorprendente se refiere a un tipo de mango de hueso,

elaborado sobre porciones epifisiarias de metapodios de ovicaprinos y decorado con motivos reticulados y líneas incisas en espina de pescado, hallados en Fuente Álamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1980: 266, fig. 12.k) y Cuesta del Negro (SALVATIERRA CUENCA, 1982: 225, fig.17). De acuerdo con la localización estratigráfica de estas piezas parece claro que se les debe atribuir una cronología del último tercio del II milenio cal BC, que como ya señalara V. Salvatierra (1982: 182) debe extrapolarse a otros ejemplares carentes de contexto como el de la Cueva de la Carigüela (SALVATIERRA, 1980: 75, fig. 5.4) o Murviedro (Fig. VI.3.11). Aunque no hallamos piezas de hueso semejantes en los conjuntos artefactuales de las terramaras italianas, tanto en tamaño como en diseño resultan sorprendentemente similares a uno de los mangos de madera para punzones metálicos hallado en Castione dei Marchesi (ROTTOLI, 1988: 213, fig. 109.1).

Existe aún otro rasgo que permite poner en relación la producción ósea del área centro meridional del Levante peninsular y la del área padana de *ca.* 1300 cal BC, que no se refiere a la semejanza formal de ningún tipo concreto de artefacto, sino al desarrollo y utilización de técnicas análogas en el trabajo del material óseo. Gracias a los trabajos de N. Provenzano (1988, 1997, 2001) disponemos de un profundo conocimiento de las técnicas y de los procesos de trabajo de las materias óseas llevados a cabo en los yacimientos terramaricolanos de la llanura del Po, entre los que se cuenta una peculiar técnica de recorte utilizada para preformar piezas de sección aplanada a partir de varillas rectangulares de asta de cérvidos, cuyo empleo se ha comprobado en el caso de los peines decorados. Según esta investigadora (PROVENZANO, 1999: 97, fig. 11) la elaboración de este tipo de objetos partía de la obtención de una varilla de asta de ciervo de proporciones adecuadas, y del silueteado posterior de la pieza mediante el uso sistemático del taladro, de manera que la línea de perforaciones conseguida permitía el recorte controlado de la preforma deseada.

Entre los objetos analizados por nosotros, correspondientes a esta fase, existen algunas piezas que podrían haberse elaborado siguiendo este mismo sistema, e incluso en algunas de ellas podría proponerse también una indiscutible afinidad morfométrica con piezas terramaricolanas, como en el caso de las paletas del tipo H312. Sin embargo, el único caso en el que por ahora se ha podido corroborar plenamente la aplicación de esta técnica de recorte en la península es en la elaboración de las puntas de flecha halladas en el taller localizado junto al Departamento XVIII de Cabezo Redondo, en donde, recordemos, se hallaron también las varillas preparadas para ser utilizadas. En algunas de las flechas terminadas, a las que todavía restaba pulimentar y abrasionar las aristas de los bordes, han quedado claramente señaladas las huellas residuales de algunas de las perforaciones practicadas.

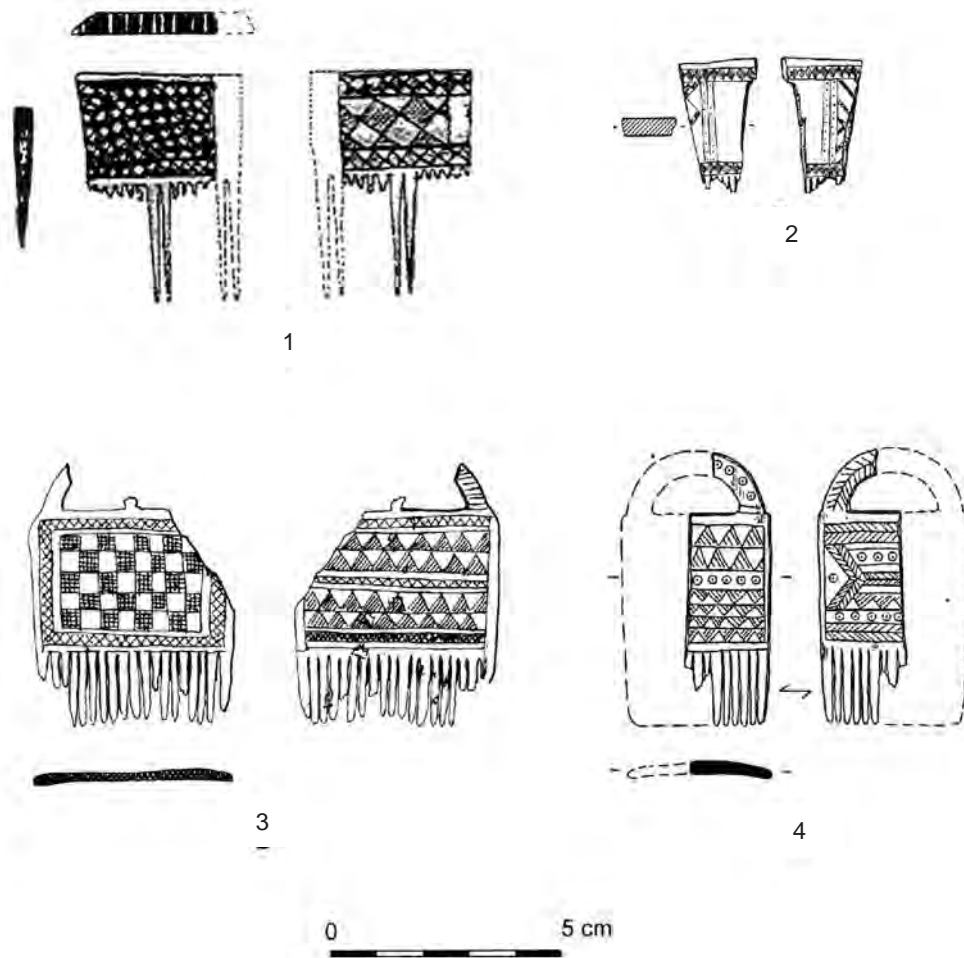


Figura VI.3.12_ Peines del tipo N112. 1.- Peine de marfil hallado en el Abrigo de Son Matge, en Mallorca (según W. Waldren, 1998: fig.15.B). 2.- Peine de marfil de la Mola d'Agres (según M. Gil-Mascarell y J.L. Peña, 1989: fig. 8). 3 y 4.- Peines de asta de ciervo con decoración incisa de Castione dei Marchesi (según N. Provenzano, 1991: fig. 2).

Es probable que el abandono de Cabezo Redondo, que podemos fijar aproximadamente en torno a 1300-1250 cal BC, fuese consecuencia, entre otros factores, del colapso de algunas de las principales rutas comerciales que controlaba y que le habían convertido hasta ese momento en privilegiado centro redistribuidor para el Sudeste de la Península Ibérica. Sin embargo, las transformaciones de todo orden que acompañaron estos cambios trascendentales no implicaron una ruptura de las relaciones mantenidas entre el Levante peninsular y el ámbito centro-mediterráneo.

En el asentamiento de la Mola d'Agres, emplazado a pocos kilómetros al este de Cabezo Redondo, se concentra una amplia gama de producciones en niveles datados entre los siglos X y IX a.C. (PEÑA SÁNCHEZ *et al.*, 1996: 172) que revelan la existencia de amplios contactos inter-regionales (GIL-MASCARELL y PEÑA SÁNCHEZ, 1989). Entre los objetos de marfil localizados en el yacimiento, adscritos a estos momentos, se cuenta un pequeño mango decorado –tipo M231– con pequeños círculos incisos y un peine del tipo N112

decorado con incisiones a base de rombos en franjas situadas en la parte superior e inferior, justo sobre las púas (GIL-MASCARELL y PEÑA SÁNCHEZ, 1989: 141 fig. 8), que ofrece ciertas similitudes con los peines encontrados en Huerto Pimentel, en Sevilla (TEJERA GASPARGAR, 1985: 104. fig.11. lám.VI.1-2), o en San Jorge, en Teruel (LORENZO MAGALLÓN, 1986: 42. fig. 3.1). Pero en todo caso las semejanzas más estrechas las guarda con el peine hallado en Son Matge, en las Islas Baleares (WALDREN, 1998: fig. 15), constituyendo ambos, a nuestro entender, una clara imitación de los típicos peines terramaricolanos elaborados sobre asta de ciervo (PROVENZANO, 1991; 1997: 534), teniendo en común con ellos tanto el tamaño y la forma general como también el patrón decorativo (Fig. VI.3.12). El reciente descubrimiento de un peine en todo similar a éstos, pero manufacturado, como los italianos, a partir de una placa ósea de asta de cérvido, en niveles datados en torno a 1100 cal BC en el yacimiento saguntino del Pic dels Corbs (BARRACHINA IBÁÑEZ, 2009) constituye un nuevo y revelador indicio en este mismo sentido.

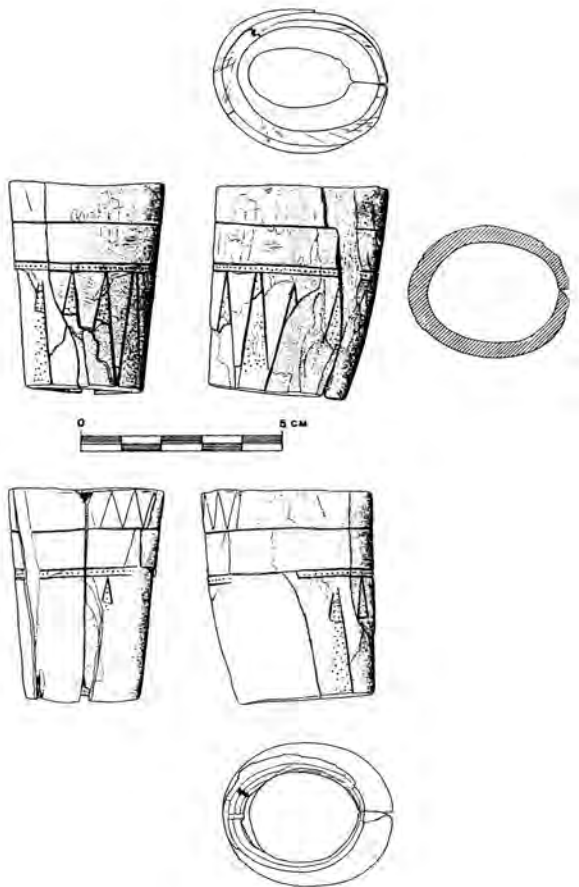
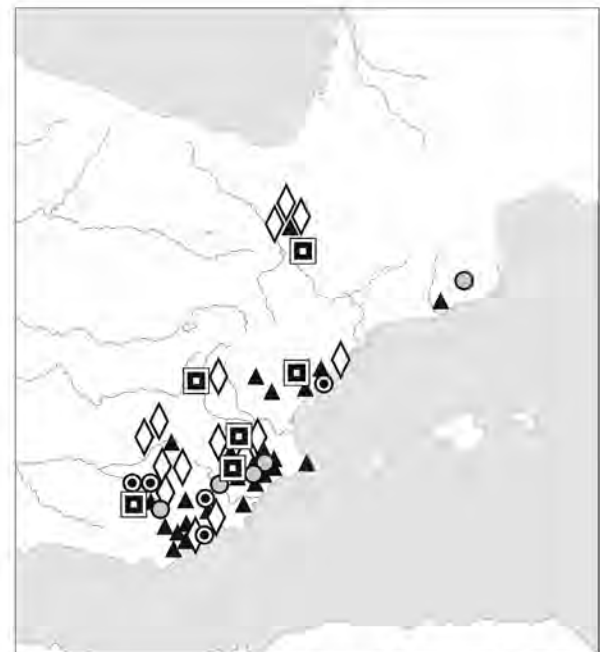


Figura VI.3.13_ Cilindro de marfil de elefante procedente de la Cova del Montgó, en Xàbia (Alicante). Museo Arqueológico Municipal de Xàbia (ilustración según J. A. Soler Díaz, 2002: fig. 62. t. II: 184).

Así pues, aunque el peine de Son Matge se atribuyó a la ocupación campaniforme del abrigo, es evidente su pertenencia a momentos posteriores, relacionados con el uso funerario del mismo durante el intervalo *ca.* 1300 cal BC- *ca.* 1000 cal BC, aproximadamente, momento en que por otra parte este tipo de artefactos comienza a hacerse más frecuente en las islas. Por otro lado, su elaboración en marfil se aviene mejor a lo que en fechas recientes viene evidenciando el registro arqueológico de las Baleares en lo relativo a la aparición de este material, que resulta extremadamente escaso hasta el último tercio del II milenio cal BC (GUERRERO AYUSO, 2007: 151).

Como corolario, tal vez sea éste el momento de reconsiderar el significado de la presencia de una singular pieza, recuperada de manera irregular del interior de la Cueva del Montgó, en Jávea, en la costa norte de Alicante, en uno de los principales puntos de conexión marítima de la Península con las islas Baleares (GUERRERO AYUSO, 2007: 41). A pesar de hallarse fragmentada, podemos reconocer fácilmente una for-



ca. 1500 BC - *ca.* 1200 BC



Figura VI.3.15_ Dispersión a escala peninsular de algunos artefactos óseos, metálicos y cerámicos de la Fase IV.

ma cilíndrica decorada con líneas incisas y series de triángulos rellenos de puntos. La parte inferior muestra dos bandas más estrechas que parecen haber estado decoradas en su interior a base de zig-zags. En la zona mesial, una delgada banda está decorada con una línea de puntos.

Aunque lo consideramos probable, no es posible asegurar que se trate de un bote, y la ausencia de información contextual implica también una cronología imprecisa. A pesar de que se conocen algunos ejemplos de cilindros de hueso y asta de yacimientos centroeuropeos datados entre los siglos XIX y XVIII cal BC, se encuentran también muy bien representados en el registro de las terramaras (PROVENZANO, 1997: 533) y de las Islas Baleares –elaborados aquí tanto en hueso como, fundamentalmente, en madera– datados hacia el tránsito del II al I milenio cal BC (LULL *et al.*, 1999: 337). La semejanza de la pieza del Montgó con estos botes de hueso y cuerno terramaricolanos vuelve a ser bastante notable, y la asociación de los triángulos rellenos y de las bandas decoradas con puntos y zig-zags

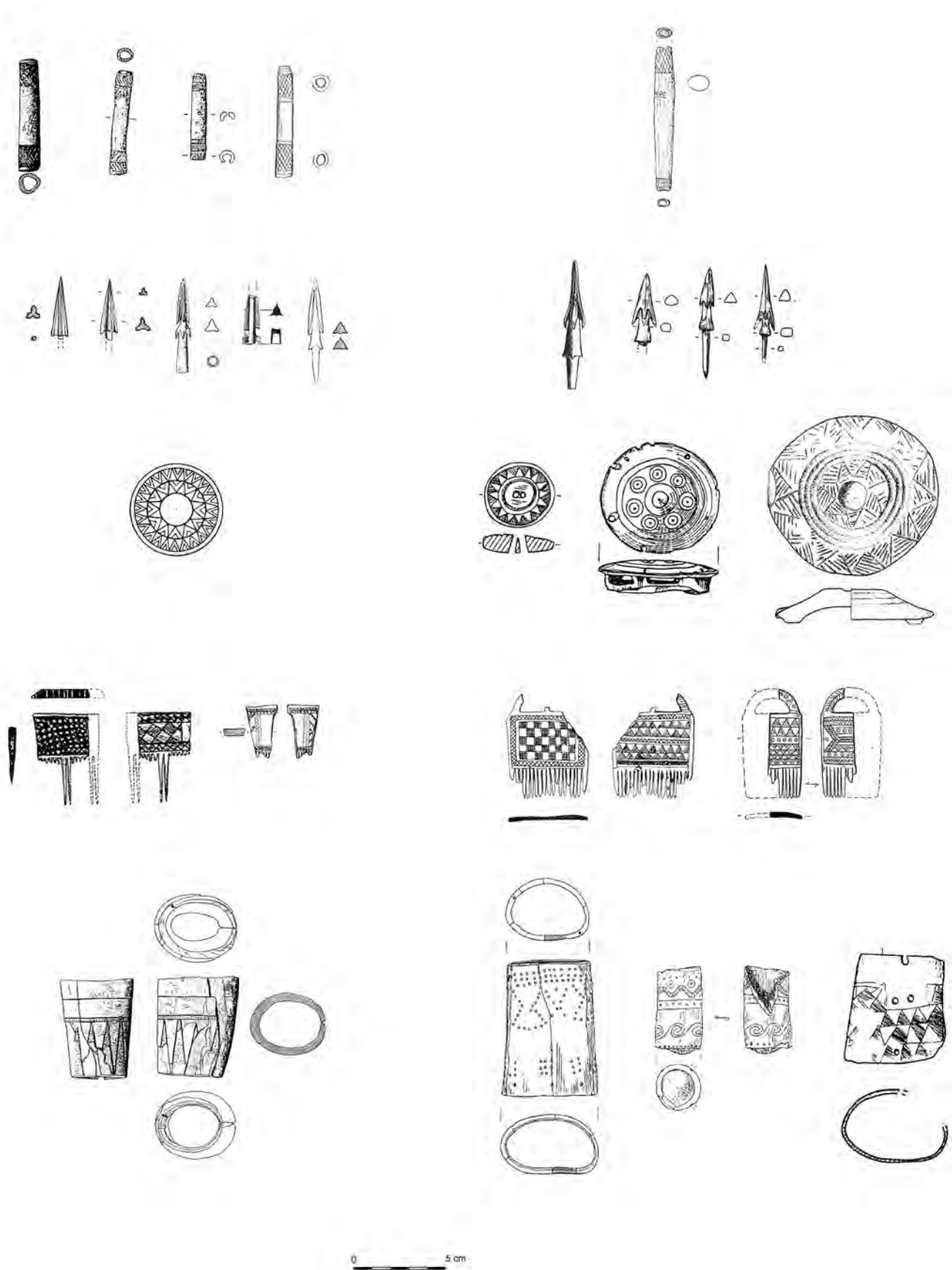


Figura VI.3.15_ Artefactos óseos de la Península Ibérica y las Baleares (izquierda) y del norte de Italia (derecha), datables entre ca. 1400 BC y ca. 1000 BC.

incisos, si bien que de amplio recorrido en el registro arqueológico del Mediterráneo Occidental, está también presente en el peine de la Mola d'Agres, todo lo cual nos pone sobre la pista de la copia en marfil de ciertos tipos de artefactos de consumo elitista y tradición centromediterránea circulantes en fechas anteriores a la llegada a la Península de las primeras producciones ebúrneas vinculadas al comercio fenicio y las decoraciones figurativas de raigambre oriental (AUBET SEMMLER, 1979; 1980; 1981-82) (Fig. VI.3.16).

Si Cabezo Redondo puede considerarse el punto neurálgico que ponía en contacto el Sureste peninsular con este amplio circuito de transferencia de productos, su desaparición puede interpretarse sintomática de una radical transformación de dicho circuito y de la constitución de una nueva realidad sociopolítica en la zona, que habría vaciado de valor estratégico al núcleo villenense como “puerta de entrada” de productos, papel que Cabezo Redondo habría desempeñado entre *ca.* 1500 y *ca.* 1200 cal BC con respecto al antiguo territorio del Grupo Argárico. En ese sentido, los datos manejados por nosotros nos han permitido evaluar la estrecha relación que mantiene una parte relevante del registro artefactual óseo de nuestra Fase IV con la distribución a escala peninsular de otros elementos considerados “típicos” del intervalo *ca.* 1500 – *ca.* 1200 cal BC, como los recipientes decorados con series de mamelones o los “conos” o “trompetillas” de oro y plata semejantes a los que forman parte del denominado Tesorillo de Cabezo Redondo (Fig. VI.3.15).

La ausencia de producciones cerámicas con decoraciones acanaladas en el registro de Cabezo Redondo resultaría sintomática del momento en que este yacimiento dejó de desempeñar este papel destacado, circunstancia que se aviene bastante bien al marco temporal que indican las fechas radiocarbónicas más recientes de la secuencia del yacimiento, y que apuntan hacia 1250 cal BC –o poco más tarde– para su abandono definitivo.

BIBLIOGRAFÍA

- ABERG, N. (1921): *La civilisation énéolithique dans la péninsule ibérique* Vilhelm Ekmans Universitetsfond, Uppsala.
- ADAMS, W., y ADAMS, E. (1991): *Archeological typology and practical reality* Cambridge University Press, Cambridge.
- AGUIRRE, E. (1984): Industria ósea de Torralba: criterios para su estudio, *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, Soria: pp. 175-182.
- ALCÁCER GRAU, J. (1945): Dos estaciones argáricas de la región levantina *Archivo de Prehistoria Levantina* II. Diputación de Valencia: pp.151-164.
- (1955): El Puntal de Cambra (Villar del Arzobispo), *Archivo de Prehistoria Levantina*, V. Diputación de Valencia: pp. 65-20.
- ALDANA NÁCHER, C. (1984): Primera campaña de excavaciones en el cerro de la Virgen de la Cuesta (Alconchel de la Estrella, Cuenca) *Saguntum*, 18, Universidad de Valencia: 189- 194.
- ALFARO GINER, C. (1984): *Tejido y Cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industria* Biblioteca Praehistorica Hispana CSIC, Madrid.
- ALFONSO, J., ESTALL, V. y MANYANÓS, A. (2004): Aportaciones al estudio de la Edad del Bronce en las estribaciones orientales del Sistema Ibérico: materiales depositados en el Museu d'Arqueologia i Història de Onda (Plana Baixa, Castelló), en: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Villena. Ayuntamiento de Villena- Diputación de Alicante: 107- 115.
- ALGAZE, G. (1989): The Uruk Expansion: Cross-cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization *Current Anthropology* 30: 571- 608
- 2004: *El sistema- mundo de Uruk. La expansión de la primera civilización mesopotámica* Bellaterra- Arqueología, Barcelona.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. 1965: Las tres tumbas megalíticas de Almizaraque, *Trabajos de Prehistoria*, XVIII Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1972): “*La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares*” *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 29 CSIC, Madrid: 55-82.
- (1974): “*Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica: el tesoro de Abía de la Obispalía, la orfebrería tipo Villena y los cuencos de Axtroki*” *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 31, Nº 1: 39-100.
- 1977: El Pic deis Corbs y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica. *Saguntum- P. L.A.V.*, 12, Universidad de Valencia: pp. 89-144.
- (1997): “*La Edad del Bronce en la Península Ibérica: periodización y cronología*” *Saguntum*, 30. Universidad de Valencia: 217-229.
- ALTAMIRANO GARCÍA, M. (2009): La industria de hueso de un yacimiento arqueológico de la Edad del Bronce: la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real), *@rqueología y Territorio*, 6: pp. 39-55.
- ALLAIN, J., AVERBOUH, A., BARGE-MAHIEU, H., BELDIMAN, C., BUISSON, D., CAMPS-FABRER, H., CATTELAÏN, P., CHOÏ, S.-Y, NANDRIS, J. G. PATOU-MATHIS, M., PELTIER, A., PROVENZANO, N., y RAMSEYER, D. (1993):

- Fiches typologiques de l'industrie osseuse préhistorique. Cahier VI. Elements recepteurs Éditions du CEDARC, Treignes.*
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1981): El utillaje de hueso en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio, *Estudios de Arqueología Alavesa* 10. Vitoria: 145-175.
- ANNABLE, F. y SIMPSON, D. (1964): *Guide Catalogue of the Neolithic and Bronze Age Collections in Devizes Museum* Wiltshire Archaeological and Natural History Society.
- APARICIO PÉREZ, J. (1976): *Estudio económico y social de la Edad del Bronce Valenciano Publicaciones del Archivo Municipal*. Ayuntamiento de Valencia.
- (1990): El Rincón (Anna, La Canal de Navarrés) *Excavacions Arqueològiques de salvament a la Comunitat Valenciana, 1984-1988. II, Intervencions Rurals* Generalitat Valenciana, Valencia.
- APARICIO PÉREZ, J. y LATORRE NUEVALOS (1977): *Guía del Museo Arqueológico de Requena* Universidad de Valencia.
- APARICIO PÉREZ, J., SAN VALERO, J., MARTÍNEZ PERONA, J. V., MOROTE BARBERÁ, J. G., MARTÍNEZ GARCÍA, J. M. y LATORRE NUÉVALOS, F. (1983): Departamento de historia antigua. Actividades arqueológicas desde 1979 a 1982, *Varia* II, Real Academia de Cultura Valenciana: pp. 199-495.
- APARICIO PÉREZ, J., MARTÍNEZ PERONA, J. V. y SAN VALERO APARISI, J. (1977): El Puntal sobre la Rambla Castellarda y el Poblamiento eneolítico en la Región Valenciana, *Saitabi* XXVII, Valencia: pp. 37- 62.
- APARICIO PÉREZ, J., SAN VALERO APARISI, J. y MARTÍNEZ PERONA, J. V. (1979): Actividades arqueológicas durante el bienio 1977- 1978, *Varia* I. Serie Arqueológica nº 6. Universidad de Valencia: pp. 205- 273.
- APARICIO PÉREZ, J., GURREA CRESPO, V. y CLIMENT MAÑÓ, S. (1983): *Carta Arqueológica de La Safor*, Instituto de Estudios Comarcales “Duque Real Alonso El Viejo. Ayuntamiento de Gandía.
- APELLÁNIZ, J. M. y NOLTE, E. (1968): Excavación, estudio y datación por el C 14 de la cueva sepulcral de Kobeaga (Ispaster, Vizcaya), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, X- XII, 1966- 1968: pp. 22- 50 Madrid.
- ARMENDÁRIZ GUITIÉRREZ, A. (2007): Inventario de objetos. En: Vegas Aramburu, I. (coord.): *San Juan Ante Portam Latinam: una inhumación colectiva prehistórica en el valle medio del Ebro : memoria de las excavaciones arqueológicas, 1985, 1990 y 1991* Diputación Foral de Álava: pp. 107-142.
- ARNAL, J. (1954): Les boutons perforés en V, *Bulletin de la Société Préhistorique Française* II fasc. 6: pp. 259-268. París.
- (1973): Sur les dolmens et hypogées des Pays latins: les V-boutons, *III Atlantic Colloquium, Moesgård, 1969, Megalithic graves and ritual*: pp. 221- 227.
- ARNAL, J., PRADES, H. y FLETCHER, D. (1968): *La Ereta del Castellar (Villafranca de Cid, Castellón)*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P. nº 35. Valencia.
- ARNAL, J. y SÉRONIE- VIVIEN, M. R. (1983): “*Les armes en os de la France et leur contexte européen du Néolithique à l'Age des Métaux*” XXI *Congrès Préhistorique de France, Quercy 1979*. París: 3-23.
- ARRIBAS PALAU, A. (1976): Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 1. Granada: pp. 139-156.
- (1977): El Ídolo de El Malagón (Cullar Baza, Granada), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 2. Granada: pp. 63-86.
- ARRIBAS PALAU, A. y MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): Aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de los Castillejos de Montefrío (Granada), *Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquium*, Dublín: pp. 7- 33.
- ARTEAGA MATUTE, O. (1992): Tribalización, jerarquización y Estado en el territorio de El Argar, *SPAL*, 1. Universidad de Sevilla: pp. 178- 207.
- (2001): La sociedad clasista inicial y el origen del estado en el territorio de El Argar, *Revista Atlántica-Mediterránea de Arqueología Social* 3 Cádiz: pp. 121-219.
- ARTEAGA, O. y SCHUBART, H. (1981): Fuente Álamo: Campaña de 1979, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11. Madrid: pp. 9- 32.
- ASPES, A. y BORGHESANI, G. (1980): Sona, *La Preistoria del Lago di Garda*. Verona. Museo Civico di Storia Naturale: pp. 74-76.

- ATRIÁN JORDÁN, P. (1974): Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín (Teruel) *Teruel*, 52. Instituto de Estudios Turolenses, Teruel: pp. 7- 32.
- (1976): Yacimiento de “El Castillo” en Frías de Albarracín (Teruel), *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 5. Madrid: pp. 207-214.
- AVERBOUH, A., BELLIER, C., BILLAMBOZ, P., CATTELAÏN, P., CLEYET-MERLE, J. J., JULIEN, M., MONS, L., RAMSEYER, D., SÉRONIE-VIVIEN, M. R. y WELTÉ, A. C. (1995): Fiches typologiques de l’industrie osseuse préhistorique. Cahier VII. Elements barbelés et apparentés Éditions du CEDARC, Treignes.
- AYALA JUAN, M. M. (1980): La plenitud de la metalurgia del bronce: la Cultura Argárica, *Historia de la Región Murciana*. t. II, Ed. Mediterráneo, Murcia: pp. 55-101.
- (1985): El poblado argárico de El Rincón de Almenricos, Lorca. Murcia, XVII *Congreso Nacional de Arqueología (Logroño, 1983)*, Zaragoza: pp. 291-296.
- (1986): El poblamiento argárico” en: Mas García (dir.) *Historia de Cartagena*, t. II, Ed. Mediterráneo, Murcia: pp. 251-316.
- (1991): *El poblamiento argárico en Lorca*. Estado de la cuestión. Real Academia Alfonso X El Sabio. Murcia.
- AYALA JUAN, M. M. e IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J. F. (1987): Avance al estudio del vaso campaniforme en la Región de Murcia, XVIII *Congreso Nacional de Arqueología (Islas Canarias, 1985)*, Zaragoza: pp. 285-300.
- AYALA JUAN, M., JORDÁN MONTES, J. F. y NAVARRO HERVÁS, F. (1988): Un ejemplo de poblamiento de la Edad del Bronce en Agra (Hellín), I *Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, Toledo: pp. 31- 43.
- AYALA JUAN, M., JIMÉNEZ LORENTE, S. y GRIS MARTÍNEZ, L. (1995): Asentamientos permanentes de agricultores y ganaderos del Sureste peninsular. El Cerro de las Viñas y el Chorrillo Bajo, dos poblados neolíticos de Lorca, Murcia, *Verdolay*, 7. Murcia: pp. 41- 57.
- BAGLIONI, L., LAURELLI, L. y VOLANTE, N. (2005): Santa Maria in Selva di Treia (Macerata): l’area 2, *Preistoria e Protostoria delle Marche*. Atti della XXXVIII Riunione Scientifica. Vol. II Portonovo, Abbadia di Fiastra, 1-5 ottobre 2003: pp. 861- 868.
- BALLESTER TORMO, I. (1949): *La Labor del S.I.P. y su Museo en los años 1940 a 1948* Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
- BAR-YOSEF, O. (2001): From sedentary Foragers to Village Hierarchies: The Emergence of Social Institutions. En: W.G. Runciman (ed.): *The Origin of Human Social Institutions* Proceedings of the British Academy, 110, Oxford University Press: pp.1-38.
- BARANDIARÁN, I. (1967): Sobre tipología y tecnología del instrumental óseo paleolítico, *Caesaraugusta* 29-30 Zaragoza: pp. 7-79.
- BARBER, E.J.W. (1992): *Prehistoric Textiles*. The Development of Cloth in the Neolithic and the Bronze Ages with Special Reference to the Aegean. New Jersey-Oxford: Princeton University Press.
- BARCIELA GONZÁLEZ, V. (2006): *Los elementos de adorno de El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete)*. Estudio tecnológico y funcional Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”. Diputación de Albacete.
- BARGE-MAHIEU, H., BELLIER, C., CAMPS-FABRER, H., CATTELAÏN, P., MONS, L., PROVENZANO, N. Y TABORIN, Y., (1991): *Fiches typologiques de l’industrie osseuse préhistorique*. Cahier IV. *Objects de parure* Publications de l’Université de Provence, Aix-en-Provence.
- BARRACHINA IBÁÑEZ, A. (1987): El bronce final al poblado del Puig d’ Alcoi, *Fonaments*, 6. Barcelona: pp 131- 155.
- (1989): Breve avance sobre el estudio del poblado del Pic dels Corbs, *Homenaje a Chabret. 1888-1988*, Valencia: pp 29-42.
- (1997): El “Sector W” del Pic dels Corbs (Sagunt), Campañas de 1974 y 1978 *ARSE*, 30-31 Sagunto: pp 35-72.
- (1999): El “Sector S” del Pic dels Corbs de Sagunt: materiales cerámicos de la fase final de su ocupación. Campañas de 1990 y 1991 *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII. Diputación de Valencia, Valencia: pp. 209-231.
- (2009): Nuevos datos para el estudio del final de la edad del bronce en las comarcas septentrionales valencianas: la fase III del Pic dels Corbs de Sagunt *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, 27, Diputació de Castelló: pp 41-62.

- BARRACHINA IBÁÑEZ, A. y NEUMAIER, J. (1996): Nuevo tipo metálico de los Campos de Urnas en la Península: la punta de vaina del Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 17 Diputació de Castelló: pp. 197-206.
- BARRACHINA IBÁÑEZ, A. y GUSI JENER, F. (2004): Primeros resultados del estudio cerámico de las fases del Bronce Tardío y Final de Orpesa la Vella. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp. 137- 146.
- BARRETO RUVIO da SILVA SALVADO, M. C. (2004): *Apontamentos sobre a utilização do osso no Neolítico e Calcolítico da Península de Lisboa* Sup. N° 2 de O Arqueólogo Português. Museu Nacional de Arqueologia. Lisboa.
- BARTRA, R. (1965): Sociedades precapitalistas. Reflexiones en torno a un texto inédito de Marx *Historia y Sociedad* 3, México: pp. 35- 42.
- (1969): *El modo de producción asiático*. México: Ed. Era.
- (1975): *Marxismo y sociedades antiguas*. México: Ed. Grijalbo.
- BATE PETERSEN, L. F. (1977): *Arqueología y Materialismo Histórico* Ed. Cultura Popular México.
- (1978): *Sociedad, formación social y cultura* Ed. Cultura Popular México.
- (1981): Relación general entre teoría y método en arqueología, *Boletín de Antropología Americana*, 4. México: pp. 7-55.
- (1984): Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial, *Boletín de Antropología Americana*, 9, México, pp. 47-86.
- (1992): Del registro estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico, *Boletín de Antropología Americana* 26, México: pp.49- 67.
- (1998): *El proceso de investigación en arqueología* Ed. Crítica Barcelona.
- (2004): Sociedades cazadoras recolectoras y primeros asentamientos agrarios *Sociedades recolectoras y primeros productores*. Actas de las Jornadas Temáticas Andaluzas de Arqueología, Consejería de Cultura, Sevilla: pp. 9- 38.
- BÉAL, J. C. (1983): *Catalogue des objets de tabletterie du Musée de la Civilisation Gallo-Romaine de Lyon*. Centre d'Études Romaines et gallo-romaines de l'Université Jean Moulin Lyon III Lyon.
- BECKER, C. (2001): Bone points – no longer a mystery? Evidence from the Slavic urban fortification of Berlin- Spandau” En: A. M. Choyke y L. Bartosiewicz (ed.): *Crafting Bone: Skeletal Technologies through Time and Space*, B.A.R. International Series, 937, Archaeopress, Oxford: pp. 129- 148.
- BELDA DOMÍNGUEZ, J. (1929): *Excavaciones en el “Monte de la Barsella”, Término de Torremanzanas (Alicante)* Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, n° 100, Madrid.
- (1931): *Excavaciones en el “Monte de la Barsella”, Término de Torremanzanas (Alicante)* Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, n° 112, Madrid.
- (1944): Museo Arqueológico Provincial de Alicante *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, IV Madrid: pp. 161-169.
- BELMONTE MAS, D. (2004): Un conjunto cerámico del Bronce Tardío e inicios del Bronce Final del yacimiento del Tabayá (Aspe, Alicante). Excavaciones arqueológicas de 1987 a 1991. Corte estratigráfico n° 11. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp. 333- 310.
- BELMONTE MAS, D. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (2006): Productos, desechos y áreas de actividad en la Illeta dels Banyets de El Campello (ca. 1900- ca. 1400 ANE): Actuaciones de 2000- 2001. En: J. A. Soler (ed.) *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)* MARQ Serie Mayor 5, Diputación de Alicante: pp. 173- 208.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., ÁLVAREZ GARCÍA, H., MOLINA CAÑADAS, M. y MORALEDA SIERRA, J. (2007): Consideraciones acerca del Bronce de La Mancha a partir de la investigación en la cueva prehistórica fortificada de Castillejo del Bonete (Terrinches, Ciudad Real). Campañas 2003- 2005 En: Millán Martínez, J. M. y Rodríguez Ruza, C. (coord.) *Arqueología de Castilla- La Mancha*. Actas de las I Jornadas (Cuenca 13-17 de diciembre de 2005). Universidad de Castilla- La Mancha: pp. 231- 262.
- BENITO IBORRA, M. (1994): Estudio de la fauna de la edad del bronce de la illeta dels banyets de la rei-

- na (Campello, Alicante). Primeros resultados. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI. Diputación de Valencia: pp. 119-134.
- (2006): Fauna y hábitat de la edad del bronce de la Illeta dels Banyets, El Campello, Alicante. En: J. A. Soler (ed.) *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)* MARQ Serie Mayor 5, Diputación de Alicante: pp. 239-266.
- BERNABEU AUBÁN, J. (1979): Los elementos de adorno en el eneolítico valenciano, *Saguntum*, 14, Universidad de Valencia, Valencia: pp. 109-125.
- (1982): La evolución del Neolítico en el País Valenciano. Aportación al estudio de las culturas neolíticas en el extremo occidental del Mediterráneo, *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 37, Diputación de Alicante: pp. 85-137.
- (1984): *El vaso campaniforme en el País Valenciano* S. I. P. Trabajos Varios 80 Valencia.
- (1989): *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica* Trabajos Varios del S. I. P., 86. Valencia.
- (dir.)(1993): El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina, Alicante) y Arenal de la Costa (Ontinyent, València), *Saguntum*, 26. Universidad de Valencia: pp. 9-180.
- (1995): Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce, *Actes de les Segones Jornades d'Arqueologia*. Alfás del Pi, 1994. Valencia: pp. 37-60.
- (2002): The social and symbolic context of Neolithization, *Saguntum* Extra-5, Universidad de Valencia: pp. 209-233.
- BERNABEU AUBÁN, J., GUITART PERARNAU, I. y PASCUAL BENITO, J. LL., (1989): Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce, *Saguntum*, 22. Universidad de Valencia: pp. 99-124.
- BERNABEU AUBÁN, J. y MARTÍ OLIVER, B. (1992): El País Valenciano de la aparición del Neolítico al Horizonte Campaniforme. *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza: pp. 213-234.
- BERNABEU AUBÁN, J., CALVO, M., BADAL, E., BUXÓ, R., FUMANAL, P., GUITART, I., MARTÍNEZ, R., OROZCO, T., PASCUAL BENITO, J. LL., y PASCUAL BENEYTO, J. (1993): El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina, Alicante) y Arenal de la Costa (Ontinyent, València), *Saguntum*, 26. Universidad de Valencia: pp. 9-180.
- BERNABEU AUBÁN, J., PASCUAL BENITO, J. LL., OROZCO, T., BADAL, E., FUMANAL, M. P. y GARCÍA, O. (1994): Niuet (L'Alqueria d'Asnar). Poblado del III milenio a. C. *Recerques del Museu d'Alcoi* 3 Alcoi: pp. 9-74.
- BERNABEU AUBÁN, J., OROZCO KHÖLER, T. y DíEZ CASTILLO, A., (2000): El poblamiento neolítico. Desarrollo del paisaje agrario en las valls de l'Alcoi, *La Sarga. Arte rupestre y territorio* Alcoi: pp. 171-184.
- BERNABEU AUBÁN, J., MOLINA, LL. y GARCÍA, O., (2001): El mundo funerario en el horizonte cardial valenciano. Un registro oculto, *Saguntum*, 33. Valencia: pp. 27-36.
- BERNABEU AUBÁN, J., FUMANAL, M. P. y BADAL, E., (2001): *La Cova de Les Cendres (Teulada/ Moraira, Alicante) Vol. I, Paleogeografía y Estratigrafía* Universidad de Valencia.
- BERNABEU AUBÁN, J., OROZCO KHÖLER, T., DíEZ CASTILLO, A., GÓMEZ PUCHE, M. y MOLINA HERNÁNDEZ, F. J., (2003): Mas d'Is (Penáguila, Alicante). Aldeas y recintos monumentales del Neolítico Inicial en el Valle del Serpis, *Trabajos de Prehistoria* 60, 2. C.S.I.C., Madrid: pp. 39-59.
- BERNABEU AUBÁN, J. y OROZCO KHÖLER, T., (2003): Mas d'Is (Penáguila, Alicante). Un recinto monumental del VI milenio cal. BC, *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*. Santander: pp.485-495.
- BERNABEU AUBÁN, J., MOLINA BALAGUER, LL., DíEZ CASTILLO, A. y OROZCO KHÖLER, T., 2006: Inequalities and power. Three millennia of Prehistory in Mediterranean Spain (5600-2000 cal BC). En: P. Díaz-del-Río y L. García Sanjuán (ed.) *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. B.A.R. Int. S. 1525: pp. 97-116.
- BERNABEU AUBÁN, J., PÉREZ, G. y MOLINA, LL., (2006): La Vital, Gandia (València): un asentamiento del primer campaniforme a la desembocadura del Serpis, *Cota Zero*, 21. Universidad de Vic.
- BERNABEU AUBÁN, J. y MOLINA BALAGUER, LL., (2009): *La Cova de les Cendres (Moraira-*

- Teulada, Alicante*). MARQ. Serie Mayor, nº6. Diputación de Alicante.
- BEYRIES, S. (1999): Ethnoarchaeology: A Method of Experimentation. En: L. R. Owen y M. Porr (ed.) *Ethno-Analysis and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production*. Urgeschichtliche Materialhefte 14. Mo Vince Verlag, Tübingen: pp. 117- 130.
- BILLAMBOZ, A. (1977): L'Industrie du bois de cerf en Franche-Comté au Néolithique et au début de l'Age du Bronze, *Gallia Préhistoire*, 20 (fasc. 1) CNRS, París: pp. 91- 176.
- (1979): Les vestiges en bois de cervidés dans les gisements de l'époque holocène. Essai d'identification de la ramure et de ses différents composants pour l'étude technologique et l'interprétation paléontologique, *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Âge des Métaux* CNRS, París: pp. 93-130.
- BINFORD, L. R. (1968): Archaeological perspectives, *New Perspectives in Archaeology* Chicago: pp. 5-32.
- BLANCE, B. (1964): The Argaric Bronze Age in Iberia, *Revista de Guimaraes*, LXXIV. Guimaraes: pp. 129-142.
- (1971): Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel, *Studien zu den Anfängen der Metallurgie*, 4. Berlín.
- BLASCO, A., EDO, M., MILLÁN, M. y BLANCH, M. (1982): La Cova de Can Sadurní, una cruïlla de camins, *Pyrenae*, 17-18 Universidad de Barcelona: pp. 11-34.
- BORONAT SOLER, J. D. (1986): El poblamiento neolítico en la Marina Alta, I *Congrés d'Estudis de la Marina Alta*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Diputación de Alicante: pp. 105-118.
- BOSCH GIMPERA, P. (1922): Sepulcros de Filomena a Villareal (Castelló), *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, I, Barcelona: pp. 207- 214.
- (1932): *Etnología de la Península Ibérica* Ed. Alpha, Barcelona.
- (1954): La Edad del Bronce en la Península Ibérica, *Archivo Español de Arqueología*, 27, Madrid: pp. 45-92.
- BOTELLA CANDELA, E. (1926): *Excavaciones en la "Mola Alta" de Serelles (Alcoy)* Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 79. Madrid.
- (1929): *Excavaciones en la "Mola Alta" de Serelles (Alcoy)* Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 94. Madrid.
- BOX AMORÓS, M. (1987): *Humedales y áreas lacustres de la Provincia de Alicante* Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante.
- BRANDHERM, D. (1996): Zur Nordprovinz der El Argar-Kultur, *Madridrer Mitteilungen*, 37. Mainz: pp. 37- 59.
- (1998): Algunas consideraciones acerca de la espada de Guadalajara. ¿Un excepcional depósito desarticulado del Bronce Medio en la Meseta? *Trabajos de Prehistoria*, 55, 2. Madrid: pp. 177-184.
- (2003): *Die Dolche und Stabdolche der Steinku- pfer- und der älteren Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel*. Prähistorische Bronzefunde VI, 12. Stuttgart, Steiner.
- BRAUDEL, F. (1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica, México.
- BRIARD, J. y MOHEN, J. P. (1983): *Typologie des objets de l'Age du Bronze en France*. Fascicule II: Poignards, hallebardes, pointes de lance, pointes de flèche, armement défensif C. N. R. S. Paris.
- BRIZ GODINO, I. (2002): Producción y consumo. En: I. Clemente, R. Risch y J. F. Gibaja (ed.) *Análisis Funcional. Su aplicación al estudio de sociedades prehistóricas* BAR International Series, 1073: pp. 43- 51.
- BROTONS YAGÜE, F. (2004): El poblado calcolítico de Casa Noguera de Archivel. Excavaciones urgentes durante 1997 en calle Reyes- calle Casa Noguera, *Memorias de Arqueología*, 12. Consejería de Cultura, Murcia: pp. 211- 234.
- BROWN, G. y MOULE, A.W. (1977a): The structural characteristics of elephant ivory, *The Australian Gemmologist*, 13 (1): pp. 13-17.
- (1977b): The structural characteristics of elephant ivory. *The Australian Gemmologist* 13 (2): pp. 47-60.
- BUC, N. y LOPONTE, D. (2007): Bone Tool Types and Microwear Patterns: Some Examples from the Pampa Region, South America. En: Ch. Gates St-Pierre y R. B. Walker (ed.) *Bones as Tools: Current*

- Methods and Interpretations in Worked Bone Studies* B.A.R. International Series, 1622. Archaeopress, Oxford: pp.143- 157.
- BUCK C.E., CHRISTEN J.A. y JAMES G.N. (1999): BCal: an on- line Bayesian radiocarbon calibration tool. *Internet Archaeology*, 7. (<http://intarch.ac.uk/journal/issue7/buck>).
- BURILLO MOZOTA, F. y PICAZO MILLÁN, J. (1986): *El poblado del Bronce Medio de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel)*. Seminario de Arqueología y Etnología Turolense.
- (1992): Cronología y periodización de la Edad del Bronce en Teruel, *Kalathos*, 11-12 Teruel: pp.43-89.
- (1997): El Sistema Ibérico turolense durante el segundo milenio a.C., *Saguntum*, 30 Universidad de Valencia: pp. 29-58.
- (2001): Prospección Arqueológica y Edad del Bronce. Una experiencia en la Serranía Turolense. En: M. Ruiz-Gálvez (coord.): *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, Economía e Ideología*, Ed. Crítica, Barcelona: pp. 87-120.
- BURILLO MOZOTA, F., PEÑA MONNE, J. L. y PICAZO MILLÁN, J. (1985): Acción de arroyamiento en yacimientos de conjuntos líticos y modelos de reconstrucción, *XVII Congreso Nacional de Arqueología* (Logroño, 1983) Zaragoza: pp. 81-88.
- BUTRIMAS, A. (2001): The amber ornament collection from daktarische 5 neolithic settlement. En: A. Butrimas (ed.) *Baltic Amber* Vilnius: pp. 7-19.
- BUXÓ CAPDEVILA, R. (1993): Paleocarpología, en: Bernabeu, J. (Dir.), El III milenio a. C. en el País Valenciano, *Saguntum*, 26. Universidad de Valencia, Valencia: pp. 117-122.
- (1997): *La arqueología de las plantas* Ed. Crítica, Barcelona.
- CABRERA VALDÉS, V. (1984): La industria ósea: concepto y método, *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica* Soria: pp.157-167.
- CALVO GÁLVEZ, M. (1993): Antropología física, En: J. Bernabeu (dir.) El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent), *Saguntum*, 26, Universidad de Valencia: pp.153- 158.
- CALVO TRIAS, M. y SALVÁ SIMONET, B. (1999): Aproximació a la seqüència cronocultural de la naveta I del jaciment de Closos de Can Gaià, *Mayurqa*, 25: pp. 61- 82.
- CÁMALICH MASSIEU, M.D. y MARTÍN SOCAS, D. (1999): (dir.) *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la antigüedad*. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Sevilla.
- CÁMARA SERRANO, J. A. (2000): Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la prehistoria reciente en el sur de la península Ibérica, *Saguntum*, 32 Universidad de Valencia: pp. 97-114.
- (2001): *El ritual funerario en la Prehistoria Reciente del sur de la Península Ibérica*, B.A.R. International Series 913, Oxford.
- CÁMARA SERRANO, J. A., CONTRERAS CORTÉS, F., PÉREZ BAREAS, C. y LIZCANO PRES-TEL, R. (2000): Enterramientos y diferenciación social II. La problemática de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir, *Trabajos de Prehistoria* 53, 1 CSIC. Madrid: pp. 91- 108.
- CAMPS, G. (1960): Les traces d'un Age du Bronze en Afrique du Nord, *Revue Africaine*, 104 : pp. 31-55.
- CAMPS-FABRER, H. . (1966): *Matière et art mobilier dans la préhistoire nord-africaine et saharienne*. Mémoires du Centre de recherches anthropologiques préhistoriques et ethnographiques d'Alger, 5. París.
- (1968): *Industrie osseuse Epipaléolithique et néolithique du Maghreb et du Sahara*. Congrès Panafricain de Préhistoire et d'études quaternaires. Centre de recherches anthropologiques, préhistoriques et ethnographiques. París.
- (1974): (Org.) *Premier Colloque International sur L'Industrie de l'os dans la Préhistoire* Abbaye de Senanque (Vaucluse) Avril 1974. Editions de l'Université de Provence. París.
- (1979a): (Org.) *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Age des Métaux*. Première réunion du Groupe de Travail n°3 sur l'Industrie de l'os Préhistorique. Abbaye de Senanque (Vaucluse) Editions du Centre National de la Recherche Scientifique. París.
- (1979b): Principes d'une classification de l'industrie osseuse néolithique et de l'âge des Métaux dans le Midi méditerranéen" *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Age des Métaux* Première réunion du Groupe de Travail n°3 sur l'Industrie de l'os Préhistorique. Abbaye de Senan-

- que (Vaucluse) Editions du Centre National de la Recherche Scientifique. París: pp. 17-26.
- (1982): (Org.) *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Age des Métaux* Deuxième réunion du Groupe de Travail n°3 sur l'Industrie de l'os Préhistorique. Saint Germain-en-Laye. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique. París.
- CAMPS-FABRER, H. y D'ANNA, A. (1977): Fabricación experimental de d'outils á partir de métapodes de mouton et de tibias de lapin, *Méthodologie appliquée à l'industrie de l'os Préhistorique*. Ed. C.N.R.S., París: pp. 311- 323.
- CAMPS-FABRER, H., RAMSEYER, D., STORDEUR, D., BUISSON, D., y PROVENZANO, N. (1990): *Fiches typologiques de l'industrie osseuse préhistorique. Cahier III. Poinçons, pointes, poignards, aiguilles* Publications de l'Université de Provence, Aix-en-Provence.
- CAMPS-FABRER, H., H., CATTELAÏN, P., CHOÏ, S.-Y., DAVID, E., PASCUAL-BENITO, J. L., PROVENZANO, N., RAMSEYER, D. (1998): *Fiches typologiques de l'industrie osseuse préhistorique. Cahier VIII. Biseaux et tranchants*. Éditions du CEDARC, Treignes.
- CARRASCO RUS, P. (1979): Algunas cuestiones acerca de la cultura argárica en la provincia de Granada, XV *Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: pp. 265- 276.
- CARRILERO MILLÁN, M., SUÁREZ MÁRQUEZ, A. y ORTIZ SOLER, D. (1987): Excavaciones arqueológicas en El Ejido (Almería). La secuencia prehistórica, XVIII *Congreso Nacional de Arqueología*. Islas Canarias, 1985. Zaragoza: pp. 301-316.
- CASADO LÓPEZ, M. P. (1983): El yacimiento de El Busal (Uncastillo, Zaragoza), XVI *Congreso Nacional de Arqueología*. Murcia - Cartagena, 1982. Zaragoza: pp. 321-334.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1994): Una industria residual en los yacimientos navarros de la I y II Edad del Hierro: la industria ósea, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 2. Universidad de Navarra. Pamplona: pp.71-88.
- CASTRO CUREL, Z. (1988): Peines prehistóricos peninsulares, *Trabajos de Prehistoria*, 45. CSIC, Madrid: pp. 243-258.
- CASTRO MARTÍNEZ, V. y GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1989): El concepto de frontera: Implicaciones teóricas de la noción de territorio político, *Fronteras. Arqueología Espacial* 13. Teruel: pp. 7-18.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. B.A.R. International Series 652 Cambridge.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.; CHAPMAN, R. W.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V.; MICO, R.; PICAZO, M.; RISCH, R.; SANAHUJA, M. E. (1990): Proyecto Gatas (Turre, Almería). Tercera Campaña 1987, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1987, II Actividades Sistemáticas*: Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 225-231.
- (1991): 4ª campaña de excavaciones en el yacimiento de Gatas (Turre-Almería). Septiembre, 1991, *Anuario Arqueológico de Andalucía /1991. II Actividades Sistemáticas* Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 17- 23.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., CHAPMAN, R. W., GILI SURINAC, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE HERRADA, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E. (1993-94): Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos, *Anales de Prehistoria y Arqueología* 9-10 Universidad de Murcia: pp. 77-105.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; CHAPMAN, R. W.; ESCORIZA MATEU, T.; GILI SURINAC, S.; LULL, V.; MICÓ, R.; RISCH, R.; RIHUETE HERRADA, C. y SANAHUJA YLL, M. E. (1995a): 5ª campaña de excavaciones en el yacimiento de Gatas (Turre, Almería). 1995, *Anuario Arqueológico de Andalucía. 1995. II Actividades Sistemáticas* Junta de Andalucía. Consejería de Cultura: pp. 7- 14.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., LULL, V., MICÓ PÉREZ, R. y RIHUETE HERRADA, C. (1995b): La Prehistoria Reciente en el Sudeste de la Península Ibérica. Dimensión socio-económica de las prácticas funerarias, *Arqueología da Morte. Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo* Xinzo de Limia: pp. 129- 167.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., CHAPMAN, R. W., ESCORIZA MATEU, T., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE HERRADA, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E. (1998a): La sociedad argárica a partir de los últimos estudios de los objetos arqueológicos de Gatas, *Anuario Arqueológico de Andalucía. II Actividades Sistemáticas*, Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 9- 20.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., GILI SURINAC, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE HERRADA, C.,

- RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E. (1998b): Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el Sudeste Ibérico *Boletín de Antropología Americana*, 33 Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México: pp. 25 – 77.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., CHAPMAN, R. W. GILI SURIÑACH, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE HERRADA, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E. (1999): *Proyecto Gatas. 2 La dinámica arqueológica de la ocupación prehistórica* Junta de Andalucía. Sevilla.
- CASTRO, P., CHAPMAN, R., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. (2001) La sociedad argárica. En: Ruiz-Gálvez, M. (ed.), *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de oro en España?*. Ed. Crítica, Barcelona: pp. 181-216.
- CERDÁ BORDERA, F. (1994): El II mil.leni a la Foia de Castalla (Alacant); excavacions arqueològiques a la Foia de la Perera (Castalla) *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3 Alcoi: pp. 95-110.
- CLARK, D. L. (1968): *Arqueología analítica* (1984) Ed. Bellaterra Barcelona.
- COLMENAREJO HERNÁNDEZ, R.; GALÁN SAULNIER, C.; MARTÍNEZ PEÑARROYA, J. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1987): La “motilla” de Santa maría del Retamar (Argamasilla de Alba, Ciudad Real), *Oretvm*, III, Ciudad Real: pp. 81-110.
- COLOMINAS ROCA, J. (1927): La necrópolis de “Las Laderas del Castillo” (Callosa de Segura, provincia d’Alacant, *Anuari del Institut d’Estudis Catalans VIII*, Barcelona: pp. 33-41.
- COLLANTES DE TERÁN, F. (1969): El Dolmen de Matarrubilla, V *Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos y sus Problemas* (Jerez, 1968) Barcelona: pp.47-61.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (1997): (coord.) *Hace 4000 años. Vida y Muerte en dos poblados de la Alta Andalucía*. Sevilla. Junta de Andalucía.
- (2000): (coord) *Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte Meridional de Sierra Morena y depresión Linares-Bailén* Consejería de Cultura. Junta de Andalucía.
- (2004) El grupo argárico del Alto Guadalquivir. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.493- 503.
- COROMINAS, J. M. y MARQUÉS CASANOVAS, J. (1967): *Catálogo monumental de la Provincia de Gerona*. Fascículo I. Bañolas Gerona.
- CSÁNYI, M., STANCZIK, I. y TÁRNOKI, J. (2000): Der Bronzezeitliche Schatzfund von Jászdózsakápolnahalom, *Acta Archaeologica Academiae Scientiarum Hungaricae*, 51, 1999/ 2000. Budapest: pp.147-167.
- CUADRADO RUÍZ, E. (1950): Útiles y armas del Argar. Ensayo de tipología, V *Congreso de Arqueología del S. E.* Almería, 1949: pp.103-125.
- CHANG, K. C. (1967): *Nuevas perspectivas en Arqueología* (1990) Ed. Alianza Madrid.
- CHAPA BRUNET, T., LÓPEZ GARCÍA, P. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1979): *El poblado de la Edad del Bronce de “El Recuenco” (Cervera del Llano)* Arqueología Conquense IV. Cuenca.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental* Ed. Crítica Barcelona.
- CHAPMAN, R.W.; LULL, V.; PICAZO, M. y SANAHUJA, M^a.E. (1987): Avance de la prospección arqueológica en el yacimiento de Gatas (Turre, Almería). Septiembre-Octubre 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1985, II Actividades Sistemáticas*: Junta de Andalucía. Sevilla: pp.33-41.
- CHOCOMELI GALÁN, J. (1946): La primera explotación palafítica en España *Archivo de Prehistoria Levantina*, II Diputación de Valencia. Valencia: pp.93-113.
- CHOI, S.-Y. (2002): *Outillages en matière dure animale du Néolithique Ancien au Chalcolithique dans le Midi de la France* Ed. Septentrion Diffusion Presses Universitaires Villeneuve d’Ascq.
- CHOYKE, A. M. y BARTOSIEWICZ, L. (2000): Bronze Age animal exploitation on the Central Great Hungarian Plain, *Acta Archaeologica Academiae Scientiarum Hungaricae*, LI (fasc.1-4). Akademiai Kiadó. Budapest: pp. 43- 70.
- DART, R. A. (1957): The Osteodontokeratic Culture of the Australopithecus Prometeus *Transvaal Museum*, M. vol. 10 Pretoria.

- DART, R. A. y WOLBERG, D. L. (1971): On the Osteodontokeratic Culture of the Australopithecinae, *Current Anthropology*, Vol. 12, No. 2 (Apr., 1971): pp. 233-236.
- DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P. (2000): *Contribución al estudio osteoarqueológico de la Prehistoria Reciente en las comarcas meridionales valencianas*. Tesis de Licenciatura. Universidad de Alicante. Inédita.
- (2001): Inhumaciones argáricas de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante): aproximación paleopatológica. En: J. A. Sánchez (ed.) *Actas del V Congreso Nacional de Paleopatología*, Alcalá La Real, Jaén. Madrid: pp. 9- 19.
- (2002): El cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete): estudio antropológico” *II Congreso de Historia de Albacete* : 22 al 25 de noviembre de 2000, Vol. 1, Arqueología y prehistoria, Albacete: pp. 129-135.
- (2003): Aspectos antropológicos y paleopatológicos de las inhumaciones prehistóricas del Tabayá (Aspe, Alicante), *VI Congreso Nacional de Paleopatología*. (septiembre 2001), Universidad Autónoma de Madrid, pp. 263- 278.
- (2004): Aproximación a las manifestaciones funerarias durante la Edad del Bronce en tierras alicantinas, a través de los restos humanos. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp. 213- 225.
- DE PEDRO MICHÓ, M. J., (1988): La Lloma de Betxí, *Memòries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-1985*, Generalitat Valenciana, Valencia: pp.202- 205.
- (1990): La Lloma de Betxí (Paterna): Datos sobre técnicas de construcción en la Edad del Bronce, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX. Diputación de Valencia: pp. 327-350.
- (1995): La Edad del Bronce en el País Valenciano: estado de la cuestión, *II Jornades d'Arqueologia al País Valencià*. l'Alfàs del Pi, 1994. Conselleria de Cultura, Valencia: pp. 61-87.
- (1998): *La Lloma de Betxí (Paterna, Valencia). Un poblado de la Edad del Bronce*. S.I.P. Trabajos Varios, 94 Exma. Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- (2002): El poblado de la Edad del Bronce. En: Bonet Rosado, H. y Mata Parreño, C. *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*. Trabajos Varios del SIP 99. Diputación de Valencia: pp. 223-257.
- (2004): La cultura del Bronce Valenciano: consideraciones sobre su cronología y periodización. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp. 41- 57.
- DE PEDRO MICHÓ, M.J. y MARTÍ OLIVER, B. (2004): Los poblados de la cultura del Bronce valenciano. En: García Huerta, M. R. y Morales Hervás, J. (coord.) *La Península Ibérica en el II milenio a. C.: poblados y fortificaciones*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca: pp. 299-333.
- DEL VAL CATURLA, E. (1948): El poblado del Bronce I Mediterráneo del Campico de Lébor, Totana (Murcia), *Cuadernos de Historia Primitiva*, 1. Madrid: pp. 5 –36.
- DELGADO RAAK, S. y RISCH, R. (2006): La tumba nº 3 de Los Cipreses y la metalurgia argárica, *Alberca*, 4. Lorca: pp. 21-50.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1977): *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española* *Studia Archaeologica*, 46, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- (1983): El País Vasco. Encrucijada cultural en el inicio del bronce Antiguo (s. XVIII a. de C.), *Varia II*. Madrid: pp. 131-164.
- (2000): Cinabrio, huesos pintados en rojo y tumbas de ocre: ¿prácticas de embalsamamiento en la Prehistoria? *Scripta in Honorem Enrique Llobregat Conesa* Diputación de Alicante: pp. 223- 234.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ABARQUERO MORAS, F. J. (1997): La presencia de Cogotas I en el País Valenciano: acotaciones al tema desde una perspectiva meseteña, *Saguntum*, 30. Universidad de Valencia: pp. 115- 134.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1989): Sobre fronteras y límites. El caso del Sector Noreste, de la Submeseta Sur durante la Edad del Bronce, *Arqueología Espacial*, 13. Fronteras. Teruel: pp.19 –35.
- (1994): *La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca*. Arqueología Conquense 13. Diputación de Cuenca, Cuenca.
- (1995): Complex Societies in Copper and Bronze Age Iberia: A Reappraisal, *Oxford Journal of Archaeology* 14 (1): pp. 23-39.
- (1999): El yacimiento de la Edad de Bronce de El Recuenco (Cervera del Llano, Cuenca): las exca-

- vaciones del sector extramuros y la fase 2A a intramuros, *Archivo de Prehistoria Levantina*, 23. Diputación de Valencia: pp. 179-196.
- DICKINSON, O. (1977): *The Origins of Mycenaean Civilisation* Studies in Mediterranean Archaeology XLIX Goteborg.
- (2000): *The Aegean Bronze Age* Cambridge World Archaeology, Cambridge Un. Press.
- DO PAÇO, A. (1970): As grutas do Poço Velho ou de Cascais, *Trabalhos de Arqueologia de Alfonso Do Paço (1929- 1968)* Vol. I y II. Associação dos Arqueólogos Portugueses, Lisboa: pp.79-126.
- DO PAÇO, A. y JALHAY, E. (1970): El Castro de Vilanova de San Pedro, *Trabalhos de Arqueologia de Alfonso Do Paço (1929- 1968)* Vol. I y II. Associação dos Arqueólogos Portugueses, Lisboa: pp. 183- 265.
- DRIESCH, A. von Den y BOESSNECK, J. (1969): *Die Fauna des "Cabezo Redondo" bei Villena*. Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 1.
- EIROA GARCÍA, J. J. (1995a): *La Prehistoria en Murcia* Universidad de Murcia. Murcia.
- (1995b): Aspectos urbanísticos del Calcolítico y el Bronce Antiguo (El caso del Cerro de las Víboras de Bagil), *Estudios de Vida urbana Murcia*: pp. 59-83.
- (1996): Aspectos funerarios del poblado de Bajil (Moratalla, Murcia) (Niveles de la Edad del Bronce), *Anales de Prehistoria y Arqueología* 9-10 Universidad de Murcia: pp. 55-76.
- (1997): Excavaciones arqueológicas en el poblado y necrópolis de Bajil (Moratalla) Informe de la Campaña de 1991. *Memorias de Arqueología*, 6, Comunidad Autónoma de Murcia: pp. 61-68.
- (1998): Dataciones absolutas del Cerro de la Víboras de Bajil (Moratalla, Murcia), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19. Castellón: pp. 131-148.
- EIROA GARCÍA, J. J. y LOMBA MAURANDI, J. (1998): Dataciones absolutas para la Prehistoria de la Región de Murcia. Estado de la cuestión, *Anales de Prehistoria y Arqueología* 13-14, Universidad de Murcia: pp. 81-118.
- EKHOLM, K. y FRIEDMAN, J. (1993): Capital imperialism and exploitation in Ancient World Systems. En: A. G. Krank y B. K. Gills (ed.) *The world system. Five hundred years or five thousand?* Ed. Routledge, London: pp. 59-80.
- ELTRINGHAM, S. K. (1999): *The hippos: Natural history and conservation*. London: T & A.D. Poyser.
- ENGUIX ALEMANY, R. (1970): Cabeço del Navarro o Cabeço dels Alforins de Onteniente. Poblado de la Cultura del Bronce Valenciano, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10. Universidad de Valencia. Valencia: pp. 63- 79.
- (1975): Notas sobre la economía del Bronce Valenciano, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11. Universidad de Valencia. Valencia: pp. 141-157.
- (1980): La Edad del Bronce, *Nuestra Historia* vol. I Mas-Ivars Ed. Valencia: pp.151-170.
- ENGUIX ALEMANY, R. y MARTÍ OLIVER, B. (1988): La cultura del Bronce Valenciano y la Muntanya Assolada de Alzira: aproximación al estado actual de su investigación, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII. Diputación de Valencia. Valencia: pp. 241- 250.
- ESPADAS PAVÓN, J. J., POYATO HOLGADO, C. y CABALLERO KLINK, A., (1987): Memoria preliminar de las excavaciones del yacimiento calcolítico de El Castellón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real), *Oretum* III: pp. 39-78.
- ESPINOZA, E. O. y MANN, M. J. (1993): The History and Significance of the Schreger Pattern in Proboscidean Ivory Characterization, *Journal of the American Institute for Conservation*, Vol. 32. No.3: 241-248.
- ESQUEMBRE BEBIA, M. A. (1995): Contribución al análisis de los asentamientos prehistóricos en el Alto Vinalopó, *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3. Alcoi: pp. 75- 94.
- (1997): *Asentamiento y Territorio. La prehistoria en los municipios de Biar, Canyada de Biar, Camp de Mirra, Beneixama y Banyeres de Mariola* Fundación Municipal "José M^a Soler", Villena.
- ESTEVE GÁLVEZ, F. (1965): Los sepulcros de La Joquera, cerca de Castellón, *Pyrenae*, 1 Barcelona: pp. 43-58.
- ESTÉVEZ, J., GASULL, P., LULL, V., SANAHUJA, M^a E. y VILA, A. (1984): Arqueología como Arqueología: propuesta para una terminología

- operativa, *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica* - Soria 1981, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid: pp. 21-28.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (1999): Nuevos objetos de adorno en el Calcolítico del País Vasco, XXIV Congreso Nacional de Arqueología, vol. 2 (Cartagena, 1997) Instituto de Patrimonio Histórico. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Murcia: pp.107-111.
- FERNÁNDEZ IBAÑEZ, C. (1998): Las “puntas de flecha” de hueso en la Prehistoria Reciente del País Vasco y Navarra, dentro del contexto pirenaico peninsular, *En el Final de la Prehistoria. Ocho estudios sobre protohistoria de Cantabria* Asociación Cántabra para la Defensa del Patrimonio Subterráneo, Santander: pp.158-183.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ DE PABLO, J. (1999): *El yacimiento prehistórico de Casa de Lara, Villena (Alicante). Cultura material y producción lítica*. Fundación “José M^a Soler”, Ayuntamiento de Villena, Villena.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1978): *Secuencia cultural de la prehistoria de Mallorca* Biblioteca Praehistórica Hispana, vol XV. Madrid.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., FERNÁNDEZ POSSE y MARTÍN, C. (1988): Caracterización de la Edad del Bronce en La Mancha. Algunas proposiciones para su estudio, *Espacio, Tiempo y Forma*. Prehistoria 1. UNED, Madrid: pp.293- 310.
- (1990): Un área doméstica de la Edad del Bronce en el poblado de El Acequión (Albacete). *Archivo de Prehistoria Levantina*, 20, Diputación de Valencia: pp. 351- 362.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., GILMAN, A. y MARTÍN, C. (1994): La Edad del Bronce en La Mancha Oriental, *La Edad del Bronce en Castilla- La Mancha*. Actas del Simposio, 1990. Diputación Provincial de Toledo, Toledo: pp.243- 277.
- FERNÁNDEZ PALMEIRO, J. y SERRANO VÁREZ, D. (1990): El poblamiento del Bronce Valenciano en Alfarb, *Al Gezira*, 6. Revista d'estudis històrics de la Ribera Alta, Alzira: pp. 3- 25.
- (1994): Un poblado calcolítico en Bugéjar (Puebla de Don Fadrique, Granada), *Verdolay*, 6. Murcia: pp. 53- 75.
- FERNÁNDEZ POSSE, M. D., GILMAN, A. y MARTÍN, C. (1996): Consideraciones cronológicas sobre la Edad del Bronce en La Mancha *Complutum*, Extra 6, 2. Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda II. Universidad Complutense, Madrid: pp. 111- 138.
- FERNÁNDEZ VEGA, A. (1985): *La Edad del Bronce en el País Valenciano* UNED. Madrid.
- FERNÁNDEZ VEGA, A., GALÁN SAULNIER, C., POYATO HOLGADO, C. y SÁNCHEZ MESA-GUER, J. (1988): El cerro de la Encantada. Una aportación al conocimiento del Bronce de la Mancha, *I Congreso de Historia de Castilla- La Mancha*, vol. 3. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: pp.113-118.
- FERRER GARCÍA, C. y FUMANAL GARCÍA, M. P. (1997): Factores geomorfológicos que caracterizan la laguna de Villena, *Agua y Territorio*, vol 2. Petrer: pp. 35- 44.
- FEUSTEL, R. (1972): Die Walternienburg- Bernburger Totenhütte von Schönstedt im Thüringer Becken, *Alt-Thüringen* 12: pp. 31-58.
- FIGUERAS PACHECO, F. (1934): *Excavaciones en la Isla del Campello (Alicante)* Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 132, Madrid.
- (1950): La Isleta del Campello del litoral de Alicante. Un yacimiento síntesis de las antiguas culturas del Mediterráneo, *Archivo Español de Arqueología*, XXIII. Madrid: pp. 13-37.
- FLETCHER VALLS, D. (1954): La cueva y el poblado de La Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón) *Archivo de Prehistoria Levantina*, V. Diputación de Valencia: pp. 187-224.
- (1961): La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia) *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX. Diputación de Valencia. Valencia: pp. 79- 96.
- FLETCHER VALLS, D. y ALCÁCER GRAU, J. (1958): El Castillarejo de los Moros (Andilla, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII Diputación de Valencia. Valencia: pp. 93- 110.
- FLETCHER VALLS, D. y PLA BALLESTER, E. (1956): *El poblado de la Edad del Bronce de la Montanyeta de Cabrera (Vedat de Torrente, Valencia)*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 18. Diputación de Valencia.
- (1966): Excavaciones en “La Ereta del Pedregal” (Navarrés, Valencia), *Noticiario Arqueológico*

- Hispánico*, VIII- IX, 1964- 1965. Madrid: pp. 76-80.
- FLETCHER VALLS, D., PLA BALLESTER, E. y LLOBREGAT CONESA, E. (1965): *La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)* Excavaciones Arqueológicas en España, 42 Madrid.
- FLORESCU, R. y MICLEA, I. (1980): *Prehistoria Daciei*. Bucarest.
- FONSECA FERRANDIS, R. (1988): Utilaje y objetos de adorno óseos del Bronce de La Mancha, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma*, 11-12. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: pp.47- 55.
- (1989): Botones de marfil de perforación en V del Cerro de la Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real), I *Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, tomo III. Toledo: pp.161-168.
- FRANK, A. G. y GILLS, B. K. (1993): *The World-System. Five hundred years or five thousand?* Routledge, Londres.
- FURGÚS, J. (1902): La Edad Prehistórica en Orihuela, *Boletín de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales*, I. Zaragoza: pp.167- 172.
- (1903): La Edad Prehistórica en Orihuela. En: E. Ballesteros: *Historia de Orihuela*, tomo II. Apéndice II. Madrid-Orihuela: pp. 703- 761.
- (1904): Breve exploración arqueológica, *Razón y Fe*, IV: pp. 213- 217.
- (1937): *Col.lecció de treballs del P. J. Furgús sobre Prehistòria Valenciana* S.I.P. Trabajos Varios nº 5. Diputación de Valencia. Valencia.
- GAILEY, C. (1987): Culture Wars: Resistance to State Formation. En: T. C. Patterson y C. W. Gailey (ed.) *Power Relations and State Formation* American Anthropological Association, Washington: pp. 35-56.
- GAILEY, C. W. y PATTERSON, T. C. (1988): State Formation and uneven development. En J. Gledhill, B. Bender y M. T. Larson (ed.) *State and Society. The emergence and development of social hierarchy and political centralization*. Unwin Hyman, Londres: pp. 71- 90.
- GALÁN SAULNIER, C. y POYATO HOLGADO, M. C. (1979): Excavaciones en “Los Dornajos”, la Hinojosa (Cuenca), *Cuadernos de prehistoria y arqueología*, 5-6. Universidad Autónoma de Madrid: Departamento de Prehistoria y Arqueología: pp. 71-80.
- GALÁN SAULNIER, C. y FERNÁNDEZ VEGA, A. (1983): Excavaciones en “Los Dornajos”, la Hinojosa (Cuenca). Campañas de 1981 y 1982, *Cuadernos de prehistoria y arqueología*, 9-10. Universidad Autónoma de Madrid: Departamento de Prehistoria y Arqueología: pp. 31-48.
- GÁNDARA, M. (1982): La vieja “nueva arqueología”. *Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México: pp. 59-160.
- GARCÍA ATIÉNZA, G. (2006): Ojos que nos miran: los ídolos oculados entre las cuencas de los ríos Júcar y Segura, *Arte rupestre esquemático en la Península Ibérica* Los Vélez: pp. 223-234.
- GARCÍA ATIÉNZA, G. y LÓPEZ PRECIOSO, F.J. (2007): El yacimiento de Fuente de Isso y el poblamiento neolítico en el Campo de Hellín (Albacete), IV *Congreso del Neolítico Peninsular* Tomo I. MARQ Diputación de Alicante: pp. 117- 125.
- GARCÍA ATIÉNZA, G. y DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P. (2009): Mundo funerario y poblamiento eneolítico en el área sudoriental manchega (Albacete) *Veleia*, 26. Universidad del País vasco, Álava: pp. 215-231.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A.; MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. y PONCE GARCÍA, J. (2002): Excavaciones arqueológicas en la Glorieta de San Vicente (Lorca), XIII *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*. Consejería de Educación y Cultura, Murcia: pp. 20-22.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A. y MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (2004): Intervención arqueológica en Casa Noguera (Archivel, Caravaca de la Cruz) *Memorias de Arqueología*, 12. Murcia, p. 235-352.
- GARCÍA BORJA, P., DOMINGO, I., ROLDÁN, C., VERDASCO, C., FERRERO, J., JARDÓN, P. y BERNABEU, J. (2004): Aproximación al uso de la materia colorante en la Cova de l’Or, *Recerques del Museu d’Alcoi*, 13. Alcoi: pp. 35-52.
- GARCÍA DEL TORO, J. R. (1986): Las llamadas varillas de hueso de los enterramientos humanos colectivos del Eneolítico del Levante español: Tipología morfotécnica e hipótesis funcional. *El Eneolítico en el País Valenciano*. Inst. Estudios Juan Gil-Albert Diputación de Alicante: pp. 157-164.

- GARCÍA PUCHOL, O., MOLINA BALAGUER, L. y GARCÍA ROBLES, M. R. (2004): El Arte Levantino y el proceso de neolitización en el arco mediterráneo peninsular: el contexto arqueológico y su significado, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXV. Diputación de Valencia: pp.61- 90.
- GARCÍA SANDOVAL, E. (1964): Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en El Puntarrón Chico. Beniaján, Murcia, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VI, 1-3. Madrid: pp. 108-114.
- GATES St-PIERRE, C. y WALKER, R. B. (2007): *Bones as Tools: Current Methods and Interpretations in Worked Bone Studies*, BAR International Series, 1622, Oxford.
- GERLOFF, S. (1975): *The Early Bronze Age Daggers in Great Britain, and a reconsideration of the Wessex Culture*. *Prähistorische Bronzefunde* VI, 2: Munich.
- GIL-MASCARELL, M. (1981): *El Bronce Tardío y Final en el País Valenciano* Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 13. Valencia: pp. 9-39.
- (1982): El poblado de la Edad del Bronce de la Mola d'Agres (Agres, Alicante), XVI *Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: pp. 269- 276.
- (1985): El final de la Edad del Bronce: estado actual de la investigación, *Arqueología del País Valenciano: Panorama y Perspectivas* Elche, 1983. Universidad de Alicante: pp. 141- 152.
- (1992): La agricultura y la ganadería como vectores económicos del desarrollo del Bronce Valenciano, *Saguntum*, 25. Universidad de Valencia: pp. 49-67.
- (1995): Algunas reflexiones sobre el Bronce Valenciano, *Saguntum*, 28. Universidad de Valencia: pp. 63- 73.
- GIL-MASCARELL, M. y ENGUIX ALEMANY, R., (1986): La Cultura del Bronce Valenciano: Estado actual de la investigación, *Homenaje a Luis Siret, 1934-1984*, Conserjería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla: pp. 418-424.
- GIL-MASCARELL, M. y PEÑA SÁNCHEZ, J. L., (1989): La fíbula "ad occhio" del yacimiento de La Mola d'Agres, *Saguntum*, 22. Universidad de Valencia. Valencia: pp.125-142.
- GIL-MASCARELL, M. y ENRIQUE TEJEDO, M., (1992): La metalurgia del Bronce Final- Hierro Antiguo del yacimiento de la Mola d'Agres (Agres, Alicante), *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Trabajos Varios del S.I.P., 89. Diputación de Valencia: pp.39- 49.
- GILMAN GUILLÉN, A. (1987): El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste, *Trabajos de Prehistoria*, 44, C:S.I.C., Madrid: pp. 27-34.
- (2003): El impacto del radiocarbono sobre el estudio de la Prehistoria tardía de la Península Ibérica: Breves comentarios, *Trabajos de Prehistoria*, 60.2 C:S.I.C., Madrid: pp. 7-13.
- GILMAN GUILLÉN, A. y THORNES, J. (1985): *El uso del suelo en la prehistoria del Sudeste de España*. Fundación Juan March. Serie Universitaria 227, Madrid.
- GILMAN GUILLÉN, A. y SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1995): El poblado calcolítico de El Capitán (Lorca): campaña de 1987, *Memorias de Arqueología*, 3 Conserjería de Cultura, Murcia: pp. 45- 51.
- GILMAN, A., FERNÁNDEZ- POSSE, M. D. y MARTÍN, C. (2002): Avance de un estudio del territorio del Bronce Manchego, *Zephyrus* 53- 54. Universidad de Salamanca: pp. 311- 322.
- GIMBUTAS, M. (1965): *Bronze Age in Central and Eastern Europe*. Mouton, La Haya.
- GIOMI, F. (1999): Industria ossea. En: Tiné, S. (coord.) *Il Neolitico nella Caverna delle Arene Candide* Inst.Intern.Studi Liguri. Bordighera: pp. 484-517.
- GIRÓ ROMEU, P. (1948): Nuevos hallazgos arqueológicos en el Panadés, *Ampurias*, IX-X (1947-1948): Barcelona: pp. 253- 268.
- GODELIER, M. (1974): *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas* Ed. Siglo XXI Madrid.
- GÓMEZ PUCHE, M., DÍEZ, A., VERDASCO, C., GARCÍA, P., McCLURE, S., LÓPEZ, M. D., GARCÍA, O., OROZCO, T., PASCUAL, J. L., CARRIÓN, Y. y PÉREZ, G. (2004): El yacimiento de Colata (Montaverner, Valencia) y los "poblados de silos" del IV milenio en las comarcas centro-meridionales del País Valenciano, *Recerques del Museu d'Alcoi*, 13. Alcoi: pp. 53- 128.
- GÓMEZ RAMOS, P. (2001): La espada de La Perla. Estudio de las empuñaduras de remaches con doble arco: un unicum en la serie de armas europeas de la Edad del Bronce, *Gladius*, XXI: pp. 5-30.

- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1994): Cronología del grupo argárico, *Revista d'arqueologia de Ponent*, 4. Lleida: pp. 7-46.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): La necrópolis de cremación del Bronce Final de la Peña Negra de Crevillente, Alicante. XVI *Congreso Nacional de Arqueología*. Murcia- Caratagena, 1982. Zaragoza: pp. 285-294.
- (1985): El poblado calcolítico de les Moreres en la Sierra de Crevillente, Alicante *El Eneolítico en el País Valenciano*. Instituto Juan Gil-Albert. Diputación de Alicante, Alicante: pp. 89-118.
- (1986a): Pic de les Moreres. *Arqueología en Alicante 1976- 1986*. Diputación de Alicante: p. 125.
- (1986b): La Peña Negra V. Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto fortificado ibérico (Campaña de 1982) *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 27. Madrid: pp. 145- 121.
- (2000): Acerca del “campo de urnas” de Huerta del Pato (Munera, Albacete). Una nueva hipótesis sobre el ritual de la cremación en el Sudeste de la Península Ibérica *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*. Diputación de Alicante: pp. 237-248.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (1994): Nuevos datos sobre el poblado calcolítico de Les Moreres, Crevillente (Alicante). (Campañas 1988-1993) *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 7-8. Universidad de Murcia: pp. 17- 20.
- (1995): Urbanismo defensivo de la Edad del Bronce en el Bajo Vinalopó. La fortificación argárica de Caramoro I (Elche, Alicante) *Estudios de vida urbana Murcia*: pp. 85-105.
- (1992): Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó, *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Pla Ballester*. Trabajos Varios del S.I.P., 89. Diputación de Valencia: pp. 17-27.
- GORODZOV, V. A. (1933): The Typological Method in Archaeology, *American Anthropologist*, New Series, Vol. 35, No. 1 (Jan. - Mar., 1933): pp. 95-102.
- GRAU ALMERO, E., MARTÍ BONAFÉ, M.A., PEÑA SÁNCHEZ, J. L., PASCUAL BENITO, J.L., PÉREZ JORDÁ, G. y LÓPEZ GILA, M.D. (2004): Nuevas aportaciones para el conocimiento de la Mola d'Agres (Agres, Alicante). En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.241- 246.
- GRAU MIRA, I., (1996): La Cova dels Pilars (Agres, El Comtat): Aportació a l'estudi de les coves-sanctuari ibèriques, *Alberri*, 9. Centre d'Estudis Conestans. Cocentaina: pp.79-106.
- GRIFFITS, J. L. (1997): Replication and Analysis of Bone Tools. En: L. A. Hannus, L. Rossum y R. P. Winham (ed.) *Proceedings of the 1993 Bone Modification Conference*, Hot Springs, South Dakota Occasional Publication n° 1, Archaeology Laboratory, Augustana College: pp. 236- 246.
- (2007): Stability and Change in Bone Tool Use Along the Middle Missouri, North Dakota. En: Ch. Gates St-Pierre y R. B. Walker (ed.) *Bones as Tools: Current Methods and Interpretations in Worked Bone Studies* B.A.R. International Series, 1622. Archaeopress, Oxford: pp. 93- 105.
- GRIFONI CREMONESI, R. y TELLESCHI, T. (2003): L'Eneolítico e L'Età del Bronzo, *Preistoria e Protostoria tra Valdarno e Valdera*. Pontedera. Soprintendenza per i Beni Archeologici della Toscana: pp. 71- 79.
- GRIS MARTÍNEZ, L. y GRIS MARTÍNEZ, J. (2007): Disimilaridad cultural en el Calcolítico lorquino, *Alberca 5*, Museo Arqueológico de Lorca: pp. 15- 42.
- GUERRERO AYUSO, V. M., CALVO TRIAS, M. y SALVÀ SIMONET B. (2002): La Cultura Talayótica. Una sociedad de la edad del hierro en la periferia de la colonización fenicia, *Complutum* 13. Universidad Complutense. Madrid: pp. 221-258.
- GUERRERO AYUSO, V. (ed.) (2007): *Prehistoria de las Islas Baleares. Registro Arqueológico y Evolución Social Antes de la Edad del Hierro*. B.A.R. International Series, 1690. Oxford.
- GUILAINE, J. (1963): Les boutons perforées en “V” du chalcolithique Pyrénéen *Bulletin de la Société préhistorique française*, LX. París : pp. 818- 827.
- GUILLEM, P., GUITART, I.; MARTÍNEZ, R.; MATA, O. y PASCUAL, J. LL. (1992): L'ocupació prehistòrica de la Cova de Bolumini (Beniarbeig-Benimeli-Marina Alta), III *Congrés d'Estudis de La Marina Alta*, Denia, 1990. Alicante: pp. 31- 48.
- GUITART PERARNAU, I. (1989): El Neolítico final en el Alto Vinalopó (Alicante): Casa de Lara y Macolla, *Saguntum*, 22. Universidad de Valencia: pp. 67-97.

- GUSI JENER, F. (1974): Excavación del recinto fortificado del Torrelló, de Onda (Castellón) *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 1. Castellón: pp. 19-62.
- (1975): Las dataciones de C.14 de la Cueva del Mas d'Abad (Coves de Vinromà). Campaña 1975. Ensayo cronológico para la periodización del Bronce Valenciano. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2, Castellón: pp. 75-79.
- (1988): Orpesa la Vella *Memòries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-1985* Generalitat Valenciana. Valencia: pp. 152- 154.
- (2001): *Castellón en la Prehistoria. Memoria de los tiempos del ensueño* Diputación de Castellón, Castellón.
- GUSI JENER, F. y OLÀRIA PUYOLES, C. (1977): El poblado de la Edad del Bronce de Orpesa La Vella (Orpesa del Mar, Castellón), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 4. Diputación de Castellón: pp. 79-100.
- 1991: *El poblado neoneolítico de Terrera Ventura (Tabernas, Almería)*, Excavaciones Arqueológicas en España. 160. Ministerio de Cultura, Madrid.
- 1995: Cronologies absolutes en l'arqueologia del País Valencià, II *Jornades d'Arqueologia*. Alfàs del Pi (1994) Valencia: pp. 119-157.
- HALSTEAD, L. B. (1974): *Vertebrate Hard Tissues* Wykeham Publications, London.
- HÄNSEL, A. (1999): Die Sammlung "vaterländischer Alterthümer" des Rittergutsbesitzers Augustin auf Ziegelsdorf bei Burg im Magdeburgischen, *Acta Praehistorica et Archaeologica*, 31. Berlín: pp. 142- 155.
- HARDING, A. F. (1984): *The Mycenaeans and Europe* Academic Press, London.
- (1990): The Wessex connection: developments and perspectives, *Orientalisch-ägäische einflüsse in der europäischen bronzezeit*. Ergebnisse eines kolloquiums Bonn: pp. 139-154.
- HARRISON, R. J. (1974): El vaso campaniforme como horizonte delimitador en el Levante Español, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 1. Castellón: pp.63-70.
- (1980): *The "Beaker Folk". Copper Age archaeology in Western Europe* London, Thames and Hudson ed.
- HARRISON, R. J. y GILMAN, A. (1977): Trade in the Second and Third Milennia B. C. Between the Maghreb and Iberia, *Ancient Europe and the Mediterranean*. Studies presented in honour of Hugh Hencken: pp. 91-104.
- HARRISON, R. J., MORENO LÓPEZ, G. y RODANÉS VICENTE, J. M. (1986): La industria ósea del poblado prehistórico de Moncín (Borja, Zaragoza), *Boletín del Museo de Zaragoza*, nº 5. Zaragoza: pp.73-98.
- HARRISON, R. J., MORENO LÓPEZ, G. y LEGGE, A. J. (1994): *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)* Zaragoza.
- HARRISON, R. J., ANDRÉS RUPÉREZ, M. T. y MORENO LÓPEZ, G. (1998): *Un poblado de la Edad del Bronce en El Castillo (Frías de Albarracín, Teruel)*. BAR International Series 708. Archaeopress.
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L., PÉREZ AMORÓS, L. y MENARGUES, J. (2004): El poblado de Las Peñicas (Villena, Alicante). Excavaciones de José María Soler. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.351- 362.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. y GIL GONZÁLEZ, F. (1995): Excavaciones en la Rambla de la Alquería (Jumilla, Murcia) *Verdolay*, 7. Museo Arqueológico de Murcia: pp. 81- 96.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, P. y DUG GODOY, I. (1975): *Excavaciones en el poblado de El Picacho (Oria, Almería)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 95. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1980): P. Ibarra Ruiz y La Figuera Redona, *Festa d'Elig*, 82. Ayuntamiento de Elche: pp.33- 38.
- (1982): La Cueva de la Casa Colorá: un yacimiento eneolítico en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante) *Lucentum* I. Universidad de Alicante: pp. 5-18.
- (1983): La metalurgia prehistórica en el valle medio del río Vinalopo (Alicante) *Lucentum*, II. Universidad de Alicante: pp.17-42.
- (1985): La Edad del Bronce en el País Valenciano. Panorama y perspectivas *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*. Universidad de Alicante: pp.101-119.

- (1986): La cultura de El Argar en Alicante. Relaciones temporales y espaciales con el mundo del Bronce Valenciano, *Homenaje a Luis Siret 1934-1984*, Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 341-350.
- (1990): Un enterramiento argárico en Alicante *Homenaje a Jerónimo Molina*. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia: pp. 87-94.
- (1994): La Horna (Aspe, Alicante). Un yacimiento de la Edad del Bronce en el Medio Vinalopó. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI, Diputación de Valencia: pp.83-118.
- (1995): Grabados rupestres postpaleolíticos en el País Valenciano. Algunas consideraciones *Extremadura Arqueológica*, V. Cáceres- Mérida: pp. 27- 37.
- (1996): Sobre las Periferias del Argar y del Sudeste. Algunas consideraciones sobre la Edad del Bronce en Alicante y Albacete *Homenaje a Manuel Fernández Miranda*. Diputación de Albacete: pp. 5- 40.
- (1997a): Desde la periferia de El Argar. La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas *Saguntum*, 30. Universidad de Valencia: pp. 93-114.
- (1997b): Espacio y tiempo en la Edad del Bronce del País Valenciano *Espacio, tiempo y forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 10. UNED. Madrid: pp. 279-315.
- (2000): Sobre la religión neolítica. A propósito del Arte Macrosquemático *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, I, Diputación de Alicante: pp. 137-155.
- (2002): El poblamiento prehistórico de Albacete. Estado actual y perspectivas de futuro *II Congreso de Historia de Albacete. I Arqueología y Prehistoria*. Madrid: pp. 11-20.
- (2001): La Edad del Bronce en Alicante ... *Y acumularon tesoros. Milaños de historia en nuestras tierras* Catálogo de la Exposición. Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante: pp. 201-218.
- (2009a): Entre el Medio y Bajo Vinalopó. Excavaciones arqueológicas en el Tabayá (Aspe, Alicante) 1987- 1991. En: Hernández, M. S., Soler, J. A. y López, J. A. (ed.): *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp. 160-169.
- (2009b): Tiempos de cambio. El final del Argar en Alicante. En: Hernández, M. S., Soler, J. A. y López, J. A. (ed.): *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp. 292-305.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y LÓPEZ MIRA, J. A. (1992): Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabaià (Aspe, Alicante) *Estudios de arqueología ibérica y romana : homenaje a Enrique Pla Ballester S.I.P.* Trabajos Varios, 89. Diputación Provincial de Valencia: pp. 1- 16.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (2001): El Cabezo Redondo (Villena, Alicante) y las puntas de flecha óseas de tres aletas en la Península Ibérica, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIV Diputación Provincial de Valencia: pp. 223- 241.
- (2010): La muerte en el Argar alicantino. El Tabià como paradigma. En: Pérez Fernández, A. y Soler Mayor, B. (coord.) *Restos de vida, restos de muerte* Diputación de Valencia y Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp. 221-228.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y MARTÍ OLIVER, B. (2001): El arte rupestre de la fachada mediterránea: entre la tradición epipaleolítica y la expansión neolítica *Zephyrus*, 53- 54. Universidad de Salamanca: pp. 241- 265.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y SIMÓN GARCÍA, J. L. (1993): El II milenio A.C. en el Corredor de Almansa (Albacete). Panorama y perspectivas En: J. Bánquez, R. Sanz y M.T. Musat (coord.) *Arqueología en Albacete*. Patrimonio Histórico- Arqueología Castilla- La Mancha nº 6 Toledo: pp.35-56.
- (1994): La Edad del Bronce en el Corredor de Almansa (Albacete). Bases para su estudio. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*. Actas del Simposio de 1990. Toledo: pp. 201-242.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y PÉREZ BURGOS, J. M. (2005): En busca de nuestros orígenes. El poblamiento prehistórico en Sax. En: F. J. Gil Peláez (coord.): *Historia de Sax*. Tomo I. Sax, pp. 103-128.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., SIMÓN GARCÍA, J. L. y LÓPEZ MIRA, J. A. (1994): *Agua y poder. El Cerro del Cuchillo (Almansa, Albacete)* Patrimonio Histórico- Arqueología Castilla- La Mancha nº 9 Toledo.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., SOLER DÍAZ, J.A. y LÓPEZ PADILLA, J. A., (2009): *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en*

- Alicante MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo.
- IBARRA MANZONI, P. (1926): *Contribución al estudio del arte español. Elche. Materiales para su historia* Cuenca.
- IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J. F. (1985): Avance para el estudio de la necrópolis eneolítica de Murviedro (Lorca, Murcia) *Congreso Nacional de Arqueología*, XVII Zaragoza: pp. 197-209.
- IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J. F., MANZANO MARTÍNEZ, J. y GARCÍA LÓPEZ, M. (1987): El poblado de la Edad del Bronce de Murviedro, Lorca, Murcia. (Interrelación topografía-material superficial) *Congreso Nacional de Arqueología*, XVIII. Zaragoza: pp.419-435.
- INCHAURRANDIETA, M. R. de, (1869): Notice sur la Montagne Funeraire de La Bastida. Province de Murcie (Espagne) *IV Congrès International d'Anthropologie et Archaeologie Préhistorique*, Copenhagen: pp.344- 350.
- IRIARTE CORTÁZAR, A. (1998): Algunos elementos de armamento de la Segunda Edad del Hierro localizados en prospección en Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 6. Pamplona: pp. 49-61.
- JACQUES, V. (1890): Etnología. En: E. y L. Siret *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España* Barcelona: pp. 335- 448.
- JABALOY SÁNCHEZ, E. M. y SALVATIERRA CUENCA, V. (1980): El poblamiento durante el Cobre y el Bronce en el río Galera, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5: pp. 119- 156.
- JARA ANDÚJAR, M. D. (1991): La industria ósea en Murcia: los objetos apuntados con polea articular *Verdolay*, 3. Museo Arqueológico de Murcia: pp.9-19.
- (1992): La industria ósea en Murcia: objetos de adorno eneolíticos, *Verdolay*, 4. Museo Arqueológico de Murcia: pp. 21-38.
- JARA ANDÚJAR, M. D., JORDÁN MONTÉS, J., LÓPEZ LIMIA, B. y RUIZ PARRA, M. (1988): Poblamiento de la Edad del Bronce en el Bajo Río Mundo: Agra 6 y 7, *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* Toledo: pp. 45- 62.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1984): *Los tolmos de Caracena (Soria)* Excavaciones Arqueológicas en España, 134. Madrid.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1991): *Los tolmos de Caracena (Soria): (campañas 1981 y 1982) : aportación al Bronce Medio de la Meseta* Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid.
- JODIN, A. (1957): Nouveaux documents sur la civilisation du vase campaniforme au Maroc, XV *Congrès de Préhistoire de France* (Monaco): pp. 677-687.
- JORDÀ CERDÀ, F. (1958): Los enterramientos de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Castellón de La Plana), *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII. Diputación de Valencia: pp. 56-92.
- (1966): Notas para una revisión de la cronología dels Arte Rupestre- levantino, *Zephyrus*, XVII. Universidad de Salamanca: pp. 47- 76.
- JORDÁN MONTÉS, J. F. (1992): Prospección arqueológica en la comarca de Hellín-Tobarra. Metodología, resultados y bibliografía, *Al-Basit*, 31. Albacete: pp. 183-227.
- (1996): Reflexiones sobre la Edad del Bronce en el curso bajo del Río Mundo (Comarca de Hellín-Tobarra, Provincia de Albacete). Relaciones interculturales, vínculos entre yacimientos y dominio de los ecosistemas, *Anales de Prehistoria y Arqueología* 9-10. Universidad de Murcia. Murcia: pp. 31-53.
- JOVER MAESTRE, F. J. (1997): *Caracterización de las sociedades del II milenio ANE en el Levante de la Península Ibérica: producción lítica, modos de trabajo, modo de vida y formación social*. Tesis Doctoral. Universidad de Alicante.
- (1999): *Una nueva lectura del "Bronce Valenciano"* Universidad de Alicante.
- JOVER MAESTRE, F. J. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995): El Argar y el Bronce Valenciano. Reflexiones en torno al mundo funerario *Trabajos de Prehistoria*, 52.1 CSIC. Madrid: pp. 71-86.
- (1997): *Arqueología de la Muerte. Prácticas funerarias en los límites de El Argar* Universidad de Alicante.
- (1999a): Campesinado e Historia. Consideraciones sobre las comunidades agropecuarias de la Edad del Bronce en el Corredor del Vinalopó *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII. Diputación Provincial de Valencia: pp. 233- 257.
- (1999b): Una nueva propuesta del alcance espacial septentrional de las prácticas sociales argáricas

- cas XXIV Congreso Nacional de Arqueología, v.2 Cartagena: pp. 275- 286.
- (2004): 2100- 1200 BC. Aportaciones al proceso histórico en la cuenca del río Vinalopó. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Diputación de Alicante- Ayuntamiento de Villena: pp.285- 302.
- (2005): *Barranco Tuerto y el proceso histórico durante el II milenio BC en el Corredor del Vinalopó* Vestigim n° 1. Monografías del Museo Arqueológico de Villena. Ayuntamiento de Villena.
- (2009): Más allá de los confines del Argar. Los inicios de la Edad del Bronce y la delimitación de las áreas culturales en el cuadrante suroriental de la Península Ibérica, 60 años después. En: Hernández, M. S., Soler, J. A. y López, J. A. (ed.): *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp. 268-291.
- JOVER MAESTRE, F. J. y SEGURA HERRERO, G. (1992): El asentamiento del Portixol (Monforte del Cid, Alicante): contribución al estudio del Bronce Tardío en la cuenca del río Vinalopó, *Alebus*. 2-3 Elda: pp. 25- 58.
- (1997): *El poblamiento prehistórico en el Valle de Elda* C.E.L. Petrer.
- JOVER MAESTRE, F. J., LÓPEZ MIRA, J. A. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995): *El poblamiento durante el II milenio a. C. en Villena (Alicante)*. Ayuntamiento de Villena.
- JOVER MAESTRE, F. J., LÓPEZ PADILLA, J. A., MACHADO YANES, C., HERRÁEZ MARTÍN, M^a I., RIVERA NÚÑEZ, D., PRECIOSO ARÉVALO, M^a L. y LLORACH ASUNCIÓN, R. (2001): La producción textil durante la Edad del Bronce: un conjunto de husos o bobinas de hilo del yacimiento de Terlinques (Villena, Alicante), *Trabajos de Prehistoria*, 58.1 CSIC, Madrid: pp. 171- 186.
- JOVER MAESTRE, F. J. SOLER GARCÍA, M. D., ESQUEMBRE BEVIA, M. A. y POVEDA, A. M. (2001): La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante): Un nuevo asentamiento calcolítico en la cuenca del río Vinalopó, *Lucentum*, XIX – XX. Alicante: pp. 27-39.
- JUAN CABANILLES, J. (1994): Estructuras de habitación en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Resultados de las campañas de 1980-1982 y 1990, *Saguntum*, 27. Universidad de Valencia: pp. 67-97.
- JUAN CABANILLES, J. y MARTÍNEZ VALLE, R. (1988). Fuente Flores (Requena, Valencia). Nuevos datos sobre el poblamiento y la economía del Neoneolítico valenciano, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII. Diputación de Valencia: pp. 181-231.
- JULIEN, M, AVERBOUH, A., RAMSEYER, D., BELLIER, C., BUISSON, D., CATTELAINE, P., PATOU-MATHIS, M. y PROVENZANO, N. (eds) *Préhistoire de l'os*, Recueil d'études sur l'industrie osseuse préhistorique offert à Henriette Camps-Fabrer. Aix-en-Provence: Université de Provence.
- KILIAN- DIRLMEIER, I. (1997): *Das mittelbronzezeitliche Schachtgrab von Ägina*. Mainz.
- KLEEMAN, O. (1954): *Die dreiflügeligen Pfeilspitzen in Frankreich*, Akademie der Wissenschaften und der Literatur 1954 n° 4. Mainz: pp. 89-141.
- (1955): L'importation des pointes de flèches grecques en France au Premier Age du Fer, XIV Congrès Préhistorique de France (1953). París : pp. 345-350.
- KRISTIANSEN, K. (2001): *Europa antes de la Historia*. Ed. Península, Barcelona.
- KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T. B. (2006): *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones* Ed. Bellaterra-Arqueología, Barcelona.
- KRZYSZKOWSKA, O. (1984): Ivory from hippopotamus tusk in the Aegean Bronze Age, *Antiquity*, 58: pp. 123-125.
- (1990): *Ivory and related materials. An illustrated Guide* Classical Handbook 3. Institute of Classical Studies, Bull. Supp. N° 59.
- (1993): Aegean ivory carving: Towards an evaluation of Late Bronze Age workshop material. In: J. Lesley Fitton (ed.) *Ivory in Greece and the Mediterranean from the Bronze Age to the Hellenistic Period*. British Museum Occasional Papers 85, London: pp. 25-35.
- KUNTER, M. (1990): *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar-Kultur*. Madrider Beiträge, 18, Philipp von Zabern, Mainz.
- (2000): Los restos de esqueletos humanos hallados en Fuente Álamo durante las campañas de 1985, 1988 y 1991. En: Schubart, H., Pingel, V. y Arteaga, O. *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 265- 282.

- LEGRAND, A. y SIDÉRA, I. (2007): Methods, Means, and Results when Studying European Bone Industries. En Ch. Gates St-Pierre y R. B. Walker (ed.) *Bones as Tools: Current Methods and Interpretations in Worked Bone Studies* B.A.R. International Series, 1622. Archaeopress, Oxford: pp. 67- 79.
- LEIRA JIMÉNEZ, R. (1987): El yacimiento argárico de El Oficio (Cuevas, Almería), *Trabajos de Prehistoria*, 44 CSIC. Madrid: pp. 201- 222.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Erster Teil: Der Süden* Römisch-Germanische Forschungen 17, Berlin.
- LEMERCIER, O. (1998): The Bell Beaker phenomenon in the Southeast of France. The state of research and preliminary remarks about the TGV Excavations and some other sites of the Provence. En: M. Benz y S. van Willigen (ed.) *Some New Approaches to The Bell Beaker "Phenomenon" Lost Paradise?* Proceedings of the 2nd Meeting of the "Association Archéologie et Gobelets". Feldberg (Germany) 18th – 20th April 1997. B.A.R. International Series 690: pp. 23- 35.
- LE MOINE, G. M. (1994): Use Wear on Bone and Antler Tools from the Mackenzie Delta, Northwest Territories, *American Antiquity*, 59 (2): pp. 316-334.
- (2007): Bone Tools and Bone Technology: A Brief History. En: C. Gates St-Pierre y R. B. Walker (ed.): *Bones as Tools: Current Methods and Interpretations in Worked Bone Studies*, BAR International Series, 1622, Oxford: pp. 9-22.
- LERMA ALEGRÍA, J. V., (1979): Nuevos hallazgos del Hierro I en el País Valenciano, *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 28. Diputación de Alicante: pp. 77- 89.
- (1981): Los orígenes de la metalurgia en el País Valenciano, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, Diputación de Valencia: pp. 129-140.
- LIESAU von LETTOW- VORBECK, C. (1988): Estudio de la industria en asta de ciervo de El Soto de Medinilla, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma*, 15. Universidad Autónoma, Madrid: pp. 183-213.
- (1999): Fuente Álamo: evidencias de huesos humanos digeridos, *V Congreso Nacional de Paleopatología*. Alcalá la Real, 29 abril-2 mayo 1999. Madrid: pp. 65-71.
- (2002): Eficacia e ineficacia de las sierras metálicas: ¿sólo sirven las de bronce?. En: I. Clemente, R. Risch y J. F. Gibaja *Análisis Funcional. Su aplicación al estudio de sociedades prehistóricas* BAR International Series 1073: pp. 273- 283.
- LILLO CARPIO, P. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia* Academia Alfonso X El Sabio. Murcia.
- (1987): El poblado ibérico de Los Molinicos (Moratalla). Últimas campañas, *Prospecciones y Excavaciones*. Comunidad de Murcia. Murcia: pp. 256- 262.
- (1993): *El Poblado ibérico fortificado de Los Molinicos. Moratalla (Murcia)* Consejería de Cultura. Murcia.
- LOMBA MAURANDI, J. (1992): La cerámica pintada del Eneolítico en la Región de Murcia, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 7-8, Universidad de Murcia: pp. 35-46.
- (1996): El poblamiento del Eneolítico en Murcia. Estado de la cuestión, *Tabona*, IX. Universidad de La Laguna: pp.317-340.
- (1999): El megalitismo en Murcia. Aspecto de su distribución y significado, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20. Diputación de Castellón: pp. 55-82.
- (2001): El calcolítico en el Valle del Guadalentín. Bases para su estudio, *Clavis*, 2 Lorca: pp.7- 47.
- LOMBA MAURANDI, J. y HERNÁNDEZ GARCÍA, J. DE D. (2004): Verificación de megalitismo en el área del Cabezo de la Era (Águilas, Murcia) *Memorias de Arqueología*, 13. Consejería de Cultura. Murcia: pp.47- 59.
- LOMBA MAURANDI, J. y ZAPATA CRESPO, J. (2005): El enterramiento múltiple de Cabezos Viejos (Archena, Murcia). Reflexiones sobre secuencias funerarias calcolíticas, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 21. Universidad de Murcia: pp. 9-38.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, F. J. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (1994): El poblamiento de las lagunas de Ruidera durante la Edad del Bronce, *La Edad del Bronce en Castilla- La Mancha*. Actas del Simposio, 1990. Diputación Provincial de Toledo: pp. 365-374.
- LÓPEZ MIRA, J. A. (1994): En torno a las fortificaciones en el II milenio a.C.: el Montagut (Novelda, Alicante) *Fortificaciones y castillos en Alicante*. Valles del Vinalopó (Petrer, 1991): pp. 167-185.

- (1995): La actividad textil durante la Edad del Bronce en la provincia de Alicante: las fusayolas. *XXI Congreso Nacional de Arqueología*, Vol. 3, 1995: pp. 785-798.
- LÓPEZ PADILLA, J. A. (1991): *Contribución al estudio de la industria ósea de la Edad del Bronce en el País Valenciano: Provincia de Alicante*. Memoria de Licenciatura, Universidad de Alicante (inédito).
- (1993a): A propósito de algunos objetos de hueso, asta y marfil de la Mola d'Agres (Agres, Alicante) *Alberri*, 5 Cocentaina: pp.11-26.
- (1993b): Bone arrowheads in the Valencian region (Spain). Cabezo Redondo (Villena, Alicante) *Industries sur matieres dures animales. Evolution technologique et culturelle durant les temps prehistoriques*. Colloque International Treignes/Oignies-en-Thierache (1993) (inédito).
- (1994a): Algunos objetos de hueso y marfil de la Mola Alta de Serelles (Alcoi, Alicante) *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3. Alcoi: pp.143-148.
- (1994b): La industria ósea. En M. S. Hernández, J. L. Simón y J. A. López *Agua y poder. Excavaciones Arqueológicas en el Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete) 1986-1990*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Colección Patrimonio Histórico. Arqueología, 9. Toledo: pp. 177-184.
- (1995): Ecos mediterráneos en el Atlántico en la Edad del Bronce. Una singular pieza de marfil de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante) *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, II (Vigo, 1993) Zaragoza: pp. 99-104.
- (1997): El material ossi de la Cova del Montgó (Xàbia). Les excavacions de J. Belda (1935-1936), *Aguaites*, 13-14, Institut d'Estudis Comarcals de La Marina Alta, Denia: pp.175-182.
- (1998): La industria ósea. En M. J. De Pedro *La Llo-ma de Betxí (Paterna, Valencia). Un poblado de la Edad del Bronce*. S.I.P. Trabajos Varios 94, Diputación Provincial de Valencia. Valencia: pp.223-227.
- (2001): El trabajo del hueso, asta y marfil ... *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante: pp.247- 257.
- (2006a): Consideraciones en torno al Horizonte Campaniforme de Transición, *Archivo de Prehistoria Levantina*, 26. Diputación de Valencia: pp. 193-243.
- (2006b): Distribución territorial y consumo de botones de perforación en "V" en el ámbito argárico, *Trabajos de Prehistoria*, 63, 2. CSIC. Madrid: pp. 93- 116.
- (2009a): La producción ósea en los yacimientos argáricos de San Antón y Laderas del Castillo. En: Hernández, M. S., Soler, J. A. y López, J. A. (ed.): *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp. 124-135.
- (2009b): Cabezo Pardo (San Isidro-Granja de Rocamora) En: Hernández, M. S., Soler, J. A. y López, J. A. (ed.): *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp. 156-159.
- (2009c): El grupo argárico en los confines del Argar. En: Hernández, M. S., Soler, J. A. y López, J. A. (ed.): *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp. 246-267.
- LÓPEZ PADILLA, J. A. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (2011): The Italian connection: production, circulation and consumption of ivory and bone objects in the West Mediterranean ca. 1500- ca. 1000 BC. En: A. Banerjee- C. Eckmann (coord.) *Elfenbein und Archäologie*. INCENTIVS Tagungsbeiträge 2004- 2007. Römisch- Germanisches Zentralmuseum Tagungen, 7. Mainz: pp.53-61.
- LÓPEZ PADILLA, J. A., BELMONTE MAS, D. y DE MIGUEL IBÁÑEZ, P. (2006): Los enterramientos argáricos de la "Illeta dels Banyets" de El Campello. Prácticas funerarias en la frontera oriental de El Argar" en: J. Soler (coord.): *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banets (El Campello, Alicante)* MARQ Serie Mayor 5, Alicante: pp.119- 172.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. (1993): *Calcolítico y Edad del Bronce al sur de Córdoba*. Ed. Cajasur.
- LÓPEZ PRECIOSO, F. J. (1990): El conjunto arqueológico de la Edad del Bronce de Los Morrones (Albatana, Albacete), *Al-Basit*, 26 Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete: pp. 151-170.
- (1993): El Castellón (Hellín) y el Bronce Final inicial en Albacete, *Jornadas de Arqueología Albacetense en la U. A. M.*, Madrid: p. 57- 82.
- (1994): El Castellón (Hellín y Albatana) y el final de la Edad del Bronce en la provincia de Albacete. Avance de su estudio, *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Actas del Simposio. Toledo,

1990. Diputación Provincial de Toledo: pp. 291-305.
- LÓPEZ PRECIOSO, F. J. y JORDÁN MONTÉS, J. F. (1996): La Edad del Bronce, *Revista Macanaz*, 1. Historia de la Comarca de Hellín. Hellín: pp.77- 95
- LÓPEZ PRECIOSO, F. J. y SERNA LÓPEZ, J. J. (1996): Neolítico, *Revista Macanaz*, 1. Historia de la Comarca de Hellín. Hellín: pp.43- 54.
- LÓPEZ SEGUÍ, E., GARCÍA BEBIÁ, M. A. y ORTEGA PÉREZ, J. R. (1991): La Cova del Cantal (Biar, Alicante), *Lucentum*, IX - X. Universidad de Alicante. Alicante: pp.25- 49.
- LORENZO LIZALDE, J. I. (1990): La Paleoantropología turolense, *Teruel*, 80-81 (I). Teruel: pp.67- 137.
- LORENZO MAGALLÓN, I. (1986): Avance sobre excavaciones del yacimiento de San Jorge (Plou) *Kalathos*, 5-6. Homenaje a Martín Almagro Basch, Teruel: pp. 33-64.
- LORRIO, A., DE PEDRO MICHÓ, M. J., MOLINA- BURGUERA, G. y PEDRAZ PENALVA, T. (2004): El Picarcho (Camporrobles, Valencia): un poblado de la Edad del Bronce en la comarca de Rquena- Utiel. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.177- 194.
- LUCAS PELLICER, C. (2004): De la Meseta a Levante: cerámica de Cogotas y otros “vectores” interregionales. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.585- 602.
- LULL, V. (1983): *La “cultura” de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-social prehistóricas*. Akal/Universitaria Serie Arqueología Madrid.
- (1998): El Argar: la muerte en casa, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 13-14 Universidad de Murcia: pp. 65- 80.
- (2005): Marx, producción, sociedad y arqueología, *Trabajos de Prehistoria*, 62.1 CSIC, Madrid: pp. 7- 26.
- (2007): *Los objetos distinguidos. La arqueología como excusa* Ed. Bellaterra, Barcelona.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas, *Homenaje a Luís Siret (1934- 1984)*. Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 441-452.
- LULL, V. y RISCH, R. (1995): El Estado argárico, *Verdolay*, 7. Museo Arqueológico de Murcia: pp.97-109.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE HERRADA, C. y RISCH, R. (1999): *Ideología y sociedad en la Prehistoria de Menorca. La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol* Consell Insular de Menorca.
- (2004): Las relaciones de propiedad en la sociedad argárica. Una aproximación a través del análisis de las tumbas de individuos infantiles, *Mainake*, XXVI. Diputación de Málaga, Málaga: pp. 233-272.
- LUMBRERAS, L. G. (1981): *La Arqueología como Ciencia Social* Ed. PEISA, Lima.
- (1984a) La unidad arqueológica socialmente significativa (I). *Gaceta Arqueológica Andina* 10:3, Lima.
- (1984b): La unidad arqueológica socialmente significativa (II). *Gaceta Arqueológica Andina* 11:3, Lima.
- LLATAS BURGOS, V. (1955): Carta arqueológica de Villar del Arzobispo y su comarca, *Archivo de Prehistoria Levantina*, VI. Diputación de Valencia: pp. 153-186.
- LLOBREGAT CONESA, E. (1966): Estudio de los megalitos portugueses por los Leisner y las cuevas de enterramiento múltiple del País Valenciano, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI Diputación de Valencia: pp.81- 90.
- (1969): El poblado de la Cultura del Bronce Valenciano de la Serra Grossa, Alicante, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6. Valencia: pp. 31-70.
- (1971): Eine siedlung des “Bronce Valenciano” auf der Serra Grossa (Prov. Alicante), *Madriider Mitteilungen*, 12. Heidelberg: pp. 87-100.
- (1973): Del fin del Neolítico de cerámicas impresas al comienzo de la Edad del Bronce en la región valenciana. Precisiones sobre cronología absoluta, *Papeles de Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 9. Universidad de Valencia: pp. 3-10.
- (1975): Nuevos enfoques para el estudio del período del Neolítico al Hierro en la región valenciana”

- Papeles de Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11. Universidad de Valencia: pp. 119-140.
- (1986): Illeta dels Banyets. *Arqueología en Alicante 1976-1986*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Alicante: pp. 63-67.
- LLOBREGAT, E., MARTÍ, B., BERNABEU, J., VILLAVERDE, V., GALLARD, M. D., PÉREZ, M., ACUÑA, J. D. y ROBLES, F., (1981): Cova de les Cendres (Teulada, Alicante). Informe preliminar, *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 34, Diputación de Alicante: pp.87-111.
- MACARRO RODRÍGUEZ, J. A. (2002): *La Alcalá prehistórica. El poblado de la edad del bronce de "La Dehesa"*. Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- MACGREGOR, A. (1985): *Bone, Antler, Ivory and Horn: The technology of skeletal materials since the roman period*. Barnes and Noble: Totowa, NJ.
- MACHADO YANES, M.C., JOVER MAESTRE, F. J. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (2004): Primeras aportaciones antracológicas del yacimiento de Terlinques (Villena, Alicante) En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp. 363- 368.
- MAICAS RAMOS, R. (1999): La industria ósea neolítica del Sureste: Avance preliminar, *II congrés del Neolític a la Península Ibèrica*. Saguntum, Extra-2. Universidad de Valencia: pp. 151-156.
- (2007): *Industria ósea y funcionalidad: Neolítico y Calcolítico en la Cuenca de Vera : (Almería)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, CSIC Madrid.
- MAICAS RAMOS, R., y PAPÍ RODES, C. (1996): La industria ósea del Cerro de las Canteras (Vélez-Blanco, Almería), *Boletín del Museo Arqueológico Nacional. Homenaje a Mercedes Rueda Sabater "in memoriam"* XIV. Ministerio de Educación y Cultura, Madrid: pp. 7-29.
- MALGOSA MORERA, A. (1997) Apéndice III. Estudio antropológico de los individuos argáricos del Cerro de las Viñas de Coy. Lorca, Murcia, *Memorias de Arqueología*, 6 (1991) Consejería de Cultura, Murcia: pp.88-92.
- MANHART, H., VON DEN DRIESCH, A. y LIE-SAU, C. (2000): Investigaciones arqueozoológicas en Fuente Álamo. En: H. Schubart, V. Pingel y O. Arteaga *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977- 1991 en el poblado de la Edad del Bronce* Junta de Andalucía. Consejería de Cultura: pp. 223-240.
- MANNING, S. W. (1988): The Bronze Age eruption of Thera: absolute dating, Aegean chronology and Mediterranean cultural interrelations, *Journal of Mediterranean Archaeology*, I: pp. 17- 82.
- MANNING, S. W., RAMSEY, C. B., DOUMAS, C., MARKETOU, T., CADOGAN, G. y PEARSON, C. L. (2002): New evidence for an early date for the Aegean Late Bronze Age and Thera eruption, *Antiquity*, 76: pp. 733- 744.
- MANZANILLA NAIM, L. (1983): La redistribución como proceso de centralización de la producción y circulación de bienes, *Boletín de Antropología Americana*, 7. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México: pp. 5- 18.
- (1986) (ed.): *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad* Arqueología, Serie Antropológica: 76. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM; México.
- (1990): Niveles de análisis en el estudio de unidades habitacionales, *Revista Española de Antropología Americana*, 20. Universidad Complutense. Madrid: pp. 9-18.
- MARTÍ BONAFÉ, M. A., GRAU ALMERO, E., POEÑA SÁNCHEZ, J. L., SIMÓN GARCÍA, J. L., CALVO GÁLVEZ, M., PLASENCIA, E., PALLARÉS, A. y PIQUERAS, F., (1996): La Mola d'Agres: aportaciones desde una óptica interdisciplinar al estudio de una inhumación individual, *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5. Alcoi: pp. 67- 82.
- MARTÍ OLIVER, B. (1981): La Cova Santa (Vallada, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: pp.159-196.
- (1983a): La Muntanya Assolada. (Alzira, Valencia) *Lucentum*, II. Universidad de Alicante, Alicante: pp. 43- 67.
- (1983b): *El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano. Del Neolítico a la Edad del Bronce*, Universidad de Valencia.
- (2001): Los poblados coronan las montañas: los inicios de la investigación valenciana sobre la Edad del Bronce, ... *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Caja de Ahorros del Mediterráneo: pp.119- 136.

- (2003): El Arte Rupestre Levantino y la imagen del modo de vida cazador: entre lo narrativo y lo simbólico. En: T. Tortosa y J. A. Santos (ed.) *Arqueología e Iconografía. Indagar en las imágenes*. Bibliotheca italica, n. 26, C.S.I.C., Roma: pp. 59- 75.
- (2004): La Edad del Bronce en el País Valenciano: una cultura en los confines del Argar. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.15-24.
- MARTÍ OLIVER, B. y GIL SANCHO, J. (1978): Perlas de aletas y glóbulos del Cau del Raboser (Carcaixent, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV. Diputación de Valencia: pp. 47- 68.
- MARTÍ OLIVER, B. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1988): *El Neolític Valencià: Art rupestre i cultura material*. S. I. P. Diputación Provincial de Valencia.
- MARTÍ OLIVER, B. y BERNABEU AUBÁN, J. (1992): La Edad del Bronce en el País Valenciano. *Aragón/ Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Zaragoza, 1990, Institución Fernando el Católico, p. 555-567.
- MARTÍ OLIVER, B., y DE PEDRO MICHÓ, M^a. J. (1995): Los poblados de la cultura del Bronce Valenciano: modelo tradicional y nuevas excavaciones, *Extremadura Arqueológica*, V, Mérida: pp.101-114.
- (1997): Sobre el final de la Cultura del Bronce Valenciano: Problemas y progresos, *Saguntum*, 30. Valencia: pp.59-91.
- MARTÍ OLIVER, B., DE PEDRO, M^a. J. y ENGUIX, R. (1995): La Muntanya Assolada de Alzira y las necrópolis de la cultura del Bronce Valenciano *Saguntum*, 28 Universidad de Valencia. Valencia: pp.75- 91.
- MARTÍ OLIVER, B., ARIAS-GAGO DEL MOLINO, A., MARTÍNEZ VALLE, R. y JUAN-CABANILLES, J. (2001): Los tubos de hueso de la Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante). Instrumentos musicales en el Neolítico Antiguo de la Península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 58.2. CSIC, Madrid: pp. 41-67.
- MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1994): Informe de la excavación de urgencia en el Cerro de Calnegre (Cala del Pino, La Manga del Mar Menor). Año 1987, *Memorias de Arqueología*. 1987- 1988, 3. Consejería de Cultura, Murcia: pp.100- 108.
- MARTÍN SOCAS, D., CAMALICH, M.^a D. y TARRÍS RODRÍGUEZ, E. (1983): La cerámica con decoración pintada del Eneolítico en Andalucía oriental, *Tabona* 4. Universidad de La Laguna: pp.95-130.
- MARTÍN MORALES, C. (1983): Las fechas del Quintanar (Munera, Albacete) y la cronología absoluta de la Meseta sur, *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, vol. 2. Madrid: pp. 23-35.
- (1984): La Morra del Quintanar, *Al-Basit*, 15. Albacete: pp. 57-73.
- MARTÍN MORALES, C., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. y GILMAN, A. (1993): The Bronze Age of La Mancha, *Antiquity*, 67. Núm. 254: pp.23-45.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1988): Morras, Motillas y Castillejos. ¿Unidad o pluralidad cultural durante la Edad del Bronce en La Mancha?, *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete: pp. 81- 92.
- (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la edad del bronce como paradigma*. Ed. Siglo XXI, Madrid.
- MARTÍNEZ PÉREZ, A. (1985): La cultura del Bronce Valenciano en La Ribera, *Al-Gezira*, 1: pp.13-111.
- (1988): El núcleo de poblamiento de Alberic- Antella- Tous durante la Cultura del Bronce Valenciano, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Diputación de Valencia: pp. 251-276.
- MARTÍNEZ PERONA, J. V. (1988): Puntal Rambla Castellarda, Lliria (Camp de Túria), *Memòries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana, 1984-1985*. Generalitat Valenciana. Valencia: pp. 239-240.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1995): *El pasado prehistórico, antiguo y medieval de la comarca de Lorca* Diputaciones Lorquinas. Ayuntamiento de Lorca.
- (1999): I. Desde nuestros lejanos antepasados hasta época romana. En: J. F. Jiménez (coord.) *Lorca Histórica. Historia, Arte y Literatura*, Lorca: pp. 19- 59.
- (2002): *10º Aniversario del Museo Arqueológico Municipal de Lorca* Ayuntamiento de Lorca.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J. (2002a): Excavación arqueológica de urgen-

- cia en el subsuelo de la antigua Iglesia del Convento de las Madres Mercedarias (C/ Zapatería – C/ Cava, Lorca), *Memorias de Arqueología*, 10 (1995). Consejería de Educación y Cultura. Murcia: pp. 90-137.
- (2002b): Segunda intervención arqueológica en la Plaza de Juan Moreno, nº 8, confluencia con calle Los Tintes, Lorca, *Memorias de Arqueología*, 10 (1995) Consejería de Educación y Cultura. Murcia: pp. 150-160.
- (2004): Excavaciones arqueológicas de urgencia en un enclave romano y un asentamiento del Neolítico Final en la calle Floridablanca, espalda Huerto Ruano (Lorca, Murcia), *Memorias de Arqueología*, 12 (1998) Consejería de Educación y Cultura. Murcia: pp. 291- 306.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., PONCE GARCÍA, J. y AYALA JUAN, M. M. (1996): *Las prácticas funerarias de la cultura argárica en Lorca*, Murcia. Ayuntamiento de Lorca. Cajamurcia.
- (1999): Excavaciones de urgencia del poblado argárico de Los Cipreses, Lorca. Años 1992-93, *Memorias de Arqueología*, 8. Consejería de Educación y Cultura. Murcia: pp. 156- 182.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (2004): Investigación arqueológica en el Barranco de la Viuda (Lorca, Murcia), *Estudios de Arqueología dedicados a la Profesora Ana María Muñoz Amilibia* Universidad de Murcia, Murcia: pp. 155- 173.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. y SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (2003): El Neolítico en Murcia. Continuidad y cambio durante el Calcolítico, *Estudios de Arqueología dedicados a la Profesora Ana María Muñoz Amilibia*, Universidad de Murcia, Murcia: pp. 155- 173.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., SÁEZ MARTÍN, B., POSAC MON, C. F., SOPRANIS SALTO, J. A. y DEL VAL CATURLA, E. (1947): *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)*. Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas nº 16 Ministerio de Educación Nacional. Madrid.
- MARTÍNEZ VALLE, R. (1993): La fauna de vertebrados. En: J. Bernabeu (dir.) El III milenio a. C. en el País Valenciano, *Saguntum*, 26 Universidad de Valencia, Valencia: pp.123-151.
- MARX, K. (1857 [1980]): *Introducción general a la crítica de la economía política* Ed. Siglo XXI. Madrid.
- (1863 [2000]): *El Capital* Akal Editores. Madrid.
- MAS GARCÍA, J. (1987): *El marfil en la antigüedad: seguimiento de sus manufacturas hasta el Sureste Ibérico* Academia Alfonso X El Sabio, Murcia.
- MATA CARRIAZO, J. de (1947): La Edad del Bronce. En: Menéndez Pidal, *Historia de España* t. 1. Madrid: pp. 755-852.
- MATA PARREÑO, C. (1986): Cova Bolumini (Beniarbeig- Benimeli), *Arqueología en Alicante, 1976-1986*, Diputación de Alicante: pp.22-24.
- MATA PARREÑO, C., MARTÍ BONAFÉ, M^a A. e IBORRA ERES, M^a P. (1996): El País Valencià del Bronze Recent a l'Iberic Antic: el procés de formació de la societat urbana ibérica, *Gala*, 3-5: pp. 183-217.
- MEDINA RUIZ, A. J. (2004): Excavaciones en la Cuesta de San Cayetano (Monteagudo, Murcia), *Memorias de Arqueología*, 11. Consejería de Cultura. Murcia: pp. 135-164.
- MEILLASSOUX, C. (1985): *Mujeres, graneros y capitales* Méjico Siglo XXI Editores.
- MENÉNDEZ AMOR, J. y FLORSCHUTZ, F. (1961): Resultado del análisis polínico de una serie de muestras de turba recogida en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX. Diputación de Valencia: pp. 97-100.
- MENESES FERNÁNDEZ, M. D. (1990): Les plaques osseuses multiforées du Néolithique et du Chalcolithique en Andalousie (Espagne). Analyse technique et interprétation fonctionnelle, *Travaux du Laboratoire d'anthropologie et de préhistoire des pays de la Méditerranée occidentale*, 1990: pp. 57-66.
- (1991): *Propuesta metodológica para el análisis de la industria ósea del neolítico en Andalucía. Un ejemplo la Cueva del Toro (Antequera, Málaga)* Universidad de La Laguna. Secretariado de Publicaciones. La Laguna. Tenerife.
- (1992): El raspado de hueso y asta. Propuesta técnica experimental, *Préhistoire et Anthropologie Méditerranéennes*: pp. 195-207.
- (1993): Acanaladuras transversales en piezas de hueso del Neolítico y Calcolítico del sur de la Península Ibérica. ¿Una técnica complementaria de fabricación? *Préhistoire Anthropologie Méditerranéennes*, 2. Aix-en-Provence: pp. 119-134.
- (1994): Útiles de hueso del Neolítico Final del sur de la Península Ibérica empleados en alfarería: pla-

- cas curvas, biseles, placas y apuntados, *Trabajos de Prehistoria*, 51. CSIC, Madrid : pp. 143-156.
- MÉRIDA GONZÁLEZ, V. (1997a): El hueso trabajado del Polideportivo de Martos, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 16-17. Granada: pp. 103-133.
- (1997b): Manufacturing process of V-perforated ivory buttons. En: L. A. Hannus, L. Rossum & R.P. Winham (ed.): *Proceedings of the 1993 Bone Modification Conference*, Hot Springs, South Dakota Occasional Publication nº 1, Archaeology Laboratory, Augustana College: pp. 2- 11.
- (2000): Los elementos de hueso. En: F. Contreras Cortés (coord.): *Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailén* Junta de Andalucía. Consejería de Cultura: pp. 159-166.
- MILLÁN MARTÍNEZ, J. M. (1988): El yacimiento de El Cerro de la Virgen de la Cuesta, entre el mundo del Hierro II y el mundo romano, I *Congreso de Historia de Castilla- La Mancha*, vol III. Ciudad Real: pp. 403-412.
- MOLINA BURGUERA, G. (2004): *Fronteras culturales en la prehistoria reciente del Sudeste peninsular. La Cueva de los Tiestos (Jumilla. Murcia)* Universidad de Alicante- Museo Municipal “Jerónimo Molina”.
- MOLINA BURGUERA, G. y PEDRAZ PENALVA, T. (2000): Nuevo aporte al Eneolítico valenciano: la Cueva de las Mulatillas I (Villargordo del Cabriel, Valencia), *Anales de Prehistoria y Arqueología*, Universidad de Murcia, Murcia: pp. 7- 15.
- MOLINA GARCÍA, J. (1986): La expansión argárica hacia el País Valenciano a través del Altiplano Jumilla- Yecla, *Homenaje a Luís Siret (1934- 1984)*, Junta de Andalucía, Sevilla: pp.405- 417.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1979): Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3. Granada: pp. 159- 232.
- (1983): Prehistoria. *Historia de Granada*, vol. I Ed. Don Quijote, Granada.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., NÁJERA, T, y AGUAYO, P. (1979): La motilla de Azuer (Daimiel, Ciudad Real): Campaña de 1979, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4: pp. 265-294.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., AGUAYO, P., FRESNEDA, E. y CONTRERAS, F. (1986): Nuevas investigaciones en yacimientos de la Edad del Bronce de Granada, *Homenaje a Luís Siret (1934 – 1984)* Junta de Andalucía, Sevilla: pp. 353-360.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., OLIVA, M., JIMÉNEZ, S. y BOTELLA, M. (2003): La sepultura 121 del yacimiento argárico de El Castellón Alto (Galera, Granada), *Trabajos de Prehistoria*, 60, 1 , Madrid.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. y CÁMARA SERRANO, J. A. (2004): La Cultura de El Argar en el área occidental del Sureste. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.455- 470.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., CÁMARA SERRANO, J. A., CAPEL MARTÍNEZ, J., NÁJERA COLINO, T., SÁEZ PÉREZ, L. (2004): Los Millares y la periodización de la Prehistoria Reciente del Sureste, *II y III Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja*. Fundación Cueva de Nerja: pp. 142-158.
- MOLINA GRANDE, M. C. (1990): La Cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia). La cerámica pintada *Homenaje a Jerónimo Molina* Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia: pp. 51- 72.
- MOLINA GRANDE, M. C. y MOLINA GARCÍA, J. (1973): *Carta Arqueológica de Jumilla*. Diputación Provincial de Murcia.
- (1991): *Carta arqueológica de Jumilla. Addenda 1973-1990* Real Academia Alfonso X El Sabio Jumilla.
- MOLINA HERNÁNDEZ, J. y JOVER MAESTRE, F. J. (2000): Mas del Barranc: un yacimiento campaniforme en el Barranc del Cint (Alcoi)” *Recerques del Museu d’Alcoi*, 9 Alcoi: pp. 85-96.
- MOLINA MAS, F. A. (1999): La cerámica del bronce tardío e inicios del bronce final en el Valle Medio del río Vinalopó: el ejemplo del Tabayà (Aspe, Alicante), *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 9. Barcelona: pp. 117- 130.
- MONTANÉ, J. C. (1986): Sociedades igualitarias y modo de producción, *Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*. Reimpresiones del Boletín de Antropología Americana, México: pp. 190-209.
- MONTELIUS, O. (1895): *La civilisation primitive en Italie depuis l’introduction des métaux*. Prèmier partie. Italie Septentrionale. Stockholm : Imprimerie royale.

- MONTERO RUIZ, I. (1999): Sureste. En: G. Delibes de Castro e I. Montero Ruiz (coord.) *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica*. II. Estudios regionales Madrid.
- MORENO TOVILLAS, S. (1942): *Apuntes sobre las Estaciones prehistóricas de la Sierra de Orihuela* Serie Trabajos Varios del S.I.P., nº 7. Diputación de Valencia.
- MÚGICA ALUSTIZA, J. A. (1983): La industria del hueso en la prehistoria de Guipúzcoa, *Munibe*, 35, San Sebastián: pp. 451- 631.
- (1993): *La industria ósea del Paleolítico Superior y Epipaleolítico del Pirineo Occidental*. Universidad de Deusto.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1965): *La cultura neolítica de los Sepulcros de Fosa*. Universidad de Barcelona, Instituto de Arqueología.
- (1993): Neolítico final- Calcolítico en el sureste peninsular: El Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia), *Espacio, Tiempo y Forma*, 6. U. N. E. D., Madrid: pp. 133-180.
- MOTOS, F. de (1918): *La Edad Neolítica en Vélez Blanco*. Memoria nº 19 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
- MURRAY, C. (1979): Les techniques de debitage de metapodes de petits ruminants a Auvernier- Port, *L'Industrie de l'os néolithique de l'Age des Metaux*, CNRS, París: pp. 27-35.
- (1982): *L'Industrie osseuse d'Auvernier-Port: étude techno-morphologique d'un outillage néolithique et reconstitutions expérimentales des techniques de travail*. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- MUTTI, A., PROVENZANO, N., ROSSI, M. G. y ROTTOLI, M. (1988): *La terramara de Castione dei Marchesi* Studi e Documenti di Archeologia V Bolonia.
- MYLONAS, G. E. (1957): *Ancient Mycenae. The capital city of Agamenon* Routledge & Kegan Paul Ltd. London.
- (1964): *Grave Circle B of Mycenae* Studies in Mediterranean Archaeology VII. Cambridge.
- (1973): *Ο Ταφικός Κύκλος Β των Μυκηνών*, Βιβλιοθήκη της εν Αθήναις Αρχαιολογικής Εταιρείας αριθ. 73. Atenas.
- NADAL LORENZO, J. y ESTRADA MARTÍN, A. (1999): La industria ósea del yacimiento de las Minas Prehistóricas de Gavà, Baix Llobregat (Barcelona), *II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica*. Saguntum EXTRA 2, , 7-9 d'Abril, 1999. Universidad de Valencia: pp. 179-186.
- NÁJERA COLINO, T. (1984): *La Edad del Bronce en La Mancha occidental*, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada 458, Granada.
- NÁJERA COLINO, T. y MOLINA GONZÁLEZ, F. (1977): La Edad del Bronce en la Mancha. Excavaciones en las Motillas del Azuer y Los Palacios (Campaña de 1974), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 2*: pp. 251 300.
- (2004): Las motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha, en: M. R. García y J. Morales *La Península Ibérica en el II milenio A.C.: Poblados y fortificaciones*, Universidad de Castilla- La Mancha: pp.173- 214.
- NÁJERA, T., MOLINA, F., DE LA TORRE, F., AGUADO, P. y SÁEZ, L. (1979): La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1976, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, Ministerio de Cultura. Madrid: pp. 19-50.
- NÁJERA, T., MOLINA, F., SÁNCHEZ, M. y ARANDA, G. (2006): Un enterramiento infantil singular en el yacimiento de la Edad del Bronce de la Motilla de Azuer (Daimiel, Ciudad Real), *Trabajos de Prehistoria*, 63, 1. CSIC. Madrid: pp.149- 156.
- NAVARRO MEDEROS, J. F. (1982): Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante), *Lucentum*, I. Universidad de Alicante: pp. 19-70.
- (1986): La Lloma Redona, *Arqueología en Alicante 1976- 1986* Instituto de Estudios Juan Gil-Albert Diputación de Alicante: pp. 102- 103.
- NAVEH, D. (2003): PPNA Jericho: a Socio-political Perspective, *Cambridge Archaeological Journal*, 13 Cambridge University Press: pp. 83-96.
- NEUGEBAUER, J. W. (1977): Böheimkirchen, Monographie des namengebenden Fundortes der Böheimkirchenergruppe der Veterovkultur, *Archaeologia Austriaca*, 61/62: pp. 31-207.
- NIETO GALLO, G. (1959a): Objetos del Bronce II de la necrópolis de San Antón, Orihuela (Alicante),

- Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVII, 1 Madrid: pp. 299- 317.
- (1959b): La cueva artificial de “La Loma de los Peregrinos”, Alguazas (Murcia), *Ampurias*, 21, Barcelona: pp. 189-244.
- NIETO GALLO, G. y CLEMENTE MARTÍN, J. (1983): El cerro de la Campana y su cronología según el C-14 (Yecla, Murcia), *Congreso Nacional de Arqueología*, XVI (Cartagena, 1982), Zaragoza: pp. 295-309.
- NIETO GALLO, G. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1980): *El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 113 Madrid.
- NIETO GALLO, G., SÁNCHEZ MESEGUER, J., FERNÁNDEZ VEGA, A., GALÁN SAULNIER, C., POYATO HOLGADO, C. y ROMERO SALAS, H. (1983): El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real): campaña de 1979, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 17. Madrid: pp. 7-36.
- NOCETE CALVO, F. (1989): El análisis de las relaciones Centro/Periferia en el Estado de la Primera Mitad del Segundo Milenio a.n.e. en las Campiñas del Alto Guadalquivir: La Frontera. *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13. Teruel: pp. 37-61.
- (1994): *La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (3000-1500 a.n.e.)*. Universidad de Granada, Monografías de Arte y Arqueología, 23, Granada.
- (2001a): *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir* Ed. Bellaterra Barcelona.
- (2001b): Entre el colapso de los primeros estados y el final de un desarrollo histórico autónomo: las formaciones sociales del sur de la Península Ibérica de inicios del II milenio anterior a nuestra era ... *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras* Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante: 41- 49.
- NORTHE, A. (2001): Notched implements made of scapulae. En: A. M. Choyke y L. Bartosiewicz (ed.) *Crafting Bone: Skeletal Technologies through Time and Space* BAR Intyernational Series 937, Oxford: pp. 179- 184.
- OCAÑA CARRETÓN, A. (2002): Las lagunas de Ruidera durante la Edad del Bronce: un territorio jerarquizado, *Trabajos de Prehistoria*, 59 1º Madrid: pp.167-177.
- OLÀRIA PUYOLES, C. (1980): Aportación al conocimiento de los asentamientos neolíticos en la provincia de Castellón, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 7 Diputación de Castellón: pp. 31- 87.
- (1987): Un poblado del Bronce a orillas del mar. Orpesa la Vella, Castellón, *Revista de Arqueología*, 78. Madrid: pp. 15- 19.
- OLCINA DOMÉNECH, M. y GARCÍA MARTÍN, J. M. (1997): Síntesis Arqueológica. En: M. Olcina (ed.) *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica* Museo Arqueológico Provincial de Alicante, Serie Mayor, 1. Alicante: pp. 21- 46.
- OLIVER FOIX, A, GARCÍA FUERTES, J. M. y MORAÑO POBLADOR, I. (2005): *El Castelllet, Castelló de La Plana. Yacimiento emblemático en la historiografía de la Edad del Bronce peninsular* Fundación Dávalos- Fletcher, Castellón.
- OROZCO KHÖLER, T. (2000): *Aprovisionamiento e intercambio. Análisis petrológico del utillaje pulimentado en la Prehistoria Reciente del País Valenciano (España)* British Archaeological Report. International Series, 867 Oxford.
- ORTEGA MATEOS, M. L. (1984): Modelo de ficha analítica para arpones magdalenenses, I *Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica* Sorria: pp.195-203.
- OWEN, L. R. (1999): Questioning Stereo-Typical Notions of Prehistoric Tool Functions- Ethno-Analogy, Experimentation and Functional Analysis. En: L. R. Owen y M. Porr (ed.) *Ethno-Analogy and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production*. *Urgeschichtliche Materialhefte* 14. Mo Vince Verlag, Tübingen: pp. 17- 30.
- PALOMBO, M. R. y VILLA, P. (2001): Schreger lines as support in the Elephantinae identification, *The World of Elephants* International Congress, Rome: pp.656- 660.
- PAPE, W. (1982): Au sujet de quelques pointes de flèches en os, *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Age des Métaux* Deuxième réunion du Groupe de Travail n° 3 sur l'industrie de l'os préhistorique Éditions du C.N.R.S. Paris: pp.135-172.

- PARIS, P. y BARDAVIU, V. (1924): *Excavaciones en el Cabezo del Cuervo de Alcañiz*. (Teruel), Memorias de la J.S.E.A. núm. 66, Madrid.
- PASCUAL BENEYTO, J. (1994): El treball de l'ivori al País Valencià durant l'horitzó campaniforme i els inicis de l'edat del bronze: els botons de perforació en "V" de l'Arenal de la Costa i del Cagalló del Gegant (Ontinyent), *Alba*, 9, Ajuntament d'Ontinyent, Ontinyent: pp. 9-12.
- PASCUAL BENEYTO, J. y RIBERA GÓMEZ, A. (1993): Excavacions arqueològiques en l'Arenal de la Costa. (Ontinyent). Avanç de resultats de l'última campanya (1992), *Alba*, 8 Ajuntament d'Ontinyent, Ontinyent: pp. 39-55.
- PASCUAL BENEYTO, J., BARBERÁ MICÓ, M. y RIBERA GÓMEZ, A. (2005): Camí de Missena (La Pobla del Duc): un interesante yacimiento del III milenio en el País Valenciano, *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica* Santander: 803- 814.
- PASCUAL BENITO, J. L. (1990): L'Edat del Bronze en la Comarca del Comtat, *Ayudas a la Investigación 1986-87, III Arqueología, Arte, Toponimia* Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante: pp. 83-103.
- (1993): El hueso trabajado y los adornos. En: J. Bernabeu *et al.*, El III milenio a. C. en el País Valenciano. Los poblados de les Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent), *Saguntum*, 26, Universidad de Valencia, Valencia: pp.83-98.
- (1995): Origen y significado del marfil durante el Horizonte Campaniforme y los inicios de la Edad del Bronce en el País Valenciano, *Saguntum*, 29 vol. I Universidad de Valencia, Valencia: pp.19-31.
- (1996): Los adornos del Neolítico I en el País Valenciano, *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5 Alcoi, Alicante: pp.17-52.
- (1998): *Utilitaje óseo, adornos e ídolos neolíticos valencianos* Serie de Trabajos Varios del S.I.P. 95, Diputación Provincial de Valencia.
- PASCUAL BENITO, J. L., BERNABEU AUBÁN, J. y PASCUAL BENEYTO, J. (1993): Los yacimientos y las estructuras. En: J. Bernabeu *et al.*, El III milenio a. C. en el País Valenciano, *Saguntum*, 26 Universidad de Valencia, Valencia: pp.25-46.
- PASTOR ALBEROLA, E., (1972): Carta arqueológica del término de Castellón de Rugat (Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII, Diputación de Valencia: pp.209-239.
- PASTOR VÉLEZ, B. (1994): El trabajo del marfil durante el Bronce Final y la Edad del Hierro en la mitad norte peninsular, *I Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. III. Oporto: pp. 191-207.
- PATTERSON, T. C. (2003): *Marx's ghost. Conversations with archaeologists* Ed. Berg. Oxford. New York.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. (1998): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Universidad de Extremadura. Cáceres.
- PEREA CAVEDA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del Oro*. Caja de Madrid, Comunidad de Madrid, Madrid.
- PEÑA SÁNCHEZ, J. L., ENRIQUE TEJEDO, M., GRAU ALMERO, E. y MARTÍ BONAFÉ, M. A. (1996): *El poblado de la Mola d'Agres*. Homenaje a Milagro Gil-Masarell Boscà, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Valencia.
- PÉREZ AMORÓS, M. L. (1990): *La Carta Arqueológica del Término Municipal de Caudete, Albacete*. Tesis de Licenciatura inédita, Universidad de Alicante.
- (1997): Contribución al estudio de la Edad del Bronce al noroeste del Alto Vinalopó: poblamiento en el término municipal de Caudete (Albacete), *XXIII Congreso Nacional de Arqueología*. Elche, 1995. Zaragoza: pp. 123- 134.
- PÉREZ BOTÍ, G. (2000): Una aproximación a la Edad del Bronce en la cabecera del río Polop (Alcoi, Alacant), *Recerques del Museu d'Alcoi*, 9 . Alcoi: pp. 97-106.
- PÉREZ RIPOLL, M. (1990): La ganadería y la caza en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX. Diputación de Valencia, Valencia: pp. 223- 253.
- (1992): *Marcas de carnicería, fracturas intencionadas y mordeduras de carnívoros en huesos prehistóricos del Mediterráneo español*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante.
- PERICOT GARCÍA, L. y PONSELL CORTÉS, F. (1928): El poblado de «Mas de Menente» (Alcoy, Alicante), *Archivo de Prehistoria Levantina*, I. Valencia: pp. 101-112.
- PHILLIPS, P. y WILLEY, G. R. (1953): Method and theory in American archaeology: an operational basis for culture-historical integration, *American Anthropologist*, 55, nº 5: pp.615- 633.

- PICAZO MILLÁN, J. V. (1986): *El Eneolítico y los inicios de la Edad del Bronce en el Sistema Ibérico Central (Jiloca Medio y Campo Romanos)* Monografías Arqueológicas del S. A. E. T., 1 Teruel.
- (1993): *La Edad del Bronce en el sur del Sistema Ibérico turolense I. Los materiales cerámicos*. Teruel.
- (2000): Nuevas dataciones para la Edad del Bronce en la cuenca del río Alfambra (Teruel), *Kalathos* 18-19. Teruel: pp. 7-25.
- PIGGOT, S., (1965): *Ancient Europe* Edimburgh University Press, Edimburgo.
- PINGEL, V. (1992): Die Goldfunde der Argar-Kultur, *Madriider Mitteilungen*, 33. Mainz: pp. 6- 24.
- (2000): Estructura del asentamiento y formas arquitectónicas. En: H. Schubart, V. Pingel y O. Arteaga: *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977- 1991 en el poblado de la Edad del Bronce* Junta de Andalucía. Consejería de Cultura: pp. 63-90.
- PINGEL, V., SCHUBART, H., ARTEAGA, O., ROOS, A. y KUNST M. (2001): Fuente Álamo. Vorbericht über die Grabung 1999 in der Bronzezeitlichen höhensiedlung, *Madriider Mitteilungen*, 42. Mainz: pp. 33- 83.
- PLA BALLESTER, E. (1958): La Covacha de Ribera (Cullera, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII. Diputación de Valencia: pp. 23-54.
- (1966): Algunos datos para la cronología absoluta de la prehistoria valenciana *Congreso Nacional de Arqueología*, IX (Valladolid, 1965) Zaragoza: pp. 81- 86.
- PLA BALLESTER, E., MARTÍ OLIVER, B. y BERNABEU AUBÁN, J. (1983): Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Campañas de excavación 1976- 1979, *Noticario Arqueológico Hispánico*, 15. Madrid: pp. 41- 58.
- POLANYI, K., ARENSBERG, C. M. y PEARSON, H. W. 1976: *Comercio y mercado en los imperios antiguos* Ed. Labor, Barcelona.
- PONSELL CORTÉS, F. (1926): *Excavaciones en la finca « Mas de Menente » término de Alcoy (Alicante)* Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 78. Madrid.
- (1952): Rutas de expansión cultural almeriense por el norte de la provincia de Alicante, *Archivo de Prehistoria Levantina*, III. Diputación de Valencia: pp.63-68.
- POPLIN, F. (1974): Deux cas particuliers de débitage par usure. En: H. Camps- Fabrer (org.) *Premier Colloque International sur L'Industrie de l'os dans la Préhistoire* Abbaye de Senanque (Vaucluse) Avril 1974. Editions de l'Université de Provence. París: pp. 85- 92.
- POVEDA NAVARRO, A. (1988): *El poblado íbero-romano de El Monastil*. Elda.
- POYATO HOLGADO, C. y GALÁN SAULNIER, C. (1988): Las cerámicas del “grupo Dornajos” de la Mancha Oriental, I *Congreso de Historia de Castilla- La Mancha*, vol. II. Toledo: pp. 301- 310.
- PROVENZANO, N. (1988): L'industrie osseuse de Castione Marchesi. En: Mutti *et al.* (1988) *La terramara de Castione dei Marchesi* Studi e Documenti di Archeologia V. Bologna: pp.167- 186.
- (1991): Fiche des peignes. En: H. Bage-Mahieu *et al.* *Fiches typologiques de l'Industrie osseuse préhistorique. Cahier IV. Objets de Parure*. Université Aix-En Provence.
- (1993): Le décorticage des matières dures animales. Technique dominante à l'Age du Bronze dans les Terramares (Italie du Nord), *Colloque International Industries sur matières dures animales. Evolution technologique et culturelle durant les temps préhistoriques* (inérito) Treignes-Oignes-en-Thierage (Belgique).
- (1997): Produzione in osso e corno delle terramare emiliane. En: M. Bernabó Brea, A. Cardarelli y M. Cremaschi (eds.) *Le Terramare. La più antica civiltà padana*. Catalogo de l'Esposizione. Milano: pp. 524-587.
- (1999): Techniques et procédés de fabrication des industries osseuses terramaricoles de l'Âge du bronze. En: M. Julien *et al.* *Préhistoire d'os*. Recueil d'études sur l'industrie osseuse préhistorique offert à Henriette Camps-Fabrer. Aix-en-Provence: pp.273-288.
- (2001a): Worked bone assemblages from Northern Italian terramares : a technological approach. En: A. M. Choyke y L. Bartosiewicz (ed.) *Crafting Bone: Skeletal Technologies through Time and Space* BAR Intyernational Series 937, Oxford: pp. 93-109.
- (2001b): Fiche têtes de femur perforées. En: D. Ramseyer (dir.) *Fiches de la Commision de nomenclature sur l'Industrie de l'Os Préhistorique*. Cahier IX. *Objets Méconnus*. UISPP, Société Préhistorique Française: pp. 59- 66.

- PUJANTE MARTÍNEZ, A. (2003): Excavación arqueológica en el solar de calle Juan II nº3 y calle Leonés nº5 (Lorca- Murcia), XIV *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, Consejería de Educación y Cultura, Murcia, pp. 30- 31.
- (2006): El yacimiento prehistórico de Los Molinos de Papel (Caravaca de la Cruz, Murcia). Intervención Arqueológica vinculada a las obras de infraestructura del Plan Parcial SCR2, 1999-2000, *Memorias de Arqueología*, 14. Consejería de Cultura, Murcia: pp.133- 172.
- PUJANTE MARTÍNEZ, A., MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., MADRID BALANZA, M. J., BELLÓN AGUILERA, J. (2003): Excavación arqueológica de urgencia en el poblado del Bronce Tardío de Murviedro (Lorca), XIII *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional* Consejería de Cultura. Murcia: pp. 27- 29.
- PUIGCERVER HURTADO, A. (1998): Arqueología de la Edad del Bronce en Alicante: La Horna, Foia de la Perera y Lloma Redona *Lucentum* XI- XIII, (1992- 94). Universidad de Alicante: pp. 63- 71.
- PUIGCERVER HURTADO, A. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (2005): Caza y ganadería durante la Edad del Bronce en el Alto Vinalopó. La fauna de la Peña. En: F. J. Gil Peláez (coord.) *Historia de Sax*, tomo I. Sax: pp. 129- 133.
- QUERO CASTRO, S. (1982): El poblado del Bronce Medio de Tejar del Sastre (Madrid), *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 1. Madrid: pp. 183- 248.
- RAMÓN, J. (1983): Puntas de flecha de bronce fenicio-púnicas halladas en Ibiza: algunos materiales ibéricos, *Homenaje a Martín Almagro Basch* Volumen II. Ministerio de Cultura, Madrid: pp. 309- 323.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1984): Memoria de las excavaciones realizadas en el Promontori de Elche durante las campañas 1980-81, *Noticiero Arqueológico Hispánico* 19. Madrid: pp. 11- 33.
- (1988): Caramoro: una fortaleza vigia de la Edad del Bronce, *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete: 93-107.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1989): *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche* Serie Arqueológica II Elche
- RAMOS MILLÁN, A. (1999): Culturas neolíticas, sociedades tribales: economía política y proceso histórico en la Península Ibérica, *Saguntum* Extra-2. *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica*. Universidad de Valencia, Valencia: pp. 597- 608.
- RAMOS MOLINA, A. (1989): Presencia neolítica en La Alcudia de Elche, XIX *Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I. Zaragoza: pp. 161- 175.
- RAMSEY, C. B., MANNING, S. W. y GALIMBERTI, M. (2004): Dating the volcanic eruption of Thera, *Radiocarbon* 46, 1: pp. 325- 344).
- RAMSEYER, D. (1985): Pieces emmanchees en os et en bois de cervides. Decouvertes neolithiques recentes du Canton de Fribourg, Suisse Occidentale. En: H. Camps- Fabrer (org.): *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Âge des Métaux*. Troisième Réunion du Groupe de Travail N° 3 sur l'Industrie de l'Os Préhistorique, Provence, 1983. CNRS, París: 194- 211.
- (2001): Fiche fusaiöles. En: D. Ramseyer (dir.) *Fiches de la Commission de nomenclature sur l'Industrie de l'Os Préhistorique. Cahier IX. Objets Méconnus*. UISPP, Société Préhistorique Française: pp. 53- 58.
- RAUBENHEIMER, E. J. (1999): Morphological aspects and composition of African elephant (*Loxodonta africana*) ivory, *Koedoe* 42(2): pp. 57-64.
- REIMER, P. J., BAILLIE, M. G. L., BARD, E., BAYLISS, A., BECK, J. W., BERTRAND, C. J. H., BLACKWELL, P. G., BUCK, C. E., BURR, G. S., CUTLER, K. B., DAMON, P. E., EDWARDS, R. L., FAIRBANKS, *et alii* (2004): IntCal04 terrestrial radiocarbon age calibration, 0-26 cal kyr BP, *Radiocarbon*, 46(3): pp. 1029-1058.
- RIBERA GÓMEZ, A. y PASCUAL BENEYTO, J. (1994): Els poblats de l'Edat del Bronze d'Ontinyent i la Vall d'Albaida Occidental (I), *Alba*, 9. Ontinyent: pp. 13- 53.
- (1995): Els poblats de l'Edat del Bronze d'Ontinyent i la Vall d'Albaida Occidental (II). Els materials, *Alba*, 10. Ontinyent: pp. 101- 136.
- (1997): Els poblats de l'Edat del Bronze d'Ontinyent i la Vall d'Albaida Occidental (i III). Anàlisi i consideracions, *Alba*, 12. Ontinyent: pp. 25- 78.
- RIPOLLÉS ADELANTADO, E. (1994): Les Raboses (Albalat dels Tarongers): un yacimiento de la Edad del Bronce en el Baix Palància, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI. Diputación de Valencia: pp.42- 82.

- (1997): La Ereta del Castellar (Vilafranca): Avance a la revisión de un yacimiento del Bronce Valenciano, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXII. Diputación de Valencia: pp. 157-178.
- (2000): Notas en torno a la tipología, cronología y origen de una punta de flecha de hueso localizada en el yacimiento de les Raboses (Albalat dels Tarongers, Valencia): las puntas con doble hilera de aletas de la edad del bronce, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 21. Diputación de Castellón: pp. 95-108.
- RISCH, R. (2002): *Recursos naturales, medios de producción y explotación social*. Iberia Archaeologica, 3 Deutsches Archäologisches Institut. Mainz.
- (2002): Análisis funcional y producción social: relación entre método arqueológico y teoría económica. En: I. Clemente, R. Risch y J. F. Gibaja (ed): *Análisis funcional : su aplicación al estudio de sociedades prehistóricas*. BAR Int. Series 1073, Oxford: pp. 19- 30.
- RISCH, R. y RUÍZ PARRA, M. (1994): Distribución y control territorial en el Sudeste de la Península Ibérica durante el Tercer y Segundo milenios a.n.e., *Verdolay* 6, Museo de Murcia, Murcia: pp. 77- 87.
- RODANÉS VICENTE, J. M. (1987): *La industria ósea prehistórica en el Valle del Ebro. Neolítico- Edad del Bronce*. Diputación General de Aragón, Departamento de Cultura y Educación, Zaragoza.
- RODRÍGUEZ CALVIÑO, M. (2005): El hilado en la cultura castrexa: una aproximación desde la arqueología experimental. En: Iglesias Gil, J. M. (coord.) *Actas de los XV Cursos Monográficos sobre el Patrimonio Histórico* (Reinosa, julio 2004) p. 175-190.
- ROMÁN LAJARÍN, J. L. (1975): Un yacimiento de la Edad del Bronce en el “Pic de les Moreres” (Crevillente, Alicante), *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIV. Diputación de Valencia: pp.47- 63.
- (1978): Materiales arqueológicos del “Puntal del Búho” (Elche, Alicante), *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 24. Diputación de Alicante: pp. 7-27.
- (1980): Los yacimientos de la Edad del Bronce de la “Serra del Búho” (Elche, Alicante), *Festa d’Elig*, 80. Elche: pp. 39-56.
- ROMERO, H., SANZ DEL CERRO, E. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1988): La Encantada: ¿Bronce de La Mancha o Bronce Argárico?, *I Congreso de Historia de Castilla- La Mancha*, vol III. Ciudad Real: pp.119- 127.
- ROMERO SALAS, H. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1988): El cerro de El Cuco o de la Coronilla: un yacimiento del área suroriental de La Mancha, *I Congreso de Historia de Castilla- La Mancha*. vol. II. Ciudad Real: pp. 335-342.
- ROS SALA, M. M. (2003): Panorama actual y perspectivas de investigación en torno a las comunidades del Bronce Tardío en el Valle del Guadalentín (Murcia) y su entorno próximo, *Estudios de Arqueología dedicados a la Profesora Ana María Muñoz Amilibia* Universidad de Murcia, Murcia: pp. 219- 247.
- (2004): Punta de los Gavilanes (Puerto de Mazarrón, Murcia). Campaña de 2003, *XV Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia* Consejería de Cultura, Murcia: pp. 43- 45.
- RUBIO GOMIS, F. (1987): *Catálogo de materiales y yacimientos de la Cultura del Bronce Valenciano* Colección L’Ull del Moro nº1. Alcoy.
- RUIZ ARGILÉS, V. y POSAC MON, C. F. (1956): El Cabezo de la Bastida. Totana (Murcia), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III- IV Madrid: pp. 60- 89.
- RUIZ- GÁLVEZ PRIEGO, M. (1977): Nueva aportación al conocimiento de la cultura de El Argar, *Trabajos de Prehistoria*, 34 Madrid: pp. 85- 110.
- (1995): (ed.) *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo* Complutum Extra 5. Universidad Complutense. Madrid.
- RUIZ MOLINA, L. (2000): *El Museo Arqueológico Municipal “Cayetano de Mergelina”*. 130 años de actividad arqueológica en Yecla Ayuntamiento de Yecla.
- RUIZ MOLINA, L., MUÑOZ LÓPEZ, F. y AMANTE SÁNCHEZ, M. (1989): *Guía del Museo Arqueológico Municipal “Cayetano de Mergelina”* Yecla-Murcia Ayto. de Yecla.
- RUIZ NIETO, E., MARTÍNEZ PADILLA, C., TORRALBA REINA, F. (1983): Ensayo metodológico para el estudio de materiales óseos, *Antropología y Paleoecología Humanas*, 3 Granada: pp. 129-144.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., NOCETE CALVO, F. y SÁNCHEZ RUÍZ, M. (1986): La Edad del Cobre

- y la argarización en tierras giennenses, *Homenaje a Luís Siret (1934 – 1984)* Sevilla: pp. 271-286.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS MOLINOS, M., NOCETE CALVO, F. y CASTRO LÓPEZ, M. (1986): Concepto de producto en arqueología, *Arqueología Espacial*, 7 Teruel: pp. 63-80.
- RUIZ SANZ, M. J. (1998): Excavaciones de ugenia en el poblado de Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia), *Memorias de Arqueología*, 7, Consejería de Cultura. Murcia: pp. 77-116.
- RUIZ SEGURA, E. (1990): El fenómeno campaniforme en la Provincia de Alicante, *Ayudas a la Investigación, 1986- 1987*, III. Arqueología, Arte, Toponimia, Instituto Juan Gil- Albert, Alicante: pp. 71- 81.
- SAFLUND, G. (1939): *Le Terramare delle Provincie di Modena Reggio Emilia, Parma, Piacenza* Acta Instituti Romani Regni Sueciae VII, Upsala.
- SAHLINS, M. (1983a): *Economía de la Edad de Piedra*, Ed. Akal Universitaria, Madrid.
- (1983b): *Las sociedades tribales*, Ed. Labor, Barcelona.
- SALVA, A. (1966): Material cerámico de la Cueva del Montgó (Jávea) en la provincia de Alicante, *Congreso Nacional de Arqueología*, IX (Valladolid 1965) Zaragoza: pp. 92-99.
- SALVATIERRA CUENCA, V. (1980): Estudio del material óseo de las cuevas de La Carigüela y La Ventana (Píñar, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5 Granada: pp.36-80.
- (1982): *El hueso trabajado en Granada (del Neolítico al Bronce Final)* Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Granada. Granada.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1994): El megalitismo en Murcia. Una aproximación al tema, *Verdolay*, 6 Murcia: pp. 39-52.
- SANDERSON, S. K. (Ed.) (1995): *Civilizations and World Systems. Studying World-Historical Change*. Altamira Press Walnut Kreek, EUA.
- SANDERSON, S. K. y HALL, T. D. (1995): World System Approaches to World-Historical Change. In: Sanderson, S. K. (Ed.) *Civilizations and World Systems. Studying World-Historical Change*. Altamira Press Walnut Kreek, EUA: pp. 95-108.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1947a): La cultura del Algar en la provincia de Albacete, III *Congreso Arqueológico del Sudeste Español*. Albacete, 1946. Murcia: pp.73- 79.
- (1947b): Poblado y necrópolis algáricos de La Peñuela, *Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete, de 1942 a 1946*. Informes y Memorias, 15 Madrid: pp. 7-16.
- (1948): La cultura algárica en la provincia de Albacete. Notas para su estudio, *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, XXIII. Madrid: pp.96- 110.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J., FERNÁNDEZ VEGA, A., GALÁN SAULNIER, C., POYATO HOLLGADO, C. y ROMERO, H. (1983): El Oficio y La Encantada: dos ejemplos de culto en la Edad del Bronce en la Península Ibérica, *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Murcia-Cartagena, 1982 Zaragoza: pp. 383- 393.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J., FERNÁNDEZ VEGA, A., GALÁN SAULNIER, C. y POYATO HOLLGADO, C. (1985): El altar de cuernos de La Encantada y sus paralelos orientales, *Oretum*, I Ciudad Real: pp.125- 174.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J. L. y GALÁN SAULNIER, C. (2004): El Cerro de La Encantada, *La Península Ibérica en el II milenio a. C. Poblados y fortificaciones* Universidad de Castilla- La Mancha Cuenca: pp. 115- 172.
- SANGMEISTER, E. (1963): La civilisation du vase campaniforme, *Actes du premier colloque Atlantique*. Rennes: pp. 25- 56.
- SANOJA, M. (1984): La inferencia en arqueología social, *Boletín de Antropología Americana*, 10. Mexico: pp. 36- 44.
- SANOJA, M y VARGAS, I (1974): *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos* Ed. Monte Ávila Caracas.
- SARMIENTO FRADERA, G. (1992): *Las primeras sociedades jerárquicas*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
- SARRIÓN MONTAÑANA, I. (1998): Clasificación preliminar de la fauna. En M. J. De Pedro: *La Lloma de Betxí (Paterna, Valencia). Un poblado de la Edad del Bronce*, Serie Trabajos Varios del S. I. P., 94 Diputación de Valencia: pp. 247- 260.

- SCHIBLER, J. (2001): Experimental production of Neolithic Bone and Antler Tools. En: A. M. Choyke y L. Bartosiewicz (ed.): *Crafting Bone: Skeletal Technologies through Time and Space*, B.A.R. International Series, 937, Archaeopress, Oxford: pp. 49- 60.
- SCHIFFER, M. (1972): Archaeological context and systemic context, *American Antiquity* 37. 2. Acad. Press New York: pp. 156- 165.
- (1976): *Behavioral Archaeology*. Acad. Press New York.
- (1988): ¿Existe una “premisa de pompeya” en arqueología?, *Boletín de Antropología Americana*, 18. México: pp.5- 32.
- SCHMID, E. (1972): *Atlas of Animal Bones*, “Tierknochenatlas.” Elsevier Publ. Co .
- SCHRICKEL, W. (1966): *Katalog der mitteldeutschen Gräber mit westeuropäischen Elementen und der Galeriegräber Westdeutschlands* Beiträge zur ur- und frühgeschichtlichen Archäologie des Mittelmeer-Kulturräumens n° 5.
- SCHUBART, H. (1973): Mediterrane beziehungen der El Argar-Kultur, *Madrider Mitteilungen*, 14: Heidelberg: pp. 41-59.
- (1975a): Relaciones Mediterráneas de la Cultura de El Argar, *Zephyrus*, XXVI- XXVII. Universidad de Salamanca: pp. 331-342.
- (1975b): Cronología relativa de la cerámica sepulcral en la cultura de El Argar, *Trabajos de Prehistoria*, 38. CSIC, Madrid: pp. 79- 92.
- (1979): Nuevas fuentes para la Cultura de El Argar, *XV Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: pp. 297- 308.
- (2003): *Fuente Álamo. Stratigraphisch geordnete Keramik der El Argar-Zeit aus den Grabungen 1977-1982*. Iberia Archaeologica, Bd. 4, P. von Zabern (Mainz am Rhein).
- (2004): Das reiche Grab einer jungen Frau aus dem El Argar- zeitlichen Fuente Álamo, *Madrider Mitteilungen*, 45. Wiesbaden: pp. 57- 79.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1980): Fuente Álamo: excavaciones 1977, *Noticario Arqueológico Hispánico*, 9. Madrid: pp. 247-279.
- (1986): Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar, *Homenaje a Luís Siret (1934- 1984)*. Sevilla: pp. 289- 307.
- SCHUBART, H. y ULREICH, H. (1991): *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*, Madrider Beiträge 17, P. von Zabern (Mainz am Rhein).
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O. y PINGEL, V. (1985): Fuente Álamo. Informe preliminar sobre la excavación de 1985 en el poblado de la Edad del Bronce, *Ampurias*, 47. Barcelona: pp. 70-107.
- SCHUBART, H., PINGEL, V. y ARTEAGA, O. (1993): Vorbericht über die Grabung 1991 in der Bronzezeitlichen Höhensiedlung, *Madrider Mitteilungen*, 34. Mainz: pp. 1-12.
- (2000): *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Junta de Andalucía. Sevilla.
- SCHUHMACHER, T. X. (1999): Cronología y funcionalidad de la cerámica doméstica de Fuente Álamo, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología* Vol. 2. Cartagena, 1997: pp. 223- 230.
- (2003): *Fuente Álamo. Die Siedlungskeramik der Grabungen 1985-1991: Untersuchungen zur Chronologie und zum Siedlungsschema der El Argar-Kultur*. Iberia Archaeologica, Bd. 4, P. von Zabern (Mainz am Rhein).
- SCHÜLE, W. (1966): El poblado del Bronce Antiguo en el Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y su acequia de regadío, *IX Congreso Nacional de Arqueología*, Valladolid, 1965. Zaragoza: pp. 113-121.
- (1980): *Orce und Galera*. Zwei Siedlungen aus dem 3. Bis I. Jahrtausend v. Chr. Im Südosten der Iberischen Halbinsel. Excavaciones 1962-1970 Mainz.
- SEGURA MARTÍ, J. M. (1985): Aproximación al estudio de la Prehistoria y Antigüedad en la Valleta d'Agres *Miscelánea histórica de Agres* Caja de Ahorros de Alicante y Murcia: pp. 9- 60.
- SEMENOV, S. A. (1981): *Tecnología Prehistórica* Akal Ed. Madrid.
- SÉRONIE- VIVIEN, M. R. (1968): Les pointes de flèches en os. Essai typologique et chronologique” *Bulletin de la Société préhistorique française*. LXV: pp.545-558.
- (1995): Pointes de flèches en os. En: *Fiches typologiques de l'industrie osseuse préhistorique*. Cahier VII. Éléments barbelés et apparentés. Éditions du CEDARC, Treignes : pp.101-119.

- SERRANO VÁREZ, D. y GARCÍA ROMÁN, F. M., (1986): El Barranc de Camallos (Catadau, Valencia). Poblado del Bronce Valenciano. *Al-Gezira* 2, Ayuntamiento de Alzira: pp. 57-85.
- SESMA SESMA, J. (1992): La industria ósea en el yacimiento de la Edad del Bronce de Monte Aguilar (Bardenas Reales de Navarra), *Príncipe de Viana*, 14. Congreso General de Historia de Navarra (Pamplona, 1990). Pp. 105- 111.
- SESMA SESMA, J. y GARCÍA GARCÍA, M^a L. (1994): La ocupación desde el Bronce Antiguo hasta la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 2 Universidad de Navarra: pp. 88-166.
- SHERIDAN, A. (2003): Supernatural power dressing, *British Archaeology*, 70. pp. 18- 23.
- SIMÓN GARCÍA, J. L.: (1986): El Cerrico Redondo (Montealegre del Castillo), las Peñuelas (Pozo Cañada- Chinchilla) y la Mina de Don Ricardo (Tiriez- Lezuza): tres yacimientos de la Edad del Bronce en Albacete, *Lucentum*, V. Universidad de Alicante: pp. 17-44.
- (1987): *La Edad del Bronce en Almansa*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- (1988): Colecciones de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Ingresos de 1967 a 1985 e Illeta dels Banyets de El Campello, *Ayudas a la Investigación 1984-1985*, Volumen II. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante: pp. 111-134.
- (1990): Catalogación y estudio de los fondos prehistóricos (del V al II milenio) de los museos de La Marina Alta, *Ayudas a la investigación, 1986-1987*. Volumen III. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante: pp. 105- 128.
- (1997a): La Illeta: asentamiento litoral en el Mediterráneo Occidental de la Edad del Bronce. En M. Olcina (ed.) *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica* Museo Arqueológico Provincial de Alicante, Serie Mayor, 1. Alicante: pp.47-131.
- (1997b): Les societats del II mil.leni a.C. al Montgó, *Aguaites*, 13- 14, Institut d'Estudis Comarcals de La Marina Alta, Xàbia: pp.157- 174.
- (1997c): La Loma de la Terrera o Coroneta del Rei (Alberique-Valencia): Excavaciones de L. Siret en la Comunidad Valenciana, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXII, Diputación de Valencia: pp. 179-213.
- (1998): *La metalurgia prehistórica valenciana* S.I.P. Serie Trabajos Varios 93, Valencia.
- (1999): País Valenciano. En: Delibes, G. y Montero, I. (coord.) *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica*. II. Estudios regionales, Madrid: pp.179-216.
- SIMÓN GARCÍA, J. L., HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. y GILI GONZÁLEZ, F. (1999): *La metalurgia en el Altiplano de Jumilla-Yecla. Prehistoria y Protohistoria*. Jumilla.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. y ESQUEMBRE BEVIA, M. A. (2001): Consideraciones en torno al poblamiento de la Edad del Bronce en la Marina Alta, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIV S.I.P. Diputación de Valencia: 199- 222.
- SIRET, E. (1905 [1999]): Notas sobre la comunicación del Reverendo Padre Furgús, relativa a las tumbas prehistóricas de Orihuela. *Del Neolítico al Bronce (Compendio de Estudios)*. Colección Siret de Arqueología nº 6 (original en *Annales de la Societé d'Archéologie de Bruxelles*, XIX Bruselas, 1905 [pp.371-380]). Antas y Cuevas de Almazora: pp. 263-273.
- SIRET, L. (1913): *Questions de Chronologie et d'Etnogaphie Ibériques* Tome I. De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze. París.
- (1925 [1999]): A propósito de la Edad del Cobre, *Del Neolítico al Bronce. Compendio de estudios*. Colección Siret de Arqueología nº 6 Arraez Ed. Ayuntamiento de Antas y Ayuntamiento de Almazora, pp. 293- 304.
- SIRET, E. y SIRET, L. (1890): *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- SOFER, O. (2004): Recovering Perishable Technologies through Use Wear on Tools: Preliminary Evidence for Upper Paleolithic Weaving and Net Making, *Current Anthropology*, 45. nº 3: pp. 407- 413.
- SOLER DÍAZ, J. A. (1999): Consideraciones en torno al uso funerario de la Cova d'En Pardo. Planes, Alicante *II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica*, 1999. Saguntum Extra-2 Valencia: pp. 361-367.
- (2002): *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana* Real Academia de la Historia. MARQ Serie Mayor 2, Madrid/ Alicante.

- (2006): (coord.) *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets* MARQ Serie Mayor 5, Alicante.
- (2009): Los confines del Argar en el registro arqueológico. Sobre la Illeta dels Banyets de El Campello. En: Hernández, M. S., Soler, J. A. y López (ed.) *En los confines del Argar: Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*. MARQ. Diputación de Alicante y Caja de Ahorros del mediterráneo. Alicante: 170- 189.
- SOLER DÍAZ, J. A., FERRER GARCÍA, C., GONZÁLEZ SAMPÉRIZ, P., BELMONTE MAS, D., LÓPEZ PADILLA, J. A., IBORRA ERES, P., CLOQUELL RODRIGO, B., ROCA DE TOGORES MUÑOZ, C., CHIARRI RODRIGO, J., RODES LLORET, F., Y MARTÍ LLORET, J. B. (1999): Uso funerario al final de la Edad del Bronce de la Cova d'En Pardo, Planes, Alicante. Una perspectiva pluridisciplinar *Recerques del Museu d'Alcoi*, 8. Alcoi: pp. 111-177.
- SOLER DÍAZ, J. A., PÉREZ JIMÉNEZ, R., FERRER GARCÍA, C., BELMONTE MAS, D. y VICEDO JOVER, J. (2004): La cisterna nº 1 del yacimiento de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Resultados de las actuaciones previas a la puesta en valor de una estructura de la Edad del Bronce. En: L. Hernández y M. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Villena: pp.269- 284.
- SOLER DÍAZ, J. A. y BELMONTE MAS, D. (2006): Vestigios de una ocupación previa a la Edad del Bronce. Sobre las estructuras de habitación prehistórica en la "Illeta dels Banyets", El Campello, Alicante. En: J.. Soler (coord.): *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)* MARQ Serie Mayor 5: pp.27- 66.
- SOLER DÍAZ, J. A., LÓPEZ PADILLA, J. A., GARCÍA ATIÉNZAR, G. y LUJÁN NAVAS, A. (2008): Estudio y caracterización de la ocupación neolítica de la Playa del Carabassí (Elche, Alicante) III *Congreso Neolítico Peninsular* MARQ Diputación de Alicante, Alicante: pp.176- 182.
- SOLER GARCÍA, J. M. (1953a): Poblado del Cabezo Redondo *Noticario Arqueológico Hispánico* I Madrid: pp. 38-43.
- (1953b): Villena (Alicante): El poblado de las Peñicas *Noticario Arqueológico Hispánico* I Madrid: pp. 45-48.
- (1955): Cabezo de las Alforjas. *Noticario Arqueológico Hispánico*, II, 1-3. Madrid: p. 189.
- (1965): *El Tesoro de Villena* Excavaciones Arqueológicas en España, 36 Madrid.
- (1969): *El oro de los tesoros de Villena*, Trabajos Varios del S.I.P., 36. Diputación de Valencia.
- (1976): *Villena. Prehistoria. Monumentos*. Alicante.
- (1981): *El Eneolítico en Villena*. Serie Arqueológica 7. Universidad de Valencia. Valencia.
- (1986a): La Edad del Bronce en la Comarca de Villena *Homenaje a Luis Siret (1934- 1984)* Cuevas de Almanzora, 1985. Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 381-404.
- (1986b): La cueva del Molinico *El Eneolítico en el País Valenciano* Alcoi, 1984. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante: pp. 100- 117.
- (1987): *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)* Diputación de Alicante.
- (1991): *La Cueva del Lagrimal* Caja de Ahorros Provincial de Alicante.
- SOLER GARCÍA, J. M. y FERNÁNDEZ MOSCOSO, E. (1970): Terlinques, poblado de la Edad del Bronce en Villena, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10. Universidad de Valencia: pp. 27-62.
- SORIANO SÁNCHEZ, R. (1984): La cultura del argar en la Vega Baja del Segura *Saguntum*, 18. Universidad de Valencia: pp. 103-143.
- (1989): *Contribución a la Prehistoria e Historia Antigua de Callosa de Segura* Monografías Callosinas 2. Callosa de Segura: pp. 50-60.
- SOS i BAYMAT, V. (1923): Una estación prehistórica en Villareal, *Butlletí de la Societat Castellonenca de Cultura* Castellón: pp. 99-103.
- STORDEUR YEDID, D. (1977): Classification multiple ou grilles mobiles de classification des objets en os, *Methodologie appliquée a l'industrie de l'os Préhistorique* Deuxième Colloque International sur l'Industrie de l'Os Préhistorique. Abbaye de Sénanque: pp. 235- 238.
- (1987): Manches et emmanchements préhistoriques: quelques propositions préliminaires *La Main et l'outil. Manches et emmanchements préhisto-*

- riques*. Travaux de la Maison de l'Orient, 15. ed. CNRS: pp. 11-34.
- SUÁREZ, A., BRAVO, A., CARA, L., MARÚNEZ, J., ORTIZ, D., RAMOS, J. R. y RODRIGUEZ, J. M. (1986): Aportaciones al estudio de la Edad del Cobre en la provincia de Almería. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Junta de Andalucía, Consejería de Cultura: pp. 196-207.
- TARRADELL MATEU, M. (1947): Sobre la delimitación geográfica de la cultura de El Argar II *Congreso de Arqueología del Sudeste Español*. Albacete: pp.139-141.
- (1950): La Península Ibérica en la época del Argar V *Congreso de Arqueología del Sudeste Español*. Almería: pp.72-85.
- (1958): El Tossal Redó y el Tossal del Caldero (Bellús, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII, Valencia: pp. 111-120.
- (1963): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Universidad de Valencia.
- (1965): El problema de las diversas áreas culturales de la Península Ibérica en la Edad del Bronce *Homenaje al abate Henri Breuil* vol. II Barcelona: pp. 423- 430.
- (1969): La cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación” Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia 6. Valencia: pp.7-30.
- (1971): Dos nuevas fechas de C-14 para Villena y Mallorca *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10. Universidad de Valencia: pp. 19-26.
- TEJERA GASPAS, A. (1985): Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26. Madrid: pp. 87-116.
- TERRAY, E. (1977): Clases y conciencia de clase en el Reino Abroon de Gyaman. *Análisis marxista y antropología social*. Ed. Anagrama, Barcelona: pp. 105- 162.
- (1978): *El marxismo ante las sociedades “primitivas”* Ed. Losada. Buenos Aires.
- TERUEL BERBELL, M. S. (1986): Objetos de adorno en el Neolítico de Andalucía Oriental. Síntesis tipológica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 11. Granada: pp. 9 - 26.
- TORRE PEÑA, F. de la (1978): Estudio de las secuencias estratigráficas de la cultura del Argar en la provincia de Granada, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3: pp. 143-158.
- TORREGROSA GIMÉNEZ, P. (2001): Pintura rupestre esquemática y territorio: análisis de su distribución espacial en el Levante Peninsular, *Lucentum* XIX- XX. Universidad de Alicante: pp. 39- 63.
- TORREGROSA GIMÉNEZ, P. y LÓPEZ SEGUÍ, E. (2004): *La Cova Sant Martí (Agost, Alicante)* Excavaciones Arqueológicas. Memorias nº 3. MARQ. Diputación de Alicante.
- TRELIS MARTI, J. (1984a): La Edad del Bronce. En: *Alcoy. Prehistoria y Arqueología. Cien años de Investigación Alcoy*: pp. 195- 216.
- (1984b): El poblado de la Edad del Bronce de la Mola Alta de Serelles (Alcoy, Alicante) *Lucentum*, III. Universidad de Alicante: pp.23-66.
- (1986): Mas del Corral, *Arqueología en Alicante. 1976- 1986*, Diputación de Alicante: pp. 83-85.
- (1992): Excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce de Mas del Corral (Alcoy- Alicante) *Recerques del Museu d'Alcoi*, 1. Alcoy: pp. 85- 89.
- TSCHAUNER, H. W. W. (1985): La tipología: ¿herramienta u obstáculo? La clasificación de artefactos en arqueología, *Boletín de Antropología Americana*, 12. México: pp. 39- 74.
- ULREICH, H. (1995): Observaciones sobre las puntas de hueso en el edificio IB1-6 del Cerro de la Virgen, Orce (Granada), *Origens, Estructures e Relações das Culturas Calcolíticas da Península Ibérica* (Lisboa, 1994): pp. 263-272.
- ULREICH, H., NEGRETE, M^a. A. y PUCH, E. (1994): Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), Corte 4, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 60: pp. 105-137.
- USCATESCU BARRÓN, A. (1992): *Los botones de perforación en “V” en la Península Ibérica y las Baleares durante la Edad de los Metales*. Ed. Foro, Madrid.
- UTRILLA MIRANDA, P. y BALDELLOU MARTÍNEZ, V. (1982): Notas para una tipología ósea postpaleolítica: los materiales de hueso de la Cova del Moro de Olvena (Huesca), *Caesaraugusta* 55-56. Zaragoza: pp. 25-47.
- VALIENTE MALLA, J. (1987): *La Loma del Lomo I Cogolludo (Guadalajara)* Excavaciones arqueoló-

- gicas en España, 152. Ministerio de Cultura, Madrid.
- (1992): *La Loma del Lomo II Cogolludo (Guadalupe)* Serie Patrimonio Histórico Castilla-La Mancha, 5. Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, Toledo.
- (2001): *La Loma del Lomo III Cogolludo (Guadalupe)* Serie Patrimonio Histórico Castilla-La Mancha, 17. Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, Toledo.
- VAN GIJN, A. (2007): The Use of Bone and Antler Tools: Two Examples from the Late Mesolithic in the Dutch Coastal Zone. En: Ch. Gates St-Pierre y R. B. Walker (ed.) *Bones as Tools: Current Methods and Interpretations in Worked Bone Studies* B.A.R. International Series, 1622. Archaeopress, Oxford: pp. 81-92.
- VARGAS ARENAS, I. (1990): *Arqueología, ciencia y sociedad* Ed. Abre Brecha Caracas.
- VEGA Riset, M. (1964): Saguntinos, treinta y cinco siglos os contemplan desde el Pico de los Cuervos, *Arse*, VIII. Sagunto: pp. 7-10.
- VENTO MIR, E. (1985): Ensayo de clasificación sistemática de la industria ósea neolítica. La Cova de l'Or (Beniarrés, Alacant). Excavaciones antiguas, *Saguntum* 19. Universidad de Valencia: pp. 31-83.
- (1986): Campaniforme inciso y Campaniforme impreso en la Cova de les Cendres (Teulada-Alacant), *El Eneolítico en el País Valenciano*. Alcoy, Diputación de Alicante: pp. 119-130.
- VENY MELIA, C. (1982): *La Necrópolis Protohistórica de Cales Coves. Menorca*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, Vol. XX. Madrid.
- VICENS PETIT, J. (1989): Estudio arqueológico del Barranc del Sint (Alcoi), *Lucentum* VII-VIII Universidad de Alicante. Alicante: pp. 57-78.
- VICENTE CARPENA, D. (1998): Notas sobre el yacimiento eneolítico de La Balsa (Yecla, Murcia) *Yakka*, 8 Yecla: pp. 19-22.
- VILASECA ANGUERA, S. (1973): *Reus y su entorno en la Prehistoria*, Edicions Rosa de Reus. Asociación de Estudios Reusenses.
- VISEDO MOLTÓ, C. (1937): *Un enterrament prehistòric en el Barranc del Sint* (Alcoy) Trabajos Varios del S.I.P. n° 4, Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- (1959): *Alcoy. Geología. Prehistoria*. Instituto Alcoyano "Andrés Sempere" II. Alcoy.
- VOGEL, J.C. y WATERBOLK, H.T. (1972): Groningen radiocarbon dates X, *Radiocarbon*, 14: pp. 6-110.
- VORUZ, J. L. (1982): Typologie analytique d'industries osseuses neolithiques. En: H. Camps-Fabrer (org.): *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Age des Métaux* Deuxième réunion du Groupe de Travail n° 3 sur l'industrie de l'os préhistorique. Éditions du C.N.R.S. Paris: pp. 77-104.
- (1984): *Outillages osseux et dynamisme industriel dans le Néolithique jurassien*. Cahiers d'Archéologie Romande 29, Lausanne: Bibliothèque historique vaudoise.
- (1985): La parure et l'utillage osseux du Neolithique Moyen Bourguignon (NMB). En: H. Camps-Fabrer (org.): *L'Industrie en os et bois de cervidé durant le Néolithique et l'Âge des Métaux*. Troisième Réunion du Groupe de Travail N° 3 sur l'Industrie de l'Os Préhistorique, Provence, 1983. CNRS, Paris: pp. 56-61.
- WALKER, M. J. (1990): El Prado de Jumilla y el problema de la Cerámica de Cestería del Eneolítico del Sureste Peninsular, *Homenaje a Jerónimo Molina* Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia: pp. 73-86.
- (1995): El Sureste, Micenas y Wessex: la cuestión de adornos óseos de vara y puño, *Verdolay* 7, Murcia: pp. 117-125.
- WALKER, M. J. y LILLO CARPIO, P. (1983): Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico de El Prado (Jumilla, Murcia), XVI Congreso Nacional de Arqueología Zaragoza: pp. 105-112.
- WALLERSTEIN, I. M. (1979): *El Moderno Sistema Mundial* Siglo XXI Madrid.
- WARREN, P. y HANKEY, V. (1989): *Aegean Bronze Age chronology* Bristol.
- WELS-WEYRAUCH, U. (1989): Mittelbronzezeitliche frauentrachten in Süddeutschland (Beziehungen zur Hagenauer Gruppierung), *Actes du 113° Congrès National des Sociétés Savantes*, Strasbourg, 1988 C.T.H.S. Ed., Paris: pp. 117-134.
- WHITE, L. (1959): *The Evolution of Culture*. New York: McGraw-Hill.

ZAPATA PEÑA, L. (1995): La excavación del depósito sepulcral calcolítico de la cueva Pico Ramos (Muskiz, Bizcaia). La industria ósea y los elementos de adorno, *Munibe*, 47, San Sebastián: pp. 35-90.

